
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00085614 6





Crónicas del Gran Capitán

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
10

Crónicas del Gran Capitán

por

Antonio Rodríguez Villa

De la Real Academia de la Historia.

Madrid
Librería Editorial de Bailly//Baillière é Hijos
Plaza de Santa Ana, núm. 10.
1908

INTRODUCCIÓN

Fuit quondam in hac republica virtus.
(Cícero: Oratio prima in L. Catilinam.)

El nombre del Gran Capitán evoca en nuestra mente el recuerdo del más fecundo y brillante reinado de nuestra historia; el principio de la supremacía política y militar de España, y las hazañas y proezas, superiores á toda ponderación, de aquel inmortal caudillo que fué asombro de su tiempo, cuya refulgente estela luminosa ha llegado con todo su esplendor hasta nuestros días y ocupará siempre en la historia patria, con haber tantas y tan gloriosas, una de sus más admirables páginas; y, sin embargo, tan excelsa personalidad más se conoce en nuestros tiempos por tradición y compendios que por monumentos históricos dignos de su grandeza y tales como hoy los produce la ciencia histórica. Las antiguas crónicas que relatan sus insignes hechos son del siglo XVI, de letra gótica unas, manuscrita otra y de difícil lectura todas, por estar llenas de abreviaturas y mal estampadas. A que se agrega la circunstancia de ser todas muy raras en el comercio de libros, y por tanto, de muy costosa adquisición. Por esta causa son varios los escritores que se han dedicado á hacer resúmenes de la vida de nuestro protagonista con mayor ó menor acierto. Y si las crónicas son deficientes, á veces fabulosas ó erróneas y escritas á la manera de aquel tiempo, con arengas, frases y alocuciones puestas en boca de los principales personajes, fácil es imaginarse lo que serán los compendios.

Falta, pues, una historia completa, crítica y digna de la majestuosa figura del Gran Capitán. Es el primer paso para llegar á ella la publicación de las cuatro *Crónicas* en este volumen reunidas. Sería el segundo la de los muchos documentos de aquel tiempo referentes á su persona y hechos, esparcidos en archivos y bibliotecas públicas y privadas. El más importante sin duda sería el coleccionar y publicar, convenientemente anotada, la correspondencia de aquel famoso caudillo, que igualmente se halla diseminada en varios centros docentes y gabinetes de Grandes y de aficionados. Dificultan en gran manera éste, que sería inestimable trabajo, la letra garrapatosa y despedazada del caudillo y el estar no pocas de sus cartas en cifra. Con todos estos elementos podría acometer empresa tan magna y tan útil persona dotada de las convenientes y necesarias dotes literarias, históricas y militares, que ciertamente no escasean en nuestro país. Es esta una deuda que la patria tiene contraída con hijo tan preclaro, por haberla ensalzado y ennoblecido en tan alto grado.

Entretanto atengámonos á nuestro modesto compromiso y digamos algo acerca de las crónicas aquí publicadas.

Creemos que la primera edición de la denominada *Las dos Conquistas del reino de Nápoles*, que insertamos en primer lugar, es la impresa en Zaragoza en 1554, cuya descripción, dedicatoria y prólogo damos á continuación:

Crónica llamada Las dos | Conquistas del Reyno de Nápoles, donde se cuentan las altas | y heroycas virtudes del serenissimo principe Rey don Alonso de Aragon, con los he | chos y hazañas marauillosas que en paz y en guerra hizo el gran Capitan Gon | çalo Hernandez de Aguilar y de Cordoba. Con las claras y notables obras de | los Capitanes don Diego de Mendoça, y don Hugo de Cardona, el | conde Pedro Navarro, Diego Garcia de Paredes, y de otros | valerosos Capitanes de su tiempo.

Sigue el escudo de armas de D. Diego Hurtado de Mendoza y de la Cerda, Duque de Francavila, etc., grabado en madera; y al pie de él se lee: «Con priuilegio de su Magestad por diez años. | Vendese en Çaragoça en casa de Miguel Capila mercader de libros. MDLIIII».

Al dorso de esta portada, dentro de un óvalo, el busto del protagonista y la leyenda «El Gran Capitán».

A continuación: «Concede su alteza priuilegio a Miguel Capila merca | der de libros que ninguna persona de cualquier estado o con | dicion que sea por tiempo de diez años no puedan imprimir el li | bro llamado la Vida y Coronica del gran Capitan | ni traerlo á vender de otros reynos sin licencia | suya, y si lo contrario hiziere pierda los li | bros que huuiere imprimido y incur | ra en otras penas contenidas | en el original pri | vilegio. | Dado en Valladolid a VI de Febrero de | MDLIIII. | Fue visto y examinado el presente libro por el illustrissimo | y reuerendissimo Señor don Hernando de Ara | gon Arçobispo de Çaragoça, y con su | licencia impresso».

En la segunda hoja: «Al Illustrissimo Señor y excelente principe don Diego Hurtado de Mendoça y de la Cerda, Duque de Francavila, Marques de Algezilla, Conde de Melito, y señor de las ciudades de Rapolla y Mendolia, y de la villa de Pastrana y de Mandayona y su tierra. Del Consejo del estado de su Magestad, y su Presidente del sacro y supremo Consejo de los reynos y estados de Ytalia, etc., mi Señor.

»Siendo costumbre muy antigua assi de los que escriuen cosas prouechosas y de gusto, como de los que se encargan de sacallas a luz, dedicar sus trabajos ha (sic) principes y grandes señores para que con el fauor que de aqui les viene anden entre las gentes validos y estimados; y siendo á mi juyzio esta costumbre loable y muy conforme a toda buena razon, gran yerro fuera querer yo aora en la publicacion de la presente obra apartarme della: assi por ser la obra tal que seria hazello muy grande agrauio priualla desta honrra, como porque se me yria de entre las manos una grande ocasion de mostrar parte de la mucha aficion que al servicio de V. S. tengo. Que la obra merezca ser puesta en manos de V. S., en la frente lo trae escripto, pues se intitula: Las dos Conquistas del Reyno de Nápoles; ha donde por fuerça se ha de dar cuenta del valor y prudentia con que estas guerras fueron administradas, y las amistades y ligas, tratos y intelligencias que aquellos reyes tan valerosos y sabios, y sus ecelentes capitanes tuuieran para llegallas con tan gran prosperidad al fin desseado. Pues si passando mas adelante se mira el orden y fidelidad y diligencia con que el historiador escriue

todas estas cosas, no puede negarse que es una de las mas perfetas historias que en este nuestro lenguage hasta oy se haya escrito, y assi se le deue muy justamente esto que por ella se hace, que es ponella en poder de V. S. en quien ha puesto el prudentissimo y catholico rey don Felipe, nuestro Señor, la suma del gouierno de todos los reynos y señorios que en estas guerras y las otras que antes y despues dellas ha tenido esta nuestra nacion en Ytalia se han conquistado. En lo que yo en la dedicacion desta presente obra pretendo hazer á V. S. algun pequeño seruicio es en presentalle esta fiel relacion del modo del gobierno de paz y de guerra que los que repartido por partes han tenido lo que V. S. tiene aora junto, han guardado: para que ayudada su prudencia destos auisos pueda en muchos casos importantes tener el camino echo llano, por las esperiencias que por tan graues y ecelentes varones fueron prouadas y aprouadas; los quales pienso yo que si aora viessen cómo V. S. con tan nueua y singular autoridad goza el fruto de sus trabajos, estarian dello muy contentos: especialmente el muy illustre señor don Diego de Mendoça conde de Melito, padre de V. S., á quien tambien y tan deuidamente se paga con esto lo mucho que él en estas guerras con su esfuerzo y discrecion hizo, y los otros todos no quedarian muy atrás dél en este contentamiento, assi por la amistad que con él tuuieron, y lo que entendia que á sus grandes méritos se deuia, como por las muchas razones que hay para que todo el mundo alabe la elecion que su Magestad para este cargo de V. S. ha hecho. Y assi creo que V. S. no dexará de admitir en cuenta de seruicio la gran aficion de seruir con que yo le consagro esta obra que le conuiene tanto. Pues los muy grandes señores suelen con la magnanimidad á que su grandeza los obliga, medir el valor de los seruicios pequeños que les hazen los que poco pueden con la voluntad que entienden que ha aquello los mueue. Y como yo estoy seguro de la mia, que es tal que en esta parte nadie me hará ventaja, no me ha embaraçado la humildad de mi estado, para osar me presentar delante de V. S. con lo poco que podia ofrecelle: cuya Illustrissima persona nuestro Señor guarde con acrescentamiento de mayores estados. Besa las manos de vuestra illustrissima Señoria, Miguel Capila».

Las cuatro hojas siguientes contienen el *Prólogo*, que empieza así:

«*Coronica llamada las dos conquistas del Reyno de Nápoles*, donde se cuentan los hechos del esclarecido y valeroso príncipe Rey D. Alonso de Aragon, y de las heroycas virtudes que en paz y guerra hizo el gran Capitan Gonçalo Hernandez de Córdoba y Aguilar. Escripta a pedaços como acaescieron por Hernando Pérez del Pulgar señor del Salar.—Introduction y argumento de la obra.—Suelen los Historiadores, para dar mejor á intender los hechos que escriuen, particularmente la provincia y pueblos adonde los tales hechos acaecen de que escribir quieren: assi lo hizo Cesar en sus comentarios, y Sabelico, un bueno y general ystoriador, en sus eneadas, queriendo escriuir los hechos de Francia, comienço por la particular creacion de aquella region; eso mismo hizo queriendo contar los hechos que acaecieron en Ytalia, cuya orden por que mas conuenga al estilo desta ystoria seguiremos conforme á como ella descriue, porque como los hechos desta ystoria sean estrangeros en todos los que la leyeren, ternan noticia de los pueblos donde acaecieron, por lo que aqui diremos podrán mejor en su conoscimiento venir».

Sigue una larga descripción geográfica de Italia.

En la última página del *Prólogo* se reproduce el busto del Gran Capitán, como en el dorso de la portada, encerrado en una orla, que en su parte superior ostenta esta inscripción: «*Sit nomen Domini benedictus*», y en la inferior «Libro primero de las dos conquistas del Reyno de Nápoles». En la parte superior del anverso del folio primero hay un grabado que representa un guerrero á caballo con lanza en la mano derecha, acompañado de dos pajes descubiertos y armados.

Consta esta edición de ciento cincuenta y dos folios numerados, más los cinco sin foliar antes expresados; impresa en letra gótica, en folio, á dos columnas. Termina: «Fin de la Coronica del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Aguilar y de Córdoba».

Imprimióse también esta Crónica en Zaragoza, en 1559; en Sevilla, en 1580; en Alcalá de Henares, en 1584, que es la que, por parecernos algo más correcta que las otras, hemos seguido en este volumen. Posible es que haya todavía alguna otra edición de ella que no hayamos logrado ver. Acerca de su autor nada positivo, cierto y concreto hemos podido encontrar.

Es, en nuestra opinión, la Crónica más detallada, interesante y verídica la que denominamos *manuscrita*, por no conocerse tampoco á punto fijo su autor. Por algunos pasajes del texto se viene en conocimiento de que acompañó en Italia y en su última venida á España al Gran Gonzalo; refiérese con frecuencia á conversaciones tenidas con sus más distinguidos capitanes, y por ciertas indicaciones, ejemplos y textos latinos pudiera creerse que acaso fué escrita por uno de sus capellanes ó de sus más íntimos servidores que le siguieron hasta el retiro de Loja. Su estilo es incorrecto, á veces oscuro y difuso; muy frecuentes sus repeticiones. No pierde ocasión su autor, siguiendo á los historiadores clásicos, de poner á cada paso en boca de los personajes largos y eruditos discursos, impregnados de erudición griega y romana. Mas, á pesar de estos defectos, muy comunes en aquella época, refiere, por lo general, los sucesos que vió, ó de que oyó relaciones á los más renombrados capitanes, con tal acento de sinceridad, tal ingenua sencillez y curiosos detalles, que desde luego se echa de ver ser verdad lo que relata. Debió escribirse esta Crónica en Sevilla, y su autor vivía aún en el año de 1552, pues en el mismo dice que se trasladó el cuerpo del Gran Capitán de la iglesia de San Francisco de Granada á la capilla fabricada al intento en San Jerónimo de la misma ciudad. Es indudable que al escribir su Crónica tuvo á la vista la anteriormente descrita é inserta, y la de Jovio, á las que hace á veces referencias más ó menos directas. El único ejemplar que de esta Crónica se conoce es un volumen en folio manuscrito, de letra de mediados del siglo XVI, encuadernado en pergamino. Tiene todas las apariencias de ser el original, por las muchas enmiendas, tachaduras y adiciones que en él se advierten. Su letra ofrece grandes dificultades paleográficas para la lectura, y acaso por este motivo no ha sido consultado y copiado este códice tanto como debió serlo. Consta de 296 hojas foliadas y está falto al principio y al fin de una ó dos. Se conserva en la actualidad en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, con la signatura R-6ª-6.

El Sr. Gallardo vió este códice en la Biblioteca agustiniana de Montilla, donde figuraba con la signatura Est. N-caj. 6; copió de él algunos pasajes, formando con los títulos de los capítulos un Indice para su uso particular. Asegura que el Gran Capitán

nació en 1.° de septiembre de 1453 en el castillo de Montilla, pasando luego á Córdoba á recibir su educación, siendo su ayo D. Antonio de Cárcamo, con quien tenía parentesco. La familia de Gonzalo tenía casa en aquella ciudad y por eso dijo alguna vez que «se hallaba hijo de aquella muy noble patria», pues que era la capital de la provincia y puede decirse que la residencia principal de sus progenitores.

La tercera Crónica que en este volumen publicamos está escrita antes que las dos precedentes, como puede deducirse de la portada de la primera (?) edición italiana:

Vita di Consalvo Fernando di Cordova, detto Il Gran Capitano, scritta per Mons. Paulo Giovio, Vescouo di Nocera et tradotta per M. Lodovico Domenichi.—In Fiorenza.—1550.—Un volumen en 8.° marquilla, 300 páginas, más de 14 de principios y una hoja suelta al fin con el nombre de la imprenta.

Tradújola al castellano y la publicó en Zaragoza en 1554 D. Pedro Blas Torrellas, cuya edición nos ha servido para la reimpresión. Más breve que las dos Crónicas anteriores, más deficiente que ellas y escrita con más pretensiones literarias, su lectura no satisface ni entusiasma tanto como aquéllas; lo cual no quiere decir que no sea digna de la fama de su ilustre autor, por más que desde el Saco de Roma no fué gran amigo de los españoles. La causa fué haber éstos saqueado las arcas en que guardaba Jovio sus escrituras y libros de historias, depositados en la iglesia de la Minerva: «viniendo estas escrituras en manos de soldados, rompieron y hicieron pedazos algunas de ellas; de apaciguadas las cosas, con mandamientos del Papa, con ruegos y dineros del Jovio volvieron los libros en su poder, aunque en algunas partes faltos y rasgados. Continuando él su historia ([1]), fué tanta la importunacion y ruegos de sus amigos, que la hubo de imprimir, y no queriendo dexar imperfectos del todo los años que faltaban, hizo una Suma ó recopilacion de cada libro, pensando, si la muerte no le atajaba, confiando en su memoria, volver de nuevo á poner cumplimiento en la obra; y quiso la suerte que faltasen aquellos libros donde los españoles más habían mostrado su esfuerzo y valentía...» Sin duda por esta causa trata siempre del Duque de Borbón con injusta indignación.

La misma traducción se publicó también en Amberes en 1555, en 8.° menor.

La última crónica que figura en este volumen con el nombre de *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán por Hernán Pérez del Pulgar*, es la primera que se publicó, en Sevilla por Jacobo Cromberger, alemán, en 1527. Es sumamente rara y la reimprimió el Sr. Martínez de la Rosa al fin de su estudio *Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas*, publicado en Madrid en 1834. «El nombre del escritor, dice aquel ilustre literato y político, aun prescindiendo de la fama del héroe que en aquel escrito se ensalza, bastaría para despertar vivísima curiosidad; pero concurren otras circunstancias particulares que acrecientan hasta lo sumo el interés en favor de tal obra. Escribióse, al parecer, por los años de 1526, probablemente á tiempo que el emperador Carlos V hizo su mansión en Granada, y de cierto por obedecer su

([1]) Refiérese al *Libro de las historias y cosas acontecidas en Alemaña, España, Francia, Italia*, etcétera, desde el tiempo del papa León y venida de Carlos V en España hasta su muerte.

mandato y satisfacer su deseo. ¡Qué sería ver á un monarca tan poderoso, quizá el mismo día en que visitara el sepulcro del mayor capitán de su siglo, encomendando que escribiese su vida á otro guerrero ilustre, su amigo y compañero, que en un ejército de héroes mereció que le apellidasen *el de las hazañas!*» Figurémonos por un instante á Hernando del Pulgar, á la edad de setenta y cuatro años, recogiendo solícito en su memoria los recuerdos de sus verdes años, repasando en su mente los lugares en que había alcanzado tanta gloria, los claros hechos de Gonzalo de Córdoba, de que él mismo había sido testigo: «é yo de los que vi, me atrevo á escrebir, aunque en mucha edad é poca habilidad, que causaron poner en borrones vida que tanto merecia ser de buena tinta escrita, en especial á Príncipe y señor que su grandeza en el mundo pone espanto, el qual nos quita la benevolencia con que á todos admite». Exento de presunción y vanagloria, nos descubre Pulgar su hidalga índole con sólo anunciar la manera con que se propone escribir su obra: «é queriendo yo seguir ambos bandos, llano y claro diré lo que en fecho fué, contando las mismas cosas que todos vieron, apartando la jactancia de decir que fuí en ello, en especial las de la guerra de Granada, do poco della pasó en aquellos quasi diez años que duró, se me encubrió». Como cabalmente en aquella conquista dieron Gonzalo de Córdoba y Hernando del Pulgar tan señalada muestra de sus personas (habiendo hecho ambos las primeras armas en la guerra de Portugal), se nota en la relación de los hechos un sabor de verdad, un candor que embelesa por su sencillez misma: debiéndose á la propia causa que sepamos por esta obra varias proezas de Gonzalo de Córdoba y algunas circunstancias de su vida, que á no ser por Pulgar yacieran ignoradas. Los demás historiadores y cronistas se apegaron con mayor ahinco, cual era natural, á los hechos más notables por su grandeza, á las batallas y conquistas en que mandó como caudillo, arrojando de Italia los pendones de Francia, y disponiendo con su mano de reinos y coronas; sólo por acaso aludieron á los hechos de su mocedad, que no eran sino las primicias de su valor y singulares prendas; pero Hernando del Pulgar, que los había presenciado, los refiere con grata complacencia; pinta los obstáculos, los riesgos que los acompañaron; se encanta celebrando su buen éxito. No parece sino que se le ensancha el corazón al referir las proezas del insigne caudillo, y que á pesar de haberse impuesto á sí mismo callar sus propios hechos, dice en secreto á sus lectores: «este héroe era mi amigo; yo peleaba á su lado».

Una circunstancia notable, que resulta de la lectura de su obra, es que en más de una ocasión se asemejaron no poco uno y otro guerrero en los hechos con que se ilustraron, durante la guerra de Granada: no parece sino que á porfía corrían en busca de los mismos peligros. Abastece Pulgar á la ciudad de Alhama y la salva de su perdición; Gonzalo de Córdoba la salva á su vez, y Pulgar es quien nos lo refiere. Se muestra indecisa la fortuna, aunque por breve plazo, y el rey Fernando no puede acudir tan presto cual quisiera: Gonzalo de Córdoba se encierra en la Malaha, y su sola presencia la preserva; corre Pulgar á Salobreña, y con su arrojo la defiende. Codicioso de riesgos y aventuras, había llegado el Córdoba una noche hasta la misma puerta de Granada, prendiendo en ella fuego y causando en los moros gran turbación y escándalo; y lástima que se le malogró después por culpa ajena el haber entrado en la ciudad, para libertar á los cautivos, que hubiera sido *el más honrado hecho que en nuestros tiempos*

ha acaescido en España, según las palabras mismas de Pulgar; á este le cabe mejor suerte, y da gloriosa cima á la empresa de la mezquita. Entra Pulgar en Málaga, poniendo á gran riesgo su persona, para ofrecer tratos y conciertos de paz; Gonzalo de Córdoba se introduce de oculto hasta el palacio mismo de la Alhambra, y arranca al mudable Boabdil las condiciones del entrego.

Terminada la guerra de Granada, gustó en aquella ciudad brevísimo reposo el ilustre caudillo, y pasó luego á Italia: de cuyas empresas y conquistas, ó ya por más sabidas ó por no poder dar dellas tantas señas, sólo hizo Pulgar una leve mención, como por vía de recuerdo.

Cuando se espacia á placer, cual si en él propio reflejaran las alabanzas de su amigo, es cuando pinta su ademán, su rostro, sus hidalgas prendas, la serenidad en los peligros, la igualdad constante del ánimo en la buena y en la mala fortuna, la largueza que le granjeaba hechuras, su clemencia y generosidad que desarmaba á sus contrarios. No encuentra palabras Pulgar para encarecerle cual quisiera, y se le ve con secreta satisfacción deslizarse sin sentir al mismo propósito, repetir los elogios de mil maneras, buscar acá y allá en anales ó historias los héroes más famosos de la antigüedad, para colocarlos al lado de su héroe y que éste aparezca más grande...

Está esmaltada la obra con máximas morales, expresadas algunas de ellas con singular acierto, si bien más de una vez se resiente el escritor del gusto de aquel tiempo, mostrándose recargado de erudición prolija, que, lejos de hermosearle, le afea: como suele acontecer á joyeles antiguos, que el engaste pesado del oro ofusca el brillo de la pedrería... El estilo de la obra es en general sencillo, desaliñado á veces, como el de las antiguas Crónicas; pero á veces también descubre cierto entono y hasta visos de afectación. No presume de escritor el guerrero: lo repite al principio y al final de su obra; pero advertimos con cierta sonrisa maligna que no le pesa al buen Pulgar que le tengamos por entendido. Concluye poniendo su obra bajo el amparo del monarca; y desconfiado de su propio acierto, pero seguro de que de cualquier manera que se presentase á la vista la imagen de Gonzalo de Córdoba había de aparecer digno de su renombre, termina de propósito con la misma frase con que dió principio á su escrito: «Muy gran razón tuvo vuestra persona imperial de desear ver y conocer al nombrado Gran Capitán». Hasta aquí Martínez de la Rosa, cuya autoridad en esta como en otras materias es tan acatada y competente.

Queda sólo por advertir, respecto á esta Crónica, que, así como las tres anteriores tratan más especial y ampliamente de las guerras de Italia, la de Pérez del Pulgar se ocupa preferentemente de la primera parte de la vida de Gonzalo de Córdoba, ó sea de la guerra de Granada. De esta suerte se completan y relacionan unas con otras.

Muy lejos de nuestro propósito nos llevaría el dar aquí más ó menos completa una bibliografía de las obras referentes á la vida del Gran Capitán, pero sí citaremos algunas de las más notables:

«*Tratado de Re Militari*». Debajo de este título hay un escudo de armas, y sigue: «*Tratado de Caualleria hecho á manera de diálogo que passó entre los illustrissimos señores Don Gonçalo Fernandez de Cordoua, llamado Gran Capitan, Duque de Sessa, etc., y Don Pedro Manrique de Lara, duque de Najara;* en el cual se contienen

muchos exemplos de grandes principes y señores, y excellentes auisos y figuras de guerra muy prouechoso para caballeros, capitanes y soldados; nueuamente impresso con licencia y priuilegio Real por tiempo de diez años.—Está tassado á quatro reales».

Todo este título de la portada, tirada á dos tintas, está encajado dentro de una orla, en cuya parte superior se lee el siguiente epígrafe: «*Initium sapientie timor Domini*».

Vuelve á repetir en el dorso el título, añadiendo que va dirigido «al muy Magnífico Señor Diego de Vargas de Caruajal», de quien es el escudo de armas del anverso. No expresa el autor su nombre en la portada, pero sí en el folio X, al empezar el «Libro II del arte de la guerra sacado de muchas escripturas y usos antiguos y modernos por *el capitan Diego de Salazar*».

Es un vol. en fol., letra gót., con dos hojas preliminares y LXVI foliadas. Al fin: «Acabose la presente obra en casa de Miguel de Eguya, á XII dias del mes de Mayo. Año de MDXXXVI años». Está dividido en siete libros. He aquí el sentido elogio que hace del Gran Capitán al principio del libro primero:

«Porque creo que despues de la muerte cualquier hombre puede ser alabado sin cargo ni culpa de adulacion de quien lo alaba, no dudaré de alabar la buena memoria del Illustrissimo don Gonçalo Fernandez de Córdoua, Gran Capitan Despaña, Duque de Sesa y Terranoua, el nombre del qual no verná jamás á mi memoria, que con lágrimas no sea por mí recordado, auiendo conocido en él aquellas partes que en un espléndido Señor y buen amigo de sus parientes y amigos y seruidores se pueden conocer ó desear: porque yo no só qué cosa pudiesse tener siendo suya, sin recusar aun la vida, que de buena voluntad por sus amigos no pusiesse; y no só ninguna gran empresa que le ouiesse espantado de emprenderla, quando en ella ouiesse conoscido servicio de su Rey ó bien de su patria. Yo digo libremente no auer hallado, entre quantos hombres he conocido y conuersado, otro de más encendido ánimo á las cosas grandes y magníficas: por lo qual á sus amigos y seruidores no dolió cosa tanto en su muerte, como el ser nacido para morir; ni á él pesó tanto dello por ella misma como por haberse dispuesto el tiempo de tal condicion que no pudo ayudar á sus amigos conforme á la grandeza de su ánimo, para que generalmente todos se pudieran alabar de sus magnificencias. Verdad es que no le fue la fortuna tanto enemiga que no dexase muchas cosas dignas de memoria, assí en las larguezas de su magnífico coraçon como en los autos de su militar exercicio: en el qual junto con el gran esfuerço tuvo grandísimo ingenio y estudio. Y como á mí cupiese parte y no pequeña del dolor de su muerte, como á uno de sus seruidores, assí por auer militado prósperamente debaxo de su vandera, como auer recebido parte de sus acostumbradas mercedes; y por esto auiendole sido y tenido obligacion de particular seruidor, y auiendome la fortuna con la muerte priuado del uso de tan amado señor, me parece no poder tomar mejor remedio que gozar con la memoria de las cosas que por él fueron prósperamente hechas y agudamente dichas y sabiamente disputadas. Y porque no hay cosa más fresca de las que dél me acuerdo que el razonamiento que poco tiempo a que pasó con el Illustrissimo don Pedro Manrrique de Lara, Duque de Najara y Conde de Treuiño, donde largamente en las cosas de la guerra estuuo con él en disputa; y en todas las cosas aguda y prudentemente por él demandado, y sabiamente por el Gran Capitan respondido. Lo qual todo me a parecido reduzir á la memoria y escribirlo, porque leyendolo sus amigos y seruidores refresquen en sus ánimos la

memoria de su virtud; y los otros se duelan por no auer enteruenido en su tiempo para deprender muchas cosas útiles, no solamente al hábito militar más á la vida politica, que entiendan las cosas de la guerra por dos tan sapientíssimos hombres preguntadas y respondidas: porque si con el ver no las alcançaron, con el leer las deprendan. Quiero dezir que tornando el Gran Capitan de las partes de Italia, donde gran tiempo auia vitoriosamente militado, como lugartiniente general del catholico Rey Despaña, don Fernando de Aragon, y estando en Burgos, fue por el Illustrissimo sobredicho duque á su posada solemnemente conbidado, á donde muchos parientes y amigos del un señor y del otro conuinieron: en la qual casa el Gran Capitan por el Duque fue rogado que por tres ó quatro dias le pluguiesse reposar por tener ocasion de largamente informarse de algunas cosas que de tal hombre se podian deprender, pareciendole despender aquellos dias en razonar de aquella materia que más á sus belicosos ánimos satisfazia.

»Venido pues el Gran Capitan, y del Duque y de otros sus parientes y seruidores recebido, los quales todos amados del Duque y de su mismo estudio desseosos; la virtud de los quales por todos los dias se alaba, no curó de prolixamente explicar, sino que de todos fue amigable y solemnemente festejado; mas pasado el combite y leuantadas las mesas y cumplida toda la orden de festejarle, siendo el dia largo y el calor grande, pareció al Duque por huyr el mucho calor y compañia, reduzirse con el Gran Capitan y algunos pocos de sus parientes en una secreta y sombrosa parte de una huerta: adonde entrados y assentados, quien en sillas, quien en la yerua, como á cada uno le plugo, hablando de la gentileza de los árboles, y diciendo con quanto estudio los señores dellos los auian hecho plantar y curar, dixo el Gran Capitan: «Si no pensase offender á muchos, yo diria la nueva opinion de los que en esto se deleytan; mas hablando aqui entre nosotros diré, no por increpar á ellos, mas por disputar la cosa, quanto mejor aurian hecho estos si en el tiempo pasado uuiesen procurado de parecer á los antiguos en las cosas ásperas y fuertes y honestas, delicadas y floxas; y aquellas que los antiguos hazian con la antiguedad verdadera y perfecta, y no con los modos de la falsa y corrupta; porque despues que aquellos vicios y delicaduras siguieron los de Roma, luego fue destruida su libertad y república»...

«*La historia del señor Francisco Guichardin, caballero florentin.* En la cual de más de las cosas que en ella han subcedido desde el año de 1492 hasta nuestros tiempos, se tracta muy en particular de los hechos del *Gran Capitan* en el reino de Nápoles y de otras muchas cosas notables... Traduzida por Antonio Florez de Benavides... —Baeça.—1581.»

«El Gran Capitan» (Grabado en madera que representa á un guerrero á caballo galopando; al pie del grabado hay dos iniciales, A M, que acaso sean las del grabador).

«*Los grandes | hechos del Gran | Capitan Gonzalo Fernandez | en la Conquista de Napoles. Por el Rey | Don Fernando el Quinto.* | Compuesto por Francisco Alfonso de Miranda.»

Así dice en la portada. En la segunda hoja se lee:

«Comienza el *Tratado de las proezas que hizo Gonçalo Fernandez el Gran Capitan del Rey de España, en la conquista de Nápoles*».

A continuación: «Cómo partió del Puerto de Malaga, con toda su gente». Y empieza el texto: «A quatro de Iulio, de mil y quinientos años, partió el Gran Capitan del Puerto de Málaga, por mandado de sus Altezas, y lleuó trezientos hombres de armas»...

Al fin, de letra mayor que la del texto: «La ciudad de Macedonia dió el primer Magno, que fue Alexandro. La noble Roma dió al segundo Magno, que fue Pompeyo. La magnífica Francia dió al tercero Magno, que fue el Emperador Carlos, por sobrenombre el Magno. La sabia Cordoua, ciudad de España, dió al cuarto Magno, que fue el Gran Capitan Gonçalo Fernandez. Pero si queremos cotejar las armas modernas con las antiguas y los enemigos del tiempo de agora con los del pasado, hallaremos que el cuarto Magno es el primero, y quedarán atrás Alexandro y Carlos y Pompeyo. | Deo gratias. | Fue impresso en Sevilla, por original impresso, por Bartolomé Gomez, á la esquina de la Carcel Real. Año de 1615».

Al dorso, grabado con las armas imperiales.

Es un resumen de la vida del Gran Capitán, en veinte hojas en 4.°, sin foliar.

Sobre los autores de la *Vida del Gran Capitán* hay un manuscrito en la Biblioteca Nacional, en el que se trata difusamente esta cuestión, sin llegar á un resultado fundamentado y concreto. En el mismo Centro se conserva un manuscrito, que se titula: «*Historia de las proezas de Gonzalo Fernandez de Córdoba*, por Francisco de Herrera, testigo de ellas»,—que contiene apuntes biográficos; y también una *Vida del Gran Capitan*, por D. Juan Alfonso de Guerra y Sandoval, brevísima suma de escaso interés.

«*Historia de Don Gonzalo Fernandez de Córdoba, renombrado el Gran Capitan.* Escrita en francés, por el R. P. Duponcet, de la Compañía de Iesus, y traducida en español por Don Joseph Fernandez de Cordova: quien la dedica al Rey nuestro Señor D. Felipe V, el Animoso.—Tomo I.—Impreso en Iaen por Thomas Copado. Año 1728.»

En 8.°, 26 págs. preliminares, 356 de texto y dos hojas más de *Tabla*.

A la *Dedicatoria al Rey* siguen el *Dictamen* de Fr. Andrés de Baena, la *Licencia*, la *Censura* de Fr. Alonso de San Juan, la *Suma del privilegio* y las *Erratas* de los *dos tomos*: fechadas éstas en 1729 y aquéllas en 1726-27, la *Tassa* y el *Prólogo*. En éste inserta el traductor la cédula del emperador Carlos V, concediendo á la viuda del Gran Capitán el consentimiento para sepultar los restos de este caudillo en el Real Monasterio de San Jerónimo, de la ciudad de Granada, y otras noticias curiosas, como la de haber otorgado el papa Clemente VII grandes indulgencias á los que en la citada capilla encomendasen á Dios el alma del Gran Capitán y sus difuntos. Sigue en general este autor al de la Crónica impresa en primer lugar en este volumen.

«*Le istorie di Monsignor Gio. Bta. Cantalicio, vescovo d'Artri*: *Delle guerre fatte in Italia da Consalvo Ferrando di Aylar di Cordoba, detto il Gran Capitano*; tradotte in lingua toscana del Sr. Sartorio Quattromani, Napoli, 1769.»

«*Vida de Gonzalo Fernandez de Aguilar y Córdoba, llamado el Gran Capitan*, por D. Ignacio Lopez de Ayala. Madrid, 1793. En la oficina de D. Gerónimo Ortega y herederos de Ibarra.»

Un vol. en 8.° menor, de VIII-150 págs.—Al final dice con harto fundamento: «Todo, como dexamos dicho, fué grande en este ilustre héroe; sólo ha faltado un escritor correspondiente que igualase, si esto puede ser, con su eloqüencia la majestad de la materia; porque Jovio, que escribió en tres libros la Vida de Gonzalo, no es exacto; omite muchas noticias verdaderas y mezcla algunas fabulosas. Duponcet yerra más que Paulo Jovio. La Crónica que corre en español es incompleta y huele en muchas partes á novela. Las historias generales dicen poco, y muchos poetas que exornaron la narracion con los primores y ficciones de su arte, quitaron la credulidad á los hechos verdaderos; y este compendio es muy pequeño, inferior al mérito de Gonzalo y tambien á mis deseos. He procurado, no obstante, seguir por único norte á la verdad, apartado del odio y de la pasion, que sin duda han cegado á Varillas, escritor de la Vida de Luis XII, y á Dessormeaux, que ha publicado en nuestros dias una Historia de España, ó mejor diré, una atrevida sátira contra muchos de nuestros Reyes. Ambos notan á Gonzalo como hombre pérfido y tan poco escrupuloso, dicen, en observar su palabra como el Rey Católico. ¿Y será necesario refutar dignamente sus calumnias? Si ellos mismos creyesen lo que escriben, tomaríamos el trabajo de desengañarlos. La voluntad mal dirigida, llena de encono y de venganza, los ha forzado, contra lo que les dictaba su propio entendimiento, á aglomerar calumnias y dicterios. Son, no obstante, dignos de disculpa, porque en realidad necesitaban mucha grandeza de ánimo para decir la verdad, hablando de un Capitán que en todas las ocasiones humilló gloriosamente la jactancia de su nacion, que rehusaba aun entrar en comparacion con la española».

El mejor resumen de la vida del Gran Capitán es sin duda el escrito por el eminente literato D. Manuel José Quintana, que forma parte de las *Vidas de los españoles célebres*. Aunque no conoció todas las Crónicas aquí insertas, utilizó muy ventajosamente cuantos materiales le fué posible, contribuyendo mucho su notable trabajo á difundir y vulgarizar los heroicos hechos de aquel inmortal caudillo.

En la *Revista Militar* publicó el reputado escritor D. Serafín Estébanez Calderón un estudio sobre la *Campaña del Gran Capitán sobre el río Liris y batalla de Garellano*, con un croquis para la inteligencia de estas operaciones militares.

«*Estudios históricos militares sobre las campañas del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba*, por Eugenio de la Iglesia, teniente de la Guardia civil. Madrid, 1871.»

Un vol. en 8.°, de 210 págs. más dos de índice, y un croquis para comprender la campaña del Garellano.

«En las campañas de Italia, escribe el autor, vemos perfeccionada la táctica suiza, reconocido generalmente el predominio de la infantería sobre la caballería, aumentada la importancia de las armas de fuego; el arte de las minas, elevado á una perfección hasta entonces desconocida, creada aquella terrible infantería española que con sus hazañas había de asombrar al mundo, y por último, operaciones tan bellísimas como las del Garellano, que aun hoy día pudieran servir de modelo á uno de nuestros modernos Generales...»

«*Frantz Eyquem; Etude sur Gonsalve de Cordoue, dit le Gran Capitaine*, suivi de documents et d'une lettre autographe inédite de ce Général espagnol. Portrait gravó à l'eau-forte por P. Teyssonnières. París, H. Champion, libraire éditeur, 15, quai Malaquais, 1880.»

Un vol. en 8.° de 176 págs.

El retrato del Gran Capitán está tomado de una medalla perteneciente á Mr. Heiss, y le representa en busto, mirando á la izquierda y con una leyenda latina alrededor. El facsímil reproduce las tres primeras líneas y las tres últimas de una carta ológrafa del Gran Capitán al Arzobispo de Sevilla; su fecha, 28 de mayo de 1505. Empieza: «Algunas letras e scripto á vra. señoria...»

El autor ha escrito su obra teniendo principalmente presentes las obras de Quintana, *Vidas de españoles célebres*, de Ferreras, Duponcet, Mariana, y algunas historias generales francesas.

Acerca de los libros poéticos escritos en honor de Gonzalo de Córdoba, ha dicho con gran fundamento y verdad un escritor que la fama de aquél está con más dignidad depositada en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía, que no responden de modo alguno á la alteza del personaje.

Impresa en Nápoles en 1506, publicó Cantalicio una obra poética escrita en latín, dedicada á las empresas del Gran Capitán, con el título *De bis recepta Parthenope*, que fué traducida en prosa italiana, bastante desgraciadamente, por Sertorio Quattromani. Esta obra está ya casi olvidada, mas no por ello pierde gran cosa el conocimiento de la historia de aquel período. Y porque de ella y de la de Hernández, que á continuación anotamos, ha publicado el distinguido escritor napolitano Benedetto Croce una detenida descripción y examen en su interesante folleto *Di un poema spagnuolo sincrono intorno alle imprese del Gran Capitano nel regno di Napoli* (Nápoli, 1894), no diremos aquí más sobre ellas.

«*Historia Parthenopea, dirigida al Illustrissimo y muy reverendissimo señor Don Bernaldino de Caravaial, Cardenal de Santa Cruz*, compuesta por el muy eloquente varon Alonso Hernandez, clérigo hispalensis, prothonotario de la Santa Sede apostólica, dedicada en loor del Illustrissimo señor don Gonzalo Hernandez de Cordova, duque de Terranova, Gran Capitan de los muy altos Reyes de Spaña».

Fué impresa en Roma en 1516.

«*Neapolisea; poema heroyco y panegírico, al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdova*, dirigido al Excelentísimo señor don Luys Fernández de Córdova y Figueroa, marqués de Priego, duque de Feria, etc. Por don Francisco de Trillo y Figueroa. —Con licencia.—En Granada, por Baltasar de Bolívar y Francisco Sanchez, año de 1651» (¹).

Después de la *Aprobacion*, *Licencia* y *Dedicatoria*, sigue la *Razon desta obra, partes de que se compone, estilo, imitacion, intento y erudicion. Al que leyere*, diser-

(¹) Un vol. en 4.° de 138 folios.

tación tan indigesta por lo erudito como extravagante por el estilo. El texto está dividido en ocho libros, escrito en octavas reales, y concluye con unas prolijas notas que en nada aclaran el texto y sólo sirven para demostrar la erudición latina del autor. Corre aquél parejas en lo enmarañado y extravagante con todo lo demás.

«*Corona poética*, que dedican á la memoria del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdova, la Diputación provincial y el Ayuntamiento de Granada, con motivo de la restitución á su sepulcro, en la iglesia de San Jerónimo, de los restos mortales del insigne caudillo».—Granada.—Imp. y lib. de F. Reyes y hermano.—1875. Folleto en 8.º de 59 páginas.

Un libro podría formarse con los elogios tributados al Gran Capitán por escritores españoles y extranjeros. Llámanle:

«Lucero de España que el Latio ha lumbrado»;

«Pater patriæ y de Italia salud»; «Gloria et honor del arte militar»; «Espejo de cortesía», etc., etc.

Don Modesto Lafuente, que estudió con singular predilección esta época, hace el siguiente acertado juicio del vencedor en Garellano:

«Gonzalo no era sólo el capitán enérgico, brioso y esforzado, el soldado de lanza y el guerrero de empuje; era también el General de cálculo, el caudillo estratégico, el jefe organizador. El Gran Capitán era al propio tiempo el negociador político. El intrépido batallador era también el astuto diplomático. El castigador severo de la indisciplina era el hombre afable y contemporizador que sabía atraerse el cariño del soldado. El caballero que se distinguía por el magnífico porte y el brillante arreo de su persona, el remunerador esplóndido y generoso, era también el modelo de sobriedad y el tipo y ejemplo de la paciencia y del sufrimiento en las escaseces, en las privaciones, en los trabajos y en las penalidades. Así no sabemos en qué situación admirar más á Gonzalo, si venciendo en Atella y en Ceriñola, si combatiendo á Tarento y á Ruvo, si rescatando á Ostia y á Cefalonia, si batallando y triunfando en el Garillano, si sufriendo con inagotable y calculada paciencia en la plaza de Barleta y en los pantanos de Pontecorbo. No había genio que pudiera medirse con el de un General que ganó todas las batallas que dió en su vida, y que en su larga carrera militar sólo perdió una, la única que se dió contra su voluntad y contra su dictamen, anunciando anticipadamente el resultado que no podría menos de tener».

Respecto del título militar de Gran Capitán con que ya en su primera estancia en Italia se le calificó, dice el historiador alemán J. Bernays, en su obra titulada *Der Beiname Gran Capitan*, que á Gonzalo Fernández le denominaban así, porque los franceses, contra quienes hizo principalmente la guerra, no tenían en su lenguaje vocablo correspondiente á «Mayor» ó «General» que acá tenemos, y en lugar de él dicen «Gran Maestre» al Mayordomo mayor, y de aquí el apellidar á Gonzalo «Gran Capitán». No tenemos esta explicación por verdadera. El título extraordinario y único de Gran Capitán le fué aplicado por sus soldados en Italia, en las primeras campañas, por aclama-

ción, designándolo así, á modo de «el Capitán por excelencia», por sus eminentes dotes militares. Con este sublime título fué nombrado en su tiempo tanto por sus soldados, como en toda Italia, por amigos y enemigos, y en España le nombraban así desde los Reyes Católicos hasta la gente del pueblo.

El Sr. Cánovas del Castillo, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, hablando de Gonzalo Hernández, dice que fué el primero de los generales que elevó la guerra á ciencia y arte en la edad moderna, y que en punto á talento estratégico se adelantó notablemente á su época.

Hay algunos puntos en la vida del Gran Capitán que no esclarecen las Crónicas con la suficiente claridad y extensión, ya por ser de suyo escabrosos y delicados y no atreverse por tanto á referirlos en tiempos en que la libertad de escribir era muy limitada y sujeta á muchas censuras, como también por tratarse de asuntos reservados, de muy pocos conocidos. En este concepto la Crónica manuscrita es la más explícita, pero no tanto como fuera de desear. He aquí el motivo por qué acompañamos esta Introducción de algunos documentos que ilustran y completan las Crónicas que aquí publicamos. Todos son del mayor interés histórico.

Las relaciones entre el Gran Capitán y D. Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos en Roma; los recelos y suspicacia del Rey D. Fernando respecto de su Virrey en Nápoles; los agravios que después le hizo á su regreso final á España; su manera de pensar y escribir, reflejada en las cartas que de él publicamos, y sobre todo el juicio que acerca del heroico caudillo escribió el famoso Gonzalo Fernández de Oviedo, que tan íntimamente le conocía y trataba, siendo su compañero de armas y su secretario en Italia, asuntos tratados en los adjuntos documentos, son otros tantos focos luminosos que si no totalmente, al menos en gran parte contribuyen á aclarar la parte más velada y desconocida de la vida de nuestro personaje.

En nuestro libro *Don Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos* (Madrid, 1896) dimos á conocer algunos de estos documentos reservados. El Embajador, adicto por todo extremo al Rey Católico, aunque mantenía aparente amistad con Gonzalo, expiaba sigilosamente todos sus actos para dar de ellos cuenta al Rey, insaciable en conocer los menores detalles de su vida. Y no penetrándose bien Rojas de los elevados móviles que inspiraban los actos del egregio caudillo, le acusaba de inmiscuirse en asuntos que no le correspondían, de gastar inmoderadamente en premiar servicios de espías y de hechos militares, y de no ajustarse estrictamente á las órdenes é instrucciones del monarca aragonés.

Esto no obstante, continuamente consultaba Gonzalo con el embajador Rojas los más de los asuntos y recibía de él oportunos avisos y poderosos auxilios de gente y dinero. «Ayudó mucho, dice Zurita, al Gran Capitán para la conquista del reino de Nápoles con muchos socorros que le hizo de gente y dineros; y se ve por muchas cartas del Gran Capitán y del Rey Católico, en que le pide socorro y le da las gracias por ello». «Hubo temporada, escribe D. Pedro de Rojas, conde de Mora (1), de tener más

(1) *Discursos ilustres, históricos y genealógicos*, por D. Pedro de Rojas. Toledo, 1636.

de mil soldados pagados á su costa en el reino de Nápoles, y el Gran Capitán no resolvía cosa de importancia sin consultarla con el Embajador, cuyos pareceres ejecutaba como ley inviolable, así porque sabía era orden de su Rey como por lo que estimaba su persona y respeto que le tenía». Y aunque en esta alabanza de su deudo se extremó y pasó de lo justo el buen Conde, no cabe dudar que el Gran Capitán y Rojas se condujeron siempre en sus relaciones muy amistosa y cortésmente; por más que, como adelante veremos, Rojas vigilaba y observaba atentamente todas las acciones del invicto caudillo, dando de ellas cuenta minuciosa al Rey, á veces con excesivo rigor y celosa intención, como quien sabía que así daba gusto á su señor, y porque le dolía á veces que el Gran Capitán invadiese sus atribuciones y prerrogativas como embajador.

La gran protectora y constante admiradora de Gonzalo Hernández era la reina Católica doña Isabel. Nacido aquél en 1.° de Septiembre de 1453 en el castillo de Montilla, y habiendo muerto su padre D. Pedro Fernández de Aguilar, rico hombre de Castilla, muy joven, lo envió su madre, doña Elvira de Herrera, de la familia de los Enríquez, á criar á Córdoba bajo la dirección de un caballero, pariente algo lejano, llamado Cárcamo. Como su hermano mayor D. Alonso de Aguilar heredó, según costumbre, los más de los bienes de su padre, no podía Gonzalo aspirar á riquezas y honores sino utilizando su claro talento y preeminentes dotes en señalados servicios á los reyes.

Dividida por entonces Castilla en dos partidos, uno que seguía al legítimo rey, Enrique IV, y otro al infante D. Alonso, la ciudad de Córdoba se inclinó á favor de éste. «Entonces fué, dice Quintana, cuando Gonzalo, muy joven todavía, se presentó enviado por su hermano en la Corte de Avila á seguir la fortuna del nuevo rey, á quien sirvió de paje y ayudó en la guerra».

La prematura muerte de D. Alonso cambió el rumbo de las acciones de Gonzalo, volviéndose á Córdoba. Llamado desde Segovia por la princesa doña Isabel, que acababa de casarse con D. Fernando de Aragón y se disponía á defender sus derechos contra los partidarios de la Beltraneja, de tal suerte cautivó el ánimo de aquélla y de los más de los cortesanos por la gallardía de su persona, la elegancia de sus modales y la viveza y profundidad de su ingenio, que todos á una le aclamaban Príncipe de la juventud. Su ostentación, magnificencia y generosidad llamaban poderosamente la atención general; pero careciendo de medios para sostener aquel boato, sus deudos más próximos le censuraban aquel proceder, que auguraba desastroso fin. Mas él, como si presintiese la gloria, alto estado y trofeos que le esperaban, siguió adelante en su manera de ser.

La parte principalísima y fecunda en laureles que tomó en la guerra de Granada; sus gloriosas campañas en Italia, asombro de todo el mundo; su salida de aquella península, obtenida de una manera solapada ó insidiosa por el rey D. Fernando; la conducta de todo punto injusta, inmerecida y enconada que siguió con aquel magnánimo y fidelísimo vasallo, que tantos y tan señalados servicios le prestó y tan alto puso el nombre y la bandera de España; su increíble destierro y su cristiana muerte, acelerada por agravios y desvíos sin cuento, ocurrida el día 2 de diciembre de 1515, escritos están amplia y detalladamente en las Crónicas ahora dadas á luz.

La Reina Católica, dotada de magnánimo corazón y de grandeza de ánimo, era toda dulzura y bondad, sin dejar por eso de ostentar, cuando la necesidad lo requería, inalterable firmeza y energía de carácter. Asociaba con nobleza su alma á los elevados pensamientos y portentosas acciones de los grandes hombres de su reino: ella alentó, ayudó y sublimó á Gonzalo Hernández, á Colón, á Cisneros y á muchos otros varones esclarecidos, que tantos bienes de todo género reportaron á la patria.

El rey D. Fernando, dotado de las más eminentes y preciadas dotes de hombre de Estado y de esforzado y hábil guerrero, era codicioso, tacaño, y sobre todo tan excesivamente celoso de su autoridad, que miraba siempre con suspicacia y desconfianza á los que sobresalían por sus grandes hechos y heroicas empresas.

Mientras vivió la excelsa Isabel, estas cualidades, que tanto le perjudicaban en la opinión general, se mantuvieron, por decirlo así, refrenadas y latentes por las opuestas de la Reina, á quien en grado sumo veneraba por sus altas virtudes. Pero cuando ella faltó; cuando la reemplazó con D.ª Germana, de triste memoria, y cuando se dejó dominar por los cortesanos maldicientes y envidiosos de los prestigios y trofeos de los Córdoba, de los Colón y de los Cisneros, dando oído á sus intrigas y rivalidades, todas las grandes hechuras de la magnánima Reina ó se derrumbaron totalmente ó quedaron oscurecidas y olvidadas. A dos hombres solamente temió el Rey Católico por su prestigio y por su carácter: al Gran Capitán y á Cisneros; al uno lo derrocó de su grandeza por arteros medios y al otro no pudo echarlo de su elevado cargo eclesiástico, pero casi le anonadó hasta que imperiosa necesidad le obligó á nombrarle Regente del reino después de sus días.

Aquel nunca bien ponderado Gonzalo Hernández, en todo el mundo conocido por sus excelentes dotes militares con el justo título de Gran Capitán; que una y otra vez ganó para el monarca aragonés el reino de Nápoles contra todo el poder de Francia y de Italia; que había avasallado y reducido á los moros de Granada, obtenido de los turcos los más brillantes triunfos y elevado el nombre de España y su prepotencia militar al más alto grado de reputación y de gloria, fué traído contra su voluntad de Nápoles á España por el mismo D. Fernando, usando para ello de mil engañosos pretextos, ofreciéndole dádivas y promesas que nunca cumplió, aun estando convenidas y firmadas, olvidando sus méritos y causándole toda clase de vejaciones y desprecios, con refinadas y falaces apariencias de estimar en mucho su persona, hasta que, herido en lo más vivo de su alma, arrinconado y olvidado de aquel á quien tantos y tan grandes servicios había prestado, la entregó á Dios, traspasado de la más negra y abominable de las penas, la ingratitud. Y todo ello ¿por qué? Porque había llegado á figurarse, sin tener para ello el menor motivo, que el Gran Capitán, querido de sus soldados, venerado de sus capitanes, aclamado por el pueblo, ensalzado por los Papas y por los Príncipes y señoríos de Italia, admirado hasta de sus mismos enemigos franceses y turcos, aspiraba á hacerse proclamar rey de Nápoles; y cuando esto no, porque administraba las rentas de aquel Estado con despilfarro, no dando cuenta de ellas ni haciendo entrar en las arcas reales las sumas que anteriormente ingresaban. Como si un Estado que hubo que conquistar palmo á palmo y en el que combatían con encarnizamiento poderosos ejércitos, pudiese producir en la guerra y poco después de ella pingües y abundantes frutos. Y en fin, porque se imaginó también el soberano arago-

nés que en su contienda con el rey D. Felipe el Hermoso trataba de pasarse, como los más de los Grandes de Castilla hicieron, al bando de su yerno. La tenaz y continua desconfianza del Rey Católico hacia la nobilísima y leal persona de Gonzalo Hernández, causa fué de la sangrienta y vergonzosa derrota de Ravena, donde más que nunca se echó de menos la presencia y dirección del vencedor de Cerinola y de Garellano.

«Cuando se trató (dice Cánovas) de volver á enviar al Gran Capitán á Italia después de la batalla de Ravena, exigió Fernando el Católico que se le pagase entre todos los aliados el sueldo que había de ganar; lo cual indica, ó que el Gran Capitán trabajaba muy caro para la época ó que sobre todo cuanto se piensa era el Rey económico. A este propósito escribía el Rey Católico á su embajador en Roma, desde Burgos, á 7 de mayo de 1512: «Y porque es razón que los de la Liga demos al Gran Capitán salario para su persona y plato por el dicho cargo de Capitán General de la Liga, direis al Papa que me paresce que le debemos dar su Santidad y yo y venecianos treinta mil ducados cada año para su plato, como he dicho; que los diez mil pague el Papa, y los diez mil yo, y los diez mil venecianos, y trabajad que así se asiente por escriptura entre las partes, porque el dicho salario sea cierto durante el dicho cargo».

¿Y qué decir de la conducta que con Cristóbal Colón usó el rey Fernando, muerta su esposa? ¡Qué desvío, qué desprecio, qué regatearle las concesiones estipuladas al hombre que había descubierto para la corona de Castilla el más portentoso y vasto territorio hasta entonces conocido! ¡Cómo consintió que gloria tan legítima muriera pobre, desprestigiado y lleno de amarguras, que le acortaron la vida! Seguramente no hubiera sido este su fin á haber vivido la reina D.ª Isabel.

Víctima fué también de su suspicacia y avaricia el insigne Cardenal fray Francisco de Cisneros, á quien, muerta la reina Isabel, quiso desposeer ignominiosamente del Arzobispado de Toledo para otorgárselo á su hijo natural, el Arzobispo de Zaragoza, so pretexto de que aquella era dignidad más pingüe y productiva que ésta. Y hubiéralo conseguido á no tropezar con un carácter tan enérgico y firme como el del fundador de la Universidad complutense. El cual á sus reiteradas instancias replicó con altiva entereza: que primero que consentir en deshacer lo que la Reina Católica había hecho, se retiraría á su celda y renunciaría á todo. Más tarde quiso también arrebatarle la gloria de la empresa de Orán, atribuyéndose pomposamente su iniciativa y punto menos que su ejecución. Y en fin, cuando en los postreros días de su vida dictaba su último testamento, no sabiendo á quién encargar la regencia de Castilla, uno de sus consejeros le propuso al Cardenal Cisneros: «Luego paresció, escribe Galíndez de Carvajal, que no había estado bien el Rey en su nombramiento, y dijo de presto: «Ya vosotros conosceis su condicion»; y estuvo un poco sin que ninguno le replicase»; y aunque luego recordó que era buen hombre, de buenos deseos y sin parientes, y si al fin lo nombró, porque no recordó otro que reuniera sus condiciones, fué siempre con cierta repugnancia y apremiado por la necesidad.

Borrones son todos estos que afean la grandiosa figura del Rey Católico, á quien de todas veras desearíamos ver limpio de toda mancha, por el importantísimo y transcendental papel que en la historia de España tiene.

A. Rodríguez Villa.

CARTAS DEL GRAN CAPITÁN

Documentos relativos al mismo, notas y aclaraciones á algunos pasajes de sus Crónicas.

1. El Gran Capitán al Secretario de los Reyes Católicos, Miguel Pérez de Almazán (1497).

Muy noble señor: Agora nos podrés quexar de mis letras, pues veis van tan amenudo; y de las vuestras, yo señor, quanto sabeis que no me haveys respondido. Las cosas dacá, por lo que á sus altezas se escribe, las sabreys; y no hay más que screviros, señor, salvo que os pido por merced procureis cómo se me responda luego á todo lo que scrivo, y se despache luego á Pedro de Frias, si al recebir desta no lo fuese. Nuestro Señor guarde vuestra muy noble presona y estado acreciente como desea. De Olivito XXVIIII de Enero. «Estas cartas, señor, os pido por merced, se den á quien se envian y en vuestra merced me encomiendo v. s., *Gonzalo Hernandez*» (1).

2. El Gran Capitán al Secretario Pérez de Almazán (1497).

Muy honrado é magnífico señor: Porque de mi tardanza y voluntad el señor Pedro Navarro dirá, y de lo mas que de acá quereis saber, si llegaré antes que yo; suplicoos le creais, y como á mí, que tan vuestro servidor soy, le trateis. Y porque creo, plaziendo á Dios, que esta no llegará primero que yo, acabo. — Nuestro Señor vuestra magnífica persona y estado guarde é prospere como, señor, deseais. A vuestro servicio, *Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.*

(1) Lo entrecomado es de mano del Gran Capitán.

3. Gonzalo Hernández (1) el de Rijoles á los Reyes Católicos (1500).

Muy altos y muy poderosos señores: Ayer domingo, que fueron 15 de Noviembre, rescebí una carta de vuestras altezas, hecha en Granada á los treinta de Agosto, en que mandan que, vista aquella, me parta para ser donde vuestras altezas estarán, porque de mí se quieren servir en algunas cosas de nuestra Orden. Las manos beso á vuestras altezas por la merced que me hacen en acordarse de mandarme en que les pueda servir, especialmente en cosas de la Orden. A Gonzalo Hernandez he escrito para que, si su venida en Sicilia no ha de ser tan presta, provea en la gobernacion destas tierras como convenga al servicio de vuestras Altezas, y yo me pueda partir á cumplir su real mandamiento. Vista su respuesta ó provision, sin perder tiempo me partiré.

Despues que Gonzalo Hernandez con la armada de Vuestras Altezas partió de Mesina, que fue á los veinte y siete de Setiembre, no se ha sabido nueva cierta della. Háse dicho que tomó una isla de turcos llamada Santa Maura, y que de allí se pasó al Içanto, que es otra isla de los venecianos, donde hay buen puerto. Decíase que vernía allí el Capitan General de la armada veneciana, que están en Nápoles de Romania. Despues se dixo que la dicha armada de V. A. estaba en Gorfo

(1) Este Gonzalo Hernández no es el Gran Capitán, sino un pariente suyo del mismo nombre, y así para distinguirlo del otro puso el Secretario de los Reyes al dorso: «El que estaba en Rijoles».

(Corfú). Esto es lo que aquí se sabe hasta agora.

De aquí partirá mañana placiendo á Dios una caravela que Gonzalo Hernandez dexó en Mesina adereszando, la qual lleva un pliego de cartas de V. A. para Gonzalo Hernandez, que el Embaxador de Nápoles ha enviado á Mecina esta semana pasada. No ha podido partir antes por los tiempos haberle sido contrarios. Nuestro Señor la vida y Real Estado de V. A. cresca con mayor prosperidad como por V. A. es deseado. De Rijoles. De V. A. Su humil siervo, que sus pies y reales manos besa, *Gonzalo Hernandez.*

4. El Gran Capitán al Secretario Miguel Pérez de Almazán, recomendándole á Nuño de Ocampo [1] *(1500?).*

Muy magnífico señor: Pues de Nuño de Ocampo sabreis lo que de los vuestros quereis entender, no diré más de suplicaros lo creais, y que aquí somos venidos para cuanto seays servido. De cerca de Génova, hoy miércoles XX junio. A vuestro servicio, *Gonzalo Fernandez, duque de Terranova.*

5. Doña María, mujer de Gonzalo Hernández, el Gran Capitán, al Secretario Miguel Pérez de Almazán (1500).

Muy virtuoso señor: A sus Altezas escribo suplicándoles quieran mandar suspender en los pleitos que Gonzalo Hernandez, mi señor, tiene, pues está en su servicio, y es cosa que se suele facer con otros en caso semejante; en merced, señor, os tendré encamineis como se haga, segun Diego de Baeça de mi parte os lo pedirá por merced, el cual sea creido, y allende de ser justa la peticion, yo recibiré en ello mucha merced. Nuestro Señor vuestra muy virtuosa persona é casa guarde e acreciente, como, señor, deseais [2]. De Ecija 5 de Diciembre (de 1500). En merced de la Señora me encomiendo, á lo que, señor, mandareis, *f. Doña Marya.*

6. El Rey Católico al Secretario Miguel Pérez de Almazán (1501).

El Rey.—Miguel Perez Dalmaçan, mi secretario y del mi Consejo. Vi lo que *Gonzalo Fernandez de Córdoba,* mi capitan general y del mi Consejo, escribe sobre el bizcocho que dize le mandemos dar de Sicilia, y yo no sé porqué razon lo pide, porque como sabeys el sueldo que se les dá es para todas las cosas que hayan menester; y si por ventura hay algunas cosas extraordinarias, aquello se ha de cumplir de aquá, porque aunque yo quisiese mandarlo cumplir, agora no se puede fazer, porque, como sabeys, en aquellas fortalezas y reparos que allá se fazen, se ha gastado y gasta mucho; y tambien para estos dineros que agora tengo de enviar he habido de tomar de unos y de otros, de manera que aun para cumplir estas dos cosas no abastará lo de allá. Dezidlo assi á la Serenissima Reyna, mi muy cara e muy amada mujer, para que se responda al dicho Gonzalo Fernandez lo que allá pâreciere.

(Siguen otros párrafos sobre diversos asuntos sin gran interés).

Assimismo dezid á la Serenissima Reyna, que hoy he recebido cartas de Barcelona en que me escriben que la nao de mossen Carriera está muy bien reparada y que la quieren vender, y que si la quisiéramos comprar nosotros que nos la darán en buen precio. Dezidlo assi á la Reyna para que vea lo que la parece que se debe fazer. Y porque no se pierda tiempo, he enviado á mandar que la tomen á sueldo entretanto que nosotros deliberamos de la comprar ó no; y así la tomarán luego, y por eso es menester que dé luego ahí el tesorero Morales el dinero que para ello fuere menester á Sancho Ruy para que él lo faga dar en Barcelona.

Con los moros he tomado el asiento que vereis por la capitulacion que va aquí. Dadla luego á la Reina para que la firme y venga volando, porque esta capitulacion se acabe más presto. De Ronda á XI de Abril de 1501 años.—*Yo el Rey* [1].

7. Carta del Gran Capitán á D. Francisco de Rojas, Embajador en Roma de los Reyes Católicos (Turpia, 27 de Julio de 1501).

Muy magnífico Señor: La galea con vuestro dinero y letras me llegó á los IX de Julio y me hallo toda la armada y gente pasada en Calabria desde los V; y hallome en Fumara

(1) Es toda de mano del Gran Capitán. Sin fecha.
(2) De mano propia.

(1) Original.

de Mur pasando por el faro la gente de caballo, que por la pestilencia de (la) misma y todas aquellas tierras ha sido con grand trabajo. Yo pasé allí primero con mill y quinientos peones, y en tanto que los caballeros pasaron, se tomaron XV tierras. Como los caballeros fueron pasados con los peones, en que iban los vuestros, los encaminé la via de Monteleon. Yo me fue [1] en las galeas á Turpia para tomar dalli la gente que se pagaba y salir á juntarme con los otros á Monteleon, y así se ha fecho; y desta salida se han levado las tierras que vereys por este memorial. La gente es ya pasada á la llana de Nicastro y allí está hoy. Yo vine aquí en Turpia por dar recabdo á la armada de mar y repartilla la que ha de yr en Pulla y la que ha de quedar en estotra parte y para enviar las galeas y barchas que son ydas por la Reyna de Nápoles, como sus altezas lo mandaron. Van seys galeas y una carraca y dos barchas gruesas. Con ellas va Iñigo Lopez de Ayala. Es la yda sobre aver certificado el Rey don Fadrique á Clauer que la queria dar, sy no que los electos y jentiles ombres jelo estoruarian, mas quel lo haria sobre este fundamento; van con requerimientos y otras hablas al propósito para que la den, y syno que tengan sitiada á Nápoles por la mar y le hagan la mas estrecha guerra que podrán. Lleua ordinacion Iñigo Lopez de hazer saber á lo que va á mosse de Aubeni y á aquellos capitanes. Enviele una carta de sus altezas que para esto me enviaron. Yo le escreuí á él y á todos los otros capitanes. Va bien instruto de satisfazerles en mucho y no dalles sospecha en nada, y que á vos, Señor, os avise de lo que allí sucederá. Lleua más prouisiones para sacar todos los españoles de Capua y Nápoles y doquier que estovieren. Va para satisfazelles en todo y ayudalles si lo avrán menester, é sy la reyna le dieren, traella, de que yo tengo poca esperança. Yo me parto de mañana jueues para el campo con ayuda de Dios y lleuo toda la gente pagada y la vuestra se paga otro mes; y luego me parto para Cosençia el viernes con la gracia de Nuestro Señor. No creo que hallaré más resistencia que en lo pasado, sino en el castillo que me dizen que se ha fortificado y proueydo. De que seamos más cerca no dubdo que mude

(1) Sic.

de propósito; mas aunque lo haga no me estoruará el viaje, porque es cosa que con pocos quedará el sitio puesto y yo seguiré mi via hasta lo de Pulla, que es donde yo deseo más llegar, porque en aquello consiste el peligro, si lo hay. No os marauillés, Señor, sino soy tan adelante en jornada para satisfazer grand debda y de tanto tiempo de mar y de tierra y convenir tanta diversidad. No lo tengo yo que siento lo que me cuesta y soy á quien menos le paresce esto; mas ya que somos puestos en jornada, espero en Dios que oyrés cosa que os plega, é que la parte nuestra no avrá tanta dificultad, ecepto tres fortalezas que con poca gente se pueden sitiar y yo quedar libre para obrarme en otra parte si converná. Y quiero saber de vos, Señor, esto: si los franceses hallando el minero de Capua y Nápoles duro, como acá se dize, y considerando que acabado aquello se acabó en todo, me requieren por ayuda ¿qué haré? Mi propósito es hasta acabar lo que deuo con ayuda de Dios no dexarlo por otro. Avisadme de lo que os paresce que lo deuo ser [1] y así lo seré, Señor. De lo más de lo de acá, questas fustas en los pasajes y reduciones de pueblos, han tenido tanto que hacer que no nos deveys dar cargo.

Mossen Clauer por una letra que de sus Altezas le envié, se vino, y aun porque sin vergüença y daño no pudiera estar allí. Hame ofrescido de parte del Rey que me dará la çibdad para sus Altezas; y los mesinos [2] de la çibdad me han dicho que leuantarán las banderas nuestras, ó que yo me interponga entrellos y franceses porque syentan alguna mejoría. Digos verdad, que visto que ofrescimiento de un Reyno pocas veces se ofresce, que la cosa es á término que al no podria hazer; y aunque de la potencia de nuestros amigos somos nosotros buena parte, y que sy la otra vuelta se tomase, no se les haria el juego tan ligero; y considerando que quando esta negociacion se hizo, otra disposicion se creya de Italia de la que oy se siente, cierto me retoça la madre y como en escrúpulo de conciencia quiero que' me satifagays. Mas acordandoseme del amor de la Reyna nuestra señora con Francia, tengome á lo que me escribistes que siguiese y no curase de ofrecimientos; y así se ha fecho y hará; mas quien

(1) Sic.
(2) Sic: por vecinos.

pregunta no hierra. De los franceses he sabido que han enviado un hijo del Conde de Capacha para reboltar las tierras que eran de su padre y que alçen sus banderas y son de nuestra parte.

El Principe de Melfa se quiso concertar con mose de Aubeni y es de la parte nuestra. Pidiéndole la confirmacion del Estado respondiole que no podia ser, porquel Rey de Francia lo tenia dado á Juan Jacobo de Tiburçio, é así otras cosas desta calidad, junto que me han dicho que tratan muy mal todos los españoles que hallan. Ved qué dezís á esto, que va camino de ser yo un gran propheta.

Çinbron vino, Señor, acá y yo querria y deseo más españoles; aunque sean más caros de los que traxe, no me pesa, pues sus Altezas los mandan pagar: querria que se cumpliese el número que mandan tener, y para lo del Reyno no me penaria mucho no tenellos; mas para con vos, Señor, yo querria ordenarme que ninguna cosa pueda venir que no me (halle) aperçebido; pues no me puede hallar sin haverlo pensado, y os ternia en merced, Señor, que sy puede darse camino á Çinbron para otros quinientos peones, me hareys merced, allende del servicio de sus Altezas, aunque se tomen á cambio ay los dineros, pues ay han de venir nuestros cambios; y no dubdo y no dubdo [1] que ya ay no sean, de lo qual ay necesidad, porquesta gente ya pide lo que han de aver, y no es sin razon, segund todo les dura poco; y hágase así, Señor, como estotra vez, que fue bien hecho; y no trayga colunel de allá, si será posible, porque acá se le dará, y si no se podiere escusar, sea buen hombre. Aquí es llegado el despensero mayor: viene tesorero de estas provincias con otros cargos de tenencias y capitania. El es muy hombre de pro syn dubda, mas el cargo cierto es grande. Al presente no ay mas que dezir, Señor, syno que este correo he detenido acá hasta podelle enviar con lo que agora va.

Suplicos le mandeys dar buen aviamiento, porque con él scriuo á sus Altezas; y Torralua patron desta fusta va á estar allá, Señor, y que venga quando le mandareys; y luego esta semana os haré otra desde Consençia plaziendo á Dios, y con todo lo que se ofrescerá avreys mensajero. Preguntaisme, Señor, con qué gente entré en el Reyno: somos CCXC ombres darmas y CCC ginetes e quatro mill peones.

Nuestro Señor vuestra vida y casa guarde é prospere. De Turpia XXVII de Julio de 1501 [1]. A vuestro servicio, *Gonzalo Fernandez.*

[1] Sic: repetido.

[1] De mano del Gran Capitan.

8. *Párrafos de carta de Juan de Conchillos á los Reyes Católicos (Nápoles 26 de Septiembre de 1501).*

Muy altos y muy poderosos príncipes y muy católicos señores: Ya ha ocho dias que no he sabido nada de Gonzalo Fernandez, que como agora está lexos y los caminos están peligrosos, vienen muy pocos de allá. La postrera nueva que dél se ha sabido es que estaba á seis millas de Taranto, en que se cree ha mas de seis dias está sobre él; y despachado aquel con la ayuda de nuestro Señor, será todo allanado; porque algunas fuerzas que hay en la Pulla y asimismo en tierra de Otranto, no ha espera sino tomado Taranto darse todas, y estas son pocas.

Tienen acá al dicho Gonzalo Fernandez en tan buena fama del buen tratamiento que face, así á los barones y caballeros como á los pueblos, que ruegan aquí todos á Dios por la vida de V. AA., porque saben que procede de su mandamiento. Tiene muy buena gente y muy adrezada; lo qual se sabe muy bien acá todo. Luego que algo supiere de lo que ha fecho, lo escribiré á V. AA.

9. *El Gran Capitán á los Reyes Católicos (1501).*

Muy altos, muy católicos é muy poderosos príncipes Rey é Reyna é señores: Bien creo vuestras altezas serán avisados de la muerte del maestre justicier Conde de Adorno, y que por muchos serán suplicados hagan merced del oficio, e aun con ofrecimiento de grand servicio, segund la costumbre deste reyno y el caso lo requiere: e de quanto V. A. pueden ser servidos por ello, tambien creo lo saben; escusado es que yo alargue en esto, ni aun en lo que diré, segund V. A. del todo pienso que sean bien informados. Mas por darles la re-

lacion cierta del ser de las personas en quien esto cabría mejor al propósito de vuestro servicio. Porque en esto se ([1]) querido mirar, aunque muchos mucho merezcan, de ninguno hallo mejor relacion que de don Guilermo, hijo del dicho Conde, y el Visorrey asi me lo ha certificado; y deste conozco en él tener mayor contentamiento. E porque aquí me hallo, he querido dar esta relacion á V. A., aunque sé que la pudiera escusar, segund las que de otros ternán. Remitome á aquello que será más su servicio. Nuestro Señor guarde y acreciente la vida e Real Estado de V. A. como por su real corazon es deseado. De Palermo á dos de Junio de 1501 ([2]).

10. El Gran Capitán á los Reyes Católicos ([3]) *y capítulos de otra carta sin firma sobre la entrada de éste en Nápoles (1501).*

Muy altos y muy poderosos Príncipes, Rey é Reina, nuestros Señores: Escusarme he de culpa con V. AA. por no haberles escrito tanto tiempo, seria más culparme; y por esto suplico á V. AA. me perdonen, pues mi intencion no erró, que ha sido en esta jornada serviros mucho y enviaros poco; recontando los trabajos que en guerrear los contrarios y sufriendo esta gente de V. AA. he sostenido, y dalles importunidad con demandas hasta darles cuenta de la cumplida victoria, que no era en duda, por la gracia de nuestro Señor, juzgando por razon cuánto más era lo hecho que lo por hacer, y los que éramos y eran cuando lo comenzamos, y los que somos y quedaban en lo que restaba por acabar. Y porque de las cosas pasadas V. AA. eran informados del Virrey de Sicilia y de los embaxadores de Roma y Nápoles, á quien yo daba aviso de las cosas que V. AA. debian saber, así de lo hecho en Calabria, reduciéndola dos veces á la obediencia del Rey Don Fernando, y así de lo que pasó, yendonos á ayuntar con él, y de lo que se hizo en el cerco de la Tela, con lo cual se habia acabado la guerra dèste reino. En pena desta soberbia V. AA. tienen causa de ser de mí mal contentos, y la guerra será por quanto V. AA. querrán. Cuando de Atela partimos con los franceses para embarcallos, el Rey me mandó volver en Calabria, porque con mi absencia la mayor parte della se habia rebelado... En este viage por gracia de nuestro Señor se reduzió toda la provincia de la Basilicata, y se tomó todo el estado del Príncipe de Visiñano, sin dexarle una almena; y lo más del estado del Príncipe de Salerno, y todo lo de los Condes de Capachia y Lauria y de Melito y de otros barones desta casa de San Severino; y en breves dias se reduzió todo lo de Calabria, que era alzado; y desta causa ellos se concertaron con el Rey y mosse de Aubeni, francés, que era Virrey por el de Francia...

(Sigue á continuación una carta sin firma, parte en claro, parte en cifra, en que se lee):

«A los trece screbí á V. AA. del campo del Gandelo, cómo los electos de Nápoles habian venido á fablar con el Duque de Terranova, y que se platicaba de los capítulos, y que dentro dos dias seríamos en Nápoles con la ayuda de Dios. Agora fago saber á V. AA. cómo con la ayuda de Dios, hoy que son XVI del presente, el Duque de Terranova, en nombre de V. AA., es entrado en la cibdad de Nápoles, la cual con la mayor voluntad del mundo se ha reducido á V. AA. Fueron muchos gentiles hombres antes de acabar los capítulos al campo á visitar al Duque; y al camino se salieron á recibir quantos habia en Nápoles, y los electos le sacaron las llaves de la cibdad y gelas dieron; las cuales el Duque recibió y les tomó con mucha voluntad. Y así entró en la cibdad acompañado de todos, y fizo la vuelta que se suele por todos los seges.

»Falló la cibdad con todas las ventanas llenas de alhombras y paños, y mugeres; y todas las calles y plazas llenas de hombres en tanta quantidad ques cosa de espanto la poblacion y gente que parecia, y la amor y aficion y alegria que grandes y chicos mostraban gritando «¡España! ¡España!», y llorando muchos de alegria, y dando gracias á Dios por sacarlos de cautiverio; era cosa despanto. Y así fue el Duque á facer oracion á la iglesia; y de allí fue acompañado á su posada. De forma que pues á Dios ha placido reintegrar á V. AA. desta ciudad y reino, como espero en Dios serán presto, es razon que cuando no fuese por el interese y conservacion de las cosas propias, por solo satisfacer el amor y aficion que los desta cib-

([1]) Sic. Falta al parecer la palabra «ha».
([2]) Tiene cortada la firma.
([3]) Está entre cartas sin fecha; parte en claro y parte en cifra.—Original.

dad han mostrado y muestran á V. AA. que los amparen y defiendan. Plega á nuestro Señor que por muchos años é jus perpetuo gocen V. AA. deste reino como desean y así les faga buena pro. Y luego dende á una hora quel Duque fue allegado á su posada, cabalgamos él é yo con seis ó siete otros, y fuimos á ver la disposicion del castillo y lo que convenia facer para el cerco; y así se ordenó de empezar de facer ciertas trincheas para pasar á las estancias que se han de facer, las cuales se empezarán de facer esta noche, y mañana se habrán los gastadores que son menester para continuar y apretar el castillo; en el qual por lo que se entiende, dicen hay en el castillo Nuevo quinientos ó seiscientos hombres, y no tanta artilleria como seria menester. De vituallas dicen están bien. Espero en Dios que presto lo habrán V. AA; porque aunque hayan puesto en alguna defensa la obra nueva que se fizo en la ciutadela del castillo, no falta dispusicion para apretarle y haberlo muy presto con ayuda de Dios, y así plega á él cumplirlo.

»Los franceses que quedaron con ciento treinta lanzas, que dicen les vinieron, é ciertos peones que el rey de Francia tenia con Valentines están al Garillano, que poco más ó menos segund lo que se dice, serán trecientas lanzas y dos mil peones, á las espaldas dellos en Capua; y en lo de Sessa están cuatrocientos de caballo nuestros, y aprietanlos y acabarán de echar del reino. Y por no traer á esta cibdad más gente de la que es menester para el cerco del castillo, el Duque acordó deste último campo que tuvimos al Gandelo de enviar toda la gente darmas y peones, salvo mil y quinientos ó dos mil peones, que quiere dexar para el cerco deste castillo. Y estando sobre este propósito, la noche antes los peones españoles, usando de su costumbre, empezaron de gridar por el campo «Paga! Paga!»; y anduvieron amotinándose para no ir adelante, como al Duque y á todos parecia, con decir que el Duque les prometió de pagar en Nápoles y que el Duque se quedaba en Nápoles y enviaba á ellos adelante por despedirlos y no pagarlos, y que no querian ir sino donde el Duque fuese. De forma que fue forzado por evitar su desverguenzamiento y mayor inconveniente decir el Duque queria que viniesen con él á Nápoles; y así envió el Duque toda la gente darmas y de caballo y los alemanes la via de Sessa hácia los franceses con el Duque de Termes, y con orden de se detener allí fasta que el Duque fuese; y el dicho Duque traxo consigo aquí á Nápoles todos los peones españoles.

»Face cuenta el Duque de estar aquí seis ó ocho dias para proveer en lo del cerco del castillo y otras cosas de la cibdad de Nápoles, y en haber dinero para la gente, y empues dexar aqui los dichos mil y quinientos ó dos mil peones para el cerco, y con él á Pedro Navarro y otros capitanes, y con el resto de nuestros peones irse hácia la otra gente y los franceses.

»La provision de artilleria que se ha fecho y face cuenta de facer para estos cercos es que agora solo traximos con nosotros la artillería que tomamos á los franceses el dia de la batalla, que es dos cañones y una culebrina y ocho falconetes. Habemos enviado á la Cerinola por la artillería que trayamos nosotros, que dexamos ahí; que es cuatro cañones y diez girifaltes; é así facemos cuenta que para este castillo pornemos los dos cañones y culebrinas que tenemos aqui, y tres cañones y una culebrina que tiene el Marqués del Gasto en Iscla, y los cuatro cañones que facemos venir de la Cerinola, que será por todo nueve cañones y dos culebrinas y diez gerifaltos y ocho falconetes; y mas ha proveido el Duque que traigan por mar de Taranto seis ó siete cañones para el cerco de Gayeta, á fin que á un mismo tiempo, si ser podrá, se ponga cerco en los castillos de aqui y de Gayeta.

»Otrosí: ha habido el Duque cartas de Calabria; y por lo que se entiende, parece que no fue verdad que fuese preso mosse de Aubeni en la batalla de Calabria. Es verdad que lo tienen cercado en un castillo que se dice la Roca de Angito, y esperaban de haberlo presto. La gente de V. AA. de Calabria está en mucha desorden y discorde entre ellos por la muerte de Puertocarrero, queriendo ser cada uno el capitán, y no tener por bien ser gobernados los unos de los otros. Roban las tierras y facen tantos desórdenes que allende del daño y desfacion de los pueblos, facen aborrecer á V. AA. El Duque trabaja de facerlos venir á juntar con él, á fin de evitar los desórdenes é inconvenientes que sus malas obras procuran y poderse

ayudar dellos para el cerco destos castillos de Nápoles y Gayeta y seguir los franceses fasta echarlos del reino, dexando en Calabria alguna gente para acabar y recobrar lo de allá; y en esto se da priesa...»

11. El Gran Capitán al Secretario del Rey Católico, Miguel Pérez de Almazán (1501).

Muy magnífico Señor: Iohanelo de Raymo, gentilhombre napolitano, segund la informacion tengo, fue servidor del Rey Don Fernando, primero siendo Duque de Calabria é despues cuando fue Rey fasta que murió; y en remuneracion de sus servicios le hizo gracia del oficio de credençero de los fundicos e aduana de la provincia de Abruço con treinta y seis onças de provision cada año, por los cinco fundicos que son en la dicha provincia. El cual dicho Juanelo tuvo é poseyó este oficio todo el tiempo de su vida fasta que agora murió, dexando muchos hijos é hijas, que no tenia otra cosa de qué los sostener; y porque en el tiempo que yo conoscí á este Juanelo fue buen servidor del Rey nuestro Señor, yo escribo á S. A. suplicándole quiera facer merced deste oficio á sus hijos, con que puedan casar las hijas y ellos sostenerse. Suplico, señor, los hayais recomendados y les querais favorescer é ayudar de manera que hayan buen endereço; que lo que en ello se hiciere, yo lo rescibiré por merced. Nuestro Señor vuestra muy magnífica persona y estado guarde y prospere. De Nápoles XVI de.. (No sigue más). A vuestro servicio, *Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.*

12. El Rey de Francia á los Reyes Católicos [1] *(1502).*

Muy altos e muy excelentes y muy poderosos Príncipe y Princesa, nuestros muy caros y muy amados hermanos, primo y prima y aliados: Nos habemos sido avisados que hay alguna diferencia entre Gonzalo Fernandez, vuestro lugarteniente en vuestros ducados de Apulla y Calabria, y nuestro primo el Duque de Nemos, tambien nuestro lugarteniente y visorrey en nuestro reino de Nápoles, por razon de la peticion de entre vos y nos. Y porque nos desplazeria á maravilla que por esta materia ni otras pudiésemos venir en alguna diferencia con vos, nos vos rogamos que para apuntar esta materia y fazer las dichas particiones, segund los tratados é artículos concluidos é acordados entre vos é nos, los quales de nuestra parte queremos entretener y guardar de punto en punto, segund su forma y tenor, voz querays enviar una ó dos personas de autoridad, sabios y bien instrutos, que vayan al dicho realme; y de nuestra parte enviamos asimismo otros, los quales apuntarán é concluirán juntamente las dichas diferencias; de suerte y manera que despues no haya en esto más debate ni quistion; rogandovos que nos querais avertir del tiempo que los enviareys, á fin que nos enviemos otros, como dicho es... Escrita en Blays á XVIII de Enero de quinientos y dos años. Vuestro bueno y leal hermano, *Loys.*

(1) Copia de la traducción; es de la época. Se refiere al tratado de partición del reino de Nápoles.

13. El Gran Capitán á los Reyes Católicos. (La Tela, 1.º de Mayo de 1502) [1].

Ya escrebí que el Duque Don Fernando estaba en deseo de remitirse á V. AA. é por intervencion del Conde y algunos que estaban cerca de él mudó propósito; visto cuánto importa á vuestro servicio que esto no salga de vuestra cuenta y lo mucho que pesa á franceses y lo que procuran estorbarlo, Malferite y yo nos metimos á tratar con él y facerle partido de los veinte mil ducados que V. AA. mandarán; de aqui sobimos á los veinticinco mil, y él se puso en que fuesen treinta, los cuales yo le concedí, más por detenerle que por darselos y se tomar lugar de consultar á V. AA., quedando el complimiento remitido á la voluntad de V. AA., si lo oviesen por bien, y por esperar consulta y nueva, de otra manera se le otorgaban, pues se detenia hasta conocer más de las cosas y del tiempo y el cumplir quedaba á la voluntad de V. AA. Por buen respeto me creo no haber cabido en ello; pareció á algunos no ser aquello bien fecho: querian que se disparase y que el Duque se dexase andar. Considerando yo por lo que sé deste reino y del ánsia de franceses por llevar á este mozo, no di lugar á aquello; mas por buena manera entretuve al Duque á su placer por doce dias que no se partiese, y en tanto recebimos estas postreras letras

(1) En cifra, menos algunas palabras en claro.

de V. AA., en que mandan se cobre éste para vuestro servicio. Y así por esto como porque más claramente se ha conocido la mala voluntad destos franceses de venir en rompimiento, que yo creo que no se podrá escusar, á todos y más á quien antes lo estorbaba, ha parecido que se debe de evitar y no dexarle ir en ninguna manera, é sin atrevernos á lo que le era prometido en los capítulos de Taranto no se pudiera facer de otra manera, pues la primera éramos más de como agora se hace, que cuesta más como agora süena. Mas en esto no están V. AA., que así la renta como lo del Estado yo lo reduciré á mejor conveniencia y aun la voluntad. Otorgose esto por gozar deste tiempo, más que por creerse que esto habrá efecto; porque su padre por ninguna manera aprobará su quedada, aunque la quiera; porque el Rey de Francia hace instancia sobre ello, y estos franceses que en este reino son, ya dicen destruirán á don Fadrique, si este su fijo allá no va; porque es trama suya que no yendo, jamás se fiarán dél ni terná crédito con ellos, ni habrá partido de los que agora tratan, que es, segun afirman así franceses como italianos, que el Rey de Francia recibe de Don Fadrique docientos mill ducados en esta manera: los cient mill ducados en contante, antes que parta de Francia, y los cient mill ducados para la paga de la gente que terná en este reino; y el Rey de Francia se retiene Gaeta é Castilnovo, y ha de haber cada año del Rey Don Fadrique cient mil ducados; y que los Estados que pretienden los señores franceses en este reino los hayan é tengan, y que desta parte de V. AA. le hace gracia.

En esta venida de Don Fadrique en este reino han insistido mosse de Aubeni é mosse d'Alegre; el Duque de Nemos y el balio é micer Julio e Micael Rizo les han desviado por su propio interese. Agora despues que nos juntamos y no nos hallan para facer de nosotros lo que quieren, soy certificado que todos juntos han despachado dos estafetas en concordia, para que el Rey de Francia se concierte con Don Fadrique é lo envie en este reino; porque sin él no piensan poderse sostener en él, é con su venida piensan que lo llevarán todo en daño y vergüenza de V. AA.

Yo me creo con ayuda de Dios que proveyéndose estas cosas que yo escribo á V. AA., lo cobrarán todo con daño dellos, como más justamente les pertenece; que para lo que se pudiere ofrecer, la quedada del Duque digo que es necesaria en nuestro poder, é yo asi la entiendo sostener é porfiar cuanto podré fasta ver mandamiento en contrario de V. AA.

El Virrey de Nápoles envió aqui uno de Don Fadrique con cartas á su fijo, y enviaba un Rey darmas suyo con él para preguntar al Duque si estaba preso ó de su voluntad, y llevábale ciertas cartas secretas contra nuestro propósito. Yo lo entretuve aqui algun dia, y buenamente le desvié del camino y lo hice retornar al Virrey, á quien escribi que el Duque de su voluntad era acordado en el servicio de V. AA. que no convenia la ida de aquel suyo. Halo agraviado mucho, é desto me dicen que face grand querella; mas es por lo mucho que les pesa de la quedada deste, porque dicen que ni rennnciacion que Don Fadrique haga ni contrariedad que con él nos pudieran facer, no vale nada. E dicen verdad. Por todas las vias que pudieren trabajan de haberlo, fasta contratar con él que se fuya, que agora entienden en esto: no me creo les aprovechará.

La Duquesa de Milan vino de Iscla en ([1])...; que por ninguna cosa del mundo quiso ir en Sicilia, antes se quería volver en Iscla. Yo, visto que era buena para V. AA. tal prenda, que para el reino, cierto, importa y crédito con esta nacion, porque no creyera que iba sino presa, ó que no les facia el tratamiento qne la intencion de V. AA. era que se le haga, que porque no haciendose bien con ella, era dar tal exemplo al Duque que lo hiciera mudar de propósito, yo no la forcé en la ida de Sicilia; más antes por no tenerla en... ([2]) apartada, donde era agora... ove por mejor que se veniese á Bari, que es cosa flaca y en medio de la provincia; y le di el castillo en que posase, porque es cosa llana, y satisfacer á la parte suya y del Duque y aquietar la opinion en que eran ya todos, que V. AA. los querian recibir para tratarlos mal y apartarlos; que al presente por muchos respetos no convenia á vuestro servicio. La Duquesa se ha satisfecho tanto, que ella misma face con el Duque que esté seguro en vuestro propósito, y ha acabado más que todos en esta... (?) y en su estada. Asi no crean V. AA. que hay inconveniente agora que sea bien recibida;

([1]) Borrado.
([2]) Idem.

por otra buena manera se podrá negociar su ida en Sicilia ó donde V. AA. querrán; si la determinan, mándenmelo, que serán servidos, que bien se prodrá encaminar como querrán.

Cuando se capituló con el Duque su salida de Taranto, se acordó que en el castillo della estuviese su alcaide y dos rehenes que yo diese hasta que el Duque fuese fuera de sus provincias; y asi quedó con quince hombres sin ningun bastimento ni cosa que le pudiese sostener una hora; é yo dexé en el castillo á Don Diego de Arellano y á Diego Hernandez, mi sobrino, á nombre de rehenes con XXV hombres y estos señores en la fortaleza cuanto convenia para estar ya seguro della' como de Illora, y asi quedó cuando della partí.

El despensero mayor quedó alli por su indisposicion, é porque él quisiera pasar de aposar al castillo ó mostrar que acababa de tomar á Taranto, publicó que aquello quedaba peligroso y mal proveído y asi desto, lo que no podrá probar. Yo soy obligado á daros cuenta de aquello: si mala os la diere desta causa, mi vida y honra os es obligado. Con ayuda de Dios trabajaré de sacarla con bien deste inconveniente. A V. AA. suplico piensen en esto de mi lo que deben de persona que desea darles buena cuenta en efecto y no por vanidad ni mi interese propio. Asi me han dicho que ha escrito el despensero mayor, que en lo de la gente hay general desorden con los pueblos. Como esto yo dexé proveído es: en las villas aposentados los capitanes, de manera que los soldados no puedan forzar á los pueblos con todas las capitanias; alguaciles destos caballeros allende de los capitanes, para que tengan en justicia los unos con los otros y escusen escándalos. Porque, cierto, estos peones no son santos; é para que si hobiere yerro, que haya castigo. No dudo se diga algo más desto y se permita que acaezca algo, porque no dexé poder para determinar en todas las causas, porque la clima desta tierra enleva los hombres, y alguna vez nos saca de conocernos. Y este poder yo no lo dí por buen respeto, segund más largo escribo á Almazan. Ya he escrito á V. AA. la condicion del Veedor, é no dudo que de otrie á quien más crédito tengan sean informados. Hoy he recibido otras cartas de Taranto por do V. AA. verán si deben mandar proveer.

Al despensero mayor he escrito lo de la paga, qne ha de ser á su cargo hasta que V. AA. provean; pues mosen Luis conviene que vaya á Çaragoça, é más cuanto más esta salida del Turco se afirma, y pareceme que pagar lo de la mar se le hace grave; mas por lo mucho que desea servir á V. AA. lo hará, hasta que manden proveer. Por estas novedades de franceses yo doy priesa que el armada se ponga en la mejor orden que será posible, y envio la que estaba en Taranto á Mecina, para juntarse todas las naos que allí han dado carena; é las que están sobre Lipar para que á la hora si conviene rompieramos, lo que Dios no quiera, toda el armada vaya sobre Nápoles, porque tengo inteligencias con gran número de personas que á la hora que el armada allí irá con alguna fuerza, ó yo por tierra, la ciudad será de V. AA. Espero en Dios que con poca fatiga. Mi llegar (ó llegada) por tierra se trabajará con ayuda de Dios, más por lo que más ligero parece la llegada del armada se da priesa en enviarla á Mesina... ...Hay pocas personas de poner en ella, pues aunque Lazcano es buen hombre para cuando yo estoy en ella, mas para lexos de mí y en tal jornada y caso más persona conviene. V. AA. deben enviar alguna que sea más de buen marinero para todo lo que se podrá ofrecer en tal caso, y presto; porque en yendo á esta rotura, en diversas partes se ha de romper é proveer con personas que yo como uno, aunque visite á todo, he de estar en lo más, son menester personas; que aunque V. AA. tienen acá mucha gente, no tienen muchos hombres; para estos son necesarios algunos hombres para encargar; porque lo de Taranto no era acabado, que en Manfredonia rogué á Don Diego de Mendoza fuese á estar en aquello, é hízolo cierto bien é trabajó en ello lo posible; y porque despues cargó toda la gente francesa en la provincia y confines en los lugares que ellos tenian, que yo envié más gente y escrebí á Don Diego que aquella se estendiese en las tierras que teniamos. Recibió desto alguna congoxa é quisiera que yo fuera á obrar lo que él podia; é yo cierto aquello deseaba, mas por concluir la cosa del Duque y asentar lo de Taranto y proveer lo desta venida á la junta, asi lo dejé... que se habia de mostrar cómo alguna fuerza se había de traer y dexar la gente en sosiego, que toda estaba alborotada porque no habia una blanca con que de-

xarla ni moverla para cosa de lo que se habia de fazer; y los franceses no venian para romper ni más de aposentarse, y desto tenia certinidad, así de su propósito como de nuestra fuerza, que ellos eran en la provincia docientas y cincuenta lanzas, y de V. AA. habia seiscientos y dos mill peones; y no habia más porque no habia donde cupiesen. Estuve en Taranto algunos dias, D. Diego queriendo que salir ficiese á lo que él no complia, ó creyendo que la rotura fuera á la hora, daba priesa en mi ida, que como por las causas dichas me detuve, me envió á decir que habia escrito á V. AA. que á mi causa se perdia aquella provincia; que pues lo dice, creo debe ser cierto. Porque del todo V. AA. se informen, doy esta cuenta, que creia yo que aquello estaria bien proveido para la persona de mose d'Alegre la de Don Diego, con la del Prior de Mecina y el Comendador de Trebejo é Iñigo Lopez é mosen Peñalosa é Pedro de Paz con otros muchos hombres; é los franceses docientos e cincuenta hombres de armas sin peones, y de V. AA. eran alli quinientos hombres darmas é cient ginetes e dos mil peones con buenos capitanes señalados...

14. El Gran Capitán á los Reyes Católicos (1503) ([1]).

Muy altos, muy catholicos e muy poderosos Principes, Rey e Reyna e Señores: Lo que más ha sucedido que vuestras Altezas deben de saber es que el Visorrey francés ha juntado en Canosa toda la gente suya e allí se fortifica; e á los doze de Marzo cincuenta de caballo franceses venieron á correr en término de Barleta, é levaban algunas vacas. Salimos al rebato y ante las puertas de Canosa los alcançaron algunos ginetes y les tomaron la presa; é prendieron ciertos de los que la llevaban, y algunos de los que de la villa salieron á socorrerlos.

A los trece cupo á Don Diego de Mendoza la guarda de nuestros erbajeros que iban muy cerca de Bisella, donde salieron cincuenta de caballo con setenta peones á dar en los sacomanos. Fueron así bien socorridos dél; que los de caballo se encerraron en la villa, é los peones, porque fueron atajados se metieron en una torre, tan cerca que el artilleria de la tierra los defendia. La torre se combatió tan bien que los tomaron por fuerza y todos fueron muertos. Gloria sea á Dios; las cosas son á tal término que espero en él que V. A. habrán entera victoria é más presto de lo que allá se cree ni de aquí se escribe.

Por otras he escrito como Sant Vicente y Otaviano Coluna habia enviado á Alemaña por dos ó tres mil alemanes con doze mil ducados para moverlos. Ayer que fueron XX del presente se ha avido letra dellos cómo traen los dos mil alemanes con voluntad del Emperador, aunque con gran trabajo los han conduzido; y que eran arribados á Lesina, que es CXX millas de aquí en Esclavonia; e que traian necesidad de vituallas; é que ya pedian dinero, porque al mes que fueron pagados, se les era pasado en mar, que con tiempos contrarios no habian podido complir el viaje; e porque venian en navios pequeños, no se osaban engolfar sino con tiempo fecho. E creyendo esto, quando por letra de mercaderes entendí que venian cierto, habia enviado tres naos buenas para traerlos. Envio agora otras con vituallas y dos mil ducados, porque el viaje no se pierda por poco; y con ayuda de Dios cada hora los espero. Confio en su merced é nuestra justa querella que V. A. con poco trabajo habrán grand vitoria.

([1]) Beso sus reales manos; por duda desta no dexen de estar en esto como deben y conviene á su servicio y reputacion; pero yo pienso cumplir tan bien lo que vuestras altezas me mandan, que por lo que tocará á mí, confio en nuestro Señor no dexarán de ser tan bien servidos en esta jornada como en las otras pocas cosas que se han mostrado servidos de mí. Digo esto por lo que me han dicho que muchos por no hallarme conforme á sus presunciones y otros con sus accidentes fablan en lo que nunca se vieron ni se obraron; ni cuando el caso lo requiere se hallan en principio, ni se ven fasta el fin de las cosas; é quieren más parte dellas de las que les conviene; porque suplico á vuestras altezas que en el cabo del fecho pongan el punto, pues Dios me da vida de la pena ó gloria. Y á vuestras altezas estado, que no querria perder, segun la salida de aquellos podrán desto todo disponer. La paz de Venecianos y

([1]) Original, escrita parte en claro y parte en cifra, con descifrado á continuación.

([1]) En cifra lo que sigue.

el Turco es fecha; restituyenle á Venecianos las islas de la Chafalonia e Santa Maura, e danle cada año de tributo doce mil ducados; y de la Velona tengo aviso, y por vía de Ragoça se confirma, que el Turco arma muchas galeas y fustas y que amenaza á Sicilia. Nuestro Señor la vida y reales personas y estado de vuestras altezas guarde y acreciente bien aventuradamente ([1]). De Barleta XXIX de Marzo. «De V. A. umil siervo que sus reales pies y manos besa.—*Gonzalo Fernandez, Duque de Terranova*».

15. Francisco Sánchez, despensero mayor y tesorero general del Reino de Nápoles, al Embajador D. Francisco de Rojas sobre cambios de moneda y remesas de dinero (Nápoles, 22 de Mayo de 1503).

Muy noble y muy magnífico Señor: Por otra fecha este dia screuí á vra. md. todo lo que cumplia y respondí á sus cartas y le envié poder para recebir los XXX mil ducados de Lomellini y Grimaldi, segun lo pedió; y porque el señor Gran Capitan ha acordado en toda manera sacar luego sta gente de aquí, y no se podía atender hasta venir el dinero, ha seydo necesario buscar entre estos mercaderes quien diese dinero aquí y le tomase allá. Y porque esta ciudad sta muy falta de dinero á causa de la guerra, el mejor partido que se ha podido hallar ha seydo con Lomellin, que nos ha dado XII mil ducados de horo de camara á cambio de onze carlines y medio por ducado desta moneda, por otros XII mil ducados de oro de camara, que allá ha de pagar vra. md. á Francisco Lomellini et companyos, segun verá por mis letras de cambio, la una de XIII mil ducados, la otra de IIII mil deste dia. Mandará vra. md. pagarlos y el resto hasta los XXX mil ducados, que son XVIII mil ducados, hará diligencia de remeterlos acá con la más auantaja y despensa que pudiera, porque ya vehe la necessidad grande ay; y aca no fallamos entre estos mercaderes dinero para poder tomar mas, porque los mismos mercaderes buscan dineros á cambio y los tomarian á este precio para sus necesidades, si los allaban; pero vos, señor, trobareys allá millor disposicion de enviarlos sin danio de la Corte. Yo he dado un instrumento del poder que envié á vra. md. aqui á Lomellinis, que tambien gele embiarán. Quedo á su mandado. De Nápoles á XXII de mayo de 1503.—Es copia de otra; y hanse dado dos instrumentos del poder aquí á Lomelini, que se envian por diversas vias y un otro ya envié ayer á vra. md.—Al servicio de v. m., *Francisco Sanchez.*—(En el sobreescrito): «Al muy noble y magnifico señor Don Francisco de Rojas, embaxador del Rey y Reyna de Spaña n. s. en Roma».

([1]) Sigue en claro. Lo entrecomado de mano del Gran Capitán.

16. El despensero mayor y tesorero general Francisco Sánchez al Embajador en Roma D. Francisco de Rojas (Nápoles, 3 de Junio de 1503).

Muy noble y magnifico Señor. Tan cumplidamente y tantas veces replicadas cartas he scripto á vra. md. de las cosas de aqua y respondido á las suyas que con esta solo responderé á la junta de su carta ques dada á XXIII de Mayo, no habiendo cosa de que escreuille de nuevo que importe. Téngole en mucha merced la carta (que) membió tenia del señor thesorero de XXV de abril de Barcelona, que mucho me alegró, e yo no la tengo ninguna tan fresca.

Quedo avisado de los VI mil ducados (que) scriue vra. md. el señor Lorenço Suares le habia scripto se hauian dado en Venecia para cumplir la parte de los cambios sobre la deuda de las penoras, que mucho me ha contentado y quisiera Dios se quedaran los otros porque aqua no nos viniesen aquexando los mercaderes que en Pulla nos valieron, como nos aquexan. En Manfredonia se hallará provisto del traer de los III mil llegando segun vra. md. auisa. El poder para cobrar los XXX mil ducados habreys ya señor recebido, que en quatro instrumentos fue dentro tres dias y con diversos lleuadores de que ove vuestro aviso.

Gaspar de la Caualleria queda mucho encomendado y débelo ser á todos con sus muchos y asiduos buenos servicios, y tiene razon vra. md. screuir dél, ques tal persona que yo deseo se le haga alguna releuada merced, y vuelvo, Señor, vuestras encomiendas á mi suplicacion que le quiera haber por muy encomendado, ques cierto servidor de conseruar y de experiencia de pocos.

Por los despanoches y de lomelines aquí

haré quanto bien pueda, segun vra. md. manda, que los hallo asaz promptos y de buena voluntad en estas ocurrencias. Hay en sacar dinero gran fatiga, y el que se halla con todas industrias es poco, y hasta tener las rentas del Reyno, que se cojan enteramente y sin recelos de guerra, es bien menester venga de fuera lo mas de lo que cumple para tantos pagamientos. No hay otro que dezir salvo que la gente de pie ya ha salido de aquí, la más que habia de yr para juntarse con los nuestros en tal Garllano. El Señor Gran Capitan partirá presto. En la expugnacion de los castillos se da la prisa que se puede. Ya están para combatir la cibdadela, que spero en nuestro Señor la tomarán y con esto stará el Castelnouo en vigilia de su perdimiento. Nuestro Señor nos dé en todo cumplida victoria y la vida y deseos de vra. md. prospere. De Nápoles á III de Junio 1503.

(Sigue una larga postdata de mano del despensero Sánchez contestando á otra carta de Rojas relativa á envio de varias cantidades para gastos de guerra). Servidor de v. m., *Francisco Sanchez.*

17. Quitanzas del despensero mayor Francisco Sánchez, de cantidades recibidas del Embajador Francisco de Rojas (Nápoles, 16 de Julio de 1503)

Francisco Sanchez, despensero mayor y thesorero general del Rey y Reyna de Spaña nuestros señores en este reyno de Sicilia y de Hyerusalen y de sus exércitos de mar y tierra etc. Por tenor de la presente quitanza conozco y otorgo que recebí de sus Altezas y por ellas del señor D. Francisco de Rojas, su embaxador agora existente en Roma, treynta y dos mil ducados de oro de camara de dos cartas de cambio de la Corte despaña, la una de veinte mil ducados de camara de Benedicto Pinello y Martino Centurione, hecha en Madrid á XIIII de Enero deste presente año, dirigida á Francisco Lomelin e compañeros en Roma. La otra de XII mil ducados de oro de camara de Pantaleon y Agustino Italiani hecha en Madrid á XIII del mismo mes, dirigida á Ambrosio y Lazaro de Grimaldis e compañeros en Roma á pagarse á mí ó á mi procurador. De los quales el dicho señor don Francisco de Rojas pagó á la señora doña Sancha de Aragon, princessa de Squilache, en Roma, quinientos y doce ducados de oro y un tercio de lo que se le debe por cierta quantia que entró en la Corte de las rentas de su stado; y XXX mil DC y XXXV ducados y un octavo largos por la valor de XXXI y D ducados de Camera en diversos cambios remetyo al señor Lorenço Suares, embaxador de sus Altezas en Venecia, donde se han enviado y cumplido por diuersos modos.

Item mas, que recebí del dicho señor don Francisco de Rojas treinta mil ducados de oro de Camara de dos letras de cambio de la Corte de España: la una de XXVIII mil y D ducados de oro de camara de Benedicto Pinello y Martino Centurion hecha en Alcalá de Henares á XVIII de Abril próximo pasado, dirigida á Ambrosio y Lazaro de Grimaldi y compañia en Roma á pagarse á mi ó á mi procurador: los cuales he hobido por diuersos cambios de Nápoles á Roma, y son por todo estas quantias sexenta y dos mil ducados de oro de camera, de los quales soy contento y pagado del dicho señor don Francisco de Rojas; y por su cautela y certenidad de la Corte de sus Altezas hize conocimiento y quitanza firmada de mi nombre y sellada de mi sello segund es acostumbrado. Data en Nápoles á XVI de Julio de 1503 años.—*Francisco Sanchez.*—(Hay un sello).

18. Los Reyes Católicos, á Rojas, su embajador en Roma, sobre la muerte del Papa Alejandro VI y elección de su sucesor (Barcelona, 13 de Septiembre de 1503).

Por cartas de Genova de 25 de Agosto escriben que el Papa murió á los 18 de Agosto á las 22 horas e que el Duque de Valentynes [1] estaba en el castillo de Santangelo e tenia en Roma e cerca de ella su gente darmas y de pié, e que se habia declarado por nos e habia escrito a Gonzalo Hernandez [2] que le enviase a los Coluneses con parte de nuestra gente para que se juntasen con él, e que habia enviado los contrasynos de sus fortalezas y tierras de los Coluneses é gelas habia hecho entregar, é que habia fecho homenage al Colegio de los Cardenales é á la Iglesia, é otro tanto el castellano de Santangelo trabajaba de tener la plaça segura para que el Colegio de los Cardenales pudiese fa-

[1] César Borgia.
[2] El Gran Capitán.

zer liberamente como acostumbran la eleccion de nuevo Sumo Pontífice; y que iba gente darmas y de pié del Rey de Francia la via de Roma para estorbar qne la eleccion de nuevo Pontífice no se ficiese libremente, antes se ficiese fuera de orden á voluntad del Rey de Francia. Por ende si cuando (esta) recibiéredes, la eleccion de nuevo Pontifice fuere fecha bien e canónicamente, no hay que decir; pero si no fuere fecha, trabajad quanto al mundo pudieredes porque en esta eleccion sigan el camino derecho para elegir persona de que Nuestro Señor sea servido e qual conviene para bien regir e gobernar su yglesia e para resistir á los infieles, é procurareys el bien y paz de toda la christiandad. E para esto si el Duque de Valentynes se ha declarado por nos, primeramente gelo agradeced mucho de nuestra parte por todas maneras e con todas dulces palabras é de manera que él conozca que nos ha obligado e obligará perpetuamente para todo lo que le toca e ocurre e para fazer por él todo lo que pudiéremos de muy buena voluntad, como lo verá por la obra, Dios mediante; y nos escrebimos á Gonzalo Hernandez que para que la dicha eleccion se faga como avemos dicho, él dé todo el favor y ayuda que menester fuere, é que si no lo hobiere fecho envie de nuestra gente con los Coluneses para que se junten con el dicho Duque de Valentynes, e trabajen, Dios mediante, de tener el campo seguro e faga cerca desto todo lo que fuere posible, poniendo para ello todas nuestras fuerzas que allá están, principalmente que para otra cosa, e asy lo faced vos.

Trabajad de ganar para ello todos los cardenales que pudiéredes ganar, y procurad con el Duque que todos los Cardenales de su parte se junten para esto con los otros que pudiéredes ganar para ello, trabajando que no eligan persona que sea parcial al Rey de Francia, porque si tal persona fuese, claros están los grandes inconvenientes que dello se siguirian en la christiandad y que será mas causa de guerra que no de paz.

E sy quando esta llegare fuere ya elegido sumo Pontífice, segun Dios e como por los santos cánones está ordenado, e por aventura los franceses quisieren contradecir la eleccion, en tal caso Gonzalo Hernandez e vos juntamente con el Duque e con nuestros amigos contradecid á los franceses, é favoreced e ayudad á sostener el sumo Pontífice que fuere criado, poniendo para ello todo lo nuestro e de nuestros amigos. E si por aventura los franceses ovieren tenido ó tovieren tanta pujança en Roma que de fecho e contra derecho por fuerça y con temor ovieren fecho elegir sumo Pontífice, en tal caso procurareys que los Cardenales que por temor y por fuerza habran dado su voto para ello, lo confiesen así, e trabajareys que sean puestos en su libertad e en lugar seguro, para que nuevamente fagan eleccion de Sumo Pontífice, segun Dios e como en los santos cánones está ordenado; e para cualquier de los casos susodichos convocareys las comunidades de Italia que se pudieren haber y trabajareys que se junten con vos y vos con ellos todos los Embaxadores de los Príncipes y potentados christianos nuestros amigos que ay se fallaren, e escribireys á Lorenzo Suarez lo que sobre ello ha de procurar con los Venecianos, e á Morlanes lo que sobre ello ha de procurar con el Rey de Romanos para que favorezcan é ayuden á sostener el Pontífice que fuere elegido segun Dios, é contradigan al que fuere elegido por fuerça é contra voluntad de los Cardenales.

E porque en este negocio va tanto como vedes al servicio de nuestro Señor y bien de la yglesia y de la Christiandad, e tambien á nos y á nuestro Real Estado, por servicio de Dios y nuestro que como en cosa tan grande e en que tanto va, trabajareys quanto las fuerzas humanas pudieren bastar. E aquí vos enviamos cartas nuestras de creencias para el Colegio de los Cardenales y para el Duque de Valentynes, al cual esforçareys por todas las maneras para que persevere con nos.

E así mismo escribimos á Lorenzo Suarez que procure con Venecianos lo que vos le escribiéredes, y lo mismo escribimos al que tenemos con el Rey de Romanos; e fazednos luego saber por diversas vias lo que en la dicha eleccion de Sumo Pontífice se oviere fecho, e el que fuere, siendo elegido, segun derecho como avemos dicho, procurad que le ganemos que favorezca e ayude nuestras cosas.

E escrevidnos los poderes e despachos que seran menester que vos enviemos para el nuevo Pontífice ó para cualquiera cosa que suceda.

Quanto á lo de la guerra de Nápoles cree-

mos que gran parte del bien de aquel negocio ó del contrario está en quien será Papa. Nuestro Señor lo faga como mas sea servido. Escrevid á Gonzalo Hernandez que luego proveeremos en enviarle dinero e que se esfuerçe por mar y por tierra á facer lo que deben como quien son y que provea en todas las cosas segun la grande confianza que dél tenemos... [1].

19. Relación del concierto de la partición de Nápoles con el Rey de Francia; causas [2] *que tuvieron los Reyes Católicos para aceptarlo (1503).*

Ya saben todos cuánto SS. AA. trabajaron el tiempo pasado por conservar el reino de Nápoles, y que cuando no pudieron estorbar con negociacion al Rey Charles de Francia que no lo tomase, se pusieron en ello de fecho y lo restituyeron con las armas. Despues en tiempo de este Rey de Francia (Luis XII) que agora reina han trabajado por todos los medios que pará ello podian haber, en concertar al Rey D. Fadrique con el dicho Rey de Francia; y para acabar este concierto ninguna cosa de cuantas podian aprovechar han dexado de tentar y trabajar; y por otra parte han trabaxado cuanto han podido, así con el Rey de Francia, porque dexase la empresa de Nápoles, como con el Papa y Rey de Romanos y Venecianos por estorbargela, y en ninguna manera del mundo pudieron acabar con el Rey de Francia el concierto del Rey D. Fadrique, ni estorbar que el Rey de Francia no tomase la dicha empresa ni que la dilatase. Y como SS. AA. no gelo podían contradecir por la paz que tenian asentada con él desde el comienzo de su reinado, ni habían de tomar empresa injusta, pues el Rey D. Fadrique no tiene justicia á aquel reino, ni hallaron en él agrado, aunque de lo que por él ficieron, ni amistad, ni se habían de juntar con él, pues se ayudaba de los Turcos, y él mismo fizo saber á SS. AA. que los queria meter en aquel reino; y ha más de un año que SS. AA. trabajaban con él porque no los meta, diciendo que si los metiese, los primeros que serian sus enemigos serian SS. AA., y nunca pudieron acabar con él que no los metiese.

Por otra parte, el Rey de Francia se justificaba con SS. AA., diciendo que porque no hubiese guerra entre ellos sobre lo de Nápoles, pues el derecho de aquel reino ó es suyo ó de SS. AA. y no de otrie: que por bien de paz le partiesen por medio y se juntasen para la guerra contra el Turco, y para bien de la Iglesia.

Viendo SS. AA. que no habian podido hallar camino, porque el Rey D. Fadrique se concertase con el Rey de Francia, ni para estorbar ni dilatar la empresa del Rey de Francia y que no gelo podian contradecir por la paz que con él tenian, ni habian de tomar empresa injusta ni ponerse en tal guerra por quien no tiene justicia á aquel reino, ni se habian de juntar con quien se ayuda de los Turcos; y viendo que no tenia fecha ninguna escritura ni concierto con el dicho Rey D. Fadrique, ni tenia obligacion para le ayudar; y viendo que no se podia conservar la paz de SS. AA. ni del Rey de Francia sin aceptar dicho concierto, y pues por lo de los Turcos SS. AA. se habian de poner en aquello resistiendo al Rey D. Fadrique y á los Turcos, y haciendolo ayudarian al Rey de Francia para que tomase todo aquel reino para sí, quedando con él en enemistad, pareció que era mejor consejo estar fecho el dicho concierto; porque si el Rey de Francia dexara aquella empresa, no era inconveniente que el dicho concierto estuviese fecho, y si no aquello se habia de perder: que era mejor tomar Sus Altezas su parte de ello, por el derecho que tienen, que es el más claro, quedando en paz con el Rey de Francia, y en union contra los Turcos y para bien de la Iglesia, que no dexarlo perder del todo, quedando en enemistad con el Rey de Francia; de que se esperaba tan gran guerra, pues ambas partes y sus valedores comprehenden la mayor parte de la cristiandad. Y así metiendo el Rey D. Fadrique los Turcos y yendo la gente del Rey de Francia á Nápoles, como es ida, el dicho concierto se ha aceptado y publicado en Roma.

La parte que á SS. AA. cabe es la que está á la frontera de Italia y lo que está á la frontera del Turco. Y habiendo SS. AA. de la defender de los Turcos, no era razon que lo defendiesen para darlo á otri, pues su derecho es el mejor; aunque si no fuera esto de los Turcos y vieran que sin tomarlo se pu-

[1] Del Registro de cifras del Rey Católico con su embajador D. Francisco de Rojas.
[2] Parece está redactada por el Secretario Pérez de Almazán.

diera conservar la paz de SS. AA. y del Rey de Francia, ni lo tomaran ni usaran de su derecho.

20. Capítulos de carta de los Reyes Católicos á su embajador en Roma D. Francisco de Rojas (Medina del Campo, á 3 de Febrero de 1504).

Recebimos vuestras letras de XXX de Octubre y de XX e XXIII y XXV de Noviembre e XXVI del dicho mes y de XXX de Deziembre, y dos e tres de Enero, e los breves que nos enviastes del Papa Julio de su creacion e sobre la paz nuestra con Francia y los de nuestras indulgencias y el del capelo del Cardenal de Sevilla y las cartas y nuevas que nos enviastes del Duque don Gonzalo Hernandez, de la grande vitoria que á nro. Señor ha plazido de nos dar de nuestros contrarios en el reino de Nápoles y la copia de la capitulacion que el dicho Duque asentó con los franceses quando le entregaron á Gaeta; con todo lo qual habemos habido mucho placer e damos infinitas gracias á nro. Señor porque le ha placido acabar así de su mano aquella empresa, que como vos dezis parece bien haber sido obra suya y no de hombres; en lo qual sabemos bien como dezis quánto vos aveys trabajado e ayudado, e vos lo tenemos en muy señalado servicio.....

E porque agora no pueden pasar correos por tierra y luego despachamos por mar una caravela, con la qual vos va la mente e respondemos á todo lo que nos escrevistes é vos enviaremos todos los despachos necesarios, en ésta que va por tierra solamente diremos brevemente lo necesario, como quier que antes de agora no habíamos querido otorgar al Rey de Francia por... ([1]) la tregua que nos demandaba por las causas que os avemos escrito; lo qual á Dios gracias ha salido bien, porque si antes de cobrar á Gaeta y echar de Gaeta e del reyno de Nápoles los franceses gela otorgamos, remediara con ella lo que con las armas no podia; pero pues ya habemos cobrado todo aquel reino, viendo que lo que más agora nos cumple es trabajar de apartar la guerra del dicho reino de Nápoles, e que el Rey de Francia comience á apartar su voluntad de las cosas dél; y viendo que al presente no se podrá acabar con asiento de paz y que con la tregua se hace, habiendonos tornado á demandar el Rey de Francia la tregua por tres años por el reino de Nápoles y por todos los otros nuestros reynos y señoríos y por los suyos por mar y por tierra, y viendo las amonestaciones que SS. por su breve nos hace para la paz, y porque haya tiempo para entender en ella con más sosiego, habemos otorgado la dicha tregua de tres años, pareciendonos que por todos respetos nos viene muy bien, é que es gran cosa que el Rey de Francia se aconorterá de no entender en cosa del dicho rearme por tiempo de tres años, que es el camino para mas ligeramente acabarle de apartar del todo aquel pensamiento en este tiempo de la dicha tregua. E nos enviamos de aquí firmada la capitulacion de la dicha tregua á mosen Gralla y á micer Agostin nuestros embaxadores, para que dándoles otra tal el Rey de Francia, firmada, jurada e sellada por él, le dé la nuestra, é envie al Duque don Gonzalo Hernandez la copia della firmada de sus nombres y nuestras letras que sobre ello le escrevimos para que haga pregonar la dicha tregua y la guarde e faga guardar; e el correo que llevará aquello, llevará ésta para vos. Dareis orden que no se tenga ay ni un momento sino que vaya al dicho Duque á la mayor diligencia que pudiere, al qual escrevimos lo que ha de facer en lo de la tregua e en lo de la armada de tierra e de la mar, é todo esto decimos para vuestro aviso.

Direis de nuestra parte á nuestro muy Santo Padre que de se haber fecho la eleccion de SS. en tanta concordia de todo el Colegio hovimos mucho plazer, e que segun su prudencia e esperiencia e buen zelo, nos esperamos que su Pontificado será para mucho servicio de nuestro Señor e bien de la Iglesia y para remedio de lo pasado, é que para todo esto nos le ayudaremos quanto pudiéremos de muy buena voluntad; é que le tenemos en mucha gracia e besamos los santos pies e manos de SS. por el mucho amor e muy buena voluntad que tiene á nos é á nuestras cosas, é por haber otorgado con tanto amor todas las cosas que escrebistes que nos habia otorgado, é que asi esperamos que lo hará en todo lo que nos tocare, é que nos seremos siempre tan buenos y obedientes fijos de SS, e de la Iglesia que SS. no se arrepen-

([1]) Hay un claro. Parece debía decir en la cifra «tres años».

tirá de lo que nos ficiere. Y mas le direys que recebimos el breve que nos escribió sobre las cosas de la paz é que hobimos mucho plazer de ver el mucho celo e fervor é deseo de paz con que SS. lo escribió, y las palabras dél manifiestan bien que sobre todas las cosas del mundo desea la paz de la Christiandad; e porque como habemos dicho por la mar respondemos á esto y á todo mas largo y respondemos á los dichos breves de SS. no alargamos mas aquí en esta parte... ([1]) E que crea SS. que para la paz nos vernemos á todo medio justo y razonable, porque ninguna cosa deseamos más que la paz é union de los Reyes é Príncipes christianos para la guerra de los infieles ó á lo menos estar nosotros libres para entender en la dicha guerra de los infieles, é que nos tenemos en Francia nuestros Embaxadores para esto de la tregua e para que nos fagan saber los medios de paz que allí se platicaren, y que en faciendonoslo saber nuestros Embaxadores lo haremos saber á SS. para que en ello ayude e aproveche como buen pastor, e que en qualquiera paz que asentaremos comprehenderemos á SS. y á las cosas de la Iglesia, como es razon, y que la ayuda que SS. nos pide de alguna gente de la que tenemos en el reino de Nápoles para recobrar para la Iglesia Imola, Forli y Sesena, que el Duque de Valentines tiene usurpado, que á nos place de gela dar de mucha buena voluntad, e que con este correo escribimos al Duque don Gonzalo Hernandez que envie luego en ayuda de SS. para recobrar y restituir á la Iglesia las dichas tierras y la ayuda que SS. nos demande para ello, e que asímismo el dicho Duque dé para ello todo el favor que necesario fuere, porque las cosas de SS. y de la Iglesia nos las avemos de mirar e amparar sobre todas las otras del mundo é más que las propias nuestras.

E á lo que escrevistes que el Papa quiere enviar para que se crie aquá en nuestro servicio el Perfeto su sobrino, decidle que nos habremos mucho placer dello é le mandaremos tratar aquá como á su sobrino, é será bien que procureis que luego lo envie en alguno de los navios que se despedirán agora de nuestra armada de mar para venir aquá; é como de vos, podreis decir al Papa que porque sabeis que tenemos mucha voluntad de hacer por él, si él quiere, vos procurareis que casemos aquá el dicho su sobrino con alguna que tenga debdo con nos; y para con vos, pensamos esta podia ser una nieta de don Enrique.

Asi mismo decid á SS. que á nos place de confirmar al Perfeto todo su estado, é por la mar enviamos recaudo, é agora lo escribimos al dicho Duque don Gonzalo para que gelo confirme en nuestro nombre; pero porque Roca Guillerma está en nuestro poder por ser de tanta importancia como es é algunos pretenden derecho á ella, así como lo pretende el Perfeto, decidle que de esto nos le daremos compensa, y así lo escribimos al dicho Duque.....

A lo que decis de los Cardenales de Borja y Sorrento que se fueron fuyendo á Nápoles, nos escrevimos al Duque Don Gonzalo Hernandez que sepa del Papa si están allí con voluntad suya; que si no están allí con su voluntad que no consienta que estén allí, é determinadamente escrevimos á vos, porque nos queremos que nuestros reinos sean para favorecer las cosas de SS. y no para lo contrario.

21. Los Reyes Católicos á su Embajador en Roma, D. Francisco de Rojas ([1]). *(Medina del Campo, á 2 de Marzo de 1504).*

(Acusan el recibo de cartas del embajador y se refieren á la suya anterior de 3 de Febrero, cumpliendo en ésta lo que en aquélla le prometieron de escribirle más largo; que esperan cartas de sus embajadores en Francia sobre la tregua de tres años, y añaden):

Si los dichos nuestros Embaxadores vos obieren escrito ó escrevieren que la dicha tregua está asentada, en este caso faced lo que en la dicha cifra de tres de febrero decimos que fagais habiendo treguas; pero si por ventura la dicha tregua no se asentase, en este caso negociad e procurad todo lo que vieredes que pueda aprovechar para que ganemos amigos, para que si el Rey de Francia no quisiere venir á la paz e nos quisiere ofender, con el ayuda de Nuestro Señor podamos mejor resistirle y ofenderle.

El poder que demandais para lo de la liga llevará otra caravela que irá luego tras ésta, que por no la detener va agora; mas porque

([1]) Sigue encargándole participe á Su Santidad la tregua hecha con el Rey de Francia por tres años.

([1]) Del Registro de cifras.

si la dicha liga se oviese de hacer sea mucho más justa e honesta e santa, el fundamento della debe ser que nos juntemos e hagamos liga con su Santidad e con los Príncipes e potentados cristianos que con SS. e con nos se quisieren juntar para la guerra contra los infieles e para defension de la christiandad e de los propios Estados, e que quede lugar para que, si quisiere, pueda entrar en ella el Rey de Francia e los otros Príncipes e potentados christianos que én ella quisieren entrar; e si vos sabeis que hay algunos Príncipes ó potentados que tengan voluntad de entrar en la dicha liga, bien será que desde luego, entretanto que va el dicho nuestro poder, comenceis á negociar en ello.

Pero porque para con vos nuestro principal fin y deseo es la paz de Francia, como vereis por lo que por la otra nuestra respondemos al breve del Papa, e porque con aquella paz esperamos que la habrá en toda la cristiandad, lo que hablaredes y negociaredes en lo de la liga sea de manera que aproveche para ella; no dañeis ni estorbe ni desvie la paz de Francia, antes sea de manera que si fuere posible aproveche para la dicha paz; y esto se entiende asentandose la dicha tregua, que si la tregua no se asentare, en tal caso creemos que para todo aprovechará apretar en lo de la liga, más sea de manera que nunca cerreys el camino á la paz de Francia.

Lo que escrevistes para que se viere si era bien que nuestra gente saliese del reino de Nápoles con nombre de libertar á Italia, para que dello se siguiesen los efectos que dezis, pareciónos bien pensado, porque en los grandes negocios como este lo más provechoso suele ser aprovecharse de la disposicion del tiempo; pero diremos aquí las causas porque al presente esto se debia sobreseer, porque visto lo uno y lo otro, nos escribais sobre todo vuestro parecer. Y las dichas causas son éstas:

Primeramente, porque haciendose aquello, no se pudiera hacer con Francia la tregua de los tres años, que la avemos por gran comienço, por trabajar que el Rey de Francia se aparte de todas las cosas de Nápoles; e si allá ficiéramos de fecho, fuera cerrar el camino á la tregua y á la paz con Francia.

Item, porque al presente no tenemos en Italia persona á quien pudiésemos encomendar la capitania general de tan gran fecho sino es al Duque don Gonzalo Fernandez, é siendo él el todo en Nápoles para la paz y para la guerra, quedaria desproveido aquel reino e no sin peligro, si el dicho Duque saliese con nuestra gente á fazer otra empresa.

Item, que todo quedaria á peligro el dicho rcino por ser rebeldes los más de los Barones dél, que viendo el reino sin gente podrian con solas sus personas hacer alçar sus estados y alterar gran parte del reyno, y estando fuera dél nuestra gente, podria el armada de mar de los franceses ir á Nápoles ó á otra parte del reino y hacer alçar muchas costas dél.

Item, que para salir nuestra gente y exército á tal empresa, habia de ser teniendo abundancia de dinero para pagar la gente de mes á mes é copia de mantenimientos e ser la gente bien mandada y seguridad de plaças donde la gente se pudiese recoger seguramente; é principalmente habia de haber fundamento para la dicha empresa, como seria juntarse con nos para ella los Príncipes e potentados e personas que se oviesen de restituir en su primero estado; y faltando todo esto al presente, no se podria esperar sino que nuestra gente de pura necesidad ficiese robos y fuerças e otros males indebidamente en tierras por donde pasaren, que en lugar de ganar amigos, ganásemos contrarios. Y de tal manera podria esto suceder, que los Estados de Italia se juntasen con los franceses y que con esta contrariedad y con la falta de las costas susodichas, nuestra gente recibiese daño: el qual podria ser tal que ella se perdiese, lo que Dios no quiera; e perdiendose aquella gente, el reino de Nápoles estaria en este mismo peligro. Y demas de todo esto se debe mirar que los venecianos han declarado públicamente que han de ayudar al Rey de Francia contra cualquiera para defender á Milan, y no sabemos si todo lo del reino de Nápoles está reducido é asentado enteramente, lo qual ante todas cosas se debe hacer. Por todas estas razones nos pareció que al presente no debe salir nuestro exército del reino de Nápoles, é no habiendo de salir, nos pareció que nos venia mucho bien de asentar la dicha tregua de los tres años, y si está asentada, está bien, é si no, escrevidnos en todo vuestro parecer.

El estado del Perfecto ya habemos escrito

al Duque don Gonzalo Hernandez que gelo confirme en nuestro nombre por virtud de nuestro poder que para ello tiene; e agora ge lo tornamos á escrebir, é nos así mismo gelo confirmaremos, dandole recompensa por lo de Roca Guillerma, como por la otra decimos.

A lo que preguntais que si el Príncipe de Bisinano e el conde de Mélito e otros barones que vinieron ay, se quisieren concertar para servirnos, que qué hareis vos. Decimos que si la dicha tregua se asentase, consulteis con nos todo lo que toca á los dichos Barones sin asentar cosa alguna con ellos; e si la tregua no se asentare, consultad con el Duque don Gonzalo Hernandez, e haced en ello lo que á él pareciere que más cumpla á nuestro servicio...

22. Capítulo de carta de los Reyes Católicos al embajador Rojas (Medina del Campo, 2 de Marzo de 1504).

Escrebistes que Bartolomé de Albyano tiene cargo de toda nuestra gente, así españoles como alemanes, que fueron contra Luis darze, e estando bueno Gonzalo Hernandez qualquier capitan que él pusiere es bueno; pero estando él doliente e en la disposicion que dezis que ha estado, no querriamos que estuviese tanto poder en mano de un capitan aventurero italiano, é siendo él tanto de venecianos, porque podria ser que por su mano trabajasen los venecianos secretamente que se alargase la cura y podrian seguirse dello otros inconvenientes; pero esto sea secretísimo é no lo sepa sino vos e Gonzalo Hernandez para lo proveer como más cumpla á nuestro servicio.

Otrosí, porque no sabemos despues que murió el Marqués del Basto á qué recaudo está Istla, solicitad á Gonzalo Hernandez que provea en poner en ella el recabdo que conviene para que esté segura.

23. El Gran Capitán al embajador Rojas (1). *(Nápoles, 14 de Mayo de 1504).*

Señor: De Fernando de Baeza he entendido vuestro parecer, y sin errar podeis creer é afirmar que mi propósito en este caso nunca fue ni es sino por mayor bien del servicio de sus Altezas, que otro fin ni respeto hay en mí; é por ser la materia de tal calidad no me alargaré más de certificaros que yo trabajo de satisfaceros, y presto sereys mas largamente informado por persona propia que enviaré á vos, Señor; é fasta aquella hora, que esto poco que agora escribo por reposo de vuestro pensamiento, se guarde como el caso requiere. Y aunque muchas cosas oyays, ninguna os altere; é quanto á esto, no más.

Escrevistesme, Señor, que no despidiese los alemanes. Deseo saber por qué. Porque si para esto hay causa, á otras cosas conviene proveer; y aunque en todas se hace lo posible, obrarse ha más si ser podrá.

Al fray Cristoval he hallado en tantas rybaldías e liviendades que os espantara saberlas. Estoy indeterminable si lo enviaré á sus Altezas ó á vos, Señor, pues para ay venia. De lo que se hará os avisaré.

24. El Gran Capitán al embajador Rojas (1). *(Nápoles. 17 de Mayo de 1504).*

Señor: Hoy viernes 17 de Mayo á XIII horas recebí vuestra letra fecha á los 15 con un breve de nuestro señor el Papa sobre el feudo de Forlin, en el qual yo he entendido con toda instancia con el Duque (de Valentinois) para le atraer á que lo restituya libremente á SS.; é él no niega que la Roca está por él, pero no ha bastado ninguna obra para que de su consentimiento la conservase.

E visto que por bien esto no se puede redimir, porque como, Señor, sabeis el mandamiento de sus Altezas que yo tengo es que sirva y ayude al Papa en todas cosas de la quietud de Italia é conservacion del patrimonio de la Iglesia, é que sobre esto se pongan todas fuerzas, y he pensado y aun estoy quasi determinado, tomando á Dios y á la razon delante, de lo detener fasta tanto que libremente haya consinado la dicha Roca á su Santidad, é enviarlo á sus Altezas para que allá determinen de lo que mas serán servidos.

Deseo grandemente dos cosas: la una saber en esto vuestro parecer, y la otra que la Santidad de nuestro Señor me hiciese un requirimiento en escritis que yo detuviese al Duque fasta le aver consinado la Roca de Forlin, por quanto él ha faltado (á) la capitu-

(1) Registro de cifras.

(1) Registro de cifras.

lacion, diciendo e afirmando por una parte no ser aquella Roca en su poder é por otra verse manifiestamente el contrario, porque con este requerimiento se pudiera tomar algún color, demostrando que se hace por la restitucion de la Iglesia, como sus Altezas siempre lo han acostumbrado.

E conviene que volando me respondays á esto, porque el Duque me da grandísima priesa por partirse á Pisa y Pomblin, donde dice que tiene trato cierto para lo tomar en llegando, e pídeme las galeas e gente e artillería; de lo qual yo no le he desconfiado, por que no tomase obra; é estamos que para el lunes primero que viene se quiere partir, e yo le entretengo diciendo que qué seguridad me dará para que no desirva á sus Altezas ni al Papa, y asy estamos en esta platica.

Lo que se ha de hacer conviene que sea de aquí al dicho dia lunes, que no se puede más alargar, y entretanto que viene vuestra respuesta, si la oportunidad se ofreciere, no dexaré con el ayuda de Dios de executar lo susodicho. Yo escribo al Papa una creencia en persona vuestra. Vos le referid á SS. lo que os parecerá de todas estas cosas más conforme al servicio de Sus Altezas; é si acordaredes de declararle mi propósito de tomar al Duque, á este efecto avisad á SS. que sea muy secreto, porque segun he entendido, estos Cardenales tienen grande intrinsiquidad dentro de la Cámara de SS. e así son avisados de todas cosas.

25. Los Reyes Católicos á su Embajador en Roma (En la Mejorada, cabe Medina del Campo, á 20 de Mayo de 1504).

A los XXX de Abril vos escrivimos con Juan de Yébenes, correo, y respondimos á todas vuestras cartas, e vos enviamos cartas nuestras para el Duque de Terranova e para Lorenzo Suarez.

Despues recebimos vuestras cartas de XXV e XXX de Abril y del primero del presente, por las quales vemos lo que el Cardenal de Santa Cruz ha fecho en lo de la ida del Duque de Valentines á Nápoles e lo que agora hace y trabaja en la venida del Rey de Romanos á Apulla y de allí á Roma.

De la ida del Duque á Nápoles habemos habido mucho enojo por todos los respectos que decis, y porque como sabeis, siempre le aborrecimos por sus grandes maldades y no queremos en ninguna manera que tal hombre estoviese en nuestro servicio, aunque estuviese cargado de fortalezas e gentes e dineros, quanto más agora que no le quedó sino la carga de culpas é infamias de sus obras, que aunque fuera servidor del Papa, por ser deservidor y enemigo de Dios no lo habríamos de querer recibir, quanto más siendolo de Dios, del Papa y nuestro.

Del Cardenal de Santa Cruz no nos maravillamos, porque mucho ha que conocemos la ambicion que tiene al Papado y á nuestros negocios, e por eso le apartamos dellos; pero del Duque de Terranova estamos mucho maravillados venir en hacer tal cosa. Nos escrevimos al dicho Duque de Terranova agraviandole cuanto es razon el guiaje que envió al Duque de Valentines e haberlo recebido e tenerlo en aquel reino de Nápoles, e todo lo otro que sobre ello fizo, e mandamosle que luego en recibiendo nuestras cartas que lieva este correo nos envie aquá al Duque de Valentines en dos galeras, de manera que no se pueda ir á otra parte, ó lo envie al Rey de Romanos ó á Francia, para que se vaya á su mujer, e que esto ponga luego en obra sin dilacion, é que mire que no vaya á Venecia, ni á Florencia ni á Ferrara, que seria odioso al Papa por lo de Romanía. Decid al Papa quánto enojo habemos habido de haber sido guiado y recebido Valentines en Nápoles, e cómo enviamos á mandar al Duque de Terranova que no lo tenga más en aquel reino de Nápoles ni dé lugar que vaya á parte donde SS. pueda recebir enojo dél. Pero esto no lo digais al Papa ni se publique fasta que se ponga en obra, porque si antes lo supiese Valentines podria irse sin voluntad de Gonzalo á do no quisiésemos y hacer otro desconcierto; y en tanto podreis decir al Papa el mucho enojo que habemos habido de esto de Valentines é cómo nos lo proveemos como cumple.

Al dicho Cardenal escrivimos maravillándonos mucho de lo que ha fecho en esto de Valentines, e que no fable ni entienda en ningun negocio nuestro sin que nos gelo escrivamos ó vos gelo rogueis de nuestra parte.

Así mismo escrevimos á Gonzalo que si no es ido de ahí Fernando de Baeça ó otro qualquiera mensajero suyo, le envie luego á mandar que se vaya para él e que de aquí adelante no envie mensajeros ni negocios nues-

tros de aquel reino de Nápoles á Roma sino endereçados y remitidos á vos ó á qualquiera otro nuestro Embaxador que residiere en Roma y no al dicho Cardenal (de Santa Cruz) ni á otra persona alguna, diziendole cómo ha mucho que apartamos de nuestros negocios al dicho Cardenal é que no queremos que entienda en ellos, é que él no envie suplicaciones ni procure provisiones de iglesias ni de otros patronadgos nuestros de aquel reino, sino que cuando vacaren nos lo faga saber, é no dé la posesion sino proveyendose á nuestra suplicacion, e que asimismo vos faga saber las tales vacaciones para que procureis que el Papa no las provea fasta que vayan nuestras suplicaciones.

Tambien escrevimos al Duque de Terranova agraviandole lo que Santa Cruz procura de la venida en Apulla del Rey de Romanos, é diciendole que no solamente no lo procure, mas que en todo caso lo desvie e estorue, é así lo haced vos, porque traeria muchos y mucho grandes inconvenientes e estorvaria la negociacion que tenemos con el dicho Rey de Romanos; pero esto sea de manera que no lo pueda sentir ni resabiarse de ello el Rey de Romanos; y como quiera que creemos que habrá poco que fazer en estorbar la venída del dicho Rey de Romanos en Apulla, porque así como se pone ligeramente en las cosas, ligeramente las dexa; pero porque nos mandamos á Gonzalo que retenga mil peones alemanes escogidos, porque son gente bien mandada y provechosa, y en caso que el Rey de Romanos viniese á Apulla seria inconveniente tener nos allí gente alemana, vos enviamos aquí una carta nuestra en claro para el dicho Duque de Terranova con la data en blanco, en que le mandamos que despida luego los alemanes, para que la tengais vos guardada, é si viniese el dicho caso gela envieis para que los despida con tiempo, pero de otra manera no gela envieis. Tambien escrevimos al dicho Gonzalo que de más de los dichos mil peones alemanes, retenga otros mil peones españoles escogidos, ó más si viere que más son menester, y que despída todos los otros, é que nos envie aquá dos mil peones españoles de los que tiene en aquel reino armados y ordenados á la çuiça é que sean de los más reboltosos que allá hay; y creemos que con esto la gente que allí quedare será bien pagada y se remediarán los malos tratamientos que facen á los pueblos. En el remedio de lo qual e en que haya justicia y buena gobernacion en aquel reino, encargamos mucho al dicho Duque que entienda con mucha diligencia; porque ciertamente nos pesa mucho de oir decir las cosas que los nuestros hacen para que los aborrezcan en aquel reino; y aunque agora escrebimos sobre ello lo que nos parece que conviene, no dexaremos de facer para ello todas las otras provisiones que nos parecerán ser necesarias e convenientes para el remedio dello.

26. Capítulo de carta de los Reyes Católicos al embajador Rojas (Medina del Campo, 30 de Abril de 1504).

A Gonzalo Fernandez escrebimos que no envie mensajeros á Roma con nuestros negocios de aquel reino al Papa ni á otrie sino á vos, y que los negocieis vos en nuestro nombre como los otros negocios nuestros; é que no dé lugar que se provea iglesia ninguna, ni patronadgo de los de aquel reino, sino con nuestra suplicacion, pues los Reyes pasados están en posesion, e es razon que se nos guarde á nos como á ellos; e que nos faga saber de las iglesias y patronadgos que vacaren en aquel reino para que supliquemos por las personas que ovieren de ser proveidas y no dé las posesiones de otra manera. E esto mismo procurad vos que se guarde, é screvid cómo lo face de aquí adelante el dicho Gonzalo Fernandez.

27. El Gran Capitán á los Reyes Católicos, presentando su dimisión del alto cargo que ejerce en Italia, y las causas en que la funda [1] *(1504).*

Muy poderosos señores: Bien creo V. AA. se acordarán cuánto ha que me ficieron merced en quererse servir de mí en este misterio [2] de las armas; en lo que por la merced de Dios, yo me he trabajado de serviros contra moros e christianos, como lo he podido en un tan largo tiempo, que aunque se viviese descansado pocas saludes lo pasan sin recebir encuentro, quanto más juntándose algunos dias y noches de poco sosiego, con

(1) Copia del tiempo.
(2) Sic., por ministerio.

que las carnes y huesos no pueden escusarse de facer asiento, que aun las fábricas perpetuas lo facen. Por estas causas en mi disposicion yo no siento aquella integridad que solia; porque certifico á V. AA. desta enfermedad, yo quedo con mala dispusicion de estómago y cabeza, que pocos dias pasan que no la siento, y en la vista y en el oir tanta diminucion que justamente yo no me puedo tener por hombre entero. Y considerado que quien este cargo ha de tener, ha de tener sentidos doblados y ha menester entera salud, é que V. AA. no serian muy servidos que yo aquí perdiese el resto, é que no soy perpetuo, y que la más de la vida por razon me es ya pasada, é quán poca della se ha gozado en la compañia que Dios me dió, é perdido algun fruto que nos pudiera dar, y que me dió fija, que es cosa que tanto requiere remedio, é ya á alguna dellas le convernia, é por mi absencia esto tiene más peligro que esperanza, é otras muchas causas que yo creo que V. AA. conocen: yo he deliberado suplicar á Vuestras Magestades, e sus Reales manos beso por ello, me quieran dar licencia para volverme á servirles en España en su Real presencia, pues aquá, bendicho sea Dios é su Madre, no tienen necesidad de aquello en que yo sabria servir; y por esto é todo lo otro tienen tantos que mejor que yo satisfagan á lo que V. AA. aqui deben proveer. Tengan V. AA. por cierto que desenfogado este reino de los daños de la guerra e disminuyéndose este número de soldados, V. AA. lo mandarán y sosternan con un palo que aqui pongan, con tan poca fatiga como á Çeçilia. E pues el servicio de V. AA. se satisface con facerme merced á mí, sus Reales manos beso me quieran otorgar esta licencia, y se quieran servir de mí algund tiempo en presencia. Tambien les suplico por complir con este nombre que por merced suya más que por mis méritos me quisieron poner, si desta gran merced que en este reyno me han fecho, tirando desta el todo ó la parte que Vuestras Magestades querrán, y facerme merced en esos sus reinos de algun asiento propio, en que justamente pudiese con mi casa vivir, ó de la Orden, como á V. AA. pluguiere, lo recibiria á grandísima merced. No pudiendose, yo me remito é contento de lo que V. AA. serán más servidos. La licencia una y otra vez vuelvo á suplicar á vuestras Magestades me la concedan; porque no haciendolo, creo que se podrán servir poco tiempo de mi persona, é quedarian con gran cargo de mi alma.—Sus Reales pies y manos beso.—Brevemente me manden á esto responder y con efecto. — Nuestro Señor la vida y reales personas y estado de V. AA. guarde y acreciente, como vuestras Magestades desean.—De Nápoles á XX de Julio de DIIII años.—*Gonçalo Fernandez.*

28. El Gran Capitán á los Reyes Católicos congratulándose por la mejoría de la Reina (1) *(1504).*

Muy altos, muy cathólicos e muy poderosos Príncipes, Rey é Reyna é señores: A quatro de Setiembre recebí dos letras de vuestras altezas fechas en Medina, á XIII de Agosto, por donde sentí la enfermedad de V. A. con todos los sentidos y fuerças; e doy ynfinitas gracias á Dios, gloria sea á él e á su gloriosa Madre, e infinitamente le rengraçio por la salud que ha dado á vuestras magestades. Plégale, por qual él es y en su piedad, dar á V. A. tanta salud y buena vida con entero contentamiento, quanto vuestras magestades desean y vuestros siervos lo habemos menester. Plega á nuestro Señor que yo ni mis hijos, de V. A. nunca veamos pesar, y nuestros dias se acrecienten en vuestras reales vidas, aunque en su merced á todos la puede dar. Torno á regraçiar á Dios porque antes supe la sanidad que la dolencia: é así ha acaeçido á todos acá; de que ha seido tan general y grande el plazer, que no bastaria lengua ni pluma á encarecerlo. Porque humilmente suplico á V. A. que con mensageros antes me mande avisar de su bienestar. Ordene Dios por su pasion y su sagrada madre que siempre sea (2)... V. A. desean con acrecentamiento de mas reinos y señorios e conquista e vitoria de sus contrarios de qualquier ley que sean. De Nápoles á IIII de Setiembre de 1504 (3). De V. A. muy humil siervo, que sus reales pies y manos besa, *Gonzalo Fernandez, duque de Terranova.*

(1) Colec. Salazar, A-11.
(2) Hay un trozo pequeño, como de una palabra, roto en el original.
(3) Lo que sigue de mano de Gonzalo de Córdoba. En el sobrescrito: «A los muy altos, muy católicos e muy poderosos Principes e Señores el Rey e la Reina de España e de Çecilia, etc».

29. El Gran Capitán á Miguel Pérez de Almazán, Secretario del Rey y de la Reina, y del su Consejo (1504).

Muy magnífico Señor: Por lo que á sus altezas se escribe, vereis lo que se ofrece; y ésta solo es para acordaros que me mandeis, y suplicaros que (en cifra lo entrecomado) «en esta licencia porque suplico á Sus Altezas e con tantas causas, pues tanto me va en ella, trabajeis que me la concedan», pues no menos á su servicio conviene que las otras cosas que allá os parece que les cumple; e pues vuestro «banco no está sano en esta causa, suplicoos que no querais negarme ([1]) esta que el mio rompa». Mañana espero aquí al embaxador Don Francisco ([2]) por mar, y al señor dotor Pedrosa por tierra: que no he visto exército que tanto me satisfaga ni me descanse grand tiempo ha. E porque es la mayor merced que puedo recibir, aver presto respuesta, os suplico quanto puedo me respondais como es mi esperança. Nustro Señor vuestra muy magnífica persona y estado guarde y acreciente, como, señor, deseais. De Nápoles á VIII de Setiembre de 1504 ([3]). A vuestro servicio, *Gonzalo Fernandez, duque de Terranova* ([4]).

30. El Gran Capitán á los Reyes Católicos, recomendándoles al Barón de Proxita (Nápoles, 19 de Noviembre de 1504).

Muy altos é muy poderosos e catholicos Príncipes, Rey é Reyna nuestros Señores: En la contratacion que se hizo con el Marqués del Guasto, que Dios haya, para concertarlo á vuestro servicio con Iscla, él pidió á Proxita; e por cuanto importaba concluir la negociacion que en aquello consentia, yo gela concedí á vuestro Real beneplácito; porque á la hora Nápoles con todo lo otro desta parte se tenia por el Rey de Francia. E cuando las Reales banderas de V. A. entraron en esta cibdad de Nápoles, yo requerí á Proxita é se me entregó sin ninguna resistencia, y la entregué al Marqués en observancia de lo capitulado. Y es verdad que el baron me requirió á mí quel queria ser buen vasallo y servidor de V. A., no desposeyendole; é como esto no pudo ser por complir con el Marqués, él se fué á Roma, porque era pariente del Papa Alexandre, á procurar su favor; con el cual V. M. le recibiesen por su servidor restituyendole. Y esto á mí me consta porquel Papa muchos breves me escribió en recomendacion suya, é el Cardenal de Santa Cruz mucho lo procuró. E como yo no pude venir á menos al Marqués, la plática se disipó. Y en este medio vino al socorro de franceses á Gaeta, con el cual este Baron de Proxita se juntó y estuvo con ellos hasta que Gaeta se tomó por V. A. E entonces se delibró de ser vasallo é buen servidor de V. M.; é así por ser él muy honrada persona, como por ruego de otros muchos varones é personas principales de su linage, que han muy bien servido á V. A., é habiendolo él sido siempre é todos los de su casa servidores del Rey Don Alonso, é de todos los otros Reyes de vuestro linaje, é no habiendo fecho otro error, sino seguido como buen caballero aquella parte en que cupo; é siendo cierto que en su casa se recibia mayor placer de vuestra victoria que pesar de sus pérdidas, yo ove por bien que tornase á repatriar en Nápoles; porque V. M. serán más servidos quanto menos deservidores desta calidad tovieren. E así ha estado en Nápoles con toda lealtad, avisando y enderesçando lo que á vuestro servicio conviene con toda su posibilidad.

E entendiendo yo que cuando el Marqués murió, haciendosele grand cargo de conciencia de tener á Proxita, é á su confesor, é haciendo el testamento, delibró de restituilla; y consta á muchos questa era su delibrada voluntad, sino que un doctor que no quiere bien á este varon, por cuyo acuerdo el Marqués hacia el testamento, puso, contra lo quel Marqués determinaba, que se viese de justicia si la debia restituir. Por la cual cláusula los testamentarios del Marqués se retienen en la restitucion; é conosciendo que haciendo desto el Marqués conciencia, V. A. no están fuera de cargo, pues que por su mano éste ha seido desposeido, y teniendo muger y muchas hijas de grand condicion é bondad, viendo que padescian grandísima y vergonzosa necesidad, por descargo de vuestra Real conciencia y satisfaccion universal de todos los buenos desta ciudad, que lo han recibido en grand

([1]) Hay una palabra en esta frase que no se ha podido descifrar con exactitud; acaso haya algún signo equivocado.
([2]) De Rojas, embajador en Roma.
([3]) De mano de Gonzalo lo que sigue.
([4]) Acad. Hist., Col. Salazar, A-11.

merced de V. M., yo le dí para sustentamento dos terrecholas del estado del Príncipe de Vesiñano de poca renta, que con fatiga se sostienen, á beneplático de V. A., hasta que le remedien ó manden lo que sea su descargo. Y el baron por más confirmarse en vuestro servidor y dar razon de sí, va á besar las manos á V. M.

Humilmente les suplico lo manden bien rescibir é haber recomendado, porque es hombre para bien servir é nunca deservió. No tiene otro cargo sino como buen caballero sirvió aquella parte en que se halló sin perjuicio de vuestro servicio, al qual se reduzió cuando pudo. E la merced que desto V. A. le harán, será grata á muchos de vuestros servidores deste su reino. De Nápoles á XIX de Noviembre de DIIII. De V. A. muy humil siervo, que sus Reales pies y manos besa, *Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.*

31. Párrafo de carta de D. Francisco de Rojas, Embajador en Roma, al Rey Católico, referente al Gran Capitán (Roma, 20 de Marzo de 1505).

Segund la manera que Gonzalo Fernandez tiene ó quiere tener, es cierto que no se proveerá aquí de iglesia ni beneficio á ninguno de los que V. A. me ha mandado ni mandare; porque quando vaca alguna iglesia ó abadia, luego él si me escribe á mí es diciéndome que porque vaca tal iglesia y él la quiere para persona que ha seruido muy bien, que me ruega de su parte yo suplique al Papa por ella, etc.; y como V. A. me tiene mandado lo que haya de fazer en esto de las vacantes y da ya la ley de la qual assimismo V. M. ha escrito á Gonzalo Fernandez, y yo gelo he escrito muchas veces, y no obstante aquello él quiere proveerlo, y así lo escribe al Papa que me escribe á mí para que de su parte suplique á S. S. que provea de tal iglesia, con que quiebra y rompe toda la ley que Vuestra Alteza me tiene mandada, no sé qué me fazer, sino por no romper con él, obedecerle y posponer algo ó todo lo que V. M. me manda; y aunque lo quiera obrar, no aprovecha, porque él no lo quiere obedecer.

Y demas desto todas las más veces, lo escribe á otros y envia aquí sus negociadores y cartas al Papa, sin que aproveche para esto lo que V. A. le ha escrito y mandado. Y agora es venido y está aquí aquel Tomas Regulano, que es arzobispo de Malfa, al qual ha enviado aquí Gonzalo Fernandez al Papa con negocios de V. A. para que esté aquí estante, y que los negocie en su nombre, etc., y endereçado al Cardenal de Santa Cruz. Todo lo cual es muy perjudicial al servicio y honra de V. A. y á su autoridad, y al bien y pro de sus negocios; y por lo mucho que importa á su servicio, viendo que cada día crece más su soltura en todo lo de aquí, que lo de Nápoles yo no lo veo, y me pesa mucho de oirlo, me ha parecido deber escribirlo, y que no faria lo que debo al servicio de V. A. si lo callase. Suplícole muy humilmente que aquesto no se participe sino á solo V. A. y que con su mucha prudencia mande ver y proveer lo que más su servicio sea, teniendo por muy cierto V. A. que es muy necesario proveer muy bien y presto en todo.

Espero en nuestro Señor que me llegará presto la licencia de V. M. para partirme en fin deste mes ó en comienzo de Abril para poder allá dar más larga informacion de todo á V. A.

32. El Rey Católico al Gran Capitán sobre la desconfianza que tuvo de él; sus diferencias con el Archiduque; mal trato que éste da á la Reina su hija, y manifestándole no le preocupe estar en poco afectuosas relaciones con su yerno, porque él siempre le defenderá. Nuevas gestiones del Archiduque para atraer á su partido al Gran Capitán y agente que para este y otros efectos envió á Roma (1505).

(Dificilísima y angustiosa era la situación en que por entonces se hallaba el Gran Capitán, no siendo esta vez enemigos armados los que le asediaban y combatían, sino principalmente asechanzas, envidias, halagüeñas tentaciones y hasta el veneno de quien menos debía esperarlo. El Rey Católico, movido de su propia desconfianza y hostigado por los enemigos personales de Gonzalo de Córdoba, acentuaba cada vez su desvío hacia él, sufriéndolo aquel insigne héroe con admirable grandeza de ánimo. Sabía el rey D. Fernando que el Rey de Romanos y su hijo don Felipe procuraban no sólo excluirle del gobierno de Castilla, sino echarle del reino de Nápoles, y temía con sobrada razón que,

dada la influencia y autoridad de Gonzalo Fernández de Córdoba en este estado, si llegaban á inclinarle á su partido, fácilmente conseguirían su intento. Sabía las continuas instancias y tentadoras promesas que ambos monarcas le hacían para que les ayudase en su propósito; y sabía también que no eran menores las que se le hacían por parte del Papa, ansioso de poner sus manos en las cosas de este tan codiciado reino. A unos y otros mensajeros contestó el Gran Capitán con la nobleza y altivo desdén propios de su leal y egregia prosapia; «y fué muy público que un paduano descubrió en Nápoles que fué enviado por el Papa para que matase con veneno al Gran Capitán» (1). Francas y leales explicaciones dió el Rey Católico á Gonzalo de Córdoba de las sospechas que acerca de su conducta abrigaba. En carta fechada en la ciudad de Toro á 24 de Abril de 1505 (2), le decía):

Vimos vuestras cartas de diez de Enero é de XX é XXV de Marzo, é como quier que de vuestra grande afeccion é lealtad vuestras obras pasadas facen buen testimonio, é nos lo teníamos así bien creído como lo decís, pero habemos holgado mucho de ver las palabras que sobre ello nos aveys escrito, que son tales que manifiestan bien salir de la verdadera y entrañable aficion que teneis á nuestro servicio e de fin de virtud; y esto ha confirmado é confirma mucho más en nos la buena opinion que de vos teníamos, e vos lo agradecemos mucho é tenemos mucho en servicio. E puesto que los dias pasados haya habido algunas causas por do hayais sospechado que poníamos algund escrúpulo en la confianza que de vos facemos, tened por muy cierto que aquello no era por desamor ni por poca voluntad, que antes los que el hombre más quiere, aquellos corrige; mas era porque habiendo vos ganado tanta honra sirviéndonos en la guerra, deseábamos e deseamos no solamente no la perdiésedes, mas que la acrecentásedes sirviendonos en la paz. E no hay hombre en nuestros reinos que más deseamos que acierte en todo que vos... E por esto no quisimos darvos licencia para venir acá, sino que nos sirvais en ese cargo...

(1) Zurita.
(2) Está copiada de la original, cifrada, que en su rica colección de papeles históricos poseía el difunto conde de Valencia de Don Juan.

A lo que decis que habeis sentido que no estais bien con el Rey Archiduque mi fijo, bien veo que en tanto que gobiernen á él é á su casa los franceses, no querrán bien á ningun buen español; é que los franceses trabajarán quanto pudieren en enemistarlo conmigo é con todos los que han fecho daño é contrariedad á franceses, é han seido é son fieles españoles. No me maravillo que los franceses acaben esto con él, pues han acabado que no se ha contentado con publicar por loca á la Reyna, mi fija, su mujer, y enviar acá sobre ello escrituras firmadas de su mano (1), mas he sabido que la tienen en Flandes *como presa é fuera de toda su libertad*, é que no consienten que la sirva, ni vea, ni fable ninguno de sus naturales; e que lo que come es por mano de Flamencos, é así su vida no está sin mucho peligro. Guardela Dios. Ya vos vedes qué debo yo sentir de todo esto; é para con vos yo disimulo por no ponerla en más peligro fasta traerla, si á nuestro Señor pluguiere, lo qual yo procuro agora cuanto puedo; porque venida ella acá, con el ayuda de nuestro Señor todo se remediará, como cumple á mí é á la Reina mi fija, é al bien destos reinos é de todos los buenos servidores.

Así que no vos pene lo que os dicen que no estais bien con el Rey Archiduque mi fijo; que lo que á vos toca, yo lo tengo por propio mio, é así lo tiene e terná la Reina, mi fija; é con lo nuestro facemos lo vuestro; que yo creo que al cabo el Rey Archiduque, mi fijo, conocerá el daño que face á sí mismo en dexarse gobernar de franceses, é que me será en todo obediente fijo, como con este su embaxador me lo ha enviado á certificar, que lo será é quiere ser siempre. E cuando otra cosa los franceses le ficiesen facer, yo no he de dexar de facer lo que cumple á mí é á la Reina, mi fija, é al bien de nuestros reinos, para que con el ayuda de nuestro Señor queden para siempre remediados. E de lo que á vos toca, perded cuidado é dexadme á mí el cargo, que yo é la Reina mi fija no estaremos bien con el Rey Archiduque, mi fijo, ó él estará muy bien con vos, como es razon.

(Todavía en 5 de Mayo de 1505 intentó don

(1) Véase sobre éste punto mi estudio sobre *La Reina Doña Juana*, donde se inserta la carta á que se refiere aquí el rey D. Fernando.

Felipe atraer cautelosamente á su partido al Gran Capitán, escribiéndole que le contaba entre sus servidores y que esperaba hacerle las señaladas mercedes que sus servicios pedían ([1]); pero estrelláronse todas sus artificiosas insinuaciones ante la lealtad y nobleza de tan insigne y glorioso caudillo. La audacia del archiduque D. Felipe, ó por mejor decir de sus consejeros, llegó hasta el extremo de enviar un agente á Roma para prevenir al pontífice Julio II contra el gobierno del Rey Católico y difamar á los Arzobispos de Toledo y Sevilla y al Obispo de Palencia, que eran respectivamente Jiménez de Cisneros, fr. Diego de Deza y D. Juan de Fonseca, llamándolos escandalosos y acusándolos de gravísimas faltas, por las cuales querían se arrancase al Papa, á fuerza de dinero, un breve para emplazarlos en Roma. Y en verdad que el agente nombrado para tan escabrosa negociación era hombre en sumo grado adecuado para ella. Nuestros lectores todos le conocen: llamábase Antonio de Acuña; desempeñaba á la sazón el arcedianato de Valpuesta, y codicioso por obispar aceptó esta denigrante comisión. Más adelante fué Obispo de Zamora, caudillo el más turbulento de las Comunidades, y preso por esta causa en el castillo de Simancas, murió en él violentamente.)

33. El Gran Capitán al Secretario Miguel Pérez de Almazán, recomendándole á micer Bernardo Faragón (1505).

Muy magnífico señor: Por otra he escrito á v. m. lo mucho que micer Bernardo Faragon, de Mecina, ha servido al Rey nuestro señor con su hacienda é crédito, é con la de sus parientes é amigos en todas las necesidades que se ofrecieron en el armada, desde el dia que llegamos á Mecina, donde socorrió con dinero é ropa é vituallas é otras cosas que fueron menester, así para el viaje de levante como despues de la venida de la dicha falonia todo el tiempo que estuvimos en Çeçilia; e así mesmo para la entrada de Calabria: que en cada jornada destas sirvió tambien quanto mejor no se podría decir, prestando é fiando lo suyo é lo ajeno, en todo lo que su facultad é crédito bastaron; de que fasta agora se le debe buena suma de dinero, como por la relacion de las letras que mosen Luys Peixo, que tiene la razon de todo ello, escribe á S. A., vuestra merced entenderá. E porque los servicios de micer Bernardo, allende de pagarle lo que prestó en tiempos de tanta necesidad, merecen toda merced é gratificacion de S. M.: suplico á v. m. lo mande haber recomendado é le favorezca y enderece en todo lo que le converná; de manera que de todo sea satisfecho, como es razon; e conozca que mi suplicacion le aprovecha, que por ser tan buen servidor é haber servido á S. A. de la manera que arriba digo, todo lo que por él se hiciere, recibiré en causa propia. Nuestro Señor la muy magnífica persona de v. m. guarde y estado acreciente como desea. De Nápoles á veinte y quatro de Setiembre de 1505 años. A su servicio, *Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.*

([1]) Arch. de Simancas.

34. El Gran Capitán al Rey Católico en recomendación de Gaspar de Moya (1505).

Muy alto, catholico é muy poderoso principe é Rey nuestro señor: Gaspar de Moya, levador de la presente, ha servido á V. M. en la guerra pasada de este su reino con su persona bien, en lo que se ha ofrescido, é agora va en España en el número de los dos mill hombres que V. M. manda que de acá vayan. Beso sus reales manos, le plega mandarlo haber recomendado. Nuestro Señor, etc. De Puçol dos de Octubre de 1505.—De V. A. humil siervo, que sus Reales pies y manos besa, *Gonzalo Fernandez, duque de Terranova.*

35. El Gran Capitán al Rey Católico (1505).

Muy alto, catholico é muy poderoso príncipe, Rey nuestro señor: Aqui vino Obregon con las letras de V. A.: lo que se pudo, á la hora se cumplió, y en lo que nos pareció inconveniente se ha entretenido; e para mejor informar á V. A. y no errar, sabiendo su determicion sobre ser avisado de toda particularidad, él va tan bien informado que no conviene que yo alargue mas de suplicar á V. A. lo mande oir é creer é despachar presto, con lo que más servido será. Nuestro Señor la vida..... etc. De Nápoles á XV de Octu-

bre de 1505. De V. A., etc., *Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.*

36. El Gran Capitán al Rey Católico (1505).

Muy alto, cathólico..... etc.: Corrales, levador desta, ha servido bien á V. A. en la guerra pasada deste vuestro reino, en la parte que se ha hallado, y aun derramado alguna sangre en el cerco de Oyra e Conversano por vuestro servicio; é por ser buena persona se le encargó una compañía de gente de pie con la çual él agora va en España por la orden que V. A. manda. Lieva cient hombres, y otros diez y seis que se le llevaron de la compañia del comendador Montolio, que son ciento y diez y seis; de los cuales lleva copia é libranza. Suplico á V. A. lo mande aver recomendado. Nuestro Señor la vida..... etc. De Nápoles, XXII de Noviembre de 1505. De V. A....., *G. H, duque de Terranova.*

37. El Gran Capitán al Rey Católico sobre suspender el nombramiento hecho á favor de Galaso de Tarsia, y recomendando á Nuño de Mata para el cargo de Consul de franceses (1505).

Muy alto, catholico...... etc.: A V. A. es ido un gentil hombre de Cosencia que se dice Galaso de Tarsia, el qual en tiempo pasado ha seydo capitan de los casares de Cosencia; y bien que él sea hombre de bien é servidor de V. M., á vuestro servicio conviene que aquel servicio se ponga en poder de otra persona, segund V. A. de mi entenderá placiendo á Dios; e asi debe mandar suspender la provision desto hasta que yo le hable; que si V. M. le querrá hacer merced, en otra cosa podrá hacer su voluntad.

En esta vuestra cibdat de Nápoles antiguamente suele haber un oficio de Consul de franceses, el qual con las guerras pasadas no ha tenido ni usado persona alguna; y porque Nuño de Mata comiença agora á aprender la lengua francesa, le he recomendado el dicho oficio en nombre de V. A.: á la qual suplico le plega hacerle merced dél, porque le certifico que en esta guerra ni despues quel está de acá, no ha habido cosa alguna sino vestirse de la francesa.—Nuestro Señor..... etc.—Nápoles, último de Noviembre 1505. De V. A....., *G. H., duque de Terranova.*

38. Sobre la tardanza del Gran Capitán en volver á España después de ser llamado por el Rey (1505).

A fines del año 1505 el Rey Católico recelándose que en la contienda suscitada entre él y su yerno D. Felipe, se inclinase al fin el Gran Capitán del lado del Archiduque, determinó mandarle venir á España, so pretexto «por tener necesidad de su persona para cosas muy señaladas y de gran importancia», proveyendo el cargo de Lugarteniente general del reino de Nápoles en su hijo natural don Alonso de Aragón, Arzobispo de Zaragoza; no llegándose á efectuar este deseo del Rey por el peligroso estado de Italia y haberse, al fin, concertado el Rey con D. Felipe. Por más que la instrucción secreta que éste dió á su agente cerca del Gran Capitán, llamado Juan de Hesdin, para exponerle las quejas que del Rey su suegro tenía, hablando del matrimonio de éste con doña Germana, lo califica de *vituperable* (1).

La tardanza del Gran Capitán en venir á España, después de llamado por el Rey Católico, tenía á éste por todo extremo receloso y alarmado, habiendo sido su constante deseo tenerle á su lado en la ceremonia de su casamiento con doña Germana y en el acto de recibir á D. Felipe.

Excusaba Gonzalo su tardanza «con la sobra de mal tiempo, falta de dinero y afan de dejarlo todo proveido». La causa probable era no querer intervenir en estas discordias entre suegro y yerno, y esperar á que se ajustasen ó rompiesen abiertamente, en cuya actitud expectante se hallaba también toda Italia. Por su parte D. Felipe no dejaba de importunar al Gran Gonzalo para que permaneciese en Nápoles hasta tanto que él fuese jurado Rey de Castilla.

39. Capitulo de carta del Rey Católico á su Embajador en Roma D. Francisco de Rojas (Valladolid, 14 de Abril de 1506).

Lo que escribistes del Duque de Terranova vos agradezco y tengo en servicio; como decis, no puedo creer dél tal cosa, pero no dexeis de escribirme de contino lo que más supiéredes, é qué es la causa porque creys que

(1) *Vitupereulx.* Negotiations diplomatiques entre la France et l'Autriche, publiées par Mr. Le Glay.

se detiene, que todo se guardará en secreto; é si luego no viene, yo proveeré en ello de manera que habreis placer.....

40. El Rey Católico á su Embajador en Roma ([1]) *(Valladolid, 24 de Abril de 1506).*

En gran manera estó maravillado de tan larga tardança del Duque de Terranova; é no venir él y los oficiales que mandé que viniesen con él faze muy grande daño en estos negocios de la restitucion de los Barones y principalmente para el asiento de aquel reino é para bien é provecho de los que han servido: que estas dos cosas es imposible facerlas tan bien como convernia sin su venida dellos. Querria saber si es verdad si el Duque de Terranova se ha detenido y detiene por no haber fecho tiempo para venir como él dice, lo qual me parece imposible en tantos meses, ó si es otra la causa de su tardança, que ya agora no puede ser mejor el tiempo ni mas seguro en la mar para venir. Y si por aventura conoceis que se detiene por otro fin, como quier que tan grande maldad no la podria yo creer del dicho Duque si no la viese; pero en tal caso escribidme por menudo qué provision vos parece que debo facer para el remedio dello, porque si aquello fuese verdad, todo castigo mereceria; é enviadle luego mis letras que aquí van para él.

41. Capítulo de carta del Rey Católico á Rojas sobre la desconfianza que le inspira la conducta del Gran Capitan. (Matilla, 9 de Junio de 1506).

El Duque de Terranova veo que no viene, é agora no tiene escusa de tiempos ni de negocios que le impidan la venida; y si quando esta recibiéredes no fuere partido para aquá, de creer es que no verná; y si no viniere, clara estará su ruindad, la qual yo fasta agora nunqua he podido creer dél. Querria que me dixésedes en caso que no viniendo él, yo provea en lo de alli, si sentís de qué face fundamento, de qué manera, con cuya ayuda entiende remediarse; é esto no lo participeis con nadie, porque como he dicho, aun no puedo acabar de creer que faga ruindad.

([1]) Registro de cifras de S. A.

42. Capítulo de carta del Rey Católico á Rojas sobre tener resuelta su ida á Nápoles (Tordesillas, 1.º de Julio de 1506).

Yo acuerdo de me ir luego á Nápoles e desde allí con lo de mis reinos trabajaré de servir á nuestro Señor en la empresa contra los infieles. Mi ida será luego este verano plaziendo á nuestro Señor. No lo digais á nadie, porque nadie lo sabe, ni quiero que lo sepan fasta que me vean allá, e quando sea tiempo que publiqueis mi ida á Nápoles, yo vos lo escrebiré.

43. Capítulo de carta del Rey Católico á su Embajador en Roma acerca del intento de apoderarse el Gran Capitan de Ischia (Zaragoza, 23 de Julio de 1506).

Por vuestras cartas de nueve de Julio escrevistes lo que de Istla vos envió á decir la Duquesa de Francavila sobre el recelo que tiene que Gonzalo Hernandez se quiere apoderar de Istla. Escrevidle luego secretamente con persona fiel e llevelo en creencia, que si Gonzalo Hernandez quisiere pasar á Istla para apoderarse della ó quisiere enviar quien se apodere della, que con alguna buena color dilate é desvie su pasada; y que en fin ella tenga á muy buen recabdo la fortaleza de Istla é no consienta que Gonzalo Hernandez ni otra persona se apodere en ella, porque me pueda dar della muy buena cuenta como es obligada. E esto proveedlo luego secretamente, como he dicho, de manera que no se sienta.

Mi ida á Nápoles ya vos la he escrito. Yo espero de me embarcar para allá en Barcelona en mi armada, un dia despues de Nuestra Señora de Agosto, é iré costa á costa en las galeras.

44. Capítulo de carta del Rey Calólico á su Embajador en Roma (Barcelona, 30 de Agosto de 1506).

El casamiento que decis ([1]) me ha parecido grave facerse sin mi sabiduria e con-

([1]) El casamiento de la hija del Gran Capitán con el hijo de Fabricio Colona. (Véase el número 73 de estos documentos.)

sentimiento, y no ganarán por lo haber fecho así.

45. Relación de la entrada del Rey Católico en Nápoles, tomada de la Crónica *del renombrado Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo de los Reyes Católicos (1.º de Noviembre de 1506)* [1].

Fueron á recibir á S. A. á Castilnuovo veinte y dos galeras muy bien ataviadas, en que fueron más de dos mil hombres vestidos de seda y brocado, los más con cadena de oro al cuello y con mucha pedreria. Y entró S. A. en su galera con una ropa de brocado aforrada en martas con mucha pedreria, en el bonete un joyel que le dió el Gran Capitan Gonçalo Hernandes, que fue de los Reyes de aquel reino, que le habia costado veinte mil ducados; y la Reina salió vestida á la francesa, con un brial de oro bordado, tirado y chapado con mucha pedreria. Y cuando vinieron á vista de Nápoles las galeras dispararon el artilleria, y Castilnuovo les respondió con la suya, que fue cosa de ver, y sus Alteças desembarcaron en una puente artificial, donde el Gran Capitan tomó á la Reina de braço hasta ponella debaxo de un arco triunfal que entraba gran pieza en el mar, que habia costado doce mil ducados y la puente quatro, donde habia gran música de cantores, que cantaron *Te, Deum, laudamus.* Y allí juró el Rey las libertades del Reino, y comió aquel dia (allí) y la ciudad de Nápoles le hizo presente de todas las cosas de comer y de muchas frescuras y gentileças que ellos pudieron haber, y de doce mil ducados de renta en el aduana de la dicha ciudad, y de trecientos mil ducados en dinero; y á este respecto decian que estaba todo aquel reino y el de Sicilia determinados de servirle. Y S. A. mandó á llamar á Próspero Colona y al Duque de Términi, y tomando el estandarte Real en su mano, lo dió á Fabricio Colona, haciéndole su Alferez mayor del reino; y mandó al Próspero Colona tomase á la mano derecha al Gran Capitan, y S. A. cabalgando en su caballo muy bien adereçado, fue metido de baxo de un palio muy rico, que llevaban los Electores de Nápoles, y el estandarte iba delante con los Reyes de armas, y luego el Gran Capitan y el Próspero Colona, y luego la guardia de los alabarderos y los Embaxadores del Papa y del Rey de Francia y de los Venecianos y Florentinos y de las otras potencias de Italia, las quales habian traido á S. A. grandes presentes; y luego tras de ellos los principales del Reino y Grandes y Ricoshombres, y el Duque de Términi y los Cardenales de Borgia y Trento.

Y así fueron por la ciudad con muchas maneras de músicas hasta llegar á la iglesia mayor, donde salieron en procesion muy solemne todos quantos frailes habia en la ciudad y clérigos; y allí se apearon el Próspero y el Conde de Melfa, y llevaron de rienda al Rey y á la Reina hasta en casa del Duque de Términi, á donde todas las honradas dueñas del pueblo le hicieron un muy solemne recibimiento, debaxo de un arco triunfal muy rico que allí habia hecho. Iban en el recibimiento muchos géneros de música, como trompetas y atabales, sacabuches y cherimias, dulçainas y otros instrumentos de música.

Llevaba el Gran Capitan una ropa carmesí abierta por los lados, aforrada en rico brocado, y el sayo de oro amarillo, y un collar de oro y perlas muy rico, y colgando dél un joyel muy maravilloso. Sus alabarderos vestidos de sedas de sus colores. El Próspero Colona y Fabricio y el Duque de Términi iban vestidos de ropas roçagantes de brocado aforrado en damasco plateado.

Y como fuese de noche antes de llegar á Palacio, se encendieron hachas, que pareció en la mitad del dia, y solo el Gran Capitan sacó treinta pajes de librea con hachas. Y entrando el Rey por Palacio fue recebido de la Reina, su hermana, y de la Reina, su sobrina, y de la Reina de Hungria, hija del Rey Don Fernando, su primo, mujer que habia sido del buen rey Matias de Hungria; y el Rey las abraçó á todas con mucho amor; las quales estaban acompañadas de muchas damas y hijasdalgo vestidas de oro y brocado y de mucha pedrería; donde se mostró bien la grandeza de la ciudad de Nápoles; y S. A. estuvo hartos dias, que todo el tiempo se le fue en fiestas y regocijos, hasta que pasado esto començó á entender en los negocios del reino.

[1] El Rey Católico, navegando hacia Italia, entró en el puerto de Génova el 1.º de Octubre de 1506; desembarcó en Gaeta el 19 del mismo mes, é hizo su solemne entrada en Nápoles el 1.º de Noviembre.

46. Fragmento de carta del Arzobispo de Sevilla al Rey Católico, felicitándole por su regreso á España, donde tanta falta hace, y preguntándole por el Gran Capitán (Sevilla, 21 de Enero de 1507) ([1]).

En la venida de v. al. deue mandar dar toda la priesa que ser pueda, porque agora todas las gentes y ciudades desean á v. al. como á quien los ha de redemir, y su entrada en estos reynos serya agora tan llana y pacifica que no habria contraste, porque allende que la mayor parte aman á v. al., sienten todas generalmente la falta de gouernacion y de justicia; y con la dilacion ya sabe v. al. que pueden acaecer casos y cosas por do se muden coraçones y para las faltas y daños se busquen remedios, de manera que no sientan tanto la necesidat; y otras muchas cosas pueden acaeçer que agora no se piensan como á fortaleza cercada, que aunque esté bastecida de todas las cosas, el que puede, luego á tercero dia la querria socorrer. Las cosas dese reyno ya v. al. las avrá puesto en orden, y de acá se han de conservar mejor que de allá, como v. al. sabe. Bien creo que terná allá mucho trabajo y fatiga en poner en orden las cosas dese reyno, segun su desorden, mas como en tiempo del rey Fernando estuuo en tan gran concierto como dicen, prestamente será reformado. Suplico á v. al. me mande escrevir qué tal ha hallado á Gonçalo Hernandez, duque de Terranova, que deseo mucho lo haya hallado bueno y leal servidor...

47. El Rey Católico á Su Santidad, Reyes cristianos y señorías en favor del Gran Capitán (1507).

Sanctissimo ac beatissimo Domino Sanctæ Romanæ Eclessiæ Pontifici Maximo... Serenissimis item et excellentissimis quibuscumque Regibus, Regumque primogenitis, fratribus consanguineis et amicis nostris charissimis: Ferdinandus, Dei gratia Rex Aragonum, Siciliæ citra et ultra farum... Magni et grati animi offitium est, accepta obsequia perpetuo meminisse, ac illa non ocultè aut dissimulanter habere; sed omnibus magna cum laude testari, sane cum Illustri et magnanimo viro Gundisalvo Fernandez de Corduba duci Suæsse ac Terrenovæ, nostro generali Capitaneo, maxime debeamus ob res tantas, ob eo optime gestas, ut hoc nostrum regnum Siciliæ citra farum, strenua sui corporis et animi virtute, acrimarte ac suo singulari consilio, magnanimitate et constantia, sub Corona nostra, cuius antiquum patrimonium erat, in exercitu nostro restituerit, in illo quoque Regendo aliquot annis, curam Vicem gerens, sicut auxiliante Deo armis reduxit; ita magna cum fide, summa que prudentia et sagacitate, ac cum omni iustitiæ et equitatis laude, gubernauit, semperque intentus ac ubique solers et abvigilans fuit pro statu et rebus nostris, eoque nomine tot labores, totque difficultates et pericula subiens, eamque synceram fidem, semper et in omnibus rebus nobis servavit, ut maiora nobis desiderarí non potuisset, eamque operam pro nobis narravit, ut hac tempestate facile memoriam omnium fortissimorum ducum superaverit. Officii nostri esse putavimus ut debito tante virtuti testimonio prosequamur: harum igitur serie litterarum non presentibus modo hominibus sed posteris quoque tan clara et illustria, erga nos obsequia, nostro proprio motu, ex certaque nostra scientia significamus ac eius undique et inconcusse nobis fidem servatam fatemur atque testamur exaratis his litteris, quas pervenire ad omnes mundi dominos et universas mundi partes, et durare in omnen evum cupimus in suæ constantissime fidei, et suorum erga nos meritorum memoriam sempiternam presentes fieri fecimus cum subscriptione Magestatis nostre, proprie manus et magno nostro pendenti sigillo munitos. Datum in castello nostro Novo civitatis Neapolis, XXV die mensis Februarii, anno a Nativitate Domini millessimo quinquagessimo septimo.—*Yo el Rey.*—Dominus Rex mandabit mihi, *Michael Perez de Almaçan.*

48. El Gran Capitán á Cristóbal de Zamudio para que entregue la fortaleza de Beste á mosen de Foces (1507).

El Duque de Sesa y de Terranova y de Sant Angelo, etc. Don Gonzalo Fernandez de Cordova, á vos Christobal de Çamudio, nues-

([1]) Ológrafa.

tro alcaide de la nuestra fortaleza de Beste, salud e gracia. Bien sabeis en cómo confiamos de vos esa dicha nuestra fortaleza de Beste para que la toviésedes por nos en tenencia, como nuestro alcaide, tanto cuanto nuestra voluntad fuese. E agora por algunos buenos respectos, y no en defecto vuestro, habemos acordado de servirnos de vos en otra cosa, é proveer de la tenencia desa dicha nuestra fortaleza de Beste al magnífico mosen Pedro de Foces, para que la él tenga por nos en tenencia, como nuestro alcaide, segund que la vos habeis tenido fasta aqui. Por ende, por tenor de la presente, vos hordenamos é mandamos que luego que vos será presentada, sin nos más requerir ni esperar otro nuestro mandamiento ni segunda jusion, dedes y entreguedes esa dicha nuestra fortaleza de Beste al dicho mosen Pedro de Foces, ó á la persona quel en su nombre é lugar la enviare á recibir de vos, con toda el artilleria é municion é todas las otras cosas con que la recibistes al tiempo que vos fue entregada é despues acá habeis habido en cualquiera manera, apoderándolo en lo alto é baxo de la dicha fortaleza á toda su voluntad ó del que en su nombre la fuere á recibir, como es dicho. Todo lo cual le habeis de consignar por inventario ante notario público en guisa que no le falte cosa alguna. E de cómo le oviéredes entregado la dicha fortaleza en la manera que dicha es, tomareis carta de recibo del dicho mosen Pedro de Foces ó de la persona que en su nombre é lugar enviare á la recibir en las espaldas deste nuestro mandamiento por vuestra cavala: ca faciendolo é compliendolo vos así, como de suso es dicho, por esta vos alçamos é quitamos cualquier juramento, contraseguro, pleitohomenaje ó otra seguridad que de la dicha fortaleza ayays fecho á nos ó á otra persona en nuestro nombre; é vos damos por libre é quito de todo ello á vos é á vuestros herederos para agora é para siempre jamás. De lo qual mandamos dar la presente firmada de nuestro nombre é sellada con el sello de nuestras armas: que es fecha en la cibdad de Nápoles, doze dias del mes de Mayo de mill é quinientos é siete años.—*Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.* (Hay un sello con sus armas sobre un papelito cuadrado pegado con lacre).—Franco.

49. Sobre el viaje del Rey Católico de Nápoles á España (1507).

Dispuestos convenientemente los negocios del reino de Nápoles, con noticia de que los desórdenes iban creciendo por momento en el de Castilla y avisado de que se disponía á venir á ella con poderosas fuerzas el rey de Romanos, Maximiliano, resolvió D. Fernando apresurar su vuelta. Salió del puerto de Nápoles el 4 de Junio de 1507 con una armada de diez y seis galeras, habiéndose hecho á la vela ocho días antes la que mandaba el conde Pedro Navarro. De lugarteniente del reino de Nápoles quedó D. Juan de Aragón, conde de Ribagorza, sobrino del monarca.

Detúvose el Rey Católico unos dias en Gaeta á fin de obtener del Papa la investidura de Nápoles, pero como le entretuviese con esperanza de alcanzar á trueque de esta concesion otras contra los venecianos, siguió el Rey su camino con propósito de no detenerse hasta Saona, donde tenía concertada una entrevista con el Rey de Francia. Vientos contrarios le obligaron á detenerse en la playa romana y costa de Toscana algunos días, llegando el 26 de Junio á Génova, y saliendo poco después para Saona, donde ya le esperaba el rey Luis. Llegó á este punto el Rey Católico el 27. Recibióle aquél con muchos abrazos y placeres, y yendo el Gran Capitán á besarle las manos, el monarca francés lo alzó y abrazó como si fuera otro Rey, y por fuerza lo hizo sentar á su mesa con el Rey Católico y la reina Doña Germana. Mientras duró la comida, dice un escritor coetáneo, «casi nunca quitó los ojos del Gran Capitán, no se hartando de miralle y dalle mil loores cada rato delante de todos».

Por fin el 11 de Julio llegó el Rey Católico al puerto de Cadaques, en Cataluña, y porque estaba infestado de pestilencia pasó, sin detenerse, á desembarcar el 20 del mismo mes al Grao de Valencia, en cuya ciudad entró solemnemente con la reina Doña Germana al siguiente día.

Antes de salir de Nápoles, el Rey para recompensar los servicios que á su causa había prestado el arzobispo de Toledo fray Francisco Jiménez de Cisneros y para tenerle

en lo sucesivo por completo á su devoción, le había procurado el capelo de Cardenal y nombrádole Inquisidor general en los reinos de Castilla y León ([1]). Por análogas razones permitió que D. Alonso de Fonseca fuese proveído en vida de su padre en el Arzobispado de Santiago, por cesión que de este cargo le hizo, renuncia que produjo general escándalo en el reino; mas, como refiere un cronista contemporáneo, no le faltó en Roma al Arzobispo padre lo que se requería para acabar tal negociación. A esta causa decía el Rey D. Fernando que de dos cosas le acusaba gravemente su conciencia: la una, haber consentido esta renuncia de padre á hijo en dignidad tan principal, por ser además el hijo en quien recaía la renuncia de poca edad, sin letras ni experiencia, y la otra haber nombrado obispo de Osma á D. Alonso Enríquez, hijo bastardo del Almirante de Castilla, que asimismo era hombre muy profano y sin doctrina alguna.

«Hubo este año, escribe Alonso de Santa Cruz, muy gran pestilencia en toda España, principalmente en Castilla y León, muriendo las gentes por los caminos y montes, huyendo los unos de los otros; murieron muchos viejos, clérigos, frailes y monjas; escaparon muchos heridos; á vista de ojos se pegaba el mal de unos á otros; y también morían muchos de modorra y de hambre, por haber en este año mucha carestía de pan; amanecían en Sevilla por las calles y plazas veinte y treinta pobres heridos de pestilencia y muertos de hambre. Enterrábanlos todos juntos, de manera que los padres no podían ver á los hijos ni éstos á aquéllos, tanto que ya por hambre, ya por pestilencia, murió en este año la mitad de la población de España».

([1]) También antes de salir del reino de Nápoles hizo merced el Rey Católico á Pedro Navarro de la villa de Mélito con título de Conde. Al Gran Capitán dió la ciudad de Sessa con todo su señorío y título de Duque de ella, dándole además un privilegio con relación de todos los servicios prestados por él en el reino de Nápoles. Cuando los Venecianos supieron que Gonzalo había dejado el gobierno de este reino, le enviaron á decir «que le darían el partido que quisiese porque fuese su capitán general». Lo mismo le envió á decir el papa Julio II, «pensando que con tenello en su ayuda no se les habia de arrebatar cosa en Italia ni fuera della». Algunos dicen que el rey D. Fernando procuró que no recibiese partido de nadie, prometiéndole que en llegando á España le daría el Maestrazgo de Santiago; lo cierto es, que el gran Gonzalo supo cumplir como noble y leal vasallo, por más que el Rey mantuvo siempre de él hartos temores y desconfianzas, no premiando sus grandes y extraordinarios servicios con la largueza y magnificencia debidas.

50. El Gran Capitán al Secretario Almazán en recomendación del Barón Bruneto y del Conde de Matera (1507).

Muy magnifico Señor: El Baron Bruneto, levador desta, vino de Nápoles conmigo por negociar con el Rey nuestro Señor ciertas cosas del señor Conde de Matera, como más largamente de su relacion entendereys, y con la desgracia de mi quedada, por no perder tiempo aquí, ha acordado de se ir allá. Suplicoos, señor, lo mandeys aver en especial recomendacion, é querais tomar las cosas del señor Conde como las mias propias, porque asi las tengo yo, para dar en ellas toda buena expedicion é recabdo; pues sabeis, señor, que sus cosas merecen ser mejor tratadas que las de otros; é de mas de todo á mí se hará mucha merced. Asi mesmo, señor, os suplico en particular, mandeis haber al Baron mucho recomendado, que es persona honrra (sic) y merece bien todo lo que por él se hiciere. Nuestro Señor vuestra muy magnífica persona guarde é prospere. De Saona, VI de Julio de 1507.

A vuestro servicio, *Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.*

51. El Embajador de Venecia al Rey Católico previniéndole contra el Gran Capitán, y respuesta de S. M. (1507).

..... Por lo semejante del Duque de Terranova dicen que le hacen despues de la muerte del Duque de Urbino gran Golfangoner del Papa y que le dan sesenta mil ducados, y que la Duquesa viene á Roma, aunque desto y de todo será lo que Dios quiera; pero tengo por grande inconveniente para estos de la estada de aquella mujer en Italia, fuera de lo suyo y de la jurisdiccion y mando de V. A., en demás estando sana. Es cierto que V. A. pasa por todo, mejor que yo no lo sé decir, pero por verdadero deservidor y enemigo no tiene otro si no este; del cual por amor de Dios no se descuide y no esté con él en medios sino en extremos de bien ó de mal, segund sus merecimientos.

Una persona bien cierta me ha dicho, cómo fablando con mosen Luis Pexo en razones de amistad, le dixo cómo el Duque de Terranova le dixo un dia á la partida, que se concertase con él; que tan mal lo habia fecho V. A. con

él como con Luis Pexo, y que tan quexoso se quedaba como él; y le dixo más: que bien habia conocido que si tomara su consejo en algunas cosas, como en otras lo habia tomado, que lo hubiera acertado mejor; pero que no quedaba tan perdido que no pudiese hacer por él, y que le queria dar la cibdad de Girache y la baronia de Sant Jorge por su vida; y que el Luis Pexo no quiso aceptar la oferta, porque le parecia era dar alguna sospecha quedando él en este castillo como quedaba, y que le escribe de continuo muchas cosas; y que á su hijo, cuando fué á Valencia, que iba algo destrozado, le hizo dar muchos vestidos y honras muy señaladas. Díxole más hablando en estas razones, veniendo al caso, que «lo del Duque de Terranova no habia de ser sino un gran trueno un dia.....»

—A lo que le contestó el Rey Católico: «Cuanto á lo que decis del Gran Capitan en las cosas pasadas, alguna culpa tuvo; pero despues acá se ha reconocido y confesado lo que hubo en lo pasado; y en especial de poco acá se ha determinado á servirnos muy bien y fielmente, y poner vida y estado por nuestro servicio de la manera que gelo mandáremos; y tambien nos, visto cuan señaladamente ha servido á nos y á nuestra Corona Real, le tenemos por íntimo y fiel servidor nuestro de aqui adelante, y agora así lo muestra él acá en todas las cosas, y nos le habemos fecho merced. Esto decimos porque ya ni tengais la sospecha que teníades, ni creais de lo que vos dixeron contra él, sino lo que viéredes ó vos contare claramente».

52. El Rey Católico (Burgos, 14 de Marzo de 1508).

El Rey.—Alcaldes de sacas e cosas vedadas, dezmeros, aduaneros e portazgueros e otras cualesquier personas que teneis cargo de guardar el puerto de Montagudo. Porque el Duque de Sesa y de Terranova, nuestro Gran Capitan, envia á la Duquesa su muger, que está en Génova, á Rodrigo de Aldana e Antonio de Quintana, sus criados, levadores desta, yo vos mando que les dexeys e consintais pasar por ese puerto, libre e desembargadamente con sus cabalgaduras y ropas y con el dinero que llevan para su camino, sin los catar ni escudriñar ni pedir ni llevar derechos algunos ni poner ningun impedimento. E mando que esta licencia dure y haga efecto por término de treinta días contados de la fecha desta, e non fagades ende al. Fecha en Burgos á 14 días del mes de Marzo de 1508 años.—*Yo el Rey.*—Por mandato de S. A., *Miguel Perez de Almazan.*

—(Lo mismo manda á sus oficiales del Reyno de Aragon, Valencia y Principado de Cataluña, Rosellon y Cerdaña).

53. El Rey Católico (Burgos, 11 de Abril de 1508).

El Rey.—Oficiales de la casa de la moneda desta ciudad de Burgos. El Grand Capitan, Duque de Sessa y de Terranova, me ha fecho relacion quel querria labrar cierto oro en esa casa é que vosotros no lo quereys hacer diciendo que no hay tesorero; y que no le habiendo, no lo podeis labrar conforme á las Ordenanzas de la casa; é me suplicó vos mandase que lo labrasedes. Por ende yo vos mando que no embargante que no haya thesorero en esa casa de la moneda, labreis todo el oro que el dicho Grand Capitan vos diese á labrar, segund é de la manera que lo labrariades habiendo tesorero é lo habeys acostumbrado labrar, que yo por la presente vos relievo de cualquier cargo é culpa que por ello vos pueda ser opuesto é vos doy por libre é quito dello. E non fagades ende al. Fecho en Burgos....

54. Cédula de la Reina Doña Juana dando al Gran Capitán la tenencia de la fortaleza de Loja (Burgos, 30 de Abril de 1508).

Doña Juana, etc. Entendiendo ser así cumplidero á mi servicio é por facer bien é merced á vos Don Gonzalo Fernandez de Cordoba, Duque de Sessa y de Terranova, nuestro Grand Capitan, acatando los muchos é buenos y leales, continos y señalados servicios que me habeis fecho é haceis de cada dia: tengo por bien y es mi merced é voluntad que agora é de aquí adelante, cuanto mi merced é voluntad fuere, tengais por mí en tenencia la fortaleza de la ciudad de Loxa, é seais mi alcalde y tenedor della, é que hayades é tengades en cada un año con la dicha tenencia los mrs. que para ella están nombrados y asentados en los mis libros de las tenencias é las otras cosas á ella anexas é pertenecientes. E por esta mi carta mando á

Diego Lopez de Ayala, mi aposentador mayor, caballero hijodalgo, que luego que con ella fuere requerido tome y reciba de vos el dicho Grand Capitan el pleitohomenage y fidelidad que en tal caso se requiere é debedes hacer, é á Pedro de Fuenmayor, tenedor de la dicha fortaleza, que así por vos fecho el dicho pleito homenaje e fidelidad vos entregue luego la dicha fortaleza.....

55. La Reina Doña Juana nombra al Gran Capitan Gobernador de la ciudad de Loja (Burgos, 30 de Abril de 1508).

Doña Juana, etc. Confiando de vos don Gonzanlo Fernandez de Córdoba, duque de Sessa y de Terranova, nuestro Grand Capitan, que sois tal persona que guardareis mi servicio é bien é fiel é diligentemente hareis lo que por mí vos fuere mandado é cometido; é entendiendo ser así cumplidero á mi servicio é á la buena gobernacion, paz é sosiego de la mi justicia: es mi merced é voluntad que seades mi gobernador de la cibdad de Loxa e de su tierra é término e jurisdiccion por el tiempo que mi merced é voluntad fuere. Por ende por esta mi carta vos encomiendo é cometo la dicha gobernacion é la administracion de mi justicia de la dicha cibdad é de las villas, é lugares de la dicha tierra y términos y jurediccion y vos doy poder amplio..... etc.

56. La Reina Doña Juana concede al Gran Capitán dos cuentos de mrs. anuales de renta (Burgos, 2 de Mayo de 1508).

Yo la Reina: Fago saber á vos los mis contadores mayores que yo acatando los muchos é buenos é muy señalados é contínuos servicios quel Grand Capitan Don Gonzalo Fernandez de Córdoba, duque de Sessa y de Terranova, ha hecho al Rey D. Fernando mi señor e padre, é á la Reina Doña Isabel, mi señora madre, que santa gloria haya, é á mí, é á nuestras Coronas Reales, é á la grande honra que ha dado á estos mis reinos é toda nuestra nacion d' España, como á todos es público y notorio, é en alguna enmienda de tantos y tan señalados servicios, mi merced é voluntad es que haya é tenga de mí por merced en cada un año, cuanto mi merced é voluntad fuere, dos quentos de mrs. asentados por mi carta de privilegio señaladamente en la renta del derecho de la seda que á mí pertenece en el reino de Granada; porque vos mando que lo pongais e asenteis así en los mis libros..... etc.

(Firmado por el Rey).

57. El Rey Católico (Burgos, 2 de Mayo de 1508).

El Rey.—Contadores mayores... (manda que por los 2 quentos de mrs. que la Reina Doña Juana ha hecho merced (v. n.º 56) al *Gran Capitan* en las sedas de Granada) «no le desconteis diezmo ni chancillería de tres ni de cuatro años, que segun la nuestra ordenanza es obligado á pagar».....

—(El Rey á id..... que tampoco se descuente nada de lo que debe haber por la tenencia de Loxa).

58. El Rey Católico (Burgos, 10 de Mayo de 1508).

El Rey.—Licenciado Vargas, nuestro thesorero e del nuestro Consejo: yo vos mando que de qualesquier libranza, que tengays este año en la cibdad de Córdoba é su partido, deys á don Gonzalo Fernandez de Córdoba, duque de Terranova, nuestro gran capitan, dos quentos de mrs. de las dichas libranzas de lo mejor parado dellas ó de la libranza que teneis en la seda del reino de Granada porque los ha de haber de cierta merced que yo le fice... etc.

59. El Rey Católico (Burgos, 14 de Mayo de 1508).

El Rey.—Fernando de Fuenmayor, contino é tenedor de la fortaleza de la cibdad de Loxa. Ya sabeys cómo vos mandé tener esa fortaleza fasta tanto que yo vos enviase mandar lo que della oviésedes de facer: é agora la Serenísima Reina... mi hija ha fecho merced de la tenencia desa dicha fortaleza á Don Gonzalo Fez. de Córdoba, duque de Sesa y de Terranova, nuestro gran Capitan... Por ende yo vos mando que... le entregueis esa dicha fortaleza... etc.

60. El Rey Católico (Burgos, 28 de Mayo de 1508).

El Rey.—Alcaldes de sacas, etc. del puerto de Fuenterrabia e de Irun. El duque de Sesa

y de Terranova, nuestro Grand Capitan, é Don Diego de Mendoza, conde de Mélito, envian á mosior Don Eni con Enrique de Cosencia, levador desta, cinco caballos; por ende yo vos mando le dexeis é consintais pasar... etc.

61. El Rey Católico (Arcos, 8 de Julio de 1508).

El Rey.—Presidente e oidores de la audiencia e chancilleria que reside en Granada é agora estais en Loxa. Yo he sabido cómo habiendo enviado el Duque de Sesa y de Terranova, mi Grand Capitan, á tomar la posesion de la tenencia de la fortaleza y de la gobernacion de la ciudad de Loxa, de que la Serma. Reina mi... hija e yo le proveimos, vosotros sobreseisteis el dar la dicha posesion hasta consultar conmigo; y vista la cabsa que á ello vos movió, que fue lo que el Marqués de Priego su sobrino ha hecho, tovisteis mucha razon de lo facer así; pero porque yo sé cierto quel dicho Grand Capitan no solamente no cupo ni supo en el hierro del dicho marqués, ni jamás cabria en cosa que fuese deservicio de dicha Serma. Reina mi fija... Por ende yo vos mando que cumpliendo lo que en las provisiones que sobre ello se le dieron, le deis... etc.

—(Diose otra tal para el Alcalde de Loxa).

62. Cédula de la Reina D.ª Juana al Concejo de Loja sobre no haber querido éste cumplir la orden de dar posesión al Gran Capitán del cargo de Gobernador de dicha ciudad por la rebelión del Marqués de Priego, y ordenándole la cumpla ahora (Arcos, 11 de Julio de 1508).

Doña Juana, etc.—A vos el Concejo, justicia, regidores, etc. de la ciudad de Loxa, salud é gracia. Bien sabeis cómo yo hobe proveido de la gobernacion desa dicha ciudad y su tierra por el tiempo que mi merced y voluntad fuese á Don Gonzalo Fernandez de Córdoba, duque de Sesa y de Terranova, nuestro Grand Capitan, segund más largamente se contiene en la provision patente que dello le mandé dar, con la cual segun parece por testimonio signado de escribano público fuistes requeridos le admitiésedes al dicho oficio e usásedes con él e con sus lugarestenientes en los casos e cosas á él anexas é concernientes conforme á la dicha provision; y vosotros despues de haberla obedecido distes cierta respuesta é sobreseistes en dar la posesion de la dicha gobernacion fasta consultar conmigo. Y vista la causa que á ello vos movió, que fue principalmente lo que el Marqués de Pliego, sobrino del dicho Grand Capitan ha fecho, tuvistes mucha razon de lo facer así. Pero porque yo soy cierta que el dicho Grand Capitan no solamente no cupo ni supo en el yerro del dicho Marqués, ni jamás cabria en cosa que fuese deservicio mio, mas que será el primero que porná la persona y el estado por nuestro servicio cada vez que menester fuere, é por su parte me fue suplicado sobre ello le mandase proveer como la mi merced fuese, é yo tóvelo por bien; por ende yo vos mando que veades la dicha provision de que de suso face mencion e sin dilacion alguna la guardeis é cumplais... etc.

—(La Reina á D. Fernando de Fuentmayor, nuestro contino, hombre darmas y tenedor de la fortaleza de la ciudad de Loxa para que dé posesion de ella al Gran Capitan).

63. El Rey Católico (Arcos, 13 de Julio de 1508).

El Rey.—Presidente é oidores de la audiencia y Chancilleria que suele residir en la ciudad de Granada y agora residis en la ciudad de Loxa. Vi vuestra carta é ya por otras nuestras antes desta, habeis visto la respuesta que vos enviamos cerca del sobreseimiento que ficistes en el dar de la posesion de la tenencia y gobernacion desa dicha ciudad al Duque de Sessa y de Terranova, nuestro Grand Capitan, por las cuales habreis entendido cómo viendo la causa que á ello vos movió, que fue principalmente lo que el Marqués de Priego ha fecho, nos lo hobimos por bien, porque tovistes mucha razon de lo facer así; pero porque yo soy cierto que el dicho Gran Capitan no solamente, etc. (sigue como en las anteriores vos mando que sin dilacion alguna cumplais las dichas nuestras cartas y sobrecartas... etc.

64. El Rey Católico (Córdoba, 14 de Septiembre de 1508).

El Rey.—Mossen Soler, capitan de las galeras de la costa del Reino de Granada. El Cristianísimo Rey de Francia mi hermano me ha escripto rogándome que mande soltar unos

cuatro franceses súbditos suyos que diz que estan en la galera que se decia del Grand Capitan, que se llaman Francisco de Paris é Guillermo de Bandera e Peti Juan Breton e Pierre Ardoyn, para que se puedan ir libremente donde quisieren e por bien tovieren. E yo hélo habido por bien. Por ende yo vos mando que si los susodichos son súbditos y naturales del dicho cristianisimo Rey de Francia los solteis luego de la dicha galera para que se puedan ir donde quisieren ó por bien tuvieren. E non fagades ende al... etc.

65. El Rey Católico (Córdoba, 19 de Septiembre de 1508).

El Rey.—Alcaldes de sacas y cosas vedadas, aduaneros, etc.... que teneis cargo de guardar el puerto de la cibdad de Málaga. El duque de Sesa e de Terranova, nuestro *Grand Capitan*, envia á Roma á micer Agustin Quindia cuatro yeguas; por ende yo vos mando que á la persona que la presente llevare dexeis cargar y llevar por ese dicho puerto las dichas cuatro yeguas sin le poner en ello impedimento alguno é sin le pedir ni llevar por ellas derechos ni otra cosa alguna. . etc.

66. Carta de fr. Francisco Ruiz, sobrino y secretario del Cardenal Cisneros, al secretario Pérez de Almazán, sobre la conducta del Gran Capitan en la rebelión del Marqués de Priego, y sobre sus tratos con el Papa para ser nombrado capitán y confalonero de la Iglesia (1508).

Señor: Hago saber á v. m. cómo hoy allegamos aquí á Villar de Miro el Señor Cardenal y todos muy buenos, aunque con grand pena por no saber de su al., especialmente dexando detrás de sí lo que dexa, y mañana plaziendo á nro. señor nos vamos á dormir á Torquemada; si mandare, háganos saber las cosas de allá y escriualas al Cardenal.

Ayer domingo vino el Grand Capitan á hablar con el Cardenal y á despedirse, y passaron muchas cosas sobre lo de su sobrino (el Marqués de Priego) y el Cardenal acordó de le hablar muy claro, y en fin de muchas pláticas dixole que no le deuia favoreçer, porque le destruia y echaua á perder, y que le dezia y certificaua quel hauia de hazer por él y que le queria y amaua tanto como á él, y que le deuia á la horá hazer un correo que se viniese luego para su al. y muger y hijos y fortalezas todo lo pusiese en su poder, y esto sin tardar, antes que de Tordesillas su al. se fuese, porque si de allí su al. se partiese sin fazer esto, quel no queria entender más en sus cosas de ay adelante, etc. y afeandole muy mucho lo que hauia hecho, de manera quel fue bien descontento del Cardenal, aunque quedó que le haria luego el correo porque se oviese respuesta para el dicho tiempo.

Ansi mismo aviso á v. m. para que avise á su al., si acaso esto no sabe, quel sobredicho Grand Capitan trae cierta contratacion con su Santidad procurando de ser confalonero y capitan de la Iglesia, y avrá quarenta dias que hizo sobre ello correo y está agora sperando cada dia la respuesta, y diz que le da el Papa cincuenta mil ducados con el dicho oficio. Esto supe de persona que está en su misma casa, que es mucho mi amigo y me lo dixo en muy grand secreto. Y porque sé que sabe v. m. de la manera que este está, y quanto podria deseruir teniendo el dicho cargo, ansi por su reputacion tan grande como por tener allá estado y saber las cosas de acá, acordé de lo escreuir á v. m. y hazerselo saber, y aun al Cardenal le paresció que lo devia ansi hazer, para que v. m. avise á su al.. y quedo besando las manos de v. m.—(Sin fecha ni nombre, sigue una rúbrica).—(Sobreescrito): Al señor secretario Almaçan en su mano propia.

(A continuación de letra del tiempo): «De fray Francisco, sin fecha». La carta tiene el sello con las armas del Cardenal Cisneros [1].

67. Hoja suelta de una Crónica sobre el Rey Católico en que se trata de la rebelión del Marqués de Priego y la parte que en su favor hizo su tío el Gran Capitán (Letra del siglo XVI).

Yendo el Rey Católico de camino para castigar al revelado Marqués, suplicáronle algunos Grandes que se acordase de los servicios y muerte de D Alonso de Aguilar, su padre, y de los que tenía tan presentes del Gran Capitán «Y el Duque de Alba, que era el que mas tenia en la gracia del Rey, envió sobre ello al Marqués de Villafranca, su hijo, intercediendo en el negocio como lo pudiera hacer por D. Garcia, su hijo». Estuvo el Rey muy

[1] Bibliot. de la R. Acad. de la Hist.

determinado y firme en no dar en este negocio crédito á Grandes, para que se disimulase el castigo; porque en la disimulacion ellos hacian su hecho y no curaban de lo que tocaba al Estado del Rey; y por esto iba muy resuelto de poner al Marqués en tanto estrecho que todas las gentes conociesen que era perdonado de pura clemencia, y no suspender antes el rigor.

Antes que el Rey partiese de Valladolid para pasar los puertos, la via de Toledo, estando el Cardenal de España en Tordesillas, se fue á vèr con el Gran Capitan; y no cesaba de quexarse del llamamiento de gentes que el Rey habia mandado hacer, y afirmaba que estaba ya persuadido el Marqués para irse á su servicio y que él haria que se fuese á Alcalá de Henares. Entendiendo el Cardenal que no era aquello bastante satisfaccion, le persuadia que procurase que su sobrino entregase primero sus fortalezas y pusiese todo su estado en manos del Rey; y entendiese que en ninguna persona, grande ni pequeña, en aquel caso acudiría al Marqués, porque no era negocio del Rey, sino de la Reina (D.ª Juana) y de todo el reino. Excusábase el Gran Capitan con decir que no queria saber sino la voluntad del Rey y qué era su fin; porque si quisiese destruir á su sobrino, moriria como era razon y como convenia á Grande. Y deteniendose en esto, se iba más extragando y enconando el negocio. Y conociendo el Marqués cuan mala salida tenia, y la determinada voluntad del Rey, y que no le quedaba otro remedio, por consejo y persuasion de su tio, se vino de su propia voluntad á poner en la merced del Rey con toda su casa y estado, al tiempo que llegaba á Toledo; y sin quererle ver el Rey, le mandó que estuviese á cinco leguas de la Corte, y que entregase sus fortalezas. Entonces envió de Toledo el Gran Capitán al Rey, con un Alonso Alvarez, la memoria de todo lo que el Marqués tenia y podia entregar; y le envió á decir que aquello se habia fundado con la sangre de los muertos, sin los méritos de los vivos; y puesto que el favor por entonces iba por otra medida, él seria presto con S. A.; y que de una sola cosa le quedaba satisfaccion y grande contentamiento, que cuando los que gozaban de los favores y los recebian á menudo, los hubiesen merecido igualmente, ellos no los querian de viejos, y que lo que no se hacia por razon, no era de tanto perjuicio. Tras esto se entregaron luego las fortalezas á las personas que el Rey mandaba, y fue á ponerse en la de Priego por su mandado Gonzalo Ruiz de Figueroa.

Cuando el Rey salió de Toledo, llevaba ya consigo seiscientos hombres de armas y cuatrocientos ginetes y tres mil soldados de la ordenanza y entre espingarderos y ballesteros y con picas con sus capitanes y coroneles y cabos de escuadras; y cuando llegó á Córdoba mandó poner al Marqués en prision en el lugar de Trassierra, aldea de aquella ciudad y allí se continuó el proceso contra él por los del Consejo Real.

Fue acusado de haber cometido crimen de lesa Majestad; y respondió que no le convenía estar á justicia con el fiscal ni litigar con su Señor; antes suplicaba al Rey que tuviese memoria de los servicios que su padre y abuelos habian hecho á la Corona Real y se tuviese consideracion á los que él esperaba hacer y se usase con él de clemencia, pues reconocido su yerro, se habia ido á poner en sus manos y le entregó sus fortalezas.

Antes que su causa se determinase, se hicieron diversas execuciones de justicia rigurosa y exemplarmente contra muchos vecinos de aquella ciudad; y fueron condenados algunos caballeros capitalmente; y derribose una casa principal de Alonso de Cárcamo, señor de Aguilarejo; y otra de Bernardino de Bocanegra, que se hallaron en la prision del alcalde. Sentenciaronlos los del Consejo Real; en lo que tocaba al Marqués, que como quiera que segun la gravedad de los delitos y excesos por él cometidos, por derecho y leyes del reino, habia incurrido en pena de muerte y perdimiento de todos sus bienes; pero consultado con el Rey y considerado que se habia presentado y habia guardado la carcelería que se le habia señalado y puso su persona y estado en las manos del Rey, usando de clemencia y moderando el rigor del derecho, se conmutaban las penas de muerte y confiscacion de bienes en destierro perpetuo de la ciudad de Córdoba y su tierra y de la Andalucía, cuanto fuese la voluntad del Rey, con que todas sus fortalezas y castillos estuviesen en poder del Rey para que se guardasen y los tuviesen á su costa. Y porque fuese castigo al Marqués y quedase el exemplo, se derribase la fortaleza de Montilla, que era

casa fuerte y de aposento, muy bien labrada y de las mejores de la Andalucia.

Quedaron deste castigo muy agraviados todos los Grandes de aquellos reinos y muy sentidos, y como quiera que al Gran Capitan cupo tanta parte del disfavor y señal que en aquella casa se hizo, el que más se agravió en todas las demostraciones públicas y secretas fue el Condestable, pareciéndole que fue mal aconsejado el Rey. Y como era cosa justa castigar á los que erraban, asi era grave caso que el castigo fuese tan terrible. Este sentimiento pasó aun más adelante, y sucedió para mayor desagrado suyo, porque como envió á decir al Rey con D. Antonio de Velasco que se maravillaba de tanto rigor, y él le respondiese que más razon daba el Condestable que se maravillasen dél en decir que por hacer justicia con tanta misericordia le parecia cosa grave posponiendo el bien de la justicia y el servicio de la Reyna y suyo, y la paz y sosiego y bien general del reino, el Condestable se agravió mucho de esto, entendiendo que el Rey hablaba en su honra más largo de lo que debiera.

68. Sobre sucesos del año 1509.

Refiere un antiguo manuscrito que el condestable D. Bernardino de Velasco tenía tanta parte con el Rey Católico por haberle metido en el reino cuando vino de Nápoles, que dicen solía llevar un memorial de diversos negocios, cuando iba á Palacio para despacharlos, y que si alguno de ellos faltaba, mostraba al Rey mal gesto, aunque todos los demás se hiciesen. Estuvo este Condestable casado con Doña Juana de Aragón, hija del Rey Católico, y después de fallecida trató de casarse con una hija del Gran Capitán; y sabiéndolo la reina Germana, díjole: «Cómo auiendoos casado con hija del Rey mi Señor, os quereis casar con hija de su vasallo?» El le respondió: «Assi S. A. fue primero casado con una muger la mas excellente que huuo en el mundo ni habrá, y ahora está casado con una dama de la Reyna de Francia». Sintió esto tanto la Reina que dicen que hizo á una dama, que el Condestable servia, le diese favor y lo echase de su regazo, y le dió una rosquilla á comer y de ella murió. El dicho Condestable estando enfermo á la muerte se quiso casar con una carpintera de quien había tenido á D. Bernardino su hijo y aun otros; y el que fué por ella se dió tal maña que, cuando vino, había dos horas que era fallecido y así heredó D. Iñigo (1).

No eran vanas é infundadas las precauciones del Rey Católico arriba enumeradas y el consiguiente afán de tener cerca de sí al Gran Capitán; porque sus enemigos, y principalmente Don Juan Manuel y Andrea di Borgo, trabajaban cerca del emperador Maximiliano para que trajese consigo al príncipe archiduque D. Carlos y desembarcase con poderosa armada en las costas de Galicia, las cuales mandó el Rey guardar con suma vigilancia.

Sosegada Andalucía (2) y teniendo noticia el Rey Católico de los tratos secretos que algunos Grandes de Castilla traían con el Emperador, vino al corazón del reino por Extremadura y Salamanca, entrando en Valladolid por el mes de Febrero de 1509. De allí pasó á Arcos á visitar á la reina Doña Juana, que había permanecido en aquel lugar desde que se separó de ella, llevando en su compañía al infante D. Fernando.

Sentía en extremo el Rey Católico que su hija se obstinase en permanecer en Arcos, no ofreciendo este lugar completa seguridad para la guarda de su persona; porque la razón principal que había tenido para dejarla en él, consistía en haber encomendado la guarda de la Reina al Condestable y al Almirante, y por este tiempo sospechaba, no sin fundamento, el Rey de la lealtad del primero, por los tratos que con el emperador Maximiliano mantenía.

69. El Rey Católico al Rey de Francia recomendándole mande se asista debidamente en Génova á la mujer del Gran Capitán, que regresa á España (3) (Valladolid, 21 de Marzo de 1509).

Muy alto, muy excelente é muy poderoso príncipe don Luis, por la gracia de Dios Rey de Francia, duque de Milan, señor de Géno-

(1) Bibl. de la Acad de la Historia.

(2) No queremos dejar sin consignar el hecho siguiente, que prueba cuán difícil le fué al Rey Católico sosegar las alteraciones de Andalucía, por las estrechas confederaciones que unían entre sí á los más de los Grandes de aquel reino. En carta cifrada del arzobispo de Sevilla al rey D. Fernando (Sevilla, 4 Agosto de 1509) le dice aquel prelado que el Duque de Arcos deseaba entrar en confederación con él y que le había respondido que estaba conforme en ello, si lo hiciese también con el Conde de Tendilla y otros caballeros con quienes él estaba confederado. (Col. Salazar, A. 13, fol. 31.)

(3) Al margen está escrito: Grand Capitan.

va, etc., nuestro muy caro é muy amado hermano é aliado. Don Fernando, por la misma gracia Rey de Aragon, etc. Salud é amor con entera fraternal dileccion. Ya sabeis cómo la illustre Duquesa de Terranova é sus hijas quedaron y están en vuestro señorio de Génova, donde ellas y los suyos por vuestro mandado han seydo muy bien tratados, lo qual así por el amor que tenemos al illustre Duque de Sesa é de Terranova, nuestro Gran Capitan, su marido, como por ser ella persona de merecimiento, vos agradecemos mucho é tenemos en muy singular complacencia. E agora el dicho duque envia al capitan Luis de Herrera, su primo, leuador desta para venir con la dicha ilustre Duquesa su muger é hijas á estos reynos de España Por ende muy afectuosamente vos rogamos que os plega mandar que por sus dineros se les den las naos y otras cosas que para su viaje é venida ovieren menester, así en el dicho vuestro señorio de Génova como en otras qualesquier partes de vuestros reinos donde aportaren, é que en ellas sean acogidos, tratados é proveidos como quien son; lo cual recibiremos de vos en muy singular complacencia... etc.

—(Cédulas sobre lo mismo): «El rey de Aragon á los respetables, magnificos, amados y devotos nuestros, Gobernador y Consejo de los ancianos de la Comunidad de Génova» con la misma fecha de la cédula anterior y sobre el mismo punto, agradeciéndoles hayan sido tan bien tratados la Duquesa de Terranova, sus hijas y criados durante su estancia en Génova, y rogandoles les asistan y favorezcan ahora de nuevo en cuanto necesitaren para su viaje á España.

—(El Rey de Aragon á los Capitanes, maestres y contramaestres, pilotos y marineros de qualesquier naos é fustas de mis súbditos y naturales, recomendándoles den favor y ayuda á la Duquesa y personas que la acompañen, si para ello fueren requeridos por Luis de Herrera)

—(Doña Juana, reina de Castilla... á los capitanes, maestres y contramaestres, pilotos y marineros, ordenándoles lo mismo).

70. El Rey Católico sobre pago de haberes al Gran Capitán (Valladolid, 21 de Marzo de 1509).

El Rey. — Contadores mayores: Yo vos mando que libreis á Don Gonzalo Fernandez de Córdoba, duque de Sesa e de Terranova, nuestro Grand Capitan, los mrs. que ha de haber y se le deben por las tenencias de Illora y Castil de fierro del año pasado de 508, sin le descontar el tercio que á los otros alcaydes del reino de Granada se suele descontar; y asimismo vos mando que le libreis lo que hobiere de haber por la tenencia de la fortaleza de la cibdad de Loxa, desde el dia que le fue entregada fasta en fin del mes de Diziembre del dicho año de 508... sin le descontar así mismo por ella el dicho tercio, por quanto de lo que en lo uno y en lo otro monta, yo le fago merced... etc.

—(Con la misma fecha).—El Rey.—Por la presente doy licencia á vos Alonso Alvarez, jurado de la cibdad de Toledo, para que podais venir con el Duque de Terranova, nuestro Grand Capitan, é haber de llevar su quitacion sin que por ello incurrais en pena alguna...

71. El Rey Católico (Valladolid, 28 de Marzo de 1509).

El Rey.—Corregidores y otras qualesquier justicias del noble y leal condado é señorío de Vizcaya: El Duque de Terranova, nuestro Grand Capitan, ha menester dos naos y una caravela para enviar por la Duquesa su muger y por sus fiijas, que están en Génova. Por ende yo vos mando que luego que por su parte fuerdes requeridos, le hagais dar y fletar las dichas dos naos y una caravela por su justo flete, y en ello no le pongais impedimento alguno, porque así cumple á mi servicio..... etc.

—(Otra tal al Corregidor de Guipúzcoa).

72. Carta del Gran Capitán á la ciudad de Córdoba, encargando regalen y obsequien al Duque de Trajeto, Próspero Colona.

Muy magníficos y queridos señores: Hallandome hijo de esa muy notable patria, de donde mi origen y naturaleza procede, y siendo muy cierto servidor de toda la nobleza della, con mucha razon seria tenido por esquivo, si en lo que diré, no invocase vuestra grandeza: porque habiendo yo publicado en Italia, no tanto como es, porque mis fuerzas no han bastado demás del natural deseo que comunmente se suele tener de engrandecer las cosas propias, soi religado de otro

mayor que á vuestra magnificencia muestre lo que he dicho; ansi es, muy magníficos señores, que el illustre señor Prospero Colona, duque de Trajeto, conde de Funde, señor de Campaña, uno de los dos cabos principales de Roma, como muy buen servidor que ha sido y es del Rey é Reina mis señores, va en España por besar las manos reales de sus Altezas; y por tener yo con él muy estrecha fraternidad en estas guerras pasadas, en las cuales él ha muy bien servido á sus Altezas, hame dicho que lleva gran deseo de ver esa ciudad, tanto por el grande amor que me tiene, cuanto por lo que yo le he dicho de su antiguedad y perfeccion; suplico á V. S., que si fuere, le plega darle á conocer vuestra grandeza y autoridad, haciendo la demostracion que pertenece á quien la hace y á quien se hace. Porque V. S. debe saber que su persona es de tanto valor que debe y puede ser en gran precio estimada; y pues al fin el honor se atribuye al hacedor, y honrándole vuestra señoria en general y en particular él se podrá laudar y conocerá ser cierto lo que yo le he dicho, y para estos señores será mucho á propósito de una tan insigne ciudad y yo rescibiré dellos más merced y obligacion que si á la propia persona mia se hiciese: que los tales amigos se deben honrar y estimar siempre, por cuanto del hacer bien jamás se perdió cosa alguna; que para adelante es muy buena grangeria, y más en parte donde tan bien lo sabrá agradecer. Y pues de la longitud y magnificencia de vuestra señoria puedo esperar esto que digo y cosas más grandes, no más de que si mandan algunas en que yo de acá les pueda servir, no conviene afirmar que lo haré, pues está de suyo. Nuestro Señor las vidas y estados de vuestra magnífica señoria prospere y conserve como deseo. De Nápoles á 21 de Enero. Servidor obediente de V. S., *Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.*

73. Poder de Fabricio Colona para capitular el casamiento de su hijo con la hija segunda del Gran Capitán, D.ª Elvira (1).

(En el año 1511 á 11 de Octubre en Nápoles, porque ocupados el Gran Capitan y Colona no podian padre é hijo intervenir en los capítulos deste matrimonio, dan su poder á Camilo Gipcio).

(1) El original en el Archivo de Baena.

74. El Gran Capitán al Rey Católico (1512).

Muy alto é muy poderoso y catholico Rey y señor: Ya sabe V. A. cómo Arraeche le ha sido y es buen servidor, y con una marca de represaria que V. A. le hizo merced, embargó en Oran cierta hacienda é bienes de un mercader veneciano; y ahora al presente quiere ir en servicio de V. A. en esta jornada, y para esto desea comprar una muy buena nao, porque mejor la pueda hacer; y dice que aquellos bienes que él embargó, están en poder y uso de muchas personas; de que las otras partes y él reciben agravio y daño. Suplica á vuestra Magestad mande que sean desembarazados, porque pueda efectuarse su buen propósito. Y pues es persona tan suficiente, toda merced que V. A. le hace es bien empleada en él. Guarde y acresciente nuestro Señor su Real persona y muy poderoso estado. De Medina del Campo á XI de Junio. De V. A. muy humil servidor que sus pies y manos besa, *Gonzalo Hernandez, duque de Terranova.*

75. Sobre la muerte del Gran Capitán (1515).

En Trujillo supo el Rey la noticia de la muerte del Gran Capitán, producida por unas calenturas cuartanas. «Decíase que por tener el Rey Católico algunas sospechas dél, lo dexaba vivir allí pacíficamente sin encomendalle cosas de guerra, en que era muy sabio, como por experiencia lo habia mostrado en la conquista del reino de Nápoles; é afirmábase que si viviere más que el Rey Católico, alcanzara á ser Maestre de Santiago, porque decian que tenia bulas apostólicas para ello; aunque tambien se decia que el príncipe Don Carlos habia despues habido otra bula por medio del Cardenal de Santa Cruz para poder tener los tales Maestradgos.»

Murió el Gran Capitan como muy buen cristiano, en el hábito de Santiago, dejando su ánima encomendada á la Duquesa su mujer y á otros dos albaceas la restitucion de los salarios. Mandó decir cincuenta mil misas á las ánimas del purgatorio. Dejó encomendada al Rey Católico su hija Elvira, heredera de su Estado, y á su mujer una parte de él. Despues de muerto lo sentaron en una silla y lo tuvieron así todo el dia porque la gente lo viese. Hubo grande llanto por su muerte en Granada, así de moros como de cristianos,

por todas las calles por donde pasó al llevarlo á depositar á San Gerónimo. Mandó la Duquesa enterrarlo en un monasterio de San Francisco. A los diez dias le hicieron pomposas honras. Sobre su sepultura junto al altar mayor habia una gran tumba cubierta de paño de brocado y una cruz de Santiago encima. Colgado de lo alto se veia el estandarte verde y pardillo que la Reina le habia entregado, y á los lados pendones Reales. Fuera de la reja, en medio de la iglesia se alzaba un tabernáculo cubierto de seda negra, con las basas de las columnas doradas, y en éstas escudos magníficos con su genealogia y una bandera encima, coronando la techumbre del tabernáculo el escudo de Córdoba. Habia alrededor doce candelabros muy grandes, y dentro otros doce, siendo el peso de cada uno de ellos quince marcos de plata. Toda la iglesia estaba esplendidamente colgada de tapiceria, y en la reja ondeaban dos guiones del Rey de Francia, el de Cerinola y el de Garellano, los dos ensangrentados. A la derecha se alzaban una muy rica bandera con las armas de la Iglesia, tomada al Duque de Valentinois, y otras de otros Príncipes y Señores; y á la izquierda estaban las del Rey Federico, Marqués de Mantua y de algunos potentados de Italia. Ademas toda la iglesia estaba alrededor adornada de banderas y estandartes. La gente que acudió de la ciudad y de veinte leguas á la redonda á sus funerales fue tanta que no cabía en la iglesia ni en las calles.

76 *Documentos relativos al Gran Capitán existentes en el Archivo general de Simancas* (1).

Carta autógrafa de Gonzalo Fernández á los Reyes Católicos, avisándoles de estar la armada preparada y del día en que se harían á la vela, diciendo que era la mejor armada que había salido de España, si se la proveía de buenos contadores y veedores, advirtiendo y suplicando no se descuidase la paga de la gente. (Puerto de Málaga, 1.º de Junio, sin año).

—Instrucción del Rey Católico á su capellán Juan de Aponte, fraile de la Orden de Santiago, para dar el pésame á la Duquesa de Sesa y de Terranova y á su hija por la muerte del Gran Capitán. (Sin fecha). Minuta de carta para la Duquesa, en creencia de Aponte.

—Cédula del Rey Católico para que los 100.000 maravedís de juro que el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, tenía situados en ciertas rentas de la ciudad de Córdoba, y los renunció en favor del contador mayor Antonio de Fonseca, se asentasen en cabeza de éste. (Sevilla, 12 de Abril de 1511).

—Memorial de las cosas de que se habían de pedir provisiones al Cardenal para la Duquesa de Terranova, que eran las siguientes:

Los dos cuentos de juro de por vida que el Gran Capitán tenía en las rentas de la seda del Reino de Granada.

100.000 maravedís de juro de por vida en Córdoba.

Las tenencias de Illora y Castil de Ferro.

La tenencia y gobernación de Loja.

La encomienda de Valencia del Ventoso.

La tenencia de Benamejí.

La escribanía mayor de Córdoba.

Voz mayor de Córdoba.

Y todo en general (Sin fecha).

—Cédula para que en cuanto estuviese suspenso el oficio de la escribanía de la justicia de Córdoba, que pertenecía á Gonzalo Fernández de Córdoba, se le librasen todos los años 25.000 maravedís que rentaba (23 de Agosto de 1494).

—Documento referente á Gonzalo Fernández de Córdoba, veinticuatro y alguacil mayor de Córdoba, hijo de Martín Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles.

—Nota de un privilegio de 22.500 maravedís para quince lanzas.

—Idem de otra de 20 cahices de trigo de juro, situados en las tercias del pan, de Córdoba.

—Idem de 3.000 en la casa y guarda del Príncipe.

—Primer pliego de una confirmación (maltratada) de los Reyes Católicos, de maravedís de juro.

—Privilegio de 74.000 maravedís de por vida, por sus servicios. (11 de Abril de 1468).

—Privilegio de 80.000 maravedís de juro por sus servicios (6 de Junio de 1469).

—Confirmación de este privilegio en 1470

—Privilegio de 100.000 maravedís de por vida, por sus servicios. (Granada, 22 de Mayo de 1492) (Capitán y alcaide de Illora).

—Provisión para que á Doña María Manri-

(1) Al celo y buena amistad de mi querido compañero D. Julián Paz, dignísimo jefe del citado Archivo, debo esta interesante nota, por lo que me complazco en reiterarle públicamente las más expresivas gracias.

que, mujer de Gonzalo Fernández, mostrando poder de su marido, se le acudiese con dichos 100.000 maravedís, en atención á que aquél estaba ejerciendo el cargo de Capitán General de la armada contra los turcos. (Granada, 26 de Mayo de 1501).

—Provisión para que se acudiese con ellos á cualquier persona que presentase poder de Gonzalo Fernández, sin necesidad de presentar fe de vida. (13 de Mayo de 1502).

—Confirmación de dichos 100.000 maravedís. (Madrid, 29 de Marzo de 1514). (En favor del Duque de Sesa y de Terranova).

—Libranzas de ciertos maravedís que se le debían.

—Confirmación de los pedidos y monedas de su villa de Baena, con su tierra, y de todos los lugares que tenía el 20 de Noviembre de 1483, en que los Reyes Católicos hicieron esta merced de juro de heredad, con título de Mayorazgo, á don Diego Fernández de Córdoba, Conde de Cabra, Vizconde de Iznajar, por el señalado servicio que hizo en la prisión del Rey moro de Granada, en compañía de don Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles. (Valladolid, 8 de Mayo de 1548).

—Fragmento de la donación que en 1499 hicieron los Reyes Católicos á Gonzalo Fernández de Córdoba de Orgiva, el Bacet con algunas caserías, y de los lugares y alquerías de Bayaca, Carataunas, Xabotaya, Quenier, Becenied, Pago, Cañar, Beniesad y Soltis, con otras, entonces pobladas de moros, con sus vasallos y rentas.

—Provisión de los Reyes Católicos en que hicieron merced de juro á Gonzalo Fernández de Córdoba, Duque de Terranova, Conde de Sant Angelo, de todas las rentas, pechos y derechos que pudiesen pertenecer á sus Altezas en aquellos lugares en equivalencia de los derechos moriscos que pagaban los moros antes de convertirse á la fé. (Toledo, 3 de Junio de 1502).

—Carta del Gran Capitán á Hernando de Zafra en creencia de Diego de Baeza, comunicándole que había hecho cuanto había podido en favor de Lorenzo de Zafra, dándole primero el gobierno de Lipar, que era de lo mejor que allí se daba y no habiéndole satisfecho se le dió la isla de Capri y 400 ducados de renta. (Puzol, 13 de Abril, sin año).

Están además las conocidas cuentas del Gran Capitán, que forman un tomo de 924 hojas, constituído por libranzas de Gonzalo Fernández al tesorero de la armada de sus Altezas, Luis Pixon, para pago de la gente de guerra de sus capitanías y de toda clase de gastos de campaña, correos, bastimentos, municiones, etc.

77. *Gonzalo Fernández de Oviedo sobre la vida del Gran Capitán* (1).

Casó el Gran Capitan, antes que á este alto título subiese, la primera vez con D.ª Isabel de Sotomayor, hija de Luis Mendez, señor del Carpio, de la que tuvo una hija que murió niña, y despues murió la madre. Despues, estando ya muy bien estimado y capitan de cien lanzas de ginetes y alcaide de Ilora y de Loja, y habiendo tomado el hábito de la Orden de Santiago, y siendo Comendador de Valencia del Ventoso, casó segunda vez con D.ª Maria Manrique, del linage de los Duques de Nájera, hija de D. Fadrique Manrique, comendador de Azuaga, de la Orden de Santiago, y de D.ª Beatriz de Figueroa, hermana de D. Lorenzo Suarez de Figueroa, primer Conde de Feria. Estos señores tuvieron cuatro hijas: la mayor la citada D.ª Maria; la segunda, D. Francisca Manrique, mujer de don Luis Portocarrero Bocanegra, señor de Palma; la tercera fue la que casó con D. Francisco Enriquez, señor de Almansa; la cuarta, D.ª Leonor Manrique, mujer de Pero Carrillo, hija del señor de Alcaudete.

De la citada D.ª Maria tuvo el Gran Capitan dos hijas, D.ª Elvira y D.ª Beatriz, así nombradas por devocion de sus madres del Gran Capitan y de la Duquesa, que eran doña Elvira Herrera y D.ª Beatriz de Figueroa. La hija segunda Beatriz murió siendo joven y doncella. La mayor, D.ª Elvira, que sucedió en el Estado del Gran Capitan, estuvo una vez á punto de casarse, y ajustado su matrimonio con el Condestable D. Bernardino de Velasco, viudo por segunda vez; pero no llegó á efectuarse este enlace por haber fallecido aquel magnate. Despues de esto quiso su pa-

(1) El renombrado autor de las *Batallas y Quinquagenas* dedicó uno de sus más interesantes *Diálogos*, entre Alcaide y Sereno, á la memoria del Gran Capitán, á quien trató íntimamente en Italia y cuyo Secretario fué algun tiempo. De este *Diálogo* he tomado, ya en extracto, ya en copia literal, lo más esencial, desconocido é inédito de cuanto se refiere al ínclito Gonzalo Fernández. Cré se que Fernández de Oviedo nació en Madrid en el año de 1479; que en 1521 pasó de capitán á la Isla de Santo Domingo, y que murió en Valladolid en 1557

dre casarla con su sobrino D. Pedro Fernandez de Córdoba, primer marqués de Priego, y teniendo ya despachado al efecto el breve de dispensa apostólica, por ser el Marqués y D.ª Elvira primeros hijos de dos hermanos, en ocasion que aquel estaba viudo, tambien quedó sin llegar á debido efecto este matrimonio por muerte del de Priego. Sin duda la tenia Dios guardada para mujer de D. Luis de Córdoba, primogénito del Conde de Cabra, D. Diego Fernandez de Córdoba, con cuyo D. Luis casó al fin, despues del fallecimiento del Gran Capitan su padre. Llamóse Duquesa de Sesa, viviendo su madre la Duquesa de Terranova.

De D.ª Elvira tuvo D. Luis, su marido, á D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, que reunió los dos Estados de sus abuelos el Gran Capitan y el Conde de Cabra, casándose con doña María, hija del Comendador mayor de Leon D. Francisco de los Cobos.

Cuando el Gran Capitan fue á Nápoles era únicamente un secundon de una casa ilustrísima de Castilla, y por su persona muy bien reputado y estimado, habiendo ya adquirido con la lanza en la mano alto crédito en la guerra de los moros y conquista de Granada. Tenia una capitania de cien ginetes. Habianle dado los Reyes Católicos una buena encomienda de la Orden de Santiago; y como justo premio á sus grandes hechos militares en aquella memorable guerra de Granada le hicieron asimismo merced de la taha [1] de Orgiba, que es un gentil señorio, de suerte que en todo podria reunir unos seis mil ducados de renta al año; poca cantidad para las altas aspiraciones de su persona, porque la encomienda, la capitania y las tenencias de Loja é llora que tambien tenia, no eran bienes patrimoniales, sino vitalicios.

Todo lo que ganó el Gran Capitan lo trabajó bien. Sobre la causa de su ida á Nápoles, dice el mismo escritor que el año 1494, el Rey de Francia Carlos VIII entró en Italia para ir á tomar el reino de Nápoles, donde reinaba Alfonso II, llamado el Guercho, sobrino del Rey Católico, á pesar de la amistad y capitulaciones que entre los dos soberanos mediaban. Para resistir y oponerse á los designios del francés, y para socorrer al rey D. Alfonso, mandaron los Reyes de España á Gonzalo Hernandez por la mar con poderosa armada; mas cuando este llegó ya D. Alfonso se habia pasado á Sicilia, donde falleció dejando su Estado á su hijo D. Fernando, que fue segundo de este nombre. En este tiempo estaba todo el reino en poder de franceses, habiendo entrado en la capital, Nápoles, el rey Carlos VIII el 22 de Febrero de 1495.

Cuando llegó Gonzalo Hernandez al reino de Nápoles, ya lo encontró punto menos que perdido; el rey Carlos se habia vuelto á Francia, y habia quedado por su Capitan General Mr. de Montpensier con poderoso ejército en guarda del reino. Fue causa del presto regreso á Francia de su monarca, el haber éste sabido la estrecha alianza y liga que contra él habian pactado los Reyes Católicos, el emperador Maximiliano, el Papa Alejandro VI, los Venecianos, el Duque de Milan Ludovico Sforza y otros potentados de Italia. No pudo, sin embargo, pasar á sus dominios «sin romper su lanza y pelear por su persona como príncipe muy animoso en la batalla que dicen de cerca de Fornovo, á cinco millas de Parma, no lexos de Alexandria de la Palla; é por fuerza de armas pasó, pero fue roto y desbaratado y perdió el fardage en virtud de la mala disposicion del terreno, y de la prudencia y esfuerzo del Marqués de Mantua, Francisco de Gonzaga, que era Capitan General de la Señoría de Venecia...» Continuó la guerra en Nápoles, y en ella fué una vez desbaratado Fernando II por no seguir el consejo de Gonzalo Hernandez que con él iba, saliendo éste herido en la boca de una lanzada que recibió peleando como valiente caballero cerca de un lugar llamado la Tela. Esta y otras análogas contrariedades quitaron la vida al rey D. Fernando, que falleció en Nochera, no sin sospecha de haberle dado yerbas venenosas. Sucedióle en el reino su tio el Infante D. Federico [1], príncipe de Altamura á la sazon; el cual prosiguió la guerra ayudado del gran Gonzalo, que le puso en breve en posesion del reino de Nápoles; y agradecido á los grandes servicios que le habia prestado, le hizo merced del Ducado de Terranova y del Condado de Santangelo.

Sucedió el dia 4 de Octubre de 1497 la muerte del primogénito de los Reyes Católi-

(1) Vocablo arábigo, al decir del escritor de quien tomamos estas noticias, que equivale á señorío con mero y mixto imperio, ó condado; constaba de doce lugares y una fortaleza, con unos mil vasallos.

(1) Véase mi estudio *La Reina D.ª Juana la Loca* (Madrid, 1892), sobre la muerte del Rey D. Fernando y sucesión del Rey D. Federico.

cos, el Príncipe D. Juan, y constando á aquellos monarcas que el reino de Nápoles estaba ya pacífico y sin franceses, enviaron á llamar al Gran Capitan; el cual paso á España al año siguiente de 1498, hallando á los Reyes en Zaragoza, donde poco hacia habia tambien fallecido su hija mayor la Reina y Princesa D.ª Isabel á consecuencia del parto del Príncipe D. Miguel. Habitaban los Monarcas en el edificio llamado Aljafería, fortaleza y casa real sita en los extramuros de Zaragoza; y porque estaba tan reciente su dolor por la pérdida de su hija y heredera, no se hizo al Gran Capitan tan solemne recibimiento como sin los lutos se le hiciera. Asi, pues, entró vestido de luto, y salieron á recibirle todos los prelados, Grandes, señores y caballeros cortesanos, con todos los que se hallaron en aquella ciudad, «como era razon de rescibir é festejar á tan próspero y venturoso vencedor, como venia colmado de triunfos y trofeos». Apeado en la Aljaferia salió el Rey de su aposento y bajó hasta la mitad de la escalera principal, donde el Gran Capitan le besó la mano, y el Rey le abrazó y tomó de la mano. Asi subieron á una sala, donde la Reina Católica esperaba; y como entraron, esta magnánima señora se puso de pie y salió fuera del estrado cuatro ó cinco pasos á recibir al victorioso Gonzalo. Este, hincada la rodilla en tierra, le besó la mano; y la Reina le abrazó y mostró alegrarse con su venida, haciéndole ambos soberanos más demostraciones de cortesia y honor que hasta entonces habian hecho á ningun señor de vasallos. Despues que la Reina con dulces palabras le dió la enhorabuena de su venida, añadió: «Razon es que quien tan bien sabe trabajar é tanto ha trabajado, que descanse é repose»; y tornándose á levantar, hizo el Rey demostracion de querer ir á acompañarle, mas el Gran Capitan le detuvo, cuando ya estaba fuera del estrado, y se volvió á él, repitiendo el ilustre caudillo su acatamiento y dirigiéndose á su posada muy acompañado de todos los que le salieron á recibir.

Pocos dias despues los Reyes regresaron á Castilla para hacer jurar en este reino al Príncipe Don Miguel, su nieto, jurado ya en Zaragoza por los aragoneses.

Algun tiempo despues el Embajador de la Señoria de Venecia solicitó favor y ayuda de los Reyes Católicos contra los turcos, que se habian apoderado de Cefalonia y de otras islas y fortalezas del Archipiélago. En su consecuencia partieron contra los turcos dos armadas poderosas, una del Rey de Francia, Luis XII, y otra de España, cada una independiente de la otra, á pesar de estar concluidas ya las paces entre ámbos monarcas y de haberse repartido entre sí el reino de Nápoles secretamente, como luego se declaró. Fue por Capitan general de la armada francesa un caballero muy principal llamado Mr. de Rabastain, vasallo del Rey D. Felipe el hermoso, archiduque de Austria, contra la voluntad del cual se había ido á servir al Rey de Francia, por cuya razon le privó de la dignidad de la Orden del Toison. Esta armada se perdió sin obtener resultado alguno. La española, mandada por el Gran Capitan, pasó á levante para recuperar la citada isla de Cefalonia, á pesar de ser muy fuerte por naturaleza y arte y de hallarse de guarnicion en ella buenas tropas y bien municionadas, habiéndose unido á nuestra escuadra otra muy pujante de venecianos. Despues de varios reñidos combates, pidieron aquéllos á Gonzalo Hernandez les permitiese á ellos dar solos un asalto; pero los turcos se batieron con tanto coraje, que los venecianos se vieron obligados á retirarse. Entonces mandó nuestro caudillo á sus tropas que dieran otro asalto á los infieles, y «dieronse tan buena maña los españoles que á escala vista y por fuerza de armas se tomó con mucha sangre de los turcos, los cuales cuasi todos murieron en la defensa; y la victoria habida, el Gran Capitan la restituyó y entregó á los venecianos. Este fue un fecho de los más señalados que en nuestros tiempos algun capitan ó principe haya hecho». Volvió Gonzalo á Sicilia y desembarcó en Mesina, conservando su armada bien proveida de muy buena gente asi de á pie como de caballo.

Llamábanle ya por aquel tiempo Gran Capitan, porque desde la primera guerra de Nápoles, nuestra gente de guerra le intituló así, y amigos y enemigos aceptaron el dictado, confirmándolo el tiempo más y más cada día. «Porque su esfuerzo y prudencia y mucha industria en las cosas de la guerra le eran tan naturales como el nombre lo requeria; y junto con esto era muy sofrido é venturoso, é sobre todo muy catholico cristiano é muy leal servidor de sus Reyes; é asi por su exemplo en el exército todos sus mílites eran hombres

de mucho valor... Viérades al Gran Capitan tan devoto y honesto y reverenciador de la Iglesia, é tan cristiano é limosnero é tan piadoso con los aflijidos, é tan consolador de los lastimados, é tan acatado é honrador de los religiosos, e tan comedido é bien criado, que era un espejo de cortesia; tan manso, é llano é tan afabil con todos é con cada manera ó calidad de hombres; et tan señor con señores, é tan de palacio con los caballeros mancebos é con las damas, guardando su gravedad é medida é buena gracia en sus palabras, que sin dubda ningun artifice que fuese único en su arte no le entendia tan complida y bastantemente como el Gran Capitan entendia é sabia estos primores, é lo que habia de hacer en cada cosa de las que son dichas ó que pudiesen ocurrir. Fue liberalísimo y muy polido en sus atavios, é muy del Palacio, é galan decidor é no lastimador en sus donaires, é muy quisto de las damas, en las burlas muy templado é aplacible en las veras, tan varon é prudente é animoso como el tiempo é la ocasion lo pedian. Todo cuanto hacia, parescie quel cielo lo aprobaba é la tierra lo consentia é los hombres lo aceptaban. Finalmente él nasció para mandar, é súpolo tan bien hacer en paz é en guerra cuanto todos los que le vieron lo sabemos, é los ausentes en su mayor é mejor parte del mundo no lo ignoraron. Testigos son del valor de su persona é gran ser suyo todos los cristianos de Europa; no lo dexaron de saber los moros é turcos é persianos é otras naciones de la Asia; ni les fue oculto á los africanos, ni á todas las potencias de Italia é Alemania; é mejor que otro lo entendieron é con su daño lo experimentaron franceses, ansi en lo ques dicho como en lo que adelante se dirá. Una cosa quiero deciros del Gran Capitan, que como testigo de vista puedo decir, é de innumerables testigos el mundo está certificado; y es que era el hombre desta vida que menos dormia, y el que más de voluntad velaba é trabajó siempre. Y asi los que en sus exércitos le seguian imitándole, eran para más que otros hombres, y por tal costumbre y uso de las armas, menos temian la muerte...»

A propósito de la segunda conquista del reino de Nápoles por el Gran Capitan, laméntase el autor de la infelice suerte del rey Don Federico de Nápoles, de quien dice ha oido muchas loores de su persona, habiendo muerto fuera de su casa con su mujer é hijos y desheredado. «Yo le serví, añade, en la Cámara hasta que perdió su reino; y por su mandado fui con la Reina joven, su hermana, muger que habia sido de su sobrino el Rey Fernando II, y pasé con S. M. en Sicilia y en su servicio fui hasta España, é la serví de guardarropa. E no podria yo decir del serenisimo Rey D. Federique tanto bien cuanto en su real persona cupo; é en eso yo escribí en la segunda parte del *Catálogo Real de Castilla* (ques precedente á esta destos *Coloquios de la Nobleza de España)* lo que supe é oí de su perdicion del Rey, como testigo de vista, é no me puedo acordar de su infelicidad sin darme pasion ni querria hablar en ella. Pero para lo que toca al Gran Capitan no se puede dexar de decir esa desventaja del Rey Federico que deciros he lo que aqui hace al caso... Esa perdicion del Rey Federique más creo yo que fue por los pecados del reino y de sus súbditos que no por su persona, que fue un muy buen príncipe, é su muger la Reina Isabel una bendita criatura, y sus hijos é hijas todos eran niños é inocentes en aquella edad é tiempo que esa guerra é ruina de su casa sobrevino. Y esa particion entre los Reyes de España y Francia en esa hablemos y dexemos lo demas, ó que fuese con culpa ó sin culpa del Rey, ó permision de Dios, ó por cualquier causa que ello procediese. Quiero, primero que pasemos adelante, satisfacer á lo que apuntastes de la infamia de no haber el Rey mejor defendido su reino; porque es un caso notable, y de que al Rey ningun cargo se le puede dar. Y los que no saben las cosas é juzgan de lexos é sin oir las partes, hablan vanidades é hácense jueces de lo que no entienden... Aquel reino todo sigue dos opiniones: los unos á la parte francesa, é éstos llamanlos Anjoinos; é procede su opinion de la Casa de Anjeo, de la cual ha habido reyes en Nápoles, é hicieron mercedes é dieron Estados á quien los sirvió; y desta secta hay muchos hombres principales en aquel reino, asi como los Principes de Visimanno é de Salerno é otros é todo el linage de Sant Severino. Despues el Rey de Aragon, Don Alfonso primero de este nombre, que tomó este reino y excluyó la parte francesa é sucedió la aragonesa; é despues deste Rey, sucedieron sus hijos é nietos, y por su mano heredáronse en Estados y títulos otros caballeros; é esos son

los adherentes á la Casa de Aragon, é llámanlos Aragoneses Y como las cabezas desas dos opiniones son Francia é España, é aquellos Reyes se partieron el reino, los unos acudieron á Francia é los otros á España, y quedóse el Rey Federique sin tener fuerzas ni ser parte para resistir á los unos ni á los otros.

«Habido esto por fundamento cierto, como lo es en efecto, conviene que sepais otros dos puntos el uno que lo que cupo á Francia, fue donde estaba la mayor parte de los aficionados á España, é lo que cupo á España, fue donde estaban heredados los anjoinos. El segundo punto que habeis de entender es que aquel reino consiste en seis provincias, cuatro principales é dos que son de tal calidad que sin ellas no se pueden sostener las demás; é aquellos Principes dividieron entre si las cuatro principales en esa partija é no más. Esto es lo que era público é se platicaba é todos decian y la obra lo mostraba (que las capitulaciones yo no las vi ni las lei, pero fue notorio), y eran Tierra de labor (alias Campania); en la cual provincia está la insigne y muy noble, opulenta y real cibdad de Nápoles, é la cibdad de Capua é otras principales cibdades é villas. Esta provincia cupo á la parte de Francia; é la segunda fue la provincia de Abruzo, en la cual está la cibdad del Aguila. Estas dos provincias, Tierra de labor e Abruzo, que cupieron á Francia, estan hacia Roma, é las otras dos que cupieron á España son la Pulla é Calabria, é estan hacia la isla de Secilia. Tened en la memoria lo que habeis ya oído, y sabed que como la armada de Francia, que se dixo de suso que habia llevado en levante mosior de Ravastain, se perdió, convino al Rey de Francia enviar otra, é asi lo hizo; é fue con ella el Duque mosior de Nemos; é por tierra envió otro exército, é por Capitan general dél mosior de Obenin (Aubegni), et con el Duque de Valentino, Don Cesar de Borja, hijo del Papa Alexandro VI, que habia casado en Francia con la hermana del Rey Don Juan de Navarra, señor de Labrit.

»En tanto que el exército francés no llegaba, estúvose el Gran Capitan en Mesina, porque las dos potencias fuesen en un mismo tiempo sobre el reino. Sospechándose este trabajo, un año é más antes, fue á España la Reina vieja de Nápoles doña Johana, muger que habia seido segunda del Rey Fernando viejo ó primero de tal nombre en Nápoles, hermana del Rey Católico, para procurar de casar su hija la Reina joven, muger que habia seido del Rey Fernando II joven, é persuadir á los Reyes Catholicos que la casasen con el serenísimo Duque de Calabria, Don Fernando de Aragon, primogénito del Rey Don Federique, cuyos hijos fueron: el Duque y los Infantes Don Alonso é Don Cesar, é Doña Isabel é Doña Jullia; de los cuales, como he dicho, el Duque era el mayor, é seria entonces de once á doce años. A las peticiones de la Reina vieja no fue respondida con obra: entretovieronla con esperanza.

»El Rey Federique, viendo aquella armada de España parada y tan costosa, é seyendo avisado que los franceses iban, recelándose de los unos é de los otros, basteció á Taranto, é puso allí al Duque de Calabria; é con él á su ayo el Conde de Potencia, Don Iñigo de Guevara, é á un caballero de la Orden de Sant Johan de Rodas, llamado frey Leonardo, napolitano é famoso hombre de guerra. Et envió uno de los de su Consejo con una galea al Gran Capitan para entender su intencion y saber si le habia de ayudar ó serle contrario. Et respondió quél no sabia la voluntad del Rey e Reina de España, sus señores; et caso que la supiese, como prudente dióle palabras equívocas, de que ni bien se colegia esperanza ni se la quitaba. Pero la galea y el embaxador volvió con su fria respuesta.

»Ya los franceses que por tierra venian estaban cerca del reino; por lo cual el Rey se fue á bastecer é proveer á Capua, que era adonde los enemigos guiaban. Pocos dias antes habia llegado á Nápoles un Embaxador del Gran Turco ofresciendo al Rey Federique su favor y ayuda; é algunos del Consejo quisieran que el Rey se ayudara dél por su extrema necesidad; pero en las condiciones no se concertaron, porque el Rey queria poca gente y el Turco queríale dar mucha. E finalmente no se concertaron, porque el Rey determinó de perderse antes que darle entrada al Gran Turco en la cristiandad.

»Al tiempo que el Rey estaba basteciendo á Capua, donde puso por su Capitan general al señor Fabricio Colona con muy buena gente de pie é de caballo, llegó allí un caballero criado del Gran Capitan, llamado mosen Foces, con el cual envió á decir al Rey quel Rey y Reina de España, sus señores, le mandaban entrar en aquel reino é que tomase á Cala-

bria y Pulla por España; que le perdonase, quél no podia faltar al servicio é mandamiento de sus Reyes y señores naturales; é que Dios sabia cuánto más él holgara de le venir á servir y ayudar, como ya otra vez lo hizo, que no á darle pena ni enojo; et que le suplicaba que le soltase la fidelidad, que como vasallo le debia, é que mandase rescebir á Terranova é lo que tenia en su reino, de que el Rey mismo le habia fecho merced; et quél se lo dexaba é desistia dello para que su Magestad hiciese de todo ello lo que su servicio fuese; et quél se desnaturaba é apartaba de su obediencia e obedescimiento en aquella manera que más á su derecho cumplia, é segun é como lo debia hacer, á ley de buen caballero, porque no podia faltar á lo que era más obligado. Et diciendo esto, hizo testigos á los caballeros é hidalgos que presentes estaban. Desto me podeis haber por testigo, porque me hallé presente..... El Rey respondió estas palabras: «Decid al Gran Capitan que la buena voluntad quél me tiene, yo estó muy certificado della, é quél hace como cavallero lo que debe; é que haga lo que el Rey é Reina de España, sus señores, le mandan, á quien él es más obligado. Y en cuanto á rescebir esa tierra é castillos, quél me quiere entregar, yo me doy por entregado deso, é le hago merced de nuevo de todo ello; é así lo digo delante destos caballeros». Ya podeis pensar si faltarian lágrimas en los circunstantes que oimos lo uno y lo otro; porque ni dexaron esas palabras de enternecer los ojos al Rey, ni quedó sin llorar el Embaxador mosen Foces. En fin, el Rey, oida esta mala nueva, que fue un domingo cuatro de Jullio de 1501, el miércoles adelante se partió de Capua y fue á dormir á Aversa, é despues se fue á Nápoles, é dende á muy pocos dias los franceses cercaron á Capua; é por la maldad del Conde de Palena, que les dió entrada por la parte quél defendia, fue puesta al saco aquella cibdad, y hicieron franceses cuanto mal pudieron sin dexar género de fuerza é crueldad por hacer, como suelen. Luego el Gran Capitan fue sobre Taranto, donde estaba el Duque de Calabria y le cercó; pero allí rescibió daño el exército de España, é cada dia lo rescibiera mayor; é al cabo de algunos meses se le entregó Taranto, más por la voluntad del Conde de Potencia que de consentimiento ni parecer de frey Leonardo; el cual se fue á Rodas á servir á su Orden con una gentil galea que allí tenia muy bien tripulada é á punto de guerra, viendo quel Duque por su poca edad seguia la voluntad del Conde su ayo é querian rendirse; é frey Leonardo lo hizo como caballero..... Taranto se entregó y el Duque se puso en las manos del Gran Capitan debaxo de cierta capitulacion; pero si se la guardaron ó no, pues está vivo é en Valencia del Cid, informaros de su Excelencia. No curo de decir los otros discursos que de aqui penden del Duque ni del Rey su padre, por llegar á deciros la diferencia entre los franceses y españoles, ques lo que aqui hace al caso de los fechos del Gran Capitan. Y para el fundamento de la rencilla habeis de tener memoria, como os dixe, que el reino de Nápoles contiene seis provincias, y en la particion no se trató sino de las cuatro.

»*Sereno.* — ¿Qué se hizo el Rey Federique?

»*Alcaide.* — Como Capua se tomó por los franceses, luego Nápoles se alzó por ellos; y en esos dias que Capua se defendió, el Rey salvó su artilleria y todo lo que tenia de su cámara y muebles en el castillo Novo; pasolo con sus galeas á la isla de Iscla, ques muy fuerte cosa y está diez y ocho millas de Nápoles, que son cuatro leguas y media, é fuese allí con sus dos hijas, que eran menores quel Duque, é el Infante Don Alonso, que habia poco más de tres años, é el Infante Don Cesar, aun no un año complido, é con ellos la Reina de Hungria Doña Beatriz, hermana del Rey Federique, muger que fue del Rey Mathias, é su sobrina la Duquesa de Milan, Doña Isabel de Aragon con sus dos hijas, Doña Hipólita que allí murió en Iscla, é la otra llamada Bona, que despues fue reina de Polonia, é con la señora Escandarbeça, Reina que fue de Albania. Et desde allí se fue el Rey en Francia, é la Reina joven, su hermana, se pasó en Seçilia con cierta armada quel Gran Capitan envió por ella por mandado de los Reyes Cathólicos.

»Los franceses poco tardaron de se entregar de sus dos provincias; pero los españoles no lo pudieron así facilmente hacer, á causa que los Anjoinos en Calabria eran aficionados á Francia, y porque quedaron por partir dos provincias llamadas Basilicata y Capitanata, en las cuales están los pastos para los ganados y toda la sal de aquel reino. Los franceses decian que eran suyas é que

cabian en su parte, y los españoles decian que eran aquellas provincias de Calabria é Pulla, é que entraban en lo que les pertenescia. E á la verdad los unos y los otros las ha bian mucho menester. Sobre esta contienda vinieron á las armas; é como ya habia venido la armada de mar á los franceses con su Visorrey el Duque mosior de Nemos, é juntandose con el primer exérçito que saqueó á Capua, estaba próspero su partido, mucho más que el del Gran Capitan. E movida esta discordia, al principio los franceses llevaban lo mejor; é convínole á nuestro exército con el Gran Capitan retirarse y hacerse fuerte en la cibdad de Barleta, é desde allí andaba la guerra guerreada.

»Y vino la cosa á términos que los Reyes Catholicos tovieron necesidad de rehacer y acrescentar su exército é socorrerle con más gente de pié y de caballo; y enviaron otra armada en Italia, que llevó Luis Puertocarrero, señor de Palma, cuñado del Gran Capitan (las mugeres hermanas), que era hombre de mucha experiencia é autoridad, é veterano capitan en las cosas de la guerra; et pasó en Seçilia é de allí en el reino de Nápoles; é en llegando á la ciudad de Rijoles murió, porque en el viaje habia adolescido é iba muy enfermo por la mar. Et quedó por capitan de aquella gente Don Fernando de Andrada, caballero principal del reino de Galicia. Et como los franceses supieron que era llegada la segunda armada de España, dividiéronse en dos partes por estorbar que la gente que nuevamente iba no se juntase con la otra quel Gran Capitan tenia. E salioles al encuentro mosior de Obenni, capitan francés, el que tomó á Capua, como se dixo de suso; et con el resto quedó el Visorrey de Nápoles, mosior de Nemos, contra el Gran Capitan.

»Quiso Dios que dentro de ocho dias todos cuatro exércitos vinieron á las manos, é pelearon, é hobieron su batalla cerca de Joya. Los españoles últimos que gobernaba Fernan Perez de Andrada y él con ellos quedaron vencedores; y murieron muchos franceses, y escapó de la batalla huyendo su Capitan General mosior de Obenni, é cayeronle en suerte dos capitanes estremados y valientes por sus personas, que le siguieron y prendieron: que fueron el capitan Valencia de Benavides y el capitan Alvarado el mancebo. De manera que se consiguió una muy gloriosa jornada. Otro viernes antes ó despues deste vinieron á batalla el Visorrey de Nápoles, Duque de Nemos, y el Gran Capitan; é quedó asi mismo la victoria por España, é el Duque de Nemos murió en el campo, con muchos franceses que allí perdieron las vidas. E juntaronse los dos exércitos victoriosos de España, enriquecidos de muchos despojos, é sin perder tiempo fueron á la cibdad de Nápoles é abrieronle las puertas é entró el Gran Capitan triunphando de la victoria; et finalmente se apoderó de todo el reino, eçepto de algunas fuerzas [1] que eran muy fuertes. E desde allí fue á cercar la cibdad de Gaeta, la cual y Taranto son las dos llaves más importantes del reino.

»Pues como el Rey Luis XII de Francia supo la mucha declinacion en que iban sus fechos, envió más gente por mar y por tierra, con los Marqueses de Mantua, Francisco de Gonzaga..., et con Luis, Marqués de Saluces. Et entrados en el reino, el Gran Capitan levantó el real que tenia sobre Gaeta y fuelos á atender al paso del Garellano, que es un rio á donde habian de venir. Et estuvieron los exércitos á la vista los unos de los otros, el rio enmedio, haciendose la vecindad é daño que suelen hacer los enemigos; á causa de lo cual, aunque no podian usar de la lanza, como habia mucha artilleria de ambas partes, jamás cesaba.

»Hacíaseles á los españoles muy prolixo é importuno el tiempo que se pasaba sin venir á las manos, é con la calor de las victorias poco antes habidas, comenzaron á hacer barcas para pasar á los enemigos; pero los franceses que deseaban vengar sus injurias pasaron antes á esotra parte por cierta puente de madera fecha por ellos. Y como el cordobés no dormia, fueron recebidos de tal manera que mató dellos más de dos mill y quinientos hombres de pié y de caballo: que no fue menor victoria que la de Ceriñola. Et con mucho trabajo pudo el Marqués de Mantua recoger á su campo y volver á la otra parte del rio, donde estaba primero. Dende á pocos dias se tornó á su tierra; é decía quél habia prometido al Rey de Francia de hacer descercar á Gaeta, é aquél lo habia cumplido é se iba; é pudiera decir asimismo que no volvia bien librado ni contento. Quedó en el campo de los franceses mosior de la Tramulla y mosior de Alegre, é por General el dicho Marqués de Saluces.

[1] Sic: quiere decir fortalezas.

»Esta victoria fué un lunes, seis dias de Noviembre de 1503 años. Verdad es que aunquel Marqués de Mantua se iba jactando que habia muy bien complido lo que prometió de hacer levantar al Gran Capitan de sobre Gaeta, su consuelo era á más no poder, buscado con palabras que eran de poco peso, pues quél no ganó nada en haber ido allá y el Rey de Francia menos en le enviar; é el Gran Capitan quedó victorioso é con mayor reputacion, y si el mantuano atendiera, él viera otra cosa que palabras. Pero por aquel tiento que dió á la cuenta, conosció que no le convenia fenescerla, ni era cosa tanto á su propósito como irse con tiempo.

»El Gran Capitan deseaba ver el fin de la guerra, y diose priesa á hacer una puente secreta, é pasó de la otra parte del rio por más alto del real francés; é como le sintieron los contrarios, pusieron toda diligencia en meter toda el artilleria gruesa en ciertas barcas, aunque no pudieron embarcarla toda; pero lo más della lo enviaban á Gaeta con el señor Johan de Medicis. El cual, yendo por aquel rio abaxo del Garellano, á donde él entra en la mar, halló en ella tal tiempo é resaca quel Johan de Medicis y las barcas y franceses, que en ellas iban, se anegaron. El Marqués de Saluces é el exército restante, visto quel Gran Capitan estaba del otro cabo del rio y le iba á buscar, no le osó atender y retruxose á un lugar que se dice Mola, en el cual pueblo los franceses se comenzaron á hacer fuertes. Mas el Gran Capitan llegó sobrellos sin les dar lugar á se reparar, y apeose del caballo y púsose á pié con los alemanes.

»*Ser.*—¿Pues porqué con los alemanes y no con los españoles y gente de la nacion nuestra?

»*Alc.*—Porque los españoles más habian menester freno que espuelas, e porque con ellos andaban Don Diego de Mendoza é Don Fernan Perez de Andrada et el coronel Diego Garcia de Paredes et el Conde Pedro Navarro et el coronel Villalba et el coronel Pizarro é otros muchos y estremados capitanes; é quiso el Gran Capitan hacer ese favor á los alemanes, que serian hasta dos mill los que habia á sueldo, muy buenos.

»E comenzose el combate de Mola con tanto denuedo que, aunque los franceses se opusieron á la resistencia, se les dió tanta priesa é con tan buen ánimo que los pusieron en huida é se retruxeron á Gaeta; é los españoles en su seguimiento mataron muchos dellos en aquellas tres leguas que hay de camino desde Mola hasta ella, é con muy grande agua llouiendo. Pero aunque el terreno no estaba bueno para huir ni para alcanzar, por priesa que se dieron á se encerrar en Gaeta, quedaron de los enemigos más de mil y quinientos muertos. Et el Gran Capitan recogió el campo, porque la sobreviniente noche no dió lugar á otra cosa; é pusose en Castellon, que es á cuatro ó cinco millas de Gaeta; pero en esclareciendo, procedió en la victoria y siguió adelante para cercar á Gaeta la segunda vez. Y como los nuestros iban de buena gana é no hacian ya caso de la soberbia gálica, dieronse tan buen recabdo los delanteros que, cuando llegó el Gran Capitan, habian ganado el monte é torre que llaman de Orlando, de lo cual se quedó espantado, é dió muchas gracias á Dios, porque ningun juicio humano tal pudiera sospechar ni creerlo sin lo ver. E mandó que á toda diligencia fuese el artillería, en especial la quel dia antes habia ganado á los franceses, que eran diez cañones é tres culebrinas é falconetes é gerifaltes hasta en número de treinta é cinco piezas muy hermosas, è con ellas mas de dos mill caballos é gran despojo. Et así como fué llegado, comenzó luego á tirar, é en la hora pidieron licencia los de dentro para que el piamontés Marqués de Saluces saliese á hablar con el Gran Capitan. E diosele licencia; é salido, se dió asiento en que Gaeta se entregase con todas sus fuerzas é municiones, é asimismo todas las otras fuerzas é plazas del reino que estoviesen en poder de franceses, con tanto que el Gran Capitan hiciese soltar á mosior de Obenni é á todos los principales franceses que estaban presos é algunos en galeas. Et asimismo pidieron que fuesen sueltos los italianos presos que habian seguido la opinion de Francia. Et el Gran Capitan dixo que de soltar los franceses era contento, porque eran obligados á servir á su Rey; pero no á los italianos, que habian seido desleales é levantaron la obediencia que habían dado en las provincias de Calabria é Pulla á los Reyes de España. Et el marqués y los franceses se contentaron con esto, é así se concluyeron los capítulos, para que con salvoconducto se fuesen los contrarios, que eran más de dos mill de caballo é tres mill peones soldados, que estaban dentro en Gaeta, con tanto que diesen todos las

banderas que habian quedado por perder é á los españoles por ganar á los enemigos..... Sueltos los prisioneros, se embarcaron allí mosior de Obenni, el Marqués de Saluces, Luis é los que cupieron; é otros muchos se fueron por tierra la via de Roma; de los cuales los más fueron desbalijados é robados, é no pocos muertos de los villanos de la tierra.

»Quedó el Gran Capitan en Gaeta con su victoria, y acabada una hacienda de tan grande importancia como podés considerar; et luego dió orden en hacer sacar el artilleria que se habia anegado con el señor Johan de Médicis, que ninguna pieza se dexó de cobrar.

»*Ser.*—Pues otra pieza se os olvida de decir que cobró, que no era menos bastante para el fuego de la guerra que todas juntas las del artilleria, que habeis dicho que hizo sacar de la mar é boca del rio del Garellano.

»*Alc.*—¿Qué pieza es la que olvido?

»*Ser.*—El Duque de Valentinois, Don Cesar de Borja, que en esos méritos é tiempo desa guerra vino á las manos del Gran Capitan.

»*Alc.*—Así es la verdad, quél lo envió preso á España, é se soltó de la Mota de Medina del Campo por descuido del alcaide Gabriel de Tapia el año de 1504, pocos dias antes ó despues que murió la Católica Reina Doña Isabel; é se fué á Navarra á ayudar al Rey Don Johan, su cuñado, contra el Condestable Conde de Lerin; é allá le mataron españoles en una escaramuza ó recuentro, cerca de Mendavia, el año de 1507 años. Dexemos eso é volvamos á nuestra historia del Gran Capitan; el cual desde Gaeta se fué á la cibdad de Nápoles, donde entró con mucho triumpho é prosperidad. E dende á pocos dias envió gente contra los caballeros é barones anjoinos rebelados en el mismo reino, así como el Príncipe de Visiñano, é el Conde de Mélito su hermano, é el Conde de Capacho é otros, los cuales asimismo sojuzgó; porque las alas en quien se confiaban, ya eran quebradas é abatidas.

»Fue averiguado é públicamente confesado por los mismos franceses que les costó esta segunda guerra é se perdieron en ella en las batallas, escaramuças é recuentros é fuera dellos, en la mar y en la tierra, más de treinta mil franceses, que nunca más volvieron en Francia; é otros tantos ó más que murieron de dolencias é fueron desbalijados é muertos por los caminos é por donde anduvieron apartados é desparcidos. De manera que á la cuenta del ánima del Rey Luis XII de Francia, en aquella empresa ó segunda guerra de Nápoles, más de sesenta mil hombres de su nacion le pueden hacer cargo que perdió Francia é sus señorios, sin los extranjeros é de otras naciones; que es asaz número incontable, porque como eran gente peregrina é desacaudillada, asi es sin se poder contar. Finalmente, esta conquista acabó gloriosamente el Gran Capitan en el año de 1503; et tuvo aquel reino otros tres años pacífico é subjeto, hasta que fue allá el Rey Catholico Don Fernando é se lo entregó en el mes de Noviembre de 1506 años. Et como aquel año habia llevado Dios á su gloria al Rey Don Phelipe, volvió el siguiente año á España el Rey Cathólico á la gobernar, é truxo consigo al Gran Capitan.

»*Ser.* — Así es verdad, que en el mes de Jullio del año que decís, llegó á Valencia del Cid. E parésceme que en el camino se vieron él y el Rey de Francia; e fue público quel Gran Capitan comió en esas vistas á la mesa con ambos Reyes. Pero no acabo de entender cómo tras tantas muertes é incendios é guerras sobre la particion de Nápoles, como habian ya pasado, eran amigos esos dos Príncipes. ¿Cómo se pudieron hacer esas paces que tan desviadas estaban?...

»*Alc.* — Amigos eran ya estos Reyes, porque cuando el Rey Don Fernando salió de Castilla, se había casado el mismo año de 1506 con madama Germana, su segunda muger, hermana de mosior de Fox; et en aquel casamiento se hicieron esas amistades, aunque fueron para poco tiempo, segun lo vimos despues; é allí venia la Reina de Aragon, Germana, con el Rey; é vieronse estos Príncipes en una cibdad de ginoveses, que estaba en la costa del mar Mediterraneo, que se llamaba Saona; et fueron muy festejados é comieron juntos los Reyes y Reina de Aragon, é mandaron sentar con ellos al Gran Capitan, por le más honrar, entre los dos Reyes, é así comieron. Fue cosa muy notada, porque la gente que venia de franceses, como á un nuevo e gran miraglo á ver al Gran Capitan, como á ver cosa tan admirable é famosa é tan sonada en sus orejas, era incontable, é con gran atencion como á ver la cosa del mundo más espantosa é imposible que se les pudiera mostrar. Unos le loaban; otros entre

sí le maldecian como á su flagelo; otros enmudecian mirándole, y otros no podian acatarle con su entrañable odio; otros tenian en mucho hablar á un hombre tan famoso en el mundo.

»En conclusion: tornado en España el Rey Catholico siempre honró mucho al Gran Capitan, et ya le habia fecho merced del Ducado de Sesa, é lo habia el Rey comprado al Conde de Alba de Liste, Don Diego Enriquez de Guzman, que lo habia heredado del señor Don Enrique Enriquez, su abuelo, padre de Doña Teresa Enriquez, madre del dicho Conde, para lo dar, como lo dió, al Gran Capitan cuando acabó de ganar el reino de Nápoles. Et á Don Diego de Mendoza, hijo segundo del Cardenal Don Pero Gonzalez de Mendoza, el Rey y la Reina Catholicos les hicieron merced del Condado de Mélito, porque pasó con el Gran Capitan por capitan de gente de armas, é se halló en todo, é sirvió muy bien con su lanza é con su consejo. Et á Don Fernan Perez de Andrada le hicieron merced de otro Estado en el reino de Nápoles, et de ahí adelante le llamaron el Conde Don Fernando...

»Habeis de saber que gobernando despues (de la muerte de Doña Isabel) el Rey á Castilla, en nombre de la serenísima Reina Doña Johana, su hija, sucedió la cisma quel Cardenal Don Bernardo de Carvajal, del título de Sancta Cruz, é ciertos Cardenales formaron contra el Papa Julio II; á los cuales Cardenales cismáticos favoresció el dicho Rey Luis XII de Francia é el Rey Don Johan de Navarra; et al opósito el Rey Catholico favoresció á la Iglesia de Dios é á su vicario el sumo Pontífice. De estas oposiciones y diferencias sucedió la sangrienta batalla de Ravena, que fue tan mala jornada como habreis entendido, et quedó la victoria é el campo por Francia; pero con una llorosa victoria, porque muchos más franceses murieron que de los nuestros, puesto que hablando con vos lo ques público, allí murieron muy estremados é buenos caballeros españoles, é tambien murieron muchos y muy señalados de los contrarios, con su Capitan general mosior de Fox, hermano de la Reina de Aragon, madama Germana. Túvose por cierto en voz del vulgo questa pérdida fue por culpa del Visorrey de Nápoles, Don Ramon de Cardona, que en aquella batalla era General por España. Et dábasele cargo de haber mal asentado ó puesto su exército; de manera que fue muy danificado de la artilleria contraria.

»Para soldar esta pérdida é castigar los franceses é desarraigarlos de Italia, acordó el Rey Catholico de enviar la tercera vez el Gran Capitan á Italia, como á hombre que conoscia bien á franceses. E así partió de la Corte, desde Burgos, para ir á Nápoles, el año de 1512; é fué á Córdoba á se despedir de su patria, en la cual se le juntó mucha gente de diversas partes de España, y muchos caballeros nobles, para le servir y acompañar, muy bien adereszados. Et el Papa Julio le envió una muy hermosa galeaza, que estuvo aguardándole en Málaga. Fecha e adereszada el armada en Málaga, la envidiosa fortuna, ó mejor diciendo, porque estaba de Dios así ordenado, rodeó las cosas de manera que cesó la ida del Gran Capitan; de lo cual él é su hacienda rescibieron notable é grande daño; é los que se habian determinado á le seguir gastaron mucha parte de lo que tenian por ir con él. Certifícoos que si el viaje se hiciera, salieran de España para la jornada mas de cincuenta mayorazgos de caballeros é muchos hijos de señores de títulos é hombres de mucha calidad, é tales que á doquiera se hicieran estimar.

»*Ser.*—Ya me acuerdo bien de lo que decis; y aun creo que á vos os cupo parte dese desaviamiento, que bien sé que ibades por su secretario y de los principales.

»*Alc.*—Yo le serví en ese tiempo en el oficio que decís, é iba con el Gran Capitan, et gasté eso poco que tenia. Et despues que algunos meses estovimos en Córdoba, en tanto que la gente se allegaba, y aun partidos los aposentadores para Málaga, vinieron nuevas de Italia cómo diez y seis mill suizos habian baxado los Alpes y estaban ya cerca de Lombardia con el Cardenal de Sion; é que los franceses habian desamparado el campo é repartídose por las fortalezas: et en continente, sin que el Gran Capitan lo supiese, hizo el Rey Catholico despedir las naos é vender los bastimentos, et despidieron la infanteria; et tras aquello escribió al Gran Capitan que no habia necesidad de llevar gente sino sola su persona, porque en Italia ternia toda la que fuese menester. El Gran Capitan, como era sabio, no quiso que aquel disfavor le tomase en Córdoba, é partiose de alli para

Antequera con mucha compañia de caballeros, disimulando la cosa que ellos no sabian, quel Gran Capitan no la ignoraba, ni sabian que los bastimentos eran vendidos, aunque ya la infanteria que estaba aposentada en Bujalance é en otros lugares de la tierra de Córdoba, la habian despedido los factores del tesorero licenciado Vargas é los habian pagado el tiempo entretenido. En esta misma sazon andaba la conquista de Navarra, con el Duque de Alba, Don Fadrique de Toledo, que era General Capitan por el Rey Católico.

»Prosperamente en Italia mudaronse los tiempos, é aun en España los propósitos, et finalmente no hovo con efecto el camino que tanto deseábamos muchos. Et asi cada uno tiró por su parte; et el Gran Capitan, como descontento y engañado de su arbitrio, se fué á Loxa, desde donde repartió cuanta ropa é preseas tenia con aquellos caballeros, é aun se empeñó y vendió muchas joyas para les ayudar, como lo hizo; pero ninguno volvió con tanto como gastó, é ninguno con queja del Gran Capitan. E los unos se fueron á sus casas; otros á la guerra de Africa; otros á la de Navarra; otros tiraron á Itàlia, é otros á las Indias, de los cuales yo fui uno por mis pecados. Et como en exilio é descontento el Gran Capitan se estuvo en Loxa, hasta que murió el año de 1515 años; et desde alli fue llevado á sepultar á Granada, como quien él era, viviendo la muy ilustre señora Duquesa de Terranova e de Sesa, Doña Maria Manrique, su muger; la cual casó despues á la muy ilustre señora Doña Elvira de Córdoba su hija, en quien quedó el estado de su padre, con el muy ilustre señor Don Luis de Córdoba, primogénito del Conde de Cabra, como tengo dicho, padre é madre que fueron del Illustrisimo señor Duque de Terranova é de Sesa, Conde de Cabra é de Sant Angelo, Don Gonzalo Fernandez de Córdoba, nieto del Gran Capitan, que es más titulo que todos cuantos tiene.

»*Ser.*— Por cierto que me parece que se le hizo mucha sin razon al Gran Capitan en le despedir ó escusar el camino por tal forma como habeis dicho; y aun yo le oi culpar de floxo en no se haber ido en aquella galeaza, que dixistes que el Papa le habia enviado.

»*Alc.*—Aun no lo sabes bien. Yo soy buen testigo, y sé más que otro en ese caso; y sé que si él se fuera, como pudo muy bien hacerlo y le fue consejado, que otro gallo le cantara; pero no quiso descontentar al Rey ni salir de su voluntad y mandado.

»*Ser.*—A la verdad, aunque se fuera á Italia, ya poco pudiera hacer; porque don Ramon de Cardona se habia tornado á soldar en la gracia del Rey, y estaban las cosas de Italia en otros términos.

»*Alc.*—Aun no eran llegadas esas soldaduras, ni pudieran llegar á tiempo, si el Gran Capitan se pusiera en Italia, porque su reputacion y autoridad fueran tanta parte que si en ella pusiera los pies, no le revocara el Rey el poder que le habia dado, ni quedara hombre de guerra de nuestra nacion sin irse á él, ni aun de otras muchas. E como su nombre y fama eran sin semejantes entonces en el crédito de italianos y franceses «á una voce dicentes» emproviso la negociacion se mudara é los propósitos siguieran otros intentos; et los que le fueron contrarios, fueran de otro acuerdo. Pero lo que ha de ser, conviene que sea, et ninguno sabe cuál fuera mejor.

»En fin, él murió el más honrado señor que ha gran tiempo que en España se supo honrar por su persona de cuantos capitanes de ella han salido, en tan grandes é importantes competencias como habeis oido. Et murió con gran conoscimiento de Dios, recebidos los Sacramentos é como buen profeso de su Orden militar, tendido en tierra sobre un repostero é vestido el hábito de Sanctiago; é dexando mucho dolor en toda España, como era razon que se sintiese la muerte é falta de tan illustrisimo señor é invencible capitan.

»*Ser.*—Unas coplas he oido del coronista Gratia Dei, que dicen que venció treinta salvas, é que ganó dos veces á Nápoles por su persona, é que ganó treinta é dos pendones y más de trecientas banderas.

»*Alc.*—Ya yo os he dicho las dos guerras de Nápoles, aunque sumariamente, é tambien he dicho la tomada de la Chafalonia; y Gratia Dei echa corto, porque yo os certifico que si por estenso se dicen sus victorias é tropheos, ques mucho más de lo que Gratia Dei dice; y aun yo me ofresciera á probar que esas treinta salvas son más de ciento, porque pues á Nápoles tomó, solamente dentro de la cibdad hay cien salvas de Principes, Duques, Marqueses, Condes é Vizcondes; pues ved si habrá algunas fuera de la cibdad en todo el reino, demás de las otras salvas extranjeras. Ya yo he visto las coplas que decis.

»*Ser.*—No me paresce que dice Gratia Dei que son las treinta salvas sino francesas.

»*Alc.*—Lo quel dice é lo que yo digo é mucho más pudiera decir. Y certificoos que Gratia Dei se pudiera mucho más estender. E llámale hijo de la lealtad con mucha razon, porque asi fue el Gran Capitan muy leal á sus Reyes é señores naturales. Tambien le llama Gratia Dei padre de las victorias. Yo os he dicho en suma algunas, y más particularmente que ese autor os las dice. Era porque en aquel tiempo yo estuve más cerca de esos acaescimientos. Cuanto á los treinta y dos pendones, que dice Gratia Dei, él habla en lo que no vido, é dice lo que no entendió quien se lo dixo. Digo, pues, yo que en el castillo Novo de Nápoles y en el de Capuana y en el del Ovo y en la Torre de Sant Vicente, questos castillos están en la cibdad de Nápoles, et en Gaeta é otras muchas fuerzas que se ganaron, se hobieron más de quinientas banderas é pendones, allende de las que se ganaron en el campo. ¿Quereislo ver? Mirad en veinte mill hombres de guerra cuántos pendones é banderas serán, á respecto de cada ciento una bandera ó pendon.

»*Ser.*—Serán docientas.

»*Alc.*—Pues las de la mar y las que se ganaron en las cibdades y villas y castillos que tomó, yo no las sabria contar; pero á mi creer más de quinientas banderas y pendones se le pueden atribuir á buena cuenta; é en especial poniendo en esa generalidad de sus victorias los pendones y banderas de la Chafalonia, juntados con las dos conquistas napolitanas.

»*Ser.*—¿Qué es lo que apunta Gracia Dei de Ostia?

»*Alc.*—Esa es otra victoria señalada del Gran Capitan: que estando la cibdad de Ostia en poder de franceses, se la ganó y la restituyó al Papa, cuya es; y eso fue en el tiempo de la primera guerra de Nápoles. Pues de los anjoinos y rebeldes del reino de Nápoles más banderas é villas é castillos les tomó, y los puso debaxo de la real obediencia, que os supiera decir Gratia Dei que no lo vido. Mucho es lo que el Gran Capitan hizo en aquellas partes. En gran fama y estimacion estuvo en el mundo é muy en paz y sosiego quiso Dios llevarle y darle tiempo y quietud para confesar sus culpas y discursos de la milicia; en los cuales, si él fuera cruel, pudiera harto más ensangrentar su espada; é las veces que lo hizo fue defendiendo la fé y la Iglesia, ó contra los enemigos de su Rey por su mandado.

»*Ser.*—Dixiste desuso que fue llevado á enterrar á Granada.

»*Alc.*—Sí dixe, y así es la verdad: que en San Francisco de Granada se puso su cuerpo en depósito; de la cual cibdad fue veintiquatro, ó regidor de los primeros; y allí quedó en aquel monasterio hasta que se acabase su mausoleo y enterramiento en el monesterio de Sant Jerónimo, extramuros é junto á la misma cibdad; donde se le ha hecho tal en la capilla principal, que es un mausoleo de los más soberbios é sumptuosos que tiene señor alguno en toda España, ni hay otro su semejante. E tiene por defuera en torno de la capilla un hermoso letrero de letras gruesas, que de lexos se pueden leer, é dicen: «Gonzalo Ferdinando, magno duci Hispanorum, Francorum timori, Turcarum terrori.»..... El se llamó de nombre propio Gonzalo Fernandez, é por excelencia Gran Capitan de España; é así fue para los franceses temor y para los turcos terror espantable, y tal que ningun particular capitan que no fuese Rey, ni aun los que lo eran, fue tan discantado de los poetas y oradores de su tiempo, hasta que Dios le llevó al Gran Capitan desta vida, la cual dexó año de 1515.

»*Ser.*—No os quiero preguntar qué armas son las del Gran Capitan, pues que son notorias las tres faxas sanguinas de Córdoba en campo de oro; y vos remitirme heis á la casa de Don Alonso de Aguilar, su hermano, como á cabeza de su linaje, é yo las sé muy bien; las de la Duquesa serán las de los Manriques y Figueroas; pero quiero preguntaros qué tuvo de renta en esos ducados é condado de Sant Angelo, é en su encomienda del Ventoso y en esa taha é señorio de Orgiba que tenía en el reino de Granada.

»*Alc.*—Todo era muy poco al respecto de sus méritos; pero poco más ó menos yo me hallé algunas veces platicando con quien lo podia saber, y lo uno y lo otro se estimaba hasta en cuarenta mill ducados. Pero su nieto, como heredó la casa del Conde de Cabra, su abuelo; e como las rentas han crecido comunmente en Castilla, é así habrá hecho en los Estados que esta casa tiene, dícenme que pasa agora de septenta mil ducados de renta

en cada un año, puesto que yo puntualmente no lo sé.

»*Ser.* – Decidme la invencion ó timbre del Gran Capitan.

»*Alc.*—El traia sus armas é las de la Duquesa juntas en un escudo; é con razon, pues que durante su matrimonio les dió Dios tantas buenas venturas é sus títulos é estado; y sobrél y el escudo un yelmo baul de torneo, con el rollo é dependencias de oro y de gules; é por cimera un mundo con una fortuna, como ninfa, navegando en el aire, puesta de pies sobre el mundo ó pomo; é con la una mano lleva la vela alta con próspero viento en ella, é la escota atada al un pié, é en la otra mano una ampolleta ó relox de arena.

»*Ser.*—Invencion es que debe de traer consigo misterios, é los que de unas partes á otras se mudan é andan, todos navegan, aunque con diversas fortunas é con muy diversas formas é venturas.

»*Alc.*—Figúraseme que consuena esta invencion con lo que Séneca (Epist. 28) escribe á Lucilo, diciendole que, como algunos lugares son enfermos é dañosos á las complexiones, y aun á los sanos y fuertes, así son algunos lugares que empachan los buenos pensamientos é son contrarios á la buena voluntad. Y por tanto digo yo, que quien se guardara de lo que ha de ser, en especial los que en el mundo estan; al propósito de lo cual decia el Gran Capitan muy bien:

«Donde hay buena ventura,
»la constelacion no dura».

..... Tambien el Gran Capitan usaba cuando le placia hacer otra invencion: quera una *Mar* por Maria, é una nao mal aparejada é peor marinada, con una letra que decia:

«Porque estén bien arrumados.
»no se mudarán los hados».

»*Ser.*—¿Qué quiere decir arrumados?

»*Alc.*—Vocablo es de marineros muy usado é notorio. Arrumar es poner la carga de la nao bien puesta y compasada como vaya la ropa, como ha de ir; é segun la orden en que la ponen, así dicen que va la nao bien ó mal arrumada; ó hinchiendo una caxa, ó una casa, se puede decir que está bien arrumada, cuando la ropa é lo demás está bien puesto; y en especial en la nao ir la carga descompasada es ir mal arrumbada é puesta en peligro é en condicion de perderse.....

»Quiero que sepais del Gran Capitan una gracia especial, y puedola decir como testigo de vista: y es que demás de ser de alto ingenio y muy prudente y de grandes habilidades y partes notables que concurrian en su persona, que hasta agora yo no he visto hombre que tanto escribiese de su mano é tan sin pena, puesto que su letra en sí no era buena ni tan legible como era dulcísima, elegante, graciosa y bien ordenada en todo lo que contenia, et muy á proporcion é grado de aquel con quien hablaba; non obstante que de lo justo é conveniente algo excesiva en cortesia, consideradas las personas y el escriptor. Porque era humanísimo é sobraba en cortesias á cuantos señores habia en España: lo cual es muy dificultoso de hacer á otros; que revientan de soberbios é graves é de tan mala gana dan palabras como dineros. Pero el Gran Capitan con aquella su mala letra é dulces palabras, se andaban tras él las gentes é les ganaba las voluntades; et como él tenia entendido cuánto importaba el nombre que le dió el baptismo en la pila, firmaba é dicie su firma «Gonzalo Fernandez duque de Terranova»; é no decia «Gran Capitan», ni «El Duque», como muchos señores al presente acostumbran firmar «El Duque» é no dicen más. Ni si os topásedes con una de esas cartas sabriades distinguir si es el que la escribió Duque de Alencastre ni el de Milan ó Saboya. E así dice otro: «El Marqués» ó «El Conde», é buscad de dónde; pero no es mal ardíd para que ni le acoten por sabio conocido ni por ignorante manifiesto. En fin, con su nombre de Gonzalo Hernandez alcanzó lo que tuvo; y así tenia mucha razon de preciarse dese nombre más que de todos los otros; e por esa misma causa es bien que otros le callen. ..... Quiero que sepais que la letra quel Gran Capitan trahia con el timbre que os he dicho, no era ninguna de las dos de susodichas..... El habla con aquel mundo sobre que va de pies la fortuna é dice:

«En este se ha de buscar
»el que más ha de durar».

CHRÓNICA

DEL

GRAN CAPITÁN

GONZALO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y AGUILAR

EN LA CUAL SE CONTIENEN LAS DOS CONQUISTAS DEL REINO DE NÁPOLES, CON LAS ESCLARECIDAS VICTORIAS QUE EN ELLAS ALCANZÓ Y LOS HECHOS ILLUSTRES DE DON DIEGO DE MENDOZA, DON HUGO DE CARDONA, EL CONDE PEDRO NAVARRO Y OTROS CABALLEROS Y CAPITANES DE AQUEL TIEMPO. CON LA VIDA DEL FAMOSO CABALLERO DIEGO GARCÍA DE PAREDES, NUEVAMENTE AÑADIDA Á ESTA HISTORIA. DIRIGIDA AL ILLUSTRISSIMO SEÑOR DON DIEGO DE CÓRDOBA, CABALLERIZO MAYOR DE SU MAJESTAD.

(Grabado en madera representando un guerrero á caballo, blandiendo la espada).

Con licencia.—Impresso en Alcalá de Henares, en casa de Hernán Ramírez, impressor y mercader de libros. Año 1584.—A costa del impressor.

DON PHELIPE, POR LA GRACIA DE DIOS REY DE CASTILLA, DE LEÓN, DE ARAGÓN, DE LAS DOS SECILIAS, DE HIERUSALEM, DE PORTUGAL, DE NAVARRA, DE GRANADA, DE TOLEDO, DE VALENCIA, DE GALICIA, DE MALLORCAS, DE SEVILLA, DE CERDENIA, DE CÓRDOBA, DE CÓRCEGA, DE MURCIA, DE JAÉN, DE LOS ALGARBES, DE ALGECIRA, DE GIBRALTAR, DE LAS ISLAS DE CANARIA, DE LAS INDIAS ORIENTALES Y OCCIDENTALES, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCÉANO; ARCHIDUQUE DE AUSTRIA, DUQUE DE BORGOÑA, BRABANTE Y MILÁN, CONDE DE HANSPURG, FLANDES, TIROL Y BARCELONA, SEÑOR DE VIZCAYA Y DE MOLINA, ETC.

POR CUANTO por parte de vos, Hernán Ramírez, librero, vecino de la villa de Alcalá de Henares, nos fué fecha relación diciendo que con licencia nuestra se había impreso otras veces un libro intitulado *Los hechos del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida del Capitán Diego Garcia de Paredes*, del cual había al presente mucha falta, y porque era obra muy útil y provechosa, nos pedistes y suplicastes vos mandásemos dar licencia para lo poder imprimir, ó como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los de nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las deligencias que la premática por nos nuevamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, é nos tuvímoslo por bien, y por la presente vos damos licencia y facultad para que por esta vez podáis imprimir el dicho libro, que de suso se hace mención, por el original que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al cabo dél de Christóbal de León, nuestro escribano de cámara de los que residen en el nuestro Consejo, y con que antes que se venda le traigáis ante los del nuestro Consejo, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original. Y traigáis fee en pública forma en como por corrector nombrado por nuestro mandado se vió y copió la dicha impresión por el dicho original y se imprimió conforme á él, y que quedan ansí mismo impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que ansí fueren impresos y se os tase el precio que por cada volumen habéis de haber y llevar, so pena de

caer é incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos, de lo cual mandamos dar y dimos esta nuestra carta, sellada con nuestro sello y librada de los del nuestro Consejo, en la villa de Madrid á seis días del mes de Junio de mil y quinientos y ochenta y cuatro años.

El licenciado Juan Thomás.—Chumicero de Sotomayor.—Francisco de Bera y Aragón.—El licenciado Rodrigo Vázquez de Arce.—El licenciado Núñez de Boorques.

Yo Christóbal de León, escribano de cámara de Su Majestad, la fice escribir por su mandado con acuerdo de los del su Consejo.

ELOGIO DE PAULO JOVIO, OBISPO DE NOCHERA, AL RETRATO DE GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, GRAN CAPITÁN.

Con este esclarescido y heroico rostro, dignísimo verdaderamente de un gran Capitán, se mostraba á los napolitanos Gonzalo Hernández cuando, habiendo ganado muchas victorias, acabó felicísimamente la guerra de Francia. Siendo, á juicio de los soldados y clamor del pueblo, tenido por digno de corona triumphal, si él con gran modestia no la rehusara. Escríbole este breve *Elogio* porque su vida y hechos he escrito en un particular libro, no pudiendo justamente caber en poco papel este Capitán, que por mérito, sobrenombre y conformidad de casi todas las naciones es llamado Grande, y sin que en ello haya contradicción, excedió en grandeza de ánimo y valor de guerra y gloria de toda humanidad y prudencia política casi á todos los capitanes de nuestro tiempo, siendo tan excelente y de nombre tan sublime que el rey Luis de Francia (que aun en los enemigos estimaba el verdadero valor) dijo públicamente que se lo había envidiado al rey Fernando de España. Porque, comiendo ambos reyes juntos en Saona, Gonzalo Hernández fué por honra sentado á la mesa, donde el rey Luis, habiéndolo alabado infinito, se quitó una cadena de oro y se la echó al cuello.

DE GREGORIO SILVESTRE.

El Gran Capitán soy; si lo has oído,
¿Qué te espantas de mí? ¿qué miras, hombre?
De turcos y franceses fuí temido
Y Gonzalo Hernández es mi nombre;
A mi grandeza sólo fué debido
Por capitán insigne el gran renombre;
Si quieres saber más de mis victorias,
Al Jovio lo pregunta en sus historias.

DE JORGE DE MONTEMAYOR.

Mis grandes hechos verán
Los que no los han sabido
En que sólo he merescido
Nombre de Gran Capitán.
Y tuve tan gran renombre
En nuestras tierras y extrañas,
Que se tienen mis hazañas
Por mayores que mi nombre.

DEL LICENCIADO MACÍAS BRAVO.

El Gran Capitán soy, á quien Natura
Dotó de sus virtudes largamente;
Hízome liberal, manso, clemente,
Y en todo me dió sobra de ventura.
El talle de mi cuerpo y mi figura
Muestra daban del ánimo excelente;
Fuí grande en fortaleza y en valor
Y de turcos y franceses gran terror.

DE PEDRO GRAVINA
(traducido en castellano).

Primero fuiste grande que la suerte
Te renombrase grande y valeroso;
No te hizo fortuna victorioso,
Tú la heciste á ella en bien valerte.
Sólo le debes que hasta la muerte
Te acompañó con paso presuroso;
Mas era por seguir un valeroso
Y grande capitán, no por hacerte.
De ti solo proceden estos bienes,
Valor, ardid, consejo y fortaleza,
Y todas las virtudes grandes tienes.
Tu nombre es grande por tu gran proeza;
Por ella es gran fortuna la que tienes
Y es más ilustre tu naturaleza.

CHRÓNICA GENERAL

DE

GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

QUE POR SUS PROEZAS FUÉ LLAMADO

GRAN CAPITÁN

CAPÍTULO I

De cómo la Reina doña Juana, siendo heredera en el reino de Nápoles, adoptó por hijo al Rey Don Alonso de Aragón y de las causas que á ello la movieron.

Así es que Ladislao, hijo del Rey Carlos de Hungría, fué Rey de Nápoles; el cual, muriendo sin hijos, dejó por su heredera en el reino á doña Juana, su hermana mayor. La cual, con el nuevo señorío, comenzó á usar tan indiscretamente de la libertad, que en breve tiempo dió señales de sus malos deseos, cometiendo toda la administración del reino á un Pandulfo Malatesta, con quien ella tenía deshonesta conversación. De donde sucedió que su nuevo señorío, que por muy estable tenía, comenzase á vacilar, siendo como era fundado sobre tan mal cimiento, atreviéndose muchos á pedirle el reino; lo cual visto por ella, creyendo que esto le venía por estar tan sin sombra de marido, acordó de se casar con un caballero, Conde que era de la Marca, el cual, aunque pequeño estado tenía, venía de los Reyes de Francia. Con el cual se casó con tal pacto que con solo el título de Rey se contentase, llamándose Rey de Nápoles; pero que en todo lo demás que á la gobernación del reino tocase fuese como cualquiera otro privado de la ciudad, dejando en su cabeza el administración de todo. Estas condiciones hicieron más clara la voluntad de la Reina de seguir su apetito, teniendo en más la libertad á que se inclinaba, que no tenía la sujeción que era obligada al marido; aceptó las condiciones el nuevo Rey por alcanzar el reino, pensando después de sujetar á él y á ella, y así lo comenzó de hacer como de primero lo había concebido, el cual quitó á la Reina el poder que usaba en el regimiento del reino y él le gobernaba y regía como Rey y señor dél; el cual mandó así mesmo matar á Pandulfo, con quien, según dicho es, la Reina vivía mal y á quien ella había dado mucho poder en el reino. Gravemente se sintió la Reina de este hecho, pero disimuló por algún tiempo la pena que de ello tenía, creyendo que la mala voluntad que los del reino tenían á su gobierno le causaría pesadumbre, para que él de su gana dejase la gobernación que por concierto ella para sí había recebido é reservado, é así fué que los de la ciudad, forzándoles más la naturaleza de su Reina y señora que su poca honestidad, no tuvieron por bueno que el Rey Jacobo, que así se llamaba, los mandase, ni que de su mano fuesen en justicia mantenidos; antes holgaban con el gobierno de su señora, cuya disolución no poca se la acarreaba asimismo á ellos, lo cual les abría el camino para muchos vicios que de cada día nascían en la ciudad. De esto sucedió que, levantándose civiles disensiones entre los franceses que el Rey consigo tenía y entre los ciudadanos de parte de la Reina, llevando un día en esto lo peor los franceses, no sólo la Reina fué restituída en su primero gobierno é señorío, pero el Rey fué puesto en peligro de muerte, la cual la Reina le buscaba por se pagar de la ingratitud que con ella había usado rompiendo las condiciones que con ella había asentado al tiempo que con ella se casó. Mucho daño rescibieron de esta vez los franceses, de los cuales muchos

fueron muertos y muchos metidos en prisión; pero en fin la Reina se tornó á reconciliar con el Rey su marido en la amistad pasada, quedando el Rey de cumplir las primeras condiciones. Pero como fuese hombre muy deseoso de mandar, no pudo sufrir mucho aquel concierto, antes comenzó como de primero á la gobernación del reino; pero la Reina doña Juana, no lo pudiendo disimular, procuró por algunas maneras de dar la muerte al Rey Jacobo. Lo cual ella solícitamente procura y él temiendo perder la vida según lo mal que la Reina le quería no lo pudiendo ya sufrir, se salió secretamente de Nápoles y fuese á Taranto temiendo que las fuerzas y poder de Francisco Esforcia, por quien á la sazón la Reina se regía, no le hiciesen algún daño en su persona, adonde aun no seguro de la Reina su mujer fué por ella cercado y puesto en grande estrecho hasta tanto que viéndose perdido y que no le quedaba otro remedio, salvo ausentarse del reino, procuró de lo hacer como más fuese á su salvo, y así que vendiendo la ciudad de Taranto á un Juan Vecino Ursino Romano él se fué huyendo á Francia, á donde acabó sus dias santamente en religión. La Reina doña Juana viendo cómo no pudo hacer nada de lo que con toda diligencia procuró y quisiera, pareciéndole que tenía necesidad de favor procuró con toda diligencia de tener en gracia á los del reino y de les ganar la voluntad, por lo cual al sobredicho Juan Vecino cuyo estado á la sazón no tenía poco nombre declaró por príncipe de aquella ciudad de Taranto, con condición que en todo aquello que la Reina hubiese menester su ayuda le hallase bien aparejado. Era en este tiempo un caballero en Italia hombre de mucha fama en el arte de la guerra al cual llamaban Brachón; éste á la sazón tenía usurpadas algunas tierras de la Iglesia, en cuya defensión el Papa Martino quinto, que tenía en aquel tiempo el pontificado, no poco trabajaba en las quitar de poder de aquel capitán, mas faltándole la gente que para aquel hecho había menester dado caso que estuviese mal con las cosas de la Reina doña Juana confirmóla en el reino con condición que como feudatario suyo le enviase en su ayuda contra aquel capitán Brachón cuatro mil hombres de á caballo de los suyos. La Reina doña Juana viendo la volunfad del Pontífice y asimesmo la necesidad que tenía dél en sus cosas que á la sazón estaban en no mucho sosiego, determinóse de le enviar aquellos caballos con los cuales envió por capitán á Francisco Esforcia. El Pontífice rescibió muy bien esta gente y al capitán Francisco Esforcia hizo mucha honra y dióle cargo de todo el ejército de la Iglesia, el cual viniendo á manos con la gente de Brachón fué del dicho capitán con la gente de la Reina y del Pontífice desbaratado y vencido; lo cual sabido por la Reina doña Juana y viendo cómo las cosas del Pontífice iban muy de caida, determinó de se inclinar á la parte del capitán Brachón, con el cual confederó paz y juró de le favorescer con todo su poder quedando el capitán Brachón en la mesma postura y obligado. Esto hizo la Reina doña Juana por consejo de un caballero que llamaban Caracholo, con quien, según se decía, la Reina vivía deshonestamente. El Papa Martino que á la sazón estaba en Florencia, descontento de la variedad é inconstancia de esta Reina doña Juana y pesándole en gran manera que tan noble reino estuviese tan mal empleado, determinó de la privar del reino por el poder que tenía como feudatario que era á la Iglesia Romana. Para lo cual el más expediente y breve camino fué hacer Rey de Sicilia á Ludovico, Duque de Anjo, que venía de la generación y estirpe de los reyes de Francia y era eso mesmo hijo del Rey D. Luís rey de Sicilia, y con este acuerdo, habiendo ya venido el Papa Martino á Roma, el Duque Ludovico fué declarado por el Pontífice con consentimiento del colegio de los Cardenales por Rey de Sicilia; el cual con el ayuda y favor de Esforcia, inducido por el Pontífice, se determinó de tomar á la Reina doña Juana el reino de Nápoles, y queriendo dar fin á esta empresa y ponerlo por obra según lo había pensado, ordenó de llevar su ejército contra ella; la cual viéndose sola y en necesidad, no teniendo poder para resistir á tantas fuerzas como las de Ludovico, no halló mejor remedio á su defensión que fué adoptar por hijo al Rey don Alonso de Aragón, cuyos hechos y fama eran en aquel tiempo grandes, el cual á la sazón era venido con su flota de Córcega á Sicilia de conquistar la ciudad de Bonifacio que se le había revelado por los ginoveses. Y pues éste fué el rey por quien el reino de Nápoles entró en la casa de Aragón y él fué tal que con su mucha virtud le adquirió y con inmen-

sos trabajos así por mar como por tierra le defendió, no debe gravar que aquí se diga algo de su genealogía.

CAPÍTULO II

Del origen y nascimiento del Rey D. Alonso y de la manera que tuvo en la adquisición del reino.

Fué este noble Rey D. Alonso de la casa de Castilla descendiente, hijo del Rey D. Fernando de Aragón que llamaron Infante de Castilla, tío del Rey D. Juan el segundo y hermano del Rey D. Enrique el tercero. De manera que fué el Rey D. Alonso primo del Rey D. Juan el segundo y sobrino del Rey don Enrique el tercero; casó este noble Rey con doña María, prima suya, hija del Rey D. Enrique el tercero, su tío. Fué esta doña María muy excelente señora en toda manera de virtud; fué de muy buen seso y entendimiento, á lo cual da testimonio que estando el Rey D. Alonso, su marido, ausente de la conquista del reino de Nápoles por treinta años en veces, ella sola en este medio tiempo rigió y gobernó los reinos de Aragón y los mantuvo en más justicia que nunca hasta entonces habían sido mantenidos, y todo con muy gran saber y discreción; en esto no se detiene la historia por contar lo que más pertenesce á su principal propósito. Y fué así que después que la Reina doña Juana adoptó á este Rey D. Alonso por hijo, según que dicho es, luego él se movió de Sicilia con toda su gente y vino á Nápoles á donde la Reina doña Juana estaba. En este tiempo el Duque de Anjo, electo Rey de Sicilia, aun no se había movido contra la Reina doña Juana, el cual á la sazón había venido á Roma á rescebir la investidura y título del reino de Nápoles á quien el Pontífice, porque con mayor brevedad quitase á la Reina doña Juana el reino de Nápoles con las requisitas solemnidades, le declaró por Rey de Sicilia y Nápoles. El Rey D. Alonso, que, según dicho es, estaba en Nápoles gustando de las costumbres no buenas de su madre la Reina doña Juana y viendo su vario vivir y inconstante condición, determinó de echar la Reina de la ciudad y procuró de traer á sí todo el poder de aquel reino, y así fué que fortificando primero con sus aragoneses las fuerzas y castillos de la ciudad, especialmente los que caen sobre la mar, un dia intentó de echar á la Reina de la ciudad de Nápoles, á lo cual forzada con el poder y gente de su hijo el Rey D. Alonso le convino retraerse al castillo de Capua que estaba en la misma ciudad, adonde se defendió entre tanto que fué socorrida, como adelante se dirá; y asimesmo metió en prisión aquel caballero de quien arriba se hizo mención que se llamaba Caraciolo, con el cual la Reina según era vulgar fama menos honestamente usaba, el cual á la sazón regía y gobernaba el reino de su mano. Viendo la Reina doña Juana estos casos que muy conformes á su vivir de mal en peor cada día le sucedian, y que aun no estaba segura de aquel á quien había cometido su amparo adoptándole por hijo, por razón que la tenía estrechamente cercada en aquel castillo de Capua, determinó de demandar socorro á Esforcia, no obstante que hasta entonces se le había mostrado contrario teniendo la parte del Duque de Anjo, el electo Rey de Nápoles y Sicilia y del Pontífice que malamente quería á la Reina; pero Francisco Esforcia, que mucho deseo tenía de ver el fin de tanta variedad, no teniendo poca esperanza de haber su parte de aquel reino, determinó de la socorrer; de lo cual sucedió que viniendo á las manos con los aragoneses entre Nápoles y Capua hubieron una gran batalla, en la cual la gente del Rey D. Alonso fué vencida y desbaratada por la gente de Francisco Esforcia, el cual yendo á Nápoles sacó á la Reina doña Juana del castillo adonde el Rey la tenía cercada y púsola en su libertad en la ciudad de Aversa. En este medio sobrevino el armada de Aragón, con cuya venida el Rey se tornó á rehacer, el cual viniendo otra vez á la manos con los de Esforcia llevó él lo mejor, é á fuerza de armas cobró la ciudad de Nápoles y echó de ella á los de Esforcia con mucho daño suyo; y apoderado que fué en la ciudad mandó echar por el suelo todos los edificios que caen sobre la mar y fortaleció mucho todos los castillos de la ciudad, procurando de ahí adelante de la defender de la Reina doña Juana; y ella viendo cuán al contrario le sucedía todo y cuán al revés de lo que deseaba, y viendo asimesmo la voluntad de su adoptado hijo ser de la echar del reino, parecióle que el mejor remedio de su restitución era hacerse amiga de su enemigo, que era

el Duque de Anjo; y junto con esto con adoptarle por hijo, dar por ninguna la adopción del Rey D. Alonso de Aragón. Esto pareció también á Francisco Esforcia que convenía al remedio de la Reina, la cual luego hizo saber al Duque su voluntad en este caso. El Duque fué muy contento de esto, por pensar que aquello que deseaba alcanzar poniéndolo en aventura de guerra, lo alcanzaría con voluntad de la Reina; pero el Rey D. Alonso sabiendo la declaración que el Pontífice había hecho al Duque del reino de Nápoles y asimismo cómo la Reina doña Juana su madre le había adoptado por hijo dando por ninguna la adopción que dél primero había hecho, recibió mucho enojo y pena, por lo cual procuró de ahí adelante de hacer guerra en todas las tierras de la Iglesia y de ser contrario al Papa á todo su poder y á la Reina doña Juana por la injuria que le hizo adoptando segunda vez al Duque de Anjo. Todos los dias que ella vivió le dió guerra, haciéndose de ahí adelante ofensor y no defensor del reino, é por no me detener en contar particularmente estas cosas cada una según que acaeció. Dice la historia que el Duque llevó su gente contra el Rey D. Alonso siendo ya hijo y amigo de la Reina doña Juana, el cual de aquella vez cobró por la Reina la ciudad de Nápoles, é apoderóse en ella con toda su gente; pero el Rey D. Alonso le tuvo cercado bien dos años continuos, hasta tanto que no se pudiendo sufrir más estando cercado, é viendo cuán al revés sucedían las cosas de la Reina doña Juana, atribuyéndolo todo á los justos juicios de Dios que no daba lugar que la Reina sucediese ni poseyese el reino pacíficamente por sus pecados, dende á cuatro años que vino él á Italia, dejó el reino al Rey D. Alonso y fuese á Francia. Después de lo cual las cosas del reino tuvieron algún reposo hasta tanto que la Reina doña Juana murió, la cual, según se decía, había dejado por heredero en el reino de Nápoles á Renato, hermano del Duque de Anjo, que en aquel mismo año que la Reina doña Juana murió había fallescido en Francia. Y por esta causa, sabido por Renato la muerte de la Reina y cómo le había dejado por heredero del reino de Nápoles, pasó en Italia con gran ejército á cobrar el derecho que él tenía, por lo que el Rey don Alonso por una parte y Renato por la otra, el reino rescibió división, porque la una parte del reino quería al Rey D. Alonso por su Rey por el derecho que tenia como primero adoptado, y la otra parte, juntamente con los albaceas y testamentarios de la Reina muerta, querían y defendían la parte de Renato por razón de la institución que decían la Reina haber hecho en su testamento, el cual querían cumplir en expresa forma según que en él se contenía. Finalmente, los ciudadanos y principales de Nápoles rescibieron á Renato en la ciudad sin le poder resistir el Rey don Alonso, al cual alzaron por Rey. Y el Rey D. Alonso, viendo apoderado á Renato en la ciudad, procuró de sostenerse en todas las otras ciudades del reino y de esta manera le tuvo cercado en Nápoles mucho tiempo, habiendo pasado muertes en este medio entre los unos y los otros; pero en fin de muchos dias del cerco, el Rey D. Alonso tomó la ciudad metiendo en ella su gente por un albañar ó acueducto que salia al campo fuera de la ciudad, y de esta manera el Rey D. Alonso cobró la ciudad en el año del Señor de 1441 años y Renato, dejando mucha parte de gente en guarnición de los castillos, se fué á Francia para traer de allá el socorro que convenía.

CAPÍTULO III

De la muerte de este noble Rey D. Alonso y de lo que después de su muerte sucedió.

Habiendo el Rey D. Alonso cobrado la ciudad de Nápoles y echado de ella á Renato, el Papa Eugenio III, que entonces tenía la sede apostólica por muerte de Martino V, viendo el derecho que el Rey D. Alonso tenía en el reino de Nápoles y la voluntad de todos muy conforme para le rescebir por señor, parescióle ser justo que pues á él más que á otro le convenía de derecho, fuese declarado de su parte por Rey de Nápoles, y á esta causa el Rey D. Alonso fué confirmado por el Pontífice en el reino, el cual por aquel beneficio y merced que del Papa había rescebido siempre le ayudó y favoresció contra Francisco Esforcia; el cual en aquel tiempo después de la muerte de Philippo María, Duque de Milán, se metió por fuerza en Milán y fué de ahí adelante por los milaneses declarado por Duque de Milán en lugar de Philippo

María, en el año del Señor de 1452 años, y este Duque de Milán hacía guerras en algunas tierras de la Iglesia. Finalmente, después de muchas cosas que, no sólo en el reino, pero en toda Italia pasaron, el Rey D. Alonso de Aragón falleció de edad de sesenta y cuatro años, habiendo poseído el reino de Nápoles pacíficamente por diez y siete años y otros muchos que gastó en le adquirir con mucho trabajo de su persona. Dejó por su heredero en el reino á D. Fernando, su hijo bastardo, llamado en aquellas partes Fernandín. Murió este noble Rey en el año del Señor de 1458 años. Fué hombre de delgado cuerpo y gesto un poco amarillo, pero alegre; las narices aguileñas, los ojos grandes y claros, el cabello negro y largo, el cuerpo mediano. Bebía muy pocas veces vino. Era asimismo muy templado y reglado en el comer; era dulce y benigno en tanto grado que no se halló ninguno quejarse dél. Lo cual fué mucha parte para adtener el reino. Y si alguno le suplicaba por alguna cosa que no convenía otorgarla, nunca respondía de manera que fuese visto claramente querer negar la tal demanda. Antes lo que no quería conceder lo traia en dilación por no decir de no á persona alguna. Fué muy aplicado y estudioso en todo género de letras, especialmente en los historiadores y oradores y no menos en la poesía. Fué asimesmo en la dìaléctica muy docto: favoreció en gran manera á los religiosos. Fué gran defensor de la fe y aumentador de ella, y en la guerra era áspero y en la paz manso. Era asimesmo de muy gran consejo y tenía otras muchas virtudes en las cuales no se detiene la crónica, porque su intento es de seguir brevedad en estos principios.

CAPÍTULO IIII

De cómo Juan Renato sabiendo la muerte del Rey D. Alonso vino con poder muy grande á cobrar el reino de Nápoles y de lo que le sucedió.

Después de la muerte del Rey D. Alonso, el Papa Calixto que á la sazón tenía la Sede Apostólica por muerte de Nicolao quinto, procuró por muchas maneras de quitar el reino al Rey D. Fernando, alegando que como feudatario á la Iglesia Romana le pertenecía el derecho. Y con esta voluntad que el Papa tenía se aderezó con gente para se lo quitar, y el Rey D. Fernando asimesmo de su parte se aderezaba para defender su reino en todo su poder. Pero como en este medio sucediese la muerte del Pontífice, todo este movimiento se aseguró. Pero no dexó el Rey don Fernando por otra parte de gustar el negro xarope y amargo que en reinar en reinos pacíficos suelen los reyes gustar. Por razón que muerto el Rey D. Alonso su padre, muchos de los principales varones del reino de Nápoles enviaron á llamar á Juan Renato, hijo de Renato y sobrino de Ludovico Duque de Anjo, para le dar el reino y recibirle por su rey y señor; el cual sabida la muerte del Rey D. Alonso de Aragón y que D. Fernando su hijo había sucedido en el reino de Nápoles, teniendo en la memoria la institución que la Reina doña Juana había hecho en su padre y la voluntad con que los del reino le llamaban para le dar el reino, determinó de ir contra el Rey D. Fernando y de llevar mayor ejército que no llevó su padre cuando fué, según dicho es, contra el rey D. Alonso. El cual creyendo que de esta vez cobraría lo que su padre Renato no había podido cobrar, entró en el reino de Nápoles con muy gran poder y el Rey D. Fernando le salió al encuentro y junto á un rio que llaman Sarno vinieron entrambos á las manos, adonde el Rey D. Fernando siendo menor en poder fué por Juan Renato vencido y le hizo con pérdida de mucha gente retraerse á Nápoles. Y Juan Renato con la victoria que de aquella vez alcanzó, trajo á su devoción casi todos los más del reino; pero como el fin y salida de la guerra sean dudosos, no estuvo mucho tiempo que Juan Renato no se revolviese otra vez con los fernandinos, los cuales hubieron entre sí una muy cruda batalla junto á un lugar que es en la Puglia que llaman Troya. Adonde llevando lo mejor el Rey D. Fernando, Juan Renato fué roto y casi toda su gente muerta y destruída, y al fin le fué forzado dejar el reino, quedando apoderado en él el Rey D. Fernando. El cual de ahí adelante pasó mucho en la conservación y defensión del reino porque aun no después de muchos dias el Papa Inocencio octavo tentó con todo su poder lo que algunos Pontífices sus predecesores procuraron intentar enviando sus gentes contra el Rey D. Fernando, con las cuales fué Ru-

berto de S. Severino por capitán general; pero al fin como el Pontífice no pudiese salir con su propósito, húbose de contentar con el tributo y reconocimiento que por el feudo se le daba. Y de esta manera el reino de Nápoles quedó en su poder de este Rey D. Fernando por mucho tiempo en mayor sosiego y paz que hasta allí había tenido. El cual fué poseído por estos dos reyes el Rey D. Alonso y el Rey D. Fernando, su hijo bastardo, casi sesenta años, muchos en guerra y pocos en paz. En este tiempo los turcos ocuparon la ciudad de Otranto con voluntad de someter debajo de su señorío á toda Italia, y cierto recibiera mucho daño si Nuestro Señor por su clemencia no lo atajara con la muerte del gran Turco, el cual en aquel medio fallesció. Murió asimesmo en este tiempo Juan Renato, hijo de Renato, por cuya muerte se apagó mucho el estado del reino de Nápoles; quedó su padre de Renato muy viejo, el cual no vivió muchos dias después de la muerte de Juan Renato su hijo, y muriendo sin otro heredero descendiente ni ascendiente, Renato dejó por su heredero á Carlo, su sobrino hijo de su hermano Ludovico, Duque de Anjo, de la cual institución comenzó á tener nascimiento el derecho que los Reyes de Francia decían tener al reino de Nápoles, porque como el susodicho Carlo heredero de Renato muriese asimesmo sin hijos ni otro heredero, dejó por su universal heredero en todo su estado y bienes al Rey D. Luis de Francia, padre del Rey Carlo octavo; el Rey D. Luis sucedió en Francia. Y de esta manera computando la sucesión según que está dicho y viendo el Rey Carlos octavo el derecho que tenía por esta razón á los bienes que habían sido de Renato, así el reino de Nápoles como de fuera de él, después de haber reinado en Francia nueve años en mucha paz y sosiego, aderezóse de venir en Italia á cobrar el reino de Nápoles con todo aquello que había sido de Renato, el cual vino con muy gran poder según abajo se dirá. En este tiempo murió en Alemaña el Emperador Federico, murió de edad de noventa años, al cual sucedió Maximiliano hijo suyo y fué en lugar de su padre por Emperador electo. No mucho tiempo después de Federico murió el Rey D. Fernando en Italia, en el tiempo que más se divulgaba la fama de la venida del Rey Carlo octavo contra el reino de Nápoles, y sucedióle D. Alonso su hijo, el cual de común consentimiento de todos los de su reino fué declarado por Rey de Nápoles, y dando con lo que aquí está dicho fin en los principios de la crónica, los cuales con industria se han abreviado, de aquí adelante se escribirá su intento y fin principal.

CAPITULO V

De cómo el Rey D. Alonso sucediendo por muerte de su padre el Rey D. Fernando de Nápoles hizo gran aparejo en la defensión del reino temiendo la venida del Rey de Francia.

Ya se ha dicho arriba cómo el Rey D. Fernando dejó por su heredero en el reino de Nápoles á D. Alonso, hijo suyo. Y pues es de saber que siendo escarmentado en los trabajos que sus pasados habían en la conservación y tutela de aquel reino padecido, procuró con diligencia de proveer en todo aquello que convenía á la munición y fuerza de aquel reino: principalmente que en toda Italia se extendía la fama de la venida del Rey Carlo octavo contra el reino de Nápoles. Y junto con esto para mayor seguridad de todo, procuró de se hacer muy amigo del Papa Alejandro sexto, que á la sazón tenía el Pontificado por muerte de Inocencio octavo. El cual por ser de nación español y natural de Valencia, de cuyo reino descienden los Reyes de Nápoles, en todos aquellos movimientos le favoresció con todo su poder según que abajo se dirá; asimesmo hizo mucho por se confederar con los venecianos, poniéndoles delante el daño que á toda Italia se seguía con la entrada de los franceses en aquella tierra y cuánto cumplía que por todos fuesen resistidos, principalmente aquellos que tenían principados y señoríos en Italia que guardar y defender. Pero no pudo atraellos á querer mostrarse claramente por enemigos de franceses, y así quedaron ni amigos ni enemigos. No se concertó con los florentinos por razón que antes de aquel tiempo los tenía por amigos y los había confederado consigo, y así lo eran entonces; solamente temía que le había de faltar el Duque de Milán por razón que se mostraba más inclinado á la parte francesa, y por esto y porque mejor camino llevasen sus negocios procuró

de se hablar personalmente con el Papa Alejandro, con el que tenía puesta mucha amistad, y fué tanta que dende á cuatro meses que el Rey D. Fernando, su padre, murió, el Papa Alejandro le envió con el Cardenal César Borja, su hijo, la corona con las otras insignias del reino de Nápoles según que era de costumbre, no obstante la contradicción que en esto ponían los embajadores del Rey de Francia que estaban á la sazón en Roma. Ya en este tiempo se publicaba más la venida del Rey Carlo octavo y el Duque de Milán se aderezaba con gente para ayudar al Rey de Francia. En la cual puso por capitán general al Conde Gayazo y mandóle que fuese á asentar real en el Parmesano para salir de allí al encuentro á la gente del Pontífice y de los aragoneses, los cuales, según se decía, habían de venir á asentar su real á la Romaña para desde allí salir á resistir el paso á los franceses. Pues pasando estas cosas en esta manera, el Rey D. Alonso salió de Nápoles y fué la via de Vicobaro adonde á la sazón estaba el Pontífice, y allegando en aquel lugar fué el Rey D. Alonso del Papa Alejandro amorosamente recibido. Y un dia estando el Papa en consistorio entró en él el Rey D. Alonso, adonde dió á entender á todos en general y en especial al Pontífice la causa de su venida no haber sido á otro efecto más de hacerles saber el daño universal que por toda Italia se aparejaba con la venida del Rey Carlo, diciéndoles asimismo que pues el daño era no suyo particularmente, mas de toda Italia, que cada uno debría juntamente con él defender su parte y no esperar la experiencia probando primero el yugo de franceses, que era más cierto que no su amigable rescibimiento, pues de otras muchas veces deberían estar escarmentados. Díjoles asimismo que mirasen la cautelosa demanda que delante de sí traían, diciendo que su principal venida en Italia era pasar por ella para conquistar el reino del turco y tierras por aquella parte de Lepanto y de la Morea, pues muy pocas veces ó ningunas los Reyes de Francia fueron movidos con tan santo y justo celo como aquél que decían. De donde se veía claramente su venida no ser á otro fin sino á le tomar el reino, según que sus pasados con semejante voluntad habían otras muchas veces venido á cosas de esta calidad. El Rey D. Alonso comunicó en aquel consistorio adonde estaban algunos Cardenales y embajadores de algunas Señorías de Italia, á los cuales en general exortó y demandó su favor, ofreciendo él asimismo el suyo todas las veces que le fuese demandado de ellos, diciéndoles que considerasen muy bien que favoresciéndole á él hacían dos cosas, la una ganarle por amigo y la otra que quedando él vencedor en el reino y pacífico en su estado, lo quedarían asimismo todas las demás tierras de Italia, y que si por el contrario sucedía, que viéndole á él echado de su reino, procurarían por el semejante danificar todas las demás tierras de aquella región, y que pues tan claramente esto se conoscía no deberían consentir servidumbre en tierra de tanta libertad. Antes unánimes todos de un parecer se debrian oponer á resistirle la entrada, para lo cual él enviaría á su hijo el Infante D. Fernando con alguna parte de su gente en la Romaña en los términos de Cesena, para que estando en aquel lugar y juntamente con el favor de ellos se opusiesen á los primeros movimientos de los franceses si quisiesen intentar de pasar adelante. Estas y otras cosas les dixo atrayéndolos á todos á su amor, y paresciéndole bien al Papa Alejandro lo que el Rey D. Alonso decía, le respondió con mucho amor y voluntad inclinado su parecer en todo ello; por lo cual le dixo que tuviese buena esperanza de manera que él haría que ni los bienes de la Iglesia, ni el trabajo que de su persona ofrescía, no serían necesarios, porque él pondría diligencia de manera que ni la fe de los compañeros viejos ni de los nuevamente atraídos á su amistad, en manera ninguna faltarían; y porque mejor fundamento llevasen aquellos negocios, luego mandó á los embajadores que de muchos Príncipes y Señorías de Italia estaban presentes, que lo escribiesen á sus señores conforme como en aquel consistorio se había propuesto y determinado, y no contento con esto, él mesmo les escribió en particular y en general á todas las provincias de Italia, amonestando que todos estuviesen aparejados y muy sobre aviso á rescibir á los franceses que tanto se extendía la fama de su venida en Italia, porque no les tomasen incautos sin ser primero avisados para que aderezasen lo que fuese á la defensión menester de toda

Italia, y así fué generalmente publicada guerra contra franceses. Los cuales sin perder tiempo á muy gran prisa se entraban por los términos del Piamonte. Determinados ya pues en la forma dicha estos dos Príncipes, el Rey D. Alonso tuvo mejor esperanza en sus hechos y el Pontífice después de esto se tornó á Roma y el Rey á las partes más cercanas de su reino.

CAPÍTULO VI

De como los Coloneses tomaron á Ostia y del edicto que el Rey de Francia hizo promulgar en la ciudad de Roma.

No después de muchos días que el Papa Alejandro fué en Roma, los Coloneses, familia muy señalada y de mucho nombre y autoridad en la ciudad, viendo estos movimientos en Italia que á causa de la venida de los franceses se habían levantado, tomaron acuerdo entre sí de ocupar la ciudad de Ostia. Fué fama que se movieron á hacer aquella fuerza por inducimiento del Cardenal Ascanio Esforcia, hermano que era del Duque de Milán Ludovico Esforcia, el cual viendo tanto desasosiego y alboroto como se aparejaba en Italia, temiendo no le fuese hecha alguna fuerza de parte de los franceses, se pasó á la parte y bando de los Coloneses, que en aquel tiempo muy abiertamente tenían la parte de Francia, y de esta manera, movidos con pensar que servían en aquello al Rey de Francia, muy secretamente se metieron en la ciudad de Ostia y la ocuparon por Francia. En este mismo tiempo el armada aragonesa estaba á la boca del rio Arno en la mar, en la cual estaba el Cardenal Fregoso y Uguetto Fiesco, caballero principal de Génova. Hizo estar en aquel lugar su armada el Rey D. Alonso por razón que viendo los ginoveses estar esta armada tan cerca de sí por ventura se levantarían contra el armada francesa que á la sazón se aderezaba en aquel puerto de Génova, cuyo capitán general era el Príncipe de Salerno. Después de esto no pasaron muchos días que el Rey de Francia mandó promulgar un edicto en Roma en el cual se contenía que cualquiera de la clerecía, ora tuviese beneficios eclesiásticos, ora no los tuviese, siendo naturales de Francia, aunque fuesen oficiales apostólicos, dentro de quince dias siguientes después de la publicación de su edicto se saliesen de Roma y se recogiesen adonde su gente estaba, los cuales siendo rebeldes en este su mandamiento del Rey no queriendo ir allá fuesen ciertos que caían é incurrían en pena de lese Magestad y por el mismo caso perderían todos sus bienes. Muchos fueron los que obedecieron el mandamiento real y muchos que no quisieron y quedaron en Roma sirviendo al Papa en sus oficios, á los cuales no dejó de ejecutar la pena ya dicha. Todo aquel verano pasó sin hacer otra cosa más de lo que dicho está, que vino el invierno que se comenzó á sentir la venida de los franceses.

CAPÍTULO VII

De cómo el Rey Carlo octavo cautelosamente se confederó con los Reyes de España porque no le estorbasen la pasada, y de lo que sucedió.

El Rey Carlo octavo de Francia determinó de dar fin en esta empresa del reino de Nápoles que tan concebida y asentada tenía en su entendimiento, á lo cual se había puesto no tanto por el título que decían tener, cuanto por codicia de le haber debajo de su corona tenía, por ser tan rico y una de las más fértiles provincias de Italia, de cuya causa fué de muchos principales codiciado y puesto en conquista. Después que el Rey D. Alonso, hijo del Rey D. Fernando de Aragón, según dicho es, fué por la Reina doña Juana adoptado por hijo por esta razón, siendo el Rey Carlo octavo de muy grande ánimo y no menos acompañado de saber y gran discreción, antes que partiese de Francia miró muy bien todos los inconvenientes que para poner en efecto aquella empresa del reino le podían suceder, porque no falleciese él en lo que todos sus pasados por menos consejo habían fallecido, y por esto hubo temor que el Rey D. Fernando, Rey de Castilla, le estorbaría su propósito por razón que otras muchas veces que algún movimiento preparatorio de guerra se ordenaba en Francia contra Nápoles, siempre eran de los Reyes de España impedidos; en especial viendo que entonces gozaba de tanta paz y sosiego el Rey D. Fernando de Aragón, hijo del Rey D. Juan de Aragón, después que casó con doña Isabel, Reina de Castilla, de donde le vino con el señorío mayores fuerzas y

poder; también que los Reyes de Nápoles eran sus parientes; lo cual todo considerado por el Rey Carlo octavo, que aunque disforme en sus miembros de ánimo era grande y de entendimiento según dicho es era bien cumplido, y porque su deseo hubiese buen efecto en aquel caso hízose muy amigo con los Reyes Católicos, á los cuales restituyó el condado de Ruisellón, Uzardan y Cerdania, las cuales tierras habían sido empeñadas por el Rey D. Juan de Aragón, padre del Rey don Fernando, al Rey D. Luis de Francia, padre de este Carlo octavo, por los gastos que hizo el Rey D. Luis por el Rey de Aragón en la rebelión de Cataluña. Junto con esto se conformó con el Emperador Maximiliano, temiéndose también no fuese en esto impedido de su parte, y de esta manera habiéndose confederado en amistad el Rey de España con el de Francia, no dejó el Rey Carlos de buscar otra calor en aquel hecho; porque dado caso que fuese temida su venida en Italia, no se sabía de cierto el fin de su movimiento, aunque se decía ser contra el reino de Nápoles, y como en los ánimos dudosos cualquiera opinión divulgada sea tenida por cierta, echó fama que su venida en Italia no era otro fin sino por pasar por ella á conquistar á Jerusalem, y también lo hizo porque el Rey de España no rescibiese alguna turbación ó alteración sabiendo que entraba por Italia con su ejército no sabiendo el fin que llevaba; y para desarraigar del todo la opinión verdadera que estaba derramada en Italia, que era ser su venida contra el reino de Nápoles, envió á demandar por sus dineros paso de vituallas al Duque de Milán y al Papa Alejandro y á todas las señorías de Italia, haciéndoles saber cómo él quería ir á conquistar á Jerusalem y asimismo á visitar con su poder y fuerzas el señorío de la Morea con otras tierras del turco, diciendo que no recibiesen alteración, que aquella era la verdad. Los de Italia dando crédito á su cautelosa intención, que muy diversa era de lo que por de fuera mostraba, tuvieron por muy bueno de le dar paso libre y desembargado y de le dar asimismo vituallas todas las que fuesen necesarias á su ejército, en el cual venía entre gente de á pie y de caballo treinta mil hombres y mucha artillería sin la armada de mar, donde venían ocho mil hombres de guerra, y por sus jornadas allegaron en el Piamonte, donde fué necesario detenerse algunos dias en la ciudad de Aste como abajo se dirá.

CAPÍTULO VIII

Cómo la Duquesa de Milán salió á recibir al Rey de Francia y del aparejo que el Rey don Alonso hizo de guerra.

Sabido por la Duquesa de Milán la venida del Rey de Francia, para mejor atraerle á su amistad y también porque con la nueva venida de franceses no rescibiese algún daño su estado, no obstante que el Duque era de su parte, siendo el Rey de Francia junto á la ciudad de Aste le salió á recibir acompañada de gran número de señoras muy suntuosamente ataviadas, y cierto si el Rey de Francia hubo placer de su visitación y recibimiento en su estado no es cosa de duda. Viendo por aquella vía muy más libre la entrada que no pensó tenerla, si no hallara inclinado á su parte uno de los mayores príncipes de Italia como era el Duque de Milán, y esto le hizo tener más cierta la esperanza de alcanzar el fin de lo que deseaba. De esta manera el Rey de Francia entró en la ciudad de Aste, adonde estuvo con unas calenturas, por lo cual le convino detenerse algunos dias en la ciudad de Aste hasta que convaleció. En este tiempo el Rey D. Alonso no dejaba de estar solícito, viendo que el Rey de Francia estaba ya en Italia y que no se sabía de cierto el fin de su venida en aquellas tierras, el cual siempre estaba con temor no viniese á le quitar el reino de Nápoles, y por esta razón no dejaba de se fortalecer lo mejor y más secreto que podía; y deseando saber más por extenso el fin de aquel hecho del Rey de Francia, envió al Infante D. Fernando, su hijo, y al Conde Pitiliano, capitán del ejército del Pontífice, con la más gente que pudo para que se alojasen con ella en la Romaña, por donde se decía que los franceses habían de pasar, los cuales con esta orden se partieron del reino y se vinieron por la Romaña y por las tierras de Rímino y asentaron su real junto á un rio que llaman Ceruja, que nace de los Apeninos y corre entre Cesena y Rávena y viene á se meter en el Adriático. Esto hecho en esta manera, no pasaron muchos días que la gente que el Duque de Milán tenía, que estaba, según dicho es, en el

Parmesano aposentada, se allegó más á aquel lugar do estaba la gente del Rey don Alonso en el mismo término del rio Ceruja. Vinieron con la gente del Duque de Milán cuatro mil caballos franceses y tres mil infantes, con la cual gente el ejército del Duque paresció más pujante que no lo era el de D. Fernando. En esta manera estuvieron los dos ejércitos muchos dias sin se mover el uno contra el otro ni hacer cosa que digna sea de contar. En este medio aún no estando el Rey de Francia sano de sus calenturas, en aquella ciudad de Aste, un caballero principal de Génova, del cual la historia ha hecho mención, dicho por nombre Ogueto Fiesco, que estaba con el armada de Aragón en el rio Corno, saltó en tierra junto á un lugar que está no muy lejos de Génova, que llaman Rapalo. El cual siendo visto de los naturales de aquella tierra, que á la sazón estaban con la venida de franceses alborotados, salieron á él y antes que se pudiese aprovechar de su gente cargaron sobre él y le mataron mucha de su gente y él con la demás apenas se pudieron salvar en las galeras. Estaban tan sobre el aviso todos con la venida de franceses, que cada uno tenía en Italia delante de sí ó la muerte ó su defensión. Y con esto los venecianos, temiendo también su peligro, porque el uso de la mar no saliese de su poder, determinaron de aderezar una muy buena armada en guarda de la mar, en la cual pusieron por general á un caballero dicho por nombre Antonio Grimano; el cual con el armada veneciana corría toda la costa y no dejaba correr la mar á otra persona que fuese sospechosa á la parte de la señoría Veneciana. Y de esta manera la cautela del Rey de Francia de que quiso usar publicando que iba á Jerusalem no hubo tan buen efecto como quisiera por razón que cada cual procuraba, según está dicho, su salud y no se descuidaban en lo que cumplía al bien común de Italia.

CAPÍTULO IX

De lo que se hizo en la guerra de la Romaña, entre la gente del Duque de Milán y del Infante Don Fernando y de lo que Coloneses quisieron hacer en Roma.

Pasando las cosas de Italia en la forma ya dicha, el Infante D. Fernando y la gente del Duque de Milán, los cuales estaban en campo en la Romaña, en todo el tiempo que estuvieron los unos contra los otros nunca vinieron á las manos, ni hicieron entre sí cosa que de contar sea; porque el Infante D. Fernando viendo que el ejército del Duque era mucho mayor que no lo era el suyo y que si daba de su parte causa de guerra ponía en aventura su gente, se detuvo con los del Duque más con industria y arte que con armas, las cuales poco pensaba poderle aprovechar por la gran desigualdad que, como dicho es, había del un ejército al otro. Pero no pudo estar tanto la diferente y contraria voluntad de los unos y los otros, casi en un mismo lugar, que no diesen á sentir lo que cada cual concebía en su corazón. Porque revolviéndose con algunas escaramuzas, más por voluntad de los del Duque que no por la del Infante D. Fernando, en ambas partes se hizo daño en la gente y cada día se acometían los unos con los otros de muchas maneras. En este tiempo los Coloneses, que, como dijo la crónica, habían ocupado la ciudad de Ostia, de cada día crecían en gente y fuerzas, los cuales procurando de mudar su estado y condición de bueno en mejor, en especial siendo como eran amigos de novedades, salían muchas veces de Ostia y tomaban todas las provisiones y viandas que llevaban por el Tibre arriba á la ciudad de Roma. De lo cual causaba muy gran daño en Roma por la falta de los mantenimientos que por esta razón había en ella. Era esta familia de Coloneses una de las más principales familias de Roma, de los cuales gran parte estaban á la sazón dentro en Roma no menos aparejados para acometer cualquiera género de insulto que á la ciudad se hiciese que los de fuera. El Papa Alejandro conociendo este peligro que podía venir á Roma por la grande carestía de los mantenimientos, y asimismo viendo el daño que tan eminente estaba á la Sede Apostólica y viendo la poca gente que tenía consigo para la defensión de la ciudad, aunque de parte del Rey D. Alonso de Aragón había venido el capitán Virginio Ursino con una buena parte de caballos y gente de armas en su socorro, no por eso dejó de enviar á la Romaña para que con la más gente que pudiese el Conde Pitilano viniese á Roma. El cual con la gente del Pontífice estaba en compañía de D. Fernando como dicho está. Esto fué causa á que cum-

pliendo el mandamiento del Papa, este capitán Nicolás Ursino, que así se llamaba, llevando consigo mucha de la gente que estaba en la Romaña, las fuerzas y poder del Infante D. Fernando fuesen de ahí adelante muy menores. Y por el consiguiente de cada día recibían mayores daños de los enemigos, siendo como eran en número desiguales. Adonde se detuvo con gran virtud, aunque no con poco trabajo, hasta que el Rey de Francia se partió de la ciudad de Aste.

CAPÍTULO X

De cómo el Rey de Francia vino á Pavía á ver á Juan Galeazo que estaba enfermo y de lo que después sucedió.

En este tiempo que esto pasaba en la Romaña, el Rey de Francia con voluntad de irse, ya que convaleció de su enfermedad, se partió de la ciudad de Aste con seis mil hombres de caballo. Y pasando por el Placentino, vino á Pavía, ciudad de Lombardía del Duque de Milán, con propósito de ver á Juan Galeazo, el cual á la sazón estaba enfermo de una grave enfermedad de que dende á pocos días que el Rey de Francia llegó á Pavía murió. Por la enfermedad de este caballero, no menos grave que no conoscida por razón de muchas opiniones que hubo diversas en el conocimiento de ella, siendo así que unos afirmaban haber sido su muerte con hechizos, otros de una enfermedad incurable de que los médicos no pudieron alcanzar noticias, y para saber la verdad de aquesta variación, el Duque de Milán Ludovico Esforcia hizo llevar su cuerpo á Milán, adonde puesto en un rico lecho en un lugar público que de todos podía ser visto, quiso en aquella manera conoscer su muerte, esperando en aquel medio algún argumento ó señal de ello. Finalmente, no se hallando en el cuerpo muestra alguna por donde parescía haber sido aquel caballero muerto con veneno, después de dos días que estuvo en aquel lugar le dieron sepulcro conveniente á su persona y estado. Fué este Galeazo hijo de Galeazo, un caballero que fué muerto por manos de otro noble caballero llamado Micer Andrea Lanpugnano, y era nieto de Francisco Esforcia y sobrino del que á esta sazón era Duque de Milán Ludovico Esforcia, que fué hermano de Galeazo, que mataron según dicho es, y era yerno del Rey D. Alonso, casado con hija suya. Ha hecho la crónica mención de su genealogía y linaje, porque quien la leyere no intente á querer reprender al cronista arguyendo que un Rey de tanto valor como era el Rey de Francia no parecía verisímile ir á una ciudad no á otro efecto más de ver á un caballero, no se sabiendo su linaje como agora se sabe por lo arriba dicho. El Rey de Francia después de haber hecho las obsequias de Juan Galeazo y viendo el ofrecimiento del Duque de Milán de su persona y estado, para le conservar más en su amistad le dió el título y la señoría de Milán; el cual dado caso que á la sazón se llamase Duque de Milán, no tenía el título ni investidura de él, y de esta manera y no embargante que desde entonces podría llamarse Duque, pero nunca quiso usar dél en sus cartas ni edictos hasta tanto que del Emperador Maximiliano rescibió las insignias del Ducado, por razón que era feudatario al Imperio, y de esta manera Ludovico Esforcia obtuvo el estado de Milán en nombre y título.

CAPÍTULO XI

De lo que el Infante D. Fernando hizo en la Romaña y el Rey D. Alonso su padre en el reino.

Estando las cosas en este estado los del Duque de Milán con los franceses que consigo tenían, se comenzaron á hacer sentir en todas las partes de la Romaña, haciendo cada día cosas nuevas. Y así tomaron un lugar en la Romaña que llaman Mudano, en el cual hicieron mucho daño, así en la villa como en los moradores de ella. De cuya causa muchas fueron las tierras que de la Romaña se dieron á los franceses. El Infante D. Fernando viendo la gran turbación de la Romaña y cómo de todos eran temidos los franceses, y viendo asimismo la ausencia de sus compañeros á causa del movimiento que en Roma había, determinó de alzar su real y lo mejor que pudo se levantó de las tierras de Francia, adonde hasta allí había estado aposentado y fuese con su gente á aposentar á Cesena á sus casares. En esto el Rey D. Alonso su padre que estaba en el reino de Nápoles no dejaba un punto de proveer en todo aquello que le parecía que cumplía á la defensión del reino. Y de esta

causa juntó consigo toda la más gente que pudo haber y fuese la vía de Terrazina con propósito de cercar un lugar de coloneses que llaman Maunetuno, y asimismo para de llí estorbar el armada de Francia que venía á se meter en aquel lugar. Pues estando el Rey D. Alonso sobre Maunetuno vino allí en su ayuda el capitán Virginio Ursino y el Cardenal Leonelo Regato, á los cuales envió el Pontífice al Rey D. Alonso por razón que las cosas de Roma estaban ya en más sosiego y porque el Rey fuese de ellos ayudado en consejo y obra y con todo lo que necesario fuese. Algunos días estuvo el Rey D. Alonso en cerco sobre aquel lugar de coloneses, mediante los cuales acaesció que estando una noche el Rey D. Alonso con todo su ejército en sus tiendas, crecieron tanto las aguas de un río que corre por aquel lugar, que saliendo, de madre cubrió todo el campo y se entró por las tiendas, tanto que llegaba el agua hasta la media pierna, y por esta razón convino al Rey mudar el ejército á un otero alto no muy apartado de aquel lugar de coloneses, de adonde el Rey mandó batir la tierra con el artillería, la cual fué batida con mucha fortaleza y después allegó la gente del ejército á la combatir, adonde se pasó mucho trabajo y no menor peligro por tomar la tierra, pero en fin fué de los de dentro con muy mayor fuerza defendida. Murieron en aquel combate algunos hombres de ambas partes y muchos fueron heridos, de cuya causa el Rey mandó retirar su gente desconfiando poder tomar aquel lugar. Dejándole se partió con su ejército á Terracina, á donde no muchos días después de esto le vinieron nuevas de la muerte de su yerno Juan Galeazo, y asimismo de la poca resistencia que los franceses hallaban en los florentines por razón que ya casi toda la Toscana se les había dado. Muy pesante fué de esto el Rey D. Alonso, en especial cuando supo que los florentines ya le eran contrarios y que habían rescebido al Rey de Francia en sus tierras, porque conocía ser aquello principio de su perdición, y que por el semejante todas las demás tierras de Italia le darían libre entrada y sin ninguna contradicción, y por este recelo determinó de se recoger más adentro de su reino para que de más cerca ordenase lo que cumplía á su defensión. Desde allí envió al capitán Virginio Ursino con toda su gente de caballo á la ciudad de Roma para que estuviesen allí en su socorro si menester fuese contra los coloneses, de los cuales la ciudad se temía, y toda la otra gente que le quedó, hizo pasar de la otra parte del río que llaman el Garellano junto con San Germán, para que desde aquel lugar estorbasen la pasada de los franceses en el reino de Nápoles. Ya en este tiempo en la Romaña se habían dado muchas tierras á los franceses, de las cuales eran Faenza y Forli, y los de Cesena ya estaban para se dar, forzados por un caballero que decían Guido Guerra, el cual era de voluntad que los de Cesena se diesen á los franceses sin ningún detenimiento, porque temió no les sucediese algún daño por aquella porfía que tenían de no se querer dar, y al fin lo hubieran de hacer, si no por el Infante D. Fernando que estaba en Bertonorio con su gente, un lugar que es cerca de Cesena, el cual desde allí envió socorro de gente á los de Cesena, y con este favor no quisieron por entonces darse á los franceses; pero no pasó mucho tiempo después de esto que el Infante D. Fernando, como supo que los florentines ya seguían la parte de Francia, se partió de la Romaña la vía de Roma, por cuya partida no quedó cosa en la Romaña que no se diese á franceses, los cuales luego se comenzaron á meter por las tierras de Rabena haciendo todo el daño que podían en aquella tierra por culpa de los villanos de ella, por razón que en una revuelta que entre ellos y los franceses locamente hubo, mataron los villanos dos franceses, lo cual fué causa que encendidos todos los demás en ira, se metieron por las tierras de Rabena matando é hiriendo toda la gente que podían haber y asolando todas las tierras que hallaron, y de esta manera los franceses vengaron la muerte de aquellos dos soldados, con muy mayor daño é injuria de los villanos de aquella tierra.

CAPÍTULO XII

De cómo el Rey de Francia vino á las tierras de Florencia y del asiento que los florentines hicieron con él.

En este tiempo el Rey Carlo octavo de Francia ya se había partido de Pavía y era ido camino de la Toscana, el cual fué á estar con su gente en un lugar grueso que está no muy lejos de Pisa, el cual llaman Sarzana, por cuya

venida en Florencia se comenzaron á mudar todas las cosas, porque la una parte de la ciudad tenía que pues sus mismas tierras habían rescebido al Rey de Francia, que no era bien que ellos se mostrasen sus enemigos dejándole de rescibir en Florencia. Muy contraria de esta opinión era la familia de los Médicis, que muy inclinada estaba á la parte del Pontífice y del Rey D. Alonso. Los cuales eran de voluntad que los de Florencia resistiesen al Rey de Francia y que no le diesen paso por sus tierras. Por cuya contrariedad la otra parte de Florencia que tenía contrario parecer, por evitar sediciones en la ciudad, echaron de ella á Pedro de Médicis y á sus hermanos, y ellos quedando libres en la ciudad entraron en su consistorio, adonde se determinó de enviar al Rey de Francia sus embajadores con comisión de confederar paz. Como Pedro de Médicis supo lo que se había ordenado con los florentines, siendo como era el más antiguo en aquella familia, la cual en autoridad y valor era una de las antiguas familias y mayores de Italia, en cuya mano está el gobierno y administración de la ciudad de Florencia, tomó muy gran pesar de aquel hecho. Pero como viese tan obstinada la voluntad de los florentines de recibir al Rey de Francia y como aprovechaba poco ir contra aquel parescer que tan asentado tenían en su voluntad los de Florencia, en aquel caso procuró disimular la pena que tenía de ello é ir con aquella embajada al Rey de Francia. Y por esta razón envió á decir á los de Florencia que bien sabía ser su voluntad rescebir al Rey de Francia en sus tierras y de no le contradecir la pasada, para ir do era su determinada voluntad, y pues así lo querían, que él era de ello mucho alegre y se ofrecía de ir él mismo al Rey de Francia de parte de ellos con aquella embajada y de confederar paz con él. Y junto con esto les envió á decir que tuviesen memoria cómo su padre Laurencio de Médicis hubo otra vez cumplido mucho á su honra y autoridad de la ciudad otra semejante embajada que ésta, cuando fué al Rey don Alonso, padre del Rey D. Fernando de Nápoles, que era agora, y que por esta razón no debían quitarle á él aquel oficio, del cual con mucha fidelidad había su padre usado, prometiendo su fe de no poner él menor fidelidad en aquella embajada de la que su padre había puesto. Mucho plugo de esto á los florentines, creyendo que Pedro de Médicis estaba ya del todo inclinado á su opinión y parecer de ellos y así que por esto tendría verdad en sus palabras, de cuya causa se determinó que él mismo fuese con sus poderes á confederar la paz entre ellos y el Rey de Francia. Y de esta manera habiendo Pedro de Médicis los poderes y comisión en aquel caso de los florentines, se fué al Rey de Francia, con el cual concertó de le dar á Pisa y á Sarzana con otros lugares comarcanos, poniéndolos todos debajo de su señorío. Todo esto fué hecho en muy gran daño y perjuicio de la república de Florencia, como quiera que no se entendiesen los poderes y comisión que llevaba á más de hacer confederación de paces y declarar á Florencia de su parte, quedando salva su libertad. Después que los florentines despacharon á Pedro de Médicis para que fuese con aquella embajada al Rey de Francia, sospechando lo que después sucedió, quisieron luego quitarle la comisión que de ello tenía; pero ya como Pedro de Médicis fuese partido con aquella demanda adonde el Rey Carlo estaba, no pudo haber efecto su voluntad y por esta razón con mucha diligencia criaron otro embajador de nuevo, dándole nuevos poderes y haciendo por esta última comisión de ningún valor todo aquello que Pedro de Médicis, por virtud de los primeros poderes, había apuntado con el Rey de Francia. Fué con esta última alegación un fraile dominico, dicho por nombre fray Hierónimo, que era de mucha autoridad, el cual en aquellos movimientos que á la sazón eran en Italia, se mezcló más que convenía á hombre de su religión y hábito. En este medio vino Pedro de Médicis con la contradicción á Florencia que hizo, según que dicho ha la historia, de lo cual rescibió tanto agravio la república de Florencia, que indignados por este hecho contra Pedro de Médicis, siendo como era tan perjudicial al estado de la libertad que ellos demandaban, quisieron matar á él y á sus hermanos, á los cuales por esta razón fué forzado salir de la ciudad con todos los de aquella familia y fuéronles confiscados y publicados todos sus bienes y juzgados por traidores y enemigos de la república, y de esta manera, siendo la familia de los Médicis en poder, riquezas y autoridad una de las mayores y más principales de Italia, cayó en esta desventura por culpa de Pedro de Médicis, siendo en tanto grado como dicho

es sublimada esta familia, desde Cosme de Médicis, bisabuelo de este Pedro de Médicis, el cual fué principio de tanto nombre como este linage tiene hasta hoy día en Italia, y pues viene á propósito, no debe causar pesadumbre que se diga aquí la causa que hizo subir tanto este linage de los Médicis. Debemos saber que, según se halla en las crónicas de Italia, hubo en Florencia un caballero que se decia Cosme de Médicis, el cual á la sazón no era muy hacendado, porque otros más ricos había en Florencia que no lo era él. Fué este Cosme de Médicis muy amigo de Baltasar Casso, que fué Papa y llamáronle Juan veinticuatro, el cual en el Concilio de Constancia fué privado del Pontificado y detenido en prisión mucho tiempo por muchas causas criminales que le opusieron de que le hallaron culpado. Finalmente fué en su lugar elegido por Pontífice después de aquel Concilio Martino quinto, de quien la crónica ha hecho mención, el cual estando en Florencia libró á Baltasar Casso de la prisión en que estaba, y viniendo á Florencia ya puesto en su libertad, con mucha humildad echado á los pies del Pontífice demandó perdón de sus culpas; al cual el Pontífice no sólo perdonó, pero restituyóle en el lugar de los Cardenales, haciéndole del número de ellos; pero no muchos días después de esto el Baltasar Casso falleció de tristeza, en que siempre mientras vivió estuvo, y como fué tan amigo de este Cosme de Médicis, por razón del buen tratamiento que en su casa había hallado, no rescibió daño de la buena obra y servicio que le había hecho porque le dejó heredero en todos sus bienes y tesoro. El cual fué tanto, que fué juzgado el dicho Cosme de Médicis por el más rico hombre de toda Italia y fuera de ella, y de aquí vino á se extender tanto esta familia de los Médicis, que en riqueza no había quien les fuese igual. Y de esta manera siendo, según dicho es, de tanta calidad, dió tan gran caída por razón de este Pedro de Médicis. Fray Hierónimo, que según dicho es fué con los segundos poderes al Rey de Francia, hizo tanto con el Rey, que antes que tornase á Florencia dejó apuntada la paz con él, debajo de ciertas condiciones, sobre todo quedando la república de Florencia debajo de su libertad con todos sus anejos; lo cual hecho fué el Rey de Francia á la ciudad de Florencia con todo su ejército y pasando por Pissa la dejó en su misma libertad, haciendo lo mismo en todos los pueblos de Florencia por donde pasó, y los florentinos no teniendo en nada la fe que habían dado al Rey D. Alonso de Aragón, quebrantando las posturas que entre ellos habían puesto, rescibieron al Rey de Francia en Florencia, haciendo por su entrada muchas fiestas en la ciudad, lo cual todo dió mejor esperanza al Rey de Francia de cobrar el reino de Nápoles.

CAPÍTULO XIII

De cómo el Papa Alejandro envió al Rey de Francia sus Embajadores y de cómo el Rey de Francia se partió la vía de Roma.

Pues estando el Rey de Francia en Florencia, según dicho es, el Papa Alejandro le envió un legado á hablar con él de su parte sobre cosas tocantes al estado universal de Italia, el cual era el Cardenal de Sena y era el primero en el colegio de los Cardenales, que se llama Decano, hombre de mucha prudencia y consejo, el cual había sido muy amigo del Papa Pío segundo, con quien el Rey de Francia estaba muy mal, como lo habían estado sus pasados, por razón que en el tiempo que Juan Renato, hijo de Renato, vino contra el Rey D. Fernando, según esta historia lo ha contado, este Pontífice Pío segundo hizo mucho por defender el reino de Nápoles al Rey D. Fernando y mostróse muy enemigo de los franceses, y por esta razón los Reyes de Francia fueron no sólo enemigos de aquel Pontífice, pero de sus amigos, de los cuales había sido uno este Cardenal, á quien el Rey de Francia, como supo que venía á él con embajada del Pontífice Alejandro sexto, quiso oirle, no como á embajador del Pontífice, sino como á Cardenal de Sena. Pero el Cardenal, temiéndose del Rey de Francia, viendo que no le había querido dar audiencia como á legado y embajador del Pontífice según lo era, dejando la embajada imperfecta, se partió de Luca, adonde hasta entonces había estado y fuese á Roma. En este tiempo, el Rey de Francia estando en la ciudad de Florencia y viendo cuán divulgada estaba su venida y que ya el color que trajo su entrada, que era no venir contra el reino de Nápoles, sino pasar por él á Jerusalem por le conquistar, era ya á todos manifiesto ser lo contrario, porque con este temor el Rey D. Alonso de Aragón se fortale-

ciese en su reino de Nápoles y que todos tenían por muy cierto ser su venida contra aquel reino, mandó que luego fuese promulgado un edicto el cual era declarando su venida no haber sido á otro efecto en Italia sino por tomar el reino de Nápoles al Rey D. Alonso, el cual era muy cierto pertenecerle más que no á él, siguiendo todo derecho, y que por esta razón protestaba que siéndole embargado el paso al reino, y siéndole asimismo contradicho en este derecho que tenía, dejando la paz, la cual ofrescía dándole libremente el reino de Nápoles, él prometía de le dar muy cruel guerra en él hasta tanto que por fuerza de armas le sacase del poder del Rey D. Alonso de Aragón, que á la sazón le poseía. Pero que si en paz le dejase libre aquel reino de Nápoles, él le prometía á Dios de pasar todo su ejército contra turcos y enemigos de nuestra santa fe católica, aumentando la religión cristiana. Este edicto mandó el Rey de Francia promulgar por toda Italia, procurando de ahí adelante de hacer sus hechos más abiertamente que hasta allí lo había hecho. Después de esto en este mismo tiempo, estando todavía el Rey en Florencia, los venecianos le enviaron dos embajadores de su parte, y entrambos eran hombres de mucha calidad: al uno llamaban Micer Ludovico de Treviso y al otro Micer Antonio Loredano. Estos fueron con comisión y mandado del Senado Veneciano para que acompañasen al Rey hasta dentro en Roma, adonde se decía que el Rey de Francia se quería ver con el Papa Alejandro, el cual porque más á su sabor y del Pontífice hiciese sus hechos, envió desde la ciudad de Florencia sus letras y embajada al Papa Alejandro, suplicándole por ellas tuviese por bien de dalle licencia para entrar en Roma y se ver y hablar con Su Santidad, por razón que tenía muchas cosas que comunicar de su persona á la suya. Pero el Papa Alejandro, que no le plugo mucho con aquella embajada, temiéndose de su entrada en Roma, y también no siendo su voluntad hablar ni verse con el Rey de Francia, procuró por muchas maneras de le desviar de aquel propósito. Y por esta razón el Papa Alejandro le respondió diciendo cuán alterada estaba la ciudad de Roma con su venida, y las discordias y sediciones que había causado en ella, y que si él viniese á Roma, rescibiría la ciudad muy mayor alteración y daño que hasta allí había tenido, y asímismo que en Roma había muy gran carestía de provisiones, y que para tanta gente como la que él traía con su ejército, no había cumplimiento ni se podría sustentar dos días, por lo cual la ciudad rescibiría muy gran perjuicio y daño con su venida. Pero que si todavía deseaba mucho venir á Roma á se ver con él, que dexase su ejército en Florencia ó adonde fuese más su voluntad y que se viniese él solo á Roma con algunas de sus compañas y que de esta manera él era contento de le rescibir y oir. El Rey de Francia como supo la voluntad del Pontífice no se curó de la obedecer, antes procuró de se partir luego de Florencia é irse con todo su exército á Roma, lo cual hizo según que la crónica lo dirá y contará.

CAPÍTULO XIIII

De cómo el Rey de Francia entró en Roma y del espanto que por su entrada mostró la ciudad y lo que sucedió después.

El Rey de Francia, como supo la voluntad del Pontífice y que mostraba por su respuesta no ser su voluntad que el Rey viniese á Roma, luego se partió de Florencia con todo su ejército y vino á Sena, de ahí pasó á Viterbo y de ahí vino á un lugar fuerte, cerca de Roma, que se dice Braciano, donde se detuvo algunos dias. En aquel tiempo el capitán Virginio Ursino, que estaba en Roma en compañía del Infante D. Fernando, ambos á dos con sus ejércitos, viendo la poca resistencia que á los franceses se les hacía en toda Italia y que antes todos los pueblos se les daban sin ninguna contradicción, aconsejó á sus hijos que recibiesen en sus tierras al dicho Rey de Francia, y que no mostrasen serle contrarios, porque el Rey de Francia tenía ya gran parte en Italia, y que lo mismo se esperaba tener en el reino de Nápoles, y que más valía entregarle las tierras, teniendo al enemigo pacífico, que no estando airado, y que aquello les cumplía hacer, si las querían sacar después de su poder más fácilmente y más á su salvo. Eran de una condición algunos y los más señores de Italia, que procuraban seguir la parte del vencedor y no aquella que eran tenidos seguir. El Papa Alejandro como vido al Rey de Francia estar tan cerca de Roma y que todos á una voz le daban lugar y paso por sus tierras,

perdió el ánimo que había mostrado siempre muy constante por el Rey D. Alonso, y haciendo salir de Roma al Infante D. Fernando, su hijo, con todo su ejército, y al capitán Virginio Ursino, que estaba según dicho es en su compañía, aconsejóles diesen lugar al tiempo y que se fuesen á Nápoles ó adonde más voluntad tuviesen, porque él quería saber qué era lo que quería aquél francés, diciendo asimismo cuánto le pesaba por la entrada del Rey de Francia en la ciudad, pero que no podía menos hacer por el daño, como ellos vían que vendría á Roma, si le quisiesen resistir con tan poca gente como ellos eran y él tenía. Luego el Infante D. Fernando y el capitán Virginio Ursino, con toda la gente que tenían en Roma, se salieron de la ciudad. Y el Papa, salidos que fueron estos capitanes, envió á decir al Rey de Francia que se viniese á Roma cuando más le pluguiese, mostrando que se holgaba con su venida. Lo cual sabido por el Rey Carlos, salió de aquel castillo de Braciano do á la sazón estaba y se fué con su ejército á Roma. Entraron con el Rey en la ciudad el Cardenal Ascanio Esforcia, hermano de Ludovico Esforcia, Duque de Milán, al cual antes poco tiempo de la venida del Rey Carlos en Roma el Pontífice había tenido en prisión juntamente con Próspero Colona, por razón del levantamiento que á su causa, según ha dicho la historia, los coloneses hicieron de la ciudad de Ostia; asimismo entraron con él el Cardenal Juan Bautista Sabello y el Cardenal Juliano Ostiense, que después fué Papa y le llamaron Julio segundo. Entró el Rey de Francia en Roma á tres horas de noche pasadas y entró con toda su gente en ordenanza, los cuales serían por todos cuarenta mil hombres de pie y de caballo, adonde había mucha gente italiana de aventureros que pensaban de aquella vez había de ser Roma saqueada. Mucho espanto puso el Rey de Francia por esta entrada en Roma, por razón que entró á oscuras sin ninguna luminaria y duró siete horas continuas, que no dejó en este medio tiempo de entrar gente, los cuales con el tropel de los caballos y con el ruido de las armas en sosiego de la noche causaban muy mucho espanto y admiración en los romanos, porque no parecía sino que todo el mundo junto fuese en armas. Entró de esta manera que ha contado la historia el Rey Carlos octavo en Roma, en el año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y cinco años, último día del mes de Diciembre. Cuál fuese la razón por que él quiso entrar así de noche no se sabe, mas de que se cree que si entrara de día y los romanos vieran la poca gente que traía, por ventura todos se metieran en armas y la ciudad se levantara contra él y recibiera daño en su gente. Otros dijeron haber entrado de noche por razón que como no estuviese en mucha gracia con el Pontífice, y que aquella entrada en Roma antes había sido contra su voluntad y de todos los romanos que no de su grado, podría ser que alguno con demasiado atrevimiento, por servir al Pontífice, se atrevería á pensar desde alguna ventana de herirle ó matarle; pero más verisímile cosa es creer que su entrada de noche fué por poner mayor espanto ó admiración en los romanos, por razón que el sentido del oir es muy más terrible que no el de la vista, y á esta causa por poca gente que fuese parecería mucha. Finalmente, como quiera que ello fuese, no dejó de meter gran espanto en los romanos. Aquella noche se aposentó el Rey de Francia en San Marcos y toda la gente del ejército fué aposentada por las casas de la ciudad, según se acostumbran aposentar los ejércitos cuando así entran en alguna ciudad. No dejó de haber en Roma algún desasosiego particular entre los romanos y la gente francesa, de cuya causa alguna gente murió de la del ejército en diversos lugares de la ciudad. Algunos días estuvo el Pontífice que no vió al Rey de Francia, el cual en todo aquel tiempo que el Rey Carlos estuvo en Roma nunca salió del palacio Sacro adonde se había fortalecido con mucha y muy buena gente que tenía en su guarda, y estaban con él todos los demás de los Cardenales, entre los cuales el que más se mostró en su servicio del Pontífice fué el Cardenal Bautista Ursino, que en todo aquel tiempo que el Rey de Francia estuvo en Roma nunca se quitó del lado del Pontífice ni visitó al Rey, como lo hicieron los otros Cardenales, antes le tuvo por enemigo por razón que había entrado en Roma contra la voluntad de todos. Díjose que en aquel tiempo se había hablado entre los Cardenales y el Rey de Francia cómo privasen del Pontificado al Papa Alejandro y en especial se habló por aquellos Cardenales que más odio y enemistad tenían con el Pontífice. Finalmente, contra la voluntad y opinión de todos, no sólo el Rey

de Francia no hizo fuerza en Roma, la cual tenía amenazada diciendo que había de tomar por fuerza el castillo de San Angel, donde estaba el Pontífice; pero antes se concertó de se ver con el Papa en mucha amistad, el cual yendo al palacio Sacro do él estaba, con mucha reverencia le visitó. En este tiempo salió de Roma gran copia de gente francesa y se fueron la vía de Nápoles, y en el camino tomaron en su devoción y amistad á los de la ciudad del Águila. En este mismo tiempo el Príncipe de Salerno y el Conde de Claramonte, que se habían partido de Génova con la flota del Rey de Francia, cuya gobernación ellos tenían, con voluntad de entrar en el reino de Nápoles por la parte de la mar, cayeron en tan gran tormenta que les convino tomar tierra, por lo cual dejando el camino que llevaban por la mar se fueron por tierra á Roma, adonde estaba el Rey de Francia.

CAPÍTULO XV

De las capitulaciones que se hicieron en Roma entre el Pontífice y el Rey de Francia, y de cómo el embajador del Rey de España le rasgó los capítulos y escrituras y posturas delante que entre él y los Reyes de España habían sido asentadas.

Como el Rey de Francia vino en pláticas con el Pontífice, deseando su amistad por poder acabar aquel hecho que comenzado tenía, confederó la paz entre sí y el Pontífice en esta manera y debajo de estas condiciones. La primera fué que la ciudad de Ostia fuese entregada al Cardenal Juliano Ostiense, la cual según dicho es habían usurpado los coloneses. Asimismo que el Cardenal Valentino, hijo del Pontífice, dicho por otro nombre César Borja, sirviese al Rey con su gente cuatro meses y que todo el estado del Pontífice obedeciese al Rey sin ninguna contradicción. Item que el Pontífice perdonase todas las ofensas que había recibido de los coloneses. Item que el Rey de Francia, de su parte, perdonase á los Ursinos, no les inquietando ni tomando sus tierras ni ninguna de ellas. Item que el Pontífice perdonase á todos los Cardenales que se le habían mostrado enemigos y les conservase en sus dignidades, según que de antes estaban. Estas y otras muchas cosas se capitularon entre el Rey de Francia y el Pontífice, quedando de ahí adelante antes amigos que enemigos. Y en este tiempo que el Rey de Francia estuvo en Roma el Embajador de los Reyes Católicos de España que á la sazón estaba en Roma, viendo la voluntad del Rey Carlos octavo ser de ir á tomar el reino de Nápoles al Rey D. Alonso, procuró por muchas maneras desviar al Rey Carlos de aquel propósito, poniéndole delante los capítulos que entre él y el Rey de España fueron puestos y asentados entre ellos pocos días antes que él pasase en Italia; lo cual todo no aprovechó cosa ninguna, porque el Rey Carlos estaba tan determinado de seguir aquel hecho, que no miraba apostura que le impidiese ni estorbase á seguir su voluntad. Y por esta razón sin perder tiempo el Rey de Francia se partió luego de Roma con todo su ejército y se fué la vía del reino de Nápoles derecho á Capua. El Embajador D. Antonio de Fonseca, viendo que no habían hecho ningún fruto sus requerimientos para que por ellos dejase el Rey Carlos de hacer aquello que tenía determinado, siendo como era contra el servicio de sus Reyes y señores, salió de Roma en seguimiento del Rey de Francia, al cual alcanzó en un lugar de esta parte de Roma que dicen Belitri y allí en presencia de todo su ejército le tornó segunda vez á requirir de parte de los Reyes de España para que dejase aquel hecho y guardase los capítulos y confederaciones que entre él y sus Reyes y señores fueron puestos y asentados; pero el Rey de Francia nunca quiso venir en ello ni obedecer aquellos capítulos con que le requerían, y por esta razón D. Antonio de Fonseca, viendo al Rey de Francia tan obstinado y endurecido en aquel propósito, tomando á Dios por juez, después de haber protestado contra él, le rasgó los capítulos delante y con muy gran celeridad se partió delante del Rey. Muy gran peligro recibió D. Antonio de Fonseca en su persona, por razón que la gente que á la sazón estaba con el Rey, teniendo aquello que el Embajador del Rey de España hizo á muy gran desacato en la persona del Rey, le quisieron matar, y el Rey de Francia, viendo la celeridad y diligencia que aquel caballero había puesto en servir á sus señores, ofreciendo por esta causa á peligro de muerte su persona, le tomó á las ancas de su caballo y le puso en salvo, y el Embajador después de esto se fué á España, adonde á

la sazón estaban los Reyes Católicos, á los cuales dió entera cuenta de todas las cosas del reino de Nápoles.

CAPÍTULO XVI

De cómo el Rey D. Alonso se fué á Sicilia y dejó en su lugar en el reino de Nápoles á su hijo el Infante D. Fernando.

Después que el Embajador de los Reyes Católicos se partió de la presencia del Rey Carlos octavo adonde estaban en Belitri, luego el Rey de Francia se partió de aquel lugar la vía de Capua, que es yendo de Roma la primera ciudad de Nápoles. Mucho había trabajado el Rey D. Alonso en fortificar el reino, así en gente como en todo lo demás que á la fuerza de aquel reino cumplía, teniendo confianza en la ayuda y favor de todos los Príncipes de Italia, que se lo habían prometido; pero como ya viese las cosas de Italia ir de caída y que los florentines y el Papa Alejandro, en quien hasta entonces tenía que le habían de ayudar, ya se le mostraban contrarios, dando lugar al Rey de Francia para que pasasen por sus tierras, perdió la esperanza y no halló manera cómo se poder defender en el reino con su gente, por ser poca, y por esta razón quiso apartarse de tantas guerras y desasosiegos como se esperaban, y dejado el reino de Nápoles á su hijo el Infante don Fernando, el cual á la sazón era de edad de veinte y seis años, él se pasó á Sicilia creyendo que de aquella manera alguno de los Príncipes del reino que habían tomado la parte del Rey de Francia, ansí siendo el Infante D. Fernando Rey de Nápoles se tornarían á reconciliar en su amistad y dexarían á la parte del Rey de Francia que habían tomado. Era el Rey D. Alonso padre del dicho Infante D. Fernando algo desabrido en lo que tocaba á la gobernación del reino, por lo cual muchos de los principales del reino de Nápoles le dexaron de seguir y se mostraron por el Rey de Francia, y en esto el Infante D. Fernando era muy diferente al padre, por razón que él era muy más manso y benigno de ingenio, era más humano y afable con todos los que trataba, así con los grandes del reino como con los soldados de su ejército, y de esta manera el Infante D. Fernando halló más gracia en todos que no halló el Rey don Alonso su padre. Finalmente, el Rey D. Alonso, haciendo embarcar en cinco galeras todo su mueble y tesoro, dejó al reino de Nápoles y se fué á Sicilia. Fué fama haber sido su partida de muy gran desesperación, viendo que le habían faltado aquellos en quien la seguridad de su persona y reino tenía puesta; basta que la razón cierta no se sabe, porque otros quisieron decir que tenía hecho voto de religión y que había dejado el reino por le cumplir; finalmente, la causa de esto sea la que quisieren, virisímile cosa es no haber sido por miedo de los franceses, pues que en otras cosas de mayor peligro que no lo era aquella este Rey D. Alonso fué siempre muy fuerte de ánimo y de todas salió mucho á su honra.

CAPÍTULO XVII

De lo que hizo el Rey D. Fernando después que comenzó á reinar, y de cómo habló con los de Nápoles.

Después que el Rey D. Alonso fué partido de Nápoles, según dicho es, el Infante D. Fernando su hijo, que á la sazón ya era Rey de Nápoles, como supo que el Rey de Francia venía largas jornadas la vía del reino de Nápoles, y viendo que el cargo y gobernación de aquel reino le había sido dejado y cometido por su padre, y por consiguiente á él convenía defenderle de las fuerzas de sus enemigos, luego sin ningún detenimiento recogió toda su gente en un lugar que se dice San Germán, y haciendo muestra de ella halló que tenía cinco mil hombres de armas y quinientos caballos ligeros y cuatro mil infantes, toda muy buena gente. Estuvo algunos días el Rey D. Fernando en San Germán con su ejército, pero como ya venía el Rey de Francia cerca del reino, mudó su ejército de aquel lugar de San Germán y retrájose á la ribera de un río que está cerca de la ciudad de Capua que llaman Balturno, por donde había de pasar el Rey de Francia. Esto hizo el Rey D. Fernando por razón que estando junto á Capua más presto pudiese socorrer aquella ciudad, y asimismo porque aquel era el camino para la ciudad de Nápoles, y que estando en aquel lugar podría venir á las manos con el Rey de Francia y probar sus fuerzas antes que se apoderase mucho en el rei-

no. Estando, pues, el Rey D. Fernando en aquel lugar de las riberas de Balturno, fué sabidor de la poca seguridad que había en la fe de los napolitanos, por razón que muchos eran en la ciudad de parecer que se diesen á los franceses y que no era bueno esperar, y que por fuerza ó de necesidad se hubiesen de dar viniendo los franceses á poner cerco sobre Nápoles; otros tenían lo contrario, proponiendo sus vidas y estados por la defensión del reino. Finalmente, cuando el Rey don Fernando supo este movimiento de la ciudad y cuán levantados estaban los de Nápoles, dejando con la gente del ejército al Conde Pitiliano Nicolás Ursino y al capitán Virginio Ursino y á Micer Jacobo Tribulcio, que estuviesen en aquel lugar entretanto que él venia, él con pocos de los suyos se partió la vía de Nápoles, y como llegó á la ciudad halló muy mayor alteración en los ciudadanos de ella que le habían hecho saber qué había; y por esta razón el Rey D. Fernando hizo juntar de todos los principales de Nápoles por les quitar esta turbación, y por les dejar algo más asosegados en su servicio hizo una larga y graciosa habla, encargándoles mucho la lealtad que á su propio Rey y señor es debida, diciéndoles asimismo mirasen muy bien cómo la misma defensión de aquel reino por ellos hecha no sólo obraba á sostener á su Rey en él por la obligación que tenían, pero asimismo defendían sus personas propias y sus mujeres y hijos, sus haciendas y lo que más era la libertad en que vivían, lo cual verdaderamente del todo perderían si con sus fuerzas no pugnasen de echar de sí aquel advenedizo y forastero señor que los quería por fuerza sujetar. Díjoles asimismo que mirasen y tuviesen memoria de la crianza que desde su niñez en él hicieron y que conociesen el amor que les tenía, no sólo por ser natural suyo, pero por el conocimiento que desde su crianza, por larga conversación y familiaridad con ellos, había tratado y comunicado, teniéndolos no en lugar de vasallos del Rey D. Alonso su padre, más en lugar de hermanos, también por el amor que verdaderamente conocía ellos tenerle á su persona, conjurándoles asimismo por la Majestad real que acerca de los napolitanos tan guardada y honrada es la majestad de su Rey, porque el mayor vínculo con que ellos se obligaban era jurando por la Majestad real. Así que el Rey D. Fernando debajo de tan solemne juramento les rogó con mucha instancia que mirasen cómo el Rey su padre, desesperado de tanta variedad, deseando toda paz y sosiego, le había causado moverse del reino y dejarle del todo, confiando en la fe y amor suyo, por lo cual no consentiría ningún agravio en el reino, antes no mirando ser Rey les guardaría la libertad que siempre tuvieron. Díjoles otras muchas cosas y concluyó diciéndoles que, pues el Rey su padre había á él cometido y dejado aquél reino, que á él le convenía ó morir en la demanda ó defenderle con todas sus fuerzas y poder, procurando no ser él de menor condición que los pasados lo habían sido, y que pues tantos años había que el reino de Nápoles siendo ofendido de muy continuas guerras, según que ellos habían gustado, y de todas ellas por su fuerza y brazo habían los enemigos habido lo peor, siendo con mucho daño suyo echados del reino, que les rogaba juntamente con él defendiesen aquella vez su libertad contra la cual eran acometidos. Finalmente los napolitanos le respondieron mostrando mucha voluntad á su servicio y muy gran deseo de conservar el estado de la ciudad de Nápoles, de tal manera que sin detrimento de sus personas y haciendas pudiesen hacer que él fuese su Rey y señor como verdaderamente lo era y ellos así lo tenían y conocían; pero junto con esto le dijeron mirase mucho en lo que tocaba á la defensión de aquella ciudad, porque bien veía la gran falta de mantenimientos y de todas las otras provisiones de guerra, sin las cuales no sabían cómo se poder oponer á los enemigos, pero con todas estas necesidades que la ciudad de Nápoles tenía, ellos prometían de se sustentar muy fielmente si la ciudad de Capua, que estaba en el camino á la entrada del reino, se sustentaba sin se dar á los franceses, por razón que dándose aquella ciudad, siendo como era puerta del reino de Nápoles, ellos no veían manera cómo pudiesen defender su ciudad. A esto les respondió el Rey D. Fernando diciendo que él tenía tan buena gente y tan fuertes capitanes en aquella tierra, que por demás era á los franceses querer entrar en el reino por aquella parte, y que en aquello que ellos tenían solamente les rogaba que se defendiesen de la gente francesa que estaba en la Puglia, que en la que venía por el Capuano él haría de manera que no pasase ade-

lante. Estas cosas y muchas más pasó el Rey D. Fernando con los napolitanos, hasta tanto que los dejó bien instrutos en lo que se había de hacer y más asosegados de lo que estaban antes que él fuese á la ciudad; dejando todo esto en la orden que dicha es, con mucha diligencia se partió de Nápoles para su ejército, que estaba á la ribera del río Balturno junto á Capua.

CAPÍTULO XVIII

Del gran movimiento que hubo en la gente del ejército del Rey Fernando siendo en poder de franceses la ciudad de Capua y de lo que el Rey D. Fernando hizo sobre esto.

Partido que fué el Rey D. Fernando de Nápoles para ir al lugar adonde había dejado su ejército, yendo por el camino junto á la ciudad de Aversa que está entre Nápoles y Capua, le vino nueva cómo los de Capua habían recibido en la ciudad á los franceses y asimismo de cómo toda su gente, que había dejado á las riberas del rio de Balturno, se había amotinado yéndose por una parte los unos y los otros por otra, de lo cual había sido causa uno de los capitanes del ejército que se decía Jacobo Tribulcio, el cual como viese á los franceses entrados en Capua fué á ellos con embajada del Rey D. Fernando para hacer y concertar entre ambos los Reyes algún buen apuntamiento de paz: lo cual el Rey D. Fernando le había dejado encargado antes que se fuese á Nápoles; pero como los otros capitanes del ejército lo viesen, alteráronse todos de tal manera, que creyeron que aquella no era embaxada de apuntamiento de paz, antes temían que era de desistir y desamparar la guerra, atribuyéndolo todo á menos esfuerzo del Rey, y por esta razón el tesoro que tenía el Rey don Fernando, de que pagaba su gente, lo distribuyeron los soldados entre sí y se fueron cada cual por su parte, no aguardando á querer servir más al Rey D. Fernando. El Conde de Pitiliano y el capitán Virginio Ursino que más se tuvieron en aquel hecho, viéndose desamparados de la ayuda de su gente y de los otros capitanes sus compañeros, recogieron toda su gente de caballo que allí tenían y saliendo del medio de aquel peligro se fueron á una tierra que dicen Nola; pero no pudieron tener mucho tiempo de seguridad en sus personas, por razón que los franceses los siguieron hasta los meter y cercar en la villa, adonde les convino de fuerza darse á los franceses debajo de su fe que en sus personas no recibirían daño alguno. Pero como los franceses no tengan en tanto cumplir lo que prometen cuanto tengan (yendo contra su fe) cumplir su voluntad, luego que aquellos caballeros se les dieron, los tomaron y metieron en prisión, de los cuales los Ursinos capitanes no poco enojo hubieron de sí mismos, porque tuvieran por mejor morir en el campo á manos de sus enemigos que no quedar presos y burlados de aquella manera. El Rey D. Fernando, que, como dicho es, recibió esta nueva en la ciudad de Aversa, rescibió de ello mucha pena, viendo ya claramente la parte que los franceses tenían en su reino por ser tomada la ciudad de Capua y que por esta razón los napolitanos no podrian dejar de se dar asimismo ellos, ni que él tampoco tenía color ninguna para los poder persuadir en su servicio, porque como se dijo más arriba la fe de los napolitanos era mantenida mientras los capuanos no se daban á los franceses, pero habiéndose ya dado no sabía manera alguna cómo los sustentar en su amor. Estando, pues, el Rey D. Fernando metido en esta perplejidad y viendo tan evidente el daño que en su reino se aparejaba, procuró de proveer en aquel caso sabiamente todo lo que convenia, y con este acuerdo, con alguna poca de gente que pudo recoger de aquella que se había desbaratado de su ejército que él habia dejado, según dicho es, en las riberas de Balturno, se tornó la vía de Nápoles. Ya en este tiempo los napolitanos habían sabido cómo los de Capua habían recibido á los franceses y de cómo la gente del Rey D. Fernando se había del todo amotinado, por lo cual, como sea gente amiga de novedades y no sean muy constantes en la fe que una vez admiten, todos los de Nápoles por esta razón se comenzaron de nuevo á alborotar teniendo por sí de inclinarse á la parte del vencedor, por lo cual determinaron de recibir al Rey de Francia en Nápoles y de seguir su parte en tanto que durase su mejoría. Y con esta voluntad, como el Rey don Fernando se tornase á la ciudad, los napolitanos no le quisieron recibir dentro, antes le cerraron las puertas, por lo cual le convino

meterse en el castillo Nuevo, lo cual pudo hacer con sus galeras por razón que este castillo caía sobre la mar. Había asimismo dejado gente en guarnición de los castillos temiendo aquello que le había sucedido y metido dentro toda la otra gente de guerra, la cual aposentó junto al castillo alrededor de sí, y desde aquel lugar trabajó mucho el Rey D. Fernando cómo pudiese tornar á reconciliar en su amistad á los de Nápoles, que muy abiertamente tenían y seguían la parte de Francia, á lo cual todo hubo muy poco ó ningún efecto, y por esta razón dentro de tres días que tuvo lugar de trabajar en esto el Rey D. Fernando, viendo la contumacia y rebelde voluntad de los de Nápoles y cuán inclinados estaban á Francia, mandó embarcar con toda diligencia en sus galeras algunas cosas, las que más fácilmente pudieron recoger y así las tuvo á punto para desque viese del todo perdida su esperanza se fuese á Yscla, una isla que está no muy lejos de Nápoles, pues estando el estado del reino en la forma ya dicha, siendo el Rey D. Fernando de muy grande esfuerzo y ánimo, por mucho que veía su estado abatido é ir tan de caída, no perdía por eso aquel real corazón que del señorear sobre los suyos tenía, ni pensaba que del todo en aquellos movimientos perdía el poder y señorío de su reino. Por lo cual acaeció que un día estando parado á una ventana de las del castillo por ver las cosas que en la ciudad pensaban, vido cómo los ciudadanos de Nápoles le derrocaban sus caballerizas que tenían mucha gente de armas en su guarda; de lo cual el Rey fué movido á toda ira, y con este enojo y encendimiento que llevaba se abajó del castillo con solos cuatro ó cinco soldados que más á mano halló y fuese derecho á aquel lugar do las caballerizas se derribaban, y los napolitanos como le vieron venir le dejaron pasar, no le haciendo fuerza alguna de resistencia, antes dieron lugar á su voluntad ni más ni menos como la dieron siendo Rey pacífico en el reino, y así dejaron por su venida la obra comenzada. Cosa es digna de toda memoria que aquel contra quien se habían mostrado claramente por enemigos, inclinándose á la parte de sus contrarios, por su grande humanidad le honraron dándole lugar por do fuese y con la obra le sirvieron apartándose de su comenzado propósito.

CAPÍTULO XIX

De cómo el Rey D. Fernando se partió al castillo del Ovo para desde allí irse á Iscla y del gran recibimiento que los de Nápoles hicieron al Rey de Francia.

Pasando estas cosas en Nápoles, no esperando el Rey D. Fernando otra cosa de aquel hecho, salvo la pérdida de su reino, determinó, no se hallando muy seguro en el castillo Nuevo, pasarse al castillo del Ovo, porque aquel castillo está más en la mar y todas las veces que quisiese irse á Iscla lo podía hacer sin trabajo ni peligro de su persona, y también porque el castillo del Ovo es cosa muy fuerte y desde aquel lugar, dado caso que el Rey de Francia entrase en Nápoles, según que era fama que le querían recibir los napolitanos, en aquel castillo podía defender su persona y gente mejor que no lo hiciera desde el castillo Nuevo. Y con esta determinación hizo derrocar muchos edificios que pensó le podrian dañar, queriendo según dicho es defenderse en aquel castillo. Pero como todo el senado de Nápoles juntamente con el común tuviesen en voluntad de recibir al Rey de Francia en la ciudad, muy poco le aprovecharon sus apercibimientos, por razón que dende á cuatro dias que estuvo el Rey D. Fernando en el castillo del Ovo, el Rey de Francia entró en Nápoles y fué de los napolitanos con mucha solemnidad y conformidad recibido, haciendo para su entrada derribar gran parte del muro por donde los suyos entraron. De esta manera fué el Rey de Francia llevado por las calles más principales de Nápoles, siendo de todos por Rey obedecido y acatado, diciendo grandes y pequeños todos á una voz y apellido, Francia. El Rey D. Fernando que en este medio estaba en el castillo del Ovo, desesperado de su remedio, en veinte y dos galeras que á la sazón estaban aparejadas en el puerto se salió del castillo con su gente y se fué á Iscla, dejando alguna buena gente en guarnición de los castillos Nuevo y del Ovo para esperar desde allí el socorro de los Reyes de España, á los cuales ya había enviado su embajada demandándoles ayuda y favor en defensa de su reino, y asimismo se fué á Iscla por razón que estando en aquella isla muy mejor y muy más presto sabrían lo que pasaba en

Nápoles. Pues acaeció que en llegando el Rey D. Fernando á Iscla y queriéndose meter en el castillo, el castellano, como había sabido el gran movimiento del reino, no teniendo en nada la debida obediencia á su Rey y señor, no le quiso recibir dentro, por lo cual el Rey D. Fernando, dado caso que de ello le pesase, con mucho sufrimiento y disimulación le rogó le diese lugar para que entrase con su gente y no le quisiese en aquel menester en que puesto estaba de negarle la entrada. El castellano movido de alguna piedad y constriñéndole la naturaleza de su Rey y señor, tuvo por bien de le rescibir en el castillo, con condición que no entrase más de su persona y sin armas. Desto fué contento el Rey D. Fernando, pensando que estando él una vez dentro en el castillo, por mal ó por bien él metería su gente dentro, la cual estaba en las galeras. Y así fué que entrando el Rey en el castillo, yendo familiarmente con el castellano, con un cuchillo que encubiertamente llevaba consigo le mató, de lo cual le avino no poco peligro en su persona, sino que con su grande humanidad venció todo el rigor y fortaleza de la gente que estaba en el castillo, los cuales viendo á su alcaide muerto intentaron de se alzar contra el Rey y poner las manos en él; pero como él les hablase y les atrajese con sus humanas palabras á su amor, no sólo le recibieron sin le hacer daño, pero tuvieron por muy bueno el castigo que hizo en el desobediente castellano. Y de esta manera siendo reconocido por señor y Rey suyo, mandó subir toda su gente de las galeras, y allí se refrescaron algunos días, hasta tanto que el tiempo dió acuerdo al Rey D. Fernando de lo que habia de hacer.

CAPÍTULO XX

Cómo el Rey D. Fernando se partió de Iscla la via de Sicilia, y de la liga que entre venecianos y Duque de Milán juntamente con el Pontífice y el Emperador Maximiliano y Reyes de España se concertó.

Estando el Rey D. Fernando en Iscla desde á pocos días de la entrada del Rey de Francia en Nápoles, todos los castillos que había dejado fortalecidos en la ciudad, así de gente como de todo lo que convenía á su defensión, se dieron al Rey de Francia, y los Pontífices del reino, viendo cómo todas las ciudades de Italia y las más del reino estaban por Francia y que no había cosa en él que no fuese de franceses, acordaron cada uno por su parte de le enviar sus Embajadores á le entregar y ofrecer de su parte sus tierras y señoríos; lo cual todo hecho según que el Rey de Francia deseaba, todo el reino de Nápoles quedó muy pacífico en su defensión y devoción. Y así habiendo sido este reino de Nápoles por espacio de sesenta y tres años, desde el Rey Don Alonso bisuabuelo de este Rey D. Fernando hasta agora, debajo del señorío é imperio de Aragón, dió consigo esta tan breve caída en el tiempo de este Rey D. Fernando hijo del Rey D. Alonso, que se pasó á Sicilia según dicho es; el cual viendo cómo de común consentimiento de todos los del reino el Rey de Francia poseía el reino de Nápoles, determinó de partirse de Iscla la vía de Sicilia adonde estaba el Rey D. Alonso su padre, para que juntamente con él ordenase lo que debía hacerse acerca de la recuperación del reino de Nápoles; por lo cual habiendo salido de Iscla se fué á Sicilia, adonde estuvo algunos días entendiendo con el Rey su padre en lo que tocaba á su restitución en el reino de Nápoles. En este medio tiempo el Rey de Francia, no poco alegre y contento por ver cuán bien y prósperamente le había sucedido en la conquista de aquel reino de Nápoles, y creyendo que de ahí adelante le ternía seguro, según la conformidad que hallaba de todos en su servicio, determinó de se tornar en Francia, dejando primero proveído el reino de todo lo que convenía para la seguridad y conservación dél, y junto con esto parecióle que la llave de todo era tener enteramente la amistad del Papa Alejandro, para que quedando conforme con él no tuviese tanto temor ni recelo de le perder, por razón que el reino de Nápoles era feudatario, según que la crónica ha dicho, á la Sede Apostólica, y en todos sus movimientos siempre seguía la voluntad del Pontífice, al cual por sus Embajadores hizo saber el deseo grande que tenía de se tornar en Francia, pues ya Nuestro Señor con mayor paz que él pensó y menos muertes de gentes había sido servido de darle el señorío del reino de Nápoles, y que para haber de tener y poner por obra su viaje tenía en voluntad antes de comunicar con él muchas cosas

por donde quedase del todo la paz en Italia, y que para esto le enviaba á suplicar fuese contento darle licencia para ir á Roma, lo cual haría yéndose de camino á Francia. El Papa Alejandro, que grande odio y enemistad tenía con el Rey de Francia, no estuvo en aquel parecer, antes por todas las vías y maneras que pudo le procuró su daño. Y fué así que como los venecianos en aquel tiempo no habían hecho muestra de enemistad ni amor con el Rey de Francia, pensó que fácilmente los atraería á que viniesen en lo que fuese su voluntad. Y por esta razón les envió sus Embajadores diciéndoles cuánta voluntad tenía que los señoríos de Italia estuviesen conservados en toda libertad, y que le parecía que á la sazón estaban puestos en toda servidumbre y que los que no lo estaban tenían aparejado el peligro, considerada la avara naturaleza de franceses, que era de extender su señorío por cualquier manera que pueden, lo cual veía muy á las manos estando como estaba el Rey de Francia tan metido y apoderado en el reino de Nápoles, de lo cual tenía temor no intentase á hacer lo mismo de todo lo restante de Italia, y que allende de esto su parecer era que se hermanasen haciendo confederación y liga entre sí, para que juntamente cada uno favoreciendo á sus amigos estuviesen sus señoríos en mayor seguridad puestos, y que asimismo le parecía que de su parte debrían de enviar á juntar en esta amistad al Duque de Milán, pues él más que otro ninguno había menester ayuda para se defender de tan avara vecindad como eran los franceses, y que él de su parte enviaría á los Reyes Católicos de España y al Emperador Maximiliano, para que todos juntamente los que algún dominio y señorío tenían en Italia defendiesen su parte siendo ayuntados en esta liga, lo cual no harían si cada uno por sí quisiesen ponerse á cualquier defensa contra el Rey de Francia y su poder. Esta voluntad del Pontífice pareció muy bien al Senado veneciano, y así como el Pontífice lo dijo fué luego puesto por obra, encomendando el tenor de este negocio cada cual á sus Embajadores, porque lo mismo hizo el Pontífice en despachar los suyos para los Reyes Católicos y para el Emperador Maximiliano, los cuales con maduro consejo y todas las cosas bien miradas vinieron en el concierto y liga que el Papa demandó, el cual fué apuntado entre ellos en la forma siguiente y debajo de estos capitulos: Primeramente, que ellos juraban en la forma más debida de ser en uno amigos. Item que se favorecerían con todo su poder todas las veces que cualquiera de los confederados hubiese menester ayuda y socorro, y que cada uno contribuiría de sus mismos proprios para ayudar á cada uno que de los de la liga hubiese menester con diez mil infantes y cuatro mil hombres de caballo. Item que había de durar esta confederación y liga entre ellos por espacio de veinticinco años. Mucho holgó el Pontífice de aquesta hermandad, por razón que pensó que siendo el Rey de Francia privado de las fuerzas y ayuda de estas partes confederadas, no le sucederían sus hechos tanto á su salvo como hasta allí le habían sucedido. De esto plugo asimismo mucho al turco, el cual hasta entonces no había estado con poco temor pensando, según que el rey de Francia había publicado, que le había de pasar á dar guerra, y como supo que en la liga de aquellos Príncipes no había entrado el Rey de Francia, asosegóse más del temor que tenía. Pero después sucedió de otra manera, por razón que no pareciendo ser cosa justa la división entre los Príncipes cristianos, y porque el estado de la cristiana religión estuviese en mayor tranquilidad y sosiego, y también por ser cosa mucho contra el servicio de Dios haber entre los Príncipes cristianos discordias y enemistades, de cuya causa siempre había guerras y mortandades, y por el consiguiente hambres, pestilencias y otras semejantes adversidades que á esta causa se siguen, determinóse entre ellos en esta liga de meter al Rey de Francia, y de pasar la guerra contra los infieles enemigos de nuestra santa fe católica con tal que fuese nueva concordia entre él y el Rey don Fernando sobre lo del reino de Nápoles. Y todos los de la liga siendo unánimes en este parecer, lo hicieron saber al Rey de Francia, el cual muy ajeno de aquella voluntad estaba y con mucho enojo que de este ayuntamiento recibió, dió esta respuesta: Que él procuraría con todo su poder romper aquella cadena aunque fuese más fuerte que diamante, y que no esperasen otra respuesta de concordia en lo que tocase en el reino de Nápoles. Y por esta razón el Rey de Francia antes quedó enemigo que no amigo de los de la liga, y lo que después sucedió abajo se dirá.

CAPÍTULO XXI

Cómo el Rey de Francia se partió de Nápoles con voluntad de hablar al Pontífice, y de lo que el Papa Alejandro hizo para no le querer hablar ni ver.

Arriba se dijo cómo el Papa y venecianos y todos los demás de la liga enviaron á hablar al Rey de Francia para dar algún asiento entre él y el Rey D. Fernando sobre lo del reino de Nápoles, y asimismo la respuesta que el Rey dió sobre ello. Pues dice agora la crónica que el Rey de Francia, luego que hubo admitido el reino de Nápoles en su devoción, determinó de se partir del reino la vía de Francia, y para hacer esto dejó primero el reino puesto en toda orden y debajo de toda seguridad, porque en la ciudad de Nápoles puso por su lugarteniente á mosiur de Mompensier, y dejó asimismo las fuerzas de la ciudad bien reparadas de gente y provisiones todas las que eran menester para su defensa. En la provincia de Calabria dejó por gobernador á mosiur de Aubegni; asimismo dejó tomados pleitos homenajes á todos los Príncipes del reino, para que en su nombre tuviesen sus señoríos y estados y los defendiesen de toda otra persona que contra su servicio intentase meterse en el reino. Y después de esto, saliendo de Nápoles para se ir á Francia, envió otra vez sus Embajadores al Papa Alejandro, haciéndole saber cómo él tenía determinado de se tornar en Francia, pues ya dejaba todas las cosas del reino de Nápoles pacíficas y debajo de su corona, y que por esta razón y porque quería con Su Santidad comunicar muchas cosas importantes al estado del reino y de toda Italia, le suplicaba fuese contento de le recibir en Roma. El Papa Alejandro, que ya otra vez había recibido del Rey esta embajada, según que la historia lo ha contado, y doliéndole aún la fresca y reciente llaga de la injuria por él recibida, siendo de ella la causa la entrada que el Rey de Francia hizo en Roma, y en las otras cosas y tierras de Italia contra su voluntad y de la de todos, y asimismo viendo los levantamientos de los Príncipes del reino por su causa contra su debido Rey y señor, asimismo pensando que si le recibía en Roma enojaba á sus amigos y compañeros confederados por la sospecha que de le hablar podían hacer entre ellos, determinó de no le dar audiencia, y asimismo de le desviar su venida en Roma con todo su poder. Y con esta determinación envió á decir que si algo tenía que comunicar con su persona, que por letras y embajadas lo podía comunicar y hacérselo saber, que á todo respondería lo que conviniese, y que si era tal el negocio que ni á letras ni embajadores no se debía cometer, y mucho deseo tenía de le hablar personalmente, que si viniese á Roma sola su persona y sin ejército, que de aquella manera él era contento de le oir, pero si quisiese entrar con su ejército supiese de cierto que no le esperaría en Roma, porque parecía ser su entrada más con voluntad de guerra que no de paz y sosiego, y que sin seguir otro parecer era aquella su voluntad. El Rey de Francia sabida la respuesta del Pontífice sin le hacer más saber cosa alguna se fué la vía de Roma con todo su ejército. El Papa Alejandro como supo la venida del Rey de Francia á la ciudad, sin más detenerse salió de Roma y se fué á Civitá Vieja. Mucha gente fué la que de todos estados salió á la sazón con el Pontífice, no se teniendo por seguros de esperar allí al Rey de Francia estando ausente el Pontífice. Los de la liga Esforcia y y venecianos, como supieron que el Papa era salido de Roma, acudieron á él todos muy aderezados de gente para saber de él qué era lo que determinaba hacer en su ausencia, al cual hallaron en Civitá Vieja, que como es dicho se había retraído en aquella ciudad por no se ver él y el Rey de Francia. En esta sazón el Rey llegó á Roma acompañado de toda la más gente de su ejército, porque todo lo demás había dejado en guarnición en el reino de Nápoles. Estuvo en Roma cuatro días haciendo su gente no poco daño en la nación española de mucha gente que de ellos se habían quedado en Roma, y los que salieron con el Pontífice y dejaron bienes en Roma no dejaron de sentir el mismo daño en los bienes que dejaron que sintieran en las personas si allí se hallaran. En este medio, como el Rey de Francía vido que el Papa se había ausentado por no le hablar, hubo de ello mucho enojo, pero no le dejó de enviar á decir á la ciudad de Civitá Vieja, adonde supo que estaba, el deseo que tenía de le ver y hablar, y que le suplicaba fuese contento de le dar audiencia, diciendo cuánto le cumplía verse y hablarse sobre cosas que no le pesaría haberlas comunicado con él. El Pontífice, que muy determinado es-

taba de no se ver con el Rey de Francia, pensando que si abiertamente le negaba su audiencia podría venir á tomarle seguro en aquella ciudad, acordó para quitar este inconveniente darle semejante respuesta, diciendo cómo él era contento de cumplir su voluntad, y que pues tanto deseo tenía de verle y comunicar aquello que decía con él, que él estaría y le esperaría en Civitá Vieja, que viniese cuando quisiese, que él no se iría de aquel lugar. Los Embajadores del Rey de Francia se tornaron á Roma con esta respuesta del Pontífice, y el Rey creyendo ser así y que no habría ningún color en las palabras del Pontífice, se partió de Roma la vía de Civitá Vieja. Pero el Papa Alexandro, como vido los Embajadores del Rey idos, lo más secretamente que pudo y con mucha diligencia se partió de Civitá Vieja la vía de Perusa, con intención que si el Rey de Francia procurase de le querer hablar, embarcándose en el puerto de Ancona se partiría á Venecia, para lo cual el Pontífice escribió al Senado veneciano haciéndole saber cómo el Rey de Francia trabajaba por le ver y hablar, y que estaba muy fuera de aquel propósito, que por esta razón él se había salido de Roma, y que fuesen ciertos que si todavía porfiase á le querer hablar, él estaba determinado por mar verse muy presto con ellos; que se lo hacía saber porque estuviesen apercibidos á le recibir si aquel efecto viniese, porque él en ninguna manera quería venir en plática con el Rey de Francia. El Rey de Francia, que, según dicho es, supo por sus Embajadores que el Pontífice le esperaba en Civitá Vieja, creyendo ser así como se lo había enviado á decir, se partió de Roma y se fué la vía de Civitá Vieja, el cual como llegó á la ciudad no hallando en ella al Pontífice, hubo muy grande enojo y pena, agraviándose mucho de aquella burla que el Pontífice le había hecho. Y desesperando ya del todo poderle hablar, se salió de Civitá Vieja y se fué la vía de Sena haciendo muy gran daño en todas las tierras por do iba, especialmente en un lugar que dicen Toscanela, que era del Papa, le hizo asolar y destruir todo por el enojo que con el Pontífice tenía por la burla que le hizo, según dicho es. Y bien es verdad que echaron fama que si habían destruído aquel lugar no había sido por otra cosa sino porque la gente de aquel lugar no les habían querido dar provisiones para la gente. Finalmente, de cualquier cosa que sea, los franceses hicieron en el Senés todo el daño que pudieron, yéndose muy sin temor la vía de su reino.

CAPÍTULO XXII

De cómo yendo el Rey de Francia camino de su reino fué en el camino de los de la liga salteado, y de lo que después sucedió.

Viendo los venecianos y Pontífice el daño que, según dicho es, el Rey de Francia había hecho en el Senés y en algunas tierras de la Iglesia, no contento con haber echado del reino al Rey D. Alonso y al Rey D. Fernando, su hijo, tan injustamente como se conocía, y viendo asimismo cuán á su salvo había entrado por las tierras de Italia y se salía haciendo todo el daño que era su voluntad, sin temor ninguno de ser resistido, recibieron de esto muy gran vergüenza; por lo cual muy indignados acordaron de le saltear y de le dar alguna mala cena y rebate antes que se tornase á su reino. Y para este efecto llegaron mucha y muy buena gente y hicieron un muy bueno y grueso ejército de los de la liga y dieron el cargo de toda la gente á Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, por razón que era uno de los varones más discretos y sagaces en el arte militar de todos los de Italia. El cual, procurando de dar buen fin en aquello que le había sido encomendado, y viendo que por sus jornadas los franceses se acercaban á más andar á su reino y que ya entraban en Lombardía por aquella parte del Placentino, con mucha presteza y saber se aderezó para los esperar á un paso junto á un río que llaman el Tarro. El Duque de Milán Ludovico Esforcia, como supo lo que los compañeros de la liga habían acordado de hacer, luego, según que era obligado por lo capitulado entre ellos, vino con una muy buena parte de gente á se juntar con ellos. Y el Rey de Francia, viniendo seguro de esto, fué avisado por las espías que siempre llevaba delante su ejército de lo que los venecianos hacían y de cómo no podía pasar por la vía que llevaba sin venir á las manos con ellos, por razón que ya le tenían tomado el paso por donde había de pasar á su reino. Pero el Rey de Francia, que de gran ánimo era, no por eso dejó de seguir su camino hasta que, llegando en aquel lugar, fueron por los venecianos vistas las banderas de los franceses abajar por los Apeninos al llano

de Lombardía adonde ellos los estaban esperando. El Rey de Francia, como vido presente la batalla y que no se podía excusar de se rencontrar con ellos, con muy grande esfuerzo, no mostrando punto de mudamiento en su persona, comenzó á hablar con su gente, animándolos en gran manera y trayéndoles á la memoria el final intento de su venida, el cual habían cumplido mucho á su honra, que era haber ganado el reino de Nápoles, diciéndoles asimismo cómo la mayor gloria que los hombres pueden ganar era no sólo saber adquirir y ganar honra para sus personas, pero saberla conservar, la cual ellos en aquel camino habían ganado perpetuamente, y que si agora la perdían en aquel pequeño trance que estaban, todo se encubría con la pérdida de lo presente, por lo cual les rogaba que hiciesen en aquel hecho lo que los buenos y leales vasallos deben siempre hacer por su Rey y señor, en especial donde ellos no sólo aventuraban la pérdida de sus vidas, pero la de su propio Rey; y lo que más les encomendaba era tener presente la gloria ganada y de cómo se perdía con la pérdida que podía sucederles en el presente peligro si no pugnasen defenderla como supieron ganarla y adquirirla. Estas y muchas más cosas les dijo el Rey de Francia sólo para les acrecentar fuerzas y ánimo contra los venecianos. Al cual su gente oído el razonamiento de su Rey y señor y el ánimo que mostraba, no teniendo en nada á sus enemigos, cobraron dobladas fuerzas y no deseaban otra cosa salvo la hora cuando se viesen en el campo con los enemigos; todos á una voz dijeron al Rey que tuviese buena esperanza en aquel hecho, que ellos harían de manera de los vencer, y así se lo prometieron de le tornar en Francia tan á su salvo y honra como había pasado en Italia, y que su tornada sería por encima de los cuerpos muertos de sus enemigos, quedando llenos los campos, y que si por el contrario les sucediese, siéndoles contraria la fortuna, ellos harían de manera que les costase más caro la victoria que de ellos habrían que no les costaría la pérdida de ella. En esto ya los venecianos venían aderezados para la batalla, poniendo la orden de la gente el capitán Francisco Gonzaga con la mayor diligencia que pudo, y venían de esta parte del río Tarro á la mano izquierda, y los franceses á la otra parte hacia la mano derecha; y el capitán Francisco Gonzaga, según dicho es, no era en aquel menester perezoso, pues que con mucho saber é ingenio bien ordenados los suyos, deseoso de se ver trabado con los franceses quería darles á entender cómo las fuerzas de Italia aún no estaban del todo confundidas ni acabadas como ellos pensaban, sino antes muy más vivas y fuertes que nunca estuvieron. Luego mandó á Melchior de Treviso, capitán de venecianos, que tomase la delantera, el cual con la gente de vanguardia comenzó á vadear el río y tras él toda la otra gente del ejército; pero como de todo vadear, en especial en ríos caudalosos, suceden comúnmente muchos peligros, con el encendimiento y ceguedad que llevaban á dar en los enemigos, no mirando bien el paso del río, por lo cual y porque en él había muchas simas y regolfos del agua, fué causa que se ahogaron en el río algunos soldados de la vanguardia, y ciertamente no sin mucha culpa de los capitanes, los cuales sin experimentar vado y sin el consejo que en semejantes casos se requiere se metieron tan libremente por el río, y podemos por esto decir que aquel día pelearon los venecianos más con ánimo y fortaleza de españoles que no con consejo y prudencia de venecianos; pero en fin, aunque perdidos muchos en el agua, los que se escaparon y salieron á la otra parte, que fué toda la más gente de caballo, todos se comenzaron á trabar con los franceses, que traían asimismo la vanguardia hasta que toda la gente de pie acabó de pasar, que ya habían hallado buen vado en el río. Los franceses que tenían la delantera, no pudiendo sufrir la priesa de los venecianos, se comenzaron á retraer á do estaba el cuerpo de todo el ejército, lo cual visto por el Rey de Francia, que estaba en medio de todo su campo, que los suyos hacían muestra de retraerse, echó de sí una divisa real que traía en el yelmo porque no fuese de los enemigos conocido, y animando y esforzando su gente volvió sobre los venecianos, adonde se igualaron ambas las partes, é hiriéndose con mucha fuerza cayeron de los unos y de los otros muchos muertos y heridos. Fué esta batalla bien reñida de los unos y de los otros, pero al fin, después de haber peleado bien una hora no conociéndose victoria de ninguna parte, muertos muchos de los franceses y muchos más de los de la liga, se retiraron á fuera. Murieron en esta batalla muchas personas de calidad, de una

parte y de otra, entre los cuales murió de los de la liga Rodulfo Gonzaga, tío de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, y murió asimismo Ranusio Frenesio, caballero natural de Roma; y de la parte de Francia, allende de muchos nobles que murieron, fué preso mosiur de Borbón, capitán general del ejército francés. Aquella noche los franceses, después de se haber retirado de la batalla, no les pareciendo que les iría bien si esperasen segunda batalla, estando todos los del ejército reposando en sus tiendas, en el mayor silencio de la noche alzaron su campo, dejando encendidos muchos fuegos y luminarias, porque no fuesen sentidos de los venecianos y con mucho secreto se fueron la vía de Pavía. Fué esta batalla entre venecianos y franceses en el año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y cinco años y seis días del mes de Julio. Pues como los venecianos tuvieron voluntad de tornar á la batalla, creyendo que los franceses asimismo se aderezaban para se defender, vieron cómo el campo francés se había levantado y que las luminarias que la noche antes habían visto eran cautelosamente encendidas, por lo cual los venecianos, que muy ganosos estaban de tornar otra vez á las manos é viendo cuán á su salvo se habian ido, comenzaron á se armar y tomando el rastro que llevaban los franceses los siguieron hasta que no los pudiendo alcanzar se tornaron sin más procurar de aquella vez molestar los franceses. Después de esto, ya que al Rey le pareció tiempo conveniente, se partió de Pavía la vía de Aste adonde más seguro estuvo con su ejército muchos días. Acaeció asimismo en este tiempo que los ginoveses, que á la sazón habían hecho una buena armada en nombre de los venecianos, viniendo la armada francesa por la mar con muchas naves cargadas de lo que habían habido en el despojo de Nápoles, vinieron á las manos de los ginoveses, lo cual todo les fué quitado, que no gozaron cosa ninguna de ello. Los venecianos, aun no contentos de lo hecho, procuraron quitar todos los agravios que los franceses hacían, pues no á otro efecto se había hecho aquella liga y congregación de aquellos Príncipes. Y fueron todos con toda la misma gente que había quedado de la del Tarro á cercar una villa del Duque de Milán que la tenían ocupada los franceses, y asimismo el Duque allegó mucha más gente, en que puso sobre Novara, que así se decía la villa, bien cuarenta mil hombres entre gente de pie y de caballo, los cuales con mucha fortaleza cada día la combatían; pero como la villa era fuerte y la gente francesa que en ella estaba fuese de muy gran virtud y regida por el Duque de Orliens, varón de mucho ánimo y fortaleza y de no menor discreción y consejo en el arte de la guerra, por mucho que los de la villa trabajaron no la pudieron sacar del poder de los franceses. El Rey de Francia, que estaba en Aste, como supo que los de la liga estaban en cerco sobre Novara, envió á decir á los de dentro que se estuviesen fuertes y que no se diesen en ninguna manera, que él sería presto con ellos con toda la gente que consigo tenía y haría de manera cómo los enemigos los descercasen. Esto hizo publicar el Rey de Francia por meter temor en los contrarios y también para que ellos con este medio se levantasen de aquel lugar, pero mucho mayor fué la constancia y firmeza de los de la liga que no fué la falsa ayuda y socorro que publicó que quería hacer en los suyos. Finalmente, el Rey de Francia, viendo cómo del todo perdería aquel lugar si no lo socorriese por alguna vía y arte, acordó de se hacer amigo del Duque, y así fué, que restituyéndole el Rey de Francia la villa de Novara, el Duque de Milán fué su amigo, pero los venecianos no por eso dejaron de mantener lo jurado y capitulado en la liga con el Pontífice y los otros Príncipes. Después de esto el Rey Carlo se fué á Francia, no tan á su salvo como pensó, y el lugarteniente que había dejado en Nápoles, que se decía monsiur de Mompensier, luego como se partió el Rey de Francia se apoderó en todas las fuerzas del reino, no quedando otra cosa por el Rey D. Fernando sino Regioles, Turpia y Lomancia; y lo que después sucedió, la crónica lo irá contando.

CAPÍTULO XXIII

Cómo el Rey D. Alonso y el Rey D. Fernando, su hijo, enviaron á demandar socorro al Rey de España, y de cómo lo envió muy cumplido.

Ya se dijo arriba de cómo el Rey D. Fernando se partió de Iscla la vía de Sicilia para entender con el Rey D. Alonso su padre lo que convenia á la restitución del reino de Nápoles. Pues dice agora la crónica que viendo ambos los Reyes la poca fuerza que por

su parte tenían para tornar á cobrar el reino de Nápoles, que enviaron sus embajadores al Rey D. Fernando de España, en que le hicieron saber el estado en que el reino de Nápoles estaba y de cómo ambos á dos estaban en Sicilia retraídos esperando su ayuda y favor contra el Rey Carlo octavo de Francia, que no á otro efecto había pasado en Italia con muy grande ejército, sino por les tomar el reino y echarlos dél como lo había hecho, no mirando lo que entre el Rey de Francia y el Rey de España había sido asentado antes que en Italia pasase. Antes con muy gran menosprecio siendo requerido por sus Embajadores de los Reyes de España, no teniendo en nada sus requerimientos, vino á Nápoles tomando primero la ciudad de Capua y Aversa. Por lo cual le suplicaban que pues á él, que era de la casa de Aragón, tocaba la defensión del reino de Nápoles tanto como á el que lo poseía, siendo como era de la familia y linage de los Reyes de Aragón tanto tiempo poseído con tan justo y verdadero título como era notorio tener, tuviese por bien ayudarles con gente para que con su favor fuese quitado el agravio de tan injusto despojo y su hijo el Rey D. Fernando, á quien habia dejado el reino cuando él se retrajo á Sicilia, fuese restituído en su pristino estado y señorío. Con aquesta embajada, que dicho ha la historia, llegaron los Embajadores del Rey de Nápoles á Castilla adonde el Rey D. Fernando estaba, al cual propusieron su embajada conforme como de sus Reyes y señores venían instructos, y de esta manera, siendo oída por los Reyes Católicos la embajada del Rey D. Alonso y del Rey de Nápoles, movidos de la una parte á compasión que de los desterrados Reyes hubieron y de la otra considerando la obligación que de favorecer su sangre tenían, por ser asimismo el heredero de Aragón, su hijo el Rey D. Juan de Aragón, á quien pertenecía el reino de Nápoles, no habiendo heredero en él que de derecho le perteneciese, y por esta razón y por ver el menosprecio que de su corona el Rey de Francia había hecho, siendo por su Embajador requerido, como dicho es, determinó de tomar aquel hecho por suyo propio. De cuya causa el Rey D. Fernando de Castilla y de Aragón mandó hacer muy buena gente para ir contra el reino de Nápoles y restituirle á sus debidos Reyes y señores. Y así se hizo un ejército de dos mil infantes y trescientos caballos ligeros, en el cual dió cargo de capitán general á Gonzalo Fernández de Aguilar, natural de Córdoba, descendiente de la casa de Aguilar, caballero de mucha virtud y fortaleza, al cual por su muy crecida virtud y bondad mereció dársele nombre de Gran Capitán. Después que este Capitán hubo llegado toda la gente que había de llevar, se partió de España tomando la vía de Sicilia. Y llegando en aquella isla fué sabidor de cómo el Rey D. Alonso, padre del Rey D. Fernando, Rey de Nápoles, era pocos días antes que llegase á Sicilia fallecido y que el Rey D. Fernando no estaba en Sicilia porque después de la muerte del padre se había pasado en Calabria, y que estaba en uno de aquellos lugares que le habían quedado en el reino de Nápoles que se decía Regioles para esperar desde allí el socorro de los Serenísimos Reyes Católicos de España. Murió el Rey don Alonso en aquel mismo año que dejó el reino, aun no cumplido, y lo que después de esto sucedió, abajo en la prosecución de la historia se contará.

CAPÍTULO XXIIII

De cómo el Gran Capitán pasó en Calabria y tomó una villa que estaba por Francia que decian Regio, y de lo que el Rey D. Fernando hizo viniendo á las manos con monsiur de Aubegni junto á Semenara.

Después que la gente del Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Aguilar hubo refrescado algunos dias en Sicilia del trabajo de la mar, determinóse que pues el Rey don Alonso era muerto y que el Rey D. Fernando Rey de Nápoles estaba en Regioles, uno de los lugares que le habían quedado, que eran, según dicho es, Regioles, Turpia y Lomancia, que con mucha diligencia partiesen de Sicilia, pues el intento principal había sido por cobrar el reino de Nápoles, á lo cual era venido, y restituirle al Rey D. Fernando Rey de Nápoles, derecho heredero de aquel reino. Con esta determinación el Capitán D. Gonzalo Fernández de Aguilar mandó embarcar en las galeras que habían traído de España, á las cuales proveyó de todo lo necesario para aquel hecho que entre manos tenía. Y con esto se partieron de Mecina y se fueron la vía de la Calabria, provincia que está no muy lejos de Sicilia, y llegaron á desembarcar

sobre una villa que se tenía por Francia que se dice Regio. Esta villa está á la costa de Calabria en frontera de Sicilia, quiero decir del faro de Mecina, y como llegaron en aquel lugar luego el Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba hizo saltar en tierra con mucha presteza toda su gente, y como aquella cosa fuese la primera que hacían en aquel hecho, pugnaban cada cual salir con grande honra ó del todo perder las vidas en la demanda, y con esto el Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba ordenó su gente para darla batería, la cual se batió con muy mucha fortaleza, y después de metidos en armas toda la gente, se dió la batalla, en la cual claramente se puede conocer haber los españoles aquel día peleado no con ánimo de soldados noveles, mas con destreza desigual y con corazones etóreos, por razón que de la primera batalla que se dió tomaron la villa, la cual es bien fuerte y había dentro mucha y muy buena gente francesa y de la villa. Mucho daño recibió en aquel día la gente española y mucho mayor los franceses y gente de la villa, por razón que todos los más fueron muertos, heridos y presos. Finalmente, después de haber tomado aquella villa y puesto debajo de la corona del Rey D. Fernando de Nápoles, el Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba dejó parte de su gente en guarnición de aquella villa y con toda la demás se fué la vía de Semenara, que es una buena villa adonde á la sazón estaba monsiur de Aubegni, gobernador de la provincia de Calabria por el Rey de Francia. El Rey D. Fernando, que estaba, según dicho es, en Regioles, y supo el buen socorro que del Rey de España le había llegado, desechó de sí todo temor y duda que de tomar el reino de Nápoles tenía, en especial sabiendo el muy buen principio que había hecho con la presa de Regio, que era una de las principales villas de aquella costa. En esto el Gran Capitán Gonzalo Fernández, que mucho deseo tenía de mostrarse en los principios para dar buena esperanza de sí en los fines, dejando, según dicho es, la villa de Regio á buen recaudo de gente y de otras provisiones de guerra, determinó, primero que otra cosa hiciese, de se ver con el Rey D. Fernando para saber más por entero lo que era su voluntad, y dejando de ir el camino de Seminara se fué á Regioles, metiendo debajo de la corona real del Rey D. Fernando todas las villas y castillos que en el camino hallaba que estaban por Francia; y como allegó á Regioles fué recibido del Rey D. Fernando como convenía á persona que en tanta necesidad como él estaba le había venido á ayudar. En esto el Rey D. Fernando, que ya con el favor no tenía en nada sus enemigos, dejando al Gran Capitán en Regioles con toda la gente que allí tenía, se fué á aposentar á unas caserías que estaban junto á Seminara, deseoso de venir á manos con los franceses que estaban en aquella villa. Monsiur de Aubegni, gobernador de la Calabria, como vido que los españoles ya se habían metido en aquella provincia mucho á su salvo y el daño que en su gente habían hecho en la presa de Regio y de cómo muchos lugares y castillos otros forzados de este temor respondían á la parte del Rey D. Fernando de Nápoles, determinó de juntar toda su gente juntamente con la de muchos varones y Príncipes de aquella provincia que tenían la voz y parcialidad de Francia, allende de muchos villanos rústicos, que por ser toda la más parte de aquella provincia parcial de Francia y gente en sí movible y codiciosos de cosas nuevas, se habían juntado con él. Y puso en campo bien cuatro mil hombres de guerra, esperando lo que haría el Rey D. Fernando. Y acaeció que un día corriendo algunos caballos ligeros de los del Rey D. Fernando á Seminara, adonde monsiur de Aubegni estaba aposentado con gente suya, é sintiendo los franceses la gente, lo hicieron saber á monsiur de Aubegni, el cual luego con mucha presteza con toda la gente de pie y de caballo que pudo recoger se fué muy secretamente hacia aquellos casares adonde el Rey D. Fernando estaba aposentado con toda su gente; el cual como fué avisado por sus centinelas que monsiur de Aubegni con su gente venía aderezado de guerra contra él, metió su gente en armas y salióle al encuentro junto á aquellas caserías, los cuales como se vieron corrieron los unos contra los otros con muy gran ligereza y muy denodadamente; pero como los franceses eran muchos y todos muy buena gente, mezcláronse entre la gente del Rey D. Fernando, haciendo tanto de sus personas que sin ser resistidos se iban tras la gente del Rey D. Fernando llevándolos delante como ovejas ante el lobo, especialmente la gente de caballo siciliana, la cual viendo la gente

de armas francesa venir contra ellos, sin mostrar contradicción alguna, volvieron las espaldas, por lo cual toda la otra gente asimismo se metió en rota, si no fueron los trescientos caballeros españoles y alguna poca gente de infantería española, que serían hasta quinientos hombres, que juntándose con el Rey D. Fernando afrontaron la gente de armas francesa, y los quinientos infantes se afrontaron con los suizos franceses, que eran muchos; adonde los españoles hicieron tanto, que sin tornar el pie atrás con mucha honra suya peleando muy animosamente contra los enemigos, que muy desiguales eran en número, murieron casi los quinientos infantes; y por otra parte el Rey D. Fernando con los trescientos caballeros ligeros hizo tanto de su persona contra la gente de armas, que le mataron dos caballos antes que desesperase de su salud. Finalmente, hallándose á pie peleando muy animosamente, mostrando bien en aquel estrecho en que estaba la gran fortaleza de su corazón, y viendo del todo perdida su gente y el poco remedio que había de resistir á los franceses por ser muchos, cabalgó en un caballo que le dió un su criado, que á la sazón le había la fortuna por allí guiado. Partióse de aquel peligro y fuese á Regioles adonde había quedado el Gran Capitán, y toda la gente que se escapó se fué á Regio, adonde estuvieron hasta tanto que el Gran Capitán los hizo recoger en Regioles y repararlos de armas y de todo lo necesario. Y el Rey D. Fernando, con gran desesperación que de aquel desbarato hubo, se partió á Sicilia para traer de allá más gente, dejando encargado al Gran Capitán todo aquel hecho, el cual después de pasado el Rey don Fernando á Sicilia hizo muy señaladas cosas, según que en el proceso de esta crónica más largamente se dirá.

CAPÍTULO XXV

Cómo el Capitán Gonzalo Fernández se fué á invernar con su gente á Castro Villar, y de cómo los de Nápoles tornaron á recibir al Rey D. Fernando.

Como fueron, según dicho es, vencidos y rotos los aragoneses junto á los casares de Seminara, el capitán Gonzalo Fernández, dejando á Regioles bien proveída de gente y otra munición de guerra, no siendo aquella tierra aparejada para sostener de invierno mucha gente en ella, se salió y fuese con todo su ejército á tener el invierno en un lugar que dicen Castro Villar, adonde estuvo hasta tanto que fué necesario partirse de allí como abajo se dirá. En este tiempo el Rey D. Fernando estando en Sicilia muy penado de aquel caso tan contrario como le había sucedido y no menos solícito en aquello que más le cumplía, que era cobrar el reino que había perdido, acaeció que los napolitanos, no les pareciendo bien sufrir aquel yugo tan pesado de franceses que cada un día recibían mil agravios de ellos, y acordándose de la humana conversación de su Rey y señor y de lo mal que lo habían hecho en no le querer recibir en la ciudad cuando se tornó de Aversa, según que la crónica lo ha contado, determinaron que muy secretamente le avisasen en cómo ellos estaban con voluntad de le recibir en la ciudad, y que así por esta razón, como porque sabían que el reino de Nápoles le pertenecía de derecho más que á otro alguno que lo demandase, le hacían saber que viniendo con mucho secreto sin ser sentido por monsiur de Mompensier, teniente del Rey de Francia, ni de los franceses que estaban dentro, ellos le abrirían las puertas y alzarían sus banderas por los muros de la ciudad, avisándole asimismo fuese muy presta su venida, antes que aquel concierto viniese á oídos de los franceses. Con esta embajada se partieron de Nápoles los Embajadores de los napolitanos, los cuales allegando á Sicilia le hicieron saber al Rey D. Fernando el intento de su venida. Vista la embajada, no poco alegre fué el Rey D. Fernando, viendo de aquella manera muy más breve y fácil su restitución en el reino de Nápoles que no pensaba él; porque de su parte no dejase de haber efecto aquella embajada, luego con mucha diligencia y no menos secreto hizo aderezar su gente, y embarcándose en las galeras que tenía en el puerto de Mecina se fué la vía de Nápoles. En este medio los napolitanos avisaron por otra parte á los de Capua y Aversa, los cuales asimismo estaban de aquella voluntad y holgaron de la venida del Rey D. Fernando. Y todos de un ánimo y voluntad estaban aparejados de recibirle. Ya en este tiempo, por la buena diligencia que el Rey D. Fernando se había dado, llegó una noche á Nápoles, y haciéndolo saber á los napolitanos, con mucho secreto le salieron é

recibir con mucho placer y alegría y conformidad de todos, le metieron en la ciudad y llevaron á su aposento. Luego se comenzó á alborotar la ciudad por razón que los napolitanos alzaron las banderas del Rey D. Fernando por los muros, y los franceses sintiendo la cosa todos juntamente con el gobernador se retrujeron á los castillos de la ciudad por se sostener en ellos entre tanto que lo hacían saber á monsiur de Aubegni que estaba en Calabria, que les enviase socorro. Estando, pues, el Rey D. Fernando apoderado en la ciudad, aunque no en los castillos, los de la ciudad de Capua y los de la ciudad de Aversa luego alzaron las banderas del Rey don Fernando por los muros y echaron de ellas á sus gobernadores, é hicieron mucho daño en todos los franceses que dentro estaban en guarnición de estas ciudades, y todos mostraban mucho placer por la nueva asumpción del reino de Nápoles por el Rey D. Fernando, habiendo ya gustado el duro imperio de franceses, estando como estaban usados á libertad, y asimismo por razón que todos amaban mucho al Rey D. Fernando por ser uno de los más afables y humanos señores que nunca trataron. En este tiempo un capitán de armada veneciano, que se decía por nombre Antonio Grimano, por razón de la liga que entre ellos y los Reyes de España en favor del Rey D. Fernando había, se movió con su armada de Venecia y fué sobre una tierra que llaman Manopoli, en la costa de la provincia de Pulla, la cual combatió muy fuertemente hasta tanto que con mucho daño de los franceses que estaban en la villa y de los vecinos de ella la tomó y la puso casi por el suelo. Y de allí pasó adelante y fué sobre otra villa que dicen Puligrano, que asimismo estaba por Francia, y la tomó, dejándola tan mal parada como la otra villa de Manopoli, y de esta manera tomó otros lugares de aquella costa que se tenían por el Rey de Francia, reduciéndolos todos debajo de la corona del Rey D. Fernando.

CAPÍTULO XXVI

De lo que hizo el Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en la provincia de Calabria, y del socorro que vino á Nápoles en ayuda de los castillos y de lo que acaesció.

Después que hubo pasado aquel invierno, el cual según dicho es tuvo el Gran Capitán en la villa de Castro Villar, luego á la punta del verano aderezó su gente para salir de aquel lugar contra Seminara, adonde monsiur de Aubegni tenía recogida toda su gente; el cual como fuese deseoso de honra y considerando que no holgando, mas con trabajo se ganaba, en especial los que se ejercitaban en aquel menester de la guerra, y viendo asimismo que aquello era lo primero que le había sido cometido por sus Reyes y que en aquello había de mostrarse para que le fuesen cometidos otros mayores cargos, procuró con mucha diligencia de dar buen fin en todo lo comenzado, y con este presupuesto, con mucha diligencia y ordén que en su gente puso, salió de Castro Villar y enderezó su camino la vía de Seminara; y como allegase sobre ella, toda la gente francesa que muy sobre el aviso estaba se pusieron á la defensa de la villa. El Gran Capitán, que poco temía á la fuerza de los franceses, que ya los había probado en otros lugares que había tomado, con mucha osadía hizo llegar todos los ingenios y artillería que traía, y mandó batir la villa con mucha fortaleza, y después de bien batida, cuando le pareció ser tiempo, metió su gente en armas y con muy buen concierto allegándose al muro se comenzó la batalla, que fué muy reñida por razón que aquella villa era muy buena y era fuerte y estaba en ella mucha gente francesa muy escogida, por lo cual era de ellos defendida con mucha fortaleza; pero al fin dado caso que los españoles recibiesen harto daño de aquel combate, los franceses lo recibieron muy mayor, por razón que no pudiendo más resistir las fuerzas de los españoles, desampararon el muro y cada cual se procuraba defender, y viéndose tan apremiados se van la vía de Terranova, y así fué que los que se pudieron escapar de las manos de los españoles se fueron á guarecer á aquella villa que estaba no muy lejos de Seminara. Los españoles, después de haber saqueado aquella villa, siguieron la otra gente que dicho habemos hasta las puertas de Terranova, adonde el Gran Capitán mandó traer el artillería y batióla muy fuertemente; pero como los enemigos fuesen ya de vencida, con poca fuerza se dieron juntamente con la villa, en la cual se hizo lo mismo que en Seminara. Después de esto el Gran Capitán, que no cansaba de extender su nombre y fama, procuraba de llevar siempre los enemigos delante y no les dar

lugar para hacer cosa ninguna de defensa que por obra quisiesen poner, de cuya causa después de haber tomado la villa de Terranova llegó su gente contra otro lugar que llaman Isquilaco, que asimismo estaba por Francia, el cual tomó por fuerza como hizo todos los otros. Después fué sobre Crotón, otra villa que está á la costa del mar Jonio, junto á Taranto, y tomóla con otros muy muchos lugares y fuerzas del Calabrés. Así que en muy poco tiempo, por su muy buen ingenio y sagacidad, repartiendo de las sobras de su muy crecido corazón y esfuerzo por su gente, puso casi todo el Calabrés debajo de la corona del serenísimo Rey D. Fernando, si no fué la ciudad de Taranto, la cual trató de tomar, pero como fuese tierra grande y fuerte y tuviese mucha y muy buena gente en toda su defensa, aprovechó muy poco de aquella vez quererla tomar estando las cosas de la provincia de la Calabria en este estado que ha dicho la historia. El Rey D. Fernando, que ya había sido metido en Nápoles, y viendo la poca gente que tenía y la mucha que había menester por razón del socorro que cada día esperaban los franceses de los castillos, considerando que si aquella ciudad perdía otra vez, que ya era del todo perdido el reino de Nápoles, dado caso que se le hiciese grave romper los principios que el Gran Capitán llevaba tan prósperos en el Calabrés; pero por otra parte pensó que si se perdía la cabeza, que era la ciudad de Nápoles, por el mismo caso perdería el reino, principalmente siendo tanto menester su ayuda en aquel caso. Finalmente, todas las cosas bien miradas por el Rey D. Fernando, parecióle que debía enviar á llamar al Gran Capitán para que con toda su gente le viniese á favorecer en aquel caso en que estaba, y envióle su Embajador, que decían micer Bernardo Calabrés, hombre de mucha estima, virtud é ingenio, y quien había tenido el mismo oficio de Embajador con el Rey D. Alonso, su padre, rogándole que visto lo que por su Embajador le sería dicho, viendo la legítima razón y causa que tenía de demandarle favor, sin más diferir su voluntad y venida, dejando lo mejor que pudiese proveído lo de aquella provincia, se viniese á Nápoles con toda su gente; porque de otra manera él tenía muy grande temor de perder todo el reino perdiendo la ciudad de Nápoles, y que con su venida se podría todo restaurar. Mucho pesó de esto al Gran Capitán por razón que las cosas de la Calabria las tenía á la sazón en muy buenos términos, y temíase que si él se fuese que todas las tierras que había ganado se le tornarían á levantar por Francia, y por esta razón, como tenía de costumbre, quiso tomar el parecer de los capitanes y gente principal de su ejército, á los cuales les hizo saber lo que el Rey don Fernando le había enviado á decir, rogándoles dijesen en aquel caso lo que á ellos les parecía que debía hacer, teniendo delante aquello que más fuese servicio de sus Reyes y señores y más cumpliese á la restitución del Rey D. Fernando en el reino de Nápoles. Muchos pareceres y opiniones diversas hubo entre ellos, por razón que los unos decían no ser cosa justa ni razonable dejar de acabar aquello que tenían comenzado, quedando su trabajo del todo sin fruto por el levantamiento que de todas las tierras ganadas se esperaba partiéndose la gente de aquella provincia. A otros les parecía, siguiendo la opinión del Gran Capitán, que debían de ir á socorrer al Rey D. Fernando, pues no á otro efecto habían pasado en Italia sino á éste. Lo que más les atraía á querer seguir aquel parecer era considerar que bien le había sucedido al Rey D. Fernando en haber ganado en gracia la ciudad de Nápoles, la cual no sin mucho trabajo podía tener á su poder, y que pues aquello era lo principal, no debían de hacer caso de lo demás, pues veían claramente que todas las villas y lugares del reino de Nápoles no hacían más de aquello que veían hacer á su cabeza, y con esto este último parecer como por mejor se tuvo y aprobó. Y así dejando el Gran Capitán todas las tierras ganadas debajo del mejor seguro que pudo, tomando pleitos homenajes á los gobernadores de ellas de no hacer ni cometer aleve ni traición, y las ternían y manternían en nombre y voz del Rey D. Fernando de Nápoles, él se partió á muy gran priesa de aquella provincia de Calabria y se fué con su gente la vía de Nápoles, como por el Rey D. Fernando le había sido rogado. Ya en este tiempo los franceses que estaban en la provincia de Puglia, y los demás que estaban divididos por todas las partes del reino, siendo avisados en cómo la ciudad de Nápoles estaba ya por el Rey don Fernando, y de cómo los suyos estaban retraídos en los castillos esperando favor y ayuda, todos se juntaron con gran diligencia

para los socorrer, y ansí con este prosupuesto marchaban la vía de Nápoles esperando de tornar á tomar por fuerza la ciudad, ó á lo menos por otra cualquiera buena manera ó mala que pudiesen, á lo cual les daba ánimo pensar que tenían en Nápoles mucha parte de los principales que los favorecían. Pero el Rey D. Fernando, que siempre entendía en mirar todo aquello que le podía dañar, no se hallando bien seguro en Nápoles por aquella razón, procuró de quitar aquellos inconvenientes que mucho le estorbaban su propósito de alimpiar la ciudad de toda aquella cizaña que había en ella, por razón de la discordia de los unos y de los otros. Y con este acuerdo, siendo avisado de aquellos nobles que estaban en la ciudad por Francia, de los cuales se podía temer cualquiera traición ó engaño de que gran perjuicio se le podía recrecer, determinó de poner luego el remedio que más le cumplía, y con esto echó fuera de la ciudad todos los ciudadanos principales y nobles que, según dicho es, le eran contrarios y que tenían y seguían la parte francesa; á unos desterró perpetuamente del reino, y á otros, según las aficiones é inclinaciones que tenían, los desterró por el tiempo que fuese su voluntad; y de esta manera dejó la ciudad el Rey D. Fernando limpia de todos aquellos que le habían sido y eran contrarios de su Corona. En esto ya los franceses que venían en ayuda de los castillos allegaron á Nápoles y asentaron sus reales fuera de la ciudad, junto á una iglesia que dicen la Magdalena, adonde estuvieron muchos días peleando con los de la ciudad cerca de los jardines del Rey; pero en todos sus acometimientos fueron tan bien recibidos de los de la ciudad, que cada vez se tornaban á sus estancias con pérdida de su gente sin que pudiesen sacar ningún fruto de su trabajo. Bien es verdad que los que estaban en los castillos por la parte de dentro hacían algún daño con el artillería, pero no era tanto que por él dejasen los de la ciudad de se defender de los de fuera con mucho ánimo y fortaleza. Finalmente, después de haber estado los franceses muchos días sobre la ciudad, y viendo la poca ayuda que tenían de los de dentro de los castillos, de lo cual era causa la buena guarda que el Rey tenía puesta en todos ellos por que no dejasen salir gente de ellos en favor de los franceses de fuera, determinaron de alzar su real de aquel lugar y se retraer más fuera un poco de la ciudad, porque allí esperasen el campo de monsiur de Aubegni, que ya era partido de la Calabria en ayuda de los castillos; y lo que después sucedió abajo se dirá.

CAPÍTULO XXVII

Del espanto que metió en Italia una prodigiosa piedra que cayó en los términos de Sena, y de lo que hizo el Gran Capitán, llevando su camino derecho á Nápoles.

Todas cometas y prodigiosas influencias, así de las cosas superiores como de las de acá inferiores, traen espanto en las gentes, no se sabiendo el fin determinado de las semejantes cosas, en especial acaeciendo en tiempos que verisímilmente se debe creer que la Majestad Divina está descontenta de nuestras obras. Pero como sea Nuestro Señor servido y más amigo de perdonar que no de condenar, envíanos mensajeros para que por ellos nos enmendemos, apartándonos de lo comenzado ó del todo seamos confundidos no le siendo obedientes. Esto se muestra por el asna de Balán, animal mudo que habló siendo castigada del profeta, según se lee en el Testamento Viejo, contra el cual Dios estaba airado. Esto se muestra asimismo en la muerte de Julio César, dictador de Roma, de aquellas dos aves que en el Capitolio hizo la una á la otra pedazos. De esta manera ha acaecido en estos tiempos ver cometas en el cielo de extraña grandeza; ver asimismo prodigios y monstruosos nacimientos de criaturas de dos cabezas, de cuatro manos y pies y de otras maravillosas maneras, lo cual sin duda no viene sin falta de misterios divinos, los cuales nuestro rudo ingenio no puede alcanzar. Así en este tiempo, á cinco días del mes de Febrero, año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y seis años, estando, según tiene la crónica, toda Italia llena de guerras y mortandades, todos los Príncipes divididos en partes unos contra otros, finalmente, no habiendo lugar que no hubiese en él guerras y sediciones, entre la ciudad de Cesena, en un lugar que dicen Bertonorio, del cual habemos en esta crónica hecho mención, cayeron tres piedras de gran cantidad, de color tostado; cayeron á las tres horas del día; algunos dijeron no haber sido más de una, mas que con el grande ímpetu que de caída tan alta traía se hizo tres

pedazos. Como quiera que fuese, fué cosa de grande admiración y de mayor espanto que en Italia puso, estando, según dicho es, las cosas de aquella tierra tan levantadas y metidas en toda confusión, lo cual se dejará para los juicios de los astronómicos que de los tiempos y sucesiones tienen algún conocimiento. Pues tornando á la crónica, el Gran Capitán, que determinado estaba de obedecer en el mandamiento del Rey D. Fernando, el cual era que en todo caso le socorriese, luego se movió con su ejército la vía de Nápoles, y verdaderamente no pensó en se detener tanto en el camino como las cosas que le sucedieron le estorbaron su viaje, por razón que allende que él se detuviese en la conquista de la ciudad de Cosencio algunos días, muchos fueron los inconvenientes de enemigos que al marchar de su gente le recrecieron, como abajo se dirá, y también como hubiese de pasar muchas tierras de los enemigos, no le dejaban el paso tan libre y desembargado como él quisiera. Pero como en todas las cosas el Gran Capitán fuese de gran prudencia y saber, no se le ponía delante el peligro que luego no hallase el remedio para le quitar, y de esta manera determinado á cumplir su viaje, que muy necesario era, sin perder tiempo entendió en apartarse y desembarazar la tierra de aquellos inconvenientes, y de antes llevar los enemigos delante que no dejallos atrás. Bien es verdad que del ejército francés no temían, por razón que ya iba adelante, marchando la vía de Nápoles en ayuda del otro ejército y de los castillos, con el cual iba monsiur de Aubegni, pero temíanse de la gente de las villas que se apellidaban unas á otras y hacían junta de sí para ir contra él, que aunque buena fuese la gente que traía, era poca. Pero como él fuese de gran corazón, quiso de camino dejar señalado el rastro de sus pisadas. Y con esta voluntad se vino por los términos de Cosencio, adonde muchas villas y lugares junto con la misma ciudad estaban por Francia. En aquellos lugares que eran de poco momento no se detenían, por razón que sin mucha fuerza se le dieron, los cuales puestos debajo de la corona real del Rey don Fernando pasó adelante á la ciudad de Cosencio, sobre la cual puso su campo, y tanto hizo en la expugnación de ella, que le dió tres combates en un día, por lo cual viendo los de dentro la gran priesa que en pelear la gente del Gran Capitán ponían, no acostumbrados á sentir tan duras fuerzas como las de españoles, y viendo que en el último combate las fuerzas de ellos doblaban y que de todo el trabajo de aquel día no se les había disminuído un punto, acordaron no esperar otro combate, y no pudiendo ya sufrir á los de fuera, se dieron juntamente con la ciudad, no de voluntad, pero de fuerza, porque desamparando el muro cada uno se retraía á aquel lugar do mejor pudiese guardar su vida de aquel presente peligro. Y los españoles viendo desocupados los muros de la ciudad se metieron dentro, donde hicieron mucho daño en todo lo que pudieron. Finalmente, después de tomada la ciudad de Cosencio, el Gran Capitán dejó en ella alguna gente de la suya en guarnición, por razón que no quedase del todo desnuda de españoles, á quien ellos más temían, y con toda la demás se salió de Cosencio y fué á Castro Villar, adonde dejó otra parte de su gente en guarnición, porque pensó que ya que él se partía de aquella provincia, viendo los moradores de ella quedar alguna gente de guarnición en los lugares, no se atreverían así livianamente á se levantar contra el Rey don Fernando, á quien por fuerza habían confesado por su Rey y señor. El Gran Capitán, que no el número de la gente le causaba vencer sus enemigos, sino la virtud y fortaleza suya, con aquella poca gente que le quedó, que era toda muy escogida, se partió de Castro Villar, con voluntad de no se detener más en el camino en conquista de alguna tierra, y marchando con su ejército la vía de Nápoles, como el Gran Capitán fuese varón de mucha prudencia y ardid, en especial en el oficio de la guerra, miraba bien todas las cosas que le podían dañar é impedir su camino, por lo cual llevando siempre sus espías delante y reposando de noche debajo de la guarda de sus centinelas, fué avisado cómo de una tierra que se decía Murano y de otras de aquella comarca habían salido gran copia de gente rústica de la gente de las villas y lugares de aquella comarca, y que los habían tomado un paso por donde necesariamente habían de pasar para salteallos en el camino y aprovecharse de la gente del ejército que bien segura de este engaño estaba é iría mal apercibida y sin ninguna orden. En este aviso el Gran Capitán, como hombre de muy prudente consejo, puso el remedio que más convenía en aquel caso. Y

fué así que como la gente de aquella villa de Murano y de otros lugares comarcanos hubiesen salido para aquel hecho, quedaron la villa y los lugares muy solos y desnudos de gente. Y por esta razón, considerado esto por el Gran Capitán, dejó el camino derecho que llevaba y muy secretamente, encerrándose por caminos y senderos muy extraordinarios porque no fuesen vistos ni sentidos, se fueron á meter dentro de aquella villa que se dice Murano, la cual, según dicho es, estaba sin gente, y con mucha facilidad la tomaron. Adonde estuvo el Gran Capitán algunos días, aunque pocos. Después de esto, como algunos hombres de aquella villa se saliesen con temor de la venida de los españoles, fuéronse á aquel lugar do la gente estaba aparejada para saltear el ejército del Gran Capitán y avisáronlos cómo los españoles habían tomado la villa de Murano y otros lugares y del daño que en aquella villa habían hecho. En esto el Gran Capitán, muy solícito en todas sus cosas, no dejaba cada hora de revolver en su corazón lo que en un camino tan peligroso y lleno de enemigos debía hacer. Porque consideraba que dado caso que de aquella gente rústica se librase, de la cual bien pensó ser libre con aquel trato doble que les hizo; pero lo que más le ponía duda de acabar aquel viaje era que le habían dicho cómo el campo de monsiur de Aubegni estaba en una ciudad que llaman Laurino, y temíase, según la poca gente que tenía, poder pasar sin venir á las manos con los franceses, que según eran muchos dudaba la victoria de su parte, y asimismo pensó algunas veces de tornar á su conquista de la provincia de Calabria, aunque esto hallaba serle mayor vergüenza, lo uno porque no cumplía el mandamiento del Rey D. Fernando su señor, que le había enviado á llamar, habiéndolo él enviado á aquella empresa tan importante y escogido á él entre otros muy valerosos. Lo segundo, volver atrás era mostrar un ánimo menor del que él tenía é importaba á su cargo, que era muy ajeno de su condición. Finalmente, estando en esta perplejidad, el Embajador micer Bernardo Brucio, por otro nombre llamado el Calabrés (el cual así por su fidelidad como por ser de muy buen consejo fué dél oído), le dijo cuán contrario fuese á la nación española retraerse de su propósito en aquello que una vez habían concebido en el ánimo, especialmente donde se aventuraba las honras y fama, las cuales después del ánima á todo se habían de anteponer, como verdaderamente en aquel caso las posponían, dejando su comenzado propósito sin fruto ninguno, mayormente volviendo las espaldas á los peligros que se les mostraban, los cuales eran premio de sus honras, y que muy grande vergüenza les sería no hacer su deber, mayormente no habiendo causa legitima ni aun colorada por donde dejasen de seguir su camino y designio, no teniendo tan cierta la perdición como algunos pusilánimes publicaban. Y dado caso que viniesen á las manos con los franceses, tenían la victoria de su parte, y por esta razón, no movidos por el deseo de ser ayudados y favorecidos de su Rey, tanto como por proveer en aquello que podría causarles muy grande menoscabo á sus honras, les animaba diciéndoles que para salvedad de todo ello era su parecer (desechado todo temor) llegasen al fin su designio, el cual tenía por muy cierto acabarían y muy á su honra, considerando que á la muchedumbre de los enemigos flacos é inhábiles se satisfaría con la fortaleza de los pocos animosos y valientes y experimentados que allí tenían. Muy bien pareció al Gran Capitán este consejo de micer Bernardo Brucio, Embajador, el cual por ser en sí muy bueno y dado por persona tan experimentada en la guerra y de tanto crédito fué de todos aprobado y ejecutado. Y así luego el Gran Capitán partió de Murano, dejando aquella villa debajo de la corona del Rey D. Fernando de Nápoles, y muy amigo de los vecinos de ella mandó marchar su ejército por los caminos más escondidos que le pareció ser más convenientes para apartarse de venir á las manos con el enemigo, el cual muy cerca de donde había de pasar estaba, lo cual no hizo tanto por temor como por no se detener en su viaje, considerando la necesidad que el Rey D. Fernando tenía y lo que obligado le estaba por su afable conversación y grande magnificencia. Y como siempre el invicto Gran Capitán procurase la destrucción de sus enemigos y la fidelidad y próspero suceso y honra de sus señores y aliados, y no le estando bien llevar el ejército de corrida y apriesa, que más daba demostración de huída que de retirarse, según su opinión, determinó lo más secreto que pudo emboscarse de día y de noche, llevando caminos inciertos y secretos como no fuese

de las espías del enemigo sentido ni entendido y así dar sobre el campo de Aubegni, tomándolo seguro y sin pensamiento que de ellos tuviesen; los cuales estaban, como dicho es, en la ciudad de Laurino, que es entre las provincias de Pulla y Abruzo, que es el derecho camino de Nápoles. Pues determinado esto por el Gran Capitán, queriendo ponerlo en obra, llamó á todos los capitanes y señores principales que le seguían y otras personas de quien tenía confianza, y á todos en general dicha su opinión y voluntad y cómo quería tentar la fortuna en el caso que les había propuesto antes que fuese á Nápoles, trayéndoles á la memoria la honra que ganaban si de aquella vez con un solo acometimiento venciesen y desbaratasen al enemigo, de donde resultaban muchos provechos. Lo primero la honra que para sí perpetuamente ganaban, siendo tan pocos en número aunque muchos en fortaleza y viendo tan grande copia de franceses. Lo segundo, que vencidos aquellos se rendirían los que estaban en los castillos y desmayarían los que estaban sobre Nápoles, pues no aguardaban sino la gente de monsiur Aubegni para combatir la ciudad, como en verdad estaba en aventura de ser entrada según la gente que el Rey D. Fernando tenía. Lo tercero, era ganar aquella ciudad de Laurino donde ellos estaban, que no poco provecho les sería. Asimismo les dijo y acordó la satisfacción de su trabajo que no sería menor de lo que su esfuerzo y corazón merecía. Y asimismo les encomendó mirasen cómo en aquella jornada se acrecentaba ó menoscababa el nombre de la nación española, no poniendo la fortaleza que en semejante trance se requería para perpetua memoria de sus hazañas y loor de su nación y sucesores. Y para esto les dijo estas palabras:

ORACIÓN DEL GRAN CAPITÁN Á SU GENTE

«Por cierto, caballeros, si como sois pocos en número no fuésedes muchos en fortaleza, yo ternía alguna duda en nuestro hecho. Pero como sea más estimada la virtud que la muchedumbre, visto ser vosotros tan pocos en respecto del enemigo, antes tengo necesidad de ventura que de caballeros y soldados. Y con esta consideración, después de Dios, en solos vosotros tengo confianza, pues está puesta en nuestras manos nuestra salud y gloria, y así tanto por sustentación de vida como por gloria de fama, nos conviene pelear. Agora se nos ofrece causa para dejar la bondad que heredamos á los que nos han de suceder, que malaventurados seríamos si por flaqueza en nosotros se acabase la honra de nuestros progenitores. Así, señores, pelead que libréis de vergüenza nuestra nación y mi sangre. En esta jornada se acaba ó confirma nuestra honra y la de nuestro Rey, que por los más escogidos aquí nos ha enviado y esta empresa cometido. Sepamos emplearnos bien y no avergonzarnos, que mayores galardones esperamos de la victoria que peligro se nos puede ofrecer en la honesta muerte. Esta vida penosa en que vivimos no sé por qué la debamos mucho querer, pues es breve en los días y larga en los trabajos, la cual ni por temor se acrecienta ni por osar se acerca, pues cuando nacimos se limita su tiempo, por donde es excusado el miedo y debida la osadía. No nos pudo, oh caballeros y compañeros míos, nuestra fortuna poner en mayor estado que en esperanza de honrada muerte ó victoria muy señalada como la espero y gloriosa fama, codicia de alabanza y avaricia de honra, que cualquiera cosa de estas acaba otros hechos mayores que el nuestro. No temamos las otras compañías allegadas del francés, que en las grandes afrentas los menos pelean y á los simples espanta la multitud de los muchos y á los sabios esfuerza la virtud de los pocos. Grandes aparejos tenemos para osar: la bondad nos obliga, la justicia que está de nuestra parte nos esfuerza, la necesidad de socorrer este noble Rey y reino y el mandamiento del nuestro nos apremia. No hay cosa por que debamos temer y hay mil para que debamos osar. Todo lo que he dicho, oh caballeros, era excusado para creceros fortaleza, pues con ella nacisteis, mas quíselas hablar porque en todo tiempo el corazón se debe ocupar en nobleza, en el hecho con las manos, en la soledad con los pensamientos y en la compañía con la conversación buena, como agora hacemos, y no menos porque recibo igual gloria con la voluntad amorosa que mostráis como con los hechos fuertes que hacéis».

Estas y otras muchas cosas dijo el Gran Capitán á sus capitanes y caballeros, con las cuales siendo ellas de sí animosas y pronun-

ciadas por un tan valeroso y acreditado capitán y señor tan bien reputado, todos unánimes con una muy alegre y aparejada voluntad se ofrecieron aparejados de seguirle. Y así tomaron el camino de la ciudad de Laurino, marchando por los más secretos y ásperos apartamientos que se hallaban y los espías, que fidelísimos eran, los enseñaban. Finalmente, un día bien de mañana, que sería una hora antes que amaneciese, llegó todo el ejército á vista de la ciudad de Laurino, adonde el francés, como dicho es, estaba aposentado, y metiendo el Gran Capitán Gonzalo Fernández su gente en orden, con mucho sosiego y quietud llegó hasta dar en los enemigos, los cuales estaban muy seguros y descuidados del sobresalto que les vino, porque tenían por muy cierto el enemigo estar muy alejado de ellos, que por su poca posibilidad no osaría emprender una cosa tan importante é imposible como aquella que á su parecer era. Y como los españoles llegasen con muy grande ánimo y fortaleza, allende de la que ellos de su natural tienen y la que el señor Gran Capitán con su tan abundante oración les había puesto, y hallando que les sucedía como creían y el Gran Capitán les había dicho, y viendo la honra y provecho que se les ofrecía, los unos cargaron sobre el campo del francés con la presteza y fortaleza que se requería, y los otros, dividiéndose por consejo de los capitanes, fueron á ponerse en las puertas de la ciudad con dos intenciones: la una, que los de la ciudad no saliesen á socorrer á los franceses del campo, y la otra, que si los franceses se quisieren retirar á la ciudad y allí valerse, les fuese impedida la entrada y aun prendidos de los españoles. Grande fué el sobresalto que los franceses recibieron en ver al español, el nombre del cual temían como al fuego. Y así, atónitos y sin orden, iban descarriados los unos á una parte y los otros á otra, sin tener lugar seguro donde se pudiesen amparar. De suerte que los que se querían recoger á la ciudad por salvarse, eran presos y muertos por los españoles que á la guarda, como dicho es, se habían puesto, y los del real, como desapercibidos y salteados de los otros españoles que á ellos fueron, asimismo eran heridos, muertos, presos y robados, como siendo salteados y sin sospecha fuesen tomados en todo descuido y desarmados, y así infinitos de ellos pasaron por el filo de las espadas de los españoles. Los franceses que en este trance murieron fueron muchos, y muchos se dieron á prisión, entre los cuales murió el Conde Ameri, persona de mucha virtud y fortaleza, peleando como valentísimo guerrero y esforzado caballero en medio del ejército español. Este antes que muriese en confesión descubrió al Gran Capitán muchos secretos de los franceses, de los cuales no poco provecho resultó al Gran Capitán en aquel hecho, y después de esto, el Conde, con mucho arrepentimiento de sus pecados, pesándole cómo había sido contrario al Rey D. Fernando de Nápoles, su derecho señor, dió el ánima á su Criador. De esta manera los españoles dejaron desocupada aquella ciudad de sus enemigos, siendo, según dicho es, casi todos muertos y presos. Los que se pudieron escapar huyeron sin ninguna orden, y sin esperanza de poder tornar sobre sí se fueron á juntar con los otros franceses que estaban aposentados por el reino. El Gran Capitán, viendo la suma bondad de sus capitanes y soldados y cuán á su salvo habían alcanzado aquella tan impensada victoria, distribuyó como buen capitán todo el despojo que en aquella batalla hubo, dejándolos á todos muy contentos y satisfechos de su largueza y magnificencia. E yendo de camino adonde era su designio para el Rey, y viendo de lejos la villa de Atella, que está no muchas leguas de Nápoles, sobre la cual había muchos días que el Rey D. Fernando estaba, porque ya la ciudad de Nápoles estaba limpia de franceses y no creían poder tomar la villa de Atella por la buena gente que dentro de ella había dejado, determinó poner sitio sobre ella y cobrarla y no alzar el cerco hasta haberla tomado, pareciéndole que era menoscabo de la gente española si así no lo hacía; y así hizo lo que adelante se dirá.

CAPÍTULO XXVIII

De lo que el Gran Capitán hizo sobre la villa de Atella y de la muerte del Rey D. Fernando de Nápoles.

Todos los franceses estaban ya tan alborotados y temerosos viendo que no tenían casi lugar seguro en todo el reino de Nápo-

les, que no sabían qué hacer ni disponer de sí. Y lo que más causa les dió á perder la esperanza que tenían del remedio fué que la gente que aguardaban que había de venir en su favor habían sido todos muertos y desbaratados sobre la ciudad de Laurino, según dicho es. De manera que ya no les quedaba esperanza de salud, especialmente estando en tanto estrecho la villa de Atella, sobre la cual el Rey D. Fernando había estado mucho tiempo y aún estaba; y era aquélla de sitio muy fuerte y guarnecida de mucha y muy buena gente, y entre los otros estaba el capitan Virginio Ursino, el cual, como al principio vió que los franceses prevalecían, dejó de seguir al Rey D. Fernando su señor y con sus hijos se pasó al francés. Pues como el Gran Capitán se partiese de Laurino con su gente, dejando en ella la seguridad que convenía, tomó el camino de Atella, adonde el Rey D. Fernando, como dicho es, estaba y había mucho tiempo que la tenía cercada, y llegado á ella en buen tiempo halló que el Rey la tenía con el sitio bien apretada, y cierto la hubiera tomado, sino que le estorbó mucho una grande enfermedad que tuvo aquel verano, de la cual, según diremos, murió. Pues como el Gran Capitán allegó al cerco de Atella, después de haber besado las manos al Rey y él haberle recibido con mucho amor y afabilidad y pasado con él muchas palabras amorosas, de voluntad del Rey tomó cargo de la presa de aquella villa, como lo puso por obra, porque reconociéndola y dando vista alderredor de ella, hallóla por todas partes muy fuerte; pero como era de muy buen juicio y de un entendimiento raro, consideró que si en necesidad puesta no se daba á partido, que por fuerza sería dificultoso el prenderla, porque allende que ella era muy fuerte y estaba en muy buen sitio, dentro, como habemos dicho, había mucha y muy buena gente de guerra para defenderla. Finalmente, después que el Gran Capitán lo consideró todo por menudo y lo trató con sus capitanes, fué entre ellos sacado en limpio que quitasen el uso de los molinos que tenían los de Atella en un arroyo que de los montes cercanos cae en Losanto, que daba á los cercados gran provecho en molelles el trigo y proveelles de agua, y así por hacer de presto alguna honrada hazaña y mostrar delante los capitanes de diversas naciones que allí había el esfuerzo, ánimo y destreza de los españoles, envió la infantería española con escudos contra los gascones y otras gentes que estaban en guarda de los molinos ya dichos, y después de aquellos otros infantes piqueros que corriesen y acometiesen los enemigos, y de la caballería hizo dos partes en esta manera: que la una parte, en la cual había algunos hombres de armas, que se pusiesen entre la ciudad y los molinos, opusiéndose á los franceses si salían á dar socorro á los suyos, y la otra parte, escaramuzando y alargándose por toda parte, tomasen en medio á los enemigos. Comenzóse por ambas partes una sangrienta escaramuza, y los suizos, que èran los primeros, no hicieron rostro sino muy poco, y los gascones habiendo dos veces disparado las ballestas, viéndose tan apretados de los españoles, se metieron en la huída; los caballos ligeros los siguieron hasta la villa, matando muchos de ellos; de la otra parte los hombres de armas que dijimos valerosamente sostuvieron el socorro de los franceses que salían fuera. En este tiempo Gonzalo Fernández envió ingenios para derribar los molinos, y fueron rotas todas las ruedas, quitándoles todo el uso del moler, de donde se les sucedió grandísimo daño, y luego mandó tañer á recoger antes que los franceses enviasen mayor número de gente á dar socorro á los suyos. Pues acabada esta tan excelente empresa, ganó Gonzalo Fernández y los españoles para con todos grande honra y loor de presteza y singular prudencia, el esfuerzo y valor de los cuales en las cosas de la guerra aun no eran conocidos. Tres días después los españoles y los italianos ganaron la tierra de Ribacandida, que está puesta en el camino de Benosa. Los franceses, por la venida de Gonzalo Fernández perdido el ánimo y desconfiados de todo buen suceso de su empresa y perdidos los molinos y el agua, por la cual muchas veces aunque con harta pérdida habían cabe el río combatido, y viendo que Pablo Ursino y el Vitellio habían salido fuera para querer ir á Benosa y habían sido en el camino desbaratados, comenzaron á tratár de darse, y monsiur de Persi habiendo hablado sobre ello con el Rey se concertaron de esta manera: Que todos los franceses sin injuria alguna se pudiesen ir todos á Francia y se saliesen

del reino dejando el artillería y los caballos señalados con la señal real. Esto hecho, la gente del Rey D. Fernando se metieron en la villa y el Rey mandó prender al capitán Virginio Ursino y á Jordán Ursino, su hijo, por haberse pasado al francés, siendo traidores á su corona, y así presos los mandó guardar en Nápoles, adonde murieron en la prisión. Pasados algunos meses, los franceses, por ser viciosos en el comer y beber, y con el grande calor del verano y con aire extranjero, después que sucedió un otoño pestilencial, por lo cual murieron muy muchos de ellos en Castellamar y en Puzol, entre los cuales murió el Capitán General Gilberto Mompensier, y Lenoncort, llamado por otro nombre el Bayli de Bitri, y cuatro capitanes de suizos, y los que de aquella contagiosa enfermedad quedaron libres embarcándose en sus naves se fueron la vía de Francia, los cuales padeciendo naufragio murieron casi todos en la mar. Después de esto, ya que las cosas del reino estaban en todo sosiego y quietud, el Rey don Fernando, aquejándole todavía una calenturilla lenta y con la intemperancia del otoño, como dicho es, fué Nuestro Señor servido de llevarle de esta presente vida, y murió en el monte de Soma, no habiendo aún gustado de la alegría de la victoria, dejando por heredero del reino á su tío Federico. Muy llorada fué la muerte de este noble Rey de todos los de Nápoles y de toda la mayor parte del reino, y en extremo pesó al Gran Capitán, el cual hizo por su muerte mucho sentimiento: por razón que él era muy humano y familiar con todos, y por su grande bondad, magnificencia y virtud, en lo cual excedía en mucho grado á todos sus predecesores, por lo cual había hallado más gracia y amor en los suyos que no hallaron sus pasados, y lo que más los juntaba á dolor y tristeza para tener mayor sentimiento de su muerte era por haberle salteado la muerte en su juvenil edad y floreciente juventud y cuando había de descansar, pues tenía pacífico el reino. Y de esta manera todo el placer y alegría que tenían del triunfo y victoria que habían habido de sus enemigos se tornó en mucho dolor y tristeza por la muerte de tan noble Rey, y con esto se les acrecentaba muy mucho la pena en ver que en espacio de cuatro años habían sentido la muerte de tres Reyes, que fueron el Rey D. Fernando abuelo de este noble Rey, y el Rey D. Alonso, su padre, que fué á Sicilia, y agora de este Rey D. Fernando, con quien todos vivían muy alegres y contentos y de ellos era muy amado y ellos de él muy bien y humanamente tratados.

CAPÍTULO XXIX

De cómo los de Nápoles alzaron por Rey á don Federico[1], *tío del Rey D. Fernando, y del aparejo que el Rey de Francia hizo para volver sobre Nápoles.*

Después de la muerte del Rey D. Fernando de Nápoles, los napolitanos alzaron por Rey á D. Federico, hijo del Rey D. Fernando primero. Este Rey D. Federico fué hermano de don Alonso y tío de D. Fernando, el que últimamente, según dicho es, fué muerto, el cual de común consentimiento y conforme á la voluntad del sobrino fué declarado por Rey de Nápoles y jurado con la solemnidad acostumbrada. El Gran Capitán, después de ser don Federico alzado por Rey, lo fué á visitar y le dijo el pesar que de la muerte del Rey D. Fernando tenía y lo mucho que lo había sentido, pero que en recompensa de tanta tristeza Dios le había consolado con haber sucedido en aquel reino un tan noble Rey, y haber sido elegido en tanta y tan universal conformidad de todos los de aquel reino, y, pues conocía que todo lo pasado y lo presente lo había hecho Dios, debajo de cuyo poder y amparo son todas la cosas, conformándose con su voluntad, él prometía que todo aquello que su poder y fuerzas bastasen lo serviría como habia hecho en vida del Rey D. Fernando su sobrino. El Rey D. Federico, muy alegre y contento de las palabras y ofrecimiento del Gran Capitán de ayudarle y favorecerle en todo lo que tocase á la seguridad del reino, agradecióle mucho y con muy abundantes palabras su voluntad, y díjole muy amorosamente que mucho tiempo había que de su fe y virtud y de su ánimo y esfuerzo tenía entero conocimiento, y asimismo de la fortaleza y osadía de sus soldados, por lo cual no dudaba el estado del reino de Nápoles, que muy quieto y pacífico y sosegado estaba, y lo hallaba permanecer en lo mismo, mayormente siendo él á todo pre-

[1] En la Crónica que nos sirve de original se lee indistintamente Fadrique y Federico, siendo éste el que debe leerse.

sente, y pues que Dios había sido servido darle en su edad y reinado tan buen caudillo y compañero para la defensión de aquel reino, que le rogaba muy afectuosamente que algunos lugares que quedaban en el reino rebelados, y por el francés, que eran Barleta, Rocaguillerma, Taranto, Gaeta y otros pueblos en Calabria, los conquistase y tornase pacíficos para su servicio, pues que él mejor que ninguno sabía castigar semejantes rebeldes, prometiéndole junto con esto que si la fortuna, que hasta allí había sido contraria á sus predecesores, mudaba su voluble rueda en consentirle gozar de aquel reino más descansadamente que á sus pasados, él vería cómo la gratificación de sus servicios no sería con menos voluntad hecha que sus grandes trabajos merecían, lo que el Gran Capitán, como deseoso de ejercitar su persona en semejantes trances, con alegre cara aceptó. Y así luego dende á pocos días se despidió del Rey D. Federico y puso en orden su gente tomando el camino de Barleta, con muy crecido deseo de cumplir lo que el Rey D. Federico le había encomendado; el cual como llegó sobre Barleta, sin poner mucho trabajo en tomarla, la ganó y redució al servicio del Rey de Nápoles, con algunas otras fuerzas importantes que todavía estaban por el Rey de Francia, y esto causaba que ya las victorias pasadas peleaban por el Rey D. Federico. Hecho esto, el Gran Capitán se pasó sobre Gaeta, la cual por ser fuerte y estar á la costa de la mar, por donde de cada día esperaban socorro de Francia, se estuvieron mucho tiempo sin se querer dar; pero después al fin de mucho y largo trabajo que en el cerco pasaron, así los cercados como los cercadores, el Gran Capitán la tomó á partido para el Rey Federico, y lo mismo hizo de la ciudad de Taranto, la cual visto que casi todo el reino de Nápoles pacíficamente había recibido al Rey don Federico, no pudo dejar de hacerlo mismo; de suerte que en todo el reino de Nápoles no quedó cosa que no siguiese el nombre y parcialidad del Rey D. Federico, y esto en público, porque algunos encubiertamente no dejaron de tener consigo algunos franceses. Entre los otros estaba monsiur d'Aubegni, el cual por la partida de Gonzalo Fernández hacía guerra contra las ciudades desnudas de defensa, pero habiendo entendido la infidelidad de sitio de Atella, y la presa de las ciudades de Barleta, Gaeta, Taranto y otras muchas fuertes plazas, y sabiendo que se volvía ya Gonzalo Fernández con estas victorias, del cual sabía que le convenía mucho temerse, quiso antes aprovecharse del beneficio del concierto que con vano esfuerzo tomar las armas ya vencidas de la fortuna, y sacada la guardia dejó desembarazada toda la provincia. No muchos días después Gonzalo Fernández fué llamado del Rey Federico para que domase á los olibetanos, porque éstos en la tierra de Aquino y Bruzo con grande obstinación perseveraban en la fe del francés, y habían muerto en la isla de Bico á D. Rodrigo de Abalos Monterisio, hermano de D. Alonso, Marqués de Pescara, capitán de grande valor; pero éstos oyendo y entendiendo la venida de Gonzalo Fernández y juzgando que el perdón de sus culpas estaba puesto en la humanidad y autoridad suya para que los perdonase el Rey, pareciéndoles no esperar la fuerza de un capitán tan valeroso, se le rindieron y volvieron á la obediencia de Federico. Pues habiendo sojuzgado los olibetanos, como dicho está, se volvió al Rey que estaba en Nápoles, siendo seguido de una grande multitud de embajadores de aquellos que se habían reducido á la obediencia real, teniendo por cierto que con su intercesión el Rey les perdonaría su obstinación y rebeldía. En aqueste tiempo el Rey Carlo octavo de Francia, que ya había sabido el estado en que estaba el reino de Nápoles, pesándole en muy grandísima manera de tan inconstante y varia fortuna en tanta brevedad de tiempo, procuró con muy grandísima diligencia de volver otra vez él mismo en el reino de Nápoles y dejar tan castigadas y domadas todas sus tierras y tan amigas de su servicio, que tan sueltamente como hasta allí no recibiesen ajenos señores. El cual con este presupuesto hizo un muy grande y crecido ejército y pasó con él segunda vez en Italia. El Duque de Milán, que bien temía aquella venida del Rey de Francia en Italia, dado caso que al presente fuese su amigo, según que en la restitución de la villa de Novara quedó asentado; pero considerando que aquella amistad antes había sido hecha por el francés con necesidad que con voluntad, que no sería mucho que de esta vez recibiese algún daño en su estado. Por lo cual el más seguro remedio que halló en aquel caso fué tornarse á confederar otra vez con sus amigos y sos-

tener el concierto y liga pasada con ellos de la manera que de primero estaba. Y con esta confederación los venecianos enviaron al Conde de Pitiliano Nicolao Ursino con gente en favor del Duque de Milán. Y asimismo enviaron á suplicar al Emperador Maximiliano viniese con sus gentes á les ayudar, porque se temían del Rey de Francia, que según era fama venía con muy grande poder segunda vez contra el reino de Nápoles. Esto hacía por dos fines: el uno, porque pensaban que viniendo el Emperador con su ejército en Italia, el Rey de Francia mudaría su propósito y no pasaría en Italia y ellos quedarían muy libres y seguros de aquel temor. El segundo fin por que ellos lo hicieron fué porque dado caso que pasase, teniendo ellos juntos los ejércitos de la liga, muy mejor se podrían valer contra el francés en cualquiera peligro que les viniese. Finalmente, el Emperador Maximiliano pasó en Italia con muy buena y escogida gente alemaña y vino á Milán, y de Milán pasó á la ciudad de Génova, y de Génova hizo embarcar su gente en las galeras venecianas y genovesas, y fué contra un lugar que se llama Liorno, el cual tenían los florentines; pero como aquel pueblo de suyo fuese bien fuerte y en aquel tiempo hubiese grandes tempestades, así en mar como en tierra, así por las inundaciones de las aguas como por los grandes hielos y nieves, y aquel pueblo fuese marítimo, no hubo lugar de poderse tomar. Por lo cual el Emperador Maximiliano dejada principiada aquella conquista se volvió en Alemaña. El Papa Alejandro como fuese amigo de los Reyes de Nápoles, por ser de su nación y tierra, procuró siempre ser enemigo de los que al Rey Federico eran enemigos, y ansí lo fué de los Ursinos, los cuales siendo como eran de antes tan amigos de los Reyes de Nápoles, por la venida del Rey de Francia en aquel reino, según dicho es, se pasaron á su bando, y por esta razón Virginio Ursino y Jordán Ursino, su hijo, fueron presos en la villa de Atella, como arriba está dicho. Y por estas razones el Pontífice Alexandro sexto envió su gente contra el castillo de Branchano, que era de Virginio Ursino, el cual fué con muy grandísima fortaleza combatido de la gente del Sumo Pontífice, pero con mucha mayor fortaleza fué de la poca gente de dentro defendido. De cuya defensión fué la causa muy principal un caballero de muy grandísima virtud y muy grande fortaleza, que á la sazón se halló en Branchano, al cual caballero llamaban micer Bartholomé de Albiano. Este dió tan excelentísimo recaudo en el dicho castillo, que no fué poderosa en ninguna manera la gente del Papa de tomarlo; pero tomaron y destruyeron otros muchos lugares y fuerzas de los Ursinos. Venía en compañía de la gente del Pontífice por Capitán general de ellos el señor Borja, Duque de Gandía, hijo del Papa Alejandro y hermano del Cardenal César Valentino, el cual en una refriega que con los Ursinos hubo junto á Basano, el Duque de Gandía llevó lo peor, siendo de los Ursinos preso el Duque de Urbino con otros muchos nobles, por el cual convino al Pontífice ser de ahí adelante amigo de los Ursinos. No muchos días después de esto, andando el Duque de Gandía de noche por Roma con solo un criado suyo, fué súbitamente arrebatado y herido de muchas puñaladas mortales y fué echado en el río Tiber, el cual después fué hallado, aunque con mucho trabajo. Grande fué el sentimiento que en Roma se hizo por la muerte del Duque, pero á la fin se asosegó viendo el daño ser irreparable y que el autor de su muerte había sido su proprio hermano el Cardenal César Valentino. La causa de su muerte, porque no se pudo saber ni alcanzar del todo sino por conjeturas, no se escribe aquí.

CAPÍTULO XXX

De cómo el Gran Capitán por ruego del Papa fué sobre Ostia y la tomó de poder del francés que la tenía.

Estando ya las cosas del reino de Nápoles en mucho mayor sosiego que nunca hasta entonces habian estado, sino era Rocaguillerma, una tierra fuerte y rebelde que muchas veces, confiándose en su fortaleza, se había levantado contra el Rey de Nápoles, el Gran Capitán como se había ido á Roma para holgarse en ella y ver algunas cosas que deseaba ver, y también por besar los pies al Papa y dar un poco de descanso á su persona, que no poco trabajo había pasado en aquella conquista, el Sumo Pontífice, que por la fama tenía de él no poca noticia y acordándose que en aquel tiempo Menaldo Guerra, vizcaíno, cosario cruel y capitán del castillo y puerto de Ostia, estorbaba totalmente la

navegaciòn del Tíber, tanto que el pueblo romano estaba muy apretado por la falta y carestía de las vituallas que no venían á la ciudad como solían, porque los mercaderes sicilianos, calabreses, españoles y ginoveses y otros muchos temían la crueldad del cosario y se iban á otra parte, porque cualquiera navío que llegaba á Ostia, si los marineros á la hora caladas las velas y levantando los remos no se juntaban á la ribera que estaba debajo el castillo á dejarse saquear y prender, luego eran con el artillería echados al hondo y abrasados, y había faltado muy poco que no prendiesen las galeras del Papa ó verdaderamente las destrozasen y arruinasen, las cuales descuidadamente habían venido á la boca del río. No se podía la crueldad de este tirano por ninguna condición que le fuese hecha traer á concierto ni derribarle, sino con hacelle justa guerra; pues no estimaba su arrogancia y crueldad las excomuniones del Papa, ni se mostraba otro camino más poderoso y presto que el de Gonzalo Fernández para que pudiesen domar este monstruo y librar á Roma del extremo peligro de la hambre. Fué rogado con mucha instancia fuese contento de hacerle tanta gracia que con su gente fuese sobre la ciudad de Ostia y echase de ella al francés antes que llegase á ella el Rey Carlo, que según era fama venía otra vez en Italia. El Gran Capitán oyendo los afectuosos ruegos del Sumo Pontífice, fué contento de hacer este servicio á Su Santidad, especialmente persuadiéndoselo el Rey Federico, considerando cómo quedarían del todo libres las cosas del reino de Nápoles tomando aquella ciudad. Y así determinó de poner en la expedición de aquel hecho no menor diligencia y solicitud que había hecho en cobrar todo el reino de Nápoles. Por lo cual saliendo de Roma fué la vía de Rocaguillerma, adonde había dejado toda su gente, y dejando sobre la villa el ejército del Rey D. Federico, él con toda su gente se fué la vía de la ciudad de Ostia y se puso sobre ella en lugar conveniente. Menaldo con su soberbia no dejaba de hacer males ni quería escuchar ninguna condición de paz; puesto que el Gran Capitán le había enviado á decir fuese contento de dejar la ciudad en paz y se saliese de ella ó viese lo que determinaba de hacer sobre aquel caso, lo cual el Gran Capitán hizo, no por ser necesario, sino porque como él fuese dotado de más mansedumbre y humanidad que otro ninguno, quería justificar su demanda y procurar de traerlo á su opinión sin lanzada ni sangre de sus soldados. Pero como el capitán Menaldo fuese de natura soberbio, no tenía al Gran Capitán ni á su demanda en nada, antes luego hizo demostración de defenderse, y aun empezó de ofender al enemigo, porque pensó de sostenerse en la ciudad hasta tanto que el Rey de Francia viniese y le enviase socorro, y también porque como él tenía la ciudad bien proveída de bastimentos y municiones y bien artillada y buena copia de gente de guerra, no recelaba ningún revés. El Gran Capitán, que muy enemigo era de los hombres soberbios, y teniendo por cierto que donde hay soberbia no puede haber fortaleza, habiendo gastado tres días en aparejar lo necesario para dar el asalto, y habiendo reconocido todos los pasos y lugares por donde la ciudad se podía combatir, ajuntó todos los capitanes á consejo y con increíble juicio les dijo el lugar por donde se podía entrar al enemigo, que era plantando el artillería por una banda, por tener allí ocupados los enemigos, y por la otra banda se pusiesen las escalas al muro. Aparejada, pues, la jornada y hecha por el Gran Capitán una muy copiosa oración á su gente, por la cual les persuadió á ser constantes en el combatir y animosos á la honra española diciendo:

ORACIÓN DEL GRAN CAPITÁN

«Todos los españoles que aquí estamos pienso que nos movemos á desear la virtud y trabajar de haberla, porque veo que todos nos ejercitamos el cuerpo y lo contentamos con semejante mantenimiento y que todos somos tenidos por dignos de que igualmente con las más naciones antiguas y modernas nos igualemos y que lo mismo se pone delante los ojos del entendimiento. Todos tenemos por presupuesto de servir en esto al Sumo Pontífice y agradar al Rey Federico y ensalzar nuestra nación y ganar honra y fama para nosotros y nuestros descendientes, mostrando cuán clara deba ser la nación española entre las otras. Y así seremos estimados de los presentes y de los venideros; pues mostrarnos valientes contra el enemigo no sólo conviene á los particulares, sino á

todos en general, y esto es lo que cada uno se debe persuadir á sí mismo y lo que ha de tener por mejor. Agora se nos allega ya la hora de haber de pelear y la jornada que los deseosos de honra siempre habéis procurado. Y esto veo que todos los hombres lo saben hacer, no tanto por su industria como porque natura se lo enseña, como también lo saben todos los animales, cada cual de su manera, sin que lo aprendan de otro sino de la naturaleza. El buey hiere con el cuerno y con él pelea, el caballo con coces, el perro con los dientes, el jabalín con el colmillo, el asno con los brazos, el unicornio con el solo cuerno, y todos los animales saben guardarse del peligro. Y yo siendo muchacho á escondidas tomaba la espada y esgremía sin que me viesen, porque no solamente me era natural como el andar y correr, sino porque me parecía muy suave para el movimiento natural. Mas pues nos espera el combate donde más es menester el ánimo y osadía, el cual sé que antes podemos perder por sobrado ánimo que por flaqueza, como ya de vosotros, señores, tengo experimentado, demos lugar á las palabras, pues en vosotros, señores, no son necesarias y entendamos en lo que conviene como tenéis entendido».

Y como en todos los de su ejército hallase un ánimo y deseo conforme al suyo, hizo combatir la ciudad por la una parte que le pareció más conveniente y muy apretadamente y por la otra parte allegar las escalas como antes estaba determinado. De cuya causa, como la batería fuese tan recia con la artillería y allí acudiesen la mayor parte de los cercados, por la otra parte de la ciudad acudieron los escaladores, estando de esto bien descuidado el capitán Menaldo, y subieron con grande presteza en lo alto de la muralla y echaron de ella los pocos que la defendían. Y apellidando «España, España», mataron mucha parte de los franceses que defendían aquella parte del muro, y así fué tomada Ostia y junto con el castillo. Menaldo el capitán, viendo sus cosas perdidas y abatida la bravosidad de su ánimo, solamente pidió la vida, dejándose atar vituperosamente para después ser llevado en triunfo y ser de todos afrentado y escarnecido él y otros muchos soldados y gente francesa. Los cuales fueron metidos debajo de estrechas cadenas y guardas hasta que no quedó que hacer en la ciudad de Ostia. Y después de haber todo esto hecho, hizo meter á saco todas las moradas de los ciudadanos que habían sido de la parte de los coloneses y franceses contra el Pontífice. Y después de esto, dejó mucha, buena y escogida gente en guarnición de la ciudad de Ostia; y dejándola proveída juntamente con el castillo de todo lo necesario á su defensa, se volvió á Roma á dar cuenta al Sumo Pontífice de lo que en su servicio había hecho y por su mandado y cómo había sujetado á Ostia y sacádola de poder del tirano y de los coloneses que tiránicamente la tenían usurpada y oprimida. Y asimismo le presentó al capitán Menaldo Guerra con otros muchos soldados principales que con él prendió, y le hizo presente de muchas joyas y cosas ricas que en el saco de aquellos que le habían sido enemigos hubo. Entró Gonzalo Fernández en Roma por la puerta de Ostia á guisa de triunfante, acompañado de las voces y alegría del pueblo romano, las cuales demostraban verdaderamente el gran beneficio recibido de su mano. Fué reputada aquella alegría por más noble que la de aquel excelente capitán Camillo por muchas razones que para ello se daban, y así despertaba grandísimo regocijo en todos los ciudadanos y moradores de Roma. El capitán Menaldo era llevado atado encima de un caballo flaco, laso y cansado; era su ver espantoso, así por la barba blanca, crecida y revuelta como por los ojos terribles y fieros, el cual con un amargo y enfermo mirar demostraba ser del todo abatido su ánimo, aunque no del todo domado. Era acompañada la pompa de este apacible espectáculo por medio de Roma con muchos atambores y trompetas, siguiéndole detrás la infantería y caballería española. Y llegaron á San Pedro, donde el Papa en una sala muy aderezada y asentado en una silla debajo un rico dosel recogió á Gonzalo Fernández, y el Colegio de los Cardenales se levantó para recibirle, y él se arrodilló á besarle los sacros pies. El Papa se levantó y besó en el rostro al Gran Capitán, y en un largo y grande razonamiento que hizo le loó y engrandeció mucho sus hazañas valerosas, y le dió gracias por haber libertado á Roma de tanto trabajo y haber traído consigo el tirano y sus secuaces con la seguridad de toda la patria, aunque tenía ya entendido todo lo que

el Gran Capitán en su servicio había hecho en la presa de Ostia y los gastos que había sustentado en animar y persuadir á sus soldados que no querían ir á la conquista de Ostia por no ser cosa que tocaba al mandamiento de sus Reyes y señores, por ser cosa fuera del reino de Nápoles. A todas estas cosas Gonzalo Fernández grave y modestamente respondió no demandando otra cosa sino, según su costumbre y la clemencia acostumbrada y cristiana, fuese perdonado el capitán Menaldo, el cual humildemente se le había echado á los pies, y que los ciudadanos, los cuales estaban gravemente trabajados de los gravísimos daños, gozasen por tiempo de diez años de libertad de no pagar derecho ni imposiciones algunas. Todas estas cosas Su Santidad á ruego de Gonzalo Fernández las concedió y al capitán Menaldo fué dada libertad para irse á Francia. El Gran Capitán quedando en Roma por algunos días para descansar de los trabajos pasados, deseando dar fin á las alteraciones de Italia, pedida licencia al Sumo Pontífice se fué á Nápoles para de allí ir á Rocaguillerma, donde había dejado el ejército del Rey Federico.

CAPÍTULO XXXI

De cómo el Gran Capitán se fué con su gente sobre Rocaguillerma y la tomó.

Después que el Gran Capitán hubo cumplido con el mandamiento del Sumo Pontífice, según dicho es, y viendo que en todo el reino de Nápoles no había cosa rebelde, sino Rocaguillerma, sobre la cual había dejado la gente del Rey D. Federico, y aquella no había hecho cosa ninguna después que él la había dejado, acordó de poner en la expedición de aquella empresa mucha diligencia y brevedad, porque ya tenía deseo de tornar en España á dar cuenta á sus Reyes y señores de lo que había hecho en el reino de Nápoles después que de España vino y visitar su mujer y hijos y parientes. Y con esto con mucha brevedad con su gente se puso sobre la villa de Rocaguillerma, con propósito de no levantarse de sobre ella si no la tomaba por fuerza ó á partido. Grande fué el pesar que los de la villa recibieron viendo venir al Gran Capitán, contra cuyas fuerzas y poder no había resistencia ninguna; pero en fin, esforzándose lo mejor que podían, persuadiéndose que el Rey de Francia no olvidaría su fidelidad, acordaron defenderse como hasta allí habían hecho. El ejército del Rey D. Federico, viendo al Gran Capitán en su compañía, de las victorias del cual el universo estaba lleno y sus enemigos atemorizados y ellos como amigos hechos animosos, no pusieron duda en la victoria y conquista de aquella villa. Luego que el Gran Capitán y su gente hubieron descansado del trabajo del camino, puso su gente en orden y plantada su artillería hizo batir la villa con grande ánimo, y allegando la gente al muro (aunque hacía muy grande resistencia), como pensase de entrarla, no hubo su designo tan buen efecto tan presto como quisiera, porque como la villa, como dicho es, fuese muy fuerte y bien defendida por los de dentro, aquel primer acometimiento no surtió el efecto que deseaban. Algunos días estuvo el Gran Capitán sobre aquella villa, dándole cada día asaltos, y acometiéndola á horas impensadas y de diversas maneras, con ingenios exquisitos y combatiéndola fuertemente, y todos en vano; pero los de la villa, considerando que puesto que por algún tiempo se pudiesen defender, á la larga creyeron que de necesidad habían de venir á las manos del Gran Capitán, así porque con el tiempo les faltarían las vituallas y no tenían esperanza de socorro, acordaron que el mejor remedio y partido era dar la villa debajo de condición honesta, que era que no les fuese hecho daño en sus personas ni haciendas y que pudiesen salir libremente si quisiesen. El Gran Capitan, entendido esto y viendo que le era mejor que no gastar en vano el tiempo sobre aquella villa tan fuerte, tuvo por bien de los recibir debajo de aquel concierto, que no había pasado poco trabajo en la conquista de aquella villa; pero la gente del ejército, hostigados de las muchas fatigas que habían sustentado en el sitio de aquella villa, no quisieron venir bien en ello, antes metidos bien en armas arremetieron todos contra la villa con muy grande deseo de saquearla ó morir en la demanda. El Gran Capitán, metiéndose en medio procuró con todo su poder de apartar á los soldados de aquella obstinación y fuerza que hacer querían; pero viendo que era imposible resistir á una furia de gente como era aquella de los soldados, se apartó afuera, dejándolos hacer lo que querían, pues no podía más. Los sol-

dados, metidas sus personas en toda afrenta, hicieron tanto en aquel día en acometer á los de Rocaguillerma que tomaron la villa, aunque con harto daño suyo, y metiéndose dentro la saquearon, que no dejaron cosa en la villa que no fuese puesta en toda perdición. Finalmente, la villa de Rocaguillerma, bien castigada de su contumacia y rebeldía, fué de esta manera que dicho es puesta debajo de la corona del Rey D. Federico. El Gran Capitán, viendo tomada aquella villa y que ya no había cosa que le detuviese en el reino de Nápoles, dejando aquella villa á buen recaudo, se fué al reino de Nápoles á ver al Rey D. Federico, del cual fué muy bien recibido, haciéndose de ahí adelante en aquella ciudad y reino muy grandes fiestas y regocijos por ver el reino por la virtud de tan grande capitán puesto en toda libertad y restituído á su natural señor. En esta su venida el Rey D. Federico le salió á recibir fuera de la ciudad, y los napolitanos aderezaron las calles y ventanas muy ricamente, y le aposentaron en Castel-Novo, y por común consentimiento de todos fué juzgado ser verdaderamente merecedor del nombre de Gran Capitán. Pocos días después el Rey D. Federico, en recompensa de sus magníficas obras y los servicios que le había hecho á él y al Rey D. Fernando, su sobrino y antecesor, como ya se lo había prometido al principio de su reinado, le hizo merced del señorío de Santangel, que es dos ciudades y siete castillos, y de ello le dió su patente privilegio, decorándolo de muy excelentes títulos, como por el proemio del dicho privilegio se demuestra cómo él de ello era merecedor. El cual proemio es de este tenor:

PRIVILEGIO DEL DUCADO DE SANTANGEL, CONCEDIDO POR EL REY D. FEDERICO AL GRAN CAPITÁN.

«D. Federico de Aragón, Rey de Nápoles y de Jerusalén, etc. Por cuanto la principal de todas las escogidas virtudes, que es la liberalidad, fué siempre tan necesaria á los Reyes, que en ninguna manera se puede por ellos menospreciar y es tan grande que con mucho cuidado se debe abrazar, de donde se sigue que Nós, cuyos antepasados sobrepujaron en bien hacer y liberalidad, no solamente á los Reyes que hoy son, más aún á toda la antigüedad y memoria de los buenos Príncipes y Emperadores, y por ello debemos esforzarnos con mucho cuidado y diligencia, con las mismas virtudes pasar adelante á los otros. Y como los merecimientos y virtudes de Gonzalo Fernández de Aguilar y de Córdoba, ilustre y fuerte varón, Gran Capitán de armas de los serenísimos Rey y Reina de España, hayan sido tales, D. Fernando segundo, Rey de Sicilia, nuestro muy caro sobrino, tuvo por bien de loar el singular esfuerzo y excelencia de ánimo del dicho Gonzalo Fernández, y de lo ennoblecer con ornamentos de honra de fortuna; conviene á Nós ciertamente esforzarnos que el resplandor de nuestra liberalidad en este hombre esclarecido resplandezca. De manera que pensemos no tanto en acrecentar su hacienda, cuanto en ganar para Nós la alabanza de esta virtud de liberalidad; mayormente, como los Príncipes deseen ser estimados por tales cuales son aquellos á quien han por bien de hacer merced. Pues qué diremos de este tan gran varón, que lo podemos igualar con sus alabanzas, dejemos su voluntad, amor y acatamiento que nos ha tenido en los tiempos de nuestra adversidad, con qué esfuerzo, con qué consejo, con cuánto peligro de su vida quitó tan presto de las manos de los crueles franceses toda la Calabria y puso so nuestro poderío. Y como quiera que libremente debemos confesar que de todo ello somos deudores á aquellos invictísimos Rey y Reina, padre y madre nuestros muy católicos, que con su favor esta guerra francesa tan feroz y tan dañosa y peligrosa ha sido acabada. Pero el esfuerzo, lealtad, bondad, consejo y gravedad del dicho Gonzalo Fernández, no menos nos ha ayudado que la grandeza y autoridad de los dichos Rey y Reina. Tanto, que no solamente con gran razón creemos que nos fué por ellos enviado, mas que descendió del cielo para Nós. Y como quiera que á sus Majestades (porque una cosa digamos muchas veces) confesamos de muchas cosas y más verdaderamente de todas serles en cargo, á las cuales creemos no podríamos satisfacer con el precio de nuestra vida, pero no podemos afirmar que Sus Majestades nos hayan hecho mayor ni más agradable beneficio, que habernos dado manera de mostrar en los buenos hombres el agradecimiento y buena voluntad de nuestro ánimo; que cualquiera cosa que en Nós hay de cuidado, de consejo, de trabajo, todo ello nos parece que se debe emplear en ejercitar estas excelentes virtudes. Por ende, aunque

al dicho Gonzalo Fernández no es necesario, pero á Nós es cosa muy útil y honestísima honrarle de títulos y mercedes y remunerarle de premios y honras, aunque él por su vergüenza y templanza singular no lo pida ni lo desee, y que así como sus merecimientos y servicios hechos por él á Nós era al dicho Rey D. Fernando, de que es testigo la Calabria, son testigos las aldeas y casares de Cosencia, es testigo el estrago que hizo en los enemigos cabe Murano, es testigo aquella hazaña digna de memoria de Laurino, es testigo la victoria que nos dió su venida en Atella, es testigo Barleta, que poco antes se había rebelado con la Calabria, otra vez por él recobradas, es testigo esto postrero del Duque de Sora y del prefecto, es testigo todo este nuestro reino, son testigos los enemigos vencidos y desbaratados, somos en fin testigo Nós mismo del esfuerzo de su corazón y las cosas por él noblemente hechas. No las habemos sospechado, no pensado, mas sabémoslas; no las habemos oído, mas visto. Así que de la liberalidad de nuestro ánimo y debido agradecimiento, queremos que dé testimonio este nuestro privilegio, con el cual queda para los venideros perpetua memoria y demostración de nuestro amor, gracia y buena voluntad que tenemos al dicho Gonzalo Fernández, con soberana alabanza suya. Sea, pues, á Nós y al dicho Gonzalo Fernández y á sus hijos y á nuestro reino próspero, favorable, que Nós hacemos Duque de título y nombre y con insignias de Duque le ennoblecemos y damos el señorío del Ducado de Santangelo, con sus tierras, ciudades, villas, lugares y fortalezas, etc.»

Por donde claro se muestra las cosas del Gran Capitán ser tales, que en mucho mayor volumen que éste no podrían explicar ni exprimir, no digo todas por menudo, pero aun algunas de ellas que por olvido han quedado sepultadas, pues son tenidas por tan heroicas y alabadas de un tan excelente Rey como el Rey D. Federico de Nápoles.

CAPÍTULO XXXII

Cómo el Gran Capitán pasó á Sicilia para irse de allí á España, y de cómo fué necesario tornar en el reino de Nápoles por razón de muchas tierras que se habían rebelado.

Habiendo el Gran Capitán descansado algunos días en Nápoles, pasando todo el tiempo que allí estuvo mucho á su contentamiento, y viendo que ya era tiempo de volverse á España á dar cuenta á sus Reyes de lo que había hecho en el reino de Nápoles, considerando que se le pasaba el tiempo en placeres sin buscar cosa en que se ejercitase é hiciese algún fruto su fama, para que fuese puesta en mayor estimación y alteza, determinó, dejando sus delicias y al Rey D. Federico en el mayor sosiego y estado de su reino que jamás había estado, de pasarse en Sicilia para dar orden en la administración del gobierno de aquel reino, porque así se lo habían enviado á decir los Reyes de España, y que había entendido que los sicilianos estaban quejosos del Visorrey D. Juan de Lanuza, que no gobernaba aquel reino á su voluntad, y las salidas del trigo se cobraban con poca diligencia y no muy fielmente, en muy grande daño y deservicio del Rey y menoscabo de las haciendas de los del reino. Y así queriéndose partir mandó llamar toda su gente que tenía aposentada en Rocaguillerma y sus confines, á los cuales dixo que era su intención pasar en Sicilia por lo que convenía á su Rey y á aquel reino, y que en tanto les rogaba sirviesen al Rey D. Federico, porque él determinaba dejarlos aposentados en aquel reino en tanto que otra cosa no determinaba el Rey de España, su señor, en donde podían descansar algún tiempo hasta que en otras cosas su virtud fuese menester emplearse. Y así dejándolos con harta tristeza por su partida él se fué á Nápoles á pedir licencia al Rey D. Federico para pasar en Sicilia, como dicho está, el cual con mucho pesar y tristeza se la dió, viendo que no podía hacer otra cosa. Y de esta manera besándole las manos se despidió y se pasó á Sicilia, donde era muy esperado de los sicilianos. Y llamáronse luego Cortes en Palermo, y en breves días, con grande autoridad y moderación concertados los negocios, proveyó muy sabiamente en lo que al estado de aquel reino cumplía; y ciertamente todo el tiempo que en Sicilia estuvo no pasó hora que no fuese gastada en provecho y utilidad y aumento de aquella tierra y servicio de su Rey, entrando cada día en consejo, haciendo fortalecer muy bien las ciudades, villas y castillos de la costa. Finalmente, él hizo por entero todo aquello que un tan valeroso y excelente Capitán debía hacer conforme á lo que le había sido cometido por su Rey, porque era tan univer-

sal el Gran Capitán y le dotó Dios de tantas y tan extremadas gracias, que no sólo metido en las cosas de la guerra era para aquello de gran prudencia, ánimo y consejo, pero aun en los casos de la gobernación de gente, de reinos y provincias en tiempo de paz era sagacísimo y avisado cuanto convenía. Y así severamente persuadió á D. Juan de Lanuza, Visorrey de Sicilia, que amorosamente y sin extrañeza gobernase aquel reino. Pues habiendo, como dicho es, sosegado todas las alteraciones de aquella tierra, como algunos lugares del reino de Nápoles antes hubiesen obedecido al Rey D. Federico más con temor del Gran Capitán que no de su voluntad, y como viesen ya ser pasado Gonzalo Fernández en Sicilia, reveláronse contra el Rey de Nápoles y se comenzaron á desasosegar, por lo cual necesitado el Rey D. Federico envió á llamar al Gran Capitán, rogándole que diese la vuelta para Nápoles, porque algunos lugares de aquel reino se le habían rebelado y temía no se le alborotasen y causasen alguna sedición contra él en aquel reino. Por donde el Gran Capitán, habiendo ya dado orden en lo que al reino de Sicilia convenía, volvió en Italia con mucha presteza y halló al Rey en campaña allende el río Silario, estando para combatir la noble ciudad de Diano. El Gran Capitán recogió su gente que había dejado aposentada por el reino de Nápoles, viendo que los dianeses vasallos de Antonello, Príncipe de Salerno, de la casa de S. Severino, favorecían la parte Anjoína, y estos solos entre todos los otros no habían perdido en nada la esperanza y favor del francés, porque tenía por cierto que la armada francesa había de venir en aquella ribera á renovar la guerra, confiados en la fortaleza del lugar y en la muchedumbre de vituallas que aparejadas tenían de antes. Y pensaban que les sería tenido á grande honra si habiéndose rendido los otros al Rey vencedor, ellos casi solos entre todos hubiesen mantenido la fe. Probó el Gran Capitán con parlamentos de reconciliar á los dianeses con el Rey, mas todo fué en vano para con la loca multitud de los ánimos obstinados que tenían, ofreciéndoles él como medianero condiciones de humanidad grandísima. Pero al fin el negocio se volvió á la fuerza y rigor de la guerra y armas, y por el mandado del Gran Capitán fué en dos partes plantada la artillería y trinchea, las cuales cubrían á los que combatían. El batir duró algunos días; la largueza de la fatiga encendía cada día más los ánimos á los soldados españoles en la esperanza de la presa y de la venganza. Los cercados, por el contrario, con el temor de la muerte y del castigo, aunque cansados del cuerpo y con fatiga del ánimo se mantenían en la última obstinación y porfia. Mas la humanidad del Gran Capitán mandó poner fin á la batería; porque los dianeses, domados de la hambre y presos, esperando como merecedores del último castigo, por su intercesión fueron perdonados del Rey Federico. Después de esto fué tomada otra villa, que decían Atrevi, con otros lugares comarcanos que también se habían rebelado. Vuelto á Nápoles con aquella prosperidad y estando con el Rey, recibió cartas por las cuales le mandaba el Rey D. Fernando de Aragón que viniese á España para informarse dél muy particularmente de la cosas acaecidas en el reino de Nápoles. Entendido lo que pasaba, el Rey D. Federico le dijo que tomase lo mejor que le pareciese en el reino por sus trabajos. Pero el Gran Capitán no quiso ninguna más de amonestarle que procurase de conservarse en aquel reino tratando á sus vasallos de tal manera que teniéndole el debido amor que como á su Rey y señor deben tener los súbditos, no les causase lo contrario. El cual después de agradecido su buen parecer, comunicó con él muchas cosas muy importantes á aquel reino en mucho secreto. Pues habida su licencia, aunque con hartas lágrimas y sollozos, embarcado que fué en la armada con la más escogida gente, y en especial con los capitanes de caballos y infantería, los cuales en muchas guerras habían hecho grandes hazañas dignas de grande loor y premio, navegó para España. Cosa digna de memoria es decir con cuánta honra el Rey don Fernando y la Reina doña Isabel recibieron al Gran Capitán, confesando á boca llena el Rey que mucha más gloria había recibido y adquirido la corona de España habiendo tornado á sus parientes en su antiguo reino y echado de aquel los franceses enemigos por medio del Gran Capitán que no él por la presa de Granada y por haber echado los moros de aquel reino. Bien demostró el Rey con efecto que aquel loor y honra que le daba no procedía de lisonja ni adulación, sino de juicio de ánimo libre y verdadero. Y así dijo el Rey al Gran Capitán alargándose de la silla y abra-

zándolo: Gran Capitán, la ventaja que á los vuestros lleváis en la guerra, en la paz os lo han tomado hoy, y esto decía porque el Gran Capitán acostumbraba ser el primero en la lid y el postrero que de ella salía. El Gran Capitán besando las manos á sus Reyes con el acatamiento debido les dió cuenta y relación entera de lo que después que pasó en el reino de Nápoles había hecho, diciendo en cuánto sosiego y quietud quedaba á la sazón el reino de Nápoles, y que según creía duraría muchos años sin tornar á reinar los franceses en él tan libremente como otros años habían reinado, aunque también les dijo cuán dudoso quedaba de sosiego, porque se decía que el Rey de Francia de nuevo hacía gente y se creía que quería volver sobre aquel reino. Pero sobreviniendo la nueva de la muerte del Rey Carlo octavo, Rey de Francia, ya nombrado, estuvo algún tiempo aquel reino pacífico hasta que el Rey Luis, sucesor de Carlo, pasó segunda vez en el reino de Nápoles, según que en la segunda parte de esta crónica se dirá. Pero en tanto trataremos otras cosas que en este medio sucedieron en España y otras partes.

FIN DE LA PRIMERA CONQUISTA DEL REINO DE NÁPOLES, HECHA POR EL GRAN CAPITÁN GONZALO FERNÁNDEZ DE AGUILAR Y DE CÓRDOBA.

LIBRO SEGUNDO

DE LA

CONQUISTA DEL REINO DE NÁPOLES

HECHA POR EL

GRAN CAPITÁN GONZALO FERNÁNDEZ DE AGUILAR Y DE CORDOBA

CAPÍTULO I

De cómo los moros de Granada se levantaron con las Alpujarras y el Gran Capitán los venció y sujetó.

No habían pasado dos años después de la venida del Gran Capitán en España por mandado de su Rey, como está dicho, creyendo ya haber hallado reposo en sus tierras de sus tantos trabajos pasados, la fortuna (la cual le había estado siempre firme y verdadera compañera de la virtud) le presentó á la hora nueva manera de guerra, y fué que los moros del reino de Granada se amotinaron, los cuales no habían querido seguir al Rey Boabdelín, vencido en la batalla, el cual perdido que hubo el reino se partió de España, y ellos habían sido recibidos en fe debajo de ciertos capítulos y condiciones. Metiéronse en armas y dieron señal de una nueva é importantísima guerra; porque no podían sufrir de ser constreñidos á baptizarse, é hiciéronse fuertes en el Alpujarra á una falda de la montaña en un lugar que se dice Lanjarón y parece que llamaban de la vecina Berbería un mozo de sangre real á la esperanza del reino. El cual favorecido de grandes ayudas de bárbaros parecía que de cada hora se aguardaba en España. El Rey D. Fernando, desvelado con este tumulto, mandó á todos los grandes que por el bien y reputación de España ajuntasen sus gentes y en breve tiempo fueron juntos seis mil hombres de guerra. Y hizo de su ejército Capitán general á Gonzalo Fernández, la cual determinación fué á la verdad con maduro consejo hecha por no dar desabrimiento á los grandes que no querían que ninguno de su orden y potencia les fuese preferido. Y de su voluntad holgaban de seguir á uno que fuese inferior de ellos en señorío, el cual se aventajase en esfuerzo y plática en las cosas de guerra á los otros. Porque aunque Gonzalo Fernández no se pudiese igualar en el estado y patrimonio con los señores de Castilla, porque todo el estado del padre según las leyes de Castilla pertenecía por el mayorazgo á su hermano D. Alonso, él solo por su merecimiento y valor era tenido y se trataba como los más principales. Pues así escogido por Capitán general, como dicho es, y por todos aceptado la elección, con grande diligencia hizo reseña y mandó á su hermano D. Alonso de Aguilar, que era capitán de una banda de caballos, que cerrase la orden y marchase para sus enemigos. Y como llegaron cerca de Lanjarón el Gran Capitán mandó que la gente de caballo por la halda de la montaña, que es hacia lo llano, diesen una vista haciendo demostración de querer combatir el fuerte de los enemigos. Y en tanto que el enemigo estaba atento mirando la gente de caballo y empezando algunas escaramuzas ligeras entre ellos, el Gran Capitán con la infantería muy secretamente subió á lo alto de la mon-

taña, y al tiempo que la gente de á caballo andaban envueltos con los moros, que bien descuidados estaban de la sobrevenida de los infantes, llegó Gonzalo Fernández con su gente y dió en ellos de tal manera que si llegara al cabo de su designo no quedara moro de ellos á vida, aunque peleaban como hombres desesperados y con intención de morir antes que rendirse. Mas Gonzalo Fernández, como aquel que era más inclinado á piedad y mansedumbre que no á crueldad y rigor, y como era conocido de los moros por tantos razonamientos que con sus Reyes había tenido y siempre había sido entre ellos y su Rey benigno árbitro de paz ofreciéndoles honestísimas condiciones, teniendo por ayudador á D. Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, Alcaide de Alhambra, fueron del Rey perdonados todos sus errores y rebelión y todo el reino de Granada fué pacífico. Ganó en esto Gonzalo Fernández grande loor de humanidad é industria igual á la gloria de la guerra pasada, pues con haberse fundado en la elocuencia juntamente con el ejercicio militar, había traído á una tan buena y breve conclusión un negocio tan importante y calificado, tan provechoso á la Corona real y casi sin derramamiento de sangre. Y esto causó la reputación en que los moros al Gran Capitán tenían, al cual tenían más temor que á todos los otros capitanes. Y así la principal causa por que tan presto y tan voluntariamente se dieron á partido fué ésta.

CAPÍTULO II

Del aparejo que el Rey Luis de Francia hizo para venir sobre el ducado de Milán y el turco para venir sobre los venecianos.

Dos estados en Italia han sido siempre de los Reyes de Francia muy deseados y aun procurados con todas sus fuerzas y mañas. El uno el reino de Nápoles, de cuya conquista se ha tratado y tratará, y el otro el ducado de Milán, por los derechos que pretenden á ellos tener aunque falsa y fingidamente. Y ansí como esta opinión después que el Gran Capitán pasó en España, como en el primero libro se recita, que fué en el año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y siete, el estado del reino de Nápoles estuvo en mucho sosiego y paz por algunos años, hasta que el Rey Luis de Francia, onceno de aquel nombre, sucesor del Rey Carlo octavo, pasó segunda vez en Nápoles, que fué en el año de mil y cuatrocientos y noventa y nueve, según que adelante se dirá. Entre el cual y el Papa Alejandro con venecianos y florentines habían hecho una liga muy dañosa á Italia contra Ludovico Esforcia, Duque de Milán y contra el Rey Federico de Nápoles. Con estas condiciones: que al Rey Luis de Francia se adjudicase Milán, á venecianos Cremona, á Césaro Borja, hijo del Papa Alejandro (el cual habiendo, como en el primero libro se cuenta, muerto cruelmente á su hermano el Duque de Gandía, había desechado el capelo de Cardenal y había en Francia tomado por mujer á Carlota de Labrit, parienta del Rey de Navarra) se le diese favor y ayuda con la cual aniquilase y desterrase toda la casta y linaje de los antiguos Príncipes y se hiciese señor de la Romanía y de la Marca de Ancona y de la Umbría, y el Rey Luis de Francia se tomaría para sí el reino de Nápoles. Fué con tanta astucia tenida en secreto esta liga, que jamás llegó á noticia del Rey Federico de Nápoles, el cual en cualquier temor y peligro, de ninguno esperaba mayor ni más cierto socorro que del Rey D. Fernando de Aragón, su pariente y viejo defensor. Ludovico Esforcia, Duque de Milán, viéndose rodeado de aquella cruel conjuración de Príncipes y aguardando en vano el socorro del Emperador Maximiliano, el cual estaba necesitado de dineros y entonces le hacían guerra los suizos y grisones, envió embajadores á Bayaceto, Emperador de los turcos, dándole á entender que aquella conjuración se hacía con mal fin y con designo que después que estos Príncipes pusiesen fin á la guerra de Italia, conforme á sus pensamientos, se ajuntarían en uno y pasando en Grecia le harían á él la guerra en Constantinopla y en otras partes muy cruda, así por la mar como por la tierra. La orden que en la liga se tuvo, según algunos escritores de aquel tiempo, fué de esta manera: que como el Rey Luis de Francia hubiese, según dicho es, sucedido en el reino por muerte de Carlo octavo de aquel nombre y le trajesen á la memoria el derecho que los Reyes de Francia sus antecesores tenían al ducado de Milán y reino de Nápoles, aunque debajo de disimulado título fingían ser legítimo y verdadero y así lo pretendían, fué

inclinado á conquistar aquellas señorías. Y como fué por algunos entendida su voluntad, que era recuperar para sí y su corona como cosa propia aquellos señoríos, viéndole hacer alguna diligencia para ello juntando ejército y aparejando otras cosas y municiones á semejante empresa necesarias y convenientes, algunos príncipes y señores de Italia, como más por necesidad que por voluntad habían en el tiempo que allí estuvo el Gran Capitán dejado al francés, como no hallaban quien les amparase y se les habían rendido, compelidos agora teniendo aliento y respiradero por la nueva que se divulgaba, dejaron la amistad que de necesidad habían tomado y allegáronse á la vieja del francés, y tan del todo se mudaron que en una tan temida venida como la del Rey Luis de Francia, rompiendo la liga que entre ellos había, quisieron ser unos á otros contrarios, como lo fueron los venecianos con el Duque de Milán. Y esto fué por una diferencia que entre sí tenían sobre la señoría de Pisa, que fué causa que los venecianos, por ocasión de la enemistad que con el Duque de Milán tenían, determinaron hacer nueva liga como amigos de novedades, no según á sus antiguos, sino según sus cosas y obras modernas. Y así enviaron sus embajadores al Rey Luis de Francia, entendiendo que juntándose con el que pretendía el ducado de Milán, se vengarían de su enemigo el Duque, lo que por sí solos no se atrevían ni sentían suficientes y poderosos, dando al Rey de Francia á entender lo mucho que se habían holgado por la nueva elección suya en el reino de Francia y ofreciéndose de favorecerle y ayudarle para que pudiese tomar el estado de Milán, conociendo que de derecho los Reyes de Francia tenían justo título de ser señores dél. Y los que lo poseían era tirana é injustamente desde la muerte de Filipo María, tercero Duque de Milán hasta agora. Y esta embajada no tanto la hicieron los venecianos por hacer bien ni servicio al Rey Luis de Francia, cuanto por la enemistad que como dicho es tenían al Duque de Milán, considerando que quitaban delante de sí un grande empacho á su desordenada codicia quitado de cabe sí al Duque de Milán, el cual á cualquier cosa que injusta emprendiesen les podría poner obstáculo é impedimento, y también porque tenían una secreta codicia y deseo de extender su estado y señoría, y esto era con fin que como su Senado, á su opinión, lo tuviesen por perpetuo y los Reyes fuesen mortales y no duraderos, á lo menos tanto como los Senados, de esta suerte siendo amigos del Rey de Francia y sus confederados compañeros y aliados, el estado de Milán por discurso de tiempo podría venir debajo de su imperio y señorío, y sus límites y confines se extenderían mucho más y serían y valdrían mucho más de lo que antiguamente en el tiempo de sus predecesores había valido. Otrosí los venecianos enviaron sus embajadores al Papa Alejandro sexto, sin la ayuda del cual tenían por cierto que su pensamiento no vendría en el efecto que deseaban. Al cual los embajadores, entre otras cosas que le dijeron, le trajeron á la memoria cómo la dignidad pontifical era transitoria y que por esta razón y otras muchas que el embajador le dijo, debía en tanto que Dios le daba vida procurar de haber algún buen estado para César Valentino, su hijo, el cual si Su Santidad era servido podía en breve adquirir y aquistar las señorías de Imola, Forli, Pésaro y Faenza juntándose con el Rey de Francia y otros sus aliados contra el Duque de Milán Francisco Esforza, contra el cual el Rey de Francia sin duda ninguna pasaba su grueso ejército en Italia, y que esto debían hacer ajuntándose todos y haciendo una masa y hermanándose debajo de capítulos y conciertos útiles y provechosos para todos y á su parte y contra el Duque de Milán su enemigo y hombre solo, sin adjuditorio ni defensión de nadie. Tanto hicieron y supieron decir los venecianos, y por tales términos, que convencieron al Pontífice, que fué por su industria persuadido á favorecer al Rey de Francia contra el Duque de Milán. Concertado que fué esto, luego del Papa Alejandro fué avisado el Rey de Francia, enviándole á decir por sus embajadores la voluntad y amor que tenía á sus cosas y al acrecentamiento de su señorío y reino. Y que sabiendo cómo quería enviar gente contra el ducado de Milán, movido por el derecho que á los Reyes de Francia en aquel ducado competía y presupuesto que era así verdad como así se publicaba, él se ofrecía de le ayudar con todo su poder juntamente con los venecianos, que no menor deseo demostraban á su servicio que sus proprios vasallos y súbditos. El Rey de Francia fué de esto muy ale-

gre, y no poniendo de ahí adelante duda en ganar el ducado de Milán, se dispuso más libremente á su empresa como cosa hecha. Y así luego respondió con sus cartas y mensajeros así al Pontífice como á los venecianos y otros aliados de quien había en este caso recibido embajadas, agradeciéndoles el amor y voluntad que le mostraban. Y también envió sus embajadores para que con aquellos Príncipes asentasen sus condiciones y capitulaciones de amistad y confederación, los cuales ajuntándose fué entre ellos el concierto en esta manera: Primeramente, que el Rey de Francia después de haber ganado el ducado de Milán fuese obligado á favorecer con su gente al Papa Alejandro para conquistar el estado de Imola, Forli, Pésaro y Faenza para César Valentino su hijo. Item, que después de haber ganado estos estados fuese obligado el Papa á ayudar al Rey de Francia para conquistar el reino de Nápoles juntamente con los venecianos. Item, que por el trabajo y gastos que los venecianos habían en aquella liga y socorro, el Rey de Francia fuese obligado á dar á los venecianos la ciudad de Cremona con todo el Cremonés y Geradada hasta el río á cuarenta brazas Estos, pues, fueron los capítulos y condiciones entre el Papa Alejandro y el Rey Luis de Francia y los venecianos, los cuales asentados y jurados por las partes, fueron luego pregonados; lo cual fué á veinticinco días del mes de Marzo del año de nuestra salvación de mil y cuatrocientos y noventa y nueve. Y luego entendieron cada uno de ellos en gritar y sueldo recoger gentes, municiones y pertrechos para entender primero en ir sobre Milán.

CAPÍTULO III

Del grande ejército que el Rey de Francia envió sobre Milán, y de cómo el Duque de Milán se fué á Alemaña por gente de socorro.

Cuanto sean los negocios de mayor calidad tanto más deben ser pensados y medidos con el nivel del buen juicio por los discretos, porque no trayan las inadvertencias desusados inopinados fines. Y así por esta razón el Rey de Francia, como hombre sagaz y de buen entendimiento y consejo, considerando los inconvenientes que de esta empresa se le podían seguir, sabiendo cuán obligado fuese el Emperador Maximiliano á favorecer al Duque de Milán por razón que le era feudatario, parecióle que sería bien concertarse con los suizos del Buey y del Grifo, dándoles una grande suma de dinero por que le ayudasen y no le fuesen contrarios, y aun inquietasen y molestasen al Emperador Maximiliano de tal manera que él no pudiese bajar á dar socorro al Duque de Milán, como ya tenemos dicho que lo hacían (y la causa era ésta). Asimismo se confederó con el Rey D. Fernando de España, haciéndose su amigo, lo cual hizo con color que como nuevo Rey de Francia quería confederarse y aliarse con todos los Príncipes cristianos y hacer una grande armada para ir cont'a el turco. El Rey D. Fernando creyendo su embajada y no creyendo ser su ánimo tan doblado é inicuo prometióle amistad. Allende de esto se concertó y entendió con los señores del estado de Borgoña, haciendo con ellos la misma amistad que con los otros. Después de hecho esto, recelando que con la dilación del tiempo alguno de sus aliados podría mudarse de su opinión y ponerle algún impedimento á su propósito, con una increíble presteza envió su ejército contra el ducado de Milán, con el cual envió por Capitán general á monsiur de la Tramulla. Este capitán franfrés vino, como dicho es, sobre el ducado de Milán con voluntad y propósito de hacer en aquel negocio tales cosas que sirviendo á su Rey quedase de él entera memoria. Allegado, pues, que fué monsiur de la Tramulla capitán en el Piamonte, con toda su gente junto á la ciudad de Aste, que fué en el mismo año de mil y cuatrocientos y noventa y nueve, toda la gente de aquella región se comenzó de alborotar y poner en armas, señaladamente los milaneses, por la venida suya, mayormente viniendo con tan superbo ejército; pero el Duque de Milán que temía la venida de los franceses sobre él, por razón que cuando fué alzado por Rey de Francia el Rey Luis escribió cartas á todos los Príncipes de Italia de mucha amistad para congratularse con ellos y á él no le había escrito, y en todas sus cartas se intitulaba Rey de Francia y Duque de Milán, y así el Duque siempre había recelado que el Rey de Francia tenía voluntad de quererle quitar el ducado de Milán. Y así con este presupuesto consideró lo que debía hacer en aquel caso, y halló

que pensar defenderse á mano armada contra un tan poderoso enemigo era imposible, y que se ponía él con su gente y estado en grande riesgo. Señaladamente que llegaba ya á su noticia que los venecianos le favorecían y habían enviado su gente con el Conde Pitiliano, y lo mismo había hecho el Pontífice, que le había enviado su ejército con el Duque Valentino, su hijo, de cuya causa él no se podía sustentar. Por lo cual, echados muchos juicios, á la fin se resolvió en procurar algún concierto con el francés, pensando que de aquella manera apartaría las guerras de su señorío, y con este acuerdo envió á decir al Rey de Francia que si era su voluntad él se concertaría con él de esta manera: que le dejase en paz en el ducado de Milán durante sus días, y después de él sus hijos lo poseyesen por tiempo de dos años, después de los cuales el ducado de Milán viniese á la corona de Francia, habiendo hijos legítimos, y que por el mismo caso fuese obligado el Duque de Milán de dar al Rey de Francia luego de presente doscientos mil ducados. En este partido y concierto viniera el Rey de Francia si el Emperador Maximiliano, entendiendo lo que entre el Rey y el Duque pasaba, con sus letras no lo estorbara, enviando á decir al Duque de Milán no apuntase ninguna cosa con el Rey de Francia, porque él le favorecería de manera que se pudiese defender en su estado. Y á esta causa, con la esperanza del Emperador, el Duque retirado de su propósito se puso en armas y entendió en defenderse. Verdad es que no dejó de tener temor viendo el crecido ejército del Rey de Francia y tan allegado á él, y así no se atrevió de aguardalle en campaña, sino por las mejores maneras que pudiese entretenelle á veces con tratos y á veces con escaramuzas, en tanto que le venía el socorro del Emperador, y cuando aquel le faltase tenía entendido que no podía dejar de venir á poder del Rey de Francia con algún partido. Y así se detuvo algunos días, en los cuales como viese la tardanza del socorro del Emperador, determinó de ir él en persona por gente á Alemaña dándoles buenos partidos. Y para esto dejando el castillo de Milán muy bien proveído de gente, provisiones y municiones y otros pertrechos á la defensa de aquél necesarias, y asimismo otras fuerzas del estado, y dejando por castellano del castillo de Milán á un camarero suyo de quien él mucho se fiaba, llamado Bernardino Cortés, natural de Pavía, él se fué á Alemaña, encargándole primero mirase cómo el crédito y fidelidad que de él tenía entendidos y conocidos le habían movido antes á él que á otro dejar tan grande cargo como era la guarda de aquel castillo de Milán, el cual era la llave de todo el ducado, y que si aquel se perdía era perdido todo aquel estado, por lo cual le encargó mucho mirase que usase bien del cargo que le cometía, que él le prometía dentro de tres meses de lo socorrer y darle en su señorío tierras con que viviese mucho á su honra. Bernardino Cortés viendo el buen concepto que el Duque su señor tenía de su fe, le respondió con mucha gratitud prometiéndole de tener el castillo, no sólo tres meses, pero tres años si necesidad hubiese aunque no fuese socorrido, pues tenía bastimento y gente y municiones bien bastantes. A lo cual le obligaba no solo ser su criado, pero el crédito y confianza que de él más que de otro ninguno mostraba tener dejándole un tan fuerte é importante castillo en guarda. Con esto el Duque de Milán se partió la vía de Alemaña, en donde estuvo muchos más días de los que pensaba haciendo gente la más que podía y le era menester para defensión de su estado.

CAPÍTULO IIII

De cómo Bernardino Cortés, castellano del castillo de Milán, vendió el castillo á los franceses.

Partido, pues, que fué el Duque de Milán, Francisco Esforcia, la vía de Alemaña, los franceses desvelados con el deseo de ensanchar su señoría, se empezaron á meter por las tierras del ducado de tal manera, que las unas por fuerza y las otras de grado en breve tiempo se sometieron á su imperio. El castellano Bernardino Cortés, á quien, según dicho es, había dejado el cargo de castellano, no mirando los beneficios del Duque recibidos ni su prometida fe, así como fementido, estimando más el dinero que el francés le prometía que la fama y honra suya y de sus descendientes, y el título tan honrado que de ser castellano fiel de un tan honrado castillo podía alcanzar, posponiendo la honra por la utilidad, dentro de diez días después de la partida del Duque vendió el castillo á los franceses, de lo cual redundó grandísimo daño en el

ducado, porque las tierras y castillos que no se habían querido dar á los franceses, viendo el castillo y principal cabeza de aquella señoría en poder de los enemigos, no supieron cómo detenerse ni ampararse, por lo cual todos, aunque contra su voluntad, se dieron á los franceses. En este tiempo los milaneses que tenían la voluntad del Duque, con mucha diligencia le hicieron saber el estado de Milán y en qué términos estaba y lo que después de su partida había sucedido, y cómo el castellano Bernardino Cortés había usado de su oficio con tanto aleve, y que aquello había sido la principal parte de la perdición de todo su estado, el cual casi todo estaba ya en poder de franceses, y así le suplicaban que lo más presto que pudiese volviese á Milán con la más gente que haber pudiese, que ellos estaban prestos de le recibir como á su señor natural y servirle como á tal con sus personas y haciendas. El Duque de Milán siendo avisado como está dicho, y viendo la ruina y perdición suya y de su estado por la traición y alevosía de su criado, á quien él había prometido hacer mercedes por el amparo y guarda del castillo de Milán, y hallando tan firmes las voluntades de los milaneses á su servicio y tan constantes á lo que le cumpliese, teniendo ya una buena banda de suizos y otra de alemanes y borgoñones á caballo, se metió en camino para su ducado de Milán, aunque ya poseído del enemigo. Pues llegado al término y raya de la señoría de Milán, luego lo hizo saber á los suyos, los cuales entendido que vieron su venida todos se levantaron contra los franceses, aunque una de las ciudades que más guardó la fe á su señor fué Alejandría de la Palla, la cual recibió con muy grande acatamiento al Duque, y él se fué muy alegre á meter en ella con toda su gente. El capitán monsiur de la Tramulla sabiendo la venida del Duque, hizo retraer su ejército á una villa llamada Montara, adonde se rehizo llamando los que andaban por aquella señoría derramados, y tomando á sueldo copia de suizos y otras naciones hizo un grueso ejército, y deseando en breve expelir al Duque de Milán perpetuamente de aquel señorío, usó de una cautela como los franceses acostumbran cuando ven al enemigo tan poderoso y bastante como ellos, y fué que por sus secretos modos trató con los soldados suizos que el Duque de Milán había traído que él les daría una buena suma de moneda y luego pagada, y más de allí adelante en cada un año treinta mil ducados si le pusiesen al Duque en su poder. Los suizos, como más amigos de dineros que de honra y de paz, aunque deshonrada, que de guerra peligrosa invita, prometieron de hacer lo que él les pedía, para seguridad de lo cual monsiur de la Tramulla, Capitán general, les prometió de dar una buena villa del estado de Milán, llamada Bellizona, y para efectuar su mal trato y prender al triste Duque, que de todo esto estaba ignorante, ordenaron que monsiur de la Tramulla allegaría su gente para dar batalla al Duque, y que saliendo el Duque de la ciudad para lo mismo, que los suizos del Duque se juntasen con los suizos del capitán francés y entre todos lo prendiesen. Este partido aceptaron y juraron los suizos que habían venido con el Duque por medio de los que esto trataban. Esto hecho, los franceses muy contentos se determinaron dar la batalla, y así alzado su campo fueron derecha vía para Alejandría. El Duque como fuese avisado de la venida de los franceses, poniendo su gente en orden salió bien á punto para afrontarse con ellos, y estando bien cerca los unos de los otros, los suizos que tenía el Duque, por razón del concierto que con los franceses habían hecho, dejaron el camino derecho que los otros soldados llevaban y tomaron otro hacia la parte de la montaña, enderezando hacia los otros soldados suizos que el francés traía con fin de juntarse con ellos. En esto el Duque mandó á su gente que caminase para afrontarse con el enemigo, que se había detenido en unos recuestos, los cuales como se aderezasen para la batalla, los soldados suizos del Duque comenzaron á tañer los atambores para llegarse á consejo, el cual fué menester que el Duque esperase, bien ajeno de la traición que le tenían armada, y acabado su consejo enviaron á decir al Duque que ellos no querían pelear contra soldados de su nación, por razón que entre ellos estaba tal costumbre. El Duque de Milán viéndose así burlado de la gente en quien él tenía toda su esperanza, con mucha presteza mandó retirar su campo la vía de Alejandría por donde habían venido. Los franceses viendo retirar el campo del Duque lo siguieron hasta encerrallo dentro de la ciudad, sobre la cual los franceses asentaron su real, donde estuvieron muchos días te-

niendo cercada la ciudad, esperando tomarla junto con la persona del Duque.

CAPÍTULO V

De cómo los franceses por la gran traición de los suizos prendieron al Duque de Milán y después fué preso su hermano el Cardenal Ascanio Esforcia y los enviaron presos á Francia.

Siendo el Duque de Milán retraído con la gente á la ciudad de Alejandría y viendo cuán al revés le había sucedido su pensamiento por la gran traición de los suizos que él había traído de Alemaña, no sabía qué hacer de sí en tanta calamidad y trabajo como á la sazón estaba, y el mejor remedio que le pareció que para su fatiga podría ser era, posponiendo las armas y guerra, procurar algún concierto de paz, y así empezó á tratar con el capitán francés, diciendo que él se haría feudatario del Rey de Francia si le dejase pacíficamente en la posesión de su estado, con seguro que en su persona ni casa no sería hecho daño ni perjuicio alguno. En este concierto disimuladamente vino monsiur de la Tramulla, pensando que debajo de aquel concierto podría prender al Duque de Milán sin pérdida de su gente, y así le respondió que él sería de aquel trato muy contento y que lo haría, pero que era necesario que se viesen los dos con seguridad de ambas partes, y para esto que saliese el Duque á cierta parte fuera de la ciudad, debajo de su fe y seguro, adonde estaba aguardándole, y allí darían orden en todas las cosas hacederas. El Duque de Milán, confiado de la palabra de monsiur de la Tramulla y no creyendo que en él hubiese engaño, salió de fuera de la ciudad para verse con él y hacer su capitulación y concierto y llegó al lugar asignado. Los franceses, que sobre aviso estaban, porque su capitán se lo había advertido, luego que vieron asegurada la gente del Duque, dieron sobre ellos con muy grande ímpetu, y matando y hiriendo muchos de ellos los desbarataron, yéndose los unos por una parte y los otros por otra. Los alemanes que estaban con el Duque, en quien hubo más fe y constancia, como vieron la traición de los suizos, hechos todos un escuadrón se retiraron y salvaron de aquel peligro, tomando el camino de la montaña, y algunos que desmandados tomaron la parte del llano fueron de los franceses muertos, sin quedar ninguno de ellos vivo. Los suizos, por encubrir su maldad, disimuladamente, haciendo muestra de querer salvar al Duque, lo hicieron apear del caballo, y vistiéndole de su mismo hábito, como suizo, porque no fuese conocido de los franceses, le dieron una pica, el cual metido entre ellos en su escuadrón fué de los franceses conocido ó más verdaderamente fueron los franceses avisados y fué de ellos preso. Y así es de creer que fué por industria de los suizos, pues cumplieron con el francés lo que le habían prometido. Finalmente, viendo los franceses al Duque en su poder y cuán prósperamente les había sucedido, lo cual pudiera ser que no se hubiera así acabado si no fuera por la acometida traición de los suizos. Pues preso el Duque y entendiendo los franceses que no le tenían seguro en Italia, según los continuos movimientos de los Príncipes y señores de aquella región, determinaron de enviarlo al Rey de Francia, porque se holgaría mucho y habría mucho placer de la prisión; así lo hicieron que á muy buen recaudo lo enviaron. Después de esto pasado, la ciudad de Milán, que estaba sin amparo ni esperanza de socorro, se dió luego á los franceses. El Cardenal Ascanio Esforcía, hermano del Duque de Milán, viendo la prisión de su hermano y la caída que por esta causa el estado de Milán tendría, se determinó de salir de Milán, adonde á la sazón estaba, y con mucha compañía de amigos que seguirle quisieron, yéndose por el Placentino, más en modo de paz que de guerra y aun con fin de excusarla cuanto pudiese, fué su dicha caer en las manos de los venecianos, con los cuales venían Carolo Ursino y Sosino Bezón, capitanes de aquella gente, y dando sobre ellos muchos de los del Cardenal fueron presos y muchos muertos y los demás escaparon huyendo. El Cardenal Ascanio Esforcia, viéndose en tanta necesidad, procuró escaparse, huyendo con solos tres caballeros que lo siguieron, y fuese á una villa que dicen Ribalte, pensando allí guarecer; pero el capitán Bezón con algunos caballos lo siguió hasta tanto que lo prendió en aquella villa, y de allí lo llevó á Venecia, en donde fué guardado y puesto á mucho recaudo. El Sumo Pontífice Alejandro, sabida la prisión del Cardenal Ascanio Esforcia, envió sus embajadores al Senado veneciano, rogándoles tuviesen por bien

de entregarle la persona del Cardenal, como su súbdito, para administrar la justicia que era á él debida, y que él les prometía que no estarían quejosos de lo que á él tocaba hacer. Los venecianos, agora fuesen contentos de obedecer al Pontífice, agora congratularse con el francés, como quiera que fuese, aunque hay diversas opiniones como esto pasó, basta que enviaron al Cardenal Ascanio Esforcia á los franceses, que también se lo habían demandado para llevar al Rey de Francia con su hermano el Duque de Milán. Así que de todo esto se infiere que él fué preso y llevado á Francia con su hermano preso y entregados los dos al Rey Luis.

CAPÍTULO VI

De cómo la armada del Gran Turco vino sobre la ciudad de Lepanto y lo que los venecianos hicieron en su defensa.

Ya que hubo entendido el bárbaro Bayaceto la ocasión y importancia del peligro que en la confederación del Papa Alejandro y el Rey Luis de Francia y venecianos se hacía y lo que de aquello le podría resultar, como dicho es en el capítulo segundo de este segundo libro, y siendo avisado por el Duque de Milán, mandó presto hinchir el arcipiélago de galeras y dió orden á Scander bajasán Iaco de la Esclavonia, que con mucha caballería arruinase y saquease las tierras de venecianos hasta las lagunas y llegase á ver las torres de Venecia. Con este mandamiento partido Scander, Bajá de Constantinopla, llevando la vía de Peloponeso, que hoy se llama la Morea, adonde llegado mandó aderezar su armada contra una ciudad que se dice Lepanto, tierra de venecianos. Antes de este movimiento del turco todos los Príncipes cristianos estaban muy sobre el aviso apercibidos para defenderse de aquel peligro, mayormente el Maestre de Rodas, que más cercano estaba, el cual con toda diligencia se había proveído para esperarlo si contra él tentase de venir. Pero como fué su viaje diverso y contra la común opinión, los venecianos no estaban tan āpercibidos como convenía, por lo cual la armada del turco comenzó por mar y por tierra á hacer en aquella ciudad de Lepanto todo el mal y daño que le era posible, y así fué que en breve, antes que pudiese ser socorrida, como la ciudad estuviese desapercibida fué de los turcos tomada, usando en ella de todo género de crueldad y que aquellos crueles carniceros mostraban hacer en gente ya rendida, metiéndola á fuego y sangre con muy terrible crueldad. Los venecianos, que ya de la venida de los turcos sobre su ciudad habían sabido, á muy gran priesa hicieron una buena armada de cuarenta velas ó más, y enviáronla contra el armada del turco, el cual habiendo pasado los hondos ríos que le estaban en medio, que son la Livenza, el Lisonzo, el Tallamento y la Piave, habiendo hecho muy grandes daños á la gente de venecianos y llegado al condado de Trivigo, siendo capitán de la gente y flota veneciana el Grimano, juntando con ellos la armada francesa, porque habían enviado á suplicar al Rey de Francia les proveyese con alguna gente en aquella necesidad, no tanto por la obligación de la amistad y confederación que tenían, cuanto por la justa guerra que contra infieles tenían, y así el Rey de Francia, con buen celo de favorecer á los venecianos y socorrer la cristiandad, envió con toda presteza cuatro mil hombres de socorro en siete naos y una carraca. Los cuales partiendo del puerto de Marsella y hechos á la vela, en breve llegaron á la isla de Corfú, adonde hallaron la armada de los venecianos que los aguardaba, y de allí, hecho su recibimiento y habiendo consultado lo que debían hacer, la armada veneciana y francesa partieron de aquel puerto de Corfú y con buen tiempo llegaron á vista de la ciudad de Lepanto, la cual reconocieron estar en poder del turco y que se habían tardado mucho en el socorro. Pero Scander Bajá, alegre de la victoria que había habido de la ciudad, como vió venir la armada de los venecianos, entendió en salir á recibirlos, y saliendo del puerto púsose en el piélago de la mar, y como se juntaron y el armada veneciana no fuese tan poderosa como la de los turcos, en breve fué desbaratada y metida en rota. El armada francesa por la otra parte hacía todo su poder y deber contra el turco, y en la carraca veneciana estaba un capitán veneciano, llamado Oredano, varón de mucha virtud, el cual en aquel acometimiento bien demostró su virtud y valor. La otra parte de la armada, que según dicho es había vuelto las espaldas, desamparando la compañía, fué á parar á una isla llamada el Zante, y estando allí reparando las galeras del daño que de los turcos habían recibido, un capitán

de aquellos, llamado Melchior de Treviso, oprimido de una muy grave y peligrosa enfermedad, falleció en aquel lugar, de que mucho pesó á toda la gente de la armada, porque era un hombre muy sabio y de mucho ánimo y esfuerzo en las cosas de la guerra, mayormente en las batallas marítimas era muy proveído. El Senado veneciano que luego fué avisado de la rota de su flota y de la muerte de aquel capitán, en su lugar escogieron un fuerte y venturoso varón, que se llamaba Benito Pesaro, el cual con toda diligencia fué á tomar cargo de la armada francesa que quedaba envuelta con los turcos y el capitán Loredano que con su carraca había aferrado con otra gruesa carraca. Es así, que pelearon tanto los unos con los otros, que de ambas partes había infinitos muertos y heridos; lo cual visto por otro capitán francés que estaba en otra carraca, dicha por nombre Charauda, como vió la batalla de las dos carracas, á todas velas fué sobre ellas por socorrer á los cristianos. Las galeras turcas, viendo aquella carraca en favor de la otra cristiana y contra su carraca turca, arremetieron contra la carraca francesa y aferraron con ella cuarenta y ocho galeras de armada turca. En esto vino en la mar una grande calma, á cuya causa los de las galeras turcas se aprovechaban mucho de la carraca francesa, tanto que estuvo á punto de perderse. En esto los turcos que con la Bretana combatían, viéndose en todo peligro y estrecho puestos de los cristianos, echaron fuego á la carraca veneciana, la cual comenzó á arder con tanta fuerza que los cristianos no lo pudieron remediar. Y así les convino rendirse, de los cuales unos se dieron á prisión, otros fueron muertos de los turcos, y así fué la carraca desamparada, la cual en breve fué hecha ceniza. Los turcos no pudiendo desaferrar su carraca de la de los cristianos que bien aferradas estaban, como fuese muy grande el fuego de la otra carraca, saltó en la suya y sin ningún remedio fué asimismo quemada como la carraca cristiana. La otra carraca francesa que por la grande calma estaba de los turcos muy oprimida, porque los turcos con destrales y otros ingenios la tenían casi rompida por junto á la grúa, plugo á Nuestro Señor Dios que refrescó el tiempo, por lo cual á los turcos fué forzado con harto daño suyo desaferrarse de la carraca francesa desamparándola. Y así cada una de las armadas se retiró á su alojamiento, porque el armada francesa bien destrozada y con algunos vasos perdidos se fué á juntar con los venecianos á la isla del Zante, donde estaban reparándose del daño que en la refriega pasada con los turcos habían recibido, y los turcos se volvieron á la ciudad de Lepanto, la cual, como dicho es, no pudieron socorrer los cristianos, antes con harto daño se hubieron de retirar. En esto vino el invierno, por donde el turco hubo de parar de pasar adelante y aposentó toda su gente, que serían ciento y cuarenta mil hombres de todo género, en la comarca de aquella ciudad de Lepanto. Siendo de esto sabidores las dos armadas veneciana y francesa, habiéndose ya reparado del daño recibido, determinaron de ir sobre la isla de Chafalonia, pues de la armada del turco por entonces estaban seguros, creyendo en aquella se vengarían del daño recibido. Esta tierra así como la ciudad de Lepanto era de venecianos y el turco la había puesto debajo de su señorío. Finalmente, ambas á dos armadas francesa y veneciana se hicieron á la vela enderezando su camino contra la isla de la Chafalonia, sobre la cual en breve se pusieron. Los turcos que estaban en guarnición de la villa, que bien serían sin los naturales de ella ochocientos hombres, como vieron el armada cristiana en el puerto, luego se pusieron en defensa, juntándose á estorbar la salida en tierra; pero al fin como fuese poca la gente de los turcos y no bastantes á resistirles la salida, recibiendo mucho daño se recogieron á la villa. Y de esta manera saltaron de las armadas cristianas diez mil hombres de guerra, los cuales con muy buena orden cercaron la villa y plantaron el artillería en el mejor lugar y más acomodado que les pareció, aunque con harta dificultad, por ser la villa de sitio muy fuerte, la cual asentada batían con ella cada día la villa con mucha fortaleza y le daban asalto las más veces que podían; pero siendo como era la villa de sitio fuerte y los turcos de dentro escogidos y de mucha experiencia, antes recibían daño los cristianos que lo hacían, porque puesto que habían derribado con el artillería dos lienzos del muro de aquélla, con los reparos que los de dentro hacían la hallaban más fuerte que antes. Y así habiendo estado tres meses de lo más fuerte del invierno sobre la Chafalonia y visto que su trabajo salía en vano y hacía poco efecto, considerando que

venía el verano y el turco podía venir sobre ellos y destrozarlos á todos, determinaron alzarse de allí y recogerse á sus tierras. Y así recogidos todos á sus fustas dejaron aquella isla de Chafalonia y los venecianos se fueron á la isla de Corfú y el armada de Francia con harta pérdida de gente se volvió á Marsella. Al tiempo que estas armadas se retiraron, el Gran Turco Bajaceto entró por el examilo de Corintio en la Morea con un grueso ejército y tomó á Modón y ganó al Junco, que fué Pilo de Nestor y á Criseo de allá del Acrite, hoy llamado cabo de Gallo, y á Corón, habiéndoles poco antes ganado á Lepanto en el golfo de Etolia, como dicho es, y á Durazo en Albania y otros pueblos que por prolijidad aquí no se escriben, pero dejémoslo para adelante y diremos en tanto lo que en Italia pasaba.

CAPÍTULO VII

De cómo el Duque César Valentino, hijo del Papa Alejandro, vino á conquistar el estado de Imola, y de lo que le sucedió.

En la amistad y confederación del Papa Alejandro con el Rey de Francia y venecianos fué concertado, como dicho es, que después que el Rey de Francia hubiese ganado el ducado de Milán para sí, dando su parte á los venecianos, habían todos de ayudar á César Valentino con gente la que menester fuese para conquistar el estado de Imola con lo demás que arriba está dicho, que son Faenza, Forli, Arimino y Pesaro. Pues agora cuenta la historia que ganado el ducado de Milán, aunque con malas maneras, como dicho es, y habiendo ido el César Valentino sobre Imola con seis mil suizos y seiscientos españoles y trescientos hombres de armas, y sobre aquella puesto su campo, los de la ciudad, recelando de antes el daño que venirles podía, poniéndose en defensión determinaron de darse al Duque Valentino voluntariamente, teniéndole por muy buen caballero; y así contra la voluntad de mucha gente de guerra que en la ciudad estaba, se rindieron al Duque y lo recibieron en la ciudad. La gente de guerra que en la ciudad estaba se recogió en la roca, en donde se pusieron animosamente á defender. El Duque Valentino, visto que la ciudad de Imola se le había entregado y los de la roca se hacían fuertes, mandó contra ellos plantar el artillería y asentar su real á la redonda. Finalmente, que fué la roca tan varonilmente combatida por todas partes, que de la parte de la ciudad derribaron un lienzo del muro y quitaron las defensas de un turrión que estaba delante de las puertas del castillo, y hecha esta batería, estando los españoles del Duque puestos á punto, mandóles que luego diesen asalto; así los españoles como de ánimos invencibles lo hicieron también, que, aunque con harto daño suyo, cobraron la roca de poder de los que dentro se habían recogido, de los cuales fueron unos presos y otros muertos y fué ganada por el Duque. Pasado esto, viéndose el Duque señor de la ciudad de Imola, reconoció su gente y reparándola de armas y lo necesario y dejando parte de aquella gente en guarnición de la ciudad y roca de Imola, fuese con el resto del campo la vía de la ciudad de Forli, la cual viendo que la ciudad de Imola se había rendido de su voluntad al Duque, por los mismos respetos determinó de entregarse. Y así recibiendo dentro al Duque Valentino, al cual por esta razón no le fué necesario detenerse en la expugnación de aquella ciudad, la señora de Forli, retrayéndose á la ciudadela llamada Roca, se fortificó lo mejor que pudo con mucha gente de guerra que consigo metió en aquella fortaleza. El Duque mandó asestar el artillería contra la ciudadela donde la señora, como está dicho, se había recogido, la cual se plantó por dos partes, y tan reciamente la batieron, que derribaron mucha parte de la muralla y un pedazo de un turrión. Después de esto el Duque mandó dar asalto por donde está el camino que va á Mendola, donde se detuvieron mucho los del Duque en la presa de la ciudadela y murieron muchos del Duque hasta que los españoles llegaron de refresco é hicieron tanto que peleando con mucha fortaleza tomaron por fuerza la ciudadela y mataron de seiscientos soldados que la defendían los cuatrocientos y los otros se dieron á prisión. Los de la Roca viendo tomada la ciudadela luego se rindieron al Duque Valentino, el cual tomando á la señora en prisión la envió al Papa Alejandro, su padre, para que la tuviese á buena guarda en Roma. Y de esta manera el Duque Valentino comenzó á señorear las tierras de la Romaña como tenía pensado.

CAPÍTULO VIII

Del aparejo que el Rey D. Federico de Nápoles hizo en su reino temiéndose de la venida de los franceses.

Después que los franceses hubieron ganado y sometido debajo de la corona de Francia el ducado de Milán, el Rey D. Federico de Nápoles, que mucho se recelaba de lo que podría suceder á su reino, viendo la casa de Esforcia tan caída de su estado y preso el Duque juntamente con su hermano el Cardenal Ascanio, considerando la liga y conjuración que el Papa y venecianos habían hecho con el Rey de Francia, de donde conjeturaba que acabado el designo del estado de Milán y el que entonces se trataba con la señora de aquellas ciudades, que el Duque Valentino para sí conquistaba, acabado que lo hubiesen, todos juntamente enderezarían las armas contra su reino de Nápoles, al cual los Reyes de Francia tenían mucha codicia. Así que con este pensamiento, que por muy cierto tenía, pensó que como quiera que sucediese le sería útil estar apercibido de tal arte que ya que los franceses viniesen contra él á le tomar el reino, no le hallasen descuidado de lo que conviniese á su defensión, y no confiándose en sus solas fuerzas envió su embajada á los Reyes Católicos de España, en quien toda su esperanza tenía, diciéndoles que el reino de Nápoles, que por su mano había sido defendido y amparado de los franceses, agora esperando otro segundo azote de ello creían que enderezaban las armas contra él, era de esta manera: que el Papa Alejandro y la señoría de Venecia se habían confederado con el Rey de Francia y hecho liga para que conquistasen el ducado de Milán para el francés, como de hecho lo habían ya conquistado y llevado preso al Duque de Milán á Francia, y agora entendían en conquerir las señorías de Imola, Faenza, Forli, Atimino y Pesaro para el Duque Valentino, hijo del Papa, como entre ellos estaba capitulado, y que concluido esto, luego se habían de pasar con sus ejércitos contra él para le tomar el reino para sí, por lo cual le suplicaba, pues aquel reino de Nápoles era una de las mejores cosas de Italia y junto con esto pertenecía á la casa de Aragón, donde él descendía, y aquel reino pertenecía no habiendo heredero á la casa de Aragón legítimo, que viendo la necesidad en que estaba y el peligro que esperaba, si no era socorrido, le valiesen de la manera que á sus pasados habían hecho, pues estaba entera la misma obligación entre ellos, trayéndoles á la memoria que si aquel reino que entonces le poseía era traspasado á los franceses, venía en daño y menoscabo de Sus Altezas y de la casa de Aragón y les sería muy dificultoso de cobrar de tan poderoso enemigo. Y aun también hecho aquello, con su ambición se atreverían á pasar en Sicilia los franceses y conquistarla. Estas y otras muchas cosas mandó al embajador que dijese á los Católicos Reyes de España para atraerlos á su opinión y ser de ellos ayudado y socorrido. Con esta embajada llegó el embajador del Rey D. Federico en presencia del Rey D. Fernando el Católico, el cual besándole las manos y explicada su embajada, aceptó el Rey D. Fernando el cargo de valer al Rey Federico é hizo con mucha diligencia aderezar mucha y muy buena gente y lo demás que cumplia para la defensa del reino de Nápoles. En tanto que estas cosas pasaban en España, el Rey de Nápoles, como hombre pusilánime, temiendo que antes que fuese socorrido el ejército francés haría mucho daño en su reino y gentes, determinó de enviar su embajada al Rey de Francia para congratularse con él, la cual después fué ocasión de su total perdición, por la cual le envió á decir el mucho placer que de la alcanzada victoria del ducado de Milán había recibido y que le pesaba infinito porque no se había querido servir de su reino y gente para aquella conquista como se había servido del Papa Alejandro y de los venecianos; pero que aunque no le había sido pedido socorro, que él de su parte se lo ofrecía para todo lo que mandase, y para más congregarse con él le envió á decir que si quisiese pasar por su reino con todos sus soldados y ejército á conquistar el reino de Sicilia, él les daría paso y vituallas todas las que fuesen menester. Estas y otras muchas cosas envió á decir el Rey D. Federico al Rey de Francia, lo cual no pudo ser tan secreto que no viniese á noticia del Rey D. Fernando de España. De lo cual recibió tanta alteración contra el Rey don Federico, que pospuesto el amor que le tenía propuso de no le socorrer Pero advertido que el reino de Nápoles en defecto de legíti-

mos sucesores pertenecía á él y á la corona de Aragón, y que si el Rey D. Federico lo perdía también redundaba en su daño, y que si los franceses lo ganaban intentarían de pasar sobre Sicilia como el Rey D. Federico había apnntado al francés, luego se determinó de enviar la gente en favor del Rey de Nápoles, disimulando el enojo que tenía, aguardando que el tiempo declararía lo que convenía hacer, y también porque se recelaba que el Rey D. Federico no hiciese algo del reino, según que ya lo había intentado con el Rey de Francia, y para esto envió delante á muy gran priesa un caballero aragonés muy entendido, llamado mosén Clavero, para que esforzase al Rey D. Federico y le quitase todo temor que de los franceses tenía, avisándole que muy brevemente sería socorrido del armada española, la cual venía ya con muy buen ejército. Con esto se partió mosén Clavero la vía de Nápoles, adonde llegó á tiempo que el Rey D. Federico estaba con harto temor por la venida de los franceses, el cual mosén Clavero embajador esforzó mucho y dijo lo que los Reyes sus señores le habían mandado, de que no poco fué consolado y esforzado el Rey D. Federico.

CAPÍTULO IX

Del socorro que el Rey de España envió en el reino de Nápoles, y de lo que la armada del turco hizo en las tierras de venecianos, como adelante se dirá.

El muy católico Rey D. Fernando, de gloriosa memoria, sabiendo las cosas de Italia en el estado en que estaban y de cómo los milaneses eran ya derrocados por razón que estaban en poder del Rey de Francia y su Duque preso, según dicho es, y viendo asimismo lo que el turco Bayaceto había hecho en la presa de Lepanto, y asimismo cómo los franceses estaban al presente ocupados en la presa de aquellos señoríos para el Duque Valentino, hijo del Pontífice, y temiendo que el ejército de Francia procuraría de quererse extender más de lo que estaba tomando el reino de Nápoles, y por el consiguiente, cuán peligroso estaba su reino de Sicilia de recibir el mismo daño, determinóse de enviar con mucha diligencia el socorro prometido al Rey D. Federico, no tanto por cumplir con él cuanto por lo que le tocaba á su reputación y corona, y tener aquellos reinos de Nápoles y Sicilia en toda tranquilidad y sosiego guardados y defendidos de toda fuerza y violencia. Y por esta razón envió otra segunda vez al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Aguilar, con una muy buena armada de gente y artillería y sesenta velas ó más, donde venían cuarenta urcas, tres carracas y ocho galeras y otras carabelas y fustas, hasta diez y nueve, y metió en ella siete mil infantes y trescientos hombres de armas, y más de trescientos caballos ligeros; toda esta gente con buenos capitanes, adonde venía D. Diego de Mendoza por capitán de gente de armas, el cual mereció por sus hechos ser Conde de Melito, una buena villa que es en la Calabria. Iba asimismo el Prior de Mecina por capitán de gente de armas. Iban por capitanes de infantería el capitán Pizarro y el capitán Villalba, y el capitán Zamudio y el capitán Diego García de Paredes con otros muchos y muy buenos capitanes. Finalmente, toda esta gente metida en orden, el Rey D. Fernando mandó al capitán Gonzalo Fernández se partiese en aquella armada para su reino de Sicilia, con el mismo cargo de Capitán general, y que allá se estuviese esperando lo que el ejército francés determinaba hacer, y que si se moviese contra el reino de Nápoles, luego sin detenimiento se moviese él con su gente en socorro del reino, y que si no hiciese aquello que el sabio tiempo le enseñase. El Gran Capitán habida la licencia del Rey su señor se fué á Málaga á dar recaudo en todo lo que para el viaje le sería menester. Metió treinta piezas de artillería y mandó embarcar su gente, y un día á cinco del mes de Junio del año del Señor de mil y quinientos se partió de aquel puerto de Málaga. Hechos á la vela, allegó en la isla de Sicilia en el puerto de Mecina primer día del mes de Agosto del mismo año, donde se detuvo muchos días esperando lo que el ejército francés determinaba de hacer. En este mismo verano, el turco, que según se ha dicho tenía su gente aposentada en las tierras de Lepanto y de la Morea, mandó mover el armada de aquel lugar é ir delante sobre unas ciudades de venecianos que se llaman Modón y Corón. La primera ciudad sobre que el armada turca llegó fué sobre Modón, la cual cercó y puso en muy grande estrecho hasta que la tomó por fuerza. Sabido por los venecianos el peligroso estado suyo y de cómo la voluntad

del turco se enderezaba á les querer tomar sus tierras, y viendo el peligro y necesidad que tenían si aquellas ciudades no eran de ellos presto socorridas, enviaron sus letras y embajador al Gran Capitán, que estaba en Sicilia, suplicándole fuese contento que, vista la voluntad de su Rey y la obligación que tenía de favorecer á los cristianos, en especial á los venecianos, por razón de la primera confederación suya y la necesidad en que estaban puestos, que muy extremada era, les viniese á socorrer con su armada y gente contra los turcos, enemigos de nuestra santa fe católica, los cuales aumentando su secta perversa y dañada procuraban someter toda la tierra de cristianos debajo de su señorío en disminución grande de la religión cristiana. Y que pues á él más que á otro los semejantes casos y afrentas pertenecían, le suplicaban no tardase de los socorrer, y antes de esto lo habían los venecianos enviado á suplicar y hacer saber á los Reyes Católicos, y tardáronse los embajadores bien dos meses, dentro de los cuales Modón se tomó por el turco, y asimismo se dieron otras dos ciudades, la una dicen el Junco y la otra Corón, y la comarca de Modón. De manera que no pudo haber ningún efecto su embajada para en socorro de aquellas ciudades. Bien es verdad que el capitán Benito Pesaro, proveedor de la armada de venecianos, fué á socorrer aquellas ciudades con su armada, pero fué ya tarde, aunque no tanto que no le convino venir á las manos con algunas fustas turcas, de las cuales tomó dos y otras metió al fondo, de que hubo asaz ropa y joyas y captivos, con que se fué la vía de Losanto. Finalmente, después de esto hecho, el turco se fué á la ciudad de Constantinopla, dejando primero un capitán general en toda su armada para que corriese todas aquellas costas de venecianos, que se dice el mar Adriático, y el capitán turco con su armada y con ocho mil hombres de pelea fué sobre una ciudad que dicen Nápoles de Romanía, y saltando la gente en tierra corrieron toda aquella campaña de Forjulio hasta las riberas de un río que se llama Livenza, adonde los turcos hicieron mucho daño y destruición, así en hombres como en mujeres y niños, no dejando una criatura que no la pusiesen á filo de espada. En esto, estando los turcos sobre Nápoles de Romanía, el Gran Capitán, habido mandado del Rey D. Fernando, su señor, se movió con la armada del puerto de Mecina, último día del mes de Octubre del sobredicho año, y fuese derecho la vía de la isla de Corfú, adonde creyó hallar el armada veneciana, y como llegó en aquella isla supo lo que el armada del turco hacía en aquellas partes de Nápoles de Romanía, por lo cual muy deseoso de se topar de aquella vez con los turcos y venir á las manos con ellos, y tomar venganza por la mano de sus españoles (en semejantes empresas ejercitados) de la injuria á los venecianos hecha, movió de aquella isla de Corfú y enderezó su armada camino de Nápoles de Romanía. Los turcos, que de muchas espías eran avisados, supieron cómo el armada de España iba contra ellos, de cuya causa se alzaron de sobre aquella ciudad de Nápoles de Romanía y se fueron retirando al estrecho de Galipoli para invernar. El Gran Capitán, no perezoso en todas las cosas que emprendía hacer, iba á la mayor priesa que el tiempo les podía llevar á dar en los turcos, creyendo que los hallarían ocupados en el cerco de la ciudad de Nápoles de Romanía; pero de otra manera sucedió por razón que de ciertos bergantines que para espiar el armada del turco fué avisado, los cuales había enviado adelante por descubridores, en cómo los turcos se habían alzado de sobre aquella ciudad y se habían ido á sus tierras, de que mucho pesar el Gran Capitán hubo; el cual tornando atrás se fué á la villa de Losanto para esperar allí el armada de los venecianos, adonde estuvo algunos pocos días, dentro de los cuales el proveedor Benito Pesaro con el armada veneciana allegó, de que muy alegre fué, por se ver muy pujante con el socorro de España, y así estuvo allí algunos días dando refresco y orden con el Gran Capitán en lo que debían hacer.

CAPÍTULO X

De una grave tormenta que en la mar hubo de que las dos armadas estuvieron en punto de ser perdidas, y de cómo fueron á conquistar la isla de la Caphalonia [1].

Estando las dos armadas española y veneciana en el puerto de Losanto dando orden los capitanes de ellas de lo que debían de hacer, pues siendo la entrada del invierno,

[1] Cefalonia, la mayor de las islas jónicas, está escrito unas veces Chaphalonia y otras Caphalonia. Lo mismo sucede con otros muchos nombres geográficos.

sobrevino, como muchas veces acaece, tan gran tormenta en la mar, que estando las dos armadas dentro del puerto, allegaron á punto de ser perdidas, pero siendo Nuestro Señor servido de dar bonanza en la mar, la cual si no sobreviniera sin ninguna duda peligraran las armadas. Finalmente, después de pasada aquella gran tormenta de que no poco tristes estaban esperando el fin no tan salvo como sucedió y siendo del todo ciertos de cómo el armada turca se había levantado de sobre Nápoles de Romanía, determináronse entre sí de moverse de aquel lugar é ir sobre la isla de Caphalonia, la cual según dicho es era de venecianos y el turco se la había sacado de su poder. Esta isla de Caphalonia está puesta entre las islas de Losanto y la cuarta en el archipiélago, la cual es noble por dos puertos y por la fertilidad de la tierra y por la grande abundancia de fuentes de agua dulce. Y á esta causa les sería de grande comodidad para la contratación; de lo cual especialmente habiendo perdido á Modón, que solía dar seguro puerto y reposo á los que navegaban en Suria. El proveedor de venecianos llevaba diez mil hombres de guerra y treinta galeras y siete carracas y provisión de mucha y muy buena artillería. De manera que muy aderezadas las armadas de todo lo necesario para aquella importante empresa, movieron del puerto del Zante y allegaron con muy buen tiempo sobre la isla de la Caphalonia, adonde el turco tenía ochocientos hombres de guerra á la continua, toda gente muy escogida, sin los de la tierra. El Gran Capitán, que en aquel menester no tenía segundo, luego como llegó en aquel puerto saltó en tierra con toda su gente y tomando alguna parte de ella se fué á reconocer la disposición de la tierra y asiento del castillo, adonde se halló ser la tierra muy fuerte y áspera, y por el mismo caso halló muy grande dificultad para dar asiento á la artillería, por razón que el castillo está puesto en muy alto monte, que muy áspero de subir era porque está lleno de muchas peñas. Finalmente, no se pudo asentar el artillería si no fué por la puerta que sale á la isla, adonde en un pequeño montecico estaba un poco de llano, y allí la asentó, aunque con mucha dificultad, por razón que no había de lo llano más de hasta trescientos pasos al derredor, y así no se podía sufrir ni compadecer. Asentada que fué la artillería, los dos capitanes veneciano y español comenzaron á dar asiento en las estancias de su gente, y el Gran Capitán dió á su gente aposento en la forma siguiente: Delante de la puerta que sale á la isla, en el llano de un montecico adonde estaba el artillería á tiro de piedra de la villa, hizo el Gran Capitán hacer muchos reparos en los cuales para seguridad de la artillería puso al capitán Pizarro y al capitán Villalba con seiscientos infantes, y treinta y cinco pasos más atrás á la mano izquierda de aquella estancia contra la villa estaba asentada toda el artillería, junto á la cual el Gran Capitán mandó poner su tienda, adonde con una parte de gentileshombres y con dos mil y quinientos infantes aposentó su persona. Más atrás de la estancia del Gran Capitán puso sus tiendas y gentes el proveedor de los venecianos. Más adelante de la mano derecha de la villa puso el Gran Capitán á D. Diego de Mendoza y al capitán Pedro de Paz con doscientos hombres de armas y doscientos caballos ligeros y con mil y quinientos infantes. Alrededor de la villa al pie del monte, por las riberas de él, repartió otra buena parte de infantería debajo de sus capitanes, los cuales serían hasta otros mil y quinientos infantes. De la parte de la villa delante de un turrión que llaman el Espolón, adonde los turcos tenían una puerta falsa, puso al Comendador Mendoza y á Pedro de Hoces con cien hombres de armas y cien caballos ligeros y mil infantes. Y de esta manera fué cercada toda la villa y castillo de la Caphalonia, y el Gran Capitán, que mucho deseo tenía en aquel segundo pasaje de hacer muestra de su persona y gente, en especial habiéndolo contra turcos y enemigos de nuestra santa fe católica, dió toda la mayor priesa que pudo en el batir del artillería, porque aquel era el primero movimiento de guerra que en aquel caso se debía hacer por razón de ser fuerte la villa y castillo contra quien era necesario poner todas sus fuerzas y poder. Pues habiendo proveído todas las cosas necesarias para dar el asalto, determinó el Gran Capitán de enviar una embajada á los turcos, con la cual fueron Aparicio, capitán de las galeras, y Solís, valeroso capitán de infantería, haciéndoles saber cómo los soldados viejos del riquísimo Rey de España, ejercitados de largo tiempo en la guerra y

vencedores de los moros, habían venido en socorro de los venecianos, y que si ellos querían entregar la isla y castillo de Caphalonia, que todos se podrían ir salvos y seguros, pero que si estaban determinados de probar las fuerzas de los españoles y esperar los golpes del artillería, que después no hallarían lugar de perdón ni misericordia. A estas palabras respondió con alegre rostro Cisdar, de nación albanés, capitán de la guarda de la Caphalonia: «Cristianos, agradecemos os mucho vuestra voluntad, pero hacemos os saber que nosotros estamos determinados, ó vivos ó valerosamente muertos, de ganar grande gloria de constancia para con Bayaceto, ni nos espantamos por ningunas amenazas de hombres, habiéndonos la fortuna á todos escrito en medio de la frente el fin de la vida. Decid á vuestro capitán que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las cuales valerosamente vengaremos nuestras muertes, si acaso no pudiéremos resistir á vuestro destino ó á vuestro esfuerzo». Dicho esto, mandó enviar un fuerte arco con un carcax dorado al Gran Capitán. Finalmente, la villa se batió con el artillería, mayormente con la de venecianos, que tenían algunas piezas de bronce muy gruesas que se llamaban basiliscos, que echaban con ellas pelotas de hierro colado que pasaban ocho pies de muralla, con la cual derribaron por aquella parte un buen pedazo del muro, por donde los cristianos hacían mucho daño en los turcos, los cuales aunque tenían gran trabajo en reparar los lugares que la artillería derribaba, los turcos al encuentro mucho más de lo que se puede creer se defendían animosamente, que por las espantosas muertes de los suyos no se movían un paso atrás, tirando contino artillería y tanta furia de saetas, que el campo y las tiendas cubrían, y era la crueldad mayor por estar enerboladas, que por pequeña que fuese la herida morían los pobretos soldados, como acaeció á don Sancho de Velasco, mozo nobilísimo y valeroso, el cual primero que pudiese ser remediado en poco rato fué muerto de una bien pequeña herida. Pero siempre los cristianos los molestaban con continuos combates, pero los turcos no por eso dejaban de día ni de noche con escaramuzas alterar el campo de los cristianos, adonde así de la una parte como de la otra siempre había muertos y heridos y no dejaban los turcos con daño de los cristianos cada día fortalecerse más. El Gran Capitán, que pesante era de los peligros y daños que los suyos recibían, procuró de le evitar y asimismo de abreviar aquella conquista con la mayor diligencia que pudo, y por esta razón mandó hacer por diversas partes de la villa muchas minas, y por la parte do él tenía su estancia hizo hacer una muy grande, y por la parte del Espolón hizo hacer otra, las cuales fueron de muy gran copia de pólvora llenas, y después las mandó cerrar de un muy fuerte muro de piedra. Y junto con esto mandó meter en orden su gente, con voluntad de en descargando las minas dar el asalto á la villa por aquella parte. Y con esta determinación un martes á veinte y cinco días del mes de Noviembre del sobredicho año de mil y quinientos, el Gran Capitán, después de haber metido en orden su gente, mandó poner fuego á las minas, las cuales reventaron con muy gran fortaleza derribando dos buenos pedazos del muro; pero con los grandes reparos que los turcos de dentro tenían, la villa quedó tan fuerte como de antes. Mas los españoles codiciosos de honra, esperando gozar de aquel saco que con la victoria se les aparejaba, arremetieron al muro con muy grande ímpetu, pero muy desordenadamente, y poniendo sus escalas comenzaron unos á subir por una parte y otros por otra con gran peligro de sus personas, por razón que los turcos estaban puestos en la defensa de los muros derribados y tenían consigo todo género de defensa, echando contra los cristianos piedras de mucha grandeza, lanzas, flechas, fuego artificial y olio ferviente y asimismo mucha y muy espesa artillería, con que hacían muy gran daño en los cristianos de abajo. Y de esta manera muchos de los españoles que subían caían abajo unos muertos y otros heridos; otros que allegaban de refresco reforzaban la batalla, pugnando cada cual por entrar dentro. Tanto hicieron los españoles de aquella vez, que algunos de ellos, contra la resistencia de los turcos, pudieron entrar encima los reparos que los turcos tenían por de dentro y desde allí peleaban con muy grande ánimo y fortaleza, procurando de echar á los turcos de aquel lugar. Pero por ser poca la gente que subió y los turcos fuesen muchos, no tuvieron tanto poder de se defender de

ellos, y con esto los turcos rompieron todas las escalas con que aquellos pocos españoles habían subido en los reparos. De manera que ya no les quedaba otro remedio sino de morir encima de aquel lugar ó de echarse de allí abajo, que no poco alto estaba, y lo que peor era, que como las escalas fuesen despedazadas por los turcos, ninguno de los de abajo podía socorrer á los de arriba, y con esto los turcos reforzando la causa de su peligro hicieron tanto por aquella parte, que alanzaron por fuerza de los reparos abajo á los españoles que en lo alto habían subido, entre los cuales cayó D. Diego de Mendoza, varón de mucha virtud y ánimo que al principio de aquel combate había subido de los primeros; pero siendo de muchos y muy pesados golpes atormentado, cayó abajo casi muerto, y los demás muchos heridos y muertos, les convino desamparar aquel lugar por razón de la noche que sobrevino, y los turcos en toda aquella noche no dejaron de rehacer los lugares derribados, que de las minas y artillería estaba mucha parte del muro por el suelo. En este cruel asalto los moros usaban de un diabólico ingenio, y era que á los españoles procuraban de tirallos de abajo para encima de la muralla echando sobre ellos ciertos garficios de hierro que llamaban lobos, con los cuales los cogían por los hombros de la coraza ó por la cinta y los subían en el castillo, y con estos garfios entre otros con grande peligro de la vida fué preso Diego García de Paredes, valeroso capitán de infantería, el cual después en muchas guerras hizo muestra de muy singular fortaleza. Y después de subido sobre el muro con una espada y rodela que llevaba hizo cosas tan dignas de memoria defendiéndose varonilmente que nunca lo pudieron rendir, hasta que de hambre y debilitación de las fuerzas lo rindieron, y así fué tenido en tanto de los turcos, que pensando por su medio haber algún honesto partido no lo quisieron matar, pero dende á pocos días fué rescatado y libre.

CAPÍTULO XI

En que cuenta un milagroso sueño que el Gran Capitán soñó, el cual fué causa que mucha de su gente no se perdiese.

Después que los españoles se retiraron á sus estancias con harto daño y pérdida suya, según que la crónica lo ha dicho en lo pasado, el Gran Capitán, viendo que de aquella vez no había podido hacer cosa ninguna y que todo el trabajo de aquella batalla había salido muy sin fruto, antes con su gente había recibido muy grande detrimento, andaba siempre muy solícito en todo aquello que se debía hacer para dar fin en aquella empresa que entre manos tenía, ó de morir en aquella demanda; y por esta razón mandó por muchas partes cortar el muro, y asimismo hacer otras muchas minas con las cuales mucho daño se hacía en los muros, según que por el efecto de las otras minas se conocía y con el artillería. Junto con esto de día y de noche no se hacía otra cosa salvo batir la villa con mucha fortaleza; pero los turcos, que de muy grande ánimo é ingenio son en el arte de la guerra, á todos los peligros se ponían con muy gran corazón y hacían muy grande resistencia en todo, defendiéndose de todas las maneras y artes que el Gran Capitán buscaba para los ofender. Los turcos muchas veces con la escuridad de la noche (porque en aquella hora con el beneficio de lo escuro les parecía estar seguros del peligro de la artillería) salían del castillo y tiraban á los cristianos tanta multitud de saetas, qne muchas veces estuvo el Gran Capitán en mucho peligro, porque aun hasta su tienda estaba llena de ellas; de tal manera que con dificultad se podía poner remedio. Y así el Gran Capitán pensó un muy saludable remedio, y fué que mandó hacer una trinchea muy cerca de la villa en derecho de la puerta, rodeada de matones, la cual fortificó con artillería apuntada al paso por donde los turcos habían de salir, de tal manera hecha que primero los turcos eran muertos del artillería casi con golpe cierto, que ellos pudiesen llegar al lugar donde ellos solían meterse á tirar sus saetas. Este aviso rompió el osar de los turcos, porque siendo hombre valeroso á quien había sido encomendado el cargo de defender la trinchea, tenía siempre atenta la guardia, y saliendo los turcos (según su costumbre) dos veces afuera, entrambas los cogió tan fácilmente, que de una súbita ruciada de artillería mató grande número de ellos. Andando, pues, el campo cristiano metido entre tantos contrastes, deseosos todos de vencer y de tomar aquella villa, una noche siendo de guardia el capitán Pizarro y el capitán Villalba, con cuatrocientos hombres, junto á los re-

paros que estaban dentro de la puerta del castillo, acaeció un caso de mucho misterio, y fué así: que pasada la media noche á la tercera guarda estaba el Gran Capitán durmiendo en su tienda, que poco antes cansado de requerir las guardas se había recogido á dormir. Soñó que por la una parte del muro que las minas habían derribado, los turcos salían fuera de la villa y salteaban la guarda de los españoles que bien segura de este sobresalto estaba. El Gran Capitán, con la gran congoja que del sueño recibió, comenzó hablar muy alto, diciendo á los suyos tomasen las armas, animándolos fuesen á herir en los turcos que con las guardas andaban revueltos. Estando en este sobresalto metido el Gran Capitán, despertó del sueño lleno de mucha alteración y á muy gran priesa demandó sus armas. Haciendo meter en armas toda la más gente que allí se halló, fué á ver aquel lugar de la guardia por donde había soñado que los turcos salían. Ya los turcos en este tiempo habían salido á darles rebate y dieron con muy grande ímpetu en la guarda de los cristianos, y tan reciamente los acometieron que en breve los desbarataron, por razón que, seguros los cristianos de aquel rebate, los más dormían, los cuales despertando á deshora con la venida de los enemigos, unos tomaban las armas, otros poniendo la esperanza de su salud en huir, se fueron al campo donde el cuerpo del ejército estaba. Unos pocos que estaban despiertos juntamente con los capitanes resistieron un rato á los enemigos, pero los más de ellos fueron muertos siendo como eran en número muy desiguales. En esto el Gran Capitán, á quien Nuestro Señor milagrosamente había dado aquel sueño porque no pereciese aquella gente, allegó de refresco con su gente que, según dicho es, había puesto en tanta alteración y comenzó de animar á los que desamparaban el lugar, al cual como conociesen los españoles, afirmáronse más contra los enemigos que todavía los estaban hiriendo, y los turcos como sintieron el socorro volvieron las espaldas contra la villa y los cristianos los siguieron, matando é hiriendo en ellos hasta que los encerraron dentro de ella. Y con esto los cristianos se volvieron á sus estancias, estando muy sobre el aviso hasta que fué de día. Los turcos, que de aquel salto no sacaron tanto provecho como pensaron, luego á la mañana habiendo todo lo que de la noche quedaba atormentado un cristiano para le atraer que renegase la fe de Jesucristo, el cual en aquel rebate habían prendido y el cristiano no lo queriendo hacer, los turcos á vista del campo cristiano lo empalaron, dándole aquel género cruel de muerte que aquella perra gente acostumbra á dar. Y de esta manera aquel bienaventurado soldado murió y dió el ánima á Nuestro Señor confesando la fe católica como mártir y santo. Los cristianos viendo tan grande género de crueldad como en su compañero se ejecutó, tomaron á un turco que ellos asimismo habían captivado y á vista de los turcos en medio del campo le quemaron vivo, y así fué vengada la muerte bienaventurada del cristiano con la malaventurada vida del turco.

CAPÍTULO XII

De cómo el proveedor de los venecianos con su gente dió la batalla á la villa, y de lo que le sucedió.

Toda la cosa bien considerada y con prudente consejo determinada trae consigo mejor efecto que no aquella que inconsideradamente se ejecuta. Y así acaeció al proveedor de venecianos, llamado el Pesaro, el cual viendo el mucho y largo tiempo que en la conquista de aquella villa se había gastado, y el poco fruto que el Gran Capitán en todos sus acometimientos había sacado, determinó con su gente tentar fortuna y de dar la batalla á la villa, y por esta razón habló un día con el Gran Capitán, el cual mejor que ningúno otro sabía vencer, y díjole cómo tenía determinado de él con su gente dar la batalla y que quería probar si por ventura aquella gente descreída se podía defender de sus manos. El Gran Capitán, que hasta entonces no se había dormido, antes estaba muy trabajado, pensando siempre lo que convenía á la expugnación de aquella villa, recibió pasión de la soberbia del proveedor, al cual respondió diciendo que no tuviese á los turcos en tan poco que así ligeramente pensase vencerlos, en especial viendo que la villa era en sí muy fuerte y el daño que por esta razón habían los suyos recibido, defendiéndose los turcos con mucho saber y fortaleza, y que se acordase asimismo con cuánto daño suyo los de Francia y venecianos el año pasado se habían levantado de sobre ella sin

la tomar ni dañar, y que visto esto su parecer era que hasta hacer otros aparejos é ingenios de guerra no se debía tentar la fortuna en aquel caso; mas que esto no embargante, si su parecer era de combatir la tierra con su gente y tan determinado estaba de lo hacer, que él no estorbaría su voluntad. El proveedor de los venecianos, que muy determinado era en sus hechos, no quiso tomar el consejo del Gran Capitán, antes pensó con poco trabajo tomar la villa con su gente, deseando ponerlo por obra. Por razón que ganando él con su gente aquella villa, toda la honra de la victoria sería á él atribuída. Y así con esta voluntad un miércoles á diez y seis días del mes de Noviembre del sobredicho año de mil y quinientos años, hizo meter toda su gente en armas, y haciendo batir la villa con su artillería con muy gran fortaleza, después de la haber batido arremetió con su gente, los cuales en el principio hicieron muestra de mucha virtud, porque con aquel deseo que de ganar la gloria para sí tenían los venecianos, peleaban con muy grande ánimo y pusieron las esçalas á muy gran priesa, por las cuales comenzaron á subir mucha gente, no mirando entre sí orden ni concierto de guerra que en aquellos casos es muy necesario. Los turcos, que muy aderezados estaban para los rebibir, viendo la priesa con que subían los venecianos y el poco concierto que traían, para darles ocasión á que con más voluntad mucha más gente subiese por los reparos, escondiéronse para adentro muchos de ellos y otros á vista de venecianos iban retrayéndose desamparando los reparos; de manera que cuando les pareció ser tiempo, así los turcos que estaban escondidos como los que hacían fingidamente muestra de retraerse, tornaron sobre los venecianos, los cuales á grandes voces viendo que ya tenían ganada la villa gritaban victoria, victoria ganada por los venecianos, y muchos de ellos con el alegría de la victoria se alzaron por los reparos abajo dentro en la villa. Pero como los turcos se descubriesen de su celada y tornasen sobre los venecianos con muy grande ánimo, dieron tan reciamente en ellos que mataron é hirieron muchos de ellos. Y aunque la repentina venida de los turcos y el daño que de ellos recibían en los venecianos metiese mucho miedo, no por eso dejaban de resistir con mucho ánimo las fuerzas de los turcos, y animándose unos con otros, no creyendo que los turcos habían de prevalecer de tal manera que por eso dejasen de seguir la victoria; pero como los turcos peleasen por la defensión de sus vidas, y de sus mujeres é hijos, y por el estado de su libertad, hicieron tanto de sus personas que los venecianos no lo pudieron sufrir y fueron lanzados de los reparos abajo, y los que dentro saltaron pensando que ya del todo era la villa ganada, fueron de los turcos muertos que no quedó hombre vivo, y los que abajo habían quedado, viendo la gran priesa con que los turcos cargaban en los suyos, no se atrevieron á subir más, viendo el daño de los otros. Finalmente, siendo de los venecianos muchos muertos y heridos, los turcos quedaron por vencedores encima de sus reparos y los venecianos se retiraron á sus estancias, á los cuales los turcos siguieron gran rato fuera de la villa. haciendo en ellos todo el daño que podían. El Gran Capitán que vido venir á los venecianos huyendo, socorrió con una parte de españoles, y entonces viendo los venecianos venir el socorro del Gran Capitán, revolvieron sobre los turcos, y los turcos contentos con lo hecho se tornaron á encerrar en la villa, habiendo hecho aquel día gran daño en los venecianos por su desordenado acometimiento y mal consejo que en aquel caso el Pesaro proveedor de los venecianos siguió.

CAPÍTULO XIII

De cómo el Gran Capitán, visto el daño que los venecianos habían de los turcos recibido, él con su gente dió otro combate en que tomó la villa.

Habiendo el proveedor de los venecianos dado, según dicho es, un combate á la villa del que recibió mucho daño en su gente, el Gran Capitán muy gran pasión recibió de aquel hecho, por razón que los turcos cobraban ánimo y fuerzas; y habiendo en aquellos días el Conde Pedro Navarro (el cual después en la guerra alcanzó suprema honra siendo inventor de obras maravillosas) derribado una parte del muro, y haciendo cavar algunas minas en el fundamento donde estaba asentada la fortaleza y metiendo en ellas barriles de pólvora para dalles después fuego, que con la violencia de aquel elemento, cerrado por donde pudiese expirar, rompía con grande pres-

teza cuanto topaba. El Gran Capitán determinó de su parte con su gente dar otro tiento á la fortuna, pero con mejor consejo y prudencia que el proveedor en aquel acometimiento pasado usado había. Y con esta voluntad el Gran Capitán se dió mucha prisa á hacer aparejos é ingenios con que pudiese tomar á los enemigos, y de tal manera andaba diligente en el efecto de aquel negocio, que de día ni de noche no reposaba, dando en este medio muy gran batería con el artillería y asimismo acometiendo á los enemigos cuando era menester, no se apartando de aquello que era razón seguir, como hombre que de aquel menester sabía mejor usar que ningún otro. El cual entre otros muchos aparejos é ingenios que mandó hacer hizo tres grandes minas, las cuales hinchió de mucha pólvora é hízolas cerrar de un muro muy fuerte. Después de esto, muy secretamente, como de los turcos no fuesen sentidos, mandó hacer una puente con ingenio muy sotil, y fué de manera que al tiempo que los españoles diesen la batalla y llevasen lo mejor de ella, la puente se echase encima del muro, de manera que pudiese subir por ella mucha gente, porque como los turcos estuviesen ocupados por los lugares de do eran de los cristianos acometidos, no impedirían el efecto de aquel ingenio, con el cual el Gran Capitán pensó del todo tomar la villa, como lo hizo, según que abajo se dirá. Pues después que las minas fueron acabadas y los otros ingenios y aparejos fueron hechos y la puente de madera acabada, el Gran Capitán un día bien de mañana mandó meter en armas su gente, los cuales siendo juntos en uno les dijo:

ORACIÓN DEL GRAN CAPITÁN Á LOS ESPAÑOLES

«Por cierto, señores, si después del auxilio divino no esperase en vuestro valor y esfuerzo de ser vencedor en esta jornada que tan deseada y á la mano tenemos, acordándome de vuestra sobrada virtud, por mejor tuviera que nos quedáramos en España, aunque con honra sepultada, que no haber venido aquí, en donde los venecianos han querido concurrir con nosotros en la honra, pensando, como habéis visto, que se quisieron jactar (estando sobre el fuerte de los enemigos, donde después con tanto vituperio fueron lanzados) que ellos tenían la victoria de esta empresa y así lo empezaron de publicar. Por cierto muy mala cuenta daríamos de nosotros si ello así fuese y pasase en verdad, que una ciudad tan ruin y unos desarmados flecheros se nos amparasen tanto tiempo. ¿Por ventura nosotros no somos aquellos españoles que domamos la soberbia de los franceses echándolos con tanto vituperio de todo el reino de Nápoles y restituímos en su señorío al Rey D. Fernando, y después habemos hecho poseer aquel reino pacíficamente al Rey D. Federico, su sucesor? ¿Pues será verdad que á una gente tan experimentada y valerosa le sea preferida la veneciana con su arrogancia? La cual ha de ser testigo y pública pregonera de nuestro esfuerzo ó cobardía; si bien lo miráis mejor os será la honesta muerte que la vida muy vituperada, mayormente pues es contra infieles, donde el que pierde el cuerpo perecedero salva el alma inmortal, y el que queda vivo quedará rico de fama y joyas que éstos tienen encerradas. Pues si pensáis que este cerco puede durar mucho, advertid que estamos en tierra de enemigos y con mucha falta de vituallas, las cuales no pueden sernos proveídas sino por la mar, la cual como veis anda tan alterada que no se puede navegar ni hay esperanza de bonanza en muchos días. Pues ¿paréceos que será más conveniente morir de hambre sin esperanza de socorro y como cobardes que, combatiendo varonilmente como acostumbráis, vencer al enemigo y perpetuar la honra y fama y ganar la tierra, la cual abunda de lo que á nosotros nos falta, que es las provisiones y dineros, y poder tomar descansado sueño, del cual los enemigos nos privan y sus continuos asaltos? Yo os ruego, no como á soldados, sino como á hermanos, que por tales os tengo y he tenido como sabéis, que de tal manera empleéis vuestro esfuerzo, que nuestra nación siempre sea tenida en la posesión que hasta aquí y que nuestras manos sea nuestra vida y honra y provecho, porque haciéndolo imitaremos á nuestros pasados y los venecianos conocerán la ventaja que hay entre ellos y nosotros. Haremos el mandado de nuestro Rey, castigaremos los soberbios mahometas, vengaremos las injurias pasadas, ganaremos, en fin, una fuerza que será seguro puerto á los cristianos, de donde tanto bien se sigue, y pues todo lo necesario á este combate está en buena disposición, no hay para

qué tantas palabras, pues os sobra el esfuerzo y ningún género de palabras lo puede acrecentar, pues vuestras obras mostrarán cada uno quién es y lo que vale y cómo merece ser galardonado según sus obras y virtud».

A estas palabras habiendo estado todos muy atentos, respondieron que no querían más de licencia de su capitán que por la obra conocería su voluntad y buen deseo. Y luego el Gran Capitán con tal esperanza ordenó su gente para la batalla, según que el número de ellas, el tiempo y lugar demandaban, y como fué toda la gente en orden, mandó poner fuego á las minas, las cuales no tuvieron efecto ninguno, por razón que por la parte de dentro los turcos tenían hechas ciertas contraminas por donde todas las fuerzas de las minas fueron causa de se perder, porque expiró por las contraminas y quedó el muro tan fuerte como de antes estaba. El Gran Capitán Gonzalo Fernández, viendo el poco ó ningún daño que las minas hicieron en el muro de la villa, dejó una parte de la gente en la guarda de la puente de madera que había hecho, dando orden para que al tiempo que viesen que su gente estaba encima de los reparos, ellos echasen la puente sobre el muro y subiesen por ella con mucha presteza, y él con toda la otra gente, después que fué muy bien batida con toda la artillería, se allegó al combate, y en allegándose comenzó con muy grande ánimo y fortaleza que los españoles por se señalar entre los venecianos ponían, y lo que más les ayudaba era el favor del Gran Capitán, el cual proveía con muy gran diligencia en todos los lugares, animando á los suyos y él de su persona combatía como muy valiente soldado. En esto el Gran Capitán mandó allegar las escalas al muro por diversas partes y mandó por ellas subir á toda la gente, por las cuales comenzaron á subir con muy denodado ánimo; pero los turcos en esto no dormían, antes con muy grande saber y fortaleza se defendían, no dando lugar á que los españoles subiesen, por razón que desde lo alto les echaban mucho fuego artificial y olio herviente y piedras y lanzas y todo género de armas que á las manos podían haber, con que no poco daño hacían en los españoles, porque muchos eran abajo muertos y otros tullidos y muy mal heridos por la cruel resistencia que con aquellos materiales hacían, y junto con esto los turcos despedazaron muchas escalas, de que no poco impedimento se les seguía á los españoles. Pero el Gran Capitán, reforzando su gente y la batalla de refresco, y de una y de otra parte con mucha y grande diligencia proveía, de que los españoles tomaron tanto y tan gran ánimo, que los unos por las escalas y los otros haciendo montones de cuerpos muertos arrimados á los reparos y ayudándose los unos á los otros, subieron encima de los reparos á mal grado de los turcos, de que no poco daño hacían á los españoles por se defender de ellos y de sus fuerzas. De los que subieron primero en los reparos fué un Martín Gómez, capitán de infantería, el cual hizo mucho de su persona al subir de los dichos reparos, haciendo camino á todos sus compañeros para dalles lugar que subiesen, con harto daño y peligro suyo y de su persona, y con esto la voz fué por todo el campo cómo ya los españoles eran subidos á los reparos. Y con esto todos los otros lugares cobraron ánimo y procuraron con muy gran diligencia de subir en el muro, y de esta manera, cuanto más á los españoles les crecía el ánimo, tanto más las fuerzas de los turcos se disminuían, porque en muy poco espacio los españoles fueron señores de los reparos, y los turcos comenzaron á desmayar y á desamparar los muros y se recogieron dentro por las fuertes casas de la villa. En este medio, viendo que era ya tiempo de echar la puente, los españoles que habían quedado en guarda de aquel hecho echaron la puente sobre el muro, el cual como estuviese más desembarazado de los dichos turcos, subieron por ella muy muchos españoles, los cuales de refresco comenzaron á cargar sobre los turcos matando é hiriendo muchos, tanto que ya no pudiendo sufrir más los turcos á los españoles, volvieron las espaldas. Los españoles, matando é hiriendo en ellos, los siguieron hasta metellos por la puerta del castillo, donde el capitán turco Cisdar con mucha gente de la suya se había recogido y tomaron cerca de ochenta turcos vivos aunque heridos, y los españoles allegando al castillo con la matanza comenzáronle á combatir, poniendo en aquel combate no menos fuerzas que en la presa de la villa. Finalmente, los españoles como los viesen como hombres vencidos, muy en breve los tomaron juntamente con el castillo, al cual tomándole por fuerza los españoles mataron todos los turcos que dentro se habían recogido con su capitán Cis-

dar, los cuales todos fueron muertos que serían hasta trescientos soldados. De esta manera el Gran Capitán con su gente alcanzó esta tan gloriosa victoria, restituyendo la villa á su debido señor. Pero la fortuna le esparció aquel dulcísimo honor de la honrada hazaña con el amargor del doméstico llanto, porque casi en aquel tiempo D. Alonso de Aguilar, su hermano, mayorazgo de su linaje, capitán de gran autoridad, fué muerto de los moros en la sierra Bermeja; habiéndose aquella gente dejado debajo de ciertas condiciones de paz después de la guerra de Granada en la sierra Morena y eran forzados del Arzobispo de Toledo á hacerse cristianos, rebeláronse y pusiéronse en armas, fué cometido el cargo á D. Alonso para que les hiciese guerra y los castigase. Y él combatiendo esforzadamente, habiéndose metido muy adelante, sobreviniendo la noche, dándole encima los moros por todas partes, saliendo de las celadas le mataron, habiéndole primero muerto el caballo. El Conde de Ureña, compañero suyo en aquella empresa, no tuvo esfuerzo de socorrer á don Alonso, puesto en medio de sus enemigos. D. Pedro, su hijo, habiendo recibido grandes heridas junto á su padre, fué socorrido de don Francisco Alvarez de Córdoba, amigo valerosísimo, y echados con grande fuerza los bárbaros le levantó, que estaba en tierra con una pierna pasada, le puso en un caballo y con muy grandísima honra le salvó y le puso en salvo.

CAPÍTULO XIIII

De la gran hambre que los cristianos padecieron después de ganada la isla de la Caphalonia.

Después que el glorioso vencimiento el Gran Capitán hubo en la presa de la Caphalonia sobre la cual puso gran trabajo é industria, estando en el cerco cincuenta días de los más trabajosos del invierno, el cual siendo de muchas aguas y vientos combatido y contino sufriéndolo con paciencia. En este medio el Gran Capitán, que mucha pasión tenía á causa del mal tiempo y de su gente que de sola hambre se caían muchos de ellos muertos, y faltándoles la carne comían las bestias del ejército, así asnos como caballos y otros animales, haciendo de los crudos cueros calzado para sus pies, allegó la gente del ejército en tan extrema necesidad de hambre, que faltándoles los caballos y las otras bestias comían los ratones y las yerbas y otros muchos manjares de esta calidad y bebían agua. Finalmente, el Gran Capitán y el proveedor se vieron, juntamente con su gente, en la mayor necesidad que nunca se vièron capitanes, y esto era por no poderse navegar la mar; y el Gran Capitán, que de muy gran corazón era y magnánimo, determinó de se partir de aquella isla, queriendo antes oponerse á la ventura de la mar que no morir de hambre allí en aquella isla. Bien es verdad que en la mar, según el fuerte tiempo del invierno, no estaba bien seguro; pero, como dicho es, antes se quería el Gran Capitán cometer á la mar que no esperar allí la muerte, que muy cierta les era por la muy grande falta que tenían de todos los mantenimientos. Finalmente, el Gran Capitán con su gente se metieron en las galeras con propósito de se aventurar y partirse luego de aquel lugar; pero como las cosas de la mar sean tan dudosas que en un momento se truecan del todo, acaeció que sobrevino á deshora una grande tormenta y un tan contrario tiempo en la mar, que convino á los dos ejércitos no partirse de aquel puerto. Duró esta tormenta quince días y más, dentro de los cuales como tomase á la gente de las dos armadas con tanta necesidad y hambre, se caían muchos muertos, y verdaderamente perecieran aquellos dos ejércitos si Dios por su gran misericordia no los socorriera por una muy grandísima ventura. La cual fué que una nao de ochocientas botas yendo á Alejandría cargada de castañas, por la muy gran tormenta de la mar se perdió en el surgidero de aquella isla, de la cual antes que fuese á lo hondo, con las barcas y bateles toda la gente del ejército cada uno por su parte con diligencia recogieron todas las castañas y avellanas y algunas otras vituallas que se pudieron salvar de aquella nave perdida. Había en este tiempo en el un campo y en el otro, guardado de secreto, alguna cantidad de trigo; lo cual sabido por el Gran Capitán Gonzalo Fernández, lo mandó traer y hacer algunos pequeños molinos de á brazo, los cuales en cada una galera movidos por los forzados, y faltando cedazos para sacar el salvado, quitó á las mujeres de las cabezas algunos velos muy delicados, los

mejores que entre ellas halló, é hizo hacer hornos pequeños en la ribera de la mar donde se cociese el pan, y así con esta provisión no solamente se remedió la hambre, mas ambos campos fueron levantados en esperanza de poderse librar de la muerte que cruel esperaban. Y esto, juntamente con la presa de la nave ya dicha, fué mucho consuelo y ayuda para aquella gente que casi del todo pensaron de morir de hambre y perecer en aquella isla. Finalmente, con aquella provisión y bastimento se detuvieron los dos ejércitos hasta tanto que la mar se metió en bonanza, que muy alterada había estado en todos aquellos quince días continuos, y después que la mar abonó quedando la villa de la Caphalonia á muy buen recaudo, las dos armadas se partieron ambas de aquel puerto y el Gran Capitán se fué á Sicilia y el proveedor á Venecia para enviar de allá gente y provisión para la villa que en mucha necesidad quedaba, como adelante se dirá.

CAPÍTULO XV

De cómo el Duque Valentino fué sobre Faenza, y de lo que en la villa de Fosara le acaeció.

En este medio tiempo que el Gran Capitán estuvo sobre la Caphalonia, el Duque Valentino, habiendo ya, según dicho es, conquistado el estado de Imola y Forli como en las capitulaciones se contenía, determinó de se mover de su aposento con toda la gente que tenía por aquellas tierras de la Romania aposentadas y fué sobre Faenza, otra villa de las que en la capitulación se contenía; y como llegó á Saxo Ferrato, distribuyó el ejército y mandólo aposentar por las villas de aquella comarca, y siendo aposentados en una villa que se dice Fosara, el capitán francés monsiur de Alegre, uno de los que venían con el Duque para aquella conquista con cincuenta hombres de armas y cuatrocientos infantes españoles, los de aquella villa cerraron las puertas y no les quisieron aposentar dentro. La razón fué, según se dijo, porque cuando el Duque Valentino tornó de Francia de hacer su casamiento, viniendo un día uno á se querer aposentar en aquella villa y viéndolo los vecinos no le quisieron recibir dentro ni darle aposento para su persona, ni vituallas; de que el Duque muy enojado, no se queriendo detener, pasó adelante la vía de la ciudad de Roma. Y de este desacato se temían los de la villa no se quisiese agora vengar de ellos recibiéndole dentro su gente, y también pensaron que como la vez primera pasó sin les hacer daño, también se pasaría aquella vez última no haciendo cuenta ninguna de su inobediencia. Pero de otra manera sucedió que pensaron, porque como el Duque supo el gran desacato que aquella tierra mostraba en su servicio, y asimismo tuviese en la memoria de cómo no le quisieron dar aposento á su persona cuando por allí pasó viniendo de Francia, determinó de castigar la obstinada malicia de aquella gente, no pudiendo más tolerar la pasión que de aquel hecho recibió. Y con esta determinación, pareciéndole al Duque ser cosa muy á la larga quererlos tomar á fuerza de armas combatiéndolos con el artillería, buscó alguna manera ó arte con que los pudiese tomar, y fué así que acordado que con la infantería española que estaba con monsiur de Alegre venían dos valientes soldados que eran cabos de escuadras de la infantería, al uno llamaban Sancho de Valdoncellas y al otro llamaban Ferrer, estos dos valerosos soldados tomaron una acémila y con ella se fueron ambos á dos á una de las puertas de la villa, y como llegaron hablaron con las guardas rogándoles muy mucho que los dejase entrar á cargar aquella acémila de provisión para su escuadra, porque tenían necesidad de ella. Las guardas no los consintieron entrar en ninguna manera, temiéndose de algún engaño ó traición. Los soldados españoles tornáronlos á importunar otra vez, haciéndoles seguros de aquel recelo que las guardas tenían. Finalmente, creyendo las guardas que sería así como ellos lo decían, y también no se temiendo de dos solos hombres, abrieron las puertas y metiendo el acémila dentro tornáronlas á cerrar. En este medio el capitán monsiur de Alegre estaba aderezando con los infantes para poner por obra el trato que tramado les tenía, que fué éste: Que como los dos soldados hubieron comprado lo que se les antojó, tornáronse á salir por aquella misma puerta por do habían entrado; al tiempo que las guardas abrieron la puerta echaron el acémila delante, y ellos que bien armados iban de malla debajo el vestido, meten mano á sus espadas

y comienzan de ferir en las guardas, y en esto llegaron á la puerta otros doce soldados españoles compañeros de los otros dos que habían consigo traído, los cuales se quedaron de fuera, y como el uno de ellos se apoderó de la puerta, dió lugar á que los otros doce soldados entrasen juntos y todos cargaron sobre las guardas de tal manera, que los echaron á golpe de espada de aquella puerta. En esto el rumor fué grande por la villa, diciendo traición, traición de enemigos, de cuya causa mucha fué la gente que acudió al lugar donde los españoles estaban, y con muy gran ímpetu dieron sobre ellos, y de aquel acometimiento hirieron á Sancho de Valdoncellas y casi á todos los demás que con él estaban, los cuales como muy valientes soldados defendieron la puerta pasando mucho peligro de sus personas, por razón que los de la villa peleaban muy fuertemente por todas maneras defendiendo la villa. En esto los hombres de armas de monsiur de Alegre socorrieron y entrando dentro en la villa se mezclaron con los enemigos con mucha fortaleza. La infantería no llegó tan presto, por razón que del burgo hasta la villa hay una cuesta muy grande y mala de subir, y por esta razón se tardó un poco que no acudió tan presto como debiera. Finalmente, los de la villa reforzando la causa de su peligro, todos juntos cerraron de tropel y cargaron sobre los españoles, y tan reciamente los afrontaron, que hiriendo muchos de ellos los llevaron retrayéndose por una calle abajo más de cien pasos, de lo cual fué causa que muchos soldados (teniendo ya la villa por tomada) se metieron á robar por algunas casas, y con este desconcierto la gente se desordenó y pudiera ser que del todo se perdieran si no sobreviniera monsiur de Alegre con la infantería, que ya había subido la cuesta, porque los de dentro, casi desesperados de su salud, todo lo mejor que pudieron se habían ya retraido hacia la puerta para salirse afuera; pero como vieron el socorro que les venía, afirmáronse más contra los de la villa. En esto los unos por tomar la villa y los otros por defenderla peleaban muy fuertemente y con harto daño de la una y de la otra parte, y estando la cosa de esta manera trabada un hombre de armas español de los del Duque, varón de muy gran fortaleza y ánimo, al cual llamaban Diego García de Paredes, el cual después de rescatado de los moros de la Caphalonia había venido con mandado al Duque Valentino, éste apeándose de su caballo se puso á pie, y entrando en la villa vido cómo los de su parte tenían harto que hacer en se defender, y como esto vido, arremetió como un león denodado con su espada y lanzóse por medio de las fuerzas de los enemigos dando voces, diciendo á los de su parte, que casi como vencidos estaban: «Ea, amigos, no consintáis que os venza gente vencida; por tanto, apretad con ellos». Con esto se lanza por medio de los enemigos haciendo cosas dignas de eterna memoria, al cual los otros soldados viendo su denodado corazón le comenzaron de seguir combatiendo muy valientemente, aunque toda la gente no podía pelear por razón de ser la calle estrecha, pero los que pelear podían hicieron tanto que los de dentro, aunque pugnaron de se defender mucho, pero no les aprovechó ninguna cosa, antes viéndose perdidos volvieron las espaldas, y los españoles matando é hiriendo en ellos los siguieron hasta que la noche los desparció, en la cual mucha gente escapó de no morir por razón que se descolgaron muchos del muro abajo, y huíanse á otros lugares, y otros se encerraban en el castillo, esperando allí la merced del Duque. La villa aquel día tomada y saqueada y quemadas algunas casas de las principales, hecho en ellas todo el daño que hacerse pudo, muchos fueron muertos y heridos, de manera que fué bien vengada el injuria que por dos veces al Duque hicieron, según dicho es. Luego otro día siguiente el Duque tomó á merced á todos los hombres y mujeres que se habían recogido al castillo, y aunque le habían sido mortales enemigos suyos los perdonó, y dejando tan mal parada aquella villa, se fué de aquel lugar la vía de Faenza.

CAPITULO XVI

De cómo el Duque Valentino se partió la vía de Faenza y de cómo puso cerco sobre ella.

Luego otro día que los de la villa y castillo de Fosara se dieron á merced al Duque Valentino, según dicho es, el Duque se fué aposentar con su ejército á una villa que dicen Fano, y estando en aquella tierra aposentados acaeció una mañana estando mucha gente así del

ejército del Duqne como de los vecinos de la villa de Fano en una iglesia oyendo misa, sucedió un grande misterio, el cual puso no poco temor en muchos de la compañía que sin respeto ninguno ni temor de Dios que nos crió, hacían muchos desaguisados, sacrilegios y desafueros, forzando dueñas, corrompiendo vírgenes, robando los templos sagrados y casas de Dios, y finalmente no perdonando ni aun á lo que está dedicado á su honra y ministerio. Fué, pues, así que un soldado de los del Duque que se había hallado el día antes en el saco de Fosara, entrando en una iglesia había robado un cáliz de plata, y porque no fuese de los de la compañía visto, tomó el cáliz y dando sobre él con una piedra le abolló y metióse aquella plata en la manga del jubón; y como aquel mismo soldado se hallase á la sazón entre los otros soldados en aquella iglesia en misa, al tiempo que el sacerdote alzó el Santo Sacramento del cáliz, el dicho soldado cayó muerto sin poder hablar cosa ninguna. Los que allí se hallaron de la compañia, doliéndose de aquel caso tan desastrado, allegaron á él por le levantar y atentaron la manga, adonde sacando lo que tenía en ella halláronle el cáliz abollado, de que se conoció claramente el misterio de que quiso Nuestro Señor manifestar su grandeza, por razón que no es cosa justa que lo que está al servicio y culto divino aplicado sea de profanas manos tratado. Finalmente, el soldado sin confesión pasó á la otra vida. Luego aquel mismo día el Duque se partió con todo su ejército y allegó á Forli, adonde se detuvo algunos días para entender en dar orden en lo que debía de hacer en la conquista de Faenza, y en fin, después de habido consejo con sus capitanes se partió de Forli y fué con todo su ejército á poner cerco sobre la villa de Faenza, adonde estuvo en el medio del invierno y en todo lo más fuerte dél. Y como llegó allí, asentó su campo contra la parte del burgo que mira hacia Forli, y después de asentado dió orden en el asiento del artillería, la cual se asentó contra el burgo en frontera de la puerta de él, y luego comenzó con gran fortaleza á batir la muralla y fué tan grande la batería y tan recia, que cayó en tierra toda la puerta con un pedazo del muro de la mano derecha, y asimismo una buena parte de la torre que está sobre la misma puerta. Luego que la batería cesó, la gente fué toda metida en armas para dar el combate al burgo; pero mirando el Duque el daño que el artillería había hecho, vido que estaba un pedazo de la torre casi para caer, por lo cual mandó que la gente no se moviese hasta tanto que la artillería acabase de derrocar aquel pedazo que aun estaba fuerte y desde aquel lugar los de la villa hacían daño en la gente del Duque con el artillería. Pero acaeció lo que en semejantes casos suele acaecer. Los españoles que estaban ya en orden para combatir la villa, algunos de ellos con poco sufrimiento se desmandaron á querer subir encima de la batería; los otros soldados, codiciosos por se ver dentro la villa, se desordenaron, los cuales fueron todos juntos y el alférez con sus banderas, y subieron todos sobre el estanque y pusieron escalas sobre la otra parte para subir todos sin ninguna orden y sin tiempo, y de esta manera se comenzó la batalla, adonde los unos por entrar y los otros por defender la villa peleaban con mucha fortaleza, de cuya causa así de una parte como de otra había muchos muertos y heridos. Pero los del Duque, por mucho que trabajaron, no pudieron entrar el burgo, por razón que los de dentro tenían hecho por la parte de dentro otro gran foso y otros muchos reparos, y lo que más daño hizo en la gente del Duque fué que los contrarios tenían toda su artillería asestada por la parte de dentro por la batería contra ella, con que mataban mucha gente de la del Duque. Estando, pues, en esta priesa de pelear los del Duque con los de Faenza, el pedazo que de la torre estaba para caer, según dicho es, siendo del artillería muy recio atormentado, cayó abajo encima de la batería y mató de caída á los dos alférez, con otros muchos soldados que á la sazón allí se hallaron, y junto con esto el artillería de los faentinos, que según se ha dicho hacía daño en la gente del Duque, de un través á la mano derecha mató á uno de los capitanes del Duque, mancebo varón de mucha virtud, al cual llamaban Honorio Sabelio, de linaje de los Sabelios romanos, y cayó en poder de los faentinos, los cuales nunca le quisieron dar para le sepultar hasta tanto que Faenza vino en poder del Duque. Este capitán había subido imprudentemente sobre una escala por se meter en la villa y vino de través una pelota que le llevó de vuelo. Gran prudencia han menester los capitanes y gente de guerra en todos sus acometimientos, porque los peligros que sin consejo, antes con temeridad, se

acometen, siempre suceden de ellos lo que á este capitán con menos saber avino. Finalmente, habiendo aquel día los del ejército del Duque Valentimo muy desordenadamente peleado, sobreviniendo la noche, les convino retraerse á fuera con harto daño que recibieron.

CAPÍTULO XVII

De cómo el Duque Valentino se retiró de Faenza por razón del invierno, y de cómo el rey de Francia le envió socorro con que tornó segunda vez sobre Faenza.

Otro día siguiente después de aquel combate primero que el Duque dió á los faentinos mandó mudar el artillería para dar la batalla por otra parte al burgo, y queriéndola mudar fué tanta el agua y nieve que vino que pensaron todos de perecer, y los caballos no podían menearse con el artillería, porque como la tierra es de arcilla y gruesa, hácense lodos en gran manera y acaece muchas veces en semejantes casos quedarse los caballos y otras bestias del carruaje estancadas en el lodo y no poder salir de ello, y más si los inviernos son de agua. De esto avino muy gran desconcierto en el ejército del Duque, á cuya causa pudiera todo el ejército recibir gran daño, en especial que á la sazón salieron los de dentro de la villa á dar en ellos, donde les hicieron mucho daño. Viendo el Duque cómo no se podrían sostener estando en campaña en tiempo de tantas nieves y aguas, y que no se podía aprovechar de la artillería y toda la pólvora estaba húmeda, determinó de se levantar de sobre Faenza y repartir su gente á aposentarla por aquella comarca. La gente española aposentó en Forli y al capitán Miguel Valentino con su gente á dos millas de allí, y su persona con toda la otra gente del ejército se aposentó junto á Cesena, por aquellas granjas. Asimismo dejó gente de guarnición en muchos lugares cercanos de Faenza, para que mediante aquel tiempo del invierno saliesen de aquellos lugares á dar rebatos y escaramuzas á los faentinos y correrles la tierra. Había de esta gente en Imola y en Solarola, y en Bresiguela y Rojada, adonde cada día siendo el campo aparejado salían á correr la tierra de Faenza. Estando el Duque sin hacer cosa ninguna por razón del invierno, envió á demandar más gente de socorro al Rey de Francia, el cual según por lo capitulado entre ellos era obligado á le enviar. Y con esto, visto por el Rey de Francia la necesidad que el Duque tenía de gente, envióle doscientos hombres de armas y mil y quinientos gascones y cuatrocientos archeros, y dió el cargo de esta gente á monsiur de Alegre. Asimismo en aquel tiempo que quedaba de pasar del invierno el Duque hizo aderezar toda la artillería y mandó traer más, y la gente se aderezó de armas esperando que el verano apuntase para ir sobre aquella villa, que muy gran vergüenza era detenerse en la conquista de ella. Después que fué pasado lo más recio del invierno, y el verano se comenzó á sentir por los mortales, el Duque Valentino mandó recoger toda su gente y artillería en un lugar. Hecha reseña de ella hallóla toda muy bien aderezada, y halló tener mucha más gente en su ejército que no la que llevó la vez primera que fué sobre aquella villa de Faenza. Finalmente, el Duque movió todo su campo la vía de Faenza, la cual era muy fuerte villa, como es dicho, y muy fuertemente defendida por los de dentro, y como llegaron sobre ella hizo asentar su campo junto al camino de Bolonia y aposentó su persona junto á un monesterio fuera de la villa, que dicen San Francisco, y luego que fué aposentado el campo y aposentada la persona del Duque, se dió orden en el asiento del artillería, la cual se asentó contra la roca de la villa una parte de ella y otra parte mandó asentar contra un bestión que los de dentro habían hecho para reparo de su artillería. Y de esta manera asentada, como dicho es, el artillería, luego se comenzó á jugar de una parte y de otra con ella, de manera que murió alguna gente de ambas las partes. En esto la gente se metió en armas y acometieron á tomar el bestión, el cual defendieron los de la villa con mucha fortaleza; pero como el artillería estaba asentada contra el bestión y descargasen tan á menudo, recibía mucho daño la gente que estaba en defensa de él. Por manera que no se pudiendo allí sufrir á causa del peligro del artillería, les convino á los faentinos desamparar el bestión; lo cual visto por el Duque tomaron de aquel bestión, adonde asentaron gran parte del artillería, y sobre la boca del foso desde allí batían muy reciamente. De manera que se hizo lugar para que con ingenio se sacó toda el agua del foso. Gran diligencia y sagacidad mostró tener en aquel

tiempo el Duque en su persona, el cual no cesaba de visitar á los unos y á los otros, mostrando en todo muy gran ánimo y corazón. Después que fué sacada el agua del foso mandó batir por todas partes muy reciamente con el artillería é hizo estar á punto toda la gente de armas é infantería para dar el combate cuando fuese tiempo. Finalmente, después que fué bien batida la fortaleza y muro de la villa, comenzaron á dar el combate, en el cual así los franceses como españoles hacían grandes cosas de sus personas peleando muy fuertemente, matando muchos de los enemigos, aunque á la verdad con mucho daño suyo. En esta priesa de pelear algunos españoles subieron encima de los reparos, entre los cuales el primero que subió fué Diego García de Paredes, haciendo cosas muy señaladas, dando lugar á que la otra gente subiese, adonde todos los que subieron fuertemente peleando hicieron muy gran daño en los contrarios, procurando con todo su poder de entrar en la villa; pero los que subieron sobre los reparos fueron pocos y la subida fué muy dificultosa y no pudieron ser de los de abajo socorridos. Por manera que como los faentinos viesen el peligro tan eminente como les estaba aparejado, cargaron muchos sobre los reparos para echar á los españoles de aquel lugar, y tanto hicieron en aquella defensa de los reparos, que atormentados los españoles de muchos y muy pesados golpes, convino á muchos dejar las vidas sobre los reparos; otros mal heridos no esperaban otra cosa salvo morir á manos de sus enemigos. En esto un capitán de grande ánimo y fortaleza, que llamaban Pedro de Murcia, viendo á los de su parte en tanto peligro, arremetió con alguna gente de armas é infantes españoles á socorrer los otros que estaban en peligro muy grande, el cual subiendo sobre los reparos fué de un arcabuz muerto por el través. Los otros españoles que con él habían subido, no con poco daño suyo recobraron los otros que estaban en peligro de muerte. Aunque de ambas las partes, y en especial de la parte del Duque, no pocos muertos y heridos hubiese, no por eso había ningún mudamiento en el Duque, antes como fuerte varón reforzando siempre la batalla con grande diligencia, á todas partes proveía gente de refresco; pero los de la villa, que muy buena gente y fuerte era, viendo cómo defendiendo la villa defendían sus personas y sus mujeres é hijos, y asimismo la libertad, peleaban con mucha fortaleza y no consentían entrar á los enemigos en la villa, antes tenían por mejor morir en defensión de ella que vivir sujetos al Duque. De esta manera no llevando los del Duque otro provecho en aquel día, salvo el daño de mucha gente que fué muerta con el combate, por razón de la noche que sobrevino, les convino retirarse de aquel combate, difiriendo el otro combate hasta la mañana venidera.

CAPÍTULO XVIII

De cómo el Duque Valentino otro día de mañana dió otro combate á la villa y de cómo la tomó.

Grande trabajo padecía la gente del Duque en la conquista de aquella villa y mayor peligro, porque según se halló, murió de la gente del Duque más de dos mil hombres; de manera que cuanto mayor resistencia hallaban en los faentinos, tanto mayor voluntad y deseo tenía el Duque de tomar aquella villa. Pues fué así que pasada aquella noche, luego á la mañana el Duque dió el cargo del primer combate á un capitán italiano llamado Vitelo, que con la infantería italiana y con alguna gente de hombres de armas acometiesen la primera batalla, y con esta orden el capitán Vitelo con aquella gente que le fué cometida arremetieron con gran ímpetu y pasando el foso comenzaron á subir sobre los reparos, y tanto hicieron por entrar dentro, que los faentinos que se defendían con gran fortaleza mataron muchos de ellos, aunque se defendían con harto daño suyo; y todavía los italianos pugnando de entrar fueron por los de la villa apremiados, que convino á los italianos del Duque desamparar aquel lugar, siendo lanzados de allí abajo á golpe de espada. El Duque, que muy bien mirando estaba lo que los suyos hacían, y viendo que los faentinos los lanzaban abajo de los reparos, arremetió él con toda su gente de armas é infantería española é italiana y socorrió á los otros italianos que estaban en aquella priesa, y pasando el foso sobre muchos cuerpos muertos que del combate del otro día habían allí quedado, con muy gran fortaleza peleando subieron sobre los reparos no con poco daño. Grande fué la defensión que los del Duque hallaron en los faentinos, y muy

mayor fortaleza, por donde merecen perpetua gloria y honra entre todas las otras tierras de Italia, que siendo una villa no muy grande, se defendió tanto tiempo contra todo el ejército del Duque, que de mucha y de muy fuerte gente estaba acompañado. Finalmente, los españoles hicieron tanto aquel día, que por fuerza les hubieron de tomar una sala del castillo que estaba á la mano izquierda, debajo de la cual los enemigos tenían su munición de pólvora, y como los españoles eran muchos los que peleaban en la sala, los faentinos pusieron fuego debajo en la pólvora, y como se quemó, derribó con su fortaleza gran parte de la sala, de cuya causa murieron allí muchos de ellos y de los de la villa; pero los que quedaron pelearon tan fuertemente, forzando por entrar en la roca, que convino á los faentinos desamparar aquel lugar. Junto con esto, como el artillería del Duque hubiese derribado un pedazo del pasadizo de la torre, no tuvieron lugar ni pudieron pasar á defender la bateria los de la tierra, por manera que desamparando del todo la torre convino retraerse á la roca, y cesando la batalla aquel día por la noche que sobrevino, el Duque se apoderó en todo lo que él se pudo apoderar y aquella noche metió en la torre muchos arcabuceros, los cuales hacían mucho daño en los que defendían la roca; y los faentinos, viendo cómo no se podían defender y que á un tiempo la villa juntamente con la roca se perdería, y junto con esto viendo la gran falta que tenían de provisión, y que si mucho ellos pugnaban por se defender mucho más el Duque trabajaba de los tomar, determinaron de se dar al Duque con condición que en ellos ni en su señor no fuese hecho daño alguno; y de esta manera acordado entre el Duque y faentinos, no sólo les prometió seguridad en la persona de su señor, que el señor se llamaba Astorge, y á su hermano, pero prometióle de le haber del Pontífice un capelo de Cardenal, y de esta manera los faentinos se dieron al Duque y le entregaron en su poder al señor Astorge y á su hermano; y el Duque mandólos llevar á Roma, á los cuales desde á pocos días los hizo matar, no cumpliendo aquello que á los faentinos había prometido. Finalmente después de haber con harto daño de los unos y de los otros venido la ciudad de Faenza en poder del Duque Valentino, y dejando las cosas de aquella ciudad en toda paz y sosiego, el Duque sin entrar en la ciudad se partió de San Francisco, donde estaba aposentado, y fuese camino de Bolonia con voluntad de ir sobre micer Juan de Bentebolla, que tiránicamente tenía ocupada la ciudad de Bolonia que era del Pontífice. Pero viendo micer Juan de Bentebolla que la voluntad del Duque era ir sobre él, aparejóse para le esperar lo mejor que pudo, fortaleciendo las puertas y muros de Bolonia de mucha y muy buena gente y artillería, y junto con esto tuvo á los ciudadanos en gracia no le tratasen algo con el Duque, de que recibiese daño en su persona y estado. Finalmente, el Duque, que muy bien apercibido halló á micer Juan de Bentebolla, y viendo que era por demás querer intentar de entrar en la ciudad, determinó de se concertar con micer Juan, y fué el concierto en esta manera: Que el micer Juan diese al Duque una escuadra de caballos en su servicio y que le diese asimismo cierta suma de dinero para pagar á su gente. Lo cual siendo cumplido por micer Juan, el Duque se alzó de sobre Bolonia con mucho enojo que de los bolonieses hubo por razón que le habían escrito que viniendo con su gente sobre aquella ciudad, ellos le recibirían dentro levantándose contra micer Juan; y viendo cómo le habían burlado, no haciendo ningún movimiento de su parte, con la pasión que de esto hubo de los bolonieses, envió las mismas letras que de él le habían escrito á micer Juan de Bentebolla, descubriendo por esta causa la traición de bolonieses; por lo cual micer Juan de Bentebolla inquiriendo los autores de aquella traición, fueron degollados públicamente. Y con esto micer Juan de Bentebolla quedó por algún tiempo pacífico en Bolonia; y el Duque despidiendo los franceses que de parte del Rey en socorro tenía, contada la otra gente atravesó la Toscana y se fué á poner en el puerto de Barato, adonde se detuvo algunos días, dando orden en lo que convenía á la expugnación de la ciudad de Plumbin.

CAPÍTULO XIX

De cómo el ejército del Rey de Francia se movió la vía de Nápoles, y de la división que de aquel reino se hizo entre el Rey de Francia y el Rey D. Fernando de España.

Después que el Rey de Francia, según dicho es, hubo cumplido con el Duque Valentino favoreciéndole en la conquista del estado de

la Romaña, y asimismo ya de su parte después de la muerte del Rey Carlo octavo, su predecesor, hubiese sometido debajo de su señoría y corona el ducado de Milán, y que en todo la fortuna le había sido favorable, determinó de pasar más adelante, extendiendo su estado, como de costumbre lo tienen los Reyes de Francia, en especial en aquellas conquistas que los Reyes sus pasados hubieron y movieron contra el reino de Nápoles. Finalmente, no siendo ajena la naturaleza de este Rey D. Luis de la de los otros, determinó, no quedando ya cosa por hacer en la Lombardía ni en la Romaña, de enviar su ejército contra el reino de Nápoles, con el cual envió á monsiur de Aubegni por Capitán general dél. El cual con esta orden y mandamiento de su Rey se partió de Milán, dejando la ciudad bien proveída de gente de guarnición y lo mismo el castillo, y comenzó á caminar la vía del reino de Nápoles. De esta voluntad del Rey de Francia fué avisado el Rey D. Fernando el Católico de España, teniendo mucho á mal del Rey de Francia que no embargante las confederaciones y amistad que entre ellos estaban puestas y asentadas, quería ir á tomar el reino de Nápoles, sabiendo cuánto era su deservicio por razón de ser Rey de aquel reino el Rey D. Federico de Aragón, su pariente y descendiente de los Reyes de Aragón, y asimismo porque dado caso que el Rey D. Federico muriera sin heredero, había de derecho y justicia el Rey D. Fernando de ser Rey de Nápoles; y por este efecto determinó de quebrantar él la fe á quien primero había quebrantádosela, y con esta determinación hizo hacer en Castilla mucha gente de guerra para la enviar al Gran Capitán, que estaba en Sicilia, para que juntamente con la otra gente que él consigo tenía se moviese contra el Rey de Francia y contra su ejército, si intentase de venir contra el Rey D. Federico de Nápoles. Pero considerando el Rey D. Fernando mejor aquel negocio, halló muy gran aparejo en el Rey D. Federico para recibir en el reino de Nápoles al Rey de Francia, por razón de una carta que le fué dada al Rey D. Fernando del Rey D. Federico, la cual había enviado al Rey de Francia, en que por ella decía dos cosas: la una que el Rey D. Federico se obligaba de dar al Rey de Francia cada un año cierta suma de dinero en tributo porque le dejase gozar del Reino de Nápoles sin ninguna contradición de su parte, y asimismo se ofrecía de le dar paso y vituallas para ir á conquistar el reino de Sicilia, si su voluntad fuese. Item hallaba el Rey D. Fernando otro inconveniente, y era que dado caso que el Rey de Francia no quisiese recibir aquel tributo del Rey D. Federico, sino llevarle todo por rigor y fuerza de armas, tenía el Rey de Francia muy gran aparejo, después de haber ganado el reino de Nápoles, para pasar su ejército contra su reino de Sicilia. Item el Rey D. Fernando tenía mucho enojo con el Rey D. Federico por razón del mal tratamiento y odio que tenía y mostraba con su madrastra la Reina, mujer que fué del Rey D. Fernando, el primero que fué de aquel nombre en aquel reino de Nápoles y padre que era de este mismo Rey D. Federico y del Rey D. Alfonso que murió en Sicilia. Al Rey D. Fernando le pareció muy mal este trato, no queriendo que aquel reino fuese tributario á gente enemiga, el cual reino el Rey D. Alonso su tío con gran esfuerzo y con difícil guerra y muchas veces con dudosas victorias lo había ganado, y que él poco antes con los tesoros de España y Sicilia lo había defendido contra los mismos enemigos. Por manera que muchas razones y causas legítimas movieron al Rey D. Fernando el Católico á tener enemistad con el Rey D. Federico, en especial lo que por la carta que enviaba al Rey de Francia le fué manifestado, por lo cual determinó de enviar sus embajadores al Rey D. Luis de Francia para que de nuevo confirmase las confederaciones pasadas. Asimismo para que visto el daño que llevando gentes en el reino de Nápoles se esperaba á ellos, entre sí con muy amorosa paz se confederasen de nuevo y dividiesen aquel reino de Nápoles como buenos amigos. Con esto se partieron los embajadores del Rey Católico, los cuales alcanzaron del Rey D. Luis de Francia que hiciesen lo que los embajadores venían á concertar con él; y así se concertó que se partiese el reino en dos partes y que el Rey don Fernando llevase las provincias de Puglia y Calabria, y que todo lo restante del reino fuese del Rey de Francia. Muy conforme fué esta partición entre ambos los dos Reyes, por razón que al Rey D. Fernando estaba mejor tener aquellas dos provincias que no lo otro, por la confinidad de vecindad que tienen con su reino de Sicilia. Finalmente, dividido el reino de Nápoles, cada uno de los Reyes envió

gente en el reino para tomar para su Rey la parte que le tocaba, y con esto el Rey de Francia envió, según dicho es, al capitán monsiur de Aubegni y al capitán Francisco de San Severino, Conde Gayazo, para que con su ejército pasasen á tomar aquella parte del reino de Nápoles que le tocaba; y el Rey D. Fernando el Católico envió asimismo gente al Gran Capitán que estaba en Sicilia para que tomase aquellas dos provincias de Calabria y Puglia, que le habían tocado de su parte en la división de aquel reino de Nápoles que entre el Rey D. Fernando y el Rey D. Luis de Francia se había hecho, y de esta manera siendo hecha esta partición, según dicho es, cada parte trabajó con mucha diligencia de tomar para su Rey la parte que le había tocado.

CAPÍTULO XX

Del ejército que el Rey D. Luis de Francia envió contra el reino de Nápoles para tomar la parte que le había tocado.

Habiendo en la manera ya dicha el Rey don Fernando partido el reino de Nápoles con el francés, el Rey de Francia para tomar la parte que le había tocado envió su gente con monsiur de Aubegni y con el Conde Gayazo, para que tomasen aquella parte del reino que por división le había tocado, para lo cual envió novecientos hombres de armas y mil y doscientos caballos ligeros y siete mil infantes y treinta piezas de artillería, grandes y pequeñas. Venían por capitanes de este ejército monsiur de Alegre, de la gente de armas, el cual después que se despidió del Duque Valentino se había ido con su gente á la ciudad de Milán, adonde todo el ejército del Rey de Francia estaba. Venían asimismo monsiur de la Paliza y monsiur de Greni y monsiur de la Laude y Luis Dares Pocodinare, Simonete, monsiur de Catela, D. Luis de Viamonte, monsiur de Riso, monsiur de Santa Colonia, monsiur de Arno, monsiur de Chandela, éste era el coronel de toda la infantería, el cual era caballero de mucho valor y estima y muy entendido en las cosas de la guerra. Toda esta gente venía por tierra la vía del reino de Nápoles. Por la mar en el armada francesa venían cuatro carracas y dieciséis naves gruesas y diez galeras, adonde venían cuatro mil infantes y treinta piezas de artillería, sin la otra gente y artillería de las mismas naves que ellas en sí mismas venían muy bien artilladas y bastecidas de todo lo necesario. Era capitán de esta armada monsiur de Rabastayn, el cual traía consigo en aquella armada muchos hombres de calidad, entre los cuales señaladamente venía el Infante de Navarra. Ordenada de esta manera la gente del Rey de Francia por mar y por tierra, envió el Rey de Francia sus letras al Duque Valentino, el cual estaba en el puerto de Barato, y ordenaba de tomar á los de Plumbín, rogándole mucho que pues ya tenía noticia de la división que del reino de Nápoles entre él y el Rey Católico D. Fernando de España había hecho, fuese contento de le ayudar á tomar y adquirir aquella parte que le habia cabido, pues que para ello no sólo le obligaba las posturas y amistad que entre ellos dos había, junto con el parentesco que había contraído, pero por la orden de San Miguel, que de su misma mano recibido había, debía y era obligado por la confederación que entre ellos había de le ayudar y favorecer en todas sus necesidades, y que por tanto le rogaba en aquello no hubiese falta ninguna de su parte. El Duque Valentino, viendo la voluntad del Rey de Francia y la obligación que á él tenía de ayudarle en aquella empresa, determinó de se aderezar lo mejor que pudo para le ir á ayudar. Y sabido cómo monsiur de Aubegni con todo su ejército francés venía camino de Roma, aderezóse para partirse del puerto de Barato y se ir á la ciudad de Roma por dos cosas: la una porque se juntaría con monsiur de Aubegni para ir sobre el reino de Nápoles y de allí darían orden en lo que debían hacer, y la otra porque con la entrada del ejército francés en la ciudad de Roma no intentasen á hacer ningún desafuero en ella, de que el Pontífice su padre recibiese pasión. Y por estas razones, sabiendo que monsiur de Aubegni con el ejército estaba en Florencia, embarcando su gente en ciertas naves y galeras que tenía en aquel puerto, se metió en la mar con hasta dos mil hombres, y de camino tomó el vado de Plumbín, adonde dejó una buena parte de gente en guarnición, con voluntad de en desembarazándose de cumplir con el Rey de Francia tornar sobre Plumbín, que gran deseo tenía el Duque Valentino de tomar aquella ciudad para sí, por ser tierra fuerte para en tiempo de guerra y apacible para en tiempo de paz. Desde Barato envió

toda la más parte de su ejército por tierra para que se juntasen con el ejército de monsiur de Aubegni, el cual, según dicho es, á más andar venía la vía de Roma, y el Duque con toda la otra gente se fué á Roma por allegar antes que el ejército francés llegase.

CAPÍTULO XXI

Del aparejo que el Gran Capitán hizo para haber de ir á tomar las dos provincias que á su Rey habían tocado.

Como el Rey de Francia hubiese, según dicho es, enviado su ejército á tomar aquello que del reino por división le cabía, y el Rey de España, viendo la gran diligencia que el Rey de Francia ponía en cobrar su parte, temíase, según la condición de franceses, no procurase después de haberse apoderado en la parte que les tocaba de intentar á tomarle la parte suya, y por esta razón envió con diligencia á avisar al Gran Capitán que estaba en Sicilia para que luego tomase aquellas provincias que le habían tocado por su parte, y asimismo le envió á mandar que luego enviase al Rey D. Federico á Nápoles para que le diese la Reina joven, su sobrina, y que después que se la enviase en España. Y el Gran Capitán habido el mandamiento de su Rey en la forma susodicha, envió á un caballero principal á Nápoles al Rey D. Federico diciéndole de su parte del Rey de España cómo habían sabido del mal tratamiento que había hecho y hacía á la Reina, su madrastra, la cual días había que se le había quejado, y asimismo sabía otras cosas que intentó hacer y concertar con el Rey de Francia, todo en su deservicio y en disminución de su corona y estado. Y que por tanto le rogaba tuviesen por bien de le enviar la Reina joven su sobrina en España, y que para este efecto le enviaba aquel caballero con sus galeras, adonde podría la Reina venir á Sicilia, y que desde Sicilia le enviaría á España, según que su Rey y señor se lo había enviado á mandar. También de su parte con ánimo generoso, antes que le hiciese guerra, le envió á decir que con solemne contrato le renunciaba las ciudades y castillos en el Abruzo y en el monte de Santángelo, que en la guerra pasada por los servicios que le hizo le había hecho merced, porque aquel que le había de ser enemigo olvidado de todas las mercedes recibidas no le pareciese ingrato. Federico, maravillado del respeto y de la grandeza de ánimo del Gran Capitán, á la embajada de su parte le respondió que él conocía claramente la virtud y bondad suya, aunque le fuese enemigo; que no se arrepentía de la liberalidad y mercedes que le había hecho, y así de nuevo con grandes privilegios las confirmó, habiendo publicado y dicho muy grandes loores del Gran Capitán, el cual con libre voluntad le había borrado la infamia de la ingratitud y le había hecho conocer cómo constreñido por los mandamientos de su Rey y señor le hacía guerra. Junto con esto, el Gran Capitán, para haber de ir á tomar aquellas partes que tocaban á su Rey por la partición, viendo cómo no tenía harta gente para poder poner por efecto el mandado de su Rey en aquel caso, por razón de la mucha gente que perdió en la presa de la Chafalonia, juzgando que era bien ganar la voluntad á algunos príncipes de Italia con aquella liberalidad acostumbrada, porque alguna vez se olvidasen de la parte anjoyna, á la cual en la guerra pasada había conocido que casi toda la Calabria era muy aficionada, ganó, con grande consejo, por amigos á los señores coloneses, hombres nobilísimos y de singular valor en la guerra, los cuales él conocía ser no sólo grandes enemigos del Papa, y envió á suplicar al embajador Francisco de Rojas y al Cardenal de Santa Cruz que ya pues sabían que el Rey de España se había acordado con el Rey de Francia haciendo partición del reino de Nápoles entre sí, según dicho es, y que por cuanto á él le era dada comisión de parte de su Rey de tomar las provincias de Puglia y Calabria que le habían tocado de su parte, y porque en la presa de la Chafalonia había perdido mucha y muy buena parte de su gente, les suplicaba de su parte que toda la gente de guerra española y de otra nación cualquiera que en Roma se pudiese haber con la mayor diligencia que pudiesen se la enviasen, pues era muy grande la falta de gente que tenían para aquella empresa, pues por el mismo caso á ellos convenía y era dado proveer las necesidades de su Rey y señor, como á él era dado el trabajo de los servir en ellas. El Cardenal de Santa Cruz y Francisco de Rojas, como supieron la necesidad que el Gran Capitán de gente tenía, determinaron con

toda diligencia de lo proveer, y con esto hablaron con Diego García de Paredes, capitán valeroso, de quien arriba hemos hecho mención, y diéronle comisión que hiciese gente en Roma y que de su parte allegase toda la más gente española que pudiese haber para ayuda del Gran Capitán que estaba en Sicilia, que tenía de ir á tomar por el Rey de España aquellas provincias Puglia y Calabria que le habían tocado á su parte. Diego García de Paredes, conforme á la comisión que le fué de parte del Cardenal de Santa Cruz y embajador Francisco de Rojas dada, echó bando en que allegó ochocientos hombres de guerra españoles y de otras naciones, toda muy buena gente y sus capitanes varones de muy grande virtud y fortaleza, los cuales él muy bien conocía del tratamiento y prueba que de ellos había hecho en el tiempo que con el Duque Valentino habían andado. Pues asentados sus capitanes, el coronel Diego García de Paredes y con el Embajador y Cardenal de Santa Cruz habida licencia del Duque Valentino, al cual Duque Valentino hasta entonces habían servido, se partió con toda presteza y diligencia con aquella gente de la ciudad de Roma y fuése con ella á Ostia, adonde embarcó con cinco naves un día á veinticuatro días del mes de Junio del año de la Encarnación de Nuestro Redentor Jesucristo de mil y quinientos y uno, y hecho á la vela se fué á Sicilia, adonde llegó á doce días del mes de Julio del dicho año, en una muy buena villa que se llama Melazo, y desde allí se fué el dicho García de Paredes adonde el Gran Capitán estaba ya en orden para se partir á la provincia de Calabria, que aquella provincia era la primera que había de recibir.

CAPÍTULO XXII

Del aparejo de guerra que el Rey D. Federico hizo para esperar á los dos Reyes que le venían á tomar el reino de Nápoles.

Muy grande tristeza tenía el Rey D. Federico viendo cómo el Rey de Francia enviaba su ejército contra él para le tomar el reino, y que el Rey de España, en quien tenía esperanza que le había de favorecer, se le había hecho asimismo contrario y su enemigo, aunque justamente, de lo cual tenía mucha pasión y no podía pensar qué se debiese hacer en tanto aprieto y necesidad como se veía. Y habido su consejo con los del reino y con los de Nápoles, acordóse que mejor le era defenderse, pues otro remedio no tenía, salvo de perder el reino, y con esta determinación hizo la más gente que pudo para esperar los enemigos, en que hizo ochocientos hombres de armas y mil y quinientos caballos ligeros y cinco mil infantes, y junto con esto fortificó el castillo de Nápoles y el castillo de Capua, y el de Taranto y el de Gaeta, con todas las otras fuerzas y castillos del reino que eran de importancia. Y asimismo, acordándosele del socorro y favor que en la adquisición del reino el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Aguilar le había dado, pensó que así lo haría agora contra el ejército del Rey de Francia, no mirando que el Gran Capitán estaba en servicio del Rey de España, contra el cual había intentado de juntarse con el francés y aliarse, y que era hombre que por dádivas y promesas no había de negar su Rey natural. Con esta voluntad envió sus letras y embajador rogándole mucho que, vista su necesidad y el estrecho en que la venida de los franceses le tenían puesto, fuese contento de le socorrer, pues la verdadera defensión de aquel reino él sólo con su persona había sido, no sólo dándole á él el reino libre de manos de franceses, pero también lo había defendido al Rey don Fernando su sobrino, y que pues no sólo él, pero todos los grandes del reino con él esperaban, no quisiese agora denegarle el favor que de costumbre tenía darles, prometiéndole junto con esto muy grandes estados y señoríos en el reino. El Gran Capitán, que muy bien sabía la voluntad de su Rey y señor, siendo el mayor varón de fe y constancia de cuantos nacieron, tuvo por menoscabo de honra los ofrecimientos del Rey D. Federico, al cual por su mismo embajador respondió (que era micer Octaviano, varón de muy buen consejo) diciendo que él hubiera placer que se hubiera habido de tal manera en su reino el Rey don Federico, que no fuera causa de haber indignado contra sí al Rey D. Fernando, su Rey y señor; el cual por su inconstancia y poca fe había mudado del todo su voluntad, diciendo que á él le pesaba en gran manera por no lo poder hacer por cuanto le había sido mandado de parte del Rey de España, su señor, tomase por él aquellas provincias, Puglia y Ca-

labria, que le habían de su parte cabido por razón de la división que el Rey de Francia y el Rey de España, su señor, habían hecho entre sí de aquel reino, según que lo debía saber como persona á quien principalmente tocaba aquella demanda, y que por esta razón él no debía en manera ninguna ir contra el mandamiento y voluntad del Rey su señor, y que así se lo había enviado á decir y mandar. Con esta respuesta se partió el Embàjador micer Octaviano harto triste por no llevar alguna esperanza de socorro. El Rey D. Federico, habida la respuesta del Gran Capitán y viendo cómo ambos los Reyes se habían concordado para le quitar el reino de Nápoles, y que ya estaban á punto para se mover con sus ejércitos cada cual con su demanda, determinó de se defender con todo su poder con la gente que tenía. Y con esta determinación el Rey D. Federico envió á decir á Fabricio Colona, que estaba á la sazón en Mariñano con trescientos hombres de armas y con trescientos caballos ligeros, y con ochocientos infantes italianos y doscientos españoles y doscientos alemanes, que se viniese con aquella gente á Capua, que era el paso por donde los franceses habían de pasar á Nápoles y la primera ciudad que habían de conquistar, y que allí se hiciesen fuertes de tal manera que los franceses no la pudiesen haber, por razón que aquella ciudad era llave del reino después de la ciudad de Nápoles por aquella parte. Eran los coloneses enemigos de los franceses y amigos del Rey D. Federico, cuyos vasallos eran ellos, los cuales como fueron ciertos de la venida de los franceses en el reino de Nápoles, desampararon sus tierras y viniéronse á servir al Rey D. Federico, y lo contrario fué de los Ursinos, que siendo de la parte de los Reyes de Nápoles, dejaron de seguir la parte de D. Federico; siendo su Rey y teniendo muchos lugares en el reino cuyo vasallaje debían al Rey de Nápoles, siguieron á los franceses, y viniendo en el reino los más lugares de los coloneses ocuparon y destruyeron, y lo mismo hicieron en los lugares y castillos de los sabelos, los cuales siguieron la misma parte que los coloneses. Finalmente, el Rey D. Federico, después de haber enviado á Capua al capitán Fabricio Colona, dejó por coronel de la infantería que él tenía con su persona á D. Iñigo de Mendoza, y dejándole en Nápoles en defensión de la ciudad, él con alguna poca de gente partió de Capua, así para proveer en todo lo que era menester para la defensa de aquella ciudad, como para dar orden al capitán Fabricio Colona de lo que debía hacer. Junto con esto, como llegó á Capua, para retener á los ciudadanos en su fe y gracia, los habló muy amorosamente, encomendándoles mirasen mucho cómo en el hombre no se mira tanto la nobleza suya y alto nacimiento como la natural virtud que en él se puede hallar, y que esta virtud no es cosa que se puede ganar de los pasados como la nobleza, antes se gana con hacer tan señaladas cosas de sus personas que verdaderamente puedan ser loados no ser nobles por nobleza ganada de sus pasados, sino por nobleza ganada por su propia virtud, fortaleza, ánimo y corazón; porque no ha de esperar un hombre á la ganar como la ganaron los griegos con su saber y doctrina, lo cual no ayuda tanto á sostener la república (bien que mucho ayude) como ayuda el bueno y leal ciudadano en defender su patria, servir á su Rey, guardarle la fe prometida con las armas en la mano y poner su vida y hacienda á riesgo, por lo cual debe sufrir el importuno invierno y el fatigoso verano, y si conviene, pobreza, necesidad, hambre, sed y con ánimo invencible echar de sí al enemigo, y que haciendo el contrario, daña la fama y honra, no sólo suya, pero aun de su patria. Trájoles á la memoria de la otra vez que el Rey Carlo octavo de Francia vino contra el reino de Nápoles, cómo, olvidando á su propio Rey y señor, recibieron dentro á los franceses, lo cual fué principal causa que la misma ciudad de Nápoles negase á su Rey, no le dejando entrar dentro á la vuelta que tornó, según dicho es, y que si de aquel amigable recibimiento que á los franceses hicieron algo ganaron, que lo mismo les darían agora, que fué mal tratamiento, usar mal de sus mujeres, servirse de sus hijos como de esclavos viles, y lo que peor era, la corrupción de sus vírgenes, con disminución de sus haciendas y honras, por lo cual debían ahora, pues ya la condición de esta gente tenían experimentada, no por el daño que de venir á su poder de ellos esperaban, por lo que debían al servicio de su Rey y señor, habían de poner sus personas, haciendas é hijos á todo peligro; pues mayor era el peligro que de venir á las manos de los enemigos se seguiría, que de esperar cualquier calamidad y daño

que de la guerra les podía suceder, como quiera que próspera ó adversa la fortuna les fuese, pues para el bien que venir podía, aquello mismo les era galardón, y para el daño, con entenderse que habían hecho su debido, quedaba de ellos perpetua fama, y para con su Rey una perpetua obligación de gratificarles. Muchas cosas les dijo de esta calidad, incitándoles en toda fortaleza, ofreciéndoles asimismo á toda la gente de guerra grandes dádivas para que de buena gana le sirviesen. Después de esto hizo reparar la ciudad de muchos bestiones por de dentro y por de fuera y alimpiar muy bien el foso, y hacer otros aparejos que para defender la ciudad de los enemigos les podía aprovechar. Finalmente, después de haber puesto toda diligencia que convenía, los capuanos quedaron de hacer todo lo que en sí fuese y más, ofreciéndose de sostener la ciudad en tanto que sus vidas bastasen, poniendo en la defensión la mayor fe y amor que en vasallos se podría hallar. Y con esto el Rey D. Federico se tornó á Nápoles no poco alegre en dejar tan bien proveída la ciudad de Capua, y los ciudadanos de ella tan conformes á su servicio y mandado.

CAPÍTULO XXIII

De otros muchos aparejos que el Rey D. Federico hizo en el reino y cómo los franceses asentaron su campo contra la ciudad de Capua.

Después que el Rey D. Federico hubo, según dicho es, hablado con los de Capua y dejado proveída la ciudad lo mejor que pudo, fué la via de Nápoles por dar orden en las otras ciudades y provincias del reino, no las tomasen los españoles mal proveídas de socorro y de gente y de las otras cosas necesarias. Y como fuese en Nápoles, envió á la ciudad de Taranto al Duque de Calabria, su hijo primogénito, para que estuviese en aquella ciudad y la defendiese de sus enemigos si venir quisiesen á la tomar, asimismo para que de aquella ciudad él proveyese todas las ciudades y fortalezas importantes de la provincia de Puglia y de la Calabria. Juntamente con él envió á D. Juan de Guevara, Conde de Potencia, y á fray Leonardo Alejo, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalem, hombres en la guerra muy valerosos, con cien hombres de armas y con cien caballos ligeros y con quinientos hombres para que con aquella gente se tuviesen en tanto que fuesen de más gente socorridos; y en Aversa, que es una ciudad que está entre Capua y Nápoles, puso al Príncipe de Melfa con setecientos caballos ligeros para que con aquellos corriesen toda aquella comarca de Aversa y la Chirinola y reconociesen el campo de los franceses y asimismo les vedasen y estorbasen el uso de las vituallas y provisión para su ejército que de aquella comarca se les podría llevar. Junto con esto el Rey D. Federico hizo prender al Principe de Vesiñano, por razón que según era verdadera fama se quería pasar á los franceses. Después de esto monsiur de Aubegni que estaba con el ejército francés en Roma, un día á venticinco dias del mes de Julio del año de mil y quinientos y uno se partió con todo su ejército la vía del reino de Nápoles, y el Duque Valentino se quedó en Roma esperando recoger su gente y también para proveer otras cosas necesarias para aquella empresa. Y monsiur de Aubegni como caminase la vía del reino de Nápoles pasó con el ejército por algunas tierras de los colonieses y sabellos, las cuales hizo asolar y destruir por razón de ser aquellos linajes enemigos de franceses, y asimismo pasando por muchos lugares que eran de los Ursinos, los cuales el Rey D. Fernando, predecesor del Rey D. Federico, había quitado al capitán Virginio Ursino, por razón que le había sido enemigo en la primera conquista del Rey Carlo octavo, predecesor de D. Luis que ahora era Rey de Francia, se los tornó, entre los cuales fueron restituídos á los Ursinos (quiero decir á Jordán Ursino) la villa de Alma y la villa de Talahoz. Finalmente, después de haber discurrido por aquellos lugares su ejército, vino sobre la ciudad de Capua, y antes que llegase bien dos millas de la ciudad, envió un trompeta al capitán Fabricio Colona y á los capitanes haciéndole saber cómo él venía en aquel reino con comisión del Rey de Francia para tomar por él la parte que le había tocado en aquel reino por razón de la partición que entre los Reyes de España y Francia se había hecho, y que por esta misma razón los quería requerir de parte del Rey de Francia que pacíficamente le entregasen la ciudad de Capua y le dejasen libremente pasar á Nápoles, donde no, que tuviesen por cierto que por fuerza

de armas las sacaría de su poder con mucho daño, mayor del que ellos pensaban. Esto oído por el capitán Fabricio Colona lo que el trompeta de parte de monsiur de Aubegni le dijo y las amenazas y palabras que muy lleno de presunción y soberbia le envió á hablar con aquel trompeta, le respondió que tornase á su señor y que no volviese otra vez con semejante embajada, si no que á él le ahorcaría de una almena de la ciudad, y dijese á monsiur de Aubegni que si él venía con aquella demanda de parte del Rey de Francia, su señor, que él estaba allí de parte del Rey D. Federico para le estorbar su propósito é injusta demanda que traía. Y con esto se tornó el trompeta al campo, y oída por monsiur de Aubegni la respuesta de Fabricio Colona, allegó su ejército á la ciudad y fué asentarse de la otra parte de la ciudad junto al rio de Bultorno, no muy lejos de Gayazo, adonde estuvo y dió asiento á su campo, lo uno por estrechar la ciudad y lo otro porque el Rey D. Federico no la pudiese socorrer por aquella parte. Y asimismo por tener el ejército más abastado de provisión y vituallas que no la tuviera estando de la otra parte a vía de Roma, y para que mayor abundancia que de vituallas hubiese en el campo, mandó hacer una puente en el rio para dos efectos, el uno porque por aquella puente pasase la gente á combatir la ciudad y el otro para que por allí se pasasen los bastimentos que de las tierras de la otra parte del rio estaban á la parte del campo, por manera que el asiento de su ejército fué muy bien mirado el daño y el provecho que venirles podía. Aposentó su persona en un monesterio que dicen San Francisco, el cual está delante de la roca, camino de Nápoles, un tiro de ballesta de la ciudad de Capua. Después que monsiur de Aubegni hubo dado su asiento al ejército, luego aderezó dar la batería á la ciudad y de asentar el artillería en los lugares más convenientes y más provechosos para haber de combatirla. Y un día viernes de mañana, á diez dias del mes de Agosto del sobredicho año, puesta en orden el artillería, comenzaron á disparar contra un cuarto de la ciudad que guardaban los españoles, en el cual hizo mucho daño, y los españoles reparaban el muro lo mejor que podian y cada día salían de la ciudad á escaramuzar los españoles con los franceses, adonde siempre con poco daño suyo en la gente francesa matando é hiriendo de aquellos franceses. Y con esto acaeció que un día saliendo los españoles como solian de aquel cuartel, dieron sobre la guarda de los franceses que guardaban el artillería, y tan fuertemente los acometieron que matando é hiriendo algunos franceses, los desbarataron á todos ellos y tomaron una pieza de artillería, y llevándola los españoles á meter en la ciudad, cargó todo el campo sobre ellos, de cuya causa les fué forzado, desamparando el cañón, recogerse á la ciudad porque no pereciesen allí todos, y de esta manera salvándose de la presa de los franceses cerraron las puertas, porque no entrasen con ellos á vueltas los enemigos.

CAPÍTULO XXIIII

De cómo el Duque Valentino vino de Roma en ayuda de monsiur de Aubegni, y de otro segundo combate que dieron á la ciudad.

Estando el campo del Rey de Francia sobre Capua, acaeció que padecían gran falta de bastimentos en el ejército, por manera que casi no podía sustentarse en aquel cerco, y era la causa que como el Rey D. Federico ordenase al Príncipe de Melfa con los caballos ligeros para desde la ciudad de Aversa y desde Chirinola corriesen todas aquellas tierras vecinas y no consintiesen llevar provisión en el campo francés, que era de necesidad que había de haber falta de bastimentos, y de aquella manera se le pudiera hacer harto daño en el ejército de franceses. Pero como monsiur Aubegni, que muy sagaz capitán era, supo la causa de aquella penuria que de bastimento en su ejército había, tomó consigo doscientos hombres de armas y quinientos caballos ligeros, y partiéndose del campo se fué la vía de Aversa. La gente del Rey D. Federico que en Aversa estaba con el Príncipe de Melfa, como supieron la venida de monsiur de Aubegni, saliéronse de la ciudad y fuéronse huyendo á Nápoles, y por esta razón monsiur de Aubegni, sin ningún estorbo ni impedimento se metió en la ciudad de Aversa, y desde allí los franceses corrían hasta dentro á las puertas de Nápoles, y así llevaban provisiones de todos aquellos lugares para su campo, donde son pan y carne y frutas, que hay muchas en aquella tierra, y dejando monsiur de Aubegni gente de guarnición en Aversa, se

tornó á su campo, al cual, porque más abasto viniesen las vituallas de la otra parte del río y no fuesen estorbadas de los de la ciudad de Capua, mandó hacer una puente de madera, media milla sobre la ciudad. Pues estando las cosas del reino en este estado, no poco apasionado el Rey don Federico por ver que ya los franceses le habían entrado en el reino y que tenían ocupado y en su devoción la ciudad de Aversa, y asimismo veía el muy grande estrecho en que tenían puesta la dicha ciudad de Capua, y que muchas tierras de la Puglia ya claramente mostraban ser por Francia, de las cuales era Venosa y Espinactola y Labello y la Chirinola y Andria, con otros muchos lugares de aquella provincia, no sabía qué remedio diese á tan grande turbación como del reino veía, y junto con esto fué sabidor en cómo el Príncipe de Melfa, no teniendo en nada su prometida fe y palabra, por guardar mejor su estado y señorío de Melfa, se había pasado con todo su ejército y gente, que consigo traía, á la parte del Rey de Francia, por razón que ya comenzaba á prevalecer en el reino y tener la mejor parte, la cual todos los Príncipes por la mayor parte seguían, y ciertamente esto puso al Rey D. Federico en muy gran tribulación y duda de poder sostenerse en el reino de Nápoles. Después de esto el Duque Valentino que, según dicho es, había puesto cerco sobre la ciudad de Capua, vino á se juntar con ellos con todo su ejército, en el cual traía quinientos hombres de armas con quinientos caballos ligeros, y así asentó su real de esta otra parte de la ciudad por la vía derecha de Roma, y después que hubo dado orden en el asiento de su campo y dejándolo todo como convenía para tal caso, él se pasó adonde estaba el ejército francés para comunicar con monsiur de Aubegni, capitán de los franceses, y con el Conde Gayazo y los otros principales de aquel ejército todo lo que se había de hacer cerca de la expugnación de Capua. Finalmente, aquellos señores y capitanes entraron en su consejo, adonde se determinó que, porque en la gente del Duque no venía infantería, que se pasasen á su parte dos mil infantes de los del ejército francés, y que asimismo se pasase del artillería gruesa alguna parte, y de aquella manera la ciudad estaría cercada por todas partes. Hecho según dicho es, el artillería que se pasó adonde la gente del Duque estaba, fué asestada contra dos bestiones que los de Capua tenían fuera de la ciudad asimismo contra la muralla de la dicha ciudad, y con ésta se jugaba contra los dos bestiones y también contra los muros de la ciudad; por manera que cuando se diese la batalla á los bestiones los de la ciudad no se pudiesen poner á la defensa, ni asomarse á los muros á socorrer á los alemanes que estaban en la defensa de ellos. La otra parte de la artillería se asentó toda ella de la parte del río en el campo de los franceses contra un cuartel de los de la ciudad, que llamaban las caballerizas, el cual dicho cuartel guardaban los españoles, según que arriba se ha dicho. Así repartida, pues, de aquesta manera que se ha dicho toda el artillería, un viernes á hora de vísperas se comenzó á batir muy fortísimamente aquella ciudad y los bestiones por todas partes, y tan fuerte fué la batería de los bestiones, que deshicieron un grande pedazo de ellos, y luego el capitán monsiur de Aubegni y el Duque Valentino metieron en armas toda la gente para dar la batalla á los bestiones que guardaban los alemanes, y los franceses con codicia de ganar la ciudad arremetieron de recio y pelearon bien una hora y más. Los alemanes peleaban con mucha fortaleza por defender los bestiones que no se los tomasen los franceses, y todavía los defendieran, sino que los franceses les mataron su capitán, lo cual fué causa que los alemanes viéndole muerto desmayaron todos y fuéronse huyendo á la ciudad por una puente que tenían hecha, por donde salían y entraban en los bestiones, y los franceses como vieron que los alemanes desamparaban el bestión, cargaron más recio sobre ellos, por manera que se apoderaron valerosamente en él. Los otros alemanes que guardaban el otro bestión menor, como vieron que los alemanes que guardaban el bestión grande se huían á más andar á la ciudad, dejándolo ya en poder de franceses, temiéronse en grande manera de no poder sustentarse en el que guardaban; por tanto, todos le desampararon como hicieron al otro, y por el mismo lugar que los otros alemanes se habían ido se huyeron ellos á la ciudad, y de esta manera los bestiones vinieron en poder de los franceses, y así apoderados los unos en los bestiones, los otros los fueron siguiendo hasta entrarse con ellos revueltos por las puertas de la ciudad. En esto los españoles viendo la poca resistencia de los alemanes y la gran priesa que

daban los franceses por tomar la ciudad, vinieron con D. Hugo de Moncada hasta cien españoles, dejando bien proveído el cuartel que guardaban y dieron de recio sobre los franceses, los cuales porfiaban á entrar por la puerta de la ciudad, adonde matando é hiriendo algunos de ellos los hicieron apartar de la puerta un buen trecho hasta tanto que la noche sobrevino que los despartió. Por manera que los franceses se tornaron á su campo, dejando muy buena y lucida gente en guarda de los bestiones; los españoles se tornaron á la guarda del cuartel que ellos guardaban.

CAPÍTULO XXV

De cómo los de Capua vinieron en concierto con monsiur de Aubegni, y de cómo los franceses se metieron por fuerza en la ciudad, no guardando las posturas que con los capuanos hicieron.

Después de haber ganado los franceses los dos bestiones, según dicho es, toda aquella noche con el día siguiente no cesó de batir el artillería por muchas partes de la ciudad, de tal manera que las casas de dentro con la muralla de fuera recibieron de aquella vez mucho daño, mayormente la tela del muro que estaba entre los bestiones; y luego, el sábado siguiente por la mañana, monsiur de Aubegni ordenó sus haces para dar el combate á la ciudad; y porque la artillería de la ciudad hacía mucho daño en el campo francés, en especial cuando la gente con gran ánimo se allegaba á dar la batalla, hizo monsiur de Aubegni hacer muchas trincheras por donde encubiertamente toda la gente se podía llegar sin recibir daño. Y de esta manera, los franceses, muy en orden, llegaron junto á los muros y foso de la ciudad, y no quisieron acometer la batalla hasta que el artillería del todo derribase un buen pedazo de la tela del muro que estaba entre los dos bestiones, lo cual de la recia batería del dia pasado estaba ya casi para se caer, y así estuvieron esperando más de una hora sin hacer ningún mudamiento de sí, ni intentar de subir el muro, antes estaban en la guarda de los bestiones, porque no los tornasen á tomar. En este medio, los capuanos, viéndose puestos en un muy grande trabajo y estrecho, considerando la naturaleza francesa, que es ser imperiosos y muy vengativos contra aquellos que por fuerza vencen, y temiéndose asimismo que si la ciudad se tomaba por fuerza, recibirían el mismo daño que las otras ciudades con semejante fuerza suelen recibir, acordaron de su parte muy secretamente, sin dar de este acuerdo ninguna parte al capitán Fabricio Colona, envíar á hablar á monsiur de Aubegni con todos los otros capitanes del ejército del Rey de Francia, diciendo cómo su voluntad era de recibirlos en la ciudad y de ser vasallos del Rey de Francia, y que así lo hubieran hecho muchos días antes si no lo estorbara Fabricio Colona y D. Hugo de Moncada, á quien el Rey D. Federico había envíado en guarda de aquella ciudad; pero que no obstante esto, ellos determinaban con toda su voluntad recibirlos dentro en la ciudad, con condición que de su parte no les fuese hecho daño ni perjuicio en sus personas y haciendas. Con este acuerdo envíaron los de Capua al Conde de Potencia, el cual se fué al campo francés y habló con monsiur de Aubegni sobre aquello que la ciudad determinaba de hacer, de que monsiur de Aubegni fué contento, y así se apuntó entre ellos debajo de aquellas mismas condiciones que los capuanos demandaban, que era que se recibiese la ciudad por el Rey de Francia, con que no les fuese hecho daño ninguno en sus personas y haciendas. Después de esto, el Conde Potencia demandó en merced á monsiur de Aubegni por la seguridad de su estado; el cual capitán le respondió que en lo que tocaba á la seguridad de Capua él había respondido otorgando todo lo que ellos demandaban, pero que en lo que decía de su estado y seguridad de él, tiempo había para hablar sobre ello, que por el presente bastaba recibir la ciudad según á ellos cumplía y demandaban se hiciese. Con esta respuesta el Conde de Potencia se partió más temeroso y pesante por la mala respuesta que en lo de su estado le dió monsiur de Aubegui, que no por la buena negociación que sobre lo que tocaba á la ciudad llevaba. Fabricio Colona, que de la salida de aquel hecho no tenía buena esperanza, y barruntando, según los indicios que sacaban, querer los ciudadanos dar la ciudad á los franceses, determinó él de su parte de entender en aquello que á la salud suya y de los suyos convenía, y por esta razón, recibiendo del capitán monsiur de Aubegni seguridad

para le ir á hablar, un día se salió de la ciudad y vino al campo francés y habló con todos los capitanes del ejército, de los cuales demandó que, pues era cierto que la ciudad de Capua los recibía y se daban por vasallos del Rey de Francia, él les rogaba fuese de manera recibida que á su persona y gente dejasen primero salir de la ciudad. Los franceses como sean más enemigos de los vencidos y más señores sobre ellos que otra ninguna nación, no quisieron en este caso responderle, antes le mandaron que sin ningún detenimiento se saliese del campo, si no que sería tenido por enemigo y que como á tal le castigarían. El capitán Fabricio Colona, viéndose en medio de sus enemigos y que ni en el campo francés ni en la ciudad no podía seguramente estar, dudoso en lo que debía hacer, por razón que aun para se tornar á la ciudad no le daban lugar, sucedió que metido en este peligro se encontró en el campo francés con Jordán, hijo de Virginio Ursino, el más capital enemigo que tenían, por razón que estas dos familias siempre fueron contrarias, el cual, dejando olvidar las viejas y nuevas enemistades que entre ellos había, se allegó á Fabricio Colona y amigablemente le abrazó, y preguntándole la causa de su venida en el campo francés, y conociendo el gran temor que tenía no le fuese hecho algún daño de los franceses, él le dijo desechase de sí la pena juntamente con el temor que tenía, que él le prometía de hacer de manera que de ninguno fuese injuriado, y de esta manera, hablando con Fabricio Colona, con mucho amor le sacó del campo y se fué con él hasta le dejar seguro á las puertas de la ciudad. Hecho fué este digno de eterna memoria, que aquel que en sumo grado buscaba la perdición total de los coloneses, pudiendo vengarse en aquel tiempo, quiso antes vencerse á sí mismo mostrando hnmanidad en el que del todo era vencido, que no dar lugar al rigor con el cual pudiera aprovecharse de su enemigo. En esto los franceses, que estaban encubiertos en las trincheas, como sintieran que monsiur de Aubegni venía en acuerdo con los de Capua, y viendo cómo para tomar la ciudad por fuerza de armas estaba lo más y el mayor peligro pasado, comenzáronse á descubrir de las trincheas, y un francés que en aquel día se mostró más que los otros de mayor fortaleza, fué poco á poco hablando con los soldados italianos y alemanes que estaban en la guarda del portillo que ya el artillería había hecho, y como con el concierto que se había hecho entre los unos y los otros estaban las armas suspensas, dejaron los italianos allegar aquel francés hasta junto al portillo derribado, y tras él se fueron otros muchos franceses hablando con los de dentro amigablemente; los cuales como fueron junto al muro y el francés primero conociese que los de dentro tenían miedo, allegose más á ellos; echando mano á su espada, los acometió con muy gran denuedo, y los otros asimismo se juntaron con aquel francés y peleaban con los de dentro en aquel portillo, pugnando por se meter en la ciudad. En esto, los que estaban encubiertos en las trincheas todos salieron afuera y junto con ellos todo el campo acudio allí, de donde los soldados que guardaban el portillo, con grande miedo de tanta gente que cargó, desampararon el portillo y fuéronse huyendo por la ciudad dando voces cómo los franceses estaban dentro parte de ellos. En esto, el ejército francés, viendo el saco en las manos, cada cual, aunque con mucho desconcierto, se allegó al muro para subir tras los otros compañeros; de manera que dándose los unos á los otros las manos subieron en el portillo, y otros, abriendo las puertas de la ciudad se metieron dentro, matando é hiriendo en ellos sin dejar hombre á vida. Fabricio Colona, como vido aquel hecho, ir tan de caída y derrota y que sin ningún remedio la ciudad se tomaba por los franceses, recogió toda la gente de armas y caballos ligeros y fuese á salir fuera de la ciudad por la parte donde el Duque tenía su campo, creyendo por aquella puerta él y los suyos poderse salvar. Pero la gente de armas del Duque, que tenían la guarda de aquel lugar, como sintieron el rumor y el alboroto de los caballos que salían, acudieron todos juntos de tropel á la puente, adonde hallaron toda la gente de caballo de Fabricio Colona, que por aquella puerta salvaban sus vidas, con grande ímpetu cargaron sobre ellos y mataron é hirieron muchos de ellos y algunos prendieron y despojaron de todo lo que llevaban. Por este rebato, Fabricio Colona, desesperado de su salud, viendo que no podía guarecer á los suyos, determinó de librarse á sí mismo; el cual, con muy gran peligro de su persona, con solos tres ó cuatro de caballos ligeros se huyó de aquel rebato, y siguiéndole los fran-

ceses, por su contraria dicha, cayó en un foso con el caballo, adonde allegando los enemigos le prendieron. En esto, los españoles que en Capua estaban, viendo asimismo el estado de la ciudad de Capua ser todo perdido y que ya no se miraba á ofender los enemigos, salvo defender sus vidas, cada uno según podía, determinaron todos juntos de recogerse á la roca de la ciudad, y así se fortificaron en aquel lugar lo mejor que pudieron, determinando de morir antes que no venir á manos de franceses, y así en la roca estuvieron los españoles hasta tanto que pasó toda la priesa del saco, y después el Duque Valentino los libró; el cual, dado caso que estuviese de la parte de Francia, no por eso dejaba de seguir y amar su naturaleza. Mucha gente murió en este combate, porque según se halló, pasaron de tres mil hombres de toda calidad, así de hombres como de mujeres y niños. Hubieron de aquel caso los franceses muchas ropas y joyas y dineros, y muchos prisioneros, á los cuales rescataban después por lo más que podían. Hízose con esto muy gran fuerza en las vírgenes doncellas, así monjas como seglares, de cualquier estado y condición que fuese y á sus manos pudieron haber. Entre éstas no dejaré de contar un caso digno de memoria perpetua, que acaeció á un soldado suizo con una doncella entera llamada por nombre Galeza de San Severino, y fué así: que teniéndola en prisión aqueste soldado suizo, quiso usar con ella deshonestamente y llevarle la flor de su virginidad; la cual, temiéndose en gran manera de perder aquello que tanto ella preciaba, le rogó muy humilmente que no la quisiese avergonzar ni hacer cosa que dañase su honra, que ella le prometía de llevarle en parte adonde se tuviese por más dichoso con los dineros que en aquel lugar habría, que no se ternía corrompiendo su virginidad por un tan breve y feo deleite. El suizo, que de la promesa de la doncella no poca esperanza de ver alguna buena y grande cantidad de moneda recibió, sin hacer daño ninguno en su honra propuso con mucha alegría de se ir con ella y no con poca codicia de se ver adonde ella decía. La cual, llevándole al lugar donde decía tener el tesoro escondido, vinieron á dar en un alto que salía sobre el río, y como llegase, la dicha doncella le dijo: «Ves aquí el tesoro que te prometí», y diciendo estas palabras se echó de aquel lugar abajo en el río, adonde en poco espacio se ahogó, y el suizo muy burlado ni gozó del un tesoro ni del otro. ¡Oh maravilloso ejemplo de toda virtud para las que de semejante tesoro é integridad quieren gozar! Cierto no es desemejante de aquel de la castísima Lucrecia, que tuvo por mejor darse la muerte con sus manos que no vivir con vituperio y deshonra de la castidad. Bien es verdad que no apruebo el hecho por bueno, por ser más gentílico que no allegado á nuestra cristiana religión, pero apruebo la intención loable con que se hizo. Finalmente, después de muchas muertes y robos y sacrilegios de templos y corrompimiento de vírgenes, seglares y religiosas, y muchos incendios y otros daños, la ciudad de Capua vino en poder de los franceses, y el Rey D. Federico, sabiendo la presa de Capua y asimismo la prisión del capitán Fabricio Colona, habiéndole dado los franceses en fiado á Jordano Ursino, que como supo su prisión, dado que fuese enemigo, le quiso en aquella necesidad favorecer, envió de Nápoles dos mil ducados, que fué el precio de su rescate, con que recibió libertad, y por el rescate de D. Hugo de Cardona, que juntamente fué preso en aquella ciudad, envió el Rey D. Federico al Príncipe de Visiñano, que según dicho es, por ser de la parte del Rey de Francia, el Rey D. Federico había preso. Algunos quisieron decir que el Duque Valentino había rescatado en mil ducados á don Hugo de Cardona, varón de mucha virtud y nobleza, y que en trueco del Príncipe de Visiñano se había rescatado Fabricio Colona. Finalmente, de la una manera ó de la otra, sea de cualquiera, ellos fueron rescatados y sacados del poder de franceses. Mucho trabajó el Duque Valentino y el Papa Alejandro, su padre, por poder haber en su poder al capitán Fabricio Colona por le dar la muerte, por razón del mucho odio y enemistad que con él tenía. Sabido esto por los capitanes franceses, en cuyo poder estaba, no le quisieron dar, sabiendo la mala intención dañada de ellos y que no le querían salvo para le dar la muerte y vengarse de su familia que ellos mucho desamaban. Este principio y presa de esta ciudad fué causa de que muchas ciudades y lugares del dicho reino de Nápoles luego se dieron á los franceses, no se atreviendo á esperar su rigor é ira que el castigo de aquella ciudad en todas partes hacía temer.

CAPÍTULO XXVI

De cómo el Rey D. Federico se salió de Nápoles y se fué á Iscla, y cómo los franceses se apoderaron de Nápoles y en sus fuerzas.

Ya se dijo arriba cómo los franceses tomaron la ciudad de Capua con mucho daño de ella. Pues resta decir lo que después sucedió acerca del principal propósito suyo, que era tomar aquella parte del reino de Nápoles que por la división susodicha le tocó al Rey de Francia. Pues como los franceses hubieron tomado aquella ciudad, estuvieron en ella dos días mucho á su placer, dentro de los cuales monsiur de Aubegni, que en aquel hecho de su Rey no era nada perezoso, envió un hombre de armas, caballero principal del ejército, al Rey D. Federico, requiriéndole de parte del Rey de Francia que, pues en la partición hecha entre el Rey de España y el Rey de Francia, su señor, á quien aquella parte del reino le había tocado, y el Rey de Francia le había cometido á él aquel hecho para que por la una parte y la gente del Rey de España por la otra, recuperase cada cual sus términos, jurisdicciones y señoríos, y que pues de la parte de su Rey le cabía aquella ciudad de Nápoles, le requería y rogaba que saliéndose de ella se la dejase libre y desembargada; donde no, que él fuese cierto que por fuerza de armas, haciendo el mayor daño que pudiesen en la ciudad, se la quitarían de poder. El Rey D. Federico por la presa de Capua del todo tenía perdido el ánimo, y asimismo siendo de los mismos ciudadanos de Nápoles constreñido á que se saliese de la ciudad, temiéndose no le sucediese como á los capitanes capuanos les había sucedido, y junto con esto viendo la voluntad de los napolitanos tan pronta y aparejada para recibir al Rey de Francia ó á su gente en su nombre, determinó en lo extrínsico antes ser amigo de franceses que no enemigo, en especial que ni la voluntad de los de Nápoles era de se defender ni menos tenía aparejo de gente para se oponer á la defensa, antes por todas las maneras que buscaba le faltaba el remedio. Con esto tornó á enviar á monsiur de Aubegni su embajada con dos caballeros de su corte, rogándole mucho que, pues la voluntad del Rey de Francia era de desterrarle de su reino y despojarle de él, que era contento de salirse de Nápoles con tal que le diese término de ocho días para poder recoger su casa y otras cosas é irse á Iscla. El capitán monsiur de Aubegni le envió á decir con los mismos embajadores, que le daba el término de los ocho días para poder salir de Nápoles, pero que en lo de la estada en Iscla él decía que si dentro de seis meses no saliese de Iscla sería tenido por enemigo y pasaría sus gentes contra él. Finalmente, el Rey D. Federico vino á todo lo que monsiur de Aubegni sacó por condición. Y con esto el Rey D. Federico, pasados los ocho días, se fué á Iscla con toda su casa, y el capitán monsiur de Aubegni y el Duque Valentino se fueron con sus gentes á Marchanes, adonde estuvieron esperando que pasasen los ocho días para se haber de meter en Nápoles. En este mismo tiempo, antes que el Rey D. Federico saliese de Nápoles, el Gran Capitán, que ya por otro caballero había enviado al Rey D. Federico que le enviase la Reina joven, porque esta era la voluntad del Rey D. Fernando de España, envióle segunda vez á D. Iñigo López de Ayala, caballero principal de su ejército, en que le tornó á demandar la Reina joven, sobrina del Rey D. Fernando el Cátolico; al cual el Rey D. Federico con sus propias necesidades no podía proveer cuanto más oponerse á denegar aquella demanda, luego se la entregó á D. Iñigo López de Ayala, el cual recogiéndola en seis galeras que para este efecto llevaba, se vino á Sicilia con ella y de allí el Gran Capitán la envió en España.

CAPÍTULO XXVII

De cómo el Gran Capitán pasó en la Calabria y comenzó de someter toda aquella provincia debajo de la corona del Rey D. Fernando.

Como los franceses hubiesen, según dicho es, ya casi del todo tomado la parte que á su Rey tocaba en el reino de Nápoles, el Gran Capitán, que estaba en Sicilia, teniendo ya el aviso de su Rey en lo que por su parte debía hacer, no quiso diferir más tiempo aquel negocio, temiéndose que, según los franceses son de natura cobdiciosos y soberbios, después de haber tomado la parte de su Rey intentarían por el mismo caso de tomar la del ajeno. También se temía por razón que muchas tierras, villas y lugares de las provincias de Puglia y Calabria reconocían y admitían el

nombre y apellido de franceses, sabiendo claramente aquéllas haber tocado al Rey D. Fernando de España por división. Finalmente, consideradas todas las cosas y viendo ser conveniente tiempo para hacer aquella empresa, recogió todo su ejército en la villa de Melazo, adonde á la sazón estaba, y en las naves y galeras que tenía en la mar hizo embarcar á su gente, metiendo asimismo toda su artillería y todos los otros aparejos de guerra que eran necesarios para aquel viaje. Y con esto alzando velas en breve se pusieron en la Calabria, por razón que es poca la distancia de Sicilia á aquella provincia. Allegaron de noche á un lugar despoblado, adonde saltando toda la gente en tierra se estuvieron todo lo que de la noche quedaba en el camino junto á la marina, y como fué de día el Gran Capitán entró en consejo y tomóse por parecer que D. Diego de Mendoza se fuese con toda la gente del ejército á una villa que estaba no muy lejos de aquel lugar, que llaman Nicastro, y él con algunos pocos de soldados se fué á Turpia para en aquella villa proveer algunas cosas importantes á aquel hecho. Estuvo en Turpia el Gran Capitán quince días, en los cuales entendió en muchas cosas que convenían, porque á la verdad no halló en todas aquellas dos provincias mejor lugar que era éste, porque tenían la fe de los españoles y les servían con mucha voluntad. Allí se holgaba él más estar y con la gente de aquellos lugares se consejaba en aquel hecho como con personas de mucha fe y crédito.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo los franceses se metieron en Nápoles y el Rey D. Federico se fué de Iscla á Francia, y de lo que acaeció.

Dicho se ha ya arriba cómo el capitán monsiur de Aubegni y el Duque Valentino con todo el ejército francés se fueron á una villa que llaman Marones para esperar allí en aquel lugar que se pasasen los ocho días que dió de término al Rey D. Federico para se salir de Nápoles. Pues dice agora la crónica que como fueron pasados los ocho días, el Rey D. Federico se fué á Iscla y dejó en tenencia de los castillos Castel-Novo y Castel del Ovo al capitán Próspero Colona, para que con el castillo de Gaeta los entregase á monsiur de Aubegni como le recibiesen en Nápoles. Después que monsiur de Aubegni supo la partida del Rey D. Federico de la ciudad de Nápoles, sin más se detener se partió de la villa de Marones con todo su ejército y fuese á Nápoles, adonde fué de los napolitanos recibido con mucha solemnidad, porque á la verdad el daño de la ciudad de Capua había puesto mucho temor en Nápoles y en todas las otras ciudades y villas del reino, y por esta razón mostraban todos buen amor y voluntad á los franceses. Finalmente, recibidos los franceses, según dicho es, el capitán Próspero Colona luego entregó los castillos Nuevo y del Ovo y el de Gaeta á monsiur de Aubegni, según que por el Rey D. Federico le había sido mandado. Después de lo cual él se fué á Iscla, adonde su Rey y señor se había recogido. Estuvo el Rey D. Federico muchos días en Iscla muy solícito en pensar lo que debía hacer sobre su destierro, porque halló cerrado todo el remedio que podía buscar, y en quien alguna esperanza tenía, que era en los Reyes Católicos, los cuales meritamente habían sido causa de su despojo y destierro de su reino, y por esta razón determinó del todo, pues le faltaba el socorro y le convenía dentro de seis meses partirse de Iscla, buscar la mejor manera que pudiese para se recoger en alguna parte, pensó que sería bueno, y así se lo aconsejaron, de se pasar en España, por razón que entre sus amigos y parientes hallaría algún remedio y amparo á su triste vivir. Pero por otra parte pensó que tenía muy enojados á los Reyes Católicos, y que por ventura por buscar bien buscaría mal. Y por esta razón determinó de se pasar á Francia, adonde él había sido criado y gastado todo lo más de su vida y tenía mucho conocimiento con todos. Finalmente, con este acuerdo el Rey D. Federico se partió de Iscla y dejó en su lugarteniente de aquella ciudad de Iscla al Marqués del Gasto, y con sus galeras se pasó en Francia, á quien el Rey de Francia recibió muy bien y dióle un muy honrado estado en Francia, con que vivió mucho á su contentamiento. Algunos que esto escribieron, quisieron decir que el Rey de Francia le había recibido muy desabridamente. Bien es verdad que esta opinión, por ser escrita peculiarmente y en aquel tiempo, debe ser más probada, y así yo la tengo por más verdadera, porque me parece conforme á la naturaleza de franceses, que es

mostrarse rigurosos y soberbios contra los vencidos. Pero cualquiera de éstas que sea verdadera, basta saber que después que el Rey D. Federico se partió de Iscla se fué á vivir á Francia, y allí estuvo hasta que murió.

CAPÍTULO XXIX

De lo que el Gran Capitán hizo en la conquista de Puglia y de Calabria.

Después de la partida del Rey D. Federico y del rescebimiento de Nápoles á los franceses, monsiur de Aubegni, que era general de ellos, sabiendo cómo el Rey D. Federico había dejado á Iscla, y que estaba en tenencia de ella el Ma:qués del Gasto, envió un caballero, requiriéndole con grandes partidos al Marqués le entregase á Iscla como todas las otras tierras del reino de Nápoles se habían dado y entregado. Pero el Marqués del Gasto, que muy buen caballero era, teniendo en más su honra que no por ningún interese dejar de guardar lo que prometió á su Rey, embió á decir á monsiur de Aubegni que el Rey D. Federico su señor le había dejado á él en aquella tenencia, que hasta que supiese su voluntad acerca de aquel caso él no haría ninguna mudanza en su fe, y que antes pensaba tener aquella isla con todo su poder, de manera que hasta que otra cosa se acordase por el Rey D. Federico no fuese de su poder y mano enajenada, teniéndole asimismo en gran merced y gracia los ofrecimientos que le hacía, lo cual dejará ahora la crónica de contar por decir lo que acaeció al Gran Capitán queriendo tomar la parte que á su Rey tocaba. En esta sazón estaba el Gran Capitán en Turpia, dando orden en lo que debía hacer en aquel negocio que se le había cometido, el cual por tener más contenta á su gente y porque de mejor gana le sirviese les pagó nueve meses que les debía, hasta el último día de aquel mes de julio del año sobredicho. Mucho contento pone en los soldados la paga, y muchas fuerzas y ánimo les acrescienta, juntamente con el deseo que de servir á sus señores tienen; y por el contrario, de no ser pagados suceden á las veces, por el descontento que tienen, desamparar sus capitanes en las mayores necesidades, y perderse de su parte las acometidas afrentas, teniendo por mejor el guardar sus vidas que no ponerlas en condición sin remuneración de su trabajo. Y así se ve cada día en los ejércitos por culpa de los capitanes levantarse y amotinarse los soldados y aun pasarse á servir la parte de los enemigos. Por esta razón el Gran Capitán, que de gran prudencia era, considerando que no su persona sola más las fuerzas de su gente habían de haber los vencimientos, teníalos á todos en sumo grado contentos y destribuía los despojos todas las veces que los hacían mucho á favor y contentamiento de los suyos. El Gran Capitán después que hubo pagado á su gente se partió de Turpia y se fué é Nicastro, adonde D. Diego de Mendoza estaba con ejército que en aquel lugar los había pagado, y detúvose en aquel lugar bien ocho días, por razón que en aquel tiempo rescibió muchas villas y lugares que se le daban de su voluntad. Como llegó á Nicastro ahora, despachó á Diego García de Paredes, coronel que según dicho es había pasado de Roma con ochocientos hombres de guerra en ayuda del Gran Capitán, y ansimismo mosén Mudarra llevaba cien caballos ligeros, y mandóles el Gran Capitán que con aquella gente fuesen sobre Cosencia, una ciudad que está en la Calabria, la cual se tenía por el Rey D. Federico y estaba en ella un gran capitán que se llamaba micer Antonelo del Noble con doscientos hombres de guerra, y habiendo sido requerido por el Gran Capitán le diese la ciudad, no había querido, antes con mucha diligencia se aderezaba para se defender y guardar aquella ciudad que no viniese en poder de los españoles. Finalmente, con la orden y comisión del Gran Capitán, Diego García de Paredes y mosén Mudarra con la dicha infantería y caballos ligeros se partieron de Nicastro á nueve días del mes de Agosto de aquel mismo año de mil y quinientos y dos. Y en allegando á la ciudad de Cosencia hallaron cómo los ciudadanos (temiéndose de las fuerzas de los españoles, y ansimismo temerosos en ver el hecho del Rey D. Federico ir tan de caída) se habían dado al Gran Capitán por el Rey de España. Micer Antonelo del Noble, su capitán, que de aquella voluntad había sido contrario, se había con su gente recogido al castillo, y desta manera el castillo se tenía por del Rey D. Federico y la ciudad se tenía por el Rey de España. Pues los capitanes españoles se metieron en la ciudad sin ningún impedimento, y en llegando tomaron la Mota, que no era tan fuer-

te como el castillo, y luego se puso diligencia en la expugnación del castillo, al cual por le poner en mayor estrecho, Diego García de Paredes con toda la infantería se aposentó junto al castillo por de dentro de la ciudad, y puso sus guardas por en derredor dél, y mosén Mudarra con sus caballos hizo lo mismo, y ordenadas las guardas en los lugares que más convenía, pusieron en una iglesia que está fuera junto á una viña un capitán para que estuviese en aquel lugar en guarda de las guardas que estaban al derredor del castillo, con trecientos hombres de noche y ciento y cincuenta de día, y con esto hicieron otros muchos aparejos para combatir el castillo, dando ansimismo asiento con el artillería. Finalmente, después de haber hecho todos estos aderezos, el capitán micer Antonelo del Noble, viendo como los españoles habían puesto sus estancias tan cerca de los muros del castillo, y que si perseveraban tanto tiempo en el cerco de aquel castillo de necesidad se perdería á falta de provisiones, de las cuales tenian gran penuria, determinó de morir ó hacer de manera cómo echase á los españoles de aquellas estancias, y con esta voluntad salió un dia fuera del castillo con ciento y cincuenta hombres de guerra, y dió sobre la guarda de los españoles, la cual tenía mosén Mudarra con sus caballos, entre los cuales se mezcló una muy grande y reñida escaramuza, por razón que como los españoles fueron tomados á deshora y de sobresalto comenzaron á rescebir gran daño de los enemigos y casi fueron desbaratados, sino que los españoles porfiando con mucha fortaleza por no perder la estancia, se detuvieron con los enemigos un buen rato, pero al fin no pudiendo ya más sufrir la fuerza de los enemigos les convino retirarse á fuera y desmamparar la estancia. En este mismo tiempo Diego García de Paredes que estaba en otro lugar, siendo avisado en cómo la guarda que tenía mosén Mudarra era del todo retirada de su estancia por la fuerza de los contrarios que del castillo habían salido, socorrió con mucha diligencia con docientos hombres que consigo tenía, y por su venida los otros que ya habian desmamparado su estancia cobraron ánimo, y afirmáronse contra los enemigos, no dando pie atrás, antes con la ayuda y favor de Diego García de Paredes reforzaron la batalla y tornaron sobre los contrarios tan de recio que les mataron siete hombres é hirieron otros muchos, y tanto hicieron que á fuerza de armas los desbarataron y los encerraron en el castillo. Murió en este rebate un alférez español y fueron algunos heridos de su parte, y Diego García de Paredes habiendo por su socorro reforzado la gente del capitán Mudarra, dejólos en las mismas estancias adonde antes estaban, y él con toda la otra gente con que socorrió se tornó al lugar do hacía su guardia, y por razón que la noche sobrevino, no dió lugar á que por aquel día se hiciese otra cosa sobre aquel caso. Otro día siguiente el capitán micer Antonelo del Noble, habiendo en aquella noche vuelto en su pensamiento lo que acerca de aquel cerco en que los españoles le tenían debía de hacer, y viendo el poco remedio que tenía, por razón que le faltaba gente y vituallas, y temiendo asimismo no quisiesen los españoles dar el combate al castillo, del cual tenía duda según su fuerza de aquella gente poderle sostener, determinó de hablar con Diego García de Paredes, al cual envió á decir que él tenía aquel castillo por el Rey D. Federico, el cual había hasta entonces tenido juntamente con la ciudad con aquella gente que el Rey D. Federico había puesto en guarnición de ella, y los ciudadanos le habían sido contrarios, dándola contra su voluntad y en deservicio de su Rey y señor al Gran Capitán por el Rey de España; y que pues así era, por la obligación que tenía á quien le había puesto, le rogaba mucho le diese quince dias de término, en los cuales el esperaba socorro de algunos lugares y villas comarcanas que se detenían por el Rey D. Federico, y que si por el contrario no fuese socorrido según pensaba, él le prometía debajo de algún conveniente partido de rendirle el castillo al Gran Capitán. Diego García de Paredes, que en aquel hecho tenía mucha seguridad, no le quiso responder cosa ninguna hasta tanto que diese aviso de aquel partido al Gran Capitán, demandándole su parecer. Pero el Gran Capitán, temiéndose que si el castillo era socorrido se perdería la ciudad, la cual estaba según dicho es por el Rey de España, determinó de no dar aquel lugar al capitán micer Antonelo del Noble, y por esta razón luego á la hora se partió con todo su ejército de Nicastro y vínose la vía de Cosencia con determinación de en llegando combatir el castillo y no dar lugar á que entrase socorro en él. Y micer Antonelo del Noble, como supo que el

Gran Capitán en persona venía sobre el castillo, desesperado del socorro y constreñido del temor, tuvo por bueno de darse al Gran Capitán. Luego como llegó, rescibió el castillo y dióle en tenencia á mosén Mudarra y él estuvo allí algunos dias.

CAPÍTULO XXX

De cómo el capitán de la armada española tomó una nave del Rey D. Federico, y de cómo los franceses comenzaron á usurpar algunos lugares que tocaban al Rey de España.

El Rey D. Federico se partió de Iscla y dejó cargada una nave para que la cargasen de artillería y munición, para que se la enviasen á su hijo el Duque de Calabria que estaba en Taranto; lo cual poniéndolo por obra y viniendo la nave su camino derecho á la ciudad de Taranto, vino á ser vista por el capitán de la armada española, que se llamaba Juan Lezcano, el cual había quedado en Turpía al tiempo que el Gran Capitán se partió á Nicastro, según dicho es; y el capitán Juan Lezcano, como vido la nave, enderezó sus galeras contra ella, y alcanzóla muy lejos de allí cerca del estrecho, y allegando á ella y reconosciendo que era de enemigos, aferraron sus galeras en la nave, y comenzaron por una parte y por otra á combatir, y tanto hicieron que por fuerza de armas entraron la nave y la tomaron y prendieron todos cuantos en ella venían. Después de esto monsiur de Aubegni habiendo ya tomado la parte del reino de Nápoles que pertenescia al Rey de Francia, siendo amigos los franceses de novedades, deseosos de extender su señorío de cualquier manera que pudiesen, como está dicho, determinaron de tomar algunos lugares pertenescientes al Rey de España, y junto con esto fué avisado monsiur de Aubegni de los mesmos de Nápoles cómo si la provincia de Puglia venía en poder de los españoles, y la ciudad de Nápoles con los otros pueblos no participaban de los trigos y cebadas de aquella provincia, no podían vivir ni sustentarse sin muy gran daño y detrimento de aquella parte del reino que ya era de los franceses, y que por esta razón cumplía mucho buscar alguna manera para poder aprovecharse de ello. El capitán monsiur de Aubegni viendo la legítima causa, y el daño evidente que por esto podía venir á la ciudad de Nápoles, determinó sin consultar cosa ninguna con el Gran Capitán, y sin tener respeto alguno á los capítulos y asientos que entre el Rey de España y el Rey de Francia estaban hechos sobre la división de aquel reino, acordó de enviar algunas compañías de su ejército para que se apoderasen en algunas villas de aquella provincia de Puglia. Envió asimismo sus comisarios con sus patentes para que en todas las villas y lugares de aquella provincia los rescibiesen y diesen todas las provisiones necesarias, diciendo cómo en Nápoles y en los otros lugares no se podía sustentar el ejército francés. Esto no lo hacía monsiur de Aubegni con voluntad sana, sino con propósito que tenía de venir por aquella razón á manos con los españoles, y sacarles si pudiese aquellas dos provincias que de la parte del Rey de España les había tocado. El Gran Capitán que estaba en Cosencia, como fué sabidor que gente francesa por comisión de monsiur de Aubegni ocupaban las tierras de Basilicata y Capitanata, que era de su pertenencia, envió á un caballero de su ejército á monsiur de Aubegni, á le decir que bien sabía en cómo por la división de entrambos los Reyes de España y Francia habían cabido las dos provincias de Puglia y de Calabria al Rey de España, y que junto con esto habían sido por los reyes jurados los capítulos que acerca desta partición se celebraron entre ellos, los cuales debían ser guardados y mantenidos conforme á como de su parte se guardaban y mantenían; y que él había sido informado en cómo la gente de su ejército se había metido y aposentado en las tierras del Rey de España, yendo contra el asiento y capítulos que entre ambos los Reyes se celebraron, que le hiciese saber cuál era la causa que á hacer esto les movía, y que le rogaba que revocando su mandamiento y comisión que sobre este caso había dado, hiciese luego levantar aquellas gentes de aquellos lugares del Rey de España. Y con esto, el embajador del Gran Capitán se despidió para ir á poner por obra su embajada, y luego envió el Gran Capitán á Pedro de Paz con mil infantes á Manfredonia, para que trabajase de tomar el castillo, el cual se tenía por el Rey D. Federico. Y ansimismo puso mucha gente de armas en todas aquellas tierras que estaban en la ribera de Sipantua, por razón que los franceses no se metiesen en ellas primero, como habían

hecho en muy muchas otras de Basilicata y Capitanata. El embajador del Gran Capitán como fué ante monsiur de Aubegni, refirió su embajada conforme á como venía instruído de su capitán, al cual monsiur de Aubegni respondió, que por cuanto las tierras de Basilicata y Capitanata no habían sido nombradas en las escrituras de la partición de aquel reino, había sido informado que al Rey de Francia tocaba tambien en ellas su parte, y le había mandado tomar en ellas la parte que á su rey tocaba, y por esta razón lo había hecho, y que así lo pensaba hacer hasta tanto que la verdad de ello se liquidase por los mesmos Reyes de España y Francia; y que por esta razón á él le parecía que porque no estuviese largo tiempo en esta diferencia, la cual nacía de esta causa, que enviase cada uno por su parte á hacerlo saber á su rey, para que entre ellos se determinase por justicia y derecho, y que entretanto que la resolución de esto venía de ambos los Reyes, le parescía ser justo que en cada una de estas tierras se pudiesen aposentar ansí franceses como españoles, y que ansimismo hubiese en cada lugar dos banderas, una de España y otra de Francia, por razón que las sobredichas villas y lugares no reconocían mediante esta difinición particular señor entre ellos. Y con esta respuesta se despidió el embajador del Gran Capitán, el cual como por la respuesta viese este hecho puesto en caso dudoso, ansimismo que monsiur de Aubegni se justificaba por lo que decía, determinó de sobreseer en aquel hecho, y de seguir su parescer enviando á su Rey el caso de aquella duda, y monsiur de Aubegni por el mesmo tenor lo hizo saber al Rey de Francia, para que entre ambos los Reyes se determinase aquel hecho.

CAPÍTULO XXXI

De cómo el Gran Capitán vino sobre la ciudad de Taranto, y de lo que el Príncipe de Calabria hizo sobre ello.

En el tiempo que los franceses entraron en el reino de Nápoles, el Rey D. Federico, entre otras cosas que proveyó acerca de la defensión del reino, fué enviar al Príncipe de Calabria, su hijo primogénito, para que se metiese en Taranto y la defendiese; de manera que no viniese en poder de los españoles, hasta que otra cosa se acordase sobre ello, como arriba se cuenta. Y pues dende algunos días, habiendo el Gran Capitán sometido casi toda la provincia de la Calabria debajo de la Corona de los Reyes Católicos, partióse de la ciudad de Cosencia, donde á la sazón estaba, y fué á Turpia, donde el armada española se surgió. Y como llegó en aquella villa, determinó con brevedad de ir á tomar la ciudad de Taranto, por razón que aquélla es una de las más principales ciudades de Calabria, y estaba hecho fuerte dentro el Príncipe de Calabria. Es maravilloso el asiento de aquella ciudad, que por todas partes es bañada del mar, que D. Alonso de Aragón, el mozo, y por sobrenombre el Guercho, la había cortado de tierra firme, cuando los turcos tomaron á Otranto, entre las otras ciudades de tierra de Otranto, por la grande comodidad de aquel puerto designaban de tomar á Taranto. La ciudad está agora puesta en aquel lugar donde antiguamente estuvo la grandísima roca de Taranto, ennoblecida por el cerco, no menos largo que vano, de Anibal; pero adonde estaba el viejo Taranto son ahora grandes ruinas, y por todo él se muestran maravillosos vestigios de la ciudad deshecha. Es, en fin, Taranto ciudad nueva, y toda traspasada en aquella isla y ceñida en derredor del mar, y por dos puentes de madera se pasa á ella, puestos el uno al Levante y el otro al Poniente, en las cabezas de las cuales están edificadas dos hermosas fortalezas, que por medio de la una y de la otra tierra firme corren dos canales, y así, con grande dificultad se puede combatir de la parte del abierto mar. No se pueden allegar las naos, porque aquel lado de la ciudad está fortificado de unos bravos peñascos, y por esta razón, luego envió al capitán Juan de Lezcano con el armada para que por la mar tuviese cercada aquella ciudad, que no dejase meter provisiones de otra parte. Y luego, el último día del mes de Agosto del año sobredicho, el Gran Capitán se partió de Turpia y vino á poner cerco á Taranto; pero vista la fuerza determinó, aunque con trabajo, igualar los bestiones y fosos á la alteza de Taranto á golpe de artillería, y cerró las salidas de las puentes haciendo dos castillos de tierra y encima la artillería con propósito de invernar allí. Juan de Lezcano, que según dicho es había partido con el armada de Turpia, pasó por la Roca Imperial, la cual se tenía por

el Rey Federico, y tomándola, dejó al capitán Carlos de Paz con quinientos infantes de guarnicion, y él se fué á poner en la Roca. En esto, el Gran Capitán, como hubo cercado á Taranto, envío al Duque de Calabria un su capitán que llamaban el capitán Oliván, á le decir cómo él había venido en aquellas partes por tomar la provincia de Puglia y Calabria, provincias tocantes al Rey Católico su señor, por la división y partición que entre el Rey de Francia y él se hizo del reino de Nápoles, y que por esta razón le requería de parte del Rey de España fuese contento de dejar aquella ciudad como cosa que pertenecía á su Rey, donde no que protestaba y se excusaba para con Dios del daño y muertes que por el contradecir este derecho podría suceder. El Duque de Calabria, oyendo lo que el Gran Capitán le envió á decir, suspendió su respuesta, no sabiendo en ninguna manera lo que en aquel caso debía de hacer, á razón que quererse oponer y defender del Gran Capitán y de su poder teníalo por cosa grave y dudosa, porque él tenía muy poca gente consigo en defensión de la ciudad, y lo otro, porque toda aquella provincia casi habían rescibido al Rey de España, por donde él tenía muy poca esperanza de ningún socorro, y ansimismo, viendo cómo el Rey D. Federico, su padre, se había ausentado del reino, en quien tenía puesta toda la confianza de aquel hecho. Y por estas razones que he dicho á la crónica, el Duque de Calabria envió por su respuesta al Gran Capitán con su embajador, al cual llamaban micer Octaviano, que bien sabía cómo el Rey D. Federico, su padre, le había hecho merced de aquella ciudad y de otras algunas villas de aquel a provincia, por lo cual él estaba con determinación de la tener hasta tanto que el Rey su padre, que se lo dió, se lo mandase dejar, y por esto le rogaba mucho fuese contento de le dar algún término conveniente, dentro del cual él pudiese avisar á su padre de lo que pasaba y que según la orden y mandado que de él hubiese, ansí de su parte se cumpliría. Desto fué muy contento el Gran Capitán, y dió al Duque de término dos meses, en los cuales, ora el Rey D. Federico respondiese, ora no respondiese, el Duque fuese obligado á le entregar la ciudad, y ansimismo se sacó por condición, que dentro del dicho término el Duque no pudiese fortificar la ciudad, ni meter gente, ni hacer ninguna cosa por donde se viese ser su voluntad de se defender. Finalmente, con esta respuesta micer Octaviano se despidió del Gran Capitán. Habíanse por este tiempo de dar rehenes, en seguridad de una parte á otra, por lo cual el Duque envió al campo español al hijo del Duque de Potencia, y de la parte del Gran Capitán se pasó en la ciudad el capitán Oliván por razón que los españoles no intentasen á querer hacer alguna fuerza en la ciudad. Luego el Gran Capitán hizo allegar su ejército más á la ciudad, adonde le tuvo desde 16 de Septiembre del sobredicho año hasta que viniese la respuesta del Rey D. Federico. El Duque de Calabria envió luego su despacho con sus letras para el Rey D. Federico, su padre, que estaba en Francia, haciéndole saber el estado en que estaba su ciudad de Taranto, y de lo que estaba con el Gran Capitán apuntado, que era dos meses de treguas, dentro de los cuales, por ser breve el término, él esperaba breve resolución de lo que era servido se hiciese en aquel caso, y ansimismo le hacía saber cómo ni por mar ni por tierra él no podía meter gente ni vituallas, no sólo porque ansí estaba capitulado y jurado entre ellos, pero por razón que de la parte de la mar estaba el armada bien cerca de la ciudad de Taranto y por tierra estaba todo el ejército aposentado en derredor de la ciudad, por manera que no podían entrar por parte ninguna. Esto fué lo que el Duque de Calabria escribió á su padre.

CAPÍTULO XXXII

De lo que intentó hacer monsiur de Aubegni en deservicio del Rey de España, y cómo algunos principes y señores de aquellas dos provincias se vinieron á reconciliar con el Gran Capitán.

Entre los españoles y franceses, el principio de las discordias y guerra fué, según dicho es, por razón que al tiempo de la primera conquista del reino de Nápoles, cuando el Rey Carlo Octavo pasó en el reino de Nápoles, el Conde de Corata y Reinaldo Barbina siguieron la parte de franceses, por lo cual, después que el Rey D. Fernando fué restituido, según dicho es, se ausentaron del reino y se fueron á la ciudad de Trana, tierra de venecianos, y allí se estuvieron escondidos hasta

que vino otra vez el ejército de franceses contra el reino de Nápoles, en el tiempo que reinaba el Rey D. Federico, los cuales, debajo de este favor, muy secretamente salieron de Trana y se fueron á Corata, el cual lugar estaba por el Rey D. Federico, juntamente con otros lugares comarcanos, adonde se metieron y ocuparon aquel lugar, y se hicieron fuertes en él, y los recibieron con mucha voluntad. Hubo el Rey D. Federico en dote este condado de Corata con otros lugares circunstantes, por razón que se casó con una hermana del Príncipe de Altamura. Como aquestos lugares no estén metidos dentro de las dos provincias Puglia ni Calabria, sino en la frontera de Puglia, y ansimismo el Rey de Francia pensaba que por razón de aquel casamiento y bienes dotales del Rey D. Federico que á él solo pertenescía el derecho de aquellos lugares, intentó monsiur de Aubegni, por comisión de su Rey, y persuadido por el Rey don Federico, que ya estaba en Francia, el cual en excesivo grado aborrescía el nombre de España, de tomar aquellos lugares juntamente con la otra parte del reino que ya había tomado el nombre del Rey de Francia. Y para este efecto, el capitán monsiur de Aubegni envió al Gran Capitán tres caballeros de su ejército, al uno llamaban monsiur de Greni, y al otro monsiur de la Mata, y al otro Luis Darias, con los cuales le dijo que por cuanto aquellas tierras que dudaban de Basilicata y Capitanata, eran tierras distintas de las que se entendieron de la partición que de aquel reino hicieron, y hallaban por algunos avisos que el Rey de España no tenía en ellas ninguna parte, por razón que estaban muy apartadas de las dichas dos provincias Puglia y Calabria que á él tocaban, y él tenía determinado de tomar aquellas tierras solamente en nombre del Rey de Francia, hasta tanto que de ello viniese la determinación, según que se había enviado á demandar á los Reyes sus señores. El Gran Capitán, como hombre prudente y sabio, siempre procuró de usar con los franceses toda la mejor manera de paz que pudo, y con esto envió á decir á monsiur de Aubegni mirase cuánto cumplía al servicio de Dios y de los Reyes, en cuyo nombre allí habían venido, la paz que con suma justicia se puede mantener, y que pues aquella duda ya se había enviado á consultar con los Reyes de España y Francia, no quisiese entretanto que la resolución de ello venía innovar de su parte cosa alguna, porque si ansí intentaba hacer, como le era por sus embajadores dicho, él se excusaba protestando primero toda paz y concordia para con Dios nuestro señor, que ni el Rey de España, ni él, ni sus capitanes, no tenían en ello culpa, ni eran autores de aquella defensión de la jurisdicción y derecho de su reino, sin haber ofendido en parte alguna el derecho del suyo. Con esta respuesta del Gran Capitán se tornaron los embajadores de monsiur de Aubegni, el cual, como tuviese voluntad de extender, ora con justicia, ora contra justicia, los señoríos de su Rey, sin atender ley ni derecho, se comenzó á meter del todo en aquellos lugares. En este tiempo los Príncipes de Melfa, y Visiñano, y de Salerno, viendo el principio de las altercaciones de entre españoles y franceses, que esperaban sangriento y dudoso fin, considerando que en todas las cosas que el Gran Capitán había emprendido había alcanzado victoria, como la alcanzó con muy grandísima honra suya en la primera conquista deste reino de Nápoles contra el Rey Carlo octavo, según en los capítulos pasados se ha dicho, y que ansí se esperaba alcanzaría en todos sus hechos, según su grandísima virtud, determinaron de venir juntamente con el Marqués de Bitonto á Taranto, adonde el Gran Capitán estaba, los cuales fueron del Gran Capitán con mucho amor y buena voluntad recibidos, y ellos ofrescieron sus personas y estados en servicio del serenísimo Rey D. Fernando de España, y hicieron también pleito homenaje en la forma acostumbrada de guardar y mantener todo aquello que debían hacer en servicio del Rey Católico. Por lo cual, el Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Aguilar y de Córdoba les confirmó sus estados, y de ahí adelante fueron habidos por vasallos del Rey de España, é hizolos el Gran Capitán muy bien aposentar en su campo á sus personas y á los suyos.

CAPÍTULO XXXIII

Del aparejo que el Duque de Calabria hizo en Taranto, y de lo que el Gran Capitán hizo sobre esto.

Ya se dijo arriba cómo los franceses no aguardando la respuesta y determinada voluntad de su Rey, en lo que tocaba á la duda de

aquellas tierras, ellos mesmos se habían metido en ellas, queriendo del todo usar de rigor para as traer debajo del servicio del Rey de Francia. Pues, no contentos con esto, procurando por todas las vías y maneras que podían hacer daño en los españoles, enviaron muy secretamente al Duque de Calabria á le decir que bien sabían cómo el Gran Capitán estaba sobre Taranto, y ansimismo el término que le había dado para entregar la ciudad, y que por esta razón, no embargante que el término pasase, le rogaban mucho de su parte se sufriese por algunos días en la ciudad, que ellos le prometían de le socorrer con brevedad, porque ellos tenían aviso del Rey D. Federico su padre ser aquella su voluntad. Esto mismo enviaron á decir al Castellano de Manfredonia, que se tenía por el Rey D. Federico, sobre el cual estaba el capitán Pedro de Paz con mil infantes según dicho es. El Duque de Calabria, que del todo tenía perdida la esperanza de ser socorrido por razón de la ausencia del Rey D. Federico su padre, viendo el ofrescimiento del socorro que los franceses le hacían, determinó de estar quedo y no dar la ciudad al Gran Capitán, dado caso que pasase el término de los dos meses que le había dado. Y con esta voluntad luego comenzó muy secretamente de meter aparejos dentro de la ciudad, ansí de gente y vituallas como de otras cosas necesarias para defenderse. Y ansimismo comenzó de reparar algunas partes en el castillo que estaban mal paradas. El capitán Oliván que estaba dentro en Taranto, en rehenes, barruntó, no embargante que aquellos aparejos se hicieron con mucho secreto, lo que el Duque determinaba de hacer, de lo cual todo dió aviso al Gran Capitán, y él viendo el estado de aquella ciudad dudoso para la haber de rescibir, con mucha diligencia mandó hacer muy grandes reparos contra la ciudad de Taranto, y junto con esto mandó asentar mucha artillería por lugares diversos contra la ciudad, y con muchos bergantines y otros vasos ligeros armados de gente y de artillería, mandó ocupar el mar Pechuno, por razón que por allí no viniese á la ciudad provisión ninguna ni gente de socorro. El Gran Capitán allende de esto, con maravillosa y extraña manera, á imitación del cartaginés Aníbal, hizo poner hasta veinte navíos encima de carros, y del abierto mar Jonio los hizo traspasar en aquel mar cerrado, el cual tiene de largo cerca de cuatro millas y está hecho á modo de un grande estanco ó laguna, y en el derredor había diez y ocho millas ó más. Y aunque hay muy grandes tormentas, tienen allí las naves un reposado y seguro acogimiento y de pescado es abundantísimo. Pues habiendo llevado las naves á aquel instante los soldados españoles con fiestas y cantares muy alegres corrían toda aquella marina, los tarantinos concibieron grande temor, aunque á la verdad aquel negocio más era espantoso que dañoso. Habiendo, pues, de esta manera dado orden el Gran Capitán á lo que tocaba á la expugnación de Taranto, los de la ciudad juntamente con el Duque, viendo la guerra puesta en las manos y el daño que de esta causa se les aparejaba, enviaron á decir al Gran Capitán cómo ellos estaban prestos y aparejados para entregar la ciudad pasado el término de los dos meses, y que por cuanto se temían según el largo camino que hay desde aquella ciudad á Francia, donde estaba el Rey D. Federico, dentro de aquel término no podían haber respuesta, le rogaban encarecidamente que apartando el rigor y sospecha que en su campo contra ellos había nascido, les difiriese el término de otros tres meses, dentro del cual creían sin ninguna duda que les vernía la respuesta del Rey D. Federico de lo que debían hacer; y que si dentro de este término no viniese, que ellos le prometían de le entregar la ciudad sin ninguna dilación y echar de ella al Duque. El Gran Capitán, que de natura era humanísimo é inclinado á otorgar cualquier partido que le demandasen, en especial habiéndolo con el Duque de Calabria, que no lo tenía por enemigo, tuvo por bueno de les prorrogar el término otros dos meses, con condición que pasados aquellos sin hacer innovación de cosa le entregasen la ciudad de Taranto. Quedando las cosas de Taranto en este estado, Próspero Colona y Fabricio Colona que hasta en aquel tiempo habían servido al Rey D. Federico con gran diligencia y fe, como vieron las cosas del reino de Nápoles del todo estar en el suelo, y que el Rey D. Federico su Rey y señor había sido despojado de su reino, y que á esta causa se pasó en Francia, determinaron de salirse de Iscla adonde á la sazón estaban, é ir á servir al Rey de España, por razón que ya habían mudado su voluntad; y si hasta entonces habían seguido al Rey de Francia, ya le aborrecían y tenían aquella nasción por enemiga capital, y por contrario amaban

á los españoles. Ansí pensaban, según la virtud del Gran Capitán, tornarse en su estado de que por los franceses habían sido despojados. Con esta determinación y voluntad Próspero Colona y Fabricio Colona se fueron á presentar al Gran Capitán, ofresciéndose por vasallos y servidores del Rey de España. Y el Gran Capitán teniendo noticia de la fe y constancia que aquellos caballeros tuvieron y mantuvieron al Rey D. Federico, y ansimismo el amor que ya tenían con las cosas de España, los rescibió muy bien y alegremente, estimándolos mucho por sus personas, y ansimismo ellos de ahí adelante hicieron en servicio de los Reyes de España cosas muy dignas de grande memoria, según que más adelante en la prosecución de la Crónica se relatará.

CAPÍTULO XXXIIII

De cómo el armada francesa se partió de Nápoles para ir á conquistar algunas tierras del Turco, y de lo que les acaesció.

A este mismo tiempo que el Gran Capitán estaba en Taranto, monsiur de Rabastayn, capitán general de la armada francesa, de nación flamenco, como llegase á la sazón en Nápoles y viese que la parte de su Rey era ya tomada, y que no era menester su ayuda, determinó de salir de allí é ir la vía de Levante para conquistar algunas tierras de los turcos en ayuda y favor de venecianos, cuya armada ansimesmo estaba en aquellas partes con semejante expedición. Y con esta voluntad movido monsiur de Rabastayn, salió con el armada de Nápoles, y pasando por el mar Jonio cerca de Taranto, fué á dar á una isla que llamaban Mitilene, adonde Benito Pesaro, proveedor de venecianos, se juntó con el armada francesa, y dende aquel lugar acordando entre sí en lo que debían hacer, salieron en tierra, y fueron á combatir una ciudad que se llamaba del mismo nombre Mitilene, donde como llegaron, dieron orden entre sí de cercarla. Venían en el armada francesa cuatro carracas gruesas, y diez y seis navíos y diez galeras, adonde iban cinco mil hombres y treinta piezas gruesas de artillería. Con este aparejo el coronel de los venecianos y monsiur de Rabastayn con su gente, asentaron su campo y artillería sobre aquella ciudad, dejando muy buena gente de guerra en las armadas. En esto micer Benito de Pesaro, proveedor de venecianos, fué avisado cómo el armada de turcos había de salir en breve de Lepanto en favor de aquella ciudad, y por esta razón dejó al capitán francés en aquel lugar, y por su teniente dejó á un caballero que llamaban micer Paulo, con solas tres galeras de gente y de artilleria bien proveídas, y se fué á la isla de Tenedo por esperar allí el armada del turco y dar aviso á los suyos á su tiempo. Y como el capitán francés vido ido al proveedor, porque toda la honra de la presa de aquella ciudad se atribuyese á él, y como son franceses de natura avaros, soberbios y codiciosos, dió orden con su gente de combatir la ciudad, del cual del teniente del proveedor fué muchas veces rogado difiriesen aquel combate hasta la venida de micer Benito, y que en ello rescibiría muy gran merced y gracia. Pero el capitán francés monsiur de Rabastayn, incitado de la codicia y ambición, creyendo que con poco trabajo se tomaría la ciudad, metiendo en orden toda su gente después de haber muy fuertemente batido la ciudad con su artillería, con la cual derribó un muy grande pedazo del muro, arremetió con su gente con muy mucho denuedo y fortaleza, á los cuales los turcos rescibieron muy bien no con menor ánimo y fortaleza de aquel con que fueron acometidos. Tenían los tnrcos por de dentro hechos muchos reparos, de manera que la ciudad se quedaba tan fuerte como de antes que el muro se derrocase, y de tal manera y con tanta presteza fué de los turcos la ciudad defendida, que muriendo de aquella vez muchos de la gente francesa y no pocos de los turcos, convino á monsiur de Rabastayn dejar el combate hallándose burlado de su mala esperanza, por lo cual mandó embarcar su gente, y quiso alzarse de aquella ciudad y partirse luego á Francia. En esto sobrevino Benedito Pesaro, de cuyos ruegos el capitán francés se hubo de quedar no más de para que con su gente estuviese cerca de la ciudad, y que no saliesen á ningún combate. Habíase sabido por algunos turcos de los que se habían captivado que dentro en la ciudad no había más de ciento y veinte turcos de guarnición y trecientos turcos de la misma ciudad. Por manera que de gente de guerra no había más de cuatrocientos y veinte hombres, de los cuales los trecientos eran renegados. Estuvieron algunos días los dos ejércitos sobre aquella ciudad, no de-

jando cada día de batir con mucha fortaleza el muro, del cual rescebían mucho daño, habiendo derrocado la artillería gran parte dél. En esto vino aviso al proveedor cómo venía una buena armada de turcos de socorro á la ciudad, por lo cual aconsejándose con monsiur de Rabastayn, determinó de irse con su armada en un lugar secreto, por manera que diesen sobre los enemigos antes qne fuesen de ellos sentidos. Y así se hizo, que viniendo á manos el armada veneciana y los turcos, el socorro de los turcos no hubo ningún efecto, porque unos fueron muertos y otros presos y los demás anegados. Algunos de ellos que se escaparon escondiéndose en algunos lugares desiertos de aquella isla, los venecianos tuvieron mejor lugar de tomar la ciudad. Y así un día micer Benedito Pesaro metiendo su gente dió una batalla en la ciudad muy sangrienta, porque los turcos defendiéndose muy fuertemente y los venecianos pugnando por los entrar, perdieron allí muchos sus vidas, y tanto hicieron los venecianos que dos veces por fuerza de armas subieron encima de los muros, y tantas veces los turcos los hicieron retirar, por manera que aquel día sin tomar la ciudad los venecianos se retiraron afuera; y en este medio vino una fusta del maestre de Rodas, la cual dió aviso á los capitanes de las dos armadas de cómo el Maestre venía con su armada á les ayudar, y por aquella razón les rogaba mucho que tuviesen cercada la ciudad hasta que llegasen. No poco placer cierto rescibieron desta vez el proveedor y el capitán francés, creyendo que de su socorro y venida no podría estar la ciudad sin ser tomada, y así se derminó monsiur de Rabastayn de esperar al Maestre. Pero como los franceses sean del todo mudables é inconstantes, que lo que una vez determinan de hacer luego se mudan de parescer, y así lo hizo éste, que sin consideración se levantó otro día con su armada dejando al proveedor de venecianos solo con su armada en aquel lugar, y fuese á una isla que llaman Achios, adonde estuvo algunos días. Después de los cuales queriendo ir en Nápoles, sucedió una tan gran tormenta yendo á la vela, que rompidas velas y jarcias, y hechos pedazos los mástiles, desparcidos los unos de los otros se perdieron todos los más vasos de la armada, y los que escaparon vinieron á dar en diversas partes de la Puglia y Calabria. De manera que quiso nuestro Señor maravillosamente demostrarnos que aquellos que habían rehusado el peligro y daño que les podía venir en defensión de su fe y nombre, no queriendo ayudar á los venecianos, no se pudiesen guarecer de pasar el peligro de la mar, debajo de cuyo poder y mando son todas las cosas. Finalmente, viniendo en aquellas partes de Puglia y de Calabria, el Gran Capitán ya tenía muchas de aquellas tierras de las dos provincias sometidas debajo de la Corona del Rey de España. No teniendo en la memoria la enemistad que con él tenían los franceses, y lo que agora de refresco contra el servicio de su Rey intentaban de hacer en los lugares y castillos de Basilicata y Capitanata, envió en todas aquellas villas y puertos adonde los franceses habían llegado tan mal parados mensajeros, rogándoles que les hiciesen muy buen rescebimiento, y los tratasen como á su misma persona lo harían, porque aquello sería servicio de su Rey y de su señor. Y junto con esto, á monsiur de Rabastayn, que era capitán general de la armada francesa y muy buen caballero, le envió un presente de setenta caballos y muchos brocados y sedas y otras cosas, y telas de lienzo para su vestido y aderezo de su persona y de los suyos. Envióle asimismo gran copia de dinero para su gasto, porque venían en su compañía el señor Estuardo Duque de Albania y otros principales franceses. Envióle junto con esto muy buena copia de caballeros y hijosdalgo que le acompañasen hasta le poner en el lugar donde fuese más su voluntad. Y monsiur de Rabastayn lo rescibió siendo de aquel hecho del Gran Capitán muy pagado, teniendo en mucho su humanidad y clemencia, y agradesciéndole la cortesía y buen tratamiento que en el halló, se fué á Nápoles, adonde dando muchas dádivas y otros dones á los caballeros que le acompañaron, se despidió de ellos, enviándolos al Gran Capitáh, confesando no ser en cosa alguna igual al Gran Capitán, porque poco antes movido de la codicia de la gloria, persuadido para ello de venecianos, había navegado contra turcos á fin que tomada la isla de Mitilene, como ciudad é isla más noble, sobrepujase en la honra al Gran Capitán, el cual felizmente había adquirido ganando la Chalafonia; pero aquella conquista de Mitilene fué con más temeridad que con valeroso esfuerzo de franceses emprendida, y así tuvo muy deshonrado fin. No faltaron soldados es-

pañoles que teniendo grande envidia de aquellas dádivas hechas á los franceses, que por las tiendas y públicas conversaciones decían que el Gran Capitan con real mano derramaba las riquezas con los extranjeros, que fuera más justo proveer á la necesidad de sus soldados, así como aquellos que se les debían pagas de muchos meses; por donde la envidia de aquella malvada furia prendió de tal manera los ánimos de los enojados soldados, que todos de una voluntad y súbito consentimiento se amotinaron, y tocando al arma se metieron en orden y comenzaron á demandar al Gran Capitán sus pagas. Había pasado tan adelante este furor, que estando el Gran Capitán desarmado, le metieron las picas en los pechos, y ninguna cosa tanto le defendió en tan crecido peligro cuanto su maravillosa constancia y majestad de sus palabras, porque un soldado privado que con terrible vista le amenazaba con la punta de la pica, le metió la mano debajo de ella y con un rostro apacible medio riendo le dijo: «Levanta para arriba esta punta, necio, que burlando no me pases de parte á parte». Decía esto con tanta alegría como si aquel soldado que con el enojo apretaba los dientes se estuviera burlando. Fué allende de esto increpado con vituperio y feísimas palabras; porque excusándose de le haber tardado la paga y jurando cómo se hallaba en extrema necesidad de dineros, un capitán vizcaíno, llamado Isciar, le respondió soberbiosamente diciéndole: «Si tú no tienes dineros, mete á tus hijas en el burdel». De la cual palabra, aunque por entonces no mostrase ningún sentimiento en su persona de haber tomado enojo por ello, pero llególe á lo intrínsico del corazón, porque habiéndose asosegado aquel motín con ciertos prometimientos de dineros, la noche siguiente mandó ahorcar á Isciar de una ventana abajo, adonde el ejército le podía ver. Donde el Gran Capitán con aquella severidad cobró no solamente su autoridad y reputación, la cual el reciente motín de los soldados había escurecido, pero en lo de porvenir con aquella terribilidad del súbito castigo átemorizó á los sediciosos soldados, que de allí adelante no tuvieron atrevimiento de ofenderle. Pues mirad, ó franceses, la clemencia y humanidad de los pasados romanos, por cuyo ejemplo debemos todos vivir. No ha tenido como fuerza para poner alguna en vosotros, á lo menos fingida, pues propria no la teníades según vuestra soberbia. Esta liberalidad debiera bastar para convertir vuestro duro corazón, pues que con vosotros siendo sus enemigos este excelente capitán usó, para que vuestra naturaleza pusiésedes en la imitación de éste y hiciésedes trueco de costumbre mudando vuestra inhumanidad y clemencia, que son dos cosas las más preciadas que en un caballero se pueden hallar, porque no os inclináis á serle gratos de tan grande beneficio. Pero como los franceses tuviesen ya gana de romper con los españoles, disimularon esta virtud por dar lugar á su condición, y con esto no dejaban de se extender ocupando siempre las villas y lugares, no sólo sobre aquellos que tenían duda, pero los que verdaderamente sabían pertenescer al Rey de España.

CAPITULO XXXV

De cómo los franceses intentaron por manera y arte de haber en su poder el castillo de Manfredonia, y de cómo el Gran Capitán envió sus gentes y le tomaron juntamente con la villa.

Pues como el Gran Capitán hubiese prometido en el motin pasado dar paga á sus soldados, y como no tuviese orden ninguna de ser de presente proveído de dineros, estando en grande perplejidad con gana de cumplir su palabra, la fortuna que en las cosas difíciles jamás le desamparó, le socorrió de tal manera que en un punto le enriquesció con la mercancía de una nave de Génova, la cual navegando para Levante había venido al golfo de Taranto. El cual mandó á Pricio, capitán, que con las galeras de Lezcano la rodease y la metiese á saco estando la nave bien descuidada de semejante rebato. Mandó el Gran Capitán hacer esto por algunas causas justas que á ello le movían, y señaladamente porque llevaba hierro á los turcos. Estimóse el valor de la nao en más de cien mil ducados, aunque esto hizo hacer el Gran Capitán compelido de la gran necesidad; pero decía que un capitán general, á tuerto ó á derecho, siempre había de procurar de vencer, aunque fuese con daño de algunos inocentes, porque ganada la victoria, los daños que se habían hecho á los miserables pobretes después se podía recompensar con mucha cortesía y cumplimiento. Pues en este tiempo los franceses, que no se olvidaban en sus co-

sas, llevándolas mal gobernadas y no fundadas sobre buen cimiento, comenzaron de nuevo á tramar con el castellano de Manfredonia persuadiéndole que les entregase á ellos aquella villa y castillo, y prometiéndole por esta razón muchas dádivas y diciéndole que si él quería que ellos la tendrían por el Rey D. Federico y ni más ni menos como hasta entonces había sido por él tenido, y que en aquello ellos servían al Rey D. Federico, del cual tenían sus letras y su signo y comisión bastante para tener aquel castillo en su nombre, el cual se temía de perder por ser muy fuerte y le pesaría en gran manera que viniese á manos y poder de españoles. Y ansí le enviaron al castellano para que diese más fe de lo que decían ciertos contrasignos y falsos seguros, lo cuál obró tanto que el capitán se determinó de entregar el castillo á los franceses. Pero esto no se pudo hacer tan secreto ni tan presto que el capitán Pedro de Paz, que estaba sobre aquel castillo, no lo sintiese; el cuál con mucha presteza luego avisó al Gran Capitán de todo lo que se trataba entre los franceses y el castellano de Manfredonia. Demandóle le enviase luego gente de socorro para combatir el castillo, porque de aquella manera vernía el castillo antes á su poder que no dilatando el cerco. El Gran Capitán Gonzalo Fernández de Aguilar y de Córdoba, que muy bién conoscio en lo que aquellos movimientos habían de parar, determinó de socorrer al capitán Pedro de Paz con gente. Y con esto ordenó á D. Diego de Mendoza para que fuese á Manfredonia, al cual dió cien hombres de armas, y á Diego García de Paredes, y á Pedro Navarro; y á Pedro Pizarro envió con dos mil infantes, y á Diego de Vera capitán del artillería envió con diez piezas entre cañones gruesos y falconetes, y con esta orden y comisión del Gran Capitán los sobredichos capitanes y gente se partieron la vía de Manfredonia con voluntad de luego como llegasen dar el combate al castillo. Y partidos de Taranto para Manfredonia á veinte y tres dias del mes de Febrero de mil y quinientos y tres años, llegaron primero día de Marzo del mesmo año, y luego comenzaron á dar asiento al artillería contra el castillo, y aposentar la gente en los lugares más convenientes que les paresció, y sin ningún detenimiento comenzaron á batir con el artillería el castillo, el cual se batió con mucha fortaleza tres días continuos, de que se hizo mucho daño en el castillo y aún á la gente que á la defensa estaba. En esto teniendo los capitanes españoles la gente aderezada para dar la batalla, el capitán de Manfredonia, desconfiando de socorro y viendo cómo los franceses se tardaban en venir á rescibir el castillo por el Rey D. Federico según que estaba acordado, determinó de se dar á los españoles debajo de partido, el cuál fué que le dejasen sacar su mujer é hijos, y los bienes que tenía junto con la gente de dentro, de manera que no rescibiesen daño alguno, y que les entregaría el castillo. De esto fué avisado el Gran Capitán, el cual luego envió á mandar que sin ningún detenimiento le recibiesen debajo de aquellas condiciones que el castellano ofrecía. Pues queriéndoles dar el castillo, acontesció que una noche, como el castellano hubiese hecho concierto con los franceses, según dicho es, de les dar el castillo para que en nombre del Rey D. Federico lo rescibiesen, vino por esta razón un locotenente de monsiur de Alegre que llamában Fonte Ralas á se meter dentro del castillo, el cual partido de Ronda en un bergantín con solos veinte hombres, creyendo que no hubiesen venido españoles sobre Manfredonia se fué muy descuidado á meter dentro en el castillo; y como las guardas de españoles lo sintieron, vinieron sobre Fonte Ralas y la gente que llevaba, y prendiéronlos á todos, lo cual fué causa que el castellano otro día siguiente entregase el castillo á los españoles debajo de las condiciones y seguros que contado ha la crónica. Y dando aquel castillo al Gran Capitán, dióle en tenencia á mosén Rocas, y quedando del todo seguro el lugar por el Rey de España, D. Diego de Mendoza con los otros capitanes se partieron de allí por comisión del Gran Capitán y se fueron cada uno de ellos á aposentar á los lugares siguientes y tierras comarcanas de Manfredonia. Primeramente quedó el capitán Pedro Navarro en guarnición de Manfredonia con cuatrocientos infantes, y D. Diego de Mendoza con ciento y cincuenta hombres de armas y cuatrocientos infantes se fué á Nochera; y en Santanger y en Esquitela se aposentó Diego García de Paredes con seisientos infantes, y en Isoja el prior de Mecina con cien caballos ligeros y quinientos infantes. Y se estuvieron los capitanes y gente de armas é infantes hasta tanto que vino la respuesta de los Reyes sobre la duda de aquellas tierras.

CAPÍTULO XXXVI

De cómo vino la respuesta de los Reyes de España y Francia, y del lugar que asignó para la determinación de ella.

Pasando la cosas de entre los españoles y franceses en la manera sobredicha, deseando el Gran Capitán que aquellas diferencias se determinasen antes por paz y amigablemente que no por guerra y enemistad, vino la definitiva respuesta de los Reyes de España y Francia, la cual fué de esta manera: que por cuanto convenía mucho al estado del reino de Nápoles, y á la pacificación dél, y de ello rescibían servicio los Reyes de España y Francia, les mandaba que amigablemente españoles y franceses partiesen entre sí aquellas dos provincias de Basilicata y Capitanata, sobre que tenían diferencias. Para lo cual ellos enviaban personas tales para que conforme á justicia y conciencia harían la partición. Envió el Rey de España para este efecto un caballero y doctor que se llamaba micer Tomás Malferit, hombre de muy buen consejo y temeroso de su conciencia, á quien con razón justa el Rey de España cometió aquel hecho. Y el Rey de Francia ansimismo envió de su parte un buen caballero á quien hizo Visorrey de Nápoles, que llamaban monsiur de Nemos [*Nemours*], varón de mucha virtud y fortaleza, que en estos rebatos y guerra mostró bien su gran corazón y ánimo, según que abajo se dirá, el cual por no ser letrado cometió en la disfinición de aquel caso todas sus veces á un doctor que llamaban micer Julio Escrociato. Con los cuales doctores se juntaban doce caballeros de una parte y doce de la otra, para que entre ellos se determinase con más facilidad y menos diferencia. Pues estando las cosas en esta orden puestas, el Visorrey monsiur de Nemos hizo saber al Gran Capitán su venida y la comisión que traía del Rey de Francia. El Gran Capitán á la sazón estaba sobre Taranto, y de allí envió su embajador para concertar con él lugar y día, dónde y cuándo se habían de juntar para averiguar la diferencia de aquellas tierras, y el embajador llevó respuesta al Visorrey para que se viesen los unos en Melfa y los otros en Atela, y que desde aquellos lugares se comunicaría aquel negocio, y se averiguaría del todo por los doctores y caballeros aquellas diferencias. Con esta respuesta del Visorrey y del Gran Capitán comenzaron á dar orden en su partida para Atela, que era el lugar do había de estar con su gente el Gran Capitán, en el cual tiempo de los tres meses que el Gran Capitán había dado al Duque de Calabria para que le entregase la ciudad y castillo de Taranto, ya habían corrido y pasado. A cuya causa antes que el Gran Capitán se partiese de sobre la ciudad, sin esperar más dilaciones, el Duque entregó la ciudad al Gran Capitán, y envió al Duque de Calabria á Bitonto con cien caballeros de guarda, con quien iba un caballero que tenía cargo dél, por mandado del Gran Capitán, que llamaban Luis de Herrera, adonde había de estar entretanto que aquella diferencia se determinase entre españoles y franceses. Y luego el Gran Capitán determinó de alojar toda la gente suya por aquellos lugares comarcanos, y él con solos cuatrocientos caballos se partió de Taranto la vía de Atela, adonde había de atender para tratar con el Visorrey, que estaba en Melfa, el lugar adonde se había de ver, el día y la hora. Ordenóse que la vista del lugar fuese entre los dos pueblos, para lo cual había muy buen aparejo, por razón que entre Melfa y Atela está una hermita que llaman San Antón. En aquella iglesia concertaron de se ver. Un día que fué el primero de su vista, el Gran Capitán, doctor y caballeros de su parte y el Visorrey y doctor y caballeros de la suya vinieron á aquel lugar de ia hermita de San Antón, los cuales de aquella vez no hicieron otra cosa salvo cometer cada cual la declaración de aquella diferencia en manos de los doctores y caballeros señalados. Quedando este negocio por vía de compromiso en quien lo había de determinar, según dicho es, el Gran Capitán y monsiur de Nemos con sus gentes se tornaron á sus aposentos.

Grandes fueron las fiestas y placeres que aquel día pasaron entre españoles y franceses, creyendo que del todo se habían de apaciguar aquellas diferencias; pero de otra suerte sucedió, como abajo se dirá.

CAPÍTULO XXXVII

De lo que los doctores y caballeros en quien estaba comprometida la duda de las dos provincias hicieron, y de lo que pasó en una villa que llaman Tripalda.

Los doctores y caballeros en cuyas manos estaba aquella duda de Basilicata y Capita-

nata, para haber de determinar aquella diferencia, cada día entraban en consistorio, por manera que tardaron doce días en la definición de aquella causa. Dentro de los cuales el Visorrey y el Gran Capitán se tornaron á ver en la hermita de San Antón, y los doctores queriendo dar la sentencia en la averiguación de aquella diferencia, juntáronse otro día todos en la dicha hermita, adonde habiendo sentenciado y determinado aquel negocio, y queriendo partir las dichas tierras conforme á justicia y derecho, los Príncipes de Salerno, de Melfa y Vesiñano, que ya se habían vuelto á la parte francesa, metieron tal discordia en ello que favoreciendo la parte de Francia casi hubieron de venir franceses y españoles á las manos, por lo cual quedando de aquella vez del todo discordes españoles y franceses, se tornaron los capitanes y caballeros y gente de guerra á sus aposentos. Pero como la dañada voluntad de franceses no se pudiese encubrir, y ansimismo les durase el deseo de usurpar aquellas provincias y meterlas en la parte de su Rey, un día después de aquella discordia fué el Gran Capitán avisado cómo venían cincuenta hombres de armas y cincuenta archeros á se meter en la villa que llaman Tripalda, por lo cual con mucha diligencia el Gran Capitán envió al capitán Escalada con trescientos infantes para que con aquella gente se metiese en la tierra primero que los franceses allegasen. Luego el capitán Escalada movió con aquella gente la vía de la Tripalda un día, diez días andados del mes de Junio del sobredicho año de mil y quinientos y tres. Pero este capitán se detuvo tanto en el camino por impedimentos que le sucedieron, que cuando llegaron á la Tripalda ya los franceses estaban dentro, á los cuales los de la villa habían rescebido so color de las dos banderas que tenían, por donde podían recibir ansí españoles como franceses, y debajo de este color los franceses ocupaban y habían ocupado algunas villas de aquellas dos provincias de Basilicata y Capitanata. El capitán Escalada viendo que los franceses estaban dentro y que no los dejaban entrar, hizo requerimiento á los de la villa, diciendo que por cuanto aún no estaba determinada la duda y diferencia que acerca de aquellas tierras entre españoles y franceses había, él traía una patente comisión, de la cual hacía una presentación para que le acogiesen á él y á su gente dentro, y les requería pacíficamente los acogiesen en la villa, donde no que él haría de manera que entraría con daño y perjuicio de los franceses que estaban dentro. Dando por ninguna la comisión y patente que llevaba del Gran Capitán, no les quisieron dar entrada en la villa, de lo cual muy enojado el capitán Escalada procuró de intentar con armas lo que por paz y buenas palabras no pudo acabar, y con esta voluntad comenzó de meter en orden su gente para combatir la villa. Pero los de la Tripalda temiéndose del daño que de aquel hecho les podría venir si á manos viniesen españoles y franceses, ansimismo considerando que por las dos banderas de España y Francia que ellos tenían podían acoger así á los unos como á los otros, hablaron con los franceses diciéndoles la gran sinrazón que les hacían á los españoles en les perturbar la entrada, y que por esta causa ellos determinaban, por quitar las revueltas y ansimismo por evitar el daño que á la villa le podría venir, de les abrir las puertas, pues que con derecho lo podían y debían hacer; y que ellos viesen lo que determinaban hacer en aquel caso, que aquella era su postrera y última voluntad. Los franceses viendo á los de la Tripalda muy aparejados de rescebir en la villa á los españoles y viendo que ellos eran pocos para se oponer contra los españoles, y ansimismo considerando que si quisiesen intentar á les estorbar la entrada tenían al enemigo doméstico que eran los de la Tripalda, los cuales eran de contraria voluntad, determinaron de salirse de la villa, y ansí lo hicieron, que un día antes que fuese claro se salieron por una parte contraria á los españoles y fuéronse á Avelino y á Monte Fosculo, y luego los de la Tripalda abrieron las puertas á los españoles, y entráronse dentro con la voluntad y amor de los de la villa, y allí estuvieron muchos días, dentro de los cuales los franceses de Avelino y Monte Fosculo cada día salían y venian á correr la Tripalda, y los españoles asimismo los salían á recibir; y junto á una iglesia que está dos tiros de ballesta de la Tripalda, que llaman San Lázaro, allí se encontraban unos con otros, adonde de una parte y de la otra siempre había muertos y heridos. Este fué principio de los franceses no poco deseado, por razón que de allí adelante pensaban dar mejor fin en aquellos hechos poniéndole á esta causa en condición de las armas.

CAPÍTULO XXXVIII

De cómo después de ser rompida la paz entre españoles y franceses se allegó mucha gente de una parte y de otra, y lo que le acaesció á un capitán español en una villa que llaman Montelone.

Después que, según dicho es, por la discordia que los Príncipes de Melfa, Salerno y Vesiñano encendieron entre los doctores y caballeros, favoreciendo el partido de los franceses, no teniendo en la memoria el gran beneficio que pocos días antes habían del Gran Capitán recebido, en les haber restituído en sus estados que por el Rey D. Federico les habían sido quitados, quedando como quedaron de ahí adelante franceses y españoles metidos en toda discordia y enemistad, cada cual por su parte procurando lo que más les convenía. Y desta manera, como los franceses fuesen, según dicho es, echados de la Tripalda adonde españoles se iban á aposentar, y se hubiesen los franceses ido á los lugares vecinos, como era Monte Fosculo y Avelino, no cesaban cada día de se afrontar con escaramuzas y correrías los unos y los otros, defendiéndose los españoles en la Tripalda con muy grande ánimo y fortaleza. Y por esta razón viendo los franceses que de ahí adelante con causa más justa podían tener á los españoles por enemigos, lo uno porque de la lid y diferencia de aquellas tierras de Basilicata y Capitanata no había habido averiguación ninguna, antes habían quedado más discordes que de antes, y ansimismo por lo que en la Tripalda habían pasado y pasaban cada día, lo cual todo declinaba antes á guerra y odio que no á amor y conservación de treguas y confederaciones que entre los Reyes había, por lo cual monsiur de Aubegni, que era uno de los generales del ejército francés, con mucha diligencia recogió todos los franceses que estaban aposentados por aquella comarca, y metióse con ellos por aquellos lugares de Avelino y Monte Fosculo para destruir del todo á los españoles que estaban en la Tripalda, y con voluntad de les ir á combatir aquel lugar y de lo sacar por fuerza de armas de su poder. En esto el Gran Capitán con todo su poder procuró de terminar aquella diferencia por paz, viendo la poca razón de franceses, y conosciendo cuán amigos eran de seguir su injusta y dañada voluntad, más que no á ponerse en lo que según derecho y justicia debían seguir. Determinó él de su parte mostrar defensión sin tener voluntad ninguna de ser principio de ofender los franceses. Y con esto viendo la gente que en Monte Fosculo y Avelino se habían recogido de la parte francesa, por orden de monsiur de Aubegni, y conjeturando que su intención era destruir á los españoles que estaban en la Tripalda, hizo recoger toda la gente que estaba aposentada por aquella comarca, y mandóla que se fuese á meter en la Tripalda, y que estuviesen en aquel lugar, no para otro efecto, salvo para se defender, si los franceses viniesen contra ellos, y que no viniendo no hiciesen al, salvo estarse quedos. Con esta orden y decreto del Gran Capitán los españoles que estaban distribuídos y aposentados por aquella comarca, se comenzaron á recoger y venir unos y otros á se meter en la Tripalda, entre los cuales viniendo un día el capitán Villalva con su gente á se meter en la Tripalda hubo de pasar por un lugar que se llama Montelone, y queriendo entrar dentro á se aposentar con su gente, los de Montelone cerraron las puertas; de lo cual muy enojado el capitán Villalva cometió el hecho á las armas, pues por bien no pudo alcanzar nada. Y dando orden en el combate de la villa, viendo los de Montelone el daño que de contradecirles la entrada á los españoles se les podía seguir, entendiendo la determinada voluntad de se querer meter en la villa por fuerza, tuvieron por bueno de abrir las puertas y de los rescebir dentro, y de esta manera entrando los españoles en Montelone se aposentaron contra la voluntad de los de la villa. Los franceses que estaban en Monte Fosculo habían sido primero avisados de los de Montelone cómo los españoles querían por fuerza aposentarse en aquella villa, y luego con mucha diligencia enviaron sesenta hombres de armas y cincuenta ballesteros para que se metiesen en Montelone y no dejasen entrar á los españoles dentro. Pero como ya los españoles estuviesen en Montelone, no tuvieron lugar los franceses de entrar dentro como quisieran, y como los franceses llegaron al burgo, todos los ballesteros se apearon de sus caballos con sus ballestas armadas y se fueron á la villa adonde los españoles estaban, y ansimismo la gente de armas se fué tras los ballesteros dejando todos sus caballos en el burgo, y como

allegaron junto á la puerta de la villa comenzaron los ballesteros á tirar á los españoles que estaban en la defensa de la puerta. Como vieron tirar, todos salieron de tropel y cargaron de recio en los franceses, y de tal manera se revolvieron con ellos que en poco espacio fueron todos los ballesteros desbaratados, siendo de ellos muertos tres franceses y heridos muchos, y de los españoles murió sólo un soldado de una saeta y hubo algunos heridos. La gente de armas que habían ansimismo descabalgado, viendo venir á los ballesteros de rota, tomaron atrás, y los que pudieron tornaron á cabalgar y los otros perdían sus caballos juntamente con sus personas, por razón que por la gran priesa que los españoles les daban no podían ansí libremente cabalgar; de cuya causa les convino perder en aquel rebato veinte caballos, y fueron algunos dellos presos, y los demás que escaparse pudieron se tornaron á Avelino y los españoles á Montelone, adonde estuvieron aquella noche, y otro día de mañana se partieron de allí y se fueron á la Tripalda, adonde se recogió toda la otra gente española, según que el Gran Capitán lo había mandado y ordenado.

CAPÍTULO XXXIX

De cómo los franceses salieron de Avelino y se emboscaron junto á la Tripalda, y de lo que se hizo en aquel día.

Después que fueron desbaratados los franceses en aquel lugar de Montelone, según dicho es, viendo cómo cada día venían españoles á meterse en Tripalda, y no podían saber el número de la gente que dentro estaba, porque según la voluntad de monsiur de Aubegni quisiera mucho tomar aquella villa á los españoles y destruirlos á todos dentro, sin qne quedase hombre á vida, por esta razón determinó un día de enviar gente para ver si podría tomar lengua de la gente que dentro estaba, tomando algún español en prisión. Y ansí un día salieron de Avelino cien hombres de armas, y docientos archeros, y docientos infantes, y fuéronse lo más encubiertamente que pudieron hasta llegar junto á la hermita de San Lázaro, que está, según dicho es, dos tiros de ballesta de la Tripalda. Y como allí llegaron, todos se metieron en una emboscada, y enviaron solos veinte caballos ligeros para que corriesen hasta la Tripalda, y los convidasen á querer salir, con pensar que no era más gente. Con esta orden los caballos llegaron hasta junto á los muros de la Tripalda, y los españoles que bien barruntaron aquel ardid de guerra de los franceses, salieron contra ellos ochocientos infantes y los llevaron hasta los meter por la emboscada de los otros franceses que habían quedado junto á San Lázaro, y luego se descubrieron todos y comenzaron á se mezclar con los españoles con mucha fortaleza, y así los unos como los otros procurando de se hacer el mayor daño que podían, hiriéndose por todas partes con grande ánimo y voluntad, y lo que ayudó aquel día á los infantes españoles que no rescibiesen mayor daño, fué que los caballos franceses se aprovechaban muy poco, por razón que todo el tiempo que pelearon, que fué más de una hora, no salieron de entre unas calles de viñas que hay en aquel lugar; de cuya causa los españoles se aprovechaban más de los caballos franceses y gente de armas que no ellos de los españoles. Finalmente, después de haber una hora peleado, viendo los franceses el grande inconveniente que les era la incomodidad del lugar, se comenzaron á retraer á Avelino, habiendo de aquella vez algunos muertos de la una parte y de la otra, y muchos heridos, y otros presos. Y otro día siguiente después de esto, acaesció que viniendo á la Tripalda dos capitanes españoles, al uno llamaban Martín Gómez y al otro Muñoz, y traían cuatrocientos infantes, fué menester aposentarse en una villa que llaman Altavilla; y como los franceses que estaban en Avelino y en Monte Fosculo supiesen su venida, determinaron de los salir al encuentro, y estorbarles el aposento, no los dejando entrar en Altavilla; y así salieron de Avelino y de Monte Fosculo cien hombres de armas y cien archeros y algunos infantes, los cuales como llegasen junto á la villa para se meter dentro y estorbar la entrada á los españoles, los franceses como los vieron arremetieron de recio entre unas calles de viñas, y alli pelearon los unos y los otros una pieza, y de los franceses hubo cien hombres muertos, adonde murió un capitán francés que llamaban monsiur de Cornato, y de los españoles murió sólo un soldado; y después siendo los franceses desbaratados les convino volver las espaldas é irse á

Avelino y á Monte Fosculo, á los cuales los españoles siguieron más de dos tiros de ballesta, y en aquel alcance murieron algunos franceses, y prendieron otros, y tomáronles cinco caballos, y al fin no los queriendo más seguir los españoles, se tornaron á Altavilla, adonde se aposentaron aquella noche, y luego otro día siguiente saliendo de Altavilla se fueron á meter en la Tripalda con la otra gente española.

CAPÍTULO XL

De cómo monsiur de Aubegni vino á poner cerco sobre la Tripalda, y lo que pasó en aquel día abajo se dirá.

Pasando estas cosas entre españoles y franceses en la Tripalda, monsiur de Nemos, que era Visorrey de Nápoles, como hubiese tanta turbación entre su gente y españoles, fué avisado del gran daño que cada día rescibían los que estaban en Avelino y en Monte Fosculo en todos sus acometimientos, envió á monsiur de Aubegni su mandado para que con toda la más gente que pudiese recoger fuese en Monte Fosculo y en Avelino, y de allí hiciese guerra á los españoles que estaban en la Tripalda. El cual capitán con esta orden recogió bien dos mil infantes, y hasta cuatrocientos hombres de armas, y quinientos caballos ligeros; y fuese con esta gente á Avelino, desde donde cada día molestaban con escaramuzas y correrías los españoles que estaban en la Tripalda. El Gran Capitán, que en todo era advertido y de gran virtud, siempre procuró de se justificar con los franceses, y de los ofrecer la paz y buena concordia entre ellos, queriendo antes perder su derecho que no que su Rey y señor pensase que dél nacía el acometimiento de las afrentas y diferencias contra los franceses. Y como ya viese aquel negocio ir muy de rota, y que ya los franceses procuraban de no sólo ocupar aquellas tierras de Basilicata y Capitanata, pero también le querían tomar la parte que á su Rey tocaba, determinó de no se mostrar tan blando, pues que de ello se podría esperar la pérdida de la parte de su Rey. Y por esta razón viendo asimismo que monsiur de Aubegni en persona estaba en Avelino con comisión del Visorrey de Nápoles para dar guerra á los españoles que estaban en la Tripalda, temiendo de no perder aquella villa, envió á Gómez de Solís y á otros capitanes con hasta mil y quinientos infantes para que se metiesen con aquella gente en la Tripalda y allí esperasen lo que monsiur de Aubegni quisiese hacer. No dejaba monsiur de Aubegni de enviar cada día gente de Avelino y de Monte Fosculo á correr la Tripalda, adonde junto á la hermita de San Lázaro españoles y franceses se hacían mucho daño, habiendo cada día muertos y heridos de una y de otra parte. Pues estando las cosas en este estado, un día que era sábado, diez y ocho días del mes de Junio del año sobredicho, monsiur de Aubegni, deseoso de romper con los españoles, salió de Avelino con toda su gente de armas é infantería y con catorce piezas de artillería, y vino á poner cerco sobre la Tripalda, con pensamiento de aquella vez la tomar á los españoles por fuerza de armas. Pero los españoles que dentro de la villa y arrabales estaban aposentados, siendo avisados cómo monsiur de Aubegni en persona venía sobre ellos, y del aparejo que traía de guerra, todos se recogieron en muy buena orden, y saliéronle á rescibir fuera buen rato de la villa, en el camino adonde los franceses se encontraron con los españoles, y allí todos se mezclaron y trabaron entre sí una muy reñida escaramuza. Y acaesció que andando de esta manera revueltos españoles y franceses, descubrieron por la montaña á las espaldas de la Tripalda una gran copia de gente española, creyendo que eran franceses que les venían á tomar las espaldas, dejando la batalla se comenzaron lo mejor que pudieron á retraer hacia la villa. Entonces como los franceses vieron cómo los españoles se retiraban, cargaron más de recio sobre ellos, y matando é hiriendo en ellos los siguieron hasta entrar con ellos por las puertas del arrabal. Murieron de este retirar veinte españoles, y fueron muchos heridos. Pero no quedó en esto aquel hecho, por razón que como la gente que venía por la montaña se descubriese más claramente, reconosciese que era un caballero del ejército español, que llamaban el Duque de Terms, el cual venía con cien hombres de armas, y el capitán Pedro Navarro con los cuatrocientos infantes que tenía en Manfredonia y se venía á meter en la Tripalda. De cuya causa los españoles se afirmaron y tornaron á dar vuelta en los franceses, y como asimismo los franceses reconosciesen que la

gente que venía por la montaña era española, tornáronse retirando, pesándoles en gran manera, por se haber metido tanto en los españoles, los llevaron matando é hiriendo en ellos más de media milla, adonde murieron cuarenta de los franceses y fueron heridos más de doscientos de ellos, y ciertamente los franceses recibieron en aquel día mucho daño, sino que vino en el mayor rebato y priesa en que estaban gran tempestad de agua y en tanta abundancia que los franceses ni se pudieron aprovechar del artillería, ni los españoles tuvieron lugar de acabar aquel vencimiento, el cual sin duda ninguna alcanzaran con grande honra suya y daño universal de los franceses, sino por la gran tempestad que vino á deshora. Era tan grande la priesa con que los franceses iban huyendo, que desmamparaban del todo el artillería, y convino á monsiur de Aubegni, que muy buen caballero era, viendo ir tan de rota su gente, y que del todo se perderían, á pesar de su caballo, y con la espada en la mano, á grandes voces los amenazaba para que se refirmasen y no desamparasen el campo. Entonces los franceses, como vieron á su capitán á pie, constreñidos de vergüenza se detuvieron algún tanto; pero en conclusión fué tan recia el agua y revuelta de tanto granizo que sobrevino, que cresciendo cada rato más les convino á los españoles despartirse de aquel seguimiento y alcance tan vitorioso, como de aquella vez hubieran en los franceses, y así mal parados y rotos se tornaron á Avelino, y los españoles á muy gran priesa, por la tempestuosa agua que caía, se tornaron á la Tripalda.

CAPÍTULO XLI

De cómo tres capitanes franceses se juntaron en Troya con su gente y fueron contra Nochera, adonde D. Diego de Mendoza y Pizarro estaban con su gente aposentados, y lo que les acaesció.

Ya estaban españoles y franceses determinados y puestos en ofenderse, en especial los franceses, que no pensaban en otra cosa salvo en dañar con todo su poder á los españoles. Por lo cual monsiur de Alegre, y monsiur de Formento, y monsiur Pocodinare, capitanes franceses todos tres, se juntaron en un lugar de las provincias de Basilicata y Capitanata que llaman Troya, para ir contra otra villa de aquellas provincias que llamaban Nochera, adonde D. Diego de Mendoza, D. Iñigo López de Ayala y el capitán Pizarro estaban aposentados con ciento y cincuenta hombres de armas y trescientos infantes, y los sobredichos capitanes franceses, puesta en orden su gente y dado consejo y parescer en lo que se debía hacer, salieron de Troya y fuéronse la vía de Nochera, y como allegaron hasta dos millas de aquella villa, emboscáronse en un lugar bien encubierto y desde allí enviaron cien caballos ligeros á correr la tierra, y también para combatir á los españoles que saliesen contra ellos, para que hubiese efecto su celada. D. Diego de Mendoza y los otros capitanes, como sintieron que gente francesa les corría la tierra, enviaron hasta veinte caballos ligeros para tomar lengua del número de la gente que venía, y ellos con toda la otra gente de armas se pusieron junto á la puerta de la villa aparejados para salir cuando fuese menester. En esto como los corredores españoles llegaron bien cerca de los otros corredores que venían de los franceses, reconociendo la emboscada los españoles lo mejor que pudieron se comenzaron á retirar hacia la villa para dar aviso á D. Diego de Mendoza de la emboscada que habían descubierto, y los corredores franceses viendo que ya los españoles habían visto la emboscada de ellos, entendiendo que darían aviso en Nochera, procuraron con mucha diligencia de tomarlos á todos, y ansí los llevaron escaramuzando hasta bien cerca de la villa. Monsiur de Alegre y los otros capitanes franceses, viendo que eran sentidos de los españoles y que ya no podrían dar el fin que deseaban en aquel hecho, salieron de la emboscada y comenzaron de seguir los corredores suyos que tras los corredores españoles iban, y ya en esto D. Diego de Mendoza había sido avisado de la emboscada de los franceses, por lo cual luego movió del lugar con presteza adonde estaba y arremetió contra los corredores franceses, y revuelto con ellos se trabó una recia y bien reñida escaramuza, el cual ansí de la una parte como de la otra murió alguna gente y fueron algunos heridos. Pero como estando en el calor de aquella pelea llegase monsiur de Alegre con los otros franceses de la emboscada, no se pudieron sufrir, porque eran pocos y el número de los franceses grande, de cuya causa D. Diego de Mendoza con

los caballos se comenzaron á retraer hacia la villa, y los franceses los siguieron hasta los meter por las puertas de Nochera, adonde en aquel seguimiento los franceses mataron é hirieron algunos españoles. En esta priesa el capitán Pizarro, como vido los caballos españoles venir todos de caída á se meter en Nochera, saltó con sus infantes y dió de recio en los franceses, los cuales como vieron el socorro que les venía á los caballos españoles dejáronlos de seguir, y con muy buena orden se comenzaron á retraer camino de Troya, de donde habían salido, y los españoles con algún daño que en aquel día rescibieron se volvieron á Nochera.

CAPÍTULO XLII

Del apuntamiento de paces que entre el Gran Capitán y el Visorrey de Nápoles se hizo por españoles y franceses, y de lo que después sucedió.

Mediante aquel tiempo que esto acaesció entre franceses y españoles en la Tripalda y en las otras tierras de Basilicata y de Capitanata, monsiur de Nemos, Visorrey de Nápoles, estando en Melfa, adonde había ido para se hablar con el Gran Capitán sobre la diferencia de aquellas dos provincias, según dicho es, el cual viendo las cosas que entre españoles y franceses habían pasado y pasaban en la Tripalda, y ansimismo en algunos otros lugares, y la grande resistencia que en los españoles habían hallado, aunque no fuesen iguales en número, de cuya causa sucedía mayor daño en su gente que no ganar honra y provecho en sus acometimientos, y que todo le sucedía muy al revés de lo que él pensaba, determinó con mucha diligencia de apaciguar aquellas diferencias, por lo cual envió al Gran Capitán á le decir que le rogaba mucho que, pues de aquellas revueltas de entre españoles y franceses no se seguía ningún provecho á una ni á otra parte, antes gran daño de muertes y prisiones, y ansimismo el desasosiego del reino y parcialidades que en él se levantaban, y que de ello no tenía él culpa alguna, antes él lo había procurado de atajar y no había podido, él de su parte mandase á su gente estar queda y reconciliarse, que toda amistad y amor con los españoles quería y que aquella era su voluntad, siendo asimismo de ello contento. El Gran Capitán, que por razón del mandamiento de su Rey no era otra su voluntad sino por las mejores maneras que pudiese concertarse con los franceses, y así tuvo por bueno lo que le fué dicho de parte del Visorrey de Nápoles, y procuró que la guerra no pasase más adelante. Con esta voluntad de ambos capitanes se tomó apuntamiento que entre españoles y franceses hubiese paces por espacio de un año, las cuales se pregonaron por todo el reino de Nápoles, y junto con esto el Gran Capitán y Virrey de Nápoles enviaron á la Tripalda adonde los españoles estaban, y á Avelino y á Monte Fosculo, adonde los franceses hacían guerra, á dos personas, al uno llamaban fray Juan Peynero, de la parte del Gran Capitán, y al otro llamaban monsiur Pateoveri, que iba de parte del Visorrey de Nápoles, para que ambos á dos y cada uno á los suyos avisase, haciéndoles saber la voluntad de sus capitanes, lo cual estaba entre ellos asentado ansimismo para que luego cesasen las guerras pasadas de entrambas partes, y se dividiesen todos para sus aposentos, según que de antes estaban por aquella comarca. Con esta orden se partieron los sobredichos comisarios á la Tripalda y á Avelino y á Monte Fosculo, adonde allegaron á veinticuatro dias del mes de Junio del sobredicho año, y día de San Juan. Hallaron las faces de España y Francia puestas en orden para darse la batalla; y como allegaron, luego presentaron sus comisiones á los capitanes de los dos ejércitos, por manera que vinieron á tiempo que no hubo quien rompiese entre los unos y los otros, siendo ciertos de la paz que entre el Gran Capitán y Visorrey estaba apuntada, por lo cual cesaron de dar la batalla y tornáronse los unos á la Tripalda y los otros á Avelino y Monte Fosculo, de donde á ciertos días salieron según que les fué mandado por sus capitanes, y se fueron á aposentar por diversas partes, y quedaron en la Tripalda y en Avelino dos honrados hidalgos muy buenos soldados, y en la Tripalda de parte de España, Martín de Tuesta; en Avelino de parte de Francia, Juan Gallote, adonde habían de estar y recoger en las dichas tierras ansí españoles como franceses, y asimismo para que hiciesen saber á los soldados que viniesen á las dichas villas todo lo que estaba apuntado entre españoles y franceses, para que cesase entre ellos toda guerra y enemistad.

CAPÍTULO XLIII

De cómo el Visorrey de Nápoles dende á treinta dias de la publicación de las paces ordenó de prender al Gran Capitán, y de matar á todos los españoles que estaban en el reino, y de lo que sucedió.

Como el avaricia sea servidumbre de los ídolos, y tenga tanta fuerza este deseo de señorear que con razón diga el poeta y llame á este deseo hambre abominable que atormenta los corazones de la humana natura, no debemos culpar á los franceses por lo que rompiendo la tregua y paz con los españoles puesta hicieron, siguiendo el parecer de aquel Julio César dictador de Roma, el cual tenía por común decir que las leyes y derecho no era injusto romperse cuando se rompían por razón de señorear, porque en las otras cosas se debía guardar la fe y en ésta no. Pues así se puede decir que acaesció en estos tiempos á los franceses, que después de haber publicado un apuntamiento de la paz, entre españoles y franceses, estuvo el estado del reino de Nápoles en toda paz y amor solos treinta dias, mediante los cuales, como la naturaleza de franceses sea hacer sus cosas más á su salvo que no guardando razón ni derecho, de lo cual sucede muchas veces por tener buena justicia no salir con su demanda; pues el Visorrey de Nápoles no mirando lo que debía guardar, acerca de la tregua que entre él y el Gran Capitán se había jurado, determinó de romper aquellos capítulos dando lugar á su codicia, que era de haber todo el reino de Nápoles en su poder, á lo cual le convidaron los consortes de su misma infidelidad, que eran los príncipes de Melfa y Visiñano, Salerno y Rosano y Marqués de Bitonto, que no mirando en cómo pocos días había que, siendo privados de sus estados, el Gran Capitán se los restituyó, y juraron en sus manos de servir al Rey de España, se le tornaron sus contrarios, siguiendo la parte de los franceses. Pues por esta razón el Visorrey de Nápoles entró en consejo con ellos, y les dió parte de su voluntad sobre aquel hecho, diciéndoles falsamente como él tenía aviso cierto del Rey de Francia, para que de nuevo hiciese guerra á los españoles, porque el Rey D. Federico le había renunciado el reino de Nápoles, y héchole señor dél, y que de esta causa le había venido nuevamente poder, capitulación y comisión para que los echase del reino, juntando la parte que había tocado á su Rey con todo lo que á su corona pertenescía, y que para haber de ponerlo por obra convenía mucho saber sus voluntades, si eran todos conformes con su parescer. Los príncipes que dicho ha la crónica, oyendo lo que el Visorrey les dijo en aquel caso, respondieron todos diciendo que no era ni sería su voluntad contraria de lo que fuese servicio del Rey de Francia su señor. Y que pues su parescer tomaba de ellos, luego debía el Visorrey poner en obra aquel hecho, que de su favor no esperase menos de aquel que con las vidas pudiesen dar; las cuales no sólo en aquel caso de que á ellos se les podrían seguir todo provecho y honra, por tener ellos sus señorios y estados en aquellas provincias tocantes al Rey de España, pero en otras cosas donde no se aventurase sino solamente el servicio de su Rey, prometiéndole servir hasta la muerte, y no pusiese duda ninguna. El Visorrey agradeció mucho la voluntad que al servicio del Rey de Francia mostraban, por lo cual y por más los obligar á que debiesen hacer lo que prometían, les dió á todos ellos el hábito de la Orden de San Miguel, que no á otro efecto el Rey de Francia había enviado comisión y poder al Visorrey para los hacer Comendadores de San Miguel, sino por los obligar más en su servicio y confirmarlos y á ganarlos más en su amor. Muy alegres y contentos fueron los príncipes con el hábito, los cuales de ahí adelante quedaron muy alegres y muy más conformes y deseosos del servicio del Rey de Francia. Después que el Visorrey hubo dado este principio en aquel hecho, comunicó con los principales muy secretamente la manera que debía tenerse para tomar aquellas dos provincias, y determinóse, para que con más facilidad viniesen á su poder, prendiese al Gran Capitán, y ansimismo al Duque de Calabria, y que después matarían todos los españoles que estaban en el reino, lo cual podían hacer en aquel tiempo por razón que el Gran Capitán estaba bien seguro por la tregua y paz que entre ellos había y estaba en la villa de Atela, adonde le podrían tomar sin sospecha. En esta determinación quedó el concierto de aquel hecho, y sin dar parte ninguna á otros, salvo á los que eran partícipes en la conjuración, el Visorrey hizo muy secretamente venir su gente á Melfa para que desde allí saliesen á pren-

der al Gran Capitán. El cual engaño y traición no pudo ser tan secreto que el Gran Capitán no supiese y fuese avisado de todo aquello que pasaba entre los franceses contra su persona y contra el asiento de la tregua. Y así queriendo luego dar el remedio que convenía á tanto mal y no pudiendo así prestamente recoger su gente por razón que, por la tregua que había, estaba toda distribuída y aposentada por diversas partes de toda la tierra de Basilicata, hubo su consejo en lo que debía hacer en aquel caso. Algunos le aconsejaron que se retirase á la marina de Salerno y ocupase todo aquello hasta Rijoles, pues no tenía gente para esperar en campo á los franceses, y otros le aconsejaron que se retirase á la marina de Barleta, porque allí había fuertes villas y se podría tener en ellas hasta tanto que fuese secorrido. Y así al Gran Capitán le paresció que lo debía hacer, y luego con mucha diligencia dió aviso á todos los capitanes españoles para que secretamente juntasen toda la gente de armas y caballos ligeros y toda la infantería, y todos juntos se fuesen á meter en Barleta, porque así convenía á la salud universal de todos. Después de haber el Gran Capitán proveído en dar aviso á sus capitanes, no se hallando él muy seguro en aquella villa de Atela, una noche á la media noche á veintitrés días del mes de Julio se partió de Atela con docientos caballos ligeros, que no tenía más gente consigo, y fué derecho á Bitonto, adonde tenía el Duque de Calabria en compañía de aquel caballero Luis de Herrera, y le envió á Taranto, porque allí estaría más seguro de franceses. Pero no pasaron muchos días que le hizo pasar en España, el cual hoy día de la fecha está en Valencia. Después de esto el Gran Capitán se salió de Bitonto y fuese á la ciudad de Barleta, adonde halló mucha de su gente que ya estaba dentro, y cada día venía gente española á se meter en la ciudad; el cual luego mandó proveer todos los castillos y tierras fuertes que estaban en la marina de Barleta que eran de importancia, y él mismo en persona los anduvo visitando todos, y fué á una villa que dicen la Chirinola, adonde estaba por gobernador un caballero que llaman D. Tristán, por ver si era lugar para se poder defender gente en ella. Halló que era de poca defensa para se defender, y dejándole se tornó á Barleta, dado caso que no dejó de proveer la Chirinola de alguna gente; lo uno porque desde allí podían dar aviso en Barleta, y ansimismo enviar provisiones de vino y pan al ejército que había de estar en Barleta de asiento. Quedaron en la Chirinola Diego García de Paredes y el Prior de Mecina con cincuenta caballos ligeros y cincuenta infantes.

CAPÍTULO XLIIII

Cómo los franceses, viendo que no habían podido prender al Gran Capitán, pusieron en condición de las armas lo que por engaño no pudieron hacer, y de lo que les sucedió en la Chirinola.

Como las cosas que injustamente se intentan nunca sale de ellas buen fin, en especial cuando maliciosamente se cometen, así sucedió á los franceses muy al revés el final intento de su deseo, por razón que no hay cosa que el tiempo no la descubra y saque á la luz. Dicho ha la crónica cómo el Gran Capitán sabiendo en cómo los franceses sin tener algún respecto á la tregua que con los españoles tenían, quisieron prender al Gran Capitán y matar á todos los españoles que estaban en el reino de Nápoles, y apoderarse en la parte que al Católico Rey D. Fernando pertenecía. Pues dice ahora que después que se hubo recogido el Gran Capitán con su gente á Barleta con temor de aquella traición y engaño que contra su persona y á los suyos querían los franceses acometer, el Visorrey de Nápoles y monsiur de Aubegni siendo muy pensantes del ruin fin que en aquel caso su voluntad hubo, por razón del aviso que dieron al Gran Capitán, determinóse de poner por armas lo que no pudieron alcanzar por engaño, en especial viendo la poca gente que el Gran Capitán tenía á la sazón consigo, y que si esperase á que le viniese socorro, no lo podrían hacer tan fácilmente como en aquel tiempo; y por esta causa el Visorrey y monsiur de Aubegni hicieron muy grandes aparejos de guerra con determinación de mover contra el Gran Capitán que estaba en Barleta, y luego monsiur de Aubegni con aquella orden que del Visorrey hubo, el cual estaba, según dicho es, en Avelino con mucha parte de gente francesa, hizo mandado á todos los capitanes franceses que estaban distribuídos y aposentados por aquellas villas y lugares comarcanos para que

todos se recogiesen con su gente en Avelino. Y con esto todos los capitanes con su gente vinieron á Avelino, y se allegaron de los que estaban aposentados en aquella provincia mil hombres de armas, y dos mil y quinientos caballos ligeros y cinco mil infantes, y veinte piezas de artillería, con que monsiur de Aubegni salió de Avelino y fué á Melfa, donde estaba el Visorrey de Nápoles; y como allegó, juntando toda la gente con la que estaba con el Visorrey se salieron todos de Melfa, y puestos en camino con muy lucida gente comenzaron de caminar la vía de Barleta, y de la primera jornada vinieron á aposentar una noche en un bosque que está entre una villa que dicen Foja y la torre de Lemano, el cual se llama la Leonesa; y desde aquel lugar el Visorrey envió á monsiur de Formento y al Marqués del Ochito con doscientos hombres de armas y cuatrocientos caballos ligeros á correr la Chirinola, adonde estaba Diego García de Paredes y el prior de Mecina con algunos caballos é infantes españoles. Y como los capitanes franceses llegaron cerca de media milla de la villa todos se metieron en una emboscada, y dende allí salieron ciento y cincuenta caballos ligeros, y hasta cincuenta hombres de armas para reconocer la tierra, é informáronse si el ejército español estaba del todo recogido en Barleta, y para que si algunos españoles estuviesen en la Chirinola saliesen á escaramuzar con ellos y los llevasen hasta los meter en la emboscada. Iba con estos corredores franceses el Marqués del Ochito, y monsiur de Formento se quedó en la emboscada, y el Marqués con los caballos llegó corriendo hasta las puertas de la villa, y Diego García de Paredes y el prior de Mecina, como vieron á los franceses tan cerca de la villa, salieron con los caballos é infantes que allí tenían, que eran bien pocos, y arremetieron con mucha fortaleza y ánimo contra la gente francesa, que eran todos hombres de armas y caballos ligeros, adonde se trabó entre las viñas una escaramuza no poco reñida, en que murieron veinte franceses y muchos heridos que hubo; y los españoles todavía reforzando su causa, aunque con peligro, apretaron muy de recio en los franceses, y trabajaron tanto en aquel rebato, que los franceses no lo pudiendo sufrir se comenzaron á retraer hacia la emboscada con la otra gente y los españoles no los dejando de seguir, los llevaron retrayendo hasta los meter en la emboscada. En aquel alcance hirieron los españoles algunos franceses, y verdaderamente se perdieran allí todos si no fuera por monsiur de Formento, que viendo venir á los suyos perdidos, salió con toda la otra gente de la emboscada y arremetió con toda su gente contra los españoles, los cuales como conoscieron el engaño, comenzaron á retraerse lo mejor que pudieron hacia la villa, y los franceses los siguieron hasta los alcanzar bien junto de la villa. entre unas calles de unas viñas, adonde se tornaron á trabar de nuevo franceses y españoles, y allí hizo mucho de su persona Diego García de Paredes, y no menos trabajo pasó aquel día el prior de Mecina, los cuales como los franceses fuesen muchos y ellos muy menores en número, conveníales suplir con sus fuerzas la falta de su gente. Y lo que más les ayudó, fué que como la gente francesa estuviese toda á caballo y no se pudiesen bien revolver por las viñas, rescebían muy gran daño y perjuicio de los infantes españoles, por razón que les herían los caballos y les mataban la gente toda á su salvo. Y por esta causa, viendo que ya no lo podían sufrir y que mientras más pugnaban por dañar á los españoles mayor daño rescebían ellos, determinaron de se salir de las viñas á un llano creyendo que los españoles los seguirían; pero como eran pocos en respecto de los franceses no los quisieron seguir, antes se encerraron en la Chirinola sin perder tan sólo un hombre, y los franceses se tornaron á su ejército con harto daño suyo. Después de esto, otro día siguiente Diego García de Paredes y el prior de Mecina fueron á Barleta á dar aviso al Gran Capitán de lo que le había acaecido con los franceses, y de cómo sabían de cierto que venían á le cercar á Barleta.

CAPÍTULO XLV

De los aparejos que el Gran Capitán hizo sabiendo que los franceses le venían á cercar á Barleta.

Como el Gran Capitán fué avisado por los capitanes que habían quedado en la Chirinola, que eran Diego García de Paredes y el prior de Mecina, cómo los franceses le venían á buscar en Barleta, determinó de se aparejar lo mejor que pudo para esperar á los fran-

ceses; y con esto, habiendo ya recogido en aquella ciudad toda la gente española que estaba aposentada en Basilicata, hizo reseña de ella y halló que tenía muy poca gente para haber de esperar en campo á los franceses, y por esta razón determinó de fortalecer todas las villas comarcanas con gente, y que allí se hiciesen fuertes entretanto que les venía socorro del Rey de España, al cual habían hecho saber el estado del reino y de lo que los franceses procuraban hacer en su deservicio, y diciendo la poca gente que tenía para se poner en campo con los franceses, y que á esta causa se había hecho fuerte en Barleta, en tanto que el número de la gente le aconsejase lo que debía hacer; y que considerada esta necesidad, convenía mucho que sin ningún detenimiento su Alteza los socorriese, donde no, que se aventuraba la pérdida de aquellas dos provincias, que no poco daño redundaría á su reino de Sicilia de aquella causa, juntamente con la pérdida de aquellas partes que tenía en el reino de Nápoles. Estas y otras muchas cosas hizo saber al Rey de España el Gran Capitán, demandándole con mucha instancia socorro y favor de gente. Después de esto distribuyó alguna parte de su gente en algunos lugares de aquella comarca, porque en la villa de Andria puso á D. Diego de Arellano con mil y quinientos infantes para defensión de aquella villa, que es fuerte, y en Canosa puso al capitán Pedro Navarro y al capitán Cuello con cuatrocientos infantes, y toda la otra gente de armas y caballos ligeros é infantería se quedó con él en Barleta juntamente con el artillería. Dada esta orden en estas villas despachó á un caballero, con el mismo aviso que al Rey de España dió, para el Emperador Maximiliano, suplicándole fuese contento de le enviar dos mil alemanes muy escogidos, porque tenía de ellos mucha necesidad, por razón que los franceses contra todo derecho, rompiendo su fe y tregua que entre sí tenían, le querían cercar en Barleta con voluntad de le tomar las dos provincias de Puglia y Calabria, que al Rey de España pertenecían por virtud de la partición del reino que ambos los Reyes de España y Francia habían hecho de aquel reino de Nápoles, y que para comenzar á pagar la gente, aquel caballero llevaba los más dineros que se habían podido haber, y que en todo lo demás habiendo llegado adonde el estaba, él los pagaría y contentaría largamente por lo que debía á su servicio. El Emperador Maximiliano, sabida la necesidad que el Gran Capitán tenía de gente y asimismo el estrecho en que estaba, si no era con diligencia socorrido, hizo luego dos mil infantes alemanes y enviólos en Italia donde el Gran Capitán estaba. El cual no dejaba de día ni de noche de entender en lo que convenía á su defensión y de su gente, por lo cual mirando muy bien todo lo que dañar le podía, halló que no podía tener otra falta sino de provisiones, y ansí procuró de quitar este inconveniente en esta manera: que mandó salir de Barleta todos los hombres que no eran para traer armas, y asimismo todas las mujeres y niños, y que solamente quedasen los que por sus personas pudiesen defender la ciudad, y mandólos llevar á Trana, una villa que es de venecianos y está junto á la mar. Gran compasión puso en los corazones de los soldados ver salir entre niños y mujeres y viejos cinco mil ánimas, los cuales todos iban llorando con mucha lástima y pasión, viéndose apartar de su naturaleza y que quedaban sus haciendas en poder de soldados. Pero como aquel daño era pequeño según el que causaran quedando en la ciudad solamente á comer, húbose de disimular hasta tanto que el estado del reino de Nápoles tuviese algún determinado fin. Los venecianos que, según dicho es, supieron como la gente de Barleta estaba en Trana, movidos á compasión enviaron por ellos á aquel lugar, y recibidos en las naves los tuvieron en Venecia hasta que fué tiempo de se tornar á su deseado solar y dulce posesión y tierra.

CAPÍTULO XLVI

De cómo el ejército del Rey de Francia partió de la Leonesa y vino á poner cerco sobre Canosa, adonde el capitán Pedro Navarro y Cuello estaban.

El Visorrey de Nápoles que, según dicho es, estaba con todo su ejército en la Leonesa, como vió los aparejos que el Gran Capitán hacía, y asimismo el mal recibimiento que los de la Chirinola habían hecho á la gente que había enviado, como arriba se dijo, determinó de se partir de allí, del aposento del bosque, é ir sobre Canosa, una buena villa que está no muy lejos de Barleta, adonde estaban el capitán Pedro Navarro y el capitán Cuello con su

gente, y con esta determinación el Visorrey partió del bosque de la Leonesa, y por sus jornadas vino sobre Canosa, adonde allegó á quince días del mes de Agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora del sobredicho año, y queriendo luego poner por obra la expugnación de aquella villa, hízola cercar toda alrededor, porque por la parte del río Lopanto, que pasa junto á la villa, el Visorrey se aposentó con todos los hombres de armas y caballos ligeros, y por la otra parte de la villa en contrario del Visorrey, junto á unas iglesias que estaban no muy lejos de la villa, se aposentaron monsiur de Aubegni y monsiur Chandela con toda la infantería y artillería. Asentado en esta manera el campo francés, el capitán Pedro Navarro y el capitán Cuello con cuatrocientos infantes que en la defensión de la villa estaban, se partieron por las estancias del muro en esta manera: el capitán Cuello con ciento y cincuenta infantes se puso en el cuartel que cae á las iglesias, adonde monsiur de Aubegni estaba con la infantería y artillería; y el capitán Pedro Navarro con otros ciento y cincuenta infantes muy bien aderezados tomó el otro cuartel de hacia el río, adonde estaba el Visorrey de Nápoles con toda la gente de armas, y los otros cien soldados que quedaban fueron puestos en el castillo, los cuales estaban como sobresalientes para qne de allí señoreasen el campo francés y saliesen á socorrer la parte que más necesidad tuviese de los dos cuarteles. Después de esto, los franceses que estaban en el cuartel de las iglesias luego aderezaron de batir la villa con el artillería, y asentáronla en los lugares que mejor les pareció por aquella parte que era más fuerte, no pensando ellos que había más flaqueza en otra parte del muro. Después de asentada, la batieron con el artillería con mucha fortaleza dos días y dos noches, sin que cesasen de quebrantar el muro por donde acertaba, pero mayor daño hacían en las casas de dentro, porque aliende de derribar algún poco del muro, derrocó muchos tejados y paredes de las casas, de que se siguió gran daño. El capitán Cuello con su gente no dejaban de pasar mucho trabajo en reparar lo que la artillería derrocaba. De manera que solamente aprovechaban los reparos para se defender en ellos y estar encubiertos en la defensa del muro, y después de haber batido los franceses el muro de la villa y derrocado alguna parte dél, metiéronse en armas todos y arremetieron á dar el combate á la villa, adonde los españoles hicieron tanto en aquel día, que durando el combate más de dos buenas horas, nunca los franceses pudieron entrar, aunque muchos llegaron á poner las escalas y á subir por ellas al muro. Por lo cual desesperados de tomar aquel día la villa, con harto daño suyo les convino retirarse á su campo, y verdaderamente los franceses no tomaran aquella villa si no fuera que aquella noche, después del combate del día pasado, un villano de Canosa se salió de la villa y se fué adonde estaba el Visorrey, al cual demandándole mercedes le dijo que le daría por donde pudiese tomar la villa con menor trabajo. Al cual el Visorrey gratificándole su peligro y buena voluntad, el villano le dijo que mandase pasar el artillería contra aquel cuartel adonde Pedro Navarro estaba, y que según la poca fortaleza que por allí tenía el muro, no dudaba que breve se tomaría la villa. Y luego el Visorrey entendiendo el buen parecer y consejo del villano, mandó que así se hiciese, y pasando el artillería en aquel lugar la asentaron contra aquel cuartel, que verdaderamente estaba el más flaco de la villa, y batieron con ella el muro un día y una noche, y la batería fué hecha con tanta fortaleza que echaron por tierra una gran parte del muro que le hicieron llano con el suelo. El capitán Pedro Navarro con su gente repararon lo mejor que pudieron; pero por mucho que hicieron en reparar aquel pedazo derrocado, no dejaron de estando á la defensa recibir gran daño en sus personas. Los franceses como vieron el muro en el suelo y la entrada en la villa más fácil que por el otro cuartel la tenían, metiéronse todos en armas y dieron el combate á la villa por aquel lugar derribado, el cual duró más de hora y media, adonde hubo muchos heridos y algunos muertos de una y de otra parte; por razón que como los españoles viesen su perdición si los franceses les entraban, pugnaban con dobladas fuerzas y poder por no venir á sus manos; y los franceses, por el contrario, por entrar en la villa, que gran vergüenza les era viendo el muro por el suelo y hecho tan gran portillo, por donde no habían de bastar las fuerzas de los españoles que les estorbasen la entrada, pelearon con mucho ánimo y fortaleza; pero en fin, los españoles con muy mayor ánimo y

fortaleza, dado caso que lo hubieron con todo el ejército francés y fuesen veinte franceses para un español, los cuales después de mucho trabajo y daño de su gente, así de muertos como de heridos, viendo que por entonces no podían entrar á los españoles, se retiraron á su campo, dejando la batalla para el otro día siguiente.

CAPÍTULO XLVII

De cómo el Gran Capitán queriendo socorrer los españoles que estaban en Canosa forzados de los muchos combates que los franceses les habían dado, dieron la villa con un buen partido.

Estando en este trabajo y peligro los españoles que estaban en Canosa, dándoles cada día la batalla, adonde por ser tan flaca la villa y muros pasaron mucho trabajo en la defensión della, fueron avisados los españoles que estaban en Barleta de lo que pasaba en Canosa, y del peligro que tenían los españoles que estaban dentro si no eran socorridos. De cuya causa los soldados españoles tomaron muy gran sentimiento y enojo de ver cómo los franceses les mataban su gente y estaban tan cerca para ser socorridos, y que por negligencia se dejaba de hacer aquel socorro. Por lo cual todos juntos determinaron de ir al Gran Capitán á le decir que por qué razón consentía, sabiendo el estrecho en que el capitán Pedro Navarro estaba y los españoles en Canosa, y que no fuesen socorridos de los suyos, que era cosa muy fuera de razón sufrir lo contrario, y que viese que no solamente por lo que tocaba al servicio de su Rey se les debía dar socorro, pero por lo que debían á la honra de España, que muy gran menoscabo de honra recibían sufriendo delante de sus ojos ofensa y daño hecha en los suyos mismos. Por lo cual ellos estaban determinados de los socorrer ó morir en la demanda. El Gran Capitán, que muy bien conoció el ánimo y fortaleza que había en los suyos, y asimismo la razón que en lo que decían tenían, tuvo por bueno su parecer, pero no quiso determinarse en ello hasta tanto que lo comunicase con algunas personas de su ejército que eran de muy buen consejo; á los cuales luego sin detenimiento hizo llamar, y delante los capitanes y principales del ejército español hizo saber aquel hecho y les demandó le aconsejasen lo que en aquel caso era mejor seguir. Finalmente todos los más eran de opinión que no saliesen á dar socorro á los españoles, por razón que el Gran Capitán no era tan pujante en fuerzas y poder de gente como los franceses, y que si saliesen en campo no podrían remediar á los cercados, antes perdiéndose ellos también se perdería el ejército español, y juntamente con se perder la gente, se perdería el servicio que debían á su Rey en perder la parte del reino que le pertenecía; por lo cual el más seguro consejo era que, pues en breve esperaban el socorro del Rey de España y del Emperador Maximiliano se estuviese quedo en Barleta hasta que tuviese gente con que con razón saliese en campo contra los franceses y no queriéndoles agora acometer y esperar tan dudosa y peligrosa salida de ello. Finalmente, no obstante los dichos y pareceres de todos los príncipes del ejército, Diego García de Paredes, que gran deseo tenía de dar el socorro á Canosa, dijo al Gran Capitán y á todos los demás que muy feo parescía á tan noble gente como eran los españoles dejar por ningún temor de acometer aquello que con justicia y obligación debían acometer y poner por la obra, en especial en aquel caso que tan aparejadas estaban las voluntades de los soldados á dar aquel socorro á los de Canosa, diciendo que si aquella gente de aquella vez se perdía, no era otra cosa salvo dar ánimo á los enemigos para que teniendo en poco á los españoles emprendiesen cosas de mayor cantidad, de que por el mismo caso los españoles viendo perder aquella villa perdiesen mucho de sus fuerzas, y aun los que estaban en guarnición de otros lugares y villas de aquella provincia, si fuesen cercados de los franceses dejarían de mejor gana las villas, que no defendiéndolas, esperar el mismo daño que á los de Canosa viniese por no ser socorridos, y que por esta razón su parecer era que muriendo ó viviendo se debían de socorrer, por lo cual se obligaba con los españoles que allí estaban hacer alzar el campo de los franceses de sobre Canosa y desbaratarlos como otras muchas veces le había á él acaescido con muy poca gente romper gran copia de enemigos franceses, que no tienen otra cosa salvo estar acompañados de soberbia y presunción. El Gran Capitán y todos los demás que allí estaban, oyendo lo que Diego García de Paredes dijo, les pareció á todos muy bien, por lo cual luego

con mucha diligencia se dió orden conforme y cómo se había de dar aquel socorro á los de Canosa, y para que esto hubiese buen efecto el Gran Capitán envió aquella misma noche al capitán Oliva con cien caballos ligeros para que reconociese el campo de los enemigos y viese dónde y por qué parte tenían su campo repartido sobre Canosa, y asimismo tomase lengua del número de la gente y qué era su voluntad, y supiese el estado en que los españoles cercados estaban. Con esta orden y gente el capitán Oliva se partió aquella noche de Barleta y allegó á la punta del día cuando quería amanecer al lugar adonde los franceses tenían puestas sus centinelas. Y los caballos españoles viendo las guardas francesas arremetieron contra ellos y de siete franceses que eran mataron los tres y prendieron los dos, y los otros se escaparon á uña de caballo. Los caballeros españoles no quisieron pasar más adelante, por razón que de los prisioneros franceses pensaban sacar todo el aviso que ellos pensaban y iban á saber, y ansimismo porque los franceses serían avisados de los dos que se escaparon y podría ser que peligrasen todos cien caballeros españoles pasando más adelante, y por esto el capitán Oliva con aquella gente se tornaron á Barleta; adonde presentando aquellos dos prisioneros, el Gran Capitán fué de ellos avisados de lo que se había hecho en Canosa, y del estado en que estaba aquel negocio, y asimismo del asiento y disposición del ejército francés. Muy pesante fué el Gran Capitán por saber el peligro en que su gente estaba, y de cómo se había tardado en les enviar socorro, por lo cual con mucha diligencia mandó á todos los capitanes y gente se aderezasen y estuviesen á punto para la noche siguiente, por lo cual tenía determinado de ir á socorrer á los españoles de Canosa. Estando, pues, en esta voluntad el Gran Capitán vínole nueva cómo aquel día que el capitán Oliva tomó las guardas, los franceses habían apresurado la batalla de tal manera que desecha la muralla, mano á mano se combatían los de dentro con los de fuera, y en aquel combate los españoles lo habían hecho muy valerosamente, por razón que de todo el ejército francés se defendía, no solamente con armas defensivas, pero con otros ingenios ofensivos, como eran piedras y olio hirviendo, con lo cual quemaron muchos franceses; pero como el muro estuviese todo desbaratado y metido por tierra, por mucho que los españoles se quisieran defender, no lo pudieran hacer sin que se perdieran todos en aquella villa, y por esta razón no pudiendo los españoles sufrir tanto trabajo y daño como en otras batallas y en aquella habían padecido, muriendo muchos de una parte y de otra, determinó el capitán Pedro Navarro y el capitán Cuello de dar la villa á los franceses; la cual dieron debajo de un muy honroso partido, y fué, que dejándolos á todos salir á banderas tendidas sin daño ni perjuicio de ninguna de su gente, y por el mismo caso asegurando los bienes y personas de los de la villa de Canosa, ellos se saldrían de la villa y la dejarían libre y desembargada en su poder. No se pueden llamar por esto los españoles vencidos, pues que haciendo todo su deber, solos cuatrocientos hombres metidos en un vivar se defendieron tantos días de todo el campo francés, y al fin se salvaron las vidas honrosamente, saliendo delante de todo el ejército sin que les fuese hecho daño en cosa ninguna, metidos en orden á banderas desplegadas se fueron á Barleta, donde el Gran Capitán estaba aderezando para los socorrer. Los franceses como fueron idos los españoles, todos se metieron en Canosa, y allí estuvieron mucho tiempo, según que la crónica lo irá contando, mediante el cual franceses y españoles hicieron cosas hazañosas, visitándose cada día con escaramuzas adonde siempre de una y de otra parte había muertos y heridos.

CAPÍTULO XLVIII

De cómo los franceses salieron de Canosa para ir á cercar al Gran Capitán, y de cómo en el camino tomaron la villa de Bitonto, y de lo que más les sucedió.

Después que los franceses hubieron tomado la villa de Canosa en la manera que dicho ha la Crónica, estuvieron en ella algunos días, rehaciéndose de lo que tenían necesidad para pasar adelante, y al fin de algunos días el Visorrey con todo su ejército salió de Canosa con voluntad de ir sobre Barleta á cercar al Gran Capitán, en lo cual ponía mucha diligencia, pensando poderle prender antes que le viniese el socorro que esperaba; y por esta razón ya que fueron los franceses salidos de Canosa, fueron su camino la vía de Bitonto y

de Bari, por ocupar primero algunas villas que estaban en aquella comarca, y así recibió algunos lugares que se le dieron de su voluntad, y allegando á Bitonto los de aquella villa, dado caso que estuviesen por el Rey de España, no por eso dejaron sin ninguna contradición de recibir dentro á los franceses, y así se aposentó el ejército dentro en Bitonto. Y como todas las villas y lugares que estaban por el Rey de España tuviesen un gobernador ó teniente en ellas para que las conservase en toda justicia, y de aquella causa reconociesen al Rey que servían, estaba por castellano en aquella ciudad un esforzado español, el cual como viese que los ciudadanos de Bitonto habían recibido á los franceses dentro, con temor que hubo no le fuese hecho algún daño en su persona, él solo con doce soldados se recogió al castillo, y allí se defendió algunos días de los franceses, con muy grande ánimo y fortaleza. Pero como los franceses hubiesen recibido aquella ciudad, y viesen que si el castillo no se tomaba era no haber tomado nada, determinaron de le combatir y sacarle por fuerza de armas del poder de aquel español. Y con esta voluntad llegaron contra la torre del castillo toda la artillería, y con ella batieron la torre toda una noche y un día, de cuya causa le fueron quitadas y metidas por el suelo todas las defensas que tenía, de manera que la gente de dentro no se podían defender porque estaban descubiertas y el artillería les hacía muy gran daño. Después de bien batida la torre, los franceses se metieron en armas, y dieron combate en el castillo, el cual dieron con mucha fortaleza; pero como lo hubiesen con solos doce hombres ó trece, no pudieron los españoles tanto resistir á los franceses que al fin no fuesen entrados por fuerza, adonde siendo tomado el castillo prendieron al castellano y á los otros soldados que con él estaban. Después de esto dejando los franceses aquella ciudad libre y desembargada por el Rey de Francia, se salieron de allí y fueron el camino derecho de Barleta, y pasados por cerca de Andria, D. Diego de Arellano con la gente española que allí tenía, como vido pasar á los franceses tan cerca de Andria, no los quiso dejar ir tan á su favor, antes saliendo de Andria con aquella gente dió sobre la vanguardia tan recio, que sacando de ellos un repelón de muertos y heridos que de aquel salto hubieron, les convino tornarse á la villa, por razón que ellos eran pocos y los franceses comenzaban á cargar sobre ellos de recio. Finalmente, los españoles hicieron una sabrosa arremetida mucho á su salvo, y los franceses no se queriendo detener en Andria, siguieron su camino la vía de Barleta; de los cuales como fuesen algunos corriendo la tierra, y adelantándose del cuerpo del ejército, para dar aviso de alguna gente si se descubría que los quisiese de sobresalto dañar, vieron ir por el camino de Barleta seis infantes españoles y una mujer, y arremetieron contra ellos. Los españoles como vieron los caballos franceses, temiendo de no ser de ellos presos ó muertos, recogiéronse todos en dos torres que allí había, de que en las viñas de aquella tierra hay mucha abundancia, y comúnmente en toda Italia hay de estas torres, y otras casas de placer fuertes, que allá llaman posesiones, y en la una de las torres se metieron los cuatro soldados y en la otra los dos con la mujer, y los caballos franceses ligeros que todavía los siguieron, llegaron á las torres adonde los españoles estaban retraídos, y tras ellos desde á poco llegó todo el campo y comenzaron de no poner menor diligencia en prender aquellos seis infantes que si lo hubieran de haber con igual número de gente como la suya; los cuales luego comenzaron á lombardear las torres, y hacer otras cosas para tomar los seis infantes españoles. Los de una torre que era la más flaca y de menor defensa, adonde los cuatro españoles se habían recogido, viéndose tan duramente combatir y que el artillería había casi metido por el suelo todo lo demás de la torre, y que no tenían ningún remedio, determinaron de se dar á los franceses con condición que no los matasen. Los otros dos soldados, que con la mujer estaban en la otra torre, aunque fueron con el artillería bien lombardeados, no hicieron muestra de se dar, por razón que la torre era fuerte y ellos no de menor ánimo, en especial que en aquel día mostró bien el uno de ellos su valor, porque dándose el compañero á los suizos que aquella torre combatían, le hirieron malamente, dándole muchos golpes en todas las partes del cuerpo, de lo cual escarmentado el otro soldado que sólo quedó en la torre determinó de morir antes que darse en poder de los franceses, esperando que lo mismo harían de él que del compañero que se dió habían hecho, y con determinación de morir se

estuvo solo en la torre, adonde hizo maravillosas cosas de su persona; hasta tanto que no le pudiendo entrar los franceses siguieron su camino, y el soldado español por su buen corazón y ánimo que en aquel día mostró, quedó libre juntamente con la mujer, no recibiendo el vituperio ni el captiverio y afrenta que los compañeros con menos ánimo recibieron, el cual después que vido en campo seguro se salió de la torre y se tornó con la mujer á Andria, que estaba cuanto á una milla de aquel lugar do aquello había pasado.

CAPÍTULO XLIX

De cómo el Visorrey de Nápoles vino á cercar á Barleta, y de lo que le acaesció en el viaje con los españoles.

Pues como los franceses se hubieron partido de aquel lugar de las viñas, adonde habían combatido á los seis infantes españoles, según dicho es, comenzaron á seguir el camino de Barleta. Ya que estaban no muy lejos de la ciudad, el Visorrey, que muy buen caballero era, metió en ordenanza su gente, y metiéndola en escuadrones dió la rezaga á monsiur de Aubegni, con trescientos hombres de armas y con quinientos caballos ligeros, y con el otro batallón de quinientos hombres de armas, y mil caballos ligeros, y toda el artillería é infantería repartida en dos escuadrones, tomó el avanguardia. Y de esta manera que dicho ha la Crónica, los franceses caminaron hasta llegar á la puente del río Losanto, hasta llegar cuatro millas de Barleta. El Gran Capitán, que muy bien había sabido que los franceses venían contra él, determinó de los aguardar á la pasada del río, y de los saltear con su gente, y de les dar un rebato antes que asentasen su real. Y con este acuerdo el Gran Capitán salió con toda su gente de armas y caballos ligeros é infantería, y púsose en el camino por donde los franceses habían de pasar, y no queriendo acometer á la vanguardia, fuese encubiertamente y cargó en la rezaga que traía monsiur de Aubegni; y los españoles dieron en la gente francesa con tanta fortaleza, que gran deseo tenían de les hacer mal y daño, que perdiendo muchos las vidas les convino retraerse hacia donde estaba la vanguardia, en los cuales fueron dando y matando una buena milla los españoles. En esto el Visorrey, que ya había sabido el daño de los de la retaguardia, vuelve á socorrer á los suyos con toda la gente y artillería de la vanguardia, lo cual fué causa que no se perdiese toda la gente de la rezaga, porque según los españoles los traían á mal traer, no se escapara hombre de ellos, y todavía no dejara el Gran Capitán el campo y de pasar adelante con el alcance, sino que se recelaba de un capitán italiano que se llamaba Alfonso de San Severino, que, según era fama, tenía lengua con los franceses, y era capitán de cien hombres de armas y de cincuenta ballesteros á caballo, y temíase no recibiese de aquella parte algún daño en su gente. Por esta razón, dando el Gran Capitán vuelta con su gente, se tornó á meter en Barleta, y los franceses todos juntos, así los de la rezaga como los de la vanguardia, pasaron el río y vinieron á asentar el campo de la otra parte de la puente del río de Losanto, donde á la boca de la misma puente asentaron su artillería y pusieron sus guardas de la otra parte de la puente, media milla contra Barleta, y el Gran Capitán tenía sus guardas tres millas de Barleta entre unas viñas, no muy lejos de donde la guarda de los franceses estaba. Y desde allí escaramuzaban cada día españoles y franceses, y se hacían todo el daño que hacerse podían.

CAPÍTULO L

De cómo los franceses fueron salteados de los españoles, y cómo por razón del daño que hubieron de aquella vez, el Visorrey alzó su real y se fué á Canosa.

Estando los franceses en aquel lugar de la puente de Losanto, viniéronles de socorro mil y quinientos suizos, con los cuales, dado caso que el campo francés fuese en desigual número mayor que no el de españoles, con aquella gente que era buena y venía de refresco se multiplicó en fuerzas, ánimo, poder; y así de ahi adelante no ponían duda los franceses en tomar á Barleta juntamente con el Gran Capitán, sino que como los franceses sean gente de no mucha razón y prudencia, y por el consiguiente sean muy desordenados, acaesció que muchas veces los infantes franceses se desmandaban de su campo y pasaban al lugar do los suyos tenían su guarda, y todos juntos unos por una parte y otros por otra se des-

mandaban á comer uvas de las viñas, que muchas hay en aquella tierra, y esto tenían cada día de costumbre. La guarda española viendo esto muchas veces, y viendo el desconcierto que en andar por las viñas tenían, determinó de avisar de ello al Gran Capitán, el cual poniendo sus espías sobre ellos, un día siendo el comendador Mendoza de guardia con cien caballos ligeros en el mismo lugar donde los españoles acostumbraban tener su guarda, envió á Diego García de Paredes y al prior de Mecina con doscientos caballos ligeros y con cincuenta hombres de armas para que salteasen la guardia de los franceses, cuando se desmandasen como solían á comer uvas por las viñas. Había en la guardia de los franceses cincuenta hombres de armas, y ciento y cincuenta caballos ligeros, y cuatrocientos infantes. Los sobredichos capitanes y gente de caballo salieron de Barleta, y muy secretamente caminaron hasta dar consigo en el lugar adonde la guarda de los españoles estaba; y como los reconociesen, dieron orden con el comendador Mendoza para que todos juntos saliesen á la guarda francesa, que á esta sazón andaban muy desmandados por las viñas comiendo uvas, y para este efecto los capitanes españoles hicieron dos partes de su gente, porque la una tomó Diego García de Paredes y la otra tomó el prior de Mecina; y Diego García de Paredes con toda su gente dió tan de recio en los de la guardia francesa por la una parte, y el prior de Mecina por la otra, que como los franceses anduviesen tan desbaratados sin concierto, comiendo y cogiendo uvas por las viñas, hicieron de aquel tropel muy gran mortandad en los franceses, los cuales viéndose salteados, no esperando otra cosa salvo la muerte según su desorden, cada uno como mejor podía procuraba huir y desviarse de aquel peligro y salvarse. Los españoles, que no por bien parecer habían acometido aquel hecho, sino por vengarse de los franceses, los siguieron matando y hiriendo en ellos, hasta los meter por las puertas de la puente adelante, adonde el Visorrey con todo su ejército estaba; y tan grande fué el miedo que los españoles metieron en el campo francés, que todos se tenían por perdidos, creyendo que todo el ejército español venía sobre ellos. Por lo cual todos alborotados se metieron en armas con voluntad de salir á los españoles, los cuales bien contentos con lo hecho tornaron sobre su camino de Barleta sin perder tan solamente un hombre, y de los franceses fueron muertos en aquel rebate ciento y cincuenta hombres, y gran parte de ellos presos y heridos. El Visorrey de Nápoles viendo el gran daño que de estar en aquella estancia de la puente cada día se les recrecía, en especial aquel de que muy pesante fué, haciendo los españoles sus hechos tan á su salvo, determinó de se alzar de aquel lugar, y que pues por aquella parte no podían dar á los españoles, ir con muy gran secreto sobre la ciudad de Taranto que estaba sin gente y muy mal proveída, donde estaba Luis de Herrera, que ya había enviado el Duque en España, según dicho es. Y con esta determinación el Visorrey se movió de aquel lugar de la puente de Losanto, y fuese con su ejército á Canosa; y como fué en aquella villa, luego con mucha diligencia dió orden cómo pusiese por obra su voluntad para ir sobre Taranto, y ansí porque el Gran Capitán quedase cercado en Barleta, como porque no barruntase que su voluntad era ir sobre aquella ciudad de Taranto, repartió su ejército por aposentos en esta manera: al capitán monsiur de la Paliza con doscientos hombres de armas y con doscientos caballos ligeros mandó que aposentasen en Rubo; el capitán monsiur Pocodinare con cien hombres de armas y cien caballos ligeros mandó aposentar en Terlique, y á monsiur de Chandela con cien hombres de armas y cien caballos ligeros mandó aposentar en la Chirinola, y su persona con monsiur de Aubegni con toda la otra gente de armas é infantería y caballos ligeros se quedó en Canosa. Siendo de esta manera aposentado el campo francés por las tierras comarcanas de Barleta, teniendo medio cercados á los españoles, el Gran Capitán que ni de día ni de noche no pensaba sino en la manera que había de tener para se defender de los franceses, porque aquellas dos provincias Puglia y Calabria no viniesen á su poder, y ansímismo procurando por otra parte cómo los dañase, supo del repartimiento que de su gente el Visorrey había hecho por aquellos lugares comarcanos, y pensó que aquella distribución no se había hecho sin misterio, y no asegurándose de aquello, que según su gran prudencia pensó no tener buen fin, determinó de enviar luego al capitán Pedro Navarro á Taranto, para que juntándose con Luis de Herrera diesen entre sí orden de defender

aquella ciudad si franceses fuesen á poner cerco sobre ella, al cual dió trescientos infantes y dos galeras en que fuese por mar y más prestamente cumpliese aquel viaje.

CAPÍTULO LI

De cómo monsiur de Nemos se partió de Canosa para ir sobre la ciudad de Taranto, y de lo que le acaeció con los españoles en el camino.

Ya dijimos arriba cómo el Visorrey de Nápoles después que se alzó de sobre la ciudad de Barleta se fué á Canosa, el cual con voluntad que tenía de ir sobre la ciudad de Taranto repartió su gente por aposentos por aquella comarca de Barleta. Pues dice ahora la crónica que dejando el Visorrey de Nápoles al capitán monsiur de Aubegni en Canosa con mil y quinientos infantes con la mayor parte de gente de armas y caballos ligeros, él con trescientos hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, y con cinco mil infantes y nueve piezas de artillería se partió de Canosa y se fué á la ciudad de Taranto, según que el Gran Capitán lo había sentido, para cercar aquella ciudad y hacer por aquella parte daño, pues no lo habían podido hacer en Barleta. El capitán Pedro Navarro que, según dicho es, el Gran Capitán había enviado á Taranto para socorro de aquella ciudad, allegó con muy gran diligencia en ella, adonde halló á Luis de Herrera que tenía cien caballos ligeros en guarnición de aquella ciudad, y aderezando con él todo lo que convenía para defensión de aquella tierra, supieron cómo los franceses á más andar se acercaban á aquella parte; por lo cual saliendo ambos estos dos capitanes de Taranto se fueron á una villa que está no muy lejos de Taranto, que llaman Castellaneta, adonde estaba el Arzobispo de Mazarra y el Conde de Matera, los cuales tenían la parte de España, y tenían consigo sesenta hombres de armas italianos y otros sesenta caballos ligeros, y fueron á aquella villa por ver si era fuerte y se podía defender; y hallando que no era suficiente para esperar en ella al campo francés y comunicando las cosas que convenían con aquellos príncipes, determinóse Luis de Herrera y el Arzobispo de Mazarra y el Conde de Matera se quedasen dos días en la Castellaneta, dentro de los cuales proveyesen algunas cosas en la villa; y si viniesen los franceses, avisasen en Taranto, y quedaron con ellos sesenta hombres de armas y sesenta infantes, y cien caballos ligeros; y ordenado esto el capitán Pedro Navarro con sus infantes se tornó á Taranto para proveer él por su parte lo que cumplía á la ciudad. Ya en este medio el Visorrey estaba en una villa que dicen Linterno, adonde fué avisado que los españoles que estaban en Taranto quedaban en Castellaneta, y que en breve se habían de tornar á la ciudad, de cuya causa luego el Visorrey despachó á Luis de Haste y á monsiur de Formento, que por otro nombre se decía Castilione, que con cien hombres de armas y con cuatrocientos caballos ligeros tomándoles la delantera los esperase en el paso por donde habían de pasar y los salteasen en el camino. Con esta orden los sobredichos capitanes franceses se partieron de Linterno, y pasaron muy secretamente de noche por la Castellaneta y fueron á un paso junto á unas lagunas que están cinco millas de Taranto en el mismo camino de Castellaneta. Y en esto el conde Matera, y el Arzobispo de Mazarra y Luis de Herrera saliendo ya bien tarde de Castellaneta, para irse á Taranto á avisar á Pedro Navarro de cómo tenían nueva de los franceses, yendo por el camino bien descuidados de lo que sucedió, allegaron ya bien noche á aquellas lagunas donde los franceses estaban esperando, y dejándolos pasar un poco adelante para los tomar por las espaldas, salieron todos de tropel y dieron de recio en la gente italiana que aquellos capitanes llevaban, y como los tomasen por las espaldas y pensasen con la oscuridad de la noche que venía todo el campo francés sobre ellos, debaratáronse todos sin hacer muestra de resistencia, y mataron de aquel salto los franceses treinta hombres y prendieron al Conde de Matera. Hubieron en este rebate ansímismo cerca de cien caballos, y verdaderamente no quedara tan solo un hombre que no fuera muerto ó preso, salvo que con la oscuridad de la noche se salvaron los más y se fueron á Taranto bien mal parados de lo que les sucedió aquella noche. El Conde de Matera, como dicho es, siendo preso por monsiur de Formento, hizo pacto de se rescatar en diez mil ducados, el cual como de presente no tuviese aquella suma para podella pagar, alcanzó de monsiur

de Formento facultad para ir á buscar aquellos dineros á Barleta, dejando en rehenes en lugar suyo á un sobrino.

CAPÍTULO LII

De cómo el Visorrey de Nápoles se movió de Linterno y vino á cercar á la ciudad de Taranto, y de lo que sucedió después con los franceses, como adelante se dirá.

Después que los franceses hubieron roto la gente que iba á Taranto de Castellaneta, luego se tornaron adonde el Visorrey de Nápoles estaba, el cual había quedado con todo su ejército en aquella villa de Linterno, y como fueron todos juntos, muy alegre el Visorrey de lo bien que á los suyos había sucedido aquella noche entre Castellaneta y Taranto, determinó de se mover la vía de Taranto y á dar fin aquello que determinado tenía, y ansí se partió de Linterno, y llevando su camino derecho, pasó por Castellaneta y tomóla en su devoción; y saliendo de aquel lugar llevó su camino derecho á Taranto, y allegando cuanto á una milla de la ciudad, puso allí el asiento de su real junto á un río que entra en el mar Pechino, y estuvo en aquel lugar algunos días informándose de la manera que habían de tener para tomar la ciudad; pero el tiempo que allí estuvo recibió mayor daño en la gente que no sacó provecho. Y al fin viendo la fortaleza de la ciudad y la buena orden que tenían los de dentro en se defender, determinó de se alzar de allí é irse á Canosa, adonde, según dicho es, había quedado el capitán monsiur de Aubegni, y antes que fuese á Canosa fue con todo su ejército al cabo de Taranto, y en el camino tomó una villa que llaman Oira, juntamente con el castillo, adonde estaba por castellano un capitán que decían Moreno, y antes que se partiese de sobre Taranto dejó en las villas y lugares de aquella comarca sus guarniciones, porque en Castellaneta dejó el capitán Grimoneto con cincuenta hombres de armas y cien caballos ligeros, y en las grutallas dejó á monsiur de la Candela con cien hombres de armas, y en Panosa y en Leporana, que son dos lugares cercanos uno de otro, dejó al capitán Fabricio, hijo del Conde de Gonza, con el cual dejó doscientos hombres de armas y sesenta caballos ligeros. Aposentada, pues, la gente en esta forma que dije, habiendo tomado á Oira con otros lugares de aquella provincia, el Visorrey fué á Lichea, unas villas que estaban por el Rey de España, y como fué sobre ellas luego se le rindieron, y reposando en aquella villa algunos días se fué á Canosa.

CAPÍTULO LIII

De un reñido campo y desafío que entre once caballeros franceses y once españoles se hizo en Taranto, y de lo que sucedió.

Grandes cosas acaecían cada día entre españoles y franceses, de las cuales solamente cuenta la crónica las que por ser dignas de memoria merecen perpetuidad. Acaeció, pues, que al tiempo que los franceses tenían su real cerca de Barleta hubo entre los franceses quien dijo que los españoles no sabían pelear á caballo, y que todo su hecho era acometer á los enemigos á pie, y que en aquella manera de pelear era buena gente y se sabían bien valer, pero que á caballo ellos les tenían muy gran ventaja, como hombres que todo el ejercicio de la guerra de ellos era lo más á caballo, y como más experimentados les tenían muy excesiva ventaja. Los españoles defendían lo contrario, diciendo que ellos no sólo sabían pelear á pie pero aun á caballo, de lo cual ellos se alababan, poniéndoles por ejemplo la experiencia que de ello había, porque en todos sus acometimientos y escaramuzas siempre españoles llevaban lo mejor. Finalmente, tanto se altercó sobre esta materia, que hubo de resultar en sangriento fin, por razón que los españoles son no poco suntuosos y ambiciosos de la honra; porque afrentados de lo que los franceses días había que decían, queriendo los españoles tornar por sí, desafiaron á los franceses, porque á caballo como ellos habían dicho sabían poco, saliesen en campo once caballeros franceses contra otros once caballeros españoles, y que allí se vería el verdadero testimonio de aquello que decían. Los franceses, no poniendo duda en el vencimiento, aceptaron el desafío, y así se atreguaron los unos á los otros hasta tanto que el campo fuese hecho. Enviábanse de una á otra parte personas que diesen orden en el desafío, ansí para concertar el lugar adonde se había de hacer como para dar á cada parte las armas que habían de llevar. Finalmente el lugar para el combate se señaló junto á la ciudad de Taranto en una tierra de venecianos, y las armas que habían

de llevar eran á guisa de hombres de armas con hachas y espadas, y estoques y dagas, y asimismo para seguridad del campo se dieron rehenes de una parte á otra, según que se acostumbra hacer en semejantes desafíos. Y después de todo aderezado, allegado el día del combate, que fué á veinte y siete días del mes de Septiembre del sobredicho año de mil y quinientos y tres, los españoles salieron de Barleta, los cuales por entrar en campo tan señalado es justo decir los nombres de los unos y de los otros. Fueron de la parte de España once caballeros soldados muy escogidos: el primero fué Diego García de Paredes, el cual así por su fortaleza como por entrar aquel día herido de tres heridas en la cabeza que tres días antes le habían dado en Barleta departiendo un ruido que entre los soldados hubo, donde si no se hallara murieran más de mil soldados, es razón le nombre la crónica primero; el segundo Diego de Vera, capitán del artillería, varón de muy gran virtud, y el tercero fué otro muy buen soldado que llamaban Jorge Díaz Aragonés, y el cuarto fué Martín de Tuesta, aquel buen capitán que al tiempo de las treguas entre franceses y españoles había quedado en la Tripalda; el quinto se llamaba Moreno, de quien ya la crónica ha hecho mención que estaba en Oira antes que viniese en poder del Visorrey de Nápoles, según dicho es; el sexto se llamaba Oliván; el séptimo se llamaba Segura; el octavo se llamaba Arévalo; el noveno, Aguilera; el penúltimo, Pivar; el último, Oñate; todos varones de mucho ánimo, en quien con razón se cometió la honra de España como en aquel desafío se altercaba. Antes que estos soldados combatientes saliesen del real y asiento, el Gran Capitán los habló encomendándoles mucho procurasen sustentar la honra de España y mantenerla con las armas, como habían sabido tornar por ella con palabras que cuestan muy poco y menos valen si no se hacen verdaderas con el hecho, y que supiesen ciertamente que en aquel día ganaban particular honra para sí y su tierra haciendo su deber si salían vencedores del campo, porque todas aquellas otras afrentas y acometimientos, dado caso que ellos hubiesen salido victoriosos, no se atribuya á ninguno la honra en particular sino en general á los españoles; pero en aquel desafío solamente sus personas la ganaban, como ganada y merecida por sus propias obras. Y con esto encomendándolos á Dios, los dichos combatientes españoles salieron del real y llegaron al lugar del campo, y allegaron antes que los franceses; los cuales no menor diligencia habían puesto en se aderezar de su parte para aquel día que aplazado tenían. Fueron los combatientes franceses no poco escogidos en todo el ejército, aunque á la verdad según su soberbia, no pensaban que era menester tan fuerte gente como ella era para haber de combatir con españoles. Los nombres de los combatientes franceses son los siguientes: Monsiur de Rosón, la Ribiera, Pedro de Bayarte, Mondragón, Velabra, Simonete, Ynovate, Torrellas, Nampón y Lisisco; todos capitanes y varones nobles de mucha virtud. Puestos juntos españoles y franceses en el lugar señalado del combate, los jueces que para aquel hecho habían sido nombrados metieron en el campo los combatientes, y poniéndolos á cada una de las partes en su lugar, apartáronse á fuera y partiéndoles el sol vinieron unos contra los otros con mucha fortaleza. Pararon sus golpes de tal manera que del primer encuentro cayeron á tierra dos franceses y dos españoles; dejando las hachas metieron mano á las espadas, y de ahí cada uno se aprovechaba de las otras armas según les parecía que las había menester. Grandes fueron los golpes que se daban, y verdaderamente fué muy reñido combate, ansí por los unos como por los otros, porque los españoles procuraban ganar honra porque no quedasen los franceses por verdaderos de lo que habían dicho; los franceses por el contrario pugnaban por sacar verdadera su opinión, por razón que si salían victoriosos de ahí adelante serían tenidos por mejores cabalgantes y más diestros y esforzados; y con esto cada uno hacía muy grandísimas cosas de su persona, y dábanse muy recios y pesados golpes; de manera que muy mucha sangre les salía por entre las armas, y aun el campo se teñía de la sangre que de las heridas salía, aunque muy mayor abundancia era la que de los caballos salía, que casi todos los más fueron muertos y heridos. Andando, pues, en la mayor priesa del pelear, todos los caballeros franceses vinieron al suelo, si no fueron tres de ellos, que fueron Pedro de Bayarte y otros dos. De los españoles asimismo quedaron á pie otros tres, que fué Jorge Díaz y Diego de Vera y Oliván; todos los demás perdieron los caballos, aunque á esta sazón ansí las hachas como las espadas

y estoques y lanzas, todas las demás estaban por el suelo hechas pedazos, y ansí no tenían armas con qué poder pelear. Los franceses los más de ellos ó todos estaban en el suelo no se pudiendo defender de los españoles que quedaron á caballo, que eran seis. Convínoles retraerse á un lugar, adonde en un mismo círculo y compás estaban cuatro caballos muertos, y ansí tomando siete lanzas de las que estaban en el suelo, comenzáronse á se defender de los españoles, con harto trabajo suyo, porque ya no se podían resistir ni amparar en el campo contra ellos. Pero Diego García de Paredes, que había la victoria en las manos, como vido que aquellos franceses se defendían en aquel lugar y que los compañeros no los entraban, comenzó á decir en alta voz, pues que la victoria habían alcanzado, ó á lo menos la mayor parte de ella, procurasen dar el fin que en aquel combate deseaban, diciéndoles que por estar él tan atormentado de las heridas que en la cabeza tenía, no se apeaba de su caballo, pero que bien vían que si no era á pie no se podían de otra manera entrar aquellos franceses que estaban reparados con los caballos. Y así Diego García de Paredes, con muy grande enojo que de ver cómo tanto tiempo les duraban aquellos vencidos franceses en campo, y por dar ánimo á los compañeros, arremetió con su caballo muy denodadamente contra ellos, y peleó solo con aquellos siete franceses un buen rato; pero al fin, como por razón de los caballos que estaban en el campo muertos no pudiese revolver el suyo á su placer, ni aprovecharse de los enemigos á su voluntad, hubo de retirarse afuera muy cargada su persona de muy pesados golpes y el caballo muy lleno de heridas que apenas se podía tener. En este medio los otros españoles se habían apeado de sus caballos y venían á ferir en los franceses con voluntad de dar fin en aquel combate, que la noche estaba ya muy oscura y érales muy gran vergüenza que gente vencida les durase tanto en campo. Pero los franceses, que ya estaban más acompañados de miedo que no de soberbia, viendo venir á los españoles á dar en ellos, determinaron de los requerir diciéndoles que ellos habían hecho como buenos caballeros, y que no procurasen de llegar al cabo aquel combate, porque era ya pasada gran parte de la noche y que se contentasen con sólo el hecho y que los dejasen salir á ellos del campo, quedando en él los españoles; los cuales fueron de voto y opinión que ansí se hiciese, diciendo, que pues los franceses habían sido los requeridores, de cualquier manera que saliesen, sería suya la vergüenza, y la honra y prez de los españoles, y que por esta razón no debían hacer más en aquel caso. Pero Diego García de Paredes, que muy recatado era en todos los puntos de honra, no quiso pasar por aquellas condiciones, diciendo que no satisfacía cosa alguna con lo que eran obligados, ni cumplían de aquella manera con su honra, por lo cual él se determinaba que lo que de aquel lugar los había de sacar, había de ser la muerte de los unos ó de los otros. Por estas palabras de Diego García de Paredes vino la cosa á tanta discordia entre los españoles que fué causa de no acabar del todo aquel hecho ni alcanzar cumplidamente la victoria, que sin ninguna duda hubieran, si todos ellos se concordaran en un mismo parecer. Y así con todo su daño y heridas de cabeza se apeó después de rompida su lanza, y habiéndosele por desgracia caído la espada de la mano y perdida la maza, obstinadamente se valió de tirar piedras, con las cuales por orden el espacio del campo estaba señalado, de que hizo mucho daño é impedimento á los enemigos. Finalmente, los franceses salieron del campo y los españoles se quedaron en él con la mayor parte de la victoria. Duró este combate de once por once cinco horas y más, las cuatro horas de día y lo demás de noche. Fué el más reñido y duro combate que nunca se vido ni se leyó jamás. Los jueces en el tribunal sentenciaron que la victoria era incierta, con tal que á los españoles les fué dado el nombre de valerosos y esforzados, y á los franceses el loor de una grande constancia. Pero bien es aquí aplicar un agudo y muy sotil dicho del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Aguilar y de Córdoba acerca de esto, porque habiendo vuelto los caballeros españoles del combate, loando Alarcón en presencia del Gran Capitán á Diego García de Paredes, y en su propia presencia, sus excelentes obras que había hecho en este trance, que faltándole las armas se había ayudado de las dichas piedras, el Gran Capitán respondió: «No tienes por qué maravillarte en ninguna manera tanto de esto, porque Diego García de Paredes en todo es muy valeroso y muy animoso soldado, y más que confiado en sus naturales armas se ha habido

más esforzada y gallardamente que los otros». Todos aquellos caballeros y gentiles hombres que estaban presentes se rieron y holgaron mucho, porque por vía de palacio y pasatiempo tachaba á Diego García de Paredes un humor malancónico que le tomaba muchas veces y venía á salir de sí. Y tenía el dicho García de Paredes por costumbre dar de puñadas á los que estaban más cerca, así como hacen los furiosos cuando echan piedras á la multitud de la gente. De allí adelante los franceses y españoles encendidos por la gloria de la honra, con mayor orden y esfuerzo peleaban, de manera que parecía que más combatían por la gloria que por el derecho del reino. Por lo cual se hacían muchas veces emboscadas, y otras veces combatían en abierta campaña, pero en el rescatar y trocar los soldados prisioneros hubo muchas contiendas de la una y de la otra parte, porque eran muy afligidos y molestados los soldados y capitanes, y era la causa que ponían mayor tasa en el rescate de los prisioneros de lo que era justo, y así no podía sufrirse. El Gran Capitán queriendo poner en esto remedio, se concertó con monsiur de Nemos, Visorrey de Nápoles, de esta manera: que un soldado privado por su rescate diese la paga de un mes; un hombre de armas de tres meses; un capitán de una compañía ó un alferez la paga de seis meses; el capitán de una banda de caballos el sueldo de un año; los otros capitanes de la orden de los nobles, cuando fuesen presos, pagasen de tasa á arbitrio del capitán general cuyos prisioneros fuesen. Mandó después de esto el Gran Capitán un bando por su campo, el cual mandó severamente guardar, que con los prisioneros usasen liberalidad y magnificencia, y esto fué por dar honra y fama á la nación española, porque los españoles no sólo de esfuerzo, mas aun de humanidad y cortesía, quería que hiciesen ventaja á los franceses. Pero como los franceses estuviesen muy airados del mal suceso de la lite de once por once, viendo cuán mal había sucedido á los suyos en aquel combate y desafío, determinaron de se vengar de otro modo y manera, y ganar por otra parte lo que por aquella habían perdido. Y con esta determinación y voluntad monsiur de la Mota, que á la sazón estaba en Rubo, salió con toda la gente de caballo que en aquella villa de Rubo estaban y fué á dar un tiento en Barleta, en la cual tan solamente habían quedado D. Diego de Mendoza con algunos otros caballeros é infantes, porque toda la más gente era ida con el Gran Capitán al combate, para favorecer y ayudar á los suyos, si por caso fuesen de los dichos franceses contra la seguridad acometidos. Y por esta causa sabiendo el capitán monsiur de la Mota la muy poca gente que en Barleta había quedado, vínose según se ha dicho arriba sobre ella. Pero don Diego de Mendoza, que muy buen caballero y esforzado era, no quiso en ninguna manera esperar á los enemigos dentro en la ciudad cerradas las puertas, sino con muy grande ánimo, varonil corazón, salir á los recibir con su gente aunque era poca, mas animosa; el cual con aquellos pocos españoles y italianos que allí tenía, y los sobredichos franceses (que hasta las puertas de Barleta corrían por todos los caminos y heredamientos y atalaban lo que podían en ellas) se trabó una tan reñida escaramuza que muchos franceses perdieron allí las vidas y muchos fueron heridos y presos, y al fin no pudiendo más sufrir la fuerza de los italianos, que en aquel día lo hicieron muy valerosamente, se comenzaron á desbaratar unos por una parte y otros por otra. Y D. Diego de Mendoza, que en aquella escaramuza mostró muy bien su valor y la fortaleza de su corazón, con pérdida de muy pocos de los suyos y con mucha honra de la alcanzada victoria, se tornó á Barleta, adonde otro día vino el Gran Capitán con la otra gente y caballeros combatientes muy alegres, no tanto por la victoria tan crecida y afamada que de los once caballeros franceses alcanzaron, cuanto por la buena victoria que el capitán D. Diego de Mendoza hubo tan á su salvo y honra. El cual contó al Gran Capitán muy largamente todo lo que le había acaecido después que de la ciudad de Barleta se partió al combate, alabando muy mucho á la nación italiana, que en aquel día lo habían hecho muy virilmente, usando de muy gran corazón, virtud, fortaleza y ánimo contra los franceses.

CAPÍTULO LIIII

De cómo un capitán francés, que se llamaba monsiur de Alegre, fué sobre una villa que dicen San Juan Redondo, y lo que sucedió.

Después de aquel famoso combate de once por once, que entre españoles y franceses hubo, según dicho es, el Visorrey de Nápoles,

que no entendía otra cosa salvo en destruir á los españoles, supo cómo en una villa que es la montaña de Sanctángelo, que dicen San Juan Redondo, estaba un capitán español con ciento y cincuenta españoles en guarnición de aquella villa, y que si se pusiese diligencia, se podría muy fácilmente tomar junto con otros lugares y villas de aquella montaña; el cual luego envió contra aquella villa de San Juan Redondo uno de sus capitanes, que llamaban monsiur de Alegre, con trescientos hombres de armas y quinientos caballos ligeros y mil y quinientos infantes, con siete piezas de artillería. Y con esta orden y mandamiento se partió monsiur de Alegre de Canosa, y por sus jornadas allegó á San Juan Redondo, adonde con mucha diligencia asentó su campo y hizo todos los aparejos que convenía para la expugnación de aquella villa y asentó el artillería contra el muro, el cual hizo batir con mucha fortaleza dos días continuos, de cuya causa vino á tierra una buena parte del muro. Pues como en los semejantes combates suele, acaeció luego que se hubo dado la batería, monsiur de Alegre hizo meter en armas su gente, y en allegándola al muro dióse la batalla á la villa, adonde como los franceses fuesen muchos en número y los españoles pocos, conveníales cumplir con fuerzas y ánimo la falta de la gente, por manera que hicieron tanto aquel día de sus personas, que dado caso que gran parte del muro hubiese el artillería de los franceses echado por tierra, rebotaron aquel día á los franceses y les mataron é hirieron más de veinte soldados con harto poco daño suyo. El Gran Capitán que estaba en Barleta, luego que monsiur de Alegre se partió de Canosa para ir contra San Juan Redondo, fué luego avisado, por lo cual con mucha presteza despachó á Diego García de Paredes con ochocientos infantes, para que metidos con aquella gente en dos galeras y otros siete navíos fuese á la mayor priesa que pudiese á socorrer aquella villa por la vía de la mar. Diego García de Paredes, que no era perezoso en lo que tocaba al servicio de su rey, luego se movió de Barleta la vía de San Juan Redondo, y tanto anduvo que llegó á vista de la villa. Los franceses, como vieron venir aquellas velas, reconocieron que eran españoles, y por esta causa monsiur de Alegre mandó apresurar la batería, por razón que antes que los españoles socorriesen la villa, la tomasen. Y de tal manera la batieron y con tanta fortaleza, que en poco espacio metieron llano por el suelo una gran parte del muro, por lo cual convenía á los de dentro de la villa combatirse con los franceses á lanza pareja. Finalmente, el Gobernador español viendo la poca gente que tenía y la mucha de los enemigos, y que era imposible los de dentro de la villa combatirse con los franceses y poder sostener la villa á causa del muro derribado, determinó de venir en concierto con monsiur de Alegre, al cual envió á decir que si le hiciese seguro á él y á los suyos juntamente con los de la villa, de sus personas y haciendas, de manera que no recibiese daño de alguna persona, que ellos le entregarían la villa, donde no, que ellos determinaban de morir como les convenía, de morir en prisión ó de morir en libertad, defendiendo la villa con todo su poder y fuerzas. Monsiur de Alegre, que como era francés de naturaleza ansí lo era en sus malas maneras, mostró que era contento de pasar por aquel partido con condición que los de la villa pudiesen hacer lo mismo, y ansí lo prometió sobre su fe de hacer, y con esto el capitán español, no creyendo que monsiur de Alegre haría otra cosa, le recibió á él y á su gente en San Juan Redondo; y queriéndose partir aquel capitán, monsiur de Alegre, yendo contra su fe y palabra, hizo prender al capitán español y á todos los suyos, á los cuales hizo despojar de sus armas y caballos y todo lo que tenían. Junto con esto hizo saquear la villa y hacer otros agravios que no debiera, por solo cumplir su palabra y fe. En esto Diego García de Paredes era ya bien cerca de Manfredonia, el cual siendo visto por monsiur de Alegre, no quiso esperar en San Juan Redondo, por razón que por la batería que ellos habían antes dado en aquella villa estaba el muro muy mal parado y no era posible poderse defender de los españoles en aquel lugar. De cuya causa luego se partió con toda su gente de aquella villa y vínose la montaña abajo á San Juan Leonardo, con voluntad de irse á meter en otra villa que estaba la marina arriba, que llaman Veste, porque monsiur de Alegre tenía habla con algunos ciudadanos de Veste, en que le habían enviado á decir, cuando estaba sobre San Juan Redondo, que queriendo venir con su gente sobre aquella ciudad, ellos le prometían de le abrir las puertas y de le recibir dentro; y por esta razón monsiur de Alegre luego se movió

de San Juan Leonardo con toda el artillería y gente, y vino á una villa que llaman Ronda, que es asimismo en la sobredicha montaña de Santángel; y porque desde aquel lugar adelante camino de Veste no se podían llevar los carros del artillería, por la aspereza de la tierra, hízola monsiur de Alegre embarcar en cuatro galeras que el capitán Peri Juan, del armada francesa, al presente tenía en aquel puerto de Ronda, adonde juntamente con el artillería mandó embarcar quinientos suizos para guardar el artillería y para que se metiesen en Veste antes que ellos, y con esto el capitán monsiur de Alegre por tierra y el artillería y la otra gente por mar, cada cual enderezó su camino la vía de Veste. En esto Diego García de Paredes, que ya había llegado á Manfredonia, fué avisado de lo que monsiur de Alegre hizo en San Juan Redondo, y ansimismo de cómo por razón de la habla que con los ciudadanos de Veste tenía, con intención de se meter en aquella ciudad, había movido de San Juan Redondo la montaña abajo, la vía de aquella ciudad.

CAPÍTULO LV

De cómo Diego García de Paredes salió de Manfredonia de noche v allegó á Veste antes que los franceses y se metieron dentro.

Pasando estas cosas según la orden que monsiur de Alegre había dado en aquel hecho, Diego García de Paredes, que bien había sido de todo lo que pasaba avisado, estando como estaba en Manfredonia, se partió aquella noche de la villa á las tres horas de noche, y dándose la mayor priesa que pudo vino sobre Veste á la punta del día, ya que quería amanecer; y los de Veste, como reconocieron las galeras que venían por la mar ser españoles, teniendo ya concertado, según dicho es, con monsiur de Alegre de lo recibir dentro de la ciudad, diéronle luego aviso, diciendo cómo galeras españolas habían llegado con gente por mar á se meter en la ciudad, y pues él se había estado en venir, como se había concertado, no podían hacer otra cosa sino darles la ciudad y estar como estaban en obediencia, porque de otra manera, haciendo lo contrario, ellos no tenían aparejo para se defender tan solamente una hora. Los principales que de este caso habían sido autores con los franceses, no se hallando bien seguros en la ciudad, por razón que si el capitán español lo supiese los castigaría por su traición y menos fe, tuvieron por bueno y más seguro partido ausentarse de allí y irse adonde monsiur de Alegre estaba, en Ronda. Luego Diego García de Paredes, como llegó sobre Veste, saltó en tierra con toda su gente, que eran cuatrocientos hombres, y sin ninguna contradicción ni resistencia que en los de Veste hallase se metió dentro, y allí habló con los ciudadanos, confirmándolos en el amor del Rey de España y reprendiéndolos amorosamente lo mal que lo habían hecho en se cartear con los franceses y mostrarles voluntad de los recibir en la ciudad, en que mucho habían deservido á su Rey, lo cual todo se les perdonaba, queriendo de ahí adelante mudar la condición y fielmente, junto con él, mostrar sus fuerzas contra los franceses. Los de Veste se disculparon, echando toda la traición en los ausentes, diciendo cómo ellos habían sido los levantadores de aquel trato y que ellos no habían tenido conformidad ninguna con ellos en deservicio de su Rey. Finalmente, quedando los de Veste en mucho amor con el capitán español, hiciéronse luego con gran diligencia todos los aparejos que para esperar los franceses eran necesarios, esperando si por ventura los franceses todavía procurarían de venir sobre aquella ciudad. Monsiur de Alegre, como supo que la ciudad de Veste había sido de los españoles ocupada por razón de su tardanza, pesóle mucho de ello, pero no dejó todavía tentar con su gente lo que hacerse podía. El cual, enviando primero delante cincuenta hombres de armas y cien caballos ligeros y trescientos infantes, él se quedó en Ronda con voluntad de luego otro día siguiente moverse de aquel lugar la vía de la ciudad de Veste. Aquella gente francesa que monsiur de Alegre envió á saber el estado de la ciudad, á fin de tomar lengua del número de la gente española que dentro estaba, partiéndose de Ronda allegaron hasta milla y media de Veste antes que fuese de día, y allí se emboscaron todos hasta que fué el día claro, desde donde enviaron veinte hombres de armas y cincuenta caballos ligeros para correr la tierra é informarse de lo que en Veste se hacía. Y los corredores franceses con esta orden se partieron de la emboscada y llegaron junto á la ciudad, en un monasterio que se dice San

Francisco; y Diego García de Paredes, que fué avisado de los corredores franceses y cuán junto estaban de la ciudad, salió á ellos con ciento y cincuenta españoles de los suyos y dió sobre ellos con mucha fortaleza, y los franceses, por el contrario, se comenzaron á defender no teniendo en nada á los españoles; pero al fin los españoles hicieron tanto aquel día, que en muy poco espacio desbarataron á los franceses y mataron y hirieron de ellos más de treinta. Y los franceses, que todavía eran de los españoles seguidos, retrajéronse hasta el lugar do los otros franceses estaban emboscados, los cuales, recogiendo á los suyos y viendo ir los españoles todavía en su alcance, partieron de allí todos de aquel lugar y muy con gran priesa se recogieron á un lugar cercano de allí, que llaman Viço; y desde allí se fueron á Ronda á dar aviso de todo lo que alcanzaban del estado de la ciudad á monsiur de Alegre; y los españoles se tornaron muy alegres á Veste, habiendo hecho aquel acometimiento muy á su salvo y sin daño de los suyos.

CAPÍTULO LVI

De lo que acaeció al capitán Peri Juan en el puerto de Veste, y de cómo partiéndose de allí fué sobre Visela.

Háse dicho arriba cómo monsiur de Alegre desde Ronda había enviado gente para informarse de lo que se hacía en Veste. Dice agora la crónica que después que aquellos corredores franceses fueron por los españoles desbaratados, según dicho es, y tornando toda la gente que había enviado á Ronda, adonde él había quedado con voluntad de ese mismo día partir con la otra gente la vía de Veste, dijéronle el mal recibimiento que en los españoles habían hallado; y asimismo que como los de Veste ya habían mudado del propósito y voluntad que habían mostrado de los recibir, por manera que monsiur de Alegre, que muy bien conocía lo que su gente le decía, principalmente viéndolos venir tan mal parados como los vido, determinó de no seguir aquella empresa, antes luego se partió de Ronda y fuese con su gente á Canosa para dar aviso de su voluntad al capitán Peri Juan, que llevaba por mar el artillería. Despachó de presto una barca para le decir que, dejada la empresa de Veste, se tornase con aquella gente y artillería la vía de Visela y la cercase y la tomase por el Rey de Francia, y que no quisiese pasar adelante por razón que no había ningún efecto en aquel caso, antes recibiría daño en la gente. La barca se partió de Ronda para dar aviso al capitán Peri Juan; pero como las cosas de la mar no suceden todas veces conforme al querer y voluntad de los navegantes, sucedió aquel mismo día que el capitán Peri Juan se partió de Ronda para ir sobre Veste, la mar mudó su sosiego y, tornado en tiempo contrario, dió al través con el armada, por manera que, á cabo de mucho peligro, habiendo de ir el armada francesa la vía de Veste, fué á parar en un puerto de Esclavonia, de cuya causa ni la barca cumplió el mandado de monsiur de Alegre ni el capitán Peri Juan fué avisado de ella de lo que había de hacer, ni menos acabó aquello que le fué mandado por monsiur de Alegre, que era que fuese sobre Veste. Finalmente, el capitán Peri Juan, como vido el tiempo metido en bonanza, deseando cumplir lo que por monsiur de Alegre le había sido mandado, partióse con sus galeras de aquel puerto, de do había parado, creyendo que ya habría monsiur de Alegre tomado la ciudad de Veste y que allí le hallaría sin ninguna duda, según el concierto que con los de Veste tenía, y viniendo con muy buen viento, allegó cerca del puerto de Veste un día de mañana. A la sazón acaeció que salió del puerto una fusta de españoles, y el capitán Peri Juan, como la vió venir, encaró contra ella con sus galeras con voluntad de la tomar, y los que venían en la fusta, como reconocieron las galeras francesas, tornaron á muy gran priesa á se meter en el puerto, y los franceses todavía la fueron siguiendo hasta tanto que dos galeras de las francesas se adelantaron más y le tomaron el camino, por manera que convino á los de la fusta, antes que los franceses aferrasen con ella, allegar la proa en tierra junto aquel lugar do estaba el monasterio de San Francisco. Como allegaron los de la fusta, saltaron afuera desmanparándola por amparar sus vidas. Entonces el capitán de las galeras se metió en un bergantín y en los esquifes de las galeras metió doscientos hombres, y con aquel aparejo, dejando las galeras más metidas en la mar, se fué al lugar donde estaba la fusta española para la tomar. En esto, aquellos hombres que iban en la fusta española, que eran tan solamente diez hombres,

habiendo ya dado aviso á Diego García de Paredes de lo que en la mar pasaba, pusiéronse á defender la fusta y hicieron mucho contra los franceses; pero en fin, como ellos uesen pocos, los franceses tomaron tierra é hicieron retirar á los españoles la montaña arriba. En este tiempo Diego García de Paredes salió de Veste con ciento y cincuenta hombres y vino á aquel lugar do los franceses pugnaban por tomar aquella fusta española, y como gran parte de los suizos que el capitán Peri Juan traía estuviesen en tierra, la gente española de Diego García de Paredes dió de recio en ellos, y tanto hicieron aquel día que, peleando muy fuertemente, mataron los españoles más de cien hombres de la parte francesa, y de los que procuraban de se meter en los esquifes para se salvar fueron en la mar anegados más de veinte de ellos; los demás, con gran dificultad y daño suyo, se pudieron recoger á las galeras. Y verdaderamente aquel día muriera mucha gente, si no fuera que en todo el tiempo que los españoles escaramuzaban con los franceses no dejaban el artillería de las galeras de soltar muy á menudo su acostumbrada colación, de que no poco daño y mayor estorbo hacía en los españoles en no los dejar dar el fin de aquella escaramuza, muy más sangrienta que no lo fué. En esto el capitán Peri Juan, habiéndose recogido con su gente en las galeras, viendo el daño que había recibido y el poco que en los contrarios habían hecho, determinó de se mover de aquel lugar con las galeras é irse á Ronda, creyendo que hallarían allí á monsiur de Alegre, el cual, como fué en Ronda, supo cómo le había dejado mandado monsiur de Alegre que dejase la empresa de Veste y se tornase la vía de Visela á la cercar y tomar, según que la crónica lo ha contado, y hízolo así. Y Diego García de Paredes, muy contento del daño que había en los franceses hecho tan á su salvo, se tornó á Veste, quedando de los suyos sólo uno muerto y quince heridos.

CAPÍTULO LVII

De cómo el capitán Senón salió de San Juan Redondo y vino á correr á Santángelo, y de lo que le sucedió.

En este mismo tiempo que pasó en Veste lo contado, un capitán que monsiur de Alegre había dejado en San Juan Redondo al tiempo que salió de aquella villa para venir sobre Veste (al cual llamaban el capitán Senón), determinó una noche de salir de aquel lugar é ir á correr á Santángelo, una buena villa que es en la montaña, de cuyo nombre se llamó la montaña de Santángelo, adonde estaba en guarnición un capitán español que llamaban el capitán Villalba, de quien en otro lugar la crónica ha hecho mención, con trescientos infantes españoles. Y como el dicho capitán francés saliese de noche, vino hasta milla y media de Santángelo y allí se metió en un bosque espeso esperando á que viniese el día, y como ya fuese claro, envió desde allí cien infantes adelante á correr la tierra, á que tomasen alguna buena presa de ganado, de que hay mucho en aquella montaña; y los infantes franceses hiciéronlo así como por el capitán les había sido mandado, y comenzando á correr por aquellos términos y rededores de aquel lugar, robaron hasta trescientas cabezas de ganado que hallaron fuera de la villa. Y los pastores que guardaban el ganado, como vieron los franceses, desmampáráronlo y fuéronse á la villa de Santángelo á dar aviso al capitán Villalba, que allí estaba, de todo lo que pasaba, diciendo en cómo franceses habían subido la montaña y les habían robado todo el ganado que tenían fuera en los pastos y que habían procurado de captivarlos á ellos, y hacían otros daños y desaguisados en aquella comarca. De cuya causa el capitán Villalba, muy enojado de lo que oía, salió fuera de Santángelo con doscientos hombres, corriendo á grande prisa, y alcanzaron á los franceses, que llevaban aquella cabalgada de ganado, á media milla de aquel lugar, y dando con mucha fortaleza en ellos los desbarataron en poco espacio y mataron y prendieron los españoles hasta más de veinte franceses y, junto con esto, les tomaron la cabalgada, que no se perdió de ella tan solamente una cabeza de ganado; y los franceses, ansí desbaratados, escaparon por la aspereza de la montaña y se fueron donde habían dejado su capitán emboscado. El cual como supo que los españoles venían en pos de ellos y del mal recibimiento que habían habido sus soldados de los españoles (diciéndose muy propiamente por ellos que fueron por lana y vinieron trasquilados), levantóse á gran priesa del bosque y retrájose con su gente al lugar adonde habían venido, que era San Juan Redondo. Y los españoles,

viendo ya en su poder la cabalgada que los franceses llevaban, se tornaron asaz alegres á Santángelo, no queriendo más seguir á los franceses.

CAPÍTULO LVIII

De un desafío que Diego García de Paredes hizo contra monsiur de Formento, y de cómo Diego García de Paredes salió del campo con mucha honra.

La crónica ha ya contado cómo cuando el Visorrey de Nápoles fué sobre Taranto, desde Barleta envió á Luis de Aste y á monsiur de Formento para que aguardasen á Luis de Herrera y al Conde de Matera y Arzobispo de Mazarra y los destruyesen juntamente con la gente que llevaban. Pues dice agora la crónica que, habiendo ya monsiur de Formento tomado en prisión en aquel rebate al Conde de Matera y dádole libertad, quedándole un sobrino suyo en rehenes, para que fuese á Barleta por los dineros de su rescate, y no los hallando dentro el término que era tenido de los enviar, á lo menos todos ellos, el Conde de Matera escribió una letra al capitán monsiur de Formento, que era el que, según dicho es, había tomado en prisión al Conde, haciéndole saber cómo él había trabajado mucho y puesto diligencia en buscar la suma de diez mil ducados de su rescate que le debía, y que, según la gran penuria y falta en que aquellas guerras tenían puesto aquella tierra, en especial á Barleta, él no había podido hallar tanta cantidad, y que por esta razón le rogaba que, pues entre caballeros es uso y costumbre hacerse, le diese término más competente dentro del cual pudiese buscar toda aquella suma de diez mil ducados, y que él le daba su fe y palabra de se los enviar en hallando cumplimiento de todo. Como monsiur de Formento leyó la carta del Conde de Matera, apartándose de aquello que á ley y gentileza de caballeros se debe, con muy grande enojo y soberbia le respondió por otra carta, por la cual le decía cuán conocido tenía mucho antes de aquello la poca fe de italianos y españoles, y cuán mal la sabían mantener, y que muy peor hacía quien en ellos se fiaba, jurando que aquello le escarmentaría para todas las cosas de adelante, y otras cosas muchas que la carta decía en desacato de ambas las naciones italiana y española. El Conde de Matera, como hubo leído la carta de monsiur de Formento, enojado de sus deshonestas palabras, la mostró al Gran Capitán; y como la hubo leído en secreto, la tornó á leer otra vez en altas voces delante de todos sus capitanes, acriminando en gran manera aquellas palabras, diciendo el gran cargo en que monsiur de Formento infamaba, no sólo á la nación italiana, contra quien principalmente venían dirigidas, pero también á la nación española, queriendo por ellas notar la poca fe que en las dos naciones había, y de su parecer era que se debía de volver por la honra de los españoles é italianos, pues en aquella carta muy gran detrimento padescían sus honras. Pero como todas las cosas que de voluntad se emprenden y con temeridad, como hizo monsiur de Formento, por la mayor parte tienen tristes y dudosos fines, y, por el contrario, las que de necesidad y compelidos, acostumbran tener prósperos sucesos, así acaeció en la respuesta de esta carta. Porque aquel animoso Diego García de Paredes, que al presente se halló en Barleta, por su gran virtud quiso ganar para sí aquella honra y prez, así por las palabras del Gran Capitán como por lo que en la carta de monsiur de Formento venía, y movido con enojo de aquello y por el celo de la honra de España, suplicó al Gran Capitán tuviese por bien darle á él licencia para retar sobre aquel caso á monsiur de Formento, que aquella letra tenía atrevimiento de enviar en denuesto de la nación italiana y española, á do tan buena gente hallaba de ambas aquellas naciones, y por esta razón él prometía como caballero de le hacer confesar por su misma boca que todo lo que, así contra italianos como españoles, había dicho, era mentira y gran falsedad, y que había escrito como malo y mentiroso caballero. El Gran Capitán, que no menor enojo de lo dicho tenía que cualquiera otro particular de la compañía, hubo muy gran placer de ver la voluntad que Diego García de Paredes mostraba en querer defender la honra de su nación y de los italianos, el cual, confiando en la virtud de Diego García de Paredes y conociendo cuán buenas salidas daba en todo aquello que pretendía de hacer, fué contento de le dar aquella licencia. Luego Diego García de Paredes, que muy ganoso estaba de verse metido en el campo con aquel francés, le envió un trompeta con un cartel de desafío, en

que le retaba y daba por mentira todo lo que contra la nación española é italiana había escrito al conde de Matera, y que por esta razón le desafiaba y ofrecía su persona en campo, adonde pensaba hacerle desdecir por su propia boca de todo aquello que contra su nación y contra la nación italiana había osado decir como malo y falso caballero. Con este desafío fué el trompeta á monsiur de Formento, á Canosa, el cual, viendo lo que le era dicho de parte de Diego García de Paredes, cuya fama y fortaleza estaba muy bien conocida en el campo francés, pesóle de lo que le había enviado á decir, viendo que no podía hacer menos, por lo que debía á su honra, de le responder, y que lo había de haber con Diego García de Paredes, á quien los franceses cada uno en particular temían por hazañas y grandes cosas que hacía y acometía. Pero no pudiendo hacer otra cosa, aceptó el combate, respondiendo de cómo él era muy contento de sustentar aquellas palabras, que con mucha verdad había dicho y que, pues dél salieron, él era caballero para las hacer verdaderas, así en lo uno como en lo otro. Pusieron para este combate todas las cosas necesarias, así de jueces como de personas que estuviesen en rehenes para seguridad del campo; señalóse el día del combate y el lugar adonde había de hacerse, que era entre Trana y Visela, según que otros combates y desafíos hacerse suelen. Y allegado el día del combate, Diego García de Paredes salió de Barleta con los jueces que de su parte habían de ser y con mucha gente que para ver el combate había salido, el cual para aquel día, por parecer y consejo de algunos amigos suyos, salió muy galán y muy bien devisado, con muchos penachos, así sobre su almete como en la cabeza y gropa de su caballo, tal que parecía que ponía envidia á los miradores por no ser cada uno de ellos el requeridor como lo era Diego García de Paredes. Y hechas las ceremonias acostumbradas, paseó el caballo, que español y muy bueno era, por el campo con mucha destreza, dando contentamiento á todos los que lo miraban, y después de asosegado, se puso á una parte del campo, aguardando á monsiur de Formento, al cual aguardó todo el día solar, en el cual monsiur de Formento no salió ni osó salir ni parecer en todo el campo, queriendo anteponer la vida á la honra, la cual aquel día perdió para siempre; por causa de lo cual los jueces que por las partes eran nombrados, todos conformes sentenciaron y declararon á monsiur de Formento ser falso caballero, y así procedieron contra su honra y fama según que contra los tales, según orden de caballería, se acostumbra proceder. Y esto hecho, los jueces y caballeros que allí se hallaron, sacaron á Diego García de Paredes con muy gran honra del campo y tornáronse á Barleta, adonde el Gran Capitán había quedado, del cual fué con mucho placer y honra recibido.

CAPÍTULO LIX

De cómo vino socorro de gente de Sicilia á la Calabria, y de cómo vino el Conde de Melito contra ellos en Terranova, y de cómo por la venida de D. Yugo de Cardona fueron librados los que estaban en el castillo de Terranova.

Era tan grande la hambre y falta de bastimentos que en este tiempo tenían los del campo español que estaban en Barleta, por lo cual padecía mucho trabajo, á los cuales dejará la crónica por agora, y dirá lo que en la Calabria acaeció en aquel mismo tiempo. Pues dice agora que un día, andados diez y nueve días del mes de Octubre del sobredicho año de mil y quinientos y tres, habiendo el Gran Capitán enviado por gente á Sicilia para guarnición de la Calabria, vino en aquella provincia gran copia de gente siciliana y española, toda muy buena gente; y como allegaron en la Calabria luego se fueron á meter en una villa que se dice Terranova, y estando allí dando orden en lo que debían de hacer, el Conde de Melito, que tenía la parte de Francia junto con el Príncipe de Salerno, como supo que españoles tenían tomada aquella villa por el Rey de España, estando á la sazón en la llana de Terranova allegó sesenta hombres de armas y ciento cincuenta caballos ligeros y cuatrocientos infantes, y con aquella gente vino sobre Terranova con voluntad de destruir á los que estaban dentro de la parte de España. Y como allegó á aquella villa, dió orden de dar la batalla, la cual comenzó á dar por una parte que dicen la puerta de la Judaica, y la gente que de la parte de España estaba hizo mucho en la defensión de la villa, y ansí se defendieron algunos días con mucha for-

taleza; pero al fin, como no hubiese mucha ó ninguna fe en los villanos de Terranova, tramaron muy secretamente de meter dentro al Conde de Melito y á su gente, y con esta voluntad, un día los de Terranova los metieron por una puerta que ellos mismos guardaban, que dicen la puerta de Santa Catalina; y los españoles como conocieron la traición de los de Terranova, no tuvieron otro remedio salvo recogerse todos en el castillo, los cuales el Conde y su gente siguieron hasta los meter en el castillo. En este alcance murieron dos soldados de la parte de España y otros muchos hirieron, pero al fin retraídos todos al castillo hiciéronse fuertes en él muchos días, por razón que el Conde los tuvo cercados más de veinticuatro días, dentro de los cuales los españoles padecieron muy gran trabajo de hambre y otras necesidades. De manera que faltándoles del todo el mantenimiento comían carne de algunos caballos que dentro tenían, que les fué no poca ayuda y consolación, que de otra manera sin ningún remedio perecieran de hambre; y bebían agua de unos pozos que en el castillo había de no muy buena agua, y verdaderamente no pudieran sufrirse cuatro días más que no vinieran en poder del Conde y de los suyos. Pero como todas las cosas que están en peligro y necesidad Dios sea el que da el remedio al mejor tiempo, acaeció que sabiendo D. Yugo de Cardona, que después de la partida del Rey D. Federico de Nápoles, se había ido á Roma, la necesidad que el Gran Capitán tenía de gente, salió de Roma con seiscientos infantes y fué á Sicilia, y de ahí con muy gran diligencia pasó á la Calabria con aquella gente en aquel mismo tiempo que los españoles estaban en el castillo de Terranova estrechamente cercados. Y estando en una villa de aquella provincia, que dicen Semenara, supo la gran necesidad en que el Conde de Melito tenía á los españoles, de cuya causa, metiendo en orden su gente, don Yugo de Cardona se movió de Semenara enderezando su camino la vía de Terranova. En esto el Conde de Melito, como supo la venida de aquel capitán español contra su persona y los suyos, dejando alguna de su gente en guarda del castillo, él mismo con ciento y cincuenta caballos ligeros y con cien hombres de armas y algunos infantes salió de Terranova para saltear en el camino á don Yugo de Cardona y á su gente. Y con esta voluntad se vino abajo de un casar que dicen San Martín, para los esperar allí, los cuales á más andar ya venían su camino derecho de Terranova; y al pasar de un río que corre por aquel lugar, la gente del Conde de Melito y de don Yugo de Cardona se encontraron, y allí comenzó á trabarse entre ellos una muy brava escaramuza y reñida, adonde la gente de don Yugo de Cardona hicieron tanto que con mucho daño de la gente del Conde le desbarataron, muriendo en aquella pelea veinte hombres del conde y catorce que fueron presos. Y después de mucho daño que de aquella vez hubo en la gente del Conde, recogióse él con la otra gente y se salvó con ella en Melito; y don Yugo de Cardona, muy alegre con la victoria que del Conde hubo, prosiguió su camino la vía de Terranova, adonde saliendo la gente que el Conde de Melito había dejado sobre el castillo, supieron lo mal que al Conde le había sucedido, y de cómo don Yugo de Cardona se venía á meter en Terranova á descercar los españoles y otras gentes del castillo; por lo cual los del Conde se levantaron de aquel lugar y se salieron á muy gran priesa y se fueron á Melito, adonde el Conde estaba, y don Yugo de Cardona allegando á Terranova destruyó aquel lugar y la saqueó, sacando del castillo la gente que en él se había retraído, según dicho es, lo cual mandó hacer por se vengar de la traición que los de aquella villa cometieron contra su rey y señor y contra su gente. De esta manera fueron descercados aquellos que por el Conde de Melito en el castillo de Terranova estaban cercados.

CAPÍTULO LX

De cómo los Príncipes de Calabria se movieron contra don Yugo de Cardona, y de lo que al Príncipe de Rosano acaeció con el capitán Peynero.

Después que el Conde fué roto en lo de Terranova en fin de aquel mes de Octubre del dicho año, los Príncipes de Vesiñano y Salerno con otros muchos varones y principales de aquella provincia de la Calabria se allegaron juntos en uno con doscientos hombres de armas y con cuatrocientos infantes y con doscientos caballos ligeros franceses, y con otra mucha gente de la tierra, y determinaron de venir contra don Yugo de Cardona, que esta-

ba en Terranova con su gente. El cual como supiese que los Príncipes de Calabria le venían á buscar con todo su poder, y viendo que aquella villa no era nada fuerte para los poder allí esperar, en especial temiéndose de los de la villa no le hiciesen otra semejante traición como la pasada, según dicho es, salióse de allí con toda su gente y fuese á otra villa que se llama San Jorge. Los Príncipes de la Calabria, después que se hubieron partido de Melito vinieron por Semenara, que estaba por el Rey de España, y tomáronla por fuerza de armas, y después la saquearon y quemaron muchas casas de los principales. Finalmente, dejándola muy mal parada siguieron su camino para Terranova, y viniendo sobre ella supieron cómo don Yugo de Cardona, siendo avisado de su venida, se había salido de aquella villa y ídose con su gente á San Jorge, y por esta razón los Príncipes se metieron en Terranova y estuvieron dentro más de quince días sin hacer cosa que de contar sea. Pero en este tiempo el Príncipe de Rosano, que era de los Príncipes de la junta, trató con los ciudadanos de Rosano muy secretamente para que tomasen al capitán Peynero, que estaba dentro de aquella ciudad, que la tenía en guarnición por el Rey de España, adonde tenía aposentados quinientos infantes y doscientos caballos ligeros. Y el Príncipe para haber de poner por obra este hecho, apercibió primero todas las tierras de la comarca, para que si el capitán Juan Peynero saliese de Rosano, no se pudiese escapar por ningún arte sin que fuese preso. Y dada esta orden, según dicho es, el Príncipe de Rosano vino á Rosano, y venía con mil y quinientos infantes de la provincia y ochenta hombres de armas y doscientos caballos ligeros, con voluntad de prender á Juan Peynero y á su gente. Pero como este capitán fuese avisado de la venida del Príncipe y por conjeturas hubiese sacado el trato que contra él había sido concertado, determinó de no esperar más allí, y una noche muy secretamente se salió de Rosano con su gente y fuese la vía de Cotrone. Como la gente del capitán Juan Peynero fuese la más de la provincia, como sintieron que el príncipe de Rosano venía contra Juan Peynero, amotináronse los más de sus soldados, en especial de la gente de infantería, y con toda esta falta que al capitán Juan Peynero se recreció, viniendo su camino la vía de Cotrón se encontró en la mitad dél con el Príncipe de Rosano y su gente, con el cual le convino de fuerza venir á las manos, y hubo con el Príncipe una muy recia y reñida escaramuza, y murieron muchos soldados de una y de otra parte; pero al fin como la gente del Príncipe fuese en desigual número mayor que la del capitán Peynero, hubo el Príncipe lo mejor de la batalla, y siendo los infantes del capitán Juan Peynero desbaratados, y por el mismo caso toda la otra gente de caballo y hombres de armas, no pudo hacer menos de desamparar el campo y retraerse con toda la gente que pudo recoger en Cotrón, adonde estuvo retraído algunos días hasta tanto que el Comendador Aguilera le socorrió, según abajo más largamente se dirá.

CAPÍTULO LXI

Del socorro que el Rey de España envió en la Calabria, y de cómo el Comendador Aguilera vino con gente de Roma ansimismo en socorro, y de lo que sucedió á los unos y á los otros.

Cállase al presente lo que en la Puglia acaecía, adonde el cuerpo de los dos ejércitos estaba, y dícese lo que pasó en la Calabria con los Príncipes de ella, que todos eran enemigos de España. Había mediante este tiempo muchas escaramuzas, rebates y otros recuentros entre españoles y la gente de los Príncipes de la junta, en los cuales ansí de los unos como de los otros había muertos y heridos y presos. Acaecían otros daños semejantes que en guerra acaecer suele, por lo cual el Rey Católico de España, que muy gran cuidado tenía, viendo la necesidad que los españoles que estaban en la Calabria tenían de gente y que el Gran Capitán no se podía sin gran daño deshacer de la gente que tenía en Barleta y en sus confines, que en defensa de aquellas tierras estaba, envió en la Calabria un caballero que llamaban Manuel de Benavides, con doscientos hombres de armas y doscientos jinetes y con cuatrocientos infantes para en socorro de los otros españoles que en la Calabria estaban. Y el sobredicho capitán con esta gente vino á una villa que dicen Rijoles, que está en la costa de la Calabria, adonde desembarcó un día, andados quince días del mes de Noviembre del sobredicho año, y después de esto estuvo algunos días en Rijoles dando

orden en lo que debían hacer, y partiéndose de Rijoles vínose la vía de una villa que dicen Yrache, adonde allegó á veintitrés días del dicho mes. Los Príncipes de la Calabria, que según se ha contado estaban en Terranova con su gente, como fueron avisados del socorro de gente que había pasado en la Calabria con Manuel de Benavides, luego desmayaron y dejaron lo que tenían determinado de hacer contra D. Yugo de Cardona, que estaba en San Jorge; y no osando esperar á los españoles en aquella villa que era asaz flaca de defensa, según dicho es, salieron todos juntos de Terranova y fuéronse á Melito. En Terranova dejaron un capitán que llamaban Malerma, con cien hombres de armas y con trescientos infantes gascones en defensa de aquella villa, si españoles viniesen sobre ella. El capitán Manuel de Benavides, siendo sabidor que los Príncipes de la Calabria se habían retirado á Melito, vino con toda su gente sobre el capitán Malerma, y allegando á Terranova comenzó á combatir el muro, y los de la tierra por el mismo caso se defendían con mucha fortaleza. Y al fin no pudiendo tomarlos con las armas, los tuvo cercados más de quince días, en los cuales el capitán Malerma hizo saber á los Príncipes el estrecho en que estaba y de cómo no podía hacer menos de se dar, si de ellos no fuese socorrido. Y por esta razón los Príncipes salieron de noche con toda su gente de Melito y vinieron muy secretamente sin ser sentidos aquella noche á Terranova, y por una parte de la villa sacaron al capitán Malerma con toda su gente y tornáronse con ellos á Melito. Y luego como fué de día, supo el capitán Manuel de Benavides lo que los Príncipes habían hecho, por lo cual sin más detener se movió de allí y fué en su alcance hasta dentro de Melito; y como no los pudiesen haber á las manos tornáronse de allí á un lugar que se dice Burelo, adonde aposentó su persona y gente hasta que fué tiempo de salir de allí, según se dirá en su lugar. Estaba en este mismo tiempo el Comendador Gomez de Solís en la Mantra con toda su gente, el cual como viese que los españoles ya comenzaban alzar cabeza y que era tiempo que se moviesen de aquel lugar en su ayuda y favor, aderezó toda su gente, que eran los que sacó de la Mantra ciento y cincuenta hombres juntamente con otra alguna gente de aquellos que se habían ausentado de Cosencia y vino sobre aquella ciudad, por razón que al tiempo que los principales se fueron á meter en Melito enviaron desde allí al capitán Gremino con mucha y muy buena gente á tomar la ciudad de Cosencia por el Rey de Francia. Y de esta causa avino que los españoles que estaban en guarnición de aquella ciudad se retrajeron al castillo y allí estaban cercados de los franceses. Finalmente, el Comendador Gómez de Solís vino una noche á Cosencia y de la media noche abajo se metió muy secretamente dentro en la ciudad y dió á deshora en los enemigos que estaban descuidados y tenían el cerco sobre el castillo, y de tal manera los acometió que en muy breve las guardas de los enemigos rompiendo, se metieron dentro en el castillo y le proveyó de más gente y de vituallas y de todo lo necesario para su defensión. En este mismo tiempo, el Comendador Aguilera, que estaba en Roma, movido de la fama de la necesidad que sabía que tenía el Gran Capitán, en especial la gente que estaba en la Calabria, y viendo que no tenían ni podían venir á mejor tiempo para servir al Rey Católico su señor, que en este tiempo tenía determinado de salir de Roma en el socorro de aquella provincia. Y con esta voluntad allegó cuatrocientos españoles, gente bien escogida, y con aquella gente se vino á Sicilia. Dende allí, sin se detener cosa alguna, pasó en la Calabria y se aposentó en la ciudad de Cotrón, donde tenían cercado al capitán Juan Peynero, al cual socorrió y descercó, y dende algunos días que el Comendador Aguilera estuvo en aquella ciudad con su gente y con alguna otra parte de gente que sacó de los castillos, salió de Cotrón dejando proveído con el capitán Juan Peynero lo que habían de hacer. Se fué sobre una villa que se dice Belcastro, adonde estaba un capitán francés que decían Olo, con cien franceses y con alguna otra gente allegada de las tierras y lugares comarcanos que ansimismo estaban de la parte de Francia; y como el Comendador Aguilera allegó sobre la villa de Belcastro, comenzó á combatirla muy fuertemente, y duró el combate más de una hora, en el cual combate de la una parte y de la otra fueron asaz muertos y heridos; pero al fin el Comendador Aguilera, como fuese aquella la primera cosa que en aquel reino hacía, pugnó mucho de ganar allí honra, por manera que al cabo de su trabajo la villa vino á su poder, la cual tomó por fuer-

za, y tomó ansimismo en prisión todos los franceses juntamente con el capitán Olo. Y después de esto el Comendador Aguilera mandó saquear aquella villa y hizo quemar muchos edificios, de manera que de aquella vez quedó la villa de Belcastro muy mal parada y arruinada de los españoles, donde se hicieron otros muchos daños ansí de los vecinos como de los soldados que estaban puestos en su defensa. Finalmente, el Comendador Aguilera se salió de aquella villa y vínose con su gente á otra villa que se llama Mesuraca, y allí estuvo algunos días, mediante los cuales el capitán Juan Peynero, que juntamente con el Comendador se había hallado en lo de Belcastro, dejando en Mesuraca al Comendador con cien caballos ligeros y ciento y cincuenta infantes, salió de Mesuraca y vino á socorrer la ciudad de gente que había dejado en Cotrón. Y viniendo por su camino el Príncipe de Rosano, que estaba en Santa Severina, como fué avisado de la partida de Juan Peynero y de su gente la vía de Cotrón, salió de Santa Severina con la gente que ende tenía y fué en pos de Juan Peynero que le llevaba mucha ventaja. Y temiéndose de esta causa de no le poder alcanzar, envió adelante con su capitán, el cual se decía Antón Barranca, con ciento y cincuenta caballos ligeros y con doscientos infantes para que le tomasen la delantera y se tuviesen con él, entretanto que llegaba con la otra gente. El capitán Barranca llegó y puso por la obra lo que el Príncipe le mandó, y tanto anduvo con su gente que tomó la delantera al capitán Juan Peynero, y pasando con su gente el capitán Antón Barranca se puso á esperar á los españoles junto á un río que por aquel lugar corre. Como estuviese allí esperándolos y viese que se detenían más de lo que pensaba que se podían detener, temiéndose no se pudiesen ir por algún otro lugar, envioles de allí hasta veinticuatro caballos ligeros, para que entretanto corriesen una villa que llaman las Castelas, y ansimismo mirase que tomasen lengua si el capitán Juan Peynero era pasado á Cotrón. Los veinte caballos se partieron de su capitán de junto al río de Tasila y vinieron á correr toda aquella tierra de las Castelas, donde tomaron asaz ganado y otras cosas, y con ello se vinieron á aquel lugar do el capitán Antón Barranca había quedado esperando. Y en este punto el capitán Juan Peynero asomaba con su gente la vía de Cotrón, y como llegó junto al río en el lugar do estaban los enemigos, fué de ellos salteado con mucha fortaleza; pero no con menor fueron de los españoles recibidos, adonde el capitán Juan Peynero hizo de su persona y tanto trabajaron los suyos aquel día, que á pura fuerza peleando muy reciamente los unos con los otros convino á los enemigos dejar el campo, por razón que después de haber peleado un gran rato los españoles llevaron lo mejor, habiendo de ambas partes muchos muertos y heridos, y el capitán Antón Barranca con su gente fué metido en rota; el cual con bien poca de su gente se salvó de la batalla y se fué adonde el Príncipe estaba, según dicho es. El Príncipe como vido á su capitán venir perdido y desbaratado con gran disminución de la gente que había llevado, hubo de ello muy gran pesar; pero creyendo que todavía el capitán Juan Peynero les venía en el alcance, temiendo no sucediese á su gente lo que de la otra había sucedido, tornóse atrás su camino á San Severino, de donde había salido con poder de gente que no tornó. El capitán Juan Peynero, glorioso con su victoria, se metió en Cotrón, no teniendo de ahí adelante en tanto á sus enemigos.

CAPÍTULO LXII

De cómo un capitán salió de Manfredonia y tomó una villa que llaman Toja, y de cómo el Visorrey dividió su ejército en ayuda de la Calabria, y de lo que sucedió al Conde de Melito y otros dos capitanes franceses.

Mucho se ocupa el cronista en contar las cosas que en la provincia de Calabria acaecían, por manera que casi parecía querer del todo olvidar los hechos que en la provincia de la Puglia, adonde los dos ejércitos estaban, acaecieron. Pero como, á la verdad, ansí de la una parte como de la otra sucedían cada día cosas nuevas, no las puede el cronista contar sin hacer división de una ó de otra provincia, y en especial agora las hará más á menudo, por razón que el ejército francés se dividió en dos partes: la una parte quedó en Canosa con el Visorrey, y la otra vino en favor de la Calabria con monsiur de Aubegni, según que abajo se dirá. Pues dice ahora la crónica, hablando de la provincia de Puglia, que todo el tiempo que el Gran Capitán estuvo en Bar-

leta, siempre entre españoles y franceses había recuentros y escaramuzas, haciéndose entre los unos y los otros el mayor daño que hacerse podían, en que había muertos y heridos, robos y otros daños de esta calidad, y de cada día procuraban hacerse más. Y con esto un día fué avisado el Gran Capitán cómo en una villa que llamaban por nombre Toja, estaba un gobernador con solos quince soldados franceses, los cuales tenían aquella villa por Francia. De cuya causa, viendo el daño que allí se podía hacer, aunque en la verdad era bien pequeño según otros que cada día hacían los unos á los otros, envió á mandar á un capitán que estaba en Manfredonia, llamado Ariarán, que luego con su gente fuese sobre aquella villa y la tomase. El capitán Ariarán luego movió de Manfredonia con cuatrocientos infantes españoles é italianos y salió de allí á dos horas de noche y con mucho secreto; caminando toda la noche llegó sobre aquella villa cuatro horas antes del día, porque no son más de diez y ocho millas de Manfredonia á Toja, y antes que llegasen con buen trecho el capitán Ariarán metió en orden su gente y aderezó sus escaladores. Después de todo hecho, con mucho secreto, porque no fuesen de las guardas sentidos, se allegaron al muro y echaron las escalas, y pocos á pocos subieron todos, sin que fuesen sentidos de parte ninguna; y bajando la muralla abajo, comenzaron á discurrir los unos por unas partes, los otros por las otras, y pusieron las banderas de España por el muro de la villa; por manera que como la gente estuviese muy descuidada en sus camas durmiendo, no procuraban de se defender, antes como ovejas consentían hacer de sí y de su hacienda lo que era la voluntad de los españoles, y fueron presos algunos franceses y toda la villa metida á saco; y el gobernador, con algunos franceses que consigo tenía, se salvó de ellos colgándose del muro abajo de la villa y los otros por otras partes. Lo cual pudo hacerse sin ser vistos por la oscuridad de la noche. Finalmente, los españoles hubieron de aquel saco asaz joyas, ropas y dineros, lo cual les dió ánimo para mayores cosas. Y dejando de esta manera que dicho ha la crónica la villa de Toja, el capitán Ariarán se tornó á Manfredonia muy alegre por el buen suceso y victoria que había habido en la toma de aquella villa, sin perder tan solamente un hombre de los suyos. En este mismo tiempo, según dicho es, los Príncipes de la Calabria, habiendo recibido grandes daños, así en su gente como en sus personas y señoríos, por razón que el estado de España estaba ya más próspero y en mejor condición por la venida de aquellos caballeros españoles que habían pasado con su gente en favor del Calabrés, que casi por la mayor parte estaba por el Rey de Francia, determinaron de enviar al Visorrey de Nápoles, que estaba en Canosa, á le decir la mucha necesidad que tenían de su favor y ayuda por razón de los daños que cada día recibían de los españoles, que muy pujantes estaban y habían reducido muchas villas y lugares á su devoción, estando por el suelo las banderas de Francia menospreciando su nombre. Y que pues hasta entonces habían procurado con todo su poder de sostener aquella provincia, juntamente con sus estados, por el nombre y servicio del Rey de Francia, que no era justo que ahora, que no podían á las fuerzas de los españoles resistir, los dejasen salir con aquella empresa por falta de gente. Y que pues que ellos estaban determinados á seguir con su ayuda y mandado la guerra, le suplicaban cuan encarecidamente podían que enviase gente á la Calabria, porque ellos pudiesen tener manera de tornar alzar cabeza y confundir del todo á los españoles, que muy arraigados estaban en aquella tierra. El Visorrey de Nápoles, que persona muy sagaz y prudente era, viendo la encarecida petición de los Príncipes de Calabria ser muy justa y muy allegada al servicio del Rey, y asimismo viendo el celo y voluntad de lo que tocaba á la sustentación de la provincia por el Rey de Francia, hubo su consejo de lo que en aquel caso debían hacer, adonde, así él como todos los Príncipes del ejército, de quien el Visorrey tuvo parecer, fueron de opinión que les enviase socorro. Y con esta determinación, el Visorrey dividió el ejército en dos partes: la una dejó con su persona en Canosa contra el Gran Capitán, y la otra parte envió con monsiur de Aubegni á la Calabria, en defensión de aquella provincia contra D. Yugo de Cardona y Manuel de Benavides y los Comendadores Gómez de Solís y Aguilera, los cuales, según dicho es, habían pasado en Calabria y habían hecho grandes cosas contra los Príncipes de la Calabria, que eran enemigos del Rey de España. Pues con esta orden se partió el capi-

tán monsiur de Aubegni de Canosa, y traía en su ejército doscientos hombres de armas y quinientos caballos ligeros y mil y quinientos infantes y más nueve piezas de artillería, y salió de Canosa último día del mes de Noviembre del sobredicho año de mil y quinientos y tres. Enderezó su camino la vía de Melito, adonde el Conde de Melito con todos los otros capitanes estaban recogidos de miedo de los españoles. En este tiempo los españoles que estaban en Buruello en sus casares aposentados, que eran el capitán Manuel de Benavides y el capitán Yugo de Cardona con su gente, como fueron avisados de la venida de monsiur de Aubegni en socorro de la Calabria, juntáronse ambos á dos estos capitanes y saliéronse de los lugares donde hasta entonces habían estado, que eran asaz flacos y de poca defensa para esperar el campo francés, y fuéronse á meter en Rosano por estar allí más fuertes. Después de esto, como monsiur de Aubegni hubo llegado á Melito con todo su ejército, dió orden con los principales cómo más á su salvo dañasen los españoles; el cual, sabiendo cómo se habían ido á la ciudad de Rosano, determinó les hacer guerra por todas partes. Y con esta voluntad envió al Conde de Melito con otros dos capitanes que se llamaban Bescorte y Espiritulamar con setecientos infantes y gente de caballo contra D. Yugo de Cardona y Manuel de Benavides, que estaban en Rosano, según dicho es. El Conde, yendo su camino, hubo de tener noche en una villa que está no muy lejos de la ciudad de Rosano, que la llaman Calamera. Y como los capitanes españoles supieron que el Conde estaba con su gente en aquel lugar, salieron aquella noche de la ciudad de Rosano muy secretamente con toda su gente y fueron á dar sobre aquella villa, donde el Conde de Melito estaba aposentado; y como llegaron junto á la villa los capitanes españoles, enviaron adelante sus espías para que reconociesen la tierra y viesen la manera que tenían aquella gente del Conde en su guarnición. Finalmente, las espías reconocieron el estado y descuido que la gente del Conde de Melito tenía. Y con esto tornaron á D. Yugo de Cardona y á Manuel de Benavides, que estaban aguardando con su gente, y haciéndoles saber lo que pasaba en Calamera, se partieron muy calladamente de aquel lugar con su gente muy bien aderezada; viniéronse paso á paso hasta la villa y metiéndose dentro comenzaron muy animosamente á dar en los franceses, que bien descuidados estaban de aquel hecho; y tanto hicieron de sus personas, que matando y hiriendo muchos de ellos y tomando en prisión muchos, al Conde convino, con la gente que pudo recoger, meterse en el castillo. Grandes fueron las cosas que en esta jornada los españoles hicieron contra la gente del Conde, y bien se mostró no haber estado durmiendo, según los muertos, heridos y presos que hubo de la parte del Conde, adonde fué muerto el capitán Espiritulamar y el capitán Bescorte preso, juntamente con más de trescientos hombres con él. La villa fué tomada y saqueada y hechos otros daños de mucha calidad, y no se quisieron los capitanes españoles detener en el combate del castillo adonde el Conde de Melito se había recogido, antes, contentos con lo hecho, que muy á su honra y salvo había sido, dando de ello á Nuestro Señor Dios infinitas gracias, porque no permitió que contra justicia los franceses usurpasen y señoreasen las tierras y señoríos ajenos, se tornaron á Rosano, y de allí fueron muy alegres á una villa que dicen Polistra.

CAPÍTULO LXIII

De cómo monsiur de Aubegni fué á buscar los españoles para se ver con ellos en batalla, y de lo que hizo yéndose los españoles de Terranova á Condexame.

Monsiur de Aubegni, que, según dicho es, había quedado en Melito cuando envió al Conde Rosano contra los españoles, viendo lo mal que había sucedido al Conde y á su gente, y cuán destrozados habían salido del poder de los españoles, hubo de ello mucho pesar y enojo, y determinó de los ir á buscar á do quiera que estuviesen y de se afrontar con ellos en batalla. Y con esta voluntad, sabiendo monsiur de Aubegni cómo después de la rota de Calamera los españoles se habían ido á una villa que dicen Polistra, con toda su gente se salió de Melito y enderezó su camino la vía de Polistra, donde creyó hallar los enemigos; pero D. Yugo de Cardona y Manuel de Benavides, como supieron la venida de monsiur de Aubegni y la intención que traía, viendo el gran poder suyo y la poca gente que

ellos tenían para esperar en campo contra tan pujante ejército como aquel capitán francés traía, determinaron de se recoger en parte donde de aquella gente no fuesen dañados ni perjudicados. Y con esto, dejando en una buena villa, que se dice San Jorge, trescientos infantes y proveyendo muy bien aquella villa de todo lo necesario para sustentación, y asimismo dejando en Pinto, otra buena villa, otros doscientos soldados de guarnición, con toda la otra gente se partieron diligentemente de Polistra y se vinieron á Terranova, adonde llegaron un domingo de Natividad, y estuvieron en aquella tierra tan solamente una noche, por razón que por ser de muy poca defensa aquella villa, no se hallaron seguros en ella. Por tanto, luego el lunes de mañana determinaron estos capitanes de se ir la vuelta de Rotamarina á una villa que dicen Condexame. En esto monsiur de Aubegni, como allegó con su gente á Polistra y fué sabedor en cómo los españoles se habían partido de aquella villa, y asimismo el camino que llevaban, que había sido el de Terranova, partió de allí con mucha prisa caminando de noche y vino á Terranova, y allí supo cómo se habían ya de allí partido y se iban la vía de Rotamarina, de cuya causa á la mayor prisa que pudo, sabiendo cómo le llevaban poca ventaja, los fué siguiendo con su gente, hasta tanto que los alcanzó á una subida que hay en aquel camino de Terranova á Condexame, y monsiur de Aubegni, muy alegre de ver á los enemigos en lugar do muy bien se podían aprovechar, arremetió con una parte de su gente y dió muy de recio en la rezaga de los españoles. Los cuales como se vieron salteados de los franceses cobraron algún temor, porque á la verdad era muy desigual el número de los unos y de los otros; pero todavía los españoles comenzaron á defenderse con muy grande ánimo y discreción. Y en esto Manuel de Benavides y D. Yugo de Cardona, que iban en el avanguardia, socorrieron con ella á los de rezaga, que bien vieron que lo habían menester; y los primeros que allegaron fueron hasta sesenta hombres de armas españoles, los cuales se encontraron con los franceses entre unas calles de viñas que ende había y pelearon con ellos muy valerosamente, y tanto y de tal manera se reforzaban los unos á los otros, viendo su daño y peligro delante de los ojos, que bien hacían sentir á los enemigos la fortaleza y ánimo suyo de los españoles. Muy gran copia de gente francesa fué herida y muerta en aquel rebate, y muchos de los españoles también; lo cual fué por causa de la poca gente de los de España y la mucha de Francia. Andando, pues, la pelea en grande manera muy reñida, brava y sangrienta, los españoles mataron á un capitán francés que llamaban monsiur de Grivino; de cuya causa monsiur de Aubegni, encendido en muy grandísima ira, que tan poca gente se les defendiese tanto tiempo en campo, cargó de recio en los españoles, por manera que siendo de aquella vez muertos más de veinte soldados españoles y presos más de cuatrocientos, les convino á los que quedaron volver prestamente las espaldas atrás. Grandes fueron las cosas que de sus personas en esta batalla hicieron don Yugo de Cardona y Manuel de Benavides, y Antonio de Leiva y Juan de Alvarado y Gonzalo de Avalos, y asimismo toda la otra gente, pero la mucha gente de los franceses sobrepujó la fortaleza de los pocos españoles. Y verdaderamente estos capitanes fueron causa que no se perdiesen todos en aquella batalla, en especial D. Yugo de Cardona, que viendo ir su gente rota y de vencida, airado contra la fortuna que tan enemiga y contraria se les había mostrado aquel día, descendió del caballo en que peleaba y cortándole las piernas se puso á pie en un lugar ó calle estrecha de aquellas viñas, por donde los franceses, en especial los caballos, necesariamente habían de pasar en alcance de los españoles que iban de rota, y allí como muy valiente y valeroso caballero, con la espada en la mano y con una pica á veces defendió aquel paso una gran pieza, tanto que los españoles tuvieron lugar de se retraer con el bagaje á unos lugares que dicen Yrache y la Rochela, Castrovetere y al castillo de Condexame, y esto causó la gran fortaleza y ánimo de este valeroso capitán. No desemejante en este hecho á aquel famoso capitán Oracio Romano, que de todo el ejército se defendió hasta tanto que los suyos cortaron un pedazo de la puente do á la sazón peleaban, de cuya causa echándose él después de la puente abajo con grande corazón, salió nadando á la parte de su gente y los enemigos no tuvieron poder para pasar, según se cuenta en las crónicas romanas, y especialmente Tito Livio en sus *Décadas*; por la virtud y grande fortaleza del cual los ro-

manos se salvaron de no venir á las manos de sus enemigos, que verdaderamente, según el mucho número de ellos, no dejaran todos los romanos de perecer aquel día. Pues ¿quién pone duda que lo mismo no acaeciera en este día por los españoles, si aquel valeroso ánimo y hectóreo corazón de D. Yugo de Cardona no se pusiera á muy gran peligro de muerte por salvar á los suyos? El cual viendo ya la gente española puesta en toda seguridad y recogido el bagaje en aquellos castillos y lugares que ha contado la crónica, él á ratos cayendo, á ratos levantando, tuvo lugar de poderse salvar por las malezas de aquella sierra, metiéndose hartas veces por entre la nieve que le llegaba á la media pierna. Finalmente, los franceses muy alegres de la alcanzada victoria, se tornaron atrás á Melito; dende ahí aderezaron de ir para la vía de la ciudad llamada Cosencia, adonde el Comendador Gómez de Solís estaba, y los españoles se fueron á la Mota de Bonalima, y desde allí se partieron por otros lugares, hasta tanto que se tornaron á rehacer de la pérdida pasada. Y Gómez de Solís, como fuese sabidor de la ida de monsiur de Aubegni contra él, teniendo á la sazón muy poca gente consigo, no tuvo atrevimiento de le esperar en aquel lugar, y por esta razón saliéndose de allí se fué á la Mantra, adonde así Gómez de Solís como D. Yugo de Cardona y Manuel de Benavides con sus gentes estuvieron todo lo que quedaba del invierno, que fueron Enero y Febrero y Marzo del año del Señor de mil y quinientos y cuatro, aposentados en aquellos lugares, hasta que, según la crónica lo irá contando, fué tiempo de salir de allí.

CAPÍTULO LXIIII

De cómo por mandado del Gran Capitán Francisco Sánchez, despensero mayor, y el capitán Pizarro salieron de Barleta á correr á Canosa y la Chirinola, y lo que les acaeció.

En este tiempo, que, según dicho es, estos capitanes estaban invernando en aquellas tierras del Calabrés, en aquel mes de Enero, en el año sobredicho de mil y quinientos y cuatro años, el Gran Capitán, que no solo por dañar á los franceses, cuanto por la necesidad que tenían de hambre en Barleta, envió á Francisco Sánchez, despensero mayor, y el capitán Pizarro con cien hombres de armas y cien caballos ligeros y cuatrocientos infantes para que corriesen aquella tierra de Canosa y de la Chirinola y trajesen algún ganado para provisión de la gente. Y ansí con este mandamiento y orden del Gran Capitán, los sobredichos capitanes Francisco Sánchez y Pizarro salieron de Barleta y llegaron con su gente aquella mañana á un lugar desecho que está seis millas de Barleta, que dicen Canosa, adonde los cónsules romanos fueron muertos con toda su gente, según Tito Livio cuenta en sus *Décadas*, y allí en aquel lugar mismo se emboscaron con toda la gente y enviaron tan solamente los caballos ligeros, para que corriesen aquellos campos de la Chirinola y Canosa. Y los caballos con el mandado y orden de sus capitanes comenzaron á correr la tierra, en que hicieron muy gran presa de ganados de los que pacían el Aduana, y los pastores algunos fueron presos y otros se escondieron, de manera que no vinieron en poder de los españoles. Y éstos sintiendo el campo seguro, se fueron cada cual de ellos á sus lugares de donde ellos eran y dieron aviso los unos pastores en Canosa y los otros en la Chirinola de la gran cabalgada que la gente española había hecho del ganado que ellos guardaban y pacían en el Aduana; de cuya causa de los franceses que estaban en la Chirinola salieron hasta obra de doscientos hombre de armas y cien caballos ligeros, que fueron en seguimiento de los españoles que llevaban el ganado por se lo quitar. Pero monsiur de Santa Colonia por mandado del Visorrey salió de Canosa por estar más cerca de los españoles que llevaban la cabalgada, y fué tras ellos con cien hombres de armas. Tanto anduvo y tanta diligencia puso en los alcanzar, que bien poca ventaja les llevaban; pero los españoles que venir los vieron, poco á poco se comenzaron á retirar á aquel lugar do estaba la otra gente emboscada, y los franceses los siguieron en tanta manera hasta que los metieron á los españoles en su emboscada. En esto el capitán Pizarro y el despensero mayor á muy gran prisa se descubrieron con toda la gente de armas y infantería, y dieron muy de recio en los franceses, los cuales como vieron salir aquella gente de la emboscada dieron vuelta sobre sí y comenzaron lo mejor que pudieron á retraerse la vía de Canosa; pero los espa-

ñoles los siguieron con tan gran prisa que antes que llegasen los franceses á Canosa los alcanzaron y pelearon tan fuertemente con ellos, que mataron de aquella vez algunos franceses y muchos más murieran si se refirmaran más en el campo; pero como viesen la fuerza de los españoles, no siendo bastante á los esperar en el campo, como mejor pudieron volvieron las espaldas y se metieron en huída la vía de Canosa. Entonces los españoles cargaron de recio en los franceses y mataron en el alcance ocho franceses y prendieron más de treinta. En esto los infantes y gente de armas española se detuvieron y no los quisieron más seguir, si no fueron algunos caballos ligeros, que viendo á los franceses ir de huída, con codicia de llevar por más entero la victoria se desmandaron de los suyos en el alcance de los franceses, de cuya causa se alejaron de la infantería una gran pieza de tierra. En este medio monsiur de Formento y monsiur de Chartela, que habían salido con la gente de la Chirinola, allegaron á aquel lugar con cien hombres de armas y cien caballos ligeros, y atajaron en el camino á los caballos ligeros españoles, que, según dicho es, habían ido en el alcance de los franceses, que iban de rota; y tornándose los caballos ligeros adonde habían dejado el cuerpo de su gente, cayeron en las manos de los franceses, y dando de recio sobre ellos mataron cuatro caballos españoles y prendieron quince, y los demás se escaparon á uña de caballo. Y queriendo ir en su alcance vieron venir á más andar la gente de armas y infantería española, que venían en socorro de los caballos ligeros; de cuya causa monsiur de Santa Colonia y monsiur de Chartela mandaron detener su gente y que dejasen el alcance, y con esto los franceses se retrajeron la vía de la Chirinola. Pero los caballos ligeros y gente de armas española ni por esto los dejaron de seguir, antes corriendo á muy gran priesa tras los franceses alcanzaron hasta diez ó once hombres de armas en el camino, los cuales franceses prendieron y con ellos se tornaron adonde el cuerpo de su gente había quedado, y todos juntos muy alegres con la victoria en la cual si no hubiera sido por el desconcierto de los caballos ligeros, no habría habido ningún desmán, se tornaron con los presos y con la cabalgada la vía de Barleta.

CAPÍTULO LXV

De cómo el Visorrey de Nápoles vino á derribar la puente de Losanto, y de la muerte de monsiur de Laude sobre Taranto.

Según de la manera ya dicha los españoles tenían de costumbre de salir de Barleta y proveer la gran necesidad que tenían con presas de mucha calidad, así de ganados como de todas las otras cosas necesarias, y por esta razón los pastores de los ganados que pascían en el Aduana, viendo el gran daño que los españoles hacían y la gran pérdida que en su hacienda aventuraban teniendo cada día tanta y tan grande diminución, fueron todos juntos á se quejar al Visorrey, y á le suplicar que pues él era á quien principalmente tocaba la guarda y toda seguridad de toda aquella tierra, por ser de su voluntad y parcialidad ellos, y estaban allí porque no hubiese falta de carnes en su ejército y asimismo otras muchas provisiones necesarias de que ellos le proveían, de lo cual todo gozaban los españoles con sus cotidianos rebatos, él pusiese el remedio que más conveniente les fuese, de manera que ellos no recibiesen tanto daño y menoscabo en sus haciendas, donde no que ellos buscarían su provecho y se irían á otros lugares con sus ganados, donde tuviesen más seguro pasto. El Visorrey de Nápoles, oída la justa querella de los pastores, respondióles rogándoles no curasen de hacer mudamiento ninguno de pastos para su ganado, que él les prometía de poner mucha diligencia y remedio en aquel caso, asegurándoles y juntamente con esto de les pagar todo lo que hasta allí habían perdido y de lo que de ahí adelante perdiesen. De esta respuesta del Visorrey fueron los pastores algo más contentos de lo que estaban; pero no por eso dejaban los españoles, muy á su salvo, de diezmarles el ganado. Finalmente, el Visorrey de Nápoles, mirando muy bien lo que en aquel caso se debía de hacer para quitar el inconveniente grande que á los pastores dañaba, hizo juntar muy secretamente todas sus gentes de armas y caballos ligeros é infantería en Canosa, y tomando consigo toda la artillería, se salió una noche á la media noche abajo de Canosa y vino á se poner contra la puente del río Losanto, que va á Barleta, para la derribar con el artillería, por razón que por allí pasaban

los españoles á hacer los robos y presas que hacer solían, creyendo que derrocando aquella puente los españoles no podrían pasar por el río y por el consiguiente no harían tanto daño en el ganado del Aduana. Finalmente, el Visorrey salió (con aquel aparejo que dicho ha la crónica) de Canosa y allegó á la punta del día sobre la puente, la cual está cuatro millas de Barleta, y con mucha diligencia el Visorrey mandó encarar el artillería contra la puente y con ella la lombardearon fuertemente, de tal manera que cayó en la agua un gran pedazo de ella. Pues estando en este lombardear con el artillería, según que dicho es, el Gran Capitán y la gente de Barleta sintieron el rumor y estruendo de la artillería francesa, el cual se podía muy bien sentir según el poco trecho que hay de la puente á Barleta; de cuya causa, aunque á la verdad no supiese de cierto lo que podía ser, pero imaginaron la misma verdad, con la cual juntamente con ser de ello avisados y á muy gran prisa hizo meter el Gran Capitán en armas su gente y salió de Barleta así caballos ligeros y hombres de armas como infantería, y al más andar vino camino derecho á la puente. En esto las guardas francesas que contra la ciudad de Barleta estaban puestas, viendo venir á los españoles aderezados de guerra en defensa de la puente, dieron aviso al Visorrey, el cual como lo supo, temiéndose del Gran Capitán, á muy grande prisa se alzó de aquel lugar con toda su gente y artillería y se retrajo á Canosa. En este medio el Gran Capitán allegó á la puente, y como vido que los franceses se habían retirado, hubo de ello muy grande pesar y enojo, por razón que quisiera mucho venir á los manos con ellos, antes que se tornara á Barleta; y á esta causa, envió á muy grande prisa tras el Visorrey de Nápoles un trompeta diciendo que él se maravillaba mucho en cómo persona que tan gran gente y ejército regía y gobernaba, tuviese tan poco ánimo que al tiempo que debía esperar las afrentas, entonces las desviaba y huía, y que le hacía saber en cómo él venía á se ver con el campo y con su gente, y que por esta razón le rogaba no se retirase tan apresuradamente, sino que le esperase un poco en el campo para que con la poca de su gente diese la batalla, y que donde no quisiese hacer lo que le enviaba á decir, le desafiaba para la batalla cada y cuando que fuese su voluntad. Y el trompeta corrió todo lo más que pudo correr y alcanzó al Visorrey bien cerca de Canosa, y allí le notificó lo que el Gran Capitán le mandó decir. Al cual el Visorrey de Nápoles respondió diciendo de esta manera: que él y su gente estaban en Canosa y que, así por aquello como porque ya era tarde y lo más del día pasado, él no se determinaba á darle la batalla; pero que si mucha gana la tenía, que otros muchos días había en los cuales se encontrarían en el campo; pero porque viese cuánto la deseaba de su parte y que no tenía razón de le juzgar á cobardía lo que en aquel día había hecho, él le aplazaba la batalla para otro día siguiente con tal que entrase él y su gente otra tanta tierra en el término de Canosa cuanta él había entrado aquel día en el término de Barleta, y que de aquella manera ellos se verían y cumplirían de su parte con la voluntad que de batalla de campo tenían. Y con esta respuesta se tornó el trompeta al Gran Capitán, el cual hubo de ello mucho placer, y disimuló en sí lo que tenía en pensamiento de hacer en aquel caso y tornóse con este concierto á Barleta con su gente. Después de esto, en este mismo tiempo el capitán monsiur de la Laude, que, según dicho es, el Visorrey dejó en las grutallas cuando vino la vez primera sobre Taranto, hacía con su persona y gente muchas correrías y daba otros rebatos en Taranto, procurando por su parte de hacer todo el daño en españoles que podía hacer. Y durándole esta voluntad, acaeció que un día hizo juntar toda la gente y capitanes que estaban aposentados en Castelaneta, Puzano, Elepurano y dió orden con ellos como fuesen á correr hasta Taranto toda aquella tierra; y así movidos con esta voluntad todos aquellos capitanes, juntándose todos, fueron á dar un tiento en Taranto por la parte del castillo, y con buena orden vinieron hasta junto á los muros de la ciudad; y el capitán Pedro Navarro y Luis de Herrera, que estaban en guarnición de aquella ciudad, como vieron los franceses tan cerca de sí, salieron fuera con toda su gente y dieron con gran ímpetu en ellos, y de tal manera los recibieron que anduvieron un gran rato escaramuzando, haciéndose todo el daño que podían, de cuya causa, así de los unos como de los otros, hubo algunos muertos y heridos, en especial de la parte francesa. Y como en esta escaramuza hubiese de la parte de España algunas esco-

petas y ballestas, un soldado escopetero hirió á monsiur de la Laude de un tiro de través, de que cayó luego de su caballo muerto; de cuya causa los otros franceses, viendo á su capitán muerto, aflojaron en fuerzas y poder, y dejando el campo comenzaron de se retirar á fuera á sus aposentos. En este retirar murieron diez franceses y muchos que hubo heridos, y de los españoles murieron dos y fueron heridos cinco.

CAPÍTULO LXVI

De cómo el Gran Capitán salió de Barleta á buscar en campo al Visorrey, y de lo que sucedió; y de cómo el capitán Ariarán, que estaba en Manfredonia, fué sobre San Juan Redondo y la tomó.

Según arriba se dijo, el Gran Capitán envió á desafiar al Visorrey de Nápoles para que ambos á dos con sus gentes se viesen en el campo. Pues dice ahora la crónica que habiendo quedado aplazada la batalla para el día siguiente, como dicho es, el Gran Capitán, que mucha gana tenía de venir á las manos con los franceses, aquella noche hizo recoger toda su gente de armas y caballos ligeros y infantería, y salió de Barleta ya que era pasado una buena parte de la noche, y caminó toda la noche la vía de Canosa para buscar al Visorrey, según que entre ellos había quedado ordenado, y antes que amaneciese allegó á milla y media de Canosa y envió desde aquel lugar á do estaba emboscado hasta doscientos caballos ligeros para que corriesen toda aquella campaña de la Chirinola y Caba, y robasen el ganado que haber pudiesen. Los caballos ligeros y españoles con aquella orden del Gran Capitán comenzaron á correr todos aquellos términos, en que hicieron presa de más de treinta mil cabezas de ganado de aquello que pascía en el Aduana, y con aquella cabalgada se tornaron la vía de Barleta. Los pastores que guardaban el ganado, algunos de ellos fueron presos y otros se escaparon, y éstos dieron luego aviso en aquellos lugares donde franceses estaban, de donde salieron gran copia de caballos ligeros y gente de armas, con voluntad de les quitar la cabalgada, entre los cuales de la Chirinola salieron monsiur de Formento y monsiur de Chandela, con cien hombres de armas y con doscientos caballos ligeros, y fuéronse á gran prisa la vía de Canosa para tomar la delantera á los españoles que llevaban el ganado; y llegando más acá de los términos de Canosa pasaron junto á la emboscada adonde estaba el Gran Capitán con su gente. El Gran Capitán, aunque vido los caballos franceses ir en pos de la cabalgada, no quiso moverse de allí hasta tanto que el Visorrey saliese de Canosa con toda su gente para pelear con él. El capitán monsiur de Formento y monsiur de Chandela, que según dicho es salieron en pos de la cabalgada, pasaron á muy gran prisa en seguimiento de los españoles sin sentir la emboscada del Gran Capitán, y siguieron la cabalgada de los caballos españoles hasta el río Losanto, y los españoles ya tenían puesto el ganado de la otra parte del río, de cuya causa mucho menos temían á los franceses. En esto el Gran Capitán, que muy gran pieza del día había estado esperando al Visorrey de Nápoles que saliese de Canosa, viendo cómo se tardaba, no quiso más esperar, porque á la verdad fuera de muy poco fruto su estada, por razón que el Visorrey había sentido la emboscada y no estaba en voluntad de salir de Canosa; y así en esta manera á muy gran prisa fué contra monsiur de Formento y contra monsiur de Chandela, que ya comenzaban á pasar el río para dar en los españoles. Los cuales como vieron venir detrás de sí á los caballos ligeros y gente de armas española cayeron en el engaño de la emboscada, y por esta razón monsiur de Chandela, que aun no había pasado el río, con cincuenta hombres de armas dió la vuelta la vía de la Chirinola á más no poder huyendo; pero monsiur de Formento, que con toda la gente ya había pasado el río, no tuvo lugar de se salvar tan presto como monsiur de Chandela, y por la otra parte del río con toda la otra gente de armas y caballos ligeros se comenzó á retirar á grande prisa la vía de Canosa. Pero no le avino como él quería, por razón que el Gran Capitán, que muy bien sabía hacer sus cosas, alcanzó los franceses bien antes que llegasen á Canosa, y dió en ellos con tanto ánimo y fortaleza, que en muy breve tiempo los desbarató á todos y mató y prendió más de treinta franceses; y monsiur de Formento con muy grande trabajo apenas se pudo escapar, y con alguna gente que recogió se fué á Canosa. El Gran Capitán hizo en esta escaramuza peleando con su muy

fuerte brazo y animando á los suyos á veces cosas muy señaladas, por manera que hacía maravillas á quien lo veía. Asimismo D. Diego de Mendoza y el Duque de Termes, y el capitán Pizarro, Diego García de Paredes y el prior de Mecina, y Pedro de Paz y Villalva, y Escalada y Cuello, todos varones de muy gran virtud y los demás hicieron aquel día obras de memoria y prez. Y después que no tuvieron más en qué se ocupar, porque los franceses habían dejado el campo, el Gran Capitán los hizo esperar todo lo que de aquel día les quedaba, por ver si el Visorrey salía á ellos con su gente; pero no estaba el Visorrey de aquella voluntad, y así se estuvo, que no quiso salir de Canosa; y por esta razón el Gran Capitán habiendo cumplido la postura del desafío, y viendo el día pasado y que la noche se acercaba, sin perder tan solo un hombre de la escaramuza pasada se comenzó á venir la vía de Barleta, y como allegó luego otro día siguiente envió su mandado al capitán Arriarán, que estaba en Manfredonia, para que con la gente que tenía fuese sobre San Juan Redondo, que es una villa, según dicho es, en la montaña de Santángelo, y que la tomase por el Rey de España. Estaba en esta villa un capitán que se decía el capitán Senón, á quien dejó monsiur de Alegre en guarnición después que aquella vez la saqueó y destruyó, según que está ya dicho, y este capitán desde aquel lugar hacía muy gran daño en algunas villas y lugares comarcanas de aquella montaña que estaban por España. Finalmente, que el capitán Arriarán, que era varón de muy gran virtud, una noche muy secretamente metió en armas su gente y salió de Manfredonia, y metido en camino anduvo toda la noche hasta que se halló á la punta del día junto á San Juan Redondo, y con muy grande silencio hizo llegar la gente al muro de la villa, y como las guardas hubiesen velado toda la noche, habíanse adormecido la madrugada; y así por esto como por el gran sosiego de la gente española, hubo lugar de echar las escalas al muro sin ser sentidos de los franceses, y así poco á poco por las escalas subieron todos en el muro, y lo más presto que pudieron se abajaron al cuerpo de la villa, y con muy buena orden, teniendo en la boca el apellido de España, comenzaron á discurrir por las casas de la villa, y quebrantando las puertas hallaban á los franceses desnudos durmiendo en sus camas con mucho sosiego y descuido de sí; de los cuales los españoles mataron algunos y todos los otros prendieron juntamente con el capitán Senón, dejando aquella villa por el Rey de España, debajo de pleitos y homenajes de los de la villa. El capitán Arriarán dejó algunos soldados ende en guarnición, y con toda la otra gente y prisioneros sin perder tan solo uno de los suyos, se tornó á Manfredonia muy alegre.

CAPÍTULO LXVII

De un trato doble que un falso soldado tramó contra los españoles que estaban en Taranto, y de lo que le sucedió, y de cómo fué preso el capitán Fabricio, hijo del Conde Conce, y muerta toda la más de su gente.

Según las cosas que acaecían en ambas las dos provincias, adonde franceses estaban contra españoles, así la crónica las va contando, y dice que en la ciudad de Taranto, adonde Luis de Herrera y Pedro Navarro estaban, un día un soldado de los de aquella provincia, que era de la compañía de Luis de Herrera, se salló de la ciudad y se pasó al campo de los franceses, de que muy gran pasión hobieron los capitanes españoles, por razón de muchos avisos que podía dar á los franceses de que les podía á ellos suceder daño. Finalmente, aquel soldado aconsejó á los franceses un trato doble contra los españoles, de que se les podía hacer gran daño y suceder detrimento, si Nuestro Señor por su clemencia no lo remediara, y fué así. En el campo francés había un soldado muy entendido en la lengua española, de tal manera que muy bien podía explicar cualquier cosa en aquel lenguaje, y este soldado por orden de los capitanes franceses vino un día á Taranto, como que de su voluntad procedía y habló con los capitanes Luis de Herrera y Pedro Navarro, y díjoles la grande amistad y familiaridad que él tenía con aquel soldado que se les había huído del campo francés, y que él sabía de cierto que aquel soldado había dado muchos avisos á los franceses de que se les podría recrecer algún daño, si no estuviesen sobre todo cuidado, ofreciéndoles asimismo que si ellos querían, porque tan gran aleve y traición no pasase sin castigo, él haría de manera cómo se les entregase en su poder para que hiciesen dél todo lo que

fuese su voluntad. El capitán Luis de Herrera y Pedro Navarro, que mucho deseo tenían de castigar aquel soldado, para que la pena de uno fuese ejemplo de muchos, que semejante traición procurasen hacer, agradecieron mucho al soldado la buena voluntad que en ello mostraba, y dijéronle que viese lo que era necesario se hiciese de su parte en aquel caso, que así se haría. El soldado les dijo que convenía que ellos y su gente saliesen la noche siguiente milla y media de la ciudad, y que él les traería al soldado á aquel lugar por engaño y se lo pornía en sus manos. Pues quedando aplazada la cosa, según dicho es, el soldado francés se salió de Taranto, dejando los capitanes españoles muy contentos, no sabiendo el engaño que se les urdía, y yéndose al campo francés dió aviso de lo que quedaba concertado, y la noche y hora que los españoles habían de salir de aquel lugar. Los cuales muy descuidados de traición y de engaño se salieron aquella noche de aquel lugar que concertaron con el faraute que había de vender al soldado su amigo. Estando esperando gran parte de la noche, ya que quería amanecer, descubrieron toda la gente francesa que venía por los prender y matar á todos, y verdaderamente recibieran los españoles muy gran daño, si no fueran de ellos los franceses sentidos, los cuales conociendo el engaño del soldado, comenzaron á retirarse á muy gran prisa á la ciudad; y los franceses como los vieron, corrieron en pos de ellos hasta las puertas de Taranto; y no los pudiendo alcanzar, los españoles se quedaron dentro en la ciudad, y los franceses se tornaron cada capitán á sus estancias, enojados de lo mal que les había sucedido con aquel trato que ordenado habían. En esto el capitán Pedro Navarro y Luis de Herrera, que muy bien sabían los lugares do los capitanes franceses se habían de acoger con su gente, y viendo cómo se tornaban á sus aposentos, determinaron de les pagar el trato doble, antes que se guareciesen en sus estancias. Con este acuerdo salieron muy secretamente con toda su gente de la ciudad por la puerta que va á Puzano, adonde estaba aposentado con su gente el capitán Fabricio, hijo del Conde de Conce, y caminando muy aprisa se pusieron muy encubiertamente en una emboscada, á dos millas de Puzano, junto á una iglesia que llaman Santa María de Tesano, y allí estuvieron esperando gran rato del día. Y al cabo de una buena pieza, andando corriendo hasta veinte caballos españoles aquella tierra, no muy apartados de la emboscada, vieron venir á Fabricio con su gente que se venía á su estancia. El capitán Fabricio, como vido aquellos caballos españoles, creyendo que sería gente que había venido á correr la tierra, y que no sería más de la que pareció, arremetieron con mucha prisa con sus caballos para tomar los españoles, los cuales haciendo vista de huir viniéronse á meter por su emboscada. El capitán Fabricio los siguió hasta tanto que descubrió la infantería española, de que conoció que eran perdidos todos aquel día; conoció su daño, pero como mejor pudo se comenzó á retirar hacia Puzano; mas los españoles que muy gran voluntad tenían de destruir aquella gente, no les dieron tanto lugar, antes salieron todos de la emboscada y dieron en el capitán Fabricio y su gente con tanta fortaleza que, peleando con él un gran rato, hicieron tanto de sus personas que de sesenta franceses que ellos eran, mataron cincuenta y prendieron casi todos los otros, entre los cuales fué preso el capitán Fabricio, hijo que era, según dicho es, del Conde de Conce. Y de esta manera se les trató á los franceses el trato doble que contra los españoles habían ordenado, y llevando consigo al capitán y á los otros prisioneros muy alegres de la victoria que con tanto daño de sus enemigos alcanzaron, se tornaron á Taranto.

CAPÍTULO LXVIII

Del arte que tuvo el Gran Capitán para hacer daño á los franceses, y de la prisión del capitán monsiur de la Mota, juntamente con la muerte y prisión de los suyos.

Muy grande era el cuidado y solicitud que el Gran Capitán ponía acerca de lo que tocaba al servicio de su Rey y señor, y asimismo en dañar á sus enemigos en todas las maneras que podía, y con esto no se ocupaba en otras cosas salvo en buscar su total destrucción. Pues dice agora la crónica que el Gran Capitán se determinó un día de hacer á los franceses una burla, con que les costase caro el deseo que de matarlo ó prenderlo juntamente con su gente tenían, y fué así que echó fama por todas aquellas villas comarcanas de Barleta cómo en Trana, una villa que está en

la costa de la mar junto á Rubo, tenía veinte mil ducados y que ordenaba lo más presto que ser pudiese de enviar por ellos. Pues acaeció que esta fama se divulgó tanto entre franceses, que no deseaban ni esperaban otra cosa salvo el día cuando habían de salir de Barleta é ir por ellos, y así tenían sus espías puestas en el camino de Trana, para que fuesen los franceses que estaban en Rubo avisados de su venida. Finalmente, después que el Gran Capitán sintió que sería ya publicada y divulgada la fama de aquel engaño, cuando le pareció tiempo, envió al Comendador Mendoza con cincuenta caballos ligeros á Trana; bien instructo en lo que debía hacer, por que no se errase aquel trato que contra los franceses ordenaba; y porque más lugar tuviesen los franceses de ser avisados de su ida, mandó que se estuviese en Trana tres días, para que en este tiempo los franceses de Rubo lo sabrían y saldrían al camino á les tomar los dineros como gente que no es poco codiciosa de semejante fruta. Pues con esta orden el Comendador Mendoza con los cincuenta caballos salió de Barleta y fuese á Trana, y allí estuvo tres días, según que el Gran Capitán se lo había mandado; mediante los cuales monsiur de la Mota, que estaba en Rubo, siendo avisado cómo ya eran los españoles venidos por el dinero á Trana, salió con sesenta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros de Rubo y fuese á poner en una emboscada junto á una ermita que está milla y media de Trana, y allí estuvo esperando al Comendador Mendoza hasta que dió la vuelta, aunque sin dineros. El Gran Capitán otro día siguiente después de partido el Comendador, envió al capitán Diego García de Paredes y á don Diego de Mendoza con cien hombres de armas y cincuenta caballos ligeros y con trescientos infantes, y saliendo de noche de Barleta se fuesen á poner en unas grutas que están milla y media de Trana, apartados del camino, adonde monsiur de la Mota eran avisados que estaba, y allí llegaron media hora antes que viniese el día; y junto con esto el Gran Capitán con ciento y cincuenta caballos ligeros se salió de Barleta y se puso dos millas y media de Barleta en el mismo camino de Trana para esperar allí lo que sucederia de los suyos y para socorrerlos si necesidad hubiese de socorro. En esto, pasados los tres días que el Comendador Mendoza estuvo en Trana, siendo cuatro horas entrado el día, se salió con los cincuenta caballos para se tornar á Barleta; y como monsiur de la Mota tuviese puestas sus espías para que le avisasen cuando el Comendador saliese, por razón que si por aventura quisiese irse por otro camino no se le fuese sin venir con él á las manos, fué sabidor en cómo los españoles habían ya salido de Trana y que se venían á Barleta por el mismo camino, de cuya causa, ya que los españoles llegaban cerca de donde los franceses estaban, monsiur de la Mota con su gente salió á ellos. El Comendador Mendoza como los vido, desvióse del camino y á muy gran prisa se fué retirando la vía de Barleta, adonde creyó que los suyos le estaban aguardando. Finalmente, los franceses apresuraron tanto que alcanzaron los caballos españoles, y escaramuzando con ellos los franceses, como eran muchos, los fueron apretando y prendieron más de veinte hombres. En esto D. Diego de Mendoza y Diego García de Paredes, que estaban emboscados en aquellas grutas, como sintieron la escaramuza de franceses con los españoles, salieron á muy gran prisa de la emboscada y dieron muy de recio en los franceses, que fuertemente peleaban con los caballos españoles, y de su venida fueron de los franceses muertos y heridos más de veinte. El Gran Capitán, que estaba, según dicho es, dos millas y media de Barleta en el camino de Trana, esperando lo que sucedería de los suyos, fué avisado cómo ya los franceses andaban revueltos con los españoles y que les habían herido y muerto algunos franceses, aunque todavía los españoles llevaban lo mejor. El cual, con el deseo que tenía que no se le escapase ningún francés, se movió de aquel lugar y á la mayor prisa que pudo vino con su gente adonde la batalla se hacía, y como allegó, halló que los españoles traían á muy mal traer á los franceses y que les tenían muertos y presos muchos de ellos, á gran salvamento de los españoles. Adonde halló más encendida la batalla, allí se metió con su gente por el un costado del escuadrón, y de tal manera los acometió que los franceses no los pudieron más sufrir y metiéronse todos en rota, y los españoles los siguieron más de una milla, adonde monsiur de la Mota fué preso y muertos más de sesenta franceses y todos los demás presos, que no escaparon de todos los que llevó el capitán monsiur de la

Mota para aquel hecho sino sólo tres caballeros; y de esta manera los franceses hallaron que la moneda que se usa entre españoles no es sino armas, con las cuales se compra el vencimiento de sus enemigos, como aquí acaeció. Y después de todo acabado, el Gran Capitán con toda su gente, sin perder tan solamente un hombre, se tornó á Barleta muy alegre de la victoria que de aquella vez alcanzó, llevando consigo al capitán monsiur de la Mota preso juntamente con todos los otros franceses.

CAPÍTULO LXIX

De cómo por ciertas palabras feas, que monsiur de la Mota dijo contra la nación italiana, se combatieron trece soldados franceses contra otros trece italianos, y lo que sucedió.

Después que monsiur de la Mota fué preso y su gente toda muerta y presa, según suele acaecer entre caballeros y gente de guerra, estando monsiur de la Mota en Barleta en compañía de todos aquellos caballeros, más preso en el nombre que en el tratamiento, acaeció que hablando con él D. Iñigo López de Ayala, un caballero soldado español, en las cosas de guerra y lo que cada día acaecía entre españoles y franceses, diciendo la virtud que había en los españoles y cuán bien sabían defender su derecho, y lo mismo de la nación italiana, que muy por entero había mostrado su virtud en el servicio del Rey de España los que en Barleta se habían hallado, respondió monsiur de la Mota aprobando lo que decía de los españoles y reprobando lo que D. Iñigo López de Ayala decía de la virtud de los italianos, y diciendo cuán de poca estima fuesen en el oficio de la guerra, en especial no teniendo en su compañía gente que les colorase y cumpliese sus faltas, como se había visto nunca venir ellos solos á las manos con los franceses, sino mezclados con españoles. Por manera que en lo que en su alabanza traía D. Iñigo López, no se podía evidentemente probar, y que por aquella razón, según lo que él concebía en sí, él tenía á los italianos por gente muy para poco y de menos saber y valer. A esto D. Iñigo respondió diciendo que mirase lo que decía, porque allí tenía el Gran Capitán gente que era de tanta virtud y fortaleza que poca necesidad tenía de la ayuda y favor de los españoles, y que era gente de tanta honra que la sabrían do quiera que fuese menester defender. Monsíur de la Mota tornó á replicar diciendo que lo que él había dicho tenía por opinión verdadera, y él la haría buena donde le fuese pedido dándole libertad. A esto D. Iñigo López de Ayala respondió: «Señor monsiur de la Mota, si tanta gana tenéis de decir mal de la nación italiana, prestos estamos de ver la prueba, para lo cual yo tengo en mi compañía italianos, en quien conozco tanta virtud que sin duda creo que sabrán sacar mis palabras á salvo; por ende, dad vos tantos franceses de vuestra parte para que se combatan ó otros tantos italianos como los que yo metiere en campo, y allí veremos la experiencia de todo lo que decíais». Monsiur de la Mota dijo que era de ello muy contento, y ordenóse que fuesen trece franceses de la parte de monsiur de la Mota contra otros trece italianos de la parte de D. Iñigo López de Ayala, diciendo que aunque entrasen más en campo no los estimarían los franceses en nada. Finalmente, el combate se concertó en esta manera: que el vencido perdiese las armas y caballo y diese al vencedor cien ducados, y que el campo fuese entre Andria y Cuadrata, y había de ser el estacada señalada en un círculo ó término labrado, dentro del cual se habían de combatir; y cualquiera de los combatientes que saliesen de aquel término no pudiese más entrar ayudar á los compañeros, sino como vencido perdiese el caballo y armas y fuese condenado en los cien ducados que había de haber el vencedor. Y asimismo se dieron para seguridad del campo entre los unos y los otros rehenes ó ostages, que allá llaman así, y junto con esto señalaron por jueces de la parte de los italianos á Diego de Vera, capitán del artillería, y de la parte de los franceses al capitán monsiur Pocodinare. Los nombres de los combatientes italianos son los siguientes (y porque fuese la ciudad acostumbrada á siempre vencer preferida á las otras): fueron tres romanos los primeros, que fueron: Juan Bracalone, Juan Capocha y Héctor Peracio; de Nápoles, Marco Carolario; de Capua, Héctor Ferramusca, nacido de bellicosísima sangre; de Teana, Ludovico Beabolin; de Sauro, Mariano Aventi; de Toscana, Meyale Romanella; de Sicilia fueron dos nombrados, porque esta isla violentamente partida por la mar no pareciese haber perdido el derecho de las ciudades de Italia, los

cuales sicilianos fueron Francisco Salomoni, que después fué claro en muchas batallas, y Guillermo Albamonte; de las ciudades que están junto al Pou fueron nombrados los que faltaban, que fueron el Ricio de Parma y Tito por la ciudad de Lodi, llamado por sobrenombre el Franfrulla. Verdaderamente eran todos varones de muy gran virtud, ánimo y fortaleza y amigos de tornar por su honra en gran manera. Los nombres de los franceses eran los siguientes: Marco de Enfrena, Siran de Forsis, Grajan de Aste, Martellin de Sugre, Pierre de Alle, Jacobo de la Fonte, Lionte de Barante, Juan de Landes Sánchez, Francisco de Pinses, Jacobo de Guntibun, Marin de la Francia y Cares de Togues, varones de muy grande ánimo y virtud de fuerza, tan abundantes de soberbia como lo eran de fuerzas y esfuerzo. Todos estos combatientes, así italianos como franceses, salieron de sus aposentos para estar en el campo el día señalado del combate, los cuales fueron bien acompañados de caballeros y gente de guerra, que sólo por ver el combate se allegaron. El Próspero Colona, capitán de los italianos, con palabras graves, aunque con alegre semblante, animó á los suyos, los cuales cuasi todos eran de su capitanía y de la de Fabricio su hermano, acordándoles cómo la honra de Italia estaba puesta en su valor y esfuerzo, que hiciesen todo su deber porque no los engañase su opinión. El cual habiendo puesto aparte tantos caballeros había particularmente escogido á ellos como á muy buenos y fuertes defensores del nombre italiano. No hubo ninguno de ellos que no se moviese por el loor de la gloria y que no jurase de volver del campo vencedor. Después de uno en uno los advirtió muy en particular que guardasen las armas y los caballos, y dió á cada uno lanzas muy fuertes y casi una brazada más largas que las de los franceses y sendos estoques colgados de los arzones á la parte izquierda y sendas espadas cortas y anchas ceñidas para herir de tajo. Púsoles á la parte derecha de los arzones, en trueque de maza de hierro, una hacha de estas de labradores de gran peso con un mango de media braza colgada con una cadenilla. Los caballos llevaban sus testeras de hierro lucidas y sus armaduras de pescuezo, las cubiertas doradas de cuero cocido, que los antiguos las llamaban clivani, las cuales comodísimamente cubrían los pechos y ancas de los caballos. Fuéronles demás de esto añadidos dos venablos, los cuales estaban plantados en el suelo, así que aquellos que fuesen derribados en tierra, tomando en las manos aquellos venablos, pudiesen combatir. Fueron estos venablos, según se entendió de Próspero, y para aquellos que combatieron, muy provechosos para ganar la victoria. No con menor cuidado monsiur de Nemos instruyó á los suyos, los cuales salieron al campo con riquísimos sayos de brocado y terciopelo carmesí. Monsiur de la Paliza había escogido entre muchos á estos, los cuales deseaban aquella honra, y enseñando á cada uno el arte de combatir, los había grandemente inflamado á que mostrasen testimonio del valor de los franceses. Fué señalado el campo con un surco, cuasi la octava parte de una milla, en el medio de Cuadrata y Andria, como está dicho, y hicieron un cadalso en el cual debajo de un dosel estaban los jueces, los cuales ordenaron que aquellos que fuesen sacados de fuera de aquel espacio fuesen habidos por vencidos, y que el premio de aquel vencedor fuese las armas y el caballo y cien ducados por cada uno de los vencidos. Demandaron los jueces que les asegurasen el campo; monsiur de la Paliza lo excusó, así como en importante y peligroso negocio de querer en esto obligarse. El Gran Capitán protestó, diciendo que aseguraría el campo y toda cosa, y sacó toda la gente fuera de Bari, y con muy buen concierto los metió en orden de batalla, que parecía que estaban á punto para combatir, y metiéndoles un cierto y dudoso temor tenía suspensos los ánimos de los franceses, habiéndose hecho venir delante los italianos, no con otras palabras los esforzó, sino que con generosa determinación de ánimo constante tuviesen en poco los hombres de aquella nación y sangre, así como aquellos que se acordaban cómo sojuzgada la Francia muchas veces habían sido vencidos, muertos y domados de sus antepasados, y que tuviesen esperanza cómo Dios daría ciertamente la victoria á aquellos que combatían con tan buena querella contra hombres insolentes, locos y soberbios. Pues esto así pasando, fueron los jueces de ambas las partes á ponerse en su lugar. Y Diego de Vera, que era juez de los italianos, llevaba en su poder los mil y trescientos ducados para dar á los franceses, si los italianos fuesen vencidos. Los cuales

monsiur de Pocodinare, ó porque conforme á su nombre él tenía pocos dineros ó porque según su soberbia, que es más verdadera, él no ponía duda en el vencimiento de los suyos, no quiso llevar aquella suma ni ponerse en aquel trabajo. Finalmente, allegados los combatientes al lugar del combate fueron por los jueces metidos en el estacada dentro del término donde habían de combatir. Puestos cada uno en el lugar que le fué señalado, fuéles partido el sol por los jueces. Los franceses antes que entrasen en el campo tenían entre sí acordado que en el primer encuentro cargasen tan de recio en los italianos que los hiciesen perder el campo y salir de la raya y término señalado; pero no les avino así como pensaron, antes los italianos, que muy bien sabidos y ejercitados eran en aquel menester, tuvieron buen aviso en que hecha la señal dieron y recibieron tan fuertemente los encuentros de las lanzas que las quebraron todos sin se mover ninguno de las filas; y pasaron adelante mirando cada uno la raya, no saliese de ella. Después echaron mano á las otras armas, de las cuales se aprovechaban los italianos muy sabiamente con muy buen tiento, dando y recibiendo muy pesados y fuertes golpes, así de las hachas como de las espadas, de que así de ellos como de los caballos andaban heridos y de que el campo se teñía de sangre. Pues andando de esta manera revueltos los unos contra los otros, cuatro caballeros franceses y un italiano tocaron la raya, los cuales luego fueron por los jueces sacados de allí como hombres que, según la postura, no podían entrar más á ayudar á los compañeros, de que los italianos muy alegres se reforzaron más y cargaron muy más de recio en los franceses todos juntos de un tropel; y tanto hicieron que echaron á otros dos caballeros franceses del campo, de que más los italianos cobraron fuerzas y poder, y tanto más á los otros franceses que quedaban se les disminuía, viendo que seis de sus compañeros habían tocado en la raya y perdido el campo. Los italianos, conociendo la flaqueza de los franceses, procuraron de darse mucha prisa por vencer los que quedaban, y así cargaron tan de recio en los siete franceses, que harto tenían que hacer en se defender, de tal manera que á fuerza de armas hicieron rendir á los tres de ellos; y de los otros cuatro los tres tocaron la raya y no quedó en el campo sino sólo un francés, que bien mostró aquel día su valor, el cual fué Grajan Daste. Este francés hizo tanto de su persona y tan fuertemente se defendió de los italianos, que verdaderamente si todos los otros fueran de su virtud, no dudaran en el vencimiento de su parte. Este fué cargado de muy pesados golpes de los italianos, y él todavía hacía su poder dando así á los unos como á los otros, y al fin nunca se quiso rendir. Los italianos, viendo que no les quedaba otra cosa que hacer, salvo vencer aquel francés, en quien estaba la honra y el cumplimiento de la victoria, comenzáronle de nuevo á cargar de muchos y muy pesados golpes y heridas, diciéndole que se rindiese, si no que le matarían. El cual nunca lo quiso hacer hasta tanto que no pudiendo más sufrir los duros golpes de los italianos cayó en tierra como desacordado, y luego cargaron sobre él para le matar, y con todo esto nunca se quiso rendir, hasta que los jueces, viendo su voluntad y que de allí no podía escapar sin la muerte, se metieron en medio y dieron por vencedores á los italianos de aquella demanda. Y el capitán Diego de Vera, después de haber hecho tomar las armas y caballos de los franceses, demandó al capitán monsiur Pocodinare mil y trescientos ducados que se debían á los italianos por la postura; los cuales el capitán francés, que no pensó que los suyos fueran vencidos, no los había llevado. Y por esto el capitán Diego de Vera, como vido que los franceses no cumplían según la postura que habían puesto entre ellos, llevó consigo á los combatientes franceses vencidos en rehenes de los mil y trescientos ducados, y fuese con ellos á Andria, adonde el Gran Capitán había quedado con su gente de armas y caballos ligeros y con dos mil infantes; el cual había salido de Barleta con voluntad de favorecer los italianos, si los franceses no les quisiesen guardar su seguro y lo pactado. El capitán Pocodinare, como vido al capitán español tan determinado en llevar aquella cosa al cabo, rogó primero al capitán Diego de Vera le hiciese tanta gracia de le dejar consigo llevar aquellos franceses, que él le daba su fe como caballero de en allegando á Rubo enviar aquellos ducados, y que así lo prometía de hacer sin falta ninguna. El capitán Diego de Vera, que de la promesa de franceses tenía muchas veces hecha experiencia, dijo que él no era en aquel

caso sino juez, y que no tenía más poder en ello de cuanto los italianos vencedores lo quisiesen hacer, y que pues ellos no querían, no podía hacer ende al. Finalmente, el capitán Pocodinare, viendo que no podía alcanzar del capitán español lo que quería, se partió enojado y fuese á Rubo. Diego de Vera como llegó á Andria con los combatientes italianos y franceses, el Gran Capitán lo salió á recibir con mucho placer de la victoria, que tan á su honra los italianos habían alcanzado, alabando mucho su virtud, ánimo y fortaleza, y con esto muy contentos todos se estuvieron todo aquel día en Andria. Otro día siguiente se partió el Gran Capitán de Andria con su gente y fuese á Barleta. Después de esto monsiur Pocodinare dende á cuatro días que se tuvo en Rubo, habiendo los mil y trescientos ducados de la tasa de los franceses vencidos, los envió á Barleta al capitán Diego de Vera, el cual recibiendo la dicha suma de dinero, dió libertad á los trece franceses para que se fuesen á Rubo, siendo primero satisfechos los italianos vencedores de todo aquello que en el asiento y postura se habían concertado.

CAPÍTULO LXX

De cómo el capitán Diego García de Paredes y D. Diego de Mendoza, por mandado del Gran Capitán, salieron de Barleta á coger sarmientos de las viñas de Visela, y de lo que les aconteció con los franceses que estaban en aquella villa.

Costumbre es de guerras, que doquiera que los tales movimientos hay, haya hambres y pestilencias y otras muchas necesidades, especial cuando las tales guerras y discordias duran mucho tiempo. Así acaeció en este tiempo en Barleta y sus confines, adonde españoles estaban aposentados. Y como el Comendador Peri Juan, capitán de la armada francesa, estuviese en Brindes (ciudad que está en el paso de Sicilia para venir á Barleta por mar) todas las provisiones que venían de Sicilia al campo español, todo lo tomaba el sobredicho capitán francés con sus galeras, y por esta razón si algún bastimento había de venir, no venía con temor de las galeras francesas que estaban, según dicho es, en Brindes, y de esta causa necesariamente había de haber necesidad de hambre; la cual padecían en extremo grado, no sólo la gente, pero los caballos, que muchos días había que por falta de cebada y paja, que es su provisión, comían sarmientos y otros ramos verdes de árboles de las viñas de Barleta, adonde ya no se podía hallar una vid y sarmiento, sino á muy gran pena. Por esta razón convenía ir á buscar á otras partes, por lo cual el Gran Capitán ordenó que D. Diego de Mendoza y Diego García de Paredes fuesen con sacomanos para traer los sarmientos de las viñas de Visela, una villa que es distante de Barleta trece millas, á los cuales dió treinta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros y doscientos infantes para que con aquella gente, entre tanto que los sacomanos sacaban y cogían los sarmientos, que ellos hiciesen la escolta. Finalmente, los sobredichos capitanes y gente, juntamente con los sacomanos, se partieron de Barleta la vía de Visela, para poner en efecto el mandado de su capitán. Estaba en Visela en guarnición un capitán francés que llamaban la Crota, con cuatrocientos infantes; con el cual el capitán Pocodinare, que estaba entre Lica, siendo avisado la noche antes de la venida de los españoles, salió con cien caballos ligeros y cincuenta hombres de armas y fuese á juntarse con él para que ambos á dos saliesen á dar en los españoles. Los capitanes D. Diego de Mendoza y García de Paredes, después que salieron de Barleta, porque la infantería no fuese vista de los franceses, mandáronlos subir en los sacomanos, y de esta manera pareció que todos venían á caballo y que no venían infantes. Allegando los españoles á milla y media de Visela, enviaron delante los caballos ligeros para que se informasen del estado en que estaban los de Visela y viesen si había algún movimiento de franceses y los avisasen con tiempo. Los franceses, como estaban sobre aviso, luego como sintieron venir á los españoles, enviaron cien infantes delante para que peleasen con los españoles y se entretuviesen con ellos, entretanto que con toda la otra gente de caballo y infantes ellos acudían, por razón que pensaron que si todos salían de un golpe, los españoles no osarían esperar y volverían las espaldas, y de aquella manera como se cebasen en pelear con aquellos infantes, no mirarían tanto sobre sí, creyendo que no vernía más gente. En conclusión, los caballos ligeros españoles, como vieron los infantes, arremetieron con ellos y del pri-

mero encuentro los franceses fueron rotos en dos partes, de manera que los sesenta de ellos se retrajeron á una torre fuerte de aquellas viñas y los cuarenta se tornaron á muy gran prisa á Visela á dar aviso á los capitanes franceses del estrecho en que los otros infantes quedaban en la torre. Por manera que el capitán Pocodinare con el otro capitán francés luego salió de Visela con toda la gente de caballo y infantería para socorrer los franceses que estaban en la torre; y los españoles como vieron salir de tropel toda la gente francesa de Visela y que eran tres para uno de los españoles, determinaron lo que sería bien hacerse en aquel caso, ó si combatirían la torre do los sesenta franceses estaban, ó si considerando la mucha gente que venía contra ellos sería bueno retirarse hacia Barleta. D. Diego de Mendoza y otros muchos con él fueron de opinión que sería más seguro retirarse á Barleta, como mejor pudiesen, que no perecer allí todos sin ningún remedio, esperando con temeridad tan pocos que ellos eran á combatir con tantos de los franceses como parecían venir, en especial viendo que estaban metidos entre todas las guarniciones de los franceses y que ellos estaban lejos de Barleta, donde no podrían ser socorridos, y los franceses el socorro que más lejos tenían era á seis millas de Visela. Diego García de Paredes fué de este parecer muy contrario, el cual dijo que muy mejor sería que la torre se combatiese, por razón que, si la combatían, los franceses que venían de Visela creerían que había en ellos muy gran engaño de celada de gente encubierta y no osarían pasar adelante, viendo que sin ningún temor los españoles acometían la torre y que no hacían caso de ellos y que retirarse les era muy mayor peligro, por razón que los franceses cobrarían ánimo y por el contrario los españoles lo perderían; y que allende que los franceses por se retirar conocerían en ellos flaqueza y no dejarían por eso de los alcanzar y dañar con todo su poder, por lo cual á él le parecía que entre dos peligros el menor sería combatir la torre y mostrar ánimo contra los franceses, de lo cual resultaría creer ellos que había mucha más gente española de la que parecía, diciendo que en el combatir de la torre él tomaba á cargo con los infantes de la rendir bien presto, y que en lo demás D. Diego de Mendoza con los caballos y gente de armas se pusiesen al camino, que es entre unas viñas, por donde los franceses habían de venir, y que allí se estuviese quedo, encarado contra ellos sin se mover de allí con su gente. Muy bien pareció á todos lo que Diego García de Paredes dijo, y así lo pusieron por obra, porque entretanto que Diego García de Paredes combatía la torre, D. Diego de Mendoza con la gente de armas y caballos ligeros se puso á la boca de una calle de las viñas, que era el camino por donde los franceses habían de venir, según dicho es. Entretanto Diego García de Paredes se puso á pie con la infantería y instruyéndolos en lo que debían hacer, todos juntos por todas partes comenzaron á combatir la torre con grande ánimo y fortaleza, á la cual los franceses defendían con gran corazón, en que mataron de lo alto algunos españoles é hirieron muchos, de que no poco enojo recibió Diego García de Paredes, viendo el daño que en su gente se hacía y lo mucho que estaban en tomar aquella torre, porque tenía gana de socorrer á D. Diego de Mendoza, si menester lo hubiese. Por esta razón, animando su gente y haciendo él por su persona cosas de muy gran valor hizo apresurar el combate por todas partes, poniendo fuego á la torre con los sarmientos de las viñas, que ende había asaz hechos en manojos; por manera que con ellos quemó la puerta de la torre, por donde algunos soldados con gran corazón se comenzaron á meter, y los españoles que combatían por la otra parte de la torre ya habían en esta sazón con las picas deshecho una parte de la muralla de lo alto de la torre por donde todos los franceses se descubrían queriéndose poner á la defensa, de cuya causa recibían de los españoles muy gran daño, los cuales debajo con las picas y piedras y ballestas habían muerto más de un tercio de la gente que estaba en la torre. Después de esto Diego García de Paredes, andando con muy gran diligencia y ánimo proveyendo en todos los lugares y reforzando su gente cuanto podía para que tomasen la torre, porque se temía que los franceses acometerían á D. Diego de Mendoza y á su gente de caballo, y convenía que él le socorriese después de haber tomado la torre, y que sin la tomar le era muy mal caso apartarse de allí, apresuró mucho más el combate, por manera que los unos entrando por la puerta y los otros subiendo por las picas á lo alto de la torre, ayudándose los

unos á los otros, con grande ánimo tomaron la torre y mataron á todos los franceses que ende se habían acogido, excepto uno, el cual se dió á conocer á Diego García de Paredes, que había sido su criado un poco de tiempo, y por esta obligación que le tenía Diego García de Paredes le salvó que no muriese como los otros. En este combate Diego García de Paredes lo hizo tan valerosamente y trabajó tanto de su persona, que ningún otro en el mundo pudiera hacer tanto, y asimismo los infantes españoles hicieron maravillosas cosas en aquel día. Pues, tornando á los franceses que habían salido de Visela para socorrer á los infantes que se habían retirado á la torre, como vieron la determinación y osadía con que habían acometido la torre los españoles, y viendo la otra gente de caballo que estaba en el paso aguardándolos, no osaron pasar adelante, pensando que, según el poco temor que en los españoles conocían, sería mucha más gente de la que parecía, y por esta razón sin socorrer á los infantes se tornaron á Visela; y D. Diego de Mendoza que, según es dicho, estaba en el camino esperando á los franceses, como vido que no habían osado pasar adelante, antes volvieron las espaldas, túvose de ello por bien contento; porque si los franceses intentaran á venir á las manos, no dejaran los españoles de recibir gran daño; y con esta buena salida con toda la gente se tornó á do había dejado á García de Paredes, que ya había tomado la torre y muerto á los franceses. Y Diego García de Paredes, á aquel francés que había librado, mandóle que se fuese á Visela y que contase al capitán Pocodinare y al capitán la Crota toda la manera de que habían usado para los esperar y la poca gente que tenían, y les hiciese saber la muerte y daño de los de la torre, para que así por esta pérdida como por la confusión que tendrían en se ver engañados de tan poca gente, recibiesen mayor pena, viendo y considerando haber perdido toda aquella gente por su grande flojedad y demasiada cobardía y poco ánimo. Finalmente, después de todo esto acabado, los sacomanos cargaron con gran diligencia todos los sarmientos que hubieron menester, y de ahí todos juntos muy alegres se tornaron á Barleta y dieron cuenta al Gran Capitán de todo lo que les había acaescido con los franceses.

CAPÍTULO LXXI

De cómo Lezcano, capitán de la armada española, destruyó el armada francesa que estaba en Brindez, y de cómo el Gran Capitán se concertó con los villanos de Castellaneta por que se levantasen contra los franceses.

Ya se dijo arriba cómo el capitán Peri Juan, que estaba en Brindez, impedía el venir de las provisiones que se traían desde Sicilia á Barleta, y que á esta causa había en aquella ciudad muy grande penuria y falta de bastimentos para la gente del ejércíto español. Pues dice agora la crónica que pensando el Gran Capitán de poner remedio en este caso, mandó al capitán Lezcano que se moviese con el armada española y que fuese á deshacer el inconveniente que á causa de estar aquel capitán francés en el paso seguía á su gente y ejército. Y con esta orden el capitán Lezcano, tomando dos navíos de dos galeras y dos carabelas bien aderezadas, las cuales llevaban cuatrocientos hombres de guerra, sin la otra gente de las mismas naves, se metió en el camino de Brindez, adonde en el puerto de aquella ciudad estaba el capitán Peri Juan con sus galeras. Pues es de saber que andando por sus jornadas, vino el capitán Lezcano á vista de Brindez y hizo enderezar el armada contra el puerto de aquella ciudad. El capitán Peri Juan, como vió el armada que por la mar venía que se enderezaba hacia aquel puerto, reconoció ser de españoles, y por esta razón mandó recoger con mucha presteza dentro en el puerto todas sus galeras y fustas, que no estuviesen unas de otras apartadas, y asimismo mandó se apercibiesen todos para esperar el armada que contra ellos hacía vista de venir. En esto el capitán Lezcano apresuró más su camino, y tanto anduvo que antes que el armada francesa se recogiese al puerto la alcanzó, y aferrando sus galeras con las galeras francesas, pelearon una pieza con mucha fortaleza; por manera que como el capitán Lezcano fuese varón de mucha virtud por la mar, y aun por la tierra, y la gente que llevaba fuese escogida y de muy buen hecho, en muy poco tiempo rompieron todas las galeras de Peri Juan, haciendo asimismo grande daño en la gente de ellas. Finalmente, viendo el capitán Peri Juan el daño de su gente, juntamente con el de sus galeras, fué constreñido de ne-

cesidad lo mejor que pudo en una galera recogerse á Brindez por salvar su persona, que ya del armada poca cuenta hacía, como á la sazón quedase toda perdida y muy mal parada; el capitán Lezcano le fué siguiendo; pero al fin no le pudiendo alcanzar, le dejó, siendo asaz alegre y contento de lo bien que le había sucedido con las galeras francesas, quedando por esta causa el paso de Sicilia más libre y exento que no lo había estado hasta allí. Después de este mismo tiempo, el Gran Capitán, que no se ocupaba en otra cosa salvo en quitar y apartar tantos movimientos y guerras como á la sazón había entre españoles y franceses, no deseando por eso perder su derecho, trató con los villanos de Castellaneta, que es una villa junto á Taranto, adonde estaba en guarnición un capitán francés que llamaban Símonet con mucha gente francesa, que se levantase y se tornase á la devoción y parte del Rey de España, como buenos y leales vasallos, para ejecución de lo cual dió esta orden que se sigue, para que más á su salvo y sin daño suyo pusiesen en efecto aquel hecho. Y así que tomasen primeramente y principal en prisión al capitán Simonet, y después á todos los franceses que ende tenía, y que para esto él daría aviso al capitán Luis de Herrera y al capitán Pedro Navarro, que eran sus capitanes que estaban en Taranto, para que el día que ellos señalasen, estos capitanes juntamente con su gente socorriesen á tiempo. Esto hacía el Gran Capitán por matar de un tiro dos pájaros, por razón que no solamente de aquella manera ganaba la villa, pero también hacía menos de sus enemigos. Finalmente, los villanos de Castellaneta, habida la orden y mandamiento del Gran Capitán, como deseosos de hacer su mandado, viendo que el capitán Simonet había en muchas refriegas que con los españoles hubo perdido mucha gente, y que á la sazón no estaba tan poderoso que ellos no lo fuesen mucho más, en especial habiendo de ser de los capitanes de Taranto socorridos. En conclusión, los de Castellaneta avisaron á los capitanes españoles un día antes, diciéndoles que otro día siguiente antes que fuese de día, viniesen allí con mucha diligencia y muy grande secreto, y que ellos los meterían en la villa, sin que ninguno de los franceses lo sintiese, por manera que muy bien podrían hacer de los franceses á su voluntad. Y con este aviso que les dieron, el capitán Luis de Herrera y el capitán Pedro Navarro, aquella misma noche aderezaron muy bien su gente y salieron de Taranto para ir á Castellaneta; y los villanos por su parte aquella misma noche, después que todos los franceses se hubieron recogido á dormir, se metieron todos en armas y se pusieron á esperar los españoles hasta cerca del día, los cuales á esta hora estaban siete millas de Castellaneta. Pero los de la villa, como ya se hubiesen metido en armas y viesen que los españoles se tardaban en su venida, y que si el día se allegase, el trato se descubriría y no podrían hacer lo que deseaban, siendo avisados cómo los españoles venían no muy lejos de la villa, tomaron por sí el principio de aquel hecho y comenzaron á dar por las casas donde los franceses estaban seguros, de los cuales acaeció que dormían en sus camas á sueño suelto. El primero aposento adonde ellos fueron, fué al del capitán Simonet, al cual tomaron en prisión y pusieron á muy buen recaudo, y de ahí prendieron á todos los franceses sin que dejasen ninguno á libertad. Y en este tiempo los españoles que habían apresurado su camino, estaban bien cerca de la villa, por manera que si los de la villa se hubieran hallado en peligro, pudieran ser de los españoles ligeramente socorridos. Los cuales como llegaron á Castellaneta, hallaron las banderas de España puestas por la villa, y preso el capitán Simonet juntamente con sus soldados. Y los de Castellaneta luego entregaron al capitán y á los otros franceses en poder de los capitanes españoles; y así, quedando la villa de Castellaneta por el Rey de España, se tornaron con los prisioneros á Taranto, de lo cual todo fué avisado el Gran Capitán, de cuyo hecho mucho fueron agradecidos los de Castellaneta.

CAPÍTULO LXXII

De cómo el Visorrey de Nápoles fué sobre Castellaneta por vengarse de la injuria que le habían hecho los de aquella villa, y de cómo el Gran Capitán tomó á Rubo y prendió al capitán monsiur de la Paliza con muchos de los suyos.

La crónica haciendo su continuación y orden debida, dice que después que los de Castellaneta prendieron al capitán Simonet y los

otros franceses, según dicho es, el Visorrey de Nápoles, que de este hecho fué sabidor, hubo de ello muy gran enojo, y por esta razón, indignado contra los villanos de aquella tierra y villa de Castellaneta, que de este caso habían sido principales autores, quiso castigarlos, según merecía su inobediente malicia. Y así con esta determinación y parecer se partió de Canosa con toda la más parte de gente de armas y caballos ligeros, y con toda la infantería y artillería vínose camino derecho de Castellaneta, con intención de meter á fuego y á sangre aquella villa, por la grande y fea traición de que habían usado con su gente que allí tenía en guarnición. Y andando por sus jornadas el dicho Visorrey vino con su gente y llegó á una villa que está á cuatro millas de Castellaneta, que dicen Baterna, y allí se detuvo algunos días dando orden en lo que debía hacer en la presa de Castellaneta. El Gran Capitán, que de todo lo que pasaba en el campo francés era muy bien avisado, como supo la partida del Visorrey contra Castellaneta y la intención que llevaban de poner en efecto su perdición, determinó él por otra parte de se vengar del daño que esperaba que le había de ser hecho por el Visorrey en Castellaneta, y así muy secretamente hizo un día poner en orden su gente, y siendo de noche á dos horas pasadas salió con su gente y artillería de Barleta, y fuese muy secretamente la vía de Rubo, adonde estaba monsiur de la Paliza, un capitán francés, con toda su gente de armas é infantes en guarnición de aquella villa. Eran en número de doscientos hombres de armas y doscientos archeros, toda muy buena gente y escogida. Y andando el Gran Capitán, como está dicho, toda la noche, allegó sobre la villa de Rubo bien cerca del día, el cual con mucha diligencia y presteza puso su gente en orden, y primero dió asiento al artillería para batir la muralla, y así asentada batióse la dicha villa bien hora y media, en que vino á tierra una gran parte del muro de lo alto, y después de esto mandó el Gran Capitán á su gente que diesen la batalla con muy buena orden y concierto, y la primera fué encomendada al capitán Diego García de Paredes, y él con toda su gente arremetió al muro. Y allegados al pie dél, pusieron las escalas, y los franceses, por el contrario, ofendían con todas sus fuerzas á los españoles todo lo que podían. Estando de lo alto del muro echando muchas piedras y flechas, y con las picas y alabardas cortaban las escalas y echaban abajo los españoles que querían subir, en que recibían gran daño, y mataron algunos de los españoles y hirieron á muchos. En esto el Gran Capitán se metió con toda su gente en el combate, por manera que así con su esfuerzo como con su prudente consejo daba doblado ánimo y fuerzas á los suyos; y los españoles, viendo que peleaban delante de su capitán, cada uno procuraba ganar para sí toda la honra y prez que podía para que ganase juntamente la voluntad de su capitán y fuese conocido por muy buen soldado; y así hicieron en tan poco tiempo tanto de sus personas que, matando y hiriendo mucha parte de los que estaban puestos en defensa del muro, tuvieron lugar de subir, entre los cuales el primero que subió encima del muro fué el capitán Francisco Sánchez, despensero mayor, que puso la primera bandera en el muro. De ahí subiendo otros muchos, los franceses perdieron mucho ánimo, y dejando los franceses el muro en poder de los españoles, todos se retiraron al cuerpo de la ciudad, y haciéndose fuertes en las casas principales de la ciudad y en algunas calles. Pero muy poco les aprovechó, por razón que subiendo en el muro todos los españoles abajaron abajo con ánimo victorioso diciendo: «España, España». Comenzáronse á mezclar entre los franceses combatiéndoles las casas fuertes adonde se habían metido, y lo mismo hacían en muchas calles adonde se habían hecho fuertes. De cuya causa les hacían perder mucha gente, haciendo en los franceses todo el daño que podían, por manera que por fuerza les tomaban muchas casas y los prendían y mataban, queriéndose oponer á se defender dentro en ellas. Finalmente, los españoles hicieron tanto, que echaron á los franceses fuera de los lugares donde se habían recogido y prendieron á monsiur de la Paliza juntamente con el Duque de Saboya, y con otros muchos franceses, y los demás que salvarse pudieron se recogieron á un castillo viejo que estaba en Rubo y á una muy buena torre y muy fuerte que estaba sobre las puertas de la ciudad. De allí se defendieron valerosamente algún tanto, pero el Gran Capitán hizo meter el artillería contra aquella torre y castillo viejo para los tomar por fuerza de armas como lo habían hecho á la ciudad. Y los franceses como se vieron amenazar con

el artillería y viendo que era imposible poderse sustentar más de un día contra las fuerzas del Gran Capitán, tomaron su consejo y determinaron de se dar debajo de su merced y amparo, y el Gran Capitán los recibió y les dió libertad. Todo lo demás vino en poder de los españoles, porque á la verdad, dejando aparte los prisioneros, pero todas las otras cosas, así de joyas como de dineros, ropas y caballos, fueron todos muy cargados y bien contentos, y con todo muy alegres se fueron á Barleta. Y porque dije de caballos, es razón decir el número de ellos, que fué, según verdad, más de mil caballos los que de aquella presa hubieron los españoles. Muy grandes fueron las cosas que en este combate de Rubo hizo la persona del Gran Capitán, y dignas de memoria las que toda su gente y capitanes hicieron, donde fué el capitán don Diego de Mendoza, Diego García de Paredes, el prior de Mecina, el capitán Pedro de Paz Escalada, el coronel Villalba, el Duque de Termes, el capitán Pizarro y los dos fuertes Colona, Próspero y Fabrico Colona, y juntamente con otros dos caballeros napolitanos, con otros algunos italianos de grande estima que en aquel día hicieron maravillosas cosas de sí; y verdaderamente eran bastantes estos valerosos capitanes que dicho tengo á tomar otra Rodas en fortaleza, cuanto más una ciudad tan pequeña y no muy fuerte, como era Rubo. El Gran Capitán, en tanto ruido y revuelta de la tierra saqueada, todas las mujeres que en las iglesias halló, llenas de lágrimas y temor, hizo que fuesen tan guardadas, cuanto convenía á la limpieza de no ser violadas, antes como supo que toda aquella gente militar las halagaba y festejaba con lengua y manos para mal usar con ellas, aquello castigó muy reciamente, y todo cuanto les tomaron hizo luego á la hora restituirles, y ellas puestas todas en libertad les mandó dar muy grande y cumplida abundancia de mantenimientos, de que estaban en mengua, y así libres de aquel infortunio, la mayor en edad y principal en dignidad de aquellas, le dijo: «No sin causa, magnánimo señor, la natura os otorgó forma de cuerpo y gesto tal que resplandece más vuestro oficio y dignidad, y pues las gentes no bastan á dar tanto loor cuanto merece vuestra magnanimidad, plegue á Dios otorgaros la gloria que de derecho todos deben á vuestra piadosa persona y grande humanidad». No menos virtud de clemencia y humanidad usó el Gran Capitán cuando trajo gente sobre Gaeta, y ganado el monte de aquella, y el arrabal entrado, viendo que las vírgenes de la Anunciada, que son unas criaturas hijas de padres y madres inciertos, porque, por cubrir su infamia, en naciendo las echan á las puertas de las iglesias, las cuales estaban en un ayuntamiento de religión, do se crían grande número de mozas, y en aquella observancia están hasta que la misma casa de la religión donde están las casa. La cual religión ó casa entrada por la gente del Gran Capitán, ellas sin pensamiento de tan súbito peligro huyeron á los tejados y azoteas, por ser antes de allí despeñadas que forzadas. El Gran Capitán, que vió tanta multitud de mujeres angustiadas, y sabida la causa, que era que mucha parte de su infantería las quería meter á saco, como hacían de todos los otros bienes, para usar mal de ellas, con mucha presteza y muy grande diligencia las socorrió, diciendo estas palabras como hombre piadoso: ser aquellas antes dignas de ayuda que de injuria, y descendiéndolas de allí, tal cobro les puso y en tanta manera miró por ellas, que tan limpias en su contento quedaron como las hallaron, y siendo forzado de ir á proveer en lo que convenía á la presa de la ciudad, sustituyó para guarda de éstas á un caballero de su casa, llamado Martín de Tuesta, el cual, los que muy bien lo conocieron, afirmaron que entró tan virgen en la tierra como salió del vientre de su madre. Al cual, con gente que le dejó, le mandó que las guardase, diciéndole de esta manera: «Martín de Tuesta, mirad que si me voy de aquí, es porque dejo otro yo». Pues si el hecho de Scipión Africano Romano, es tan alabado por los escritores romanos, por la muy grande y excelente virtud que usó con la desposada de Lucio, Príncipe de los Celtiberios, que sabido quien era lo envió á llamar al desposado y se la restituyó tan entera cuanto vino á su poder, juntamente con el rescate que por ella sus padres le enviaron, como lo cuenta Tito Livio en sus *Décadas*. Y si asimismo el dicho Scipión es alabado del mismo Tito Livio, porque la anciana dueña de los rehenes de Hispania, mujer de Mandonio, que fué tomada en Cartagena, echándose á sus pies del Africano, le suplicó que todas las mujeres que allí había habido fuesen encomendadas á buena guarda por el peligro que de comunicar con la gente suel-

ta les podía suceder. El cual Scipión las encargó á un hombre honrado, casto y virtuoso, mandándole que las guardase como á propias madre y hija. Y si, como escribe Justino, habiendo Alejandro llamado el Magno, en la guerra de Darío, prendido á Gisisbamba, madre que fué del mismo Darío, y á su mujer y hijas, de contino las trató con tanta reverencia y honestidad como si fueran sus propias hijas, madre y hermanas, cuánto más puede y debe ser alabada en nuestro Gran Capitán una tan soberana virtud y clemencia usada con estas mujeres; porque si Scipión usó de aquella liberalidad con la mujer de aquel Príncipe Celtiberano, aquéllo hizo más con fin de ser ayudado de aquél para la guerra que con los cartagineses tenía que por otros fines, porque no menos era hostigado de su amor que otro cualquiera de sus soldados; y asimismo porque le faltaba gente y amigos en España, y para atraerlos á su devoción y amistad le convenía más con virtud y buenas obras atraer á los españoles á su amistad, siendo tan valerosos, que con rigor de armas y asperezas, de que no le podía suceder ningún provecho, y asimismo porque los capitanes romanos si hacían alguna cosa indigna de tan grandes varones, eran después por el Senado gravemente castigados. Pues si decimos de la benignidad de Alejandro para con la madre, mujer y hijas de Darío, no por esto había ni debe ser preferido al Gran Capitán, porque si lo usó, lo que de cierto no se sabe, fué por tener su amor puesto en su Rosana, y aun por codicia y ambición de fama, que no constancia de ánimo que dél se publicase con aquella moderación, pues es cierto que no fué tan continente que no se puede creer lo contrario de lo que se escribe. Pero lo del Gran Capitán procedía de ánimo modesto, continente y moderado, porque no solamente después de haber entrado los pueblos, pero antes de dar el asalto, con público pregón mandaba que á las mujeres que en las iglesias y monasterios se hallasen, no tocasen ni afrontasen con manos ni lengua, y no satisfecho con esto, él en persona las iba á amparar y defender de cualquier daño y afrenta que hacerles quisiesen, como arriba se ha contado. Pues volviendo al propósito, el Gran Capitán, después de haber ganado á Rubo y prendido á monsiur de la Paliza y á otros caballeros principales que con él estaban, como dicho es, el día siguiente, no siendo aún del todo saqueada la tierra, usando la misma presteza volvió á Barleta, habiendo llevado las mujeres de Rubo consigo, y luego les dió muy cumplida libertad, sin llevar cosa alguna por su rescate, habiéndolas guardado con tanta honestidad como si de cada una de ellas fuera padre. Pero no quiso que los hombres de armas franceses se rescatasen, porque monsiur de Nemos no les había guardado las condiciones puestas entre ellos; todo el resto de la infantería puso en las galeras de Lezcano hasta que la guerra fuese acabada, dándoles algo más dura pena de lo que en la milicia se acostumbra. Lo cual hacía con muy gran razón, pues en nada guardaban con él y con su gente lo que prometían los franceses.

CAPÍTULO LXXIII

De cómo el Visorrey, sabida la presa de Rubo, mudó su propósito en lo de Castellaneta y se tornó á Canosa, y cómo vinieron á los españoles siete naves á Barleta cargadas de trigo de Sicilia, con que se remedió la hambre que el ejército español padecía.

Después que el Gran Capitán hubo tomado á Rubo y preso á monsiur de la Paliza con otros muchos de los suyos, como dicho es, vino á saberse aqueste hecho por el Visorrey de Nápoles, que estaba en Baterna, cuatro millas de Castellaneta, el cual queriendo ir sobre la villa de Castellaneta, según que había salido con esta intención de Canosa, y viendo el daño que por su ausencia el Gran Capitán había hecho en los suyos, temiéndose que si mucho estaba ausente lo mismo haría el Gran Capitán en todas las otras guarniciones, mudó propósito, proveyendo primero lo más y no dejar lo más por lo menos. Y así determinó de se tornar á Canosa, y antes que se partiese de Baterna envió á decir á monsiur de Bramonte, que estaba en las Grutallas, que luego visto su mandado se moviese de allí con su gente y se fuese á Canosa por el camino que él llevaba, porque así convenía hacerse. Luego sin ningún detenimiento monsiur de Bramonte se partió con su gente de las Grutallas una noche, bien pasadas tres horas de ella, y vínose la vía de Canosa, según la orden que el Visorrey tenía dada. Los capitanes Luis de Herrera y Pedro Navarro, como supieron la

partida de monsiur de Bramonte de las Grutallas y que aquel lugar estaba desocupado de franceses, salieron de Taranto con su gente y fuéronse derechos á aquella villa, donde fueron muy bien recibidos, y allí se estuvieron algunos días, mediante los cuales determinaron ir sobre algunas villas de aquella comarca que se tenían por Francia; y un día saliendo de las Grutallas se fueron á otro lugar que llaman la Chera, adonde asimismo se detuvieron algunos días. De ahí se fueron sobre una villa que dicen Aste, dejando primero todas las tierras que dicho tengo conformes á la devoción y parte de España. El capitán Lezcano, que, como dicho tiene la crónica, había roto el armada francesa, corrió por aquella costa de la Pulla por la parte del Adriático, el cual como supo que españoles estaban sobre Aste y que no habían podido tomar aquella villa, saltó en tierra con cuatrocientos infantes y vínose derecho á Aste, donde halló los otros españoles, con la venida del cual, alegres por se ver más crecidos en número de gente, comenzaron de nuevo á combatir aquella villa, que muy contraria se les había mostrado. Pero al fin, como las fuerzas españolas no sean en poco tenidas en aquellas partes, avino que por fuerza de armas hubieron los españoles de la tomar y la saquearon, por razón que se les había procurado muy valerosamente defender con todo su poder, según dicho es. Luego después de esto los españoles salieron de Aste y fuéronse á otra villa que llaman Francavilla, adonde sin ninguna resistencia se metieron en ella. Está esta villa hasta cuatro millas de Oira, adonde el capitán Luis de Aste estaba en guarnición con cuatrocientos infantes y cuatrocientos caballos ligeros y hombres de armas; y dende allí los españoles que estaban en Francavilla con los franceses de Oira siempre se visitaban con correrías y escaramuzas, por manera que se hacían los unos á los otros todo el daño que podían; á los cuales dejará ahora la crónica por contar lo que en Barleta aconteció en este tiempo. Y fué así que, según en otros lugares ha contado la crónica, en Barleta había muy gran falta de bastimentos para la gente y para los caballos, lo cual les duró muchos días, que padecían la mayor hambre que ejército de gentes jamás pudo padecer, y junto con esto había en Barleta muy gran pestilencia, de que en especial los de la misma ciudad fueron de esta enfermedad muchos tocados y muertos, y milagrosamente Nuestro Señor guardaba la gente de guerra que no muriese, porque de otra manera no se pudiera el Gran Capitán sustentar una semana que no dejara la ciudad. Pero con todas estas fatigas y trabajos, y lo que más les tenía puestos en necesidad era la hambre, la cual sintieron en mayor grado después de la presa de Rubo, de que se acrecentó el gasto de las provisiones por razón de los muchos prisioneros y gran copia de caballos que ende hubieron. Y bien se pudiera desembarazar el Gran Capitán de todos los prisioneros franceses si quisiera, porque el Visorrey después que llegó á Canosa, le envió muy gran suma de dinero de rescate á monsiur de la Paliza y de monsiur de la Mota y de los otros capitanes y gente francesa que tenían en prisión en Barleta; pero no los queriendo dar por ningún precio de dinero, respondió que él no tenía en voluntad señorear el oro, sino las personas que lo mandaban y daban, y con esto quiso antes estar sujeto á la hambre que no á sus enemigos, porque en fin hacía de sus enemigos los menos. Pues dejado esto, dice la crónica que á la sazón le vinieron de Sicilia siete naos cargadas de trigo y tomaron puerto en Barleta, de que muy alegres fueron todos por el remedio que á la hambre les había venido. Desembarcaron todo el trigo de las naves, y así los unos como los otros fueron con este socorro remediados. El Gran Capitán hizo tres partes de todo aquel trigo: la una parte repartió entre su gente, y la otra repartió á los ciudadanos de Barleta, y la tercera parte repartió á sus guarniciones que tenía por aquella comarca, y quedando todos de este repartimiento contentos estuvieron de ahí adelante más aparejados en el servicio de su capitán.

CAPÍTULO LXXIIII

De cómo el Visorrey de Nápoles, queriendo venir á las manos con los españoles, envió á llamar á todos los capitanes que estaban en las guarniciones de Pulla, y de cómo el Gran Capitán hizo asimismo llamamiento del capitán Luis de Herrera y Pedro Navarro.

En este tiempo, estando el Visorrey de Nápoles en Canosa temeroso no le viniese el

Gran Capitán á cercar allí, el cual á la verdad, por razón que dividió su ejército, no le tenía tan pujante como de antes, y por esta causa envió á llamar al capitán Luis de Aste, que estaba en Oira, para que con toda la gente de armas y caballos ligeros é infantes se viniese á Canosa. Lo mismo hizo á todos los otros capitanes franceses é italianos que estaban por Francia, mandándoles que luego que viesen su mandado, se viniesen á Canosa con la gente que tenían, y entre los otros escribió á Andrea Matheo Acuaviva, que de Conversano fuese á Altamura, adonde estaba Luis de Arce, y de allí ambos á dos juntas las fuerzas viniesen á Canosa, donde le hallarían, porque monsiur de Nemos ponía grande esperanza en el consejo de aquel hombre para el gobierno de la empresa y no le parecía tentar ninguna cosa sin el Luis de Arce, capitán valiente y animoso. Ciertamente, según el tiempo que este llamamiento se hacía, no dejaba de ser pronóstico de grandes movimientos. El Gran Capitán, viendo cómo el Visorrey llamaba su gente á Canosa y que no sabía para qué, recelóse de ello, por lo cual él asimismo de su parte envió á llamar al capitán Pedro Navarro y á Luis de Herrera, que, según dicho está, estaban en Francavilla, para que con toda su gente viniesen á Barleta, dejando á buen recaudo la ciudad de Taranto mientras el Arce y Acuaviva concertaban el día de su partida. Pedro Navarro tomó las cartas de Arce junto á Taranto, y como avisado, habiendo entendido el designio de los franceses, hizo una emboscada al Acuaviva, cuando había de pasar, y así rodeado de un no pensado mal, defendiéndose animosamente, habiéndole muerto el caballo y herido gravemente, fué preso. Juan Acuaviva, su hermano, peleando valerosamente fué muerto; la caballería fué rompida y casi toda ella vino en mano de los enemigos. Habiendo, pues, felizmente sucedido esta empresa, Pedro Navarro y Luis de Herrera partieron para Barleta con trescientos infantes y con cuarenta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros, y llegaron un sábado á Castellaneta, y allí estuvieron holgando el domingo siguiente por razón de la festividad que era. Luego otro día lunes siguiente, de mañana, después de haber oído misa, salieron de Castellaneta y tomaron el camino de Barleta, y andando por sus jornadas acaeció que un día allegando entre Conversano y Rodillana se encontraron con el Marqués de Bitonto, el cual había salido de Conversano para ir con su gente á Canosa al llamamiento del Visorrey, de cuya parte él era, y llevaba cincuenta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros y trescientos hombres de la comarca, toda gente vil y para poco. Y como los capitanes españoles los vieron, enviaron á muy gran prisa los caballos ligeros adelante para que detuviesen los del Marqués, entretanto que llegaba la infantería, los cuales aguijaron tanto que se alejaron de la infantería bien dos tiros de ballesta, y los infantes no se parecían; por razón que con las matas de un bosque que estaba en aquel lugar iban cubiertos, por manera que el Marqués de Bitonto, como vió los caballos españoles, no pensó que había más gente de la que parecía, y por esto con toda su gente arremetió de recio contra ellos, y mezclándose los unos con los otros se herían con mucho ánimo. En esto el capitán Pedro Navarro y Luis de Herrera allegaron con la infantería y dieron muy recio en la gente del Marqués, y tanto hicieron que en breve fueron los bitontinos desbaratados y presos y muertos más de treinta de ellos, y todos los demás y su capitán se salvaron en Rodillana y Conversano. Aquí fué preso el Marqués de Bitonto y hubieron los españoles muy gran despojo de dineros, ropas y joyas juntamente con todo el recuaje y recámara del Marqués, adonde venía toda su plata y otras muchas cosas de calidad. Y después de esto el capitán Luis de Herrera y el capitán Pedro Navarro, que así como lo sabían ganar lo sabían conservar, temiendo que si llevaban consigo al Marqués hasta Barleta podría ser que saldría gente de las guarniciones francesas y se lo quitarían de poder, y por esta razón le enviaron á Varina, donde en el castillo fué tenido á muy buen recaudo y debajo de muy buenas guardas; y los españoles luego se movieron de allí y se fueron á Barleta, adonde dieron cuenta al Gran Capitán de lo que en el camino habían hecho y de la prisión del Marqués de Bitonto, de que mucho se holgó el Gran Capitán, y luego mandó llevar el Marqués al castillo de Manfredonia, por razón que aquel castillo es más fuerte que el de Varina y estaría allí muy más seguro y bien guardado.

CAPÍTULO LXXV

De cómo vinieron al Gran Capitán los dos mil alemanes de socorro, y de cómo salió de Barleta á buscar en campo al Visorrey de Nápoles, y del gran trabajo que su gente pasó en el camino de la Chirinola.

Después que el Gran Capitán mandó venir sus capitanes y gente de guerra á Barleta, viniéronle de socorro los dos mil alemanes que había enviado á pedir al Emperador Maximiliano, según dicho es, los cuales se desembarcaron en Manfredonia y de ahí por mandado del Gran Capitán se vinieron á Barleta. No poco contento y alegre estaba el Gran Capitán viendo ya que sus cosas iban de mejor arte y condición, por razón que así en gente como en otros casos de guerra, de que así como los suyos habían salido victoriosos, se iban acrecentando, y por esta causa que ya veía su ejército más crecido y animoso, porque sin temor se podía oponer á esperar todo el ejército del Rey de Francia, dado que fuese mucho mayor en número de gente que no lo era el suyo; y así por lo uno como por lo otro, confiando en su justicia, con que las fuerzas de sus enemigos pensaba confundir, determinó de salir en campo al Visorrey á buscarle y no estar encerrado, difiriendo aquel hecho tanto tiempo en Barleta, que hasta allí por no haber tenido gente para salir lo había disimulado. Y con esta voluntad, después de tener allegada en Barleta toda su gente y puesta en buena orden, así de armas como de caballos como de todo lo demás que para la guerra es menester, hizo saber al Visorrey la gana y deseo que él tenía de dar fin á sus hechos de una vez, y que esto se podía hacer encomendándolo á una batalla de campo, viéndose ambos á dos con su gente, y que le hacía saber cómo él saldría otro día á le buscar con su ejército á Canosa, y que de aquella vez concluirían tantas diferencias como hasta allí tanto tiempo habían tenido. El Visorrey de Nápoles, como supo que el Gran Capitán estaba determinado de salir á le buscar en campo, salió de Canosa con toda su gente de armas y caballos ligeros y infantería y con el artillería de campo, vínose á esperar al Gran Capitán media milla de Canosa junto al río Losanto; allí estuvo hasta que el Gran Capitán salió de Barleta. En esto, como el Gran Capitán supo que el Visorrey con todo su ejército lo esperaba en campo junto á Canosa, un jueves á veintiséis días del mes de Abril del dicho año de mil quinientos tres con toda su gente de armas y caballos ligeros y infantería salió de Barleta con aquella voluntad encendida que de venir á las manos con los franceses tenía. Y aquel día que salió de Barleta, vínose á aposentar con su gente á un lugar deshecho por su antigüedad, de que en esta crónica se ha hecho mención, que llaman Canas, que está á seis millas de Canosa, y allí se estuvo toda aquella noche en aquel lugar bajo de la guarda de sus centinelas. Y otro día de mañana entró en consejo con los principales de su ejército para tomar de ellos su parecer en lo que debían hacer. Era el Gran Capitán de tan humana condición y tan amigo de consejo, que el más mínimo de todo su ejército que le quisiese dar parecer y consejo en alguna cosa lo recibía de muy buena voluntad, como si fuera dado de hombre muy experimentado en guerra, de los muertos y nacidos ejemplo grande de la humanidad en un tan supremo capitán como lo era; y así tenía de costumbre en todas sus hazañas y hechos que acometer quería, tomar primero el consejo y parecer de los suyos. Finalmente, el Gran Capitán se aconsejó si sería bueno ir sobre los franceses, los cuales á la sazón estaban en su campo bien fuertes con proveídos aparejos, ó si irían sobre la Chirinola, una buena villa que está diez y siete millas del sobredicho aposentamiento de Canas. En conclusión, después de altercada entre todos esta duda, el último parecer como mejor se siguió: que era ir sobre la Chirinola. Y así el mismo día, que fué viernes veintisiete días del mes de Abril, el Gran Capitán se partió de aquel aposento, y antes que se moviese, aderezó su gente y ordenóla en la forma siguiente, porque así en orden y por sus escuadrones fuesen por el camino. De los infantes españoles y italianos, que serían seis mil, hizo un escuadrón, en el cual puso á Diego García de Paredes y á Pedro Navarro con otros nobles capitanes; de los dos mil alemanes hizo otro escuadrón y dióles capitanes de su misma nación; de la gente de armas hizo tres escuadrones, dándoles personas de grande gobierno y saber que asistiesen en cada uno de los escuadrones. Ordenada, pues, la gente en la forma susodicha, el Gran Capitán dió la avanguardia á Diego García de Paredes

y á D. Diego de Mendoza y á Pedro Navarro con los infantes españoles y con trescientos hombres de armas, y su misma persona con los alemanes y con doscientos hombres de armas tomó la batalla, y mandó quedar consigo al capitán Próspero Colona con otros varones del reino, y en la rezaga puso al Duque de Termes y á Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey, con doscientos hombres de armas y con doscientos caballos ligeros. Junto con esto, mandó al capitán Fabricio Colona que con cuatrocientos caballos ligeros fuese á un lado del ejército, desviado cuanto una milla, para ir descubriendo el campo y mirasen cuándo se movían del lugar donde estaban para venir contra ellos y los avisase con gran diligencia, porque no los tomasen de sobresalto. Ordenado, pues, el ejército del Gran Capitán en la forma sobredicha, cada uno con su cargo, luego se movió de Canas caminando la vía de la Chirinola por una muy rasa campaña, donde aquel día pasó la gente del ejército del Gran Capitán muy grande trabajo, por razón que como fuese verano y aquella tierra sea de natura seca y la más estéril del mundo, adonde un árbol no se halla de ninguna manera, por ser una de las más cálidas provincias que hay, adonde no había sino unas cañaveras y gamones bien altos, de los cuales hay tanta abundancia que es cosa maravillosa de ver, lo cual todo se acrecentaba en daño de la gente del ejército con el muy gran calor. Y como el remedio del fuego sea el agua para se apagar y este contrario no se hallase ni una gota de agua, vino la gente á tanta necesidad de sed que pensó toda perecer en aquel raso de aquella campaña, que andaban unos de otros apartados y sin orden buscando agua para beber; y es verdad que en aquella tierra especial por donde el ejército del Gran Capitán caminó aquel día, no se halla otra natura de agua sino es de algunos pozos que hay por el campo y por el camino, adonde cuando el invierno llueve se recoge en ellos, más para que los ganados que por allí andan se puedan sustentar que no para que gente humana la pueda beber; los cuales en verano, como la tierra sea seca, los más de ellos se agotan, y de esto avino que como era principio del verano y el ejército caminase por aquel páramo en el fervor del medio día y con el polvo y con las cañaveras y gamones que hervían y ardían como fuego y les daban por las caras, y asimismo con el cansancio del camino y con el gran calor de las armas, la sed vino tan extrema en la gente que era verla gran compasión, quedando muchos soldados en el camino muertos, no pudiendo de sed ir atrás ni adelante, y asimismo las bestias de carruaje muchas se caían muertas y no podían llevar adelante las cargas de pura sed. El Gran Capitán, que muy grande conmiseración hubo de este caso de tanta desaventura, sin tener remedio ni podelle poner, mandó á los hombres de armas y caballos ligeros tomasen á las ancas de los caballos suyos á los infantes, porque ellos eran los que mayor peligro pasaban y más daño recibían. Y porque hubo quien rezongó y murmuró de ello diciendo que también eran ellos obligados á mirar por sus caballos que les servían en las guerras, el mismo Gran Capitán primero que otro ninguno tomó un infante á las ancas de su caballo para que por su ejemplo no se desdeñasen los otros de los tomar á las ancas. Ejemplo de humildad para todos los capitanes del mundo, que él fué el que primero se abajó á llevar un infante de los suyos á las ancas de su caballo, y él, que era el primero que en todos los peligros, no le parecía que había hecho ninguna cosa, si no participaba de los trabajos de que los suyos habían parte. Finalmente, por ejemplo del Gran Capitán, todos los caballos tomaron á los infantes á las ancas y llevábanlos á ratos, y de esta manera fueron remediados algún tanto del trabajo del camino. Murieron en este camino de sed más de cuarenta hombres y muchos caballos y otras bestias de carruaje; y muchas más murieran, sino que, según dicho es, de algunos pozos que hallaron remediaron algún tanto la sed, porque, á la verdad, los pozos eran pocos y tenían poca agua, y la gente era mucha y no hubo cumplimiento para todo el ejército. Con este cruel trabajo y peligro la gente llegó á las viñas de la Chirinola, adonde la gente de armas, fatigados del camino, no se pudiendo tener en sus caballos, se echaban de ellos abajo y se iban á buscar agua, que ya allí estaban en tierra de promisión donde había agua, aunque no mucha en demasía. Estas viñas estaban cercadas de un pequeño foso, dentro del cual Próspero y Fabricio Colona, considerando y mirando el lugar, se alojaron. Y habiendo de presto limpiado y ensanchado y alzado á la parte de dentro una margen á manera de re-

belín, cuanto la brevedad del tiempo sufría poderse hacer, se fortificaron contra la caballería de los enemigos, persuadiendo al Gran Capitán los nuevos soldados que en este día se fenecía el trabajo de una tan larga y molesta guerra, en tanto por otra parte plantaban el artillería enfrente de los enemigos por donde habían de venir á los lugares que parecía ser más decentes y necesarios. También el Gran Capitán mandó asentar su campo en aquellas viñas, y entretanto que unos entendían en dar asiento en el ejército, otros tornaban por sus caballos y traían á los infantes que se habían muchos quedado en el camino, que no podían ir atrás ni adelante, como dicho es; unos yendo, otros viniendo, hubo lugar de recogerse toda la gente en el lugar do el campo se había asentado, aunque no con poco trabajo de los caballos y suyo. Gran sed padeció el ejército español, especial la gente alemana, porque como sea gente usada á beber, fué maravilla poder escapar hombres de ellos. Finalmente, después de todos recogidos en el campo, el Gran Capitán, después de se haber refrescado la gente del trabajo y cansancio del camino, comenzó á dar orden en el combate de la Chirinola, adonde contra el muro por la parte de las viñas hizo asentar algunos cañones de los gruesos del artillería, y con ellos se comenzó á batir el muro con mucha fortaleza y ánimo.

CAPÍTULO LXXVI

De cómo el Visorrey de Nápoles movió con su ejército en pos del Gran Capitán, y de la mortal batalla que franceses y españoles hubieron en las viñas de la Chirinola, de lo cual el Gran Capitán hubo la victoria, con muerte del Visorrey de Nápoles y de otros muchos capitanes.

Aquel mismo día que el Gran Capitán se partió de Canas la vía de la Chirinola, el Visorrey de Nápoles, monsiur de Nemos, que quedaba esperando junto al río Losanto al Gran Capitán, según dicho es, fué el Visorrey de Nápoles avisado de ciertos caballos ligeros, que los franceses habían preso aquel día, que el Gran Capitán iba sobre la Chirinola y el gran peligro que la gente llevaba de sed, la cual padecía en el camino con muy gran daño de todos ellos. El Visorrey de Nápoles, viendo que si en el camino los alcanzaba, lo uno por ir cansados los españoles y lo otro por el trabajo y fatiga que de sed tenían, podía muy fácilmente vencer al Gran Capitán y desbaratallos á todos, y así á muy gran prisa mandó mover su ejército en seguimiento de los españoles; y verdaderamente, según arriba se dijo, que esta fuera la última perdición de los españoles, si al tiempo que el ejército que el Gran Capitán llevaba, yendo tan trabajado, dieran los franceses sobre ellos. Pero Nuestro Señor, que en todo hacía por el Gran Capitán y por el derecho que por su Rey mantenía, no permitió que hubiese efecto la voluntad del Visorrey de Nápoles, antes por donde pensó vencer, por esa misma causa fué vencido y confundido, según dirá la crónica. Y así llegó el Visorrey á tiempo que muy bien fué de los españoles recibido, estando ya del trabajo pasado algo refrescados. Pues cuenta la crónica ahora muy largamente que el Visorrey después que se partió de junto á Canosa, adonde tenía su campo, como dicho es, caminó á gran prisa todo aquel día con voluntad de alcanzar los españoles en medio de aquel raso, adonde creyó que irían más sedientos y fatigados, y como no pudo alcanzallos, hubo de ello grande enojo y pasión; pero no por eso dejó de los seguir hasta que los halló junto á la Chirinola. Llevaba el Visorrey su gente en esta orden: su misma persona tomó el avanguardia con cuatrocientos y cincuenta hombres de armas y quinientos caballos ligeros y con cinco mil infantes, de los cuales tenía la gobernación monsiur de Chandela. En la batalla puso á monsiur de Salerno y de Visiñano, y en la rezaga puso á monsiur de Alegre y á Luis de Aste con doscientos y cincuenta hombres de armas y con trescientos caballos ligeros y todos los demás infantes. Y con esta determinación y orden venían, cuando el capitán Fabricio Colona allegó con los caballos ligeros al Gran Capitán, diciendo en cómo ellos habían descubierto el ejército francés, que venía á más andar contra ellos en su seguimiento. Luego el Gran Capitán comenzó con gran diligencia á poner su gente en orden para recibir á los franceses, no mostrando por su venida ninguna turbación, aunque á la verdad tenía pasión, por razón que muchos soldados de los suyos no estaban para tomar armas aquel día por el trabajo pasado. Asimismo sabía que el ejército francés era en gran can-

tidad mayor que no era el suyo, de que, aunque su virtud no lo mostrase, todavía, según veía su gente mal parada, temía la batalla. En esta confusión y augustia estaba el Gran Capitán puesto, cuando Diego García de Paredes se encontró con él, y conociendo su descontento, que á la verdad era mucha razón tenerle en aquel trance que esperaba á los suyos tan inhábiles para pelear, le dijo: «Mostrad, señor, el camino de firmeza de corazón que mostrar soléis en semejantes aprietos; porque los famosos y valientes caballeros y capitanes como vos, siempre los halla la fortuna aparejados á la resistir, mostrándose enemiga y contraria en sus cosas, cuanto más que aquí no vemos claramente adversidad alguna, ni tal confianza tenga que veremos, por lo cual yo os certifico, señor, que con estos pocos españoles que aquí somos, mediante la misericordia de Dios, será la victoria de nuestra parte». El Gran Capitán tenía necesidad muy poca de consolación y consejo, porque tenía todo lo que á buen capitán pertenecía, ánimo y fortaleza, prudencia y consejo, ardid de guerra y toda felicidad en sus hechos, que no todas veces concurren las sobredichas cosas en un capitán, aunque más diligente sea y que más vigilancia ponga en la guerra. Finalmente, puso la gente en orden para esperar los franceses, que bien cerca de allí venían encubiertos con las cañaveras y gamones, de tal manera que no se parecían, y hizo de su infantería un batallón y púsolo en una calle de aquellas viñas, de la cual hizo tres escuadrones; de los alemanes hizo un escuadrón y púsolos en una viña á la parte de Barleta; de los otros infantes españoles hizo otros dos escuadrones; en el uno de ellos puso al capitán Pizarro y á Zamudio y al coronel Villalba y al capitán Escalada y al capitán Cuello con otros capitanes, y puso este otro escuadrón á la parte de la Chirinola, y en el otro escuadrón puso á Diego García de Paredes y á Pedro Navarro, y púsolos en otra viña junto á la artillería, la cual estaba contra aquella parte por donde los franceses venían. Eran trece piezas de artillería, y Diego García de Paredes con aquella gente había de guardar la artillería y dar el recaudo necesario, y asimismo estaba para ayudar la parte que mayor necesidad tuviese, como sobresaliente; y de la gente de armas hizo un escuadrón, en el cual puso á D. Diego de Mendoza y al Duque de Termes y á Próspero Colona, y á éstos puso en las bocas de unas calles de viñas. De los caballos ligeros hizo otro escuadrón, en el cual puso á Fabricio Colona y al capitán Pedro de Paz. A estos mandó estar fuera de las viñas en un campo raso, para se poder de los caballos mejor aprovechar. Ya los franceses se comenzaban á descubrir de las cañaveras y estaban bien cerca unos de otros. Esto sería á hora que el sol se iba á poner. Luego se comenzaron á saludar con el artillería, la cual traían los franceses buena y bien aderezada. De que así en la una parte como en la otra se hizo algún daño, y tirábanse tan á menudo y con tan grande fortaleza, que el rumor y sonido de ella sonaba treinta millas alrededor en aquella comarca. Pues estando en este tirar de artillería, quiso Nuestro Señor mostrar un gran misterio en aquel día por los españoles, y fué con acaecimiento de un gran desastre al parecer en el ejército español, que por ser digno de memoria se escribe, por razón del peligro en que á esta causa el campo español creía ser puesto, y fué así. Que un lombardero queriendo cargar un cañón, se le cayó de una bota, en el suelo, un rastro de pólvora de las carretas do venía la munición. Allegó el rastro hasta donde el cañón se había de cebar, y queriendo el artillero poner fuego al cañón sopló la mecha y saltó una centella en el suelo, donde desde el rastro de la pólvora fué el fuego adelante hasta dar en la bota. Encendida la bota saltó de ella en los carros de munición, por manera que en el tiempo de la mayor necesidad que tenían de la artillería fué Nuestro Señor servido de se la quitar, para les dar cumplidamente el triunfo y victoria, y de esta manera se quemó toda la pólvora y munición que en el ejército español había, que no quedó tan solamente un polvo de ella. Gran tristeza puso en los españoles este hecho, porque á la verdad siendo ellos tan desiguales en número con los franceses, hacíales muy gran falta la artillería, y los franceses cobraban ánimo y, por el contrario, los españoles lo perdían. A esta sazón el Gran Capitán que en las mayores necesidades siempre hallaron su ánimo y corazón muy entero y lleno de todo esfuerzo, como vido la pólvora quemada y que su gente perdía el ánimo y enflaquecía en fuerzas, las cuales á la sazón eran bien necesarias, comenzólos de animar diciendo: «Ea, amigos y compañeros míos, no os alteréis por lo que habéis visto, que sed ciertos que estas

son las luminarias y mensajeros de nuestra victoria; por tanto, cúmplase la falta de la artillería con el poder de nuestro corazón y ánimo invencible». Cuando esto decía el Gran Capitán ya se comenzaba á oscurecer el día y á se venir la noche, y los franceses se comenzaban á gran prisa á aderezar para la batalla, á la cual iban muy alegres, por razón que no ponían duda alguna en el vencimiento de ella, viendo quemada la pólvora del ejército español y que no había de aquella causa ningún estorbo en su acometer. En esto el capitán Fabricio Colona, como vido venir á los franceses con muy grande orden á dar en ellos y viendo quemada toda la pólvora de su artillería, como hombre que ya poca esperanza tenía que los españoles habían de vencer aquel día la batalla, comenzó á decir: «Esto es hecho, no hay quien provea cómo el artillería tire; digan al Gran Capitán que salga al encuentro contra la gente de armas contraria, y que ya los franceses son junto á nosotros y nos quieren acometer». Y Diego García de Paredes, que por estar cerca de Fabricio Colona bien oyó estas palabras, respondió muy enojado: «Señor Fabricio, proveed vos lo que mejor os pareciere, que para estos franceses yo solo basto, cuanto más que aquí son tan nobles españoles y valientes caballeros que bastarán á se combatir con todo el mundo». A esta sazón el Visorrey y monsiur de Chandela, que tenían el avanguardia, arremetieron con grande ímpetu contra los españoles con toda su gente de armas y infantes, los cuales dieron por aquella parte donde Diego García de Paredes estaba; y como estaban bien seguros los franceses que la artillería no les estorbaría el paso, no dudaron el acometer. En esto los capitanes Diego García de Paredes y Pedro Navarro, que estaban en aquella parte, como vieron venir contra sí á los franceses, salieron de las viñas á fuera á los recibir con quinientos infantes españoles de los suyos, y mezcláronse los unos con los otros muy reciamente, haciéndose entre ellos una muy reñida y peligrosa batalla, adonde, allende las espadas, andaban tantas escopetas y ballestas, que mucha gente de una y otra parte caía en el campo muerta. Pero los dos capitanes con su gente hicieron tanto de sus personas y tan valerosamente trabajaron, que en bien poco tiempo rompieron toda el avanguardia francesa y mataron más de treinta franceses, entre los cuales en este primero acometimiento murieron el Visorrey de Nápoles, monsiur de Nemos, de un arcabuzazo que estando en el foso sin poder pasar adelante le dieron, y monsiur de Chandela, que, según dicho es, tenía el avanguardia; los cuales murieron como muy esforzados y valientes caballeros y capitanes en el campo peleando. En esto los franceses desmayaron viendo muertos á sus capitanes y caudillos, y no pudiendo sufrir más á los españoles volvieron las espaldas, y toda la otra gente de aquel escuadrón de Diego García de Paredes, que serían mil y quinientos hombres, saltó luego fuera de las viñas, y juntándose con la otra gente que primero había salido, siguieron la victoria por aquella parte. Y de tal manera los siguieron, que la gente de armas francesa, que por se salvar de los españoles á gran prisa huía, rompiendo por un costado su propia infantería, que ya combatía por la otra parte con el escuadrón de la infantería española, adonde estaba el capitán Pizarro y el coronel Villalba y el capitán Zamudio, los cuales con los franceses y los franceses con ellos peleando los desbarataron. Diego García de Paredes y Pedro Navarro, siguiendo, según dicho es, la victoria, llegaron tras la gente de armas francesa y los apremiaron hasta los meter por su infantería, adonde infantes con infantes se habían mezclado, como es dicho, con tanta fortaleza que era cosa maravillosa de ver. El suelo estaba lleno de espadas, picas, alabardas, muchas jinetas quebradas, mucha gente de la una parte y de la otra muerta, el campo teñido de la mucha sangre que se derramaba, así de la una parte como de la otra, en especial de los franceses, que muchos estaban en el suelo muertos. En esto los españoles llevaban lo mejor, cuando el Gran Capitán, viendo á los franceses ir de vencida, arremetió con toda la restante gente de armas y caballos ligeros y dió tan recio en los franceses, que por su venida todos fueron en muy poco espacio desbaratados y metidos en rota. ¡Quién viera en esta sazón el gran placer y alegría del Gran Capitán y cuán mezclada era su alegría con la tristeza y sangriento fin de los franceses! Los que se escaparon de aquel peligroso cuchillo fueron Luis de Aste y monsiur de Alegre con los principales de Melfa y de Salerno, con toda la otra gente de armas y caballos ligeros, los cuales con la infantería que pudieron recoger se metieron en huída,

no les siendo provechosa para su salvación la oscuridad de la noche, y tornáronse la vía de Canosa. El Gran Capitán con toda su gente siguió la victoria más de seis millas, matando y hiriendo siempre en los franceses, hasta que no hallaron con quien pelear. Los franceses que salvarse pudieron se tornaron aquella noche al campo que, según dicho es, tenían junto al río Losanto á media milla de Canosa. Aquí perdieron los franceses toda su artillería, que no les quedó cosa de todo cuanto tenían sino solamente sus personas. Murieron en esta batalla de la Chirinola más de tres mil y quinientos franceses y fueron presos más de quinientos. Duró esta batalla desde puesto el sol hasta hora y media de noche. Muy pocos fueron los que de la parte del Gran Capitán murieron, porque en todo quiso Nuestro Señor guardarles y darles victoria, dando por aquella razón á conocer á todos su justicia y derecho que el Rey Católico tenía en el reino de Nápoles. El capitán monsiur de Alegre y los Príncipes de Melfa y Salerno dejaron el camino que llevaban de Canosa forzados del peligro que por el alcance de los españoles se les podía seguir, y con muy grande trabajo se pasaron en Melfa; de lo cual fué causa acaecer aquella victoria de noche, que de otra manera no se salvara tan solamente un francés. El capitán Luis de Aste desde Melfa con doscientos caballos ligeros se fué á Canosa, adonde estuvo muchos días hasta tanto que, según abajo se dirá, Bartolomé de Alviano le echó; y el capitán monsiur de Alegre, asimismo no se hallando bien seguro en Melfa, con toda su gente de armas y caballos ligeros y con mil infantes de los que pudo recoger se fué á Nápoles. El Gran Capitán, después de haber saqueado su gente todo el campo francés, habiendo ende muchas joyas, ropas y otras muchas cosas de oro y plata, tomando las mismas tiendas, se tornó con toda su gente á la Chirinola con voluntad de otro día siguiente combatir la villa de la Chirinola. En esta batalla el capitán Pizarro y Zamudio y Cuello, Escalada y D. Diego de Mendoza y el Duque de Termes y Diego García de Paredes, y don Iñigo López de Ayala y Pedro de Paz y Carlos de Paz y Pedro Navarro y el Prior de Mecina y Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey, lo hicieron muy valerosamente y mostraron ende la gran fortaleza y ánimo que en ellos había. De los capitanes italianos Próspero Colona y Fabricio Colona y Marco Antonio Colona y Héctor Ferramusca, Conde de Montorio, y aquellos excelentes capitanes napolitanos Margaritón Lofreda y Antonio Monino y Torenglas y el capitán Carlo y el Príncipe de Noya, todos varones de muy gran hecho y ánimo y amigos de su Rey español hicieron tanto que no lo cuenta la crónica por menudo porque sería nunca acabar. Lo que la gente particular hizo no se puede decir, pero el fin tan glorioso de aquella batalla da verdadero testimonio de lo que hicieron. Todo lo que les quedó de la noche, que fué bien poco, dieron descanso y reposo á sus cuerpos, que del trabajo del día y de la noche se puede creer que estarían bien cansados y fatigados, y luego á la mañana el Gran Capitán cabalgó y rodeó todo el campo donde había sido la batalla, y mirando los muertos á una y otra parte, conocieron el cuerpo del Visorrey de Nápoles, el cual estaba desnudo, que los soldados españoles le habían á vuelta de otros despojado, y detúvose un rato mirándole con suspiros llenos de conmiseración, viendo aquel buen capitán vencido por él, dando gracias infinitas á Dios que había sido servido darle la victoria contra los franceses, y ver la batalla que tan dudoso fin tenía y principios tan contrarios, como fueron á los españoles de quemarse la pólvora y tomarlos aquel día, en el cual tanto trabajo habían pasado en el camino, según dicho es, y haberles tan prósperamente sucedido, pareciéndole sueño y no verdadera victoria. Díjose que el Visorrey tenía hecho voto solemne á los suyos de ir á comer á Barleta un día de los de Pascua de Espíritu Santo, primero que vendría; pero como las cosas de la guerra sean dudosas y sus salidas inciertas, no debe nadie fiar en ellas, especial siendo sujeto todo á nuestro Criador, el cual da (en lo que los hombres piensan hacer) contrarias disposiciones, en especial siendo contra razón y justicia. Y por esta razón, donde el Visorrey pensó ir á comer Barleta, fué á ser consumido y comido de la tierra. El Gran Capitán que en todo era muy cumplido y abastado de virtud, le mandó llevar á Barleta con aquella honra que á su estado convenía, y allí le dió un muy suntuoso sepulcro, donde está hoy día un epitafio bien escrito en lengua latina, que contiene la manera de su acabamiento.

CAPÍTULO LXXVII

De cómo Diego García de Paredes, hallándose á la punta del día siguiente en el campo francés junto á Canosa, fué sobre aquella villa, donde se había recogido un capitán francés con alguna gente, y cómo la tomó.

Cuenta la crónica que otro día siguiente, sábado, á veintiocho días de Abril del año sobredicho, Diego García de Paredes, que con el alcance había hasta el campo de los franceses llegado, donde aquella noche holgó en las estancias en que los mismos franceses estaban y cenó él y su gente bien abasto de lo que los franceses tenían para cenar, como fué de día, hallándose junto á Canosa, fué avisado cómo un capitán francés, llamado por nombre Pierres de Arambur, se había recogido con algunos franceses dentro en Canosa y se había ende hecho fuerte con aquella gente. Y Diego García de Paredes, viendo aquel inconveniente que en Canosa quedase francés, por razón del daño que desde allí se podía hacer en la provincia, determinó con la gente que allí tenía, que eran cien caballos y trescientos infantes, de ir sobre Canosa, pues había buena disposición y aparejo para lo hacer y echar de allí á los franceses. Pues así como lo pensó, lo puso por obra, y así metiendo en orden su gente, fuese derecho la vía de Canosa; y como llegó, halló que los franceses tenían las puertas cerradas y ellos en el muro cargados de muchos ingenios para se defender. Diego García de Paredes, que no era nada perezoso, luego como llegó, hizo apear los de á caballo, porque en aquel lugar se podían poco aprovechar de ellos, y con las hachas y alabardas comenzaron á batir las puertas; y los franceses, en número de cien hombres, desde el muro se comenzaron á combatir muy fuertemente echando de lo alto piedras y con ballestas y otros ingenios tirando, hirieron á algunos de los españoles de lo alto. Pero los españoles, encendidos de enojo en ver cómo aquellos pocos franceses se les defendían y los herían y maltrataban, diéronse tanta prisa con sus alabardas y hachas, que á pesar de los franceses hicieron pedazos la puerta y la echaron por el suelo, y los españoles entraron en la villa, y yendo en seguimiento de los franceses hallaron que se recogían en el castillo; pero los españoles los siguieron con tanta prisa que los metieron por las puertas del castillo. En este alcance mataron diez franceses, y el capitán Pierres dentro en el castillo mandó luego cerrar las puertas muy fuertemente; y desde lo alto hacían lo mismo en defensa de la puerta de la villa, desde donde largaron muy grandes piedras y otros ingenios para aventar los españoles que no combatiesen el castillo. Pero los españoles arremetieron muy fuertes contra el castillo con las hachas y alabardas y comenzaron de romper las puertas del castillo, ni más ni menos como lo hicieron á la entrada de la villa. Bien hicieron los franceses todo su poder, pero al fin no habiendo aún del todo despedido el miedo de la batalla del día pasado, no les pareció oponer sus fuerzas contra las de los españoles; y de esta causa, viendo que si mucho porfiaban en la defensión del castillo era encender más la ira de los españoles y al cabo no harían nada en la defensión dél, determinó el capitán Pierres de Arambur de dar el castillo á partido y con condición que les diese un salvoconducto del Gran Capitán para, en saliéndose de allí, todos juntos los franceses se pudiesen ir á Melfa, sin que les fuese hecho daño ninguno. Entonces Diego García de Paredes mandó apartar la gente española que dejasen el combate; respondieron que les placía de lo así hacer, así para traer el salvoconducto como para dar cuenta al Gran Capitán de lo que había hecho en Canosa, y despachó luego un hombre con sus letras. En este mismo tiempo que el salvoconducto venía, tenía Diego García de Paredes voluntad de entrar en el castillo, y así lo hizo saber á Pierres de Arambur, el cual fué de ello contento, con que primero le diese seguridad y le prometiese su fe de no hacer cosa que en su daño fuese ni de su gente, yendo contra el asiento que entre ellos fué hecho, y asimismo que no había de entrar dentro sino con solos tres soldados suyos, los que su voluntad fuese meter. En todo vino Diego García de Paredes, el cual tomó asimismo seguro que en su entrada no hubiese traición alguna ni aleve, y el capitán Pierres de Arambur así lo prometió. Luego Diego García de Paredes con su seguro de una parte y de otra se metió con aquellos tres soldados en el castillo bien descuidados de traición alguna; y la otra gente española que había quedado fuera del castillo cada

uno se aposentó lo mejor que pudo entre los vecinos de Canosa, los cuales así por el trabajo de la noche pasada como por el de aquel día, tuvieron por bueno dar reposo á sus miembros, porque ya no tenían que hacer. En este tiempo vino la noche y el despacho del salvoconducto no había venido, y los soldados con su capitán Diego García de Paredes, que estaba dentro en el castillo, siendo hora se retrajeron en sus aposentos, siendo de los franceses muy amigablemente tratados, los cuales dormían en una misma cuadra. Y estando ya reposados, que del trabajo pasado lo habían bien menester, el capitan Pierres de Arambur, sintiendo sosegada la gente de fuera, dió orden en poner en efecto su traición, y fué que aquella noche matasen á Diego García de Paredes con los otros tres soldados españoles que consigo tenía, y que después muy secretamente se saliesen por un postigo ó puerta falsa del castillo y se fuesen á Venosa con Luis de Aste. Y con esta voluntad el capitán y los franceses que ende tenían se armaron, siendo ya de la noche pasada buena pieza; se fueron derechos con muy gran silencio á la estancia donde Diego García de Paredes estaba con los tres soldados sus compañeros, y dando de recio en las puertas, luego fueron de los españoles sentidos, en que conocieron haber traición de los franceses, por manera que saltando de sus camas á gran prisa se armaron y se comenzaron á defender con mucho ánimo y fortaleza. Los franceses como todos estaban en una cuadra del castillo, hubieron lugar de tomar á los tres soldados apartados de su capitán y cargaron sobre ellos de tal manera que no se pudiendo juntar los tres soldados con Diego García los tomaron en prisión. Diego García de Paredes, que dudo sería hallar otro su par, crugendo los dientes de enojo, hecho un león en su braveza, tuvo lugar de se retraer á un torreón del castillo que tenía pequeña la entrada, y allí se refirmó y hizo fuerte con muy gran virtud y ánimo, el cual con la espada en la mano por más de media hora de todos los franceses se defendió é hizo cosas hazañosas y de grande memoria, en que nunca le pudieron ni osaron entrar. En esto la gente española que estaba fuera en sus estancias, oyendo el rumor y alboroto del castillo, luego vieron lo que podía ser, y saltando todos afuera tomaron sus armas y todos juntos vinieron sobre el castillo y con mucha fortaleza echaron las puertas en tierra y entraron dentro en el castillo por fuerza, aunque los franceses les defendieron la entrada muy animosamente. Pero los españoles como leones sueltos á pesar de los franceses, se metieron dentro matando primero á la entrada más de veinte franceses, y discurriendo por el castillo prendieron al capitán Pierres y á todos los otros franceses con él, á los cuales los españoles querían ahorcar de las almenas del castillo, por les pagar la traición que habían acometido contra su capitán; pero Diego García de Paredes no lo consintió jamás, teniendo en menos el peligro de su vida que poco antes había tenido, que no el peligro de su honra y vergonzosa venganza, yendo contra la fe que les había dado y prometido. Y por esta razón siéndoles perdonadas las vidas, por aquel á quien se la habían ellos procurado quitar, se partió con ellos al Gran Capitán, quedando Canosa amiga de españoles y dejando en ella gente de guarnición. Es verdad que después de aquel glorioso vencimiento de la Chirinola, muchas tierras de aquella provincia se tornaron en la devoción del Rey de España, todos de su voluntad, que ya casi lo más del reino se reconcilió en el amor del Gran Capitán y seguía la parte del Rey de España. Los franceses que estaban en la Chirinola, como vieron ir de vencida á los suyos, todos se salieron de allí y se fueron á Melfa, adonde se juntaron, según dicho es, con el capitán monsiur de Alegre, y este capitán no teniendo ya que hacer, con toda su gente se partió de la Chirinola, lunes á treinta días del mes de Abril del sobredicho año, y fuese la vía de Nápoles. Y el día que el Gran Capitán se partió para la Chirinola, se fué aposentar tres millas de Melfa en un bosque cabe un río adonde hay muchas lagunas de agua. El Príncipe de Melfa, como supo que el Gran Capitán estaba en su tierra, de temor no le quisiese castigar por la fe que le quebrantó dos ó tres veces, dejando el servicio de su Rey por servir al Rey de Francia, envióle á decir le perdonase, que le daba su fe y palabra, debajo de cualquier pleito y homenaje que de él quisiese tomar, de servir y seguir con todo su poder al Rey de España y que nunca directe ni indirecte no le sería contrario; pero el Gran Capitán, que muy bien conocía la poca fe de este Príncipe y cuán

mudable fuese en sus cosas, no le quiso perdonar, y por esta razón el Príncipe de Melfa dejó su estado y fuese á Francia, no osando quedar en el reino de Nápoles.

CAPÍTULO LXXVIII

De cómo el Rey Católico envió socorro en la provincia de la Calabria, y de cómo monsiur de Aubegni fué sobre Terranova, y por la venida de los españoles se levantó de allí, y de la muerte de don Pedro Puertocarrero, á quien el Rey de España había dado cargo de aquella gente.

Ha contado la crónica de cómo el Visorrey de Nápoles, enviándole á pedir gente de socorro los Príncipes de la Calabria, hizo dos partes su ejército y envió la una con monsiur de Aubegni á la Calabria, y de cómo vinieron á las manos franceses y españoles entre Terranova y Condexame, y los capitanes españoles fueron rotos y recogidos por muchas villas y lugares de aquella provincia, do pasaron el invierno, y que monsiur de Aubegni invernó en la Mota Bufalina con su gente, esperando aparejado tiempo para romper con los españoles. Dice ahora la crónica que sabiendo el Rey Católico la necesidad que tenía Manuel de Benavides y don Yugo de Cardona con la otra gente española que estaba en la Calabria, determinó de les enviar socorro, porque por aquella parte no se perdiese su derecho; y haciendo trescientos y cincuenta hombres de armas y cuatrocientos caballos ligeros y dos mil infantes gallegos y castellanos, de los cuales era capitán un noble caballero, que llamaban don Fernando de Andrada, asimismo gallego, Conde Villalva, y de los caballos ligeros era capitán don Alonso de Carvajal, con otros caballeros y capitanes cuyos nombres en la prosecución de la crónica se dirán. Envió con toda esta gente á don Pedro Puertocarrero por General, por ser casado con una hermana de la mujer del Gran Capitán, y este descendía de la noble familia de los Bocanegra de Génova; el cual se embarcó en Cartagena con cuarenta naos á tres días del mes de Febrero del dicho año, y hechos á la vela, por sus jornadas vino á Rijoles, puerto de Calabria, de quien la crónica ha hecho mucha mención, por haber tenido ésta la fe de su señor más que ningún otro lugar del reino de Nápoles. Allegó don Pedro Puertocarrero con toda su gente á veinticuatro días del mes de Marzo de aqueste año, y estuvo en Rijoles donde estuvo refrescándose su gente, que del trabajo de la mar venían fatigados, diez días, mediante los cuales se dió orden en el socorro que se había de dar á los españoles, que estaban suspensos sin hacer cosa ninguna contra los franceses, que estaban en Rotamarina En este medio monsiur de Aubegni, que, según dicho es, estaba en la Mota Bufalina, como fué sabidor del socorro que á los españoles era llegado, determinó de los acometer antes que los socorriesen, y con esta voluntad se partió con su gente de la Mota Bufalina con doscientos hombres de armas y ochocientos infantes, y fué á poner cerco sobre Terranova, adonde estaba de guarnición de aquella villa el capitán Alvarado con cien hombres de armas y con trescientos infantes. Bien pensó monsiur de Aubegni deshacer aquella gente antes que fuesen socorridos. El capitán Alvarado como vido que monsiur de Aubegni venía contra él, y que traía gran poder contra tan poca gente como él tenía para se defender, en especial siendo aquella villa no fuerte, quiso salirse y desamparar aquella villa; pero haciéndosele vergüenza, acordó esperar, avisando primero á don Pedro Puertocarrero le enviase socorro sin ningún detenimiento. Hizo de esta manera, que en la mitad más fuerte de la villa se recogiese toda su gente, por razón que por aquella parte había buena disposición para la defender, y atajáronla con buenos y fuertes reparos y fortaleciéronse lo mejor que pudieron. En esto los franceses allegaron sobre Terranova, á los cuales como los de la villa viesen que eran más poderosos que los españoles, metiéronlos dentro, abriéndoles una puerta de la villa, y los franceses viendo la voluntad de los de Terranova metiéronse dentro y pusiéronse en aquella parte que había quedado desembargada, que llaman el Burgo de Santa Catalina, y se puso Aubegni adonde tuvieron cercados á los españoles ocho días continuos, en los cuales cada día, los franceses por les tomar la otra parte de la villa y los españoles por la defender, siempre había muertos y heridos y peleaban muy fuertemente, haciendo los españoles en defensión de aquella parte, donde estaban, cosas de grande virtud. Don Pedro Puertocarrero, que estaba en Rijoles, habiendo enviado á llamar

todos los capitanes de la Calabria y recogido toda la gente española, para desde allí salir á acometer á los franceses, como supo el estrecho en que el capitán Alvarado y su gente estaba en Terranova, envió á Manuel de Benavides en su socorro con trescientos caballos ligeros y seiscientos infantes muy bien aderezados, el cual á muy grande prisa se partió de Rijoles y fuese camino de Terranova. Monsiur de Aubegni, como supo la venida de Manuel de Benavides en socorro de los españoles, no quiso esperar allí, antes saliéndose de Terranova se fué á otra villa que dicen San Martín. Allí estuvo algunos días deseando de venir á las manos con los españoles en campo y dar fin á una batalla y á tantos movimientos, y así determinó de los ir á buscar do quiera que estuviesen. En estos días don Pedro Puertocarrero, que estaba en Rijoles, cayó enfermo de una mala enfermedad, de que en pocos días murió. Gran pesar y tristeza mostraron los españoles con la muerte de su capitán, que era muy buen caballero, pero al fin disimularon el sentimiento conformándose con la ordenación de Dios que fué servido llevarle, y con esto de consentimiento de todos los capitanes eligieron por general de aquel ejercito á don Fernando Andrada, por ser varón de mucha virtud y bondad en el arte de la guerra. Después de todo esto monsiur de Aubegni, que con voluntad de venir á las manos con los españoles había recogido en San Martín toda su gente que estaba en la Calabria, teniendo gran deseo de se ver en campo con los españoles, envió un su trompeta llamado Ferragut al capitán don Fernando Andrada, en que lo desafiaba á él y á todos sus capitanes y gente de guerra para la batalla, la cual él tenía en voluntad de se la dar en campo; y que si no quisiese, él los iría á buscar adonde quiera que estuviesen. Don Fernando de Andrada, oyendo el desafío de monsiur de Aubegni, respondió que él era de ello muy contento y la aceptaba para cuando fuese su voluntad, y dió al rey de armas Ferragut dos vasos de plata muy ricos, y para esto hizo venir al capitán Alvarado con su gente á Rijoles, adonde metiendo en orden su gente y capitanes, que eran Manuel Benavides y don Yugo de Cardona y don Alonso de Carvajal y Antonio de Leiva, y Alvarado y Gonzalo de Avalos y Figueroa, se partió de Rijoles y vino á Semenara, y dende Semenara españoles y franceses, los que estaban en San Martín, cada día se visitaban con corredores y se hacían dende aquellos lugares el daño que podían los unos á los otros.

CAPÍTULO LXXIX

De cómo Juan de Meneses y Pablo Marganio vinieron de Roma á servir al Rey de España en lo del reino de Nápoles, y de cómo metidos en una villa que dicen Pichoncabal vinieron los Ursinos sobre ellos con su gente, y de lo que les acaeció.

Habemos de saber, según cuenta la crónica, que al tiempo que el Gran Capitán estaba en Barleta necesitado de gente y de las otras cosas á la guerra pertenecientes, viendo que tardaban los alemanes que había enviado á la sazón á pedir al Emperador Maximiliano, determinó el Gran Capitán de buscar gente por todas las maneras que pudo, y con esta voluntad envió á Roma una patente de parte del Rey Católico, en que mandaba á todos los españoles caballeros y del pueblo que en Roma hubiese, después de la notificación de aquel edito saliesen de Roma aderezados de guerra en servicio del Rey Católico, so pena del que lo contrario hiciese se procediese contra él, como se procede contra los que son desleales y cometen crimen contra su Rey. Y un caballero español llamado Juan de Meneses, y otro caballero que llaman Paulo Margano Romano, oída la patente del Gran Capitán y la voluntad del Rey de España para aquel caso, con sesenta caballeros españoles é italianos salieron de Roma y enderezaron su camino por la vía del Abruzo, provincia que era de la parte del Rey de Francia; y andando por sus jornadas allegaron al Condado de Arbeques, en aquella provincia, y fueron sobre una villa que dicen Pichoncabal, y entraron sin ningún impedimento y se estuvieron en aquella villa treinta días, dentro de los cuales trajeron á su devoción algunos lugares de la comarca, unos por fuerza, otros por voluntad, en especial los que eran de los Ursinos, cuyo contrario era aquel caballero Paulo Margano, por ser de la sangre y familia de los Coloneses, enemigos capitales de los Ursinos. Pues en este tiempo Jordano Ursino y Paulo Ursino, como supieron lo que aquellos capitanes

habían hecho en sus tierras, vinieron sobre ellos con ciento y cincuenta caballos ligeros y con tres mil peones de la gente de aquella provincia, los cuales allegando á Pichoncabal, adonde los españoles estaban, repartieron la gente por sus estancias en derredor de la villa y fortalecieron muy bien su campo, teniendo de esta causa los capitanes Juan de Meneses y Paulo Margano estrechamente cercados. Estuvieron los Ursinos en este cerco cinco días, en fin de los cuales Margano y Juan de Meneses no se hallando bien cercados, salieron una noche muy secretamente con grande furor y dieron en las estancias de los Ursinos, que bien seguros estaban, y del primer acometimiento echaron fuego á una de las estancias de los Ursinos, y como los Ursinos sintieron el fuego dentro en la estancia á gran prisa la desampararon, pero no pudieron de ella salir tan presto que primero no se quemasen cinco hombres. En esto, como los Ursinos se vieron acometer tan de improviso y como fuese de noche, en la cual no se determina el número de la gente, antes poca gente parecía mucha, creyendo que aquella gente que les había acometido no era la que estaba cercada, sino alguna otra gente que les había venido de socorro, alzáronse de Pichoncabal y se comenzaron á muy gran prisa á retirar. En esto los españoles y los Coloneses cargaron más sobre los Ursinos, y tanto hicieron que desbarataron toda aquella gente y los mataron siete hombres. Y Paulo Ursino y Jordano Ursino, viéndose perdidos y desbaratados, con toda la gente de caballo y con los infantes que pudieron recoger, dejaron el campo y se recogieron á unas villas confines, que se dicen Roca de Bota y Uricula, y los capitanes españoles y coloneses se tornaron á Pichoncabal muy alegres con la victoria. Y un día salieron de Pichoncabal con doscientos hombres y fueron á acometer una villa que es en aquella provincia, que llaman Catalahoz, y salieron de noche de Pichoncabal, y allegaron tres horas de noche á Catalahoz, con muy gran secreto, porque no fuesen sentidos de los de la villa, y repartieron su gente en esta manera: los cien hombres, que era la mitad de la gente, tomó Juan de Meneses consigo, y poniendo las escalas en el muro de la villa, las subieron todos sin ser de nadie sentidos, y estuviéronse quedos una gran pieza de la noche, y dos horas antes que fuese de día pusieron las escalas á la roca y comenzaron á subir por ellas. Y siendo ya en lo alto de la roca, fueron discurriendo por los aposentos adonde las guardas estaban, y tomaron al castellano del castillo en prisión juntamente con todas las guardas y gente que ende estaban. Luego alzaron en el muro de la roca las banderas de España, y apellidando «España, España» como fué de día, Juan de Meneses con aquellos cien soldados salió fuera de la ciudad y comenzaron á discurrir por ella. Paulo Margano con los otros ciento arremetió por otra parte de la villa. Viendo los de Catalahoz que la ciudad era en poder de los españoles y que sería gran vanidad resistirlos, determinaron de se dar sin defender cosa ninguna, y allí hicieron pleito homenaje en las manos de los capitanes de tener aquella villa por los Reyes Católicos de España. Los capitanes Ursinos que estaban retirados en Roca Devota y en Uricula, como supieron que los españoles estaban en Catalahoz, salieron el mismo día que Catalahoz vino en poder de los españoles á hora de vísperas, trayendo ciento y cincuenta hombres de á caballo, y vinieron por la parte de la villa por que no fuesen vistos; y como los de Catalahoz vieron el socorro de los Ursinos, dado caso que hubiesen hecho pleito homenaje á los españoles, les abrieron las puertas y se tornaron á rebelar y á meter contra los capitanes y contra la gente española. Paulo Margano y Juan de Meneses, viendo la gran maldad y poca fe de los de Catalahoz, y de cómo habían metido á los Ursinos, lo mejor que pudieron se retiraron al palacio, y en lo más alto de la villa se hicieron fuertes combatiendo con mucha fortaleza, y los Ursinos los siguieron y pelearon con los Coloneses y españoles todo lo que quedaba del día y de toda la noche. Y como otro día siguiente yendo con voluntad los Ursinos de tomar por fuerza de armas á los Coloneses y españoles (lo cual pudieran muy bien hacer con el favor de los de la villa), pero en aquella sazón vínoles nueva de la rota de los franceses en la Chirinola y de la muerte del Visorrey de Nápoles, y de cómo ya casi todo el reino de Nápoles estaba por España. De manera que, turbados los Ursinos con semejantes nuevas y no se teniendo por seguros en aquel lugar, se levantaron y se fueron á un lugar muy bueno que dicen Corvaron, y los capitanes Paulo Margano y Juan de Meneses, alegres con la

buena nueva de lo de la Chirinola, tornaron de nuevo á tomar á Catalahoz y castigaron á todos aquellos que fueron en quebrantamiento del pleito homenaje que hicieron, y de ahí adelante dejaron aquella villa pacífica por España. En aqueste mismo tiempo el Sumo Pontífice Alejandro sexto no había hecho cosa por donde mostrase amor á españoles ni enemistad á franceses; el cual como supo lo que pasaba en la provincia de Abruzo, que hasta entonces había estado en nombre de Francia, halló aparejo á la sazón de reducir la ciudad del Aguila á la Sede Apostólica, como pertenecía de derecho, adonde estaba uno que llamaban Hierónimo Galloso, dicho cabo de parte. Para esto envió el Sumo Pontífice á Fracaso de Verino, de la familia de los Severinos de Roma, muy buen caballero, con cien hombres de armas franceses é italianos, y este capitán con esta gente se partió de Roma y vino al Aguila, y metiéndose dentro se juntó con aquel cabo de parte que estaba en la ciudad, que era de parte de los franceses. Muy sospechoso fué el Gran Capitán de la venida de aquel capitán de parte del Sumo Pontífice en el Aguila, creyendo principalmete venía en favor de los franceses, siendo el Pontífice más inclinado á los españoles con justo título que á los franceses; pero quieren algunos decir, que como la ciudad del Aguila perteneciese á la Sede Apostólica y hasta entonces estaba tiránicamente ocupada, que era su voluntad en aquellos movimientos reducirla á su silla, como con derecho debía, y por esta razón no se debe imputar culpa en lo del Pontífice.

CAPÍTULO LXXX

De cómo los franceses y los españoles, que estaban en la Calabria, se desafiaron en campo, y de la sangrienta batalla que ambas las haces hubieron, adonde los españoles fueron vencedores.

Ya se dijo arriba cómo monsiur de Aubegni, que estaba en San Martín de la Calabria, había enviado un su trompeta á desafiar á los españoles que estaban á la sazón en Rijoles. Pues dice ahora la crónica, que después que los españoles hubieron allegado á Semenara, con voluntad de se juntar con los franceses, que monsiur de Aubegni, viendo ya aparejado tiempo para salir contra ellos, como ya les había enviado á decir y de los españoles había sido aceptado, determinó de se lo hacer saber segunda vez, enviándoles á decir que ellos estaban prestos y aparejados de salir donde quiera que viniesen. Después de aquesto, sabido por monsiur de Aubegni la voluntad de los españoles, salió con toda su gente de San Martín y fuese á poner junto á Semenara, bien instruídos los franceses de lo que debían hacer. Dende allí envió monsiur de Aubegni un trompeta á Semenara haciendo saber á los españoles en cómo él había allegado allí con su gente ordenada para la batalla y que allí los esperaba, diciéndoles no rehusasen la batalla ni pusiesen excusas algunas, porque él no se quitaría de su palabra si no fuese por muerte ó por vencimiento de los unos ó de los otros. D. Fernando de Andrada y los otros capitanes españoles respondieron al trompeta que por aquel día no podían salir á cumplir su voluntad, pero que ahí estaba otro día, en que se podía hacer todo lo que él quería. Esta respuesta dieron los capitanes españoles por razón que la infantería de D. Yugo de Cardona no quería salir á pelear hasta que les pagasen las pagas que les debían, lo cual al presente no podían cumplir, porque tenían muy grande falta de dineros y cada día los esperaban para les pagar. Monsiur de Aubegni, oída la respuesta de los capitanes españoles, se levantó de aquel lugar y fuese á Joya, adonde estuvo hasta otro día siguiente. En esto los infantes españoles algo aplacados, salieron de Semenara con cuatrocientos hombres de armas y con quinientos jinetes y con tres mil y quinientos infantes y fuéronse á aposentar á un casar que llaman Palma, adonde estuvieron dos días, dando orden en lo que se debía de hacer y congraciando á los infantes de don Yugo de Cardona para que mostrasen voluntad en la batalla que esperaban de haber con los franceses, porque á la verdad los infantes se tornaron á levantar otra vez y no querer pelear, si primero no les pagaban. D. Yugo de Cardona, que muy triste y apasionado estaba por lo que veía, especialmente estando á puntos los franceses con voluntad de dar la batalla el día siguiente, y viendo que sin muy gran vergüenza y con peligro suyo no podía dejar de darla, con muchas lágrimas habló á sus soldados diciéndoles: «Oh, amigos y muy fuertes compañeros míos, cómo es posible

que queráis así oscurecer vuestros clarísimos hechos con estimar una cosa tan poca y sucia como es el dinero, con deseo y codicia que dél tenéis. No queráis, hermanos míos, ahora perder esta tan manifiesta victoria de hoy, esperando con ella grande honra y perpetua memoria y fama por cosa tan vil y pasadera como es el dinero, especialmente no siendo lo que se os debe los tesoros de Salomón ni el oro índico. Ya veis, amigos y compañeros míos, que al presente no puedo satisfacer vuestro deseo, hasta que salgamos con la victoria y vencimiento de aquesta batalla que en este día se nos ofrece, en el cual vencimiento yo no pongo duda por vuestra virtud. Yo os ruego que de esto poco que tengo, hagáis como de cosa vuestra, distribuyéndolo entre vosotros como mejor os pareciere». Entonces el capitán D. Yugo de Cardona quitóse una cadena de oro al cuello y fuésela á dar á sus soldados, prometiéndoles á pagar en saliendo de aquella afrenta que esperaban. Los infantes españoles, viendo que no se podían por ninguna vía excusar de venir á las manos con los franceses, y que asimismo les sería gran vergüenza dejar de ayudar á los suyos en aquella batalla, mudaron todos de parecer, tornándose á reconciliar con su capitán; y donde hasta allí rehusaban la batalla, de allí adelante eran ellos los que principalmente la deseaban; y dijeron que mirando más su honra que no el interés, aunque muy mucho fuera, ellos estaban aparejados de muy entera voluntad para se hallar en la batalla los primeros y que por su causa no la dilatasen más tiempo; y con esto no quisieron recibir cosa alguna de lo que les daba su capitán. Y entonces D. Fernando de Andrada y D. Yugo de Cardona, muy contentos y alegres por ver cómo Nuestro Señor había mudado en bien la voluntad de sus infantes, se movieron de aquel casar de Palma y fuéronse la vía de Joya á buscar los franceses. Y monsiur de Aubegni sabiendo la venida de los españoles, salió de Joya con toda su gente para los encontrar en el camino y darles la batalla. Y andando por su camino encontráronse ambas las haces junto á un río que está dos millas de Joya, camino de Semenara. Los franceses como vieron á los españoles en orden, lo mejor que pudieron los salieron á recibir, y la orden que llevaban ambas las haces es la siguiente: El capitán D. Fernando de Andrada de los caballos hizo un escuadrón, en el cual venía D. Alonso de Carvajal y Manuel de Benavides y Gonzalo de Avalos y el Alcaide Figueredo. De la gente de armas hizo otro escuadrón, en el cual venía su misma persona y el capitán Juan de Alvarado y Antonio de Leiva y Juan Martínez Pardo. De toda la infantería hizo otro escuadrón, adonde venía D. Yugo de Cardona y D. Juan de Cardona con otros capitanes. De la parte de los franceses monsiur de Aubegni de la gente de armas hizo dos escuadrones. En el uno venía el capitán Belcorte y Alonso Severino. De los caballos ligeros hizo otro escuadrón, en el cual venía el capitán Pacheco y monsiur de Venoes. De toda la infantería (que sería hasta dos mil infantes) hizo otro escuadrón, adonde venía el capitán Malerma y el capitán Rosa Roja con otros capitanes. Venían delante de toda la gente francesa siete piezas de artillería entre falconetes y medios falconetes. El avanguardia de toda esta gente tomó monsiur de Aubegni con el escuadrón de los escoceses, que eran cien hombres de armas. Pues como en esta orden que dicho ha la crónica, venían ambas las haces españolas y francesas á se herir, y juntándose los unos con los otros cuanto un tiro grande de arco, comenzó á descargar el artillería en los españoles, por manera que arrebató algunos, y monsiur de Aubegni que traía el avanguardia con la gente de armas escocesa, arremetió contra la gente de armas española que asimismo traía el avanguardia, y el otro escuadrón adonde venía el capitán Belcorte afrontó con la infantería española. El capitán Malerma y el capitán Pacheco, con los caballos ligeros y con la infantería francesa quedaron en la rezaga, por manera que toda la batalla el primer acometimiento se hubo con la avanguardia francesa. Los españoles peleaban tan viril y animosamente, que era cosa maravillosa de ver; y los franceses en aquella batalla ponían toda la esperanza de los hechos de su Rey, y reforzando la causa procuraban alcanzar el fin glorioso de aquella batalla; y con esto así de los franceses como de los españoles estaba el campo lleno de cuerpos muertos. En esta prisa que todos estaban, socorrió de refresco el capitán D. Alonso de Carvajal con el escuadrón de los caballos ligeros y dió tan de recio en el ejército de los franceses por las espaldas que de su allegada se hizo no poco daño en

los enemigos. Luego movió D. Yugo de Cardona y D. Fernando de Andrada con toda la infantería y los otros capitanes con la gente de armas y caballos ligeros, y cargaron tan de recio y con tanto furor en los franceses, que les hicieron perder el campo; porque monsiur de Aubegni con toda la gente de armas, no pudiendo sufrir más el poder de los españoles, con muerte de muchos de sus franceses, fué desbaratado y metido en rota, y retirándose al lugar adonde venían los capitanes Malerma y Rosa Roja en la rezaga, pensó de se rehacer allí y tornar á dar sobre los españoles. Pero de otra manera le avino, por razón que los españoles, viendo ya la victoria en las manos, siguieron de tal manera que no les dieron aquel lugar, antes todos revueltos, matando y hiriendo en los franceses, animosamente allegaron con el alcance hasta donde venía la infantería y caballos ligeros franceses, los cuales viendo venir á los suyos desbaratados huyendo, perdieron todo el corazón, y más cuando así se vieron tan fuertemente afrentar de los españoles. Es verdad que los franceses se refirmaron un poco en aquel lugar, procurando de tornar sobre sí; pero los españoles les dieron tanta prisa y tan fuerte y valerosamente pelearon, que se hacían temer de los franceses y por todas partes les hacían lugar. Finalmente, no se pudiendo más los franceses sufrir en campo contra los españoles, volvieron otra vez las espaldas, siendo de todo punto desbaratados y rotos la vía de Joya. Los españoles, matando y hiriendo en el ejército de los franceses, los siguieron hasta los encerrar por las puertas de Joya. Fué tan sangriento y crudo este alcance, que los que murieron en pelea, como los que murieron en el alcance, fueron más de ochocientos franceses, y fueron presos los demás de los que quedaron. Los españoles, deseando dar fin cumplidamente á aquella gloriosa batalla, se metieron todos en Joya, adonde el capitán Malerma y el capitán Alonso Severino se habían recogido, y allí los prendieron con toda otra la gente que con ellos se habían encerrado en Joya. Monsiur de Aubegni se salvó con hasta treinta caballos ligeros y se fué huyendo á la Roca de Anguito, y allí se recogió con hasta doscientos franceses, los cuales se habían salvado de la batalla, y hízose fuerte en aquella tierra. Mas Fernando de Andrada y D. Yugo de Cardona, sabiendo que estaba allí monsiur de Aubegni con aquella gente, fueron contra él con todo su ejército y tuviéronle cercado en la Roca de Anguito treinta días, hasta tanto que un día, metiendo en armas toda su gente, D. Fernando de Andrada hizo dar el combate á la villa, en que tanto trabajaron los españoles que á fuerza de armas tomaron la villa y prendieron á monsiur de Aubegni y á todos los franceses que con él estaban, con los cuales, muy alegres de tan sublimada victoria (que Nuestro Señor fué servido darles con muy grandes cosas que ende hubieron de joyas y ropas y con gran copia de captivos) y sabiendo el vencimiento del Gran Capitan en la Chirinola, dejaron aquella provincia libre y fuéronse la vía adonde el Gran Capitán estaba.

CAPÍTULO LXXXI

De cómo el Gran Capitán siguió su camino la vía de Nápoles, y de cómo monsiur de Alegre, dejando los castillos á buen recaudo, se salió de Nápoles y se fué á Gaeta, y de cómo el capitán Luis de Herrera y Pedro de Paz recibieron por el Rey de España las ciudades de Capua y Aversa.

Ya se ha dicho arriba cómo después que el Gran Capitán hubo vencido á los franceses en la Chirinola, que se partió luego de allí con su ejército para venir á la ciudad de Nápoles, y que en aquella jornada había tomado en su devoción al Príncipe de Melfa. Pues dice ahora la crónica que yendo el Gran Capitán su camino la vía de Nápoles con su ejército á un lugar debajo de Santa Agata, cabe un río que pasa junto á una ermita que dicen San Antón, y allí cabe aquel lugar se estuvo refrescando él y su gente un rato; adonde sabiendo que monsiur de Alegre se había partido de Nápoles con su gente y que llevaba la vía de Capua, envió á muy gran prisa al capitán Luis de Herrera y á Pedro de Paz con los caballos ligeros á Capua, para que le tomasen á monsiur de Alegre la delantera y le impidiesen el paso en tanto que llegaba con todo el ejército. Este capitán monsiur de Alegre, después que se escapó de la Chirinola vino, según dicho es, con toda la gente de armas y caballos ligeros y infantes que pudo recoger á Nápoles, y allí estuvo algunos días, mediante los cuales hizo proveer los castillos del Ovo y

Nuevo y otras fuerzas de la ciudad de lo necesario para su defensión, adonde dejó seiscientos hombres de guerra sin la gente que los castellanos tenían consigo antes y sin otros muchos mercadantes franceses, que como supieron la rota de los suyos y que el Gran Capitán venía á la ciudad, se metieron todos en los castillos. Pues con esta nueva de la venida del Gran Capitán á Nápoles, monsiur de Alegre, hecha la dicha provisión de los castillos, se partió de Nápoles enderezando su camino á la ciudad de Gaeta, que por ser muy fuerte ciudad y la llave del reino de Nápoles, en ella pensaban estar más seguros y por pensar que allí recogería el socorro que el Rey de Francia había prometido de enviarle. Los capitanes Luis de Herrera y Pedro de Paz con los caballos ligeros, según la orden del Gran Capitán, se partieron á muy gran prisa de aquel lugar y fuéronse la vía de la ciudad de Capua. De esta venida de los españoles fué monsiur de Alegre avisado, por lo cual, temiendo no le estorbasen el paso, según que era aquella su voluntad, aseguró el camino lo más que pudo, de tal manera que allegó á la ciudad de Capua bien antes que los caballos españoles; y queriendo pasar por medio de la ciudad con toda su gente, los de Capua cerraron las puertas y enviaron á decir á monsiur de Alegre que no tenían por bueno que pasasen todos juntos, y que si voluntad tenían de pasar, que fuesen de treinta en treinta ó de cincuenta en cincuenta hombres, de manera que no entrasen unos hasta que hubiesen salido los otros. Esto hacían los caputanos por razón que como los franceses venían tan mal parados, temiéronse no hiciesen algún daño en la ciudad, lo cual podían muy bien hacer pasando todos juntos de tropel. Finalmente, monsiur de Alegre, que cualquiera cosa hiciera por no se detener, que tenía en los oídos los caballos ligeros españoles que venían en pos de él, fué contento pasar en aquella manera que los caputanos decían, y sin más detenerse comenzaron á pasar unos en pos de otros, y cuando los unos habían salido, cerraban las puertas y abrían las primeras para que entrasen los otros. De esta manera acabó de pasar toda la gente de monsiur de Alegre, y siguiendo su camino por no se detener se fueron á Gaeta por el Garellano Emola, y allí estuvo monsiur de Alegre muchos días, mediante los cuales se rehizo de mucha y buena gente, con la cual salió de Gaeta y se puso en el Garellano, según que la crónica lo contará bien extensamente. Los capitanes Luis de Herrera y Pedro de Paz, por mucho que apresuraron su viaje por alcanzar á monsiur de Alegre, cuando llegaron á Capua era ya pasado, por manera que no hubo fruto alguno en aquel caso su venida, más que de camino recibieron aquella ciudad juntamente con la ciudad de Aversa por España, y allí se tuvieron algunos días hasta que el Gran Capitán les mandó hacer otra cosa, según abajo se dirá.

CAPÍTULO LXXXII

De lo que monsiur de Alegre hizo después que se fué de Gaeta, y de cómo el Gran Capitán siguiendo su camino vino al bosque de Gangelo, doce millas de Nápoles, adonde los napolitanos enviaron al Gran Capitán doce caballeros para que les confirmase los privilegios de la ciudad, y de cómo entró en Nápoles, y de otras cosas.

Después que monsiur de Alegre llegó, según dicho es, á Gaeta y anduvo muy bien toda la ciudad, en que la halló muy fuerte, así de muros como de voluntad y conformidad en los gaetanos por el Rey de Francia, que no en poco lo tuvo, y allí estuvo algunas días, en los cuales proveyó la ciudad de todo lo necesario para la guerra. Junto con esto atrajo algunas villas y lugares que estaban indiferentes en lo que habían de seguir, para que tuviesen la devoción de Francia, y para confirmar los ánimos de algunos que, viendo la mejoría que los españoles tenían en el reino, vacilaban en su servicio. Los cuales hasta allí, por ser la parte que al Rey de Francia había tocado, señalaban como habían señalado por sus valles; ahora al presente, viendo la inclinación general de los pueblos por España, no se sabían determinar y estaban suspensos, y para que éstos no le fallesciesen del todo, determinó, más por jactancia y presunción que no por pensar que él era tan poderoso que á los españoles osase esperar en campo con toda su gente, que eran cuatrocientos hombres de armas y trescientos caballos ligeros y con dos mil infantes, sin otra mucha gente de la comarca, á se poner en campo junto al Garellano, un río que pasa por aquella provincia de Campania, enviando sus cartas á to-

dos los pueblos que eran y se mostraban por Francia, llenas de presunción, en que les decía: que no les causase alteración ni causase inconstancia en su ánimo ver que los franceses fueron vencidos, pues las cosas de la guerra son de calidad que trueca sus veces dando vencimiento una vez á unos, otra á otros; por manera que de aquello no se había de hacer cuenta, pues podía acaecer lo mismo por los españoles; cuanto más que no habían quedado los franceses tan confundidos que no estaban allí y él con su persona para resucitar á la fortuna en su favor y mudar su condición en mejor estado que no había hasta entonces tenido, diciéndoles otras muchas cosas para sustentarlos por su Rey, más de presunción que no de verdadera consolación. Después de esto, habiendo, como dicho es, salido de Gaeta, vínose á poner en campo junto al Garellano, abajo de un lugar que dicen Trajeto, y allí se puso más por la reputación y por dar á entender á los pueblos que se querían mantener contra el ejército español y esperar en aquel lugar, que no porque por verdad que hubiera en los franceses osadía para lo hacer. El Gran Capitán, que desde el aposento de San Antón había enviado á los capitanes Luis de Herrera y Pedro de Paz para tomar el paso á los franceses, sabiendo que ya eran pasados sin ser impedidos de los suyos, movióse de allí con su gente, pasó adelante cuatro millas de aquella ciudad, riberas abajo del río, y vínose á aposentar junto á una villa que dicen Piche, y allí se detuvo dos días; y luego en cabo de estos dos días, el Gran Capitán se levantó de aquel aposento del río junto á Piche y vínose con su gente á aposentar doce millas de Nápoles en un bosque que dicen el bosque de Gangelo, y estuvo allí aquella noche y otro día siguiente. Queriéndose mover el Gran Capitán de allí para se meter aquel día en Nápoles, los napolitanos, que sabían su venida, enviaron doce embajadores, caballeros principales de la ciudad, porque en nombre de todos los ciudadanos le saludasen y suplicasen que no quisiese entrar en Nápoles hasta que primero les confirmase sus privilegios y jurase de guardar conforme como los Reyes pasados los habían confirmado y guardado y mantenido; que haciéndolo así la ciudad de Nápoles estaba aparejada á le recibir dentro y poner las banderas de España por los muros y lugares públicos de la ciudad, y donde no, que antes se ofrecerían á la muerte que perder el menor privilegio de los que tenían. Finalmente, los doce caballeros diputados allegaron con este mandado al bosque del Gangelo, adonde estaba el Gran Capitán ya para se partir, y hiciéronle relación á lo que venían; á los cuales, siendo primero del Gran Capitán muy honrados y cumplidamente recibidos, les confirmó sus privilegios ni más ni menos que como hasta entonces habían sido por los Reyes de Aragón pasados confirmados. Los diputados, habida la confirmación de sus privilegios, le besaron la mano en lugar del Rey D. Fernando de Castilla y de Aragón y le entregaron las llaves de la ciudad como en reconocimiento de su vasallaje, y con esto los diputados se partieron del Gran Capitán y se tornaron en Nápoles. El Gran Capitán después de esto se estuvo en aposento del bosque tres días, en los cuales fué avisado en cómo el capitán monsiur de Alegre se había rehecho de gente y que había salido de Gaeta y que se había puesto en campo en el Garellano, y que tenía hecho una puente de madera en el río del Garellano, para que los de Cieza y sus casares pudiesen pasar vituallas y provisiones al campo francés. Mucho le pesó al Gran Capitán de esto, porque pensó que de esta manera los franceses tornarían á alzar cabeza, y para quitar que de la parte de la ciudad de Cieza y de sus casares no les enviasen provisiones, y asimismo para que los suyos rebotasen á los franceses de aquel lugar ó le comiesen la gente con escaramuzas, envió á Cieza al Duque de Termes y al capitán Próspero Colona con cuatrocientos hombres de armas y con cuatrocientos caballos ligeros y con los dos mil alemanes á hacer guerra á monsiur de Alegre, según dicho es. Los capitanes y gente ya dicha se partieron con este mandado del Gran Capitán y allegaron aquel dia mismo á Cieza y metiéronse todos en la ciudad, y fuera en el burgo y en los casares (porque no cabían todos dentro) se aposentaron todos los caballos ligeros, y allí estuvieron muchos días, mediante los cuales españoles y franceses se hacían muy cruda guerra, saliendo cada día los caballos ligeros y gente de armas españoles y pasaban la puente que los franceses habían hecho, y siempre le herían y mataban mucha de su gente. El Gran Capitán aquel mismo dia que él envió sus capitanes y

su gente á Cieza, se partió con su ejército del bosque de Gangelo y vino á Nápoles, adonde llegó ya tarde, y hiciéronle los de Nápoles un muy solemne recibimiento, adonde salieron todos los caballeros y gentileshombres de la ciudad y el Senado y regidores de ella, todos en muy buena ordenanza con el pendón de Aragón delante, y salieron tres millas fuera de la ciudad á le recibir, haciéndose en este recibimiento muy grandes fiestas y danzas, y con orden de mucha gente á la manera de soldados, todos muy bien aderezados y muy lucidos, y con muy grande alegría y placer de todos allegó á la ciudad. Entró por la puerta de Capua, adonde le esperaban muy grande número de señoras y damas de Nápoles muy ataviadas, de las cuales fué el Gran Capitán muy bien recibido, y él, saludando á todos con muy alegre rostro, le llevaron por todos los barrios de la ciudad y después le dejaron en aposentamiento; el cual fué las casas del Príncipe de Salerno, y así pasó el Gran Capitán aquella noche, aunque no con tanto placer como la noche de la rota de los franceses.

CAPÍTULO LXXXIII

De cómo el Gran Capitán envió al Marqués del Gasto sobre el castillo de Salerno, adonde estaba un castellano con mucha gente de guerra y tenía aquel castillo por Francia, y de lo que sucedió.

Como la gente y Príncipes de Italia conformes sus voluntades con la del vencedor tuviesen (después de aquellas dos crecidas victorias que casi en un mismo tiempo hubieron los españoles, que fué la de la Chirinola en la Pulla y la de Semenara en la Calabria, según dicho es) todas las demás villas y lugares del reino de Nápoles se tornaron á la parte de España. Pero como suele acaecer de una roñosa oveja que ensucia y daña todas las otras, determinó el Gran Capitán desarraigar del todo á aquella roña y parcialidades que aun estaban en el reino por franceses; y entre otras muchas villas y castillos que seguían esta parte, era uno el castillo de Salerno, donde, estando la misma ciudad por España, el castellano se había recogido y con mucha y muy buena gente hízose fuerte en el castillo, el cual era bien fuerte para aquel propósito. Y para esto el Gran Capitán envió sobre él al Marqués del Gasto con quinientos infantes españoles y con cien caballos ligeros, y el Marqués con aquella gente se partió de Nápoles y fué á Salerno; y en llegando metióse en la ciudad con su gente, sin ninguna contradicción de los ciudadanos; y luego como allegó, miró muy bien la disposición del castillo y halló que era fuerte y que por fuerza de armas era dificultoso tomarle, y por esta razón determinó de tenerlo cercado y cercólo en esta manera. En un monte que está sobre el castillo, que llaman la Bastida, puso toda la infantería, y á la parte de abajo por dentro de la ciudad puso su persona con todos los caballos; y así tuvo el Marqués del Gasto cercado bien estrechamente aquel castillo, de adonde cada día salían los de dentro á escaramuzar con los de fuera, en que se hacían harto daño los unos á los otros. Estando en este estrecho cercado el castillo de Salerno, el Conde de Capacho, que asimismo tenía la parte del Rey de Francia, siendo de ello avisado, vínole á socorrer con doscientos caballos ligeros y con ochocientos infantes soldados viejos de la tierra. Y como llegó á Salerno, metióse dentro con toda su gente y dióse tal manera en el socorro, que antes que de allí partiese hizo por fuerza de armas alzar al Marqués del Gasto de sobre el castillo, y después proveyó el castillo de gente francesa y de las vituallas que eran menester y pudo haber, y saqueó las casas de aquellos que supo que se tenían por España, y con esto se salió de Salerno y se volvió adonde había salido. El Marqués del Gasto, como supo que el Conde de Capacho era ya salido de aquella ciudad, tornó á Salerno con su gente á cercar de nuevo el castillo, y así le tuvo estrechísimamente cercado más de treinta días, mediante los cuales procuraron de muchas maneras de le tomar por fuerza, haciendo ingenios y usando de muchas maneras de le tomar por fuerza con que le pudiesen atraer á su poder. Pero como el castillo era tan fuerte, ningún fruto se sacaba de todo lo que se hacía, y por tanto acordó el Marqués del Gasto de hacerle una mina muy grande, en la cual se trabajó mucho y se puso muy gran diligencia, y así se hizo al fin bien grande y bien fuerte y en muy buen lugar; y hinchándola de muchos barriles de pólvora, según que conviene á semejante ingenio, hízola cerrar de un fuerte muro de

piedra y junto con esto mandó meter gente en armas y dar el combate fuertemente al castillo. Primero se descargó la mina, la cual reventó con tal fortaleza que cayó en el suelo una gran parte del muro del castillo, y luego la gente española arremetió con muy grande ánimo á combatir el castillo, adonde el Marqués del Gasto mostró enteramente su mucha virtud y grande ánimo. Finalmente, de aquella vez, después de ser muertos en aquel combate muchos de la una parte y de la otra, el castillo vino á poder del Marqués, el cual prendió al castellano y á todos los suyos y hizo saquear el castillo, que hasta allí había estado por Francia, y de ahí adelante juntamente con la misma ciudad tornó por España.

CAPÍTULO LXXXIIII

De cómo el Gran Capitán dió cargo de combatir el castillo Nuevo al capitán Pedro Navarro y á Diego de Vera, capitán del artillería, y de cómo se hubo de combatir primero la torre de Sant Vicente.

Habiendo el Gran Capitán con toda su gente dado ya algún descanso á sus fatigados cuerpos, que de los trabajos pasados estaban con mucha necesidad, determinó de nuevo ofrecer su gente á nuevos peligros, porque no era cosa razonable que, estando la ciudad de Nápoles por el Rey de España, sus fuerzas y castillos estuviesen en poder de ajeno señor, como lo estaban á la sazón en poder de los franceses que, según dicho es, se habían ende hecho fuertes esperando cada día socorro de su Rey. Pues para haber de quitar este inconveniente, que no pequeño le parecía, dió orden cómo el castillo Nuevo, que era lo principal y lo más fuerte de Nápoles, se combatiese primero, y dió el cargo en el combatir y tomar este castillo al capitán Pedro Navarro con los otros capitanes y al capitán Diego de Vera con el artillería, para que lo uno con el poder de la gente y lo otro con el buen orden del artillería, aquel castillo fuese más en breve quitado del poder de los franceses. Pues con esta orden y comisión del Gran Capitán, Pedro Navarro y Diego de Vera comenzaron á poner por obra aquel hecho. El capitán Diego de Vera vido muy bien la disposición del castillo y el lugar adonde mejor podía estar el artillería asentada, y asentóla en el burgo en Sancti Spíritus en una huerta al Parco, la cual está junto á la ciudadela, el foso en medio, y después de asentada comenzóse á batir el castillo por aquella parte con mucha fortaleza. Los franceses que estaban en la torre de Sant Vicente, viendo el lugar donde la artillería española estaba y cómo desde allí tiraban al castillo, comenzaron desde lo alto de la torre, que bien señoreaba aquel lugar, de tirar con su artillería á la artillería española, que muy bien se descubría; por manera que se hacían ende muy grande daño; de cuya causa los capitanes españoles, viendo el gran inconveniente que les era aquella torre de Sant Vicente, y que tomada la torre no podían ser dañados ni impedidos al tomar y batir del castillo, y para este efecto en un canto que está enfrente de la puerta de la ciudad que sale al burgo de la puerta de Sancti Spíritus, asentaron ciertas piezas de artillería, y á la otra parte del Parco, contra el castillo y contra la ciudadela y contra un jardín que llaman el Paraíso, asentaron otras tantas piezas de artillería; y más abajo del Parco, junto á la marina contra la torre de Sant Vicente, asentaron otras tantas y en un jardín encima de la Trinidad, contra la misma torre de Sant Vicente, asentaron otras tantas piezas, por manera que ansí se repartió toda el artillería contra el castillo Nuevo y contra la torre de Sant Vicente. Después de esto luego ordenaron por sus estancias la gente que era menester para el combate de las dichas fuerzas, y luego se comenzó á batir primero la torre; la cual se batió tan fuertemente, que derribaron gran parte de un rebelín que está más alto que la torre, y ansimesmo se derribaron de las defensas de lo alto de la torre un gran pedazo de ellas, y de la muralla del patio abajo de la torre á la parte de la capilla de Sant Vicente derribaron grande parte del muro. Pues con tanta fortaleza el artillería española batió la torre por aquellas dos partes, que los franceses que estaban dentro en el rebelín, ni en el patio de abajo ni en lo alto de la torre no podían estar por estar descubiertos á la defensa del artillería, porque no les llevase y hiciese gran daño. En este tiempo los capitanes españoles, que según la recia batería que se había dado en la torre, les parecía tiempo de dar el combate, ordenaron que se diese más por arte y manera que no

por fuerza de armas, y con esto el capitán Pedro Navarro hizo hacer un ingenio en una barca por la mar en esta forma. Hizo toldar la barca y cubrir por encima con un muy fuerte maderamiento, por respeto que la gente que por ella había de ir no recibiese daño de los franceses desde lo alto de la torre; y después de reparada con este pertrecho, metió dentro su persona y con él cuarenta soldados, los veinte ballesteros y los otros veinte escopeteros, y junto con ésta en otro barca descubierta hizo meter con el capitán Martín Gómez otros cuarenta soldados muy bien armados. Concertado esto en esta manera, un día, una hora antes que anocheciese, salieron del puerto y con mucha disimulación se fueron por la mar abajo hacia una iglesia que se llamaba la Magdalena; y como fué noche oscura volvieron sobre la torre de Sant Vicente, y como ya fueron cerca, el capitán Pedro Navarro enderezó su barca hacia la parte de la capilla adonde el artillería había derribado un gran pedazo de muro del patio, y allegado en aquél con mucho silencio comenzó á subir ende con su gente. Eran, según dicho es, veinte escopeteros y veinte ballesteros, y como la subida estaba algo alta y dificultosa, cayeron algunos soldados en la mar, en que se mojaron muy bien. La otra barca en que iba Martín Gómez enderezó á aquel lugar, adonde estaba la otra puerta del patio de la misma torre, y allí tenían los franceses atravesada una gruesa y fuerte cadena, porque por aquella parte no pudiese con barca pasar. Pero con la gran fuerza que llevaba y á poder de remos pasaron por la cadena, rompiéndola, de la otra parte; y como allegaron al lugar de la otra puerta del patio, el capitán Martín Gómez saltó fuera y metiéronse en el patio de la torre, adonde halló que ya habían entrado el capitán Pedro Navarro con su gente. No dejaban en este medio los franceses de la torre de se defender, haciendo con el artillería daño en los españoles que estaban abajo, y lo mismo hacían los del castillo Nuevo, que como estaba en lo alto señoreaba el patio y tiraba en descubierto á los españoles. El capitán Martín Gómez y Pedro Navarro, viendo el daño que hacían á la gente española y que no podían hacer nada de sus personas, determinaron de aquella noche buscar el mejor remedio á su salud que pudiesen hallar, y con esto mandaron hacer en el patio una trinchea, adonde se reparasen de la artillería; y así se hizo con mucha diligencia, y desde aquella trinchea, muy á su salvo, podían los españoles con las ballestas y escopetas tirar á los franceses de la torre que se asomaban, de que se les hacía algún daño. Al tiempo que los españoles hacían la trinchea, los franceses, que muy bien oían el golpear de los picos y azadones, que en aquel menester traían, pensaron que les minaban la torre, de que muy gran temor y extraña alteración hobieron, porque veían claramente que, si les minaban la torre, no podían dejar de recibir gran daño y peligro y muerte en sus personas, y de esta causa estaban suspensos y dudosos en lo que debían hacer; porque unos tenían por mejor que diesen la torre á los españoles, otros tenían lo contrario, por manera que no sabían lo que se debiese hacer. Finalmente, determinaron de venir en partido, y fué que enviaron á decir al capitán Pedro Navarro que si del castillo Nuevo no fuesen socorridos aquella noche y al día siguiente hasta medio día, que ellos rendirían la torre, con tal que los dejasen salir sin les hacer daño alguno en sus personas; y que para seguridad de esto ellos enviarían en rehenes un francés, y para que ellos fuesen ciertos que ansí se cumpliría de su parte, les enviasen ellos un español. El capitán Pedro Navarro fué de aquesto muy contento, y ansí, enviando los franceses abajo un soldado francés, los españoles enviaron otro soldado español. En esto cesaron las armas, y los franceses de Sant Vicente luego lo hicieron saber al castellano del castillo Nuevo, lo que habían apuntado con los españoles, diciéndole que si dentro de aquel término no les enviaba socorro, no podían dejar de pasar por la postura y entregar la torre á los españoles; pero que si les enviaba socorro, ellos harían hasta la muerte todo su poder. El castellano del castillo Nuevo, que bien conocía el estrecho en que los de la torre de Sant Vicente estaban, ora fuese por ser negligente, ora porque no pudo más, el término pasó y el socorro no vino á los de la torre, por manera que luego á la hora de vísperas los franceses de la torre de Sant Vicente la entregaron á los españoles según la postura y concierto, y los franceses se fueron al castillo Nuevo. De esta manera el capitán Pedro Navarro tomó la torre de Sant Vicente, de adonde no poco daño y perjuicio resultaba

en el combate del castillo Nuevo á los españoles. Luego como fué tomada la torre de Sant Vicente, el Gran Capitán mandó al capitán Pedro Navarro que aderezase la gente para tornar á combatir la ciudadela; el cual para aquel hecho hizo subir á lo alto de la torre de Sant Vicente cuatro piezas de artillería que los franceses habían perdido, la cual asentó en contra de la ciudadela y por la parte del Parco, contra la ciudadela misma, y por muchas partes asentó más artillería. Ansimismo hizo minar la ciudadela por muchas partes, y después de hechos todos estos aparejos, el capitán Pedro Navarro hizo poner mucha gente en el foso de la ciudadela junto á la puerta de la ciudad que sale al burgo de Sancti Spíritus, donde mandó hacer muchos pertrechos en defensa de lo alto y mandó que picasen muy fuertemente el muro por muchas y diversas partes, de manera que sin recibir ningún daño de las ofensas de lo alto, á causa de los pertrechos, estuvo aquella gente más de treinta días, en que hicieron dos minas, según que se dirá en su lugar.

CAPÍTULO LXXXV

De cómo vino al campo francés monsiur de Naves con mucha y muy buena gente, y de cómo queriéndose el capitán monsiur de Alegre meter en Sant Germán fué echado ende por el capitán Diego García de Paredes

Contado ha la crónica cómo monsiur de Alegre salió con toda su gente de Gaeta, y que se había puesto en campo junto al río del Garellano. Pues dice ahora que estando en aquel lugar haciéndose daño los dos campos de franceses y españoles, que sabido por monsiur de Naves (que muy bien había sabido el estrago y rota de los franceses, y ansimismo sabía la necesidad que de gente tenía, á causa de la tardanza que en enviar socorro ponía el Rey de Francia), determinó con toda la demás gente que pudo venirse á juntar con monsiur de Alegre. Y con esta voluntad un día se salió de Roma, adonde á la sazón estaba, con doscientos hombres de armas y con dos mil infantes, y por sus jornadas vino al Garellano, adonde estaba el ejército francés con monsiur de Alegre. El Duque de Termes y el capitán Próspero Colona, que, según arriba es dicho, estaban en Cieza, cada día salían con su gente de caballo y daban algunos rebatos en el campo francés, en que siempre hacían algún daño, y lo mismo hacían los franceses por su parte contra los españoles, visitándose los unos á los otros, en esta manera. Un capitán que se llamaba Luis de Viamonte salió una noche de su campo con cien caballos ligeros y con cien infantes, y pasada la puente vino muy secretamente á Cieza, y porque más quedo y con mayor silencio pudiese pasar, hizo á los caballos ligeros tomasen á las ancas los infantes. De esta manera pasó á la otra parte de la puente sin ser sentido; y como llegó junto á Cieza, dió sobre unos hombres de armas, los cuales estaban aposentados fuera de la ciudad en un jardín, de los cuales mató cien hombres y prendió ocho, y tomó diez ó doce caballos, y con esto muy á su salvo, se tornó á su campo sin perder tan solo un hombre. No poco contento estaba monsiur de Alegre viendo su ejército, con la venida de aquel caballero monsiur de Naves, más pujante en fuerzas y en poder que no lo había estado hasta allí, teniendo por muy cierto que había de resucitar aquella tan mala caída como el estado de Francia había dado; y con esta nueva ayuda, monsiur de Alegre comenzó á extenderse en nuevos deseos y cosas de mayor calidad, por lo cual, como viese que el Gran Capitán estaba en Nápoles ocupado en la presa de las fuerzas de la ciudad, se determinó que en desembarcándose de allí, él mismo con monsiur de Naves quería mover contra el Gran Capitán. Pero no se hallando con todo esto tan poderoso que al Gran Capitán osase esperar en campo, determinó de se recoger en Sant Germán y hacerse fuerte en aquella villa, lo uno por esperar el ejército del Rey de Francia, que según por nueva cierta tenían había de venir por allí, y porque el Rey de Francia en su gracia y servicio tenía la señoría de Florencia, y el Duque de Ferrara y de Mantua, juntamente con los Bentivollos de Bolonia, todos se aderezaban de enviar, según se dirá en su lugar, su ejército contra el Gran Capitán, y lo otro por se proveer de allí de todos los bastimentos necesarios para sustentación del ejército. Y con aquesta determinación para guarnición de gente dejó mil hombres de guerra juntamente con el armada de mar que le pareció que bastaría para en defensión del monte y de la ciudad. Y esto hecho, aderezó su partida para se meter en Sant Germán. Y estaba en esta villa un italia-

no que se dice Pedro de Médicis, el cual tenía el castillo del Abadía por el Rey de Francia, y tenía gran voluntad monsiur de Alegre de recogerse con toda su gente en aquella villa, porque tenía muy grandes provisiones de trigo y cebada y vino de su cosecha y de todos los otros lugares y heredamientos comarcanos, por razón que entonces los labradores de la provincia tenían el grano en las eras y lo comenzaban á encerrar en sus casas. Determinó de fortificar muy bien la torre y castillo y Abadía, haciéndose en ellos fuerte con todas las maneras de defensión que podían, y ansí por la reputación de los pueblos, porque no conociesen en él flaqueza alguna, como por tener seguro aquel paso para cuando le viniese socorro del Duque de Mantua y de los otros Príncipes y señoría de Florencia, que, según dicho es, en gracia y amor del Rey de Francia aderezaban un grande ejército para le venir á ayudar, como abajo se dirá. El Gran Capitán, siendo avisado por las espías que tenía en el campo francés lo que monsiur de Alegre determinaba de hacer, con muy grande diligencia, viendo el daño que de nnevo por aqueste hecho se le recrecía, llamó á Diego García de Paredes, y díjole ansí: «Vos, Diego García de Paredes, que para sufrir trabajos nacisteis, conviene que entre los otros muchos pasados toméis este á vuestro cargo; y es que con la mayor presteza del mundo os metáis en Sant Germán primero que los franceses entren dentro, porque si ellos toman aquella villa primero, sería ponernos en muy mayor cuidado que hasta aquí habemos tenido, y comenzar de nuevo á entrar en la conquista de este reino». Al cual luego dió la orden que en aquel negocio convenía, y Diego García de Paredes con muy grande celeridad con mil y quinientos infantes y con trescientos caballos ligeros se partió de Nápoles y vino á una villa que dicen Galacho á la hora del Ave María, y allí se estuvo toda aquella noche repartiendo de su gente por otros castillos de alrededor, porque no cabía toda en Galacho. Y pasada que fué la noche, luego otro día de mañana queriéndose partir de Galacho le vino nueva en cómo los franceses allegaban y habían cercado á Sant Germán, y por esta razón Diego García de Paredes con los doscientos caballos ligeros se partió de Galacho y dejó á toda la infantería atrás, para que al mayor andar que pudiesen se viniesen en Sant Germán, porque él se quería adelantar á se meter con los caballos dentro antes que los franceses. Aun no estaba Diego García de Paredes á una milla de Sant Germán, cuando halló que los franceses ya estaban dentro solamente doscientos hombres de armas y doscientos caballos ligeros que habían venido adelante, los cuales habían entrado en Sant Germán por aquella parte del Coliseo. En esto Diego García de Paredes con los caballos apresuró su camino, y allegando cerca de Sant Germán, los franceses que los vieron venir á muy grande andar, temiéndose no viniese todo el campo español sobre ellos, se salieron de Sant Germán y no osaron ende esperar, y fuéronse á Roca Guillerma y á Trajeto, adonde todo el campo francés quedaba para haber de venir á Sant Germán; y como monsiur de Alegre y los otros capitanes fueron avisados de la venida de los españoles en Sant Germán, hubieron de ello muy gran placer, con voluntad que tenían de luego mover de allí con todo el ejército y tomarlos á todos dentro en Sant Germán. Pedro de Médicis, que, según dicho es, era castellano en el castillo de Sant Germán, como vido salir á los franceses y que los españoles se venían á meter en aquella villa, no se quiso ir con los franceses, antes saliéndose del castillo se fué á proveer la Roca, y allí dejó ochenta hombres en su defensa, y con esto él se salió de la Roca y fuese al Abadía con toda la otra gente. Diego García de Paredes, que muy gran prisa se había dado á caminar con los caballos ligeros, allegó á Sant Germán, y como halló desocupada la villa y supo que los franceses que allí habían allegado se tornaron atrás, metióse dentro de la villa con todos los caballos ligeros, y toda aquella noche estuvo debajo de muy buena guardia Diego García de Paredes. Y otro día de mañana, allegó á Sant Germán una compañía de hasta cuatrocientos infantes españoles de los que habían quedado en Galacho, con los cuales y con la otra gente de caballos ordenó luego combatir fuertemente el castillo, de manera que sin más se detener con aquella gente, que él allí tenía, se subió al llano del monte que está entre el Abadía y el castillo, y de la gente de la misma villa allegó hasta ciento y cincuenta hombres muy bien aderezados, con los cuales puso un cabo de escuadra español, para que ellos por aquella parte de la misma villa diesen asimismo el combate al castillo. Y luego

se comenzó por la parte de lo alto, donde Diego García de Paredes con la gente española estaba, y por la parte de abajo adonde la gente de la villa estaba, con mucha fortaleza á combatir, y duró este combate tres horas, hasta que la noche fué muy cercana; y los del castillo se defendieron muy fuertemente y mataron tres hombres de los de la tierra, que los combatían por lo bajo, y de los españoles mataron uno y muchos que fueron heridos aquel día. Diego García de Paredes, enojado viendo muertos cuatro hombres de los suyos, y que no había podido tomar el castillo, comenzó de nuevo á dar tanta prisa en el combate y tan reciamente se hubo en la expugnación del castillo, que por fuerza de armas les ganaron un rebelín del castillo, adonde estaban treinta soldados, los cuales viendo que no podían más resistir los españoles, se comenzaron á retraer al cuerpo del castillo; y como la entrada fuese angosta, no pudieron todos entrar, de cuya causa los soldados españoles mataron al entrar trece hombres del castillo y tomáronles el rebelín y más un torreón del cuerpo del castillo, que llaman el espolón, el cual cae hacia la parte de la villa adonde estaba la iglesia de San Elian. A esta hora, era bien ya hora y media de noche, y Diego García de Paredes, después de haber los del castillo retirádose á la torre del castillo maestra, dejando muy buena guardia en el rebelín y en el torreón del castillo, y ansimismo en el rededor del castillo, porque ninguno de los de dentro no se salvase aquella noche, él se recogió con toda su gente á sus estancias, y dejó mandado que aquella noche se hiciesen ciertos pertrechos para que con picos cortasen dende abajo una torre, sin que lo alto recibiese ningún daño, y en todo cuanto fué aquella noche no se entendió en otra cosa salvo en hacer los pertrechos para el dicho combate. Como fué de día, siendo ya del todo acabados los tres reparos, comenzóse á cortar el muro de la torre por muchas partes, y los de lo alto hacían muy grandísima resistencia y grande daño en los que picaban, tirando piedras y con ballestas y otras defensiones que hicieron á los españoles; pero no por eso dejaron los españoles de cortar la torre á muy gran priesa; y los del castillo, viendo que no aprovechaban diligencias para se defender, sino que sin falta ninguna les convenía venir á poder de los españoles, juntamente con el castillo, determinaron entre todos de se dar á merced y les entregar el castillo. Ya en aqueste medio toda la infantería que había quedado en Galucho y en los otros lugares comarcanos allegaron á Sant Germán, adonde hallaron que el castillo se había tomado aquel día, y que el capitán Pedro de Médicis se había ido y salido del Abadía con su gente, donde el campo francés estaba en el castellano, y desta causa sin más armas vino la villa de Sant Germán con el castillo y abadía en poder de los españoles, que de ahí adelante por la parte de los Reyes de Castilla, algunos lugares comarcanos, como fueron éstos Roca Seca y Ponte Corvo y otros muchos de alrededor, viendo que Sant Germán estaba á la parte del Rey de España, determinaron ellos de hacer por el mismo caso lo semejante; de manera que de ahí adelante quedaron muy conformes con los españoles. En este tiempo el Duque de Termes y el capitán Próspero Colona, como supieron que Sant Germán estaba por España, salieron de Cieza con toda su gente y vinieron á Santángelo, y de allí se juntó Diego García de Paredes con ellos, adonde todos juntos se vinieron á Ponte Corvo, y en aquella villa y en su comarca estuviéronse ajuntados hasta quel Gran Capitán vino de Nápoles, según la crónica irá contando.

CAPÍTULO LXXXVI

De cómo el Gran Capitán hizo dar priesa en la presa de la ciudadela y castillo Nuevo, y de cómo le tomaron los españoles.

Contado ha la crónica cómo el capitán Pedro Navarro hizo hacer muchas minas y otros muchos aparejos contra la ciudadela y castillo Nuevo de la ciudad de Nápoles. Pues dice ahora que después que hubo acabado de hacer las minas, hízolas henchir, según es de costumbre, de muchos barriles de pólvora, y junto con esto las hizo cerrar de un fuerte muro y pared gruesa, y después de todo esto hecho, el Gran Capitán, que en todo estaba presente y proveía en lo que debía hacerse, mandó que toda la gente estuviese en orden para dar el combate. Y el capitán Diego de Vera y Pedro Navarro y Nuño Docampo y Martín Gómez aderezaron el artillería para que por muchas partes encarada estuviese contra la ciudadela y contra el castillo. Y todo proveído como mejor convenía, el Gran Capitán mandó

poner fuego á las minas, las cuales reventaron con tanta fortaleza que derribaron por aquel lugar un pedazo del muro de la ciudadela, y fué tanto que hinchó el foso que por aquella parte le ceñía, que casi quedó llana la subida. Luego Pedro Navarro y los otros capitanes arremetieron con toda la gente y comenzaron los españoles á subir á la ciudadela y á se meter dentro; pero los franceses, como los vieron entrar con tanto ímpetu, defendiéronse algún tanto, pero no lo pudieron más sufrir y por esta razón desampararon la ciudadela y fuéronse todos huyendo al castillo y quedáronse en la puerta hasta doce hombres de armas para alzar la puente levadiza, que ende estaba. Y á la sazón que estaban alzando la puente, allegaron el capitán Pedro Navarro y Nuño Docampo con los otros capitanes y dieron sobre ellos, que no les dejaron alzar la puente, la cual dejando desamparada les convino retraerse al rebelín, adonde, juntamente con los franceses, los españoles entraron revueltos, y antes que se recogesen los franceses, fueron muertos todos doce. En esto cargaron muchos soldados españoles en la puente por entrar con los otros en el rebelín, de manera que toda la puente estaba llena de gente, y los franceses que estaban dentro en el patio del castillo cargaron ciertas piezas de artillería, y entre estos cañones descargaron una culebrina y dió la pelota en la misma puerta del castillo, la cual era de bronce, y no la pasó, antes quedó fijada en la misma puerta, como hoy se ve fijada. Luego por la otra puente del castillo, que estaba á la parte del jardín que llamaban Paraíso, cargó ansimismo mucha gente para entrar dentro en el castillo por aquella parte, por razón que los franceses la habían desamparado é iban huyendo, y los españoles intentaban de se entrar á vueltas de ellos; y por esta razón que los españoles no entrasen, comenzaron los franceses á alzar la puente. A la sazón que la alzaron, llegó un soldado, el cual bien mostró aquel dia su corazón y ánimo (que era paje del Gran Capitán, llamado Peláez Berrio), y asióse con la una mano de las cuerdas de la puente y con la otra mano con la misma espada que traía, estando colgado con la una mano de la puente, cortó las cuerdas de ambos cabos, por manera que juntamente con la puente cayó abajo á la puerta del castillo, y luego con muy gran fortaleza se levantó y metióse peleando con los franceses por la misma puerta del castillo, adonde como él fuese solo y los franceses muchos, por muy aína que los españoles que quedaban fuera le quisieron socorrer, los franceses le mataron, y allí acabó como valiente hombre y esforzado soldado digno de toda memoria. En esto los españoles, ansí por la una puente como por la otra, cargaron de recio con gran fortaleza y se metieron en el rebelín; y desde allí comenzaron á combatir reciamente el castillo por las cámaras abajo que salen al rebelín, y los franceses, como vieron á los españoles que estaban ya dentro, desde las torres se comenzaron á defender con piedras y ballestas y con mucha artillería por todas partes, echando mucho fuego artificial y pólvora ardiendo sobre los españoles que andaban en el rebelín, de que mataron algunos de ellos. En esto, como aún no dejase de entrar gente por la puente en el rebelín en favor de los españoles que estaban dentro, cargaron los franceses un cañón y encaráronlo contra la puente desde una reja del castillo, y como al tiempo que le pusieron fuego estuviese la puente llena de españoles, mató quince hombres é hirió á algunos, por manera que por temor de aquella pelota y del daño que había hecho en los soldados compañeros, todos se retiraron afuera y no osaron entrar dentro ni pasar la puente. En esto aquel valeroso y muy gran capitán Gonzalo Hernández de Aguilar allegó vestido de unas corazas y una celada borgoñona y una espada y una rodela que en la mano traía, y animando á su gente los hizo entrar consigo la puente adelante. Porque como vieron á su General tan fuertemente peleando, todos á una le iban siguiendo y cobrando dobladas fuerzas y no mostrando cobardía en acometimiento, no teniendo en nada cualquier peligro que suele en semejantes casos acaecer. El Gran Capitán iba delante haciendo maravillosas cosas de su persona. Finalmente, los españoles dieron sobre el castillo por todas partes con tanta fortaleza y tanto trabajaron aquel día, que los franceses, viendo la gran prisa que los españoles daban y la grande diligencia que ponían por los tomar, no los pudiendo más sufrir tuvieron por más seguro darse á merced. El Gran Capitán, que no quería venganza de los enemigos, mas de cobrarles aquello que con justicia se le debía, usando de aquella humanidad con los enemigos que con los amigos,

no queriendo esperar el fin de su mala fortuna, fué muy alegre y contento tomar el castillo con todo lo que tenía y librar la gente de manera que en sus personas no les fuese hecho daño alguno de los españoles. Y así vino el castillo Nuevo en poder del Gran Capitán y todo lo que ende había. Cosas dignas de gloria y perpetua memoria hizo el Gran Capitán aquel día, las cuales particularmente referidas sería escribir otro tanto volumen mayor que éste, que ansí en fuerzas y poder de su persona como en acometer á los enemigos con prudencia y consejo no se halló otro su igual. Las cuales todas estas virtudes mientras más ira tenía con sus enemigos, tanto más la reprimía y moderaba cuando convenía. Pues de los otros capitanes Pedro Navarro y Çareta, Martín Gómez, Nuño Docampo y de los otros soldados y capitanes españoles, verdaderamente se gastaría mucho tiempo en hablar de su virtud y fortaleza; pero porque la fin y salida de todas aquellas cosas que intentaron de hacer dan testimonio verdadero de sus obras, según la crónica cuenta, no es menester decir más en su alabanza. Grandes riquezas se hallaron en aquel castillo, adonde todas las cosas que en aquellos dos años que poseían franceses en la ciudad de Nápoles pudieron recoger y haber, todo lo tenían ende, y también muchos mercaderes y banqueros, y así se hallaron cosas de mucha calidad y cuantidad y muchas cajas llenas de cosas de gran de valor, aunque hubo muchos soldados que no les alcanzó parte de aquella rica presa, y blasfemando mucho se lamentaban de su mala suerte; á los cuales volviéndose el Gran Capitán les dijo: «Andad, porque con mi liberalidad venzáis vuestra fortuna, dad saco á mi casa». Pues habiéndoles hecho aquella merced, todos de presto y con mucha alegría corrieron para su casa con tanta codicia que descolgaron la tapicería y hasta la botillería dieron saco.

CAPÍTULO LXXXVII

Del socorro que vino á los castillos por mar, y de cómo viendo la armada francesa en cómo los castillos eran en poder de españoles se levantaron de allí y se fueron á Iscla, y lo que allí pasaron.

Contado ha la crónica la manera que se tuvo para tomar la ciudadela y el castillo Nuevo y el trabajo que ende pasaron los españoles; á esta causa, pues, dice ahora que el mismo día de la presa del castillo, á hora de vísperas, allegaron al puerto tres carrozas y cuatro galeras y otras naos y fustas que venían en socorro del castillo, y traían mil y quinientos franceses de guerra. Allegaron á surgir cerca del castillo del Ovo, y desde el surgidero enviaron una fusta al castillo del Ovo los mismos de la armada para se informar del estado de los del castillo. La fusta llegó al castillo del Ovo y supo cómo el castillo Nuevo y torre de Sant Vicente era en poder de los españoles; y los de la fusta, no contentos con esta información, pasaron más adelante con su fusta y llegaron cerca de la torre de Sant Vicente. Y como los españoles que estaban en la torre los reconocieron, descargaron contra la fusta francesa unas piezas de artillería, en que tan á menudo les tiraban, que los franceses, viendo el mal recaudo que tenían y temiendo su daño propio y conosciendo que todas las fuerzas de Nápoles (excepto el castillo del Ovo) eran ya tomadas, tornáronse atrás con sus fustas á se recoger con su armada, informando á los suyos de todo lo que pasaba. Los cuales entendiéndolo, se levantaron de allí y se fueron á Capri, que es una isla bien cercana de Nápoles, donde estuvieron algunos días, y de allí se levantaron y se fueron á Iscla, adonde en el puerto de aquella isla estaba el capitán Juan de Lezcano con el armada española; y como los franceses llegaron á vista del puerto reconocieron el armada de España, por lo cual, como su armada fuese más crecida y más pujante que no lo era la de los españoles, tomaron atrevimiento para la haber de acometer; y ansí la comenzaron de cercar por todas partes, por donde la tuvieron en harto estrecho puesta, porque de ambas partes se lombardeaban con mucha fortaleza y se hacían gran daño. Venía en el armada española un capitán que se decía Villamarín, el cual, ansí para se meter en el castillo como para asegurar la tierra por aquella parte, por razón que por la parte de la mar bien segura estaba con el armada de Juan de Lezcano, saltó en tierra con alguna gente de armas, y el capitán Juan de Lezcano se quedó en la mar con el armada, el cual hizo algunos acometimientos contra la armada francesa, en que hizo en ella no poco daño; por razón que junto al puerto echó á fondo dos naos fran-

cesas, porque era tan bien afortunado que siempre salía en todas sus refriegas victorioso, haciendo no poco daño en el armada de los franceses; y lo que más le perjudicaba era el continuo tirar del artillería, para que sin tanto daño se pudiese con su armada conservar en el puerto. Y con esta voluntad hizo hacer unos reparos en esta manera, los cuales defendían que las pelotas no pasasen á herir en las galeras ni en los otros vasos de su armada. Y fué que mandó sacar todas las botas que para agua dulce y para vino tenían en las galeras y en las otras naos, y hízolas poner delante de su armada todas entretrabadas unas con otras muy fuertemente á la boca del puerto, y solamente hizo dejar una puerta por donde cupiese un navío en pos de otro, y no más; por manera que si los franceses quisiesen entrar con su armada no pudiesen sino solamente una galera en pos de otra. Este reparo se hizo con mucho artificio é ingenio, el cual verdaderamente causó mucho provecho en la armada española, porque de ahí adelante los franceses no los pudieron tirar ni hacer daño alguno. Después de hecho el reparo el capitán Lezcano con los esquifes y barcas de las naos y de las galeras no hacía sino salir del puerto por aquella boca del reparo y lombardear el armada de los franceses, y los franceses por el mismo caso lombardeaban á los españoles; de adonde siempre salían muertos y heridos algunos de la una parte y de la otra. Finalmente, á cabo de ocho días, el armada francesa, viendo ser mayor el daño que recibían que no lo era el que ellos hacían en los españoles, por razón del reparo de las botas que habían hecho, determinaron descalar y irse de aquel cerco á Gaeta.

CAPÍTULO LXXXVIII

De lo que hizo el Gran Capitán después de haber tomado el castillo Nuevo y las otras fuerzas, y de cómo se salió de Nápoles para venir de Ponte Corvo con su gente y dejó encomendado al capitán Pedro Navarro la presa del castillo del Ovo, y otras cosas que acaecieron en diversas partes.

Habiendo contado la crónica la presa del castillo Nuevo y torre de Sant Vicente, y desarraigado del todo los enemigos de lo interior de la ciudad, no quedando que tomar sino solamente el castillo del Ovo, veníanles en este tiempo muchas nuevas y continuas quejas de algunos capitanes franceses que se habían hecho fuertes en algunos lugares del reino y hacían desde allí muchos agravios y desaguisados en las tierras y villas comarcanas que estaban por España, reduciéndolas por fuerza á la parte de Francia. Entre los cuales entre la provincia de Pulla y una villa que dicen Venosa, estaba un capitán francés que llamaban Luis de Aste, que, según dicho es, entre otros capitanes franceces éste había escapado de la batalla de la Chirinola, y se había retirado en aquella villa y allí había recogido mucha gente, con que hizo mucho daño en aquella provincia. Tenía entre caballos y infantes mil hombres y más, y con aquella gente tenía ya reducidos á su devoción algunos lugares de la comarca y extendía la parte de su Rey cuanto más podía; y por esta razón el Gran Capitán proveyó en aquel caso de esta manera. Que envió contra aquel francés á don Diego de Arellano con cien caballos ligeros y á más comisión que recogiese de la gente española que había quedado en aquella provincia toda la que le fuese necesaria, y que diese muy continua guerra á aquel capitán francés, hasta tanto que le echase de aquella provincia. Ansimismo envió al capitán Fabricio Colona en la provincia de Abruzo en socorro de Juan de Meneses y de Paulo Marganio, que estaban en Catalahoz, para que juntándose con ellos no dejasen en aquella provincia ninguna simiente de franceses, reduciendo todos los pueblos contrarios al servicio del Rey de España. Y después de esto en Nápoles dejó al capitán Pedro Navarro con orden y mandado que tomase el castillo del Ovo, con el cual dejó al capitán Diego de Vera con el artillería, en cargo de batir el castillo por aquellas partes que más conviniese. Y para haber de combatir aquel castillo y darle la batalla á su tiempo, dejó al capitán Pedro Navarro mil infantes, y dejó por castellano en el castillo Nuevo á Nuño Docampo, hombre valeroso. Después de todo ordenado en la forma sobredicha, el Gran Capitán con toda la gente de su ejército se salió de Nápoles y vínose la vía de Ponte Corvo, adonde, según está dicho, el Duque de Termes y Diego García de Paredes y el capitán Próspero Colona estaban con la otra parte del ejército español. El capitán Fabricio Colona, que con el mandado del Gran

Capitán se había partido contra la provincia de Abruzo, juntamente con los Condes de Montoro y de Pópulo, allegó á Barleta y allí recogió más gente, y embarcándose en dos galeras comenzaron á caminar, y de camino llegaron al Guasto, que estaba por el Rey de Francia; pero como vieron venir los españoles, sin contradición se dieron y los recibieron en la misma villa. En este medio Juan de Meneses y Paulo Marganio, que estaban en Catalahoz, trataron con los de la villa de Roca de Medio que se declarasen por España y alzasen sus banderas, que ellos les favorecían y sacarían á salvo, si de parte de los franceses les fuere hecho daño ó intentasen de lo hacer. Eran en estas partes los que tenían la parte de Francia, y sostenían á muchos pueblos de esta provincia, en esta devoción, Fabio Ursino, Jordano Ursino y Paulo Ursino, familia de mucho nombre y en mucho grado enemigos de españoles. Muchos de los pueblos de aquella provincia de Abruzo tenían voluntad de seguir la parte de España, salvo que no osaban en ninguna manera por los Ursinos. Y porque Juan de Meneses y Paulo Marganio conocían esto y la voluntad de los de Roca del Medio de se querer tornar por España, salieron de Catalahoz y fuéronse á meter en Roca de Medio, y allí estuvieron algunos días haciendo siempre guerra á los Ursinos, fuera caso Severino, que estaba en el Aguila con Hierónimo Galloso, según que ha contado la crónica. En este tiempo el capitán Fabricio Colona y los Condes de Montoro y de Pópulo, salieron del Guasto y fueron á Veste, y de allí á Salmona y todos estos pueblos recibieron sin ninguna contradición que mostrasen, y estuvieron en Salmona algunos días, después de los cuales salieron ende y fuéronse á juntar con Juan de Meneses y Paulo Marganio, que estaban en Roca de Medio. Y como fueron todos juntos, estuviéronse en aquella villa de Roca de Medio cuarenta días, y mediante aquéllos siempre hacían guerra ursinos y españoles, y ansimismo se la hacían españoles á Fracaso Severino y á su gente. Y un dia Fabricio Colona con la gente que tenia, salió de Roca de Medio y fué á correr á otra villa que estaba por Francia, la cual llamaban Roca de Caña; y como llegó á las puertas de la villa, hallaron las puertas cerradas y la gente de dentro en orden de se defender, y por esta razón Fabricio Colona aderezó su gente para dar la batalla á la villa, el cual halló no poca resistencia en la gente de Roca de Caña, por manera que convino á Fabricio Colona tentar con su gente todas las maneras de fuerza para haber de tomar aquella villa, porque allegando la gente al muro combatieron la villa una gran pieza, y los de dentro se defendían con grande ánimo y voluntad. En esta sazón que los de Fabricio combatían la villa, salió de dentro el gobernador con hasta cincuenta ó sesenta hombres con intención de apartar los de Fabricio Colona del muro, y peleando con ellos convino al gobernador juntamente con los suyos de quedar en poder de los españoles preso; y todavía, no obstante la prisión del gobernador, los de Roca de Caña persistían en dureza y no se querían dar por España. Y por esta razón, viendo la gran dificultad que había en tomar aquella villa con armas, acordó Fabricio Colona de la tomar por arte, y fué ansí: que mandó atar las manos atrás al gobernador que estaba preso, y ansí atado le mandó traer ante las puertas de la villa, y con gran disimulación fingió que le quería ende ante todo el pueblo degollar, amenazando á los de dentro que si no se rendían que le degollaría, pero que si se daban ellos le darían libertad juntamente con todos los demás que tenía presos. Los de Roca de Caña, como vieron á su gobernador en peligro de muerte, tuvieron por bueno de le redimir la vida dando la villa á Fabricio Colona, y de esta manera Roca de Caña vino en poder de los españoles, y de ahí adelante siguieron el servicio del Rey de España, según que las otras villas y lugares de la comarca lo seguían. Después de esto así acabado el capitán Fabricio Colona y los Condes de Montoro y Pópulo comenzaron á discurrir por el condado de Albi y por las tierras del Aguila, reduciendo muchas tierras á la devoción de España. Ya casi toda aquella provincia se había vuelto por España, y de cada día la gente española crecía en fuerzas y poder, y por esta razón Fracaso Severino, que estaba en el Aguila juntamente con Hierónimo Galloso, viendo la parte que tenían españoles en la provincia, y asimismo la gran pestilencia y mortandad que en la ciudad del Aguila, do ellos estaban, había, cercados de uno y otro temor hallaron más seguridad en sus cosas dando la ciudad, y así se salieron del Aguila con su gente y se fueron á Roma. Los de la

ciudad, como vieron idos aquellos dos capitanes en cuyas manos y poder estaba toda su defensión y amparo, enviaron á decir á Fabricio Colona y á los Condes de Montoro y de Pópulo que viniesen á la ciudad, que ellos estaban aparejados de los recibir por España y de se dar á ellos por esta parte, alzando sus banderas por los muros de la ciudad. Los Condes habido este aviso de los del Aguila, luego fueron derechos á la ciudad, pero no osaron entrar dentro por razón de la mortandad que había en ella. Enviáronlo á decir á los ciudadanos del Aguila, los cuales salieron los que para ello tenían comisión y poder á fuera, y juntamente con los Condes hicieron su concierto y compusieron sus capítulos, de manera que de ahí adelante la ciudad del Aguila fué amiga de España, y metióse debajo de la seguridad y amparo del Rey Católico. Muchas villas y lugares se reconciliaron á la parte y bando de España, viendo la ciudad del Aguila asimismo ser de aquella opinión, de manera que ya casi no había que hacer en toda aquella provincia.

CAPÍTULO LXXXIX

De cómo el capitán Fabricio Colona fué sobre una villa que se dice Chitelino, y envió al capitán Alonso de Valladolid sobre la Roca de Polena, y lo que sucedió.

Habiendo reducido el capitán Fabricio Colona la ciudad del Aguila y casi todas las más villas y lugares de aquella provincia del Abruzo á la parte de España, según que dicho es, con aquel celo que tenía de extender el estado de España, movióse luego con su gente y vino contra una villa que dicen Chitelino, adonde estaba retraída la Marquesa de Bitonto, después que el Marqués de Bitonto fué preso en la de Altavilla, según que dicho es. Estuvo algunos días sobre esta villa, teniéndola Fabricio Colona mediante este tiempo cercada en mucho estrecho, y desde allí envió Fabricio Colona á un capitán que llamaban Alonso de Valladolid sobre una villa que se dice Roca de Polena, adonde estaba un capitán que era italiano que decían Juan María, que tenía aquella villa por el Rey de Francia y tenía consigo cuarenta hombres. La gente que el capitán Alonso de Valladolid llevó para aquel hecho fueron cien infantes españoles y más cuatrocientos villanos de la comarca. Como el capitán allegó con su gente á la Roca de Polena, ordenó su campo en derredor de la villa y no quiso por entonces combatirla hasta otro día siguiente. Y luego el segundo día que tuvo cercada la villa, el capitán Juan María, viendo que con aquella poca gente no podía sustentarse contra los españoles, determinó de venir en concierto con Alonso de Valladolid. Después que Alonso de Valladolid supo la voluntad de Juan María de los recibir en la villa, quiso el capitán Valladolid meterse dentro en el castillo para asentar con el castellano los capítulos y condiciones que sacaron por partido; y con esto el capitán Alonso de Valladolid fué asegurado con que no metiese ende consigo sino sólo seis hombres, el cual lo hizo así, y llevando consigo seis solos soldados de los suyos se metió en la Roca. Ya en este tiempo el capitán Juan María tenía en orden su gente y puesta en el lugar secreto para haber de prender á Alonso de Valladolid y á los que con él venían; y como Juan María vido dentro en la Roca á Alonso de Valladolid, por le poder más á su salvo prender, apartólo amorosamente de los compañeros y fuese con él hablando hasta le meter por la cámara de su aposento. Descuidado el capitán español de la traición que le estaba ordenada, tenía el castellano Juan María dos hombres armados en la cámara para que como Alonso de Valladolid entrase, luego le echasen mano y lo prendiesen sin que de los compañeros que afuera quedaban fuese sentido. Finalmente, allegado á la cámara, hablando Juan María disimuladamente con el Alonso de Valladolid, se allegó á le prender, y como el Alonso de Valladolid conoció la traición, saltó fuera y echó mano á su espada, y de los primeros golpes batió por el suelo al castellano muerto. Los otros dos hombres que ya habían salido, cargaban á Alonso de Valladolid de muchos golpes, y él se defendía de ellos con mucho saber y arte, por manera que retirándose poco á poco, vino al lugar do habían quedado los seis soldados sus compañeros; y los compañeros como le vieron tan mal parado, juntáronse con él, que ya ellos habían sido de los de la Roca acometidos, y allí en aquella cámara todos siete se hicieron fuertes. Verdaderamente hicieron los siete españoles muy grandes cosas en aquel día, porque se defendieron de todos los de la Roca sin que ninguno

osase allegar ni entrar. Era tan grande el estruendo y rumor que á esta causa había en la Roca, que la gente que estaba fuera en el campo lo sintieron. Luego conocieron la traición, por lo cual todos juntos puestos en armas allegaron á la Roca, combatiéndola con tanta fortaleza que á fuerza de armas hubieron los españoles de tomar la Roca; y en metiéndose dentro, hicieron tantas bravezas de sus personas que verdaderamente bien supieron vengar la injuria hecha á su capitán y el peligro que en su vida recibió, por razón que todos los más que estaban en la Roca fueron á sus manos muertos y algunos presos, que debajo de merced se dieron; por manera que así vino la Roca á la devoción de España, y el capitán Alonso de Valladolid con sus seis compañeros puestos en seguro, el cual, según dicho es, muy bien lo habían menester sus vidas y personas.

CAPITULO XC

De cómo el Gran Capitán, queriendo ir sobre Roca Guillerma, una villa fuerte que estaba por el Rey de Francia, envió delante al capitán Diego García de Paredes, para tomar un paso que dicen los Fratres, adonde estaban quinientos franceses entre infantes y caballos, y de lo que sucedió.

Ya se dijo arriba cómo el Gran Capitán salió de Nápoles con todo su ejército y se vino á Pontecorvo, adonde Diego García de Paredes y el Duque de Termes y Próspero Colona estaban con su gente. Pues dice ahora la crónica que como el Gran Capitán llegó á Pontecorvo, estuvo ende cuatro dias dando orden de ir á tomar una villa muy fuerte que estaba por Francia, que se llama Roca Guillerma; y porque, según la execución de aquel negocio, era menester proveer á quitar muchos inconvenientes que había, entre los cuales era el paso de los Fratres, que es un paso muy fuerte por donde de necesidad se había de pasar con el ejército español, adonde en defensa dél estaban quinientos franceses entre caballos y infantes. Por esta razón envió el Gran Capitán adelante á Diego García de Paredes con quinientos infantes para que tomase los Fratres y echase dende los franceses. Diego García de Paredes con aquellos quinientos infantes salió una noche de Pontecorvo á una hora de la noche y no quiso pasar por la puente de la villa por no ser descubierto, sino fuese el río abajo cuanto ocho millas con voluntad de pasar el río con una barca que está frontero de Sant Jorge. Y como Diego García de Paredes llegó con su gente en aquel lugar, serían pasadas cinco horas de la noche y no halló la barca en aquel lugar donde pensó hallarla, adonde solía estar de antes. Era la causa que los franceses que estaban en los Fratres con aquel mismo temor que los españoles pasarían por ella, la habían pasado de la otra parte del río y la habían anegado en el agua en un regolfo que ende hace el río, de manera que no podía subir á lo alto por el grande peso y carga que tenía de piedras. Pero Diego García de Paredes, que toda cosa dificultosa hacía hacer fácil su buena diligencia, luego buscó el remedio para haber de pasar, y buscando por el río hallaron un londre pequeño en que podían caber tres hombres y no más; y Diego García de Paredes tomando el londre juntamente con otros dos de sus compañeros y soldados se metieron dentro y todos tres pasaron de la otra parte del río, y tornando con el mismo londre en cinco veces pasaron quince hombres, y todos quince con harto trabajo pusieron por obra de sacar la barca encima del agua, y tanto hicieron ellos que á pura fuerza de brazos la sacaron á lo seco y la descargaron del peso que tenía de las piedras y luego la lanzaron en el agua, por manera que en veces pasó de la otra parte del río toda la gente que había quedado. Y á esta sazón cuando acabó toda la gente de pasar quería amanecer, y los franceses que estaban en los Fratres, siendo avisados por sus centinelas como españoles habían pasado el río, que les venían á tomar aquel lugar, creyendo que fuese todo el ejército español salieron de los Fratres y fuéronse adonde monsiur de Alegre estaba con el ejército. El cual como supo la venida del Gran Capitán contra él, no osó aguardalle en el campo y por esta razón se partió del Garellano con su ejército y se retrajo en Gaeta. Diego García de Paredes, luego como su gente acabó de pasar, movió de allí y fuese á meter en los Fratres, adonde allegando halló desembarazada la villa de los franceses y supo cómo de temor de su venida se habían aquel día salido. Y por esta razón, metido que fué con su gente en los Fratres, luego lo hizo saber al Gran Capitán, que según dicho es estaba en Pontecorvo; el cual sabiendo lo que había acaecido en

los Fratres, y cómo Diego García de Paredes estaba apoderado en ellos, se movió luego de Pontecorvo llevando la vía de Roca Guillerma, y no fué por la vía que llevó Diego García de Paredes, sino por la misma puente de Pontecorvo se fué el río abajo y llegó aquel día dos millas de Roca Guillerma, adonde estuvo todo lo que quedaba de aquel día y la noche. Los de Roca Guillerma como supieron la venida del Gran Capitán en persona á aquella villa, sabiendo que los franceses habían desamparado los Fratres y viendo el poco remedio que tenían de defenderse, determinaron de se dar al Gran Capitán por el Rey de España, y así en esta manera se lo enviaron á decir. En que el Gran Capitán, sabida la voluntad de los de Roca Guillerma, hubo por bueno de los recibir, según y con las condiciones que ellos demandaron, en que hicieron voto y pleitesía de se mantener por el Rey de España todo el tiempo que la tuviesen, sin hacer de sí algún mudamiento. Pero poco duró aquella gente en su voluntad, por razón que aquel mismo día que se dieron al Gran Capitán les vinieron de socorro cuatrocientos franceses, los cuales vinieron por la parte de la montaña. Y por esta causa los de Roca Guillerma (que muy rebeldes y de poca fe fueron), según abajo se dirá, viéndose favorecidos, se tornaron á rebelar contra el Gran Capitán, no guardando el homenaje y pleitesía que en mano del Gran Capitán aquel día habían hecho. Por esta razón el Gran Capitán, enojado con ver la poca fe de los de Roca Guillerma, propuso de ir contra ellos con toda su gente y de los asolar y meter á fuego y á sangre, como se suele hacer de las villas y lugares que, quebrantando la fe á su Rey y señor, se le muestran claramente contrarios. Finalmente, luego aquella noche el Gran Capitán envió un hombre á Diego García de Paredes, en que le hacía saber cómo Roca Guillerma habiéndose una vez dado por el Rey de España y jurando de se mantener en aquella voz y parte, se había en aquel mismo día venido á rebelar contra España por razón de cierta gente de socorro que del campo francés le había venido, y que por esta razón él tenía determinado de destruir aquel pueblo, por donde cumplía que en todas maneras con la gente que tenía tomase la montaña y que diese por aquella parte el combate al castillo y á la villa, y que él iría por la parte de abajo con toda la gente á se lo dar, y que de esta manera muy en breve creía que Roca Guillerma vendría en su poder. Diego García de Paredes, como fué avisado de lo que había de hacer en aquel caso, partióse á media noche con toda su gente de los Fratres, y tanto anduvieron, que antes que fuese de día allegaron á una montaña, adonde con mucho trabajo todos los españoles subieron, por razón que es la subida de aquella montaña la más áspera que jamás se vido, por cuya aspereza ni los habitantes del castillo ni moradores de las tierras comarcanas, si no es á muy gran necesidad, pocas veces acostumbran subir. Finalmente, como los españoles subieron en lo alto de aquella montaña, hallaron el paso por donde habían de pasar á dar el combate á la villa tomado de los franceses y gente de la villa, los cuales viendo venir á los españoles por la montaña todos se metieron en huída, sin haber muestra de alguna resistencia fuéronse camino de la villa. Pero el capitán Diego García de Paredes como los vido ir ansí de huída, comenzó á muy gran prisa de los seguir con su gente, y verdaderamente si no fuera por la aspereza de la montaña no les quedara hombre á vida. Pero como ellos no supiesen la tierra y por el contrario los enemigos estuviesen en ella tan cursados, sabían bien los atajos, á cuya causa todos se escaparon sin que los hiciesen daño alguno. En esto los españoles pasaron el paso de la montaña y abajáronse por ella hasta se poner hacia la parte del castillo junto á una hermita que está en lo alto sobre la misma villa. El Gran Capitán á esta sazón ya se había movido del aposento y venía con toda su gente, y allegando sobre la villa á la parte de abajo, Diego García de Paredes por la parte de lo alto comenzaron aderezarse para dar el combate á los de Roca Guillerma. Los cuales viendo todo el ejército español sobre sí y que de allí no se les podía seguir sino su total perdición, no siendo bastantes los franceses que les eran allegados de socorro para se poder oponer al Gran Capitán, determinaron de se dar otra vez por España, de manera que de los franceses no les fuese hecho daño ninguno. Y así encubiertamente sacaron por una puerta de la villa á los franceses que dentro estaban, sin que de los españoles fuesen sentidos. Y después que fueron en salvo, los de Roca Guillerma enviaron al Gran Capitán cuatro hombres de los principales á le pedir de

su parte les perdonase por el yerro que contra él habían cometido, excusándose que si al tiempo que los franceses venían en su favor hubiera venido á se meter alguna gente de su parte, ellos se sustentaran en el servicio del Rey de España; pero que como los hallasen tan desamparados del favor de los españoles, no tuvieron atrevimiento de contradecir á los franceses la entrada de la villa; pero que ahora podían hacer lo que fuese su voluntad de ellos, y por eso le enviaban la segunda vez á ofrecer y entregar la villa juntamente con sus personas, las cuales ponían debajo de su amparo y seguridad. El Gran Capitán, aunque estaba en determinación de los asolar y destruir, viendo su colorada excusación tuvo por bien de les perdonar y tomar debajo de su merced, y así se metió con toda la gente dentro y compuso con los de Roca Guillerma muchas cosas para confirmación de su vasallaje, y junto con esto les dejó por gobernador un caballero que se decía Tristán de Acuña con algunos españoles de guarnición, el cual quedó allí con este cargo. Hecho esto, el Gran Capitán se salió de Roca Guillerma para ir sobre Gaeta, según que abajo se dirá.

CAPÍTULO XCI

De cómo D. Diego de Arellano después de haber partido de Nápoles con la orden que el Gran Capitán le dió, fué sobre Luis de Aste, y de lo que con él sucedió.

Contado ha la crónica cómo antes que el Gran Capitán se partiese de Nápoles, según dicho es, despachó al capitán Fabricio Colona y á los Condes de Montoro y de Pópulo, para ir contra la provincia de Abruzo, adonde los Ursinos tenían muchas villas y lugares conformes con la parte del Rey de Francia á quien ellos servían, y que junto con ello envió á D. Diego de Arellano contra un capitán francés que llaman Luis de Aste, que desde una villa que dicen Venosa hacía mucho daño en las villas y lugares de la comarca que tenían la voz y parte de España. Pues dice ahora que siendo D. Diego de Arellano partido de Nápoles con la orden que el Gran Capitán le dió, allegó con su gente á una villa que dicen Repola, primero día del mes de Agosto de mil y quinientos y tres años, y allí en aquella villa recogió de gente española que estaba en la Pulla cien caballos ligeros y quinientos infantes, por manera que ya tenía doscientos caballos con los ciento que él trajo de Nápoles. Y después que hubo recogido aquella gente movióse de aquel lugar y fuese á una villa que dicen Atela, adonde llegó día de la Ascensión de Nuestra Señora, que es á quince días andados del mes de Agosto, y allí estuvo algunos días haciendo correrías y enviando siempre gente contra Venosa, donde según dicho es estaba Luis de Aste. Con estas correrías se hacían muchas presas de ganados y prendieron asimismo alguna gente, de que Luis de Aste mucho se sentía. El cual un día á diez y nueve del dicho mes de Agosto salió de Venosa con toda su gente y con artillería, y fuese á poner tres millas de Atela, y en aquel lugar se quedó emboscado con la gente y envió adelante hasta cien caballos ligeros á correr un casar de griegos que se llama Barina, y los caballos con esta orden se partieron de donde Luis de Aste se quedaba emboscado y allegaron á Barina, adonde los griegos estaban bien descuidados. Finalmente, los caballos franceses se metieron en la tierra y metiéronse todos en saquear los casares; los cuales con la codicia del saco se comenzaron á desmandar los unos de los otros repartiéndose por las casas, robando cuanto ende hallaban. En esto los griegos juntáronse hasta ciento, y viendo el daño que los franceses les hacían, como hombres perdidos arremetieron á ellos; y como los tomaron apartados unos de otros, mataron y hirieron algunos franceses; pero como conocieron el daño que los griegos les hacían, salieron todos de las casas y dieron sobre los griegos por el un lado, por manera que hiriendo y matando algunos griegos, los franceses comenzaron á retirarse no muy vacíos de lo que habían robado, y así mismo llevando una grande cabalgada de ganado que en aquel término pacía, con que comenzaron á ir camino de donde estaba la emboscada. A la sazón que los griegos fueron acometidos, D. Diego de Arellano, que estaba en Atela, fué avisado, el cual con mucha diligencia envió en pos de los franceses al capitán Fernando de Quesada para que alcanzase á los franceses y les quitase lo que llevaban robado de los casares y la cabalgada del ganado. Finalmente, Fernando de Quesada con cien caballos y con trescientos infantes se partió de Atela, y al más andar que llevar pudo comenzó de seguir á los fran-

ceses; pero como llevasen en su seguimiento tan grande prisa hubo la gente de se desordenar corriendo cada uno á todo su poder, por manera que unos se quedaban atrás y otros iban adelante. Los cuales con este desorden llegaron á una villa que se dice Rivacandía, y los franceses al pasar reconocieron el desorden que llevaban los españoles, y por esta razón cuando fué tiempo, Luis de Aste con toda su gente y artillería salió de la emboscada y dió sobre los españoles. Y como estaban unos de otros apartados y sin ningún orden no se pudiendo tan presto recoger, convino morir á las manos de los franceses más de cincuenta de ellos, y fueron presos más de veinte, y todos los demás fueron desbaratados y metidos en huida, salvándose por estar Atela tan cerca que se salvaron en ella. De lo cual fué causa la gran desorden de la gente que en el seguimiento de los franceses iba.

CAPÍTULO XCII

De muchas cosas que entre D. Diego de Arellano y Luis de Aste acaescieron en aquella provincia de Pulla.

Después que el capitán Luis de Aste hubo roto los españoles en lo de Rivacandía, recogióse con su gente á Venosa, que era lugar adonde él tenía su aposento, y un día que eran diez días del mes de Septiembre salió otra vez de Venosa con toda su gente y artillería y fué á poner cerco sobre una villa que dicen Andria, de que en esta crónica asaz mención se ha hecho. Y teniéndola muchos días cercada muy estrechamente, los de Andria no pudieron hacer otra cosa salvo sino darse por el Rey de Francia, y después con toda su gente se metió dentro. D. Diego de Arellano, siendo avisado en cómo Luis de Aste había tomado á Andria, salió de Atela con su gente y fuese á meter en Barleta y en Corata, adonde estaban el capitán Pedro Hernández de Nicuesa y fray Leonardo con trescientos caballos ligeros griegos y españoles. Y como D. Diego de Arellano llegó á Barleta, halló que había ende muy gran falta de pan y otras provisiones, por lo cual luego envió á la Chirinola cincuenta caballos para traer de allí ciertos carros de trigo para sustentación de la gente. El capitán Luis de Aste que estaba en Andria, siendo avisado de lo que los españoles ordenaban hacer, que era recoger el grano que había en la Chirinola y en Barleta, salieron muy secretamente de Andria con toda su gente y con el artillería y vínose á poner al pie del paso en el camino que va de Barleta á la Chirinola, y allí estuvo hasta que los cincuenta caballos llegaron, que habían ido á la Chirinola y dieron la vuelta con el trigo; y como allegaron al lugar donde Luis de Aste estaba esperando, fueron dellos acometidos, por manera que como los franceses eran muchos y los españoles no más de cincuenta caballos, según dicho es, no pudieron sufrir el gran poder con que los franceses muy cruelmente los cargaron, y por esta razón les convino siendo desbaratados dejar en poder de los franceses el trigo, y algunos de ellos asimismo fueron presos. Y con esto Luis de Aste con su gente se comenzó á venir la vía de Andria. Los caballos que se salvaron á muy gran prisa avisaron á D. Diego de Arellano y á Pedro Hernández de Nicuesa, los cuales viendo cómo Luis de Aste llevaba el trigo y que se recogía con ellos á Andria, con muy gran diligencia salieron con quinientos infantes y con trescientos caballos ligeros, y al mayor andar que pudieron fueron en seguimiento de los franceses, á los cuales alcanzaron á una milla de Andria ya pasado el día y entrada la noche cuanto una hora, y dieron sobre la rezaga francesa; y con mucha fortaleza de tal manera se vinieron con los franceses que iban en la rezaga, que los desbarataron á todos y les mataron quince hombres y les tomaron cuatro piezas de artillería, y asimismo todo el trigo que les habían tomado, según dicho es. Y Luis de Aste, que iba en la vanguardia no quiso tornar atrás en favor de la rezaga, antes á muy gran prisa con la gente que recogía (que toda fué desbaratada) se retrajo á Andria, y los españoles se tornaron á Barleta y Corata. En este tiempo habiendo estado Luis de Aste con su gente en Andria seis días, sintió ende muy grande falta de mantenimientos para sustentación de su ejército, y por esta razón, no pudiendo sufrir aquel lugar, convínole salir de Andria y irse con su gente á una otra villa que dicen Visela, adonde había alguna más disposición para se sustentar. Y allegó la nueva de esto al capitán D. Diego de Arellano, que sobre los franceses tenía puestas sus espías; y como supo el movimiento de los franceses y el lugar para donde se aderezaban, con muy gran

diligencia tomó cuatrocientos caballos ligeros y en su compañía á Pedro Hernández de Nicuesa y salieron de Barleta y Corata y fueron en seguimiento de los franceses, á los cuales alcanzaron á dos millas de Visela ciento y cincuenta caballos griegos que se adelantaron de los otros para los detener antes que se metiesen en Visela. Y como allegaron adonde los franceses iban en la rezaga, cargaron sobre ellos y comenzáronles de herir muy fuertemente; pero Luis de Aste que llevaba la vanguardia, como sintió que los de su rezaga habían sido de los españoles acometidos, tornó con la gente de la vanguardia y con el artillería cargada. El cual como allegó cerca de los griegos, mandó descargar el artillería, en que de una pelota murió un griego de los que venían delante, y junto con el tirar cargó sobre ellos sus gentes, de manera que dado caso que los caballeros peleasen una breve pieza, al fin no pudieron sufrir á los franceses, por lo cual todos se metieron en huida, y los franceses se fueron entre los otros caballos que atrás venían, y así se mezclaron los unos con los otros y pelearon un grande rato, adonde hubo heridos de ambas partes y uno muerto de la parte de los españoles, y al fin siendo los españoles desbaratados, lo mejor que pudieron se tornaron á Corata y á Barleta. El capitán Luis de Aste no quiso ir en su alcance, pensando meterse en Visela aquel día; pero no le avino como pensó, porque como los de Visela supieron la venida de franceses contra ellos, cerraron las puertas y pusiéronse en la defensa, y por esta razón puso cerco sobre ella y túvola así cercada una noche y un día; y así por la gran falta que de mantenimientos tenían, no se pudo ende sufrir más tiempo y alzándose de sobre Visela se fué al Rubo, adonde estuvo con su gente algunos días, mediante los cuales D. Diego de Arellano se salió de Barleta y se fué á Bitonto, y de allí franceses y españoles se visitaban con escaramuzas y se hacían todo el daño que podían.

CAPÍTULO XCIII

De cómo Luis de Aste salteó á los españoles por un engaño, en que les hizo harto daño, y de otras cosas que entre los unos y los otros acaescieron.

Luego otro día siguiente, como Luis de Aste vino á Rubo, según dicho es, determinó hacer un engaño á los españoles, con que hizo no poco daño en ellos, y fué que ordenó de hacer en la forma siguiente: Echó fama cuando salió de Rubo que quería ir sobre un lugar que se dice Altamira, y siendo de Altamira cuanto una milla, dejó el camino que llevaba y dió la vuelta sobre Corata, adonde Pedro Hernández de Nicuesa estaba; y siendo á dos millas de Corata, Luis de Aste se metió con su gente en una emboscada con voluntad de esperar allí á los españoles, que por cierto tenía que habían de salir á le acometer creyendo que llevaba el camino de Altamira. Y así fué que siendo avisado D. Diego de Arellano en cómo Luis de Aste iba sobre Altamira con cien caballos ligeros y con trescientos infantes, salieron de Corata y de Bitonto juntamente con Pedro Hernández de Nicuesa, y con esta gente á muy gran prisa dieron tras de Luis de Aste, que llevaba el camino de Altamira, según que se había publicado. Y como los españoles fueron junto á la emboscada adonde los franceses estaban, Luis de Aste con toda su gente se descubrió y dió sobre los españoles con mucha fortaleza. En que los españoles, turbados del asalto que tan de repente se les había hecho, comenzaron de se defender lo mejor que podían, en que murieron veinte hombres, y de la una y de la otra parte fueron muchos heridos. Pero al fin, como los franceses fueran muchos más que no los españoles, cargaron tan de recio sobre ellos que no los pudieron sufrir, por manera que como mejor pudieron se comenzaron á retirar la vía de Corata y de Bitonto, y los franceses los fueron siguiendo hasta los meter casi dentro de la villa. Mataron los franceses en este alcance treinta españoles y hirieron otros muchos. Hecho esto, Luis de Aste se retiró con esta victoria, que muy á su salvo había habido por haber usado aquel engaño; y fué desde allí con su gente á un lugar que dicen Espinazolla, que estaba por el Rey de España, y como allegó puso su gente alrededor y con el artillería puesta por lugares diversos la combatió muchos días hasta tanto que un día metiendo en orden su gente la tomó á fuerza de armas, adonde hizo muy gran daño en los bienes de los moradores de aquella villa, saqueándoles y robándoles todo cuanto tenían. Finalmente, Luis de Aste estuvo en aquella villa tres dias, y á cabo de este término se salió de Espinazolla y se fué á Ve-

nosa. D. Diego de Arellano y Pedro Hernández de Nicuesa y fray Leonardo luego se movieron de Corata y Bitonto y vinieron á una villa que dicen Monarvino, y allí se estuvieron dos días, en fin de los cuales D. Diego se partió de Monarvino y se pasó á otra villa que llaman Labelo, que estaba á cinco millas de Venosa, y allí en Labelo D. Diego de Arellano dejó al capitán Nicuesa y á fray Leonardo con trescientos caballos ligeros, y él con doscientos caballos y con quinientos infantes se partió de Labelo y se fué á Melfa, una villa que es ocho millas de Venosa, que ya estaba por España, después que, según ya dicho es, el Príncipe de Melfa se pasó en Francia. De todas estas villas y lugares, franceses y españoles se hacían todo el daño que podían, habiendo así de una parte como de otra presos, muertos y heridos, y de esta manera se visitaban cada día con escaramuzas. Y entre estos días un día que fueron veintinueve del dicho mes de Septiembre, el capitán Luis de Aste se partió de Venosa siendo de noche y fué sobre Atela, la cual tomó por fuerza de armas, y de ahí fué sobre Repola, y hizo lo mismo; por manera que muchas eran las villas y lugares que este capitán tenía puestas bajo la corona de Francia, y allí en Repola se estuvo algunos días, mediante los cuales españoles y franceses, de unos y otros lugares, se hacían muy cruda guerra. Después de esto Luis de Aste salió de Repola con toda su gente y vino á correr á Melfa, adonde estaba D. Diego de Arellano, y allegó con su gente hasta dentro de los términos; y como D. Diego de Arellano vido á los franceses tan cercanos de sí, salió de Melfa con su gente y dió de recio en los franceses, y tan fuertemente peleó, que murieron veinte franceses y muchos más murieran sino que Luis de Aste, no pudiendo sufrir á los españoles, á la mayor prisa que pudo se comenzó á retirar la vía de Repola, y allí se estuvo aquel día con la noche, y D. Diego de Arellano con su gente se tornó á Melfa. Luego otro día siguiente el capitán Luis de Aste, no se hallando seguro en Repola, se salió de allí y se fué á Venosa, adonde estuvo muchos días, hasta que, según que la crónica dirá, Bartolomé de Alviano lo echó de la provincia. Después de esto el Gran Capitán envió á mandar al capitán Pedro Hernández Nicuesa se fuese con su gente á Taranto y se estuviese allí hasta saber otra cosa; el cual sabida la voluntad del Gran Capitán se movió de Corata y se fué á Taranto. Como el Conde de Condexame supo su venida, salió dende y vínose á Venosa con Luis de Aste.

CAPÍTULO XCIIII

De cómo el capitán Pedro Navarro aderezó de combatir el castillo del Ovo, y de cómo lo tomó y dejó la ciudad de Nápoles limpia de franceses y se fué adonde el Gran Capitán estaba.

Entre todas las cosas que el Gran Capitán ordenó antes que de Nápoles se partiese, según dicho es, fué que dió cargo al capitán Pedro Navarro para que tomase el castillo de Ovo, y dejó en su compañía con el artillería al capitán Diego de Vera. Pues dice ahora la crónica que queriendo el capitán Pedro Navarro dar fin en aquella empresa, aderezó de poner el artillería contra el castillo en la forma siguiente: en el monte de Pitifalcón se pusieron ciertas piezas de artillería, por razón que desde aquel lugar, por ser alto, señoreaban mucho el castillo y con ella se hacía mucho daño. Toda la otra artillería que quedó, se repartió por muchas partes y lugares de donde mayor daño se podía hacer, y después de asentada se comenzó á batir el castillo con tanta fortaleza y tan á menudo que por razón del asiento que tenía, tiraban tan á su gusto que con muy gran daño se podían los franceses asomar á la defensa del castillo. Entre tanto que se batía la gente, que metida estaba en armas, comenzó por otra parte á combatir una casamata que estaba en cabo de la puente de piedra, que está en la mar por donde se va al castillo junto á la timpa del castillo; y trabajando mucho en la presa de aquella casamata no la pudieron al fin tomar hasta que el capitán Pedro Navarro arremetió con cincuenta hombres á la casamata, adonde en la defensa estaba una buena parte de gente francesa. Los cuales defendían la casamata con mucha fortaleza; pero como el artillería que tiraba de Pitifalcón señorease tanto aquel lugar, no consentía á los franceses ponerse tan liberamente á la defensa de aquella casamata. Y en esto el capitán Pedro Navarro con aquellos cincuenta hombres allegó de recio y no dejaron por esto los franceses de defender la casamata, dado caso que de la artillería de

Pitifalcón recibiesen daño, antes hacían en la defensa muchas cosas de gran virtud y fortaleza. Pero el capitán Pedro Navarro hizo tanto con aquella gente por les tomar la casamata, que así por fuerza como por el daño que los franceses recibían del artillería del monte, no pudieron hacer menos de desamparar la casamata y retraerse al castillo, por lo cual los españoles que habían trabajado metiéronse dentro todos como la vieron desamparar de los franceses, y allí estuvieron en guarda de la casamata mucha y muy buena gente española. Después que los españoles fueron apoderados en la casamata, el capitán Pedro Navarro hizo hacer una mina al castillo para derrocar el muro por donde hiciese entrada en él, porque de otra manera, si no era á muy gran daño suyo, no podía meterse dentro por su fortaleza ó si no se acercaba de manera que por falta de bastimentos se diesen. En este caso no se debía diferir la toma del castillo, por razón que de cada día esperaban socorro los franceses que dentro estaban, y cuanto se dilataba, tanto más duda se ponía en la presa dél. Finalmente, según la orden que el capitán Pedro Navarro dió en el hacer de la mina, luego comenzó la gente de picar en el lugar do la mina había de ser hecha, adonde pasó muy grande y pesado trabajo; por razón que como el castillo del Ovo estaba sobre la mar, su edificación sobre una muy fuerte y grande peña de piedra viva, y de esta causa no se podía cavar sino poco y con mucho trabajo. Los franceses que estaban en el castillo, como sintieron el rumor de los picos y vieron que les cavaban aquéllos el muro, salieron de aquel castillo hasta veinte franceses con voluntad de rebotar de aquel lugar á los españoles que picaban la mina, y el capitán Pedro Navarro y el capitán Martín Gómez, que estaban dentro de la obra de la mina solicitando la gente que tenía cargo de cavar, salieron con hasta treinta hombres y arremetieron contra los franceses con grande ímpetu y fortaleza, y así ellos como el artillería que estaba en Pitifalcón, que no cesaba de tirar, hicieron daño en los franceses, en especial una culebrina que entre los otros cañones se descargó, la cual, andando los franceses escaramuzando con los españoles, mató de un camino dos franceses, de que los franceses cobraron miedo, y los españoles con grande ánimo cargaron más de recio sobre ellos, por manera que á golpes de espada los encerraron á todos en el castillo, y llegaron los españoles junto á la puerta por se meter con ellos juntos y revueltos. Pero los franceses que estaban en lo alto, como vieron á los españoles tan cerca de la puerta que forzaban por entrar, comenzaron de arriba de defender la entrada echando mucho fuego artificial y piedras, con que hicieron daño en algunos españoles. En esto el capitán Pedro Navarro hizo retirar su gente alemana y dejó de los seguir más. Tanto se trabajó en el hacer de la mina que en espacio de nueve días hicieron dos hornos bien grandes, los cuales el capitán Pedro Navarro mandó henchir de pólvora, y después cerráronlos con un muy fuerte muro. Hecho esto en esta manera, el capitán Pedro Navarro y los otros capitanes aderezaron la gente para dar la batalla, y metidos los españoles en armas púsose fuego á las minas, cuya fortaleza fué tan grande que derrocó en tierra un pedazo del castillo con una parte de la iglesia que dentro del castillo está; junto con esto mató de su caída muchos franceses, los cuales cayeron á vueltas del muro y á otros mató debajo. Finalmente, los españoles, viendo el muro en tierra, arremetieron y comenzaron de le combatir, y los franceses se defendían en todo su poder; pero como viesen gran parte del muro caído y muchos franceses muertos á esta causa, según dicho es, y junto con esto viesen el daño que el artillería de Pitifalcón les hacía, que apenas y sin muy gran daño suyo no se podían tener ni poner á la defensa de aquel castillo al portillo, que no les llevase á pedazos de vuelo, determinaron de esperar el mejor y más seguro partido con que sus vidas pudiesen amparar, y así, á ejemplo de los otros castillos de la ciudad, determinaron de se dar asimismo á merced, á quien el capitán Pedro Navarro, juntamente con el consentimiento de los otros capitanes españoles, los recibieron dando seguridad en sus vidas, aunque no en sus personas; y así los tomaron en prisión para los llevar al Gran Capitán, de quien, siendo su voluntad, debían de recibir libertad. Luego como el castillo del Ovo se dió al capitán Pedro Navarro, le mandó meter á saco, en que hallaron cosas de muy gran calidad, así en ropas, joyas y dineros como de otras muchas cosas que ende hallaron; y con esto, dejando primero proveído todo lo que convenía acerca de la

defensa de los castillos, el capitán Pedro Navarro con la otra gente que le quedó se partió de Nápoles para donde el Gran Capitán estaba, quedando de ahí adelante la ciudad de Nápoles muy conforme con el Rey Católico de España y la ciudad limpia de franceses, los cuales ya del todo habían sido echados con mucho daño suyo y de sus haciendas, según dicho es; y lo que después de esto sucedió, la crónica lo irá contando cada cosa en su lugar.

CAPÍTULO XCV

De cómo el Gran Capitán se partió de Roca Guillerma con todo su ejército y fué sobre la ciudad de Gaeta, adonde monsiur de Alegre con el ejército francés se había recogido, y de lo que sucedió, y de la muerte de aquel famoso capitán D. Yugo de Cardona.

Después que el capitán Pedro Navarro (según dicho es) hubo tomado el castillo del Ovo y echado de la ciudad de Nápoles los franceses, fuese á Roca Guillerma, adonde estaba el Gran Capitán con el ejército, el cual con voluntad que tenía de dar fin en aquellos negocios del reino, echando de todo punto dél á los franceses, envió desde allí á llamar al capitán Fabricio Colona para que luego con la gente que consigo tenía se viniese donde él estaba, y después de esto tomó parecer con los suyos para se determinar contra qué parte se debían mover con el ejército ó si irían contra Gaeta, donde monsiur de Alegre estaba con el ejército francés hecho fuerte, para conquistarla con otras muchas villas y lugares que en aquella provincia tenían la parte de Francia. Finalmente, después de muchas cosas que ende se alteraron, se determinó ser mejor comenzar aquel negocio por la cabeza y ir sobre la ciudad de Gaeta; por razón que si aquella ciudad se tomaba, todas las otras villas y lugares que tenían la parte de los franceses no podrían hacer otra cosa salvo recibir á los españoles y darse por el Rey de España, según lo habían hecho las otras tierras del reino de Nápoles. En conclusión de todo, quedando en este acuerdo, el Gran Capitán hizo aderezar su gente con el mejor aparejo de artillería y de todas las otras cosas á la guerra convenientes, se partió de Roca Guillerma y por sus jornadas vino á Gaeta, adonde puso la gente en derredor de la ciudad por la parte de la tierra, y tuvo cercada la ciudad muchos días, mediante los cuales se tentó por fuerza de armas de tomar la ciudad, en que así por ser fuerte la ciudad como por ser la gente que dentro estaba toda escogida y buena, que muy bien la sabían defender, no pudo el Gran Capitán de aquella vez entrarla por esta razón, porque el artillería que ende á la sazón tenía, era poca, y para batir la ciudad envió á Nápoles por la artillería de los castillos y la que había quedado en las galeras, de manera que como la artillería fué venida á Gaeta luego la hizo poner en los lugares más necesarios y donde mayor daño se pudiese hacer con ella. Para mayor seguridad del artillería, el Gran Capitán repartió su gente en esta manera: en el jardín adonde se hacía la guardia, frontero de un torreón que sale á la marina, el cual cubre la puerta de la ciudad, mandó estar á Diego García de Paredes con otros capitanes con una parte de la infantería; en otro jardín más alto que estaba á la mano derecha mandó el Gran Capitán estar á Pedro Navarro con otros capitanes con mil y quinientos soldados; en otro jardín que estaba en lo alto un tiro de piedra más atrás de donde Pedro Navarro estaba, mandó estar á los alemanes, y en las otras casas y jardines dende allí atrás mandó estar á toda la otra gente del campo. Por manera que los españoles estaban tan cerca de la ciudad que con una piedra desde el muro ó del monte hasta las estancias del campo español muy fácilmente se allegaba. En otro jardín que está delante de los otros, el Gran Capitán mandó hacer muchos reparos, y en aquel jardín contra el monte hizo asentar mucha artillería de cañones gruesos y culebrinas y falconetes, la cual se asentó por lugares diversos contra el muro del monte, según dicho es. Después que el Gran Capitán hubo repartido su gente y artillería en la forma que dicho tengo, dió orden que el muro se batiese desde uno de los reparos que los franceses tenían hechos con una trinchea fuera del monte, adonde estaban doscientos franceses en guardia, los cuales asimismo tenían mucha artillería repartida por los costados, para que cuando los españoles se llegasen á dar la batalla, les tirasen desde allí y desde los reparos, de que se les pudiese seguir gran daño. Finalmente, desde aquel reparo para abajo hacia la puerta del burgo el Gran Capitán mandó que se diese la batería,

y sin más determinarse los artilleros comenzaron á batir el muro del monte, el cual se batió ocho días continuos, en que murió de una parte y de otra alguna gente. Era tanta la artillería que de ambas partes se descargaba unos contra otros, que verdaderamente parecía que allí estaba junto todo el ejército y rumor del infierno. Los españoles se dieron tanta prisa en batir en aquel lugar desde los bestiones que los franceses tenían fuera del muro abajo hacia la puerta del burgo que los franceses tenian cerrada, la cual está hacia otra puerta del burgo que cae al torreón de la marina, que derribaron por tierra ciento y cincuenta cañas de muro. En esto monsiur de Alegre había hecho hacer dentro del muro muchos reparos, tan grandes y tan fuertes que después del muro caído, según dicho es, quedaron los franceses tan defendidos como de antes. Había nueva en este tiempo que venía á los franceses socorro por mar, el cual enviaba el Rey de Francia con el marqués de Saluces, según abajo se dirá, y por esta razón el Gran Capitán se daba muy grande prisa por tomar la ciudad antes que el socorro llegase á Gaeta; y con esto se determinó dar una batalla en que los españoles, esforzados con un razonamiento y habla del Gran Capitán, añadiendo en su propia virtud mayor corazón y ánimo, deliberaron en sí de morir todos de aquella vez y no vivir con tanto trabajo como en las dilaciones de aquella conquista del reino habían padecido y padecían. Y con esta voluntad, poniendo en aquella batalla el fin de tantas guerras, todos se confesaron, y los que tenían de qué, hicieron sus testamentos y ordenaron sus almas en la forma que todo fiel cristiano debe ordenarla en el término y fin de sus días, porque ésta era la voluntad de los españoles de morir todos en aquella batalla en servicio de su Rey y señor, según que cada uno lo debe hacer. Pues dice la crónica que el Gran Capitán aquel día que se había de dar la batalla á la ciudad por la parte del monte, que era lo más fuerte, hizo meter toda su gente en armas, así á los unos como á los otros, hora y media antes que fuese de día, y lo más secretamente que ser pudo la hizo llegar junto al muro y mandó que Diego García de Paredes y D. Diego de Mendoza y Zamudio y Pizarro y otros capitanes con dos mil soldados diesen la primera batalla, y unto con esto ordenó hasta mil hombres que así por la parte de la marina al burgo como por otras partes al monte hiciesen muchas arremetidas y acometimientos, de manera que los franceses que estaban dentro de la ciudad en la defensa del muro, siendo tantos en número como los españoles, después se repartiesen por partes diversas á defender el muro y no cargasen todos por aquella parte donde el Gran Capitán tenía pensado dar la batalla. Después de esto con toda la otra gente el Gran Capitán tomó la segunda batalla y fuese en pos de aquellos capitanes que para dar la primera batalla estaban ordenados, y púsose así en un jardín cerca del muro, y allí dió á toda la gente este orden: que como se tocase una trompeta como á manera de mudar la guarda, así la gente que para hacer los rebatos estaba ordenada como los que habían de acometer la primera batalla todos arremetiesen al muro y hiciesen lo que debían. De este concierto y orden que el Gran Capitán había dado fueron los franceses avisados, de cuya causa todos en particular estaban bien prevenidos y aparejados á los recibir, por lo cual tenían por diversas partes mucha artillería con otras defensas, como agua hirviente, fuego artificial para echarles, si llegar quiesiesen á darles la batalla, y juntamente disparar el artillería, con que recibiesen los españoles en aquel día gran daño. Estando ya los españoles esperando el son de la trompeta para haber de arremeter, oyóse una voz por todo el ejército, no se determinó ser mortal ó de persona apartada de nuestra conversación y vida, en que dijo: «Dejad la batalla y tornad atrás todas vuestras banderas». Grande temor y admiración puso esta prodigiosa voz, por lo cual, queriendo el Gran Capitán investigar la causa por donde así les era mandado por aquella voz de tornar atrás, bien fué avisado de los grandes aparejos que muy secretamente los franceses tenían aparejados para se defender, así de mucha artillería como de muchas cosas de munición, con que muy gran daño podían hacer á su gente. Y por esta razón, considerando el Gran Capitán que la gente de dentro era tanta como la suya y que tenían muy grandes reparos y otras defensas, donde no se podía seguir sino perder en aquella batalla los mejores de su ejército, determinó por aquella vez dejar la batalla y mandar traer su gente á sus estancias, los cuales como se comenzaron á retirar á la hora, los franceses se

descubrieron de sus asechanzas y comenzaron á una á disparar el artillería, la cual hizo algún daño en los españoles, en especial muriendo en aquel retirar la flor de los capitanes del ejército español, que fué D. Yugo de Cardona, muy valeroso caballero y esforzado capitán, á quien Nuestro Redentor Jesucristo fué servido de llevar para le dar gloria en el cielo, la cual merecía en la tierra. Murió este buen capitán de una pelota que llegó de través. Muy grande dolor y extremado sentimiento causó en el ejército, porque allende de ser extremado en fuerzas y ánimo y ardid de guerra, según que la crónica bien y extensamente ha contado, era afable y de buena conversación, dotado de todo género de virtud. En el ánima sintió su muerte el Gran Capitán, según lo manifestaron las lágrimas que por su muerte derramó. Finalmente, dejando los españoles de dar la batalla por aquel día, retrajéronse á sus estancias, adonde estuvo el Gran Capitán algunos días, mediante los cuales el artillería de los franceses no dejaba de tirar y hacer daño en los nuestros.

CAPÍTULO XCVI

De cómo el Gran Capitán se levantó de sobre Gaeta y se retiró á Mola, y de lo que al retirar le acaeció con los franceses, que con la venida del marqués de Saluzes con el socorro habían cobrado más ánimo y soberbia.

El Gran Capitán después de haber estado sobre la ciudad de Gaeta muchos días, en los cuales los franceses estaban puestos en grande estrecho, que si mucho más estuvieran sin ser socorridos no pasaran de aquella vez sin venir á su poder, viendo el daño que el artillería hacía en su gente y viendo asimismo que cada día esperaban el socorro del Rey de Francia los de la ciudad, determinó de así para excusar su gente de peligro y daño, como para dar orden en qué lugar sería mejor esperar á los franceses, porque por muy averiguado tenía que en les venir socorro los saldrían á buscar, determinó de se retirar á Mola y Castellón, cuatro millas de Gaeta. Y con esta determinación, un día estando los españoles retirando el artillería para se ir á Mola con voluntad de otro día alzar todo el campo de sobre Gaeta, el Marqués de Saluzes allegó en el puerto con una galeaza y cuatro navíos, adonde venían cinco mil infantes, y luego como llegó saltó en tierra para se meter en Gaeta. Otro día siguiente, como el Gran Capitán hubo acabado de tirar el artillería fuera de aquel burgo, mandó caminar la vía de Castellón todo el ejército, en que tomando él la avanguardia encomendó la rezaga del campo á García de Paredes y á Pedro Navarro y al capitán Pizarro y al coronel Villalba con hasta mil y quinientos españoles. Estos capitanes con aquella gente se estuvieron quedos en sus estancias hasta que toda la gente de la avanguardia con el artillería era ya salida del burgo ó arrabal según nuestro romance. En este medio los franceses, viendo cómo los españoles se alzaban, salieron de la ciudad con todas sus banderas, así de gente de armas como de infantería, y pusiéronlas sobre los reparos de la batería que los españoles habían hecho, y con gran prisa, unos por cima de los reparos y otros por la puerta de la marina, salieron con grande ímpetu á dar en la rezaga de los españoles, que ya se habían movido en seguimiento de la otra gente que iba adelante; y lo que mayor daño hacía era el tirar de la artillería, que muy á menudo les tiraban desde las galeras. En esto los franceses que habían salido por la puerta del arrabal, cargaron más de recio sobre los españoles, de que se les hizo gran daño. Diego García de Paredes y los otros capitanes que llevaban la rezaga revolvieron sobre los franceses, y junto con esto los llevaron hasta los meter en la ciudad todos desbaratados. Diego García de Paredes, contento con lo hecho, mandó retirar su gente para que saliese del arrabal, que no les convenía seguir más el alcance, por lo cual al retirar el artillería les hizo mucho daño. Ya el Gran Capitán, que llevaba la avanguardia, con toda su gente y artillería era ya salido del burgo ó arrabal y estaba aposentado fuera en unos jardines que estaban junto á la marina, cabe una iglesia que se dice Santiago, y allí se detuvo toda aquella noche, y luego como fué de día dió orden para se mover de aquel lugar de Mola, y estando para de allí partir fué avisado cómo los franceses habían salido de la ciudad y que estaban esperando en el arrabal para dar sobre la gente del Gran Capitán, encomenzándose á mover de aquel lugar. Y por esta causa el Gran Capitán, temiendo el peligro que

de aquella causa podría recrescer en su gente, determinó de lo remediar como mejor convenía. Y con esto el Gran Capitán se quedó en la misma rezaga con Diego García de Paredes y Pedro Navarro y con los demás capitanes que primero había señalado que quedasen en la rezaga, y con ellos señaló otros quinientos infantes más de la gente que en la rezaga venía primero. Y después de esto hecho el Gran Capitán hizo mover la gente de la vanguardia la vía de Mola. Luego los franceses, viendo mover á los españoles de aquel lugar de la marina, salieron del arrabal con gran furor y dieron en la rezaga con grandísimo corazón y ánimo. Los españoles, como vieron á los franceses contra sí, tornaron atrás y comenzaron de se defender con mucha virtud y corazón, porque mezclándose con los franceses, así de las lanzas como de las ballestas y picas, hacían muy bien conocer sus fuerzas. Por manera que muchos fueron presos y heridos, así de la una parte como de la otra. Andando, pues, en esta manera los unos con los otros revueltos, como los franceses que estaban en la ciudad viesen ir de vencida á los otros franceses que habían salido primero, salieron de socorro quinientos de refresco, los cuales, como venían descansados, cargaron tan recio sobre los españoles que verdaderamente pensó el Gran Capitán perder muchos de los suyos en aquel día, según el grande estrecho en que los tenían puestos. Porque, á la verdad, fué tan grande, que andaban unos tan cerca de otros que se llegaban á herir con las espadas. En este aprieto tan grande Diego García de Paredes y Pedro Navarro arremetieron recio con una parte de gente en aquel lugar que más lo habían menester, y tan recio dieron sobre ellos que en muy breve los desbarataron y los metieron en huida, y siguiéronlos hasta los meter por las puertas del arrabal, y á golpe de espada entraron revueltos con ellos hasta la mitad del arrabal, donde mataron más de ciento y cincuenta franceses, y todavía siguiéndolos con mucho corazón los encerraron por los reparos del monte. En esto el Gran Capitán, viendo que no era tiempo más de seguirlos, hizo señal de se retirar, y recogiéndose todos con mucho concierto se fueron muy alegres la vía de Mola, viendo el daño que aquel día se había hecho sin haber perdido tan solamente un hombre de su parte. El Gran Capitán hizo en esta batalla grandes cosas de su persona, y lo mismo hicieron todos los demás capitanes españoles.

CAPÍTULO XCVII

De cómo estando el Gran Capitán en Castellón, fué avisado cómo de Gaeta salían muchos días franceses á comer uvas de unas viñas que estaban entre Asperlonga y Gaeta, y de cómo envió gente contra ellos, y de lo que hicieron.

Después que el Gran Capitán con todo su ejército vino á Mola y á Castellón, según dicho es, estando no menos solícito en las cosas del reino (siendo como era debajo de su mano) que cuando era en poder de franceses él y su gente recogidos á Barleta, según extensamente la crónica lo ha contado, procuró junto con esto deshacer á los franceses y echarlos del todo del reino de Nápoles, los cuales aun no tenían perdida la esperanza de se tornar á poder en él, fué avisado cómo los más días los franceses salían en cuadrilla de Gaeta á comer uvas de las viñas que estaban entre Asperlonga y Gaeta; y con mucho descuido de sus personas y no menor desconcierto que en la orden de la guerra se debe guardar, andaban comiendo de viña en viña unos de otros apartados. El Gran Capitán por esta razón, viendo el daño que se les podría hacer, que no sería menor que aquel que el año pasado se les hizo en la misma manera cuando estaban sobre la villa de Barleta en la puente de Losanto, adonde fueron muertos y heridos muchos franceses, envió al capitán Pizarro y á Tristán de Huarte y al coronel Villalba con doscientos hombres de armas, para que con aquella gente, informados del paso por donde salían, se pusiesen allí y los esperasen hasta que saliesen. Los sobredichos capitanes y gente española con aquel mando de su capitán se partieron de Castellón y viniéronse á poner en el mismo paso, encubiertos, por donde los franceses acostumbraban venir. Y como llegaron en aquel lugar los españoles se emboscaron en un valle que está entre las viñas y la marina, y porque por falta de diligencia no viniese aquel negocio á ruin fin pusieron en diversas partes centinelas para descubrir los franceses cuando viniesen. Pues estando los españoles en esta espera, vieron venir por el camino de Gaeta hasta doscientos france-

ses, y venían desordenados metiéndose por las viñas cogiendo de las uvas de todas aquellas heredades. Como los españoles los vieron venir, no poco alegres, estuviéronse quedos hasta que llegasen á se meter en las otras viñas que estaban más cercanas adonde ellos estaban. Finalmente, los franceses allegaron en aquel lugar y con muy gran desorden y desconcierto se comenzaron á meter dentro en las viñas y desmandarse unos de otros con mucho descuido de sí. En esto los españoles, que no poco deseo tenían de los acometer y destruir, cuando les pareció ser tiempo, saltaron de la emboscada y dieron sobre los franceses, los cuales como se viesen salteados cobraron gran temor, por razón que según estaban unos de otros divididos no se pudieron así fácilmente favorecer y recoger, y de su desconcierto fué causa que estaban bien seguros de los enemigos; de cuya causa viendo suceder lo contrario, cada uno lo mejor que podía procuraba de se poner en salvo con huir. Pero muy poco les aprovechó, por razón que los españoles hicieron en tanto aquel día, que antes que los franceses se pudiesen poner en salvo, los mataron y prendieron á todos, que no escaparon de ellos sino diez hombres, y con esta victoria los españoles viendo que no les quedaba otra cosa que hacer y considerando que los diez franceses que se escaparon podrían dar aviso á los que estaban en Gaeta y lo que les había acaecido, determinaron de se tornar á Castellón á gran prisa antes que los franceses que estaban en Gaeta los saliesen á acometer.

CAPÍTULO XCVIII

De cómo los de Roca Guillerma se tornaron á rebelar por Francia, y del socorro que el Marqués de Saluces les envió, y de lo que el Gran Capitán hizo en aquel caso.

Pasando estas cosas entre franceses y españoles, según que la crónica ha contado, los de Roca Guillerma, que era una de las rebeldes villas y la más fuerte de aquella provincia, habiéndolos el Gran Capitán reducido por dos veces al servicio de los Reyes Católicos de España, y en aquella voluntad los dejó cuando vino á Gaeta, según que dicho es, como supieron el gran socorro que el Rey de Francia había enviado á los franceses que estaban en Gaeta, y que venía por General un muy buen caballero, que era el Marqués de Saluces; viendo asimismo que el Gran Capitán y su ejército estaba algo lejos y apartado de Roca Guillerma, y que por esta razón no vendría así de presto á su noticia lo que por ellos acerca de su rebelión se ordenaba hacer, determinaron dar aviso al Marqués de Saluces, en que le hicieron saber con dos principales de la villa cómo ellos estaban en voluntad de se tornar á la parte del Rey de Francia, y que en aquello mismo habían estado, dado caso que al presente se habían mostrado de la parte de España, lo cual había sido por fuerza más que no de voluntad; pero que si él era servido de tener aquella villa en nombre del Rey de Francia, á quien ellos se inclinaban con deseo que tenían de le servir, que les enviase gente la que menester fuese de socorro, que ellos prometían de se levantar contra España y echar dende á su gobernador. Esta embajada fué hecha con mucho secreto, por razón que no viniese á oídos del gobernador, que era, según dicho es, Tristán de Acuña, á quien el Gran Capitán cuando se partió para Gaeta había dado la gobernación y tenencia de aquella villa, y había dejado asimismo con su persona cierta gente en guarda. El Marqués de Saluces, como supo la voluntad de los de Roca Guillerma, hubo consejo de lo que sobre aquel caso debía hacer, en el cual de las personas que bien sabían la disposición de la villa y el provecho que redundaba si á la parte de su Rey fuese reducida, fué aconsejado la socorriese. En esta determinación quedó por razón que se pensó que siendo aquella villa la más fuerte de aquella provincia, y viniendo en el poder de los franceses, lo mismo harían todas las demás de aquella comarca, y con este acuerdo y buen parecer el Marqués de Saluces envió un capitán, dicho por nombre Famillo, con cuatrocientos infantes para que se metiese en Roca Guillerma y defendiese aquella villa de los españoles, si quisiesen venir sobre ella, como otras veces lo habían hecho. El capitán Famillo con la sobredicha gente francesa con la orden del Marqués de Saluces se partió de Gaeta y vino á Roca Guillerma por la parte de la montaña hasta cerca de la roca. Después que los de la Roca Guillerma fueron avisados del socorro que les venía de Gaeta, y que ya estaban los franceses bien cerca de la roca, determinaron de

prender al gobernador Tristán de Acuña y á su gente, por razón que más fácilmente se concluyese la entrada de los franceses. Y con esta voluntad, estando el gobernador Tristán de Acuña aquel día, que era por la mañana, en la iglesia en misa con todos los más de los españoles que estaban en la villa, juntáronse todos y con mano armada se metieron en la iglesia y prendieron al gobernador y á todos los suyos, que bien seguros estaban de traición, y luego comenzaron á apellidar el nombre de Francia, y de poner por los muros la bandera del Rey de Francia. En este tiempo llegaban ya los franceses á la villa, y metidos dentro fueron avisados cómo el gobernador estaba ya en prisión, y que algunos españoles que no se habían hallado con él en la iglesia á la sazón que le prendieron se habían recogido á la roca, atento lo cual hallaban los franceses serles conveniente, pues los españoles se habían hecho fuertes en la roca, de darles la batalla, porque por cosa grave tenían ser la villa en su poder y la roca que era la mayor fuerza estar en poder de los españoles; y así con mucha diligencia antes que del Gran Capitán fuesen socorridos, procuraron de los tomar. Eran los españoles que se habían recogido á la roca siete soldados, porque todos los demás habían sido juntamente con el gobernador presos, según dicho es, y de éstos eligieron entre sí uno que de lo que había acaecido en Roca Guillerma fuese á dar aviso al Gran Capitán, para que vista su necesidad les enviase socorro de gente, de manera que aquella villa se tornase á cobrar y fuesen castigados los autores de aquella traición, y quedaron en la roca sólo seis hombres. Los franceses con muy gran diligencia comenzaron á combatir la roca, y los españoles, teniéndose por perdidos, quisieron antes vender bien caras sus vidas que dar la roca á los franceses, esperando que primero serían socorridos que los franceses la sacasen de su poder. Y con esto todo aquel día se defendieron con mucha fortaleza, y hicieron tales cosas que los franceses no les pudieron entrar de aquella vez ni tomarles la roca como ellos lo pensaron, y dejando por aquel día el combate se retiraron á sus estancias. El Gran Capitán, como fué avisado de la maldad y traición que los de Roca Guillerma habían contra el Rey su señor y voto que tenían hecho cometido, con prisión de su gobernador y de toda la otra gente que consigo tenía, y viendo el estrecho en que aquellos seis españoles que estaban en la roca retraídos quedaban, determinó de le ir á socorrer con mucha diligencia, y para esto envió á muy gran prisa al capitán Pedro Navarro y al capitán Zamudio con ochocientos hombres para que se metiesen en la roca de la villa de Roca Guillerma, y de ahí procurasen de tomar la villa y castigar malamente á los que fueron principalmente en aquella traición y levantamiento. Y con esta orden los sobredichos capitanes y gente española se partieron de Castellón, adonde quedaba el Gran Capitán, un domingo á hora de medio día, y caminaron á gran prisa la vía de Roca Guillerma; y siendo á puesta de sol allegaron á la montaña adonde la roca estaba, y allí en la montaña se estuvieron quedos toda la noche recogiendo la gente, que la más de ella, por ser áspera la montaña de subir, se había quedado rezagada. Aquel mismo día que los españoles salieron de Castellón en socorro de la roca, según dicho es, el Marqués de Saluces fué avisado cómo el Gran Capitán los enviaba, y por esta razón con mucha diligencia envió al capitán Casanova con mil y quinientos infantes para rehacer la otra gente francesa que estaba en Roca Guillerma y para tomar á los españoles que eran idos de socorro á la roca. El Gran Capitán (que por sus espías no pasaba cosa en el campo francés de dentro ni de fuera que de todo no fuese avisado) supo cómo el Marqués de Saluces enviaba de nuevo aquella gente que él de primero había enviado más socorro, por lo cual lo más presto que pudo dió orden cómo se les diese un mal rebato antes que llegasen á Roca Guillerma en favor de los otros, y fué determinado en esta manera: que Diego García de Paredes fuese en pos de ellos con quinientos hombres, y que los esperase entre Trento y Castellón, por donde necesariamente aquella gente francesa había de pasar, y que allí los acometiesen y hiciesen según convenía y el tiempo y la razón les mostrase. Diego García de Paredes con aquesta orden que el Gran Capitán le dió, se partió con aquella gente de Castellón á hora y media de la noche y allegó al paso, que era en un bosque muy espeso, y púsose en una celada, dejando primero sus centinelas en aquellos lugares donde más convenía para que descubriendo á los franceses le avisasen de su ve-

nida. En esto los franceses, que todo lo que había quedado del día con parte de la noche no habían dejado de caminar, siendo ya pasada la media noche, viniendo por el camino muy descuidados de lo que sucedió, como allegaron al paso donde Diego García de Paredes estaba esperándolos con su gente, sin que sintiesen cosa alguna, pasaron su camino adelante, y los españoles como conocieron ser tiempo descubriéronse de su emboscada, y con grande ímpetu y fortaleza dieron sobre ellos, y pelearon tan reciamente con los franceses que en muy breve espacio los desbarataron todos y mataron y prendieron todos los más de ellos. Los que pudieron escapar recogiéronse todos con el capitán Casanova, que fueron hasta doscientos ballesteros, el cual con aquella gente se escondió en aquellas montañas hasta que pasó toda la noche, y atinando el camino que iba á Gaeta vinieron á otro lugar que es en aquella comarca, llamado Itro, y allí se detuvieron á hacer colación y á beber, que era por la mañana. Y estando bebiendo y teniendo más en memoria lo presente que no lo que les había acaecido la noche pasada con los españoles, estando así muy descuidados fueron en Itro todos ellos presos de los mismos de aquel lugar; los cuales sabiendo que iban rotos, se juntaron todos los de Itro y los tomaron en prisión, sin que les fuese dado lugar, y así presos viniendo Diego García de Paredes á Itro se los entregaron á todos; el cual con los prisioneros y con la gente que había sido muerta y herida en aquella noche antes, según dicho es, se tornó á Castellón sin perder tan solamente un hombre de los suyos. El capitán Pedro Navarro y el capitán Zamudio, que toda aquella noche habían estado en Roca Guillerma, á cuatro horas del día, estando los franceses dando el combate á la roca, abajaron de la montaña abajo con muy buena orden y hiciéronse ver de los franceses; y los franceses como vieron venir los españoles á más andar, dejaron de dar la batalla y todos juntos sin más ende esperar se salieron de Roca Guillerma y fuéronse la vía de Ponte Corvo. En esto el capitán Pedro Navarro llegó con su gente á Roca Guillerma, y como vido desocupada la villa metióse dentro, adonde supo cómo los franceses se habían de allí salido y se iban á más andar la vía de Ponte Corvo. En esto el capitán Pedro Navarro, dejando ende toda su gente con el capitán Zamudio, con otra parte de su gente salió de Roca Guillerma en seguimiento de los franceses, y tanto anduvo que alcanzó hasta ciento de los que se habían tardado algo más, y dando en ellos mató y prendió los más de ellos, y los otros que se escaparon por la aspereza de la tierra se pudieron salvar aunque con mucho trabajo y peligro de sus vidas. El capitán Pedro Navarro, dejando de seguir los demás, se tornó á Roca Guillerma, adonde haciendo saquear la villa y juntamente haciendo justicia de aquellos que fueron autores de aquel levantamiento y traición, dejó la villa más domada y castigada que no lo era de antes, y quedando todo á buen recado de gente y de las otras cosas necesarias, se tornó á Castellón, donde el Gran Capitán estaba.

CAPÍTULO XCIX

De cómo el Rey de Francia hizo un muy buen ejército de gente contra el castillo de Salsás, y de cómo en gracia suya los principales de Italia hicieron otro ejército en socorro de Gaeta.

Contado ha la crónica cómo el Rey de Francia envió al Marqués de Saluzes con cinco mil hombres de guerra en socorro de Gaeta, adonde el capitán monsiur de Alegre se había recogido con la gente de la rota de la Chirinola que pudo haber, y asimismo de aquellos que en su socorro y en servicio del Rey de Francia habían venido á ayudar, según que bien extensamente se ha en lo de arriba dicho. Pues dice la crónica, que no contento el Rey de Francia con esto, procuró por una ó otra parte el daño de los españoles, y no mirando los varios casos de fortuna y cuán contrario le había sido muchas veces en la conquista de aquel reino de Nápoles, adonde allende de sesenta y más recuentros que habían habido los franceses con los españoles, en los cuales casi siempre habían perdido lo mejor, según que en el proceso de esta crónica se ha dicho, señaladamente en aquellas dos famosísimas batallas de la Chirinola en la Pulla y de Semenara en la Calabria, adonde perdido todo el ejército fueron rotos y muertos más de mil y quinientos franceses, siendo asimismo muerto su Capitán general y Visorrey de Nápoles monsiur de Nemos, con otros muchos nobles

capitanes franceses, quiso poner en aventura su condición mostrando su grandeza y constancia de ánimo en resistir los adversos y contrarios casos de la fortuna y no tener en nada su sér. Y por esta razón, confiando en la fortaleza de su gente, quiso porfiar en la presa de aquel reino de Nápoles, enviando á los Príncipes de Italia favoreciesen con gente contra aquel reino de Nápoles, pues conocía la necesidad que tenía de su ayuda y socorro; los cuales estaban en aquella misma voluntad según se dirá, porque con el Duque de Mantua D. Francisco Gonzaga envió veinte mil hombres de guerra y otros muchos aparejos de guerra. Por esto lo dejará ahora la crónica para su tiempo, por contar lo que en España sobre el castillo de Salsás acaeció, aunque parece cosa impertinente entremeter casos extraordinarios y romper á esta causa la continuación de la crónica, decirse ha por razón que en este mismo tiempo la guerra fué fundada por una misma persona, que fué el Rey Luis de Francia. El cual en todas las maneras que podía, procuraba dañar al Rey de España, y así lo quiso hacer según que en este capítulo se trata. Dice pues la crónica que en aquel mismo año que su ejército fué destruído en la Chirinola, el Rey de Francia, que de grande ánimo era, allende de haber enviado al socorro de Gaeta al Marqués de Saluzes con la gente que tengo dicho, hizo hacer otro ejército contra el castillo de Salsás, que es en la frontera de Francia del Rey de España junto á tres leguas de Perpiñán. Venían en este ejercito diez mil infantes y mil hombres de armas y dos mil caballos ligeros y mucha y muy buena artillería, adonde venía por general el mariscal de Bretaña. Este caballero con la sobredicha gente del Rey de Francia se vino camino de Salsás para tomar aquel castillo, que era la cosa más fuerte de toda aquella frontera, y con determinación de en tomando aquel castillo irse por Cataluña adelante la vía de Perpiñán y tomar asimismo todas las tierras que pudiese del Rey de España. Estaba en el castillo de Salsás á la sazón en la tenencia y en guarnición un caballero castellano dicho por nombre D. Sancho de Castilla, el cual tenía consigo é guarda de aquel castillo quinientos hombres de guerra. Finalmente, el mariscal de Bretaña vino por sus jornadas á poner cerco sobre aquel castillo de Salsás, y allegó ende con toda su gente, y luego con mucha diligencia dió orden en lo que convenía á la expugnación del castillo. Pasó su ejército detrás de un cerro, adonde antiguamente solía estar la villa de Salsás, y desde allí en derredor del castillo repartió por sus estancias toda la infantería. A la parte de Perpiñán, en aquel llano, puso toda la más gente de armas y caballos ligeros, y contra el castillo por diversas partes asentó mucha artillería, y en un monte que está sobre el castillo, á la parte de la montaña que sojuzga mucho el castillo, puso siete piezas de artillería, y en el mismo monte puso hasta mil y quinientos hombres, y junto con esto mandó hacer en derredor del castillo muchas trincheas y reparos, por razón que la gente que viniese allí pudiese andar cubierta sin recibir daño del artillería del castillo y se pudiesen amparar y defender de ella. Repartido, pues, su gente, el mariscal de Bretaña en la forma sobredicha, luego con muy gran diligencia comenzó á batir el castillo por todas partes, y fué tan grande y recia la batería, que aunque el muro era en cuantidad grueso, no dejó de recibir gran daño, por razón que era de poco tiempo fabricado y con la continua batería fué derribado en el suelo un gran pedazo dél, en especial de las defensas de lo alto; porque como la artillería estaba en lo alto del monte batióle tan á su pie el castillo y teníale tan sojuzgado, que aun la gente de dentro no podían asomarse ni poner á la defensa dél sin recibir gran daño de ella. En este medio los franceses que estaban puestos con cargo de hacer las trincheas en rededor del castillo, porque encubiertos más sin peligro llegasen al combate, no cesaban de día ni de noche de trabajar en ellas, por manera que con el continuo trabajo las tenían ya llegadas hasta bien cerca del foso, y allí asentaron mucha artillería contra el castillo por los lugares que mejor les pareció, y con ella se comenzó de nuevo á batir el castillo por la parte de abajo. Los españoles como eran pocos, no se podían ocupar en defender en tantos lugares; por esta razón, viendo la recia batería que contra aquella parte del castillo descargaba y no pudiendo sin mucho trabajo y peligro de sus vidas ponerse en defensa del foso, que por aquel lugar era más aquejado el castillo, determinaron todos de le desamparar, y así se retrajeron á un torreón grueso que estaba en el mismo foso, y allí se hicieron fuertes y defendían el foso desde aquel lugar, según mejor podían.

Los franceses viendo desamparadas de los españoles las defensas, arremetieron recio y apoderáronse en él, y desde allí comenzaron á pelear de nuevo con los españoles que se habían hecho fuertes en el torreón. Estaba este torreón á la parte de Perpiñán y salían á él del cuerpo del castillo con una puente levadiza que caía encima del foso, de que los franceses se habían apoderado; por manera que según eran los franceses muchos y la batería mejor y más fuerte que antes, temieron los españoles que no dejaría de venir aquel torreón á poder de los franceses. Y por esta razón determinaron de les hacer un engaño con que les hiciesen mucho daño, y ordenáronse en esta forma: que dado caso que el torreón se pudiese defender por ellos por razón de estar apartado del cuerpo del castillo, según la fuerza con que eran combatidos, hicieron vista de lo querer defender. Con esta demostración á muy gran prisa y no con menor diligencia y secreto hincheron el torreón de barriles de pólvora y cerraron ende todos los lugares por donde la fortaleza de la pólvora podía espirar, porque su voluntad era que por aquel arte y ingenio cayese el torreón sobre los franceses que estaban en el foso y pugnaban de lo tomar. Nunca en este medio los franceses dejaron de batir el torreón con el artillería, en que hicieron algún daño, y después cuando les pareció tiempo le dieron la batalla, poniendo todo su poder y fuerzas por tomar el torreón. Pero los españoles, que ya habían hecho lo que convenía para que el torreón cayese según dicho es, dejándole en buena disposición sin que quedase lugar abierto sino el cebadero por donde el fuego entrase á los barriles, comenzáronse todos á salir del torreón como que le desamparaban y huían todos por la puente adelante al cuerpo del castillo. En esto los franceses, muy alegres viendo desamparar el torreón, de recio subieron más de quinientos franceses con voluntad de se meter á vueltas con los españoles en el castillo por la puente levadiza. Pero de otra manera sucedió, porque viendo los españoles que era tiempo de poner por la obra el engaño que á los franceses tenían urdido, pusieron fuego en las botas, y fué tan grande la fuerza del ingenio, que cayó todo el torreón en el suelo y mató de la caída más de trescientos franceses de los que se habían apresurado á subir, y los demás que les seguían, como vieron el engaño de los españoles, retiráronse afuera faltándoles la esperanza que de tomar el castillo de aquella vez tenían. Los cuales no poco indignados por la muerte de los suyos, que á causa de aquel engaño fueron muertos, según dicho es más de trescientos, para más presto tomar el castillo apresuraron la batería por todas partes, haciendo muy gran daño en la muralla así por la parte del foso como por la parte del monte, en que se hacía daño en las defensas de lo alto. Estaba á esta sazón el Duque de Alba en Perpiñán, que era general del ejército español, el cual viendo el estrecho en que el castillo estaba, recogió lo más presto que pudo todos los caballos ligeros y hombres de armas qne en aquella comarca estaban aposentados y dió asimismo aviso á los Reyes Católicos, diciéndoles lo que pasaba sobre el castillo de Salsás y la necesidad que tenían de ser socorridos, y que este socorro él no lo podía dar cumplidamente según convenía, por razón que el ejército francés era muy pujante y él no tenía allí sino unos pocos de caballos ligeros y hombres de armas en guarnición de aquella ciudad, con los cuales si Sus Altezas enviaban con brevedad gente, él se ternía con ellos dándoles algunos sinsabores de noche y de día. Lo cual el Duque de Alba trabajó por su parte de hacer, por razón que los del castillo de Salsás, viendo su favor se sostendrían de mejor voluntad, y así él los avisó diciendo que muy presto sería el socorro de Castilla, porque él había ya hecho saber á los Reyes Católicos el estrecho que tenía el castillo. Y junto con esto de noche salía el Duque de Perpiñán, con la gente de armas y caballos ligeros y daba algunos asaltos á los franceses por la parte de lo llano que es contra Perpiñán, de que hacía algún daño en ellos. En este medio los franceses por aquella parte de la montaña que más sojuzgaba el castillo pusieron toda la más de la artillería, la cual se juntó á una boca del raso y desde allí comenzaron de nuevo á batir el castillo con mucha fortaleza, y tan reciamente le batieron que echaron por el suelo un gran pedazo del muro, y junto con esto hicieron muchos pertrechos con voluntad de cortar la tela del muro, porque de lo alto no hiciesen daño con piedras y con otros ingenios á los cortadores. Y hechos los pertrechos luego se comenzó á cortar el muro por abajo, y como iban cortando el muro ponían muy fuertes reparos por que se sus-

tentase y no cayese sino todo junto. Pero los españoles tanto trabajaron en la defensión del castillo, que matando é hiriendo muchos franceses los rebotaron muchas veces del foso, pero los franceses pugnaron tanto de derribar el muro que con mucho trabajo derrocaron un pedazo de la tela. A esta causa los españoles fueron puestos en muy extrema necesidad, y sin duda ninguna se tomara el castillo si no los socorriera Nuestro Señor con la venida del Rey D. Fernando, el cual siendo avisado el estrecho en que su castillo de Salsás estaba y viendo el gran daño que viniendo aquel castillo en poder de franceses se le seguiría en su reino de Cataluña, por ser aquel castillo la llave de todo él, á muy gran prisa se aderezó para venir en su socorro, y de esta manera hizo hacer muy buena gente y se vino la vía de Perpiñán, adonde junto con el Duque de Alba ambos dieron orden de ir en el socorro del castillo. Los franceses como fueron avisados que el Rey de España venía en persona sobre ellos en favor del castillo no osaron esperar, antes dejando asaz mal parado el castillo y á punto de le tomar se levantaron de allí, enviando primero adelante á todos los enfermos y heridos y á todo el carruaje y artillería gruesa; y toda la más gente con el artillería de campo quedó en la retaguardia con el capitán general, y á gran prisa comenzaron á caminar la vía de Narbona. Y el Rey de España y el Duque de Alba con toda su gente allegaron á Salsás, y como vieron á los franceses que se habían levantado, aguijaron en pos de ellos y fuéronlos siguiendo hasta la ciudad de Narbona, adonde los franceses se retiraron. Y como no los alcanzaron, á la vuelta tomaron un lugar que dicen la Cota, con otros dos ó tres lugares comarcanos, y con esto se tornó el Rey de España á Salsás, dejando los sobredichos lugares saqueados y mal parados. Y llegando á Salsás luego mandó de nuevo hacer lo que los franceses habían deshecho con el artillería y con otros ingenios, según dicho es, y hizo reparar todas las defensas, por manera que en no mucho tiempo quedó el castillo bien, más fuerte que de antes; y después de esto, dejando ende la gente que le pareció en guarnición, se vino á Perpiñán y allí dejó asimismo más gente, según que de antes estaba, y dejando todo lo que dicho es en mucha orden, se vino á Barcelona.

CAPÍTULO C

De la muerte del Papa Alejandro sexto, y de la creación que los Cardenales hicieron en su lugar, y de otras cosas que acaecieron en Roma, siendo de ellas autor el Duque Valentino.

Pasadas estas cosas en España, según dicho es, como las cosas de este mundo no sean permanecederas en un estado y esta vida no sea más que un poco de viento, esperándose el fin de ella cuando más olvidados de morir estamos, acaeció que estando el Papa Alejandro sexto y su hijo el Duque Valentino juntamente con el Cardenal Adriano cenando una noche en el palacio del Belveder en el Vaticano, fueron atosigados sin se saber el autor de aquel maleficio. Por manera que como el Pontífice fuese viejo, no tuvo virtud para resistir la fuerza del veneno, y así sin le aprovechar ninguno de los remedios que se le hicieron murió en breve. El Duque Valentino, como era mancebo, siéndole hechos con muy gran diligencia remedios, recibió salud, aunque quedó tan deshecho en sus miembros que de ninguno de ellos se podía aprovechar ni ayudar. Y lo mismo acaeció del Cardenal Adriano, el cual como fuese mancebo, tuvo virtud para deshechar con buena cura la fortaleza del veneno. El Duque Valentino, luego como murió el Pontífice, recogió todo el tesoro que su padre dejó, y junto con esto se estuvo en el Vaticano con doce mil hombres de guerra, y dende allí, dado caso que se estuviese enfermo, no dejó de entender con los Cardenales en la creación del nuevo Pastor, por razón que su voluntad era que criasen por Pontífice al Cardenal de Ruán, al cual luego que el Papa Alejandro sexto fué muerto, el Rey de Francia lo envió á Roma; y esto hizo y procuró con mucha instancia, por razón que siendo aquel Cardenal Pontífice, las cosas del reino de Nápoles se harían de ahí adelante más salvamente y con más prosperidad de su parte. Y pues hace tanta memoria la crónica de Cesaro Borja, hijo del Papa Alejandro, bien será decir su nacimiento, costumbres, vida y muerte, como por auténticos y aprobados escritores se halla. Y es así: que fué el Duque Cesaro Borja hijo de una señora de los de Vañoti romana, en lo demás mujer honrada, la cual yo conocí.

Después de ya crecido, por diligencia de su padre, Cardenal poderoso y rico, fué enviado al estudio á Pisa, adonde entonces florecían los estudios de las buenas letras. Aquí aprovechó mucho, tanto que con ingenio ardiente, propuestas algunas cuestiones en derecho civil y canónico, las disputó doctamente. El padre, alegrándose grandemente de la esperanza que tenía de este mozo, después que con el favor de la fortuna fué creado Papa, hizo Cardenal á Cesaro Borja, porque quería á D. Francisco Borja su hijo el mayor para Duque de Gandía y para levantar la familia y gozar de las riquezas y el estado. Pero Cesaro, pareciéndole la dignidad del capelo inferior á la grandeza de su ánimo y esperanza, una noche hizo ahogar á su hermano el Duque de Gandía (con el cual había cenado con grande regocijo) y echado en el Tiber á la ajuga del campo Marcio, donde buscándole dos días los pescadores lo sacaron. Por lo cual no muchos días después renunció Cesaro el capelo y puesto el vestido de soldado fué hecho Príncipe y capitán de la gente, quedando el padre grandemente atribulado por la crueldad y grande traición. Pero pues el Duque de Gandía no había de resucitar, le perdonó con grande amor todas sus culpas. Poco tiempo después, considerando el Papa con el Rey Luis de Francia á la ruina de toda Italia, con la autoridad del Rey Luis, hubo por mujer á Carlota de la Brit, parienta del Rey don Juan de Navarra. Tras este concierto comenzó Cesaro á descubrir sus designios, y con ánimo desordenado y cruel aspiraba á la señoría de una gran parte de Italia, con tan grande codicia, que en sus banderas puso este título: *Aut Cesar, aut nihil*, como que no deseaba cosas medianas; donde ante todas cosas determinó acabar á los señores Ursinos y Coloneses, después que en valde hubo entre ellos mantenido un poco de tiempo la guerra, á fin que la una parte y la otra con las armas se arruinasen. Ellos después de estas guerras civiles (entendidos los engaños de Borja) hicieron paces y ayuntáronse en una voluntad. Los Coloneses, no hallando mejor camino para seguridad, dejaron al Borja sus tierras. Los Ursinos, mantenidos con el sueldo y estando con sospecha de la fe del tirano, fueron casi todos cruelísimamente muertos. El Cardenal Bautista Ursino, en el castillo de Sant Angelo, previno la muerte á sus parientes, habiendo sido de la misma muerte muertos Vitelloci, de la ciudad de Castella, y Oliveroto de Fermo, en Senegalia, y en el condado de Perosa á Pablo Ursino, hijo del Cardenal Latino, y Francisco Ursino, Duque de Gravina, y á los señores de casa Gaetana, los cuales poseían la tierra de Sermoneta en campaña de Roma junto á Piperno. Jacobo Nicolao y Bernardino, muertos por diversas vías, dejaron las fortalezas y los estados al Borja; los señores de Camerino, de antigua nobleza, Julio César, Venancio, Aníbal y Pirro, fueron despojados del principado y fueron ahogados. Astor Manfredo, señor de Faenza, rendido sobre la fe, fué cruelmente muerto y echado en el Tíber. Catalina Esforza, señora de Forli y de Imola, combatida con el artillería, fué presa y llevada á Roma como en triunfo. Pandolfo Malatesta, Juan Esforza y Guido Ubaldo de Monte Feltro quisieron más presto huyendo dejalle sus ciudades á Ariminio, Pesaro, Urbino, que ser muertos. Jacobo Apiano dejó asimismo al insolente la tierra de Poblín en Toscana. Y mientras que con este sangriento suceso ocupaba los estados ajenos, hizo matar á un mozo de la casa de Aragón, Príncipe de Beselí, hijo del Rey D. Alonso, y lo que más me afrento de decir, que era marido de Lucrecia, su hermana, hiriéndole andándose paseando por la lonja de Sant Pedro. Y porque se tenía alguna esperanza de poder sanar de las heridas, lo hizo matar en su cámara y en la cama de su misma hermana. Había atosigado al mozo Cardenal Borja porque favorecía al Duque de Gandía. Mató cruelmente volviendo una noche de cenar á D. Juan de Cervellón, hombre noble en la guerra y en la paz, porque severamente guardaba la honra de una señora de la casa de Borja. Mandó cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, nobilísimo ciudadano romano, el cual era el mayor amigo y más familiar que él tenía, no por otra ocasión sino porque era poderoso para juntar de presto un escuadrón de hombres del bando Ursino, y persuadilles para emprender cualquiera empresa. Pero en tan terrible sed y codicia de acrecentar el estado, así como lo habemos dicho, bebía el veneno juntamente con su padre, y habiendo vuelto de Nepi á Roma y las cosas del cónclave habían salido de otra manera de aquella que él pensaba, fué metido en prisión por mandado del Papa Julio, porque le deman-

daba las fortalezas de Roma, y esto porque los venecianos, movidos de no menos ciego que dañoso deseo, marchando de Rávena su gente para adelante, habían ocupado á Ariminio y á Faenza. Cesaro Borja entretenía al Papa con palabras, y cada día procuraba echar á lo largo el concierto con la esperanza de poderse ir á Romania, porque tenía por cierto que aquí no le faltaría ayuda y favor, en especial con tener cabe sí en mucha honra los dos principales caudillos de los bandos, que el uno era Juan Sasatello y el otro Guido Vayno, teniéndolos obligados con liberales pagas y grandes mercedes, y con esta confianza escribía á los castellanos de las fortalezas vanas y fingidas cartas. Por lo cual acaeció, que habiendo sido enviado por el Papa á Cesena Pedro Ovedió con cartas, fué derribado de las murallas abajo por Diego de Quiñones. Enojado el Papa grandemente por aquel insulto, amenazó al Duque Valentino, si á la hora los castellanos españoles no le entregaban las fortalezas. Espantados de esta cólera los Cardenales Borja y Remolins, parientes y hechura de la casa de Borja, se fueron huyendo á Nápoles. Pero después entre la una parte y la otra fué concertado en esta manera: que si Cesaro Borja fuese libre, prometiese de enviar á los castellanos de las fortalezas las secretas señas para que rindiesen los castillos, y entró por fianza de esto el Cardenal Bernardino Caravajal con esta condición: que en aquel medio el Duque Valentino le fué dado en guarda en el castillo de Ostia hasta tanto que él cumpliese con lo prometido. En este medio los dos Cardenales que estaban en Nápoles (deseándolo el Valentino), obtuvieron de Gonzalo Hernández que Cesaro Borja sobre su fe pudiese venir á Nápoles y pudiese irse libremente dél cuando se le antojase. Gonzalo Hernández concedió esto muy fácilmente á aquellos dos Cardenales, y le envió á Ostia una patente firmada de su mano y sellada con su propio sello. Habiendo poco después Diego de Quiñones y Gonzalo de Mirafuentes visto las contraseñas, entregaron los castillos de Cesana y de Forli al presidio del Papa. Cesaro Borja, luego á la hora que libró al Cardenal Caravajal, puesto en una fragata se fué á Nápoles muy alegre, porque fuera de toda espereza le parecía haberse librado de las manos de su antiguo enemigo. Luego que fué llegado á Nápoles juntamente con los Cardenales y con los capitanes españoles sus viejos amigos, comenzó á aconsejarse para intentar algunas novedades: que no había perdido ninguna parte del ánimo con la mudanza de la fortuna, sino fundado en la antigua esperanza buscaba en todas partes capitanes y soldados sus antiguos amigos y proveído navíos para que le llevasen á Pisa, porque se decía entre la gente del pueblo que quería ir á dar socorro á los pisanos, los cuales había nueve años que defendían su libertad constantísimamente contra los florentines. Pero su secreto designo era pasar por la ribera de Pisa y por el condado de Luca y por la Carnianada el Apenino y por los confines de Módena camino derecho arribar á las ciudades de Romania acrecentado de gente y favor de don Alonso de Este, Duque de Ferrara, el cual era casado con Lucrecia su hermana, adonde esperaba que sus aficionados y amigos le favorecerían, y en toda parte sería con grande placer recibido. Lo cual habiéndolo entendido el Papa, no le pareció poner más tardanza en medio y escribió secretamente al Gran Capitán Gonzalo Hernández, avisándole que no dejase de ir de Nápoles á este Cesaro Borja, Duque Valentino, hombre osado, de condición cruel, nacido para grandísimo mal de Italia, el cual procuraba una brava tiranía á los pueblos de su estado. Pues habiendo el Papa muchas veces gravísimamente tratado este negocio con los embajadores del Rey que estaban en Roma, y por los suyos que seguían en España la Corte del Rey D. Fernando, vinieron cartas del Rey de España al Gran Capitán, mandándole que detuviese al Duque Valentino, porque se decía que con grave daño y sospecha de todos los Príncipes tentaba nuevas cosas y designaba nueva guerra contra el Papa. Y así el Duque Valentino, estando ocupado en aparejar el armada y en hacer soldados, iba muchas veces (así como era ello necesario) al Castel Novo por hablar con el Gran Capitán, y queriendo salir fué inhumanamente detenido por Nuño Docampo y puesto en prisión. No hubo ninguno de los suyos que (mientras él dió un muy grande y muy crecido suspiro maldiciendo muy fuertemente cuanto podía á la fortuna y lamentándose muy congojosa y angustiadamente que debajo de la fe le había sido hecha muy grandisima traición) le pudiese dar so-

corro. Muy pocos días después, por mandamiento del Rey D. Fernando, fué llevado en España por el capitán Lezcano, adonde un poco de tiempo estuvo en la villa de Chinchilla, y después fué llevado el dicho Duque Valentino á Medina del Campo, adonde estuvo preso cerca de dos años en una muy fuerte fortaleza, la cual tiene por propio nombre la Mota. Y tuvo tal suerte, que engañando á las guardias se descolgó por una soga y proveyéndole de caballo D. Rodrigo Pimentel, Conde de Benavente, se fué huyendo al Rey don Juan de Navarra, que por entonces tenía guerra con el Conde de Lerín, que se le había rebelado. En este movimiento de armas sirviendo á su Rey murió vencedor en una batalla que se dió junto á Viana; el cual no siendo conocido le quitaron las armas y lo dejaron desnudo, y un escudero suyo tomó el cuerpo y atravesándolo encima un caballo lo llevó á Pamplona, permitiéndolo sin duda el fatal destino de aquella ciudad, de la cual había sido Obispo, porque no he hallado jamás alguno que renunciase los sacramentos que en su vida hiciese buen fin. Pues volviendo á lo que, según dicho es, trataba Cesaro Borja en lo del Pontificado, de que atrás hicimos memoria, con fin de que su deseo hubiese mejor efecto envió sus letras al Duque de Mantua, llamado Francisco Gonzaga, que en aquel tiempo estaba en la Toscana con ejército que en gracia del Rey de Francia los Príncipes de la Lombardía enviaban á Gaeta, para que trabajasen mucho cómo el Cardenal de Ruán fuese Pontífice, y asimismo para dar mejor fin á su deseo puso en su libertad al Cardenal Ascanio Esforcia, hermano que era del Duque de Milán, el cual, según la crónica ha contado los años pasados, el Rey Carlos octavo su predecesor había preso y hecho llevar á Francia con voluntad que su voto en la creación no se perdería. En este tiempo, queriendo los Cardenales entrar en cónclave, según tienen de costumbre para criar nuevo Pontífice, procuraron de hacer semejante negocio con paz y tranquilidad, apartando de sí todas y cualesquier aficiones y inclinaciones que de muchos sobre aquel caso había. En especial el Duque Valentino estando enfermo y queriendo los Cardenales recogerse en la Minerva para criar al Pontífice fuera de las costumbres que tenían en la creación, la cual hacerse solía en el Vaticano, y un su capitán que llamaban Micheloto quiso perturbarlos llevando la cosa por armas; pero al fin el Duque Valentino, viendo que no saldría con lo que comenzado tenía, que era los Cardenales elegir Pontífice según él quería y deseaba, siendo requerido muchas veces del Colegio de los Cardenales para que saliese de Roma, el cual estaba enfermo en el Palacio de Belveder y toda su gente de armas y caballos ligeros aposentados en la villa de Belveder, tuvo por bueno de se salir de Roma, y así lo hizo como adelante se dirá. En esto el Duque de Mantua con su gente vino por sus jornadas hasta cerca de Roma, con voluntad de poner por la obra y trabajar cómo el Cardenal de Ruán fuese Pontífice, según que era la voluntad del Rey de Francia. Finalmente, el Duque vino á una villa junto á Roma, que dicen la Isla. Era la gente que llevaba en socorro de Gaeta mil y trescientos hombres de armas y cuatro mil caballos ligeros y once mil infantes con otra mucha gente de aventureros. Y desde aquel lugar, el Marqués entendía con los otros Cardenales y les encargaba mucho la elección del Cardenal de Ruán; pero como el oficio sea de tal calidad, permitió Nuestro Señor que todo se hizo al revés de lo que aquellos Príncipes querían; y por esta razón, habiendo otra vez requerido al Duque Valentino se saliese de Roma, y viendo cuán inclinados estaban los Cardenales de quererle echar de Roma por aquella causa y no se sabiendo lo que debiese hacer por razón que de todos en común era mal quisto por muchos desafueros que había hecho y agravios que hacía, en especial contra los Ursinos, cuyo capital enemigo era, acordó de se salir de Roma y de ahí irse á servir al Rey de España en compañía del Gran Capitán, por razón que teniendo por amigo al Gran Capitán y al Rey de España por señor no tendría temor alguno aunque toda Italia lo quisiese mal. Y con esta voluntad envió un mensajero al Gran Capitán, haciéndole saber en cómo tenía determinado de irse adonde él estaba con toda su gente para servirle con ella y con su persona al Rey Católico en aquella guerra, y que así lo haría en breve en sintiéndose algo más dispuesto en su enfermedad que no estaba. El Gran Capitán, como supo la voluntad del Duque Valentino y cuánto le cumplía, según la poca gente que tenía, el favor que el Duque Valentino le ofreció, envió con mucha

diligencia á Roma al capitán Próspero Colona, para que juntos ambos diesen orden á la venida del Duque; y luego envió á Diego García de Paredes y á D. Diego de Mendoza, con trescientos hombres de armas y con trescientos caballos ligeros y con doscientos infantes, para que recibiesen al Duque Valentino á la salida de Roma y se viniesen todos juntos con él en su compañía. Con esta orden, después de ser ya ido adelante Próspero Colona, los sobredichos capitanes españoles y gente se fueron la vía de Roma y por sus jornadas vinieron á dos villas que son doce millas de Roma, que se llaman Marino y Frescada, tierras que son aparejadas para estar en ellas gente, sin que reciban daño alguno para ser bien próveídos de todos aquellos lugares. Estuvieron todos aquellos capitanes esperando algunos días al Duque, mediante los cuales los Cardenales tornaron última vez á requerir al Duque Valentino se saliese de Roma, echándole á cargo los daños que en la Iglesia de Dios por aquella razón podían suceder, no queriendo dar puntada en la elección del Pontífice hasta tanto que saliese de la ciudad. Finalmente, el Duque Valentino, no pudiendo en manera ninguna excusarse sin salir fuera de Roma, siendo ya llegado á la sazón Próspero Colona y dando orden en su salida, hizo juntar la gente que tenía en la ciudad, los cuales de muy buena gana en su servicio iban, creyendo que se quería ir á juntar con el Gran Capitán. Pero de otra manera sucedió, porque el día que salió de Roma, aun no del todo sano de su enfermedad, yendo en unas andas con harto trabajo suyo, vino á la Cruz de Montemar y allí hizo un razonamiento á su gente, cuya sustancia fué decirles que ellos bien sabían cómo él había recibido el hábito de San Miguel del Rey de Francia, de cuya causa de manera ninguna no podía ser contrario de franceses, por lo cual les rogaba que en aquel camino que hacer quería no le dejasen, que era irse á Nepe, una villa suya, y que después, por el amor que tenía á la nación española, él habría en mucho placer (aunque no en su nombre, porque sería ir contra la religión que de San Miguel tenía), que cada uno siendo su voluntad fuese á servir al Rey de España y se juntasen con el Gran Capitán en Mola, diciendo asimismo el Duque Valentino cuánto le pesaría si de haber negado su favor á los españoles á esta causa les viniese algún daño. Pero la gente del Duque Valentino, dado que tuviera por mejor de ir á servir al Rey de España, los que de esta voluntad eran, conociendo el deseo de su señor, todos se ofrecieron de no le dejar entre tanto que otra cosa acordase; y con esto todos juntos con su capitán, que según dicho es, iba no muy sano en la litera, movieron de aquel lugar de la Cruz de Montemar y fuéronse la vía de Civita Castellana y de Nepe, unos lugares suyos. Después de esto, el Colegio de los Cardenales procuraron echar de aquel lugar de la Isla al Marqués de Mantua y á su ejército, diciendo que hasta que de allí fuese partido la vía que llevaba de Gaeta, no habían de elegir Pontífice; y por esta razón, y porque así se lo envió á rogar el mismo Cardenal de Ruán, á quien según dicho es trataba el Marqués de hacer Pontífice, no pudo hacer otra cosa salvo partirse dende. Y luego los Cardenales viendo apartados todos los inconvenientes que acerca de la creación del Pontífice se les podría seguir, se juntaron todos en el Vaticano y allí entrando en cónclave, según que es de costumbre, con las solemnidades requisitas, eligieron por Pontífice al Cardenal de Sena, varón de mucha autoridad y discreción, el cual debajo de muchos Pontífices por su gran prudencia y saber usó de oficio de Legado, y asimismo éste era Decano, que es el primero en antigüedad en el Colegio de los Cardenales. Fué sobrino del Papa Pío segundo, y por esta razón se puso del mismo nombre Pío tercio, porque de aquella manera refrescase la memoria de su tío Pontífice. Pío tercio dejó más memoria de su nombre, que no dejó en sus hechos y fama, por razón que dentro de treinta días que fué por Pontífice elegido, falleció de unas llagas viejas que en las piernas tenía. El Duque Valentino, que á la sazón estaba en Nepe y en Civita Castellana con toda su gente, sabiendo la muerte de Pío tercio, pocos días antes elegido, partióse de aquellas villas y vínose á Roma, y los Cardenales, no obstante la venida del Duque á la ciudad, se congregaron todos á elegir nuevo Pontífice. Los cuales con las mismas ceremonias y solemnidades, de común consentimiento de todos, eligieron por Pontífice al Cardenal Juliano Ostiense, del título de San Pedro Advíncula, el cual tomó por nombre Julio segundo. Mucho trabajó el Duque Valentino en la creación de

este Pontífice, por razón que le era mucho amigo, aunque según se dirá, le fué después de Papa muy enemigo. Finalmente, después que Julio Ostiense fué electo por Pontífice, el Duque Valentino, que muy conforme con él y muy allegado en su amor era, no pensó tener más necesidad de su gente, y por esta razón dió licencia al capitán Próspero Colona para se ir al Gran Capitán, y asimismo dió licencia á su gente para que yéndose con Próspero Colona se juntase con el Gran Capitán en Mola, adonde á la sazón estaba. Finalmente, Próspero Colona se partió de Roma, y con esta orden vínose á Marino y á Frescado, adonde D. Diego de Mendoza y Diego García de Paredes estaban, según dicho es. Y como se juntaron, sabiendo los capitanes españoles la voluntad del Duque Valentino, luego se movieron de ahí con toda la gente y se fueron á su real al Gran Capitán, que estaba en Mola y en Castellón. Yendo por el camino, allegaron á una villa que llaman Chiprano, que es de la Iglesia, donde el río del Garellano aparta los términos de la Iglesia y del reino de Nápoles, y allí se encontraron con el capitán Fabricio Colona que venía de la provincia de Abruzo por mandado del Gran Capitán, y por su mismo mandado había ido sobre aquella provincia á la reducir por el Rey de España; que muchas villas y lugares de ella estaban por Francia, según que la crónica lo ha contado, y de allí todos juntos se fueron á Roca Seca y á Aquino. Y yendo por el camino vino tan grande lluvia y tempestad de agua sobre ellos, que estuvieron en peligro de se perder, y tanto crecieron los arroyos, que no los pudiendo pasar se quedaron aquella noche en el campo sin comer ni beber cosa alguna. Muchos hombres y bestias del carruaje se ahogaron por la grande agua que todo el día y la noche cayó; pero como fué de día, habiéndose algo menguado los arroyos, se movieron de aquel lugar y se fueron á Roca Seca y Aquino, y allí se apartó Diego García de Paredes de los otros capitanes con dos mil infantes y fuese al condado de Oliveto, por razón que el Conde de Oliveto y toda su tierra estaban temerosos con la esperanza que decian que había de venir el Marqués con el ejército por allí, y esperábanle cada día. Y verdaderamente si Diego García de Paredes no fuera con aquella gente á les confortar sus ánimos, que muy alterados los tenían, si el Marqués de Mantua viniera á la sazón, se dieran por el Rey de Francia. Por esta razón, como Diego García de Paredes caminase con su gente camino del condado de Oliveto, acaeció que quedándose un día con veinte soldados al pasar de un paso áspero de aquella tierra, fué salteado de una junta de ladrones, los cuales atalayaban aquellos caminos y robaban y mataban á cuantos españoles podían haber, y debajo de este color á los mismos naturales no perdonaban así en personas como en bienes. Diego García de Paredes, como se vió acometer de aquella gente, así animando los soldados que consigo traía, dió recio en ellos y peleó una gran pieza, haciendo gran daño en aquellos ladrones, de los cuales mataron muchos y los demás se escaparon por la maleza de aquella tierra, que muy áspera era, porque según es verdad los que de semejante oficio viven, procuran de buscar los lugares más ásperos que hallar pueden. Finalmente, después que Diego García de Paredes hubo hecho muy grande estrago en los ladrones, no hallando más con quien pelear, con los veinte soldados (que ninguno de ellos perdió) se fué á aposentar á unas viñas que llaman Esclavia, alcanzando primero el cuerpo de su gente, que iba adelante, en la Posta y en Casaliber y en Oliveto, todas villas y lugares del condado de Oliveto, do estuvo Diego García de Paredes hasta que el Marqués vino con su ejército á Roca Seca, según la crónica lo dirá.

CAPÍTULO CI

De cómo el Gran Capitán, sabida la venida del Marqués de Mantua en favor de los franceses, se alzó de Mola y Castellón y se vino á Sant Germán, y de lo que los franceses hicieron sobre aquel caso, y de la gente que vino al real del Gran Capitán á servir en aquella guerra al Rey de España.

Contado ha la crónica cómo después de la muerte del Papa Alejandro sexto, el Duque Valentino, forzado por el convento y colegio de los Cardenales, se salió de Roma y se fué con su gente, que mucha, muy buena y noble era, á Nepe y á Civita Castellana, y que asi mismo cómo después de la creación y muerte de Pío tercio, sucesor de Alejandro sexto, se tornó á Roma y allí despidió al capitán

Próspero Colona y á muchos de los suyos, quedando con muy gran parte de gente de muchos nobles caballeros italianos y españoles, á quien él les daba en buenos hechos de guerra buenos cargos y partidos muy excesivos, y de esta manera era el Duque Valentino de muy noble gente servido en el menester de la guerra. Pues, tornando ahora la crónica al Gran Capitán y á su campo que en Castellón y Mola tenía, dice que después que supo la venida del Marqués de Mantua con el ejército de las señorías en servicio del Rey de Francia, según que era verdad, no le pareciendo aquel lugar donde á la sazón estaba seguro para esperar ende tan grande poder, determinó de se levantar de allí y se retraer á Sant Germán, por razón que aquella villa era bien fuerte y asimismo proveída de todo aquello que para sustentación de su ejército había menester. Y por esta razón luego se movió de Castellón y de Mola, y viniendo por el camino la vía de Sant Germán á Castellón y á Monte Casino, adonde hay un monasterio de monjes Benitos, adonde estaban muchos religiosos de santísima vida. Este lugar tenían los franceses como segurísima fortaleza, los cuales poco antes se habían concertado de salir de allí si dentro de ciertos días no les venía socorro, y siendo cumplido el término alargaban el querer rendirse. El Gran Capitán, no le pareciendo sufrir aquella tardanza, allegóse con el ejército animando á los soldados con la esperanza de la presa. Fué muy grande la fuerza y diligencia de ellos en subir en lo alto del monte y en guindar arriba la artillería, con la cual después de batida y haberle dado un recio asalto dos valerosos capitanes llamados por nombre Ochoa y Jordán de Artiaga, subieron el uno por una soga puesta por encima de la muralla y el otro muy osado y animosamente entró por una estrecha abertura del muro, siguiéndolos los alférez, mataron al capitán de los franceses y tomaron aquella plaza del monasterio, y de allí se fué á la torre del Garellano, que es un paso fuerte y por donde los franceses habían de venir y donde él les podia hacer mucho daño. Dejó el Gran Capitán á D. Alonso de Carbajal y al capitán Pedro de Paz con cincuenta hombres de armas y trescientos caballos ligeros y con quinientos infantes, y fuese más adelante á Roca Seca, que es una muy buena y fortificada villa. Dejó al capitán Pizarro y al capitán Zamudio y al capitán Escalada, todos muy buenos, valerosos y esforzados capitanes con otra buena parte de sus infantes, y con toda la demás gente de su ejército se pasó el Gran Capitán á Sant Germán, adonde se rehizo de vituallas y de todo lo que era necesario para su ejército, y estuvo allí esperando hasta que salió de allí, según que se contará en su lugar. Monsiur de Alegre, que estaba en Gaeta con el ejército francés, sabiendo asimismo la venida del Marqués de Mantua en su favor, juntamente con ver el Gran Capitán y el ejército español levantado de Mola y Castellón, adonde hasta entonces había estado, y que ya de su parte no le vendría daño á la ciudad de Gaeta, por estar más apartado de aquel lugar, determinó con el Marqués de Saluces de salir de Gaeta y irse al Garellano y esperar allí al Marqués de Mantua y juntarse ambos en aquel lugar, y que entretanto pasarían por aquella puente á Cieza, y harían todo el daño que pudiesen en los españoles, que ende á la sazón estaban con el Duque de Termes. Finalmente, con esta voluntad el Marqués de Saluces y monsiur de Alegre, dejando bien proveída la ciudad de todo lo necesario á su defensión, así de gente como de todas las otras cosas, con todo el ejército se partieron la vía del Garellano, y como allegaron al lugar de la puente de Cieza, asentaron su real de esta otra parte del río, y desde aquel lugar cada día pasaban la puente á hacer daño en los españoles que estaban en Cieza; los cuales por el mismo caso salían á defender el paso á los franceses, y nunca dejaban cada día de se rencontrar, en que había así de la una parte como de la otra muchos muertos, heridos y presos. En este medio tiempo el Duque Valentino, que, según dicho es, se había tornado á Roma después de la creación del Papa Pío tercio, había trabajado en muy gran manera por que criasen por Pontífice al Cardenal Juliano Ostiense, del título de San Pedro *ad vinculam,* que por ser mucho su amigo lo deseó con mucha afición y hubo efecto, y así se llamó Julio segundo. Pero como las cosas el tiempo las rueda, y así traen diversos efectos y fines, la mucha familiaridad y conjunta amistad del Pontífice y del Duque Valentino vino á se trocar en muy grande enemistad y odio, de tal manera que fueron en sumo grado contrarios y muy enemigos. Y como el Duque Valentino estuviese muy enfermo, procuraba todas cuantas maneras él

podía para toda paz y concordia, para que no hubiese lugar de ejecutar el enojo y enemistad que con el Pontífice tenía, teniendo su gente á su salvo, por lo cual determinó de los despedir á todos y de les dar licencia que se fuesen adonde más su voluntad fuese. Y con este acuerdo del Duque Valentino todos los capitanes y gente de guerra que tenía en Roma se juntaron en uno y determinaron de irse en compañía del Gran Capitán á servir al Rey D. Fernando de España, en aquella guerra contra franceses, y así fueron todos unánimes y conformes. Y porque la nobleza y lealtad de los Príncipes que al campo español fueron, convida por su valor y virtud decir sus nombres, la crónica los pone aquí. El primero fué D. Yugo de Moncada y don erónimo Lloriz, Corollano de Roma, el Cardenal Borja, D. Pedro de Castro y Francisco Masa, con otros nobles capitanes, así españoles como italianos, caballeros y hombres de armas muy escogidos. Y como iban en ordenanza salieron de Roma y fuéronse la vía de Sant Germán, adonde el Gran Capitán con el ejército español estaba; y con aquella honra como tan nobles caballeros merecían, el Gran Capitán con todo su ejército los salió á recibir y los preció mucho por la gran necesidad que á la sazón de ellos tenía, y asimismo porque ellos por sus personas y linaje merecían toda honra y buen acogimiento.

CAPÍTULO CII

De cómo el Marqués de Mantua se partió de la Isla y se vino á juntar con el ejército francés, que estaba en el Garellano, y de cómo siendo juntos vinieron sobre Roca Seca, y de lo que sucedió.

Contado ha la crónica cómo el Marqués de Mantua con todo el ejército de las señorías estaba en la Isla, cerca de Roma, trabajando en la creación del Cardenal de Ruán por Pontífice. Pues dice ahora la crónica que viendo el muy poco fruto que en aquel caso su diligencia había obrado, por razón que los Cardenales no quisieron dar ninguna puntada en la creación hasta que de allí se partiese, determinó de lo así hacer, y también porque, como dicho ha la crónica, el mismo Cardenal de Ruán se lo envió así á rogar. Pues dice ahora la crónica que partido que fué el Marqués de la Isla con su ejército, que vino la vía de Gaeta, adonde creía hallar el campo francés según que hasta allí había estado, pasó el monte Molle y de jornada en jornada venía á Ponte Corvo. El capitán monsiur de Alegre, como supo la buena venida del Marqués en su favor, levantóse del lugar de la puente de Cieza y fuése á la torre de Campo Latro, y allí se juntaron ambos á dos ejércitos y estuvieron en la torre de Campo Latro tres días, en los cuales dieron orden en lo que debían de hacer acerca de la expugnación de aquel reino, dando de nuevo nueva expedición y consejo. Finalmente, en el último de Octubre del sobredicho año de mil y quinientos y tres años, el Marqués de Mantua se movió de la torre de Campo Latro juntamente con monsiur de Alegre, y vinieron con su ejército á Roca Seca, adonde, como arriba dijimos, estaban el capitán Zamudio y el capitán Pizarro y el coronel Villalba y el capitán Escalada con su gente. Y como los franceses fueron á cinco millas de Roca Seca, mandó el Marqués á algunos caballeros adelantarse para reconocer el estado de la villa y ver su disposición adonde más convenía asentar el campo. Con esta orden y mandado del Marqués de Mantua los caballos ligeros se adelantaron, y visto el asiento de la villa se tornaron á informar de todo al Marqués. El cual como fuese cerca de Roca Seca, envió delante un trompeta á requerir á los españoles que en todas maneras y sin tardanza alguna se saliesen de Roca Seca y dejasen aquella villa libre y desembargada, donde no que ellos tuviesen por muy cierto y averiguado que con más daño suyo del que pensaban se les sacaría de su poder, ejecutando en ellos todo el rigor que se pudiese ejecutar. Habían á esta sazón salido de Roca Seca el capitán Zamudio y el capitán Pizarro con alguna gente por reconocer á los franceses, que bien sabían que venían contra ellos sobre aquella villa; y como allegasen cerca, vieron venir al trompeta á muy grande priesa tocando la trompeta, que bien se hacía sentir por todos aquellos términos. Y como llegó adonde aquellos capitanes españoles estaban, explicóles su embajada, que, según dicho es, muy llena de amenazas venía. Los cuales, enojados de tanta soberbia como con ellos los franceses mostraban, tomaron el trompeta y sin ningún detenimiento le ahorcaron de un árbol, queriendo de aquel arte usar para que conociese

el Marqués el poco temor de sus amenazas que los españoles tenían, dado que viniesen muy rigurosos con el nuevo socorro. Gran pesar hubo el Marqués viendo que los españoles habían ahorcado á su trompeta, y por esta razón pugnó con todo su poder de los tomar á todos en aquella villa y no dejar hombre de ellos á vida, y así, hizo allegar su gente junto á Roca Seca, donde asentó su campo en la forma siguiente. En el arrabal, desde el principio de él hasta un monasterio de frailes, mandó estar la más gente de infantería de su ejército; de la otra parte del arrabal, en lo alto hacia la montaña el camino de Cuelo, mandó que se asentasen muchas piezas de artillería, y en aquel mismo lugar con hasta cuatro mil hombres aposentó su persona. Desde allí abajo hasta el cabo del otro arrabal camino de Sant Germán mandó estar toda la gente de armas y caballos ligeros con una parte de la infantería. Y por todas las otras partes del arrabal mandó el Marqués con mucha diligencia y presteza asentar toda la mayor parte del artillería que había quedado. Y todo su campo repartido en la forma que arriba se ha dicho, mandó luego por todas partes batir la villa, y tan animosa y fuertemente se batió que vino á tierra una gran parte del muro y derribó muchas casas y tejados, que por ser el sitio de la villa en alto los edificios de ella estaban señoreados del artillería, de manera que no disparaban tiro que no llevase delante de sí todo cuanto topaba en las casas. Finalmente, después de haber batido muy bien la villa, el Marqués mandó meter en armas su gente, y diéronle en un mismo tiempo tres combates, adonde los españoles mataron é hirieron muchos franceses, no sin harto daño suyo. Todo esto pasó dentro de un día; luego otro día siguiente el Marqués mandó batir la villa por otro cuartel de la parte del castillo abajo, adonde estaba el capitán Zamudio, y tan fuertemente le batieron, que en dos días que duró la batería no dejaron en todo aquel cuartel pedazo de muro que todo no fuese metido por el suelo, derribando asimismo muchas casas de las de dentro de la villa, aunque la muralla había muy poca ó ninguna defensa por razón de lo dicho, aunque muy indispuesta era la entrada á los franceses por aquel lugar, porque tenían de subir una muy gran cuesta y áspera. Pero los franceses, conociendo todavía su ventaja, porque estaba todo el muro en tierra, se esforzaron á subir ayudándose los unos á los otros, aprovechándose de las escalas que traían, y de esta manera llegaron junto al muro. Pero los españoles con muy grande ánimo defendían á los franceses la entrada, comenzándose de mezclar unos con otros, de manera que duró el combate tres horas, en que murieron muchos franceses y algunos españoles hubo heridos y pocos muertos, y éstos murieron á causa del artillería, por razón que como el muro de aquel cuartel estuviese todo derrocado y el artillería de los franceses no dejase continuamente de les tirar, no podían estar seguros á la defensa; porque como se descubrían, el artillería luego los llevaba de vuelo y los hacía muy gran daño. Pero el capitán Zamudio, que muy buen capitán y esforzado soldado era, con aquella gente que consigo tenía, trabajó tanto aquel día que los franceses no les pudieron entrar, y así les convino dejar la batalla y retirarse á su campo. Pues como los franceses se retiraban, el capitán Escalada salió con veinte buenos soldados por el mismo muro derribado y dió de improviso en ellos, y de su acometimiento mató é hirió algunos franceses; y no pudiendo por alguna aspereza de la montaña seguirlos más, se tornó á la villa, no osándose mucho desmandar por ser pocos los hombres que consigo tenía. Como los franceses fueron retirados de esta manera y de esta batalla, descubrieron por muy averiguado que tomaran la villa, según la poca defensa del muro, y tornaron de nuevo á dar priesa en la batería por todas partes de la villa, y tan espesa andaba y tan gran daño hacía, que así en la defensa del muro, que (como dicho es) todo estaba en tierra, como por las calles de dentro de la villa, no había hombre que osase parecer que no fuese muerto del artillería. De cuya causa fueron los españoles puestos en grandísimo estrecho y extremo trabajo, que ya no esperaban otra cosa salvo la muerte, según tenían por cierta su perdición. Estando, pues, en esto, ya los franceses se aderezaban para el combate, el cual sin ninguna duda fuera el último en aquella demanda, pero vieron venir por la montaña gente de guerra española. Este era Diego García de Paredes, el cual, como supo la venida del Marqués en socorro de los franceses y que estaba sobre Roca Seca, luego se movió de las tierras de Oliveto juntamente con el capitán Pedro Na-

varro, que traía dos mil hombres de guerra. Y como fueron encima de la montaña, á muy gran priesa se comenzaron á bajar para se meter en la villa y de camino dar un mal rebato en el campo francés. Pero como los franceses vieron venir aquella gente á la sazón, perdieron la esperanza que de tomar la villa tenían, á los cuales sin perder tiempo el Marqués mandó levantar de sobre aquel cerco; y hecho así, el Marqués de Mantua, juntamente con todo su campo, pasó el río á la otra parte á un llano que está cuatro millas de Roca Seca, y se quedó lo que quedaba del día y la noche toda. Y luego otro día siguiente por la mañana se alzó de aquel lugar y se fué la vía de Aquino, no sin muy gran trabajo y peligro del ejército, por razón de la gran tempestad de agua que en aquel día caía, como de los días pasados estuviese la tierra muy harta de agua á causa de las grandes pluvias que habían caído, porque, según verdad, aquel año fué el más mojado y tempestuoso de aguas que nunca los vivos tal vieron. Estaba la tierra tan llena de lodos y atolladeros, que muchas bestias del carruaje y caballos que llevaban el artillería perecieron ende sin poder ir atrás ni adelante ni sacar la carga de los grandes charcos y lodos que había. Finalmente, pasando muy gran trabajo en aquel día el ejército francés, vinieron á Aquino, adonde el Marqués estuvo todo lo que quedaba del día descansando con su gente.

CAPÍTULO CIII

De cómo el Marqués de Mantua con todo su ejército se partió de Aquino la vía de Ponte Corvo, y de cómo el Gran Capitán salió de Sant Germán en pos de él, y de lo que en el camino le sucedió con los franceses.

Luego á la mañana siguiente el Marqués de Mantua con todo su ejército se movió de Aquino y fuese la vía de Ponte Corvo, por razón que aquella villa era más fuerte y no había gente española que le estorbase su propósito para se fortificar en ella. El Gran Capitán, que no entendía en otra cosa salvo en dañar á los franceses, como supo que se habían levantado de Roca Seca y el camino que llevaban, que era con voluntad de se meter en Ponte Corvo, luego la misma mañana que el Marqués de Mantua se partió de Aquino, el Gran Capitán se partió de Sant Germán con mucho secreto y fué á la mayor prisa que pudo en pos de los franceses. Por el camino que llevaban estaba la vía de Aquino en medio del camino, entre Sant Germán y Ponte Corvo, y como llegó á Aquino halló muy gran copia de franceses en la misma villa, los cuales habían quedado enfermos, que no habían podido caminar ni seguir su capitán. Y por esta razón estos franceses con gran miedo que de los españoles habían, creyendo que allí los habían de matar, todos se metieron dentro en una iglesia esperando la muerte, que por muy cierta tenían. Pero el Gran Capitán, que en semejantes casos de mucha humanidad y mansedumbre siempre se señalaba, mandó expresamente á toda su gente que no fuese ninguno osado de hacer mal á los franceses que allí estaban, lo cual así se cumplió según que el Gran Capitán mandó; y no contento con esto, viendo la necesidad de aquella gente, les mandó dar de comer y de beber y los favoreció en todo lo que había menester; y luego con mucha diligencia, habiendo estado un poco en aquella villa detenido, así en reparar á los franceses como en recoger su gente, que algo venía desordenada por la incomodidad de los caminos, movió de Aquino á muy gran priesa en seguimiento de los franceses que llevaban la vía de Ponte Corvo; y tanto anduvo que los descubrió que iban delante de él tres millas, todos en muy buena orden, aunque á la verdad muy trabajados del camino, que, como arriba dijimos, las aguas habían sido tan excesivas en aquella entrada del invierno, que la tierra con muy gran fatiga se podía caminar. Pero el Gran Capitán con su gente (que también participaba de aquel trabajo) no dejaba de los seguir á muy gran priesa; y para que mejor pudiesen reconocer el orden que los franceses llevaban, y asimismo para los entretener entretanto que la infantería llegaba, envió al capitán Fabricio Colona con los caballos ligeros adelante, el cual, según la crónica ha contado, era venido de la provincia de Abruzo, adonde el Gran Capitán estaba. Los franceses como se sintieron seguir de los españoles, aceleraron su camino, y á más andar lo mejor que pudieron se metieron en Ponte Corvo, no se teniendo por bien seguros si esperaban á los españoles en campo. Y con la misma orden que llevaban en el marchar, se metieron por Ponte Corvo y

después pasaron la puente y arrabal, y allí el Marqués de Mantua asentó su real haciéndose fuerte para esperar ende el Gran Capitán, si todavía quisiese ir contra él. Y para mayor seguridad suya y de los suyos, el Marqués mandó asestar toda el artillería á la boca de la puente por donde de necesidad había de pasar el ejército español, y hizo otros muchos aparejos creyendo que el Gran Capitán quería seguirle hasta dentro de aquel lugar. Pero no fué así, por razón que como el capitán Fabricio Colona era, según dicho es, ido adelante con los caballos á tomar lengua del ejército francés y su disposición, y supo la gran fortaleza que tenían y de cómo era muy dificultoso á esta causa entrarlos; por lo cual tornándose con sus caballos avisó de todo al Gran Capitán, el cual luego mandó tornar la gente á Sant Germán de donde habían salido. Y tornándose la gente su camino, en este retraer, después de pasada gran parte del día, ya que quería anochecer, entre Aquino y Sant Germán, vino tan grande tempestad de agua que todo el ejército fué metido en mucho trabajo y peligro de sus personas, y lo que más les causaba pasión era que la noche sobrevino con muchas tinieblas y oscuridad increible, que apenas veían el camino; y de esta manera esforzándose los unos á los otros, viendo que era mayor el daño que les podía suceder quedándose en el campo que no el que les causaba caminar, aunque con harto trabajo, allegaron á Sant Germán bien fatigados, y de esta manera el Gran Capitán y gente del ejército se retrajeron á sus estancias, dando descanso á sus miembros, que bien lo habían menester, según el gran trabajo que pasaron.

CAPÍTULO CIIII

De cómo el Gran Capitán envió á Diego García de Paredes y al capitán Fabricio Colona sobre Roca de Andria, que se tenía por Francia, adonde en el río del Garellano estaba un capitán francés con comisión de hacer una puente por donde el ejército francés pasase, y de lo que sobre ello sucedió.

Después que el Gran Capitán se tornó, según dicho es, á Sant Germán, luego como fué de día, aquella mañana siguiente, procurando de todo punto la reducción de aquel reino en merced del Rey D. Fernando de Castilla y de Aragón su señor, y viendo que la dilación en aquel caso era muy gran daño y perjuicio para el reino, por razón que los franceses se hacían más fuertes con los socorros que les venían cada día, determinó de poner gran diligencia por salir dél con aquel hecho; y con esto, sabiendo que una villa fuerte que llaman Roca de Andria estaba por Francia, y que asimismo en el río del Garellano estaba un capitán francés, dicho por nombre Monleón, con treinta hombres de armas y cien caballos ligeros y cincuenta infantes, con comisión de hacer una puente por donde el ejército francés pasase de la otra parte del río, porque estaban los franceses determinados de venir á las manos con los españoles; porque verdaderamente pensaban que si pasasen el Garellano, en breve los españoles serían rotos en campo y el reino vendría luego en su poder, y por esta razón habían los franceses enviado aquel capitán con la sobredicha comisión. Y por esta causa el Gran Capitán, viendo el daño que en pasar los franceses de esta otra parte del río se le podía seguir en el reino, determinó estorbarles con todo su poder, y así con mucha diligencia el Gran Capitán envió sobre Roca de Andria al capitán Fabricio Colona y á Diego García de Paredes, para que trabajasen de tomar aquella villa, adonde estaba un capitán llamado Federico de Mont Fort con guarnición francesa, y no consintiendo echar la puente al capitán Monleón, que según dicho es, para ello llevaba comisión. Llevaban estos capitanes españoles dos mil infantes y cuatrocientos caballos y cinco piezas de artillería, con lo cual se partieron una mañana de Sant Germán, y la noche bien tarde llegaron sobre Roca de Andria, adonde se concertó que Fabricio Colona con los caballos estuviese en el paso del río y no dejase echar la puente en ninguna manera á los franceses, y Diego García de Paredes con la infantería y artillería combatiese la villa. Y con esta orden cada uno de los sobredichos capitanes puso por obra lo que debían de hacer aquella noche que llegaron sobre Roca de Andria. Diego García de Paredes dió orden en el asiento del artillería para que luego en la mañana se combatiese la villa, según que se hizo, y asimismo ordenó su gente por sus estancias para que diesen la batalla por partes diversas, cuando menester fuese. Finalmente, siendo de día, Diego García de Paredes mandó batir la villa

con el artillería, la cual se batió con mucha fortaleza, de tal manera que hizo un gran portillo en el muro, por donde Diego García de Paredes metiendo en armas su gente comenzó á batir la villa y dar la batalla; adonde se pasó muy gran trabajo, por razón que la villa es muy fuerte y tiene un castillo de muy grande defensión. Pero en fin de mucho daño, así en una parte como en la otra, Diego García de Paredes tomó la villa por el Rey de España por fuerza de armas. Los que la defendían, viendo los españoles dentro, todos se retrageron á la Roca. Pero no les fué aquel lugar tan seguro como pensaron tenerle, por razón que Diego García de Paredes los amenazó con batalla, y tanto hizo de su persona con su gente, que sin detenimiento convino á los de la Roca darse por el Rey de España, y de esta manera la Roca de Andria vino en merced del Rey Católico de España. En este medio, á la sazón que la Roca se combatía, el capitán Monleón, viendo la gente que contra él eran venidos y de cómo la Roca de Andria estaba ya por España, dejó aquel hecho de la puente imperfecto y fuese á Roca Guillerma, donde el ejército francés era ido para la tomar. Y comó no pudieron hacer lo que quisieron, por razón de la guarnición española que ende estaba, la cual se retrajo á las fuerzas de la villa, adonde hechos fuertes por demás trabajaron los franceses de los querer tomar, y así se hubieron de retirar y se fueron al Garellano, dejando á los españoles de Roca Guillerma como de antes estaban en guarnición; y luego como llegaron en aquel lugar del río del Garellano ordenaron de pasar de esta otra parte del río, que á la verdad no era otro su deseo, salvo venir á las manos con los españoles.

CAPÍTULO CV

De cómo Diego García de Paredes después que hubo tomado la Roca de Andria, juntamente con el capitán Fabricio Colona, se fueron el río abajo del Garellano, adonde hallaron el campo francés ordenando de echar la puente abajo para pasar, y de cómo el Gran Capitán se vino á juntar con ellos en aquel lugar.

Después que Diego García de Paredes hubo tomado la Roca de Andría, según que dicho es, el capitán Fabricio Colona, que, como dijimos, se había quedado con la gente de caballo de esta otra parte del río para vedar al capitán Monleón que no hiciese por allí paso, sabiendo en cómo ya era partido y que llevaban el camino adonde todo el campo francés estaba, hízolo luego saber á Diego García de Paredes, y por esta razón lo más aína que pudo se desembarazó de la Roca de Andria, y dejando allí gente de guarnición se fué con toda la más gente que tenía á juntar con Fabricio Colona. Y ambos á dos capitanes con los infantes y caballos que llevaban se fueron por la otra parte del río abajo, porque se decía que los franceses querían pasar por la otra parte del río abajo, pues por aquella parte habían sido estorbados. Y así los españoles procuraban en todas las maneras del mundo de irles á la mano en aquel hecho, y con esta voluntad apresuraron su camino á tiempo que los franceses aderezaban de hacer el paso á la otra parte del río del Garellano. Es este río en la provincia de Campania y va á entrar en el mar Mediterráneo. Por la otra parte de Mola corre entre Sant Germán y Ponte Corvo y nace del lugar del lago de Celano, junto á Celano y Ortuchia. Es muy grande río y muy hondo, por manera que no se halla en él vado ninguno, en especial en aquel tiempo que era año de muchas aguas y era en el principio del invierno. Por esta razón los franceses tenían voluntad de pasar el Garellano á se ver con los españoles á las manos. Diego García de Paredes y Fabricio Colona, llegando luego, asentaron su real contra los franceses por la otra parte del río y no los dejaron hacer el paso para pasar la otra parte del río como deseaban, y los franceses no hacían sino pasar en barcas de la otra parte del río á escaramuzar con los españoles por darles rebatos en aquel lugar donde se habían alojado. En las cuales escaramuzas los españoles por se defender entre los unos y los otros había siempre muertos y heridos de la una y de la otra parte. De esta manera aquellos capitanes españoles detuvieron á los franceses, que nunca pudieron echar la puente hasta que tuvieron lugar, según que abajo se dirá. En este tiempo el Gran Capitán, que estaba, según dicho es, en Sant Germán, como supo la necesidad que de su persona y gente había en el Garellano y lo que los franceses trabajaban en querer pasar de la otra parte del río echando su puente, y el trabajo con que de aquellos

dos capitanes era defendido aquel paso, luego á muy gran priesa se partió de Sant Germán con todo su ejército y fuese á juntar con Fabricio Colona y con Diego García de Paredes en el Garellano. Y como allegó en el lugar contrario de los franceses, viendo la disposición de la ribera y asimismo el ejército francés y su asiento, con muy gran diligencia ordenó como convenía la guardia de la ribera que está junto á la torre, adonde Pedro de Paz y Alonso de Carvajal habían quedado, cuando el Gran Capitán se partió de Sant Germán, según dicho es. Y luego más abajo en la ribera junto á la marina, adonde estaba una torre fuerte, envió al capitán Pedro Navarro y á otros capitanes con seiscientos hombres de guerra para que estuviesen allí en guardia de aquella ribera, y llevaron asimismo cuatro falconetes y otra artillería menuda. Y hecho esto el Gran Capitán, viendo cómo los franceses querían echar en el río la puente, ordenó de no poner guardia en la ribera del río, por cuya defensión y seguridad del Gran Capitán mandó hacer una trinchea, para que los españoles que estuviesen de guardia en aquel paso estuviesen cubiertos sin que recibiesen algún daño de la artillería francesa que desde la ribera les tiraba. Después de esto un día, siendo de guardia en el paso de la ribera el coronel Villalba y el capitán Zamudio y el capitán Pizarro, pasaron en barcas de esta otra parte adonde la guardia española estaba hasta ochenta franceses, y atravesando el río vinieron á dar junto aquel lugar, donde hallaron que hacían la guardia los españoles. Y el capitán Zamudio y los otros capitanes, como los vieron venir, salieron á ellos con cuarenta hombres y pelearon un gran rato con ellos; y de tal manera los recibieron que á fuerza de brazos los levantaron hasta dar con ellos en el río en aquel lugar donde las barcas habían quedado, adonde en su seguimiento mataron é hirieron algunos franceses; los cuales, siendo en la barca metidos, se pasaron á su campo de la otra banda del río; los españoles se tornaron al lugar donde hacían la guardia. Muchos días estuvieron españoles y franceses en aquella ribera, en que no dejaban cada día de visitar con escaramuzas, por razón que los franceses nunca hacían sino pasar en barcas el río y atravesar de una y de otra parte á se ver con los de la guardia española, forzando siempre los franceses de los echar de aquel lugar. Y de esta manera otro día siguiente, siendo de guardia el capitán Pedro de Paz y Alonso de Carvajal, fueron avisados cómo otro día habían los franceses de echar la puente, porque ya la tenían acabada y no les faltaba otra cosa salvo de echarla en el río para pasar de la otra parte. Y los capitanes españoles que eran de guardia, no se hallando muy seguros en aquel hecho, enviáronlo á decir al Gran Capitán, diciéndole asimismo que mandase poner recaudo en la guardia del paso, porque ellos cumplían aquella noche con su guardia y habían sabido que la mañana siguiente habían los franceses de echar la puente, y que ellos no tenían aderezo suficiente para les defender el paso. Luego á la noche que cumplieron la guardia Pedro de Paz y Alonso de Carvajal, el Gran Capitán envió á Diego García de Paredes con la gente que le pareció ser bastante para la guardia del paso, y Diego García de Paredes con aquella gente tomó la guardia y estuvo ende todo lo demás del día que los franceses no echaron la puente; y siendo á hora de vísperas los franceses comenzaron á echar la puente, la cual era con grande ingenio de barcas encadenadas y entretravadas unas con otras, y encima de ellas enclavadas unas tablas muy gruesas, por manera que se puede decir ser aquella puente hecha con no menor ingenio que las que Julio César, dictador de Roma, hizo para que su ejército pasase el río contra los sicambros, según que se lee en sus mismos comentarios. Después que fué la puente echada, según dicho es, pasaron por ella hasta cuatrocientos franceses; y todos juntos, con buena orden y grande ímpetu, dieron en la guardia española que Diego García de Paredes tenía, el cual los recibió con no menor ánimo que fortaleza; porque siendo Diego García de Paredes hombre de gran hecho en la guerra, procuró á la sazón con todas sus fuerzas dar buena cuenta de sí y de la guardia del paso que le había sido cometida; y por esta razón arremetió con toda su gente á los franceses, y de tal manera se hubo con ellos que en muy breve tiempo los desbarató á todos y por fuerza de armas los hizo retraer á la puente. Y en tanto aprieto los puso y tan de recio cargó sobre ellos, que no pudiendo todos entrar en la puente, los que de fuera quedaron cumplieron con sus vidas, siendo ende todos muertos á golpes de espada. Hubo

muchos ahogados en el río, los cuales fueron por todos más de cincuenta franceses. El Gran Capitán, que ya había sabido cómo los franceses se habían pasado con la gente de la guardia y que Diego García de Paredes andaba peleando con ellos, envió á gran priesa un soldado que dijese á Diego García de Paredes que hiciese como quien él era y que si hubiese menester socorro de gente que se lo hiciese saber y que luego le socorrería con gente. Diego García de Paredes, que grandes cosas había hecho aquel día, viendo que los franceses iban ya de vencida y que no le podían durar mucho tiempo en el campo, envió á decir al Gran Capitán con el mismo soldado: «Decid al Gran Capitán que en tanto que yo fuere de guardia que yo le aseguraré el campo de los franceses, y que al presente no tengo necesidad de su ayuda ni de otro ninguno, y que no tenga temor que la guardia se perderá». Con esto se fué aquel soldado al Gran Capitán, y Diego García de Paredes, forzando todavía á los franceses, los hizo retraer á su campo, que de la otra parte del río estaba, y él, dejándolos de seguir más, se tornó con su gente á su estancia, adonde se estuvo hasta que pasó el día de su guardia.

CAPÍTULO CVI

De cómo siendo de guardia en el paso de la ribera D. Rodrigo Manrique y Alonso de la Rosa perdieron aquel día á la guardia, y lo que después de esto sucedió.

Después que Diego García de Paredes, según dicho es, cumplió su guardia, otro día siguiente el Gran Capitán señaló que fuese de guardia D. Rodrigo Manrique y Alonso de la Rosa, con cien españoles y con doscientos alemanes y con doscientos caballos italianos. Y estando que estaban haciendo aquel día la guardia, procurando en todas maneras los franceses apartar si pudiesen los españoles de aquella guardia, que aquello les era muy grande impedimento á su propósito, que era pasar de esta otra parte del río, según dicho es, pues este día determinaron pasar la puente; y como fueron de esta parte de la puente arremetieron recio contra la guardia española, y los capitanes españoles, por mala orden que en el recibimiento de los enemigos tuvieron, perdieron la guardia y por poco no se perdieron todos. Y fué la causa de la desorden consentir salir los capitanes á su gente toda de tropel, de donde sucedió que estando el artillería francesa asentada contra la punta del bestión de la guardia española y la gente saliese á escaramuzar con los franceses toda de tropel, descargáronla toda junta contra los soldados de la guardia, de lo cual murieron á esta causa muchos hombres llevados con el artillería. Y en esto los soldados italianos, que mezclados con el escuadrón de los españoles andaban, como vieron el daño que el artillería les hacía, no quisieron pelear, antes desamparando el bestión por su parte, se comenzaron todos de retraer al cuerpo de su campo. Los alemanes, viendo que los italianos se retraían, comenzaron ellos asimismo á los seguir, por manera que no quedaron en el campo sino algunos españoles, los cuales, dado caso que se detuvieron un buen rato defendiendo á los franceses no tomasen el bestión de la guardia, no pudieron tanto hacer que al fin no prevaleciese más el número desigual de los franceses; por donde convino á los españoles retirarse á su campo como lo habían hecho los otros primeros, y de esta manera los franceses ganaron el bestión de la guardia, con harto daño que el artillería hizo en los españoles, el cual se perdió aquel día por el mal orden de los capitanes que en él cargo tenían. Y á esta sazón se había ya comenzado á sentir en el campo español este desbarato de los de la guarda, por lo cual todos alborotados tomando las armas á muy gran prisa, el que más aina podía iba á echar los franceses de aquel lugar que los suyos habían perdido. Pero los franceses, viendo venir á todo el ejército español sobre sí, lo mejor que pudieron se comenzaron á retirar á su campo, no se atreviendo á esperar á los españoles que eran muchos más sin comparación que ellos y no se pudieran sustentar en la guardia de aquel bestión que habían ganado. De los primeros que socorrieron fué Diego García de Paredes y el capitán Zamudio y el capitán Pizarro y el coronel Villalba con mil y quinientos hombres, y fueron á la mayor prisa que pudieron en seguimiento de los franceses, que ya se habían comenzado á retraerse muy á su salvo. En esto, luego tras ellos allegaron el Gran Capitán con toda la demás gente del ejército, al cual como Diego García de Paredes fuese y

viese al Gran Capitán díjole: «Señor, qué habemos hecho, pues que nuestros enemigos sin temor nuestro se metieron por los términos de vuestro campo haciendo el daño que, señor, veis que han hecho? Gran vergüenza es nuestra». Entonces el Gran Capitán, creyendo que los franceses habían quedado apoderados en el bestión de la guardia, mandó que todos juntos arremetiesen contra ellos y los echasen de la guardia y que cobrasen el bestión. Diego García de Paredes, que muy bien sabía el estado de los franceses, de cómo dejado el bestión se retiraban á la puente, dijo al Gran Capitán: «Señor, lo que los franceses deseaban hacer ya me parece que lo han hecho, que ha sido quitar nuestra guarda del paso con el daño y muerte de vuestra gente; ya ellos se retiran á su campo, desamparando vuestra guarda y no hay al presente casi con quien pelear; por tanto, señor, mi parecer es que no pasemos más adelante, y pues de esta otra parte no hay ningún francés con quien pelear y no tenemos otros enemigos con quien combatir sino es con su artillería, que muy peligrosa se muestra contra nosotros, según que habemos visto, para haber de aventurar la gente de esta manera mejor sería que esperásemos á que pasasen mil ó dos mil franceses y que entonces diésemos todos sobre ellos, adonde sin ninguna duda teníamos cierta la victoria y podíamos ganar todo su campo». El Gran Capitán le respondió fuera de todo buen propósito diciéndole: «Diego García, pues no puso Dios en vos miedo, no lo pongáis vos en mí». Entonces Diego García de Paredes, con muy grande enojo que de aquellas palabras que el Gran Capitán le dijo recibió, le tornó á responder: «Señor, lo que yo tengo dicho no son palabras de miedo, que si hoy no hay quien meta mayor miedo en vuestro campo que yo meteré, seguro está; pero yo haré que de aquí á veinte días, si quisiéredes caminar, nos metamos dentro en Francia, quedando vencidos y rotos los franceses». Y en diciendo estas palabras muy airado descendió de su caballo y púsose á pie con la infantería y á muy gran priesa comenzó á caminar hacia la puente con voluntad de pasar de la otra parte á pelear con el campo francés. Y para esto usó de un ardiz muy de sabio, y fué que mandó parar su gente algo apartados de la puente y fingiendo que iba á hablar con los franceses, así como estaba armado, quitado el almete y puesto un morrión, tomó una espada de dos manos en el hombro y se metió por la puente del Garellano que los franceses habían echado poco antes. Los franceses como le conocían, viendo que venía solo y con un continente que parecía venir de paz, se allegaron pacíficamente á hablarle; el cual en llegando á ellos los saludó con mucha cortesía, y los franceses asimismo, y llegado que fué, los franceses le dijeron: «¿Qué manda el valeroso capitán Diego García de Paredes?» El cual les respondió: «Yo querría hablar al capitán general y á los otros capitanes cosa que á todos conviene; por esto haced que todos se ayunten aquí». Lo cual hacía con fin que como el artillería francesa estaba toda casi las bocas de los cañones á la puente, por donde ningún español podía pasar sin ser muerto, llegados allí los franceses tenían á sus espaldas el artillería, de tal manera que no podía jugarse sin matar primero á los mismos franceses que habían venido á hablar con Diego García de Paredes. Pues pidiendo Diego García de Paredes por el capitán general y otros capitanes para que allí se juntasen, que les quería hablar, según dicho es, y venidos allí todos, Diego García de Paredes les dijo: «Ya sabéis todos cómo el Gran Capitán Gonzalo Hernández y otros muchos y entre ellos yo habemos venido aquí por servir al Rey D. Fernando, nuestro señor, acerca de la conquista de este reino de Nápoles, y vosotros como servidores del poderoso Rey Luis de Francia, para oponeros contra nosotros, y pues por esta razón aquí nos habemos juntado, bien será hacer prueba de nuestras personas». Y diciendo esto, con la espada de dos manos que tenía se metió entre ellos, y peleando como un bravo león, empezó de hacer tales pruebas de su persona, que nunca las hicieron mayores en su tiempo Héctor y Julio César, Alejandro Magno ni otros antiguos valerosos capitanes, pareciendo verdaderamente otro Horacio en su denuedo y animosidad. Los españoles que él había dejado aparte, viendo lo que pasaba, todos hechos una cuña arremetieron á la puente, así para socorrerle como para pelear con los franceses, los cuales, viendo venir á los españoles tan determinados á se meter por la puente, saliéronles al encuentro y mezclados con ellos comenzaron á pelear con mucha fortaleza, y como Diego García de Paredes estuviese tan encendido en ira, por lo que poco antes había pa-

sado él y el Gran Capitán, hacía tanto de su persona, que sin duda ninguna si la otra gente española fuera igual en número con los franceses, aquel día se perdiera todo el campo francés. Y así se mostró tanto que con aquella gente que traía consigo entre muertos á golpe de espada y anegados en el río fueron aquel día más de quinientos franceses. Y verdaderamente todavía pasaran los españoles la puente sino por razón del artilleria que andaba muy espesa entre los españoles y morían muchos de aquella causa, por haberse retraído los franceses de tal manera que podían jugar su artillería contra los españoles que estaban en la puente. Y lo que más les dañaba era que la puente y sitio de ella era llano y no había ende reparo alguno do se pudiesen defender del artillería y muy gran daño recibían; determinaron todos juntos de se retirar al bestión de su guardia. Y como Diego García de Paredes anduviese en tanto peleando con los franceses, creyendo que, según las palabras pasadas del Gran Capitán, tenía voluntad de pasar la puente á pelear de la otra parte con todo el campo francés, no mirando cómo toda la gente suya se retiraba, quedó él solo en la puente como valeroso capitán peleando con todo el cuerpo de los franceses, pugnando con todo su poder de pasar adelante. Pero como él no fuese sino uno solo, dado que grandes cosas hacía en armas, no pudo tanto sufrir que no sintiese bien la fuerza de los franceses, la cual por le traer á la muerte ponían. Y por esta razón, siendo amonestado de sus amigos que mirase su notorio peligro, le convino lo mejor que pudo recogerse adonde su gente estaba, y así, aunque bien cargado de golpes, por su fuerza y valor, salió del poder de los franceses, que aquel día le pusieron en muy gran peligro la vida; y cierto Nuestro Señor le quiso favorecer y guardar aquel día en particular, porque allende del daño que de la gente con quien se combatía podía recibir, descargaron contra él algunos cañones de artillería menuda y gruesa, ninguno de ellos le perjudicó en cosa alguna, aunque de verdad fué mucha la gente española que murió á manos de los franceses. Finalmente, librándole Dios su persona de peligro, se retrajo adonde la demás gente española estaba en el bestión de la guardia, donde lo recogieron alegremente viéndole sano.

CAPÍTULO CVII

De cómo el Gran Capitán, pareciéndole bien lo que Diego García de Paredes había dicho, quitó la guardia del paso de la puente; y cómo un capitán gallego que estaba en la torre del Garellano la vendió á los franceses por dinero, y de lo que sucedió.

Retirado que fué Diego García de Paredes á la estancia donde los españoles tenían la guardia, y los franceses tornados á su campo con gran pérdida que aquel día hubieron en su gente, según dicho es, el Gran Capitán pesó muy bien lo que Diego García de Paredes el día antes le había hablado aconsejándole. Al cual pareciéndole muy bien el consejo y buen aviso, determinó de lo así hacer y poner por la obra, y por esta razón luego mandó á los españoles que tenían aquel día la guardia del paso de la ribera que la dejasen y se recogiesen todos á su campo, pensando que de aquella manera, viendo los franceses desamparada la guardia que los españoles solían tener, pasaban contra los españoles poco á poco; y así de aquella manera pensaban deshacerlos en muy poco tiempo, según que Diego García de Paredes lo había pensado. Finalmente, dende ahí adelante no se curaba el Gran Capitán de poner guarda en el paso de la puente, esperando que los franceses pasasen. Pero no avino así como el Gran Capitán deseaba, antes espantados los franceses de lo que el día pasado habían con los españoles habido, adonde murieron, según dicho es, muchos, viendo con cuánta osadía y atrevimiento los españoles les habían acometido, no teniendo en nada el peligro de sus vidas, y en menos el artillería, que muy gran daño les hacía, como habéis oído en el capítulo antes de éste, determinaron de no pasar más por la puente, sino que con mucho secreto se partiesen de ahí la vía de Gaeta, adonde pensaban tener aquel invierno, con voluntad que aquella punta del verano venidero saldrían por otra parte á conquistar aquel reino, y que asímismo mediante aquel tiempo el Rey de Francia les socorrería con más gente, con que reharían muy mejor su ejército que á la sazón tenía. Estando, pues, los franceses en esta voluntad, no dejaban, ya que por la puente no pasaban, de atravesar el río con barcas y escaramuzar con los españoles y tornarse á su

campo lo más á su salvo que podían. Y con esto un día acaeció que pasando doscientos franceses en barcas el río abajo, vinieron á dar en la torre del Garellano, adonde, según arriba dijimos, el capitán Alonso de Carvajal y Pedro de Paz con su gente de guarnición habían quedado cuando vino de Mola á Sant Germán, y después que vino de Sant Germán á se poner en aquella ribera en contra de los franceses, el Gran Capitán les había mandado juntar consigo, dejando ende un capitán gallego con diez hombres de guerra con todo lo necesario para sustentación de la torre, para que no solamente la defendiesen con todo su poder y fuerzas, que según la fortaleza de la torre era solos ellos bastaban para la defender; empero que avisasen al Gran Capitán de todo lo que en el campo francés pasaba, de donde muy bien señoreaba y atalayaba el asiento de los franceses. Los cuales como vinieron sobre la torre, con gran diligencia intentaron de la tomar por fuerza de armas, y así le dieron algunos combates. Pero según la torre era fuerte por demás, les era á los franceses pugnar de la tomar contra la voluntad de los de dentro, y por esta razón determinaron de contratar secretamente con los gallegos que les diesen la torre, que ellos les prometían de les dar dos mil coronas de oro. Los gallegos luego de presente no querían aceptar tan feo partido; pero al fin, como estimasen más la codicia del dinero que no la honra que les debiera constreñir á no hacer cosa de tanta infidelidad y menoscabo, creyendo que ya que vendiesen la torre no se sabría, poniendo alguna colorada excusa en aquel caso, determinaron de tomar las dos mil coronas y de dar la torre á los franceses. Finalmente, los franceses trajeron las dos mil coronas y los gallegos las recibieron, dejando á los franceses apoderados en la torre, y yéndose á su campo se presentaron ante el Gran Capitán pidiéndole perdón debajo de una falsa relación que le hicieron; y fué diciendo habían trabajado en la defensa de aquella torre muchos días, en los cuales habían pasado gran hambre y no menor temor de ser ende tomados y ser todos muertos, y viendo cómo no habían podido ni pudieran sustentarse más tiempo en la torre, á esta causa sacaron por mejor partido de se la dejar á los franceses con sus vidas que perecer sin sacar fruto de su pertinancia. El Gran Capitán, oyendo á aquellos soldados la causa que hubo en la pérdida de aquella torre, y la diligencia que los gallegos en la defensa pusieron, que verdaderamente le pareció ser así verdad, les perdonó, como aquel que era el más humano y manso de corazón de los nacidos. Pero al fin como las cosas de semejante calidad no duren mucho tiempo encubiertas, dende algunos días que esto pasó, se supo en el campo español la traición y fea contratación de los gallegos, de cómo habían vendido á los franceses la torre por dos mil coronas, según dicho es; y por esta razón, indignados contra los gallegos no embargante al perdón del Gran Capitán, entre sí mismos los hicieron á todos pedazos, no dejando hombre de ellos á vida, por manera que los gallegos acabaron con el castigo que su dañada codicia mereció.

CAPÍTULO CVIII

De cómo el Gran Capitán ordenó quemar la puente de los franceses con un ingenio de fuego artificial, y de la gran hambre y pestilencia que á la sazón había en el ejército español y francés.

Mucho tiempo estuvieron españoles y franceses en el río del Garellano debajo de los más fortunosos días que nunca fueron de aguas y nieves, que, según en muchos lugares de esta historia está dicho, fué aquel invierno el más recio que nunca los nacidos se acuerdan haber visto; y junto con esto los atormentaba mucho la gran penuria que de bastimentos tenían, de cuya causa con muy gran trabajo la gente se sostenía, y verdaderamente si no cayera en nación aparejada para trabajos más que cuantos hoy son, no se pudieran sufrir que de aquel lugar no se levantaran. Pero contra todos los trabajos se ponían los españoles por no perder un tan solo punto de su honra, que es de ellos muy estimada. Asimismo les allegó con la hambre la pestilencia que fué Nuestro Señor servido dar en el campo español, de que muchos soldados fueron tocados y muertos. Por lo cual viendo cómo duraba tanto tiempo en el ejército la hambre, que gran pasión sentían, y asimismo el temor que de la justicia divina contra ellos se mostraba tenían á causa de aquella contagiosa enfermedad, comenzaron todos á decir al Gran Capitán se levantase de aquel lugar,

pues que veía el gran trabajo que padecían, lo uno de hambre, lo otro de enfermedades de que se moría mucha de su gente, y que placería á Nuestro Señor que mudando el lugar, todo se repararía y la enfermedad cesaría. Esto todo decían al Gran Capitán cada día, y entre ellos andaba un murmurar, casi dando á mostrar que si el Gran Capitán no se alzaba de aquel lugar, ellos se levantarían contra su voluntad. Pero el Gran Capitán, que en prudencia y sagacidad de las cosas de la guerra no hallaran otro su igual, con palabras llenas de toda mansedumbre comenzó de decir á sus soldados: que bien conocido tenía el gran saber suyo y el buen consejo que en muchas cosas le habían dado, el cual había seguido conforme á sus voluntades de ellos; pero el que al presente le daban, que era que se levantase de aquel lugar, no cabía en su corazón; que por esta razón no estaba determinado de le seguir; lo uno porque si se levantase de aquel lugar los franceses que no se osaban determinar de hacer de sí cosa, á la hora libremente harían á su voluntad de se ir á Gaeta, adonde se reharían aquel invierno, que sería no haber hecho nada en todo lo pasado y perder todo aquello que hasta allí habían trabajado. Lo otro era que los franceses no estarían tan á su sabor que no sintiesen ellos lo mismo, y aun por ventura mucho más que en su ejército se sentía, porque clara cosa es que siendo una misma tierra y no adonde los franceses estaban tan abundante como la que ellos tenían, le sería asimismo comunal el mal y falta de bastimentos que tenían, y por tanto, él determinaba de no se mover de aquel lugar, diciendo que de mejor voluntad iría tres pasadas adelante á buscar la muerte que no dar tan solo un paso atrás buscando la vida. Con esto que el Gran Capitán dijo á los suyos, sabiendo su voluntad cuán firme fuese de corazón, determinaron de seguir su consejo, deseando morir donde su capitán muriese y vivir donde viviese, y así se detuvieron que de ahí adelante no entendían en pensar en la hambre y enfermedad que tenían, sino en buscar nuevas artes y maneras para echar los enemigos de allí y quitarles del todo la parte que del reino tenían. Pues entre muchas cosas que se hacían, el Gran Capitán ordenó de hacer un ingenio con el cual de todo punto aniquilarían lo que de la puente los franceses habían hecho, metiéndola toda por el suelo. Y fué así, que en una barca grande hizo meter mucha leña y mucha composición de fuego artificial, y en otras barcas hizo meter mucha gente de guerra en conserva de la otra barca que llevaba el fuego; y había de ser que un poco antes que llegasen á la puente habían de pegar el fuego y poner la boca debajo de la puente, por manera que, como la puente fuese sobre barcas edificada, fácilmente se quemase. Finalmente, con esta orden, siendo á boca de noche la sobredicha gente en las barcas, se partieron tomando un trecho bueno el río arriba de la puente, y viniendo el río abajo pusieron fuego á la barca en que venía la composición, mucho antes que debieran; por manera que, comenzando á arder con mucha fortaleza, como allegó á la puente no llevaba fuerza ninguna, y así por no lo saber hacer aquellos á quien aquel caso fué cometido, no hubo efecto ninguno, el cual se siguiera muy cumplido si á tiempo conveniente se pusiera el fuego, y todavía pudiera ser que aprovechara, sino que á la sazón que comenzó de arder la barca, vino muy fuerte agua del cielo, por manera que en breve mató el fuego. Y por está razón, dejando los de las barcas aquel hecho imperfecto, se tornaron á sus estancias enojados y mal parados del agua que en muy gran cantidad cayó aquella noche, y con gran pasión que tenían del poco fruto que de aquel hecho habían sacado, que por muy cierto tenían que hubiera buen fin si se supiera hacer.

CAPÍTULO CIX

De cómo el Gran Capitán ordenó de hacer otra puente por la parte de arriba del río del Garellano, y de cómo vinieron á su real Bartolomé de Alviano y otros muchos caballeros Ursinos á le ayudar en aquella guerra.

Contado ha la historia que el Gran Capitán, siguiendo el consejo y parecer de Diego García de Paredes, mandó retirar á su campo los que hacían la guardia en el paso de la puente de los franceses, pensando que los franceses, siendo desembargados del paso de la guardia de la ribera, más libremente tentarían á pasar de la otra parte, y que de aquella manera se podrían los españoles aprovechar mejor de los franceses. Pues dice ahora la historia que después de la refriega de aquel día en que, con muerte de más de quinientos

franceses, los españoles se señalaron sobre la puente del Garellano, nunca más quisieron los franceses pasar la puente como solían, antes determinaban de se querer levantar de allí y irse á tener aquel invierno á Gaeta, lo cual verdaderamente causara muy gran dilación en aquel negocio si de otra manera no sucediera, según que abajo se dirá. Pues viendo el Gran Capitán cómo ya los franceses no pasaban como solían, andaba muy solícito buscando todas las maneras que podía para dañar á los franceses; y así acordó de hacer el río del Garellano arriba, encima de la puente de los franceses dos millas, otra puente por do pasase la gente de su ejército de la otra parte del Garellano á dar en los franceses por sus estancias, que de aquel hecho estarían bien descuidados. Pues estando el Gran Capitán en esta voluntad inclinado, vino al real Bartolomé de Alviano, que fué capitán mucho tiempo de venecianos y era varón de muy excelente y sutil ingenio y en el oficio de la guerra muy avisado, con el cual vinieron muchos nobles caballeros y todas las cabezas de los Ursinos, y allí vino Fabio Ursino y Pablo Ursino. Fabio Ursino murió en esto del Garellano de una saeta que le hirió en la cabeza. Vino asimismo el hijo del Conde Pitilano, Nicolao Ursino y Firmato Ursino, un buen caballero, y con ellos venían el Príncipe de Agilina y el capitán Vitiloso y Julio Vitilio su hermano con otros muy buenos caballeros, y traían consigo cien hombres de armas y doscientos caballos ligeros y mucha y buena infantería. Bien es de creer que estos caballeros y capitanes, siendo hasta este tiempo enemigos del Rey de España, que no le vinieron á ayudar en esta guerra tanto por le servir principalmente cuanto por su propio interés, que era ver á los españoles apoderarse de todo punto ó al menos en lo más y en lo mejor del reino de Nápoles, que según hasta allí habían llevado lo peor los franceses y no se esperaba que alzarían más cabeza; por donde si los franceses perdían aquello poco que tenían en el reino, sin ninguna duda á ellos les convenía (quedando en desgracia del Rey Católico) perder sus estados que en aquel reino ellos tenían. Y por esta razón acordaron con buen seso de se reconciliar con el Rey Católico y servirlo en aquella guerra y no esperar lo que sucedería por los franceses, de cuyo fin los principios, que hasta allí muy contrarios les habían sido, daban verdadero testimonio. Finalmente, después de la muerte del Papa Alejandro sexto, habiendo hecho cosas señaladas en la ciudad de Ariminio y en otras tierras de la Iglesia, y asimismo con el Duque Valentino y su estado, según que en muchas escrituras auténticas se halla, Bartolomé de Alviano con estos capitanes y caballeros que he dicho en la historia, se vinieron á servir al Rey de España contra aquellos que hasta allí habían tenido por muy amigos. Pero á la verdad, según que otras muchas veces habemos dicho, nadie no debe fiar en la fe de aquellos Príncipes de Italia, porque allí vive aquel que vence, y de esta manera, como acaece entre los perros, allégan-se al vencedor y tórnanse del vencido. Pues el Gran Capitán, con la venida de estos caballeros, considerando la necesidad que de gente tenían y el buen socorro que le había llegado, húbolo á gran placer y así los recibió con muy grande honra, según que á tales hombres convenía; y en especial se holgó con el capitán Bartolomé de Alviano, que, como dicho es, era varón de muy gran saber y discreción, y con el Gran Capitán comunicaba todos los hechos de aquella guerra, y así le dió parte de lo que tenía determinado de hacer acerca de la puente para pasar á los franceses, dándole asimismo cuenta de lo que hasta allí le había acaecido con los franceses, diciendo cómo ya no pasaban como solían por la puente á escaramuzar con ellos, y que le pesaba mucho según la necesidad que en su ejército había y la enfermedad tan cruel como entre ellos estaba sembrada, y de esta causa tenía voluntad de una vez dar fin en aquel hecho del río y no diferirlo tanto tiempo. Díjole asimismo la gana que su gente en general tenía que el ejército se retrajese á otro lugar para que se reformase de provisiones y de salud, que mucho les era menester, y que hasta entonces los había detenido amorosamente con voluntad que tenía de hacer aquella puente y de ir á dar en los franceses antes que ellos se retirasen á Gaeta, según que lo tenían en voluntad de hacer. Otras cosas le dijo el Gran Capitán, pidiéndole su parecer en todo. El capitán Bartolomé de Alviano, que muy atento estuvo á todo lo que el Gran Capitán le dijo, con deseo que tenía de le ayudar en aquella guerra, con gran fe y amor respondió al Gran Capitán diciendo: cuán grande incon-

veniente era en un negocio de la calidad de aquel hecho poner dilación, y en especial viendo lo poco que los franceses á la sazón tenían en el reino de Nápoles y lo mucho que podían tener si les diese de holgura hasta el verano venidero; por donde muy gran daño venía al reino y á su ejército pujando en gente y fuerzas los franceses, y que pues ahora tenían tiempo aparejado para dar el fin en esta empresa, que no esperase más ni largas dilaciones, sino que se aprovechase del tiempo según que se podía, considerando asimismo la voluntad y deseo que su gente tenía de moverse de aquel lugar; y que así lo haciendo, que á cualquier parte que los llevasen irían de muy buena gana, cuanto más que con aquel deseo, aunque les pareciese dificultoso al presente, ellos irían contra los franceses, según que estaban mal parados con el tiempo y hambre y enfermedades, de muy buena gana; mayormente viendo que lo mismo había en el campo de los enemigos, en especial no siendo los franceses gente tan dura y aparejada para sufrir trabajos como lo eran los españoles; que de esta causa clara cosa era que el tiempo que, así como era común, así lo sería en todas las otras cosas en necesidades que ellos tenían, por donde con mayor diligencia se debiese hartar su voluntad, que era hacer la puente para pasar á los enemigos, y que haciendo ellos lo que debían en todo su poder que lo demás lo encomendasen á Dios, que lo hiciese como él mejor fuese servido. Muy alegre fué el Gran Capitán con la respuesta de Bartolomé de Alviano, siendo como era allegado á lo que él tenía de antes en voluntad de hacer, para lo cual en especial dió autoridad ser aquel capitán hombre de muy gran consejo y bien experimentado en aquel menester. Por lo cual luego sin más tardanza (dado caso que la gente del ejército quisiera antes que se retrajeran aquel invierno á Cieza ó á Nápoles el Gran Capitán no quiso), dando muy gran priesa en el hacer de la puente, la cual encomendó que la hiciese Bartolomé de Alviano. Y con gran diligencia este capitán hizo llegar muchas barcas en un lugar dos millas sobre la puente en esta manera: juntáronse tantas ruedas de carretas cuantas era capaz lo ancho del río. Sobre estas ruedas se pusieron las barcas que eran menester, y después sobre las barcas se labró la puente; de manera que aunque en el hacer de la puente se dió toda la brevedad que ser pudo, hízose un edificio no poco sutil y digno de ser igualado á aquel de Jerges en el río Daño. Finalmente, puesta la puente, el Gran Capitán, que estaba con el ejército español en el paso, según que arriba es dicho, luego como supo que la puente era acabada y echada en el río, á la hora aderezó á se mover de aquel lugar y de se ir á juntar con Bartolomé de Alviano en el lugar de la puente. Y un día, levantándose todo el ejército de allí con muy buena orden, acaeció que vino tan gran tempestad de agua que los soldados y gente, que hasta allí iban en muy buena orden, no pudieron aguardar sus escuadrones, por manera que les convino á todos, unos por una parte, otros por otra, ir á buscar lugares donde de tan gran tormenta de agua se pudiesen guarecer. Unos se fueron así desordenados á Sant Germán y los demás tornaron con el Gran Capitán atrás á la ciudad de Cieza y sus casares. Finalmente, fué tan grande la desorden que aquel día hubo en el ejército español, á causa de esto del tiempo tan contrario, que luego se divulgó por toda aquella provincia que los franceses habían desbaratado á los españoles y que los habían hecho retirar con mucho daño á los sobredichos lugares, atribuyendo el desbarate de aquel ejército, no al tiempo, según que de verdad se podía atribuir, sino á los franceses; los cuales podemos creer, según en aquel tiempo estaban de mal parados, que mayor deseo tendrían de paz que de guerra. De esta causa se levantaron algunos lugares por Francia que de antes eran de España, como fué Oliveto y todo su condado y otros lugares; pero al fin fueron reducidos á la Corona de España, según que se dirá en su lugar. Estuvo el Gran Capitán en Cieza doce días, en los cuales recogió su gente en uno, que, como dicho es, todos se habían dividido por lugares diversos. Después que hubo llegado su gente, una tarde se partió de Cieza llevando el camino donde Bartolomé de Alviano estaba con la puente, y fué á dormir aquella noche á un casar que está cuatro millas del río, y luego otro día de mañana puso su gente por escuadrones y partióse de aquel lugar la vía del río. Y como llegó donde Bartolomé de Alviano estaba y vido la puente echada hubo muy gran placer de ello, y exhortando primero su gente con buenas y animo-

sas palabras antes que pasasen la puente, de la manera que hizo Julio César pasando el Rubicón, diciendo: *Jacta est alea*, dió la vanguardia al capitán Alviano y á Diego García de Paredes y á Pedro Navarro y al capitán Pizarro y á Leonardo Villalba con seiscientos españoles escogidos, los cuales pasaban primero la puente, y luego tras él pasó el Gran Capitán con la retaguardia con los alemanes y gente del ejército. Y caminando los españoles que llevaban la vanguardia la vía donde los franceses tenían su real, allegaron á una villa que llaman Castelforte, que era en el camino, y estaba por Francia con otros dos castillos comarcanos, los cuales tomaron á fuerza de armas y los dejaron por España. Luego pasaron adelante y fueron aquella noche á dormir á unos casares que están abajo de Castelforte, y allí estuvo el ejército aquella noche esperando para luego á la mañana ir á dar en el real de los franceses que no muy lejos de aquel lugar estaba.

CAPÍTULO CX

De cómo se venció la batalla del Garellano y el Gran Capitán fué en seguimiento de los franceses, los cuales se habían levantado del Garellano á se retirar á Gaeta, y de cómo les tomó el artillería y los encerraron en Mola y después en Gaeta.

Luego, á la mañana siguiente, el ejército español se movió de los casares de Castelforte y comenzó á caminar la vía del Garellano, adonde tenían su real los franceses, llevando la vanguardia Bartolomé de Alviano con aquellos capitanes y gente que dicho ha la historia. Los franceses aquella noche que el ejército español estaba en los casares de Castelforte fueron avisados cómo habían los españoles pasado el río y cómo venían de voluntad de se juntar con ellos en batalla, y asimismo cómo habían recibido algunos lugares en su devoción de los que se mostraban por Francia, tomando algunos de ellos á fuerza de armas, de que muy gran pesar recibieron. Por esta razón el Marqués de Mantua y el Marqués de Saluces y monsiur de Alegre, con todos los otros caballeros y capitanes franceses, á muy gran prisa mandaron alzar su real de aquel lugar y irse camino de Gaeta, temiéndose que los españoles los acometieran aquella noche que durmieron en los casares de Castelforte. Y con este temor luego aquella noche á la media noche se levantaron del Garellano haciendo meter en barcas todo el artillería gruesa para que la llevasen el Garellano abajo á la marina. Y hecho esto así, á muy gran prisa comenzaron á caminar la vía de Gaeta. En esto Bartolomé de Alviano y los otros capitanes y gente que llevaban en la vanguardia, no sabiendo que los franceses eran levantados del lugar donde estaban, se estuvieron quedos en un llano que está á dos millas de Trayeto, y queriéndose mover de allí para dar en los franceses, viniéronles nueva cómo los franceses se habían levantado del Garellano y de cómo se iban á gran prisa camino de Gaeta y que se habían partido aquella noche á la media noche. Bartolomé de Alviano, que estaba para se mover en seguimiento de los franceses, allegó el Gran Capitán con trescientos caballos y con dos mil alemanes, y como fué sabedor del levantamiento de los franceses y la prisa que llevaban para se meter en Gaeta, hubo de ello gran pesar. Por lo cual sin ningún detenimiento dió prisa en el caminar de su gente en seguimiento de ellos por el mismo camino que los franceses llevaban, y envió adelante á Bartolomé de Alviano y á Próspero Colona con doscientos caballos para detener á los franceses, en tanto que él llegaba con la otra gente del ejército. Pues como el Gran Capitán llegó al asiento donde habían tenido el real los franceses, junto á la puente halló que las barcas que llevaban el artillería, por la gran fortuna del tiempo, no habían podido caminar el río abajo, por lo cual convino al Gran Capitán detenerse allí un rato por las tomar. Y así fué que el Gran Capitán tomó toda el artillería francesa, sin que se salvase cosa ninguna de ella, y luego á muy gran prisa, dejando gente en la guardia de ella, y asimismo personas que tuviesen cargo de la llevar la vía de Gaeta por donde ellos iban, el Gran Capitán se movió de allí en pos de los franceses. Bartolomé de Alviano y Próspero Colona, que, según dicho es, se habían adelantado con doscientos caballos ligeros en seguimiento de los franceses, allegaron á un paso de una puente de piedra que está cuatro millas de Mola, y como los franceses que iban á más andar la vía de Gaeta vieron venir aquellos caballos ligeros españoles, tor-

naron sobre ellos hasta cien hombres de armas creyendo que no había más gente de la que parecía, y dieron tan de recio en los franceses y los franceses en ellos, que sin hacer muestra de resistencia volvieron las espaldas, aunque los capitanes Bartolomé de Alviano y Próspero Colona trabajaron mucho por los detener. Pero al fin no los pudiendo tener, convino á Bartolomé de Alviano y á Próspero Colona con solos veinte caballos españoles detener en el paso de la puente, entre los cuales quedaban Carlos de Paz y Escalada, varones de muy gran virtud y ánimo; y así hicieron tanto estos españoles, que aunque eran pocos, aquel día juntamente con Próspero Colona y Bartolomé de Alviano defendiendo á los franceses que no pasasen la puente, adonde ya habían acudido más de doscientos hombres de armas que fueron dignos de memoria. En esto el Gran Capitán, que venía detrás, obra de tres tiros de ballesta, allegó con la infantería que Diego García de Paredes y el capitán Pedro Navarro traían y con muy grandísimo ímpetu dieron en los franceses que con aquellos veinte caballos españoles peleaban en la puente. Pero los franceses como vieron venir la infantería, luego conocieron que era allí todo el ejército español, y por esta razón todos á muy gran prisa dejaron la puente y volvieron las espaldas á se juntar con su campo, que iba adelante la vía de Mola. En esto el Gran Capitán, esforzando á los suyos, que muy cansados venían del camino, según que habían caminado aquel día bien tempestuoso de aguas que había hecho y hacía, aunque con gran trabajo, viendo la victoria en las manos, crecieron en fuerzas y corazón y con muy gran prisa fueron en pos de los franceses, donde mataron muchos de ellos que ya los habían alcanzado. En este seguimiento de los franceses, el Gran Capitán, con la mucha prisa que llevaba en el alcance, y como la tierra estaba llena de resbaladeros, de los lodos que las grandes aguas de aquel año habían causado, cayó con el caballo en el suelo; el cual levantándose con mucha diligencia sin recibir ningún daño, vió cómo muchos de los suyos habían acudido á le cobrar y ver lo que había recrecido de la caída que el Gran Capitán había dado, y tornado á cabalgar muy ligeramente, dijo á su gente con alegre rostro: «Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere». Ciertamente se puede creer que aquel gran dictador de Roma, Julio César, á este Gran Capitán no hizo ventaja así en fuerzas como en corazón, prudencia y consejo, porque de él se lee que yendo á conquistar á Africa, allegando en un puerto con su flota cerca de Alejandría, mandó á toda su gente salir á tierra, y en saltando él de la barca á tierra, dió una gran caída y dijo estas palabras: «Aquí tengo á Africa», como dando á entender que no se le podía ir de su poder, tomando de aquella caída favorable pronóstico en los hechos que emprendía. Pues tornando á nuestro propósito, el Gran Capitán, que ya había cabalgado, comenzó á seguir el alcance de los franceses. A esta hora era casi el sol puesto, y los franceses, quedando muertos muchos en el campo, con gran temor se recogieron en Mola, no osando aquella noche pasar á Gaeta, y haciéndose fuertes comenzaron á defender la entrada de los españoles en aquella ciudad. A esta sazón llegó el Gran Capitán á Mola con trescientos hombres de caballo y con dos mil infantes españoles y alemanes; y como vió que los franceses no habían pasado adelante de Mola, antes se habían hecho fuertes, mandó á Diego García de Paredes y á Pedro Navarro que con aquellos dos mil infantes tomasen la batalla y que acometiesen á los franceses por la parte de la montaña, y él se puso á pie con los alemanes y se puso en lo bajo á la puerta de la ciudad para acometer á los franceses por aquel lugar. Diego García de Paredes y el capitán Pedro Navarro, con la gente y orden que el Gran Capitán les dió, comenzaron á dar en los franceses por lo alto de la montaña y pelearon con ellos un gran rato, en el cual mataron é hirieron muchos de ellos. En el mismo tiempo el Gran Capitán, que se había quedado en la parte de lo bajo de la ciudad, asimismo acometió á los franceses con los alemanes, y luego tras él los caballeros y gente de armas comenzaron á combatir. El capitán Fabricio Colona y Próspero Colona y el Duque de Termoli y Bartolomé de Alviano y el Prior de Mecina, de tal manera cargaron sobre los franceses, los unos por la una parte, los otros por la otra, que en muy breve tiempo los pusieron en muy gran estrecho; los cuales asimismo eran combatidos y no con menor fuerza de Diego García de Paredes y de Pedro Navarro, que, como es dicho, tenían

el combate de la parte de la montaña. Finalmente, los franceses se sintieron tan aquejados por los españoles, que no lo pudiendo más sufrir les convino desamparar á Mola y ponerse en huída la vía de Gaeta, que está cuatro millas de Mola, pensando de se poder salvar en aquella ciudad por ser más fuerte, creyendo que los españoles no les seguirían más por aquel día, por razón que la noche era muy cercana. Pero el Gran Capitán, que bien sabía usar de la victoria y buena ventura que Dios le daba, salió de Mola tras los franceses, y matando é hiriendo siempre en ellos los fué siguiendo hasta los meter por las puertas de Gaeta, donde perdieron aquel día los franceses la guarnición de Monte, que es en aquella ciudad de Mola la fortaleza y castillo de ella y de otras. Muchos de los franceses, dejando la ciudad con temor que así se tomaría Gaeta como Mola, se recogieron á las naves y galeras que estaban en el puerto, adonde cargó tanta gente que por se meter en las galeras se anegaron en la mar muchos de ellos, entre los cuales señaladamente se ahogó Pedro de Médicis, que según la historia ha contado tenía la parte de los franceses y tenía la villa y castillo y Abadía de Guillerma por ellos. Fué este Pedro de Médicis aquel que fué con la embajada de parte de la señoría de Florencia al Rey Carlo octavo, predecesor de este Don Luis doceno, que dió mala cuenta de sí y fué á esta causa desterrado de Florencia y sus bienes confiscados y publicados como en el principio de esta historia se dijo asaz largamente. De esta manera, pues, haciendo los españoles muy gran daño en los franceses, vino la noche que los despartió y fué causa que aquel día no viniese la ciudad de Gaeta á su poder, por donde les convino partirse de allí y tornarse aquella noche á Castellón. Murieron en este alcance más de tres mil franceses. Gran trabajo pasó en aquel día el Gran Capitán con su gente, y verdaderamente se puede decir y debe creer que capitán ni gente del mundo padecieron tanto trabajo cuanto padecieron aquel día los españoles, por razón que todo aquel día y la noche que sobrevino nunca cesó de llover con muy gran tempestad de agua, y con toda aquella adversidad de tiempo habían andado con las armas á cuestas más de diez y siete millas sin comer ni descansar y andando á la mayor prisa que pudieron los infantes, que nunca dejaron los caballos en todo el camino, antes con muy gran orden los fueron siguiendo; y verdaderamente bien mostró allí la gente española ser para mayores trabajos que otra ninguna nación del mundo, según lo que aquel día pasaron y por sus personas hicieron. Finalmente, el Gran Capitán, dejando recogidos en Gaeta á los franceses que de aquel desbarato quedaron, juntamente con el Marqués de Mantua, el Marqués de Saluces y monsiur de Alegre, sus capitanes, todo lo que quedó de aquella noche dieron descanso á sus cuerpos, porque del trabajo pasado bien lo habían menester. El Gran Capitán recogió toda la gente que con la victoria andaban unos de otros apartados, y allí en Castellón se estuvo hasta la mañana.

CAPÍTULO CXI

De cómo el Gran Capitán luego de mañana fué sobre Gaeta y la tomó, y lo que allí le aconteció.

Otro día de mañana, después de la rota de los franceses entre Mola y Gaeta, según que dicho es, habiéndose recogido á la ciudad el Marqués de Mantua y el Marqués de Saluces con la gente que les quedó, el Gran Capitán se movió de Castellón con todo su ejército para ir sobre Gaeta, que había sido avisado que los franceses á muy gran prisa se embarcaban para se partir la vía de Francia por mar en las galeras y naves que allí en el puerto estaban. Y así era la verdad, que aquella noche que los franceses se recogieron á Gaeta el Marqués de Mantua y el Marqués de Saluces se juntaron haciendo llamamiento de monsiur de Alegre y de monsiur de Sandicor y de otros capitanes y nobles caballeros franceses é italianos, adonde delante de todos el Marqués de Saluces habló diciendo: que ya habían visto el daño y muertes que aquel día habían hecho los españoles en los suyos y el poco fruto que estando en campo con los españoles habían sacado, dado caso que fuesen tan pujantes en gente y fuerzas como ellos lo habían sido y lo eran de presente; que menos provecho pensaban esperar si ahora quisiesen salir en campo contra los españoles, antes tenían el daño y peligro en las manos, y que estarse aquel invierno encerrados en Gaeta queriéndose ende hacer fuertes y esperar socorro

del Rey de Francia no lo podían hacer por dos cosas, la una por la falta que tenían del artillería, la cual era muy necesaria, que los españoles se la habían aquel día tomado, así la que venía por el río como la que venía por tierra, y que este era gran inconveniente para no se poder defender en aquella ciudad. La otra era que para haberse de poner á defender la ciudad que había mucha gente en demasía y provisión muy poca, de cuya causa era imposible poderse sustentar la gente cercada mucho tiempo, y que pues dejar la ciudad sin la defender no lo habían ni debían hacer, á él le parecía que se deshiciesen de toda la gente, dejando solamente para defensión de la ciudad aquella que les pareciese que sería menester, que de aquella manera él creía que la ciudad por ser fuerte se podría defender y que de otra manera no hallaba cómo se pudiese hacer aquella defensión. Muy bien pareció á todos aquellos señores y capitanes lo que el Marqués de Saluces dijo, por lo cual pusieron en el monte Orlando, que así se llamaba en Gaeta, la gente que era menester en su guarda y asimismo de las otras partes de la ciudad. Luego como fué de mañana aquel día, hicieron embarcar en las galeras dos mil hombres que les pareció ser demasiados de aquella gente que habían menester y mandábanles que se fuesen á Francia para venir con el socorro que creían que el Rey de Francia les enviaría el verano venidero. Así que, estando los franceses embarcándose para pasar á Francia, allegó á Gaeta el Gran Capitán, que de todo había sido avisado aquel día, y los primeros que allegaron fué Diego García de Paredes y Pedro Navarro y Nuño de Ocampo, que llevaban la vanguardia con hasta cien caballeros y cuatrocientos infantes. Los cuales como allegaron al arrabal de Gaeta, vieron cómo los franceses se embarcaban á muy gran prisa con gran miedo. Por lo cual los españoles les comenzaron de tirar con el artillería que tenían en las galeras, estorbándoles la subida al monte, que ya los españoles comenzaban de subir por tomar aquello que era lo más fuerte de la ciudad. Es verdad que el artillería les hacía mucho daño, pero no fué tanto que por ella no dejasen los españoles de subir. A esta sazón allegó el Gran Capitán con todo el ejército, al cual como vieron meterse tan determinadamente en el arrabal que seguía la gente de la vanguardia que de primero había, comenzaron á subir al monte, teniendo todavía presente la fuerza de los españoles, acordándose el daño que el día pasado habían hecho en los suyos, determinaron de no les esperar ni de experimentar su poderoso brazo, y por esta razón toda la gente que estaba en el monte, desconfiando de su salud, le desmampararon y se retiraron á la ciudad y castillo. En esto Diego García de Paredes y Pedro Navarro y Nuño de Ocampo acabaron de subir el monte con toda la gente de la vanguardia, los cuales antes que el Gran Capitán llegase habían hecho grandes cosas por ganar el monte; y luego tras ellos allegó el Gran Capitán con todo el ejército, por manera que se apoderaron del monte de todo punto. Luego aderezó el Gran Capitán de combatir la ciudad, que era lo menos, porque aunque la ciudad de Gaeta sea en sí fuerte, no tiene que hacer con la fortaleza del monte, en el cual consiste toda la fortaleza de la ciudad; y por esta razón tomando el monte poco caso se hacía de lo demás, porque se tenía por muy cierto que se ganaría aquel día. Como fué el Gran Capitán, luego mandó combatir la ciudad por muchas partes, adonde unos por una parte y otros por otra pusieron en tanto estrecho á los franceses que estaban á la defensión, que viéndose perdidos y que no tenían ende ningún remedio en su salud, por razón de estar el monte fuera de su poder, determinaron de desamparar del todo la ciudad de Gaeta, y así á muy gran prisa unos se iban á las naves y los otros se retiraban al castillo, donde el Marqués de Mantua y el Marqués de Saluces con monsiur de Alegre y otros capitanes y gente francesa se retiraron. Y desde allí, viendo del todo perdida la ciudad y que ellos asimismo se perderían si quisiesen ende hacerse fuertes en aquel castillo, determinaron de venir en concierto con el Gran Capitán en esta manera: Que diesen libertad á todos los que en aquella guerra habían sido presos de su gente y que les diesen paso en las galeras francesas que estaban en el puerto para que se fuesen adonde más fuese su voluntad, embarcando asimismo todos los bienes que tenían los franceses en aquella ciudad, y que fuesen eso mismo en lo que tocaba á sus personas y los que estaban retraídos en el castillo libres, y que de esta manera darían luego el castillo al Gran Capitán y se saldrían de él y de la ciudad; y que

donde no, que la más honrosa muerte suya sería aquella, pues la emplearían en defensión de su libertad. El Gran Capitán, como era humanísimo de corazón, no mirando que tenían la victoria en las manos y que muy cumplidamente pudiera recibir venganza de aquella gente que tan injustamente y con tanto daño de los españoles habían procurado oprimir el reino de Nápoles y hacerse señores de todo, hubo por bien de dar libertad á los prisioneros y á ellos facultad, pero en lo que decían de los bienes dijo que no se consentiría sacar cosa ninguna. Esto hizo el Gran Capitán á instancia de su gente, los cuales no quisieron venir en aquel partido, queriendo pagar sus trabajos que hasta allí habían en la conquista del aquel reino padecido con el despojo de sus enemigos. En esto se pasó aquel día, y aquella noche durmió el Gran Capitán en lo alto del monte Orlando, esperando á que la mañana siguiente le entregasen los franceses el castillo. Los cuales, tornando otra vez á suplicar al Gran Capitán la libertad de sus bienes, pues que de las personas ya la tenían, y viendo cuán puesto y determinado estuviese el Gran Capitán en no les dejar ir con sus bienes y viendo que no podían hacer ende otra cosa, entregaron el castillo al Gran Capitán, habiendo primero dado libertad de su parte á los prisioneros franceses. Pues saliendo los franceses después de haber entregado á Gaeta, Gonzalo Hernández á muchos que se iban por tierra les mandó proveer de caballos. Monsiur de Aubegni, Capitán General de los franceses, le dijo con un gesto medio riendo: «Gonzalo Hernández, ruégoos mucho que nos mandéis proveer de caballos gallardos y fuertes, porque nos sirvan para el ir y para volver», casi prometiendo de renovar la guerra. Gonzalo Hernández, entendiendo bien el fin por que lo decía, respondió: «Torná mucho en buen hora cuando os placiere, que las mismas cosas que ahora os doy de mi voluntad, que son vestidos, caballos y salvoconductos, fácilmente á la vuelta lo alcanzaréis de mi clemencia y liberalidad», dándoles á entender que si volviesen, correrían la misma fortuna. Pues de esta manera todos juntos se partieron de Gaeta para Francia, llevando unos el camino de tierra y otros por mar en las galeras, y así quedó la ciudad de Gaeta en poder del Gran Capitán y en devoción del Rey Católico, y los soldados ende hubieron gran saco de los bienes que los franceses tenían recogidos en aquella ciudad. Al tiempo que la ciudad de Gaeta fué tomada y entrada, según dicho es, habiendo venido un caballero catalán, llamado Cerbellón, al combate algo más tarde de lo que fuera necesario si se hubiera de dar el combate, armado con muchos penachos y muy galán en una barca, dando gran priesa á los remadores que se allegasen á los compañeros vencedores, mientras muchos estaban á la orilla del agua para ver lo que era, llegó don Diego de Mendoza preguntando quién era aquel que venía tan bien armado, aunque tarde. Gonzalo Hernández le respondió: «Como sois corto de vista, no conocéis que es San Telmo», y es porque llaman los marineros la estrella de San Telmo aquella que se muestra encima de la entena después de una oscura y grande tormenta prometiendo bonanza. Entendieron, pues, los que estaban presentes la delicadeza del decir del Gran Capitán, porque reprendía al Cerbellón por no haber llegado al tiempo del haber de combatir, sino en tiempo de paz. Los que presentes estaban rieron tanto que en desembarcando el Cerbellón le saludaron por San Telmo, el cual sobrenombre le quedó entre los soldados para siempre. Pues, volviendo al caso, muy gran daño recibieron los franceses en el camino sus personas, porque según iban perdidos y destrozados, unos de hambre y otros de frío, por ser en lo más fuerte del invierno, y otros á manos de villanos, y muchos fueron muertos por los caminos; y los que quedaron, algunos se fueron á Roma y otros quedaron en las tierras de Jordano Ursino, el cual los reparó lo mejor que pudo y los hizo muy gran honra y merced. Gran compasión fué de ver á los franceses entrar por Roma, no con aquella soberbia que trajeron cuando el Rey Carlo octavo entró en ella dos veces, según dicho es, mas muy al contrario trocada la soberbia en muy gran humildad; venían todos rotos, llenos de lodo, flacos y del todo perdidos, que aunque á la verdad, á la mayor parte de Italia fuese la nueva del vencimiento de los españoles alegre y regocijada, por todas partes, viendo aquella miserable gente que en la entrada del reino con tanto orgullo y presunción habían pasado, ahora tornar con las cabezas bajas, los más de ellos á pie y puestos en lo último de su perdición, no había nadie que de ellos no hubiese compasión. Pero vien-

do que recibían el castigo merecido queriendo ir contra los juicios divinos en justa sentencia y querer quitar las dos partes de aquel reino que por división y partición de los Reyes de España y Francia, según dicho es, le tocaban, fué la voluntad de Dios que así como todo lo quisieron, por ser contra justicia y razón, así lo perdiesen, y así la gente que venir los vía tan mal parados, sin compasión mostraban placer y alegría escarneciéndolos todos á una voz. De esta manera, que contado ha la historia, el Gran Capitán acabó de ganar el reino de Nápoles, no quedando los rebelados en él sino en algunos lugares particulares, los cuales después de esto acabó de ganar, según que la historia lo dirá en su lugar. Acaeció esto, que dicho es, en el mes de Enero de mil y quinientos y cuatro años.

CAPÍTULO CXII

De cómo el Gran Capitán envió á muchos de sus capitanes y gente contra algunos lugares que aun todavía estaban por Francia, y de cómo se partió de Gaeta para la ciudad de Nápoles.

Después que el Gran Capitán hubo tomado la ciudad de Gaeta tanto á su honra y con tanto daño de los franceses, que siendo partidos de allí el Marqués de Saluces y monsiur de Alegre con todos los demás capitanes y gente francesa, según que en el capítulo antes dicho es, se estuvo descansando en aquella ciudad quince días con muy gran placer que de la alcanzada victoria era razón tener, haciéndose mediante estos días muy grandes fiestas y regocijos en la ciudad, no solamente por los mismos soldados, que en muy grandes placeres y descanso de sus personas aquellos quince días estuvieron, pero los mismos ciudadanos, que ya veían el estado del reino de Nápoles juntamente con el de aquella ciudad á causa del Gran Capitán en toda paz y sosiego puesto. Y por esta razón así los unos como los otros, con nuevas invenciones y con nuevos trajes, regocijaban cada cual según su condición aquel tan deseado y alegre triunfo. En este medio el Gran Capitán, que nunca gozaba de alegría y placer, si no los gozaba y mezclaba con nuevos cuidados, para dar de sí y sus hechos cumplida y entera cuenta, sabiendo cómo aun había en el reino de Nápoles algunas villas y lugares que no estaban firmes por el Rey Católico, y otros que de todo punto estaban por el Rey de Francia, adonde estaba un capitán francés, el cual la historia en lo de arriba ha hecho mención, que llamaban Luis de Aste. Este capitán estaba en Venosa, una villa que es en la Puglia, y tenía trescientos hombres de armas y doscientos caballos ligeros y muchos infantes, y desde allí hacía muy gran daño en los lugares comarcanos, procurando de traer aquella provincia á la parte de Francia. Y por esta razón, así en lo uno como en lo otro el Gran Capitán quiso hacer y proveer, quitando de aquellos lugares aquel impedimento, y asimismo dejando limpio aquel reino de aquella carcoma de franceses, y luego dió esta orden en aquel caso repartiendo su gente y capitanes en esta forma: contra Luis de Aste envió al capitán Bartolomé de Alviano con los dos mil alemanes y con doscientos hombres de armas y con ciento y cincuenta caballos ligeros; contra el Conde de Capachón envió al capitán Pedro Navarro con mil y quinientos infantes; contra el Conde Conversano envió al capitán Pedro de Paz con mil infantes y con doscientos caballos ligeros y con sesenta hombres de armas; contra Gonfredo Borja, Conde de Oliveto, envió al capitán Fabricio Colona y Alonso de la Rosa con la gente que hubieron menester. Repartida, pues, la gente en esta manera, el Gran Capitán salió de Gaeta con toda aquella gente que le quedó, dejando la ciudad á buen recaudo y en el castillo artillería, gente y provisión la que pareció que convenía, y fuese la vía de la ciudad de Nápoles, adonde se le hizo muy solemne recibimiento, el cual si particularmente se hubiese de escribir sería comenzar obra de nuevo; bastará saber que entró en Nápoles de esta manera. Todo el despojo de los franceses, como fueron armas de todo género y toda el artillería y banderas y otras cosas manuales que se hubieron, venían en carros delante, cosa digna de maravillar la cantidad de todos. Luego venían en sus escuadrones los infantes, tras ellos los caballos ligeros y en medio venía el Gran Capitán cercado de los capitanes y de los más principales de Nápoles que le salieron á recibir. Más atrás venía la gente de armas, todas en muy buena ordenanza. Saliéronle á recibir con muy grandes invenciones de juegos y fiestas y grande compañía de damas y señores, las

principales de Nápoles, las cuales traían entre sí un carro triunfal más rico y bien labrado que aquel en que Julio César entró en Roma, cuando puso á Francia debajo del imperio de los romanos, según que Tranquillo en la vida de los emperadores lo escribe. Pero el Gran Capitán, con aquella humanidad de que naturaleza le dotó, desechando de sí toda soberbia, dando la honra á Dios, mediante quien había alcanzado tan grandes victorias de los franceses, no quiso entrar en el carro triunfal que aparejado le tenían, sino que quiso entrar así como venció, encima de su caballo y armado de sus armas. Y metido en Nápoles, fué á posar en los Palacios del Rey, adonde estuvo muchos días en gran descanso y haciendo los de la ciudad muy grandes fiestas, juegos y máscaras, que en aquel tiempo se celebraban los carnavales que llaman en Italia, y acá llamamos las carnestolendas, y tómase un mes antes, en el cual tiempo se regocijan mucho las ciudades, villas y lugares de toda Italia, según que tienen de costumbre y los que en aquellas partes han estado sabrán mejor el estilo de estas fiestas, adonde dejaremos al Gran Capitán, y contará la historia todos los capitanes que despachó para las villas y lugares rebeldes del reino de Francia.

CAPÍTULO CXIII

De cómo el capitán Diego García de Paredes, por mandado del Gran Capitán, fué sobre Sora, y el capitán Fabricio Colona sobre Oliveto, y de lo que hicieron.

Contado ha la historia cómo el Gran Capitán Gonzalo Hernández, después que recibió la ciudad de Gaeta y hubo de ella echado á los franceses y dado á su cuerpo algunos días de descanso, que envió á los más capitanes del ejército con gente en conquista de muchas villas y lugares del reino de Nápoles que se tenían por Francia, y que entre estos capitanes envió á Diego García de Paredes con dos mil infantes y con doscientos caballos ligeros contra una villa que dicen Sora, cabeza del ducado, que así se nombra al ducado de Sora. Pues dice ahora la hisforia que Diego García de Paredes con esta orden del Gran Capitán se partió de Gaeta á diez días andados del mes de Febrero del año de mil y quinientos y cuatro, y andando por sus jornadas allegó á una villa del ducado de Sora que se dice Arpino, la cual villa tomó por fuerza de armas; y dejando allí aposentada una parte de su gente con el capitán Pizarro y otros capitanes, él pasó adelante á otro lugar que dicen Casa Oliver, adonde estaba un capitán italiano que tenía aquel lugar por fuerza, al cual llamaban micer Bautista de Sora, con cincuenta caballos de guarnición. Y como Diego García de Paredes allegó sobre aquel lugar, aderezó luego de le combatir, cercándole primero muy estrechamente; al fin la hubo de tomar como había hecho á Arpino, y dejando allí aposentados tres compañías de gente, luego envió desde allí dos capitanes con sus compañías sobre otra villa que llaman Esclaví, la cual luego se rindió sin hacer muestra de defensión. Luego envió su comisario á una buena villa que dicen Santo Padre, con comisión que en aquella villa permitiesen aposentar toda la gente que había quedado de aposento de Arpino y de Casa Oliver y los de Santo Padre. Pero como fuese una gente indómita y belicosa, y asimismo la villa fuese así fuerte, pensando que se defenderían de los españoles, no quisieron recibir ninguno dentro de la villa, antes poniéndose en armas mostraron que no era su voluntad que entrasen á se aposentar. Habíanse recogido en esta villa de Santo Padre mucha gente de las otras villas y lugares de la comarca, por razón que era aquella villa mucho más fuerte que no lo era ninguna otra de las de aquel término, adonde se pensaron fortalecer y oponerse contra los españoles, si quisiesen venir á les tomar la villa como hacían en todas las otras villas y lugares. Y asimismo con el favor de esta gente los de Santo Padre estaban más duros y fuertes para no querer venir en ningún partido con los españoles, y por esta razón y por se mostrar ellos aficionados á franceses y defensores de su opinión, determinaron de no les recibir dentro. Diego García de Paredes, enojado con los de Santo Padre por ver el orgullo y osadía con que se oponían á los españoles teniéndolos en poco, hizo venir allí toda la gente que había dejado aposentada en Arpino y en Casa Oliver y en otros lugares de la comarca, y siendo juntos en Santo Padre, puso su cerco sobre aquella villa y túvola bien estrechamente cercada una noche y un día, y después metida toda la gente en armas, otro día dieron el combate á la villa. Hicieron tanto los españoles con el eno-

jó que contra los de la villa tenían, que de aquel combate la tomaron por fuerza de armas, adonde mataron y prendieron muchos hombres, así de los de Santo Padre como de los que allí se habían venido á defendella de la comarca de Sora y de Archea, entre los cuales prendieron á un pariente del Duque de Sora. Y entre el despojo que le fué hecho, le tomaron una sortija, la cual queriéndola rescatar de un peón que se la quitó, diciéndole que cuánto quería por ella y que se lo pagaría, el peón como en burla le pidió por la sortija mil ducados, el cual fué contento dárselos, y para estar cierto de la paga le daba en rehenes un su criado muy acepto. Lo cual referido al Gran Capitán, porque ya habían llevado los presos á Nápoles donde él á la sazón estaba, y vista por él la sortija, preguntó á aquel caballero que cuál era la causa que daba tanta cantidad por aquella sortija, no teniendo piedra que lo valiese, respondióle aquel caballero: «Ningún precio iguala á su valor porque es empresa de la más linda y preciada dama que hay en París, en la cual están sus armas». Oído esto por el Gran Capitán y vista la afición con que aquel caballero lo decía, mandó que de su cámara fuesen al soldado dados los mil ducados, y la sortija con otras muy ricas joyas dió á este caballero y lo libertó sin pagar ningún rescate. Pues, volviendo al propósito, todas las otras villas del ducado, como supieron lo que los españoles habían hecho en Santo Padre, no osaron insistir más ni se poner contra ellos, temiendo que lo mismo acaecería por ellos que de los que de las villas y lugares tomados por fuerza suelen acaecer; y por esta razón luego alzaron en aquellos lugares y villas del ducado de Sora las banderas de Aragón por el Rey de España, siguiendo de ahí adelante su opinión y parte. Y lo que después de esto sucedió, contarlo ha la crónica en su lugar, y dejará ahora á Diego García de Paredes en el Ducado de Sora, y dirá lo que Fabricio Colona y Alonso de la Rosa hicieron en el condado de Oliveto, porque aquellos capitanes no hicieron cosa que de contar sea más de acabar la presa que les fué cometida, tomando á Oliveto y á su castillo, metiendo á saco la villa y dejando todo el condado pacífico por España, no dice de ellos más y pasa su estilo á lo que el capitán Pedro Navarro hizo yendo contra el Conde de Capachón.

CAPÍTULO CXIV

De lo que hizo el capitán Pedro Navarro acerca de la empresa que el Gran Capitán le cometió, que era ir contra el condado de Capachón.

Entre los capitanes que, según dicho es, el Gran Capitán escogió para en conquista de muchas villas y lugares que tenían la parte de Francia contra España, fué uno de ellos el capitán Pedro Navarro con su gente, el cual poniendo en efecto aquel negocio allegó á una villa que se llamaba Altavilla, y detúvose ende tres días, mediante los cuales se aderezó lo mejor que pudo para comenzar á entender en aquello que tenía entre las manos. Y al fin de los tres días con muy buena orden se partió con su gente de Altavilla y vino sobre otra villa ó lugar que se llamaba Roca del Aspero, que se tenía por Francia. Este lugar y su fortaleza son conformes al nombre, porque es fuerte y áspero por manera, que con razón los mismos moradores intentaron de la defender de los españoles, y se sustentaron con todo su poder á la opinión de Francia. Pues allegando Pedro Navarro sobre aquel lugar, luego le cercó con mucha fortaleza y la puso con el cerco en muy gran estrecho. Pero los de la villa, no teniendo en nada el cerco de los españoles, no querían venir en ningún partido; por lo cual enojado el capitán Pedro Navarro, mandó meter la gente en armas y combatióla muy fuertemente, por manera que aunque la villa era asaz fuerte y de los de dentro bien defendida, hubo de venir en poder de los españoles, los cuales bien ejecutaron en ella todo el rigor que la pertinaz rebeldía suya merecía, en especial siendo cometida contra su mismo Rey y señor; porque después que por fuerza de armas la tomaron, mataron ende muchos hombres y saquearon la villa, que no quedó cosa que no viniese á manos y poder de los españoles. Después que la Roca del Aspero vino en devoción, aunque forzosa, del Rey Católico, el capitán Pedro Navarro movió de allí con su gente la vía de Chelino, adonde estaba el Conde de Capachón retraído con toda su gente. Y como el capitán Pedro Navarro allegó sobre Chelino, luego le cercó por todas partes estrechísimamente, por manera que el Conde no tuvo osadía de oponerse contra las fuerzas y poder de los espa-

ñoles, y también porque vió que no había lugar de donde fuese socorrido, por razón que la gente que en los lugares y villas estaba, que tenían la parte de Francia, harto tenían que hacer cada cual de defender su partido sin salir á socorrer á los aliados de su opinión. Y así por una cosa como por otra el Conde de Capachón, no se hallando seguro en Chelino, determinó de se venir á la merced del Gran Capitán por el Rey de España, y de esta manera el Conde se salió de Chelino sin tentar las armas contra los españoles, y dejando sus estados se fué á Nápoles por alcanzar perdón del Gran Capitán. Pero como no haya lugar perdón ni misericordia en aquellos que muchas veces hayan en un mismo delito incurrido, así el Gran Capitán, sabiendo que este Conde de Capachón fué siempre en deservicio del Rey Católico, con el cual muchas veces se reconcilió viniendo á la su merced y otras tantas se había levantado contra él, no le quiso perdonar, y por esta razón, dejando perdido su estado, se fué á Francia, y el capitán Pedro Navarro metiéndose en Chelino y en todas las otras villas y lugares del condado se tornó á Nápoles, donde el Gran Capitán estaba.

CAPÍTULO CXV

De lo que hizo el capitán Bartolomé de Alviano, á quien el Gran Capitán había cometido la empresa de Venosa contra Luis de Aste.

Habiendo los sobredichos capitanes Diego García de Paredes y Pedro Navarro dado buena cuenta de aquello que el Gran Capitán les había encomendado, que fué, según dicho es, tornar el ducado de Sora y el estado del Conde de Capachón en servicio del Rey Católico de España, de quien la crónica en los dos capítulos antes de éste ha tratado, quiere ahora contar lo que Bartolomé de Alviano hizo en lo de Venosa, adonde estaba el capitán Luis de Aste haciendo todo mal y daño, en aquellos lugares y villas de aquella comarca. Pues dice ahora que partido que fué Bartolomé de Alviano de donde estaba el Gran Capitán con los dos mil alemanes y trescientos hombres de armas y ciento cincuenta caballos ligeros, que luego se metió en el camino de Venosa, y envió adelante á los dos mil alemanes y él se quedó con los caballos atrás. Habianse de juntar los alemanes con D. Diego de Arellano, que estaba en frontera de Luis de Aste en Melfa. A este D. Diego de Arellano había el Gran Capitán enviado adelante antes que se partiese de Nápoles para Sant Germán, según que la historia lo ha contado, para que echase de Venosa á aquel francés Luis de Aste, y en todo aquel tiempo, por mucho que D. Diego de Arellano trabajó, nunca pudo hacer cosa ninguna. Pues dice ahora la historia que como el capitán Luis de Aste supo la venida del capitán Bartolomé de Alviano contra él, en socorro de D. Diego de Arellano, luego con mucha diligencia se aderezó para los esperar, proveyéndose de todo lo necesario para aquella guerra, como fué recogiendo en Venosa todas las vituallas que pudo haber de las villas y lugares de aquella comarca; y, porque algunos lugares eran sus contrarios, porque tenían la parte de España, salió antes que la gente de Bartolomé de Alviano allegase de Venosa, y fué sobre una villa que llaman Labelo por razón que aquella villa estaba por España, y asimismo porque era fama que había ende gran copia de bastimentos; y así llegando á la villa luego puso su cerco al derredor de ella, poniéndola en todo estrecho, pero los moradores se defendían con todo su poder. Después que la hubo cercado, mandó asestar con el artillería contra los muros de la villa por muchas partes, con la cual se batió muy fuertemente, y derribando con el artillería una parte del muro y de las defensas de lo alto, hizo meter su gente en armas, y allegándola á aquellos lugares que más malparados estaban del artillería, dió el combate á la villa con mucha fortaleza, por manera que aunque los moradores de Labelo pugnaron por se defender con grande ánimo y fortaleza, no pudieron tanto que al fin no viniese la villa en poder de Luis de Aste, la cual saquearon y tomaron ende todas las vituallas de pan y vino y cebada y otras muchas provisiones que hallaron en asaz cantidad, y cargándolo todo en carretas se vinieron todos con ello á Venosa, haciendo esto mismo en otros lugares comarcanos. Aquesto hacía Luis de Aste no sin ardid, por razón que su voluntad era, no sólo rehacerse en Venosa de grandes provisiones, pero asimismo que se las quitaba á los enemigos, por manera que sacando las provisiones todas de los lugares y villas comarcanas, no tendrían los enemigos con qué sustentar el

cerco, y de esta manera pensaba aventarlos de aquel lugar. En este medio los dos mil alemanes llegaron á Melfa, adonde Diego de Arellano estaba, el cual fué muy alegre con su venida, en especial cuando supo que Bartolomé de Alviano le venía á ayudar, porque bien creyó que de aquella vez no se excusaría Luis de Aste no dejar de todo punto á Venosa. Luego D. Diego de Arellano con aquellos alemanes y con la gente que tenía, salió de Melfa y fué sobre una villa que dicen Repola, que se tenía por Francia, y asentaron su real contra aquella villa, y aderezó luego de la combatir; por manera que de aquel combate la villa de Repola fué tomada y metida á saco, con asaz daño y muertes de los moradores de ella. Luego que fué tomada Repola, D. Diego de Arellano fué sobre otra villa que se dice Atela, adonde el Gran Capitán estuvo el tiempo de la partición del reino, según que dicho es. Allegando D. Diego de Arellano sobre aquella villa, púsole su cerco por todas partes y cada día le daba batalla, pugnando D. Diego de la tomar por fuerza de armas; pero como la villa fuese en sí fuerte y vigorosamente de los de dentro defendida, no la pudo D. Diego de Arellano tomar de aquella vez. Por esta razón se levantó D. Diego de Atela y tornó con su gente á Melfa. Luego llegó Bartolomé de Alviano con la gente de armas y caballos ligeros, adonde halló á los alemanes que ya se habían juntado con D. Diego de Arellano, y siendo juntos ambos á dos capitanes comunicaron entre sí todo lo que sobre la expedición de aquel negocio convenía, y hallaron que para haber de ir sobre Venosa, y asímismo sobre las otras villas que estaban al presente por Francia, que tenían muy grande necesidad del artillería, por razón que todos aquellos lugares eran bien murados; y por esta causa luego enviaron al castellano de Manfredonia, para que vista su necesidad, les enviase el artillería, porque sin ella no podrían hacer cosa alguna en la conquista de aquellas villas y lugares rebelados. El castellano de Manfredonia como supo la necesidad que aquellos capitanes tenían del artillería, luego les envió tres cañones reforzados y una culebrina y cuatro falconetes. Y como esta artillería llegó á Melfa, á la hora Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano con los caballos y infantes salieron de Melfa llevando consigo el artillería, y aderezando su camino contra una villa que estaba por Francia, que se llama Monarvino, y allegando sobre aquélla, asentaron su real alrededor de ella, adonde en los lugares más convenientes se dió asiento al artillería, y batíanla cada día muy fuertemente. Al fin se dió la batalla, adonde los españoles hicieron tanto de sus personas, que tomaron á fuerza de armas la villa de Monarvino y la metieron á saco, adonde hubieron los españoles muchas cosas ricas. Después de esto Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano se partieron de Monarvino con su gente y vinieron á una villa que dicen Espina Sola, y allí estuvieron sin hacer cosa que de contar sea, hasta que vinieron sobre la villa de Venosa.

CAPÍTULO CXVI

De cómo Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano fueron sobre Venosa y de lo que ende hicieron contra Luis de Aste.

Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano después que hubieron reposado algunos días en Espina Sola, según que dicho es, en los cuales concertaron de venir sobre Venosa, y así un día con toda la gente y artillería que tenían se partieron de Espina Sola y vinieron sobre Venosa á cercar ende á Luis de Aste. Y como llegaron á Venosa, luego asentaron su real junto á un monasterio de frailes que llaman la Trinidad; y después de asentado el real, encararon el artillería contra los muros de la villa por aquellos lugares que más daños les podían hacer. Por manera que todo el tiempo que sobre Venosa estuvieron, no dejó el artillería de tirar con mucha fortaleza, de que se hizo asaz daño en la muralla. En este medio no dejaban los franceses que dentro de Venosa estaban de tirar asimismo con el artillería á las estancias del campo español, con la cual se hacía no menor daño que ellos recibían; y los franceses asimismo salían muchas veces de Venosa y escaramuzaban con los españoles, adonde se hacían unos á otros todo el daño que podían. Pues estando los españoles en Venosa, según dicho es, el artillería con que de dentro les tiraban les hacía mucho daño; y por esta razón y porque estuviesen en sus estancias más seguros, ordenaron de reparar su campo de muchas trincheas para haber de llegar el artillería á la muralla, lo cual hicieron de tal manera que

allegaron con las trincheas al muro, lo cual pudieron muy bien hacer, porque cubiertos con la una hacían luego la otra trinchea tan cautamente, hasta que las llegaron al muro junto á los fosos de la villa; y siendo tan cerca de la muralla y fosos, luego hicieron otros reparos en el asiento del artillería, y fué de esta manera. Los españoles asentaron el artillería muy á su salvo junto al muro, con que tiraban á las defensas de lo alto con tanta fortaleza y tan á menudo, que los franceses no se osaban asomar á la defensa por recibir muy gran daño del artillería. Estando, pues, en este estado las cosas del reino de Nápoles, no quedando ya que hacer acerca de la recuperación del reino, salvo tomar algunas villas y lugares que aun estaban por Francia, como era Venosa y Conversano y Rosano, con otros lugares de menor calidad, según que en la prosecución de esta crónica se dirá, vino nueva al Gran Capitán cómo entre el Rey Católico D. Fernando de España y el Rey D. Luis de Francia se habían puesto treguas por tres años, siendo el Gran Capitán avisado y sabiendo que aquella era la voluntad de su Rey, aunque no determinada, acordó de suspender aquel hecho de guerra hasta tanto que le viniesen los capítulos de las treguas, según que habían de ser guardados y mantenidos. Y luego el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba envió su mandado á los capitanes que estaban en la villa de Venosa y al capitán Pedro de Paz, que estaba en Conversano, y al capitán Gómez de Solís, que estaba sobre la ciudad de Rosano, para que todos dejasen el cerco que cada cual tenía en las villas y lugares, así de la Pulla como de Calabria, y se estuviesen quedos en sus anteriores aposentamientos, dejando las sobredichas villas y lugares en su primera libertad, hasta tanto que hubiesen otro su mandado de nuevo. El capitán Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano que estaban sobre la villa de Venosa (según dicho es), luego sin más detener se alzaron de sobre Venosa y se retiraron á la villa de Labelo, adonde estuvieron hasta que otra cosa se acordó. El capitán Luis de Aste, que no con poco temor había estado hasta allí, viendo el estrecho y peligro en que el capitán Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano con su gente española le tenían puesto, como vió alzado el real de sobre Venosa, fortificó la villa y castillo de Venosa de toda la gente y vituallas y de todas las cosas necesarias á su defensión, y dejando la más gente que para defensión de la villa y castillo fué menester, se salió de Venosa y fuese á Trana, tierra de venecianos donde dende algunos días que allí estuvo se fué á Francia. El capitán Pedro de Paz, que estaba sobre la villa de Conversano, asimismo viendo el mandado del Gran Capitán (dado que tuviese á la sazón la villa de Conversano en punto de la tomar), obedeciendo su mandado, se levantó de sobre Conversano y se retiró á Orvino y otras tierras de aquella comarca; y eso mismo hizo el capitán Gómez de Solís, que se retiró con su gente á Curillano, adonde en estos lugares que dicho ha la crónica estuvieron aposentados hasta tanto que vino al Gran Capitán la claridad de las treguas entre los dos Reyes, como se debía tener y guardar.

CAPÍTULO CXVII

De cómo vino la declaración de las treguas al Gran Capitán, y de cómo los capitanes que hasta entonces habían estado suspensos en la guerra, comenzaron de nuevo á acabar el hecho comenzado, según que en la declaración se contenía.

Estando, pues, todos los campos de España suspensos todo el tiempo que la declaración de las treguas tardó, no haciendo cosa de que daño ni perjuicio á los franceses redundase, mirando mucho que por su parte las treguas no se quebrantasen, vino al Gran Capitán la declaración de todo ello. Y era que bien era verdad que los Reyes de España y Francia estaban atreguados; pero que las treguas no quitaban que todas las villas y lugares ó ciudades, que cualquier Príncipe tuviese por Francia ocupadas, no se pudiesen conquistar, antes expresamente se mandó que las dejasen al Gran Capitán por el Rey Católico don Fernando de España y no intentasen de las defender en manera ninguna. El Gran Capitán, habida esta relación y declaración, luego avisó á todos sus capitanes diciéndoles que sin ningún detenimiento acabasen de todo punto aquellos hechos de aquel reino, los cuales verdaderamente sin esperar declaración ninguna debieran de hacer guerra en aquellas tierras, por razón que en aquel tiempo de las treguas el Barón de Marzano y el Príncipe

de Rosano, sin las guardar según debían, salían de los lugares adonde estaban y hacían daño en los españoles que con el capitán Gómez de Solís y con el capitán Pedro de Paz estaban; pero ellos no querían ir contra las decisiones y treguas de su Rey, porque así les era mandado por el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. El capitán Bartolomé de Alviano, que estaba en Labelo, y el capitán D. Diego de Arellano, luego como supieron el mandado del Gran Capitán, se movieron de Labelo y con toda su gente fueron sobre la villa de Venosa, y de donde según dicho es el capitán Luis de Aste se había salido y ido huyendo á Francia, y por esta razón sin muchas armas ni resistencia los de Venosa se rindieron y recibieron dentro en la villa á los españoles, quedando de allí adelante aquella villa con todos los lugares de aquella comarca en toda paz y amor y reconciliados por el Rey Católico D. Fernando de España. Después de esto, el capitán Bartolomé de Alviano y don Diego de Arellano con los capitanes Ursinos que en aquel hecho les habían ayudado y favorecido con toda su gente, se tornaron á la ciudad de Nápoles á dar cuenta al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba de lo que habían hecho. El capitán Pedro de Paz, que se había retirado, según arriba dicho es, sabiendo la voluntad del Gran Capitán, se movió de aquel lugar y fué sobre una buena villa que dicen Oyra, que estaba por el Rey Luis de Francia; y por razón que no tenía toda la gente que había menester, envió al capitán Bartolomé de Alviano, antes que se partiese de Venosa, para que le enviase mil hombres de guerra, de los cuales tenía muy gran necesidad. El cual luego se los envió porque ya no tenía necesidad de ellos, y luego el capitán Pedro de Paz con aquella gente y con la otra que de antes tenía, tuvo muchos días cercada la villa, mediante los cuales se trabajó mucho por la tomar, pero no lo pudo hacer tan fácilmente por ser la villa muy fuerte en sí y asimismo muy bien defendida de los moradores de ella.

CAPÍTULO CXVIII

De cómo el capitán Pedro de Paz, haciendo muchos ingenios y minas contra la villa de Oyra, la tomó.

En todo el tiempo que los españoles estuvieron sobre la villa de Oyra, no dejaron los franceses de salir cada día á visitar el campo de los españoles con continuas escaramuzas, rebotándolos de sus estancias, adonde así de la una parte como de la otra había siempre muertos, heridos y presos. Y como el capitán Pedro de Paz tuviese por menoscabo de su honra haber estado tanto tiempo sobre aquella villa sin la poder tomar, recibiendo mayor daño en su gente del que hacían á los de dentro, determinó buscar todas las maneras y artes que pudo para haber de tomar aquella villa. Y para esto hizo hacer una mina bien grande contra de los muros de la villa, en que pasó muy gran trabajo. Los de Oyra, como sintieron hacer la mina al muro, hicieron por de dentro por aquella parte grandes reparos y un foso muy alto y ancho, por manera que aunque la mina derribase el muro, quedase la villa tan fuerte como de antes, y también se hizo el foso para ver si la mina que los españoles hacían, se pudiera descubrir por donde su fortaleza expirase. El capitán Pedro de Paz, después que la mina fué acabada, hízola enchir de mucha pólvora y cerrarla muy fuertemente, según que hacerse suele en los semejantes ingenios; y hecho esto mandó meter en armas su gente, y como fueron todos aderezados para dar la batalla, á la hora se puso fuego á la mina, la cual reventó con tanta fortaleza, que metió por el suelo una buena parte del muro. Según dijimos, como los de dentro se hubiesen fortificado con el foso y otros reparos del muro, dado caso que viniese á tierra, quedó la villa tan fuerte como de antes. Los españoles como vieron el muro caído, no viendo los reparos que los de dentro habían hecho, por razón del mucho polvo que la caída del muro causó, arremetieron como ciegos á entrar por allí, y los de la villa, que bien en orden estaban en los reparos, los recibieron de tal manera que muchos de los españoles perdieron allí las vidas, con poco daño que en ellos se hizo, á causa de quedar fuertes con los reparos con que se apercibieron. Los españoles, sintiendo el daño, retiráronse afuera, no pudiendo de aquel combate tomar la villa, y así se sosegaron en sus estancias aquella noche. Y luego otro día de mañana el capitán Pedro de Paz mandó aderezar su gente para dar otra vez el combate con voluntad de hacer de aquella batalla venir la villa en merced del Rey Católico ó morir en aquella demanda. Estando los

españoles para dar la batalla, los de Oyra, viendo que los españoles habían de poner todas sus fuerzas para los tomar y que les era dañoso intentar de los resistir con armas, determinaron de darse á partido, y así enviaron personas al capitán Pedro de Paz, que le hiciesen saber su voluntad y compusiesen con él que dejándolos libres en la villa sin recibir daño en sus personas, ellos le entregarían la villa y castillo de Oyra. El capitán Pedro de Paz, habido aquel mandado de los de la villa, luego mandó apartar su gente que ya estaba para dar el combate, y vino en aquello que le demandaban; y de esta manera los de la villa quedaron en merced del Rey Católico juntamente con el castillo, adonde dejó gente de guarnición. De ahí el capitán Pedro de Paz se fué á poner cerco sobre Conversano.

CAPÍTULO CXIX

De cómo el capitán Pedro de Paz, después que hubo tomado á Oyra, fué á poner cerco sobre Conversano, y de lo que sobre ello acaeció.

Habiendo ya tomado el capitán Pedro de Paz la villa y el castillo de Oyra, según dicho es, luego se movió de allí con toda su gente y fué á cercar á Conversano, que asimismo se tenía por Francia, adonde el Conde de Conversano cuando se fué á Francia había dejado un capitán, dicho por nombre micer Aníbal, con trescientos soldados italianos y franceses, sin la gente de la misma villa, que no era poca, toda gente determinada de morir por la opinión de Francia, en la cual el Conde su señor les había dejado cuando dende se partió. Pues allegado que fué Pedro de Paz sobre Conversano, puso su campo junto á un monasterio de frailes que está á media milla de la villa, y sentó el artillería en un lugar contra al muro que más aparejado le pareció ser, con la cual cada día se batía el muro con mucha fortaleza, de que se hacía algún daño. Eso mismo acaeció, que los de Conversano salían y daban rebatos en las estancias del campo español, y asimismo los españoles los recibían, en que mezclados los unos con los otros no poco daño y peligro padecían así de muertos como de heridos. Pues visitándose de esta manera que dicho es, un día salieron de Conversano hasta ciento y cincuenta de caballo y doscientos infantes, y vinieron á saltear las estancias de los españoles. Y como los españoles los vieron venir, luego con gran diligencia se aderezaron para salir á recibirlos, y revueltos unos con otros, trabóse entre ellos una muy brava y peligrosa escaramuza, adonde fueron muchos muertos y heridos de ambas partes. Pero al fin los españoles cargaron en los de Conversano con tanta fortaleza, que metiéndolos en huída, los fueron siguiendo hasta junto á los fosos de la villa. En este alcance murieron algunos soldados de los de Conversano, y los españoles dejándolos de seguir más, se comenzaron á retraer á su campo; y al tiempo de retraerse los de Conversano cargaron sobre ellos toda su artillería, la que por los muros y torres tenían contra el campo español asestada, en que mataron é hirieron algunos españoles. En este tiempo el artillería española no dejaba de tirar á los que estaban en el muro de Conversano, y en esto acaeció un gran desastre en aquel lugar, de que por poco muriera el capitán Pedro de Paz, y fué así. Que poniendo un artillero fuego á un cañón que estaba cargado contra el muro, reventó y saltó el fuego en veinte barriles de pólvora que estaban en el lugar de la munición, que no quedó pólvora que no fuese consumida. El capitán Pedro de Paz, que á esta sazón se halló cerca de la munición, quemósele malamente el rostro y parte del cuerpo, de que estaba tan malo que todos creyeron que muriera. Quemáronse asimismo algunos hombres, que ende se hallaron, y murieron con aquel rebato y triste infortunio. De este hecho fué luego la nueva al Gran Capitán, con la cual hubo muy gran pesar, en especial sabiendo el peligro del capitán Pedro de Paz, á quien él mucho quería, por ser uno de los fuertes y animosos capitanes que nunca en Italia pasaron, y por esta razón luego envió con sus veces al capitán Alonso de Carvajal, para que con aquella gente que sobre Conversano estaba, acabase aquel hecho que en muy buenos términos lo tenía el capitán Pedro de Paz, antes que le sucediera aquel desastre. Con este mandamiento del Gran Capitán se partió Alonso de Carvajal de Nápoles, y por sus jornadas vino sobre Conversano, adonde halló el campo español próspero, aunque el capitán Pedro de Paz enfermó gravemente, y luego como llegó allí dió orden en el combatir de la villa como

convenía. Y de tal manera les hizo la guerra y tan á menudo les daba la batalla, que los de la ciudad no pudieron más sufrir el trabajo que cada día padecían y habían padecido en aquel cerco, y así determinaron de dar la villa y castillo á los españoles, con partido que en sus personas ni haciendas no recibiesen detrimento ninguno. El capitán Alonso de Carvajal, comunicándolo con el capitán Pedro de Paz, que aunque estaba en la cama, con su consejo se hacía mucho en el campo, acordaron entre sí que así se hiciese. Pero como los españoles hubiesen en aquel cerco pasado mucho trabajo, con pérdida y daño harto suyo y de los amigos y compañeros, viendo como la villa se tomaba á partido, todos se metieron en armas y corrieron contra Conversano con voluntad de morir ó tomar la villa para la saquear. El capitán Alonso de Carvajal, que ya tenía afirmado con los de Conversano su seguro, hubo de esto muy grande enojo y trabajó mucho desviarlos de aquella fuerza. Pero la cosa, que muy inclinada estaba, no pudo resistirla, de manera que los españoles con gran osadía dieron la batalla á la villa, en que hicieron tanto de sus personas, que añadiendo en su virtud mayores fuerzas con la codicia del saco, tomaron la villa, haciendo gran daño en los moradores y gente de guerra que ende estaba, y metidos en Conversano saquearon la villa, que no quedó cosa que no viniese á su poder: lo cual fué hecho contra la voluntad de sus capitanes, porque merecían muy gran pena y castigo, si la multitud no los excusara. Finalmente, la villa y castillo de Conversano vino en poder de los españoles, dejando la villa y todo lo demás muy mal parado.

CAPÍTULO CXX

De cómo el Gran Capitán envió á Diego García de Paredes y al capitán Pizarro para que se juntasen con Gómez de Solís, que estaba en Garellano, y fuesen contra el Príncipe de Rosano y contra el Barón de Marzano, que se habían hecho fuertes en Rosano, y de lo que ende sucedió.

Siendo en la devoción del Rey Católico casi todo el reino de Nápoles, y no quedando cosa que no le reconociese por señor, según es dicho, empero había algunos que antes reconocían al francés que á él, y para esto el Gran Capitán contra el Príncipe de Rosano (que mantenía juntamente con el Barón de Marzano y otros señores y barones de aquella provincia el nombre de Francia, y haciendo grande junta de gentes salían de Rosano á correr todas las villas y lugares de aquella provincia que se tenían por España hasta llegar á Curillano, donde estaba en frontera con alguna gente el comendador Gómez de Solís) envió á Diego García de Paredes y al capitán Pizarro con dos mil infantes para que se juntasen con el comendador Gómez de Solís, que á la sazón estaba en Curillano y tenía consigo cien caballos ligeros y otros tantos hombres de armas, y que todos juntos fuesen contra Rosano, adonde el Príncipe con todos los principales señores y caballeros de aquella provincia se habían hecho fuertes. Porque era aquella ciudad en sí fuerte, de la cual todo el Principado dependía, y lo mismo habían fortificado otros lugares comarcanos, que son éstos: Santa Severina, Longo, Buco y la Escalada. Finalmente, los sobredichos capitanes españoles partieron de Nápoles mediado el mes de Mayo de aquel año de mil y quinientos y cuatro, y en fin del sobredicho mes llegaron á una villa que dicen Terranova de Tarsia, adonde estuvieron un día y una noche, y mediante este tiempo los capitanes españoles se juntaron y ordenaron entre sí lo que debían hacer cerca de aquel hecho de Rosano, adonde se acordó que, pues el Príncipe de Rosano se había hecho fuerte en aquella ciudad, adonde esperaba ser cercado de ellos, que clara cosa sería que todas las provisiones de pan y vino de aquel año y de todas las otras cosas necesarias para su mantenimiento procurarían meter en Rosano para poderse sustentar en el cerco, y por esta razón á ellos les parecía que sería bien acordado, para que mejor principio llevasen sus hechos, que se fuesen á juntar con el comendador Gómez Solís en Curillano, y que desde allí se partiesen á hacer el gasto y talas en los trigos, cebadas y viñas de aquellas tierras, porque los de Rosano no se aprovechasen aquel año de ello, que según la gente que dentro había (que sería entre soldados italianos y franceses y la gente de guerra de la misma ciudad, sin la otra gente que no era para tomar armas, más de tres mil hombres) grande falta les harían las provisiones en aquella tala, y este acuerdo que los capitanes hubie-

ron, á todos pareció muy bueno. Luego otro día siguiente á la punta del día Diego García de Paredes y el capitán Pizarro con toda la otra gente se partieron de Terranova de Tarsia, y el capitán Gómez de Solís con la gente de caballo, que ende tenía, salió fuera de aquella villa y juntóse con los otros capitanes españoles que dicho habemos, y así todos juntos, comunicando cou el comendador Gómez de Solís lo que habían determinado de hacer, se fueron á aposentar con el ejército á cinco millas de la ciudad de Rosano, en un bosque y matas muy espeso, que es junto á unas lagunas cabe la marina, adonde por aquella parte se podría hacer muy gran mal y tala, por razón que los de Rosano tenían en aquel lugar grande abundancia de sembradas, así de trigos como de cebadas, estando en el ejército los taladores y gente que habían de hacer el gasto, no se apartarían mucho de ellos y podrían hacer aquella tala más á su salvo. Pues como los españoles fueron aposentados en aquel lugar, y hechas sus estancias, según que se suele hacer en semejantes aposentos de campo, luego sin más detener enviaron los sacomanos á correr y cortar los trigos y cebadas que estaban aún verdes en el campo, y toda otra hierba para los caballos y bestias de carruaje del campo; y la guarda de los sacomanos fueron veinte caballos á hacerles la escolta mientras ellos talaban y cortaban las sembradas, así de trigo como de cebadas y otras legumbres que muchas había en aquellas partes, las cuales estaban ya cortadas y taladas de manera que no podían los españoles hacer mayor daño ni tala de lo que ende estaba hecho. Y la razón de ello fué que, como el Príncipe de Rosano hubiese sido avisado de la venida de los españoles contra él, usó de un ardid de guerra con el cual hizo daño á los españoles, y fué que hizo cortar y talar todas las sembradas que más pudo, así de trigo como de cebadas, así verdes como estaban, y habíalo todo hecho meter en la ciudad porque no faltasen para los caballos que estaban dentro en Rosano provisión, y por esta razón no hallaron mucho los españoles que talar por aquella parte, y aquel oficio de talar así era común á los de Rosano como á los españoles, salvo que se aprovechaban mucho los de la ciudad de las talas que se hacían, porque lo metían todo en la ciudad de Rosano.

CAPÍTULO CXXI

De cómo saliendo el mismo día que los sacomanos españoles talavan los trigos, el Barón de Marzano con gente á hacer la escolta á sus taladores, fué roto por Diego García de Paredes y muerta mucha gente de la suya.

Luego que los españoles, según dicho es, allegaron al bosque junto á la marina, enviaron los sacomanos con veinte caballos que hiciesen la escolta, para que segasen para los caballos del ejército todas las cebadas y trigos y otras hierbas que hallasen. Pues dice ahora la crónica que como el Príncipe hubiese mandado segar los panes y meterlos en la ciudad, que cada día salían de Rosano gentes que no entendían en otra cosa sino en segar todos los panes y cebadas y hierbas que en aquel término había; y que este día que los sacomanos españoles salieron, sucedió que asimismo salieron los de la ciudad á segar según lo tenían de costumbre, con los cuales salió el Barón de Marzano con cuatrocientos infantes y cien caballos ligeros y treinta hombres de armas á hacer la escolta, en tanto que los sacomanos segaban y cargaban. Pues acaeció que estando el Barón de Marzano haciendo la escolta, vieron cómo los sacomanos españoles talaban y gastaban aquellos panes y cebadas, y hacían muy gran daño en todo, por lo cual dejando á su infantería en una viña, él con los cien caballos ligeros y los treinta hombres de armas corrió hacia aquel lugar donde los sacomanos españoles andaban segando, y los veinte caballos como vieron venir tanta gente contra ellos volvieron las espaldas y fuéronse retirando hacia donde estaba su campo, y el Barón de Marzano los fué siguiendo á la mayor prisa que pudo hasta tanto que tomó todos los sacomanos, hiriendo primero algunos de ellos, y uno de los sacomanos herido de dos lanzadas se escapó de entre ellos, y al mayor correr que pudo llevar entró por el campo dando muy grandes voces diciendo lo que les había acaecido con los de Rosano, y de cómo llevaban todos los sacomanos presos. En esto Diego García de Paredes, que á la sazón estaba á caballo y se había hallado en la delantera del campo, como supo lo que los de Rosano habían hecho, y cómo llevaban presos á sus sacomanos, recogió hasta sesenta caballos lige-

ros y veinte hombres de armas, y fué en pos del Barón de Marzano, el cual con los sacomanos españoles se tornaba á la ciudad. Y tanto anduvo Diego García de Paredes con los caballos, que alcanzó al Barón y á su gente junto á una ermita derribada que llaman Santo Sodor, que está en las viñas de Rosano. El Baron de Marzano, como vió que no se podía excusar de no venir á las manos con los españoles, que ya lo habían alcanzado, tornó sobre ellos, y en una calle de viñas que ende estaba, se afrontaron los unos con los otros, adonde así revueltos pelearon bien más de una hora, haciéndose mucho daño, así de muertos como de heridos. Pues estando así trabados, Diego García de Paredes, que peleaba en la batalla delantera, viendo que por la disposición del lugar adonde peleaban no se podía aprovechar bien de toda la gente, hizo saltar en las viñas hasta cuarenta caballos de los suyos para que diesen por el costado en los enemigos, porque bien vió que de aquella manera más brevemente los desbaratarían. Pues así fué que los caballos españoles, según el mandado de su capitán, saltaron en las viñas y dieron en los enemigos por el costado tan fuertemente, que el Barón de Marzano por aquella causa no pudo sufrir más á los españoles, y así juntamente con los suyos fué desbaratado y metido en huida llevando el camino á donde había quedado su infantería, pensando que con ella se reharía y tornaría á los españoles otra vez. Pero no sucedió así, antes los españoles los fueron siguiendo de tal manera que revueltos con los caballos se metieron entre los infantes del Barón de Marzano, los cuales pensaron de hacerse fuertes en aquella viña adonde estaban; pero como los caballos de Rosano fueron desbaratados, mataron é hirieron los españoles muchos de ellos. En esto el Barón de Marzano, viendo la cosa perdida, con solos veinte caballos de los suyos se salvó con harto trabajo en Rosano. Toda la demás gente que quedó fué presa y muerta de los españoles, y fueron los muertos ochenta hombres y presos ciento y cincuenta, y librados asimismo los sacomanos españoles que les había preso el Barón de Marzano. Y después de esto Diego García de Paredes mandó hacer grande tala en las sembradas y cargar grandes cebadas y trigos verdes y otras hierbas, y con todo esto y con la victoria con tanto daño de sus enemigos alcanzada se tornó Diego García de Paredes á su campo.

CAPÍTULO CXXII

De cómo Diego García de Paredes se metió en la ciudad de Rosano para haber de saber si había provisión en la ciudad para aquel año, y del peligro que á esta causa recibió.

Roto el Barón de Marzano en las viñas de Rosano, según que la crónica ha contado, los españoles hicieron muy grandes talas y gastos en las sembradas de aquella comarca, por manera que así con la tala que ellos habían hecho como la tala y gasto que los de la ciudad eso mismo hacían, ya no había por aquella parte cosa ninguna que no estuviese metida toda á destrucción; y por esta razón los capitanes españoles luego dieron orden de se levantar de aquel lugar, y haciéndolo así fuéronse á poner cuatro millas más adelante la marina arriba, con voluntad de talar asimismo por aquella parte todos los trigos y cebadas que eran sembrados en aquel lugar. Adonde estuvieron ocho días haciendo muy gran tala, no solamente en los trigos y cebadas, pero en las viñas, no dejando cosa en el campo que no destruyesen, á lo menos de aquellas que creían que los de la ciudad de Rosano se podían aprovechar; de manera que bien tenían averiguado que por el año venidero los de la ciudad de Rosano no tendrían provisiones, á lo menos de pan y vino, según la tala que se había hecho en todos los términos de la ciudad de Rosano. Pero con esto hallaban muy gran inconveniente si se hubiese de diferir aquel cerco hasta el año venidero, por razón que esperando ellos hasta otro año no se podrían sustentar en ninguna manera, porque aún estaban por pasar cinco meses del verano, que tenían pensamiento de estar sobre aquella ciudad, y en aquel tiempo ellos no tenían demasiadas provisiones; lo cual pensaban sería contrario en los de la ciudad, los cuales estarían bien proveídos para aquel año, aunque á la verdad no lo sabían de cierto. Eso mismo hallaban por grandes inconvenientes si el invierno venidero hubiesen de estar sobre la ciudad de Rosano por la indisposición del lugar de aquella tierra, que de muchas aguas y nieves y de otros trabajos de invierno serían oprimidos y metidos en

muy grande afán y peligro, según que lo había sido el invierno pasado en el Garellano, especialmente que en aquella tierra, por causa de las muchas aguas, corren muchos arroyos y ríos y hácense muy grandes lagunas, y el ejército vendría en muy grande detrimento, que verdaderamente sería muy dificultoso poderse sustentar, principalmente esperando faltarle bastimentos, como lo esperaban, si hasta el invierno estuviesen en cerco. Y lo que mayor pasión les daba, era no saber si en la ciudad de Rosano había provisión para lo que quedada de pasar de aquel año, y eso mismo en el estado que la ciudad de Rosano estaba, lo cual no habían podido saber. Finalmente, los capitanes españoles y toda la otra gente principal del ejército se juntaron y comunicaron entre sí estas cosas, hallando muy cerrada la salida de todo ello, si del estado de la ciudad de Rosano no se sabía, por razón que así como hallasen los enemigos apercibidos, así ellos harían y ordenarían lo que más conviniese hacer sobre aquel cerco. Estando los capitanes en esta duda, teniendo muy gran deseo de saber las provisiones que había y para qué tanto tiempo, el capitán Diego García de Paredes, á quien por su osadía y valeroso ánimo en todo le fué favorable la fortuna, dijo á sus compañeros que él quería meterse en Rosano y sabría muy bien, si con la vida quedase, todo lo que en la ciudad se hacía; pero que tenían necesidad, según lo que en aquel caso tenía pensado hacer, que todos publicasen cómo él había muerto un lugarteniente suyo de capitán, por razón que se le había querido alzar con su compañía y que todo el campo se había levantado contra él para le matar, porque con aquel achaque pudiese estar seguro en Rosano como que se había ido á meter en la ciudad con temor de no ser muerto. Finalmente, con este aviso Diego García de Paredes se armó como hombre de armas y su caballo eso mismo, y cabalgando en él se encomendó á Dios con muy gran devoción y fué cuanto el caballo le pudo llevar á se meter dentro en Rosano. Pues acaso antes que llegase á la ciudad se encontró con una guardia de doscientos hombres, los cuales como le viesen venir, luego conocieron ser de los enemigos, y todos á una arremetieron contra él, y de tal manera le recibieron que le convino haber con ellos una peligrosa escaramuza; el cual, dado caso que les dijese la razón de su venida, no por eso dejaron de le cargar de muchos y pesados golpes, y sin duda ninguna, si no fuera por la fortaleza de las armas y por su buen corazón, peligrara aquel día. Pero Diego García de Paredes hizo tanto de su persona que hiriendo algunos de los enemigos se libró de sus manos huyendo la vía de la ciudad. Verdaderamente se debe creer, según que él mismo muchas veces dijo, que en cuantos peligros pasó en esta vida ninguno le puso tan cercano á la muerte como aquel en que de su misma voluntad se metió; por razón que habiéndose salvado de la guardia de los trescientos soldados, viniese á meter en otro mayor peligro. Porque como llegó á Rosano, la gente que estaba en guardia de las puertas por donde se entró, turbados en ver aquel español entrar corriendo, pensaron que todo el ejército español venía allí, cerrando todas las puertas y tomando sus armas se pusieron delante de Diego García de Paredes, que ya estaba dentro, el cual no se quiso detener entre ellos, antes, dando de espuelas á su caballo, pasó de recio adelante. Luego fué tocado alarma por la ciudad, y todos corrían contra él, procurando cada uno darle muerte. Y Diego García de Paredes, que no había venido á Rosano por pelear, sino por tomar lengua del estado de bastimentos que en la ciudad había, pasaba por todos sufriendo muy grandes golpes, hasta tanto que vino á los palacios del Príncipe, que sintiendo el alboroto de la ciudad, había salido fuera para ver lo que era, y luego corrió allí toda la ciudad sobre él. Pero el Príncipe le hizo seguro hasta tanto que Diego García de Paredes, descendiendo de su caballo, se puso ante el Príncipe diciéndole la causa de su venida, que era cómo había él muerto un lugarteniente de capitán suyo por razón que se había rebelado y levantado con su compañía, y que por aquella causa se había levantado todo el campo contra él por le matar; y que él, viéndose en peligro de muerte, no había hallado mejor remedio á su salud que era venirse á poner debajo de su amparo, confiando en la grandeza y valor de su persona que le haría seguro de todo mal y daño que venirle podría, por razón que haber venido ante su presencia lo tenía más por ventura que por peligro, lo cual todo le había dado atrevimiento de venir ante él, y que por esto le suplicaba tuvie-

se por bien servirse de su persona algunos días hasta tanto que se asegurase la gente de su ejército y él pudiese irse sin recibir algún daño en su persona á España, de donde era natural. El Príncipe, que era buen caballero y muy leal en sus hechos, maravillándose de lo que aquel capitán español había pasado aquel día, preciólo mucho y dióle algún crédito, aunque no quedó satisfecho y hizo recibir información de ello, y hallando ser verdad, según en el campo había quedado ordenado que se dijese, el Príncipe le tuvo en su casa tres días. En los cuales el capitán Diego García de Paredes se informó de todo cuanto pasaba en la ciudad y supo eso mismo cómo tenía provisiones para se sufrir aquel verano estando cercados; el cual, siendo muy alegre de lo sucedido en aquel hecho, pasados los tres días que en Rosano estuvo, habló con el Príncipe diciéndole cómo él tenía voluntad de irse á España y que ya no tenía temor de los españoles que le harían mal alguno, yéndose por camino que hubiese de venir á sus manos, y que si fuese servido él recibiría muy gran merced si le diese un salvoconducto con que él pudiese ir seguro por sus tierras, de que se temía. El Príncipe de Rosano (según dicho es) era buen caballero, dado que holgara que se quedara en su servicio; pero como vió que aquella era su voluntad, no sólo le dió el salvoconducto, pero dióle asimismo un soldado para que se fuese con él hasta le poner en salvo. Diego García de Paredes se salió de Rosano y fuese con el soldado italiano por el mejor camino que le pareció, y cuando sintió que era tiempo túvole en merced su compañía y despidióse de él, diciendo que no le quería poner en más trabajo, que se tornase, que de allí adelante él se iría seguro con sólo el salvoconducto. Y despedido el soldado italiano, se tornó Diego García á su campo, adonde dió cuenta á sus compañeros de lo que había hecho y del estado de la ciudad, según que arriba es dicho. Finalmente, obró tanto aquel hecho que hizo Diego García de Paredes, aunque algunos lo juzgaban por temerario, que fué causa que la ciudad de Rosano vino en más breve tiempo en servicio del Rey Católico, como adelante se dirá. Luego otro día de mañana que Diego García de Paredes llegó al campo, los capitanes aderezaron de se levantar de aquel lugar donde estaban y se llegaron más cerca de Rosano para poner en mayor estrecho la ciudad.

CAPÍTULO CXXIII

De cómo el ejército español se levantó de aquel lugar de la marina y se vino á poner junto á Rosano, y cómo el coronel Villalba hizo una cabalgada del ganado de la ciudad.

Como Diego García de Paredes allegó al campo de los españoles bien instruído del estado de la ciudad de Rosano, habiendo á los capitanes sus compañeros avisado, luego otro día en la mañana se levantaron de aquel lugar donde hasta entonces habían estado aposentados y vinieron á poner cerco más junto á la ciudad. Los cuales como llegaron á Rosano, para tenerla en mayor estrecho por todas partes, hicieron dos partes de su ejército: en la una quedó el Comendador Gómez de Solís y el capitán Pizarro, y se pusieron junto á una iglesia que llaman San Andrés. En la otra parte quedó Diego García de Paredes y el coronel Villalba junto á otra iglesia que llaman San Francisco, adonde ambos los aposentos en cuatro meses que estuvieron sobre Rosano nunca dejaron de hacer todo el daño que pudieron en la ciudad. Eso mismo los de Rosano, así del muro como saliendo á saltear el campo con rebatos y escaramuzas, no dejando de hacer todo el daño que podían. Pues acaeció que estando en este estado la ciudad, una noche el coronel Villalba se apartó de su campo con cien hombres y metióse en una emboscada por aquella parte por donde los de la ciudad sacaban el ganado á pacer al campo, según que lo tenían de costumbre, y estúvose toda aquella noche emboscado hasta que fué de día; y siendo la punta del día los pastores sacaron el ganado bien descuidados de lo que sucedió, y traían en su guardia cien hombres de guerra, y como el coronel Villalba los vió venir, dejólos pasar adelante esperando que se desviasen más de la ciudad, y cuando le pareció buen tiempo descubrióse de su emboscada y arremetió contra la gente de guerra, por manera que matando é hiriendo muchos de ellos, les tomó mucha parte del ganado, y con ellos, sin perder un hombre solo de los suyos, se tornó á su campo en el aposento de Diego García de Paredes.

CAPÍTULO CXXIIII

De cómo los de la ciudad de Rosano salieron dos veces á pelear con los españoles que tenían la parte de San Francisco, en que los de la ciudad recibieron muy gran daño y Diego García de Paredes fué herido de un escopeta, de que por poco muriera.

Aquejados los de la ciudad de Rosano de los soldados españoles que tenían el cuartel de San Francisco, pensaron que si ellos no se trabajaban de echar los españoles de aquella estancia no podrían dejar de recibir de ellos gran daño cada día. Y por esta razón luego otro día siguiente después de lo que pasó el día antes, los de la ciudad de Rosano salieron hasta doscientos hombres de guerra, y con muy grande ímpetu dieron en una de las estancias de aquel aposento de San Francisco, adonde la ciudad mayor daño recibía, y allí estaban cien soldados españoles que por aquella parte guardaban el campo. Los cuales como sintieron venir á los enemigos se mezclaron los unos con los otros y hubieron entre sí una muy reñida y peligrosa batalla, en la cual la gente de la ciudad de Rosano llevaban lo mejor, por razón que como vieron andar aquellos doscientos soldados que primero salieron con los españoles revueltos, toda la demás gente salió con voluntad de echar de todo punto de aquella estancia á los españoles. Y verdaderamente recibieran muy gran daño y perdieran aquella estancia, si no que el capitán Diego García de Paredes, viendo el manifiesto peligro de los suyos y de cómo eran acometidos de toda la mayor parte de la gente que guardaba aquel cuartel, socorrió con doscientos soldados españoles y dió tan de recio y con tan grande fortaleza en los de la ciudad de Rosano, que de su venida muchos fueron muertos y heridos; y tanto hizo de su persona con su gente que á golpe de espada los hizo retraer á la ciudad, y los españoles todavía los iban siguiendo matando é hiriendo en ellos hasta los meter por la puerta de la ciudad. Y como fueron dentro en la ciudad, luego el capitán Diego García de Paredes mandó retraer toda su gente á sus estancias del campo y halló que habían sido muertos aquel día cien hombres de los de la ciudad de Rosano, sin muchos prisioneros y heridos, y de los soldados españoles murieron asimismo aquel día veinte, sin algunos heridos. Después de esto, estando los de la ciudad muy lastimados viendo el daño que cada día recibían de los españoles, especialmente el de aquel día en aquella batalla, determinaron en sí de salir todos juntos un día y dar en una de las guardas del campo español, por razón que, como ya arriba dicho es, los aquejaban mucho. Y un día con esta voluntad los de la ciudad de Rosano salieron con tanta determinación, que traían delante de sí ó la muerte ó la vergüenza de sus enemigos, y arremetieron contra la estancia de aquella guardia. Pero los españoles, que no se descuidaban, recibiéronlos muy bien, y con mucho ánimo pelearon los unos contra los otros más de hora y media, con tanta fortaleza que como los de la ciudad de Rosano hubiesen salido con determinación de morir ó de desbaratar aquella gente, eso mismo lo hubiesen con hombres que sabían bien defenderse, fué causa de ser mucho más sangrienta la pelea entre los unos y los otros; murieron ende muchos hombres de una y otra parte. Diego García de Paredes, que no era usado á desamparar sus soldados, viendo el peligro y trabajo en que los de la ciudad de Rosano los tenían puestos, á causa de ser mucha más gente en comparación que no ellos, arremetió en su socorro con toda la demás gente de su campo, y con tanto ánimo y fortaleza que después de mucha gente de una y de otra parte muerta, á fuerza de armas los metieron por las puertas de la ciudad. En este rebato fué herido Diego García de Paredes de una escopeta de través, que por poco no fué muerto; pero saliendo de aquella prisa maltrecho de la herida, hubo de estar en la cama muchos días hasta tanto que fué Nuestro Señor Dios servido que cobrase entera sanidad. Murieron en este combate de una y de otra parte más de cien hombres, y verdaderamente murieran muchos más, si no lo estorbara la herida del capitán Diego García de Paredes, que fué causa que la gente del ejército, viendo herido á su capitán, dejaron de seguir más á los de la ciudad de Rosano. Todo aquel tiempo que Diego García de Paredes estuvo malo, los de Rosano no dejaban de salir de la ciudad para hacer rebatos en el cuartel, y los españoles los recibían como mejor podían, siéndoles muy gran falta la enfermedad de su capitán, con cuya forta-

leza las suyas se doblaban; y por esta causa el coronel Villalba trabajaba mucho en que por la enfermedad de Diego García de Paredes no hubiese falta en el recibimiento de los enemigos, y así se sustentaron todos aquellos días hasta tanto que el capitán Diego García de Paredes recibió entera sanidad.

CAPÍTULO CXXV

De un desafío que hicieron tres infantes italianos de la ciudad de Rosano con otros españoles, y de lo que del desafío sucedió.

En todo aquel tiempo que Diego García de Paredes estuvo enfermo, muy negligentes estaban los soldados españoles y muy tibios en todo, porque ciertamente la enfermedad de su buen capitán Diego García de Paredes era muy grande parte de su tristeza, y no por eso dejaban de hacer en su defensión contra los de la ciudad de Rosano todo lo que ellos podían, los cuales muy más á menudo salían y visitaban á los españoles con muy continuos rebatos; en los cuales, por la mala orden con que recibían á los enemigos, se les hacía muy gran daño, y verdaderamente andaban tan descuidados todos los españoles, que si Nuestro Señor Dios por su infinita bondad y clemencia no les enviara sanidad á su capitán, no fuera mucho perderse el ejército. Pues estando la cosa en este estado acaeció que demandaron tres soldados de la ciudad de Rosano campo y desafío á otros tres soldados españoles; y los españoles, como no sean perezosos en semejantes afrentas, en especial adonde alguna honra se puede ganar, salieron al puesto y demanda de los italianos otros tres soldados españoles, y dada entre ellos la orden que debían de tener y señalado el lugar del combate y los jueces y el día que se habían de combatir, los tres soldados italianos salieron de Rosano con muy grande solemnidad acompañados de mucha gente de guerra y con su juez de su parte que tuviesen seguro el campo, y otros tres soldados españoles asimismo salieron con la misma solemnidad y orden, y llegados al lugar de la estacada metiéronlos dentro los jueces y pusiéronlos asimismo en sus puestos. Y hecha la señal los unos se vinieron contra los otros (traían picas y espadas á guisa de infantes), y mezclados los unos con los otros hubieron entre sí uno de los más bravos y reñidos combates que nunca hicieron en Italia infantes contra infantes. Finalmente, porque es cosa demasiada querer contar particularmente lo que acaeció cada cosa por sí en los combates, en especial no siendo ni acaeciendo cosas notables ni dignas de cuenta, dice la crónica que los tres soldados españoles, habiendo pasado muy gran trabajo y peligro de sus vidas dentro en la estacada, hicieron tanto de sus personas aquel día que por fuerza hicieron rendir á los tres soldados italianos, quedando por sus prisioneros. Y siendo así declarado y dado por sentencia de los jueces, los soldados españoles salieron con la honra del desafío y campo y fuéronse cada cual adonde salieron. Y es cierto que en esto puede la nación española dar muchos loores y gracias infinitas á Nuestro Redentor Jesucristo, pues en todos los peligros siempre les quiere ayudar á que salgan con su honra de ellos. Aunque muy al contrario de esto sucedió á Sotomayor, español, con el capitán Pedro Bayarte, que era francés; porque el dicho capitán Pedro Bayarte en los días pasados poco después de los once por once, de que arriba se hace mención, desafió á combatir en batalla de toda ultranza al sobredicho Sotomayor, quejándose el capitán francés de haber sido gravemente ultrajado del español, teniéndole preso en más áspera y descortés prisión de lo que debía tenerle. Y el Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, entendida la causa de la querella, reprendió muy severamente á Sotomayor por lo hecho y le mandó que saliese al campo, porque con el juicio de las armas se purgase la infamia del mal tratamiento ó quedando vencido méritamente fuese castigado con deshonrado fin por haber ensuciado con palabras y obras descorteses la honra de la nación española y á su linaje. Y así salieron los dos al campo, adonde la fortuna sentenció en aquel combate y desafío un triste fin, y fué que el capitán francés en poco espacio de tiempo metió al Sotomayor la punta de la espada por la escotadura de la coraza y le hirió mortalmente en la garganta, de la cual herida murió con harta vergüenza y confusión suya; y porque ya se va cansando mi pluma quiero solamente decir de qué manera la ciudad de Rosano vino en servicio del Rey Católico de España.

CAPÍTULO CXXVI

De cómo el capitán Pizarro y el coronel Villalba se juntaron y fueron á tomar unas grutas que estaban fuera de Rosano, adonde eran veinte hombres de guarda, y lo que ende hicieron.

Estando las cosas de la ciudad de Rosano en este estado, el capitán Pizarro, que estaba en compañía del Comendador Gómez de Solís, y el coronel Villalba y Diego García de Paredes ordenaron ambos á dos (es á saber), Pizarro y Villalba, de ir á tomar unas grutas que son fuera de la ciudad, adonde los del Príncipe hacían la guardia. Los capitanes españoles, tomando de sus compañías hasta cien hombres, un día en medio del día en la siesta salieron de su campo y fueron á dar sobre aquella guardia de las grutas, adonde estaban veinte hombres de guarda. Y los capitanes españoles con aquellos cien soldados con buena orden y con gran secreto comenzaron de subir á aquel lugar, el cual, por ser áspero de subir, con mucha dificultad se tardaron algún tanto. Y como los españoles allegaron á las grutas, dieron de recio sin ser sentidos en los veinte hombres que las guardaban, adonde mataron algunos de ellos y todos los demás se escaparon con mucho trabajo metiéndose en la ciudad huyendo. Y los españoles habiendo echado las guardas de aquellas grutas se apoderaron ende en ellas y se hicieron ende fuertes, y así las tuvieron todo el tiempo que sobre Rosano estuvieron, adonde en su defensa los españoles con otros que con ellos pusieron en guarda, hicieron cosas maravillosas; porque como estaban en lo alto de la sierra que señoreaban la ciudad, de adonde al Príncipe y á los demás les venía mucho daño y por donde se les podía causar su total perdición, cada día procuraban con escaramuzas y continuos asaltos echar de allí á los españoles. Pero como ellos eran tales que temían más el perjuicio de las honras que la falta de las vidas, de tal manera se sustentaban, que ningún acometimiento que les hiciesen les ponían temor, antes aquello tenían por gloria, obrando de sus personas de tal manera que su valor era manifiesta muerte y ruina á los enemigos. En esto acaeció que un día el Príncipe de Rosano con los demás caballeros y gente que con él estaban, deseando la perdición de los españoles que en las grutas estaban, ordenaron un ardid con el cual los rompiesen y echasen de allí con mucho daño suyo, escaramuzándolos de tal manera que aun redundase en daño y temor de los restantes que en el real estaban. Y para esto trataron que el Barón de Marzano con hasta doscientos soldados los más escogidos, á la primera vela de la noche, cuando la gente estuviese más descuidada, saliesen de la ciudad y por unos lugares que hay muy asperísimos en la subida de las grutas, donde los españoles estaban, por ser lugar muy alto para ponerse gente, se emboscase, y al alba del día saliese repartiendo su gente en tres partes, y que cada un soldado llevase en la mano una alcancía llena de pólvora con una mecha encendida cuanto un dedo de largo atravesada en la misma alcancía, y como llegasen á la guarda de los españoles, los acometiesen muy animosamente con las armas en la mano, guardando las alcancías para mejor oportunidad; y rotos aquellos, como sería poca gente, los que guardaban las grutas vendrían á socorrerles, cargasen sobre ellos por tres partes y juntando con ellos echándoles las alcancías, las cuales quebrándose como las mechas iban encendidas, prenderían el fuego en la pólvora y chamuscarían, no sólo á los que anduviesen con ellas, pero aun á los que anduviesen cerca, y con el temor de esto y la turbación, de presto serían desbaratados y echados de aquel lugar, el cual á los de la ciudad de Rosano era muy importante, como dicho es, y el resto de la ciudad se pusiese en el paso por donde los del campo habían de socorrer á los que estaban en las grutas, el cual era muy angosto y áspero, por donde si subían no podían sino recibir notable daño, por ser unas cuestas de unos riscos, hechas de tal manera que muy poca gente les podía defender el paso á los que por allí subiesen y hacerles mucho daño. Y así pensaron escarmentarlos de manera que otro día más atentadamente se pusiesen á emprender otra semejante cosa, y aun como desconfiados dejarían el sitio de Rosano. Pues ordenado esto por los de Rosano y puesto por obra, salió como dicho es de aquella emboscada al alba del día conforme á lo concertado, y envió la tercera parte de su gente á los españoles que hacían la guardia hacia aquella parte, que sería hasta veinte hom-

bres; y como aquellos del Príncipe eran más de ochenta hombres, aunque los españoles pelearon como leones, á la postre fueron por los de Rosano rotos y se empezaron de retirar. En esto al ruido acudieron los españoles que estaban con el capitán Pizarro en las grutas en socorro de los suyos, quedando en guardia de las grutas el coronel Villalba y con hasta cincuenta soldados; y como Pizarro vió maltratar la guardia de los españoles, socorrióles con tanto ánimo y presteza, que aunque los que venían con el Barón de Marzano se quisieran socorrer de las alcancías, no pudieron sino muy pocos, porque los apretaron de tal manera que se les cayeron entre los pies por ayudarse de las armas, de que redundó que el daño que habían de hacer en los enemigos lo hicieron en sí mismos. En esto llegaron las otras dos partes que traía el Barón de Marzano, y como el coronel Villalba los vió, salió á socorrer á los suyos con el resto de la gente, haciendo señal al capitán Pizarro que se recogiese, porque los enemigos no le ganasen las espaldas, y él por le socorrer no desamparase las grutas, y así lo hizo el capitán Pizarro, que vuelta la cara á los enemigos, se juntó con el coronel Villalba. En esto ya llegaban los del Barón de Marzano á ellos, y empezaron de arrojar las alcancías que les habían quedado á los españoles; pero quiso Nuestro Señor Dios que como hacía un viento contrario á los italianos, así como arrojaban las alcancías, con el viento las mechas encendían las alcancías; de suerte que antes que llegasen á los españoles, en el aire eran quemadas, y así los españoles no recibieron daño alguno; y como los españoles fuesen con las armas en las manos, y los italianos (después de echadas las alcancías) echasen mano á las suyas, antes que se pudiesen valer de ellas fueron acometidos de los españoles de tal manera, que sin poder hacer armas fueron de ellos muchos muertos y presos, entre los cuales fué preso el Barón de Marzano, aunque herido muy mal, y así los españoles tuvieron de ellos la victoria. Los capitanes españoles Diego García de Paredes y Gómez de Solís y Pedro de Paz, como entendían en mirar por dónde podrían combatir la ciudad y querían labrar ciertas minas, no supieron ni oyeron lo que pasó, y así se estuvieron quedos en su real, y así no hubo efecto el designio del Príncipe de Rosano por aquel día.

CAPÍTULO CXXVII

De cómo Diego García de Paredes, estando ya bueno de su herida, acordó con los otros capitanes sus compañeros hacer una mina á la ciudad, por lo cual el Príncipe de Rosano les entregó la ciudad.

Pues visto por el Príncipe Rosano el triste y desastrado fin que su designo y del Barón de Marzano había habido, determinó de probar ventura otra vez. Y fué que llamó á un capitán que él tenía por hombre muy escogido en valor, y mandóle que en la mañana siguiente antes que fuese de día, por la puerta que salía al real, con quinientos soldados, todos con sus propias camisas vestidas sobre las armas, diesen en el real de los enemigos más con voces que con armas, á fin que los del real acudiesen á ellos; y como los del real moviesen tras de ellos, se retrajesen con buen concierto hacia la ciudad y se pusiesen debajo los muros, porque los que estarían sobre los muros los defenderían, y él por otra parte saldría con el resto de la gente, y como hallaría el real que era á la parte donde estaba Diego García de Paredes desocupado, haría en ellos mucho daño y los tomaría por las espaldas, donde creía desbaratarlos; porque la otra gente que estaba en la otra parte de la ciudad en guarnición no los tenía en tanto como aquellos que estaban con Diego García de Paredes. Pues dada esta orden, el capitán del Príncipe de Rosano salió tan quietamente, que no fué sentido de las guardas del cuartel del capitán Diego García de Paredes, y así los tomó de sobresalto y hirió en ellos de tal manera, que antes que fuese entendido el hecho mató algunos soldados é hirió muchos y los puso en muy grande alteración. Pero tornados sobre sí se juntaron y reforzaron de tal manera, que los rosanos se entretuvieron, y como algunos de la compañía del capitán Diego García de Paredes le sintiesen y lo avisasen de ello, envióles doscientos infantes de socorro, los cuales llegados los de Rosano con el concierto, se comenzaron á retirar á la ciudad, yendo en seguimiento los españoles. Pues como el Príncipe de Rosano sintiese el ruido, creyó que todo el campo iba en seguimiento de los suyos, salió con toda su gente para tomarlos por las espaldas, pensando que no le había de quedar hom-

bre á vida; pero no le sucedió así, porque como el ruido y las voces de los heridos eran tan grandes, Diego García de Paredes, que ya se podía vestir las armas, se levantó y se armó y mandó poner á toda su gente en armas, hechos escuadrón, para ir á socorrer á los suyos, enviando delante algunos caballos ligeros para tomar lengua de lo que pasaba. Y estando así aguardando la respuesta y aviso, llegó el Príncipe de Rosano con toda su gente, y pensando hallar el campo desembarazado, no en muy buena orden, empezaron de entrar por él, que como aun no era de día no podían ver lo que pasaba. Pero Diego García de Paredes, que fué avisado de la venida del Príncipe de Rosano, volvió con toda su gente hacia aquella parte, y topándose con los rosanos que andaban desmandados, matando y robando cuanto hallaban, pensando que no había nadie en las tiendas, fué su fatiga burlada, porque viniendo los españoles todos en orden y tomando á los italianos desordenados y desmandados, como dicho es, en poco rato hicieron tanto estrago en ellos y mataron y prendieron tantos, que no se vió en una jornada de tan poco espacio tantas muertes y heridas. Y fué la causa que allende de su desconcierto, todos los italianos traían camisas sobre las armas, y así se diferenciaban los unos de los otros. Finalmente, fué tal aquella escaramuza, que convino al Príncipe de Rosano, con la mayor prisa que pudo, volverse á la ciudad con los pocos que seguirle pudieron, siguiéndole siempre los españoles; y si no procurara que cerraran luego las puertas de la ciudad, de aquella hecha la entraran los españoles; porque al ruido acudieron los españoles que á la otra parte de la ciudad estaban, y todos hechos un cuerpo procuraban entrar dentro. Pero como está dicho, el Príncipe mandó cerrar las puertas, las cuales cerradas, quedaron muchos de los suyos fuera, que no pudieron entrar en la ciudad, los cuales fueron muertos y presos por los españoles. Los quinientos soldados que á la otra parte estaban, no pudiendo sufrir el recio acometimiento de los soldados españoles, tuvieron por mejor meterse en la ciudad que no aguardar allí la muerte, la cual tenían por muy cierta, si allí más se detenían, y así lo hicieron, cerrando muy bien sus puertas. De esta manera pensando hacer mucho daño en los españoles, el Príncipe de Rosano lo recibió él y su gente, de la cual murieron más de doscientos hombres, y fueron presos pasados de seiscientos. De los españoles murieron dos infantes y fueron heridos catorce soldados. Pues entrado que fué el Príncipe de Rosano en la ciudad y vista la perdición de los suyos y cuán solo de gente se hallaba, temió de algún revés, lo cual hasta entonces no había creído, pero todavía determinó llegar al cabo de su determinación creyendo que sería socorrido de franceses. Pero como Diego García de Paredes, con parecer de los otros capitanes, deseaba dar fin á aquella guerra, determinó hacer una mina á la ciudad, por la cual pensó que la tomaría y daría fin á aquel efecto. Y así empezaron con mucha diligencia á hacerla, la cual hecha como convenía y puéstole fuego, derribó un gran pedazo del muro, por donde, como tuviese su gente apercibida, dieron el asalto y entraron en la ciudad. El Príncipe de Rosano, vista su perdición, se retrajo al castillo con los más que pudo haber, pero viendo que plantaban los españoles la artillería para batirla y hallándose sin provisión ni gente que le ayudase, sin esperanza de socorro, determinó de tentar la misericordia del Gran Capitán, y así envió á Diego García de Paredes por seguro porque quería hablarle, y así entre ellos (por medio de algunos hombres principales de la ciudad) se trató que dejaría la ciudad y castillo y las demás fuerzas que tenía pacíficamente, con que él y los suyos se pudiesen ir adonde les pareciese, libres sus personas y bienes de los españoles, lo cual consultado con el Gran Capitán fué contento; y así se fué el Príncipe de Rosano con los suyos á Francia, quedando de todo punto aquello de aquella provincia por España pacíficamente, de que no poco contentamiento recibió el Gran Capitán, y luego despachó al Rey Católico haciéndoselo saber; el cual hizo hacer por ello muchas fiestas en España y muchas y muy devotas procesiones, dando por ello muchos loores y gracias á Nuestro Señor Jesucristo, por cuya voluntad la victoria se alcanzó.

LIBRO TERCERO

DE LA

VIDA Y FIN DEL GRAN CAPITÁN

GONZALO HERNÁNDEZ DE AGUILAR Y DE CÓRDOBA

CAPÍTULO I

Grave enfermedad del Gran Capitán, y elogio de sus grandes virtudes y cualidades [1].

Pues como está dicho en el segundo libro de esta Crónica, Gonzalo Hernández el Gran Capitán, desde Gaeta se fué á Nápoles, adonde le tenían aparejado el merecido triunfo, y por la grande fatiga de la guerra, como es de creer, adoleció de una enfermedad grave y peligrosa, la cual por la gran furia que traía le apretó tanto que si no hubiera sido socorrido de las suplicaciones devotamente hechas por las iglesias, así por sacerdotes y frailes como por las sagradas monjas, los remedios humanos fueran pocos para su salud. Pero después de recobradas las fuerzas y saliendo mejorado de Capuana, donde había estado doliente, se fué á Castel Novo como habitación más sana y apacible, donde apenas en siete días pudo dar cumplimiento á las muchas visitas. La nobleza y todo el pueblo lo veneraban y cada uno según su opinión lo loaba: los unos la bella presencia del cuerpo y hermosura de rostro, otros de la gravedad de capitán, otros se admiraban de su excelentísima justicia con una maravillosa templanza de severidad y clemencia, pero todos se espantaban de su liberalidad merecedora de igualarse con la Majestad Real. Porque él había dado á capitanes ciudades y villas; y entre capitanes de caballos y infantes había repartido casas, villas, posesiones, tenencias de fortalezas y había dado comúnmente á soldados. También había consignado promisiones ordinarias, particularmente á aquellos que habían sido valerosos, teniendo grande memoria en reconocer los merecimientos de cada uno con tanto juicio en el hacer las mercedes, que con justa estimación los envidiosos atestiguaban que no había dejado un solo soldado sin hacerle larga merced. Entre los otros dió á D. Diego de Mendoza á Melito; á Bartolomé de Alviano, en la Calabria, le dió la ciudad de San Marco; al Conde Pedro Navarro, en Abruzo, á Oliveto; á D. Juan de Cardona, hermano de D. Yugo, en el ducado de Benavente, á Avelino; y de estos á D. Fernando de Andrada, á D. Alonso de Carvajal, á Alvarado, á Diego García de Paredes, á Manuel de Benavides, á Antonio de Leyva, á Andrea de Capua, Duque de Termoli, dió muy grandes lugares. A los Coloneses Próspero y Fabricio Colona hizo recobrar los castillos que habían perdido en la guerra de franceses y recibieron de él muy grandes premios. En este hombre lleno de exquisita virtud florecían el juicio y la razón que era cosa de maravillar, especialmente no siendo enseñado en letras latinas, porque en aquel tiempo eran tenidas en poco de los caballeros nacidos para la guerra. Pero honraba mucho á aquellos que eran doctos en ellas y deseaba de ellos que con sus obras le diesen eterna memoria. Jamás dió causa para poderse ofender la honra de las matronas de Nápoles, aunque con grande familiaridad y alegría tuviese entretenimiento con las señoras generosas, porque solía decir

[1] En el original no hay epígrafe al frente de este capítulo.

que era locura muy grande de un Príncipe, que por un pequeño y fugitivo placer, procurase un continuo y gravísimo enojo. Pero en el Gran Capitán, allende del admirable concepto de las otras virtudes, relucía un resplandor de verdadera piedad, porque en todos los negocios, así de guerra como de paz, su mayor cuidado era anteponer la honra de la religión á todos los otros y defender la jurisdición de la Iglesia, castigar malhechores y finalmente hacer todas sus obras tales, que los soldados, persuadidos por su ejemplo, pensasen la utilidad de la hacienda y las victorias haberles venido de la disciplina cristiana. Por lo cual nadie se debe maravillar si, manejando las armas con esta costumbre, Nuestro Señor Dios y todos los Santos tuvieron cuidado á levantalle y hacelle grande. Y ciertamente de esto fué muy evidente milagro que habiéndose hallado en tan grandes batallas y recuentros, nunca nadie le hirió ni le prendió. Casi en aquellos mismos días que los franceses fueron echados del reino de Nápoles, Cesaro Borja, llamado por sobrenombre el Duque Valentino, hijo del Papa Alejandro (de quien arriba se ha hecho mención) vino á Nápoles y fué puesto en prisión para ser llevado con las galeras en España por mandado del Rey D. Fernando, así como poco antes había acaecido á D. Fernando de Aragón, hijo de Federico. En aquel tiempo que el Duque Valentino fué llevado prisionero en España, la Reina doña Isabel estaba doliente con poca esperanza de salud, la cual murió pocos días después, con increible dolor y llanto de Gonzalo Hernández, el cual confesaba que de su Alteza, como crecido y criado en su Corte, había recibido toda la grandeza de virtud y dignidad que desearse pueden.

CAPÍTULO II

En el cual se trata de la paz de los Reyes don Fernando de Aragón y Luis de Francia, y de la venida del Rey D. Felipe en España.

El Rey D. Fernando hizo paz y concluyó el concierto con el Rey Luis de Francia y á la verdad por muchas causas, las cuales no son necesarias contarlas en este lugar, siendo diligentemente en nuestra crónica escritas. Fué tan bien ayuntado el parentádo á fin que la concordia (la cual con dificultad se podía esperar después de tantos enojos con más fuerte atadura) se viniese á confirmar que el Rey D. Fernando, aunque viejo, tomase por mujer á Germana, hija de la hermana del Rey Luis. Era esta Princesa nacida de nobilísima sangre paternal en Gascuña, de la antiquísima casa de Fox. De esta Reina Germana era hermano D. Gastón de Fox, el cual representando la virtud del tío, habiendo hecho gravísimas cosas en breve tiempo, murió vencedor en la memorable batalla de Rávena. En el concluirse esta paz renunció el Rey Luis el derecho que tenía al reino de Nápoles, con que á los Barones que habían seguido la parte de Francia les fuesen restituídos sus estados, los cuales poseían antes de la guerra. Entre los otros fué el Príncipe de Salerno y Visiñano, Trajano, Caraciolo y Honorato Gaetano, y entre estos otros muchos recobraron la libertad, los patrimonios y las honras. Pero después que fueron celebrados los desposorios reales, no faltaron algunos de los Grandes de Castilla que llamaron á Felipo, hijo del Emperador Maximiliano (el cual era señor en Flandes) que viniese en España á tomar el reino. El Rey D. Fernando por recibir al yerno, se fué para allá donde se hallaron casi todos los señores de Castilla. De estos recibió Felipo muy grandes servicios, mucho mayores de lo que él esperaba, tanto que le vino un deseo de gobernar el reino, no pareciéndole del todo injusto ni deshonesto, si él excluía al Rey su suegro y tomaba aquellos reinos que voluntariamente le eran dados de toda la nobleza y con razón hereditaria de la madre le pertenecían, corrompiendo el ánimo de Felipo más que todos los otros D. Juan Manuel, el cual había estado muchos años por Embajador en Flandes. La cosa se redujo á término que el Felipo no venía con su voluntad á la presencia del suegro y ambos á dos á caballo se vieron poco rato el Rey en español y Felipo en francés con harto pocas palabras, y aquéllas no muy bien entendidas. El uno y el otro se saludaron, partiendo de presto D. Juan Manuel el razonamiento, á fin que el rey mozo, poco práctico en las cosas del mundo, no fuese prendado de los artificios del astutísimo viejo y dentro de poco rato (la cual cosa es apenas de creer) casi todos los Grandes desampararon al Rey D. Fernando, que inclinados cada uno y puestos en sus esperanzas, decían que se habían de servir á lo provechoso; y que muy más presto se había de adorar el sol cuando nacía que cuan

do se ponía. Sólo entre todos D. Fadrique de Toledo, Duque de Alba, constantísimamente perseveró en la su antigua fe, que por ningunos prometimientos se pudo jamás mover ni atraelle á que con gran fe y singular virtud le quitasen del servicio de su Rey y señor. Pero el Rey (como á la verdad convenía á hombre de grande prudencia, pareciéndole que la furia de aquella obscura tempestad se había de huir con el artificio de la disimulación con grave y oportuno consejo) determinó de irse de España y pasar á Nápoles, y esto por no ver ni oir los hechos ni las palabras de Felipo alterado contra él, las cuales luego que viniesen á sus oidos ofendiendo el nombre de la Majestad y la disimulase se le volverían en vituperio, pues tantos Grandes siguiendo al nuevo Rey ó por enojo ó por liviandad se le habían rebelado. Pues habiendo dejado á D. Fadrique de Toledo, Duque de Alba, hombre de singular gravedad y prudencia (el cual poco antes había mostrado señales de entera fe) para el gobierno del reino y llevando consigo á la Reina, con veinte galeras partió de Barcelona. Fué en su compañía D. Bernardo de Rojas, Marqués de Denia, y los ilustres caballeros de los reinos de Aragón, pasando en pocos días las riberas de Francia y Génova. Llegado que fué á Portofín supo la nueva cierta de la muerte de Felipo su yerno, por la cual aunque al parecer en lo intrínseco del corazón se había de alegrar, pero no dió muestras el Rey gravísimo de cosa alguna digna de aquel parentesco, el cual miraba el dolor de la hija y de tantos nietos quedando huérfanos de padre. Y quitados los aderezos reales (pero no cubierta de luto la galera capitana) en el principio del invierno allegó á la ciudad de Nápoles. Habíase visto pocos días antes en los catorce del mes de Setiembre una cometa á maravilla en aquella parte del cielo que miraba hacia el viento Maestro, tal que se decía que amenazaba á Flandes, porque no habiendo aún Felipo cumplido los veinte y cinco años de su edad, banqueteando al uso de Flandes y dándose á grandes ejercicios y debajo de un aire diverso, adoleció de una cruel enfermedad que le quitó la vida, habiendo dejado, allende los otros hijos, un hijo casi de siete años llamado Carlos, al cual hoy honramos por Emperador por la virtud de su ánimo y por la felicidad de sus hechos dignísimos del nombre de Augusto.

CAPÍTULO III

De cómo el Rey D. Fernando fué á la ciudad de Nápoles, y del recibimiento que se le hizo.

Gonzalo Hernández, después que supo la nueva que el Rey había pasado al promontorio de Misano, metióse en un bergantín y fuéle á recibir y saltó en la galera real con tanta alegria de rostro, que bien demostraba que nunca hacía dudado de la buena voluntad del Rey para consigo. Al Rey le fué hecha en el muelle una puente y con solemne ceremonia fué recibido de los napolitanos, y con singular modestia desechó muchas cosas que le estaban aparejadas, como convenía á la venida de un nuevo Rey, y vestido de negro celebró las exequias de su yerno por salir después fuera en hábito real á los embajadores de los Príncipes y á los barones del reino. Gonzalo Hernández fué siempre visto en honrado y merecido lugar, y si algún soldado ó ciudadano (aunque fuese de baja condición) deseaba ser presentado y conocido del Rey, Gonzalo Hernández era el medio y singular demostrador de su fe y servicio, el cual nunca á nadie faltó de su sabor. Porque en ninguna cosa sentía tanto contentamiento cuanto en hacer placer y buena obra para ganar las voluntades de muchos; y muchas veces sin ser rogado voluntariamente llamaba á algunos por sus propios nombres que veía estar de vergüenza detenidos esperando alguna cosa difícil, los traía á besar las manos del Rey, y encomendábale sus negocios de tal manera que de la merced recibida quedaba la obligación en sólo Gonzalo Hernández, con el medio del cual prestísimamente se quitaba toda la tardanza del ánimo del Rey, y Gonzalo Hernández aspiraba á la gloria adquirida con singular virtud, la cual largo tiempo no podría durar ni pasar á sus descendientes, si ella no iba fundada con hondas raíces de ánimo grato y liberal. Por lo cual el Rey entre sí mismo, considerando que habiéndose habido un tan gran reino ganado y defendido por esfuerzo y valor de Gonzalo Hernández, tenía sufrimiento que todo lo que le pudiese se le debía de conceder, aunque las rentas del reino por la nueva guerra y por las muchas disensiones y mercedes estaban menoscabadas y de hecho se venían del todo á perder, pero el Rey no quería que le tuviese por ingrato. Había Gonzalo Hernández en aque-

llos días burlado de la diligencia y curiosidad de los tesoreros envidiosos, y á él enojados y pesados y al Rey poco honrosos, que siendo llamado como á juicio, para que diese cuenta de lo gastado en la guerra y del recibo asentado en la tesorería, y mostrando ser muy mayor la entrada que no era lo gastado, respondió muy severamente que él traería otra escritura muy más auténtica que ninguna de aquellas, por lo cual mostraría clara y patentemente que había mucho más gastado que recibido, y que quería que le pagasen todo el alcance de aquella cuenta como deuda que le debía la Cámara Real. El día siguiente presentó un librillo y con un título muy arrogante con que puso silencio á los tesoreros y al Rey y á todos mucha risa. En el primer capítulo asentó que había gastado en frailes y sacerdotes, religiosos, en pobres y monjas, los cuales continuamente estaban en oración rogando á Nuestro Señor Jesucristo, y á todos los santos y santas que le diesen victoria, doscientos mil y setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales. En la segunda partida asentó setecientos mil y cuatrocientos y noventa y cuatro ducados, á las espías de los cuales había entendido los designos de los enemigos y ganado muchas victorias, y finalmente, la libre posesión de un tan gran reino. Entendida del Rey la argucia, mandó poner silencio al infame negocio, porque quién sería aquél si no fuese algún ingrato ó verdaderamente de baja ó vil condición, que buscase los deudores y quisiese saber el número de los dineros dados secretamente de un tan excelente capitán. El Rey determinó que viniese consigo en España el Gran Capitán, y dejando un nuevo gobernador gozar enteramente de todo el fruto y posesión del nuevo reino, pues que libre de la concurrencia de Felipo, su yerno (con el cual había estado algo diferente) pensaba muy pronto volverse á los reinos de España, habiendo acomodado los negocios y restituído sus tierras á los angoinos, los cuales habían perdido por la guerra pasada y por el beneficio de la paz, siendo libres de la prisión y recibidos todos en su merced y servicio. Y hecho Visorrey al Conde de Ribagorza, después de haber estado en Nápoles cinco meses, subió juntamente con la Reina en el armada, llevando consigo á Gonzalo Hernández, al cual hizo merced del ducado de Sesa con este privilegio:

«Nos D. Fernando por la gracia de Dios, Rey de Aragón y de Sicilia, de aquende y de aliende Faro, de Jerusalem, de Valencia, de Mallorca, de Cerdeña, de Córcega, Conde de Barcelona, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde de Ruisellón, Marqués de Oristan y de Gociano, etc. Como los años pasados, vos el ilustre D. Gonzalo Hernández de Córdoba, Duque de Terranova, Marqués de Santángelo y Bitonto, y mi condestable del reino de Nápoles, nuestro muy caro y muy amado primo y uno del nuestro secreto Consejo, siendo vencedor hicísteis guerra muy bienaventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza de ella. Y asimismo por nuestro consentimiento como por apellidamiento del de muchas naciones juntamente para siempre nombre de Gran Capitán alcanzaste en Italia, donde por nuestro Capitán General vos envíamos. Por ende, pareciéndonos que era cosa justa y digna de Rey, para memoria perdurable de los venideros, dar testimonio de vuestras virtudes; y con tanto el agradecimiento que vos tenemos, daros y escribiros ésta, aunque confesamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentaste que parece cosa recia poderos dar digno galardón, de manera que aunque grandes mercedes vos hiciésemos, parecernosya ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acordándonos otrosí cómo enviado por nos por socorro en breve tiempo restituísteis en el reino de Nápoles al Rey D. Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reino de Nápoles, el cual fué muerto; después el Rey Federico. su tío y sucesor en el dicho reino, vos dió el señorío del monte Gargano y de muchos lugares que están cerca dél, por lo cual volviendo en España honradamente vos recibimos. Y acordándonos otrosí cómo enviándoos otra vez en Italia (requiriéndolo la necesidad y el tiempo) ganaste muy diestramente la Chafalonia, que es isla del Mar Jonio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la cual volviendo ganaste la Pulla y la Calabria. Por lo cual vos confirmamos y ratificamos é hicimos Duque de Terranova y Santángelo. Y finalmente, después de la discordia nacida entre nos y D. Luis Rey de Francia sobre la partición del dicho reino de Nápoles, estuvísteis mucho tiempo con todo el ejército con mucho seso en Barleta, donde venciste las

galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestilencia asaz, y de ahí tomaste á Rubo, do muy grande ejército de franceses estaba, dentro de veinticuatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta diste batalla á vuestros enemigos los franceses cuasi en aquel mismo lugar adonde venció Aníbal á los romanos. Y de lo que es muy más de maravillar, que estando cercado, saliste á los que vos tenían cercado, en la cual dicha batalla mataste al Capitán General, y fuiste en el alcance desbaratando é hiriendo los franceses hasta el Garellano, adonde los venciste y despojaste de mucha y buena artillería, señas y banderas con aquel sufrimiento de Fabio, dictador romano, y con la destreza de Marcelo y la presteza de César. Y acordándonos asimismo cómo tomaste la ciudad de Nápoles con increíble sabiduría y esfuerzo, y ganaste dos castillos muy fuertes hasta entonces invencibles, y de qué manera después asentaste real en medio del invierno con grandes aguas cerca del río Garellano, y estando los enemigos con grande gente de la otra parte del dicho río, los cuales pasados ya por una puente de manera sobre barcas que hicieron contra vos y los vuestros, no solamente vos retraísteis, pero, hecha por vos y los vuestros otra puente, pasaste de la otra parte del río, y dándoles batalla los venciste metiéndolos por fuerza por las puertas de Gaeta, la cual dada le fué á su capitán para que se pudiese ir por la mar, luego se vos rindió Gaeta con el castillo. Pues qué se dirá de vuestras hazañas, sino que de ellas perpetua memoria quedará, con la sagacidad y esfuerzo con que ganaste á Ostia, tan fuerte proveída de gentes y artillería de que tanto daño los franceses á Roma hacían. Los cuales por vos echados de Italia con los naturales de ella que los seguían, sometíste al reino de Nápoles á nuestro señorío donde mucho tiempo fuiste nuestro Visorrey, por ende, acatando lo susodicho, vos hacemos merced del estado y señorío del ducado de Sesa, etc....»

CAPÍTULO IIII

De cómo se vieron en Saona los Reyes de Aragón y de Francia, y de cómo hicieron liga contra venecianos.

Gonzalo Hernández de Aguilar y de Córdoba venía de Nápoles y no se partió juntamente con el Rey, porque quiso primero con muy mucha cortesía y crecido cumplimiento despedirse de sus amigos y de todos los ciudadanos, y especialmente de todas aquellas señoras generosas y satisfacer á su honra, porque en ninguna manera ninguno quedase quejoso. Mandó pregonar públicamente con trompetas que del mayor al menor viniese á cobrar sus dineros si alguna cosa se les debía, y á sus capitanes y soldados les rogó y exortó que pagasen á los mercaderes y á otras gentes, si de algo eran deudores, dando á muchos de ellos dineros para que esto se cumpliese y para comprarse aderezos de sus personas con que volviesen bien tratados y en orden á sus tierras. Traía en su servicio una compañía de gente la mayor y más bien aderezada que la casa real. Dejaba en Nápoles tanto deseo de sí, que estando para embarcarse en la galera vinieron al muelle muchas señoras y con muchas lágrimas haciéndose á la vela, rogaron á Nuestro Señor Dios le diese feliz navegación y la vuelta que fuese presta. Pocos días después el Rey don Fernando siguiéndole Gonzalo Hernández, allegó á Génova, y los genoveses le presentaron dos fuentes de oro y muchas vituallas frescas para gente de mar, y aunque se diese prisa de ir á Saona, quiso primero ver y tocar el santo Catino. Este es un vaso que religiosamente se guarda en la sacristía de la iglesia mayor. Es una esmeralda de seis ángulos cebada á modo de un plato de vianda; fué ganada antiguamente esta joya de la victoria de Suria, y á pública honra de la ciudad consagrada á San Lorencio. Había venido á Saona el Rey Luis de Francia por ver al Rey D. Fernando y á la Reina hija de su hermana, habiendo pocos años antes sojuzgado á los genoveses, los cuales echando fuera los nobles se le habían revelado, y quitándoles la libertad los metió encima de la cerviz una fortaleza junto al Faro. En aquel ayuntamiento ninguna cosa fué más ilustre ni al ver más notable que Gonzalo Hernández (al cual mandaron los Reyes que se asentase á su mesa). El Rey de Francia se maravilló y le loó mucho que con su grave aspecto, de la gentil disposición y con un rostro bellísimo representaba la semejanza de un varón antiguo; y confesó que, pues en él se mostraba tanto valor de ánimo y cuerpo, que méritamente era merecedor del nombre de

Grande. Dícese por cierto, que en este ayuntamiento ambos á dos los Reyes se lamentaron de la codicia de los venecianos, y determinaron de cobrar con las armas todas aquellas tierras que les habían tomado y las que contra su voluntad les habían concedido. No faltó Antonio Palavicino, genovés, embajador del Papa Julio, el cual persuadía su opinión á los Reyes, encendidos en aquel deseo, porque no podía con buen ánimo sufrir el Papa que las ciudades del estado de la Iglesia, que eran Arimino y Faenza, vacante la Sede Apostólica, hubiesen sido ocupadas por venecianos. El Rey de Francia estaba enojado que Cremona, Bergamo, Crema y Bresa hubiesen sido quitados del estado de Milán. El Rey de España tenía á mucho mal que las ciudades de la Pulla y de tierra de Otranto fuesen sujetas á venecianos. Fué partido este ayuntamiento cerca los primeros días del mes de Julio. El Rey Luis, encaminado para los Alpes por tornarse en Francia, y el Rey D. Fernando con buenísimo tiempo allegó á Barcelona. Los Grandes de Castilla y de Aragón fueron á la hora con grande prisa á recibillo, que pequeñas jornadas caminaba, alegrándose de su feliz y presta vuelta en estos reinos, mirándole á los ojos como á testigos del ánimo pacífico ó enojado. El Rey, con profundísima disimulación y grande artificio, mostraba haber olvidado todas las ofensas, y con grande alegría y demostración de ánimo clemente abrazaba á los unos y á los otros, tanto que quitaba la sospecha y el temor á muchos que merecían ser castigados. D. Antonio de la Cueva, caballero generoso y gentil cortesano, habiéndole venido á recibir con mucha risa y placer le dijo: «Y tú también, D. Antonio, me desamparaste en la Coruña». Este D. Antonio con apresurada lisonja fué á recibir á Felipo, el cual con mucha desenvoltura, porque el Rey le perdonase, respondió: «Así es, oh Rey mío, yo no lo niego, porque ¿quién habría creído jamás que un mozo de veinticuatro años, gallardísimo de cuerpo, el rostro fresco y colorado como una rosa, se había de morir en tres días?». El Rey, holgándose de su libre respuesta, con semblante alegre le dijo: «No te habría engañado el suceso del ligero consejo, si tú pensaras que un Rey clemente y legítimo pudiera muchos años vivir y felizmente reinar».

CAPÍTULO V

En que trata de la vuelta del Rey D. Fernando y la Reina Germana en España, y de la venida del Gran Capitán, y de los recibimientos que le fueron hechos al Gran Capitán.

Estas palabras, amorosamente dichas y recogidas con placer de los que estaban alrededor, referidas á los otros, fácilmente quitaron á muchos la vergüenza y el temor. El Rey siempre en la próspera y adversa fortuna se mostró grave, y como acostumbrado á recoger y gobernar los ánimos de los suyos, perdonó humanísimamente á todos, y al Duque de Nájera y á D. Juan Manuel, el cual le había sido grande deservidor y enemigo. Partiéndose del Rey iban todos á recibir al Gran Capitán, que por la pesadumbre de una febrezuela se había detenido en el camino y había llegado en Valencia, adonde estaba la Reina Germana, que la gobernación de ella tenía; y mandó á todos los estados de aquella insigne ciudad de Valencia le saliesen á recibir, enviándoles los nobles de allí mulas y caballos bien aderezados para que desde el puerto á la ciudad él y los suyos viniesen. Muchos afirman, que allí se hallaron, que sólo palio (para ser recibimiento de un gran Príncipe) faltó, porque allende de la gente eclesiástica, que muy ricos y ataviados salieron con los grandes y caballeros, aquel día fueron vistas todas las señoras, damas y doncellas de la ciudad y tierra, estando las calles, plazas y ventanas tan llenas de todo género de hombres y mujeres, que decían había muchos tiempos que igual ni tanta gente fué junta en fiesta. Vinieron con él á las casas del Conde de Oliva, que le dejó libres, en que posase muy rica y lindamente ataviadas, en las cuales en cinco cuadras hubo cinco camas de seda y brocado, y las salas de muy rica tapicería, entoldadas con mucha abundancia de olores, frutas y conservas, que los oficiales de este Conde proveyeron. Aquí el Gran Capitán, dende algunos días que había tomado de reposo, mandó á los suyos que se aderezasen para ir á la Corte, y mandóles dar cinco mil varas de seda así á sus caballeros y gente como á otros que con él desembarcaron. Salido el Gran Capitán de Valencia con no menos acompañamiento que le fué hecho recibimiento, llegó á Burgos, do estaba el Católico Rey,

que mandó le fuese hecho solemne recibimiento, en que lejos de la ciudad salió en orden toda la copia de la Corte, Prelados, Grandes y Caballeros, Capellán mayor, Capellanes, Presidente y Consejo real, é Inquisición y Ordenes y Contadores mayores, y Comendadores mayores de las Ordenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, y los Comendadores de ellos y la Justicia real de la ciudad, y regidores y caballeros de ella, llegados á palacio. Do primero todos los suyos por orden besaron las manos al Rey, que alegremente los recibió, y al Gran Capitán para lo abrazar de la silla largo se apartó, y así le dijo: «Gran Capitán, la ventaja que á los vuestros lleváis en la guerra, en la paz vos la han tomado hoy». Con otras palabras muchas de placer; y en aquella orden que llegó á Palacio por el mismo mandamiento real le fueron á dejar en su posada, que fué las casas de Covarrubias principales de aquella ciudad excelente. Morando muchos días el Gran Capitán en la Corte, tuvo cargo de procurar con entera voluntad por los que en el reino habían hecho atrevimientos de los que suelen acaecer en ausencia del Rey, en el cual oficio aprovechó á muchos, á los unos que el Rey los perdonase y á los otros que les hiciese merced, en lo cual tardó más que él quisiera para ir á Santiago, que era jornada por él prometida y muy deseada; y antes que otros estorbos de ajenos negocios le ocupasen entró en aquel reino. El Arzobispo, que su venida supo, de improviso le hizo tal recibimiento cual á su persona convenía, saliendo él y sus Cardenales, clérigos y caballeros á lo recibir, y llegado á Santiago aposentóle en sus casas, ricamente aderezadas y entoldadas. Y aquí dende algunos días el Gran Capitán adoleció. Este Arzobispo de Santiago, D. Alonso de Fonseca, usando de su ánimo liberal, proveyó tan abundantemente de de todo lo necesario á sus dolencias, que no sólo de la ciudad más de Portugal y Castilla mandó traer cosas necesarias para su cura, con más mandando en la ciudad y tierra que ninguna cosa se vendiese ni se diese para la casa y despensa del Gran Capitán, ni para ningún caballero ni persona de las suyas, ca era tan abundantemente lo que de la despensa y casa del Arzobispo se daba de todo linaje de pescados de mar y río, carnes, aves, vinos, conservas, frutas, con todo el mantenimiento necesario de lejos y de cerca traido, que había para proveer mucho número de gentes. Y á sus oficiales tanta diligencia ponían en éste como si fuese su propio señor el enfermo. Tengo sabido de persona bien digna de fe que muchas personas extranjeras que allí en Santiago se hallaron con tomar nombre ser del Gran Capitán, á las vueltas tomaban de aquellos montones muy otorgadas raciones, y los mismos mayordomos los conocían ser extranjeros, y holgaban ser engañados de ellos. Puesto en mejoría el Gran Capitán para poder caminar, al tiempo que se quiso partir, después de los ofrecimientos que entre él y el Arzobispo pasaron (según costumbre de grandes y uso de señores) le dijo: «Aquí, señor, me parece que no menos vuestra casa sana el cuerpo que vuestra iglesia el alma; así es por cierto, mediante Dios, la diligencia que en mi dolencia han puesto vuestros criados y su gran solicitud me ha dado la salud».

CAPÍTULO VI

En el cual trata de cómo el Rey D. Fernando mandó derribar á Montilla y en recompensa de ella le dió al Gran Capitán á la ciudad de Loja.

En aquel tiempo la fortuna, la cual luego que ha abierto la puerta á la envidia siempre se acrecienta mucho y amenaza con la causa de los males, con grandes ofensas hirió á Gonzalo Hernández, porque había venido á la Corte D. Pedro de Córdoba, hijo de su hermano D. Alonso, á visitar al tío, que entonces venía de Italia. Este, habiendo hablado al Gran Capitán (muy enojado porque el Rey no quería hacelle Maestre de Santiago, que se lo había prometido, como era de ánimo libre é impaciente á sufrir las injurias) desdeñado contra el Rey, se volvió á Córdoba, donde contra la voluntad real, con una cierta y perpetua autoridad heredada del abuelo y del padre, era tenido como príncipe y señor de la ciudad. Era D. Pedro por este grande favor de los cordobeses y por aquella ilustre grandeza al Rey grave y enojoso, y envió á mandar con Herrera, alcalde de Corte, á los Veinticuatros, que se deserviría si D. Pedro viviese en Córdoba, sino que se fuese á su casa, así como lo habían acostumbrado los otros señores de la casa de Córdoba. Este

mandato los Veinticuatros lo hicieron saber á D. Pedro, el cual recibió grande enojo y pena; y sin tardanza ninguna, movido de una precipitosa ira, mandó á sus criados prender á Herrera, y atado de manos y pies fuertemente, puesto encima de una acémila, lo dió á sus caballeros para que lo llevasen á Montilla. Era Montilla una villa de D. Pedro de Cordoba, su abuelo, cercada de fuerte muro con una hermosa fortaleza, la cual estaba aderezada de muchos ornamentos de mármol y era la mayor y más polida del Andalucía. El Rey, enojado grandemente, no dejando sin castigo el delito cometido porque tocaba á la Majestad Real, después que D. Pedro fué declarado por rebelde, determinó de castigalle con las armas y mandó proveer de lo necesario para el castigo. Gonzalo Hernández y el Condestable le suplicaron por D. Pedro con esta condición: que prometían á Su Alteza de traelle puesto de rodillas delante de sus pies á pedirle perdón, pues como mozo con ánimo ardiente había caído en aquel delito. D. Pedro, traído del autoridad del tío y del Condestable, vino á Corte y llegó á pedir perdón de sus atrevimientos. El Rey no quiso perdonarle, antes le desterró cuatro leguas apartado de la Corte y que no se pudiese alargar más de una jornada para poder ser llamado y volverse. Mandó con grave decreto que Montilla fuese asolada hasta los fundamentos para que sirviese de testimonio de la severidad real con los sediciosos caballeros. No pudiendo Gonzalo Hernández obtener con grandes suplicaciones que una memoria de la virtud paterna, edificada con tan graves gastos, y siendo la tierra donde él había nacido, dejase de ser arruinada, aunque para esto se valiese del medio de los Embajadores del Rey de Francia, á los cuales les parecía justa cosa que aquel que había ganado para el Rey cien ciudades é infinitas villas y castillos, en trueque de este servicio se le hiciese merced de un castillo. El Rey siempre estuvo firme en su mandato, pero con esta moderación: que en el lugar de Montilla, la cual con el Ayuntamiento del Andalucía en breves días había sido arruinada, á Gonzalo Hernández se le hiciese merced de la ciudad de Loja por mitigar con aquella dádiva el rigor de aquel castigo. Está apartada Loja de Granada cuatro leguas, puesta en un valle apacible, circuida de altísimos montes, ayuntando á esta merced una esperanza de ánimo muy benigno que Loja pasase á sus herederos.

CAPÍTULO VII

En el cual se trata cómo Gonzalo Hernández se retrajo á Loja, donde por orden suya el Arzobispo de Toledo hizo una armada contra moros.

Tornando adonde nos partimos, Gonzalo Hernández, enojado y desabrido, se retiró á Loja, buscando un ocio reposado de tantas repulsas y ofensas, hasta tanto que la envidia diese lugar y el ánimo del Rey, alterado contra él, se amansase. Estando así retirado (y con la memoria de los servicios se volviese á unos honestos pensamientos), pues habiéndose procurado un justo reposo estuviese dos años, cuándo en Loja, cuándo en Granada, contento con sus riquezas, que eran muchas de su gloria. No faltó en aquel tiempo de aquel reposo á fray Francisco Jiménez, Arzobispo de Toledo, de ayudarle en consejo y con capitanes y soldados, el cual, con ánimo religioso y noble pensamiento, por matar la envidia de las muchas riquezas que tenía, que aparejada una armada de doscientos navíos para pasar á Berbería, habiendo asolado con sus dineros catorce mil hombres entre caballos y peones, de los cuales era Capitán General el Conde Pedro Navarro, dado del Gran Capitán al Arzobispo. El Conde, con venturoso suceso, habiendo tomado el gran puerto de Mazalquivir, tomó por fuerza de armas á Orán, tierra noble que ya se llamó Barbaria, y con la misma furia echó del reino al Rey de Tremecén, habiéndole vencido en batalla. Después de haber vuelto el Conde Pedro Navarro en España con la corona de la victoria, tomó á Bujía, antiguamente llamada Vzicata, puesta en el golfo Holechachite, ciudad de Numidia, famosísima así por las riquezas como por el estudio de la disciplina liberal, siendo vencedor en dos batallas rompió á los moros, y habiéndola combatido valerosamente ganó la gran Lepti, hoy llamada Trípol. Las cuales cosas acabadas honradamente y con grande presteza del capitán y de los soldados, acostumbrados á la milicia de Gonzalo Hernández, adquirieron grandísimo loor y fama al capitán de la felice milicia. Estando en Loja en este reposo (que, á la verdad, tenía mues-

tra de un honesto destierro), no faltando en él jamás la grandeza de su consejo ni aquella excelente virtud, con la cual se había adquirido tanta gloria, con un mismo modo de un indómito valor medía las cosas prósperas y adversas. El Conde de Ureña preguntó á un gentilhombre de Gonzalo Hernández, que había venido á la Corte, diciendo cuán gran hondo tiene el agua de Loja aquella gran nave, igualándola (como arriba dijimos) á la grandeza de Gonzalo Hernández. Siéndole referido á Gonzalo Hernández, respondió: «Decidle al Conde que la nave con muy buenos lados espera que la mar crezca para poderse levantar y dar las velas á los vientos, los cuales no suelen ser siempre contrarios». No faltó suceso á aquella apacible respuesta, pues antes de fenecer el año, estando el Rey en Burgos, le llegó certeza de la batalla que sus gentes y el Papa y venecianos y los más de la liga hubieron con los franceses cerca de Rávena; donde de la una parte y de la otra murieron la mayor parte de las dos huestes, en especial de los franceses, y fué necesario enviar gente nueva y capitán experimentado en Italia. Los descarriados, que eran la parte mayor, daban las voces por el Gran Capitán que en Roma cuando llamaban á Camillo, y con esta nueva vinieron cartas del Papa y de la Liga para el Rey que enviase á ella al Gran Capitán, en cuya ida estaba el remedio: que ir sólo de gente el nombre, yendo el Gran Capitán allá, sería tanto terror y espanto á los enemigos cuanto ánimo y placer tomarían los suyos. El Rey, que del Gran Capitán conocía ser diestro en el arte de las armas y muy diligente en el proveer de asentar la hueste donde menor daño recibiese y más proveído el real de mantenimientos y aguas y de las asechanzas y peligros de los enemigos estuviese seguro, y el que primero se lanzaba en ellos, afectuosamente se lo rogó. «Yo, señor (dijo él), deseo tanto servir á Vuestra Alteza que á la más pequeña cosa de vuestro servicio porné mi persona, aunque pierda la salud de aquélla. Lo que suplico á Vuestra Alteza es me mande dar tanta y tal gente cuanto al negocio conviene y con ellos mande breve y largo cumplir». Aceptada la ida por el Gran Capitán á Italia, luego el Rey D. Fernando lo envió á denunciar allá, escribiendo al Papa y capitanes de la Liga que de improviso sería con ellos el Gran Capitán, que les enviaba en él otro Fulvio. Sabido que el animoso capitán Gonzalo Hernández volvía á Italia, la Corte se resonaba para ir con él, poniéndose en nóminas, en que en ellas se escribieron el Duque de Villa Hermosa y el Conde D Fernando de Andrada y otros muchos caballeros amadores de guerras peligrosas y muchos valerosos varones é hijos de señores de estado y número de otras gentes sin número de muchas ciudades y villas que enviaron y otros que vinieron ansiosos de mudanzas de tiempos por verse hartos de bienes, que con la paz no les sobran. Ido á Palacio á besar las manos al Rey y despedirse para se ir, fué tan acompañado de los señores y grandes que en la Corte se hallaron, cuanto á su persona convenía. La misma compañía salió de la ciudad hasta la fin del día, y algunos Grandes hubo que esa noche vinieron á aposentarse con él. Aquellos vueltos, con muchos caballeros y gente se vino á Antequera por estar cerca del embarcar en Málaga, y como las cosas de Italia fueron mudadas en mejor estado, cesó su pasada; y muchos de los caballeros, y otros que vendieron parte de sus rentas y patrimonios para ir con él, fiándose de ellos larga y cumplidamente cumplió con ellos, y hecho escrito de lo que les mandaba dar, un su criado, visto aquel ser en mucha cantidad: «Vuestra señoría lo vea (dijo él) que más monta de sesenta mil ducados lo que á estos señores se les da». «Dadlo, que para usar de ello lo quiero, que el gozar de la hacienda es repartirla».

CAPÍTULO VIII

Del razonamiento que el Gran Capitán hizo á los caballeros que querían pasar con él en Italia.

«Bien es, caballeros, que sepáis cómo el Rey nuestro señor me envió á mandar que esta nuestra pasada en Italia sobresea hasta Marzo, porque así cumple á su servicio, y que los que aquí conmigo estáis, sus continuos y criados, vais á su Corte y que de los otros caballeros le envie copia, porque de todos se tiene por muy bien servido y quiere haber memoria para vos lo galardonar y hacer mercedes. De mi parte vos tengo en merced la voluntad con que, señores, habéis venido á servir á Su Alteza en esta justa jornada,

porque con tal compañía esperaba en Dios le diéramos buena cuenta de nuestras almas y al Rey de su encomienda y á los enemigos de la Iglesia de vuestra virtud resplandeciente en maravillosa memoria, según la santa y honrada empresa que tomasteis. De donde os quedo, señores, tan obligado que á todos tiempos que menester sea poner mi persona y casa por cada uno de vos, lo haré de tan alegre voluntad como pesar siento de vuestro apartamiento. Bien quisiera que fuéramos en esta guerra para que viérades las maravillas de Dios con la soberbia de los enemigos que allá nos llevaban enredadores de ella; los cuales franceses, aunque asaz valientes, varones no iguales de vuestra dureza y esfuerzo, porque caso que se ayudan del saber, vosotros de aquél y más de la osadía, que estimo en mayor precio que su grande hueste, la cual no es cosa ligera de ordenar, porque más estorbos reciben de sí mismos que de los enemigos, por ser como es la multitud de los franceses gente desordenada para pelear con los pocos bien regidos. Cuanto más que de vosotros, señores, conozco que estáis en carrera de bondad, con la cual ayuntáis el amor que tenéis á los trabajos y peligros de las armas. Una cosa es bien, señores, que sepáis: que si fuérades en Italia al tiempo que se escribían los romanos para ir en hueste, sus caudillos no os pidieran los votos que juraban los que iban en ella, ni menos en vuestro tiempo Celandio no pregonara en su hueste que el caballero que desamparase su estancia fuese público enemigo del Emperador. Casos he visto de improviso tan tristes con esta no pasada, que da razón la cara de lo que tenéis en el alma, y, señores, no lo debéis hacer, porque si esto no fuese en nuestro favor, ni Dios lo querría ni Su Alteza lo mandaría, antes aquello es por más mejor nuestro, pues más seguro es que á un punto peligroso que de muchas partes viene se empeora la guerra. Bien veo, señores y honrados caballeros, que la saña, de toda razón enemiga, ha engendrado en vuestros ánimos, con esta nueva, nueva ira, porque más quisiérades allegamiento de batalla que alargamiento de tiempo por arrebatar la victoria con gran fama de virtud, do dejárades tan gran memoria de gloriosa fama á vuestros descendientes, como la que heredasteis de vuestros mayores; pero como todo esto procede de Nuestro Señor, á él se le dé loor. Y pues las cosas de la Iglesia y de Italia van cada día mejorando, mediante las fuerzas y esfuerzo de la gente que allá está, á los cuales bien así como por ello les será otorgado honra, no menos á vosotros merecimiento de gloria, pues para les ayudar llegasteis á este lugar donde de vosotros, señores, se ha conocido, no por premia, más por premio de virtud habéis querido tomar trabajo loable. Al Rey nuestro señor he escrito suplicándole vos mande á todos satisfacer y pagar los gastos y expensas grandes que para este camino habéis hecho; bien espero así los que sois de Ordenes en aquéllas, y á los otros en sus naturalezas, seréis de Su Alteza bien y largamente gratificados. En lo que á mí toca, es que no vos pagaré ni podré dar á todos lo que debo á uno en especial, considerando cuán señores sois y de quién venís y cómo venís; pero sé que más miráis á lo que puedo que á lo que debo y tomaréis aquello con aquella gana dado, que el dinero que ofreció la buena y santa mujer, que será lo que acaece cuando misa encargáis, que dais un real y es de precio infinito». Acabado este razonamiento, muchos de aquellos caballeros, no pudiendo tener el lagrimar ni disimular el pesar, á cabo de alguna distancia de tiempo pidieron á Rodrigo de Viveros por todos respondiese al sentimiento grande que de la nueva hubieron, el cual así dijo:

«No será necesario decir á vuestra señoría la tristeza que estos caballeros han tomado con la habla que les ha dado, pues su misma alteración lo muestra; de que nos pesa tanto, que otra ninguna nueva nos hubiera alterado más. Porque se alegraban cuanto se alegrar podían en ir á Italia con Cónsul resplandeciente en dignidad y gloria y experiencia de guerra, que es parte principal de la empresa; porque presente vuestra virtud poco temor tenía á toda multitud, pues otro Salinator llevábamos por avanguardia, en especial yendo á empresa de la defensión de la Iglesia y con capitán que su uso es ayudar lo perseguido, á cuyo ejemplo deseamos vivir. Bien quisiéramos, señor ilustrísimo, que pues no han valido amonestamientos con los franceses en Italia, vieran vuestras fuerzas en Francia, porque de aquéllas, en Dios fiándonos, resultarán dignidades, riquezas y honores que son debidas á los vuestros por el gran poderío y

gloria de vuestra excelente persona, porque ante los ojos teníamos esta pasada nos fuera honor increible, pues que íbamos con caudillo que sus bienaventuradas hazañas y loables vencimientos de batallas dan claridad en el mundo, de que toda sana boca habla. El pesar que estos caballeros tienen, melecina es con que salen que vuestra señoría ilustre los tiene por perpetuos servidores y por tales humilmente pedíamos haya memoria de nos mandar, pues aquella misma retenemos para obedecer y agradecer la benevolencia con que nos ha tratado».

Idos estos caballeros á sus posadas, este Gran Capitán se fué á su cámara, do les mandó enviar dineros y caballos, plata, oro, brocado y sedas y ropas y perlas á cada uno, según quien era y costa traía, y no menos á los que estaban en Córdoba, Málaga y en otras partes aposentados, y aquella misma cura tuvo de los alabarderos de la guardia del Rey y gente de caballo de aquélla y de otros oficiales, personas que de grandes y de otros señores se habían despedido para ir con él en esta jornada, á lo cual todo, como fuese presente un su criado: «Estos caballeros y gentes (dijo aquél) á serviros, señor, vinieron, y para que repartiésedes de lo ajeno y conservar lo vuestro, hoy veo lo que dice Fectora, que naturalmente nacen los hombres liberarales. O, señor, como esta vuestra cámara tiene suelo y en vuestra casa no lo de Craso; ca en este repartir debe vuestra señoría ilustre seguir lo que dice Valerio, que así como hombre no ha de dar más poco de lo que debe, menos debe dar más de lo que puede; que si Scipión y otros Príncipes daban dádivas crecidas á los guerreros, era del despojo de los enemigos. No sé yo, señor, qué exceso hicieron estos vuestros bienes, con tanto polvo y peligro ganados, que así los metéis á saco, que por cierto no se lee en un día dar uno de lo suyo propio lo que habéis dado á muchos de lo vuestro. ¿Qué más haría vuestra señoría al enemigo en su propia casa de lo que hacéis hoy en la vuestra?» Al cual respondió: «Anda, vete, amigo, ca las leyes de la guerra son ser el capitán clemente y tener mano larga y boca prudente. Ese consejo que me das, serme ha de mala digestión, por no lo haber acostumbrado en ninguna de mis edades, ni sería bien aconsejado si de nuevo lo principiase. E cosa convenible es al que tiene cargo de gente no menos la franqueza que el honroso ejercicio de la guerra, la cual como el capitán ha de punir corto debe repartir largo, pues no menos es de culparle ser vencido por liberalidad que por armas. Mira que estos caballeros ven y yo lo siento cuán gastados están, así en el ornamento de sus personas como en el gasto que los suyos cada día les hacen, y si volviesen á sus tierras pobres, sus vecinos aborrecerían el oficio militar, que es más noble. Acuérdate de aquella palabra que decía ese Scipión, que más quería conservar un caballero que destruir mil enemigos. Ca bien ves que si nos faltare caudal, no nos faltarán amigos de verdad, que el varón no se ha de someter á bajos pensamientos, pues la razón á lo más bueno nos lleva».

CAPÍTULO IX

De cómo el Gran Capitán vino á la ciudad de Loja, donde adoleció, y fué á Granada, do feneció.

Esta fama derramada de la liberalidad y alegre conversación que con estos caballeros y gentes el Gran Capitán hizo, creció en los corazones de los hombres tenerle tanto amor, que todos unánimes deseaban servirle y seguirle; y así con él y con la Duquesa su mujer vinieron acompañándolos hasta la ciudad de Loja, que le fué dado con la justicia y tenencia de ella para su aposentamiento. Aquí tornó á hacer nóminas de segundo repartimiento tan colmadas como la otra vez, y en estas liberalidades se conoció dél, que tanto se realegraba en el dar, cuanto penas, gemidos y cuidados tienen los avarientos en el guardar. Quedaron con él cincuenta caballeros de sus continos y criados, con otra mucha gente, á los cuales tenía en uso de vivir sin bullicios, limpios de reniegos, juegos, adulterios, y en esta observancia moraron allí casi tres años, usando marido y mujer de aquel su oficio de liberalidad y caridad, do dieron testimonio hacían vida conforme la voluntad del que da la vida. En aquel reposo estuvo cerca de dos años, siempre ocupado en un honrado ejercicio, pensando en cosas altas y grandes conformes á la grandeza de su ánimo. Había enviado con grande gasto y diligencia por todas las ciudades que tienen nombre de Principado, no solamente en Europa, más en Asia y

en Africa, hombres muy bastantes para que con grande diligencia y cuidado le hiciesen saber lo que se hacía en tiempo de paz y de guerra. Tanto que cada día acaecía, que siendo avisado de cosas maravillosas y de grande importancia, las contaba á los que se hallaban presentes, y con grande artificio las escribía á los ausentes. En el término de estos dos años que su vida se acabó, acontecieron maravillosos acaescimientos, muy al contrario de los que muchos tiempos antes habían sucedido. El mundo todo estaba revuelto en guerra, que muerto que fué el Papa Julio, el cual ninguno fué mayor ni más valeroso en defender y acrecentar la reputación de la Iglesia, le sucedió León décimo, grande favorecedor de hombres letrados, y procuraba volver al mundo la edad dorada. Coronóse aquel mismo día que hizo un año, y encima el mismo caballo que fué preso en la sangrienta batalla de Rávena, entró triunfando debajo el palio. Pocos días después entendió que monsiur de la Trimolla y el Triultio, ilustres capitanes de franceses, habían sido desbaratados en Novara por unos pocos de suizos que les dieron encima. Y que Enrique, Rey de Inglaterra, habiendo hecho liga con el Emperador Maximiliano, había pasado en Picardía con un grueso ejército, y en pocos días, rompida la caballería de Francia, había tomado dos nobilísimas ciudades, á Terovana y Tornay. En aquel mismo tiempo Jacobo cuarto, Rey de Escocia, rompió su ejército de escoceses por Habardo Surejo en Tuedo, y fué en batalla vencido y muerto. No habiéndose cumplido un mes después de este suceso, fueron los venecianos vencidos en Vicencia en una sangrienta batalla por D. Ramón de Cardona y Próspero Colona. Con estos sucesos, muy conformes á los deseos del Rey D. Fernando, se mezclaban con mayor contentamiento las batallas extranjeras de los nuestros con los Reyes bárbaros. Hecha que fué la paz entre franceses é ingleses, el Rey Luis se casó con la hermana del Rey Enrique de Inglaterra, y siendo viejo y flaco, murió en el medio de las fiestas y regocijos de sus bodas, y había sido declarado por el Rey Francisco de Valois su yerno. A Ladislao, Rey de Hungría, se le habían levantado los villanos, y puestos en armas (de los cuales era su capitán Bornamisa), había tenido una peligrosa guerra, y siendo vencedor, los castigó meritamente. Constantino Rutheno, capitán de Segismundo, Rey de Polonia, en Sinolencho, encima al Boristene, en una grande batalla había vencido una infinidad de moscovitas. En Levante, Selín, de turcos, y Sofí Ismael, de persianos, Reyes grandísimos y poderosos, teniendo ambos guerra, tal fué el suceso, que habiéndose dado una sangrienta batalla en Artajersa, ciudad de la Armenia, en la campaña de Calderan, fué vencedor Selín, y el Sofí se retiró dentro de la Media. Pero muy más honradas y apacibles se mostraban las cosas que en este medio eran escritas de las victorias de los portugueses, habiendo venido nueva muy cierta cómo con grande armada habían pasado el postrer cabo de la Etiopía hacia el polo Antártico y habían sojuzgado casi todos los Reyes de la India al largo del Arábico y el Pérsico, mares muy grandes y extendidos, y habían llegado á Malaca del Chersoneso y hasta la isla de Samotrán, hallando asimismo la tierra donde nace la especería, y por todas partes habían atemorizado innumerables ejércitos de aquella nación con solo disparar el artillería de bronce. Con el mismo contentamiento y mayor gloria de castellanos, se platicaba del Nuevo Mundo y de los desapiadados pueblos de los caribes, habiendo el armada del Rey D. Fernando descubierto la Nueva España, adonde se hallaba tanta cantidad de oro, perlas y joyas, que bastaban enriquecer en España, no solamente la facultad pública, más aun las privadas. Pues mientras Gonzalo Hernández en estos ejercicios (no con natural sino con una forzada alegría) pasaba su vida, adoleció de enfermedad de cuartanas en el mes de Agosto, de la cual dolencia sus días fenecieron en Granada, de edad de sesenta y dos años y dos meses, á dos días del mes de Diciembre de mil y quinientos y quince años; estando rodeado de su mujer é hija, criados y servidores y sabios y claros religiosos, á arbitrio y parecer de los cuales repasó y corrigió su testamento y comunicó su vida pasada; y recibió con tiempo los Santos Sacramentos de la Santa Iglesia con tantas lágrimas y devoción, que dieron fe de su buen fin. Hizo de nuevo grandes mandas y limosnas, allende de las hechas, con más cincuenta mil misas que le dijesen en aquellos monasterios é iglesias que más necesidad tuviesen. Fué depositado su cuerpo en la capilla mayor de San Francisco de aque-

lla solemne, nombrada y gran ciudad, con grandes llantos y gemidos del pueblo y tierra que concurrió á las honras, donde todas las dignidades y beneficiados, del cabildo, de la iglesia mayor y capilla mayor y capellanes de la capilla real y clérigos de las iglesias y religiosos de los monasterios de la dicha ciudad, vinieron los nueve días de sus honras, en que se hallaron Presidente y Oidores de nuestra Audiencia Real, y Marqués de Mondéjar, Conde de Tendilla con los Veinticuatros, y los otros caballeros de ella, con más los señores de Baena y Aguilar y Alcaudete y Palma, con sns hermanos, hijos y deudos y muchos otros caballeros que del Andalucía vinieron. Estaban puestas en la iglesia y alrededor de la tumba, que representaba su busto, doscientos estandartes y banderas, y dos pendones reales que había ganado en batallas á los franceses y sus secuaces, con las señas que tomó á los turcos cuando la Chafalonia les ganó. Al Católico Rey llegada la nueva de esto, á la buena y clara vida ser trasladado el Gran Capitán, hizo mucha demostración de dolor y sentimiento con derramamiento de lágrimas, y tomó loba negra, y los Grandes y caballeros de la Corte tomaron luto. S. A. dijo palabras que daban á entender el grande amor que le tenía, y mandó que le fuesen hechas solemnes honras en su capilla y corte.

LETRA DEL REY CATÓLICO Á LA DUQUESA DE TERRANOVA, MUJER DEL GRAN CAPITÁN

«Duquesa prima: Vi la letra en que me hiciste saber el fallecimiento del Gran Capitán, y no solamente tenéis vos muy gran razón de sentir mucho su muerte, porque perdiste el marido, pero téngola yo de haber perdido tan grande y señalado servidor y á quien yo tenía tanto amor, y por cuyo medio con el ayuda de Nuestro Señor se acrecentó á nuestra Corona real el nuevo reino de Nápoles, y por todas estas causas, que son grandes (y principalmente por la que toca á vos), me ha pesado mucho su muerte y con razón. Pero, pues, á Dios Nuestro Señor así le plugo, debéis conformaros con su voluntad y darle gracias por ello y no fatiguéis el espíritu por aquello en que no hay otro remedio, porque daña á vuestra salud. Y tened por cierto que lo que á vos y á la Duquesa vuestra hija y á vuestra casa tocare, terné siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitán nos hizo. Por ellos y por el amor que yo os tengo, miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo veréis por experiencia, placiendo á Dios Nuestro Señor, según más largamente vos lo dirá de mi parte la persona que envío á visitaros. De Trujillo á tres de Enero de mil y quinientos y diez y seis años. Yo el Rey. Por mandado de S. A., Pedro de Quintana. Por el Rey, á la Duquesa de Sesa y Terranova su prima».

LETRA DEL PRÍNCIPE REY Y EMPERADOR Y SEÑOR NUESTRO Á LA DUQUESA DE SESA Y TERRANOVA

«Duquesa prima: Yo he sabido el fallecimiento del nombrado Gonzalo Hernández, Gran Capitán, Duque de Terranova, vuestro marido, al cual (por lo mucho que merecía y por el valor de su persona y por los muchos y señalados servicios que á los Católicos Rey y Reina, mis señores en honra, conservación, aumentación de sus reinos y de su Corona real y de los naturales de ellos hizo), yo le deseaba ver y conocer para me ayudar y servir de su consejo y gozar con su persona. Y pues ha placido á Dios que yo no pueda cumplir tan justo deseo, él le ponga en su gloria, y debemos haber por bueno lo que hace y conformarnos con su voluntad, y así os ruego que lo hagáis y que os consoléis, pues hay razón para ello, así por el nombre y gloria de sus obras y fama como por la obligación que para siempre queda á todos los Príncipes de España, para tener en memoria y honrar sus huesos y conservar y acrecentar su sucesión. Y si para consolación de vuestra viudez y de vuestra persona y casa deseáis que se haga algo, en tanto que me aderezo para ir á esos reinos, que será presto, placiendo á Dios, hacérmelo saber. De la villa de Bruselas á quince de Febrero de mil y quinientos y diez y seis años. El Príncipe. Por mandado del Príncipe, Gonzalo de Segovia, por el Príncipe.

FIN

BREVE SUMA DE LA VIDA Y HECHOS

DE

DIEGO GARCÍA DE PAREDES

LA CUAL EL MISMO ESCRIBIÓ Y LA DEJÓ FIRMADA DE SU NOMBRE COMO AL FIN DE ELLA APARECE

En el año de mil y quinientos y siete hube una diferencia con Ruy Sánchez de Vargas sobre un caballo de Coraxo, nuestro sobrino, que yo le tomé para venir en Italia. Vino tras mí el Ruy Sánchez con tres de caballo y dímonos tantas de cuchilladas, hasta que cayó Ruy Sánchez, é luego sus escuderos me acometieron de tal manera, que me vi en grande aprieto, pero al fin los descalabré á todos y fuí mi camino. En el mismo año llegué á Roma con gran necesidad yo y mi hermano Alvaro de Paredes, en la cual ciudad no hallamos quien nos diese de comer; y estando pensando cómo se podría salir de tal fatiga, acordamos de asentar por alabarderos en la guarda del Papa, queriendo más poner los cuerpos á la servidumbre que darnos á conocer al Cardenal de Santa Cruz, que era nuestro primo. Pues pasando algunos meses en esta vida con otros españoles amigos nuestros, cuyos nombres son: Juan de Urbina, Juan de Vargas, Pizarro, Zamudio, Villalba, é posando todos juntos, nos topó un día la guarda del Papa donde estábamos tirando á la barra unos con otros, de lo cual el Papa holgaba. Llegaron algunos caballeros á tirar, y entre ellos había uno que se tenía por gran tirador y éste dijo á mi hermano si sabía quién tirase cien escudos, que él se los tiraría. Mi hermano dijo que sí, y éste se desnudó en calzas y en camisa y puso los cien ducados y demandó del tirador que había de tirar y tomó la barra. Yo, no teniendo los dineros, le dije si quería tirar por gentileza; y éste, enojado de mí, dijo que me fuese á tirar con otros como yo, que no era su honra tirar conmigo. Yo le dije que mentía, y sus compañeros y criados echaron mano á las espadas y yo á la barra que él había dejado, y con ella nos defendimos á su daño, que matamos á cinco de ellos y más de diez heridos. Por donde se revolvió la Corte de tal suerte, que mandó el Papa que prendiesen á los romanos por el poco respeto que tuvieron y nosotros fuimos dados por libres.

A ocho de Marzo del dicho año se vieron mis compañeros y yo más necesitados que solíamos, y andábamos tan alcanzados con el poco partido, que era forzado ir de noche á buscar ventura de enemigos, y lo que se ganaba íbamos á vender á Nápoles, y así teníamos también mozos ganando el vestido. Pareciéndome mal esta vida, determiné de me dar á conocer al Cardenal de Santa Cruz por salir de tal caso, y no pasando Abril, se rebeló Montefrascon y otra tierra que confinaban con tierra del Próspero Colona, para lo cual se hicieron seis banderas, cuatro de infantería y dos de caballo, y allí me dieron la primera compañía que tuve. Fué mi alférez Juan de Urbina, y mi hermano sargento, y Pizarro y Villalba y Zamudio cabos de escuadra; fué General de esta gente un sobrino del Papa.

Hicimos nuestro viaje caminando de noche por no ser sentidos y llegamos á la media noche al burgo de la tierra. Buscamos escalas, palancas, boycones y otras cosas convenientes; yo tomé cuerdas que bastaban á la muralla y atamos dos leños á los cabos, y con picas las atravesé en las almenas, por donde

subí tan presto y tan á paso que no fuí sentido de los enemigos; y el General ordenó saltear la tierra por otra parte, más con ruido que con obra, por que cargase la gente allí. Yo hice subir mis compañeros por las cuerdas y mataron á la guarda y pelearon con ella. Yo fuí á la puerta que estaba con llave y así del cerrojo, y arranqué las armellas y abrí las puertas, por donde metí los nuestros y fuimos á la plaza donde se recogieron los enemigos para pelear con nostros. Eran por todos ocho banderas de infantería; fueron rompidos y la tierra saqueada, y la otra tierra se nos rindió de miedo.

De allí se despidió la gente, salvo mi compañía, que vuelta á Roma me metieron en Santo Angel y estuve allí todo el año, hasta la guerra del Papa y del Duque de Urbino, que favoreció el Gran Capitán por mandado del Emperador Maximiliano por la liga que se hizo contra él. Saltamos en compañía, siendo yo de guardia, los enemigos me acometieron por dos partes; dímonos tan buena maña con ellos, que se perdieron los más muertos y heridos; y porque peleando con ellos dije «España, España» fuí reprendido del capitán Cesaro Romano, diciendo que yo era traidor. Yo le dije que mentía, y fué necesario combatir y Dios me dió victoria y le corté la cabeza, no queriendo entendelle que se rendía. Sabido por el Papa, mandóme quitar la compañía porque me prendiesen, y así se hizo y fuí preso en la tienda del General; y á media noche aventuré á salirme, tomando de la guardia una alabarda y con ella maté la centinela y salí fuera, y la guarda tras mí hasta la guarda del campo y allí reparé por la mucha gente que venía. El capitán, alborotado, detuvo la gente con mano armada, no sabiendo por qué fuese yo así á la centinela, demandándome el nombre; yo no se lo supe dar y acometióme y matélo, y así salí fuera del fuerte y fuíme al campo del Duque, donde fuí bien recibido, aunque la noche pasada había hecho daño en ellos.

Fuí llevado á la tienda del Duque, el cual mostró conmigo mucho placer y dióme una compañía de arcabuceros de un capitán que fué muerto la noche pasada, y ofrecióme más mercedes; y estando de día en día para dar la batalla, supliquéle al Duque que nos llegásemos más, y así lo hizo, que pasamos el río por barcas y entramos en una isleta, y allí nos aislamos, porque los enemigos supieron quién venían de socorro, y eran venecianos y tomaron las barcas; y por la otra parte el campo del Papa nos tomó una puente que estaba al otro brazo del río, de que hubimos temor de hambre. Y como yo fuí la causa de este cerco, procuré el remedio, porque no había vitualla para dos días, y dije al Duque que quería probar ventura, y tomé un caballo en calzas y camisa y hice explanar la puente de arriba do se partian los brazos del río, y con una lanza entré el río entre las dos aguas. Guióme Dios tan bien, que tentando allí vado pero alta la salida fué menester allanalla y tornando al Duque le demandé quinientos caballeros y quinientos arcabuceros, y tomándolos á las ancas con las trompetas y atambores del campo, me partí diciendo al Duque que reposase hasta una hora antes del día y aquella hora se pusiese acerca de la puente, que yo quería romper los enemigos y tomarles el artillería. Y así fué que pasados de la otra parte, el Duque les tocó alarma toda la noche, y estando de vela y cansados, mandaron una carta á los venecianos, la cual yo tomé, y venida la hora pasé en cinco partes la gente y comencé de templar las cajas de los atambores, y los enemigos pensaron que eran venecianos, y así pude llegar sin alboroto al campo, el cual acometimos todos á un tiempo bravamente, entrando por él matando y quemando de tal suerte, que no era bien de día cuando eran desbaratados y rotos sin saber quién los rompia y tomé el artillería haciendo volver las bocas á ellos, y salido el Duque acabamos la jornada, do reposamos cuatro horas y tuvimos modo de enviar la carta á los venecianos y que pasasen el rio, y así lo hicieron, y pasaron todos, que eran seis mil. Yo fuí á ellos con dos mil arcabuceros á un foso donde los puse en secreto, y el Duque vino como á recibillos, y ellos no sabiendo cosa de la pasada, salvo el ruido del artillería, pasaron sin sospecha, y queriendo ponerse en orden, acometíles con la escopetería, donde murieron más de dos mil y los otros fueron presos y muchos ahogados. Fenecieron estas dos batallas por la voluntad de Dios en aquel día, y el Duque cobró lo que tenía perdido y asosegó su estado. De allí fuimos al campo de Próspero Colona, y el Gran Capitán me recibió muy bien y el Próspero me llevó consigo y me dió

una compañía de caballos y dos de arcabuceros. Fuí su coronel. Sucedió la guerra del Rey de Francia por la parte del reino de Nápoles. Fuése á dar la batalla á Rávena, do la perdimos por mucha gente, porque eran los enemigos sesenta mil y nosotros quince mil; pero quedaron de ellos tan pocos como nosotros éramos. Escaparon dos mil y quinientos españoles y recogímonos al Duque de Urbino, y rehizo el campo y fuimos tras los enemigos y alcanzámoslos en el Ferrarés; de Venecia les tornaron con socorro y el Papa también y el Duque de Ferrara fueron en favor de Francia. Duró la guerra algunos días escaramuzando unos con otros.

Iba nuestro bagaje por sacomano, y los enemigos fueron avisados y nos dieron una emboscada de dos mil hombres. Yo fuí por escolta con mis tres banderas, dos de escopeteros y una de caballos.

Hízose el sacomano, dejé la infantería, pasé adelante con los caballos, fuí acometido de la emboscada y tomáronme el paso; fuí forzado de pelear y romper por medio, lo cual se hizo á su pesar.

Pasados de ellos, salió la escopetería en nuestro socorro y tomáronnos en medio y peleamos tanto los unos con los otros, que de los nuestros quedamos doscientos vivos y de los suyos cuatrocientos. Todos los otros murieron, y me prendieron con tres heridas de escopeta y mi caballo quedó muerto. Tomáronme cuatro hombres de armas y llevándome preso á pie, tomamos una puente sin bordos; y pasando por ella abracéme bien con los que me llevaban asido, y trabado con ellos, me arrojé de la puente abajo con ellos en el río, donde todos ellos se ahogaron y yo escapé por buen nadador y por la voluntad de Dios, que si me llevaran al campo me dieran mil muertes; y así me volví á nuestro campo armado de todas armas, á pie y mojado y herido y seis millas de camino. Con todo, fuí bien recibido del Próspero Colona. Los enemigos tomaron tanto miedo de esta vez, que pidieron treguas por dos meses. El coronel Palomino se dejó decir que había ganado poca honra yo con los enemigos, pues perdí mi gente, que era más locura que valentía lo que yo hacía. Yo lo supe y le envié un cartel en que le decía que yo había hecho más en aquel día que él en toda su vida; él respondió secamente, por do convino combatir. Fué mi padrino Juan de Gomado, maestre de campo; fué suyo Perucho de Garro; fueron señores del campo el Próspero y el Gran Capitán; combatímonos con espadas solas en calzas y en camisa.

Dióme una cuchillada en el brazo izquierdo desde el codo hasta la uña del dedo; dile yo otra que le corté el brazo y la guarnición y la mano. Arremetió á tomar la espada con la izquierda y dile otra cuchillada en el muslo que dí con él en el suelo, y teniéndole para cortar la cabeza, llegó el Gran Capitán; pidiómelo por hombre muerto, y dísele. Cumplida la tregua hubo concierto entre los dos campos con mandado de los Reyes que combatiesen doce por doce; al efecto, de nuestra parte fueron el coronel Villalba, el coronel Andana, el coronel Pizarro, el coronel Santa Cruz, el capitán Juan de Haro, el capitán Juan de Gomado, el capitán Alvarado, dos capitanes de gentes de armas y los demás eran italianos y yo. Quiso Dios mostrar su justicia. Sobre este combate se revolvió un capitán francés conmigo porque le maté dos hermanos suyos en el campo, y combatimos en medio de los dos campos armados de hombres de armas con unas porras de hierro que yo saqué. En viendo el francés la pesadumbre de ellas, hechó la suya en el campo no pudiéndola bien mandar y echó mano á un estoque y vino á mi, pensando que tampoco pudiera mandar la porra. Dióme una estocada por entre la escarcela é hirióme, y yo le di luego con la porra sobre el almete y se le hundí en la cabeza, de que cayó muerto. Por estas cuatro cosas que me acaecieron casi juntas me vinieron muchos reveses, así de amigos como de enemigos, porque en espacio de otros dos meses combatí otras dos veces y quiso Dios darme victoria por la razón que tenía.

De allí á pocos días fué la batalla de Vicencia y ganámosla aunque pensaron los enemigos que nos tenían en la red.

De allí fuí á España con el Gran Capitán, que iba á dar cuenta y alcanzó al Rey en cien mil ducados. Estando un día en la sala del Rey muchos caballeros del Rey, entre ellos hubo dos que dijeron que el Gran Capitán no daría buena cuenta de sí. Yo respondí alto, que lo oyó el Rey, que cualquiera que dijese que el Gran Capitán no era el mejor criado suyo y de mejores obras, que se tomase un

guante que yo puse en una mesa. El Rey me lo volvió, que no lo tomó nadie, y me dijo que era verdad todo lo que yo decía, y dende allí el Gran Capitán estuvo bien conmigo, que hasta allí no podía verme porque serví al Próspero.

De allí fuí á mi tierra, y llegué á Coria un día tarde, que no pude llegar más adelante, y llegó conmigo solo un paje. Hallé en la posada dos rufianes con dos putas y unos burdeleros que querían cenar; y como me vieron de pardillo y con un papahigo debieron de pensar que era mercader de puercos, y dijéronme si los iba á comprar que allí los había buenos. Yo no les respondí, y debieron de pensar que era judío ó sordo, y llegó uno de los rufianes á tirarme del papahigo diciéndome si era sordo; y estuve quedo pensando lo que haría, y un burdelero que parecía buen hombre le dijo quedito que no se burlase conmigo, que no sabía quién era y que se me parecían armas debajo del sayo. Los rufianes se llegaron á mí por ver las armas, y de que me vieron armado, los judíos no hicieron más escarnio; las putas me dijeron si había escapado del sepulcro huyendo. En esto sentí que llegaba mi gente, que de Italia traía veinticinco arcabuceros. Envié secreto el paje á ellos, avisándoles que hiciesen que no me conocían, por ver en qué paraba la fiesta. Ellos, tornados al tema, uno de los rufianes me tornó á tirar del papahigo recio, diciendo que le mostrase las armas que traía, que eran doradas, y dijéronme si las había hurtado; y pareciéndome que un cabo de escuadra mío, no pudiendo sufrir lo que veía, quería poner mano á la espada, me levanté de un banco en que estaba sentado y tomé el banco y dí con él al rufián y abríle la cabeza, y al otro rufián y á las putas y á los burdeleros eché en el fuego unos sobre otros. La una puta que cayó debajo murió; los otros escaparon quemadas las caras y las manos, y salieron dando voces á la justicia y el mesonero con ellos. Nosotros nos asentamos á tomar su cena, hasta que todo el pueblo se juntó á la puerta y comenzó un alcalde á quebrar las puertas, y yo las hice abrir, y de golpe entraron algunos porquerones, y con la tranca de la puerta derroqué los primeros, que fueron dos ó tres, y así no osaron entrar más. Por de fuera me requerían que me diese á prisión, si no que me quemarían la casa. Al ruido y alboroto vino el Obispo, que era mi deudo, y sosegóse todo.

Dende á poco tiempo me mandaron ir á Navarra en una coronelía de nueve banderas. Tomamos á Maya, un castillo fuerte, y fuimos á Pamplona y dimos la batalla y perdiéronla los franceses. Fuimos á Fuenterrabía y tomóse por hambre y despidióse la gente, que no fué menester. Sucedieron las Comunidades y pararon en lo que ya sabéis. Volvimos luego á Navarra con el Príncipe de Orange y con el Condestable. Ganamos de los franceses á Urdabia, á Monleón de Sola y á Salvatierra. De allí fuimos á Tariz y fué quemada por los alemanes y saqueada; mas del vino quedaron tales, que los enemigos les tomaron el artillería que llevaban, y yo iba de retaguarda con mis escopeteros y atravesé un monte y toméles el paso, donde venían con la presa cinco mil, y toméles descuidados y rompímosles y quitámosles el artillería y matáronse de ellos mil y prendiéronse muchos. Acabada esta jornada se despidió la gente que no fué menester. Quedamos Gutierre, Quijada y yo, con nuestras coronelías; vino el campo de franceses. Tomamos el camino de Fuenterrabía, que era el paso; defendímoselo.

Tornáronse todos, salvo cinco mil esguizaros escogidos entre doce mil. Despidióse nuestra gente, quedaron seiscientos españoles; vinieron los esguizaros á ellos por una montaña arriba tan derecha, que subían asiéndose con las manos por desollarnos. Cuando fueron en lo alto arremetieron á ellos y rompímoslos. Murieron despeñados de nuestras manos y ahogados en un río más de cuatro mil, y los demás prendimos y enviamos á los gobernadores de España á Vitoria.

Luego vino S. M. de Flandes, fuí á besalle las manos; hizo Cortes, fué luego á Hungría y retiróse el turco. Tornamos á Italia; llegados al real, una jornada más atrás me quedé en una casa en la campaña por ser tarde, á una milla del campo. Iban conmigo unos criados del Emperador con sus mujeres y carros de pan y seis criados míos y Sancho de Paredes. A media noche sentí ruido alrededor de la casa; levantéme de un banco en que estaba y arméme é hice armar mis criados. Vino á mí una lengua que yo tenía é dijo: «Señor, quemarnos quieren la casa y el dueño no consiente, y ellos dicen que se la pagarán»; y

yo por no ser quemado salí fuera y en saliendo me dieron cuatro escopetazos: quiso Dios que todos me hicieron poco mal, y tomáronnos en medio á todos y con alabardas y piedras comenzaron á pelear. Diéronnos tantas pedradas que nos descalabraron á todos, y convino retraernos hasta poner las espaldas á la casa, y allí nos defendimos como mejor se pudo hasta que fuimos socorridos. Y fué el socorro que un soldado se había quedado aquella noche fuera de la casa, y como vió lo que pasaba, fué al campo diciendo: «Que matan á Diego García de Paredes». Volvieron en nuestro socorro el alférez Diego de Avila con cincuenta arcabuceros todos á caballo, y si tardaran más éramos todos hechos pedazos, porque estábamos todos mal heridos y yo de rodillas en tierra entre algunos de los enemigos muertos, donde me podían herir en las piernas, y así llegó el socorro y matamos tantos que escaparon pocos. Prometo á Dios que este día fué más cruel que me acuerdo haber sido en mi vida, porque maté más de diez. Matáronnos un criado del Emperador y á su mujer; diéronme á mí seis heridas pequeñas y á Sancho de Paredes tres y á algunos dos, de manera que á todos nos señalaron. ¡Sea Dios loado pues nos libró!

Fuimos á Bolonia, y parece que le place á Dios que por una liviana ocasión se acaben mis días. Dejo esta memoria á Sancho de Paredes, mi hijo, para que en las cosas que se ofrecieren en defensa de su persona y honra, haga lo que debe como caballero, poniendo á Dios siempre delante de sus ojos y procurando tener razón para que le ayude.

DIEGO GARCÍA DE PAREDES.

Falleció Diego García de Paredes en Bolonia de achaque de que unos caballeros mancebos derrocaban con el pie derecho una paja de la pared, poniendo de corrida en ella el izquierdo; él quiso probar también y cayó y murió de achaque de la caída.

FIN

EN CASA DE HERNÁN RAMÍREZ, IMPRESOR Y MERCADER DE LIBROS.

AÑO DE 1586.

HISTORIA

DEL

GRAN CAPITÁN

GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

Y DE LAS GUERRAS QUE HIZO EN ITALIA (*)

RESUMEN DE LA OBRA

... ([1]) Su padre dióle por ayo para que tuviese cargo de su crianza á Diego de Cárcamo, un caballero de aquella ciudad de Córdoba, hombre de noble sangre y muy virtuoso en las costumbres, muy prudente en todo lo que á caballero pertenecía. Seyendo de edad de doce años, lo envió don Alfonso, su hermano, á don Juan Pacheco, Marqués de Villena, su suegro, que á la sazón gobernaba todo el reino, para que lo asentase en el servicio del Príncipe don Alfonso, hermano del Rey don Enrique, á quien los Grandes de Castilla de la parcialidad de don Juan Pacheco, enemigo del Rey don Enrique, habían alzado por Rey en Avila, seyendo vivo su hermano mayor el Rey don Enrique. Al cual el nuevo Rey recibió para paje, y se sirvió dél ese poco de tiempo que vivió, que fué poco más de dos años. Muerto, pues, el Rey don Alonso de edad de catorce años y medio, la princesa doña Isabel, que después fué Reina de Castilla, lo recibió en su servicio, adonde anduvo siempre muy acompañado de criados y muy bien tratada su persona y de los suyos, y muy bien quisto así de la Princesa como de todos los señores que frecuentaban la Corte, porque desde entonces parecían en él señales de las grandes cosas que por él habían de pasar. En las fiestas, justas, torneos y juegos de cañas que en la Corte se hacían, y en cualquiera otro auto de caballería, siempre precedió á todos los de su tiempo. Muerto el Rey don Enrique, que fué el año de nuestra salud de mil cuatrocientos setenta y cuatro, la Infanta doña Isabel, Reina heredera y propietaria de los reinos de Castilla, casó con don Fernando, Rey de Sicilia y Príncipe de Aragón, que después fué llamado el Católico, los cuales sucedieron en este reino. En el cual tiempo el Rey don Alonso de Portugal entró en Castilla muy poderoso con mucha gente de á caballo y de á pie, diciendo pertenecerle los reinos de Castilla por ser de su sobrina la Excelente, que llamaban, hija del Rey don Enrique, con la cual se había casado públicamente en la ciudad de Plasencia; al cual Rey de Portugal muchos Grandes y señores destos reinos, procurando más sus intereses particulares que no el bien común del reino, siguieron la parte del Rey de Portugal. Otros seguían la parte de los Reyes don Fernando y

([1]) Faltan una ó dos hojas primeras de este *Resumen*, denominación que nosotros hemos dado á esta parte anterior al Libro primero.

(*) Este título, que se lee en la primera hoja del manuscrito, es de letra moderna, casi contemporánea. A continuación se lee de la misma letra: «Obra cuyo autor se ignora, si bien se deduce de la misma que fué contemporáneo de los hechos que cuenta y trató á las personas que los ejecutaron, pero muy apreciable y rara, porque contiene noticias curiosas que no se hallan en otras obras, de las muchas que se han escrito del Gran Capitán y de las guerras que hizo».

doña Isabel, y entre los Grandes que esta más verdadera opinión seguían era don Alfonso de Córdoba, señor de la Casa de Aguilar; con cuya gente fué por capitán Gonzalo Hernández, su hermano. En la cual guerra hizo cosas muy señaladas, principalmente en la batalla que don Alonso de Cárdenas, Maestre de Santiago, hubo con el Obispo de Evora, capitán del Rey de Portugal, cerca de Mérida, que llaman la batalla del Albuera, que fué primero día de Cuaresma del año de nuestra salud de mil y cuatrocientos y setenta y nueve años; en la cual Gonzalo Hernández se mostró varón muy esforzado en el acometer á sus enemigos y muy constante en perseverar en la batalla. Hizo allí muy buenas cosas, de que los Reyes Católicos fueron muy servidos; y escribieron á don Alfonso Hernández, su hermano, dándole las gracias por les haber enviado á su hermano Gonzalo Hernández, que tan buena cuenta había dado de su cargo y tan bien había peleado contra sus enemigos, y á él enviaron á dar muchas gracias por ello.

Después quel Rey de Portugal perdió esta batalla, en que tenía puesta toda su esperanza, no entendió más en la empresa que había tomado, y los que aquella tan siniestra opinión tenían, unos fueron ó presos por fuerza de armas, otros de su voluntad, otros por diversas vías. Al fin todos vinieron al servicio de los Reyes y fueron perdonados.

Fué casado el Gran Capitán con doña María Manrique, hija de don Fadrique Manrique, hijo del Adelantado Pero Manrique, el mayor señor que hubo en estos reinos, que dejó á su hijo mayor el condado de Triviño y ducado de Nájera, y al segundo el condado de Paredes; de la cual hubo dos hijas, la mayor doña Elvira Córdoba y doña Beatriz de Figueroa.

Tras esto luego adelante, en el año del Señor de mil y cuatrocientos y ochenta y dos, se comenzó la guerra de Granada; y como el Marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, tomó á los moros la ciudad de Alhama, y como los Reyes Católicos determinaron de proseguir aquella guerra, conociendo en Gonzalo Hernández la calidad y esfuerzo de su persona, le hicieron capitán de cien lanzas, que era el que más en aquel reino tenía. Dió tan buena cuenta de sí mostrando mucha industria en el gobernar y mucho ánimo contra los moros, que jamás el miedo le turbaba el seso para el consejo ni el esfuerzo se le enflaquecía para pelear con los enemigos.

Visto, pues, por los Reyes Católicos la valentía que mostraba en el osar y la sagacidad que tenía en las cosas en que se hallaba, le encomendaron la fortaleza de Alora, para que desde allí hiciese guerra á Granada, porque se hubo en el combate de aquella villa y de las otras, donde se halló, como muy esforzado y prudente capitán. Desde la cual villa hizo muy cruda guerra á los moros, porque muchas veces llegó con su gente hasta las puertas de Granada, y puso á los moros en gran turbación. Porque le aconteció llegar á la ciudad y poner fuego á las puertas sin que los moros osasen salir, como muy largamente se cuenta en la historia que Hernando del Pulgar y Antonio de Librija escribieron de la guerra de Granada, y el mesmo Hernando del Pulgar hizo una relación muy verdadera de las cosas que el Gran Capitán hizo en la guerra de Granada. De la cual conquista mereció Gonzalo Hernández el que luego adelante en el año de mil y cuatrocientos y noventa y cuatro de nuestra salud, visto y sabido por los Reyes Católicos que el Rey Carlos octavo de Francia, que fué llamado el Cabezudo por tener muy gran cabeza, un mozo bárbaro en las costumbres y que entonces cumplía veinte años de su edad, con cincuenta mil hombres, los veinte y cinco mil de caballo y los otros veinte y cinco mil de infantes, sin la gente de las señorías de Florencia, Bolonia y los Coloneses y otras potestades que le ayudaban. El cual Carlos ocupó todo aquel reino y echó dél al Rey Alfonso y su hijo, el Rey Fernando, y tuvo todo el reino pacífico, porque llevó cien tiros gruesos de artillería, que no se había visto jamás tan grande ejército en Italia.

Luego que los Reyes Católicos supieron cómo el Rey Carlos había ocupado aquel reino, que de derecho era de la Casa de Aragón muchos años había, y había un Gonzalo Hernández con una armada y gente de guerra para que lo echase de aquel reino, que tan señor estaba dél y sin quedar almena que no estuviese por Francia. Y el Gran Capitán partió del puerto de Cartagena y llegó á Sicilia, y desembarcó en Mecina, y luego pasó el Faro, que son tres leguas de mar, y desembarcó en Rijoles, y después de haber peleado con sus ejércitos con tanta desigualdad, que

había diez franceses para un español y toda Italia por el Rey de Francia y los señores del reino de Nápoles lo mismo, le hizo muy cruel guerra; de tal manera, quel francés con toda aquella pujanza le fué forzado á desamparar el reino y se volver más que de paso á Francia, roto y desbaratado, los más de aquel su gran campo vencidos, muertos y presos.

Después que el Gran Capitán dejó aquel reino pacífico y echados á todos los franceses no solamente del reino de Nápoles, mas aún de toda Italia, y dejó al Rey Federico señor de aquel reino sin haber contradición alguna; y vuelto á España, adonde estuvo desde el año de mil y cuatrocientos y noventa y seis años. En el cual tiempo halló que los moros del Albaicín de Granada se habían rebelado contra los Reyes de España y estaban muy fuertes. Mas desque vieron quel Gran Capitán iba sobre ellos, parte por sus persuasiones y parte por guerra, los redujo al servicio de los Reyes Católicos.

En este tiempo murió el Rey de Francia, Carlos octavo, de edad de veinte y tres años, y sucedióle en el reino Luis duodécimo, que era antes Duque de Urliens; el cual hizo grande ayuntamiento de gentes para pasar en Italia á cobrar el reino de Nápoles, que su predecesor había perdido. Y porque el Duque de Milán, Francisco Sforza, había dado paso por Milán á Carlos su predecesor, y á la vuelta que el dicho Charles volvió á Francia le fué contrario y se juntó con los de la Liga contra él y le dieron la batalla, el nuevo Rey Luis duodécimo hizo guerra al Duque de Milán, y le tomó aquel estado por poder pasar á Nápoles y volver seguro.

Los Reyes Católicos, sabido el grueso ejército quel Rey Luis tenía hecho en Francia, en Borgoña, en Bretaña y en todas las más provincias de los reinos y señoríos, mandaron y rogaron al Gran Capitán volviese á Nápoles, pues que Dios lo había criado para domar aquella nación tan insolente y brava, y de su natural belicosa, para que si el francés allá pasase, hallase allá al Gran Capitán para que le resistiese. El cual partió de la ciudad y puerto de Málaga con buena flota y gente de guerra, y se puso en Meçina de Sicilia á esperar el suceso de las cosas. Fué esta partida de Málaga para Nápoles á los cuatro días de julio de mil y quinientos años; en el cual tiempo fué á ayudar á los venecianos contra los turcos, y les ganó la isla de Chafalonia, que los turcos les habían tomado á la boca del mar de Venecia, y se la entregó á los venecianos y se volvió á Sicilia.

Sabido por el Rey de Francia quel Gran Capitán estaba en Sicilia, perdió la esperanza de cobrar por fuerza de armas aquel reino, y comenzó de tratar con los Reyes de España por tratos que sus capitanes de entrambos tomasen aquel reino al Rey Federico de Nápoles y lo partiesen entre sí. Rehusando los Reyes Católicos de quitar al pariente y cuñado el reino, el Rey de Francia les envió un portacartas del Rey Federico á él, en que decía que les daría en cada un año tantos mil ducados de parias y les daría paso por aquel reino, si quisiese conquistar la isla de Sicilia, ques de los Reyes de España, y les ayudaría, con otras cosas que bastaron para poner en furia á los Reyes Católicos para le tomar el reino y lo partir con el Rey de Francia. E aunque otros quieren decir que este concierto estaba hecho antes entre ellos de aquesta partición, mas yo sigo lo más verisímile. Fué el concierto entre ellos que Nápoles y Gaeta cupiesen al Rey de Francia; Pulla y Calabria á los Reyes de España, y que las otras provincias fuesen para igualar las rentas, que fuesen iguales á los dos Reyes. Hecho este concierto, el Gran Capitán por una parte, y Roberto Stewart, llamado por otro nombre mos de Aubigny, por la otra, ocuparon el reino y echaron dél al Rey Federico; el cual los Reyes de España quisieran mucho que se viniera en España, para le dar en aquel reino una parte con que conservara su dignidad real. Mas él no quiso sino irse á Francia, como hombre que tenía ofendidos á los Reyes de España; no fué tratado como merescía, y dende á pocos días murió.

Luego quel Rey de Francia supo que su capitán tenía la mitad de aquel reino, determinó de tomar por fuerza de armas la otra mitad que había cabido á los Reyes de España, lo cual tuvo por cosa muy fácil de hacer, veyendo la mucha pujanza que tenía de gente de armas de caballo y de pie para lo poder efectuar. El Gran Capitán con la gente que tenía, no solamente defendió la parte que á los Reyes Católicos había cabido, mas aun le tomó la suya y los echó del reino y de toda Italia y pacificó aquel reino y lo puso todo en bajo de la obediencia de los Reyes de España.

Duraron aquellas guerras hasta cinco años, pues el año de mil y quinientos y seis el Rey don Fernando, que ya era segunda vez casado con la Reina Germana, sobrina del Rey de Francia, porque la Reina doña Isabel había fallecido en el año de mil y quinientos y cuatro años en la villa de Medina del Campo; el Rey don Fernando pasó en Nápoles. Quisieron decir que el Rey don Fernando, deseando quel Gran Capitán viviese en estos reinos, pensando que la codicia de señorear, que todas las cosas mortales rompe, no corrompiese y mudase al Gran Capitán, de cuya causa no viniese, aceleró la partida para aquel reino, llevando consigo á la Reina Germana, su mujer; y junto á islas de Hieres, cerca de Marsella, alcanzó la flota en que iba la Duquesa de Sesa y sus hijas. Quisiera mucho el Rey que la Duquesa y sus hijas se pasaran á su galera y que fueran en su conserva; lo cual la Duquesa no aceptó por ir mal dispuesta de la mar; antes se fué á Génova, adonde fué muy solenemente recibida por aquella Señoría y por mos de Rabastaín, Gobernador de aquella ciudad por el Rey de Francia, á quien aquella ciudad á la sazón estaba encomendada.

Sabido por el Gran Capitán quel Rey venía, lo salió á recibir en tres galeras, en que venía muy acompañado de muchos grandes y señores de aquel reino, y topóse con él junto á Portefín, adonde fué muy bien recibido de los Reyes. A esta sazón le alcanzó allí la nueva cómo el Rey don Felipe era fallecido en la ciudad de Burgos; de que el Rey se admiró mucho, porque si después de sabida la muerte del Rey don Felipe fuera la venida del Gran Capitán, no se tuviera en tanto, antes se sospechara otra cosa, que la muerte dél lo había hecho quel Gran Capitán con tan grande obediencia lo había salido á recibir, lo fué que muchos envidiosos habían hecho entender al Rey, no sólo que no saldría á lo recibir, mas aun no lo admitir en el reino, según la envidia tiene ocupados los corazones de los mortales. De lo cual el Rey tuvo muy gran contentamiento. Así fueron hasta aquel reino, adonde el Rey fué muy bien recibido. Después quel Rey entendió en las cosas de aquel reino y lo tuvo todo ordenado, como aquel reino cumplía y á su servicio, comenzó á tratar con el Gran Capitán de lo llevar á España, dándole á entender que en España creía tener contradición sobre la formación de aquel reino de su hija doña Juana, de lo cual decía ser avisado, y que llevando á su persona consigo tenía por cierto todo aquello cesaría. El Gran Capitán le respondió que ya Su Alteza sabía que él en España no tenía ni aun una casa en que se meter, y que pues Su Alteza había sido servido de le dar de comer en aquel reino, lo dejase en él. El Rey le ofreció el maestradgo de Santiago, con que le dejase los diez mil ducados de renta que á la postre le había dado, sobre lo cual le dió su cédula y bula del Papa Julio muy cumplida. El Papa Julio comenzó á tratar con el Gran Capitán que fuese confaloner de la Iglesia y le daría cien mil ducados de partido, y más le entregaría todas las fuerzas de la Iglesia, y con ellas á Santángelo, para lo cual el Rey había dado licencia y consentimiento, de que después arrepentido revocó la licencia y no quiso que el Gran Capitán quedase en Italia.

Visto por el Papa quel Rey había mudado el parecer, comenzó á tratar con el Gran Capitán que le daría la investidura del reino de Nápoles, la cual pertenecía á la Sede Apostólica, y se la daría á él y le alzaría la obediencia que al Rey de Aragón, como á Maestre de Santiago, debía, con otras muchas cosas que le ofreció. El Gran Capitán respondió al Papa que se espantaba mucho de Su Santidad querer poner en disputa su honra y fidelidad que á su Rey debía; de cuya causa nacieron las discordias entre el Rey y el Papa; de cuya causa se estorbaron las vistas que estaban concertadas entre el Rey y el Papa en Civitavieja, y se efectuaron las que estaban entre el Rey Luis de Francia y el de España en Saona. Allí le hizo el Rey de Francia muchos favores al Gran Capitán, así como asentándolo á la mesa entre los dos Reyes. De allí se partió el Rey y el Gran Capitán para España, adonde le fué hecho en Valencia y después en Burgos, adondel Rey estaba, muy grande recibimiento, como se podía hacer al Rey. De ahí el Gran Capitán se partió para Santiago de Galicia, adonde estaba prometido, adonde hizo muchas limosnas y dejó allí en aquel templo renta para que se celebrasen los divinos oficios. Compró mil maravedís de renta para que rogasen á Dios por él, y dejó allí una lámpara de plata dorada, que es la mejor que hoy está allí.

Venido, comenzó á suplicar al Rey le diese el Maestradgo de Santiago, que le había pro-

metido, y cuya escritura traía firmada de su mano y del Papa Julio. El Rey no sólo no lo daba, antes comenzaba cada día á entibiarse más y más, veyendo que él y don Bernardino de Velasco, Condestable de Castilla, que á la sazón estaba viudo por muerte de doña Juana de Aragón, hija del Rey Católico, que se habían ayuntado para favorescer á don frey Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo; al cual ahincaba mucho el Rey que renunciase el Arzobispado de Toledo en su hijo el Arzobispo de Zaragoza, y tomase él el de Zaragoza, lo cual él no quería ayudado por los dos, Condestable y Gran Capitán; y más que concertaba el Condestable de casar con doña Beatriz de Figueroa, hija del Gran Capitán. Destas dos cosas concibió muy grande enojo el Rey Católico, y la fortuna comenzó á mostrar su gesto muy adverso al Gran Capitán, en lo que ahora diremos.

Don Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, su sobrino, hijo mayor de don Alfonso, señor de la Casa de Aguilar, vino á ver á su tio á la Corte y á besar las manos al Rey, que después que vinó de Nápoles no le había visto; y este Marqués vió cómo su tío había sido engañado por el Rey en no le dar el Maestradgo de Santiago, con cuya promesa lo había traído de Nápoles; y veyendo que ya el Rey no le mostraba el gesto alegre á sú tío como solía, se volvió á Córdoba muy descontento del Rey. Este Marqués tenía mucha parte en aquella ciudad de Córdoba, como sus pasados siempre la habían tenido, principalmente don Alfonso de Aguilar, su padre. El Rey envió al Alcalde Herrera, de Corte, que mandase de su parte que el Marqués y los otros señores de la Casa de Córdoba que han salido de aquella casa, así como el Conde de Alcaudete y Marqués de Comares y el Conde de Cabra, se saliesen de la ciudad y la dejasen libre y su fuesen á sus tierras. El Alcalde Herrera, llamados aquellos Grandes en el cabildo de aquella ciudad, todos obedecieron el mandamiento real, sino fué el Marqués que no quiso. Al cual apartó el Alcalde Herrera aparte y le prometió que se saliese por espacio de dos días y se fuese á San Jerónimo, que es una legua de aquella ciudad, que él le mandaría volver. Jamás quiso el Marqués, antes prendió al Alcalde y lo envió preso á la fortaleza de Montilla, aunque después lo soltó.

Sabido por el Rey, y contándole el Herrera la prisión, el Rey mandó al coronel Villalva y Alcalde Cornejo para que aparejasen las cosas necesarias para ir á derribar la fortaleza de Montilla á Montilla. El Marqués determinó de se defender como varón, y envió el Rey á llamar al Marqués con intención, según yo oí decir á personas que lo sabían, que si el Marqués no fuese á su llamamiento quél iría sobrél, y sino que se le perdonaría. El Gran Capitán y el Condestable trataron con el Marqués que fuese y se echase á los pies del Rey. El contra su voluntad lo hizo. Visto por el Rey que venía y no se ponía en defensa, le derribó á Montilla y no quiso hacer nada por el Gran Capitán, antes creyeron que le había dañado en le persuadir que fuese á la Corte, y más no teniendo ya buena voluntad al Gran Capitán; y puesta la fortaleza por el suelo, mandó al dicho Marqués que anduviese tantas leguas de la Corte. El Gran Capitán compró y hizo las casas que en Córdoba mandó derribar el Rey, y compró las haciendas que mandó tomar de los caballeros que se hallaron con el Marqués el día de la prisión. El Rey, para en pago del gasto y daño que le había hecho el Gran Capitán, mandó dar la villa de Loja al Gran Capitán, en que viviese, y después trató con él que se la daría de juro y de heredad para sus descendientes y para su patrimonio, y que renunciase el derecho del Maestradgo de Santiago. Lo cual el Gran Capitán no quiso, diciendo que nunca Dios quisiese que él gozase la fe y palabra real por ningún interés, y se fué á Loja, adonde estuvo tres años con aquella reputación, casa y caballeros, que parecía una gran Corte, muy contento con acordarse en no haber hecho cosa de que tuviese arrepentimiento. Lo cual visto por don Juan Téllez Girón, Conde de Urueña, dijo á un criado suyo del Gran Capitán y le preguntó: «¿Decid qué hondo tiene el agua de Loja para esa gran carraca?» Sabido por el Gran Capitán, respondió: «Diréis al señor Conde, que la carraca tiene muy buenos lados y todo lo que es necesario para navegar, que no le falta sino vientos, que no suelen ser siempre contrarios». Y luego la fortuna le ofreció maravillosa y felicísima ocasión: que habiendo perdido el Papa Julio y el ejército del Rey don Fernando, seyendo capitán don Remón de Cardona, Virrey de Nápoles, aquella memorable batalla de Rávena, que fué la mayor que en nuestros tiempos se ha dado

en calidad; visto quel Rey de Francia con los de su liga quedaban muy insolentes y soberbios por haber vencido aquella batalla, temieron el Papa y venecianos, y enviaron á gran prisa al Rey Católico á Burgos, á do estaba á la sazón, á que volviese el Gran Capitán á Italia, pues Dios lo había criado para abajar la soberbia francesa, y pedían el Papa y los de la Liga que en todo caso el Gran Capitán pasase á Italia.

Esta nueva vino al Rey estando en Burgos. El Rey lo trabajó con el Gran Capitán que pasase. El Gran Capitán lo aceptó y se fué á Antequera, para desde allí estar más cerca de Málaga para hacer aparejar la flota, y estaba en buen sitio para todo lo necesario á la jornada, adonde concurrieron muchas gentes de caballeros y soldados, y entre ellos señores de título, como el Duque de Villahermosa y el Conde don Fernando de Andrada y otros algunos. Estando ya muy á punto todo en Italia, sabido quel Gran Capitán estaba ya señalado por los de la Liga para pasar en Italia, todo se allanó; y los franceses y los de su liga se apaciguaron y vinieron á la obediencia del Papa, así que desde acá, de Antequera, hizo la guerra. Asimismo sus enemigos del Gran Capitán, los que la envidia le habían movido, persuadían al Rey quel Gran Capitán no pasase, porque como hombre lastimado cobraría lo que se le había prometido.

Luego el Rey escribió al Gran Capitán cesase la ida de Italia, de lo cual recibió mucha pena, que no la pudo disimular, con aquella su gran prudencia, y hizo un largo razonamiento á los caballeros y soldados que allí se habían ayuntado, con los cuales partió de su hacienda más de ciento y cincuenta mil ducados, en valor en diversos brocados, telas de oro, sedas y granas, caballos, jaezes, camas de campo, que allí habían traído mercaderes á la fama de la pasada á Italia. Las cuales todas compró y repartió, y dió saco á su casa, con que todos fueron muy contentos, que no se sabe que ningún Príncipe ni Rey diese en algunos días lo que el Gran Capitán dió en sólo un día, de que todos fueron muy contentos; y escribió cartas al Rey suplicándole por muchos caballeros y gente de guerra que para ir aquella jornada habían vendido haciendas y bienes para que les hiciese mercedes.

Despachado esto se volvió á Loja, que le había dado el Rey con la tenencia y justicia, para en que estuviese, y que si quisiese renunciar el derecho del Maestradgo de Santiago, como dijimos, la hubiese de juro y de heredad para él y sus descendientes; lo cual él no quiso aceptar por no quebrantar la palabra de un tan gran Rey y Príncipe como el Rey don Fernando. Quedaron allí con él cincuenta caballeros de sus continos y criados con otra mucha gente, así de servicio como de otros sin él. Avisado un día por Franco, su contador, diciéndole: «Mirad, Señor, que no tenéis necesidad de muchas personas qne en vuestra casa están». Al cual respondió: «¿No veis, Francisco, que si yo no tengo necesidad dellos que ellos la tienen de mí?» No había entre la gente de su casa, así caballeros como soldados y toda la otra gente, blasfemias, ni juramentos, ni bollicios, ni juegos, ni adulterios, sino en tanta observancia como en religión. Así estuvo casi tres años, usando de liberalidad y caridad con todos los que le pedían, y haciendo grandes limosnas á todos los que á él venían, que jamás ninguno volvió sin llevar lo que pedía.

Muchas cosas acontecieron al Gran Capitán en aquellos días que en Loja estuvo, que por no ser prolijo no lo escribo. Aquí le dió una cuartana doble, en el mes de Agosto; de aquí se fué á Granada, adonde le agravó la enfermedad.

Murió de edad de sesenta y dos años y tres meses y once días, á dos días de Diciembre de mil y quinientos y quince años; un domingo antes del día, estando cercado de su mujer y hija y criados y religiosos, con cuyo parecer vió, examinó y corrigió su testamento, recibidos con tiempo los Santos Sacramentos, con tantas lágrimas, que dieron muy claro testimonio de su vida pasada. Mandó decir cincuenta mil misas en los monasterios y iglesias que más necesidad tuviesen. Fué depositado su cuerpo en la capilla mayor de San Francisco de Granada, adonde concurrieron los señores Marqués de Priego, Conde de Cabra, Señor de Alcaudete, Conde de Palma, Conde de Tendilla, los cuales todos vinieron á sus obsequias. Estaban puestas en la capilla alderredor de su tumba doscientos estandartes y banderas, y dos pendones estandartes reales que había ganado al Rey de Francia, con las banderas que había ganado á los turcos en Chafalonia, adonde estuvo hasta que le fuese hecha una muy so-

lemne capilla en la iglesia de San Jerónimo de Granada. Lo cual acabado, su cuerpo fué á ella trasladado, en el año de quinientos y cincuenta y dos años. Doña María Manrique, su mujer, falleció después del Gran Capitán, en el año de quinientos y veinte y cuatro años, á lo cuales ponga Dios en su santa gloria. Amén.

LIBRO PRIMERO

COMIENZA LA PRIMERA PARTE DE LAS GUERRAS QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN, HIZO CONTRA LOS REYES DE FRANCIA EN EL REINO DE NÁPOLES.

CAPÍTULO I

Cómo el Rey Carlos de Francia, octavo deste nombre, hizo grande ayuntamiento de gentes de guerra así de pie como de caballo en todos sus reinos y señoríos para pasar á Italia á ocupar el reino de Nápoles, que decía pertenecerle por cierto derecho antiguo.

Fué así que en el año del nacimiento de mil cuatrocientos noventa y cuatro años, reinaba en Francia Carlos, octavo deste nombre, un mozo de veinte años de edad. Fué llamado el Cabezudo, por tener muy gran cabeza. Tenía los pies tan disformes, que fué inventado cierto género de zapatos tan romos de la punta, que hasta hoy se usan en aquel reino. A todos los que á él venían, recibía con alegre cara; y á los que dél se despedían, no les miraba al gesto. Este Rey Carlos hizo grande ayuntamiento de gentes en Francia, Borgoña, Bretaña y en todos los otros sus señoríos, así de franceses como de suizos, en que ayuntó veinte y cinco mil hombres de caballo, hombres de armas, y otros veinte y cinco mil infantes. Convidóle á hacer esta jornada Ludovico Esforza, Duque de Milán, diciendo que le daría lugar que pasase á Italia por su estado de Milán; el cual, teniendo en su poder á su sobrino Galeazo Esforza, Duque de aquel Estado por muerte del sobrino; todos sospechaban que Ludovico, tío y gobernador suyo, lo había toxicado y estaban puestos en armas contra él. Y el Ludovico, por asegurar su Estado, dió paso al Charles por lo asegurar, lo cual así fué hecho; y esto pareció ser así, porque pasando por Milán el Charles y hallando puestos en armas á los milaneses, los apaciguó y hizo que obedeciesen al Ludovico, tío del mozo muerto, y así quedó por Duque de Milán el mismo Ludovico Esforza, con favor del dicho Rey de Francia.

Pues el Rey Charles de Francia pretendía pertenecerle aquel reino de Nápoles por haber seído Rey dél Carlos, hermano del Rey San Luis de Francia (y agora poco había por renunciación de Reiner, Duque de Augens, marido que fué de Juana, Reina de Nápoles por muerte de su hermano Ladislao, había renunciado el derecho del reino que tenía á la Casa de Francia). Pues teniendo el Rey Carlos juntas todas sus gentes de guerra, por no dejar en sus reinos y fuera dellos algún estorbo que aquella jornada tan deseada por él y que tanto había codiciado de acabar, hizo paz por veinte y cinco años con Maximiliano, con quien tenía guerra por haberle dejado á su hija madama Margarita, con quien estaba concertado de casar; y asimismo hizo paces con Enrique octavo, Rey de Inglaterra, otorgando á todos ellos todos los partidos que le pidieron. Hizo asimismo paces por otros veinte y cinco años con el Rey don Fernando, quinto deste nombre de España. Y porque esta historia es muy mal sabida entre muchas gentes que juzgan sin saber muchas veces la verdad, quise ponerla aquí para librar al Rey Católico de las lenguas maldicientes. La historia fué así:

En el año del nacimiento de mil y cuatrocientos y setenta y nueve años, hacíase muy cruda guerra entre el Rey don Juan de Aragón, padre del Rey don Fernando, de España, y su hijo don Carlos, Príncipe de Cataluña, al cual favorescían los catalanes contra el dicho Rey su padre; y el dicho Rey don Juan, hallándose en necesidad, empeñó á Ludovico undécimo, Rey de Francia, por cierta suma de coronas cuatro cibdades y fortalezas del condado de Ruisellón que fueron: Perpiñán, Sabella, Guardia, Roca y Colibre, con el cual dinero cobró el condado de Barcelona y á toda Cataluña, y dende á poco murió su hijo don Carlos. El Rey de Francia llevó mucho tiempo las rentas destas ciudades. Murió el mismo Rey don Juan de Aragón el mesmo año sin quitar el empeño, porque no pudo, y tuvo el dicho Rey Luis de Francia estas cibdades, que nunca las qui-

so restituir, aunque fué requerido muchas veces, hasta quel mesmo Rey murió, que fué en el año de mil y cuatrocientos y ochenta y un años. Dejó mandado en su testamento á su sucesor Carlos octavo que pagando el Rey don Fernando de Castilla y Aragón el empeño que el Rey su padre había recebido, que le volviese á Perpiñán é las otras tres plazas que había recebido por descargo de su conciencia, y que no hiciese otra cosa; lo cual el Rey Carlos octavo y sus tutores jamás quisieron hacer, asaz veces requeridos por los Reyes Católicos. Pues estando los Reyes de Castilla ocupados en la guerra de Granada, envian sus embajadores al Rey Carlos de Francia, rogándole y requiriéndole les entregase aquellas cuatro ciudades, enviándole juntamente el dinero; lo cual él prometió de hacer como fuese acabada la guerra de Granada. La cual acabada tampoco lo quiso hacer. Los Reyes Católicos fueron á Barcelona, y visto que no quería entregalles aquellas ciudades, demandaron su justicia antel Papa, el cual mandó al Rey de Francia so grandes penas, que entregase aquellas ciudades pagándoles su dinero, en lo cual se dilató un año en demandas y respuestas, hasta el año de mil y cuatrocientos y noventa y tres años que murió el Rey Fernando de Nápoles. Lo cual sabido por el Rey Carlos de Francia, con la gran codicia que tenía de señorear aquel reino, determinó dentregar á los Reyes Católicos el condado de Ruisellón, diciendo que lo hacía por descargar el ánima de su padre; y recibió los dineros del empeño, y sobrel amistad y paz hicieron cierta capitulación que fuesen amigos y hermanos, amigos de amigos y enemigos de enemigos, salvo si el dicho Rey de Francia fuese contra la santa madre Iglesia de Roma, que entonces la tal capitulación fuese en sí ninguna y de ningún valor y efecto. Hecho esto, los Reyes Católicos enviaron el dinero del empeño y cobraron el condado de Ruisellón. Luego que el Rey de Francia supo que el condado de Ruisellón era entregado á los Reyes Católicos, envió todos los dineros que del empeño había recebido á la Reina doña Isabel, diciendo que con aquellos dineros servía para ayuda y parte de los gastos que había hecho en la guerra contra los moros. Otros dijeron que mucho antes que aquello se debía, así de las rentas quel Rey de Francia de aquel condado había llevado por descargar el ánima de su padre, porque había hecho muchos daños en aquel condado de Ruisellón, porque dejó muchas villas y lugares de aquel condado totalmente destruídas, que nunca jamás se pudieron poblar y estuvo en poder de los Reyes de Francia aquel condado treinta años.

Llegado, pues, el Rey de Francia á Milán, envió á requerir á venecianos que fuesen sus amigos y le ayudasen en esta guerra que quería hacer contra el reino de Nápoles; los cuales le respondieron que suplicaban á su alteza no bajase á inquietar aquella nación de Italia que á la sazón estaba algún tanto sosegada de las muchas y muy continuas guerras pasadas; que ya sabía su alteza, y si no lo sabía por su poca edad lo supiese, que aquella Señoría de Venecia siempre se había desvelado y tenía continuo cuidado en la paz, quietud y sosiego de Italia, y que suplicaban á su alteza mirase los desasosiegos y trabajos que de la guerra suelen suceder y recrecerse, y cuán inciertas suelen ser las salidas de la guerra; y que si todavía su alteza determinase de emprender guerra tan trabajosa, que ellos á ninguna de las partes acudirían y que serían neutrales en esta jornada.

CAPÍTULO II

De lo que el Rey Alfonso de Nápoles hizo, sabido el grande ejército quel francés traía contra él para le tomar el reino, y lo que venecianos hicieron.

El Rey Alfonso de Nápoles, que á la sazón era recién heredado, como supo el grande ejército que el francés traía contra él, trató paz y liga con venecianos para los tener de su parte; lo cual ellos no quisieron hacer porque así lo habían prometido al francés de ser neutral en aquella jornada. Visto por el Rey Alfonso que ningún fruto de aquel trato había sacado, envió un embajador á Bajacid, gran turco, que á la sazón estaba en la Velona, puerto suyo, á le rogar inviase un embajador á venecianos á les rogar se confederasen con el dicho Rey Alfonso, dándole á entender que el francés quería ganar aquel reino y después á toda Italia, para desde allí le hacer guerra por la parte de la Velona, la cual está veinte leguas escasas de aquel reino de Nápoles. Bajacid, así por la amistad que con

los reyes de Nápoles había siempre tenido, como por la sospecha que tenía del francés, envió un embajador á venecianos rogándoles muy afectuosamente quen ninguna manera hubiesen amistad ni liga con el francés, y que si todavía en ello se determinasen, que por ello perderían la que con él tenían. Los venecianos, por complacer al gran turco y por ver quera cosa muy complidera á toda Italia, según que muchos años había que conocían la insolencia y soberbia de los franceses, respondieron al gran turco quen ninguna manera harían paz ni liga con el francés, de lo cual el Rey don Alfonso quedó algo satisfecho. Y antes desto tenía el Rey Alfonso hecha liga con el Papa Alejandro sexto, que á la sazón era Vicario en la Iglesia de Dios. Era este Sumo Pontífice español, natural de Játiva, en Aragón, llamado antes don Rodrigo de Borja. Tenía asimesmo hecha liga con florentines; solamente tenía por contrario á Ludovico Esforcia, Duque de Milán, que tenía la gobernación de aquel Estado por Juan Galeazo su sobrino, Duque de Milán, y le daba paso por aquel Estado para ir á hacer guerra al reino de Nápoles. El Rey Alfonso trató con el Papa le diese las insinias del reino de Nápoles, por cuanto aquel reino es feudo de la Iglesia; á lo cual reclamaron los embajadores de Francia, diciendo que aquel reino estaba tiranizado de muchos años á esta parte en la casa de Aragón, siendo de justicia de la casa de Francia; mas al fin el Papa envió á su hijo el Cardenal César Borgia con la Corona y otras insinias á Nápoles, adonde el Rey Alfonso las tomó con aquella solenidad quen tal caso se requiere. Asimismo el Rey Alfonso envió un embajador á los Reyes de España, sus tíos, llamado Bernardo de Bornardis, el cual llegado en España avisó á los Reyes Católicos del estado en que las cosas estaban de aquel reino, y que se acordasen con cuántos trabajos y fatigas el Rey don Alonso de Aragón, su tío, de gloriosa memoria, había ganado aquel reino, y con mucha pérdida, así de la casa de Aragón como de sus súditos; y quel Rey Alfonso su sobrino no tenía después de Dios otro pariente ni amparo que lo socorriese en sus necesidades sino á sus altezas, y que sino, lo que Diòs no permitiese, quel francés ganase aquel reino, no descansaría hasta ocupar el reino de Sicilia, ques de sus altezas. Porque era tan grande la codicia desordenada de aquella nación, que no pararían hasta ocupar todo cuanto podiesen, sin acatar derecho divino ni humano. Los Reyes le respondieron que se volviese á su Rey y le dijese que él defendiese como varón y hijo de tales padres aquel reino, que ellos no le faltarían y le enviarían tal socorro, con que haciendo él su deber echasen al francés de aquel reino. Y luego mandaron á Gonzalo Hernández de Córdoba, hermano segundo de don Alfonso Hernández de Córdoba, señor de la casa de Aguilar, que hiciese un muy buen ejército, así de pie como de caballo, y quen una gruesa armada fuese al reino de Nápoles y se juntase con el Rey Alfonso su sobrino, y echasen al francés de aquel reino; quel tenía esperanza en Dios y después en su persona que los echarían de aquel reino. Lo cual Gonzalo Hernández hizo con mucha presteza, del cual diremos adelante.

Los venecianos, no se fiando del francés por la muncha expiriencia que de aquella provincia se tiene, y más teniendo vestidas las armas, echaron en la mar una muy gruesa flota y la pusieron muy á punto, y un muy grueso ejército, y lo alojaron cerca de Venecia, porque si el francés quisiese hacer alguna ruindad de las que suele, teniendo aparejo los hallase apercebidos.

CAPÍTULO III

Cómo el Rey Carlos de Francia partió de su reino y comenzó á bajar los Alpes para Italia, y de lo que el Rey Alfonso hizo.

Entrando el mes de octubre del dicho año de mil cuatrocientos noventa y cuatro años, comenzó á bajar el Rey Carlos de Francia á Italia, y llevaba veinticinco mil de caballo y otros veinte y cinco mil soldados, la mejor gente que de Francia jamás había salido. Iban con el Rey los más principales señores que en aquel reino había. Iba el Duque de Saboya, su tío; el Duque Luis de Urliens, que después sucedió en el reino, que fué llamado Luis duodécimo, al cual dejó con gente de guerra en Aste, para que aquel paso estuviese seguro para ir y volver á Francia. Llevaba asimismo cien tiros de artillería, cañones, culebrinas, basiliscos y otros nombres que hasta allí eran poco sabidos. Esto era lo que el Rey sólo llevaba sin las gentes de los señores, que era mucha,

y otras muchas gentes aventureras que iban con aquel campo.

Puso tanto temor á Italia la nueva de su ejército que bajara los Alpes, que nunca fué tanto temida la guerra que Atila Rey de los Hunos, ni la de Alarico, Rey de los godos, ni Breno, capitán de los franceses, ni Aníbal, capitán de los cartagineses, como ésta. Todos pensaban no tener cosa segura de la gente de aquella nación, según la mucha destemplanza en la guerra tienen y la mucha codicia de lo ajeno. Estaba toda Italia alborotada, bajando en ella un tan grueso ejército con un Rey mozo, que entonces cumplía veinte y un años de su edad, y en algunas cosas muy bárbaro. Ponía muchas veces en plática que por qué no sería mayor conquistador que Alexandre el Magno; que por tres causas había de conquistar más tierras que él: la primera, porque comenzaba de más mozo; la otra era señor de mayor reino y de mejor gente, y lo tercero que tenía más ánimo que no él.

CAPÍTULO IIII

De lo que el Rey Alfonso hizo sabida la venida del francés con tan grueso ejército contra él.

El Rey Alfonso, sabida la venida del francés con tanta gente de armas y tantos y tan diestros capitanes, fuése á Roma y halló al Papa con once Cardenales en una tierra de Virginio Ursino, el principal de aquel bando de los Ursinos, que era general del Rey Alfonso, por cuya industria el mesmo Rey se gobernaba. Estaban allí á la sazón con el Papa los embajadores de los más Príncipes cristianos y señorías y potestades de Italia. Llegado el Rey Alfonso, estando el Papa con aquel Sacro Colegio de los Cardenales, les habló desta manera:

«Santísimo Padre, reverendísimos señores: Mucho quisiera que así como en este pequeño ayuntamiento, que según la calidad de las personas que en él están, vale por la mayor parte de Italia, que así estuviéramos en parte que se pudiera oir en toda Italia, para que pudiera certificar las cosas que han de suceder, si este tan gran mal y á toda Italia tan dañoso no se atajase. Y si en persuadir no aprovechase, á lo menos dejaré certificado y tomado por testimonio ante todos los que me oyeren, cómo antes había sabido lo que había de suceder, si con todas nuestras fuerzas no fuésemos contra este tirano. Bien sé el poco crédito que se me ha de dar, y el poco fruto que tengo de hacer por la fama del grande ejército quel francés de industria ha publicado que trae solamente contra el Rey Alfonso y su reino, y que no ha de hacer mal á otro alguno. Quiero, Santísimo Padre, decir lo que siento; y así libre como verdadero, ó yo conozco mal á los franceses, ó toda Italia ha de ser conquistada por ellos. Bien sé que comenzarán de mi reino, porque éste dicen que les pertenece de derecho antiguo. ¡Quién no sabe, como la cosa que más se sabe, la avaricia de los franceses y sed de enseñorear tierras ajenas y roballas, sin poner delante ni derecho divino ni humano! Conocido está el odio y grande enemistad que aquella nación tiene contra Italia, qué causa hubo para que los pasados tantas veces bajasen los Alpes á hacer guerra á Italia, y hicieron en ella tantos daños y siempre volvieron rotos, desbaratados y perdidos. No en balde la naturaleza, proveedora de todas las cosas, por el bien de Italia, adonde Dios había de dejar á su Vicario en la tierra, cuyo lugar, Santísimo Padre, tú tienes, puso entre aquel reino y Italia los Alpes, sierras tan altas y tan ásperas para refrenar la tiranía y codicia desenfrenada de aquesta bárbara gente; mas ha seído tanta la codicia de señorear lo ajeno, que pasaron los Alpes por sujetar á esta provincia. Qué otra fué la intinción de Breno, de los boyes, los penomanos, los insubres, los celtas, los senones; no se contentando con ocupar la parte de Italia que está entre el monte Apenino y los Alpes, mas pasando el Apenino ocuparon la parte de Italia y juntamente á Roma, cabeza de Italia, y la saquearon metiéndola á cuchillo, y no dejaran piedra sobre piedra, si el capitolio no se les defendiera, y poco á poco los tornaron á echar de Italia. Tanta deseo tiene esta gente de destruir á Italia, y más de diminuir el nombre romano. Qué otra cosa quiere decir ocupará Calabria, Pulla y Nápoles, el postrero rincón de Italia, que es meterse en una red de donde no pueden salir, donde esté de toda Italia cerrado, si no tuviesen por cierto que toda Italia se les ha de rendir? Vos, Santísimo Padre, Sacro Collegio, como la cosa que más claramente se puede ver, que si con común con-

sentimiento de todos no se resiste la codicia desta bárbara gente, que presto toda Italia se ha de encender deste fuego, cuando no haya el aparejo que agora se podría haber. Los ejércitos de Francia suelen poner más temor que el de las otras gentes por ser más súbitos y más rebatados, y porque con ellos no se ha de pelear sobre las haciendas solamente, mas sobre las vidas, según la crueldad bárbara de aquella gente. No son los franceses gentes que hacen treguas, no trueque de prisioneros; en costumbres, en conversación, fuera de toda razón, difieren de todas las otras gentes; así que con ellos sobre la vida ha de ser la batalla primera y postrera, porque cuanto más la manera bárbara suya de pelear es más apartada de la de Italia, así se ha de temer más su guerra».

CAPÍTULO V

En que prosigue el Rey Alfonso su oración al Papa y Cardenales.

«A ti toca, Beatísimo Padre, como Vicario de Dios y cabeza de Italia y de todos los príncipes y señoríos de esta provincia, de os juntar y apartar de Italia esta tan dañosa pestilencia, esta tan cruel y tirana gente; y si algunos hay que con el francés consientan en esta perdición de Italia, que tu Santidad tenga forma de los convertir á la defensión común de esta provincia, y para que todos se esfuercen á cosa tan complidera á Italia, á sus estados y casas, y sus mujeres, hijos y haciendas, es necesario que tú ¡oh Alejandro, Pontífice máximo! comiences porque así como tienes más autoridad y poder así por tus amonestamientos, ruegos y mandos, les muevas para un bien tan común como éste es; y si esto haces seremos vencedores y los bárbaros vencidos, con que mejor fin han de pelear éstos que sus pasados si somos á una, que cuando los Alpes bajaban venían muy bravos, robando templos, forzando vírgines, usando de todo género de crueldad; y bajando al llano eran rotos y muertos, y los que vivos quedaban, volvían desnudos y pocos y destrozados. Pocos lugares hay en Italia que no los hayan ennoblecido con las vitorias que de ellos han habido; por lo cual, Santísimo Padre, es menester presteza para le resistir. Entre tanto, mi hijo Fernando con mi ejército y de florentinos y tuyo estará entre el río Poo y el monte Apenino para resistir los primeros encuentros de aquella gente. Y, si lo que Dios no quiera, no fuéremos socorridos, verán todos el mal consejo que tomaron, cuando querrán remediarlo y no podrán. Yo he enviado á mis tíos los Reyes Católicos de España á los pedir socorro contra el francés, de los cuales tuve agora cartas cómo aparejan con gran presteza un muy grueso ejército por mar y por tierra, con un muy nombrado capitán y muy experto en la guerra, para inviar contra ellos. Lo que yo, Santísimo Padre, entiendo hacer será esto: salirlos á recibir antes que lleguen á la raya de mi reino y darles muy animosamente la batalla, y si prósperamente me suceda, apartar al francés de mi reino y de toda Italia, y cuando de otra manera me aviniese, allí acabará mi vida en ella».

CAPÍTULO VI

De lo que el Papa respondió al Rey Alfonso y lo que los Coluneses en este tiempo hicieron.

El Papa respondió al Rey Alfonso que todo cuanto había dicho era la mesma verdad y que harto ciego sería el que no conociese ser así; quél tuviese buena esperanza; quél con todas las fuerzas y riquezas de la Iglesia no le faltaría y ternía forma que no le faltasen sus amigos, y que luego él con sus Legados los confirmaría y le buscaría nuevos amigos, y que de todo provería, según el tiempo lo requería. Mandó luego á los embajadores de los Reyes cristianos que luego escribiesen á sus Príncipes de su parte para que diesen socorro y ayuda al Rey Alfonso de Nápoles, porque era socorrer á toda Italia, principalmente á la Sede Apostólica, contra la cual se decía venir el Rey de Francia; y juntamente envió sus Legados á todos ellos exhortándoles por el bien común de toda Italia, principalmente de Roma, adonde Dios principalmente había puesto su Vicario, y trabajó con todas sus fuerzas de mover á toda Italia contra el francés.

A esta sazón los Coluneses, quen este tiempo eran amigos y aliados de la Casa de Francia, tomaron por fuerza de armas la fortaleza de Ostia, quera del Papa, por ardid de Scaño Esforza, Cardenal, hermano del Duque de Milán: en el cual fué puesto un vizcaíno llamado

Menaldo Guerra, crudelísimo cosario, para que de aquel castillo estorbase el trato y navegación que á Roma se hacía por el Tíber, y impidiese las vituallas con que Roma se bastecía; y aunque el Papa Alejandro invió algunas veces contra este tirano ejército, jamás le pudo tomar aquella fuerza, del cual diremos adelante.

CAPÍTULO VII

De lo quel Rey Charles hizo comenzando á bajar los Alpes, y lo quel ejército del Rey Alfonso hizo.

El Rey Charles, desde que comenzó á bajar los Alpes invió á Roma á publicar y fijar un edito: que todos los Cardenales, Obispos, Arzobispos y otras cualesquier personas que tuviesen dinidades ó beneficios en Francia, se saliesen de Roma dentro de quince días, donde no, que pasado este término hubiesen perdido todas las temporalidades y aun las propiedades de ellas. Algunos lo hicieron y otros con temor del Papa no lo osaron hacer. El ejército del Rey Alfonso, llevando por General al Duque de Calabria, Fernando, su hijo, y capitanes el Conde de Petillán y Carolo Ursino, se fué á poner cerca de Rávena, junto Cesena, para se topar con el francés y le dar la batalla. Al cual salió recebir el ejército del Duque de Milán, Ludovico Esforza, con cuatro mil caballos ligeros y tres mil soldados suyos. Los ejércitos del Rey Alfonso y el de los franceses estuvieron muy cerca uno de otro sin pelear, esperando cada uno que el otro comenzase la batalla, aunque había mucha desigualdad del uno al otro, porque eran los franceses muchos más en número que los otros. Los astrólogos judiciarios, veyendo al francés descender con tan poderoso ejército y con tantas bocas de fuego tan inusitadas y ellos venir tan bravosos y soberbios, echaron juicio sobre aquel año, y todos hallaron por curso de astrología que sucederían en aquel año muchas muertes y robos, sacos de cibdades, muchas fuerzas de mujeres, con todas las otras vanidades que los naturales de aquella nación suelen especular, seyendo cosa averiguada que las más veces es cosa inconstante. Son los italianos naturalmente agoreros y creen ligeramente aquella incertidumbre; aunque fácilmente, sin curso de astrología, ni planetas, ni influencias se podía creer que no faltarían muertes y robos queriendo el francés ocupar lo ajeno con tanta fúria y soberbia.

Llegado, pues, el francés á Aste, le salió á recebir la Duquesa de Milán, mujer del Duque Ludovico, muy acompañada, que fué cosa muy de ver los atavíos y adereszos. Entre las otras cosas, llevaba la Duquesa cien señoras, las más principales de aquel Estado, muy ricamente ataviadas; á las cuales el francés recibió muy alegremente y con muy gran fiesta. Dejó el francés allí en Aste al Duque de Urliens, que después le sucedió en el reino, llamado Luis duodécimo; se fué para Milán, adonde fué muy bien recebido por el señor Ludovico, tío del Duque mozo, que tenía la gobernación, como atrás hemos dicho, por Galeazo el sobrino; por cuya muerte con favor del francés quedó por Duque de Milán el Ludovico.

CAPÍTULO VIII

De lo que los dos ejércitos hicieron, con lo que más sucedió.

Los ejércitos del Rey Alfonso y Duque de Milán y del francés hobieron muchos rencuentros, en que los franceses fueron algunas veces rotos y otras veces vencedores. Mas como los Coloneses tenían ocupada por fuerza de armas la fortaleza de Ostia, no dejaban entrar en Roma mantenimientos; antes desde aquella fuerza hacían guerra á la parte del Papa. Fué necesario quel Papa mandase quel exército se viniese á Roma á defendella de la guerra que los Coluneses le hacían. A esta sazón el Rey Charles se fué derecho á Pavía con doce mil caballos. Lo que en aquel ejército más espanto puso, fueron los muchos y muy bravos ingenios de artillería de nuevas formas y nombres, así como basiliscos y culebrinas, gerifaltes, serpinos, cañones y otros nombres muy inusitados. Estos, como dijimos, eran ciento entre grandes y pequeños. Llegado el Rey á Pavía fué á visitar al señor Juan Galeazo, que era el Duque de Milán, hijo del señor Juan Galeazo, que había sido Duque de Milán, cuya gobernación tenía el señor Ludovico Sforcia. Por ser aquel mozo de poca edad, le había el Duque su hermano encomendado la gobernación de aquel Estado. El Juan Esforcia encomendó al Rey un niño chiquito que allí tenía, diciéndole que él no podía escapar, y luego murió. Creyóse que le habían dado yerbas, y

algunos pusieron sospecha que el señor Ludovico su tío se las había hecho dar. El francés tuvo forma que aquel estado se pacificase, que se había puesto en armas contra el tío y que tomasen por señor al dicho Ludovico; lo cual así fué hecho; aunque nunca se osó llamar Duque de Milán hasta que Maximiliano, Rey de Romanos, le invió la investidura y le invió á decir tomase el título ([1]); porque estaba el dicho Maximiliano casado con hermana de su sobrino Juan Galeazo. Este Juan Galeazo que allí murió, estaba casado con hija del Rey Alfonso de Nápoles. Los florentinos y otros aliados así del Papa como del Rey Alfonso, luego se dieron al francés, porque no osaron hacer otra cosa.

CAPÍTULO IX

De lo que hicieron el Rey Alfonso y el Duque de Calabria, su hijo, don Fernando, y lo que avino á los florentinos con el francés.

El Duque Fernando se retrajo con su ejército á Cesena, y el Rey Alfonso su padre se fué á Tarrachina para combatir y ocupar á Netuno. El Duque Fernando, después que algunos rencuentros pasó con sus contrarios, se recogió á Cesena, para allí esperar lo que el tiempo descubriese. El Rey Alfonso su padre, tuvo nueva que la armada del francés se iba á surgir á un puerto de Netuno, lugar de Coloneses. Sabido esto por el Rey Alfonso, fuese para Tarrachina para el cual se vino Virginio Ursino desde Roma con la gente de caballo que allí estaba, y lo mismo hizo Eregato Leonelo con la gente del Papa, y combatieron á Netuno; mas fueron tantas las aguas, y el tiempo tan fortunoso, que no pudo haber efeto aquel cerco. Estando el Rey Alfonso en este cerco, supo por sus mensajeros cómo Juan Galeazo su yerno era muerto y su tío Ludovico Sforcia había, con favor del francés, ocupado aquel Estado. También supo que los florentines se habían pasado al francés. Sabido esto por el Rey y que ningún efeto conseguía sobre aquel cerco, mandó á Virginio Ursino á Roma con la gente de á caballo para el socorro de aquella cibdad, y él se retrujo á su reino, y asentó su campo junto al río del Garellano para estorbar desde allí el pasaje al francés. El Duque Fernando, su hijo, estuvo algunos días en Cesena, adonde peleó algunas veces con los que seguían la parcialidad del francés. Mas oída la rebelión de los florentines, y que se habían pasado al francés, se tornó al reino de Nápoles. Retraídos los dos ejércitos de padre y hijo á su reino, todos sus amigos y aun los que eran neutrales, sin ponerse en defensa, se pasaron al francés, salvo el Papa, que siempre perseveró en su amistad. El ejército del francés se extendió hasta Rávena y sus comarcas, adonde hicieron muchos daños.

([1]) Nota marginal: Porque el estado de Milán es feudo del Imperio.

CAPÍTULO X

De lo que los florentines hicieron sabido quel francés venia á Florencia.

En la cibdad de Florencia hubo diversos pareceres sobre si perseverarían en la amistad del Rey Alfonso ó se rindirían al francés. Los del bando de Médices persuadían á su cibdad que perseverasen en la amistad del Rey Alfonso, por la antigua amistad que siempre habían tenido con la Casa de Aragón y por la buena y fiel amistad que en ellos habían hallado, así contra los franceses como contra los Duques de Milán, en diversos tiempos, y que mirasen que aquella avenida tan grande de los franceses que había de avadar muy presto, teniendo por muy cierto quel Rey don Fernando de España inviaba socorro con un muy valeroso capitán y muy buena gente de guerra en socorro del Rey Alfonso, y que la armada estaba ya en Cartagena, puerto principal de España; pues los venecianos no consintirían ser vencedores en Italia una gente tan amiga de tomar lo ajeno, tan cruel en la guerra y tan destemplada en la paz. Trabajaron los deste bando de Médices cuanto pudieron que aquella cibdad conservase la amistad del Rey Alfonso y del Papa.

Los del bando contrario, que son los de Pazis, persuadieron al contrario diciendo que aquella amistad se debía guardar cuando claramente se viese el fruto que della se pudiese sacar; mas cuando, al contrario, ninguna cosa había tan saludable á la república como la mudanza, principalmente estando el enemigo tan cerca y tan poderoso, y que quebrantarían todo su orgullo en Florencia, principalmente no les pudiendo socorrer ni el Papa ni el Rey

Alfonso. Con este parecer se juntó todo el común de la cibdad. Visto por los de Pazis que tan buena voluntad hallaban en aquella gente popular, persuadieron al pueblo que echasen de la cibdad á los del bando de Médices, como á gente enemiga de la patria; lo cual ellos pusieron luego por obra. Era entonces el principal de aquel bando Pedro de Médices ([1]), hijo del magnífico Lorenzo de Médices y nieto de aquel muy rico Cosme de Médices. Era este Pedro de Médices hermano del Papa León ([2]) que fué después. El cual Pedro de Médices, por dar lugar al tiempo y por huir de aquella tempestad del pueblo, se salió de la cibdad y desde allí comenzó á contratar así con los del bando contrario por vía de amistad como con el otro de su parte le inviasen poder bastante para ir al Rey de Francia y tratar con él sobre el buen tratamiento que se hiciese en la cibdad. Lo cual le fué otorgado é inviados muy bastantes poderes. Como su padre el magnífico Lorenzo en semejante jornada nada había hecho é había conservado la cibdad, los poderes fueron que el dicho Pedro de Médices con dos personas principales de su parcialidad, cuales ellos le señalaron, fuesen al Rey y contratasen la pacificación de aquella señoría. Aunque luego otro día que estos poderes fueron inviados, los revocaron y determinaron de inviar otros, conviene á saber á Fray Jerónimo Flare, dominico, con dos personas principales del bando de Pazis; y entre tanto que éstos aparejaban la ida, aquel Pedro de Médices con el poder que tenía de la cibdad, trató con el Rey de Francia que la cibdad de Pisa y Sarzana y otros algunos lugares de aquella señoría quedasen en poder del Rey de Francia, con que la cibdad quedase libre. Cuando los del bando de Pazis supieron aquel partido que Pedro de Médices había hecho con el Rey de Francia, caluniáronlo tanto y indinaron tanto al pueblo, que luego á la hora inviaron á llamar aquel Pedro de Médices para que viniese al senado á dar cuenta de lo que con el Rey de Francia había tratado. Y el dicho Pedro de Médices vino luego, y les dijo que él había hallado muy indinado al Rey de Francia contra ellos y contra la cibdad, por la amistad en que hasta allí habían estado con sus enemigos, y que aquel era el partido más provechoso que había podido hacer, y que él como hijo de aquella cibdad había tratado aquel partido y aquella paz la más segura que pudo.

El pueblo estaba muy indinado contra él, así los del bando contrario como los de su bando. Fuéle luego mandado al dicho Pedro de Médices que dentro de una hora saliese de la cibdad y no volviese á ella jamás en su vida; y luego fué hecho público decreto sobre ello, y asentado en los libros del senado por enemigo de la cibdad, y fué su hacienda confiscada, y luego inviaron nuevos embajadores al francés, en que le pidían que la cibdad y todo su Estado quedase libre. El Rey los recibió muy bien y se fué derecho á Florencia, entrando el mes de Noviembre del año de mil cuatrocientos noventa y cuatro años. Y el día que el Rey entró en Florencia murió en ella Juan Francisco Pico, Conde de Concordia y señor de Mirandula, el más señalado de su tiempo, y aun de muchos años atrás, en todo género de letras, así humanas como divinas, y en todo género de virtudes que en un hombre se pudieren hallar. Luego los astrólogos judiciarios prenosticaron quel francés volvería desdichadamente de aquella jornada, y roto y desbaratado y el mal suceso que habría así él como su ejército. Los florentinos hicieron muy solene recibimiento al francés, y con muy grandes fiestas, y le hicieron muy grandes servicios y presentes.

CAPÍTULO XI

De lo que hizo el Papa Alejandro sabido quel Rey de Francia quería ir por Roma, con lo que más avino.

Estando el Rey Charles en Florencia, vino á él de parte del Papa Francisco Picolomeneo, Cardenal de Sena, el principal del Collegio de los Cardenales, al cual halló ya partido, y alcanzólo en Luca, al cual hizo saber cómo venía de parte de Su Santidad. El Rey le invió á decir que lo recibiría como á Cardenal de Sena, y no como á Legado del Papa. El Cardenal le replicó que como Cardenal no tenía que consultar con él, y se despidió y se volvió para Roma. Estando el francés aquí en Luca, llegaron dos embajadores venecianos. El uno se llamaba Dominico de Treviso y el otro Anto-

([1]) Nota marginal: Pedro de Médices, hijo de Lorenzo de Médices.
([2]) Nota marginal: Papa León, hermano de Pedro de Médices.

nio Lauretano, los más principales y más nobles de aquella Señoría, á los cuales mandaron los venecianos que acompañasen al Rey hasta Roma y trabajasen con él entrase pacíficamente en ella. El Rey escribió al Papa diciendo cómo él quería ir por Roma á tomar el reino de Nápoles, que de derecho le pertenecía, y que pasaría por Roma sin hacer en ella perjuicio alguno, ni á la Sede Apostólica ni á otra persona particular. El Papa le replicó le pluguiese dejar el camino de ir á Roma, así por la falta de mantenimientos que en ella había á la sazón, como porque entrando él en la cibdad habría algunos movimientos, por las parcialidades que en ella hay, y que tomase ejemplo en el Emperador Carlo Magno, de quien él descendía, que habiendo venido desde Francia á Italia y habiéndola librado de los enemigos y tiranos que la tenían opresa y tiranizada, y dejándola puesta en toda libertad por no dar pesadumbre á la cibdad dejó todo su campo junto á Pavía, y él solo y sin armas vino á Roma á ver al Papa. Al cual replicó el Rey que todavía determinaba de ir por Roma, y fué por Sena y Viterbo derecho á Roma.

Virginio Ursino, aquel capitán que dijimos del Rey Alfonso, y el principal de aquella parcialidad de los Ursinos, visto que todas las tierras por donde el francés pasaba se le daban, aconsejó á sus hijos entregasen sus tierras al francés, porque era muy mejor recebir al enemigo pacífico que airado, y él estuvo en Roma con el ejército. El Papa, sabida la determinación del francés y que él no tenía caudal para le defender la entrada, persuadió al Duque de Calabria, Fernando, y á Virginio Ursino que se saliesen de Roma y se conformasen con el tiempo, y lo dejasen pasar, esperando otro tiempo, que no podría mucho tardar; porque al presente aquello era lo que más les cumplía. El Duque Fernando, que allí era venido para defender la ciudad, quisiera mucho esperar allí á los franceses, mas por obedecer al Papa, y ellos porfiaron que les diese su Santidad licencia para esperar allí al francés. El Papa les dijo que á él y á ellos les cumplía dar lugar al tiempo, y que él esperaba en Dios que presto verían tal mudanza que todo sucediese en bien; y que pues otra cosa no podía hacer al presente, lo quería dejar pasar por Roma, hasta que Dios proveyese de remedio, cual él fuese servido.

CAPÍTULO XII

De cómo el Rey de Francia entró en Roma y de lo que hizo el Papa, y asimismo el Rey Alfonso de Nápoles.

El Rey de Francia entró en Roma á los treinta días de Deciembre del dicho año de mil cuatrocientos noventa y cuatro años. Entraron con él cuarenta mil hombres, aunque cuando bajó los Alpes venían cincuenta mil. Entraron con él el señor Ascanio Esforcia, Cardenal hermano del señor Ludovico Esforcia y el Próspero Colona, y Julian, Cardenal de Sant Pedro Advíncula, que después fué Papa Julio. Entró el Rey en Roma de noche. Qué causa fuese, hubo diversos pareceres; los más decían porque pareciese más la gente que traía de noche más que de día. Otros decían, porque no le fuese hecho algún mal de los muchos que en aquella cibdad por diversas vías se suelen hacer, por hacer algún servicio al Papa. Otros decían, y fué lo más cierto, por poner espanto á toda la ciudad, porque mucho más temible es el sentido del oído que no el de la vista. El Rey se fué á aposentar á Sant Marcos y toda la gente se fué á aposentar por las casas de la cibdad.

Había cada día alborotos y muertes por la poca paciencia de los franceses. El Papa tenía muy proveído y fortalecido el palacio sacro, y á Sant Angelo, con el cual estaban los principales Cardenales; principalmente estaba, que nunca se quitó de su lado, el Cardenal Baptista Ursino, que nunca jamás quiso ir á ver al Rey, como todos los otros hicieron. Decía públicamente que nunca quisiese Dios que él seyendo cristiano viniese á Roma estando mal con el Vicario de Dios, que él bien podría perder la vida, mas nunca haría cosa tan ajena de cristiano. Todos los otros Cardenales estaban ordinariamente en casa del Rey, y algunos de aquel Colegio aconsejaban al Rey que quitase el pontificado al Papa, que ellos darían muy bastantes causas y razones para haberlo de descomponer. El Rey no se puso en ello; verdad sea que algunas veces bravoseando dijo que él haría allanar por tierra al palacio sacro y á Sant Angelo; mas al fin no le plugo aquel medio. Al fin se concertaron mediante personas de buen celo que entrevinieron entre ellos. El Rey se fué al palacio sacro y besó los pies al Papa, según católico Rey, y

fué muy bien recebido del Papa, y se conversaron con mucho amor, á lo que de fuera pareció; y quedaron grandes amigos, pensando cada uno de engañar al otro. Hizo allí dos Cardenales criados del Rey, entrambos bretones: Guillermo, obispo de Narbona, y Philippo, otro perlado. Hicieron entrambos tratos y capitulaciones en esta manera. El Rey que le entregase al castillo de Sant Angelo para que dejase allí puesto un castellano y le diese en rehenes á su hijo César Borja, Cardenal de Valencia, que estuviese con él cuatro meses; y más le diese á Giugimi, hermano del gran turco Bajaceto, para lo llevar consigo, para desde Calabria hacer guerra al gran turco su hermano. El Papa le entregó á su hijo Duque de Valentinois ([1]) y al hermano del turco. Fué hecha esta concordia á los quince días de Enero del año del Señor de mil cuatrocientos noventa y cinco años, y luego dende á seis días partió de Roma.

CAPÍTULO XIII

De lo que aconteció al Rey de Francia después que partió de Roma, y lo quel Rey Alfonso de Nápoles hizo.

Partido que el francés fué de Roma, Giugimi murió en el camino, quisieron decir que iba toxicado, porque su hermano Bajazeto, gran turco, teniendo dél gran temor por ser muy quisto en toda Turquía, había enviado al Papa, ó á su hijo el cardenal de Valencia, César Borja, gran suma de dineros y ciertas reliquias porque lo toxicasen; mas yo no puedo creer quel Papa hiciese tal cosa, seyendo tan cristiano ([2]). Mas al fin él murió de yerbas según se creyó. César Borja se volvió del camino dende á cuatro días.

Entretanto quel Rey de Francia estaba en Roma, considerando el Rey Alfonso que según su mala condición y soberbia, avaricia y mal tratamiento, con que aquel reino había gobernado y señoreado, él estaba en odio de todos, así grandes como pequeños, lo cual él sabía de cierto, y que no habria llegado el Rey de Francia á la raya de aquel reino cuando todos se le darían por desechar de sí aquel señorío. Sabía asimismo cómo el Duque Fernando su hijo era muy quisto, así de grandes como de pequeños, y muy amado de todos. Era á la sazón de veinte y seis años de su edad, muy sabio en las cosas de la guerra y muy sufrido, muy liberal, que hace á los príncipes ser amados de todos, y para conservar la gente muy bastante. Al cual el Rey Alfonso su padre habló desta manera: «Yo sé por cosa muy averiguada, hijo Hernando, que no habrán llegado los franceses á este mi reino cuando lo ocuparán, porque ninguna resistencia hallarán en mis súditos, por el odio que siempre me han tenido, por el mal tratamiento que yo siempre les he hecho, y por la gran codicia y gran soberbia que con ellos en los tiempos pasados he usado. Asimesmo sé cuán amado has sido siempre de todos ellos, por las buenas y grandes partes que tienes, y aunque el reinar, hijo Hernando, es cosa que nadie la debe dejar, aunque sea por sólo un día no más, yo te renuncio este reino, que después de mis días había de ser tuyo, y desde agora te lo paso con todo el imperio y mando dél, y para que tú lo tengas, gobiernes y lo defiendas de los franceses. Yo sé que todos los del reino te lo ayudarán á defender por el grande amor que siempre te han tenido. Yo me retraeré á Sicilia y pasaré allí lo que me resta de la vida, como hombre particular y privado». Luego tomó todas las joyas y tesoros que tenía, y las hizo poner en cinco galeras y las invió á Sicilia, y él se fué allá; y el Rey Alfonso tomó hábito de clérigo, abierta la corona, y favoresció á su hijo Hernando no sólo con consejos y avisos, mas aun con todos sus tesoros y joyas, como hemos dicho.

Algunos veyendo tan gran mudanza en un Príncipe tan magnánimo como lo éste era, sospechando que viéndose desesperado del Papa y de sus amigos de Italia, en cuya ayuda tenía toda su confianza, y más seyendo tan mal quisto, por la dura y áspera gobernación suya, que con una desesperación en que cayó había dejado el reino; mas esto parece muy diverso del gran corazón que para todas las prósperas y adversas fortunas, porque había pasado, siempre tuvo.

Otros quisieron decir que había prometido de ser religioso; mas esto parece no haber lugar á tal sazón ni á tal coyuntura; mas ello sea lo uno ó lo otro, él dejó el reino el mismo día que cumplía un año que el Rey Fernando su padre era muerto, y él alzado por Rey.

([1]) Nota marginal: Al castillo de Santo Angelo no lo quiso entregar.
([2]) Nota marginal destruída por la humedad.

CAPÍTULO XIV

De lo que hizo el nuevo Rey don Fernando en tomando la posesión de su reino, y asimesmo lo que el Rey de Francia.

Todos los de aquel reino se holgaron extrañamente en se ver libres de la tiránica sujeción del Rey Alfonso, y se ver en el señorío del Rey Fernando, á quien, como hemos dicho, amaban mucho, porque no vían en él cosa que fuese de mozo y vían en él una gran muestra del Rey Alfonso su bisagüelo. Pues el nuevo Rey Fernando juntó su ejército, en que había cinco mil hombres de armas y quinientos caballos ligeros y cuatro mil soldados, y con este campo se puso junto á Sant Germán. Como el Rey de Francia supo el sitio que el Rey Fernando tenía cabe Sant Germán, mandó que parte de su ejército fuese por la Pulla para le tomar las espaldas; y con la otra parte comenzó á caminar derecho á Sant Germán. Salió de Roma con sus batallas concertadas, y fué camino de aquel reino, á buscar al Rey Fernando.

CAPÍTULO XV

De lo que pasó á Antonio de Fonseca, embajador de los Reyes de España, con el Rey Carlos en Marino, una villa de Çoloneses.

Pues salido el francés de Roma, olvidadas las promesas y capitulaciones que con los Reyes de España dejaba hechas de no ser contra la Iglesia ni contra su patrimonio, habiendo dado su fe real y firmado los capítulos, comenzó á tomar los lugares de Coloneses por do pasaba, y los de la Iglesia, que tomó á Marino, que es de Coloneses, y á Pelitre y á Tarrachina, que son de la Iglesia. Iba con el Rey de Francia don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Córdoba, el cual suplicó al Rey se acordase de guardar lo que con el Rey don Fernando de España había capitulado, lo que el francés no quiso guardar. Y á esta sazón llegó Antonio de Fonseca, señor de Coca y Alaejos, hermano del dicho Obispo de Córdoba que allí venía, y después de haber dado su creencia, el francés le dijo que dijese lo que le era mandado. Antonio de Fonseca le dijo: «Sire, ¿por qué no guardas las capitulaciones que con los Reyes de España capitulaste en ningún tiempo ser contra la Iglesia Romana y contra su patrimonio?». Y le puso los capítulos en sus manos, firmados de su mesma mano. El Rey se los volvió y le mandó que los leyese, los cuales estaban en latín. Y leyéndolos Antonio de Fonseca, los que estaban bien al Rey decía: «Está bien fecho»; los que no le agradaban, él mesmo con una pluma los borraba y rayaba; y así borró y canceló siete capítulos, los más necesarios á la honra, autoridad y provecho de los Reyes de España, y de sus reinos, y de la Sede Apostólica, y del Sancto Padre, y del patrimonio de la Iglesia.

Visto por Antonio de Fonseca cómo el Rey quebrantaba su palabra y no la quería cumplir, dijo al Rey: «Pues Vuestra Alteza ha quebrantado su palabra y borrado los (1) capítulos, yo doy todos los otros por ningunos». Y con ambas manos, como caballero esforzado y leal á su Rey, los rasgó y hizo pedazos. Y así resgados, los echó á los pies del Rey y se inclinó antél. El Rey, espantado de tal osadía, le echó mano de los cabezones y le dijo: «No te partas de mí, porque los míos, visto el desacato que has tenido contra mi, no te maten». Venía en servicio del Rey Salazar el mozo, hijo de Salazar, que había casado en Francia, al cual mandó que con doscientos hombres de armas le pusiese en salvo en Roma; que nunca Dios quisiese que un hombre de tanto esfuerzo y valor como él no sacase el fruto de su ánimo y corazón. Lo cual así fué hecho, que se metió con Garcilaso de la Vega en el castillo de Santángelo. Luego esa noche huyó el Cardenal de Valencia, César Borja, que iba como dijimos en rehenes, visto como el Rey trataba el patrimonio de la Iglesia.

CAPÍTULO XVI

En que el autor da cuenta de las causas que movieron al Rey Charles á entregar á los Reyes Católicos el condado de Ruisellón, que el Rey Charles les entregó cuando pasó á Nápoles.

Porque algunos han culpado á los Reyes Católicos de España sobre los capítulos que Antonio de Fonseca rasgó, quise poner aquí la historia verdadera de cómo pasó, y fué

(1) Nota marginal: Heroico atrevimiento.

desta manera: Haciéndose muy cruel guerra el Rey don Juan de Aragón, padre del Rey don Fernando ([1]), y su hijo don Carlos, de la primera mujer, con el cual se habían rebelado los catalanes contra el Rey, y le hacían guerra á fuego y á sangre. Visto el Rey don Juan el poco fruto que hacía, veyéndose con necesidad de dineros, rogó al Rey de Francia Luis undécimo, al cual empeñó cuatro castillos con las cibdades en que están en el condado de Ruysellón, que son Perpiñán, la Bellaguardia, Roca y Colibre, por cierta suma de coronas de oro, con la cual suma de dinero tomó y sojudgó á Barcelona, y á todo el condado de Barcelona. Las cuales cuatro piezas llevó mucho tiempo las rentas de ellas; las cuales tuvo hasta que murió el Rey don Juan de Aragón, que fué en el año de mil y cuatrocientos y setenta y nueve del nacimiento de Cristo. El cual ni en vida ni en muerte pudo pagar el empeño, y tuvo aquellas plazas hasta que el dicho Rey Luis de Francia murió, que fué en el año del Señor de mil y cuatrocientos y ochenta y uno años; y mandó en su testamento, que pagando el Rey don Fernando de España la suma del empeño quel Rey su padre don Juan había recebido, que le entregase aquellas cuatro plazas; y esto dejó mandado en su testamento al Rey Carlos su hijo, que le sucedía en el reino; al cual le dejó muy encargado, so pena de su maldición, que lo cumpliese. El Rey Charles y sus tutores jamás quisieron recebir los dineros del empeño, aunque por muchas veces fueron requeridos por el Rey de España; nunca deliberaron de les entregar aquellos castillos, hasta que Dios lo proveyó como él fué servido.

CAPÍTULO XVII

De cómo el Rey de Francia entregó el condado de Ruisellón á los Reyes de España, y en qué manera.

El Rey de Francia jamás quiso entregar el condado de Ruisellón á los Reyes de España, aunque le fué mandado por el Papa, y respondió que en acabándose la guerra de Granada lo entregaría. Acabada la guerra el Rey y la Reina se fueron á Barcelona, y desde allí le enviaron á requerir que les entregase aquel condado, y tampoco quiso, hasta que luego adelante en el año de mil y cuatrocientos y noventa y tres murió el Rey don Fernando de Nápoles, y sucedióle en el reino el Rey Alfonso, de quien atrás hemos dicho, que llamaron el Guercho, hijo de su primera mujer. El cual como dijimos era muy mal quisto por su mala condición y mal tratamiento que hacía á sus vasallos. El Rey de Francia tenía muy gran codicia de adquirir aquel reino de Nápoles, que le decía pertenecer por cierto derecho antiguo del Duque de Angiers y de otros predecesores suyos; y por ir más seguro de no dejar cosa que le pudiese estorbar su jornada hizo paces perpetuas con Maximiliano, Rey de romanos, con quien tenía grandes enemistades y guerras por haber dejado á madama Margarita, su hija, con quien estuvo otorgado para se casar, por casar con madama Ana, Duquesa de Bretaña, con quien casó; y desde entonces se metió aquel estado en la Casa de Francia, y vino á todo lo que Maximiliano le pidió. Asimismo hizo paz con Enrique octavo, Rey de Inglaterra, y le dió todo lo que le pidió, y juntamente envió á decir á los Reyes Católicos que enviasen á tomar el condado de Ruisillón, enviando los dineros del empeño, y hicieron paces y amistad perpetua de ser amigos de amigos y enemigos de enemigos, sin sacar á persona alguna, salvo que los Reyes Católicos nunca quisieron otorgar menos que si fuese contra la Iglesia, ó su patrimonio, que en tal cosa que no valiesen nada las capitulaciones. Lo cual el francés otorgó y lo firmó de su mano, con aquellas solenidades que se requerían en tal caso. Otorgadas y firmadas las capitulaciones, los Reyes de España inviaron los dineros del empeño, y el Rey Charles les mandó entregar el Condado de Ruisellón libre y desembarazado, y los dineros del empeño. El Charles invió á la Reina doña Isabel diciendo que fuesen para ayuda de los gastos que en la guerra de Granada había hecho, por mostrar su munificencia y liberalidad. Otros decían que lo hacía por descargo de su conciencia, y por descargar el ánima de su padre y la suya, por muchos males que en aquel Estado había hecho, porque destruyó y asoló muchos lugares de aquel condado, una vez que Perpiñán

([1]) Nota marginal: Este Rey don Fernando de Aragón fué casado primera vez con hija de don Carlos Rey de Navarra, de la cual hubo un hijo llamado don Carlos. Muerta esta primera mujer, casó con doña Juana hija del Almirante de Castilla, de quien hubo al Rey don Fernando V el Católico.

se rebeló contra él, que jamás hasta hoy se pudieron restituir ni poblar. También el Papa le había mandado muchas veces les restituyese los daños y pérdidas que en aquel Estado había hecho. Luego los Reyes de España fueron allá y lo cobraron, á los treinta años que había que estaba enajenado.

CAPÍTULO XVIII

De lo que el Rey de Francia hizo después que Fonseca le resgó los capítulos, y el Cardenal hijo del Papa se volvió á Roma, y asimismo lo quel Rey Fernando de Nápoles hizo.

El Rey de Francia volvió á Roma porque quedó muy enojado de lo que pasaba, y pasó el Tíber por Pontesisto, y tomó á Civitavieja y á Viterbo, y á Monterós y á Monterocano, y á la fortaleza de Ostia, de quien adelante diremos, que se la entregó el Cardenal Ascanio Sforcia; en la cual dejó puesto un alcaide llamado Menaldo Guerra, vizcaíno, un gran tirano, de quien diremos adelante; y el Rey volvió por allí á pasar el Tíber, y se tornó para el camino de Nápoles, y fué camino de Sant Germán á buscar al Rey Fernando, que sabía que lo estaba allí esperando.

El Rey Fernando, considerando el grueso ejército que por Pulla le venía y el que delante esperaba, y que la gente no estaba tan ganosa de pelear como él quisiera, asimismo le comenzaban á faltar los mantenimientos, determinó de se retraer á Nápoles y á Capua, para defender aquellas plazas á los franceses que llegaban á Corbión, y les convidó con la batalla. Los cuales no la aceptaron hasta que todo el campo fuese junto, y luego se juntó más cerca dellos.

Estando aquí recibió cartas de Nápoles, de la cibdad, cómo habían sentido algunos desleales que temían se querían alborotar y tomar la voz por Francia. Visto el gran poder que traían, que le suplicaban que en todo caso se retrajese á la cibdad, porque no hobiese alguna rebelión. El Rey dejó junto á Capua su campo con aquellos capitanes muy señalados, que en aquel tiempo eran los más principales, conviene á saber: Nicolao Ursino, Conde de Petillán, Virginio Ursino y Jacobo Triulcio, y él se fué á la mayor priesa que pudo á la cibdad, á la cual halló más sosegada de lo que pensó. Mandó luego juntar á los principales de aquella cibdad, y hablóles desta manera.

CAPÍTULO XIX

De un razonamiento quel Rey Fernando hizo á los vecinos de la cibdad de Nápoles.

«Bien sé yo, y no se puede negar, nobles caballeros, honrados cibdadanos, que ninguna defensa cierta y firme puede haber en cualquiera reino mayor que la voluntad, amor y deseo de los naturales de aquel mesmo reino. Ningunos muros, ningunas armas, ningunas defensas y fuerzas, ningunas fortalezas, tienen los Reyes más fuertes que las voluntades de sus súditos, más que los grandes ejércitos de gentes. Lo cual pluguiera á Dios hubiera hecho el Rey Alfonso, mi padre, y el Rey Fernando, mi agüelo, que así como en las otras virtudes sobrepujaron á todos los Príncipes, así los quisieran vencer en este género de alabanza, y pluguiera á Dios que se desvelaran en esto, para que fueran amados y queridos de todos aquellos á quienes señorearon. Mas yo os ruego, mis grandes amigos, que á esta sazón no trayáis á la memoria lo que ellos hicieron, aunque según las muchas guerras hicieron y el poco sosiego de aquel tiempo, merecen en alguna manera ser perdonados. Muchas cosas hicieron de sabidas, y que parecieron injustas con las rebeliones y levantamientos del reino, que no las hicieran estando pacíficos en él. Lo que agora, mis grandes amigos, os ruego, que no miréis lo que ellos hicieron, ni cómo se hobieron con vosotros, mas mirad á la esperanza que siempre de mí habéis tenido, así en lo público como en lo secreto. Aquella poned hoy delante los ojos, y si en algún tiempo en mí habéis visto alguna buena señal de lo porvenir, aquello mirad hoy. En esta cibdad nací; entre vosotros me criastes y doctrinastes; aquí deprendí las letras y costumbres que en mí habéis visto, y los primeros ejercicios de guerra. Aquí me amastes siendo mochacho, y después me aprobastes de más edad, y según yo pienso, si no estoy engañado, después que fuí mayor, ni hice, ni dije, ni pensé cosa que no fuese provechosa al pueblo y á su quietud y descanso, muy ajeno de toda cosa deshonesta. Todas estas cosas que he dicho pueden dar señal de mi templanza, cle-

mencia y buena gobernación; esto mesmo os ruego por aquella dignidad que á los Reyes se debe, el cual nombre siempre ha sido grato á esta cibdad. Os ruego, amigos míos, que la fidelidad que á la Casa de Aragón siempre habéis tenido de cuarenta y seis años á esta parte, hasta el día de hoy, esa mesma queráis guardar en esta novedad, en esta guerra que al presente tenemos entre las manos, y me ayudéis á defender esta cibdad y á toda Italia juntamente con ella de unos tan crueles y bárbaros enemigos como son los franceses. Yo no sé cuál vicio es mayor en ellos, ó la crueldad ó la avaricia. No queda lugar en toda Italia que á esta gente se haya rendido con poco ánimo, donde no hayan forzado las doncellas y las casadas, tomado las haciendas, robado las iglesias con todos los otros males que aun hasta los enemigos infieles jamás se halla haber hecho. Porque si agora que tienen la victoria incierta hacen eso, ¿qué os parece harán cuando sean señores dello? Porque agora cuando habían de mostrar toda templanza, toda castidad, son tan destemplados, tan deshonestos, ¿qué creéis ejecutarán cuando alcancen lo que desean? Ningún género de crueldad ni de avaricia dejan de hacer en las gentes extranjeras que señorean. ¿Pensáis que porque alguna parte de Italia se les haya dado, por eso se ha de desesperar de la victoria? Ellos vienen por Italia, no como gente de guerra, sino como gente bárbara, haciendo insultos y deshonestidades. Yo les salí al encuentro cerca de Rávena y les convidé con la batalla, y no solamente no osaron, mas aun dejaron el camino que llevaban, y se volvieron la vuelta de Florencia. Otra vez los salí á recibir junto á Roma, y tampoco osaron ni llegar á Roma, hasta que el Papa les dió licencia para ello. Estotro día junto al Garellano les convidé con la batalla, y jamás la quisieron acetar. Ningún lugar han tomado por fuerza de armas, sino por trato y por la falta de los enemigos».

CAPÍTULO XX

En que el Rey Fernando prosigue su razonamiento á los vecinos de la cibdad de Nápoles.

«Dejan los franceses tan destruídas las tierras que se les han dado de su voluntad, sin premia ninguna, que quisieran más haber muerto defendiéndolas que no ver delante de sus ojos cosas tan enormes y feas. Los huéspedes quedan destruídos y sus casas deshonradas. Yo me vine de Saint Germán, adonde tenía mi ejército, no por miedo dellos, sino porque supe que eran entrados en Pulla, y por veniros á defender. Yo tengo agora mi ejército en Valtierra con muy buenos capitanes y muy fieles, con muy escogida gente; de donde espero, con la ayuda de Dios y vuestra fidelidad, que los haremos volver atrás, como muchas veces han hecho sus pasados. A todos es manifiesta la poca constancia de aquella gente, y cuán poco sufridores son de los trabajos: que no tienen de hombres sino aquel primero ímpetu, y luego aquel pasado, son menos que mujeres. Muchas veces en los tiempos pasados vinieron á Italia y la alborotaron, como agora han hecho. Parecieron al principio temibles y luego fueron rotos, desbaratados y muertos, y muy pocos volvieron á Francia. No son gente de industria, sufrimiento y templanza con amigos ni enemigos. De una cosa os hago ciertos: que si con ánimos de varones los quebrantásemos la loca soberbia que traen, que luego toda Italia se ha de juntar con nosotros contra ellos. Ruégoos, amigos y hermanos míos, me ayudéis á defender esta cibdad y á quebrantar la loca soberbia de aquestos borrachos. Una cosa sabréis de cierto, que si en esta necesidad en que estoy, como varones me ayudáis á defendella, que lo que yo tuviere así en ella como en todo el reino será para lo repartir por vosotros, y tenello de vuestra mano, y si, lo que Dios no quiera, este socorro no me ayudardes á hacer, después, cuando no lo podáis remediar, veréis el mal consejo que tomastes. Yo cumpliré lo que debo así á la dignidad real como lo que debo á quien soy, ó vencer peleando ó morir en la batalla, así que el mesmo día que comience á reinar sea el postrero de mi vida».

Los vecinos de la cibdad le respondieron más tibiamente de lo que él quisiera, diciendo que ellos quisieran que aquella cibdad tuviera más fuertes muros y puesta en más fuerte sitio, para la poder defender del furor de aquella gente; mas bien via su Alteza de la manera en que estaba, que él trabajase que los franceses no llegasen á la cibdad, que ellos perseverarían en la fidelidad que á la

Casa de Aragón debían, y que entre tanto que Capua se defendiese que ellos perseverarían en hacer lo que debían; mas que si los de Capua no se podían defender de los franceses, ni ellos tampoco podrían, y que sería muy mejor que recibiesen al enemigo pacífico, esperando otro tiempo, en que pudiesen mostrar la voluntad fiel que tenían, que ésta jamás se mudaría de la Casa de Aragón, como ellos viesen tiempo para ello. El Rey les respondió que les agradecía su buena voluntad, y que lo que ellos decían era lo más seguro.

CAPÍTULO XXI

De lo quel Rey Fernando fizo vista la voluntad de los naturales de la cibdad de Nápoles, y lo que el francés hizo llegando á Nápoles.

El Rey Fernando se salió de la cibdad y se fué derecho á Capua á se juntar con sus capitanes, determinando de defender á Capua á los franceses; y en llegando á Aversa le llegó nueva cómo los franceses habían tomado á Capua, y su ejército roto y desbaratado. Y la causa fué que Triulcio, uno de los tres capitanes que el Rey Fernando allí había dejado, se pasó al Rey de Francia. Verdad sea que él publicó que lo había hecho por mandado del Rey de Nápoles Fernando, para tratar con él de paz, mas esto fué por color que Triulcio dió, mas no porque fuese verdad. Visto por la gente de guerra la ida de Triulcio, comenzáronse á motinar y desampararon las banderas y robaron lo que el Rey allí tenía, y todo lo que más pudieron y dejaron á sus capitanes, porque les pareció de andar con el tiempo y seguir al vencedor. El Conde de Petillán y Virginio Ursino, con la gente leal que les quedó, se fueron á Nola á esperar allí á los franceses, como hombres que querían antes morir haciendo lo que debían, que no mudarse con la fortuna como Triulcio había hecho. Los franceses los cercaron en Nola, y ellos como varones pelearon con grande ánimo; mas viendo que los contrarios eran muchos y ellos pocos, y que no se podían defender mucho, conformándose con el tiempo, se dieron. El Rey de Francia los mandó echar en prisiones. El Rey Fernando se volvió á Nápoles y se metió en la fortaleza y la fortaleció lo mejor que pudo, pensando de conservar á los vecinos de aquella cibdad. Mas la fortuna, por usar de lo que ella suele hacer, todos sus pensamientos desbarató, que tres días después de su vuelta á Nápoles se entregó al Rey de Francia. En los cuales tres días el Rey sacó todo lo que pudo sacar de la fortaleza, y lo hizo meter en las naos. Estándolo haciendo pasar á las naos, vió desde una torre cómo los vecinos de la cibdad robaban la caballeriza del Rey; mas como el Rey lo vido, encendido en ira, sin más mirar lo que de allí se le podía recrecer, estando todos armados y esperando á los franceses, el Rey solo sin llamar á nadie, como se halló, fué allá á lo estorbar y á castigar aquel insulto.

Aquí aconteció una cosa de maravillar: que estando todos puestos en armas, y toda la cibdad esperando que viniese el francés, visto el Rey, aunque venía solo, todos le obedecieron y le tuvieron aquella mesma obidiencia y reverencia como cuando más en su prosperidad podía estar. ¡Tanto es el acatamiento que allí se tiene al Rey! Vuelto el Rey á la fortaleza, soltó de las prisiones á los principales caballeros que tenía presos, y mandó poner fuego á la casa de las armas y á otros edificios de que los franceses se podían aprovechar, y tomando consigo á su tío Federico y á su madrastra y criados, se pasó á Castil del Ovo. Esto fué en fin de Enero del año de mil cuatrocientos noventa y cinco años.

CAPÍTULO XXII

De cómo otro día entró el Rey de Francia en la cibdad, y de lo que le aconteció al Rey Fernando con el alcaide de la isla de Ischia.

Luego otro día que el Rey Fernando se fué de la cibdad, entró el francés en la cibdad de Nápoles. Rompieron un lienzo del muro, por do entrase, la cual honra solían hacer los griegos á los varones insignes, que eran vencedores en los juegos olímpicos que se hacían al pie del monte Olimpo, de cuatro en cuatro años. Desdel Castil del Ovo el Rey Fernando se fué con veinte y dos galeras á la isla de Ischia en frente de la cibdad de Nápoles, adonde hay una fuerza la más fuerte de toda la cristiandad, y es inexpugnable, para desde allí esperar el suceso de las cosas. El alcaide que allí tenía puesto el Rey, no se acordando de la lealtad que á su Rey y señor

debía, veyendo la fortuna habérsele mudado, hizo él otro tanto. No le quiso recibir en la isla, antes le dijo que la quería entregar al Rey de Francia; que ni bastaron ruegos, ni dádivas que le ofreció para que allí lo recibiese. El Rey le dijo, que pues así lo quería, que él se pasaría á Sicilia con sus galeras, que le rogaba que á él solo y desarmado le dejase subir arriba á consultar con él ciertas cosas que eran en provecho suyo y dél mesmo que tratase con el Rey de Francia, y ofrecióle cierta suma de dinero y muy gran cantidad dél. El alcaide, visto que sola su persona y desarmado había de subir, y la codicia del dinero que le ofrecía, dejólo subir á él sólo hasta la puerta de la fortaleza, allá arriba en lo alto; y entró él solo y en cuerpo con intención de le mandar volver á la flota que abajo dejaba, para lo cual tenía el alcaide muy buen recaudo que nadie en ninguna manera pudiese subir. Estando el alcaide armado, y todos los de la fortaleza asimismo, arrededor del mesmo armados, desque vido el Rey que ninguna cosa aprovechaba con él ni con ellos, sacó muy presto un puñal pequeño que llevaba en la manga del jubón metido, y juntóse con él, y dióle de puñaladas; y luego tomó una arma con que se comenzó á defender de la gente que allí estaba, y les habló desta manera: «¿No os está mejor á vosotros, amigos y hermanos míos, seguir á vuestro Rey natural, de quien recibistes buen tratamiento, y recibiréis de aquí adelante mejor, y muchas mercedes, que no seguir á un traidor desleal? Sosegaos y reposad, y ayudadme á defender esta isla de los franceses, que presto veréis con la ayuda de Dios mudada la fortuna y ellos echados del reino». Estas y otras palabras les dijo, y él entre ellos como un león, con sola una alabarda. Ellos vista la determinación del Rey y la razón grande que había, y conocida la persona del Rey, se aplacaron y pusieron las armas á los pies del Rey, y todos le besaron las manos y le ofrecieron de morir en su servicio; y echaron al alcaide muerto de allí abajo á la mar. Luego subieron todos los de las galeras, y lo que en ellas traía á la fortaleza, y allí recogieron todo lo que había sacado de Castil del Ovo. Luego vinieron todos los del Reino y las cibdades á dar la obidiencia al francés, el cual tomó la fortaleza que luego se le entregó, de manera que en todo el reino no quedó una almena que no se le entregase. Desta manera fué el Rey Fernando despojado de aquel reino, á los sesenta y seis años que su bisagüelo el Rey Alfonso primero lo había ganado, echando dél al Duque de Angiers y á la Casa de Francia que le favorecía. El Rey Fernando se pasó á Sicilia, á se ver con el Rey Alfonso su padre.

CAPÍTULO XXIII

De cómo Gonzalo Hernández de Córdoba, que por sus grandes hazañas alcanzó nombre de Grande, aportó con su armada en Mecina de Sicilia, y de la guerra que hizo al Rey de Francia.

Ya dijimos en uno de los capítulos pasados cómo el Rey Alfonso, antes que dejase el reino á su hijo, había enviado á aquel su secretario Bernardo de Bernardis á los Reyes de España, sus tíos, á les pedir socorro y ayuda para defender aquel reino, pues que perdiéndose aquél, el francés no reposaría sin que hiciese guerra á la isla de Sicilia. Los Reyes de España, con toda la presteza que pudieron, escogieron en todos sus reinos y señoríos á Gonzalo Hernández de Córdoba para ir á aquel reino á hacer guerra al Rey de Francia y lo echar dél. El cual llegó á Mecina, cibdad de Sicilia. Llevaba cinco mil infantes españoles y seiscientos hombres de caballo, á la usanza de España jinetes, y llegó á Mecina al mesmo tiempo que el francés había entrado en la cibdad de Nápoles y el Rey Fernando en Ischia. El Gonzalo Hernández, luego en llegando, desembarcó á Sicilia, á se ver con el Rey Fernando, el cual les fué á besar las manos, así al padre como al hijo y les dijo cómo él era allí venido por mandado de los Reyes de España, sus tíos, para les servir. Les suplicaba que le diesen licencia para luego otro día entrar en aquel reino, por el Faro á Calabria, porque los franceses no estuviesen tan de reposo en aquel reino; que él esperaba en Dios y en la mucha justicia que tenían á aquel reino, que presto los echarían dél. El Rey Fernando lo recibió muy bien, y le dijo: «Sin duda, señor Gonzalo Hernández, puede v. m. veer que en mis adversidades ninguna buena ventura me podía venir como en ver á vuestra persona, y tengo tanta esperanza, que aunque sólo vos viniérades sin más gente de guerra, tuviera por

cierta la victoria. En lo que dice que comencemos la guerra, lo mesmo me parece á mí. Yo, señor, seguiré á v. m. con los que á mí me seguirán, así en esto como en todo lo que á v. m. pareciere». Gonzalo Hernández mandó que todos estuviesen á punto para otro día pasar el Faro, y combatir en Calabria á Ríjoles, que es la primera plaza que allí hay. Iba con el Rey Fernando don Iñigo de Cardona, el cual tenía mucho crédito en aquella isla de Sicilia. Era cuñado de don Alonso de Avalos, capitán del Rey Fernando. Gonzalo Hernández mandó que todos madrugasen, porque cuando amaneciese estuviesen combatiendo á Ríjoles. Allí les dijo que se acordasen de ayudar aquel Rey desheredado, á quien los franceses con su sobrada codicia habían quitado el reino; natural del reino de España, sobrino de los Reyes de España, con otras palabras con que los puso nuevos corazones.

Las más cibdades de Calabria, visto el socorro que de España al Rey Fernando había venido, tomaron la voz del Rey Fernando. Todos los más franceses se recogeron de Auberi, que era Gobernador de Calabria, y á muchos dellos robaban y mataban los calabreses, acordándose del mal tratamiento que dellos recibían. En este tiempo una compañía de franceses que se retiraban á Seminara se encontraron con una compañía de caballos españoles y pelearon, á los cuales los calabreses ayudaron con mucho ánimo, y los franceses fueron muertos y rotos sin pérdida de ningún español.

CAPÍTULO XXIV

De lo quel Rey Fernando y Gonzalo Hernández hicieron después que pasaron á Calabria.

Venida, pues, el alba del día, desembarcó el ejército, y luego comenzaron á combatir á Ríjoles. Los franceses estaban tan seguros, que les parecía que en todo el mundo había gente tan fuera de razón que les quisiese enojar, y más estando su Rey con tan pujante ejército en la cibdad de Nápoles. El asalto se dió con tanto ánimo é ímpetu, que les entraron á pesar de su grado, aunque allí tenía el Rey de Francia puesta muy buena guarda y de mucha gente de guerra muy escogida. Allí les mataron á todos los franceses que se pusieron en defensa; á los otros captivaron.

Pues, dejada aquella plaza proveída y á muy buen recaudo, comenzó el ejército á entrar por Calabria y Abruzo. Sabido por toda Italia el socorro de España, y en lo poco quel capitán español tenía á los franceses, y la cruel guerra que les hacía, comenzáronse todos á alterar y á tomar nuevos ánimos contra ellos, y á tenellos en poco, y más acordándose de los insultos y malas obras que les habían hecho y hacían. El Rey de Francia estaba muy corrido quel capitán español con tan poca gente, así la quel trajo como la quel Rey Fernando traía, y que muchas plazas se le habían rebelado, y que desta causa los más señores y potestades de Italia se apartaban de su amistad, concibió muy grande enojo y perdió muy gran parte de su orgullo. El Rey Fernando y Gonzalo Hernández fueron ganando hasta que llegaron á Semenara. Gonzalo Hernández habló á los vecinos de Semenara diciendo que estaba muy espantado dellos en no tener en más al Rey Fernando que allí estaba que á los franceses; que se acordasen los bienes y mercedes que de la Casa de Aragón siempre habían recibido, y de la insolencia y deshonestidad de los franceses, y que el Rey era allí venido con cierta confianza que le abrirían las puertas y echarían por otra parte á los franceses. Lo cual así fué hecho: que abrieron las puertas al Rey Fernando y á los españoles.

CAPÍTULO XXV

De lo que Ebrardo de Aubery, Gobernador de Calabria, hizo desque supo que el Rey Fernando y los españoles estaban en Semenara.

Era á la sazón Gobernador de Calabria Ebrardo de Aubery, un capitán escocense, muy sabio y muy experto en las cosas de la guerra. Sabida la toma de Ríjoles y las otras plazas y Semenara, ayuntó la más gente que pudo de Basilicata y la Tela y de las otras partes comarcanas, llevando consigo á mos de Alegre y á mos de Persy y á mos de Xaude, capitán de suizos, y sacó la gente que tenía en guarnición en las otras plazas, y hizo un muy buen ejército y de muy buena gente y muy animosa, y fuese camino de Semenara con el mayor secreto que pudo, teniendo por cierta la vitoria si de Semenara osasen salir el Rey Fernando y Gonzalo Hernández que los desbarataría, y que si de Semenara no osasen salir, lo que él

más creía, publicar por todo el reino como no habían osado salir de Semenara, y hacelles perder la reputación que habían comenzado á ganar. También esperaba gente de socorro, con la cual y con la que tenía, tenía por muy cierta la vitoria.

Estaban con Gonzalo Hernández y el Rey Fernando Manuel de Benavides y Valencia de Benavides, su hermano, don Hugo de Cardona, Triulcio, Pedro de Paz, Carlos de Paz su primo, los dos Alvarados, padre y hijo, mosén Peñalosa, mosén Hozes, con otros capitanes españoles. El Rey don Fernando determinó de salir de Semenara, porque mos de Aubery le invió un trompeta convidándole con la batalla si fuera de Semenara saliesen. El Rey Fernando rogó muy ahincadamente á Gonzalo Hernández tuviese por bien de salir y de los dar la batalla, que tenía esperanza en Dios y en su buena ventura que vencerían. Gonzalo Hernández dijo que á él le parecía muy al revés de lo que su Alteza quería, con tan desigual número de gente de armas, porque estaba allí lo más del ejército francés y todo su principal caudal. «Ninguna necesidad nos obliga á pelear, dijo Gonzalo Hernández; esto que vuestra Alteza quiere, se debe hacer cuando la necesidad nos obligare á ello y estuviésemos en estado de ser ó muertos ó vencidos. En tal caso debe el hombre pelear; mas agora, habiendo tanta ventaja del un campo al otro, es tentar á Dios, y al fin no conseguir el fruto que deseamos. Tomemos ejemplo de Quinto Fabio Máximo, que con pocos, sin venir á las manos, fué gastando á Aníbal cada día, hasta que le fué apocando su gente y le hizo perder la jornada. Nunca se debe pelear con el enemigo cuando lo desea mucho, y más teniendo tan demasiada ventaja. Dios es testigo, que ni por temor que tenga, ni por conservar la gente rehuso esta batalla, sino porque todo lo tienen á su salvo los franceses. Gastémoslos poco á poco, y con la ayuda de Dios cobraremos las plazas que restan, y consulte V. A. con la razón y verá la mucha que tengo en lo que á V. A. aconsejo».

CAPÍTULO XXVI

De cómo pasó la batalla de entrambos ejercitos junto á Semenara.

El Rey Fernando, después de haber oído lo que Gonzalo Hernández le persuadió, dijo: «Yo, señor Gonzalo Hernández, estoy determinado de dar á los franceses la batalla, como ellos la piden, aunque quede tendido en aquel campo». Por ende, que le rogaba se apercibiese para la batalla. Gonzalo Hernández, vista la determinación del Rey, dijo: «Que nunca Dios quisiese que queriendo el Rey pelear él se lo estorbase». Pues, concertada la batalla, Gonzalo Hernández habló á sus soldados españoles desta manera:

«Compañeros y señores, la verdadera vitoria es la que se gana de los pocos á los muchos. Verdad sea que en esfuerzo, perseverancia y vergüenza les hacemos mucha ventaja. Nunca Dios quiera que se diga que el capitán italiano acepta la batalla y que el capitán español se queda en el real. Peleemos hoy como varones, y demos á entender á los franceses la ventaja que hay de nuestra nación á la suya». Luego suplicó al Rey le dejase en aquella batalla llevar la avanguardia, porque él quería quebrantar el ímpetu de los franceses con sus españoles, y que él le daba su fe de les quebrantar la furia que traían. El Rey jamás quiso, sino que él la quería llevar con los italianos; y así, fué la primera lanza que se rompió la del Rey. Y como los franceses tengan el primer ímpetu y furia muy recia y los italianos no perseveren tanto como sería razón, comenzaron á se retraer. El Rey Fernando andaba con los que le siguían animándolos, y metíase por las batallas buscando á mos de Aubery. Allí le mataron el caballo, y tomó otro á pesar de los franceses. A esta hora socorrió Gonzalo Hernández con los españoles, y arrancó á los franceses del campo y les hizo volver atrás una muy gran pieza. De suerte que si los italianos fueran aquel día los que debían, ellos fueran vencedores y los franceses rotos y desbaratados. Los españoles pelearon muy gran rato, adonde se hicieron muy grandes hechos en armas. Los italianos nunca más volvieron á la batalla, aunque el Rey lo trabajó mucho y siempre peleó como varón.

CAPÍTULO XXVII

De lo que aconteció al Rey Fernando, visto que sus italianos no quisieron volver á la batalla, y asimesmo Gonzalo Hernández.

El Rey Fernando, habiendo peleado valerosísimamente, habiendo rompido su lanza en un capitán francés, persona muy principal de

aquel ejército, veyéndose muy apretado de sus enemigos, fuéle forzado retraerse y fué seguido de muchos franceses, porque iba muy señalado, así en las armas ricas que llevaba como en los penachos que en el yelmo tenía. Y yendo así, siguiéndole sus enemigos, en un paso angosto cayó el caballo con él, y con gran dificultad salió de la silla en que iba hombre de armas. Allí fué socorrido de un caballero llamado el señor Juan de Altavila, el cual quedó á pie, y luego fué muerto de los franceses.

Gonzalo Hernández peleó con los franceses, él y todos los suyos; mas visto que no era socorrido y la grande desigualdad que de unos á otros había, se volvió á Semenara y recogió el bagax, y de allí se fué á Ríjoles, que los franceses no osaron seguille; porque Gonzalo Hernández y los otros caballeros iban en la rezaga, volviendo á los enemigos y peleando con ellos, que los franceses tuvieron por bien de los dejar ir en paz. De allí se volvió Gonzalo Hernández á Ríjoles, y el Rey Fernando para Sicilia, adonde su padre estaba.

CAPÍTULO XXVIII

De lo que Gonzalo Hernández hizo después que se retrajo á Rijoles

Aquí aconteció á Gonzalo Hernández lo que pocas veces suele acontecer á ningún capitán: que habiéndole sucedido tan mal aquella jornada, por la temeridad del Rey Fernando, no perdió el ánimo, antes lo cobró mayor y tuvo más confianza de cobrar lo perdido y lo demás; y el Rey Fernando tuvo la mesma confianza de cobrar el reino, confiando en Dios y en el gobierno de Gonzalo Hernández.

Gonzalo Hernández vuelto á Ríjoles tornó á salir con su campo, y comenzó hacer guerra á los franceses muy cruel, y á ninguna plaza llegaba que no se le rindía. Visto por los señores y potestades de Italia que el capitán español hacía la guerra á fuego y á sangre á los franceses, estaban muy arrepentidos por así haber dejado pasar á los franceses por sus tierras y casas sin les haber resistido. Tuvieron desto muy gran sentimiento; principalmente venecianos tenían desto muy gran cuidado, como personas principales en aquella provincia, á los cuales inviaron todos sus embajadores. Halláronse en aquella sazón en Venecia, sin los embajadores del Papa y señores y potestades de Italia, embajadores de cinco reyes cristianos. Al fin se hizo la liga entre el Papa, Venecianos, Maximiliano, Rey de España, Duque de Milán. Fué la liga desta manera y con estas condiciones entre estos cinco príncipes: que si algunos dellos hiciéseden guerra á otro de su voluntad, la hiciese á sus expensas, sin que fuesen los de la liga obligados á le ayudar, y si á cualquiera de los de la liga les fuese movida guerra por otra cualquiera persona, fuesen todos obligados á le ayudar cada uno con cuatro mil de caballo y dos mil soldados, hasta que fuese la guerra acabada, y esta liga durase veinte y cinco años. A todos fué esta liga muy aplacible, principalmente á Bajacid, gran turco, porque pensaba que los franceses por aquella provincia le moverían guerra, por la parte de la Velona, que, como ya dijimos, está de Otranto, en el reino de Nápoles, diez y nueve leguas de mar, que llaman de Venecia, porque tenía en su reino grandes turbaciones por los bajaes que favorescían á Giugimi, su hermano, que era recién muerto, y no lo sabía Bajaceto, sino que el Papa se lo había entregado cuando por Roma pasó; y esta era la causa que tanto temía la estada de los franceses en Nápoles. Estos cinco príncipes, que esta liga hicieron, no avisaron de ella al Rey de Francia, que estaba en Nápoles; de que el francés concibió mucho enojo, y dijo que él sabía con qué quebrantar aquella cadena aunque fuese de diamantes: ni decía que era amigo ni enemigo de venecianos. Luego Maximiliano invió al señor Ludovico las insinias de Duque de Milán, y hizo que tomase título de Duque, que hasta allí nunca se lo había llamado Duque de Milán.

CAPÍTULO XXIX

De lo que el Rey de Francia hizo desde que supo la liga destos príncipes, y lo que el Rey Fernando asímismo hizo.

Como el Rey de Francia supo la liga de aquestos príncipes y que nada le habían hecho saber, y vió la guerra que Gonzalo Hernández le hacía sin la poder remediar, y como todas las fuerzas de Calabria y plazas se le daban por fuerza de armas y de voluntad, y que todos los príncipes de la liga hacían ejércitos, no tuvo segura su estada en Nápoles. Determinó de se volver á su reino, con intinción de

hacer dos muy gruesos ejércitos, el uno para volver á Nápoles y el otro contra el Rey de España, por la guerra que su capitán Gonzalo Hernández le hacía, en que le había hecho perder todo su crédito y autoridad. Publicaba él que habían hecho paz y amistad, y aquello fué sacando si fuese contra la Iglesia y Sede Apostólica.

Pues partido el Rey de Nápoles con la mayor parte de su ejército, dejando en aquel reino el mejor recaudo que él pudo, se fué derecho á Roma. Pues á esta sazón, sabiendo el Rey Fernando desde Mecina, adonde estaba, que el Rey de Francia era ya partido de Nápoles, recogió más de cincuenta navíos, en los cuales recogió la más gente que pudo, y haciéndole muy buen tiempo llegó á Nápoles, adonde fué muy bien recebido de todos, grandes y chicos, que lo salían á ver y á besalle las manos. Luego fueron cercados los franceses y rindidos y hechos los tratos y conciertos para los dejar ir, aunque mos de Aubery había inviado con mos de Persy cierta gente á socorrer á los cercados en Nápoles; ni Persy llegó ni podía, porque los conciertos estaban ya firmados y dados rehenes sobrello. Pues sabido, partió Monpensier de Nápoles, el cual había quedado por el Rey de Francia por General de la gobernación de su gente. Movió en Pulla guerra, ayudado de los Príncipes de Salerno, con el cual se le llegaron de la Casa Ursina Bartolomé de Alviano, Virginio Ursino y Paulo Vitelio. Traía en su compañía tres mil hombres de armas y caballos ligeros. Esta ayuda hacían estos Ursinos, porque sabían que el Próspero Colona y Fabricio Colona y Marco Antonio Colona tenían gran reputación con el Rey don Fernando.

CAPÍTULO XXX

De lo quel Rey de Francia hizo después que partió de Nápoles para su reino, y de lo que en el camino le aconteció.

El Rey de Francia partió de Nápoles á los veinte y cuatro días de Mayo del dicho año de mil cuatrocientos noventa y cinco años con la mayor parte de su ejército, y tomó el camino de Roma. Invió delante á hacer saber al Papa cómo él se volvía por Roma y muy pacífico, que tenía necesidad de comunicar con su Santidad algunas cosas muy importantes y muy complideras á la cristiandad y Sede Apostólica, que no se podían tratar por carta ni por tercera persona; que tuviese por bien de lo esperar allí, porque de la vista redundaría gran provecho á los unos y á los otros, principalmente á la cristiandad. El Papa no lo quiso aceptar, ora porque después que pasó por Roma no le había sido amigo, ó por ser de la liga de sus enemigos, ó porque se temió no pusiese agora por obra su mala intinción, lo cual no osó hacer á la ida, ó por hacer placer á los de la liga, de los cuales era importunado no se viese con él, temiendo no se mudase de su amistad y se juntase con el francés, ó porque se tuvo por cierto que aquella ida suya tan violenta y arrebatada, teniendo la guerra en el reino, donde vía irse apoderando dél Gonzalo Hernández, no era sino por apartar al Papa de aquella liga y amistad. Y desta causa los de la liga tuvieron forma de apartar el Papa de aquella vista. El Papa respondió al Rey le hiciese saber, ó por carta ó por alguna persona muy acepta á su servicio, lo que le quería comunicar, y si esto no podía ser que viniese ahorrado y no acompañado con gente de guerra, que la razón y derecho lo requerían: que á Papa que estaba en su silla, pacífico y sin gente de armas, viniese asimismo el Rey cristiano pacífico; porque venir á Roma cercado de gente de guerra no parecía venir como huésped amigo, sino como enemigo, y que si todavía perseverase de venir á Roma con mano armada, él se iría á alguna parte adonde la majestad del Sumo Pontífice estuviese dél segura.

El Rey aunque recibió esta respuesta del Papa, no por eso dejó de seguir su camino derecho á Roma; lo cual sabido por el Papa se fué á Civita Vieja, y todos los Cardenales y clerecía; y todos los que podían seguir la guerra se fueron tras el Pontífice, sin la gente de venecianos y Duque de Milán, que estaban allí junto, que eran diez mil de caballo. El Rey de Francia se fué derecho á Roma y estuvo en ella tres días, adonde se hicieron muchos males y insultos; principalmente afrontaron y mataron y tomaron las haciendas á todos los españoles que allí en la cibdad hallaron, matándolos y saqueándoles las casas. Entró el francés en Roma primero día de Junio, así que estuvo en aquel reino cuatro meses. El Rey invió á decir al Papa que allí le espearse en Civita Vieja, que en todo caso cumplía se vie-

sen, y que le daba su fe real que de la vista redundaría gran provecho á su Santidad; por ende que no rehusase de lo hacer. El Santo Padre le rescribió diciendo que no lo entendía hacer, salvo si viniese como la primera vez le había escrito, ahorrado y sin gente de guerra. Y porque el francés no le atajase el camino, se fué más que de paso á Perusa, con intinción que si allí le siguiese el francés irse desde allí á Ancona y desde allí se pasar á Venecia, á donde había escrito había de ir, pudiéndolo hacer. Visto por el francés que no podía haber efeto lo que quería, dió la vuelta y fuese á Sena y mandó saquear á Costanilla por enojar al Papa, aunque él se disculpase después que porque no quisieron dar á sus gentes mantenimientos habían saqueado aquel lugar y otros. En este tiempo la cibdad de Novara, del ducado de Milán, rebeló al Duque y se dió á los franceses.

CAPÍTULO XXXI

De lo que hicieron los venecianos vistas las afrentas que los franceses hacían á los de la Liga, y cómo ellos y el duque de Milán le dieron la batalla.

A los venecianos les pareció que ya no era tiempo de sufrir las injurias que á los de su Liga se hacían, y quel Santo Padre, que era uno de ellos, andaba huyendo dél y al Duque de Milán le habían tomado á Novara. El Rey Alfonso y Fernando su hijo andaban desterrados de su reino; los florentines, los seneses, los de Luca, aliados con el francés. Fué consultado en el Senado y pueblo veneciano que si al francés dejaban salir en ésta que quedaría tan soberbio que intentaría cosas mayores y más dañosas, y que la libertad de Italia estaría en punto de se perder y que á solos ellos miraban todas las gentes como á defensores en aquel tiempo de Italia, y que era bien dar á entender al francés que aún Italia no había perdido todas sus fuerzas ni aquel ánimo de romanos que de sus pasados habían heredado, como él pensaba, y que la Liga que se había hecho efectuaría lo que allí se había concertado.

Concertado esto, luego mandaron abrir sus tesoros sin haber en toda aquella señoría persona que lo contradijese, antes, con muy grande ánimo, todos ofrecían sus haciendas y riquezas para ello, cuando los tesoros del Senado y pueblo veneciano faltasen. Sacaron luego los venecianos mucho oro y plata y pónenlo en cambios, eligen capitanes y hacen un muy grueso ejército; eligen por su General á Francisco de Gonzaga, Marqués de Mantua. Aquí se vió en aquel Senado, que jamás desdel principio que aquella cibdad se pobló, aconteció que en muy pocos días, que aun en pensarlo no había lugar, estaba un muy grueso ejército en campo, y todos con muy gran gana de venir á las manos con los franceses. Al Marqués de Mantua le mandaron fuese General de aquel ejército, porque era en aquella sazón el capitán más señalado que había en Italia, y mandáronle que no llevase nombre de general, sino de capitán. Y este ejercito muy en orden se fué á poner junto á Parma á esperar allí á los franceses junto al río de Taro, y luego llegó allí el ejército del Duque de Milán y se juntó con el campo de los venecianos.

Estaban en este ejército por mandado de venecianos dos legados, Melchior de Treviso y Lucas de Pisa, á los cuales y al capitán mandaron que si los franceses pasasen sin hacer mal á tierra suya ni de sus confederados, en ninguna manera peleasen con ellos; mas si al contrario hiciesen, les diesen la batalla, y que se acordasen que en aquella batalla estaba puesta la salud y libertad de toda Italia y que vengasen las afrentas que aquella bárbara nación había hecho y hacía á toda aquella provincia y á sus amigos y aliados.

CAPÍTULO XXXII

De cómo pasó la batalla entre venecianos y los franceses.

El Rey de Francia, visto que no pudo haber efeto de poderse comunicar con el Papa tomó su camino para Aste, adonde había dejado á su tío el Duque de Urliens, y siguiendo su camino llegó á Pontano, en el monte Apenino, y mandóla asolar y quemar. Y bajando la sierra del dicho monte Apenino mandó que á doquiera que llegasen hiciesen camino con las armas, si por bien no les diesen pasaje. Los venecianos tenían determinado de les dar la batalla si los franceses no fuesen por donde tenían determinado que fuesen. Como el Rey de Francia bajó á lo llano y vió el ejér-

cito de los venecianos, paró y hizo un razonamiento á los suyos. Decíame mos de Laxao, que iba allí en servicio del Rey de Francia y era mozo de su cámara, de edad de catorce años, que dijo á grandes voces: «¿Cómo no están aquí conmigo los mis gentileshombres de Francia?» Todos dijeron que sí. El les dijo que les rogaba y mandaba se acordasen que peleaban delante de su Rey, y por la honra y vida suya y de su reino; que él les daba su fe real ó de ser vencedor aquel día ó quedar tendido en aquel campo como buen Rey francés. A todos habló muy familiarmente; todos los capitanes y gentileshombres le suplicaron no pelease y que se guardase para cosas mayores, que ellos le daban su fe y palabra que dada la batalla él pasase sobre los cuerpos muertos de sus enemigos, y no había quien los pudiese detener, sino acometer á los venecianos. Los italianos tenían el mesmo deseo, acordándose de los males y robos que á la ida habían hecho, y aun agora en la venida en toda la tierra. El Marqués de Mantua había prometido al Senado y pueblo venecianos y al Duque de Venecia con la ayuda de Dios de dar á entender á los franceses cómo aún no era perdido del todo, como decía el francés, el esfuerzo y ánimo de los italianos, y que él esperaba en Dios que él llevaría el pago de la locura.

El francés tomó la mano derecha del río Taro; iban los franceses muy sosegados, sin hacer alboroto alguno de los que otras veces suelen hacer. El Marqués estuvo con su campo quedo. Los franceses, orgullosos de ver estar á los venecianos quedos, pensaron que temían y comenzaron de asestar contra ellos la artillería y tirar á su ejército, ó por no los tener en poco, ó porque viendo que los acometían les hiciesen perder parte de su orgullo, pensando que no pasarían el río, que les pareció tener muy malos vados y peores salidas. Viendo esto el Marqués dijo á los legados: «¿Qué hacemos? Aquello no es de gente que va su camino, sino de enemigos, pues nos acometen». Al cual respondió Melchior Trevisano, uno y el principal de los legados: «Pues el francés comienza la batalla, la fuerza con otra semejante se ha de resistir. Tú usa de tu cargo de capitán y dales la batalla, y sea Dios el juez y nosotros los ministros de su justicia». El Marqués ordenó sus haces y escuadrones y con apellido de Sant Marco comenzaron á pasar el río por tres partes. Aquí hubo un desconcierto muy grande, de los que suelen acontecer en las batallas, y fué de parte de los venecianos, porque el río era hondo, y si algún vado había no lo sabían, y la ribera por do habían de salir estaba llena de sauces y otros árboles y muy honda, que no podían salir, y los más salían nadando, que muy pocos toparon con el vado; y esta fué la causa que muchos no se hallaron en la batalla. No faltó quien dijo que aquel día la gente se había desmandado á pasar el río antes que se buscase por dónde pasasen y sin esperar el mandamiento del capitán; y parece verisímile, porque si eso no fuera, habiendo allí tantos capitanes y tan sabios en las cosas de la guerra y el Marqués tan diestro en todo género de la disciplina militar, no pasaran el río tan temeraria y tan locamente sin mirar la hondura del río y sin buscar los vados y salidas y sin esperar las banderas, sino como gente desordenada. Andando el ejército por el río buscando vados y salida, alguna gente de caballo y soldados que salieron con ellos sin esperar las otras banderas, y el Marqués siempre delante de todos ellos, que á nado y con gran trabajo había salido, acometieron con grande esfuerzo á los franceses, diciendo á grandes voces el Marqués: «Suplícoos, compañeros y señores, conozcan hoy los franceses que aún dura en nosotros el esfuerzo de nuestros pasados y no quede ninguno de ellos á vida, que los que pasamos bastamos para estos locos soberbios». Y diciendo esto arremetieron contra ellos, seyendo la primera lanza la del Marqués. Acometiéronlos con tan grande ímpetu que los arrancaron del campo hasta les retraer á la tienda á do el Rey estaba asido de una cuerda della, con muerte de muchos dellos. El Marqués, como fué la primera lanza que rompió, salió á él un caballero muy principal que venía delante, al cual el Marqués derribó y comenzó á apellidar y animar á los suyos. El Rey, como vió huir los suyos y venirse retrayendo hacia su tienda, á gran priesa se desnudó sus paños reales y los trocó con los de un soldado pobre por no ser conocido si del todo fuesen vencidos, y cabalgó en un caballo y comenzó á decir á sus hombres de armas palabras muy feas, diciendo: «Cómo, mis gentileshombres de Francia, ¿es esto lo que me prometisteis con tanto ánimo y tan poco ha peleando de-

lante de vuestro Rey por su vida y por la de todos vosotros y por la honra y reputación de Francia? ¿A tal tiempo os falta el esfuerzo que solos estos pocos que han pasado el río os hacen volver las espaldas? ¿Cómo á tal tiempo desamparáis á vuestro Rey? Volved, mis caballeros, á la batalla, que más vale morir peleando que vivir mil años. Vengad tan grande afrenta y injuria como habéis recibido». Y tomó una lanza y comenzó á decir á grandes voces: «¡Vuelta! ¡vuelta! mis franceses, con aquestos á la batalla y gocemos desta honra».

CAPÍTULO XXXIII

De cómo los franceses volvieron á la batalla, y el fin que hubo.

Los hombres de armas franceses, afrentados por aquellas palabras del Rey, volvieron con grande esfuerzo á la batalla, teniendo muy mejor lugar que los contrarios para pelear, porque los venecianos tenían muy mal sitio, así para ofender como para se defender, mas volvieron con grande ánimo y los tornaron á llevar por una cuesta abajo buen trecho. Aquí murieron algunos varones señalados de ambas partes. Los caballos ligeros de venecianos, que tenían mandato de dar en las espaldas del Rey, que estaba ya casi vencido, teniendo por muy cierta la vitoria, dieron en el bagax y robáronlo, y detenidos en esto no ayudaron á los suyos. Fué esta codicia causa de perder de las manos otra tan gran vitoria, porque había mucho que robar. Pelearon una hora y cuarto; murieron muchos de ambas partes; otros fueron cautivos, y entre ellos el bastardo de Borbón. Los Esforcianos pelearon por otra parte, adonde murieron muchos, y fueron hacia Parma, y sobre robar el carruaje del francés hubo entre los caballos ligeros gran pelea y entre los soldados, y aquí murieron más que en la batalla. De la otra parte del río había quedado la mayor parte del ejército veneciano, ó porque no quiso pasar ó porque no pudo en tanta priesa como pasaron los primeros. Las dos batallas se apartaron las unas de las otras, digo las que pelearon, que las otras dos partes, como hemos dicho, la una estuvo peleando los unos con los otros sobre robar el bagax y la otra y mayor se quedó de la otra parte del río, así que sola una parte de tres peleó, y no la mayor; y la parte que peleó, tornó á pasar el río y se volvió para los que de la otra parte habían quedado, que estaban tan turbados y corridos que no los podían tener, sino que se habían de ir.

El Marqués, los legados y los otros capitanes que habían peleado, los animaban deteniéndolos. A esta sazón llegaron allí el Conde de Petillán y Virginio Ursino, que el Rey de Francia había preso y los dejaba á buen recaudo, y se habían soltado y por la posta habían venido á se hallar en la batalla, y persuadieron á los venecianos que volviesen á la batalla contra los franceses, que de suyo estaban vencidos; que si la mitad de los que no habían peleado diesen en ellos, estaba muy cierta la vitoria, y que ellos serían los delanteros en la batalla. Los venecianos, teniendo á aquellos dos capitanes ursinos por sospechosos, no se osaron fiar dellos, y así era la verdad lo que estos dos capitanes decían, que los franceses estaban rotos y casi vencidos.

Los franceses comenzaron poco á poco á se retirar hacia otra parte. El Marqués con algunos de caballo les fueron alcanzando por las espaldas, y aquí fué preso el bastardo de Borbón, y así se fueron los franceses por otro camino y dejaron el que antes llevaban. No se pudo saber el número de los muertos: más murieron de los venecianos que de los franceses. Los venecianos decían haber sido vencedores, pues les tomaron el carruaje y les hicieron ir por otro camino y dejar el que antes llevaban. El francés decía que había llevado la victoria, porque había apartado de sí á los enemigos con muerte de muchos dellos y había seguido su camino sin podérselo estorbar sus enemigos. Murieron de ambas partes muchos caballeros y muy principales, principalmente de la parte de Francia. Aquella noche los franceses estuvieron con mucha guarda y temor de sus enemigos. Otro día hicieron treguas por un día para enterrar los cuerpos de los muertos de la una parte y de la otra. Pasada la tregua los franceses se pasaron á un cerro alto, adonde se hicieron fuertes tres cuartos de legua de donde fué la batalla. Desde allí comenzó el francés á entender en tratos fingidos por dos días, entre tanto que se aparejaba para la ida, y esa noche mandó hacer muchos fuegos en el real, y pasada la media noche comenzó su ejército á

marchar camino de Pavía, con muy gran silencio por no ser sentidos. Como otro día vieron los venecianos partidos los franceses y que llevaban gran paso, soltaron los caballos ligeros y tras ellos la infantería y les comenzaron á alcanzar, mas poco daño les hicieron, ó porque no quisieron ó porque no pudieron. El Rey de Francia aportó á Aste, adonde había dejado con cierta gente de guerra á su tío Luis, Duque de Urliens, adonde pasó algún día. Fué esta batalla postrero día de Junio de mil y cuatrocientos y noventa y cinco años.

COMIENZA EL SEGUNDO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ HIZO Á LOS REYES DE FRANCIA HASTA GANARLES AQUEL REINO DE NÁPOLES Y AL GRAN TURCO LA ISLA DE CHAFALONIA, CON OTRAS COSAS QUE MÁS PASARON EN EL REINO DE GRANADA.

CAPÍTULO I

Cómo el Rey don Fernando volvió á Nápoles, donde fué acogido con grande alegría ([1]).

En uno de los capítulos del primero libro se dijo cómo el Rey Fernando, vista la voluntad de los de la cibdad de Nápoles, se partió con gran presteza á la cibdad, como atrás dijimos, adonde fué muy bien recibido de grandes y pequeños, porque se acordaban de las muchas y grandes mercedes que habían recibido de la Casa de Aragón. Entretanto que esto pasaba, Gonzalo Hernández acabó de ganar las provincias de Pulla y Calabria, que quedaban pocas plazas por ganar. El Rey Alfonso, que atrás dijimos que había renunciado el reino á Fernando su hijo y aun había tomado hábito de clérigo, visto que la mayor parte del reino había ganado Gonzalo Hernández, determinó de ir á Nápoles y tornar á tomar el reino. Tanta es la humana codicia que los hombres tienen por señorear, que ninguna cosa se les pone delante. Estando el Rey Alfonso ya aparejadas todas las cosas que cumplían para pasar á Nápoles á cobrar su reino, dióle una grave enfermedad de una fiebre continua, de que murió en pocos días.

El Rey Fernando fué, como dijimos, muy bien recibido, con muy grandes alegrías y fiestas. Salían las mujeres y doncellas en danzas y corros á besalle las manos y llorando de placer, que por mal afortunado se tenía el que no le besaba las manos, ó pies, ó la ropa como gente que salían de tinieblas y vían agora nuevamente el sol; estaban todos fuera de sí de placer, como gentes que salían de tan gran servidumbre. El Rey Fernando los abrazaba como si hobiera mucho tiempo que no los hobiera visto. Todos aquellos días se gastaban en fiestas y en lo visitar de noche y de día.

CAPÍTULO II

De lo que Gonzalo Hernández hizo después que sujetó las provincias de Calabria y Pulla.

En este tiempo Gonzalo Hernández, después que puso á la obidiencia del Rey Fernando las provincias de Calabria y Pulla, fuese á invernar á Neocastro, adonde el Rey Fernando lo envió á llamar, rogándole por aquel Bernardo, su secretario, de quien atrás dijimos, se fuese á juntar con él, porque el Rey Alfonso, su padre, cuando se vió ya cercano á la muerte lo envió á llamar y le dijo ninguna cosa hiciese, así en la paz como en la guerra, entre tanto que Gonzalo Hernández en aquel reino estuviese, sin su parecer; y que ninguna cosa hiciese sin su voluntad, y que se acordase de le pagar por obra las obras y voluntad á los Reyes Católicos, sus tíos, este tan gran beneficio, y á Gonzalo Hernández diese muy gran parte de aquel reino. Oído por Gonzalo Hernández lo que el Rey mandaba, determinó de lo hacer, dejando cobradas las ciudades de Calabria y á Cotron, á Esguilazo, y Abeni y á Semenara, adonde el Rey Fernando había sido roto, y á Terranova, con otras muchas plazas. Estuvo dudoso qué haría, ó si iría contra mosiur de Alegre, que había quedado con mosiur de Auberi con pocas fuerzas, porque todo el otro ejército había enviado con mosiur de Persi, que eran los suizos y los hombres de armas viejos y pláticos, ó se iría á juntar con el Rey Fernando á Nápoles, que lo llamaba y le pedía socorro. Al fin se determinó de ir á socorrer al Rey Fer-

([1]) En el original no tiene epígrafo este capítulo.

nando á la cibdad de Nápoles, y habiéndose determinado en este último parecer, el Rey le envió á decir que viniese por la parte de Pulla, que estaba en su obediencia, y no por el camino derecho, adonde había mucho estorbo.

CAPÍTULO III

De lo que Gonzalo Hernández hizo, visto lo que los contrarios tenían aparejado para le estorbar el camino, si por allí quisiese ir á se juntar con el Rey Fernando en la cibdad de Nápoles.

Gonzalo Hernández, sabida esta nueva, puso su gente en orden y llevó su camino derecho, y de camino combatió á Cosencia y la tomó, y juntamente á la fortaleza, que era muy fuerte y estaba muy bastecida. Los franceses la defendían con grande esfuerzo, porque era la más principal de Calabria, mas los españoles de tal manera apretaron el cerco que la tomaron y la fortaleza, como dijimos; y asimesmo combatieron á Valcrate, y á Pandosa, y Tréveris, y Castro Vilar y otros algunos lugares, y todos aquellos lugares que estaban en el valle del río Crate, el cual va á entrar en el mar Yonio. Tomó asimesmo á Castilfranco, adonde murió aquel Rey Alejandro, Rey de los Epirotas, y pasó el río Campana, y fué adelante con su ejército hasta Castro Vilar. Allí sentido de los espías, Gonzalo Hernández salió con algunos de caballo á ver el camino por do habían de ir, porque todo estaba ocupado con franceses y villanos de la tierra, los cuales se juntaron unos con otros en gran número, y se pusieron en celadas muy secretas dentrambas partes en el camino, que era muy fragoso. De lo cual avisado Gonzalo Hernández sacó su gente y fué por donde supo que estaban las celadas, y arremetió por tres partes, por allí á do supo que estaban, y fué la primera lanza que arremetió con maravilloso ánimo; y no pudiendo sufrir los villanos las fuerzas de los españoles, fueron muertos con tal suceso, que dijo Gonzalo Hernández que nunca jamás había hecho caza tan apacible. A los que vivos quedaron, ningún mal les fué hecho.

Luego otro día los de Mirano se rindieron por fuerza de armas. Allí se hizo gran mortandad en los franceses; y caminando adelante había un muy mal paso, adonde los franceses y señores de aquel reino y personas particulares habían puesto grandes defensas, puestas en ella, y ellos estaban en Laino, una villa muy fuerte.

CAPÍTULO IV

De lo que aconteció á Gonzalo Hernández sobre la villa de Laino y contra los señores que en ella estaban.

El parecer de los capitanes y gente de guerra era que se volviesen atrás y tomasen otro camino, pues había tanta dificultad para poder tomar por fuerza de armas á Laino, seyendo la villa tan fuerte y tan fortalecida de todas las cosas pertenecientes á la guerra, y tantos caballeros tan sabios en las cosas de la guerra, que les parecía que no haría efecto su ida por allí, y que los hombres habrían de acometer las cosas que parecían posibles y que lo demás era tentar á Dios. Y lo mismo persuadía aquel Bernardo de Bernardis, embajador del Rey Fernando, que allí venía, un hombre, como dijimos, muy prudente en la guerra y en la paz. A los cuales respondió Gonzalo Hernández: «Bien sé que todos me aconsejáis lo que os parece que es lo más seguro; mas yo os digo, y lo haré, que iré adelante, aunque no sea para más de para ganar tres pasos para mi sepultura, antes que volver atrás para ser señor del mundo». Luego mandó á los capitanes que moviesen camino de Laino, que está puesto sobre el río Lao, que parte á la provincia de Calabria de Basilicata; adonde estaban los señores de la Casa de Sant Severino, que es de la Casa del Príncipe de Salerno, que habían seguido siempre la parte francesa, con algunos caballeros franceses y infantería. Estaba allí el Conde Amérigo, hijo mayor del Conde de Capacho, y con él diez y seis caballeros muy principales de aquel reino. Gonzalo Hernández llegando muy cerca de la villa comenzó á animar á los españoles, diciéndoles: «Si cada uno de vosotros hace hoy lo que debe, sin duda es nuestra la vitoria, y si ésta no ganamos, todo lo que atrás dejamos ganado se rebelará y perderemos el crédito que hasta aquí tenemos ganado. Yo os confieso que son muchos más en número que nosotros, mas así les hacemos mucha ventaja en la justicia, en el esfuerzo,

en la perseverancia». Los capitanes y soldados le dijeron que moviese contra sus enemigos, que ellos harían su deber y que no era menester tan largo razonamiento.

Los franceses y italianos que estaban en Laino estaban muy descuidados, pensando que los españoles no osarían ir á Laino, así por ser tan pocos y ellos muchos, y por estar tan bastecidos de todo lo que habían menester para la defensión de aquella plaza y la villa, que era tan fuerte de su sitio y defensa. Gonzalo Hernández anduvo toda la noche, y en siendo el alba, dió sobre ellos con tan grande sobresalto y furia, que no fueron sentidos, y muchos recordaron al «Santiago» y á «España, España». Fué tanta la priesa que les dieron, que no tuvieron lugar de se armar y de pelear. Todos se rindieron. No murió allí persona principal sino el señor Amérigo, hijo, como dijimos, del Conde de Capacho, y el mayor, que era muy buen caballero y muy esforzado, aunque mancebo; y si todos pelearan como él, fuera bien ensangrentada la vitoria. Fueron presos los diez y seis caballeros que allí estaban, á los cuales dijo Gonzalo Hernández: «Muy espantado estoy, señores, de vosotros, sabiendo los grandes beneficios que siempre habéis recibido, así vosotros como todos los deste reino, de la Casa de Aragón, y el mal tratamiento que de los franceses amigos y enemigos recibís siempre, y la mucha justicia que á estos reinos tiene la Casa de Aragón y la ninguna que los franceses. ¿Cómo, señores, seguís tan errada opinión y tan sin ningún fundamento sabiendo que Dios es justo juez y da siempre el pago que los tiranos merecen?» El Conde Amérigo estaba muy herido, y viéndose muy cercano á la muerte llamó aquel Bernardo de Bernardis y le dijo: «Yo me muero, y antes que el alma se me salga del cuerpo, me oid de confesión». Y comenzóle á confesar sus pecados. Bernardo le respondió: «Señor Amérigo, los pecados, faltando sacerdote, confesadlos á Dios, que es Él el que suele y puede perdonar, que en su lugar os oya y os absuelva y perdone, y á nosotros nos avisad de lo que sabéis de los franceses, en que podamos ser avisados, y aprovechará mucho así á vos como á la Casa de vuestro padre». Lo cual él hizo luego y dió la alma á Dios. Tras esto mandó combatir á los villanos calabreses, que se habían hecho fuertes en los valles de aquel camino, y tomándolos en medio los... [1]. Fué esta rota de tanta importancia, que todos aquellos lugares se le rindieron. Pues llegando al campo del Rey puso la caballería y infantería, según costumbre de guerra y en orden de batalla. El Rey Fernando, con el Marqués de Mantua y el Cardenal Borja, legado del Papa, le salieron á recibir con muy grande alegría.

CAPÍTULO V

De lo que el Rey Fernando y Gonzalo Hernández hicieron después que se juntaron junto á la Tela.

En este tiempo, que era ya el año de mil y cuatrocientos y noventa y seis años del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, el Cardenal Borja, hijo [2] del Papa Alejandro, llegó al Rey y le acompañó y sirvió en todas las guerras que después hizo, como aquel que era muy sabio en todo. Llegado Gonzalo Hernández al Rey, que lo salió á recebir, le dió las gracias por lo que había hecho, diciéndole que de su mano recebía aquel reino, y que todo era para él, y que de su mano tomaría la parte que dél le quisiese dar. Gonzalo Hernández se le homilló, y le respondió: que él era allí venido por mandado de los Reyes Católicos á le servir, y que Dios, en cuya mano están los reinos y señoríos, viendo su mucha justicia se lo había vuelto. Estaban allí en la Tela todos los caballeros principales que el Rey de Francia había dejado en aquel reino, y con ellos aquel Virginio Ursino, que dijimos quel Rey francés había preso, y después suelto se había ido al campo de venecianos. Gonzalo Hernández deseaba mucho que se viese en aquella provincia de Italia el esfuerzo y ánimo de los españoles, que hasta entonces aún no era bien conocido en aquella nación, porque no habían conversado en aquella provincia delante de aquellos capitanes de diversas naciones que allí estaban. Estaba esta gente en guarda de unos molinos, de que recebían gran provecho así en molerles el trigo como de la agua que de aquel arroyo corría, de que se aprovechaban mucho los cercados. Gonzalo Hernández hizo dos partes de su campo: los unos contra los gascones ballesteros, los pi-

[1] Sic: parece falta una palabra, acaso «desbarató».
[2] Nieto, dice el original equivocadamente.

queros contra la caballería; mandó que algunos hombres darmas se metiesen entre la cibdad, para resistir á los franceses que saliesen de la villa á socorrer á los suyos. La otra parte escaramuzando tomase en medio á los enemigos. Comenzóse una muy brava y muy sangrienta escaramuza. Los suizos luego volvieron las espaldas. Los gascones habiendo disparado sus ballestas se metieron en huída. Los caballos ligeros españoles, mezclados entre ellos, los rompieron y huyendo para la ciudad fué muerto gran número de ellos. De la otra parte los hombres darmas sostuvieron el socorro de los franceses que salían fuera. En el cual tiempo Gonzalo Hernández invió ingenios para derribar los molinos y de presto recogió la gente, antes que los capitanes franceses inviasen mayor número de gente á socorrer á los suyos. Luego Gonzalo Hernández los comenzó á combatir, y aunque por los de dentro hubo gran resistencia, los españoles los apretaron con tanto ánimo, que los franceses hablaron en partido; y fué que les diesen libertad para se volver á Francia, así por mar como por tierra, como más quisiesen, y entregasen todas las fortalezas y plazas que en aquel reino tuviesen. Lo cual les fué otorgado, y ellos lo cumplieron. De los franceses muchos se embarcaron y corrieron tormenta en la mar, y los más se ahogaron; y á los que fueron por tierra, los villanos y los que no lo eran, teniendo frescas las injurias y afrentas que dellos habían recebido, cuando por allí pasaron, los despojaban y mataban, que muy pocos aportaron á Francia, y esos en carnes vivas y pidiendo por Dios.

CAPÍTULO VI

De lo que Gonzalo Hernández hizo después que acabó esta jornada de la Tela; cómo volvió á Calabria á castigar ciertos príncipes y señores de aquella provincia que se habían rebelado, y de la muerte del Rey Fernando.

Acabada esta jornada de la Tela, fué Gonzalo Hernández avisado que ciertos príncipes y señores de aquella provincia se habían rebelado. Partió luego con su campo para allá, porque fué este Gonzalo Hernández un capitán, de cuantos yo he leído, que con más presteza tratase las cosas de la guerra, antes que los enemigos tuviesen lugar de se apercebir y fortalecer con nuevas fuerzas. Parecíase mucho á Julio César, ditador romano, en presteza y celeridad. Llegado á Calabria, los domó y castigó á los culpados y á los que habían sido causa de aquella rebelión. A los unos mandó cortar las cabezas y á los otros echó en prisión; dejándolo todo allanado, habiendo hecho mucha justicia de los culpados. Acabado esto, le llegó nueva cómo el Rey Fernando, que él había dejado de camino para la cibdad de Nápoles, era muerto de cierta enfermedad que le había mucho apretado, de que murió. Hubo cierta sospecha que le habían dado yerbas. Gonzalo Hernández sintió tanto su muerte, que no se puede escrebir el gran sentimiento que de su muerte hubo.

Los franceses que quedaban en el reino, habiendo hecho su partido, como dijimos, dejando la artillería y sus caballos señalados con las señales reales de Francia; mas como los franceses sean tan amigos del vino y de comer, principalmente de todas maneras de frutas y de estrujar las uvas y beber el mosto, juntamente con el calor del verano, que comían con desorden cuanto hallaban, y más con aires contrarios, y sucediendo luego el otoño muy enfermo y dañoso, murieron muchos en Castelamar y en Puzol y en otras algunas plazas. Entre los cuales murió el capitán general Gilberto Monpensier, que llamaban el Baylí de Vitri, y más cuatro capitanes suizos ([1]). Fué tan destemplado y tan enfermo aquel otoño, que por su grande destemplaza se creyó que fué muerto, porque le dió una febrezuela de que murió en el monte de Soma, no habiendo aún sabido ni gustado de la alegría de la vitoria que Gonzalo Hernández había ganado. Dejó por heredero á Federico, su tío, Duque de Calabria, el cual vino muy prestamente á Nápoles, y desde allí invió á llamar prestamente á Gonzalo Hernández se viniese para él, que ya había tomado las insinnias del reino, y todos le obedecieron luego por Rey, aunque tenían muy gran sentimiento por el Rey Fernando. Acabadas que fueron las obsequias del Rey Fernando, los de la fortaleza de Gaeta, no osando

([1]) Aquí siguen tachadas dos líneas, que decían: «Virginio Ursino fué metido en prisión, el cual pasados algunos meses murió preso en Nápoles».

esperar que Gonzalo Hernández fuese sobre ellos, se entregaron al Rey Federico.

CAPÍTULO VII

De lo que Gonzalo Hernández y el Rey Federico, recién heredado, hicieron, y cómo Gonzalo Hernández fué sobre Oliveto, y lo que allí le avino.

Pues viendo Gonzalo Hernández el mandado del Rey Federico que se viniese para él á la cibdad de Nápoles, dejando todo allanado y pacífico y puesto en bajo de su obediencia, venido, se le humilló y le dijo: que á él le había mucho pesado de la muerte del Rey Fernando, su sobrino, mas pues Dios así lo había guiado, que aquello debían tener por mejor; que viese su Alteza qué era en lo que él podía servir, que aquello mandase, que luego lo pornía por obra. El Rey le respondió: que ningunas palabras podrían bastar para le dar las gracias que él merecía, que á él sólo debía la Casa de Aragón aquel reino, que él lo partiría con él, pues él solo lo había ganado del poder del tirano; que le rogaba fuese sobre algunas tierras de Calabria que se habían rebelado, porque aunque á todos los otros habéis rendido, sólo este persevera en seguir la opinión francesa, y más que los de Oliveto estaban así menos rebeldes en la provincia de Abruzo y Aquino. Gonzalo Hernández dió luego con su campo la vuelta á Calabria, adonde mos de Auberi había tomado algunas tierras descercadas y hacíales mucho daño. Mas desque vió lo que pasó á Gonzalo Hernández en la Tela, y que venía muy cerca de adonde él estaba, quiso antes aprovecharse del partido que Gonzalo Hernández le haría, que no de la infelicidad de la guerra contra un capitán tan valeroso, que traía á la fortuna á su mandar. Y antes que llegase le dejó desembarazada la provincia.

Pues dejando toda aquella provincia pacífica, y castigados los culpados, con su campo fué sobre Oliveto, los cuales estaban muy rebeldes y obstinados, perseverando en la fe de los franceses, y habían muerto en la isla del Vico á don Rodrigo de Avalos, hermano de don Alonso de Avalos, Marqués de Pescara, un capitán de gran valor. Pues llegado Gonzalo Hernández sobre la villa, que era muy fuerte, así de sitio como de muros, teníanla muy bastecida de grandes fosos y de muy buena gente de guerra. Gonzalo Hernández la mandó combatir. Los de dentro la defendían como varones. Duró el combate grande espacio, porque los unos por entrar y los otros por la defender peleaban muy varonilmente; mas veyéndose muy aquejados y que los españoles estaban determinados de les entrar ó morir, oida la beninidad de Gonzalo Hernández, abrieron las puertas y se le echaron á los pies, y prometieron de ser de y adelante muy fieles á la Casa de Aragón.

Acabado esto, que ya no quedaba en todo el reino lugar alguno que no estuviese en la obidiencia del Rey Federico, y los franceses presos, muertos y vueltos para Francia, aunque éstos fueron los menos, Gonzalo Hernández se volvió á la cibdad de Nápoles con todo su campo, pues que ya no había en qué entender.

CAPÍTULO VIII

De cómo Gonzalo Hernández tomó por combate la fortaleza de Ostia que un cosario tenia ocupada.

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo los Coloneses, que entonces seguían la parte francesa y estaban mal con el Papa Alejandro, habían tomado por industria del Cardenal Ascanio Esforcia, hermano del señor Ludovico Esforcia, Duque de Milán, y la habían entregado á un cosario vizcaino llamado Menaldo Guerra, un hombre muy cruel y criado del Rey de Francia, mal cristiano. Robaba desde allí todos los mantenimientos que por el río venían á Roma desde el puerto y castillo de Ostia. Estorbaba la navegación del Tibre, tanto que el pueblo romano estaba apretado de la carestía de muchas vituallas, principalmente del pan y vino, que los mercaderes sicilianos y calabreses y otros extranjeros españoles, temiendo la crueldad del cosario, se iban á otra parte. Porque cualquier navío que llegaba á Ostia, si los marineros á la hora, caladas las velas y los remos levantados, no se juntaban y se rindían y se dejaban saquear y prender, eran con la artillería echados á fondo, y había faltado muy poco que no prendiese las galeras del Papa, que habían llegado á la boca del rio. No se puede escrebir la maldad deste cruel tirano, que por ningún partido que se le hizo quiso dejar de hacer cruel guerra, porque con su soberbia

no temía á persona desta vida. Hacía mucha guerra á las cosas del Papa y de la cibdad, y á sus aliados y amigos del Papa en tanto grado que muchas veces había en la cibdad mucha hambre, y aunque el Papa había inviado sobrél ejército con muy buenos capitanes, él tenía aquella fuerza tan proveída, que ninguna gente de guerra bastaba para lo conquistar. Había el Papa descomulgádolo muchas veces á él y á los otros que con él estaban. Visto por el Papa el poco fruto que de la guerra y descomuniones se sacaba, y los muchos daños que á aquella cibdad hacía, invió un legado á Gonzalo Hernández, que pues Dios lo había criado para deshacer los agravios y injusticias que los tiranos hacían, como á otro Hércoles, que le rogaba con cuanta instancia podía fuese á castigar aquel tirano, que él tenía por cierto que lo prendería y restituiría aquella fuerza á la Iglesia y Sede apostólica, pues en aquel reino no había ya que hacer. Gonzalo Hernández fué muy contento de hacer aquel servicio al Papa, principalmente por servir á Dios, cuyo vicario era el Papa Alejandro sexto, y más seyendo español y rogándoselo el Rey Federico. Del cual despedido, con su campo de españoles caminó para Ostia, y llegado, miró el sitio de aquella fuerza y vió que era inexpuñable, así por su sitio como por muros y industria humana. Gonzalo Hernández le invió un trompeta rogándole y requiriéndole dejase aquella plaza al Papa, cuya era, libre y desembarazada, y que él trabajaría con su Santidad le perdonase y le absolviese de los males que le había hecho, y que esto era lo que más le convenía, y le era muy más sano que no perder aquel castillo y fuerza y la vida con ella, y la alma en condición, y que estaba espantado, seyendo español, ser tan mal cristiano y tan tirano en seguir una cosa tan ajena de hombre de su nación. Menaldo hasta allí jamás quiso hablar en partido con nadie, ni los oir, aunque fué muchas veces requerido; mas agora respondió y dijo: «Decid á Gonzalo Hernández que otros tan bravosos como él han venido con el desino que él viene y no les aprovechó nada; que le certifico que cuando hobiere hecho todo su poder, que no habrá hecho nada, y decilde que se acuerde que todos somos españoles y que no lo ha con franceses, sino con español, y no castellano, sino vizcaíno».

CAPÍTULO IX

De cómo Gonzalo Hernández combatió la fortaleza de Ostia y la tomó por fuerza de armas, y prendió á Menaldo Guerra, y entregó al Papa así á él como al castillo.

Oído esto por Gonzalo Hernández, habló con los capitanes y soldados y les dijo lo que parecía que se debía hacer, y que todos se aparejasen para la mañana y que se diese el asalto, y dijo á la hora que se había de dar y por dónde, y les avisó de todo lo que en él pasaría. Y estando todos escuchando lo que se había de hacer, miró á un soldado llamado Londoño, que era alférez, y díjole: «Londoño, yo sé quién porná mañana primero la bandera en el muro del castillo». Y luego volvió la plática á don Alonso de Sotomayor, hijo de la Condesa de Camiños, que era hombre de armas, y díjole: «Señor don Alonso, yo sé quién prenderá mañana á Menaldo». Pues habiendo estado allí Gonzalo Hernández tres días, proveído todo con aquella su grande providencia, mandó plantar la artillería de la una banda por tener por aquella parte ocupados los enemigos; por la otra hizo tener aparejadas las escalas para subir por encima del muro. No pensando cosa destas Menaldo, acometieron los españoles por ambas partes, más flojamente por la parte de la batería; y por la otra, puestas las escalas, subieron los españoles con gran presteza en lo alto de la muralla, y mataron los que allí estaban, que eran los menos, y mataron la mayor parte de los franceses que defendían la parte del muro derribado. Fué todo hecho con tan gran diligencia y presteza, que veyendo Menaldo las cosas perdidas y quebrada su braveza y soberbia tan presto y con tanta ventaja, aunque él y los franceses que allí estaban habían peleado como varones, Londoño, aquel alférez que dijimos, fué el primero que puso la bandera en el muro, y don Alonso de Sotomayor el primero que se juntó peleando con Menaldo, el cual suplicó á don Alonso le otorgase la vida, y se dejó atar las manos como un hombre fuera de sentido. Fué luego traído Menaldo atado ante Gonzalo Hernández, al cual habló desta manera, mandándolo desatar: «Muy espantado estoy de vos, señor Menaldo Guerra, que tantas cosas han pasado por vos querer defender una cosa tan errada y fuera de razón de hombre cristiano,

y fuera de todo buen juicio, sin temor de la sentencia del Vicario de Dios, cuya esta fortaleza es, y temer la muerte del cuerpo ni del alma, que tan cierta os estaba, y perseverar en cosa tan fuera de capitán ni de hombre de guerra, ni de cristiano, y más seyendo español, que nunca los de vuestra nación han sido traidores ni malos cristianos, y sobre todo ser tan confiado que ni temíades á los hombres ni á Dios, pues á su Vicario teníades en tan poco». Menaldo le respondió: «Señor Gonzalo Hernández, los hombres en esta vida sola una opinión han de tener, y servir con fidelidad á su señor, como yo he hecho. Yo he hecho lo que debía, de cuya causa no soy vencido, pues hice todo mi poder». Luego mandó soltar á todos los franceses é italianos que con él estaban que se fuesen libres adonde quisiesen, sin que les fuese hecho mal alguno, y escribió al Papa enviase Su Santidad á quién se entregase aquella fortaleza; lo cual así fué hecho, quel Papa invió un caballero español, á quien se entregó, y la tuvo por el Papa como antes estaba.

CAPÍTULO X

De lo que Gonzalo Hernández hizo después que se entregó aquella fortaleza de Ostia á la persona que su Santidad mandó.

Dejado esto á muy buen recaudo, Gonzalo Hernández se partió derecho á Roma á besar los pies al Papa, llevando consigo á Menaldo. El Papa mandó que todos los del estado seglar, como del eclesiástico, le saliesen á recibir. Salían todos, hombres y mujeres, que ninguna persona quedó en la cibdad: lo uno por ver á Gonzalo Hernándéz, de quien tantas cosas habían oído decir, y por ver aquel tirano cruel, de quien tanto mal y daño habían recibido. Iban todos, hombres y mujeres, dando grandes voces publicando la grande alegría, beneficio y provecho que de aquel triunfo recebían. Fué reputado aquel triunfo por mayor quel que el gran Pompeyo de Mitrídates Rey de Ponto, y que el de Scipión de la gran Cartago; porque aquéllos triunfaban de las provincias y reinos lejos de Roma, á quien los romanos conquistaban; mas este era muy mayor, que triunfaban del enemigo que á ellos en su misma cibdad les hacía cruel guerra. Salieron todos los romanos por su orden y las mujeres mostrando la alegría que tenían en sus corazones. Iba Menaldo con tan terrible catadura y gesto tan temible y feroz, que daba á entender que, aunque era vencido, no del todo era domada su saña y crueldad. Tras éste iba Gonzalo Hernández con la gente de guerra. Fué llevado este tan deseado triunfo por medio de Roma, con todos los géneros de instrumentos y ministriles, y géneros de placer que se pudieron hallar para mostrar la alegría que los cibdadanos romanos recibían en ver aquel tirano. Como iba luego la infantería española, y tras ellos la caballería, por todas las calles adonde pasaban los echaban todos muchas bendiciones, alabándoles y ensalzando á España que tales hombres había criado. Fueron derechos al palacio sacro, adonde el Papa los estaba esperando en una silla. Estaba sentado en bajo de un dosel, á do estaba todo el Collegio de los Cardenales. El Papa se levantó á recebir á Gonzalo Hernández, el cual se le humilló y le besó los pies. Luego el Papa se levantó y lo abrazó y le besó en el carrillo, y le hizo un grande razonamiento, en que le loó mucho por haber traído á Roma aquel tirano y haber traído tanta abundancia de todas las cosas á la cibdad. A todas las cosas que el Papa en su loor dijo, ninguna cosa respondió, sino que le suplicaba que, según la religión cristiana, fuese Menaldo perdonado. El cual con tanta humildad pedía perdón, el cual estaba echado á sus pies, y que le hiciese merced que los vecinos de Ostia por los trabajos y sacos pasados gozasen de diez años de libertad y que no pagasen pechos ni imposiciones. Lo cual todo fué otorgado, y á Menaldo dió Gonzalo Hernández con que se fuese adonde quisiese. Habiendo dado Menaldo á Gonzalo Hernández muchas gracias, le dijo: «Sólo un consuelo llevo que alivia en alguna manera mi contraria fortuna: ser vencido por vuestra excelencia, que merece vencer á todo el mundo, y no quiero decir más, porque no piense que quiero ganar con él gracias». Gonzalo Hernández respondió á las buenas palabras quel Papa le dijo: «Para tan pequeño servicio, Santísimo Padre, muy grande es la satisfacción que Vuestra Santidad hace conmigo». El Papa le ofreció todo lo que pudo, y le daba mucho más; mas él ninguna cosa quiso tomar. Suplicóle se acordase de le inviar á mandar las cosas de su servicio.

CAPÍTULO XI

De cómo Gonzalo Hernández se partió de Roma y se volvió para el Rey Federico, que lo había enviado á llamar.

Estando en Roma Gonzalo Hernández, recibió cartas del Rey Federico, en que le hacía saber cómo los de Rocaguillerma se habían rebelado por Francia; que le rogaba, pues ya era concluído lo de Ostia, se viniese para él á la cibdad de Nápoles. El cual vistas las cartas y recebida licencia del Papa, se fué derecho á Rocaguillerma. Aquella villa está puesta en una cuchilla de una sierra, entre Venafro y Pontecorvo. Ninguna cosa se daban, aunque vían la pérdida y muerte de los franceses. Gonzalo Hernández era tenido y querido mucho por su clemencia, humanidad y piedad, de amigos y enemigos, y con los rebeldes quería antes probar su clemencia que el rigor de las armas, y para este efecto ponía mucho cuidado y muchas más cosas hacía con esta virtud que no por las armas, y desta causa tomaban todos por partido de probar antes su clemencia, que no el rigor de las armas de un capitán invencible. Llegado á Rocaguillerma Gonzalo Hernández, les envió á decir que se diesen, que él sería muy buen tercero para quel Rey los perdonase. Ellos le respondieron con gran soberbia que ellos le quitarían de aquel trabajo de rogar nada al Rey; que hiciese todo lo que pudiese, y vería que no eran como los otros pueblos apocados y cobardes, que se le habían rendido; que ellos solos habían de quedar en la amistad y fe francesa, y jamás en la de la Casa de Aragón.

Era aquella villa muy fuerte, y estaba muy proveída de todas las cosas necesarias para la guerra y muy buena gente en ella, así los de la tierra como los franceses. Desmandáronse en algunas palabras soberbias que contra los españoles dijeron. Gonzalo Hernández mandó darles un asalto, el cual se les dió y con mucho ánimo, y hubo de dentro tanta resistencia, que no les pudieron entrar de aquel asalto, aunque quedaron tan espantados que perdieron la mayor parte de su soberbia. Gonzalo Hernández les habló á los soldados, y les dijo: «Bien sé yo, compañeros, que no hay necesidad de os decir palabras, á quien tan bien sabe mostrar las obras. Yo os ruego que vean estos franceses la ventaja que nuestra nación les hace. Yo os doy mi fe que hasta que Rocaguillerma se tome, con la ayuda de Dios, que ni yo, ni persona de todo este campo, ha de comer bocado, ni beber gota de agua ni vino; y allá dentro hemos dentrar á comer». Mas visto por los de dentro, que se les aparejaba de les dar otro asalto, y que la misma persona de Gonzalo Hernández iba en los delanteros, con una espada y una rodela, y cada un soldado pensaba de le pasar delante, atemorizados los de dentro, todos de común consentimiento hablaron en partido, en que los dejasen estar seguros en sus casas sin les hacer mal alguno. Gonzalo Hernández lo quisiera mucho, mas los soldados estaban muy afrontados de las palabras soberbias que habían dicho y el mal tratamiento que desdel muro les habían hecho de palabra. Por los cuales respondió un soldado, y dijo: «Ilustrísimo señor, alguna vez os habíamos de salir de obediencia, y sea ésta, seyendo tan justa, que tan bien daña á los malos y rebeldes la mucha clemencia como la poca á los buenos». Y dijo á grandes voces: «Ea, compañeros, conozcan estos rebeldes qué son españoles». Y juntamente les dieron el asalto, y con tanto ímpetu y esfuerzo, que los entraron. A éstos los saquearon, sin dejarles hacienda, ni soberbia, de la que antes tenían. Gonzalo Hernández mandó castigar á los culpados, así franceses como á los de la villa, y dejando aquella villa á buen recaudo, y los soldados en sus alojamientos, se fué para el Rey á la cibdad de Nápoles, del cual y de toda la cibdad fué recebido con tanta alegría como si de nuevo les hobiera dado la vida. El Rey lo abrazó y besó en el carrillo, y después de le haber hecho gran recebimiento, le hizo merced del ducado de Terranova y Santángelo, con el monte Gargano y sus tierras, con un privilegio que decía así.

CAPÍTULO XII

Del privilegio quel Rey Federico dió á Gonzalo Hernández.

«Don Fadrique de Aragón, Rey de Nápoles y de Jerusalen, por cuanto la principal y más escogida de todas las virtudes es la liberalidad, y fué siempre necesaria á los reyes, que en ninguna manera se puede por ellos menospreciar, y es tan grande que con mucho cuidado se debe

buscar, de donde se sigue que nos, cuyos antepasados sobrepujaron en hacer bien y merced, no solamente á los Reyes que hoy son, mas á toda la antigüedad y memoria de los buenos príncipes y emperadores, y por ello debemos esforzarnos con mucho cuidado y diligencia con las mesmas virtudes pasar adelante á los otros, si como los merecimientos y virtudes de Gonzalo Hernández de Aguilar é de Córdoba, illustre y fortísimo varón, gran capitán de armas de los Serenísimos Reyes de España hayan seído tales á nos é á don Fernando, Rey de Sicilia segundo, nuestro muy caro sobrino, hobimos por bien de loar el singular esfuerzo y excelencia de ánimo del dicho Gonzalo Hernández y de lo enoblecer con soberanos ornamentos de honra y de fortuna; y desta causa conviene de esforzarnos que el resplandor de nuestra liberalidad en este hombre esclarecido resplandezca de manera que pensemos no en tanto acrecentar su hacienda, cuanto en ganar para nos la alabanza desta virtud de la liberalidad; mayormente como los príncipes por todos son estimados por tales cuales son aquellos á quien ellos han por bien de hacer mercedes y beneficios, pues ¿qué podemos decir deste tan gran varón que lo podemos igualar con sus alabanzas, dejemos su buena voluntad, amor y acatamiento que nos ha tenido en el tiempo de nuestra adversidad? ¡Con qué grandeza de esfuerzo, con qué saber de guerra, con qué consejo, con cuánta providencia, con cuánto peligro de su vida quitó tan presto de las manos de los crueles franceses todo este reino, y lo puso so nuestro poderío, como quier que libremente debemos confesar que de todo ello somos deudores á aquellos invitíssimos Rey y Reina, padre y madre nuestros, que con su favor esta guerra francesa tan feroz, dañosa y peligrosa ha seido acabada; mas el esfuerzo, lealtad y bondad, consejo, gravedad del dicho Gonzalo Hernández no menos nos ha ayudado que la grandeza y autoridad de los dichos Rey y Reina. Tanto que no solamente con gran razón creemos que nos fué por ellos inviado, mas que descendió del cielo para nos; y como sean tantos los méritos deste tan excelente varón, á los cuales creemos no poder satisfacer con el precio de nuestra vida, por ende, aunque al dicho Gonzalo Hernández no es necesario, á nos es útil y honestísimo honrarle de títulos y mercedes, remunerándole de premios y honras, aunque él por su vergüenza y templanza singular no lo pida ni lo desvíe de los servicios y vitorias á nos fechos. Son tantos; la Calabria, la Pulla y todo el otro reino; tantos son las villas y lugares de Cosencia; tanto es el estrago que hizo cabe Murano; tanto es aquella hazaña dina de inmortal memoria de Laino; tanto es la vitoria que nos dió su venida en la Tela; tanto es otra vez la Calabria y Basilicata, que poco antes se había tornado á revelar; tanto es lo del duque de Sora; tanto es todo este nuestro reino; tantos son los enemigos vencidos y desbaratados, muertos y echados de todo el reino; son tan notables vitorias; tantos somos nos mesmos del esfuerzo de su corazón y las cosas por él noblemente hechas, no las habemos sospechado mas experimentado; no pensado, mas las sabemos; no las habemos oído, más visto, así que de la liberalidad de nuestro ánimo y debido gradecimiento queremos que dé testimonio este nuestro privilegio, con el cual queda para los venideros perpetua memoria y demostración de nuestro amor, gracia y buena voluntad que tenemos al dicho Gonzalo Hernández y á sus hijos y á nuestro reino próspero y favorable, lo acrecentamos y facemos Duque de Terranova é Duque de Santángelo, con todas sus tierras, cibdades é villas é lugares é fortalezas».

CAPÍTULO XIII

De lo que Gonzalo Hernández hizo después que volvió á la cibdad de Nápoles para el Rey Federico.

Vuelto que fué Gonzalo Hernández á Nápoles recibió cartas del Rey don Fernando y de la Reina doña Isabel, que pues ya aquel reino por su buen esfuerzo y por la voluntad de Dios estaba pacífico, que le rogaban se viniese en España para ellos; porque tenían necesidad de comunicar con él algunas cosas, y para que les diese cuenta muy particular de las cosas acaecidas, y para gozar y ver su persona, que tanto deseaban ver. Gonzalo Hernández se despidió del Rey para se partir á Sicilia y de allí se ir á España, quedando todos los de aquel reino muy tristes como si se vieran ya en poder de sus enemigos, haciendo todos muchos llantos, y principalmente las mujeres, porque se apartaba de aquel reino un tan valeroso capitán que tanto cui-

dado tenía de la honestidad y limpieza de las mujeres. Hacían en todo el reino muy gran sentimiento.

Pues llegado á Sicilia, vinieron á él de todo aquel reino á se quejar del Virrey Juan de Lanuza, porque gobernaba aquel reino muy á su voluntad, y las sacadas del trigo se sacaban con mucha negligencia y con pérdida del Rey y provecho ajeno, y con gran pérdida de las rentas reales. Los sicilianos se holgaron extrañamente con Gonzalo Hernández, porque los desagraviase de los malos tratamientos que del Virrey recebían. Oído esto por Gonzalo Hernández mandó llamar á Cortes en la cibdad de Palermo, y en breves días, con aquella su grande autoridad y providencia y templanza tan moderada, acabó y remedió todas las cosas de aquel reino cumplideras al reino; y con mucha gravedad y severidad persuadió á Juan de Lanuza que amorosamente gobernase aquel reino, de que todos quedaron muy contentos. Pues dejado aquel reino muy pacífico y contento, según cumplía al servicio de los Reyes de España, estando para se embarcar, fué llamado por el Rey Federico con grandes ruegos, y visto esto, luego se partió para allá. Al cual halló en campaña de aquella parte del río Silano, con su ejército que tenía cercado á Diano; porque aquellos eran vasallos del príncipe de Salerno, de la Casa de San Severino, y favorecían la parte francesa. Estos solos entre todos los otros aún no tenían perdida la esperanza que habían de ser socorridos de las armas francesas, que los esperaban que habían de venir á renovar la guerra, y esforzábanse en la mucha y buena gente que tenían y en las muchas vituallas y municiones y aparejos de guerra que tenían, y el sitio de Diano, que era muy fuerte, así de su natura como de muy fuertes muros; y más pensando que Gonzalo Hernández era ya vuelto en España, y pensaban ganar honra en ser solos ellos los que perseverasen en la fe y lealtad de la Casa de Francia, y que habiéndose todos los otros rendido al Rey vencedor, ellos solos hobiesen mantenido la fidelidad que á Francia tenían.

Llegado el Gran Capitán trabajó con cuantas maneras pudo de convertir á los de Diano con el Rey Federico; mas todo fué por demás, porque estaban tan locos y tan obstinados que ninguna condición que Gonzalo Hernández les ofreció, llenas de muy grande humanidad, quisieron aceptar. Tanto que fué necesario tomar las armas. Fueron los soldados y gente de caballo repartidos en dos partes por mandado de Gonzalo Hernández, y plantóse la artillería y hiciéronse las trincheas y los fosos que cubrían á los que daban el asalto. Duraron estos combates algunos días. Cada día crecía más la furia y codicia de los españoles por gozar de la presa de los de dentro, y estaban muy afrentados, que delante del Rey Federico les haber resistido tanto los enemigos. Los cercados, con esperanza del socorro que cada día esperaban, porque así se lo habían hecho saber, y con temor del castigo y saco, peleaban y defendían aquella plaza con grande ánimo; mas los soldados los apretaron de tal manera que ya estaban más mansos y más confiados de la humanidad y clemencia de Gonzalo Hernández, le suplicaron que usase con ellos de su acostumbrada clemencia y de su antigua humanidad con que era tan loado sobre todos los capitanes antiguos y presentes. Gonzalo Hernández trabajó con el Rey Federico los perdonase, lo cual él hizo por ruego de Gonzalo Hernández, aunque tenía mucha gana de les castigar.

Los soldados estaban muy afrentados, así de la soberbia de los de Diano como de las vanas palabras que habían dicho; estaban determinados de los saquear y castigar á los dianeses, mas Gonzalo Hernández se lo rogó mucho y les prometió de les satisfacer gran parte de lo que allí habían de haber; y con esto cesaron de los saquear y castigar, que tan bien lo merecían.

CAPÍTULO XIV

De cómo Gonzalo Hernández se partió para España, con lo que más aconteció.

Pues vuelto Gonzalo Hernández á su armada y embarcado, llevando consigo los capitanes así de caballo como de infantería que habían hecho cosas muy señaladas en la guerra, para que en España gozasen del fruto de sus hazañas tan señaladas que habían hecho, se partió para España, y llegado en ella fuese derecho á la Corte. Sabido por los Reyes, mandaron á todos los grandes y señores de la Corte le saliesen á recebir; y apeado en palacio el Rey bajó al patio á lo recebir y lo abrazó y besó en el carrillo y le dijo: «Duque,

debemos os tanto que jamás lo podremos pagar por la grande honra que á nosotros y á nuestros reinos habéis dado». El Duque se le humilló y le quiso besar las manos, mas el Rey nunca se las quiso dar y le dijo: «Vamos á la Reina, que os está esperando con gran deseo de os ver, y se le hace muy tarde». Subidos arriba, la Reina salió de la sala hasta la escalera, y jamás consintió que le besase la mano, antes lo abrazó y le dijo: «Vos seáis muy bien venido, Gran Capitán». El cual nombre de grande jamás se le quitó, porque en todas partes y en todas las naciones, así de cristianos como de turcos é infieles, es llamado por este nombre. El cual renombre los griegos dieron á Alejandro, hijo de Filipo, Rey de Macedonia, que fué llamado Alejandro Magno, que quiere decir Grande; y los romanos á Neyo Pompeyo, que fué llamado el Gran Pompeyo; y los franceses á Carolo, hijo de Pipino, que le llamaron Carolo Magno; y por las letras divinas y humanas de que fué dotado Alberto, maestro de Santo Thomás, fué llamado Alberto Magno. Cada uno destos capitanes alcanzaron este nombre por los grandes hechos que en armas hicieron. Alejandro conquistó la Asia y gran parte de Africa y mucha parte de Europa al setentrión. Pompeyo sujetó al pueblo romano muchos reinos y triunfó de aquel gran Rey Mitrídates; Carolo Magno por las grandes victorias que hubo contra los infieles en favor de la Iglesia romana, y los españoles y romanos dieron este renombre á Gonzalo Hernández, que le llamaron Gran Capitán [1]. Gonzalo Hernández, aunque en aquella sazón no tenía tanta renta como algunos Grandes de España, porque de su padre don Pedro Fernández de Córdoba había heredado el mayoradgo don Alonso de Aguilar, su hermano mayor, mas él por sus grandes virtudes y valor de su persona se trataba como el mayor señor del reino y era de todos querido y amado como si fuera el mayor en renta.

CAPÍTULO XV

De lo que en este tiempo hizo el Rey de Francia, después que llegó á Aste.

Entre tanto que esto pasaba, el Rey de Francia, después que hubo aquella batalla con los venecianos cabe el río Taro, cerca de Parma, aportó á Aste, á do había dejado á su primo Luis, Duque Urliens, que como dijimos estaba allí para tener aquel paso seguro para cuando el Rey volviese. El cual había tomado á Novara, una cibdad del ducado de Milán, con parte del ejército, la cual los franceses habían tomado al Duque Esforcia. Tenía esta cibdad el Duque de Urliens muy fortificada, así de gente de guerra como de todas las otras cosas necesarias. El ejército de venecianos, después de dada la batalla al Rey de Francia junto á Parma, se fueron á juntar con los esforcianos para cobrar á Novara de poder de los franceses, por ser su confederado. Allí inviaron venecianos poderes y provisiones á Francisco de Gonzaga, Marqués de Mantua, que se intitulase su General. Lo cual como dijimos, hasta allí nunca le habían consentido tomar. Inviáronle las insinias y cetros que suelen llevar delante dél los Capitanes generales con toda aquella majestad acostumbrada que aquella Señoría suele dar á sus Generales. Tenía en aquella sazón el ejército de venecianos y esforcianos más de cuarenta mil hombres en campaña. Estos dos ejércitos fueron sobre Novara y la combatieron con mucho ánimo y perseverancia; mas el Duque de Urliens la defendió de manera que los dos ejércitos se retiraron con mucho daño; porque el Duque de Urliens Luis era uno de los buenos capitanes que había en aquella sazón, y el mejor que había en Francia. Gonzaga tenía tan apretados á los franceses, que pasaban mucho trabajo.

El Rey de Francia inviaba muchas veces á decir al Duque de Urliens que él le socorrería con la más gente que pudiese, y echaba muchos que publicasen cómo venía grande ejército de Francia, por hacer á Gonzaga aflojar el cerco; más Gonzaga estaba siempre firme en el cerco, y ya los tenía puestos en tanto aprieto, que los franceses comenzaron á tratar condiciones que á Novara restituirían al Duque Esforcia, y que venecianos y el Rey de Francia fuesen amigos. Este trato se concluyó á los dos meses que Novara fué cercada por Gonzaga, que fué por Noviembre del año de nuestra salvación de mil cuatrocientos noventa y seis años. En este mesmo año nació entre los franceses una muy grave enfermedad, que son las bubas, y de aquí vino á llamarse el mal francés, porque los franceses lo pega-

[1] Desde aquí hasta el fin del capítulo está escrito en la margen.

ron en Italia, y de allí manó á otras provincias y reinos, que después de muchos y graves dolores nacían unas pústulas. Creyóse haber venido este mal de las Indias de España. Asentado esto de Novara, los franceses se fueron á Francia.

CAPÍTULO XVI

De lo que el Rey de Francia hizo después que supo cómo Gonzalo Hernández había cobrado todo el reino de Nápoles y vencido y muerto á los franceses, que en aquel reino no habían quedado ninguno dellos ni en toda Italia.

Sabido por el Rey de Francia que Gonzalo Hernández había cobrado por fuerza de armas y vencido y muerto á los franceses que en aquel reino habían quedado, y cómo los otros que se habían embarcado habían corrido tormenta, y que muy pocos, rotos y mal aventurados, habían vuelto á Francia, estaba muy indinado contra el Rey don Fernando de España, así por los capítulos que Antonio de Fonseca le había recitado por su mandado, como por haber Gonzalo Hernández ocupado el reina de Nápoles y entregádolo al Rey Federico, sobrino del Rey Fernando, y echado de aquel reino á todos los franceses, y muertos como arriba se ha contado. También tenía muy grande indinación contra los de la Liga. Comenzó luego á aparejar grandes aparatos de guerra en todos sus reinos y señoríos, así en Francia, Bretaña, como en Borgoña, para hacer dos muy gruesos ejércitos: el uno para entrar por Perpiñán en Cataluña, y el otro para volver á Italia para cobrar aquel reino de Nápoles y hacer guerra á los de la Liga.

Estando aquel verano y parte del invierno ocupado en estas jornadas de guerra, estando un día en su palacio mirando cómo dos caballeros jugaban á la pelota, se le comenzó á desvanecer la cabeza, y llevado á su aposento y hechos algunos remedios, estuvo bueno y tornó á ver el juego antes comenzado. Y estando allí tornóle á crecer aquel desvanecimiento del celebro y fué á caer á una parte de aquella sala, adonde dende á poco dió la alma á Dios. Esto fué entrando el año de mil cuatrocientos noventa y siete años. Murió de edad de veinte y cuatro años y á los quince años de su reinado, y á los tres años que había ocupado el reino de Nápoles.

Este mesmo año murió en la cibdad de Salamanca don Juan, Príncipe de Castilla. Luego fué alzado por Rey el Duque de Urliens, Luis su primo, que dijimos haber quedado en Aste cuando el Rey Charles pasó á Nápoles.

CAPÍTULO XVII

De lo que Luis duodécimo, nuevo Rey de Francia, hizo después que fué alzado por Rey.

Luego que el nuevo Rey de Francia fué alzado por Rey, Luis duodécimo, que fué entrando el año del Señor de mil cuatrocientos noventa y siete años, los venecianos hicieron liga con él y amistad, de lo cual pesó mucho á Ludovico, Duque de Milán, y tuvo gran temor de lo que después sucedió. El Rey Luis invió cartas á todos los señores de Italia haciéndoles saber su eleción y sucesión en aquel reino, salvo al Duque de Milán, que nunca le escribió; y en todas las cartas y provisiones que escrebía se ponía é intitulaba Rey de Francia y Duque de Milán. Esta liga fué hecha contra Ludovico, Duque de Milán. Entraban en esta liga el Papa Alejandro, venecianos y florentinos, con las condiciones siguientes: que al Rey de Francia se adjudicase el Ducado de Milán; á venecianos, la cibdad de Cremona; á César Borja, hijo del Papa Alejandro, se adjudicase la Romanía y Marca de Ancona y la Umbría que es (1).

El cual habiendo muerto cruelmente á su hermano el Duque de Gandía, había desechado el capelo de Cardenal y se había casado en Francia con madama Carlota, hija de mos de Labrit, un gran señor de Gascuña, parienta muy cercana del Rey de Navarra, y le diesen ayuda y favor con el cual desterrasen toda la casta de los antiguos Príncipes de Romanía y Ancona y de la Umbría, y él se hiciese Príncipe y señor de aquellas tres provincias.

Entendido esto por el Duque de Milán, se confederó con Maximiliano, Rey de Romanos, para que por la parte de Alemaña hiciese guerra al Rey de Francia, y despachó luego un embajador á Bajazeto, gran turco, haciéndole saber cómo el nuevo Rey de Francia Luis duodécimo se había confederado con venecianos y otros Príncipes y señores, y estaba el dicho Rey determinado de pasar á Italia con ayuda de los de la Liga, para desde allí hacer-

(1 Faltan algunas palabras.

le guerra por la banda de la Velona. Tras este embajador vino otro al mesmo turco de parte de los florentines, avisándole cómo los venecianos estaban con el Rey de Francia confederados en hacerle la guerra; porque á esta sazón estaban muy mal los florentines con venecianos sobre la cibdad de Pisa, que los florentines habían ocupado y metido en su señorío. Asimesmo fueron otros embajadores al turco de otros señores y potestades de Italia que estaban mal con el francés y venecianos, avisándole de lo mesmo, y trabajaban de lo indinar con ellos, porque teniendo venecianos la guerra en casa dejasen la de fuera.

CAPÍTULO XVIII

De lo que Bajazeto, gran turco, hizo después que fué avisado de lo que el francés y venecianos querían hacer.

Bajazeto mandó luego hacer una muy gruesa armada, mayor que ninguno de sus pasados jamás había hecho y [1] hiciesen muy cruda guerra á venecianos; y hinchó el arcipiélago de galeras y inviaron otra armada con Antonio Grimaldo, que porque no toca á la historia se queda. Pues Bajazeto mandó á Escander, bajá Sanjaro de Esclavonia, entrase por tierra de venecianos y les hiciese todo el daño que pudiese y no parase hasta ver las lagunas y torres de Venecia. Luego que Luis Rey de Francia hobo el reino, dejó á su mujer, que era hermana del Rey Carlos su predecesor y su primo, diciendo que era estéril y no podía empreñar por defetos que para ello tenía, y casó con madama Ana, mujer del mesmo Rey Carlos su primo y predecesor, que era única heredera de aquel estado del ducado de Bretaña, de donde aquel ducado quedó en la Casa de Francia hasta hoy.

Luego adelante en el año de mil cuatrocientos noventa y nueve años, el Rey de Francia hizo en sus reinos y señoríos un muy grueso ejército y lo invió sobre el ducado de Milán, diciendo que le pertenecía por parte de su madre, que fué hija del señor Juan Galeazo, Duque de Milán, aunque era por parte de mujer; mas el cierto desino era por tener las espaldas seguras para ir á conquistar el reino de Nápoles, no le aconteciese como á Carlos su predecesor. El ejército del francés fué derecho á Aste, que estaba por los franceses desde la otra jornada, y de allí á Alejandría de la Pulla sin hallar resistencia alguna, y tomaron algunas otras plazas.

CAPÍTULO XIX

De cómo el Rey Luis de Francia tomó al Duque Ludovico de Milán todo su estado y á él le llevó preso á Francia,

El Duque de Milán, que no tenía caudal para resistir al francés, ó sea porque no halló en Milán tan buenas voluntades como quisiera y el tiempo lo pídía, y más viendo tan cerca de sí á dos ejércitos tan pujantes como el de los franceses y venecianos, tomó todas las riquezas y tesoros que tenía y pudo haber, y llevando consigo á Ascanio Esforcia, su hermano, se fueron á Alemaña, llevando consigo á su mujer y hijos. Se fueron para Maximiliano dejando la fortaleza á muy buen recaudo, y por alcaide della á Bernardo Curcio, natural de Pavía. Y viendo que los dos ejércitos llegaban cerca, habló á los de Milán diciéndoles que él iba á Alemaña á traer un muy grueso ejército contra los franceses y sus aliados; que no perdiesen la esperanza, que él volvería presto y los socorrería, y fuese á Alemaña. Los franceses tomaron la cibdad de Milán y las otras plazas en derredor, y dende á pocos días el alcaide dió la fortaleza á los venecianos, seyendo su capitán Nicolao Ursino, Conde de Petillán. Ocuparon á Cremona y otras algunas tierras de aquel estado de Milán, porque así estaba concertado entre ellos y los franceses. Maximiliano tenía entonces muy cruda guerra con los suizos, en la cual no peleaban sobre hacienda ni señorio, sino sobre las vidas; en la cual guerra murieron muchos de ambas partes. Algunos quisieron decir, y aun se tuvo por cosa muy cierta, quel Rey de Francia había tenido formas de revolver á los suizos con Maximiliano; porque ocupado en aquella guerra no socorriese al Duque de Milán, ni hiciese guerra á Francia. Bajazeto mandó á sus bajaes que una armada fuese contra la Morea á conquistar tierra de venecianos y otra á Italia por deshacer aquella liga dentre ellos y el francés. Adonde saquearon los turcos muchos lugares de aquella señoría y captivaron muchos cristianos; mas ellos ja-

[1] Parece faltan palabras.

más dejaron lo comenzado, tanta era la codicia de acrecentar su estado cabe casa. Habíales tomado el turco la isla de Chafalonia á la entrada del mar de Venecia, y aunque algunas veces venecianos habían ido sobre ella y la habían combatido, jamás la habían podido cobrar.

En este tiempo César Borja, Duque de Valentinois, de quien antes dijimos que había dejado mucha renta que tenía por la Iglesia siendo Cardenal y había casado en Francia y era capitán de la Iglesia, y queriéndose hacer señor de Romanía y la Marca de Ancona, hacía muy cruel guerra á aquellas tierras, encendió en Italia un fuego que se prendió en Italia, que duró muchos años, seyendo ministro dél este César Borja, hijo del Papa.

CAPÍTULO XX

Cómo el Duque de Milán tornó á cobrar su estado y echó á los franceses dél.

Cuando el Rey de Francia ocupó el ducado de Milán dejó allí por gobernador á Jacobo Triulcio, aquel que arriba dijimos que se pasó para él cerca de Nápoles. Este Triulcio era vecino de Milán y capitán del Rey de Francia. Este siempre trabajaba que los franceses se templasen en las cosas de la castidad de las mujeres, y en el tratamiento de los huéspedes y en los malos tratamientos que aquella nación siempre acostumbra á hacer. Mas no les pudo poner tanta regla que los franceses no hiciesen muchos desaguisados y afrentas á los de aquella cibdad y muchas fuerzas, porque son gentes que en las cosas de su apetito y contentamiento no miran lo de adelante ni lo que les puede venir sobre ello. Pues no pudiendo los milaneses sufrir la tiranía de los franceses, comenzaron de se poner en armas é inviaron á llamar al Duque Ludovico que viniese á tomar su estado, que antes querían morir sobre ello que no sufrir la tiránica servidumbre de los franceses. Visto por Triulcio, aquel capitán y gobernador de aquel estado, trabajó cuanto pudo; mas nunca les pudo aplacar con cuantas maneras tuvo para ello. Los de la cibdad perseveraron en su determinación. Triulcio quisiera mucho sujetarlos y castigar los principales causadores de aquel motín, mas vió que eran pocos los que tenía para tan gran negocio, porque los quél había inviado á llamar, así franceses como de los confederados, se tardaban y cada hora se acrecentaban los del bando de Sforcia, según vió la cibdad puesta en armas, y fuese á poner junto á la fortaleza con cuatro mil hombres de guerra que allí tenía. Y aun viendo que allí no estaba seguro se fué camino de Novara, para que desde allí, llamados los franceses y confederados que estaba en Italia, volviesen á sujetar á Milán. Los de la cibdad inviaron á gran priesa á tornar á llamar al Duque su señor que tomara su Estado, que ellos morirían todos hasta que lo acabase de tomar. Sabido por el Duque el estado en que estaba el negocio, invió delante al Cardenal Ascanio Esforcia, su hemano. Los de Milán lo salieron á recebir con grande alegría y lo mesmo hicieron los de Parma y Pavía, que echaron á los franceses de sus tierras.

CAPÍTULO XXI

De cómo el Duque Ludovico Sforcia cobró su estado y dió la batalla á los franceses.

Los venecianos inviaron á gran priesa á Carolo Ursino, hijo de Virginio Ursino, con ejército, y éstos hicieron guerra á algunos lugares de aquel estado. Luego tres días adelante quel Cardenal Ascanio Esforcia entró en Milán, vino el Duque, el cual fué recebido con grandes alegrías y fiestas de grandes y pequeños, ofreciéndole sus haciendas y personas y las vidas. Trujo consigo un buen ejército de suizos é italianos, y con este campo llegó á Pavía, y tomó algunos lugares que los franceses habían tomado con partidos que hacía. Aquel gobernador Triulcio juntó la gente que pudo de franceses y confederados, y caminando desde Plasencia para Aste saqueó algunos lugares; y pareciéndole que no tenía caudal de gente para pelear con el campo de esforcianos, porque en pocos días se había engrosado su ejército de mucha gente de guerra, y juntamente se le dió Novara. Los venecianos inviaron otro ejército con Nicolao Ursino, Conde de Petillán, á socorrer á los franceses, y que si acaso no se pudiese juntar con ellos hiciesen guerra á los esforcianos por la parte que pudiesen. Los franceses y esforcianos pelearon junto á Novara. Fué la batalla muy reñida por ambas partes. Los franceses llevaron alguna mejoría.

El Duque esperaba cada día más soldados que le habían de venir de Milán; los franceses convidaron al Duque con la batalla tantas veces, hasta que el Duque se la presentó. Eran los más de su ejército suizos, como arriba dijimos; los que habían hecho la guerra á Maximiliano, Rey de romanos, que el Duque había traído á sueldo. Trabada la batalla entre los franceses y esforcianos, los suizos llevaban la retaguarda; los italianos, aunque pocos, llevaban la avanguardia, y acometieron á los franceses con gran corazón. Los capitanes de los suizos mandaron á su gente que no peleasen y se saliesen afuera, porque así cumplían á su nación. Ellos se apartaron todos afuera. La causa fué porque los franceses les habían dado ciertas pagas adelantadas, porque en comenzándose la batalla se retirasen afuera y desamparasen al Duque. Los italianos pelearon muy esforzadamente hasta que vieron la traición que los suizos hacían, que se comenzaron á retraer con buena orden y volverse á Novara. En el cual retraimiento murieron muchos italianos. Los suizos comenzaron á se volver á su tierra. El Duque Esforcia, vista la traición que los suizos le habían hecho, y su gente retraida á Novara, parecióle que si allí se retraía que lo cercarían, y no ternía socorros tan presto. El con un criado suyo, mudados los hábitos, tomaron el camino de los suizos, y entre ellos comenzaron á caminar.

CAPÍTULO XXII

De cómo el Duque fué hallado entre los suizos y preso y llevado á Francia, y el Cardenal Ascanio Esforcia con él, y tomado todo el estado de Milán.

Los franceses se pusieron de una parte y de otra, y mandaron á los suizos pasasen por medio de uno en uno, y entre los postreros echaron mano del Duque y lo llevaron preso. Otros dicen que se levantó entre los suizos y franceses después de la batalla una cuestión, y que los alemanes tenían consigo al Duque, y que después tratada entre ellos la paz fué con condición les entregasen al Duque, y les dejarían ir en salvo á su tierra; y esto se tuvo por cosa más cierta. De la una manera ó de la otra, el Duque vino en poder de los franceses, al cual pusieron en un caballo y lo llevaron á Milán á la fortaleza, que aún estaba por él. Los de la cibdad viendo á su Duque preso, luego dieron la cibdad. El ejército del Duque y el otro que venía en su socorro, visto preso al Duque, cada uno se fué á su casa por su parte, y los más fueron robados y muertos por los franceses. El Duque fué luego llevado á Francia y entregado al Rey Luis.

Al tiempo que el Duque fué preso cerca de Novara, estaba su hermano Ascanio Esforcia en Milán. Sabida la nueva quel Duque su hermano era preso y su ejército desbaratado, con algunos de caballo que pudo recoger de sus amigos, yéndose á poner en salvo, fué topado junto á Plasencia por Carolo Ursino y Soncino, capitanes de venecianos, los cuales vinieron contra el Cardenal. El, aunque vido la gran desigualdad, porque había más de cincuenta para uno, esperó como fuerte varón y peleó con ellos, y seyendo vencido con tres de caballo se escapó de la batalla y se acogió á un castillo que cerca de allí estaba en la ribera del río Trebia. El castillo se llama Ripalta; era de un caballero grande amigo del Cardenal, llamado Conrado Lamba, pensando valerse ó esconderse allí. Banzonio, aquel capitán que dijimos, lo siguió; y luego vino Carolo Ursino, y el Conrado entregó á aquellos dos capitanes y ellos lo llevaron y entregaron á venecianos, y ellos al Rey de Francia, que había inviado por él. Desta manera el Rey de Francia ocupó todo el estado de Milán, por tener seguro el camino para ir á conquistar el reino de Nápoles, para lo cual aparejaba muy grande ejército por mar y por tierra en toda Francia, Borgoña y Bretaña, para pasar en Italia, como su predecesor había hecho. Esto era ya en el año de mil y quinientos años.

CAPÍTULO XXIII

De lo que el Gran Capitán hizo después que vino en España.

Pues llegado el Gran Capitán en España, como dijimos, no se puede decir la alegría con que los Reyes Católicos lo recibieron; que sabido por el Rey don Fernando que era desembarcado, dijo el Rey públicamente delante de muchos grandes y señores: «Mucha más gloria ha adquirido el Gonzalo Hernández á la corona de España, habiendo ganado el reino de Nápoles y dado á aquel su sobrino el Rey Federico, que nosotros en haber ganado el

reino de Granada y en haber echado á los moros de aquel reino y judíos, porque nosotros teníamos la guerra en nuestros reinos y cabe casa, y éramos socorridos de los grandes y vasallos de nuestros reinos, y en diez años que duró la guerra de Granada; y Gonzalo Hernández en tierra extraña, lejos de nuestros reinos; y los franceses eran tan naturales en Italia como en su mesmo reino, y los más Príncipes y potestades de Italia eran en favor del Rey de Francia, y siempre muy proveídos de todas las cosas necesarias y socorridos de gente de guerra, la cual tenían junto á Italía. El Gran Capitán mal proveído y tarde socorrido, y pocos contra muchos, y hubo la victoria dellos y los echó de todo el reino, y lo dejó pacífico al Rey Federico nuestro sobrino».

Otros muchos loores dijo dél que bien pareció salir de entrañas muy fuera de lisonja. No tenía en este tiempo, que el Gran Capitán estuvo en España, tanta renta para que pudiese igualarse con algunos señores principales de España, porque no había heredado de su padre sino poco, por ser don Alfonso Fernández de Córdoba y de Aguilar, su hermano mayor, el que había heredado el mayoradgo, mas con su estimación y valor se trataba como el mayor señor de España, así en el trato de su persona, casa y criados, como en las mercedes que siempre hacía. Porque entonces estaba contento y muy alegre cuando hacía merced á alguno. Pues habiendo algún día reposado, quiso la fortuna darle ocasión para que viesen en España su esfuerzo y prudencia; y fué que á los moros del reino de Granada les otorgaron los Reyes, cuando los sujetaron, ciertos capítulos, los cuales ellos de común consentimiento obedecieron; mas como son mudables y sin fundamento alguno, levantáronse y rebelaron poniéndose en armas en el Albaizín, que es en aquella cibdad una cosa y sitio muy fuerte y en él hasta diez mil vecinos. Tenían tratado en Africa con un Rey que esperaban que vernía de Berbería, el cual los había puesto en una vana esperanza de los socorrer y traer gente para renovar la guerra, y tornar como él les escrebía á ganar el reino de Granada; lo cual ellos tenían por muy cierto que vernía y los tornaría á su estado que antes tenían; porque habían desechado al Rey Muley-Bande-Halboazen.

CAPÍTULO XXIV

De lo que el Rey don Fernando hizo y encomendó al Gran Capitán el castigo de aquellos moros rebeldes.

El Rey don Fernando tuvo mucho cuidado pensando en qué pararía aquella rebelión y alboroto, y hizo llamamiento de los grandes así de Castilla como del Andalucía, que todos viniesen con la gente de caballo y de pie que pudiesen. Con que vinieron de Castilla el condestable, Marqués de Villena, Conde de Benavente, Almirante, Duque del Infantadgo, y otros muchos señores y caballeros, y de la Andalucía vinieron el Duque de Cádiz y Conde de Ureña, don Alfonso de Aguilar, su hermano, el Conde de Cabra, el Alcaide de los Donceles y otros muchos caballeros que concurrieron á aquel llamamiento. Adonde concurrieron gran número de gente de caballo y de pie. Fué dado el cargo por común consentimiento de todos al Gran Capitán, porque todos le obedecían como á la mesma persona del Rey.

El Gran Capitán comenzó á entender en el orden que se debía tener, y mandó á su hermano don Alfonso de Aguilar que llevase la avanguardia. Con palabras tan graves se lo mandó, que ni se acordaba ser su hermano, por usar del cargo que tenía. Tenía el Gran Capitán una virtud muy singular: que cuanto más le trataban y conversaban, en más le acataban y tenían; cosa á muy pocos concedida. Los moros, espantados y atemorizados de ver al Gran Capitán por caudillo de aquel ejército, al cual conocían mucho antes que fuese á lo de Nápoles, porque él había sido muy grande y la principal parte para que se ganase aquel reino de Granada, y juntamente ver el gran caudal de gente que traía; y aunque en aquel campo había muchos capitanes y muy sabios en las cosas de la guerra, tomaron tan gran temor de ver por General al Gran Capitán, que perdieron la vana esperanza de conseguir el suceso que de Africa esperaban. A los cuales fué el Gran Capitán, y los moros hubieron dello mucho placer, porque siempre habían conocido dél ser tan bueno y piadoso, aun con los enemigos en la paz cuanto ninguno y bravo en la batalla. El Gran Capitán les habló y les dió á entender el poco fundamento y vana esperanza sobre que fundaban su

rebelión. Pues como ellos conociesen á este tan claro varón y oyeron su razonamiento, todos se le echaron á los pies y se le encomendaron que él hiciese con los Reyes las condiciones que fuese servido; y luego se rindieron y vinieron á pedir perdón á los Reyes, y se entregaron á su servicio, y toda la cibdad quedó muy pacífica y sosegada como cuando más estuvo. Entonces vieron todos y los Reyes que igualmente ganaba los corazones de los enemigos con su humanidad y clemencia como con las armas, pues con sus palabras y razonamiento había atraído aquella gente bárbara á lo que gustó sin ningún derramamiento de sangre y de otros gastos que en las guerras suelen seguirse.

COMIENZA EL TERCERO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN, HIZO Á LOS REYES DE NÁPOLES Y FRANCIA.

CAPÍTULO I

De lo que el Rey Federico de Nápoles hizo, sabida la armada que el Rey Luis de Francia tenía aparejada para ir á conquistar el Reino de Nápoles.

Pues sabido por el Rey Federico de Nápoles cómo el Rey de Francia Luis XII había preso al Duque de Milán y tomádole todo aquel Estado, y tenia aparejado un muy grueso ejercito para ir á tomar el Reino de Nápoles, que su predecesor había perdido; visto también la liga y amistad que con venecianos había hecho, tuvo gran temor de perder su reino; y como hombre ingrato á los grandes beneficios que de los Reyes de España había recebido, que mediante el Gran Capitán le habían restituído en su reino, como la historia lo ha contado atrás, invió un embajador al Rey de Francia para que tratase con él que cesase de la jornada que quería hacer contra su reino y le moviese grandes partidos. Quieren decir que el partido era que le daría en cada un año tantos mil ducados de parias. Para ello le daría muy buenas plazas en aquel reino, de que estuviese seguro de la paga; y más le daría paso por su reino para si quisiese ocupar por guerra la isla de Sicilia, que por derecho antiguo dicen ser del reino de Francia, el cual está tres leguas de mar solamente de agua, que hay de Mesina en Sicilia á Rijoles en Calabria, con otros partidos que dijeron que le movía para conseguir su efeto; no mirando que si el francés ocupara la isla de Sicilia, que es de los Reyes de España, luego quisiera asímismo tomarle aquel reino de Nápoles. Y juntamente invió otro embajador á los Reyes de España, sus tíos, á les hacer saber la guerra quel Rey Luis de Francia duodécimo quería hacer á aquel reino de Nápoles, el cual si, lo que Dios no quisiese, él ganase, no se podría abstener sin que quisiese ocupar el reino de Sicilia, según la gran codicia desordenada de aquella gente; rogándoles muy afectuosamente le quisiesen ayudar, pues á ellos solos debía aquel reino, con otras palabras para les persuadir su intinción. Esto hacía él para después escoger el mejor partido que le contentase de los dos; mas sobre todo deseaba mucho quel Rey de Francia aceptase el partido que le movía, lo cual los dos Reyes Hernando y Luis luego supieron.

CAPÍTULO II

De lo que los Reyes de España hicieron después que supieron la toma de Milán y la prisión del Duque Ludovico, y el ejército quel Rey Luis de Francia tenía hecho para pasar á ganar el Reino de Nápoles.

Llamaron al Gran Capitán, al cual rogaron y mandaron aparejase luego el ejército que le paresciese en una muy buena armada, y se fuese con él á poner en Sicilia, para que si el ejército del Rey de Francia allá pasase, le hiciese la guerra, pues él solo había nacido para domar la soberbia de los franceses; que tenían por muy cierto, seyendo Dios servido y la mucha justicia que la Casa de Aragón á aquel reino tenía, y más yendo su persona, que los franceses si allá fuesen serían rotos, vencidos y muertos; cuanto más que ellos tenían por cierto que sabido por el francés que él estaba en Sicilia, que no pasaría allá. El Gran Capitán les respondió: que él esperaba en Dios y en su divina justicia y en la buena ventura de sus Altezas, de echar á los franceses de Italia, cuanto más del reino de Nápoles. El Gran Capitán puso luego por obra lo que le fué mandado, y con aquella su gran

providencia mandó aparejar una flota cual para aquella jornada convenía en el puerto de Málaga. Pues estando ya todo á punto, se despidió de los Reyes y se fué á embarcar á los cuatro días de Julio. Llevaba trescientos hombres de armas, trescientos jinetes, ocho mil infantes muy escogidos, mil y ducientos de caballo. Había en esta armada cuatro carracas de ginoveses bastecidas de todas las cosas necesarias para la guerra. La mayor dellas, que se llamaba la Camilla, era la capitana. Iban más treinta y cinco naos de carga, siete bergantines armados, más ocho galeras y cuatro fustas. Iban con el Gran Capitán muchos caballeros y muy generosos, de los cuales adelante se hará mención. Pues partido el Gran Capitán de la cibdad de Málaga, llegaron á la isla de Ibiza, adonde tomaron refresco, quel Virrey les dió por espacio de tres horas. Están cerca de allí dos islas llamadas el Toro y la Vaca, adonde se había recogido un cosario vizcaíno llamado Artache, que andaba cossario á toda ropa. Fué descubierto por Machinico, que iba delante de la armada descubriendo. Sobreste cosario fué Martín de Santpedro con dos naos y lo rindió y lo trajo preso antel Gran Capitán. Al cual el Gran Capitán lo hizo capitán de infantería; el cual dió muy buena cuenta de aquel cargo con mucho ánimo y industria, y la gente que consigo traía hizo alabarderos para guarda de su persona, y sirvieron muy bien su cargo.

De aquí se partieron y llegaron á Mallorca á los seis del dicho mes, víspera de Corpus Christi. Allí surgió el Gran Capitán y anduvo otro día en la procesión con mucha devoción, y acabada se tornó á embarcar. De allí fué la armada á Callar, en Cerdeña. Allí tomaron refresco que les dió el Virrey de Callar; tomaron la derrota de Mecina, en Sicilia, en el cual camino les sobrevino una gran calma, en la cual tardaron diez días, hasta que llegaron al paraje del volcán Lipari, adonde tomaron agua. Luego les vino muy buen temporal. Llegados á Sicilia desembarcaron en Mecina, cibdad principal de aquella isla, que, como dijimos, está tres leguas de Ríjoles, en Calabria. Tiene Mecina muy buen puerto y muy hondable, adonde llegan las carracas á tierra. Estaba en el aposento real el Conde de Gotisomo [1], que lo tenía en tenencia, el cual lo dejó al Gran Capitán y se pasó á otro aposento en la cibdad.

[1] Este nombre está enmendado y se lee mal.

CAPÍTULO III

De cómo Pedro Navarro, que andaba cosario por la mar, con tormenta, aportó á Ríjoles, y lo trujeron preso antel Gran Capitán.

Estando el Gran Capitán en Mecina le trajeron los vecinos de allí á Pedro Navarro, un cosario que con tormenta había allí aportado; el que después fué Conde de Oliveto, que andando cosario por la mar con tormenta había dado al través y había perdido toda su ropa. Solamente escaparon con él díez ó doce compañeros, por lo que todo lo otro con la carabela se había perdido. Sabido por el Gran Capitán la desgracia que le había sucedido, mandó que viniese adonde él estaba, y venido vió en él lo que adelante fué; y llegó á do el Gran Capitán lo recibió con mucho amor, haciéndole muy buen tratamiento, diciéndole no tuviese pena de lo pasado, que ninguna cosa había en el mundo más continua que aquellas mudanzas que vía y que por ventura era por mejor lo que había sucedido. Luego le mandó proveer de dinero, ropa, bestias y de todas las cosas necesarias, y dende á pocos días le hizo capitán de quinientos hombres infantes; en el cual cargo dió tan buena cuenta que fué promovido á mayores cargos, hasta que á suplicación del Gran Capitán los Reyes Católicos le hicieron Conde de Oliveto. En este tan fuerte varón y de tanta industria ensayó la fortuna su acostumbrada mudanza cuando ella quiere. Parecióse mucho este Pedro Navarro á Gayo Mario, capitán romano, porque entrambos fueron de oscuro linaje; que Pedro Navarro fué peraile en su mocedad, y Gayo Mario hijo de un carpintero, que andaba en los reales con su padre ayudándole á hacer y labrar la madera para el real. Pedro Navarro venció algunas batallas y tomó villas, cibdades y fortalezas, y vino á ser Conde de Oliveto. Después fué capitán del Rey de Francia y hizo cosas dinas de notar, y al fin murió viejo y preso en la fortaleza de Castilnovo, en Nápoles, y dado un garrote. Gayo Mario tuvo guerras civiles con Lucio S la; fué siete veces cónsul, triunfó de los suizos y tudescos, prendió á Iugurta y triunfó dél, y al fin murió pobre y desterrado. En su lugar haremos mucha mención deste Pedro Navarro.

CAPÍTULO IV

Cómo estando el Gran Capitán en Mecina fué en ayuda de venecianos que iban á socorrer á Modón, en la Morea, que la tenían cercada turcos.

Estuvo el Gran Capitán en esta cibdad de Mecina dos meses, que fueron Agosto y Setiembre, proveyendo todas las cosas necesarias para la guerra, en cabo de los cuales el Papa Alexandre que, como atrás dijimos, era Vicario en la Iglesia de Dios, invió al Gran Capitán una bula con muchas indulgencias, rogándole muy afectuosamente fuese en ayuda y socorro de venecianos, que habían ido en el socorro de Modón, una cibdad y fortaleza muy fuertes que aquella Señoría tenía en la Morea, que fué llamada antiguamente Peloponeso, que es en Grecia cosa muy importante á la cristiandad; á la cual tenían cercada los turcos, y la tenían puesta en mucho aprieto, por los desinos que atrás dijimos, que Bajaceto, gran turco, hacía por apartar al francés de la liga de venecianos. Y á este mesmo tiempo tuvo el Gran Capitán ruego y mandato de los Reyes Católicos para que fuese á hacer aquel socorro con venecianos en aquella jornada.

CAPÍTULO V

Cómo el Gran Capitán partió de Mecina en fin del mes de Setiembre del dicho año de mil y quinientos años.

Dejó en Sicilia mucha gente de guerra y los más caballos que había traído. Iban por pilotos Juan de Lezcano, Riarán, Martín de Sant Pedro, aunque en esta armada iba por principal piloto un siciliano llamado Juan de Valdaya, que pasaba de ochenta años, los cuales había gastado en aquellas mares de Levante.

Partido, pues, que fué el Gran Capitán, la primera escala fué á una isla que aquella Señoría á la entrada del mar de Venecia tienen, que se llama Corfú, adonde estuvieron un día y una noche. Otro día partidos de Corfú, estando el tiempo muy sosegado, dijo á grandes voces Juan de Valdaya que volviese la armada al puerto de Corfú, porque una tormenta que vernía presto no los tomase fuera del puerto, porque la tempestad que aquella noche habia de venir los anegaría á todos; porque yo he visto tales señales que si Dios no lo remedia ha de haber gran tormenta. La armada se volvió al puerto á esperar la tempestad que aquel piloto prenosticaba. Vueltos al puerto, aquella noche hubo tan gran tempestad que todos pensaron de perecer, que parecía que todo el mundo se hundía; porque no solamente era la tempestad de la mar, mas aun del cielo; porque cayeron muchos rayos, y algunos dellos dentro de la armada, y hicieron pedazos dos mástiles.

Otro día por la mañana tornáronse á partir de Corfú y llegaron á la isla de Lepanto, adonde estuvo la armada con muy gran tempestad que hubo. Fueron allí muy bien recebidos de los griegos de Lepanto. Fueron á la isla de Yacanto, que es asimesmo de venecianos. Aquí se casan los clérigos. Partido desta isla vino un bergantín en que le avisaban cómo la armada veneciana se volvía á Yacanto, porque los turcos les habían ganado á Modón.

CAPÍTULO VI

De cómo los turcos tomaron á Modón, y lo que el Gran Capitán hizo sabido esto.

Ya hemos dicho atrás cómo avisado Bajaceto, gran turco, por Ludovico Sforcia, Duque de Milán, y por florentines, mandó hacer un ejército por tierra de ciento y cuarenta mil hombres, á los cuales mandó que por mar y por tierra cercasen á Modón en la Morea. Diéronle muchos combates y fué defendido con grande esfuerzo, porque muchas veces le batieron el muro con la artillería y les entraron; y tantas veces fueron lanzados fuera con muerte de muchos turcos, y eran tantos los turcos muertos en los combates, que estaban los fosos llenos dellos. La flota de los venecianos que allá estaba no era parte para con la de los turcos, porque era muy menor en gran desigualdad. Sabido esto por los venecianos inviaron muy gruesa armada para los socorrer, y tras ellos el Gran Capitán, como hemos dicho. Habían ido delante Valerio Marcello y Baptista Polano con provisiones y socorro. Tras estos fué la otra armada, con la cual iban Juanes Mary Petro y Alexandre Rocio, natural de Corfú. Estos que á la postre llegaron con las velas tendidas teniendo el viento en popa entraron por medio de la armada del turco á su pesar á meter mantenimiento á los suyos, y munición y gente; mas no pudieron tomar puerto porque los de la

cibdad lo habían cegado por que los turcos no lo ocupasen. Los de dentro, viendo el socorro que tanto deseaban, y de que tanta necesidad tenían, y visto que estaban junto á la muralla, porque lo tomasen antes que la armada de los turcos los estorbasen, acudieron allí no solamente de la cibdad, mas los más, dejadas las estancias adonde estaban en el muro, acudieron allí con tan grande alegría y codicia del socorro, que dejaron las más partes el muro sin guarda ni defensa.

Los turcos, conociendo la ocasión que la fortuna les ofrecía, supiéronse aprovechar della: subieron al muro y entráronles la cibdad. Fué entre ellos y los de la cibdad gran pelea; mas como los turcos eran muchos más, venciéronlos y mataron á los más, así griegos como venecianos, saquearon la cibdad y la pusieron en su obediencia. Luego viendo la ocasión fueron sobre Corrón, y aunque los de dentro pelearon como varones, no siendo socorridos se rindieron y los turcos la ocuparon.

CAPÍTULO VII

Lo que venecianos y Gran Capitán hicieron sabido la toma de Modón y Corrón.

En este tiempo murió de su muerte natural Melchior de Treviso, que era capitán general de la armada veneciana; en lugar del cual fué proveído Benedito de Pesaro, el cual fué pensando hacer algún mal á los turcos. Los cuales sabido quel Benedito iba sobre ellos, y el Gran Capitán, dejando aquellas plazas bien proveídas alzaron el cerco que tenían sobre Nápoles de Valmasia, en la mesma Morea, y fuéronse en gran priesa á Negro Ponte. El Pesaro fué tras ellos pensando les hacer algún daño; ellos se metieron en el arcipiélago, y Pesaro les fué dando caza y les tomó veinte y tantos navios. Los turcos, con los que pudieron, se fueron á Constantinopla. Visto esto por el General de venecianos se volvió á la isla de Yacanto á se ver con el Gran Capitán, que lo estaba allí esperando, porque el Pesaro se lo había inviado á suplicar le esperase allí. Pues yendo el Gran Capitán camino de Modón á se hallar en el socorro, como atrás dijimos, fué avisado de cómo ya aquellas plazas eran perdidas, que su señoría se volviese á Yacanto y que allí los esperase. El Gran Capitán se volvió al puerto de Yacanto y allí esperó á los venecianos.

Estando en este puerto, Juan de Lezcano descubrió una carraca que andaba muy mal tratada de la mar, y fué allá Diego de Vera á saber quién venía en ella; y vuelto dijo cómo venía en ella el Conde de Ruán, capitán del Rey de Francia, que yendo con tres carracas en socorro de venecianos, con el tiempo contrario, habían perdido las dos, y aun aquella en que él venía no estaba muy lejos de hacer lo mesmo. El Gran Capitán le invió á rogar se viniese á aquel puerto, que allí se remediaría de todo lo necesario que hobiese menester, lo cual el Conde hizo. Y venido, el Gran Capitán lo recibió muy bien, porque fué el Gran Capitán el hombre del mundo que mejor sabía hacer honra á todos; porque cuanto era bravo en las batallas, tanto manso, sufrido y honrado de todos fuera dellas, y mandó poner la carraca francesa en el mejor lugar del puerto. Mandó el Gran Capitán que á todos los franceses con el Conde se les hiciese un gran banquete; y fué tal que, acabado la cena, fué necesario llevar al Conde y á los suyos en brazos á su carraca, muy sin cuidado de la tormenta pasada.

CAPÍTULO VIII

Cómo los venecianos se vinieron para el Gran Capitán al puerto de Yacanto, y lo que allí concertaron.

Llegados, pues, los venecianos al puerto de Yacanto, adonde habían inviado á suplicar al Gran Capitán les esperase, juntáronse allí las dos armadas española y veneciana, á los veinte y siete días de Octubre del dicho año de mil y quinientos años. Llegados los venecianos al puerto, como su armada viese la carraca del (Conde) tener el mejor lugar del puerto, hicieron á sola ella la salva, y sola ella respondió. Visto por los vizcaínos que la armada veneciana á sola la carraca francesa había hecho la salva, y no á la Camila, que era la capitana, atacaron la artillería con pelotas de hierro y pusiéronse á punto para pelear con venecianos, por la mala crianza que habían tenido. Sabido esto por el Gran Capitán trabajó por los aplacar, mas ninguna cosa con ellos aprovechaba, principalmente con Juan de Lezcano y Riarán, que estaban muy sentidos. Visto por los venecianos lo mal que lo habían hecho, aunque se excusaban que porque habían visto aquella carraca estar en el

mejor lugar del puerto, se tornaron á salir fuera y tornaron á entrar en el puerto, y hicieron la salva á la Camila y fueron con mucha artillería respondidos.

Otro día se juntaron en la Camila los venecianos con su general Benedito de Pesaro, y después de les haber dado muy suntuosa colación, les dijo cómo él tenía mandato de los Reyes de España, don Fernando y doña Isabel, para que su persona y de toda su gente se empleasen en servicio de aquella Señoría; que él quisiera mucho llegar á tiempo para poder venir á las manos con los turcos; mas, pues, á Dios así le había placido, que aquello tuviesen por mejor; y pues aquello no se pudo efectuar, viesen lo que más les les contentase, que aquello haría. El Pesaro contó al Gran Capitán todo lo pasado, según que arriba lo contó la historia. Asimesmo le contó como Bajaceto les había ganado á la isla de Chafalonia, que está en la entrada del mar de Venecia, una cosa la más importante á aquella Señoría, y que tenían la principal fuerza muy fortalecida así de bastimentos, municiones y todas las cosas tocantes á la guerra como de setecientos geníceros, que son el principal caudal del turco, escogidos en su guarda; y la fortaleza está puesta en una peña viva y por industria muy fuerte. La isla es muy fértil y muy abundosa de todas las cosas, principalmente de aguas muy buenas y muchas. Tiene dos puertos muy buenos y es muy necesaria para sus tratos, y más habiendo perdido á Modón y Corrón. En este tiempo la armada turquesa se fué para Calípulo, y de allí á Costantinópoli, pues como los venecianos deseasen cobrar aquella isla por la necesidad de las armadas que aquella Señoría invió cada año á Jerusalen y Siria, recibirían mucho daño de aquella isla si en poder de los turcos quedase, y más desde allí harían muy gran daño á las provincias de Pulla y Calabria, por estar tan cerca. De aquesta isla fué rey y señor Ulises, aquel astuto capitán de los griegos y de Atica, que agora llaman Sancta Maura.

CAPÍTULO IX

De cómo las dos armadas española y veneciana fueron sobre la isla Chafalonia, y lo que hicieron.

Partidas las dos armadas fueron á desembarcar á la dicha isla sin que hallasen resistencia alguna. Es un puerto desta isla, es muy bueno, porque entran á él por una canal y están las naos muy seguras. Está la fortaleza algún trecho del puerto. Proveyó el Gran Capitán que su armada guardase aqueste puerto, porque á los turcos no pudiese venir socorro. Luego otro día descubrió la armada española ocho fustas, que traían á los turcos provisiones y municiones, y otras muchas cosas para sostener el cerco. Fué contra ellos Riarán y Astroguiça. Fueron luego tomadas y traídas al puerto. Pues llegadas las dos armadas, cada una tomó su sitio y aparejaron todas las cosas necesarias para dar el asalto; mas antes quiso el Gran Capitán inviar dos embajadores de su campo al capitán de los turcos, que se llamaba Cisdar. Era de nación albanés; un hombre de grande esfuerzo y mucha industria, y mucha expiriencia en la guerra. El un embajador fué el capitán Gómez de Solís, comendador que fué de la Orden de Santiago, muy valiente y de grande ánimo, y en las cosas de la guerra muy diestro, que después mostró bien en la guerra de adelante su esfuerzo y grandeza de ánimo. El otro fué micer Pucio, italiano, capitán de las galeras. Por los cuales les avisaba que los soldados viejos de España, ejercitados en las guerras pasadas, que habían vencido á los moros de su seta, así en España como en Africa, habían venido allí en socorro de venecianos, y que les aconsejaban entregasen luego aquella fuerza y isla; que les daban licencia para se poder ir salvos y seguros adonde quisiesen; mas que si querían todavía probar las fuerzas, esfuerzo de los fuertes españoles y esperar la muy espantosa artillería, que después hallarían cerrada la puerta á perdón y á piedad alguna. Cisdar aquel capitán los recibió con muy buenas palabras y mucha cortesía, y les respondió desta manera: «Señores cristianos, yo y todos los turcos que en esta guarda estamos, os tenemos en gran merced el comedimiento y voluntad con que nos avisáis, y que harto oscuro y de poco saber sería quien no supiere las guerras que los españoles han hecho y su grande esfuerzo en las armas en servicio de su Rey, y en las guerras de Nápoles contra franceses. Mas nosotros estamos determinados, no sólo de defender aquesta isla y fortaleza, mas de ganar más adelante en servicio de Bajaceto; y cuando la fortuna otra cosa quisiere hacer, nosotros

vengaremos tan bien nuestras muertes, que el que la victoria llevare, la lleve bien sangrienta, y ganaremos gloria de varones constantes y que supimos bien emplear nuestras fuerzas. A lo menos no seremos vencidos jamás, porque muriendo, habiendo hecho nuestro deber, no nos podremos llamar vencidos, cuanto más trayendo cada uno de los mortales escrita su suerte en la frente buena ó mala la que ha de haber; y desta causa no nos espantamos de las amenazas que vuestro Gran Capitán nos hace. Mas le decid que yo tengo aquí de la guarda de Bajaceto setecientos geníceros que ninguno dellos tiene la vida en nada en comparación de la gloria que gana haciendo su deber. Decid á vuestro capitán que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil flechas, con las cuales peleando animosamente ó mataremos á nuestros enemigos ó vengaremos nuestra muerte, si acaso no pudiéremos hacer más». Al cual respondió el Solís, y le dijo: «Cisdar, no está la valentía de los hombres valientes en emprender las cosas que parecen ir fuera de toda razón, porque esto antes á temeridad que no á esfuerzo se ha de atribuir; porque otra cosa es pelear con hombres valientes y animosos, que no con gente bárbara y desarmada de suyo vencida, como son las gentes que vosotros por armas habéis sujetado. Aun no sabéis el ánimo con que los españoles acometen á sus enemigos, y la constancia con que perseveran en la batalla, y cómo siempre les van creciendo las fuerzas hasta acabar de vencer á sus enemigos, y cómo no saben volver atrás jamás. Si tú, Cisdar, tienes ganas de morir, lleva adelante esta empresa, que sin duda cumplirás tu deseo». Cisdar le replicó: «Señor capitán, de una cosa seréis cierto: que si Dios os diere la victoria, que pocos de mis geníceros llevaréis vivos». Y dicho esto, invió por el capitán Gómez de Solís un muy fuerte arco dorado al Gran Capitán y un carcax dorado lleno de saetas.

CAPÍTULO X

De lo que las dos armadas hicieron contra los turcos, y como los combatieron.

Los venecianos traían mucha y muy buena artillería en que había muy buenas piezas de bronzo; basiliscos que echaban pelotas de hierro que pasaban más de ocho pies de muralla y desbarataban todo lo que los turcos tenían reparado detrás del muro. Pues las dos armadas partieron del puerto y fueron sobre la fortaleza. El Gran Capitán llevaba la avanguardia, en la cual iba un caballero húngaro, á quien el Gran Capitán mandó dar quinientos infantes. Era un caballero de grande esfuerzo y él había suplicado al Gran Capitán le dejase ir en la delantera. Pues subiendo este caballero con su gente, así húngaros que consigo había traído como los otros que le habían dado, salieron de la fortaleza hasta cuatrocientos geníceros, que estaban puestos en celada y salieron de través; y fué entre ellos una gran batalla y muy reñida. Porque como los turcos eran geníceros, que son cristianos renegados, y son, como dijimos, todo el caudal del turco, los cuales mostrando alguna flaqueza, por pequeña que sea, tienen muy más cierta la muerte y más cruel que la que allí pudiesen recebir de sus enemigos, peleaban con grande ánimo, y más quel gran turco Bajaceto los había escogido en toda su milicia, y así en general como en particular les había encomendado aquella plaza. Los quinientos españoles, por ser aquella la primera cosa y á vista del Gran Capitán y de los venecianos y ser contra infieles, peleaban con tanto esfuerzo que los turcos estaban espantados, que les parecía que eran más que hombres. Estuvo en peso gran rato la batalla, adonde se hicieron grandes hechos en armas. Aquel caballero húngaro hizo aquel día grandes cosas en la batalla por su persona, socorriendo á las mayores necesidades. Tanto se metió entre los turcos que peleando como varón fué muerto. Visto por sus criados á su señor muerto, lo tomaron y ataron á dos picas por los brazos y por los pies, y lo tomaron en los hombros y lo trajeron en la batalla, y en la delantera, y junto con él su seña. Los españoles apretaron con tanto ánimo y constancia á los turcos, que, con muerte de entrambas partes, por fuerza los embarraron hasta el rebellín de la fortaleza, y pusieron las banderas en el sitio que antes habían señalado, adonde aquel caballero húngaro había mandado que vivo ó muerto le pusiesen. Los turcos se recogeron con pérdida de algunos muertos y otros heridos y no tan bravos como antes estaban.

CAPÍTULO XI

De cómo otro día les dieron asalto, y lo que ellos hicieron.

Luego otro día les dieron la batería ambos ejércitos con la artillería, en que se tiraron aquel día mil y quinientos tiros. Mas los turcos tenían hechos tantos reparos y tan fuertes, que se les hizo poco daño, aunque les derribaron algún lienzo del muro; mas ellos lo tenían tan reparado que no le pudieron entrar. Traían los venecianos entre otros tiros gruesos uno que llamaban basilisco, hecho en tres piezas. Tiraba al día dos ó tres veces; no llegaba á poste que no lo horadaba. Este les derribó gran parte del muro; mas los turcos lo rehicieron con tanta presteza, que apartaron á los españoles y venecianos afuera. Tenían los turcos puestas y repartidas las estancias por sus cuarteles. Fué puesta pena de muerte al que se mudase del cuartel ó hablase con otro. Tiraban de continuo los turcos mucha artillería. y tanta furia de saetas, que el campo y tiendas estaban llenos dellas, y era la crueldad mayor porque estaban enerboladas de una pequeña herida que por poca sangre que saliese morían los soldados. De la cual murió don Sancho de Velasco, un valeroso mancebo pariente del Condestable don Bernardino de Velasco, capitán de infantería. Luego los venecianos hallaron remedio para aquellas heridas.

La fortaleza de Chafalonia, como dijimos, está hecha sobre una peña viva, y así por la aspereza como por todo lo que se había derribado de los muros, con gran trabajo se podía subir á ella. Mas los españoles con grande ánimo subían, y llegados arriba, contra turcos peleaban con ellos valerosamente. Los turcos los echaban aceite herviendo y fuego, saetas y piedras. Tenían hecho un artificio los turcos que se llaman lupos, que era un garfio de hierro muy recio, que echándolo abajo, al soldado que cogían por embajo de las corazas ó del arnés ó de la ropa, lo subían arriba sin lo poder remediar los compañeros, ni con algún artificio; con el cual subieron algunos soldados, y entre ellos pudieron coger á don García de Paredes, aquel que después fué uno de los más valerosos soldados que en todo el campo hubo. Y llegado sobre el muro, peleando con los turcos se libró y á ellos hizo mucho daño y mató muchos dellos, que ya á los turcos les había pesado por lo haber subido arriba. Salían muchas veces los turcos de noche, porque con la escuridad estaban seguros de la artillería, y tiraban tanta lluvia de saetas al real, que hacían mucho daño, y estuvo en harto peligro el Gran Capitán, que todo el real estaba lleno dellas.

CAPÍTULO XII

Del remedio que el Gran Capitán hizo contra los turcos, con lo que más sucedió en aquel combate.

Visto por el Gran Capitán este peligro, proveyó con aquella su gran providencia un remedio muy provechoso y fué éste. Mandó hacer una trinchea muy cerca en derecho de la puerta, y la rodeó de artillería, que estaba asestada al paso por donde habían de salir; de suerte que los turcos eran antes muertos de la artillería que llegasen al lugar adonde solían tirar las saetas. Con este remedio se atajó aquel daño que los turcos solían hacer. De esta trinchea hizo capitán á Pinelo, un muy valiente soldado, el cual dió muy buena cuenta dello. Los turcos probaron á salir dos ó tres veces, según otras veces acostumbraban; á los cuales la artillería con una muy grande ruciada castigó de arte que todos los que salieron, no volvieron más á la fortaleza.

El Gran Capitán otro día les dió á los turcos otro asalto y fué desta manera. La infantería española llevaba la avanguardia y tras ella los caballos ligeros, asímismo españoles á pie, y el Gran Capitán llevaba la retaguarda con los hombres darmas de España asimismo á pie. Llegó nuestra gente á pelear con los turcos por aquel muro que la artillería había derribado, con la artillería veneciana y española, que nunca dejaban de tirar. Pelearon gran pieza valerosísimamente de ambas partes, los unos por les entrar, los otros por los defender. Fué tanta la resistencia de los geníceros que aquel día en ninguna manera les pudieron entrar. Visto por el Gran Capitán lo poco que en aquel combate aprovechaban, mandó que se retirasen afuera y que se volviesen al real. Fueron heridos aquel día con cantos y flechas y otras machi-

nas y ingenios seiscientos soldados españoles. En este tiempo los venecianos no pelearon, porque así estaba concertado. El Gran Capitán quería gastallos poco á poco, porque más quería conservar la vida de un soldado que matar cien turcos.

CAPÍTULO XIII

De cómo los venecianos solos con su gente combatieron á los turcos, y lo que con ellos pasaron.

Los venecianos entraron otro día en consejo sobre lo que se debía hacer, y todos fueron de voto y parecer que ellos sin los españoles diesen el otro asalto. Lo cual notificado al Gran Capitán él trabajó de lo estorbar cuanto pudo, mas nunca aprovechó nada; lo primero, por estar determinados, como porque tuvieron por cierto que con aquel asalto los conquistarían. Pues determinados en su desino, otro día por la mañana tocaron á el arma y comenzaron á subir en muy buena ordenanza para el castillo con muy grande ánimo y voluntad. Visto por los turcos desde la fortaleza que solos los venecianos los subían á combatir, salieron fuera del rebellín á los recebir, con tan buena voluntad como ellos traían. Los unos y los otros pelearon valerosísimamente. Los venecianos que en este combate se hallaron, fueron dos mil hombres. Pelearon con tanto ímpetu y esfuerzo, que muchas veces los metieron por el rebellín, y otras tantas los lanzaron los turcos fuera; hasta tanto que los venecianos, con muerte de muchos y heridos, no pudiendo más sufrir, se retiraron del combate mal de su grado, y así se volvieron al real tratando muy mal de palabra á Sant Marco su patrón, cuyo cuerpo está todo entero en Venecia, porque así los había olvidado en tan gran necesidad, y con decir mal del santo les parecía que quedaban satisfechos.

CAPÍTULO XIV

De la grande necesidad quel ejército del Gran Capitán padeció en este tiempo, y de cómo fueron socorridos por voluntad de Dios.

En este tiempo padeció el ejército del Gran Capitán muy gran necesidad de mantenimientos, que no habían podido venir por el tiempo contrario; que había más de quince días que no comían sino raíces y carne de bestias, que habían quedado en la isla y otras sabandijas del campo; y á la mesa del Gran Capitán y de aquellos caballeros se comía bizcocho muy vellaco, de lo que estaba dañado y desechado en las naos, y yerbas. Había tanta necesidad, que murieron cuatrocientos hombres de hambre en el real; porque Riarán y Herrera, que habían ido á Calabria por mantenimientos, habían tenido tormenta y no habían podido venir. En todo este tiempo jamás el Gran Capitán quiso que se descubriese su necesidad al campo de los venecianos, antes quiso que se sufriese cualquiera necesidad que no mostrar tenerla ellos.

Pasados, pues, dos días que los venecianos habíanse ido rotos y maltratados de los turcos, mandó el Gran Capitán á sus españoles que para otro día todos estuviesen á punto, que les quería él combatillos, que era víspera de Navidad. Ordenó de los dar el asalto por tres partes: el uno por la estancia que sobre ellos tenía, el otro por el espolón que llaman, el otro por otra banda que le pareció muy importante. Para ello, en el espolón mandó poner á Juan de Lezcano con una escuadra de vizcaínos; en la otra estaba mosén Hoces con otra escuadra de soldados. El Gran Capitán les hizo un ardid y fué éste: que los desveló toda la noche desta manera, Hizo poner cerca del muro quinientos arcabuceros en hileras de ciento en ciento, y que los ciento arremetiesen al muro acometiéndolos como que les querían dar asalto; á los cuales acudían los turcos, y pareciéndoles que estaban libres de aquel rebato, acudían los otros ciento y dábanles otra refriega que les hacían tornar á defender su cuartel. Desta manera los tuvo toda la noche desvelados. Venida, pues, la mañana, había hecho poner un tiro grueso en un cerro que señoreaba la fortaleza; y como descubriese que la gente estaba sosegada del trabajo de toda la noche, para que tirando aquel tiro fuese señal del reposo de los turcos, había mandado el Gran Capitán que cuando aquel tiro oyesen, todos acudiesen al asalto y que ó morir todos ó tomar la fortaleza había de ser uno. Pues estando todos esperando la señal, aquel que tenía aquel cargo, como vió que todos los más se habían retraído á descansar, soltó aquel tiro.

CAPÍTULO XV

De cómo los españoles pelearon con los turcos y les tomaron la fortaleza con muerte dellos.

Los españoles, oída la señal, acudieron tan de presto y con tanta furia á sus reparos, y con tanta fuerza y esfuerzo, que, sin podérselo estorbar los turcos, echaron un puente desde sus reparos á los de los turcos, así por la parte que iba el Gran Capitán como por la del espolón, adonde dijimos estar Lezcano con cierta escuadra de vizcainos, y asimismo por la que estaba mosén Hoces. Aquí pasó la más brava batalla que jamás se oyó ni vió de tantos por tantos; porque los turcos sabían de cierto que los que vivos quedasen habían de ser muertos de más cruel muerte que la que los enemigos les podían dar, perdiendo aquella fuerza que tanto le importaba en sostenella y que con tantos ruegos se la había encomendado el gran turco. Peleaban más que hombres humanos. Los españoles habían deseado mucho aquel día, que los acometieron con mucho ánimo y presteza; y fué tanta la constancia con que perseveraron en la pelea, que los geníceros no los pudiendo sufrir se retrajeron dentro de la fortaleza, y juntamente entraron envueltos con ellos los españoles.

El primero que subió por el escala fué don Alonso de Sotomayor, hijo del Conde de Camiña, á quien rogó muy ahincadamente don Diego de Mendoza, que después fué Conde de Melito, hijo del Cardenal don Pedro González de Mendoza, que después hizo cosas muy señaladas en armas, le dejase subir delante. El cual le dió aquel lugar, y subiendo y sufriendo mucho trabajo, le dieron un esguinazo que le quebraron los dientes; mas al fin, él y don Alonso y el Comendador Solís y otros caballeros delanteros hicieron aquel día cosas muy señaladas en armas. Pues de don García de Paredes no se puede decir lo que aquel día hizo. Hicieron aquel día cosas muy señaladas en aquella batalla el coronel Villalba, que después alcanzó nombre de valeroso soldado, y Pizarro y Carlos de Paz y su primo Pedro de Paz. Duró grande espacio la pelea. El Gran Capitán, sin consultar con la razón aquella hora, andaba con los turcos envuelto, haciendo de lo que suele; que fué causa que muchos hiciesen más de lo que sus fuerzas y ánimo bastaban. Puédese creer, según yo oí decir á Diego García de Paredes, que su persona del Gran Capitán fué aquella hora causa para que los turcos perdiesen todo el ánimo que tenían, aunque trabajaron más que hombres; mas ni las fuertes murallas, ni los grandes reparos que tenían hechos, ni las grandes y muy fuertes trincheas hechas por de dentro, ni la constancia de los bárbaros, pudieron ser parte para estorbar la furia ni valentía de la infantería española, que con grande presteza no pusiese las banderas en lo alto de las murallas y no dejasen á vida á todos los turcos, que fortísimamente peleaban. Ya no había más de ochenta turcos, que los trecientos que habían quedado, todos murieron en el combate, sin quedar ninguno de aquellos trecientos.

Pues visto por los españoles que tan pocos turcos se les defendían tanto, y al Gran Capitán tan determinado de acabar aquella jornada y á su persona tan adelante en aquel peligro, apretándolos con tanto esfuerzo que solos, como dije, quedaron ochenta de los heridos y enfermos, que ninguno quedó que pudiese tomar armas, y pesándoles por que vivían; no se puede creer lo que Cisdar, capitán de los turcos, hizo aquel día. Sin duda vendió bien cara su muerte, como al Solís lo había prometido; que delante de sus turcos hizo cosas dinas de memoria. El Gran Capitán quisiera mucho lo tomaran vivo, mas él peleó de manera que no se pudo hacer.

CAPÍTULO XVI

De dos milagros que Dios nuestro Señor hizo por el Gran Capitán estando en el cerco de la isla de Chafalonia.

Estando el Gran Capitán en la tienda, antes de dar la batalla, de rodillas, arrimado á su cama, rezando sus devociones y encomendando á Dios los hechos de la guerra, durmióse un poco, y aparecióle una cosa sancta y le dijo: «Recuerda, Gran Capitán, y pon luego remedio; porque los turcos tienen hecha una mina que viene á dar á tu real tienda; porque traen mucha pólvora para lo efetuar». El Gran Capitán se hincó de rodillas y hizo su oración, y quedó aquella tienda con gran suavidad de olor; y luego invió á llamar á micer Antonelo y á Pedro Navarro, que de aquello sabían mucho. Y sabido del Gran Capitán adonde aque-

lla cosa santa le había señalado, fueron y hicieron una contramina, y atajaron ciertos turcos que traían muchos barriles de pólvora, que si se tardara un cuarto de hora que no fueran avisados, á todos pusieran fuego. El Gran Capitán mandó hacer grandes plegarias, dando gracias á Dios por la merced que les había hecho por su gran misericordia, diciendo que aunque eran pecadores que tenían su verdadera creencia y fe, con otras palabras de gran cristiano. En tiempo deste valerosísimo Gran Capitán el nombre de Dios y de su bendita Madre y de los Santos era siempre alabado y no blasfemado como en otras guerras se solía hacer; en tanto grado, que daba cada día á Coello, capitán de infantería, un ducado por que no dijese mal á Dios, porque era muy buen soldado.

El otro milagro fué que habiendo el Gran Capitán ganado la fortaleza y cibdad de la Chafolonia, mandó poner en la torre más alta della la semejanza de la Cruz de nuestro Redentor y el guión del Rey de España con las armas reales de aquel reino, que eran de damasco blanco. Luego mandó llamar al Pesaro y le mandó entregar aquella plaza y la fortaleza, y luego mandó quitar las armas reales y poner las armas de Sant Marco. Allí les ofreció su persona y todo su ejército, cada que la Señoría y pueblo veneciano lo hubiese menester; porque así tenía mandato de los Reyes de España. Ellos le dieron las gracias de parte de aquella Señoría, agradeciéndole mucho el gran trabajo que en aquella jornada habían pasado, con otros muchos loores en que lo ensalzaban hasta el cielo.

Despachado esto, el Gran Capitán se volvió al puerto á do había dejado su armada. Ya había quince días que en todo su campo no se comía pan ni bizcocho, bueno ni malo, sino raíces y algunas habas y ajos, y la carne que pudiera haber de los asnos que en la isla habían quedado. No menos hambre sintió en este tiempo el ejército del Gran Capitán, que sufrieron los vecinos de aquella gran cibdad de Sagunto, que agora es Monviedro, estando cercados por Aníbal, capitán de los cartagineses; sino que aquellos los acabó la hambre, y á los españoles les proveyó Dios del remedio que él suele. Y fué desta manera. En la banda adonde estaba la armada del Gran Capitán amaneció otro día de mañana buena parte de la mar cubierta de avellanas: los de la flota, con los barcos y esquifes comenzaron á coger dellas y trajeron al real, de que todos comieron muy abundantemente y les sobró para otros días, hasta que llegaron con los mantenimientos que traían de Calabria y Antioquía, con otra nao cargada asimesmo de mantenimientos de Sicilia. Súpose, por cosa cierta, que yendo una nao cargada de avellanas de Génova á Alejandría, con tormenta, fué á dar al través á la isla de Lepanto, y salvóse la gente que en ella iba; y las avellanas aportaron al puerto de Chafalonia á do estaba la armada del Gran Capitán. Luego que vinieron los mantenimientos se partieron para Sicilia; y llegando la armada obra de veinte leguas de Sicilia vino un temporal tan contrario que todas las naos fueron esparcidas, que ninguna pudo seguir á otra. La capitana, adonde el Gran Capitán iba, aportó á Zaragoza, otras á diversos puertos y otras á Ríjoles, en Calabria.

CAPÍTULO XVII

De lo que el Gran Capitán hizo en llegando á Sicilia, y de un presente que la Señoría de Venecia invió al Gran Capitán.

Llegó el Gran Capitán á Zaragoza á los veinte y dos días de Enero, que fué en el año de mil y quinientos y un años. Tomó luego residencia á mosén Margarite y dió el cargo á Luis Pixón y detúvose en aquella cibdad, porque la gente refrescase del trabajo pasado, así del que en Chafalonia habían sufrido como en la tormenta pasada; porque fué el Gran Capitán el que más de cuantos hemos leído y visto que más trabajó de conservar á los soldados y contentallos cuando se ofrecía tiempo, y que mejor los ariscase y ofrecía al peligro cuando el tiempo lo pedía.

Estando el Gran Capitán en la cibdad de Zaragoza, vino allí Gabriel Mora, un veneciano de las principales personas de aquella Señoría. Venía de parte del senado y pueblo veneciano á dar las gracias al Gran Capitán del gran beneficio y merced que dél habían recebido en les haber restituido de poder de los bárbaros aquella cibdad y fortaleza de Chafalonia. Trújole de parte de aquella Señoría un muy rico presente, en que, entre otras cosas, había muchas piezas de oro y plata muy labradas, que la labor era de muy gran precio; las cuales habían sacado de su tesoro, y en

cada pieza venían figuradas las armas de Sant Marco; más una arca de pieles de martas y con aforro de martas blancas de gran valor, que hasta entonces no se había visto otro tal; más dos arcas de cera blanca labradas con oro, que fué estimada en gran precio; más una caja de olores y confeciones traídas de Alejandría y Cairo; más muchas piedras y perlas de gran valor; más le inviaron muchas telas de brocado y sedas de diversas maneras y muy ricas. Más le inviaron carta de gentilhombre de Venecia, que es una dinidad la cual aquella Señoría suele dar á las personas que le hacen algún servicio ó honra; y es que cuando reciben de alguna persona la tal obra que merece ser galardonada, asiéntanle en sus libros en cada un año tanto salario cuanto él tenía de estado y costa al tiempo que les hizo aquel servicio; porque la fortuna en ningún tiempo pueda abajarlos á peor estado y más bajo que estaba cuando les hizo el tal servicio. Así le fué situado al Gran Capitán, aunque él jamás lo quiso llevar, seyendo siempre requerido con él. Más le señalaron sitio y lugar para le hacer una casa que tuviese en aquella cibdad, en lugar adonde no acostumbra aquella Señoría dar un palmo de tierra por diez mil ducados; hiciéronlo de su Consejo, y la principal dinidad de aquel Senado.

El Gran Capitán lo recibió y les invió las gracias dello. Inviaron diez mil ducados para repartir por los soldados españoles, lo cual así fué hecho; más le inviaron diez caballos turcos muy excelentes. Luego el Gran Capitán invió todo aquel presente á la Reina doña Isabel, que solas cuatro piezas de oro y plata tomó para sí, porque estuviesen en su aparador por memoria de se las haber dado aquella Señoría.

CAPÍTULO XVIII

De lo que el Gran Capitán hizo en Sicilia en la cibdad de Palermo y de cómo estando el Gran Capitán en Zaragoza se amotinaron los vizcaínos con la armada, y lo que sobre ello hizo el Gran Capitán.

La Reina doña Isabel, después que recibió aquel presente que el Gran Capitán le invió, túvolo en mucho y solamente tomó dél las dos arcas de cosas de cera y algunas martas; todo lo otro invió á doña María Manrique, mujer del Gran Capitán. De Mecina se fué el Gran Capitán á Palermo, y llegó á aquella cibdad á los veinte y siete días de Mayo del dicho año de mil y quinientos y un años. Fué por agua; no quiso surgir en la cibdad ni entrar en ella porque venía de donde morían de pestilencia, aunque fué muy importunado por Juan de Lanuza, gobernador de aquella cibdad. Fuése á aposentar á un jardín que estaba junto á la marina.

Antes quel Gran Capitán partiese de Zaragoza para Mecina se amotinaron y alzaron con la armada los vizcaínos y guipuzcoanos, que la tenían toda en su poder, porque tan presto no venía la paga, salvo algunos capitanes y otros en que hobo miramiento, como Juan de Lezcano, Riarán, Herrera, Artieta y otros algunos. El Gran Capitán trabajó lo posible con las mejores palabras que pudo, ofreciéndoles que la paga se haría muy presto y socorriéndoles al presente con ayuda de costa. Mas ninguna cosa aprovechaba, porque todavía perseveraban en su rebelión, y se querían alzar con la armada y se ir adonde más les pluguiese. Visto por el Gran Capitán que ningunas palabras, ni ofertas, ni ayuda de costa bastaba para los reducir, mandó hacer proceso contra ellos, asinándoles término dentro del cual se redujesen al servicio de sus Altezas. Y visto que no aprovechaba, los mandó dar por traidores, así ellos como los que de ellos descendiesen, aunque, como dijimos, tenían en su poder toda la armada; y así lo mandó pregonar en la marina en altas voces, que todos lo oyeron. Oida por los vizcaínos y guipuzcoanos la rigurosa sentencia y lo mal que en aquellas provincias de Vizcaya y Guipúzcoa sonaría tan grande ultraje, y más lo poco que el Gran Capitán se daba por ellos ni por su armada, saltaron en tierra los más dellos y se redujeron al servicio de sus Altezas. Porque siempre vemos que los que de ligero se mueven á alguna opinión, de necesario han de perseverar poco en ella; porque esto mesmo acontece á todos los hombres que son arrebatados en sus consejos, que tan presto se arrepienten de lo que hacen cuanto fueron acelerados en lo que se determinaron. El Gran Capitán no los quería admitir ni perdonallos. Visto por ellos vinieron adonde el Gran Capitán estaba, llorando con muy gran sentimiento que era muy gran compasión de los ver; suplicando al Gran Capitán les perdonase lo que

habían hecho; porque nunca entre ellos había habido traidor, antes aquellos de quien ellos descendían habían ganado renombre de hijosdalgo por ser siempre fieles y leales á los Reyes de Castilla; y que aunque todos los vecinos y moradores de aquel reino habían sido conquistados y vencidos por los moros y alárabes, cuando el Rey don Rodrigo perdió las Españas, que sus antecesores nunca fueron vencidos ni conquistados por ellos, y que si con tal renombre de traidores volviesen á sus provincias serían muertos y despedazados por sus mesmos padres y hijos y parientes. El Gran Capitán, movido por los ruegos de los leales que no habían consentido en aquella rebelión y de compasión dellos, los perdonó y dió por ninguno el proceso hecho contra ellos y fueron restituídos en su lealtad y dende adelante sirvieron muy bien.

CAPÍTULO XIX

De lo que el Rey Luis de Francia hizo, sabido que el Gran Capitán estaba en Sicilia para le resistir, si algo quisiese intentar contra Nápoles.

Estando el Gran Capitán en esta cibdad de Palermo proveyendo las cosas necesarias para la guerra, así por mar como por tierra, con aquella su gran providencia, vino á aquella cibdad Sant Vicente el aposentador, inviado por sus Altezas, y trajo los capítulos que estaban hechos entre el Rey de Francia y los Reyes de España. Lo cual pasó desta manera. El Rey de Francia Luis duodécimo teniendo hecho en Francia, Borgoña y Bretaña muy grueso ejército así de pie como de caballo para ir á cobrar por guerra el reino de Nápoles que su predecesor Carlos el Cabezudo había perdido, por tener el paso seguro, tomó, como hemos contado, el estado de Milán y prendió al señor Ludovico, Duque de Milán, como atrás contamos; porque cuando su predecesor volvió de Nápoles se había el dicho Duque confederado con venecianos, y le dieron la batalla junto á Parma, como atrás contamos. También decía el dicho Rey pertenecerle aquel estado por ser su madre hija del señor Juan Galeazo, Duque de Milán. Pues entendido por el francés que la estada del Gran Capitán en Sicilia no era para otro efeto, sino para le resistir si á Nápoles fuese su ejército, perdió la esperanza de lo poder cobrar por guerra, porque en este tiempo el nombre del Gran Capitán era muy temido en Francia y los infantes españoles asimesmo. Luego pensó que el Gran Capitán querría favorescer á Federico, Rey de Nápoles, como la otra vez había hecho contra el Rey Charles; pues por guerra no podía que su desino viniese en efeto, buscó tratos y maneras para efetuar sus pensamientos. Y el trato fué éste: que pues ellos decían tener derecho á aquel reino por la vía del Rey Alfonso el primero su tío, aunque este no era tan justo ni tan firme como el que la Casa de Francia tenía á aquel reino, que por no tener guerra con la Casa de Castilla y de Aragón sino mucha paz y concordia, como aquellos dos reinos siempre habían tenido, que aunque él pudiera por guerra ocupar aquel reino según que los grandes aparejos de guerra tenía para aquella jornada, quería hacer un partido que cumplía mucho á la Casa de Aragón; y era que los capitanes de entrambos Reyes ocupasen aquel reino y echasen dél al Rey Federico, que tiránicamente le poseía, y lo partiesen igualmente, y hiciesen paz perpetua entre la Casa de Aragón y la de Francia y con los Reyes Católicos.

El Rey Federico estaba muy alegre y contento, porque sabía que el Gran Capitán le ayudaría á defender aquel reino como la otra vez había hecho, aunque no fuese por más de los apartar del reino de Sicilia, y escrebía muchas veces al Gran Capitán avisándole cómo venecianos, florentinos y el Papa Alejandro habían hecho liga y amistad contra el dicho Federico para le tomar el reino.

CAPÍTULO XX

De lo quel francés hizo con los Reyes de España para que hubiese efeto el trato y partido que les movió, y cómo los Reyes de España lo aceptaron.

El francés, para que hobiese efeto su trato, y para los traer á los Reyes de España á lo que deseaba, les invió muchas cartas y conciertos, quel rey Federico le había movido, harto en perjuicio de la honra, autoridad y hacienda dellos, como atrás dijimos, que bastaron para que el concierto y liga hubiese efeto. El concierto fué de la partición que Pulla y Calabria, que están cerca de Sicilia, cupiesen en la parte de los Reyes de España; Nápoles y Gaeta en

la parte del Rey de Francia, y que tierra de Abruzo y de Lavor y Basilicata, y en las otras tierras que quedaban fuera de la partija estuviesen personas españoles y franceses para que de las rentas de aquellas tierras igualasen á entrambas partes y hiciesen, como dijimos, paces perpetuas.

El Gran Capitán estaba muy triste y perplejo, deteniendo al rey Federico con vanas esperanzas, lo cual era muy contra su natural bondad y verdad, y muy contrario á su natural costumbre y de su vida pasada, de entretener á Federico, un tan noble y valeroso rey, y más seyéndole obligado por mercedes y beneficios dél recebidos y que deseaba mucho su servicio y que á la fin fuese un tan buen Rey engañado y entregado á sus enemigos, gente tan cruel y tan enemigos suyos por la guerra pasada. Esto le era á él pasar por la mesma muerte; mas no podía hacer menos sino obedecer y cumplir los mandamientos de los Reyes de España, los cuales estaban, como dijimos, muy ofendidos dél; porque les parecia que un Rey como Federico su pariente y agnado, y que tantos beneficios dellos había recebido en la guerra pasada, querer hacer aquel reino tributario á la Casa de Francia, que su tío el Rey Alfonso el primero con tantos trabajos y fatigas, así del espíritu como del cuerpo, y gastos muy excesivos de su reino había ganado.

Todas estas causas juntas bastaron para que se concertase con el francés para tomarle el reino. Asimesmo hicieron los Reyes de España saber al Gran Capitán con cartas consolatorias cómo don Alfonso de Aguilar, su hermano mayor, señor de la Casa de Aguilar, había seído muerto en un recuentro que hubo con los moros, que se habían alzado en Sierra Bermeja; porque aquellos moros se habían sujetado debajo de ciertas condiciones de paz, y entonces el Arzobispo de Toledo les forzaba á que fuesen cristianos. Ellos se rebelaron y se pusieron en armas y ocuparon la sierra, y se fortalecieron en ella. Encomendaron los Reyes el cargo de los reducir y castigar al dicho don Alfonso y á don Rodrigo Girón, Conde de Urueña, con la gente de sus casas y ciertas guardas del Rey que fueron con ellos. Llegaron una tarde al pie de la sierra, y el parecer de don Alonso fué que refrescase la gente y otro día por la mañana subiesen la sierra; porque se venía la noche y no sabían los pasos y los moros sí. El Conde fué de voto que luego subiesen por que los moros viesen en lo poco que los tenían. Don Alonso replicó que á él le parecía lo contrario, porque luego habían de tornarse á volver abajo; porque los moros tenían lo alto de la sierra y ellos no la sabían. Mas visto que el Conde lo porfiaba tanto, le dijo: «Señor Conde, si después le pareciese á vuestra merced volver atrás, yo no lo tengo de hacer, porque la seña de la Casa de Aguilar jamás ha vuelto atrás un solo paso, y así lo hará agora». Al fin subieron. Visto que la noche sobrevino y muy oscura, y que era el parecer de todos volverse al pie de la sierra, y otro día por la mañana subir, persuadiólo á don Alonso de Aguilar el Conde el volverse. Don Alonso le dijo: «Ya dije á vuestra merced mi parecer». El Conde y todas las otras gentes se volvieron, y quedó solo don Alonso con los caballeros y gente de su Casa, y comenzaron á pelear con los moros muy animosamente. A don Pedro, su hijo mayor, dieron una pedrada en la boca que le quebrantaron los dientes; al cual dijo su padre: «Hijo, vaite; no se ponga toda la carne en un asador; haced como buen cristiano y honra mucho á tu madre». Don Pedro jamás se quiso ir, hasta que su padre le mandó tornar por fuerza y lo bajaron abajo; que nunca pudo volver á se hallar con su padre [1]. Yo ví después las corazas que tenía vestidas don Alonso pasadas siete veces; allí murieron él y todos sus criados, sin volver un paso atrás, muy gloriosamente.

CAPÍTULO XXI

De cómo el Gran Capitán recibió la partición del reino, y supo la muerte de don Alonso, su hermano.

El Gran Capitán recibió los capítulos hechos y firmados entre los Reyes de España y Francia, y leyó asimismo las cartas consolatorias que los Reyes Católicos le escrebían consolándole de la gloriosa muerte de don Alfonso, su hermano. Leídas por el Gran Capitán, él se hincó de rodillas y alzó las manos al cielo y dijo: «Bendito seáis, Señor, por siempre jamás, amén, por la gran merced que á don Alonso, mi señor, y á todos nosotros por vuestra gran misericordia habéis hecho, en que tu-

[1] Al margen: Estaba don Pedro herido en una pierna y otras heridas, caído junto á su padre.

vistes por bien que don Alfonso, mi hermano, acabase sus días en servicio de vuestra santísima ley y de los Reyes nuestros señores y de sus Reinos, haciendo lo que caballero cristiano debía hacer». Y dicho esto, mostró tanto contentamiento como con la cosa del mundo de que más lo pudiera recebir. Luego se retrajo á su cámara y hizo muy gran sentimiento, cuanto la razón lo requería. Retrájose á Sant Francisco y allí hizo las obsequias con mucha solemnidad. Allí se juntaron todos los señores y caballeros de aquel reino, todos cubiertos de luto, que no quedó en toda la cibdad persona chica ni grande que no se pusiese vestidos negros. Tras esto mandó tomar alarde á los señores y barones de aquella isla, mandándoles que diesen caballos y armas, con todas las otras cosas necesarias para encabalgar los españoles, porque de la gente de aquella isla tenía poco contentamiento para la guerra.

CAPÍTULO XXII

De lo que el Rey Federico hizo, sabida la partición que los dos Reyes habían hecho de su reino.

El Rey Federico después que fué avisado que los dos Reyes de España y Francia se habían concertado de lo echar del reino y lo partir entre sí en iguales partes, invió aquel Bernardo de Bernardis al Gran Capitán con cartas cédulas en blanco con los capítulos y tratos que se siguen. Que pues ya él era avisado de lo que los Reyes querían y tenían determinado de le tomar su reino, que tuviese por bien de le ayudar á se lo defender del poder de entrambos Reyes, que él tenía esperanza en Dios y en su persona que se lo defendería á entrambos Reyes, y que tomase de aquel reino la meitad cual él escogiese, y que luego á la hora le entregaría todas las fuerzas y fortalezas de aquel reino. Y que si esto no quisiese, que tomase las dos partes de aquel reino, y que le dejase una parte dél, cual él escogese, adonde él se pudiese recoger, trayéndole á la memoria cuán gran fama y inmortalidad ganaría en sostener á un Rey contra quien tan injustamente dos Reyes tan poderosos querían echar de su reino, con otras muchas palabras y ofertas que bastaban para enternecer un corazón por recio que fuera.

Traía para esto, como dije, este embajador cartas y cédulas en blanco firmadas del mesmo Rey y para todos los alcaides de todas las fortalezas y fuerzas y cibdades del Reino, para que luego entregasen todas las plazas á quien el Gran Capitán mandase. Al embajador respondió el Gran Capitán desta manera: «Lo que vos, Bernardo, diréis á su Alteza es que ha hecho muy grande injuria á mi lealtad, y que me espanto de su Alteza tener creído de mí, aunque de todo el mundo me hicieran señor, que había yo de hacer cosa tan fea y de tan mal nombre, y que no quiero aquí relatar las causas que tengo para me quejar de su Alteza, por ser cosa que tan mal suena, ni aun pensarla. Diréis asimesmo á su Alteza que es verdad, y yo así lo confieso, que yo recebí de su manificencia en la jornada pasada, que por mandado de sus Altezas los Reyes Católicos hice en su servicio, el ducado de Santángelo y otras tierras de que su Alteza me hizo merced; que yo desde aquí lo renuncio y lo torno á su Alteza; que yo me desposeo de ello y se lo torno para que haga dello lo que fuere su voluntad». Y luego invió á mandar á sus alcaides y gobernadores fuesen á entregar las llaves de las fortalezas y plazas que él tenía y se desposeyesen de ellas, así ellos como los gobernadores de aquellas tierras al dicho rey Federico. Lo cual ellos hicieron, visto el mandamiento del Gran Capitán; lo cual el Rey no aceptó, antes les mandó que las tuviesen como antes las tenían por el mesmo Gran Capitán. Asimesmo le invió á suplicar se pasase en España y confiase en la beninidad de los Reyes Católicos, y que esto era lo que más le cumplía; porque ellos le darían tanta parte en aquel reino con que su Alteza fuese satisfecho, y que si otra cosa su Alteza hiciese, no acertaría. Lo cual le aconsejó y con muchas palabras le persuadió aquel embajador Bernardo. Asimismo le dijo á aquel embajador: «Diréis, señor Bernardo, al Rey, que los hombres de su calidad á una vida no habían de tener más de un parecer, no habiendo causa para hacer mudanza tan fuera de razón; que meta la mano en su seno y hallará que es justo juicio de Dios que habiendo recebido de su tío tantas mercedes y beneficios, se confederase con el Rey de Francia para le dar parias de aquel reino y le dar paso para ganar á Sicilia y le ayudar, con

otras cosas que su Alteza sabe que no son para relatar aquí». Vuelto aquel embajador y oída la respuesta del Gran Capitán, hallóse desamparado y sin ningún remedio, porque no tenía caudal para se defender de ninguno de los Reyes, cuanto más de entrambos ejércitos de los dos Reyes, y más veyendo la grande alteración que en todo el reino había y la poca parte que en él tenía. El con algunos criados suyos se fué á la isla de Ischia y desde allí se pasó á Francia, adonde no fué recebido del Rey como su dinidad lo requería, adonde feneció sus días pobre y desheredado, donde dió á entender á todos que tenía ofendidos á los Reyes Católicos, pues no se quiso pasar en España, adonde los Reyes Católicos le dieran una parte en que viviera contento.

CAPÍTULO XXIII

Cómo el Gran Capitán pasó á la provincia de Calabria y ocupó las tierras que en la partición cabian al Rey de España.

El Gran Capitán partió de Palermo para Melazo y de allí vino á Mecina, adonde despachó todas las cosas necesarias á aquel reino, y con su casa y ejército se pasó á Calabria y desembarcó en Turpia. Llegado á esta cibdad proveyó y dió cargo destas tenencias y gobernación de Rijoles, Turpia, el Silo, la Mantia y Cotron á Gonzalo Hernández de Córdoba, su sobrino, hijo de don Alonso, señor de la Casa de Aguilar, su hermano, Comendador que fué de Calatrava de las encomiendas de Manzanares y Argamasilla. El Rey Federico entregó á los generales de Francia las fortalezas de Nápoles y Gaeta, y concertó con los generales de se ir á Francia para el Rey Luis, pues había quedado en la partición del reino que tierra de labor y el ducado de Benevento y Abruzo con la cibdad de Nápoles y Gaeta cupiesen al Rey de Francia; Calabria, Pulla y Basilicata con tierra de Otranto, cupiesen al Rey de España. Tras esto restituyó el Gran Capitán en sus estados á los señores de la Casa de Sant Severino, principalmente al Príncipe de Visiñano, que le restituyó todos los castillos y tierras que le había tomado, porque siempre había seguido la parte francesa, y era muy enemigo de la Casa de Aragón. El Gran Capitán siempre era aficionado á ganar las voluntades á todos los señores y principales de Calabria, porque todos casi eran aficionados á Francia y porque con las buenas obras olvidasen la opinión de los franceses.

Asimesmo trabajó de ganar la voluntad y obras de los Coluneses y les honró mucho y los trató muy humanamente, y dió á Fabricio Colona, que era la persona principal de aquella parcialidad, una capitanía de caballos y otra al Próspero su hermano, y otra á Marco Antonio su hermano. Fabricio, que había sido preso en Capua por los franceses, habíase rescatado por dineros; el Próspero, que era capitán del Rey Federico, y siempre había sido de parecer que Federico dejase las vanas esperanzas del Rey de Francia y siguiese á la Casa de Aragón, pues era hijo della, y había sido restituído en su reino por ella, y jamás pudo con él que se apartase de aquella falsa opinión. Estaba asimesmo en Sicilia el Cardenal Colona, hermano de Fabricio, porque vino huyendo del Papa Alejandro porque había favorescido á los Ursinos, que es la otra parcialidad que hay en Roma contraria de los Coloneses; y los concertó y hizo amigos y capitanes de César Borja, su hijo, y les hizo mucha merced y usó con ellos de gran liberalidad y echó á los Coloneses de Roma y de sus estados.

CAPÍTULO XXIV

De lo que el Gran Capitán hizo después que pasó á Calabria.

El Gran Capitán con aquella su gran prudencia parecía que tenia espíritu de prenosticar las cosas antes que viniesen. Era de tan claro ingenio y de tanta providencia, que parecía adevinar las cosas antes que fuesen, y para esto proveía las cosas necesarias á lo por venir. Tenía á los franceses por tan soberbios y tan amigos de tomar lo ajeno por habérseles dado todo lo que en su parte les venía, que luego habían de querer ocupar la otra parte de los Reyes de España; y con la grandeza de su ánimo le parecía que si quisiesen los franceses ocuparle la otra parte, que adquiriría grande honra y fama en les tomar la suya y echarlos de toda Italia. Y no le engañó su pensamiento, que en lo uno y en lo otro salió verdadero, como adelante se verá, en el

discurso de la historia. Y para este desino trajó á sí á los Coloneses, hombres que, allende de ser caballeros tan valerosos, sabía que eran enemigos de franceses y del Papa Alejandro, que tenía hecha liga y amistad con el Rey de Francia, y asimesmo trujo á sí á todos aquellos quél sabía ser aficionados á la Casa de Aragón.

Habían venido por generales de Francia el Duque de Nemos ([1]), de la principal sangre y nobleza de aquel reino, mozo de veinte y dos años, muy valiente y de mucho consejo para su edad, y muy bravo y belicoso en la guerra, y muy benigno y templado en la paz. Venía juntamente con él Ebrardo Estuardo ([2]), llamado por otro nombre mos de Aubeni, de quien atrás dijimos, natural del reino de Escocia, hombre muy sabio en las cosas de la guerra, sino que era cruel y era en muchas cosas bárbaro. Pasaron por Roma los dos generales, mos de Aubeni y el Duque de Nemos, con muy grueso campo, seyendo, comó hemos dicho. el Papa Alejandro amigo y aliado con franceses. Entraron por aquel reino en su parte, robando y destruyendo, que ni perdonaban á las haciendas, ni á las doncellas y á las casadas, como lo hicieron los bárbaros que en aquella provincia entraron. Llegando á Capua la saquearon y robaron las iglesias; ningún género de maldad dejaron de ejecutar en los napolitanos, porque les parecía que se vengaban dellos por la guerra pasada.

CAPÍTULO XXV

De un hecho muy de notar que aconteció á una doncella de Capua llamada Severina.

Entre otras crueldades que en el saco de Capua hicieron los franceses, aconteció que á un francés le pareció bien una doncella noble, llamada Severina, muy hermosa y muy honesta, que ni bastaron lágrimas ni ruegos de los padres ni de la doncella para que no la forzase. Ella como pudo se desasió dél y fué huyendo por la calle. que ninguno bastó para se la quitar. Pasa por medio de la cibdad un río llamado Vulturno. Faltándole á Severina ya las fuerzas corporales, corrió al río y se lanzó en él, adonde se ahogó, pareciéndole y teniendo por mejor la muerte del cuerpo que no perder la castidad. De lo cual aquel francés y los otros que le favorescían quedaron muy espantados á la orilla del río, de hecho tan grande de mujer. Mucho más es de alabar Severina, capuana, que no Lucrecia, romana; porque Lucrecia, con temor que hubo de Sexto Tarquino, consintió en el adulterio del primo de su marido, y después se mató delante de Junio Bruto su tío y de Collatino su marido, ó porque se arrepintió de lo que había hecho, por ventura pensando no viniese por alguna vía á se descubrir al fin, ella mesma se mató con un cuchillo delante de quien hemos dicho. Mas Severina, ni las armas del francés, ni las olas del río, ni el temor de la muerte le pusieron temor para perder su castidad, ni quiso tener vida sin ella. Mas los de Capua tuvieron la culpa, que dieron entrada y lugar á los franceses, estando dentro Fabricio Colona con españoles y coloneses. Aquí se averigua el dicho antiguo que nunca el traidor carece del castigo que su traición merece, como aconteció á aquellos de Capua, que fueron saqueados, robados, deshonrados y destruídos como merecía su traición.

CAPÍTULO XXVI

De lo que el Rey Federico dejó ordenado en el reino de Nápoles cuando dél se partió.

Ya dijimos en uno de los capítulos pasados cómo el Rey Federico, confiado de las vanas esperanzas del Rey de Francia, se pasó á aquel reino. Dejó á su hijo mayor, que se llamaba don Hernando, Duque que era de Calabria, en la ciudad de Taranto, que es la más fuerte de todo aquel reino, con este desino: que él seguiría la parte francesa y el hijo siguiese la parte española, así por el gran deudo que con los Reyes de España tenía como aquel que era sobrino del Rey don Fernando de España, como porque siguiendo cada uno á uno de los Reyes, quedase con la parte vencedora, y este fué su desino. Lo cual le pareció bien al Duque de Calabria, aunque era muy mozo y estaban con él fray Leonardo Alejo, comendador de la caballería de Rodas, y don Juan de Guevara, Conde de Potencia. El Duque estaba determinado de seguir á los Reyes de España sus tíos con la fidelidad que se requiría; mas los franceses, como

([1]) Luis de Armagnac. Duque de Nemours.
([2]) Roberto Stewart, señor de Aubigny.

tenían intinción de romper la guerra y de ocupar la otra parte que á los Reyes de España en la partición había cabido, trataron de secreto con el Duque, que era de poca edad, haciéndole entender que era cosa muy ligera y de poco trabajo ocupar la otra parte del reino, según la gente de guerra que tenían, y que tomarían á los españoles descuidados sin pensar tal cosa; y lo mesmo trataron con fray Leonardo Alejo, aquel comendador de Sant Juan que era su ayo, y lo había siempre criado y lo tenía en su poder y gobernación. Fué el trato que se alzase con la cibdad de Taranto, que cabía en la parte de los Reyes Católicos, ofreciéndoles muchas vanas esperanzas. Lo cual el Duque aceptó por persuasión de aquel su ayo. Los franceses, teniendo como dijimos la intinción de quebrar la capitulación, hacían muy malos tratamientos en todos los lugares que ocupaban para poner miedo á todos, porque se les rindiesen de temor. Los señores y personas principales que seguian la parte francesa son los siguientes: el Príncipe de Visiñano, el Príncipe de Salerno y el Príncipe de Cosano, el Príncipe de Melfa, el Conde de Capacho, el Conde de Melito, el Marqués de Bitonto, el Duque de Atre, Alfonso Carachulo, Luis de Aste y otros algunos varones y personas principales. Los que seguían la Casa de Aragón eran éstos: el Duque de Termoli, Marqués del Vasto, Conde de Potencia, Conde de Muro, Conde de Sant Severino, Conde de Montesarcho, Conde de Matera, con otros varones y personas principales.

CAPÍTULO XXVII

De cómo el Gran Capitán partió de Turpia para ocupar la parte que le cabía en la partición, y cómo pasó cerca sobre Taranto, adonde el Duque de Calabria estaba rebelado.

El Gran Capitán partió de Turpia y fué á Monteleón, adonde juntó todo su campo, y de allí fué sobre Cosencia. Luego se le entregó la cibdad, aunque la fortaleza no se le entregó, porque estaba en ella un caballero italiano criado del Rey Federico, sobre la cual mandó poner sitio el Gran Capitán. Estaría un mes cercada; al fin, visto por el alcaide los combates que cada día le daban y conocida la determinación del Gran Capitán hizo su partido y la entregó. De allí fué el Gran Capitán la vuelta de Calabria para ir sobre la cibdad de Taranto, adonde dijimos estar rebelado el Duque don Fernando; y llegado, puso sitio sobre ella á los veinte y ocho días de Octubre del dicho año de mil y quinientos y uno años.

Esta cibdad de Taranto está junto á la mar; es muy fuerte así de sitio como por muchas y muy fuertes torres y muros que tiene; las torres cerca el agua y de una á otra hay puente levadiza; luego hay una que llaman la cibdadela, muy fuerte; y adelante la cibdad de muy fuerte muro, y tras éste un muy fuerte castillo. Esta fué aquella gran cibdad de Taranto que hizo tantos años guerra al pueblo romano, trayendo por caudillo y valedor á Pirro, Rey de los Epirotas, el cual les hizo muy ruda contra. Al cual inviaron los romanos á Fabricio, aquel capitán tan nombrado, que lo venció y desbarató su ejército, después de haber pasado entre ellos muchas guerras.

CAPÍTULO XXVIII

De lo que aconteció á un capitán de infantería llamado Juan de la Iça con el Gran Capitán.

Yendo el Gran Capitán la vuelta de Taranto, un capitán de infantería llamado Juan de la Iça llegó á aposentarse á un lugar llamado Restiço; y porque no le quisieron abrir de buena gana en el pueblo, con buenas razones que les persuadió le abrieron las puertas y le aposentaron en el lugar. Y entrado una noche mandó tocar alarma, y saquearon el pueblo, en que murieron algunos vecinos de los que se quisieron defender; y salido de aquel lugar se vino al campo del Gran Capitán. Sabido por el Gran Capitán este caso, y hecha la información, mandó á un capitán de caballos que llevasen preso al dicho Juan de la Iça á la villa de Restiço y hiciesen justicia dél, en medio de la plaza de aquella villa, lo cual así fué hecho, que en medio de la dicha plaza fué descabezado. A todos pesó mucho de aquella muerte, y más al Gran Capitán, porque era un muy valiente soldado y muy diestro en cosas de la guerra.

Los de aquella villa, veyendo la gran justi-

cia que de aquel capitán se había hecho, vinieron á dar las gracias al Gran Capitán. Puso este castigo gran temor á toda la gente de guerra para hacer lo que debían con los amigos y enemigos.

CAPÍTULO XXIX

De cómo el Gran Capitán asentó el cerco sobre la cibdad de Taranto, con lo que sobre aquel cerco aconteció.

Tiene la cibdad de Taranto un asiento y sitio muy fuerte, que por todas partes es cercada de agua de la mar. El Rey don Alonso, nieto del Rey don Alonso el primero, de quien atrás dijimos que había dejado el reino á su hijo el Rey Fernando, cuando los turcos tomaron á Otranto y la tuvieron por espacio de un año, hizo cortar la tierra firme y cercarla de agua, porque los turcos trabajaban de tomar aquella cibdad por el buen puerto que tiene y otras partes muy bien acomodadas para sus desinos. No está agora la cibdad de Taranto asentada en el sitio antiguo, sino en la altura y fuerte fuera de Taranto, que Aníbal, capitán de los cartagineses, tuvo cercada tantos días sin conseguir el efecto que deseó de aquella cibdad. Agora se parecen las grandes minas adonde antiguamente fué edificada la cibdad antigua de Taranto y las grandes señales de la nobleza de aquella cibdad. Está esta cibdad de Taranto como isla, porque está, como dijimos, toda cercada de mar. Entrase á ella por dos puentes levadizas de madera: la una está al nacimiento del sol y la otra al poniente. Están á las entradas destas puentes dos hermosas fortalezas, que por medio de la una y de la otra corren ríos de agua; de cuya causa es muy difícil y trabajoso combatir aquella cibdad, pues por la parte de la mar en ninguna manera pueden llegar navíos por estar unas rocas y peñascos que lo estorban; de manera que es inexpugnable aquella cibdad.

Visto por el Gran Capitán la dificultad de tomar por combate aquella cibdad, porque allende del sitio natural y artificial de Taranto, como los del Duque don Hernando esperasen el cerco, habían bastecido aquella cibdad de todas las cosas necesarias y de muchos mantenimientos y vituallas de toda la comarca, y allende desto la cibdad es muy abundante de todas las cosas.

CAPÍTULO XXX

De lo que el Gran Capitán hizo con Filipo de Rabastain, capitán del Rey de Francia, que aportó perdido y desbaratado con tormenta á Calabria.

Visto por el Rey de Francia y venecianos que el Gran Capitán con tanta honra había ganado la isla de Chafalonia, parecióles que sería cosa muy honrosa que Filipo de Rabastain, flamenco, un valeroso capitán del Rey de Francia, fuese con una muy buena armada y conquistase la isla de Mitilene, en el archipiélago, muy dentro en Turquía; y que ganaría muy gran gloria para el Rey de Francia y para él, á fin que tomada aquella cibdad y isla abajase la soberbia de los turcos y la gloria del Gran Capitán. Y así como aquella jornada fué con loca osadía y invidioso desvío, así fué su suceso temerario y deshonrado. Porque llegados á la dicha isla, y comenzando á combatir el muro de la cibdad, los turcos la defendieron de arte que los franceses se dejaron del combate, y afrentosamente se tornaron por donde habían venido; y saliendo del archipiélago, les tomó gran tempestad que perdió las naos de su armada, unas que se anegaron por la furiosa tempestad, otras con los vientos que las echaron á partes adonde todas se perdieron, así ellas como la gente que en ellas venía; y la nao en que venía Filipo de Rabastain con la tempestad aportó á Calabria á Rijoles, adonde fué preso. Y avisado el Gran Capitán dello, quiso usar con él de su natural condición y tan bien adquirida con grande artificio.

Siempre el Gran Capitán trabajó de ser tenido en todos sus hechos, así en la paz como en la guerra, de franceses y italianos por muy señalado en la liberalidad y manificencia; en la cual virtud tenía hecho hábito y costumbre, porque ésta es una tan gran virtud con que ganó siempre los ánimos, corazones y voluntades de los soldados; porque así como en las otras virtudes hizo mucha ventaja á todos los otros capitanes, así pasados como presentes, así ninguno hubo que mejor á tiempo y sazón usase de esta virtud. Entonces estaba muy contento, cuando usaba de liberalidad.

Como mos de Rabastain aportase á Rijoles tan destrozado, porque su nao había embestido con la violencia del viento en una de las islas del mar Jónico, el Gran Capitán, veyéndole tan trabajado, así por haber perdido

aquella jornada y haberle sucedido tan mal aquella empresa, invióle cosas muy importantes para la necesidad en que estaba, que sin duda quien quisiere mirar el gran valor del presente que el Gran Capitán invió á Filipo de Rabastain, le parecerá, y con justa razón, pasar los límites y término de la liberalidad, aunque fuera con un grande amigo á quien él mucho debiera, y le fuera en grande obligación. Invióle una nao muy bastecida de muchas vituallas y todas las cosas necesarias, y una muy gran vajilla de vasos de oro y plata, muchas ropas de seda y brocados, forrados en martas zebellinas y lobos cervales de gran precio, y muy buenos caballos y muy bien aderezados, y muchas conservas y regalos. Fué en tanta cuantidad todo, que á todos sus compañeros les alcanzó parte.

Venían en la compañía de mos de Rabastain muchos caballeros y muy principales, entre los cuales venía Estuardo, Duque de Albania, muy pariente y de la sangre real de los Reyes de Escocia, que después ha sido capitán muy valeroso del Rey de Francia. El Rabastain confesaba á do quiera que se hallaba, y delante de su Rey, que ninguno de cuantos capitanes él había conocido ni oído llegaba al valor y ánimo del Gran Capitán.

Fué estimado lo que el Gran Capitán invió al Rabastain en doce mil ducados, sin la nao y todas las cosas necesarias á ella. Fué tan invidiada esta merced que el Gran Capitán hizo al francés, que los soldados, no pudiendo sufrir con paciencia esta dádiva, se amotinaron, y casi todos de común consentimiento tocaron al arma, con determinación de no quedar con el Gran Capitán; y decían públicamente que el Gran Capitán repartía la hacienda con los extranjeros, y aun enemigos, por adquirir nombre de liberal y real ánimo, derramaba las riquezas y dejaba á ellos pobres; que fuera muy más justo proveerles á ellos, pues se les debían muchos meses, los cuales habían esperado detenidos con sus promesas y dulces palabras.

Fué tan grande el enojo y furia que los soldados de aquella invidia concibieron, y de tal manera aquella malvada ponzoña prendió sus ánimos muy obstinados, que comenzando á marchar puestos en orden, llegando á ellos el Gran Capitán, le pusieron las picas á los pechos muy desacatadamente, pidiéndole todas las pagas que se les eran debidas. El se metió entre ellos desarmado, y con aquella constancia maravillosa y la majestad de sus palabras; y un soldado con muy gran furia le puso la pica en los pechos, determinado de lo pasar con ella, según las palabras desacatadas que decían, y el Gran Capitán metió la mano en bajo de la pica y se la alzó, y con gran risa le dijo: «Alza esa pica, necio, ¿no ves que burlando me podías pasar el cuerpo?». Y esto con gesto tan alegre, como si aquel soldado se estuviera burlando con él.

Pues llegó á tal estado la desvergüenza, que diciéndoles el Gran Capitán que la paga vernía presto, de que todos quedarían contentos, respondió un capitán vizcaíno, llamado Isciar, con gran furia y soberbia le dijo: «Pues que no tienes dineros, pon á tus hijas en el burdel, que ganen su pan, que nos pagues». El Gran Capitán le respondió con alegre cara: «¿No ves que son mis hijas feas?». Y aunque allí al presente paresció no lo sentir, mas llególe á la ánima, y lo sintió en lo secreto como la razón lo pidía.

Pues sosegado aquel motín con promesas que dentro de ciertos días serían pagados, amaneció una mañana ahorcado el capitán Isciar de una ventana, adonde todo el ejército lo vió. De lo cual el Gran Capitán ganó mucho crédito y reputación con la severidad de aquel castigo, que dende adelante cobró la reputación que cuasi tenía perdida.

CAPÍTULO XXXI

De cómo estando los soldados para se ir del campo porque no les pagaban, sin haber de qué, Dios proveyó milagrosamente de que fueron pagados y sobró mucho.

Los soldados muchas veces pedían con gran furia las pagas que les eran debidas, y decían á voces que, ó les pagasen ó les diesen licencia, porque se querían ir á otra guerra adonde serían pagados á su voluntad, con esperanza de grandes sacos y militarían en otra milicia más libertada y no tan estrecha. Y era que el Duque de Valentinois, hijo del Papa Alejandro, César Borja, tenía intención de hacer guerras y hacerse señor de la Toscana y Romanía, y conquistar á los señores dellos, y prometía de secreto á los soldados muy gruesas pagas y grandes sacos y presas de muchas cibdades ricas, y los soldados estaban determinados de dejar las banderas y irse para el

Borja, por ver el mal aparejo que había para haber dineros.

Estando las cosas en este estado, le socorrió Dios á tan grande necesidad como tenía, porque la fortuna, guiada por la divina Providencia, que jamás le faltó, le proveyó de la manera que agora oiréis.

Iba una nao de ginoveses á Levante, cargada de muchas y muy ricas mercadurías, y entre otras cosas llevaba hierro y otras cosas vedadas; la cual con tormenta había arribado al golfo de Taranto.

Sabido por el Gran Capitán lo que la fortuna le ofrecía, y á tal tiempo, mandó á Juan de Lezcano que con sus galeras la rodease y la metiese á saco. Lo cual luego fué hecho; de que los ginoveses estaban bien sin pensamiento de lo que les sobrevino. Y aunque el Gran Capitán estaba en tan grande y extrema necesidad, no lo mandara saquear si no llevara lo que hemos dicho á turcos.

Fué estimado lo que allí se tomó en más de cien mil ducados; y con todo lo que hemos dicho, fué forzado á lo hacer contra su natural condición, porque en la verdad, ninguna avaricia le movió, sino la mucha necesidad por conservar los soldados sediciosos y ya determinados de se partir para el Borja.

Solía muchas veces decir que los Capitanes generales, aunque algunas veces quebrantasen la razón por conservar los soldados y vencer á sus enemigos, no se les podía atribuir á tanto mal, porque venciendo podía satisfacer á las personas agraviadas y restaurarles sus pérdidas, lo cual era menos daño que el que se podía seguir si sus enemigos venciesen; y más seyendo franceses los vencedores, que con la victoria no tienen mucha cuenta la razón y justicia, según por experiencia lo vían cada hora.

De lo que allí se hubo fueron los soldados pagados muy á su voluntad y cumplidas algunas otras necesidades en que estaban; y parece que lo permitió Dios, porque llevaba lo que atrás dijimos á los infieles, que de derecho divino y humano es vedado y perdido.

CAPÍTULO XXXII

De cómo se entregó la cibdad y fortaleza de Taranto y el Duque don Fernando con ella.

El Gran Capitán tuvo cercada la cibdad de Taranto poco más de cuatro meses, porque á él se le puso el cerco á los veinte y ocho días de Octubre hasta principio de Marzo, que fueron más de cuatro meses. El Duque invió á suplicar al Gran Capitán que le esperase cierto tiempo, y que si dentro de él no fuese socorrido de su padre ó de otro alguno, que él se entregaría, así á su persona como á la cibdad y fortaleza. Lo cual el Gran Capitán se lo otorgó; y pasado aquel tiempo no cumplía la palabra que había dado, y no por su voluntad, sino porque los franceses, de secreto, trataban con un Juan de Guevara, que tenía cargo de la persona y gobernación del Duque, y frey Leonardo, Comendador de Sant Juan, que era capitán de su guarda, que les entregase á la cibdad y fortaleza de Taranto, diciéndole que los Reyes de España habían hecho muy ruindad al Rey Federico, su padre, seyendo al revés, que el Rey Federico, su padre, la hubiese hecho á los Reyes de España, como atrás dijimos. Y para mejor efectuar esto, mos de Alegre, un capitán astuto y muy sagaz, so color de religión había pedido licencia al general Duque de Nemos para ir á visitar la iglesia de San Cataldo, un santo muy célebre y en quien todos los de aquella provincia tienen mucha devoción, á quien él decía haberse prometido en las guerras pasadas, y era con designio de no fiar aquel negocio de alguna espía, sino ser él en persona. Llevó á la iglesia de San Cataldo muchos dones y promesas que había á la iglesia del Santo prometido, por persuadir al Guevara y á Leonardo que entregasen á Taranto y al Duque á los franceses, y juntamente habían prometido al alcaide y gobernador de Manfredonia les entregase la fortaleza y cibdad.

El Gran Capitán, con su diligencia maravillosa, conoció los designios de los franceses, así en lo de Manfredonia como en lo de Taranto, porque es cosa muy averiguada que jamás al Gran Capitán se le encubrió traición ni ardid alguno de los contrarios. Parecióle que no era tiempo de dilatar más, pues no cumplía el Duque ni el Guevara ni el Leonardo lo que habían prometido. El Gran Capitán le pareció seguir lo que Aníbal en el cerco de aquella cibdad había hecho cuando la tuvo sitiada. Hizo con gran presteza y maravilloso artificio veinte navíos encima de carros, y pasádolos de la mar á aquel mar que está allí cerrado, que tiene de largo cuatro millas, que es como un grande estanco y tiene vein-

te millas en derredor, adonde están los navíos muy seguros aunque haya gran tormenta. Pues metidas las naos en el puerto, los soldados les dieron á entender que no se les podían defender.

CAPÍTULO XXXIII

De cómo se acabó de tomar la fortaleza y cibdad de Taranto, y se entregó el Duque don Fernando.

El Gran Capitán mandó apretarles el cerco, y porque supo que ciertos caballeros italianos, personas principales, que dentro se habían metido con el Duque, estorbaban que Taranto no se entregase, mandó á Nuño de Ocampo y á otro cierto capitán que trujesen allí al cerço á sus mujeres y hijos de aquellos caballeros que en Taranto estaban allí al cerco, y mandó combatir la cibdad, y que pusiesen en la delantera á las mujeres y hijos, y invióles á avisar que si contra el real tirasen, que mirasen y verían puestas delante á sus mujeres y hijos, en quien los tiros primero topasen. Estuvieron allí aquellas señoras tratadas con tanta honra y honestidad como cuando más estuvieran en sus casas. Visto por los caballeros que en la fortaleza estaban el llanto de sus mujeres y hijos, que llegaban al cielo, movidos de compasión, trataron de entregar la fortaleza. Todos de común consentimiento inviaron á suplicar al Gran Capitán mandase volver aquellas mujeres y hijos á sus casas, que luego entregarían la fortaleza y cibdad y la persona del Duque á su señoría. Lo cual así fué hecho, porque persuadieron al Duque que se quisiese guardar para esperar mejor fortuna, y que si todavía quería perseverar en aquel cerco, él se ponía á manifiesto peligro de su persona y vida, pues tenía por enemigos á dos Reyes tan poderosos, y á todos los otros Príncipes y señores que con ellos estaban ligados, pues esperar socorro parecía cosa vana y de ningún efecto. Demás desto, los tarentinos estaban muy fatigados y afligidos por los muchos daños y pérdidas y fatigas que en aquel cerco habían recibido y recibían del largo sitio que habían padecido, persuadían al Duque y á aquellos caballeros que pusiesen fin á tan grande adversidad como padecían, y que el Gran Capitán era tan magnánimo y tan benino, que fácilmente daría libertad al Duque para se ir adonde más quisiese.

Persuadido el Duque invió al Gran Capitán al Guevara, el cual concertó la tregua por seis días. Luego entraron dentro Pedro de Paz y Luis de Herrera; fué concertado de rendir á Taranto, cibdad y fortaleza, y la persona del Duque. De aqueste concierto quedaron en no buena reputación el Guevara y el Leonardo y los principales que allí con el Duque estaban.

Luego fueron las puertas abiertas. El Gran Capitán fué adonde el Duque estaba, y le pidió las manos para se las besar, y le dijo: «Perdone Vuestra Excelencia, que lo pasado no ha podido dejar de se hacer». Con otras muy dulces palabras, que Su Excelencia se consolase, que los Reyes Católicos, sus tios, le ternían en lugar de verdadero hijo, y le darían tanta parte en sus reinos que le pareciese no le haber faltado aquel reino.

El Duque le respondió: «A Vuestra Merced, señor Gran Capitán, tengo yo por verdadero padre, y tengo por cierto que se acordará de favorecer á un hombre desheredado como lo yo soy».

El Gran Capitán le hizo muy buen tratamiento, dándole mulas, caballos, ropas, dineros y muchos aderezos de casa, y le envió entre otras muchas cosas un caballo que se llamaba Mudarra, el mejor que á la sazón se sabía en toda Europa y en Africa, con un jaez de oro muy rico que el Rey de Granada le había dado, de que el Duque fué muy contento. Luego mandó á Luis de Herrera toviese cargo de la persona del Duque, el cual quisiera salir del reino, según los consejos del Rey Federico, su padre.

El Gran Capitán tuvo por cierto que el Duque se pasaría á Francia para su padre, y porque no procurase con los de la parte francesa levantallos con esperanza de tornar á cobrar el reino y quitallo á los españoles, desta causa lo mandó tener á buen recaudo.

Luego adelante, visto por el Duque que no le ponían en la libertad que él pensaba y los caballeros que con él estaban le hacían entender, quejábase mucho lamentando su fortuna contra aquellos que así lo habían engañado y le habían puesto por prisionero. El Duque no fué engañado por el Gran Capitán,

que nunca él tal fe ni palabra le dió [1], sino que de los Reyes Católicos, sus tíos, sería tratado como hijo y heredado en España.

De allí fué el Duque llevado á Ríjoles, y de allí á España, adonde fué tratado de los Reyes Católicos según su persona merecía, y parecía ir olvidando la adversa fortuna pasada. Después, estando la Corte cerca de Francia, trató de se soltar y se pasar en Francia con un ardid de franceses: que puesto fuego al lugar adonde estaba, por tantas partes con otros dos acudiesen al fuego, él se pudiese ir á Francia, lo cual fué descubierto.

Sabido por los Reyes, y vista su ingratitud, lo mandaron llevar á Játiva en Aragón, con muy buen tratamiento y servicio, como su persona merecía, y estuvo allí hasta que reinando el Emperador vino á reinar y lo mandó soltar y lo casó con la reina Germana, mujer del Rey don Fernando, su agüelo, sobrina del Rey Luis duodécimo de Francia, y muerta aquélla le casaron con la Marquesa del Zenete, y le hicieron gobernador de Valencia hasta que murió.

El Gran Capitán dejó por alcaide y gobernador de la fortaleza y cibdad de Taranto á un caballero de su casa, llamado Pero Hernández de Nicuesa, que dió muy buena cuenta de aquel cargo.

COMIENZA EL CUARTO LIBRO

DE LA GUERRA QUE EL GRAN CAPITÁN HIZO CONTRA LOS REYES DE FRANCIA Y NÁPOLES

CAPÍTULO I

De cómo los franceses buscaron cautelas para quebrantar la paz y echar al Gran Capitán de la otra parte que á los Reyes de España había cabido.

Despachado, pues, lo de Taranto, y inviado el Duque don Fernando á España, el Gran Capitán se fué á un lugar que se llama la Tela, que es en los confines de Pulla con Nápoles, porque los generales de Francia estaban en otro lugar que se llamaba Melfa, en los confines de Nápoles y Pulla. La intinción del Rey de Francia siempre fué que, ocupada la parte que le cabía, después, ó por armas ó por alguna cautela, preso el Gran Capitán, tomasen la otra parte del reino, y así se hiciese señor de todo él.

El principio de quebrantar la paz fué que en la parte que estaba diputada para igualar las rentas de entrambas partes, estaba un lugar que se llama la Tripalda, con otros lugares comarcanos. Los franceses comenzaron á echar de allí á los que estaban diputados para cobrar aquellas rentas, sobre lo cual fué el Duque de Termoli, con ciertos caballos y infantería española, y los franceses asimismo se pusieron en armas. Y estando entrambos campos para pelear, el Duque de Nemos, que era un buen caballero, aunque mozo, estorbó que no peleasen, y fué acordado que aquellas tierras quedasen como antes estaban, hasta que por justicia se determinase.

Los franceses inviaron un caballero francés á decir al Gran Capitán que le hacían saber que en la provincia de Pulla estaba la provincia de Capitanata, sin la cual la cibdad de Nápoles no podía vivir, porque de allí se proveía de todas las cosas necesarias é importantes á aquella cibdad, y que luego les entregasen aquella provincia, aunque hubiese cabido en la partición de los Reyes de España. El Gran Capitán replicó que Capitanata estaba, como ellos sabían, en la Pulla, y que, conforme á la capitulación, no tenía lugar lo que pedían; mas que de todo lo que de aquella provincia tuviesen necesidad, así se serviría Nápoles de ella como si en su partición hobiera cabido.

Los franceses insistieron que en todo caso se les había de entregar, y sobre esto pasaron muchas alteraciones de la una parte á la otra. Al fin el Gran Capitán les replicó que se viese por justicia, y que ellos nombrasen los que les pareciese, hombres de letras y conciencia, y él nombraría otros tantos de la suya, y que si ellos lo determinasen, que él estaba aparejado para se la restituir.

Lo cual todo fué así concertado, porque los franceses esperaban un grande ejército y otras cosas para romper la guerra, y entre tanto dilataban el negocio por estos medios. Concertóse que los capitanes, así el español como

[1] Adición marginal: Porque si se la diera, él la cumpliera, aunque Paulo Jovio, en una suma que del Gran Capitán escribió, dice que le dió su palabra, no dijo lo cierto. Decíame Carlos de Paz, que se halló cuando el Duque fué entregado, que nunca se trató de tal cosa, y lo mesmo decía Diego García de Paredes.

mos de Aubeny y Duque de Nemos y Gran Capitán con los letrados, se juntasen en una ermita que está entre Melfa y la Tela, que se llama Santo Antonio, adondo se hacen muchos milagros, y vienen de toda aquella tierra á la visitar, por la gran devoción que allí tienen. Pues juntos en aquella ermita los capitanes y letrados, diéronles allí pintado todo el reino como los geógrafos lo suelen hacer ([1]), que en poca distancia suelen pintar las tierras para poder juzgar claramente, y juntamente trajeron las historias de aquel reino, porque por la mucha antigüedad estaban mudadas las particiones antiguas de aquel reino y trocadas, y las más con palabras bárbaras, porque en nuestro tiempo todo aquel reino estaba dividido en cuatro provincias ó gobernaciones, porque la provincia de Abruzzo, que antiguamente se llamó por vocablo general Precutium populi y Vestini, y toma todo lo que hay desde el monte Apenino hasta el mar Adriático, es la principal cibdad hoy el Aguila, cerca de Amiterno, ciudad antigua, y va á lo largo por los Peliguos y ducado de Benevento. Luego comienza la Pulla desde Manfredonia ó Monte Gargano y va hasta el cabo de Otranto. La tercera región es la Calabria, que se llama Burjios propiamente. La cabeza de esta provincia es Cosencia, y esta provincia se extiende por el mar Jonio hasta el mar de Sicilia, y en esta parte está la Basilicata, desde el río Laino, que se llama Lao, y va hasta el mar Tirreno. La otra provincia y más principal es Tierra de Labor, llamada la Campania, y ésta se extiende no lejos de Tarrachina, por Fiuni y Sesa y el Garellano, todo lo largo del mar Tirreno hasta el río Laino, que fué Lao, que parte á la Basilicata de la Calabria, y de aquesta provincia, que se llamó antiguamente Lucania, es la principal cibdad Nápoles, llamada Partenope. Es cibdad, y su vecindad puede competir con todas las cibdades que sabemos en toda Europa y aun en Asia y Africa, así en abundancia de todas las cosas necesarias para la vida humana como en frescura y vista, así de la mar como de la tierra. Pues de aquestas cuatro provincias las dos, que son Pulla y Calabria, en su partición habían cabido á los Reyes de España, y toda la tierra de Labor con el Abruzzo al Rey de Francia. Quedaban por sí y en medio la Basilicata y Capitanata, nombre nuevamente puesto, apartadas de la Lucania, cuya cabeza, como dijimos, es Nápoles.

([1]) Al margen: Fueron estas vistas lunes á cuatro días de Abril de mil quinientos dos años.

CAPÍTULO II

Cómo los franceses no quisieron pasar por el parecer de los letrados, y rompieron la guerra.

Los dos capitanes Gonzalo Hernández y Duque de Nemos se juntaron en Santo Antonio como dijimos. Todos los letrados, así los de su parte como los de la parte del Gran Capitán, fué su parecer que aquellas provincias no saliesen de donde estaban, y que conforme á la partición no tenían justicia ninguna, y así lo dieron firmado de su nombre. Ellos, como dije, dilataban estos conciertos hasta que les viniese lo que esperaban. Principalmente pensaban tomar al Gran Capitán descuidado y prenderlo. Venido, pues, á los franceses su ejército y todo lo que esperaban, no quisieron esperar más. El Gran Capitán trabajaba porque no viniesen á las armas, porque tenía muy poca gente y mucha falta de todas las cosas necesarias; lo cual sabían muy bien los franceses, de cuya causa tenían por muy cierta la vitoria por las causas siguientes.

La primera, como hemos dicho, por saber la extrema necesidad que en el campo de los españoles había, y en el suyo todas las cosas sobradas y el gran socorro de gente de guerra que les era llegado.

La segunda, porque tenían trato con muchos pueblos y tierras de Pulla y Calabria y con muchos Príncipes y Señores de ella, que rompida la paz se rebelarían por Francia.

La tercera, porque toda la gente tenía el Gran Capitán repartida en diversas partes; la otra, porque tenían mucha parte en aquel reino, y lo postrero, creyendo que el Gran Capitán estaría descuidado. Por todas estas causas tenían por cierto de conseguir su designio.

CAPÍTULO III

De cómo fué quebrantada la paz y rota la guerra, y lo que los unos y los otros hicieron.

Pues como los franceses tuvieron su campo junto, inviaron un trompeta al Gran Capitán á le hacer saber que en todas maneras les entregase á Capitanata, aunque los letrados otra cosa hobiesen determinado. Pues llegado

el trompeta y dicha su embajada, antes que el Gran Capitán respondiese, sacó del seno un requirimiento y lo dió al Gran Capitán, en el cual le inviaban á decir que si luego no les entregaba á Capitanata, que se la tomarían por fuerza, con otras palabras muy soberbias.

Oído esto, y leído el requirimiento por el Gran Capitán, como católico cristiano, como aquel que todas las cosas encomienda á Dios y á su bendita Madre, delante de todos los que presentes se hallaron y de aquel trompeta francés, tomó el postrero requirimiento, y hincado de rodillas alzó los ojos al cielo y dijo estas palabras: «Señor mío Jesucristo, en cuyo poder es el cielo y la tierra, con todo lo criado, yo presento esta escritura delante tu juicio, porque eres verdadero juez y sabidor, que ninguna cosa se te esconde, y sabes la mucha justicia que los Reyes Católicos á este reino tienen, y la mucha soberbia que el Rey de Francia y sus Ministros ejecutan, sin querer mirar la justicia de que muchas veces les he requerido. Yo te suplico, Señor, por quien tú eres, que tú muestres en este caso tu divina justicia».

Y dicho esto, respondió al trompeta y le dijo: «Andad, hermano, con la gracia de Dios, y decid de mi parte á los señores Duque de Nemos y mosiur de Aubeny que pues tantas veces les he requerido que esta diferencia, sobre que tratamos, se determinase por justicia, la cual se determinó por parte de los Reyes de España, y ellos no mirando el derecho, me amenazan que me la tomarán por fuerza de armas, que yo espero en Dios y en su bendita Madre de no tan solamente les defender esta parte, mas aun de los echar de la suya y de ver á los Reyes de España señores de todo el reino, pues es suyo de justicia. Por ende les decid que vengan cuando quisieren, que me hallarán en el campo ó que me esperen, que yo seré con ellos lo más presto que pudiere. Más diréis al señor mos de Aubeny que excuse palabras demasiadas y soberbias, porque los hombres de su calidad y cargo más pertenece mostrar obras que no palabras. Decidle más de mi parte, que si tanta confianza tiene en la valentía de su persona, como todo el mundo sabe que tiene, y yo soy cierto dello, si querrá que de su persona á la mía esto se determine, que recibiré yo en ello gran merced, porque se excusarán muertes de muchos que no merecen ni tienen culpa en ello, y que el campo sea adonde él lo señalare y las armas las que él escogiere, y que yo me confío del señor Duque de Nemos que nos asegure el campo, porque lo tengo por tan buen caballero que nos terná la plaza segura, y que de ninguna cosa desta vida terné mayor contentamiento que por muerte ó vencimiento de uno de nosotros se aclare la justicia sobre que es el debate».

Y con esta respuesta despidió al trompeta, al cual hizo merced de un vestido de terciopelo y dineros, y le prometió muy grandes mercedes si le trujese respuesta de mos de Aubeny que aceptaba el desafío.

Estando aqui en la Tela, le vinieron á servir micer Teodoro y micer Lázaro, hermanos, con trescientas lanzas de albaneses griegos, de los cuales fué muy servido en toda la guerra, porque servian de espías á caballo y corrían veinte y veinte y dos leguas á caballo, que los caballos de aquella su provincia de Albania servían estos albaneses con mucha fidelidad.

Los franceses, cuando á este trompeta inviaron, quisieran mucho prender al Gran Capitán, porque marcharon á gran priesa con su campo para adonde él estaba. El Gran Capitán, como aquel que gastaba gran suma de dineros en espías, luego supo su ruindad; de lo cual avisado, partió de la Tela con la gente que tenía la vía de Barleta, que es una cibdad en Pulla, puerto de mar, adonde se recojó con la más gente que pudo, que es una cibdad aunque no muy fuerte, mas por ser puerto de mar y tener el rostro á los enemigos y á la mar á las espaldas, para ser socorrido de allí de mantenimiento. Está en medio de la provincia sobre que es el debate, tiene mucho pan y vino. Entró el Gran Capitán en Barleta á diez días de Julio de quinientos y dos años.

CAPÍTULO IV

De lo que el Gran Capitán hizo después que se recojó á Barleta, y lo que los franceses hicieron después que abiertamente rompieron la paz.

Esto que el Gran Capitán hizo en recogerse á Barleta y esperar allí para ofender á los enemigos y se defender dellos fué contra el parecer de todos, así de los capitanes como de la otra gente de guerra, principalmente del Próspero y sus hermanos Fabricio y Marco Antonio, y aun de todos los aficionados á

la Casa de Aragón, y más del Rey don Fernando después que lo supo, y de los Grandes y otras personas de España que tenían noticia de la tierra, y él mesmo oía á sus oídos murmurar dél, diciendo que ya se le había acabado su buena fortuna [1].

Todos los del Consejo de guerra murmuraban [2] y más cuando vieron que allí había recogido á la gente de guerra, sino fué algunas plazas muy importantes que había dejado presidio en ellas. Los franceses, llegados con su campo á la Tela, pensando de hallar muy descuidado al Gran Capitán, no lo hallando, quedaron muy corridos, por haber perdido tan buen lance, porque el Gran Capitán había partido de allí de la Tela con trescientos caballos, y anduvieron aquella noche hasta que salió el sol que llegaron á Barleta, catorce leguas sin parar, que todos los caballos se aguaron, que de ninguno fué más provecho adelante; y por desmentir las espías, no fué por camino derecho, sino por muy desviado camino, que fué por Adria y Bitonto hasta Barleta.

El Gran Capitán callaba á todas las pláticas que oía y de España le escribían. Sólo la Reina doña Isabel defendía su partido diciendo que no juzgasen hasta ver el suceso de la guerra en qué paraba, y á él le escribía que acá se había tenido por cosa no acertada el recogerse á Barleta.

El respondió á Su Alteza que él daba al tiempo por testigo de lo que se había acertado. Y lo que el Gran Capitán hizo, fué lo mejor que se podía elegir en aquello, porque era el hombre del mundo que mejor providencia tenía en lo porvenir y que mejor sabía conservar los soldados cuando el tiempo lo sufría, mejor lo sabía arriscar cuando la necesidad lo pedía.

Mosén Peñalosa y el teniente del despensero mayor don Francisco Fernández con trescientas lanzas llevaron la casa del Gran Capitán y cierta munición que quedaba en la Tela á Miro, un lugar del Conde de Muzo, y luego vino Pedro Navarro con mil infantes y la llevó á Barleta.

Cada día recibía cartas de España de sus amigos de la mala estimación en que en todo el reino estaba por se haber retraído á Barleta y recogido allí su gente, y más cuando fué sabido que los más señores de aquel reino se habían rebelado por Francia teniendo por cierta la victoria de los franceses, y como dije fué aquello lo que dió á ganar todo el reino. Determinó de no responder á ninguna persona, ni presente ni ausente, con palabras, sino al fin con las obras. Acordábase que lo mismo había acontecido á aquel muy famoso capitán de los romanos Q. Fabio Máximo cuando los romanos le enviaron contra Aníbal, capitán tan señalado de los cartagineses, viniendo contra Roma, con la victoria que hubo en Cannas contra los mesmos romanos, adonde les mató cuarenta mil romanos; el cual contra la voluntad de los mesmos romanos y de su compañero Terencio Varrón dilató la batalla, no se hallando igual con gente ni las otras cosas necesarias para pelear con él; antes salteándolo y dando de súbito muchas veces en su real lo gastó y detuvo, por cuya causa lo llamaron Cunctator, que quiere decir tardón, y después conocieron haber sido aquella la vida del ejército y del pueblo romano.

Estuvo el Gran Capitán en Barleta cerca de nueve meses, y lo que desde allí hizo se contará delante. Esta ciudad de Barleta, según hallamos en sus crónicas, fué edificada por el Emperador [1] Heraclio, y hoy día está en la plaza de esta cibdad una estatua de bronce del dicho Emperador puesta á pie. Tiene esta cibdad un puerto no muy grande, mas hecho á mano, y solo del Nordeste recibe daño cuando aquél corre y sopla, mas bien acomodado para galeras y otras naos de mercaderes y cargas.

CAPÍTULO V

De lo que los franceses hicieron contra los españoles, y lo que el Gran Capitán hizo desde Barleta.

El Gran Capitán salió de Barleta á los veinte días de Julio, y fué á la villa de Canosa, y

(1) Al margen: Decían los Grandes de España y aun el mesmo Rey que la buena fortuna se le había acabado al Gran Capitán, porque nunca hombre había hecho tal disparate como él había hecho en recogerse á Barleta.

(2) Al margen: Visto y oído por la Reina doña Isabel, dijo al Rey y á los Grandes que del Gran Capitán murmuraban: «Al fin veréis cómo ninguna cosa pudo hacer más acertada que recogerse á Bar eta, y yo espero en Dios que así será». Con otras palabras con que confundió los temerarios juicios de los que en ello hablaban.

(1) Al margen: Este Heraclio, Emperador de Constantinopla, fué el que venció á Cosdro, Rey de Persia, y trajo á Jerusalén la cruz en que padeció el Redentor del mundo, cuya fiesta la Iglesia Romana celebra á catorce días de Septiembre.

llevó consigo á Pedro Navarro, capitán de infantería, al cual le dijo: «Los franceses han de querer comenzar la guerra y quebrantar su furia sobre esta villa. Yo querría defendérsela. Vos quedaréis aquí con seiscientos soldados. Escogí á vos, más que á otro, porque tengo por cierto que la defenderéis á toda Francia que sobre ella venga toda junta, y quiero que por esta muestra vean lo que han de hallar en lo restante de la guerra. Yo os dejo en la plaza más mentada de toda Europa y aun de las otras partes de la tierra. Esta es aquella cibdad de Canas, adonde Aníbal, aquel tan señalado capitán de los cartagineses, mató en una batalla cuarenta mil romanos; y la más gente que hicieron el hecho, eran españoles; así que la tierra os conoce como á sus descendientes. A Canosa escogí para que resistáis á los franceses ó para vuestra sepultura».

Pedro Navarro le respondió que besaba las manos á Su Señoría por tan gran merced como le hacía en le encomendar aquella plaza; que él le prometía, con la ayuda de Dios y su buena ventura, que aunque los muros de Canosa eran flacos, que ellos los harían [fuertes] con sus ánimos y corazones. El Gran Capitán habló á todos los soldados, rogándoles mucho que todos hiciesen su deber, por ser aquella la primera plaza que los franceses habían de combatir. Fué de todos muy bien respondido. A Pedro Navarro dijo: «Super hanc petram tengo de fundar toda la guerra por venir»; y dejado esto así con este recabdo se volvió para Barleta. Y luego en llegando invió á mosen Hozes con ciertas capitanías á Manfredonia para que la defendiese á los franceses, y á su tío don Diego de Arellano invió con mil infantes á la cibdad de Andria, y á su tío Luis de Herrera á la cibdad de Taranto. A la fortaleza de Bitonto invió á Gatica, el cual entregó la fortaleza á los franceses; al cual invió el Gran Capitán á mandar que no viniese á su campo, ni pareciese antes, y que no le castigaba acordándose de los méritos pasados, y que no había de vivir en el mundo un hombre que tuvo en más su vida que su honra; que él había hecho conforme á su nombre, por donde los hombres habían de escoger buenos nombres [1].

[1] Al margen: ¿Qué podría hacer Gatica, sino cosa baja y de poco ser? De aquí se averigua lo que un doctor legista dice, que si los nombres se vendiesen, se habían de comprar con grandes precios.

Al Comendador de Trebejo, Pedro Piñero, invió á Potrón. Al Comendador Gómez de Solís, invió á Turpia; á Duarte, un capitán vizcaíno, invió á San Jorge; á Nuño de Ocampo invió á Ríjoles; á Hernando de Alarcón invió á Nochera; á Diego de Ayala invió á la Mantia; á Vargas invió á Terranova, y de la mesmá manera proveyó á Joya y otras algunas plazas, y él se quedó con muy poca gente en Barleta, porque con todos estos capitanes ya dichos repartió la más gente que tenía.

CAPÍTULO VI

De los diversos pareceres que los franceses tuvieron sobre el comenzar de la guerra contra el Gran Capitán.

El mosiur de Aubeny se partió de la Pulla llevando consigo la tercera parte del ejército que allí estaba y se fué á Calabria, porque en aquella provincia tenía mucha reputación, que había cobrado en la guerra pasada, habiendo sido, como dijimos, Gobernador en aquella provincia, y se había dado buena maña á gobernar aquella provincia de Calabria. Principalmente había ganado mucha fama por haber vencido al Rey Fernando y á Gonzalo Hernández en la batalla de Semenara, en la primera guerra, y sin duda era en más tenido en aquella provincia que todos los otros capitanes franceses. Y así por esto como porque todos los de aquella provincia eran aficionados á los franceses; y visto por los Príncipes y señores de aquella provincia la mucha parte que los franceses parecían tener, se rebelaron por Francia, y entre ellos fueron los señores de la Casa de San Severino, que fueron el Príncipe de Visiñano, el Príncipe de Salerno, el Conde de Melito, los cuales tenían mucha gente de guerra, y cada día era llamado Aubeny por cartas y mensajeros que llevase las banderas de Francia, que tanto eran deseadas en aquella provincia; y ninguna cibdad ni villa le faltó que no se rebelase por los franceses, y se pasaron á ellos sin quedar ninguno Pues llegado allá mos de Aubeny, á ningún lugar llegó que no le abriesen las puertas con grande alegría, y con ellas la cibdad de Cosencia y todos los otros pueblos y gente; y echadas algunas guardas de españoles, llegó sin ver lanza enhiesta hasta el faro de Mesina.

CAPÍTULO VII

De los diversos y varios consejos que los franceses tuvieron entre sí, los que quedaron en Pulla con el Duque de Nemos.

Ido, pues, mos de Aubeny á Calabria, el Duque de Nemos llamó á consejo á los capitanes de su ejército, demandándoles su parecer de la manera que tratarían la guerra, ó por dónde la comenzarían No se podían concertar, porque entre ellos había diversos pareceres y en cosa ninguna se podían resolver en cosa que les pareciese ser provechosa para la victoria.

Estaba en este ayuntamiento el Duque de Adria, Mateo de Aquaviva, un gran señor en la provincia de Abruzo y el más principal y más aficionado á los franceses, un hombre muy sabio en las letras y muy diestro y experimentado en las cosas de las armas. El cual había tenido forma que los más de aquellas provincias de Abruzo y Calabria se pasasen de los españoles á los franceses. Este Duque de Adria tomó la mano y dijo que ninguna cosa había tan provechosa ni tan necesaria para conseguir la victoria, y sin sangre, como juntar de presto el ejército y ir sobre la cibdad de Bari y tomalla, por estar tan cerca de Barleta, y ser tan amiga de los enemigos y ser tan principal cosa, y porque tiene un mercado adonde concurren de todo el mar Adriático; de la cual cibdad se podían aprovechar y hacer daño á los enemigos, y si ellos saliesen á le querer dar socorro, pelear con ellos, pues son tan pocos; aunque desto podemos estar seguros que no saldrán; y de allí se podrá luego tomar la cibdad de Bitonto y Jovezano, que en otro tiempo se llamó Enactia, y los otros lugares comarcanos. Esta cibdad de Bari era de doña Isabel de Aragón, hija del Rey Alfonso de Nápoles, el segundo deste nombre, que fué casada con Juan Galeazo, Duque de Milán, que fué despojado de su tío Ludovico con favor del Rey de Francia Carlos octavo, como atrás contamos, y muerto con sospecha de yerbas, y á su hijo tenían en Francia criándose en un monesterio de flaires, porque no aspirase algún tiempo al estado, que de derecho le pertenecía, de Milán.

Esta señora, así por ser española y tan generosa, no podía sufrir que los franceses fuesen señores de aquella tierra por muchas causas, y entre otras porque en un mesmo tiempo le habían quitado á su tío Federico el reino de Nápoles y á su marido y hijo el estado de Milán. Tenía el ánimo del padre, y estaba determinada de antes morir que entregar aquella cibdad á los franceses, y por todas estas causas favorescía á los españoles, de los cuales ella descendía, principalmente al Gran Capitán, el cual muchas veces la iba á visitar y era dél muy servida y acatada. Ningún consejo pudo ser más provechoso para el propósito y fin que deseaban como éste de Aquaviva, mas cególos Dios de arte que á todos les pareció cosa muy fuera de razón para hombres de guerra.

CAPÍTULO VIII

Del parecer que los otros capitanes franceses dijeron, lo cual siguieron.

El parecer de los otros capitanes fué muy al contrario, porque entre ellos estaban dos capitanes muy célebres en aquel tiempo, que eran mos de Alegre y mos de la Paliza. Estos dos condenaron el parecer de Aquaviva por bajo y no de hombres de guerra y no de varones animosos como lo ellos eran: ir á cercar á una mujer y combatilla; que muy mejor era ayuntar todo el ejército y ir á cercar á Barleta, adonde estaba el Capitán general de los enemigos y todo el caudal y flor de la gente española, y en un mesmo tiempo se hará guerra á los Coluneses, tan aficionados á los españoles, porque los muros de Barleta son muy flacos, que de bestiones ni de otra cosa importante puedan por de dentro ser fortalecidos, y desta causa luego serán derribados de los primeros golpes de la artillería, y ellos muertos y presos, ó el Gran Capitán hará condiciones no honestas, según la reputación que hasta aquí ha tenido, y la gloria y fama de los franceses acrecentada, pues en todo el mundo se sabe su loor y fama, no sólo en vencer á sus enemigos, mas aun en la manera y autoridad del vencer á sus contrarios. Así que tomada la cibdad y muertos y presos los españoles con su capitán será acabada la guerra con tan felicísimo suceso; y esto ha de ser luego, antes que los de dentro hagan algunos reparos ni les venga algún socorro, y lo que más aquí ganaremos, que estimaremos en más que á todo el reino, en despachar á

uno que ha sido tan valeroso capitán como Gonzalo Hernández, y pasar en nosotros aquella su antigua reputación que siempre en la paz y en la guerra ha tenido.

A los cuales respondió el Duque de Nemos: «Ciertamente todo lo que, señores, habéis dicho me parecen cosas muy llenas de honra y fama, y de ánimos tan generosos y tan valientes como son los vuestros; mas no sé yo cuál hombre de guerra y que conozca al enemigo y á los que consigo tiene, podrá acabar consigo de tomar ese parecer, porque yo no puedo acabar conmigo de me persuadir que un tan valeroso enemigo como es Gonzalo Hernández, que pelea por la honra, por la salud y por la vida suya y de los que tiene consigo, que así tan fácil ó se rinda ó no espere acabar allí sus días cuando la fortuna le fuese contraria, y dejar de hacer todo aquello que según su gran reputación pide. ¡Cuántas veces, señores, en los tiempos pasados se hicieron estas cuentas y después salieron muy al contrario! Y no trayo para ello otros testigos sino á vosotros, señores, y á los otros capitanes que aquí están en este ayuntamiento, y por esto á mí me parece que cerquemos á Barleta y no la combatamos, porque los enemigos tienen carestía de vituallas y de dineros, que es lo principal de todo, y de todas las cosas necesarias para la guerra».

Todos los otros capitanes que allí estaban fueron de aquel parecer, así como Luis de Arce, mos de Formento y Ziandeto, capitán de suizos, y todos los otros más, y en esto se determinaron.

CAPÍTULO IX

Cómo los franceses fueron con todo su campo á cercar á Canosa, adonde Pedro Navarro estaba.

Pues siguiendo todos el parecer del Duque de Nemos, que fué el menos provechoso para el efecto que deseaban, con su campo y con el que nuevamente le había venido, fué sobre la villa de Canosa, adonde dijimos que estaba Pedro Navarro, y con toda su artillería fueron á cercar la villa de Canosa. Esto fué á los quince días de Agosto del dicho año de quinientos dos años. Llegados los franceses, plantaron la artillería, y invióle el Duque de Nemos á Pedro Navarro un trompeta que si dentro de seis horas no se rindían, que, aquellas pasadas, á ninguno tomaría á vida. Al cual respondió Pedro Navarro que ellos conocían mal á los que dentro estaban, pues les inviaban á decir palabras tan soberbias; y que no les querían responder con palabras sino con obras, y que les daban su fe de no se rendir hasta que no quedase sino uno solo, y que aquel les defendería la villa; y que si los muros de la villa eran flacos, que sus ánimos eran muy fuertes, como lo verían por la obra. Y dijo al trompeta que si más volvía á les mover partido que lo colgaría de una almena.

Oída por los Generales la respuesta, les mandó combatir, y uno tras otro les dieron catorce combates, refrescando de continuo nueva gente, agora de franceses y otros de suizos, otro de gascones, y con grande ánimo, pareciéndoles ser aquella la primera cosa en que comenzaban y más seyendo los de dentro tan pocos y ellos muchos. Pues con los muchos combates les allanaron un lienzo del muro, y jamás les pudieron entrar por la gran resistencia que en los de dentro hubo. Fué tan grande la porfía de los unos y de los otros, que de los franceses murieron mil dellos y hartos de los españoles y muchos heridos. Fué tanto el ánimo de los españoles en la defensión de aquella plaza, que los franceses, visto el poco fruto que de los combates sacaban, consultaron de alzar el cerco y pasar á lo de Barleta, y hiciéranlo si no fuera por Tramolla y Alegre, que dijeron que mirase Su Excelencia el mucho crédito que perdían si aquella plaza y tan flaca no tomaban, seyendo ellos tantos y los españoles tan pocos. Los franceses siempre tuvieron por averiguado que los españoles que dentro estaban eran más de tres mil. Tras esto les dieron un combate los suizos, que prometieron de les entrar ó morir en el combate.

El Gran Capitán invió á avisar á Pedro Navarro por secretos mensajeros que él no le podía socorrer, que mirase por su vida y salud, la cual él prefería y la de los que con él estaban á las mejores cibdades del reino, cuanto más á Canosa; que hiciese un partido con honestas condiciones. Los franceses desde la hora que asentaron el cerco sobre Canosa siempre requirían á Pedro Navarro con partido, y que fuese el que él señalase. Visto por Pedro Navarro que los soldados que le quedaban eran solos ciento cincuenta, y éstos

visto que les faltaban ya los mantenimientos, dijo á los soldados que se acordasen que el Gran Capitán los había escogido en todo su campo por más valientes y esforzados, y más ser la primera cosa que á los franceses defendían, y que este trance había de ser el juicio para lo de adelante, y que cuando la fortuna otra cosa quisiese hacer, que él escogía aquella estancia para su sepultura, y que lo mesmo hiciesen todos; que diesen muchas gracias á Dios que les había puesto en lugar donde tan bien acabasen sus vidas en servicio del Rey y de su justicia y dejarían para siempre inmortal fama; que les rogaba empleasen bien sus vidas.

CAPÍTULO X

Cómo pasó lo de Canosa y lo que Pedro Navarro hizo defendiendo la villa.

Visto, pues, por Pedro Navarro que la gente le faltaba y los mantenimientos, y que el Gran Capitán le avisaba que hiciese el mejor partido que pudiese, hizo el más honrado partido que jamás se ha hecho; y fué que el dicho Pedro Navarro se pudiese volver seguro á Barleta él y los que con él estaban, las banderas tendidas con son de trompetas, pífanos y atambores, salvas las haciendas y las personas y que les dieren caballos para llevar los heridos, y que el Duque de Nemos asegurase sobre su fe que no fuese hecho daño ni perjuicio á los de la villa ni alguna injuria. Hecho este partido con tan honestas condiciones, salió Pedro Navarro y sus soldados, que aun no eran ciento cincuenta, por medio de su real diciendo «¡España, España!», no como vencidos, sino como vencedores, con aquella braveza y orgullo como si hobieran vencido una gran batalla, según el ánimo y braveza llevaban. Saliendo fuera de la villa se quebró un eje de un carretón de un tiro. El Duque de Nemos les dió su fe que él se lo mandaría luego llevar á Barleta; mas Pedro Navarro jamás quiso, sino que los soldados lo llevasen delante de sí, y así fué hecho. Pues habiendo andado cuanto una milla pequeña, los franceses inviaron á decir á Pedro Navarro que por qué no cumplía las condiciones, que luego mandase salir todos los soldados que en Canosa quedaban. Pedro Navarro les respondió que no se temiesen de los que dentro quedaban enterrados, que ninguno hallarían vivo. Cuando los franceses vieron que tan pocos les habían hecho tanta resistencia, estuvieron muy corridos y espantados, y aun perdieron muy gran parte de su soberbia; principalmente lo estaban Paliza, Tramolla y Alegre.

Cuando el Gran Capitán supo la venida de Pedro Navarro, los salió á recibir con su campo y lo abrazó y besó en el rostro alabándole mucho su esfuerzo y la buena cuenta que había dado del cargo que le había encomendado, de que Pedro Navarro se tuvo por muy satisfecho. Asimesmo alabó á los soldados y capitanes con muy dulces palabras, y mandó decir muchas misas y sacrificios por los soldados muertos. Llegados á Barleta, Pedro Navarro se curó de algunas heridas que traía y los otros capitanes y soldados. Luego dende á ciertos días invió á Pedro Navarro con sus quinientos soldados á la cibdad de Taranto para que allí estuviese con Luis de Herrera, su primo, porque tuvo aviso que ciertos caballeros y señores de aquella provincia iban sobre la cibdad con grande ejército.

CAPÍTULO XI

De cómo en este tiempo pasó el desafío de los once españoles con los once franceses, y el suceso que aquel desafío tuvo.

En este tiempo que mos de Nemos, siguiendo el parecer que para la guerra había dado, repartió la gente en derredor de Barleta para cercar de lejos á los enemigos que, como dijimos, estaban aposentados en Barleta, por les refrenar sus salidas y quitalles las vituallas, y desde allí tentar la más flaca guarda dellas, y así se mostraría el valor de los cercadores contra los cercados. El Duque de Nemos, vista la falta que el Gran Capitán tenía así de gente como de mantenimientos y de todas las otras cosas, y él y su campo tan pujante, envió un caballero, su deudo, de quien él mucho fiaba, que en gran secreto dijese al Gran Capitán que él lo tenía en mucho, así por el valor de su persona como por todas las otras de que Dios le había dotado, y que agora le tenía gran lástima de lo ver allí encerrado, adonde muy presto ó sería ó muerto ó preso, y que él lo vía aunque lo quisiese disimular, y que por tenerle en mu-

cho le daría licencia que se fuese adonde quisiese con cuatrocientos hombres, cuales él escogiese y señalase, y que dejase á todos los otros, y que esto se le tuviese en mucho. El Gran Capitán respondió á aquel caballero que dijese al señor Duque de Nemos que aun no estaba en estado de recebir dél aquella honra que le ofrecía, mas que le hacía saber que él tenía esperanza en Dios y en su divina justicia de no sólo los vencer mas aun los echar de toda Italia.

CAPÍTULO XII

De cómo se concertó un desafío de once españoles contra otros once franceses.

Los franceses muchas veces burlaban de los hombres de armas españoles. Decían que los peones eran razonables; mas querer ser tenidos por hombres de armas, que era cosa que no se podía sufrir. Sobre esta materia altercaban muchas veces. Los españoles decían que no solamente eran buenos hombres de armas, mas aun mejores que ellos, porque los franceses, pasado aquel primero ímpetu, no perseveran en la batalla y siempre van enflaqueciendo, y á los españoles siempre les crecía el esfuerzo y se les doblaban las fuerzas y perseveraban hasta el fin. Y porque viesen las obras juntamente con las palabras, los inviaron á desafiar de tantos hombres de armas por un trompeta con su patente. Los franceses recibieron el desafío con muy alegre gesto y respondieron que les placía de lo aceptar, y que ellos lo hobieran tentado, sino que tuvieron por cierto que no fueran los españoles tan locos que los osaran aceptar. Mas pues agora eran tan enemigos de sí mismos que querían tomar la muerte con sus manos, que debían de estar desesperados, y que los españoles de cualquiera manera ganaban honra en aquel desafío, porque para ellos no podía ser mayor que, seyendo vencidos, decir que osaron entrar en campo con los franceses hombres de armas. Respondieron los franceses al desafío que ellos responderían para día señalado.

Los franceses dilataron el tiempo y inviaron á una villa cercana ciento cincuenta hombres de armas á se ensayar, y después de ejercitados escogeron entre ellos once, los mejores y de quien más expiriencia tenían; y estando todos á punto, inviaron un trompeta á responder al desafío que fuese para tercero día y de once por once hombres de armas. El desafío fué junto á la villa de Trane, que era una cibdad que el rey Fernando había empeñado á venecianos, y el proveedor y gobernador de aquella cibdad, como aquel que de ningunas de las partes era enemigo, les aseguró el campo y en bajo de la palabra del Duque de Nemos, que era muy buen caballero aunque de muy poca edad.

El partido fué que el vencido pagase cien ducados y las armas y el caballo al vencedor. El Gran Capitán nombró los once que habían de pelear, y fueron los siguientes: Diego de Vera, capitán de la artillería; Diego García de Paredes, coronel de infantería; el tercero fué Gonzalo de Aller; el cuarto fué Martín de Tuesta, que después fué mayordomo del Gran Capitán; el quinto, Segura; el sexto y séptimo fueron dos hermanos llamados Morenos; el octavo fué Ali-Vera; el nono Gonzalo de Aller ([1]); el deceno fué Jorge Diez, portogués, natural de Santarén; el onceno fué Oñate Piñán. Diego García de Paredes estaba en la cama, que despartiendo un ruido de españoles que peleaban unos contra otros, le habían dado un picazo en un muslo que le había hecho una muy mala herida. El Gran Capitán lo fué á ver y le dijo que se aparejase para ser uno de los once que se habían de combatir con los franceses. El dijo que ya Su Señoría vía cómo su cuerpo no obedecía á su voluntad. El Gran Capitán le replicó que así como estaba había de ser uno dellos. Oyendo esto Diego García saltó de la cama y comenzó á pedir sus armas. Todos estos once españoles eran casi de una edad, de cuarenta años poco más ó menos. El que más edad había era Diego de Vera. Todos eran altos y de buenos cuerpos, sino eran los dos Morenos hermanos. Fué Diego de Vera por capitán de los once. A los cuales dijo el Gran Capitán se acordasen que los había escogido en todo su campo por más valientes y que en sus brazos ponía toda la honra de la nación de España y de Italia, y que mirasen en aquella batalla estaba el suceso de la victoria de adelante, y que el que no fuese vencedor que en fuerte hora lo había parido su

([1]) Tachado: de Arévalo.

madre, y que se acordasen de la honra que gana el que vence á su enemigo, ó la grande afrenta del vencido, y que el que aquí fuese vencido quedaba su cuerpo y honra muertos para siempre jamás y los que dél descendían.

Allí les dijo tres palabras que bastaron de hacer de ciervos leones; abrazólos y besólos en el rostro, y les dijo que los encomendaba á Dios y á su bendita Madre.

CAPÍTULO XIII

De cómo pasó el desafío de los once por once.

Los franceses asimismo se aparejaron para la batalla. Todos eran muy grandes de cuerpo y de grandes fuerzas y muy bien tallados, y en muy excelentes caballos y muy ricas armas, que los que dellas tanto no sabían tenían la batalla. Mos de Nemos les dijo: «Acordaos, señores, de la honra de nuestra nación, que en todas las provincias y reinos del mundo se sabe la grande fortaleza y destreza de los hombres de armas franceses. Los libros, las memorias están llenos de ellos. Asimismo os acordad que peleáis con gente bárbara, y más en el pelear, que poco ha que ni sabían pelear ni vestir las armas ni los nombres dellas; que no ha dos años que no sabían qué cosa era hombre de armas, que si algún rastro dellas tienen, lo han deprendido de nosotros. Su hecho es jinetes, con que peleaban con los morillos de Granada, gente desnuda y desarmada, y de suyo vencida, con los cuales acometiendo y huyendo hacen su guerra que ellos llaman escaramuzar, y que hemos visto que escaramuzando y huyendo temían de se encontrar con las fuertes lanzas de los franceses».

Pues asegurados por el gobernador veneciano y asegurado el campo con la guarda de venecianos, mos de Nemos salió con ellos diciéndoles que pues ellos tantas veces habían burlado de los hombres de armas españoles, agora tenían tiempo de lo mostrar por la obra, y que se acordasen que el que no viniese vencedor que ni allí, ni á ellos, ni á Francia volviese, porque muy más cruda muerte sería la que allí les darían que no la que de su enemigo en el campo podía recibir.

Así se despidió dellos y se volvió á su aposento. Fué este desafío á trece días de Hebrero de quinientos y tres años. Cuando los franceses salieron al campo ya los españoles les estaban esperando. Llegados los franceses, los jueces les partieron el sol y tocaron una trompeta, al sonido de la cual arremetieron los unos contra los otros, que los que lo vían no tenían en mucho la mentira de Amadís y Esplandián. Encontráronse con tal furia y con ánimos tan obstinados, que jamás se vió ni con mayores fuerzas ni ánimos. Cayeron muchos dellos de los encuentros de las lanzas y murieron muchos caballos dellos.

Del primer encuentro cayeron cuatro franceses y un español, que se llamaba Gonzalo de Aller, que era uno de los mejores hombres de armas de entrambos ejércitos. De los caídos murió uno, á quien encontró Diego García de Paredes. Tornaron otra vez á se encontrar, y desta vez cayó el caballo de Diego García de Paredes, y de los franceses cayeron los siete; y los cuatro, visto que sus compañeros estaban á pie, se apearon y jarretaron los caballos, y de los muertos y jarretados hicieron un palenque y allí se amparaban de los españoles, y allí dentro metieron consigo á Gonzalo de Aller, sobre el cual cuatro hombres de armas cargaron, cuando de los primeros cayó el caballo sobre él. De los franceses fué un caballero rendido, uno por un español solo, y todo el tiempo que duró aquel trance estuvo este preso, cuanto Gonzalo de Aller dentro de aquel parque. Cuando los españoles que á caballo quedaron querían confrontar con los franceses, espantábanse los caballos vivos de los muertos, que no bastaban á los hacer llegar á aquel reparo. Diego García y Jorge Diez y Alí-Vera eran de voto que todos sus compañeros se apeasen y entrasen allí dentro á pelear con ellos. Vera y de los otros algunos dellos decían que no, porque así les tenían ventaja y casi rendidos, y podría ser que á pie se les trocase la suerte. Diego García, entrando allí á pelear con ellos, por grande desgracia se le cayó el espada de la mano, y no la pudiendo tornar á cobrar se valió de les arrojar piedras con que el campo estaba señalado por su orden, y eran tan grandes que les hacía mucho daño, que tenían gran trabajo en se defender dellas. En este conflicto estuvieron cinco horas, los franceses defendiéndose, los españoles ofendiéndoles, hasta que se puso el sol. De los españoles todos pelearon valerosísimamente; de los franceses asimismo, y sobre todos Torque-

cio, teniente de mos de la Paliza, y Mondragón, vizcaíno, capitán de gascones que después en Milán seyendo él allí teniente de castellano un rayo derribó una torre y cayó sobre él y sobre una compañía, de que todos murieron.

Puesto el sol, los jueces dieron por sentencia que ninguno dellos quedaba por vencido, y que á los españoles daban por muy esforzados y valerosos, y á los franceses por hombres de gran constancia, y que Gonzalo de Aller fuese trocado por el otro francés rendido, y que á todos daban por buenos. Los españoles se apartaron muy afrontados, aunque cierto pareció que el proveedor veneciano tuvo en aquello afición á los franceses, pues en todo llevaron la mejoría los españoles, pues fueron cercadores y los franceses los cercados; todos rompieron sus lanzas, y de los franceses quedaron muchas sanas; los españoles los ofendedores, los franceses siempre trabajaron en se defender.

CAPÍTULO XIV

De lo que el Gran Capitán hizo después que supo el suceso del desafío.

Cuando el Gran Capitán vió que era tiempo de la venida de los españoles, salió con su campo á los recibir, pensando que venían con la victoria; mas cuando supo que á todos los habían dado por buenos y que no traían la victoria fué muy turbado en gran manera, porque tuvo por muy cierto que habían de venir vencedores; volvióse muy enojado á Barleta, sin querer aquella noche hablar á ninguno. Los once españoles llegaron á Barleta ya gran rato de la noche y se fueron á sus posadas para dar cuenta otro día de su jornada. Estaban tan desesperados que no osaban parecer ante el Gran Capitán, aunque todos habían hecho su deber. Pues acabado con el Gran Capitán, á ruego del Próspero y de Hernando de Alarcón, que se halló á ver el desafío, y de otros algunos señores caballeros, les oyese, pues venidos ante el Gran Capitán no les quiso oir disculpa alguna. Diego García le dijo: «Vuestra señoría no tiene por qué tener enojo de nosotros, porque todos hicimos nuestro poder y deber, y lo mesmo hicieron los franceses. Si la fortuna no quiso, ó Dios, por quien todas las cosas se gobiernan, nosotros no pudimos ser vencidos, pues hicimos todo cuanto debíamos. Sí, que cosa es muy sabida entre hombres de guerra así antiguos como de los de nuestro tiempo, el soldado que haciendo todo lo que es obligado, aunque cayendo á los pies de su enemigo, no por ende es vencido. Aquel me parece á mí que es vencido y merece muy gran pena que deja de hacer algo de lo que es obligado. Yo pienso que, acatado lo que en este trance pasó, que los jueces nos debieran dar la honra de la batalla, considerando bien el trance della».

El Gran Capitán le respondió que para él ninguna satisfacción ni disculpa bastaba, y más yendo él allí.

Gonzalo de Aller se quedó en su posada, que ni osaba parecer ante el Gran Capitán ni ante los otros caballeros del ejército, tan desesperado que me decía Diego García de Paredes que sospecharon dél que se quería matar, diciendo él que muchos nobles romanos lo habían hecho; y que él había hecho que estuviesen con él, y tuviesen gran recaudo con él, y que él avisó al Gran Capitán dello.

Halláronse á mirar el desafío muchos caballeros y personas particulares, y contando uno dellos al Gran Capitán cómo después que Diego García perdió la espada hizo mucho daño con las piedras que allí dentro les tiraba, el Gran Capitán le dijo que no se espantase, que Diego García era en todo muy valeroso, mas que en lo de las piedras se había ayudado de sus naturales armas. Tenía Diego García un humor de melancolía, y cuando aquel le acudía, muchas veces daba de puñadas al que más cerca de sí hallaba; y como todos sabían lo de este humor, se apartaban dél, porque fuera deste humor era el hombre del mundo más manso, más cortés y bien criado de todos los del ejército y aun fuera dél. Dijo el Gran Capitán que se había ayudado de sus armas naturales, porque los melancólicos con su locura echan piedras. Todos rieron mucho del dicho, porque los locos echan piedras á la gente.

CAPÍTULO XV

De cómo pasó el desafío de Gonzalo de Aller con el francés rendido.

El Gran Capitán mandó llamar á Gonzalo de Aller y allí delante de muchos le dijo: «Gonzalo de Aller, mucho me ha pesado de la des-

gracia que ayer os acaeció, y para satisfacción della y de vuestra honra, sólo un remedio os queda, y es que luego inviéis á desafiar al francés rendido que por vos fué trocado, diciendo que vos tuvísteis razón de ser rendido y él no; porque vos, estando caído, cargaron sobre vos tres hombres de armas y os rindieron, y á él uno solo, y más estando ambos á caballo, y que lo hizo como hombre cobarde y de poco ánimo, que no merecía traer vestidas las armas y pelear con él, de manera que, ó volváis ante mí vencedor, muerto ó rendido vuestro contrario, ó os me trayan ese vuestro cuerpo muerto, como de varón que hizo su deber en la batalla contra su enemigo: que muy mayor honra es para vos morir á mano de vuestro enemigo que no oir cada día viviendo como oísteis: Aquel es Gonzalo de Aller, el que fué rendido tal día». Gonzalo de Aller se le hincó de rodillas y le quiso besar las manos, diciendo que aquella era la mayor merced que en esta vida él podría recibir de su señoría, porque le avisaba de qué manera podría remediar la desgracia pasada.

Todos habían gran lástima de Gonzalo de Aller, conociéndole como le conocían por hombre muy valiente y muy virtuoso, y agora le vían tan triste y congojado, que era gran pesar de lo ver. Luego Gonzalo de Aller invió un trompeta á aquel francés rendido, desafiándole sobre lo que arriba dijimos, diciéndole que le haría conocer en el campo quél tuvo justa razón de ser rendido de tres hombres de armas, y más estando caído en el suelo con su caballo, y él no la tuvo en ser rendido uno por uno y estando ambos á caballo, y que le haría conocer que lo había hecho como hombre cobarde y que no merecía traer armas vestidas.

Esto le notificó el trompeta delante el Duque de Nemos, su general. El francés, oído el desafío, lo aceptó de muy buena voluntad y le respondió: «Vos diréis á Gonzalo de Aller que yo acepto el desafío, y que entiendo de le matar ó rendir en el campo por las locuras que en su patente dice; y porque vea la gana que tengo de lo hacer y de le dar el pago que merece, que sea para mañana, junto á Trana, donde fué el desafío pasado. Lo cual escribieron al Gobernador de Trana, que para aquel día les asegurase aquel campo; lo cual se aceptó de buena voluntad. El Gran Capitán invió á Gonzalo de Aller dos caballos y unas muy ricas y muy provechosas armas, y lo fué á visitar á su posada, y con él el Próspero y Fabricio y don Diego de Mendoza. Gonzalo de Aller fué el primero que salió al campo, y como era alto de cuerpo y muy bien tallado y muy buen hombre de á caballo y muy ricas armas, pareció muy bien á todos. Comenzó en el campo á contornear su caballo, y hallólo como lo quería. Llevaba una daga y un estoque, el cual pareció muy bien á los jueces. Visto por algunos franceses que á mirar el español vinieron, dijeron unos á otros: «A fe que aquel español no ha de querer para sí lo peor, según está orgulloso».

A esta hora venía el francés al plazo señalado, muy bien armado y en un muy buen caballo. Estos franceses que dijimos que lo habían visto, le dijeron: «A vuestro contrario hemos visto en el campo, que os está esperando, y á nuestro parecer parece que ha de llevar lo mejor, según el continente que tiene. Creemos que te ha de despachar. Si estás desesperado vaite á combatir con él, y si deseas la vida, vuélvete, porque estos locos españoles tienen en más una poca de honra que mil vidas, que no saben gozar de esta vida á su placer, y más éste, que está afrontado de la desgracia de ayer».

Oído esto por aquel francés, y aun con menos palabras que oyera, se volvió á su aposento. Visto por los jueces que el francés desafiado no venía, le inviaron á llamar con el mismo trompeta, el cual le dijo de parte de los jueces cómo su enemigo había gran rato que lo esperaba en el campo, que fuese luego. El francés se tornó á informar del trompeta lo que le parecía de su contrario. El trompeta le respondió que á lo que todos decían, que parecía señor del campo: «Aquel español, á lo que parece, tiene mucho deseo de esa tu cabeza».

Con esta segunda información se acabó el francés de determinar del todo de no ir, y dijo al trompeta que se fuese, que él haría lo mejor que le pareciese. Gonzalo de Aller y los jueces estuvieron esperando al francés hasta la tarde, y visto que su contrario no venía, mandaron hacer un bulto vestido á semejanza de aquel francés y un rétulo en la frente que decía su nombre, y lo pusieron allí en el campo, y Gonzalo Aller lo encontró tantas veces, hasta que lo deshizo todo. A esta hora se ponía el sol. Los jueces sentenciaron que Gonzalo de Aller era vencedor y le dieron á su contra-

rio por muerto, y le sacaron con mucha honra del campo.

Sabido por el Gran Capitán la venida de Gonzalo de Aller, lo salió á recibir con su campo, y como llegó lo abrazó y besó en el carrillo, y otros muchos señores y capitanes, y disparó la artillería por espacio de una hora. El Gran Capitán le dijo: «El día de hoy, señor Gonzalo de Aller, habéis honrado á toda nuestra nación, habéis cobrado vos solo lo que todos vuestros compañeros perdieron juntos. Los Reyes, nuestros señores, os harán mucha merced por la honra que vos habéis dado á nuestra nación, y la fama os dará inmortalidad para siempre jamás».

A este Gonzalo de Aller hizo el Gran Capitán gran merced, y muchos de aquellos señores que allí estaban con él en el ejército, de que vino á España rico.

¿Qué diremos aquí de la mudanza de la fortuna, que ayer estaba este Gonzalo de Aller afrontado, que no osaba salir de su posada, tratando de se matar, según á mí me afirmó Diego García de Paredes, que desa causa avisó al Gran Capitán, como dijimos, lo inviase á llamar y le diese orden para satisfacer su honra; otro día está tan ufano, tan favorido que ninguno quedó en el ejército que no lo abrazase, como si hobiera mucho tiempo que no lo hobieran visto? Y trujo, cuando vino con el Gran Capitán en España, muchas joyas, de que vino muy próspero en España, que allí le dieron, así el Gran Capitán como los otros señores; porque fué el Gran Capitán, sin perjuicio de todos los capitanes pasados y presentes, que más supo honrar á los soldados que hacían su deber y que más merced les hacía.

Sabido por el Duque de Nemos lo que aquel francés había hecho, le invió á mandar que luego se saliese del ejército y que á él ni á Francia volviese so pena de muerte, y que no le mandaba matar porque cada día la padeciese en cualquiera parte que se hallase.

CAPÍTULO XVI

De lo que el Gran Capitán, pasado este desafío hizo, y de cómo pasó el desafío de Sotomayor y del capitán Bayarte.

Del desafío pasado quedaron encendidos los soldados contra los franceses, que parecía que ya no peleaban por el derecho del reino, sino por la gloria y honra de la nación; y porque en el rescatar los prisioneros había muy mal orden y desigual talla, fué tratado entre el Gran Capitán y mos de Nemos que se diese un medio porque no hobiese los desconciertos y desigualdades pasadas; así que se dió este concierto y orden en el rescatar de los prisioneros de la una parte y de la otra. Fué el orden éste firmado por los Generales de ambos ejércitos españoles y franceses, y sobre ello hecho capitulación, porque muchas veces pedían más de lo que el soldado podía pagar, y pasaban de una parte á la otra grande inhumanidad y mal tratamiento.

Fué, pues, dada esta orden: que un particular soldado pagase por su rescate la paga que suele haber en un mes; un hombre de armas pagase la paga de tres meses; un capitán ó alférez, paga de sueldo de un mes. Los capitanes de gente noble, al arbitrio del Capitán general. Mandó luego echar un bando con gran severidad, que todos tratasen muy bien á los prisioneros, y les hiciesen muy buen tratamiento. Esto hacía el Gran Capitán porque quería que los españoles no sólo venciesen á las demás naciones, mas en la humanidad, en el tratamiento, en la liberalidad, en la manificencia, en la cortesía y crianza, que sin el esfuerzo les hacían tanta ventaja.

Esto de los prisioneros hízo el Gran Capitán porque sucedió en aquel tiempo lo que agora contaremos.

Un caballero español, de la ilustre sangre de Sotomayor, llamado don Alonso de Sotomayor, en Galicia, hijo de don Pedro de Sotomayor, Conde de Camiña, en cierto rencuentro tomó á prisión á otro hombre de armas francés, llamado Bayarte, al cual no le había hecho buen tratamiento en su prisión, y sabiendo la persona que era, y asimismo en el rescate no se había habido bien con él. Después que el Bayarte fué libre y rescatado, pidió al Sotomayor que le diese satisfacción de le haber ultrajado, pues un caballero de sangre ilustre, como él era, le había, teniéndolo en su poder, no bien tratado. El Sotomayor no quiso. Bayarte lo desafió. El Gran Capitán trató con el Sotomayor, pues tenía la culpa, le diese una muy honesta satisfacción, pues con justa causa lo podía hacer de no lo haber conocido, lo cual se creyó ser así. Salieron al campo, allí junto á Trana, asegurados por el proveedor veneciano. Era el Sotomayor uno de los más valientes soldados que de España habían sa-

lido, hombre sin ningún pavor, que jamás temía cosa desta vida, según su grande esfuerzo y valentía. Este fué el que en la tomada y combate de Ostia prendió á Menaldo Guerra, aquel tirano que la tenía ocupada al Papa, y había entrado en una cueva que estaba junto á Roma, adonde ninguno ni ningunos, aunque fuesen seis juntos, habían osado entrar. El cual, á ruego del Papa Alejandro, entró y vió cosas muy monstruosas, y sacó de allí la imagen de la diosa Venus, antiquísima, cosa que se creyó ser la que Eneas trajo de Troya.

El Gran Capitán dijo á don Alonso que, pues no le quería dar una honesta satisfacción, saliese al campo con él; y salidos, la fortuna juzgó tener más justa causa el Bayarte, porque le metió la punta de la espada por la garganta, de que murió.

Tuvo el Sotomayor en muy poco á su enemigo, y guiado por un caballero gallego que le aconsejó que ninguna satisfacción honesta le diese, Dios, que en todas las cosas principalmente se muestra, en la de las armas juzgó este trance de la manera que hemos dicho.

CAPÍTULO XVII

De las cosas que pasaron los españoles desde Barleta, adonde estaban recogidos, con los franceses, que estaban en sus alojamientos cerca de allí.

Después desto, á los veinte días de Agosto del dicho año de quinientos y dos años, visto por los franceses que el Gran Capitán se había recogido á Barleta y había desamparado á Pulla y Calabria, salvo, como dijimos, algunas plazas muy importantes, á las cuales, como dijimos, había inviado algunos capitanes con parte de la gente de guerra que tenía; visto, pues, por los franceses que las más villas y cibdades de aquellas provincias se habían rebelado por Francia, así por tener por vencido al Gran Capitán, como porque los más señores de aquel reino seguían la parte francesa, y más veyendo á los franceses señores del campo; visto, asimismo, cómo ni mantenimientos ni gente de ninguna parte le venían, pues, teniendo á los españoles por vencidos, movieron su campo con designio de ir á cercar al Gran Capitán allí en Barleta, á do estaba, y pasó el campo de los franceses por ante las puertas de Barleta, y asentaron su real cerca de unas viñas. Visto por el Gran Capitán que tan cerca pasaban, salió su persona con ciertos de caballo, y dieron en la retaguardia y les hicieron mucho daño y mataron muchos, y á otros alancearon. Los franceses se pusieron en huída y se acogeron á su real, y desde alli iban á comer uvas á las viñas de Barleta. El Gran Capitán invió á un Pedro de Acuña, prior de Mesina, y á mosén Peñalosa con ciertos soldados y atajaron doscientos suizos y pelearon con ellos con tanto ánimo que ninguno escapó de ellos; porque el Gran Capitán siempre les avisaba que se acordasen que de ningún precio era el enemigo vivo y que no hay precio que se iguale con el enemigo muerto. Visto por los Generales de Francia que por un puente que estaba en aquel río Lepanto pasaban muchas veces los españoles y les hacían mucho daño en su real, salieron con todo su campo á derribar aquel puente. Sabido esto por el Gran Capitán, salió de Barleta su persona con cierta gente de caballo y de infantería á se lo defender. Los franceses les tiraron algunos tiros de artillería, con que les hicieron algún daño, y se comenzaron á retraer. El Gran Capitán pasó el puente y les invió un trompeta á les decir que le esperasen y no huyesen, que él esperaba en Dios que, aunque en la cantidad les tenían tanta ventaja, de les dar á conocer, si osasen esperar, la ventaja que había de la una nación á la otra y de la justicia del Rey su señor al suyo, y los comenzó á seguir. El Duque de Nemos era de voto y parecer que volviesen y peleasen, porque era muy grande afrenta, habiéndolos venido á buscar y haciéndoles tanta ventaja en la gente de guerra, no volver á ellos, veniéndoles siguiendo. Los otros capitanes no quisieron, diciendo que los españoles venían desesperados, que vencidos estaban. Mos de Sandeyo, capitán de los suizos, era de parecer que volviesen á ellos y no padeciesen tan grande afrenta. Al fin se recogieron á su real y se hicieron fuertes.

CAPÍTULO XVIII

De lo que Francisco Sánchez, despensero mayor, hizo, yendo á correr á los enemigos que estaban en Canosa.

A los treinta días del mes de Septiembre del dicho año salió Francisco Sánchez, despensero mayor, con cierta gente de guerra á correr á Canosa, por un aviso que tuvo de mi-

cer Teodoro, capitán de albaneses, el cual fué y peleó con los franceses y les trajo noventa prisioneros y gran suma de ganado. Los franceses se juntaron muchos de ellos y siguieron el alcance; los españoles volvieron á ellos y pelearon, y en tanta desigualdad, fueron presos Francisco Sánchez y Diego de Vera y otros gentiles hombres [1]. Concertóse otro dia el rescate de los unos y los otros que delante habían inviado; quedaron los franceses á deber ciertos dineros, los cuales quedaron de dar á cierto tiempo en Trana, y que inviasen por ellos á cierto día, que luego los inviarían.

CAPÍTULO XIX

De lo que el Gran Capitán hizo un día que salió de Barleta su persona con cierta gente de guerra.

El Rey de Francia tenía asegurados á los herbajeros que pastaban las muy frescas y muy herbosas dehesas de Abruzo, que son como en Castilla las del campo de Alcudia ó de la Serena y muy mayores, de dar por cada cabeza de ganado que los españoles les tomasen á medio ducado por cada res, y tenía los dineros prestos en banco en Roma.

A los diez y nueve días de Diciembre [2] del dicho año de quinientos y dos salió el Gran Capitán su mesma persona á les correr el campo, y por medio de toda la furia de los franceses que estaban en guarda de las dehesas, les trajo treinta mil cabezas de ganado ovejuno, y de los franceses mataron algunos y otros muchos prendieron, de que tuvieron que comer algunos días, y otras treinta mil cabezas de ganado que el despensero mayor había traido. Pagó á sus dueños el Rey de Francia treinta mil ducados, á medio ducado por cabeza.

CAPITULO XX

De un recuentro que el Gran Capitán hubo llevando él doce jinetes con cuarenta hombres de armas.

[3] Seyendo avisado el Gran Capitán que cuarenta hombres de armas franceses, de los mejores que había en su campo, habían salido á correr el campo, salió don Diego de Mendoza á los buscar, y por malos espías los erró. El Gran Capitán salió con doce jinetes á ver lo que don Diego hacía, y topóse con ellos y preguntó á los doce jinetes qué harían. Ellos dijeron que con tanta desigualdad que no los debían acometer, porque todos los que lo supiesen lo ternían á loca osadía y temeridad, porque las cosas de la guerra no guiadas por discreción comúnmente tienen malos sucesos.

El Gran Capitán les replicó: «Decidme, ¿si estos fueran trece, qué hiciéramos?» Ellos replicaron: «Aunque había diferencia y grande, todavía entráramos y saliéramos dellos á nuestra voluntad; mas estando la persona de Vuestra Señoría no se debe acometellos; use la razón de su oficio». «Pues cada uno tenga cargo del suyo, dijo el Gran Capitán, y dejadme á mí los veinte y ocho, que yo espero en Dios y en su bendita Madre que los venceremos». Y luego arremetió á ellos con muy grande ánimo. Los jinetes veyendo al Gran Capitán revuelto con ellos, con aquel su grande ánimo, sin consultar con la razón, los acometieron con tan grande ímpetu que los franceses estaban muy espantados. Pensaron al principio que venían detrás muchos otros, y que ellos los querían detener hasta que los otros llegasen; mas veyendo que no eran socorridos, pelearon valerosísimamente. Quien aquel día vió al Gran Capitán pelear y matar á los franceses á quien llegaba, en poco tuviera las fábulas de Amadís y don Tristán› que así huían dél como las ovejas de los lobos, y todos los otros jinetes, veyendo al Gran Capitán en tanto peligro, hacían más de lo que sus fuerzas y ánimo bastaban. Al fin mataron los treinta y nueve dellos, y estando hiriendo á un francés, llegó el Gran Capitan y les dijo: «Dejad ese prisionero que Alcalá lleve la nueva». Las cuales palabras á su agüelo Pedro Fernández de Córdoba le habían dicho los moros de Motril cuando fueron á correr á Alcalá [1].

Volvieron á Barleta con los más caballos y treinta y nueve arneses.

Aquí no podemos negar sino que el Gran Capitán pasó los límites de la cordura en aquel recuentro, y que fué locura y osadía temera-

[1] En el margen superior, cortada la primera linea, continúa... «do catalán, capitán de una compañía, que después andando á sueldo de los franceses de la compañía de Lotrey lo defendió y le dió la vida, estando en Iba muy herido, y sus enemigos, estando caido, queriéndole quitar la vida, junto á mosiur de Foxan en la batalla de Rávena, que lo habían muerto españoles».

[2] Al margen: á diez de Diciembre.

[3] Al margen: D. Diego de Mendoza los erró por malos espías y Meneses los topó.

[1] Al margen: Yo no puedo acabar conmigo sino que fué cosa fuera de toda razón, porque las cosas no se han de juzgar por los fines, sino por los principios.

ria; y aunque algunas veces sucedan bien, comúnmente se yerran. Verdad sea que el Gran Capitán con aquel su ánimo invencible, no pudo acabar consigo mesmo.

CAPÍTULO XXI

De lo que aconteció al Comendador Mendoza, entrando el año de mil quinientos y tres, á los diez y nueve días de Enero, con quince de caballo contra cincuenta y seis hombres de armas franceses.

En uno de los capítulos pasados dijimos que del trueco que hicieron con los franceses cuando Francisco Sánchez, despensero mayor, y Diego de Vera fueron presos, habiendo inviado á Barleta noventa prisioneros, fueron trocados los unos por los otros; y porque los franceses eran muchos más, obligáronse los franceses á pagar ciertos dineros en la cibdad de Trana, para ciertos días. Pues cumplido el término en que se habían de dar los dineros, invió el Gran Capitan al Comendador Mendoza á cobrar aquellos dineros. Llevaba consigo quince de caballo, y ya que se volvía á Barleta salieron del campo de los franceses cincuenta y seis de caballo para les tomar los dineros, y pusiéronse en una celada cerca del camino por do el Comendador Mendoza había de pasar. Luego fué avisado desto el Gran Capitán por micer Teodoro, aquel capitán albanés que atrás dijimos. Luego proveyó que don Diego de Mendoza fuese á ponerse por sobrecelada para socorrer al Comendador Mendoza con ciertos jinetes, y el mesmo Gran Capitán tomó siete de caballo y dijo: «Vamos á ver lo que el Comendador y don Diego de Mendoza hacen».

Entretanto que esto pasaba, el Comendador descubrió los cincuenta y seis franceses, y dijo á los sus quince: «Estos ladrones nos esperan para nos tomar el dinero y nos matar sobre ello. Yo espero en Dios que si hacemos lo que debemos que libraremos el dinero y á nuestras personas de aquestos bellacos. Suplícoos, señores y compañeros, que hagáis hoy lo que á mí me viéredes hacer, y tened esperanza en Dios que lo hemos de tener con nuestra parte».

A esta hora salieron los franceses de la celada diciendo que no huyesen, que no querian más de tomar los dineros. El Comendador no respondió, sino dijo: «Ea, señores, acordaos de hacer cada uno su deber», y envolviéronse con los franceses y pelearon con tanto ánimo que los franceses estaban espantados del ímpetu con que los acometieron y de la constancia que tenían en la batalla, que ninguna ventaja se conocía de la una parte á la otra. A esta hora llegó don Diego de Mendoza, guiado por micer Teodoro, y como vió envueltos al Comendador, y los suyos con los franceses, dijo á los suyos: «Ea, señores, socorramos al Comendador, que ha menester nuestra ayuda». Y arremetieron á ellos nombrando: «¡España! ¡Santiago!» El Comendador, como se vió socorrido, peleaba él y los suyos con grande esfuerzo.

Los franceses, veyendo que los primeros y postreros no eran tantos como ellos, peleaban animosamente, que no se podía conocer la vitoria.

A esta hora llegó el Gran Capitán guiado por micer Lazán, hermano de micer Teodoro, y llegó diciendo: «¡Santiago!» Los españoles, veyéndose socorridos de la persona del Gran Capitán, hacían maravillas en armas, porque tenían por cierto, y era así, que en la batalla que el Gran Capitán entraba tenían por cierta la vitoria. Pelearon todos, unos y otros, tan como varones, que de los franceses murieron cincuenta y de los españoles algunos, aunque pocos. Los cinco se salvaron á mano de caballo, y con esta vitoria se volvieron á Barleta.

CAPÍTULO XXII

De lo que Luis de Herrera y Pedro Navarro pasaron con los franceses en una villa llamada Castellaneta.

A doce días de Hebrero de quinientos y tres años, estaban cien lanzas francesas aposentadas en una villa llamada Castellaneta, y sobre una bota de vino mataron los franceses un clérigo, y asimismo los vecinos de aquella villa no podían sufrir las vejaciones y malos tratamientos de los franceses, y usaban con ellos todo género de deshonestidades. Acordaron los de esta villa de inviar ciertos mensajeros á Luis de Herrera y á Pedro Navarro que estaban seis millas de allí, que viniesen, que ellos les abrirían las puertas. Ellos lo aceptaron, y en anocheciendo marcharon y llegaron

allá en amaneciendo. No pudo esto ser tan secreto que los franceses no lo sintiesen, y pusiéronse en defensa. Los de la villa abrieron las puertas; los españoles entraron y comenzaron á pelear con los franceses; los unos apellidando «¡Francia!» y los otros «¡España!» y «¡Santiago!».

Pelearon los unos y los otros con mucho ánimo hasta que los franceses, no pudiendo sufrir el ímpetu y ánimo de los españoles, se retrujeron á las casas. Quedaron muertos cuarenta que pelearon muy valientemente; los sesenta recogidos fueron luego sacados y presos y tomados cien caballos y cien arneses, y queriendo salir de la villa, supieron por los espías cómo el campo de los franceses venía á socorrer á Castellaneta. Ellos se pusieron como hombres y determinaron de defender la villa. El campo de los franceses llegó, y luego plantaron la artillería y les dieron dos asaltos con mucha furia y luego otro asalto. Estos dos capitanes españoles se dieron tan buen recaudo en la defensa, que en los asaltos les mataron cincuenta franceses, que los hicieron apartar del muro.

Sabido por el Gran Capitán que Luis de Herrera y Pedro Navarro estaban cercados, mandó tocar al arma y salió de Barleta á socorrellos. Los franceses fueron avisados cómo los españoles venían á socorrellos, alzaron con gran presteza el campo y se volvieron á su aposento. Los españoles se fueron á Barleta, adonde toparon al Gran Capitán que venía con su ejército. Llevaron de Castellaneta sesenta prisioneros y otros tantos caballos y arneses y el despojo, que no fué poco. Dejando proveída aquella villa, se volvieron á Barleta.

CAPÍTULO XXIII

De cómo se concertó el desafío de los trece italianos con los trece franceses.

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo el Gran Capitán tuvo siempre designo de gastar los enemigos poco á poco, y sostener con paciencia la furia de los enemigos hasta que llegase el socorro que esperaba, porque había escrito á los Reyes de España le inviasen suplemento de gente y le fuesen inviados en Calabria alguna gente de caballo. Esperaba también que el Emperador Maximiliano había otorgado al Archiduque de Austria, su hijo, yerno de los Reyes de España, ciertas compañías de infantería de tudescos, como aquel que había de heredar los reinos de España y las Dos Sicilias, aquende y allende el Faro, para los oponer á los suizos que andaban á sueldo con el Rey de Francia.

También esperaba que el Virrey micer Juan de Lanuza desde Sicilia le inviase trigo, de que había muy gran carestía.

Decía muchas veces á los soldados que aguardaba una gran suma de dineros que los mercaderes le habían de dar por ciertas cédulas de cambio que de España estaban ya aceptadas en Venecia. Daba siempre grande esperanza á la gente de guerra con aquel su rostro apacible, y algunas veces les decía: «Tened esperanza, mis soldados, que aún yo no he abierto aquellas arcas que tengo llenas de dineros para satisfacer vuestros deseos, de que estaréis contentos».

Con estas esperanzas y con aquel su rostro y con la gran majestad de sus palabras, hacía á los soldados sufrir los desabrimientos y hambre, y andar desnudos y rotos, y que presto los vestiría y remediaría sus necesidades. Dábanle los soldados tanto crédito, que le tenían por hombre que adevinaba muchas veces las cosas por venir con aquella excelencia de su grande ingenio, é confirmaron aquesta opinión con lo que en aquella sazón avino. Y fué que vino de Sicilia un navío con temporal contrario, con cuantidad de trigo, y una nao llena de mercaduría que un mercader veneciano había traído á Barleta, en que traía muchos millares de calzas y millares de zapatos; muchas armas de diversas maneras; muchos arneses, celadas y almetes, con otras muchas cosas de que los soldados tenían necesidad. El Gran Capitán compró todas aquellas mercadurías buscando los dineros de sus familiares y amigos y capitanes, los cuales obligaron su fe por él; y doña Isabel de Aragón, que, como atrás dijimos, era, allende de ser española, muy aficicionada al Gran Capitán y á los Reyes de España, sus tíos, dió forma cómo algunos vecinos de la su villa de Barí se obligasen y fuesen fiadores al veneciano mercader. Luego el Gran Capitán con aquella gran liberalidad repartió por los soldados aquella ropa y cosas necesarias, de que todos quedaron contentos y lozanos.

CAPÍTULO XXIV

De lo que los franceses hicieron, y cómo fueron á dar vista á Barleta, y lo que les aconteció con los españoles.

El Duque de Nemos y los otros capitanes franceses pareciéndoles que eran señores del campo y que no era parte el Gran Capitán para salir de Barleta contra ellos, si allí lo cerrasen, habiendo tomado algunas tierras en aquella comarca con todo su campo, pasó el río Lepanto, y con sus banderas y escuadrones muy ordenados pasó el río Lepanto ([1]) por la puente de Canosa, y fuese camino de la Barleta, y pasó junto á Barleta; y invió un trompeta al Gran Capitán á le decir que si los españoles eran hombres según ellos publicaban, que saliesen de allí, adonde estaban encerrados, en campaña, adonde se diese batalla, y allí se vería la valentía y esfuerzo de la nación francesa á la española, aunque en todo el mundo se sabía; porque por esta muestra de hoy se muestre el juicio de lo de adelante, con otras palabras muy soberbias guiadas por Tramolla, Paliza y Alegre y los otros capitanes. El Gran Capitán como burlando dél le respondió que él no solía pelear á la voluntad del enemigo que le requería, sino cuando era su voluntad ó se le ofrecía bastante ocasión para ello; y más le invió á decir que le agradecía que con tanto ánimo le ofrecía la batalla; mas que más le agradecería, si no recibía pena, de les esperar mientras que se hierran los caballos y los soldados amolaban las espadas y enlucían sus armas. A los soldados no había quien los pudiese tener en la cibdad, sino que habían de salir á pelear con los franceses y darles el pago de haberse llegado tan cerca de Barleta, que no los podían tener, y bramaban y murmuraban del Gran Capitán que los dejaban ir sin castigo. Pues veyéndolos el Gran Capitán tan encendidos y con deseo de combatir y pelear con los franceses, los alababa, y con grandes ruegos les decía guardasen aquel ánimo para otro día de más cierta ventura, y que sería tiempo que se holgasen de aquella breve tardanza. Pues veyendo el Gran Capitán que los franceses se volvían muy ufanos de haber estado allí y no haber salido á ellos los españoles á pelear con ellos, volvíanse tan soberbios para Canosa que pensaban que ya tenían á los españoles por vencidos.

([1]) Sic: repetido.

CAPÍTULO XXV

De cómo pasó la batalla de los españoles y franceses retirándose de sobre Barleta.

Pues partidos los franceses de Barleta con aquella soberbia é insolencia que dijimos, iban el Duque de Nemos, Bayarte y mos de la Paliza, Formento, mos de Sandeyo, capitán de suizos, y mos de Alegre y otros algunos capitanes bravoseando é denostando de palabra á los españoles, cuando por mandado del Gran Capitán salió de Barleta don Diego de Mendoza, hombre de grande ánimo y valor, y con él los capitanes que se siguen: Villalba, Espes, Pizarro, Zárate, Escalada y Coello y otros algunos; y alcanzaron que iban muy cerca á los franceses, y acometiéronlos con la caballería española en la retaguardia, y comenzaron á pelear valerosísimamente. El orden que llevaban fué que dos escuadras de infantería diesen por los lados, y éstos rociaban con su arcabucería. Los franceses, veyéndose acometidos, volvieron con igual ánimo á los españoles y pelearon con grandísimo ánimo, porque había entre ellos grandes capitanes y muy diestros en la guerra. Y los hombres de armas franceses con aquel su primero ímpetu, que es muy fuerte, pelearon de manera que los españoles se vieron en gran trabajo; y llevando los españoles orden de se retirar atrás deshecha la orden, los franceses sin llevar cerrado su escuadrón, desordenados, apretaron á los españoles y con grande furia los seguían. A esta hora la infantería marchando á gran priesa para adelante por un rodeo que tomaron de un gran trecho, acometieron á los dos costados de los enemigos, los cuales desordenados andaban esparcidos de una á otra parte. A esta hora el Próspero Colona é Antonio su hermano con la banda de los hombres de armas coloneses, cerrados en escuadrón, acometieron á los franceses. Pelearon de entrambas partes muy valerosamente; mas los franceses, tomados en medio y heridos por todas partes, fué cosa de ver pelear á los españoles por vengar la injuria de haber llegado á Barleta. Heridos los franceses por todas partes, no pudieron resistir á tanta furia como los españoles tenían y que

con tanto ánimo los apretaban, y así se metieron en huída. El Duque de Nemos, que llevaba la avanguardia, iba muy lejos de pensar lo que pasó; porque había inviado delante la artillería; iba su camino para Canosa, y con él Paliza y Formento, para que ellos y los que detrás venían se fuesen á sus aposentos. Pues don Diego no perdió tiempo en seguir á los franceses y el Próspero y Coloneses y los otros capitanes españoles que iban. Ya todos los franceses rotos y desbaratados, perdida la soberbia que llevaban, fueron muchos de los franceses muertos y presos antes que mos de Nemos supiese del todo el vencimiento y muerte de los suyos ni pudiese socorrellos; antes él y los que en la avanguardia se hallaron alargaron el paso sin parar para Canosa, que aun allí pensaban no se poder valer.

Vuelto que fué don Diego de Mendoza con los prisioneros y despojo, halló que el Gran Capitán había salido fuera de Barleta con la gente que quedaba, la cual él había sacado para ir á socorrer á don Diego, si hobiese menester su ayuda. El Gran Capitán lo recibió con muy alegre cara, y lo abrazó y besó en el rostro, y le dijo: «Vuestra merced, señor don Diego, ha abajado hoy la soberbia grande de los franceses, y habéis mostrado un juicio de lo que está por venir, y habéis sido la causa que los españoles no tengan en nada la bravosidad de los franceses». Y asimismo alabó en gran manera á los capitanes que se habían habido muy valerosamente contra sus enemigos; y les prometió de les dar luego paga; y luego la buscó y les pagó un mes.

COMIENZA EL QUINTO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN, HIZO AL REY DE FRANCIA EN EL REINO DE NÁPOLES

CAPÍTULO I

De lo que sucedió después de la batalla y lo que pasó entre los franceses y italianos que seguían la parte española.

Pasada, pues, la batalla en que los franceses fueron rotos, muertos y presos, luego otro día el Gran Capitán mandó hacer un muy suntuoso banquete á sus amigos y caballeros italianos y españoles; y á los franceses prisioneros, por honrallos, los hizo sentar entre los otros caballeros españoles. Andando ya el banquete por sus puntos, los franceses estaban tan regocijados en la mesa que no parecía haber perdido la batalla. El vino era muy bueno y muy bien servido. Comenzóse á tratar de la batalla del otro día anterior. Don Diego de Mendoza dijo que otro día antes los franceses se habían habido en la batalla valerosísimamente, mostrando bien su esfuerzo; mas que sin duda ninguna se había de dar la honra principal á los italianos, porque los hombres de armas de los Coloneses, como todos habían visto, se habían habido esforzada y valerosamente. Estaba asentado á la mesa entre otros prisioneros Carlo Anojeto, que por otro nombre se llamaba el señor de la Mota. Con ánimo soberbio y fiero y algo caliente del vino, respondió con gesto feroz y dijo: «Señor don Diego de Mendoza, nunca Dios quiera que tal cosa se diga entre hombres que saben las cosas de la guerra: que los italianos sean preferidos en las cosas de la guerra á los franceses. Confesamos que los españoles nos son iguales algunas veces, mas no los italianos, como aquellos que con poco saber y ninguna fidelidad tratan las cosas de las armas; porque ellos han seido muchas y muchas veces de nosotros vencidos en más de muchos lugares de Italia, y hemos llevado la honra de la guerra».

Estaba sentado junto al Mota en la mesa Iñigo López de Ayala, un caballero español; y dábale del brazo que callase y no dijese mal de los italianos, porque no podían dejar de saber aquellas pláticas, y como son tan amigos de la honra y de su patria, que si lo supiesen sin duda ninguna, por vengar aquella injuria, dicha tan públicamente, le desafiarían á pública batalla. Entonces el Mota alzó algo más la voz: «Pues desafíen cuando ellos quisieren, porque yo ninguna cosa deseo tanto como hacelles conocer ser verdad lo que digo; y nunca tan en mi seso estuve jamás, como agora estoy; porque no digan que hablo demasiado por estar en el banquete habiendo bebido mucho». Estas palabras de Mota, ni más ni menos, como fueron dichas, fueron recitadas en el aposento del Próspero y de los otros caballeros Coloneses, y esta-

ban allí muchos caballeros italianos, los cuales fueron avisados cómo el nombre de los italianos había sido afrontado y ultrajado por aquel caballero francés; y á todos les pareció que aquella injuria no se podía satisfacer tan bien como con las armas. Y el Próspero y Fabricio entendiendo el negocio parecióles que con juicio y madureza se debía tomar aquel negocio, en que iba la reputación de Italia. Invió á dos caballeros romanos muy cuerdos, llamados Juan Bracalone y Juan Capochia, que fuesen y desapasionadamente supiesen si era verdad lo que el señor de la Mota en deshonor de los italianos había dicho, y si así fuese, que el francés fuera de la mesa, ya libre del banquete, confesase ser verdad lo que había dicho; y si en ello se afirmase, le dijesen que mintía tantas cuantas veces lo dijese, y le desafiasen para la batalla tantos á tantos cuantos ellos escogiesen. No se retractó el francés de lo que había dicho, sino aceptó la batalla con ánimo valeroso.

Este Carlo Anojeto era de la casa de mos de Borbón en Francia, y cuando el Rey Francisco echó del reino á Borbón, fué asimismo desterrado el Mota y anduvo en servicio de Borbón; y cuando el saco de Roma era maestro de campo, y allí hubo gran despojo de lo que allí hubo, así de lugares profanos como sagrados; y recogida la presa se vino en España, y en el camino adoleció en la mar, y, permitiéndolo Dios, antes que muriese los marineros le echaron en la mar y repartieron la rica presa que llevaba.

CAPÍTULO II

Cómo se concertó la batalla entre los franceses y italianos.

El Mota fué con licencia del Gran Capitán á Canosa al campo de los franceses y les dió cuenta de lo que había pasado. El Nemos aprobó el desafío y lo mismo Tramolla, Paliza, Alegre y Formento.

Fué concertado que fuesen trece italianos contra trece franceses; los cuales por honra de la nación se ofrecieron de entrar en el desafío. El Próspero nombró los trece italianos, y fueron los más valientes que en toda la provincia se hallaron. Y porque á todos cupiese parte de la esperada victoria, nombrólos de esta manera: de Roma, que fué la cabeza en esfuerzo y valentía de todo el mundo, fuesen tres, Juan Bracalone y Juan Capochia y Héctor Parachio; de Capua fué Héctor Ferramosca, de muy alta sangre, hermano mayor de César Ferramosca, caballerizo mayor que fué del Emperador Carlos de España; de Nápoles, Marco Corolario; de Theano, Ludovico Beavoli; de Sarno, Marco Abineti; de Toscana, Meyali; de Sicilia vinieron dos, porque esta isla antiguamente fué parte de Italia, como los geógrafos y historiadores escriben, aunque aquel golfo del Faro la apartó de Italia. Y porque no pareciese haber perdido el derecho de Italia nombró á dos, que fueron Francisco Salomoni y Guillelmo Albamonte. [De la Lombardía fueron] [1] Ricio de Parma y Tito de Lodi, llamado por sobrenombre el Fanfulla, porque en entrando en la batalla ningún peligro tenía que se le ofreciese; el Barón de San Lorenzo y Ronquillo.

La orden de la batalla fué que peleasen hombres de armas á caballo en una villa que se llama Corata, que es de la Orden de Sant Juan, entre Cuadrata y Andria. Fué el concierto que el caballero vencido, muerto ó rendido pagase cien ducados y las armas y el caballo al vencedor. El Gran Capitán dió á los trece italianos caballos y armas y todo lo que habían menester muy cumplidamente. Dióles á todos sayos, sobre las armas, de raso, la meitad blanco y la meitad morado; y entretanto que el concierto pasaba, los hizo ensayar. Y porque el Gran Capitán no se fiaba en la fe y seguro de los franceses, sacó todo su campo para asegurar aquel campo, por si quisiesen hacer alguna ruindad de las que suelen, no los hallasen desapercebidos. Hizo á los italianos un razonamiento desta manera: «Acordaos, dijo, señores, que en la tierra adonde estáis vuestros padres desde ella sujetaron á la mayor parte del mundo por solo su esfuerzo y gran corazón. Con solas dos legiones sujetó Julio César, de quien vosotros descendéis, á Francia toda, de donde son nuestros enemigos. Peleáis por la honra de Italia vuestra nación y vuestra madre. Peleáis en la plaza de todo el mundo, adonde serán vuestros nombres y fama ó subidos hasta el cielo ó abajados hasta el profundo de la tierra. Si hoy, seño-

[1] Tachado lo que está entre corchetes.

res, no hacéis lo que debéis, vuestros pasados ternán en la otra vida muy gran pena, si allí se puede tener, por haber engendrado hijos que tan mala cuenta dieron del esfuerzo que dellos heredaron Toda la honra de Italia, que es la más bienaventurada provincia del mundo, está hoy puesta en vuestros brazos. Peleáis con gente bárbara, que pasado aquel primer ímpetu son menos que mujeres. Tened en la memoria que sois hijos de aquellos Metellos, Marcellos, Fabios, Pompeyos, Césares, Fabricios, cuyos esfuerzos hoy están en vuestros corazones, si por vuestra culpa no le perdéis. Ninguna vez pasaron los franceses á Italia, así en los tiempos pasados como en los presentes, que no volviesen vencidos, destrozados y rotos, y los más quedaron muertos en esta vuestra provincia». Todos cuasi estos trece italianos eran de la capitanía de Próspero y de la de Fabricio su hermano, á los cuales el Próspero con muy alegre semblante les dijo cómo había dejado á muchos caballeros y capitanes descontentos por no los haber nombrado entre los trece, por los haber á ellos escogido por más valientes; que hiciesen su deber porque él no quedase engañado en su opinión, pues que á ellos como á fuertes defensores de la nación de Italia los había escogido.

Ninguno hubo de los trece que no prometiese de ó ser vencedor ó quedar muerto en el campo. Dió á cada uno lanzas muy fuertes y más largas que las de los franceses casi una braza y sendos estoques colgados de los arzones á la parte izquierda y sendas espadas cortas y anchas ceñidas para herir de tajo y revés; y á la mano derecha una hacha de labradores de cortar leña, con un ástil de media braza colgada con una cadenilla. Los caballos con sus testeras de hierro y los caballos (sic) armados los pescuezos. Más fueron echados en el campo dos venablos, los cuales estaban echados en el suelo á fin que aquellos que fuesen derribados en tierra se pudiesen combatir con ellos. Desto se aprovecharon después el Bracalone y el Fanfulla.

Mos de Nemos instruyó á los suyos diciéndoles: que ya sabían cómo á ellos había escogido como á más valientes y esforzados en todo su campo; que acordasen de honrar la nación francesa. Llevaban vestidos sayos de brocado y terciopelo carmesí. Destos había tomado á cargo mos de la Paliza de los ensayar y animar para la batalla, aunque no quiso asegurar el campo.

Los italianos entraron en el campo y se pusieron todos en hilera, esperando á los franceses, los cuales vinieron luego con grande ímpetu de los encontrar. Los italianos, contra la costumbre de pelear, estuvieron quedos, las lanzas abajadas, esperaron á los enemigos, que al son de la trompeta habían de se encontrar. Los franceses arremetieron á los italianos con muy gran furia; los italianos los esperaron, y como sus lanzas eran, como dijimos, una braza mayor cada una que las de los otros, antes que las de los franceses llegasen á ellos fueron envestidos de las más largas lanzas de los enemigos. Cinco italianos soltaron las lanzas y tomaron las porras que traían colgadas de los arzones y comenzaron á herir á los franceses de tan pesados golpes que hicieron gran susto y fueron muy gran parte del vencimiento. Los italianos se aprovechaban en gran manera de las mazas y hachetas, rompiéndoles con muy pesados golpes las vistas de los almetes y otras armas. Estuvo la batalla en duda, y empezó porque todos peleaban valerosísimamente, según la enemiga con que se combatían; y como todos eran muy valientes y hombres de vergüenza, no mostraban punto de cobardía. A esto Albamonte y ...[1] no pudieron tenerlos los caballos, y sin los poder tener, los llevaron fuera del parque adonde peleaban. Más Bracalone y el Fanfulla les faltaron sus caballos, y hallándose á pie tomaron los venablos y con grande esfuerzo comenzaron á desbarrigar los caballos de los contrarios. Y fué de tanta importancia esto que comenzó la batalla á inclinar algún tanto. Murió allí un francés llamado micer Claudio, natural de Este, de la nación de Italia en el Piamonte. Un italiano le hendió con una hacha el almete y le hendió la cabeza por medio, que le saltaron los sesos. Los italianos creyeron ser, porque seyendo italiano, había sido contra los de su nación, por favorecer á la nación extranjera.

Estuvo la batalla muy gran rato en peso; mas los italianos, aunque les faltaban los dos que por culpa de sus caballos habían salido fuera del estacado, apretaron con tanto ánimo á los franceses, que habiendo durado

[1] En blanco.

muy rato la batalla comenzaron á aflojar. Conocido por los italianos su flaqueza, se les doblaron las fuerzas hasta que los franceses soltaron las armas y se rindieron y se dieron por vencidos. Los jueces que en el cadahalso estaban, habiendo visto el suceso de la batalla, con muchas trompetas y música de otros instrumentos sentenciaron ser los italianos vencedores. Tardaron en la batalla cuatro horas y algo más; y porque ninguno de los franceses había traído los cien ducados, fueron todos, vencidos y vencedores, á Barleta; porque antes que en la batalla entrasen habían enviado á requerir á los italianos que llevasen cada uno sus cien ducados, porque pasada la batalla no les estuviesen esperando que inviasen por ellos; porque decían que eran gallinas los italianos, y que sin mezcla de españoles no valían por sí nada, diciendo públicamente que así como en el vicio de contranatura eran menos que hombres, así lo eran en las armas, de que los italianos tenían concebido dellos grande enojo.

El Gran Capitán estaba de allí un tercio de legua, y sabía por momentos lo que pasaba. Sabido que venían con la victoria, los salió á recibir á unos y á otros: á los unos alabando por valientes, y á los otros diciéndoles que no se espantasen, que aquellas eran vueltas de la fortuna, que ella hace cuando le place. Y así todos fueron aquella noche á Barleta. Aquella noche les mandó dar el Gran Capitán á vencedores y á vencidos una muy suntuosísima cena; y las tazas anduvieron tan espesas que los franceses estuvieron tan regocijados en la cena y tan sin cuidado de lo pasado como si hobieran habido la victoria, y ninguno quedó de todos doce que no se emborrachase y aun buscaron mujeres para aquella noche, muy sin cuidado del trance pasado. Al Barón de San Lorenzo y al Barón Ronquillo mandó luego el Gran Capitán restituir sus tierras, porque en la batalla habían peleado valerosamente. Pagaron los franceses mil y trescientas coronas, y al Claudio muerto no lo consintieron enterrar hasta que del campo de los franceses trajesen las cien coronas.

En Roma y en Nápoles y en todas las cibdades de Italia hicieron grandes alegrías por la victoria que los italianos habían ganado de los franceses. De esta jornada quedó muy enemistada la nación de Italia con los franceses y muy amiga de españoles. Otro día que los franceses estaban más en su juicio, el Gran Capitán les rogó que otro día templasen más sus lenguas y las refrenasen; porque los caballeros y hombres de honra y merecedores de la orden de la caballería no deben menospreciar á nadie sino en la batalla con las obras, y nunca se deben los hombres de guerra alabarse con palabras demasiadas sino las obras en la batalla, y así ganan la fama que los fuertes varones suelen ganar. El Gran Capitán por honrar á los italianos los armó caballeros y les dió por armas con las que ellos tenían, en señal de la victoria, les dió trece cadenas á cada uno en campo de oro, cada una con trece eslabones.

CAPÍTULO III

De cómo Juan de Lezcano, capitán de dos galeras, fué á buscar á un corsario francés llamado Peri Juan, y lo que con él pasó.

Estando el Gran Capitán en esta villa de Barleta, supo cómo andaba por aquella costa de la mar un corsario francés llamado Peri Juan, y hacía mucho daño en aquel mar de Venecia, desde Barleta por toda aquella costa, con cuatro galeras muy bien fornidas y de muy buena gente, y con otros ciertos cascos; y hacía muchos robos á toda la gente de aquella costa de Calabria y Pulla, que no eran señores de salir ninguna persona del puerto, ni dejaban venir mantenimientos ningunos á Barleta. Visto esto por el Gran Capitán, mandó llamar á Juan de Lezcano, y le dijo: «Lezcano, no será deciros muchas palabras quien tan bien sabe dar tan buena cuenta de lo que ha de hacer. Ya sabéis los daños que de Peri Juan recebimos. Aparejad dos galeras y meted en ellas la gente que os pareciere, y id á buscar aquel cosario; y topándolo, ó le matad ó prended ó le echad á fondo, y haced lo que los hombres tan valientes como vos y de tan buena nación suelen hacer. Yo quedo con gran confianza, según la que de vos tengo. Id con la gracia de Nuestro Señor y á él os encomiendo y á su bendita madre». Al cual respondió Lezcano: «Señor, yo os prometo que topando con él Lezcano ó le prenda ó le mate, ó Lezcano quede muerto, porque no digan en Vizcaya que Lezcano fué vencido por france-

ses; mal viaje hagan ellos». Y entrando en sus dos galeras fué á buscar á Peri Juan.

Supo cómo á la sazón estaba en el puerto de Otranto, que es una cibdad de Calabria, adonde hay un muy buen puerto; y era una de las que el Rey don Fernando había empeñado á venecianos. Sabido por Lezcano que aquel cosario estaba con sus galeras en aquel puerto, invió á avisar al alcaide de la fortaleza, que era un veneciano, que se estuviese en su fortaleza quedo, porque él determinaba de entrar á pelear con aquel cosario francés, porque dél había recebido el Gran Capitán muchos enojos, que le rogaba no le favoreciese. El alcaide le respondió que con la bendición de Dios hiciese lo que le pluguiese, que él tenía mandato de la señoría de Venecia que ni favoreciese á unos ni á otros; mas que le avisaba que tenía allí cuatro galeras muy bien bastecidas, y no sabía otros cuantos cascos. El Lezcano le dijo que él hiciese lo que decía, que sólo Dios lo podía amparar de sus dos galeras, y que él le daba el tiempo por testigo.

Pues Lezcano esperó, y otro día en amaneciendo, entró por el puerto con muy grande ímpetu, diciendo: «¡España, España, Santiago!», y la artillería disparó contra las cuatro galeras, que las dos fueron luego echadas á fondo Los franceses, en se ver tan súpitamente combatidos, tomaron grande turbación, que los más con su capitán Peri Juan huyeron á tierra y otros se echaron al agua. Los vizcaínos saltaron de presto en sus dos galeras y los otros cascos, y sacaron dellos toda la jarcia y chusma, sin dejar en el puerto más de los cascos vacíos. Sacó de allí muchos españoles que allí halló aherrojados, que los franceses traían al remo. Eran los cascos de los franceses cuatro galeras, dos bergantines y dos fustas; y si no fuera por no quebrantar la liga que con venecianos tenían, saltaran los españoles en tierra y no quedara ningún francés que no prendieran. Mas Lezcano no lo osó hacer, porque así le era mandado.

Fué este encuentro muy importante para lo de adelante. Con esto se volvió Lezcano á Barleta y dijo al Gran Capitán: «Yo, señor, hallé á los franceses en el puerto de Otranto y peleé con ellos y eché á fondo las dos galeras; y de las otras dos galeras y fustas y bergantines saqué todo lo que había, y más á los españoles que traían al remo. Mal viaje haga Peri Juan que se huyó á tierra; que si no fuera por no quebrantar la liga con venecianos, acá viniera Peri Juan y los otros franceses».

CAPÍTULO IV

De lo que aconteció á Luis de Herrera y á Pedro Navarro con el señor Juan, italiano, y don Luis de Beamonte, capitanes de gente de armas francesas, cerca de la cibdad de Taranto.

En este tiempo que el Gran Capitán estaba en Barleta, Luis de Herrera, su primo, á quien dijimos que el Gran Capitán encomendó la fortaleza y cibdad de Taranto, tuvo nueva á los trece días de Marzo del dicho año de quinientos y tres años, cómo el señor Juan, de nación italiano, y don Luis de Beamonte, capitanes de caballos, con cien hombres de armas y caballos ligeros y cien ballesteros á caballo, salieron á dar vista á Taranto y corrieron por la una parte de la cibdad, y no les salió nadie á ellos. Visto por ellos, pensando que no habían osado salir á ellos, se volvieron á sus aposentos muy contentos de la jornada. Sabido por Luis de Herrera y Pedro Navarro, Luis de Herrera con cien jinetes y Pedro Navarro con trecientos soldados, esperáronlos en el camino entre la cibdad y sus aposentos. Como los franceses, que iban algo descuidados, vieron á los enemigos, y conocidos como hombres de valor, los acometieron y pelearon animosamente. Fué la batalla muy reñida por ambas partes. En aquel encuentro hizo Luis de Herrera con su gente de caballo y Pedro Navarro con sus trescientos soldados grande destrozo, y pelearon [tanto] que los contrarios que vivos quedaron afirmaban no haber visto jamás ni oído más esfuerzo en hombres, así en los capitanes como en la gente de caballo y soldados. Fué muy reñida aquella batalla; y porque los unos y los otros peleaban con grande obstinación; hasta que al fin no pudiendo sufrir los franceses y peleando como hombres, de trecientos de caballo que eran, quedaron solos trece, que prendieron, que no hubo quien la nueva llevase á sus aposentos.

Los capitanes franceses murieron peleando delante de los suyos como valientes soldados, sin dejar de hacer cosa de lo que debían, así ellos como los que con ellos venían. Luis de Herrera hizo aquel día cosas muy señaladas porque en esfuerzo y industria [hizo] cuanto

la razón lo pidia. Es uno de los buenos capitanes que de España han salido. Pues Pedro Navarro hizo lo que suele.

CAPÍTULO V

De otro rencuentro que el mismo Luis de Herrera y Pedro Navarro hubieron, viniendo á Barleta, con el Conde de Bitonto y el señor Juan, su sobrino, que se iban á juntar con los franceses.

A los diez y siete días de Marzo del dicho año de mil y quinientos y tres el Gran Capitán había inviado á llamar á Luis de Herrera, que dejando la cibdad de Taranto y fortaleza á buen recaudo, y Pedro Navarro se viniesen con él allí á Barleta á do estaba. Ellos, visto este mandamiento, lo pusieron luego por obra; y yendo ambos á dos por su camino á Barleta, llevaba Pedro Navarro trecientos soldados y Luis de Herrera ciento cincuenta de caballo. A esta sazón iba el Conde de Bitonto á se juntar con los franceses, porque seguía la parte francesa. Llevaba consigo docientos cincuenta hombres de armas gruesas y muchos caballos ligeros, y quinientos soldados muy bien armados y escogidos todos, así los de caballo como los de pie. Iba con el dicho Conde el señor Juan, su sobrino, por capitán de los infantes, que era el mejor soldado que se hallaba á aquella sazón en toda Italia, así de caballo como á pie.

Conocidos por el Conde y su sobrino los españoles, y vista la demasiada ventaja que les tenían y tan conocida, dijo al señor Juan su sobrino: «Dios nos ha puesto en las manos aquesta tan buena presa. Peleemos con estos españoles, y al primer encuentro son nuestros, y llevaremos á los franceses esta canalla, con que seremos bien recebidos». El le respondió que le placía y que así se hiciese, que á su parecer eran suyos. Y luego el Conde dijo á los suyos que á ninguno tomasen á vida y que á ninguno dejasen con ella y hiciesen su deber.

Luis de Herrera dijo á Pedro Navarro que él quería ser el primero contra aquellos hombres de armas, y él se pusiese en la retaguardia contra la infantería, y esperaba en Dios de los vencer.

Los unos y los otros se encontraron con grande ánimo y no se conocía entre ellos mejoría alguna; mas como los franceses eran muchos, porque había seis para cada un español, desbarataron á los caballos ligeros de Luis de Herrera, que hizo aquel día más de lo que fuerzas humanas podían hacer, socorriendo á todas partes. Pues como los hombres de armas pasaron por Luis de Herrera, habiéndolo desbaratado, pensaron hacer lo mismo por la infantería. Como Pedro Navarro y los soldados vieron desbaratada la caballería, tomaron tanto coraje que cada uno estaba hecho un león. Pelearon con tanto coraje que arremetieron con los hombres de armas y los desbarataron y mataron á los más, y pelearon con la infantería con tanto esfuerzo y fuerzas que los desbarataron y mataron. De los primeros murió peleando el señor Juan, habiendo hecho cosas que parecían imposibles en armas. Luis de Herrera tornó á ayudar á la infantería, y todos juntos, de manera qne todos los caballeros hombres de armas, peleando como hombres de vergüenza, murieron todos, y pocos dellos y de los quinientos infantes quedaron pocos, los cuales fueron presos. El Conde habiendo peleado valerosísimamente, estando muy herido, no se quería rendir sino á Luis de Herrera, al cual llamaba á grandes voces; y entretanto que venía le dieron diez y siete picazos y el caballo jarretado; y arrimado á una peña se defendió hasta que vino Luis de Herrera, á quien se rindió.

Luis de Herrera y Pedro Navarro partieron de allí llevando presos al dicho Conde y á algunos que vivos quedaron, y muchos caballos y arneses. Llevaba el Conde, sin otras muchas heridas que llevaba por el cuerpo, desde la frente hasta la barba, ocho heridas. Pues llegados á Barleta, el Gran Capitán mandó al Conde curar con mucho cuidado, y lo visitaba cada día, mandándole proveer de todo lo necesario. Quedó sano de las heridas, aunque muy señalado. Húbose de aquella rota gran despojo que el Conde y los suyos llevaban. Así quedó el Conde en Barleta preso en poder del Gran Capitán. Después que el Conde fué sano, lo mandó el Gran Capitán llevar á Manfredonia, adonde estaba preso hasta que vino el Rey don Fernando de España á Nápoles, que fueron cuatro años. Un día antes que partiese de Nápoles, lo mandó soltar y volver su estado; y también mandó dar libertad al Duque de Atre, á suplicación del Gran Capitán.

CAPÍTULO VI

De cómo el Gran Capitán salió de Barleta y fué sobre la cibdad de Rubo, y los hechos grandes de armas que allí se hicieron.

En este mismo tiempo, estando el Gran Capitán en Barleta, en un rencuentro que hobieron con los franceses los españoles, fué rescatado por otro capitán francés micer Teodoro, albanés, de quien dijimos atrás; y porque sirvió muy bien en la guerra, el Gran Capitán le hizo merced de quinientos ducados de renta en aquel reino, conforme á una capitulación que con los Reyes Católicos tenía hecha, que conforme á los servicios que hiciesen en la guerra las personas señaladas en ella [recibiesen] hasta cierta cantidad. Y porque este micer Teodoro había mucho servido, le hizo el Gran Capitán merced de aquellos quinientos ducados de renta, los cuales el Rey don Fernando de España, cuando fué á Nápoles, se los quitó, porque le pareció muy demasiada dádiva. Los cuales el Gran Capitán le dió en la su villa de Teano por su vida, é este micer Teodoro dió aviso al Gran Capitán cómo se podría haber y conquistar aquella villa de Nibo, como hombre que había estado en ella.

En un rencuentro que se hubo con los de Nibo fué preso un maestresala de mos de la Paliza, que estaba en aquella villa, al cual el Paliza quería mucho, porque era su pariente y hermano de leche. El Gran Capitán lo rescató del que lo tenía por prisionero, y lo puso en su libertad, y mandó á Albornoz su maestresala que lo llevase á su posada y le hiciese muy buen acogimiento, que él le diría después para qué efecto se hacía todo aquello. Mandó que le diesen un cuártago muy bueno de su caballeriza con una muy buena guarnición de oro, y un manteo de grana bordado y otras ropas, y que quedasen muy amigos, y que le dijese que él se iba á holgar algún día con él. El maestresala francés se holgó mucho dello, y le tomó la palabra que lo haría así, y Albornoz se lo prometió.

Pues llegado aquel maestresala á Rubo á mos de Paliza, su señor, y contado la honra que aquel maestresala del Gran Capitán le había hecho y lo que le había dado, no barruntando nada de lo que había pasado y por dónde aquello venía, el Paliza holgó mucho de lo que con su maestresala se le había hecho; y díjole más, cómo le había tomado la palabra al Albornoz que se fuese á holgar con él á Rubo. Luego el Paliza invió á suplicar al Gran Capitán diese licencia á su maestresala Albornoz para que se fuese á holgar á Rubo, porque lo deseaba conocer. Pues dada la licencia, el Gran Capitán dijo á Albornoz: «Todo lo pasado es para lo que agora os diré. Vos id con la gracia de Dios á Rubo y holgaos allí con mos de la Paliza y con su maestresala, y ninguna cosa tomáis de él ni del Paliza, y mirad con mucho cuidado qué tales son los muros de Rubo y por qué parte se podrá combatir y qué gente hay dentro y quién son y qué cuidado hay en la guarda de aquella villa, con todo lo que es necesario saber para lo que ya me debéis de entender. De todo me traed muy buena cuenta y razón». Albornoz le dijo: «Yo tengo entendido á V. S. Yo traeré cuenta de todo y traeré el despacho que V. S. quiere». Llegado, pues, Albornoz á Rubo, fué muy bien recebido del Paliza y de aquel maestresala; y le festejó y mostró todo su campo y todo lo que en la villa había. Pues queriéndose despedir Albornoz, Paliza le daba paño y seda y otras joyas, las cuales él no quiso recibir de ninguna manera, diciendo: «Si yo con alguna cosa serví al señor maestresala fué por la amistad que con él tomé de servir á v. m. del oficio que yo (¹) al Gran Capitán, y no lo hice por ser luego pagado. Harta paga es para mi que v. m. se haya servido de ello». Y así se despidió, saliendo con él hasta una legua aquel maestresala.

Pues llegado Albornoz á Barleta, dijo al Gran Capitán que, aunque la villa no era muy fuerte, mas que estaba muy fortificada, y hechos fosos y trincheas, y que tenía allí mos de Paliza doscientos hombres de armas gruesos y una capitanía de caballos ligeros; y que estaba allí con él un capitán del Duque de Saboya en la conserva del Paliza con trescientos hombres de armas asimismo gruesos, y otra capitanía de caballos ligeros, los mejores que había en todo el campo de Francia. E sin éstos otra gente de guerra, que serían todos hasta novecientas lanzas. Los cuales estaban tan orgullosos y bravos que pensaban bastar ellos solos para tomar por com-

(¹) Sic; faltan algunas palabras.

bate á Barleta; y así lo platicaban y tenían por perdido y casi vencido al Gran Capitán y á todos los que con él estaban. Estos venían muchas veces hasta las puertas de Barleta, que como este lugar estaba tan cerca de Barleta, habían los Generales puesto allí los mejores hombres de armas y mejor gente de todo su campo, con Paliza, que á la sazón era el mejor capitán y más plático y de más expiriencia de todos los franceses.

CAPÍTULO VII

De cómo el Gran Capitán combatió la cibdad de Rubo y la entró por fuerza de armas, y lo que en aquella jornada aconteció.

Este lugar de Rubo era del Conde de Trebento, que seguía la parte francesa, al cual el Gran Capitán determinó de combatir; y para lo mejor poder hacer y sin pérdida de gente hizo un ardid, y fué de esta manera. El Gran Capitán salió con todo su campo y artillería fuera de Barleta, camino de Rubo, y andando cuanto media legua en esta ordenanza luego se volvía á Barleta. Otro día hacía lo mismo; y como los franceses eran avisados por sus espías, que es la gente del mundo que más en ella gasta, luego en la villa tocaban al arma y se ponían en sus estancias, y el Gran Capitán se volvía como el primero día había hecho. Hizo esto tantas veces hasta que los españoles murmuraban del Gran Capitán, culpándole de poco ánimo y teníanle por temeroso. Los franceses, enojados del sobresalto que tantas veces les habían dado, se habían descuidado, pensando que ni tenía caudal para ello ni osaba ir á Rubo, y que haría como los otros días pasados había hecho; y aunque la espía les avisaba lo que veían, ninguna alteración ni movimiento había en la villa. Pues sabido por el Gran Capitán que los de Rubo estaban descuidados, partió un día en anocheciendo. Iban con él el Duque de Termoli, el Próspero Colona y sus hermanos Fabricio y Marco Antonio, don Diego de Mendoza, el coronel Villalba, que fué en las guerras hombre de gran esfuerzo, Zamudio, Pizarro, Escalada, Espés, mosén Peñalosa, el comendador Mendoza, Pedro de Paz y su primo Carlos de Paz y otros muchos capitanes, llevando tres mil infantes y hasta seiscientos de caballo. Llevaba Diego de Vera once piezas de artillería. Pues con esta ordenanza y desinio partió de Barleta á puesta de sol; anduvo toda la noche y amaneció sobre Rubo sin ser sentido, porque los Generales de Francia estaban muy cerca y no les socorriesen.

En llegando mandó el Gran Capitán plantar la artillería y despetrilar parte del muro; y estando una parte del muro batida, los soldados comenzaron á subir por las picas. Los franceses, aunque fueron sobresaltados y tomados con algún descuido, comenzaron á se defender como gente muy animosa. El Gran Capitán se apeó y embrazó una rodela y fué de los primeros que entraron. Los señores y soldados que allí se hallaron, vista la persona del General entrar delante sin temer armas ni otro género de muerte que delante se le pusiese, que decían después los franceses que no les parecían los españoles que entraron en Rubo hombres sino diablos. El Gran Capitán los animaba y llamaba por sus nombres. Fué tan cruda esta pelea y tan valerosamente reñida, que sin descansar mataron mil y quinientos franceses. Los que quedaban, visto el estrago que se hacía dentro en la villa, se comenzaron á descolgar por el muro, y entre ellos el General mos de la Paliza, los cuales fueron luego tomados. Y porque mos de la Paliza no se quería rendir, un alabardero le partió la cara con una alabarda, y así fué traído al Gran Capitán, el cual lo hizo llevar á su tienda y le curar con gran cuidado. Fué también allí preso Amideo, capitán de hombres darmas del Duque de Saboya, y Hernando de Peralta, español, que antes que la guerra se comenzase servía al Rey de Francia, y parecióle que no era aquel tiempo de le dejar en aquella sazón. Y [mandó] que tomasen á prisión á todos los otros; y mandó poner en mucho cobro á las mujeres y iglesias. A las mujeres mandó recoger en cierta parte, y las otras rescató de los soldados, pagándoles luego su rescate en dineros, paño y seda. Y mandó á Pedro Gómez de Medina, su mayordomo, tuviese cargo de ellas; de manera que ninguna de ellas recibiese deshonra alguna, sino muy buen tratamiento; y mandó al dicho Medina que hiciese sacar las mujeres y bastimentos fuera de la villa, y que cuando se volviesen á Barleta se quedase en los traseros, volviéndose las mujeres y bastimentos á la dicha villa; lo cual así fué hecho.

Tomáronse novecientos caballos, que fueron en aquella sazón muy provechosos. Fueron llevados todos los capitanes y la otra gente y todo el despojo que allí se tomó de los franceses para Barleta, y estuvieron allí hasta la puesta del sol, pensando que los Generales vinieran á socorrer á Rubo, porque lo pudieran hacer, porque estaban muy cerca; los cuales luego fueron avisados, porque oían la artillería cuando batían el muro.

CAPÍTULO VIII

De lo que pasó después deste vencimiento de Rubo.

Acabado este vencimiento el Gran Capitán partió de Rubo á puesta del sol á la mesma hora que otro día antes había venido á Rubo desde Barleta. El Medina se quedó una pieza atrás con las mujeres y bastimentos, y alongado algo el campo se volvió á Rubo y tornó á la villa todas las mujeres y los bastimentos que habían sacado.

Los Generales de Francia, avisados del cerco de Rubo, estaban muy descuidados que el Gran Capitán había de acometer aquel negocio. Sacaron su campo y un gran rato, dos ó tres horas después que el Gran Capitán partió de Rubo, llegaron con todo su campo á Rubo á socorrer aquella plaza y dar la batalla al Gran Capitán, al cual vino la espía diciendo cómo los franceses venían determinados de los seguir hasta Barleta y les dar la batalla y tomalles la presa. Como esto oyó el Gran Capitán, paró, que ya era noche cerrada, y ordenó sus batallas; y puestos en orden les dijo: «Bien sé yo, compañeros y señores, la poca necesidad que tengo de os decir lo que habéis de hacer en este trance en que estamos. Aparejad las manos y el corazón, y haced todos lo que viéredes hacer á estos caballeros y á mí, que queremos ser los primeros en quien los franceses descarguen su ira; que yo espero en Dios y en su divina justicia que habremos la victoria». Entonces llamó al Duque de Termoli y al Próspero, Fabricio y Marco Antonio, sus hermanos, y á Fernando de Alarcón y á los dos Alvarados y á Luis de Herrera, y les dijo: «Ea, señores, demos á entender á estos franceses la poca justicia que tienen y la diferencia que nuestra nación y la de ellos les tiene; y v. m., señor don Diego de Mendoza, Pedro de Paz, Carlos de Paz, mosén Hozes, Zamudio, Villalba, Espés, Hernán Suárez, Escalada y Pedro Navarro, con esotras trescientas lanzas dareisles por un costado, y con la infantería no dejèis hombre dellos á vida. Acordaos de hacer hoy vuestro deber, como yo espero y soy cierto de vuestro esfuerzo». A mosén Hozes mandó con una capitanía guardase el bagaje, «aunque, dijo, no puedo persuadirme que los franceses sean tan locos que de noche nos acometan».

Estuvo todo el campo en esta ordenanza gran parte de la noche, hasta que las espías volvieron y dijeron que los franceses entraron en consulta junto á Rubo si siguirían ó no á los españoles; y al fin todos fueron de común parecer que no, y así se volvieron á sus aposentos. Sabido esto por el Gran Capitán, se volvió á Barleta, adonde llegó pasada gran parte de la noche, adonde tomaran algún fresco si lo hallaran.

Esta noche aconteció uno de los desconciertos que suelen acontecer en las guerras; y fué que mandó el Gran Capitán á don Diego de Mendoza que fuese con la artillería y llevase el cargo della hasta la poner en Barleta, y él se descuidó y la encomendó á los artilleros y á cierta persona de poco recaudo; y erraron el camino y íbanse adonde los franceses estaban. Y llegando cerca del lugar, aquel Medina que quedó en Rubo á meter en la cibdad las mujeres y bastimentos supo cómo la artillería iba perdida, y fué tras ella y alcanzóla junto á la villa adonde los franceses estaban, y hízola volver á tiempo que ya el Gran Capitán inviaba á la buscar, culpando mucho el descuido de don Diego de Mendoza.

CAPÍTULO IX

De cómo la gente de guerra, no pudiendo sufrir la gran necesidad que padecían, se amotinaron, y lo que sobre ello hizo el Gran Capitán.

En esta villa de Barleta sufrió el ejército muy grande necesidad, que no se hallaba trigo ni cebada ni otro mantenimiento alguno, ni dinero para lo comprar, ni de dónde se comprase, porque Lezcano, Martón y Juan de Sant Pedro, que eran idos por bastimentos, no habían, con la tormenta que en la mar les tomó, podido venir. Pues en esta tan grande necesidad los españoles se comenzaron á amotinar

y persuadieron á los italianos y á las otras naciones que hiciesen lo mismo, y fuesen á buscar de comer; y todos se concertaron que otro día por la mañana tocasen los atambores y pífanos, y á toda ropa buscasen mantenimientos, que era muy mejor que no morir allí de hambre. De lo cual avisado el Gran Capitán cómo los españoles eran los principales movedores de aquella rebelión, mandóles juntar á todos y hízoles este razonamiento: «Sabido he, compañeros, cómo estáis determinados de os ir de aquesta cibdad y desamparar á vuestro capitán y á las banderas que de España sacasteis, y dejarme solo en esta cibdad en medio de sus enemigos. Vosotros os podéis ir con la gracia de Dios; que muy cierto soy que con los mis españoles, con los mis leones, entiendo de cobrar este reino; que estos bien sé que no me desamparan ni á las banderas de España, aunque nunca les dé paga y aunque yo los eche por fuerza. Y no solamente con ellos entiendo de ganar este reino, mas aun entiendo, si necesario fuese, de ganar por armas todo el reino de Francia con su valentía, fidelidad y lealtad, que de ellos siempre he conocido». Acabado su razonamiento, los españoles le respondieron: que aquello podía tener su Señoría por muy averiguado y cierto, y que le daban muchas gracias por así haber conocido su fidelidad y constancia, y que le daban su fe como verdaderos españoles de ahí adelante de no pedir paga ni comer ni beber hasta que su Señoría se lo diese de su voluntad; y que serían como cuerpos encantados, y que ellos trabajarían con las otras naciones que no hiciesen aquel motín; y que cuando otra cosa quisiesen hacer, ellos les harían un camino por do fuesen, y que ellos solos bastarían para hacer la guerra; mas que le suplicaban los sacase de allí á buscar á sus enemigos, y allí vería si se conformaban las obras con las palabras que habían ofrecido.

Las otras naciones quedaron muy espantadas, así de la mañosa cautela con que el Gran Capitán los prendó y la súbita mudanza de los españoles, habiendo ellos sido, como dijimos, los principales movedores de aquella rebelión, y dijeron que ellos quedarían asimismo con aquella misma voluntad para le servir hasta el fin de la guerra; y luego determinó buscar manera para remediar las necesidades que allí se padecían.

CAPÍTULO X

De cómo al ejército del Gran Capitán vinieron muchos mantenimientos y otras cosas necesarias, de que los soldados fueron muy proveídos y remediados.

En este tiempo y en estos mismos días Juan de Lezcano con sus galeras había tomado junto á Manfredonia un navío veneciano con muy grande cuantidad de trigo, y que el capitán mos de Alegre, habiendo entrado por fuerza de armas á Soja, halló allí gran cantidad dél, y lo tomó como cosa por él ganada; lo cual quiso antes vender á un mercader veneciano que no vendello á los napolitanos, porque lo tomaban fiado, dándole seguridad de se lo pagar á cierto tiempo. El cual navío, cargado de trigo, tomó Lezcano y lo trajo á Barleta, que lo halló junto á Manfredonia. El Gran Capitán dió al veneciano mucho más de lo que él lo había comprado del Alegre.

Ya dijimos atrás cómo Juan de Lezcano había desbaratado á Peri Juan en el puerto de Otranto y echádole dos galeras á fondo, con lo demás que atrás contamos. Pues como aquella costa quedó libre de aquel cosario, arribaron á Barleta siete navíos cargados de trigo, con la venida de los cuales abajaron las vituallas su valor, que valía todo la mitad menos que antes, de que había en Barleta tantos mantenimientos que sobraban á todos. Luego proveyó el Gran Capitán que en aquellos navíos trujesen de Sicilia muy gran copia de vino, carne salada, tocinos, quesos y otras muchas cosas de legumbres y cosas necesarias para el ejército.

CAPÍTULO XI

De lo que mos de Nemos hizo, sabido lo cual de Castellaneta, habían llamado á Luis de Herrera y á Pedro Navarro y se les habían dado.

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo los de Castellaneta no pudiendo sufrir las injurias que los franceses les hacían, así en la honra y honestidad de las mujeres como en las otras insolencias que les hacían, llamaron á Luis de Herrera y á Pedro Navarro, como en el capítulo pasado contamos. Sabido por el Duque de Nemos, que estaba, como dijimos en Canosa, y tenía algunas villas alderredor, como á Altamira y la fortaleza de la Chirinola, Cuadrata, Rubo, Soja y Man-

fredonia, sabida la rebelión de Castellaneta, levantó de presto el campo y fué á castigar aquel insulto y rebelión de los de aquella villa por haber llamado á Luis de Herrera que estaba en Taranto y á Pedro Navarro y haber echado de aquella villa á los franceses con tan mal tratamiento. Fué la causa que en los días pasados, cuando él fué á correr y conquistar la Pulla hasta Otranto, entre otras cibdades de Pulla había tomado la cibdad de Leze, que los antiguos llamaban Lupia, y á Sant Pietro, que los griegos venidos de Tesalia habían poblado, llamada Catalana y habiendo también colonia de griegos, y á la cibdad de Rudia, por haber nacido en ella el poeta Enio, la cual se llama hoy Rodeya, y otros lugares de aquella provincia, como á Oria, Motula y los comarcanos. Habiendo sitiado á Calipuli y no pudiendo hacer nada contra aquella cibdad, pasó por junto á Taranto y dió un combate á Conversano y forzó al barón della de seguir la parte francesa; y entonces tomó á partido á Castellaneta, el cual está en el medio camino, casi entre Taranto y Brindez; y fué con condición que pudiese meter en la villa en guardia dos capitanías francesas, con las cuales se pudiesen defender de los españoles que estaban en Taranto; á lo cual daba favor y ayuda el Barón Andrea Aquaviva y Fabricio Jesualdo, aficionados á la parte francesa. Y porque estos vecinos de Castellaneta, como dijimos, no pudiendo sufrir sus injurias, habían dádose á Luis de Herrera y á Pedro Navarro, según antes está contado, principalmente porque habían violado la honra de las docellas y casadas y les gastaban las vituallas y habían apaleado á algunos vecinos de aquel lugar, concibió mosiur de Nemos tanto enojo contra estos de Castellaneta, que no se pudo detener sin ir con todo su campo sobre los de Castellaneta.

Andrea de Aquaviva le persuadió no lo hiciese, porque entre que él desamparaba aquellas plazas, el Gran Capitán le tomaría ó á la Chirinola ó á Rubo ó á Canosa; porque en apartando su campo de aquellas plazas, los españoles á su salvo las saltearían, como vía que los españoles lo hacían. Mas mosiur de Nemos estaba tan enojado que ningún parecer tomó, diciendo que en llegando los castigaría y se volvería antes que los españoles intentasen cosa alguna.

Pues caminando con su campo á gran priesa llegó sobre Castellaneta. Los moradores de aquella villa, espantados de la súbita venida de mosiur de Nemos, y sabida la ira y enojo que contra ellos tenía, y teniendo pocos españoles para les ayudar á defender y no apercebidos contra la artillería, y más veyendo los llantos de las mujeres y niños, privados de consejo de se defender, movieron partido á mosiur de Nemos que se rescatarían dando cierta talla de dineros, con que las personas y haciendas fuesen salvas. Mas era tanto el enojo del Nemos, que les pidió cuatro veces más de lo que los vecinos le podían dar, y mandóles decir que si luego á la hora no le daban todo lo que les pedía, sin ninguna piedad los mandaría degollar sin quedar persona dellos. Los vecinos de Castellaneta, animados por algunos españoles, aunque muy pocos, diciendo que muertos por mano del enemigo ó peleando como varones defendiendo su tierra, viesen cuál era mejor, y que entretanto Dios los remediaría, como muchas veces él suele hacer. Los vecinos comenzaron á hacer algunos reparos, y con grande esfuerzo aguardaron á esperar los golpes de la artilleria y los asaltos de los franceses; y echando del muro piedras y pedazos de maderos y otras cosas contra los franceses, atemorizaron y fustigaron á algunos que comenzaban á subir por las escalas, que comenzaban á subir por la muralla. Los pocos españoles que dentro estaban defendían el muro con tanto ánimo, y los vecinos, hasta las mujeres, que los franceses estaban espantados, estando el francés muy perplejo que no sabía qué se hacer, ó si les daría un muy recio asalto, el cual le parecía muy peligroso, según los de dentro se defendían, y pensando que los españoles eran más, ó tomar el dinero que le ofrecían, lo cual le parecía que perdía muy gran reputación en ello.

Estando en esto llególe una posta á toda furia que le avisaba cómo el Gran Capitán había salido de Barleta con su campo y que iba sobre Rubo por tomar allí á la Paliza, sabiendo que él estaba sobre Castellaneta. Mosiur de Nemos levantó de presto el campo de sobre Castellaneta, tomando de los castellanetos lo que le ofrecían, y fué marchando á socorrer á Paliza á Rubo. Ayuntáronsele en el camino los suizos y muy gran caballería. En el camino supo nueva de la rota del

Paliza. Venido Nemos invió un trompeta á tratar con el Gran Capitán del rescate de Paliza y de Amideo, capitán de los hombres de armas de Saboya y de toda la caballería que á Barleta había llevado presa; porque supo que mosiur de Nemos no había guardado las condiciones capituladas entre ellos, antes llevó tres y cuatro veces más de talla por el rescate de los prisioneros. Y el Gran Capitán mandó consinar la infantería que de Rubo había habido en las galeras de Lezcano y en las otras hasta que la guerra fuese acabada, dándole la más dura prisión de lo que la guerra sufre, y como el Gran Capitán hasta allí había usado.

CAPÍTULO XII

De lo que aconteció al Gran Capitán con los señores de ganados de Abruzo, que estaban asegurados por los franceses.

Estando el Gran Capitán en esta villa de Barleta, vinieron á él los señores de ganados que los tenían en Abruzo, que pasaban de un cuento y trescientas mil ovejas. Estos señores destos ganados vinieron al Gran Capitán á le suplicar fuese servido de tomar dellos para ayuda de los gastos de la guerra cien mil ducados, porque estuviesen seguros sus ganados, aunque el Rey de Francia los tenía asegurados, y para ello tenía puesto en Roma en cambio gran suma de ducados para les pagar por cada oveja medio ducado que les faltase, y los franceses tenian gran cuidado y recaudo y guardas para los defender. El Gran Capitán les respondió muy graciosamente diciéndoles que les gradecía la voluntad y obra que le ofrecían; que á ellos les hiciese buena pro sus ducados, y que no podía hacer lo que le rogaban, por dos cosas: la una por la gran necesidad que tenían, y la otra y más principal por ver si eran parte los franceses para se lo estorbar.

Luego invió como dijimos á don Francisco Sánchez, el cual trajo cuarenta mil ovejas, é luego adelante fué don Diego de Mendoza y trajo veinte mil ovejas á pesar de los franceses; y luego diez días adelante el Gran Capitán, porque le cupiese parte del despojo, trajo treinta mil ovejas. Así que fueron por todas las ovejas que les trujeron noventa mil ovejas, por las cuales pagó el Rey de Francia en cambios en Roma cuarenta y cinco mil ducados en contado, porque así estaba concertado y dadas fianzas en Roma.

CAPÍTULO XIII

De un desafío que pasó entre un caballero italiano y otro español, que se llamaba Vozmediano.

En este mismo tiempo un caballero italiano de los que andaban en el campo de los franceses invió á desafiar á un español, hombre de armas de la compañía de don Diego de Mendoza, que se llamaba Vozmediano; entrambos eran muy buenos hombres darmas. El Gran Capitán quisiera mucho que este desafío no pasara adelante, por no se enemistar con la nación de Italia, y trabajólo mucho; y el italiano cuanto más vía al español rehusar, tanto más bravoso estaba y más insolente y orgulloso, publicando que no osaba salir con él al campo, y más carteles y más soberbiosas palabras le inviaba; hasta que Vozmediano dijo al Gran Capitán: «Si vuestra señoría no me da licencia para combatir con este italiano, yo me despido desde aquí de mi capitán y iré á buscar quien nos asegure el campo; y cuando no lo hallare, yo me iré á su campo y ante su General combatiré con él. No sé yo, dijo Vozmediano, por qué vuestra señoría quiere menoscabar y escurecer mi honra, no habiendo hecho yo por qué lo merezca. Suplico á vuestra señoría tenga por bien de me dar licencia; si no, yo me parto á la hora y lo voy á buscar». El Gran Capitán le respondió: «Vozmediano, no estorbaba yo esta batalla por menoscabar vuestra honra; que si como es italiano fuera francés, yo lo deseara, conociendo vuestra persona y esfuerzo, más hacíalo por no enemistar la nación de los italianos, que tan amigos tenemos; quisiera mucho estorbarlo».

A esta hora llegaron muchos señores y caballeros italianos, y suplicaron al Gran Capitán que diese licencia á que Vozmediano pelease con aquel italiano, porque no lo tenían sino por francés; y á su suplicación dellos y de don Diego de Mendoza, su capitán, le dió la licencia, y le dijo: «Vozmediano, mirad que ya que hacéis esta batalla, que peleéis como varón, y le matéis ó echéis del campo, ó muráis vos en la batalla; aunque yo tengo confianza en la bondad de vuestra persona, que con la ayuda de Dios haréis lo que de-

béis». El Gran Capitán le mandó proveer de todo lo necesario. El Duque de Nemos aseguró el campo, porque era hombre de mucha verdad, aunque mancebo.

Venido, pues, al campo, Vozmediano tenía muy grande enojo del italiano porque se había desmesurado mucho en sus carteles y palabras, poniendo muchos defectos en la persona de Vozmediano. Pues llegados al campo y partídoles el sol las personas que el Duque de Nemos para aquello tenía señaladas, encontráronse con grande esfuerzo que ninguno faltó de su encuentro, y anduvieron un rato sin parecer en ninguno dellos mejoría. Vozmediano le cargó de tantos golpes y con tanta fuerza y presteza que lo hizo andar de acá para allá, que ya no entendía sino en se defender. Al fin, andando ya los caballos ax os y cansados, á un mesmo tiempo se apearon, y venidos á brazos, Vozmediano era de grandes fuerzas, y lo derribó en el suelo y le dió una gran herida, de que el francés estuvo muy desatentado. Vozmediano cargó sobre él y le desenlazó el yelmo y le cortó la cabeza, por el grande enojo que dél tenía.

El Duque de Nemos lo sacó del campo con grande regocijo; y con esta victoria se volvió Vozmediano al Gran Capitán, el cual le salió á recebir y le hizo mucha honra y merced. Fué de todos muy bien recebido, y principalmente de don Diego de Mendoza, que con su compañía lo salió á recebir por haberlo hecho tan bien lo que debía, porque el italiano era hombre de grande esfuerzo.

CAPÍTULO XIV

De lo que el Gran Capitán hizo en este tiempo allí en Barleta.

El Gran Capitán habiendo tomado en Rubo muchos caballos y arneses y con los que de Castellaneta habían traído Luis de Herrera y Pedro Navarro, y otros que de otros rencuentros se habían habido, viendo claramente que la gente de caballo franceses faltaban, encabalgó hasta novecientos soldados, á los cuales dió caballos y armas de aquellos que á él le pareció más hábiles y acomodados para la caballería, y hizo una muy hermosa banda de gente de caballo; de manera que vino á estar igual en la caballería con los franceses, y aun parecía ser más en número; y los soldados se daban tan buena maña y con tanta destreza como si en aquella milicia hubieran siempre seguido las armas.

En estos mismos días vinieron al real de los franceses gran número de suizos, y venían tan bravos que prometieron al Virrey de ir á vendimiar las viñas de Barleta y cogerles el mosto y traerlo al real á pesar de toda España que allí estuviese junta en Barleta, lo cual pusieron por obra. Lo cual sabido por el Gran Capitán, mandó poner en celada dos compañías de caballos ligeros y una de hombres de armas, de los cuales fueron capitanes Alonso de Carvajal y mosén Peñalosa, y el Gran Capitán salió con la infantería á les hacer espaldas. Todos éstos se pusieron muy secretos hasta que los suizos se extendiesen por las viñas. Los suizos estrujaban los racimos de uvas y ponían las bocas en que el mosto cayese, y hinchian los cuerpos como calabazas y barriles de aquel mosto, dejando atrás su retaguardia. El Gran Capitán mandó poner en un alto una espía para cuando viese á los suizos esparramados y derramados por las viñas y llenos de mosto; y avisados por la espía entraron á ellos y pelearon con ellos, y quedaron allí muertos trecientos dellos, que les salía del cuerpo sangre y mosto todo junto; á los demás prendieron, aunque algunos se salvaron huyendo. Dende adelante no estaban estos suizos tan bravos como antes; antes tenían gran temor de los españoles.

CAPÍTULO XV

De lo que aconteció á un capitán de infantería española con un escuadrón de franceses.

En este mismo tiempo un capitán de infantería, que se llamaba Bernardino de Valmaseda, estaba aposentado en una villa cerca de donde los franceses tenían su campo; y muchas veces salían y los salteaba y prendía á muchos dellos y les hacía mucho daño. Un día fué avisado que por cierto paso muy malo habían de pasar cuatrocientos franceces, que se iban á juntar con el otro campo. El se fué á poner en aquel paso con solos treinta y tres españoles soldados; y venida la noche peleó con ellos, y se dió tan buena maña y se supo aprovechar así del lugar como de la noche que los desbarató y mató los cincuenta dellos, y prendió otros tantos, y los otros escaparon huyendo. Otras veces les hizo mucho daño y siempre á su salvo.

CAPÍTULO XVI

De lo que en este tiempo aconteció á un capitán vizcaino llamado Riarán con los franceses.

En este mismo tiempo los vecinos de Sant Juan el Redondo inviaron secretamente á decir al Gran Capitán que ya ellos no podían soportar la tiranía y mal tratamiento y sujeción que de los franceses recibían; porque les forzaban las mujeres y hijas, y les robaban las iglesias, con otras injurias muchas que dellos recibían; que si su señoría les inviase algún capitán, que le abrirían las puertas y se levantarían contra ellos y se darían al dicho capitán que su señoría inviase. El Gran Capitán les dijo que les agradescía mucho su buena voluntad para efectuar aquel negocio, y concertó con ellos el día y la hora á punto, que él inviaría allá quien despachase el negocio. Y con esto se volvieron aquellos mensajeros á lo poner por obra. El Gran Capitán llamó á un capitán de soldados, vizcaíno, que se llamaba Riarán, y le dijo: «Riarán, tomad trescientos soldados y id á Sant Juan Redondo; y habéis de llegar tal día y á tal hora de la noche, que por esta seña os abrirán las puertas; y mirad la gran ventaja que hace el francés muerto al vivo». Riarán le respondió: «Ninguna necesidad tienes, Gran Capitán, de decir palabras á Riarán; yo haré lo que, Gran Capitán, verás».

Dicho esto partió y llegó á la hora que estaba el concierto hecho, que era á media noche; y luego le abrieron las puertas como estaba asentado; y entrados, comenzaron á decir: «¡España, España!». Los franceses estaban muy lejos de pensar lo que avino; mas con gran presteza se levantaron y comenzaron á defenderse. Mas Riarán y los suyos los apretaron tan valerosamente, que aunque eran doblados que ellos, los desbarataron. Los de la villa pelearon con grande esfuerzo contra los franceses, vengándose de las injurias que de ellos habían recebido. A esta hora comenzaba ya á amanecer. Los franceses peleaban con mucho ánimo; mas cuando el día fué bien claro, halláronse muertos así por los españoles como por los de la villa trescientos ochenta franceses, y los demás se rindieron, que fueron ciento. Y con esto se volvió Riarán al Gran Capitán á Barleta, y le dió cuenta de lo que se había hecho. El Gran Capitán le dijo: «Riarán, en ir vos á aquesa jornada la tuve por hecha, según la confianza que de vos tuve siempre».

CAPÍTULO XVII

De un rencuentro que tuvo don Diego de Mendoza con ciertos franceses hombres de armas, y lo que allí sucedió.

En este mismo tiempo salió don Diego de Mendoza con ciertos hombres de armas y cien ginetes y se pusieron en una celada contra la gente que salía de una villa que se llamaba Visela á hacer el herbaje. Pues salidos los franceses, salieron los españoles de la celada y alancearon á todos cuantos pudieron alcanzar; y atajaron un escuadrón de suizos bien armados, y destos captivaron y mataron muchos, y setenta se metieron en una torre. Don Diego de Mendoza llegó á ellos y les invió á requerir que se diesen y les daría la vida. Ellos jamás se quisieron dar. Visto por los españoles que nunca se quisieron rendir, los combatieron y les entraron por fuerza y á todos los prendieron, y á todos setenta los echaron de la torre abajo, uno á uno, porque cuando los combatían habían dicho palabras muy deshonestas; y de todos éstos solo uno escapó con dos muy fieras cuchilladas por la cara para que llevase la nueva.

Estaba al pie de la torre cuando echaban estos franceses Pedro de Paz, teniendo una pica hincada el recatón en el suelo, y decía á los de arriba: «Echad otro cabrón». Y dábase tan buena maña, que lo recibía en la pica; y así los recibió casi todos.

CAPÍTULO XVIII

De cómo invió el Emperador Maximiliano á ruego de don Felipe, su hijo, dos mil y tantos alemanes.

El Archiduque de Austria don Felipe, yerno de los Reyes Católicos, como quien había de suceder en las dos Sicilias, que son el reino de Nápoles y Sicilia, porque era casado con doña Juana, hija mayor y propietaria de los Reyes de España y de los del Reame, hizo que el Emperador Maximiliano inviase dos mil y tantos tudescos al Gran Capitán, por los cuales había ido el señor Octavio Colona, sobrino del Próspero Colona, y los trajo por

las montañas de Carnia al puerto de Trieste en Esclavonia, y allí embarcados fueron á surgir á Manfredonia. Venían entre ellos trescientos caballeros y personas muy nobles de sangre y de mucho esfuerzo y muy sabios en la guerra, los cuales se vinieron en su ordenanza para Barleta.

El Gran Capitán los salió á recebir con todo su campo; y llegados, los recibió con mucho amor, haciéndoles muy buen acogimiento, de que ellos estuvieron muy contentos, y les mandó aposentar y dalles todas las cosas necesarias que se pudieron haber; y lo mismo hacían todos los caballeros españoles y italianos.

COMIENZA EL SEXTO LIBRO

DE LA GUERRA QUE EL GRAN CAPITÁN HIZO CONTRA EL REY LUIS DE FRANCIA EN NÁPOLES, Y DE LOS HECHOS FAMOSOS QUE ALLÍ PASARON.

CAPÍTULO I

De lo que pasó en la provincia de Calabria entre los capitanes franceses y españoles, entretanto que el Gran Capitán estuvo en Barleta.

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo al tiempo que el Gran Capitán se retrajo á Barleta invió á monsén Hoces á Manfredonia, y á su tio don Diego de Arellano á Andria, y á Luis de Herrera á Taranto, y á Pedro Piñero, comendador de Trebojo, á Cotron, y al Comendador Gómez de Solís á la Mantia; á Duarte, un vizcaíno, á Sant Jorge, y á Nuño de Ocampo á Rijoles, y á Hernando de Alarcón á Boche, y á don Diego de Ayala á Turpia, y á Vargas á Terranova; y así proveyó todas las otras plazas importantes de capitanes y de soldados y gente de caballo. Agora dejaremos de hablar del Gran Capitán que está en Barleta, y diremos lo que en este tiempo hicieron los capitanes que estaban en Calabria contra los franceses y señores que seguían la parte francesa. En este tiempo que el Gran Capitán estuvo en Barleta, hubo en la provincia de Calabria muy grandes vueltas y mudanzas, porque los príncipes y señores de aquel Estado los más eran de la opinión francesa; porque tuvieron siempre por averiguado que al fin los franceses habían de ganar aquel reino, según la mucha parte y autoridad que la casa de Francia en aquel reino tenía, y aun en toda Italia. Y las potestades y señores della y las señorías de las cibdades libres eran de la Liga de Francia; y la poca parte que la Casa de Aragón en aquel reino tenía, y más la mucha expiriencia que en las armas tenía la nación francesa, y la poca que los españoles, y el grueso ejército que los franceses tenían, y el pequeño que los españoles y mal pagado, de cuya causa muchas veces se amotinaban, con otras muchas ventajas que de la una nación á la otra había; y más agora visto el Gran Capitán retraído á Barleta y haber desamparado la mayor parte de Calabria, y más viendo á los franceses señores del campo. Al real de los franceses venía cada día gente de refresco y nuevos capitanes con gente de caballo y de pie, y en el ejército de los españoles cada día faltaban los soldados y los mantenimientos y todas las otras cosas necesarias á la guerra.

Por estas cosas y otras muchas los más señores y pueblos de aquellas provincias seguían la parte francesa y se habían levantado por ellos y hacían guerra á los que seguían á la parte de Aragón.

CAPÍTULO II

De lo que aconteció al capitán Gómez de Solís, que, como dijimos, estaba en la cibdad de la Mantia, contra los Príncipes de Salerno, Visiñano y Rosano.

Estando el capitán Gómez de Solís en la Mantia, adonde el Gran Capitán le había inviado para defender aquella cibdad y fortaleza, supo cómo los príncipes de Salerno, Rosano y Visiñano habían tomado la villa de Cosencia, y estaban todos tres con muy buena gente, así suya como de franceses, y cada día combatían la fortaleza, en la cual estaba Sebastián de Vargas, un muy buen capitán y muy animoso, que se la defendía con mucho ánimo. Pues sabido por el Comendador Gómez de Solís lo que estos tres Príncipes hacían, que cada día combatían la fortaleza, partió muy secretamente de la Mantia con

cincuenta de caballo, y tuvo forma cómo entró en la cibdad antes que amaneciese, y se puso en la plaza de Cosencia, diciendo: «¡España, España!». Los Príncipes, aunque fueron turbados tan de súbito, comenzaron á armarse y pelear; mas Gómez de Solís y sus hombres de caballo pelearon tan valientemente que los Príncipes no tuvieron ánimo para pelear sino para se salvar, y echábanse por el muro, donde muchos dellos murieron, y los que se pusieron en defensa fueron muertos y presos.

El Vargas, veyendo el socorro, salió de la fortaleza y ayudó su parte. Húbose de allí mucho despojo y prisioneros y caballos y arneses; porque los Príncipes fueron tan turbados que aun no llevaron todos los vestidos de sus personas, y aun dellos cayeron del muro y fueron maltratados. Fué cosa muy de ver en cuán poco tiempo aquel negocio fué comenzado y acabado por el gran valor de Gómez de Solís.

CAPÍTULO III

De lo que pasó al Comendador de Trebejo Pedro Piñero con el Príncipe de Rosano.

En este mismo tiempo el Príncipe de Rosano, juntos los suyos y los franceses, ayuntó muy buena gente de caballo y de infantería y fué á cercar la fortaleza y villa de Cotron, la cual tenía aquel Comendador de San Juan Pedro Piñero, y combatieron la villa con muchos pertrechos, y el Comendador se la defendió con mucho ánimo y les mató algunos soldados; porque pensó el Príncipe de Rosano de emendar en este combate la afrenta recebida del Comendador Gómez de Solís.

Sabido por el Comendador Aguilera, que estaba muy cerca de allí, que tenía una plaza por mandado del Gran Capitán, salió con ciertos soldados y fué á socorrer al dicho Comendador. El Aguilera acometió al Visiñano con muy grande ímpetu y esfuerzo. El Piñero salió de la villa y les dió en las espaldas, en que les mataron mucha de su gente, y siguiendo el alcance les tomaron á Belcastro y le pusieron fuego. Este Belcastro era del dicho Príncipe de Rosano; y lo mismo hicieron á otros lugares del dicho Príncipe. El Príncipe, yendo huyendo, iba muy corrido y afrontado que tan pocos soldados le hubiesen hecho alzar el real de sobre Cotrón y aun les hubiesen hecho huir y quemado aquellos lugares. Recogió la más gente que pudo y volvió á los españoles y les dió la batalla. Los españoles acometieron, aunque eran tres veces más que ellos; el Piñero y el Aguilera animaron á los suyos y pelearon un rato, mas al fin los del Príncipe comenzaron á huir y el Príncipe se salvó á uña de caballo, que no paró hasta Rosano, y aun allí no pensó de estar salvo, dejando muertos en el campo muchos y otros presos.

CAPÍTULO IV

De la provisión y socorro que hizo en Calabria desde Barleta.

Visto por el Gran Capitán que no podía socorrer á las provincias de Calabria, invió á mandar á Luis Pixón, Virrey de Sicilia, que había sucedido á Juan de Lanuza, que con la gente que más pudiese fuese á socorrer á los españoles que estaban en Calabria.

El Pixón, visto el mandamiento del Gran Capitán, luego lo puso por obra. Partió de Palermo y fué á Mecina, pensando poner algún remedio; mas no pudo, porque la gente natural de aquel reino de Sicilia no es hábil para la guerra; pues hacer gente extranjera ni á la sazón la había ni de dónde se pudiese hacer. Con todo esto hizo doscientos cincuenta soldados de la tierra y ciento de caballo.

A esta sazón llegó allí don Hugo de Cardona, que venía de Roma con hasta trescientos cincuenta soldados, y con estos quinientos soldados y los ciento de caballo pasaron estos dos capitanes á Calabria. Este don Hugo de Cardona vino á servir al Gran Capitán en esta necesidad por esta causa. Estando César Borja, Duque de Valentín, hijo del Papa Alexandre, conquistando la Romanía, de que se quería hacer señor, conquistaba el ducado de Urbino, diciendo que el Papa Alexandre, su padre, le había dado la investidura de aquel Estado, á quien pertenecía, porque pertenecía á la Sede apostólica, y hacíale muy cruda guerra el Valentín al Duque de Urbino. El cual se fué al Rey de Francia á suplicalle hiciese con el Valentín se dejase de le hacer guerra; porque este Duque, aunque era español, era francés en la opinión, porque era casado en aquel reino con Carlota, hija de mos de Labrit, en Gascuña.

Pues como el Rey de Francia inviase á lla-

mar al Duque César Borja, él se fué á Francia al llamamiento del francés y dejó encomendado su ejército á don Migelote. Visto por los españoles que en aquel ejército de Valentín [estaba] sobre la cibdad de Camarino que el Duque se había pasado á Francia, y más vista la necesidad que en Calabria había de gente, dejaron aquella milicia y se fueron á Roma, y allí se juntaron y tomaron por capitán á don Hugo de Cardona, estando allí con él el capitán Juan Miguel de Alcaraz, Avila, Espínola y Ortega.

CAPÍTULO V

De lo que Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos en Roma, hizo vista esta necesidad que había en Calabria

Visto por Francisco de Rojas, embajador en Roma por los Reyes de España, la necesidad que había de gente en Calabria, mandó pregonar en Roma que todos los españoles que en aquella cibdad había á la sazón se fuesen á Calabria para se juntar con don Hugo de Cardona y con los otros capitanes españoles que allí estaban, y que luego viniesen á tomar paga á casa de dicho embajador; y que si así lo hiciesen que allende de les pagar luego su sueldo, se les harían mercedes, que si no serían dados por traidores: porque de todos había mandado el embajador hacer lista de quién eran y de dónde en España, y de cómo se llamaban, y que si dentro de tantos días no saliesen para ir á Calabria, se haría contra ellos proceso de traidores á su Rey; y por las cartas firmadas en blanco que de los Reyes Católicos tenía, lo mandó luego poner por obra, que ellos y los que dellos descendiesen fuesen tenidos por tales. De los que por esta providencia se juntaron se hicieron doscientos cincuenta soldados, de los cuales fué por capitán García Alvarez Osorio, sobrino del dicho embajador Francisco de Rojas. Este García Alvarez se partió dos días después que don Hugo.

CAPÍTULO VI

De lo que estos capitanes españoles hicieron después que todos tres se juntaron contra los franceses.

Estos dos capitanes, don Hugo y García Alvarez Osorio, y Luis Pixón, Virrey de Sicilia, se fueron á aposentar á la villa de Seminara, que es ocho millas de Terranova, á do estaba don Diego Ramírez, y también se vino á juntar con ellos Nuño de Ocampo dende Ríjoles, y trajo algunos soldados. Pues juntos estos cuatro capitanes con hasta novecientos hombres entre infantes y de caballo, determinaron de ir á descercar la fortaleza de Terranova, que los franceses tenían cercada, seyendo su capitán el Conde de Mélito [1].

Estaban el Conde y los franceses aposentados en la villa. Los españoles que en la villa estaban defendían la fortaleza con grande ánimo y hacían mucho daño á los de fuera. Sabido por el conde de Mélito que los españoles venían á descercar la fortaleza, salióles al camino con trescientas lanzas y muchos peones. Cuando aquellos capitanes vieron á sus enemigos, comenzaron á animar á los suyos, principalmente á los sicilianos, en quien no había tanto esfuerzo. A éstos entremetieron entre los españoles, diciéndoles que mirasen los grandes hechos de armas que los españoles hacían desde Barleta y que no eran ellos menos que aquéllos. A esta hora llegaron los italianos y franceses. Los cuatro capitanes fueron los primeros que rompieron sus lanzas; pelearon muy animosamente los unos con los otros; fué grande la porfía de los unos y de los otros; los sicilianos se pusieron en huída y dieron mucho ánimo al Conde y á los franceses; mas al fin, no pudiendo sufrir la furia de los españoles, se retrujeron y comenzaron á huir, y quedaron muertos en el campo muchos italianos y franceses. En este rencuentro pelearon muy animosamente los cuatro capitanes que dijimos, socorriendo á todas partes.

CAPÍTULO VII

Cómo en este tiempo llegó á Calabria Manuel de Benavides con gente de caballo y de pie á la provincia de Calabria.

Luego siete días adelante llegó Manuel de Benavides, natural de Baeza y muy principal en aquella cibdad, enviado por los Reyes Católicos para socorrer á la provincia de Calabria. Traía en su armada, en once navíos, doscientos hombres de armas y doscientos

[1] Al margen, de la misma letra del texto: «Llamábase este Conde de Mélito Jacobo de Santseverino».

jinetes y trescientos soldados. De los hombres de armas eran capitanes Antonio de Leiva, mozo de veinte y un años, teniente de su padre Sancho Martínez de Leiva, que después le vimos ser el mejor capitán de industria y valentía de su persona, que en ningún tiempo se vió en Italia ni en otra nación alguna, y que fué el principal de la prisión de Francisco, Rey de Francia, en el cerco de Pavía, y el otro era Alvarado. De los jinetes eran capitanes el mismo Manuel de Benavides y Gonzalo de Avalos, teniente de Bernal Francés. Iba también por capitán Valencia de Benavides, un hombre de gran esfuerzo, según en las guerras de Italia conocimos, hermano del dicho Manuel de Benavides. Con esta gente llegó á Mecina á los quince días de octubre. Luego dende á tres días se desembarcó en Fríjoles. Muriéronsele en el camino en la mar ochenta caballos.

Con esta gente que Manuel de Benavides llevó se juntó la que Luis Pixón, Virrey de Sicilia, había traído de aquella provincia, y la de los otros tres capitanes, don Hugo de Cardona y Garci Alvarez Osorio y Nuño de Ocampo, con la gente que trajo de Ríjoles, que serían por todos hasta novecientos soldados y cuatrocientos hombres de caballo. Fuéronse todos derechos á Sant Jorge, adonde estaba por capitán Duarte, un vizcaíno de quien atrás dijimos. Luego adelante á los veinticinco días del dicho mes salieron en campaña y se comenzaron á apoderar de algunos lugares de Calabria.

CAPÍTULO VIII

De cómo mos de Aubery, sabida la nueva de la venida de Manuel de Benavides, y cómo él y los otros capitanes se habían juntado y hacían guerra á los que tenían la voz por Francia, los fué á socorrer.

Los Príncipes y señores de Calabria, visto la guerra que Manuel de Benavides y los otros capitanes hacían en Calabria, inviaron á llamar á mos de Aubery para que los socorriese, y más habiendo sabido cómo habían desbaratado á Morgano, Conde de Mélito. Oído por mos de Aubery, así con la gente que antes tenía, como con la que nuevamente había venido, con seis mil infantes y con muy grande copia de gente de caballo, hombres de armas y con muy buenos capitanes, se fué á buscar á los enemigos que se iban de Terranova á ciertos lugares más fuertes, adonde esperasen á los enemigos, porque los muros de Terranova eran muy flacos. Mos de Aubery dió muy gran priesa de seguir á los españoles, porque los tenía ya por vencidos, así por la gran ventaja que les tenían, que había seis franceses para un español, y confiando en la fortuna que le había sido muy favorable y felicísima siempre en aquella provincia; y porque venían con él los Príncipes de Salerno y Rosano, y los dos Condes de Capacho y Mélito, con otros muchos varones que seguían la parte francesa, y otros que se habían pasado de los españoles á los franceses veyendo tantas ventajas.

Venía con mos de Aubery, por capitán de los ballesteros gascones y de tres banderas de suizos, el Griñi, y venía asimismo Malaherba, por capitán de los caballos ligeros. Mas toda la fuerza en quien el Aubery tenía toda su esperanza era en el escuadrón de los hombres de armas escoceses, que habían siempre seguido su milicia, y los tenía en mucho por la gran fidelidad que dellos siempre había conocido.

CAPÍTULO IX

Del rencuentro que pasó entre los franceses y españoles.

El Cardona, sabido que los enemigos venían cerca y tan pujantes como sabían, rogó á Manuel de Benavides y á los otros capitanes que mirasen bien á dónde se habían de recoger; que á él le parecía se fuesen á la roca de Sant Jorge, porque era tierra más aparejada para se defender de sus enemigos y para los ofender cuando el tiempo lo pidiese. Mas los nuevos capitanes que nuevamente de España habían venido estorbaron que no se tomase aquel consejo, porque les pareció que perdían gran reputación y ser cosa muy vergonzosa retirarse antes que viesen á los enemigos y antes que supiesen qué tan cerca estaban y se les representasen, y hasta saber cuánta gente y de qué calidad eran.

Habíalos engañado una espía de un calabrés que había venido del campo de los franceses y les había certificado que los franceses no llegarían en aquellos tres días. El de Aubery, como soldado viejo y capitán de mu-

cha expiriencia, aprovechó de la presteza para tomar á los españoles antes que se recogiesen á alguna tierra. Marchó toda la noche por desviados caminos sin un punto parar, por donde los calabreses le guiaron; y llegado cerca, comenzaron á tocar las trompetas. Venían en la avanguardia los Príncipes de Visiñano y Salerno, con muy buena gente, así de pie como de caballo, y estos dos Príncipes venían al lado derecho, y al izquierdo venía el Griñi, que, como dijimos, guiaba la gente de caballos ligeros. En la batalla venía el de Aubery con los hombres de armas escoceses y franceses en escuadrón cerrado. El Malherba mezcló los suizos con los ballesteros gascones, á los cuales juntó con el Griñi, que venía al lado derecho de la avanguardia, y éstos hacían mucho daño á los españoles. Los españoles, como descubrieron á sus enemigos, aunque eran muchos menos en número, comenzaron á poner en orden su gente y esforzar á los suyos. Manuel de Benavides y el Cardona les dijeron que se acordasen la honra grande que ganan con vencer los pocos á los muchos, y que meneasen las manos con grande esfuerzo, y lo mismo hacían los otros capitanes. A esta hora llegaron los franceses. Mos de Aubery les dijo que no dejasen ni un solo español á vida, que toda aquella canalla era suya; y que aquella era la tierra adonde la fortuna le tenía guardada siempre la victoria; por ende que se desenvolviesen y no quedase quien pudiese llevar la nueva al Gran Capitán á Pulla. A los italianos mandó, so pena de la vida, el que tomase á español vivo, sino que á todos los matasen como viesen hacer á los franceses.

Los capitanes españoles se juntaron en la retaguardia: el Benavides, el Cardona, Valencia de Benavides, el de Ocampo, los dos Alvarados, padre y hijo, Salazar, el Osorio, el Pixón y Antonio de Leiva. Estos esperaron á los enemigos con muy grande esfuerzo y sufrieron el ímpetu de los contrarios; y deste primer encuentro los mataron hasta veinte hombres de armas, y entre ellos al Griñi, muy buen caballero y muy valiente, que iba, como dijimos, en la avanguarda, que, como vió á los españoles se retraer, como cosa que tenía por vencida, alzó la vista del almete, y un soldado español le metió por un ojo la punta de una pica, que lo pasó de la otra parte, de que luego cayó muerto. El Aubery, confiando en la fortuna pasada, peleó con grande ánimo, y fué tomado en medio de ciertos caballos ligeros españoles, y llevándole preso, queriéndole quitar el yelmo para le cortar la cabeza, fué socorrido por el Duque de Salerno con su escuadrón cerrado, y lo tomó de las manos de los españoles.

Todos los que aquel día vieron á Manuel de Benavides dicen no haber visto y leído más esfuerzo en un hombre. Daba golpes á sus contrarios cuales se cuentan en los libros de Tristán y Amadís. Pues de su hermano Valencia de Benavides y del Cardona, con todos los otros capitanes, estaban los franceses espantados. Todos aquellos capitanes eran amparo de los suyos. Los Alvarados, padre y hijo, hacían maravillas con las armas, y lo mismo todos los otros. Pues Antonio de Leiva, que entonces le apuntaba la barba, como un bravo león, cuando se encarna en las animalias que topa, habiendo gran hambre, se adelantaba entre todos, que bien dió allí á entender lo que después le vimos, seyendo de más edad.

Entre estos caballeros franceses venía uno, llamado mos de Xatenberg, capitán de hombres de armas: éste se adelantó de los suyos y se fué para Manuel de Benavides, porque vió las maravillas que en armas hacía y el daño que en sus compañeros había hecho, y le hirió, de que Manuel de Benavides se sintió mal; mas luego llevó el pago, dándole una cuchillada, enhestado en los estribos, sobre el yelmo, que aunque era muy fuerte se lo hendió y pasó la espada y le partió la cabeza por medio; y la espada prendió de tal manera entre el almete y el casco que, no la pudiendo sacar, tiró tan recio por ella que lo derribó del caballo, y así tuvo lugar de sacalla: ya iba muerto cuando cayó. Los que después vieron esta cuchillada no se espantaban de las hazañas de los griegos y romanos. Decíame Diego de Trillo, que vió el almete y cabeza del Xatenberg hechas dos partes la una y la otra. El de Aubery, que venía en la retaguardia, antes que le aconteciese la desgracia pasada daba grandes voces y les inviaba á decir que cómo no acababan de vencer á aquellos pocos españoles de suyo vencidos. Ellos le inviaron á decir que no eran hombres, sino ocho ó nueve diablos. Aquí fué preso Gonzalo de Avalos, que se metió entre sus enemigos, peleando como muy valeroso capitán. Los españoles se iban retrayendo y

volvían á ellos, que ya no les pegaban tanto; hasta tanto que los franceses se volvieron y los dejaron y se volvieron á Terranova. Los españoles se fueron á poner en una villa llamada Tura; y aunque el Cardona traía á su cargo la gente que dijimos, y el Pixón la de Sicilia y el Osorio la que trajo de Roma, y así los otros capitanes, todos obedecieron por su General al Benavides, visto su esfuerzo y buen tratamiento que á todos hacía y le deseaban servir y complacer.

Así estuvieron en aquella villa de Tura, de donde hicieron cosas dinas de notarse. Después de aquesta rota, tomó mos de Aubery sin herida ninguna la Mota Bufalina y otros lugares en aquella comarca, y la Pocella: que pocos lugares quedaron que no se dieron á los franceses, como á gente que tenían por vencedora.

CAPÍTULO X

De cómo don Luis Portocarrero, señor de Palma, inviado por los Reyes Católicos, aportó en Sicilia, y cómo en llegando murió, y lo que el ejército hizo después de su muerte.

Sabido por los Reyes de España la pujanza que en Calabria tenía mos de Auberi, y cómo el Gran Capitán no los podía socorrer, mandaron aparejar con muy gran diligencia una armada de once navíos en el puerto de Cartagena, y en ella muy buena gente de pie y de caballo; y aunque muchos señores y caballeros deseaban ir y llevar á su cargo aquella gente, á todos fué preferido don Luis Portocarrero (1), señor de Palma, porque allende de ser casado con hermana de doña María Manrique, mujer del Gran Capitán, eran ambos á dos muy amigos. Don Luis Portocarrero partió del puerto de Cartagenaa, y con buen tiempo llegó á Mecina, cibdad de Sicilia, que fué á los cinco días de Marzo. Llevaba trescientos hombres de armas y trescientos jinetes y dos mil y quinientos soldados. Iban con él por capitanes don Fernando de Andrada; don García de Ayala, que murió en Cerdeña; Alonso Niño, teniente del Adelantado de Granada. De los jinetes iban por capitanes Alonso de Carvajal, natural de Baeza, señor de Xodar, y Figueredo y Hernando Quijada. Desde Mecina pasó toda la armada en Ríjoles, y desembarcados allí, adoleció Puertocarrero y murió, de que á todos pesó mucho, porque era muy buen caballero, y murió muy católicamente.

Enterrado Puertocarrero y hechas sus obsequias, ordenaron la gente de guerra que allí estaba de elegir capitán en lugar de Puertocarrero. Todos los más elegían á Manuel de Benavides, por haber visto las cosas que en armas había hecho, y vista la calidad de su persona, y todos los otros capitanes eran de este parecer; mas el mesmo Benavides trabajó y tuvo forma que todos eligiesen y nombrasen por capitán en lugar de Puertocarrero al Conde don Fernando de Andrada, un caballero gallego y de mucha calidad en aquel reino y de mucho ánimo, según despues pareció. Así fué este Conde don Fernando de Andrada nombrado por General de la gente de guerra que estaba en Calabria, así de la que Puertocarrero llevó como de la que allá estaba, hasta que los entregase al Gran Capitán, adonde los dejaremos ahora, que estaban dereszándose para ir á dar la batalla á mos de Auberi y á los otros príncipes de aquella provincía, que casi todos, como hemos dicho, seguían la parte francesa, y contaremos lo que el Gran Capitán hizo en Barleta, que salió de aquella villa á buscar á sus enemigos en campaña.

CAPÍTULO XI

De cómo el Gran Capitán, que estaba en Barleta, salió de aquella villa en campaña y fué á buscar á sus enemigos.

El Gran Capitán, habiendo estado sitiado siete meses en Barleta de la manera que habéis oído, con sólo aquel grande esfuerzo suyo y grandeza de ánimo nunca vencido, con que todos aquellos tiempos había sufrido los trabajos que hemos contado y los pareceres y murmuraciones de todos generalmente, así de los de su campo y amistad como de los Reyes Católicos y de todos los de España, salvo el de la Reina doña Isabel, que siempre había dicho en público y en privado que suspendiesen la murmuración en lo que tocaba al Gran Capitán hasta el fin de los negocios, porque había de ser muy al contrario de los pareceres que daban, principalmente de

(1) Al margen, de la misma letra del texto: «Era este don Luis Puertocarrero de nación ginovés, de noble sangre de aquella cibdad».

los parientes del rey don Fernando, que más en ello insistían, respondió públicamente delante de muchos Grandes que allí estaban, y dijo: «¿Sabéis en qué estoy resolvida? Que lo que el Gran Capitán no pudiere hacer, ningún otro de todos nuestros reinos y señoríos lo hará; y los que en las cosas del Gran Capitán hablan siniestramente, es de pura envidia». A esta hora hallóse allí don Bernardino de Velasco, condestable de Castilla, un Grande de más crédito que en aquel tiempo en este reino había, y de más reputación, y dijo: «Yo defenderé por mi persona ó de su casa á casa á quien lo contrario dijere». El Rey mandó que no se hablase en ello, porque ninguno era nacido que mejor supiese las cosas que tocaban á un capitán muy valeroso y de grande esfuerzo y providencia como era el Duque de Sesa.

Pues determinado el Gran Capitán de salir de Barleta, mandó á todos los capitanes que se aparejasen para salir en campaña á buscar á sus enemigos. Y porque tenía gran confianza en Luis de Herrera y Pedro Navarro, inviólos á llamar á Taranto que viniesen con la más gente que pudiesen allí á Barleta. Pues determinado de salir de Barleta fué su designio de ir á tomar la Cherinola, que era una villa muy importante, y un paso para pasar adelante, la cual y la fortaleza estaban por los franceses; y el Conde, que era muy mochacho, y su madre por sus cartas secretas avisaban cada hora al Gran Capitán que fuese luego, que le abrirían las puertas.

Las causas que al Gran Capitán movieron para salir de Barleta fueron las siguientes: la primera, las grandes necesidades que allí padecían; la otra, que no podían tener á los tudescos en tanto aprieto; la otra, que ya todos los españoles estaban para se ir á buscar á sus enemigos; también comenzaban ya los soldados á morir de landres.

CAPÍTULO XII

De un rencuentro que hubieron Luis de Herrera y Pedro Navarro con Andrea Aquaviva, un capitán que se iba á juntar con los franceses.

El Duque de Nemos tuvo por cierto y también fué certificado por sus espías que el Gran Capitán saldría de Barleta en campaña, y que no podían dejar de pelear. Escribió á Andrea Mateo Aquaviva, un varón muy valeroso y de gran industria en las cosas de la guerra, que de Conversano adonde él estaba, se fuese adonde estaba aquel Luis de Arce, de quien atrás dijimos, capitán del Rey de Francia, aunque de nación español; y que entrambos juntasen sus fuerzas y se viniesen para él, porque tenía gran confianza en estos dos capitanes, y que allí en Canosa los esperaba. Tenia mosiur de Auberi en mucho la persona del de Arce, así en el esfuerzo de su persona como en la industria de las cosas que tocaban á la guerra, y sin él no quería intentar cosa alguna, porque le parecía el Arce muy acomodado para hacer jornada.

Pues mientra el Arce y el Aquaviva concertaban su partida, Pedro Navarro tomó las cartas del Nemos para el Arce junto á Taranto. Avisado del designo destos capitanes, hizo una emboscada en cierto lugar por donde el Aquaviva había de pasar á se juntar con el Arce. Pues pasando el Aquaviva, salió Pedro Navarro y le acometió con tan grande ánimo que el Aquaviva fué salteado; mas él como animoso capitán animó á los suyos y señor Juan Aquaviva, su hermano, y pelearon valerosamente. Mas muerto el caballo y herido el Andrea Aquaviva, fué preso. El hermano Juan Aquaviva, pensando de renovar la batalla, peleó con grande ánimo hasta que fué muerto, habiendo hecho su deber como hombre de gran valor. La gente de caballo fué rompida y los soldados asimesmo, y casi todos vinieron en poder de Pedro Navarro.

Esta empresa fué con mucha felicidad en muy poco tiempo comenzada y acabada. Despachado esto, el Pedro Navarro y el Herrera se fueron con esta presa á Barleta. El Gran Capitán los salió á recebir con aquel gesto alegre que suele, y les dijo que debían darse muchas gracias á Dios por haber preso á un tan valeroso capitán como el Aquaviva, y más tener las personas de tanto valor y esfuerzo como eran ellos dos para la jornada que querían hacer.

CAPÍTULO XIII

De cómo el Gran Capitán salió de Barleta camino de la Chirinola, y lo que en aquella jornada aconteció.

El Gran Capitán hizo alarde de su gente y halló que tenía cinco mil españoles, así de

pie como de caballo, de esta manera: seiscientos hombres de armas; setecientos jinetes, el resto de soldados, y más los dos mil alemanes. El Nemos estaba en Canosa cinco leguas de la Chirinola. Pues determinada la salida, mandó á Nuño de Ocampo, que era venido entonces de Calabria, que fuese un jueves, que se contaron veinte y seis días de Abril del dicho año de quinientos y tres años, que fuese y asentase el real en aquel punto que Aníbal, el capitán de los cartagineses, tuvo su suerte cuando venció á los romanos y les mató cincuenta mil hombres, que aun entonces estaban allí las señales y antigüedad dél. El Gran Capitán dejó en Barleta á Francisco Sánchez, despensero mayor, con su capitanía para en guarda de Barleta; y á Juan de Lezcano dejó en guarda de las galeras en el puerto, y él salió de Barleta y llegó á su fuerte ese día á la noche; y mandó luego llamar á consejo á todos los señores y capitanes, y á los del Consejo de la guerra, para que diesen sus pareceres sobre lo que otro día se debía hacer. Los que allí se hallaron eran los siguientes: el Duque de Termoly, Fabricio Colona y sus dos hermanos menores, el Próspero y Marco Antonio; el Conde de Sant Severino, el Conde de Nochito, Héctor Ferramosca, don Pedro de Cicura, prior de Mecina; don García de Paredes, coronel; el coronel Villalba, don Diego de Mendoza, Pedro de Paz, su primo Carlos de Paz, Luis de Herrera, Pedro Navarro, Pizarro, Espés y otros muchos capitanes. Los del Consejo de la guerra eran: mosén Malferite, mosén Hozes y mosén Claver, Iñigo López de Ayala, á los cuales preguntó el Gran Capitán qué les parecía que debían hacer otro día, aunque él estaba determinado en lo que después hizo. A todos les pareció, sin faltar uno solo, que se debían otro día ir á buscar á sus enemigos y darles la batalla; que esperaban en Dios que habrían la victoria, según la buena voluntad que la gente de guerra llevaba. Oído este parecer por el Gran Capitán, les dijo: «Pues yo estoy de parecer contrario; porque nunca Dios quiera que vamos á buscar á los franceses para pelear con ellos y derramar sangre de cristianos, redemida por la de Nuestro Redentor, cosa tan contraria á la religión cristiana; sino vámonos derechos á la villa de Chirinola con nuestro campo, nuestro camino derecho, y si ellos nos acometieren, en nuestra defensa de ley divina y humana somos obligados á nos defender. Y esta es mi determinada voluntad; por la mañana, con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora, todos estén á punto para caminar derechos á la Chirinola; porque en llegando nos abrirán las puertas, que nos están esperando. Todos aquellos señores y capitanes se fueron á se aparejar para otro día se partir en amaneciendo.

CAPÍTULO XIV

Del consejo que aquella noche tuvo el Virrey de Francia Nemos en su real con los señores capitanes de su ejército sobre lo que otro día harían.

Aquella mesma noche, que fué á veinte y seis de Abril, tuvo el Nemos su consejo con los señores y capitanes de su ejército sobre lo que otro día harían, y fué á la mesma hora que lo tuvo el Gran Capitán. El de Nemos les pidió su parecer de lo que otro día debían de hacer, pues que sabían que el Gran Capitán salía otro día de Barleta hacia la Cherinola. A todos les pareció que debían otro día de ir á buscar al Gran Capitán y pelear con él, que sin duda habrían la victoria.

De este voto era el mos de Tramolla, el mejor capitán que en aquella sazón había en Francia, y Bayarte, y mos de la Paliza, y mos de Alegre, mos de Cicute, San Pol, mos de Formento, y Cardeyo, capitán de suizos, Persy y otros muchos capitanes. El de Nemos les dijo: «A mí me parece muy al revés de aquesto; porque los españoles vienen muy ganosos de pelear y muy desesperados; y jamás había de pelear nadie con su enemigo cuando desea mucho la batalla, principalmente con españoles». Mos de Alegre le respondió: «Bien parece que vuestra señoría es mozo y sin expiriencia de la guerra; si hubiera seguido la milicia dijera muy al revés. Por ende yo requiero á v. s. de parte del Rey nuestro señor y de la nuestra que mañana dé á los españoles la batalla, que yo espero en Dios que venceremos; y si no el Gran Capitán con su astucia nos gastará, como ha hecho desde Barleta, como hizo Quinto Fabio Máximo á Aníbal, y esta falta será causa de otras muchas». A este parecer del Alegre se tuvieron todos los otros capitanes. Visto

por el Virrey su determinación, les dijo: «Pues que, señores, á todos os parece, yo lo haré así. Yo iré mañana á la Chirinola, adonde los españoles van determinados y allí se dará la batalla; y yo os prometo, á fe de gentilhombre, que mañana ó yo sea vencedor ó quede muerto en el campo; y plega á Dios que así lo hagan los que aquí dan su parecer». Tramolla dijo entonces al Nemos: «No va mañana el Gran Capitán á vencer, que ya sabemos que no lo ha de hacer, sino á morir en ese campo raso, como había de morir en el cerro de Barleta». «Pues yo, dijo el Nemos, le hiré á tomar el paso por donde ha de ir mañana; por ende todos se aparejen y estén á punto por la mañana. Comience luego la gente á caminar, y vos, mos de Alegre, tomad cargo de llevar la avanguarda con mos de la Paliza; y vos, Sant Pol, madrugad y id á descubrir el campo de los españoles, y avisadme del camino que llevan, con mucho cuidado de lo que los españoles hacen y qué camino llevan, aunque yo sé que van á la Chirinola. Llegaremos mañana antes que ellos, y tomarémosles el paso».

El Gran Capitán llamó á Luis de Pernia, sobrino de Luís de Pernia, alcaide que fué de Osma, y le dijo: «Pernia, id y amaneced sobre el campo de los franceses, y avisadme de lo que hacen y qué camino llevan, y llevad con vos los jinetes que os pareciere». El Gran Capitán se levantó muy de mañana y oyó misa con muy grande devoción; y oyéndola derramó muchas lágrimas, que á todos aquellos señores y capitanes hizo enternecer en ver con la devoción y lágrimas que oyó la misa. Luego mandó partir el ejército camino de la Cherinola y que fuesen muy á punto, porque si fuesen acometidos los hallasen apercebidos.

El Pernia amaneció sobre el campo de los franceses. Luego invió un jinete á avisar al Gran Capitán cómo el campo de los franceses comenzaba á caminar, aunque el real quedaba asentado. Luego invió otro jinete cómo todo el campo comenzaba á mover contra la Cherinola, adonde su señoría iba. Tras éste vino el mesmo Pernia, diciendo cómo todos iban de arrancada derechos á la Cherinola.

Cuando el Gran Capitán, jueves á la noche, otro día antes, determinó de partir de aquel parque de Canosa, llamó al Medina y díjole: «Decid, ¿quedan en Barleta algunas alhajas mías?». El le respondió que sí, que quedaban diez y ocho arcas con joyas de oro y plata, y ropas de seda y brocados. El Gran Capitán le dijo: «Pues luego á la hora las haced traer, y pasen por la fortuna que nosotros pasáremos. No se diga que saqué los hombres á pelear al campo y dejé mis andrajos so techado. Luego á la hora inviad por ello y se traiga aquí, sin que quede cosa alguna». El Medina fué luego con ciertos jinetes y los trajo, y venido le dijo: «Si no halláredes en qué llevar esa pobreza, dejalda en ese campo y mirad no quede so techado».

CAPÍTULO XV

De cómo el campo de los españoles partió del fuerte de Canosa, y se fué derecho á la Cherinola, y lo que en el camino les aconteció.

Otro día por la mañana partió todo el campo camino de la Cherinola y hay tres leguas sin agua alguna; y el Medina sabiendo aquella necesidad, mandó llevar cuatro carretas cargadas de cueros de vino y bizcocho; y fué tanto el calor y la falta de agua, que los soldados chupaban unas cañalejas, que había muchas en aquel camino y que les hacían mucho mal. Y á esta hora vieron el campo de los franceses ir muy en orden, muy concertados sus batallones. Visto por algunos de los españoles el poderoso campo de los franceses, hobo en algunos dellos tanta turbación que á esa hora desaparecieron y otro día fueron hallados unos en Manfredonia y otros en otras partes, teniendo por cierto que el campo de los españoles no era parte para se defender del de los franceses, aunque fueran dos tantos más, y aun entre éstos, algunos del Consejo de la guerra que no quisieron hallarse presentes á la batalla, aunque la noche antes habían sido de parecer que fuesen á buscar á los franceses para pelear con ellos.

A esta hora el ejército iba tan fatigado de la gran calor y sed, que murieron de sed cuarenta y siete alemanes, y una mujer asimesmo alemana. Los soldados no podían caminar del gran calor y sed; y el Gran Capitán los hacía tomar á las ancas, y principalmente los que iban armados, lo cual los de caballo hacían de muy grande voluntad; y todos lo hacían, visto que él llevaba, él mesmo, á un

tudesco alférez. Vino el negocio á tal estado, que los alemanes determinaron de no pasar adelante, sino de volverse atrás. Estando en este conflicto, llegó el Medina, y dijo: «¿Qué es esto?» Y sabido cómo pasaba, dijo al Gran Capitán: «Señor, barruntando esto, traigo allí cuatro carretas cargadas de cuero de muy buen vino y de bizcocho». El Gran Capitán le dijo: «Medina, vos sois hoy el vencedor desta batalla». Llegadas las carretas y habiendo los alemanes bebido á su placer, dijeron que fuesen adelante y que les pusiesen á toda Francia delante, que á todos los vencerían. El Gran Capitán mandó que por escuadras fuesen al escancio de aquel río que habian pasado y trajesen agua.

Al fin llegaron los españoles antes que los franceses á la villa de Cherinola. Esta villa de la Cherinola está puesta en un alto. Fué llamada antiguamente Castillo de Geryón y fué muy mentado por haber sido combatida por aquel Aníbal, capitán de los cartagineses, y no hubo efecto su cerco. Está toda cercada de viñas y olivares. Las viñas como en otras partes estaban cercadas de vallados, dentro de los cuales los capitanes se alojaron y hicieron fosos y alzaron con la tierra que sacaban dellos los vallados y fuertes cuanto la brevedad del tiempo lo pedía. Y fué este reparo muy provechoso contra la caballería francesa, que no podían entrar por allí. A estos reparos dieron gran priesa Pedro Navarro, don Diego de Mendoza, el Próspero y Fabricio y Marco Antonio sus hermanos, y el Gran Capitán con muy dulces palabras persuadía á los soldados á aquel trabajo de los reparos. Mandó plantar la artillería en los lugares que le pareció más necesarios. El Conde de Nochito y Diego de Vera llevaban cargo de la artillería.

CAPÍTULO XVI

De lo que los franceses hicieron en llegando cerca de la Cherinola.

Llegados los franceses cerca de la Cherinola pararon, y mos de Nemos les dijo á los capitanes que dijesen su parecer en el medio que se ternía en el presente negocio que delante sí tenian, y que se resolviesen de presto en ello; y gastaron muy gran parte del día en una contradicción que tuvieron, porque mos de Nemos y Arce y Formente y Paliza y otros daban muchas causas para que la batalla se debía diferir hasta otro día; mas mosiur de Alegre y Cardeyo, capitán de los suizos, y los otros fueron de parecer que luego diesen la batalla á los españoles sin perder tiempo alguno; y que si esto no se hacía, perderían gran reputación y les sería cosa muy vergonzosa, seyendo tres ó cuatro veces mas, dilatar la batalla para otro día, sino que con aquel ánimo de franceses con que la fortuna suele ayudar á los osados y que tan dichosamente les suele favorescer, los acometiesen, como á gente de suyo vencida y cansada y desesperada. El Nemos bien vía, aunque mozo, que no era aquello lo que cumplía hacer; mas había sido informado que el Paliza había hablado mal en su honra del Nemos, culpándole de remiso y de capitán que no quería hacer jornada, y que hacía perder á la nación francesa gran reputación. Por esta causa el Nemos les dijo: «Pues que, señores, os place que combatiendo hoy pongamos fin á la guerra, peleemos; y si hoy no satisfaciere al servicio del Rey, mi señor, á lo menos cumpliré con mi honra particular muriendo en ella».

A esta hora asentaron su real y plantaron la artillería en un lugar alto, y comenzaron á refrescar. Estarían hasta cuatrocientos pasos de los españoles. Decía cada uno, cuando veían que lo oían los españoles: «Yo bebo treinta marranos». Otro decía: «Yo veinte». El menor número era diez de los que entendían matar en aquella batalla.

El número de la gente que el Gran Capitán en aquella jornada llevaba eran los siguientes: cinco mil soldados, dos mil alemanes, setecientos hombres de armas, mil caballos ligeros; de manera que eran por todos ocho mil y setecientos, y diez y ocho bocas de artillería. En el campo de los franceses había: dos mil lanzas gruesas, cuatro mil caballos ligeros, cuatro mil suizos y veinte mil soldados franceses; así que pasaban de treinta y dos mil hombres, y cuarenta bocas de fuego, culebrinas, cañones y tirifaltes. Iban el Virrey en la avanguardia y mos de Ricarte y mos de Bayarte; Lautreque, aunque mancebo de poca edad, al cual vimos después con gran reputación de un muy buen capitán, y mos de Ricarte, el Formente y la Paliza y Alegre llevaban la retaguardia. Mandó el Gran Capitán

fuese el apellido «¡Santiago!» Dijeron las espías que lo traían los contrarios «San Jac». El Gran Capitán respondió: «¿Pues no les basta querernos tomar la tierra sino el santo? Sea Santiago, que cierto lo ternemos en nuestra ayuda». A esta sazón llamó el Gran Capitán á don García de Paredes y díjole: «Don García, hoy ó seamos vencedores ó quedemos en este campo muertos como buenos soldados, que un buen morir honra la vida». Don García le respondió: «Ellos morirán y nosotros viviremos». En esto vino volando una cogujada y se le asentó en los pechos al Gran Capitán. El la tomó y la quebrantó todos los huesos, y las liebres que se levantaban las mandaba traer ante sí, y lo mesmo las hacía así vivas como las traían y las descoyuntaba con la mayor alegría del mundo.

Ya los dos ejércitos estaban á tiro de arcabuz.

CAPÍTULO XVII

De cómo pasó la batalla entre los dos ejércitos junto á la villa de la Chirinola.

El Gran Capitán mandó al capitán de los alemanes que estuviesen con la artillería en la retaguarda, para que si fuesen rotos tuviesen en ellos espaldas, y que de allí no se moviesen junto á unos olivares. Aquel capitán alemán le respondió que se lo diese firmado de su nombre. El Gran Capitán le daba su anillo, y jamás aprovechó hasta que llevaron escribanías y se lo mandaron por escrito y guardó la cédula. La artillería francesa no podía coger nuestra gente, porque toda iba por alto, que la que más bajo iba era una vara de medir encima, porque los nuestros estaban en bajo y ellos en un alto. Encomenzando el Conde de Nochito y Diego de Vera á jugar con nuestra artillería y hacelles mucho daño, se aprendió, que solo un cañón pedrero quedó atacado, que toda la otra pólvora se quemó. Allegó luego al Gran Capitán Leonardo Alejo muy espantado y dijo: «Ah, señor, y qué gran mal nos ha venido, que la pólvora se ha prendido y se ha quemado toda». Esto decía con gran sentimiento. Al cual respondió el Gran Capitán con cara muy alegre: «¡Oh qué buenas nuevas! Ninguna cosa pudiera oir á esta sazón con que más me alegrara, porque el día se acaba y nos ha de alumbrar la pólvora. Sabed que son lumbreras de nuestra victoria, la cual tengo agora por más cierta; porque habéis de saber que Dios, sabidor de todas las cosas, muestra muchas dellas antes que vengan, y con fuego muestra cuando han de ser prósperas. El fuego siempre significa victoria».

A esta hora llegó don Diego de Arellano, tío del Gran Capitán, de quien dijimos arriba, y dijo: «Señor, hallaos en este mí caballo blanco, que tiene mucha furia y es muy revuelto y se llama Santiago». «Aunque no sea más de por el nombre, dijo el Gran Capitán, lo tomaré»; y cabalgó en él y hallólo muy bueno. Era muy crecido. Iba el Gran Capitán á la estradiota, vestidas unas corazas españolas de carmesí y un peto que le cubría los pechos. Llevaba cruces coloradas en los pechos y espaldas, quijotes, brazales y manoplas, un estoque y una daga. Llevaba la cara descubierta. El de Arellano le dijo: «Señor, cubríos la cara porque vais muy señalado», porque llevaba encima de las armas un sayete de damasco blanco con fajas de brocado; así que todo iba de blanco. El Gran Capitán respondió: «Señor tío, los que tienen el cargo que yo y tal día como hoy, no han de cubrir el rostro»; y así lo trujo descubierto en toda la batalla. Dió luego una vuelta á todo su campo animándolos y nombrándolos por sus nombres, diciéndoles palabras que les ponía nuevos corazones. A los alemanes dijo que no desamparasen la artillería; y porque entre ellos había ochocientos arcabuceros, mandóles que de ducientos en ducientos rociasen á los enemigos. A esta hora llegó al Gran Capitán Héctor Ferramosca y le dijo: «He aquí Agustino Bimfo que viene á ver cómo V. S. vence». Este era un grande astrólogo judiciario, con el cual el Gran Capitán holgó en extremo; el cual dijo al Gran Capitán: «O toda la astrología es burla, ó V. S. ha de ser vencedor; porque todos los planetas, signos y influencias muestran vuesa victoria. Id á los enemigos, porque sois vencedor con la ayuda de Dios».

El Nemos hizo tres escuadrones y comenzó á marchar contra los enemigos, sin igualar y ordenar la gente, sino que fuesen para adelante, porque tuvo por muy cierta la victoria. Llevaba muy torcida la orden de la avanguardia, de la cual el capitán Arce tenía cargo, y tras él algo desviado Candeyo con los suizos; y junto, aunque algo detrás, iba Ale-

gre y Bayarte y Lautreque con todo el ejército, muy desiguales.

De la otra parte el Gran Capitán hizo seis escuadrones en derecha frente contra los enemigos. A los cuernos fueron dos escuadrones de caballos y uno detrás de los tudescos, junto al cual iba la infantería española, para que si necesidad hubiese pudiesen arremeter. Adelante con estos infantes iban Villalba, Pizarro, Coello, Espés, Diego García. Mandó asimismo que don Diego de Mendoza y Fabricio Colona fuesen con los otros caballos de fuera, los cuales detuviesen á los enemigos escaramuzando. A esta hora se juntaban los campos. A esta sazón se levantó muy grande escuridad de polvo y del humo de la artillería, que del todo quitó á los franceses la vista, y se fué aquella niebla mayor con el humo de la artillería.

El Nemos arremetió con grande ánimo, esforzando su gente contra los tudescos de la caballería del cuerno izquierdo; y hallaron un foso, de que dijimos atrás, y allí pararon; de donde fueron echados con muerte de muchos; y andando con su batalla buscando entrada, fué herido de un arcabuzazo, de que murió. Candeyo, capitán de suizos, corrió la mesma tormenta, que topó con el mesmo foso; y con todo eso se topó con dos mil españoles y pelearon con grande ánimo; que cierto quien esta batalla viera, y el esfuerzo con que los unos y los otros peleaban, no tuviera en mucho otras batallas.

Aquel día el Próspero y sus hermanos, Pedro de Paz y Carlos de Paz, y don Diego de Mendoza, y el capitán Hernán Suárez, Nuño de Ocampo, Diego de Vera, don Jerónimo Lloriz, Mercado, Espés, el capitán Alonso Gallego, el capitán Coello, el capitán Maderiaga, Hernando de Alarcón, los dos Alvarados, Diego García de Paredes, Gil Nieto, Gonzalo de Aller, Olivera, el comendador Rosa y mosén Hoces hicieron cosas muy señaladas en armas. Los cuatro mil suizos, muerto su capitán Candeyo de un arcabuzazo, no volvieron un solo pie atrás, todos murieron peleando como fuertes varones. El Gran Capitán andaba socorriendo á todas partes adonde vía que cumplía; y hallóse entre un escuadrón de picardos y borgoñeses, y entró por ellos como un león, diciendo «¡España! ¡Victoria! ¡Santiago!» á voces, que todos lo oían, con su espada en la mano, sin mirar inconvenientes ni consultar con la razón; y no paró hasta llegar al alférez, y dióle tan gran cuchillada que le cortó el brazo por la muñeca y parte de la asta, y tomó la bandera y la dió á uno de los caballeros que le seguían, que se llamaba Alonso López de Celada. Los españoles, veyendo la persona del Gran Capitán en tanto peligro y haciendo las maravillas que solía, hacían más que sus fuerzas humanas bastaban.

Pues, sabido por los capitanes franceses la muerte del Nemos y de Candeyo, el Arce y mos de Alegre y Paliza con los otros capitanes todos tomaron un mesmo consejo, como si entre sí lo consultasen, de huir. El Arce se fué al ducado de Benavento y el Alegre á Venosa, y todos los otros cada uno por su parte. Los españoles les seguían el alcance y les mataron muchos, y otros trajeron presos con mos de Formento. Apenas quedaba media hora de claridad, que dió ocasión á que los capitanes franceses se salvasen con la escuridad de la noche.

CAPÍTULO XVIII

De lo que el Gran Capitán hizo, pasada la batalla.

El Próspero y Fabricio y Marco Antonio fueron los delanteros, y fuéronse derechos al real de los franceses, y hallaron en la tienda del Nemos un gran aparador de plata dorada y muy rica, y una muy suntuosa cena, como aquellos que esperaban de cenar á su placer con la alegría de la victoria. Allí cenaron muy á su placer y durmieron en la mesma cama del Nemos. El Gran Capitán tuvo mucho cuidado del Próspero y de sus hermanos, pensando no les hubiese acaecido algún revés, y tenía muy gran pena dello; y habíalos mandado á buscar y aun los habían llorado, hasta que otro día por la mañana vinieron con mucha alegría y muertos de risa, diciendo: «Mejor supimos nosotros gozar de la victoria que V. S., que cenamos muy espléndidamente y dormimos en muy buena cama»; de que el Gran Capitán holgó mucho.

Hallaron los que fueron al real damas á quien festejaron, muchos mercaderes con muchas y muy ricas mercadurías para vender á los victoriosos franceses, mucho bastimento y hecho el repartimiento de los prisioneros; principalmente una muy buena tienda para el

Gran Capitán, en que tuviese una honesta prisión. Esto tenía el Virrey por muy cierto por un sueño que la noche antes había soñado, el cual diremos adelante.

Esta noche se sentó el Gran Capitán á cenar con los caballeros y capitanes del ejército, y estaba á la mesa mos de Formento. El Gran Capitán tenía mucho cuidado de saber qué había sido del Virrey, que aunque era enemigo, era, como muchas veces hemos dicho, muy sosegado y benigno en la paz, cuanto era bravo y valiente vestidas las armas; y no había podido saber qué había sido dél, porque sabía que no había de huir; temía no fuese muerto. Estando cenando, servía á la mesa un paje del Gran Capitán, que se llamaba Vargas. Este traía vestida una jornea del Virrey, la cual conoció mos de Formento, y dijo al Gran Capitán: «Aquella jornea traía sobre las armas el Virrey». Preguntado de dónde había habido aquella ropa, respondió el Vargas: «Yendo un caballero, cuya esta ropa era, herido caído sobre el arzón del caballo, llegué yo y le derribé del caballo y le desenlacé el yelmo y le acabé de matar, y desnudándole aquella ropa que me pareció buena, estándosela desnudando allegó un soldado y asió de ella y me llevó lo que della falta. «¿Sabrás, dijo el Gran Capitán, amostrarnos el lugar adonde cayó?» «Sí», dijo Vargas. Luego se levantó de la mesa el Gran Capitán y todos los señores y capitanes, así españoles como franceses, y fueron adonde les amostró Vargas con hachas; y hallaron el cuerpo del Virrey en aquel mesmo lugar, desnudo en carnes y una teja puesta sobre sus vergüenzas. Fué conocido por un su paje por un lunar muy notable que sobre la espalda tenía. Al cual el Gran Capitán mandó traer luego y ponerlo muy honradamente, cubierto con un paño de brocado encima y muchas hachas que estuviesen ardiendo; porque este Nemos era de la sangre real de Francia, de los Condes de Armeñaque, de la cual algunas veces habían sido los Reyes de Francia, y era una de las casas que suelen heredar el reino faltando hijo heredero que la herede.

CAPÍTULO XIX

De lo que el Gran Capitán hizo venido el día.

Venida pues la mañana y traídos los prisioneros ante el Gran Capitán, que todo lo otro habían robado los caballos ligeros, en que se halló gran despojo. Y entre las damas que allí fueron traídas, una pedía que le trujesen á Pedro de Paz, porque se quería rendir á él solo; porque el Gran Capitán les había dado libertad y les mandó hacer muy grande alojimiento y que les guardasen su honestad. Pues llamado Pedro de Paz, pareció ante ella gallardo y festejándola mucho. Ella dijo que no era aquel Pedro de Paz por quien ella pedía. Fuele jurado ser él. Ella dijo que no podía ser, que á quien Dios había dado tanto esfuerzo y valor de su persona, no le había de negar la buena disposición; porque Pedro de Paz era pequeño de cuerpo y muy mal tallado, y tenía una corcoba delante y otra detrás; y era tan feo de su persona cuanto era valiente en las armas. Luego mandó el Gran Capitán poner en salvo á las mujeres y mercaderes.

Visto por el alcaide de la fortaleza el rompimiento, desamparó la fortaleza y se fué. Algunos españoles y italianos en quien no había tanto esfuerzo, estando la batalla trabada, huyeron; dellos aportaron á Manfredonia y otros á Barleta, y dijeron cómo los españoles habían sido desbaratados, muertos y presos. Oída esta nueva por el capitán Francisco Sánchez, que, como dijimos, había quedado por mandado del Gran Capitán en la villa, puso muy gran recaudo en ella, determinado de la defender él y los que con él estaban. El Lezcano, que había quedado con las galeras para guarda de la mar, oída esta nueva, dijo á los que la trujeron: «Mal viaje hagáis, judíos, que el Gran Capitán no puede ser vencido de franceses. Ahorcaldos, señor capitán, porque huyeron. Sobre mi alma, ya que fuera verdad, ¿cómo huistes, donde tan buenos murieron mejores que vosotros?» Dende á tres horas vino la nueva de la victoria; y si el capitán no lo estorbara, el Lezcano ya había sacado de las galeras una compañía de vizcaínos para los ahorcar.

Entonces cumplía el Virrey veintidós años de su edad. Murió el Virrey de un arcabuzazo, que aunque tenía otras heridas, ninguna era mortal. Fué luego llevado el cuerpo á Nuestra Señora de la Cherinola, á quien dió el Gran Capitán las ropas de su recámara para ornamentos. Luego proveyó que le fuesen dichas muchas misas, entretanto que le hacían un ataúd forrado en terciopelo negro. Metido el cuerpo del Nemos en el ataúd,

mandó el Gran Capitán á don Tristán de Acuña que con cien lanzas y con el mos de Formento fuesen á llevar el cuerpo del Virrey á Barleta. Dió el Gran Capitán un paño de brocado para que llevasen sobre el cuerpo. Fueron con él los clérigos que pudieron ser habidos con hachas encendidas hasta Barleta. Invió adelante el Gran Capitán á mandar que saliesen de Barleta todos los clérigos y flayres á recebir el cuerpo una legua. Antes que de allí partiese el cuerpo lloró el Gran Capitán sobre él en tanta manera y con tanto sentimiento, que movió á todos los presentes á enternecerse; de manera que á todos puso en gran admiración. Invió el Gran Capitán á San Francisco de Barleta renta para que cada día le dijesen muchas misas y los divinos oficios.

Hízosele en Barleta tan gran recibimiento, que fué mos de Formento muy espantado. Allí estuvo el cuerpo del Virrey depositado tres años, y después fué llevado á la capilla de sus pasados.

CAPÍTULO XX

De las cosas que el Gran Capitán proveyó este día.

Cuando el Rey Luis de Francia supo la honra y el sentimiento que el Gran Capitán había hecho al cuerpo del Nemos, y las obsequias y enterramiento con todo lo demás, y el buen tratamiento á sus capitanes, dijo públicamente: «No tengo por afrenta ser vencido por el Gran Capitán de España; porque merece que le dé Dios aun lo que no fuere suyo, porque lo merece haber; porque nunca se ha oído ni visto capitán que la victoria lo haga más humilde y piadoso». Dijo muchas palabras en su loor y le invió á rendir muchas gracias por ello, ofreciéndole su persona y estado.

Esta batalla fué viernes, á veintisiete días de Abril. Luego sábado por la mañana mandó que de los lugares cercanos viniesen muchos azadoneros; y venidos les mandó hacer grandes fosos para en ellos enterrar los muertos, y mandó darles á medio real por cada cuerpo: fuéronles pagados poco más de tres mil reales. Púsose mucha diligencia para que se buscasen los cuerpos que no eran aún muertos, y halláronse solos treinta y cinco. Estos fueron luego llevados á la Chirinola y curados con diligencia y cuidado; y después de sanos, les mandó dar á cada uno un doblón y que se fuesen adonde por bien tuviesen. A las personas principales y capitanes mandó enterrar muy suntuosamente. Mandó asimismo venir de los lugares comarcanos muchos clérigos, que dijesen misas y vigilias sobre los muertos, y se trajo toda la cera que se pudo haber.

Luego otro día vinieron los síndicos de todas las villas y cibdades comarcanas á dar la obediencia al Gran Capitán, á los cuales él recibió con muy alegre cara, ofreciéndoles muchas mercedes. Vuelto mos de Formento de dejar el cuerpo del Virrey en Barleta, dijo al Gran Capitán: «Bien es que V. S. sepa lo que el Virrey nos contó ayer viernes por la mañana con mucha alegría, diciendo que esa noche había soñado que ayer daban la batalla; y que pasada la batalla, de donde él había quedado muy herido, mas que luego había sanado; y que el sábado de mañana vía á V. S. muy triste y llorando y haciendo allí delante dél muy gran sentimiento, y que él entraba triunfando en Barleta cubierto de un paño de brocado, y que le salían á recibir clérigos y flaires, como á vencedor, con las cruces, mas que no había ninguno de los suyos, con otras cosas, que todas salieron verdad».

Hobiéronse de aquesta rota muchas joyas y mucho despojo, sin lo que los soldados robaron. El Gran Capitán lo mandó todo repartir por la gente de guerra y todo lo que él tenía sin le quedar cosa alguna. El Gran Capitán proveyó luego que Diego García de Paredes fuese á gran priesa tras los soldados de Arce, que se iban para Venosa; y á Pedro de Paz que fuese siguiendo al Alegre, el cual acompañado de Trajano, Príncipe de Melfi, no los queriendo acoger en ninguna tierra, porque la fama del vencimiento iba volando delante de ellos, dábanles de los lugares por do pasaban vituallas por el muro, así á éstos como á los de Arce, con unos cordeles con cestos y inviándolos primero los dineros y joyas por los mantenimientos; llegó á la Tripalda y de allí no pasaron en Nápoles, porque fueron avisados cómo todos los oficiales del Rey de Francia se habían recogido á la fortaleza, no osando estar en la ciudad. Al fin se fueron á Gaeta.

Otró día después de la batalla luego se

partió Fabricio Colona con Ristaño Cantelmo, Conde del Pópulo, á ocupar allá Gíla, que, como hemos dicho, es cabeza de Abruzo; y el Próspero y Andrea, Duque de Termoly se fueron á Capua, y echaron de allí los franceses; porque el Duque de Termoli era natural desta ciudad; á los cuales recibieron los vecinos della con grande alegría y echaron della á los franceses, y determinaron de quedarse allí hasta tanto que el Gran Capitán les mandase lo que habían de hacer.

Agora dejaremos de contar del Gran Capitán por contar lo que pasó en Calabria.

COMIENZA EL SÉPTIMO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNANDEZ, GRAN CAPITÁN DE ESPAÑA, HIZO Á LOS REYES DE FRANCIA.

CAPÍTULO I

De lo que los españoles que estaban en Calabria hicieron.

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo Puertocarrero, señor de Palma, desembarcó en Ríjoles á los cinco días de Marzo del dicho año de mil quinientos y tres años, y que allí había fallecido; y cómo en su lugar fué elegido por Capitán general don Fernando de Andrada, y cómo se fué á aposentar á una villa que se llama Tura; y mos de Auberi estaba en Terranova, aunque en la fortaleza estaba el capitán Sebastián de Vargas, y la defendía con gran esfuerzo. Ya el Gran Capitán sabía de la muerte de don Luis Puertocarrero, su cuñado, que le había pesado mucho, y le había hecho muy solemnes obsequias porque tenían muy grande amistad, allende de ser casados con dos hermanas. Sabía también cómo habían elegido por capitán á don Fernando de Andrada, y que estaban los campos muy cerca para pelear; tenía muy gran cuidado que no sabía lo que les había sucedido. Pues estando aquí en la Chirinola le vino nueva en que el Andrada le hacía saber cómo él con su ejército estaba en una villa que se llamaba Tura y en otros aposentos; y el Auberi en Terronova, aunque Sebastián de Vargas estaba en la fortaleza y se la defendía de manera que no le podían hacer daño; y con el Auberi estaban los Príncipes de Rosano, Salerno y Visiñano, y el Príncipe de Melfa y el Conde de Mélito y otras personas principales y varones de aquella provincia. Mas el Andrada con aquellos capitanes, que eran Manuel de Benavides, Alonso de Carvajal, don Hugo de Cardona, Luis Pyxon, Virrey de Sicilia; Garci Alvarez Osorio, Antonio de Leiva, Alvarado, padre y hijo; Hernando de Alarcón y Valencia de Benavides y otros muchos capitanes, determináronse de salir de Tura y se acercar al Auberi á Terranova. Inviáronle un trompeta á Terranova, haciéndole saber que ellos le querían ir á cercar á Terranova, adonde estaba; que le rogaban, pues era un capitán tan sabio en la guerra y tenía consigo tan gran caudal así de franceses como de italianos y de los Príncipes de Calabria, y tenían más de cuatro tanta gente como ellos, que saliese de la villa y los esperase fuera della, que ellos le vernían allí á buscar y le darían la batalla. Y pues la fortuna tantas veces le había sido tan favorable en aquella misma tierra, que no lo rehusase de lo aceptar, porque él había dicho muchas veces que los españoles no habían de osar venir con ellos en jornada.

Mos de Auberi recibió muy graciosamente al trompeta y le hizo mucha honra y aceptó la batalla. Fué concertado que fuese la batalla un viernes á veinte y un días de Abril, ocho días antes que la de Chirinola. Esto concertado, el Auberi con todo su campo se vino á una villa que se llama Joya, seis millas de donde estaban los españoles, que se llama Palma, y allí se concertó la batalla para el viernes venidero.

CAPÍTULO II

De cómo pasó la batalla entre los franceses y españoles.

Llegado pues el viernes por la mañana, el Andrada mandó que la gente pasase un río que estaba en medio, y que de la gente de caballo y de pie se hiciese un escuadrón y que todos juntos peleasen. Y subieron un poco arriba por el río á buscar el vado, y comenzaron á pasar. A los franceses se les antojó que huían y fueron á dar en ellos.

Cuando los franceses llegaron ya los españoles habían pasado el río, y estaban en su escuadrón muy ordenados. El de Andrada y los otros capitanes, como aquellos que tanto sabían de la guerra, animaban á los suyos, diciéndoles que tuviesen por cierta la victoria si peleasen como varones; y que supiesen que ningún otro remedio tenían sino el de Dios, ó vencer ó morir; y que muy peor suerte sería quedar vivo, conociendo la insolencia y maldad de los franceses, que morir como buenos soldados, y más habiendo siempre llevado lo mejor dellos; que se acordasen que los que vencidos quedasen que no osarían parecer ante el Gran Capitán ni delante la gente de guerra que con él estaba en su milicia, que siempre ha sido vencedora dellos, pues ellos no eran menos en calidad y esfuerzo que los otros.

A este punto se llegaban las haces. Arremetieron los unos á los otros con tan gran furia, ánimo y con tanta enemistad, que en ninguna batalla jamás se vió. El de Auberi y los Príncipes, Señores y Barones por vengar las injurias que de los españoles habían recebido, sabiendo la muerte que delante tenían no venciendo, todos peleaban como fuertes varones. Pelearon gran espacio, adonde se hicieron grandes hechos de armas por los unos y los otros, porque en entrambas partes había hombres muy diestros en las cosas de la guerra.

En esta batalla se mostraron dos caballeros españoles, el uno Manuel de Benavides, señor de Javalquinto, y el otro Alonso de Carvajal, señor de Xódar, personas de mucha calidad y ambos naturales de Baeza, y ambos bandos contrarios en aquella cibdad, aunque en aquella milicia se trataban con grande amistad y conversación. Estos dos caballeros hicieron aquel día tanto en armas, que los unos les habían invidia y los contrarios mucho temor. Pues el Andrada y Antonio de Leiva y los Alvarados, padre y hijo, por otra parte, y Luis Pixon y don Hugo y García Osorio pelearon tan animosamente, que los franceses, no los pudiendo sufrir, comenzaron á aflojar. Los capitanes y Príncipes tornaron á la batalla pensando de los poder tener, diciéndoles palabras de grande esfuerzo; mas jamás pudieron. Parfín y Bayarte hicieron más de lo que hombres podían hacer por sostener la batalla, y el de Auberi asimismo; mas tenían cogido tanto temor á los caballeros y soldados, que no quisieron volver.

Visto por el de Auberi y los Príncipes cómo todos iban huyendo, comenzaron á enflaquecer y poner toda su salud y vida en la huída, y volviéronse á Joya, de donde habían salido; mas Valencia de Benavides y los dos Alvarados los siguieron. Quedaron muertos de los franceses y italianos que seguían la parte francesa dos mil y docientos hombres, y fueron presos seiscientos dellos, entre los cuales fueron Malherba y micer Alfonso Sanseverino y su hermano, con otros seis capitanes principales; y de allí fueron llevados á Manfredonia, y estando en la fortaleza se quisieron soltar, y tenían ordenada una traición en la fortaleza. Fué descubierta y invió el Gran Capitán á Medina y les cortó las cabezas á seis dellos con el Malherba y á ciertos soldados españoles que eran en la mesma traición con ellos, que los tenían en guarda. A estos que se acogieron á Joya les entraron por fuerza de armas y los despojaron y prendieron.

CAPÍTULO III

De lo que el de Auberi y los otros Principes y señores hicieron, desde que huyeron de la batalla.

El Auberi y otros capitanes con él pelearon como hemos dicho; mas visto que todos llevaban el camino de Joya y de otras partes, él tomó el camino de Melito; mas viendo que el Valencia y los Alvarados lo seguían, él se metió en una villa que se llama Roca de Angito. El Andrada invió ciertos soldados á estos capitanes para que apretasen y proseguiesen el cerco, y despachó luego á Mecina por artillería para lo combatir.

Oídas estas nuevas que el Andrada invió al Gran Capitán, él se hincó de rodillas y alzó las manos al cielo y dijo: «Bendito sea, Señor, tu santísimo nombre, porque has mostrado tu justicia y ejecutádola en los franceses, así en Pulla como en Calabria. Muchos loores y alabanzas te sean dadas por siempre jamás». Escribió luego al Andrada y á todos aquellos capitanes alabando su esfuerzo, valentía y industria, y rogándoles muy afectuosamente apretasen el cerco al Auberi

hasta prenderlo á él y á los que con él estaban y les pusiesen á muy buen recabdo. Asimismo les escribió muy particularmente la merced que Dios les había hecho tan grande ocho días después, junto á la villa de la Chirinola, como la historia lo ha contado; de que todos aquellos capitanes se holgaron mucho y dieron gracias á Nuestro Señor por ello. Y luego venida la artillería comenzaron á batir la fortaleza de Roca de Angito; y á cabo de treinta días quel Auberi allí se había encerrado, pidió habla con el Andrada, y le dijo asomado al muro: «Señor don Fernando, no tengáis á mal lo que agora dijere. Yo antes consentiré ser hecho mil piezas que me rendir á persona alguna, si no fuera al Gran Capitán ó á persona de su linaje é sangre, aunque sé que no me puedo defender dos horas». El Andrada le respondió que á él y á todos aquellos señores que allí estaban les hacía muy gran merced en lo que decía, y que supiese que entonces había llegado allí un caballero, sobrino del Gran Capitán, hijo de don Alonso su hermano, señor de la casa de Aguilar, llamado don Diego Fernández de Córdova ([1]), á quien todos los que allí estaban tenían muy grande acatamiento, así porque su persona lo merecía, como por ser sobrino del Gran Capitán. Y venido don Diego Hernández, mos de Auberi le dijo: «Señor, yo me rindo á vos, como á sobrino del mejor caballero y capitán que yo sé que haya en el mundo». Donde lo recibió con muy alegre gesto y muy buenas palabras, y le hizo muy buen tratamiento hasta que fué llevado á Castilnovo con los otros prisioneros que allí estaban.

Verdad sea que antes que el Auberi se rindiese, pidió le amostrasen la carta quel Gran Capitán había inviado al Andrada y á los otros capitanes, en que les contaba el suceso de la batalla de la Cherinola. El pidió le diesen licencia para inviar á saber la verdad, y que sabida se rendiría, como lo hizo después que fué avisado della y supo cómo el Nemos era muerto y Candeyo y sus suizos asimismo con todos los otros. Decía después de rendido que ya veía que la fortuna les era contraria y que no se podía contrariar ni ir contra ella, que tantas veces les había sido adversa. Mas agora deja la historia de contar lo que más pasó en Calabria por contar lo que el Gran Capitán hizo después de la rota de la Cherinola.

CAPÍTULO IV

Cómo dende á tres días que pasó la batalla de la Chirinola se amotinaron cuatro mil y quinientos soldados españoles, y lo que sobre ello pasó.

Dende á tres días que la batalla pasó, mandó, como dijimos, el Gran Capitán á Pedro de Paz que fuese siguiendo á los franceses que iban huyendo, entretanto que él llegaba. El de Paz se partió luego y fué á la mayor priesa que pudo; y otro día se le apartaron del ejército cuatro mil y quinientos soldados españoles, de los más prácticos, que pocos más quedaban, y dijeron que no irían adelante si no les dejaban saquear á Melfa, que es una muy buena cibdad, ó que les hiciesen paga de todo lo que les debían. Decían aquellos soldados amotinados que era uso en Italia desde ab inicio acá, que cuando alguna batalla se vencía de campo á campo, que otro día era costumbre de pagar á los soldados vencedores todo lo que les era debido y más una paga muerta, y que nunca Dios quisiese que ellos fuesen en quebrantar tan loable costumbre y de tan buena memoria y hecha por los soldados pasados; y que antes serían en la acrecentar que no en la dejar perder. Por ende que se buscasen dineros para todo lo debido y más para la paga muerta, y que de otra manera excusado era de hablar en que se redujesen; y que si luego no se hacía, que ellos buscarían su remedio. Pues pagarles era imposible y mucho más reconciliarlos, el Gran Capitán les invió á decir muy buenas palabras, y que les daba su fe de les pagar todo cuanto se les debía con la paga muerta. Ellos respondieron que ya no les engañaría con más dulces palabras, y que juraban á fe de buenos soldados de pasar por las picas al que viniese á contratar con ellos, si delante no traía la paga. El Gran Capitán les invió al Próspero y al Duque de Termoli á les afirmar que él inviaba á vender toda su plata y la de aquellos señores y todas sus joyas para les dar socorro, entretanto que buscaba todo lo que les era debido. Los soldados amotinados le respondieron que se volviesen por donde habían venido; y visto

[1] Al margen hay una apostilla de letra del siglo XVII que dice: «Este se llamó Pedro Fernández de Córdova, no don Diego».

que ninguna cosa aprovechaba, ni pudieron mellar en ellos, se volvieron.

Ellos se fueron á aposentar á la cibdad de Melfa. Los franceses que en ella estaban huyeron de ella y se fueron. Los españoles se entraron en ella sin haber resistencia alguna. El mesmo Gran Capitán fué á ellos y les habló, asomados al muro, y les afirmó cómo él había inviado á los Reyes Católicos por una posta, y á sus estados y de aquellos señores que seguían su parte á buscar dineros, de que serían pagados muy á su contento, contándoles las grandes mercedes que merecían; que les rogaba no perdiesen tan gran coyuntura como se perdía si al presente no fuesen tras sus enemigos. Ellos respondieron: «Mas si no conociéramos, Gonzalo, vuestras dulces palabras ¡cómo nos engañárades esta vez! A la verdad, no nos quejamos de vos, porque nos dais de vuestra hacienda y nos pagáis cuando lo tenéis; mas pesar de tal con el [1] que acá os invió, piensa que se ha de hacer la guerra sin dinero. Volveos, que ninguna cosa os ha de aprovechar vuestro predicar». Aquí se descomedieron algunos muy descomedidamente, así contra él como contra los Reyes Católicos; principalmente aquellos que eran los principales en aquella rebelión.

Visto por el Gran Capitán el poco comedimiento que aquellos amotinados habían tenido, y las malas palabras que en perjuicio de los Reyes Católicos habían tenido, si tuviera caudal de gente para ello, allí los cercara y les castigara como merecían. Mas no lo hizo, parte por no ser parte para ello y por el mal ejemplo y lo que dello sucediera.

Con el Gran Capitán habían quedado los alemanes y italianos y los más capitanes españoles y los caballeros; pues con los que le quedaron se fué á Fiumara, adonde tenía asentado su real. A esta hora llegó Diego García de Paredes, y sabido el poco fruto que se sacaba dellos, él se fué á Melfa y entró en ella, diciendo que si le pasasen por las picas que más quería morir á sus manos que no á las de los franceses; que bien sabía que todos los que allí estaban eran sus amigos; que les rogaba le oyesen, y que luego se volvería á Fiumara: [2] «Ninguno puede negar, hermanos y señores míos, la mucha razón y justicia que tenéis en lo que pedís; y harto ciego sería quien lo contradijese, así en lo que, señores, se os debe, como en la paga muerta que pedís, y que vosotros, señores, tan bien tenéis merecida, venciendo á toda la pujanza de Francia y de Italia con tanto esfuerzo y valentía, sufriendo tantos trabajos, hambres, fríos y tantas necesidades, de lo cual yo soy buen testigo, y he pasado mi parte, como, señores, sabéis. Verdad sea que todos los hombres cuerdos se han de conformar con el tiempo en todas las cosas que trataren y fueren posibles á los hombres. Bien ternéis conocido que si posibilidad hobiera en lo que pedís, que ni yo os rogara que esperarais este poco de tiempo que se os pide ni de cosa tan injusta fuera yo el mensajero; mas no se pudiendo al presente haber de donde se os pueda pagar, ruégoos qué remedio dais para ser pagados. Los hombres se han de conformar con las cosas posibles. Todas las diligencias que los hombres humanamente pueden hacer se han hecho y hacen para haber dineros. Entretanto, me decid, ¿qué os aprovecha haber vencido á los franceses, si no sabéis ó no queréis gozar de la victoria ni del fruto que della se espera? ¿Queréis, señores, que se diga en España y en todo el mundo que supísteis vencer á los enemigos y que en la mayor necesidad desamparastes á vuestro capitán; desamparastes las banderas que de España sacastes y tan encomendadas, sabiendo que todo aquel reino de España, de donde somos hijos naturales, tienen puestos los ojos en vosotros; y que se diga en las otras naciones que los tudescos, los italianos y de otras naciones no desampararon al capitán español, y tal capitán, tan valeroso, tan amigo de Dios, ni á las banderas de España, aunque de tierra ajena y entre sus crueles enemigos, y que los sus españoles lo desampararon? ¡Oh, qué afrenta y oprobio para nuestra nación! ¡Por la pasión de Jesucristo y por los méritos de su gloriosa Madre! No seáis causa de que quede nuestra nación tan afeada con tan mal renombre. Mirad que lo hacéis en la plaza del mundo. Mirad que no se podrá después restaurar con la vida». Estas y otras muchas palabras les dijo, y jamás dudó mellar en ellos, que eran para hacer sentimiento en corazones de acero. La respuesta que le dieron

(1) Hay un claro como para una ó dos palabras. Parece referirse al Rey Católico.

(2) Al margen, de letra de la del texto: «Razonamiento de Diego García de Paredes á los soldados amotinados».

fué (1): «Decid, Diego García, ¿ese sermón enseñóslo aquel cordobés? No solíades vos ser predicador, que tanto habéis tardado en lo deprender. Mirad, Diego García, agradeced que no fenecéis aquí vuestros días, porque así lo teníamos jurado». Aquí le dijeron muy malas palabras en su perjuicio y del Gran Capitán y de los Reyes Católicos. Visto por Diego García lo poco que aprovechaba, les dijo: «Yo me quiero volver; mas antes que me vaya os quiero avisar como á compañeros y amigos cosa que os cumple tanto y aun más que la vida, según vosotros en tanto tenéis la honra de vuestras personas; que si perseveráis en esta rebelión, todos cuantos aquí estáis seréis dados por alevosos y traidores, vosotros y vuestros hijos y cuantos de vosotros descendieren, como á hombres que desampararon á su Rey natural en el tiempo que más necesidad de vosotros tuvo. Está hecha muy gran pesquisa y memoria, señores, de vosotros, así de vuestros nombres como de la tierra de donde sois naturales, para que allá se vaya á ejecutar esta tan gran fealdad y esta tan terrible sentencia. Así que donde agora sois llamados vencedores y defensores de los Reyes de España, cuyos vasallos sois y lo fueron vuestros pasados, de aquí adelante seréis llamados los traidores, y con este renombre serán llamados vuestros hijos y descendientes».

Entre estos soldados había algunos que estaban arrepentidos de aquella rebelión y les parecía mal lo que hacían. Diego García les rogó le dejasen estar entre ellos allí; que más quería vivir entre ellos que no ver la cruel sentencia que contra ellos se daba, ni quería ver lo que allá hacían sin ellos. Ellos lo tuvieron por bien, porque los había movido, á lo menos á los más dellos; y él ofreciendo de parte del Gran Capitán mercedes á los principales causadores de aquella rebelión, tuvo tal forma que á los cinco días que allí entre ellos moró, los redujo al servicio del Gran Capitán y se fué con ellos al real que tenían en Fiumara.

El Gran Capitán los salió á recebir y los recibió con grande alegría. mostrándoles muy buena voluntad y ofreciéndoles muchas mercedes y toda la paga muy presto.

(1) Al margen: «Respuesta de los amotinados».

CAPÍTULO V

De lo que el Gran Capitán hizo después que los soldados amotinados fueron reducidos, y cómo se fué derecho á la cibdad de Nápoles.

Luego en los primeros días de Mayo del dicho año de mil quinientos tres años que los soldados vinieron, fué el ejército sobre el estado del Príncipe de Melfa, el cual entregó todo su estado con condición que le dejasen estar á él y á su mujer é hijos en una cibdad suya llamada Trana, hasta esperar lo que los Reyes Católicos dél determinasen y de su estado. Lo cual el Gran Capitán hizo de muy buena voluntad; y pasado el ejército, luego se fué para los franceses.

Estando aquellos soldados amotinados en Melfa, túvose gran cuidado de los principales causadores de aquella rebelión, y de los que se habían desmandado en palabras contra los Reyes Católicos y Gran Capitán; y hecha la pesquisa, túvose gran memoria dellos. Pues caminando el campo desde Fiumara para una villa que se llama Gandebo, que es á ocho millas de Nápoles, hallaban ahorcados de cuatro en cuatro, de cinco en cinco, aquellos causadores de aquella rebelión, y á otros empalados. Así que ningún culpado quedó que no fuese castigado de aquella manera, de que los soldados se espantaban. Decían algunos dellos: «¿Habéis mirado cuán secretamente han ahorcado á estos gentileshombres? Mi ánima con la suya; bien aventurados ellos, pues murieron por cobrar la paga y por guardar la muy loable costumbre de los soldados pasados de gloriosa memoria. Este es el pago que les prometieron; bien se pueden contar por mártires, y por tales los podemos tener».

Pasó el campo por Benevento; el Gran Capitán no quiso entrar dentro, por ser de la Iglesia.

Salieron los síndicos y gobernadores á suplicar al Gran Capitán se aposentase dentro dél, y su casa y los señores, y toda la gente de guerra que mandase, porque así lo había mandado Su Santidad.

Era en aquella sazón, como atrás dijimos, vicario en la Iglesia de Dios el Papa Alejandro sexto, de nación español, llamado antes don Rodrigo de Borja, natural de Játiva, de noble sangre. El Gran Capitán les agradeció

mucho, y les dijo que no les quería dar enojo por ser vasallos del Papa. Ellos le trajeron un presente de muchas cosas y muy diversas. El Gran Capitán con su ejército se fué á Gandolfo, antiguamente los Samites. Aquí vinieron los embajadores de la cibdad de Nápoles, los más principales de aquella cibdad, y besaron las manos al Gran Capitán con el mayor acatamiento que pudo ser, dándole las gracias por las victorias pasadas, suplicándole quisiese sin ninguna sangre recebir aquella cibdad; la cual por las mercedes antiguas que de la Casa de Aragón siempre había recebido era muy obligada á perseverar en la fe que debían, y lo mismo hobieran hecho si el tiempo les hobiese dado lugar; que le suplicaban les confirmase los privilegios y inmunidades que los Reyes pasados les habían otorgado y confirmado, y pues su fe antigua lo merecía, se los ampliase con nuevos honores. El Gran Capitán se los confirmó y les prometió de ser muy grande procurador suyo con el Rey su señor que les hiciese grandes mercedes.

Los franceses que de la rota de la Chirinola escaparon se fueron á diversas partes, adonde les pareció que podían hallar mejor remedio á sus necesidades. Parte de ellos aportó á Calabria, parte de ellos á Aversa, parte á Capua y otros á otras partes.

El Gran Capitán luego que llegó á Bandelo, invió con ciertos caballos ligeros á ocupar á Aversa con Pedro de Paz; el cual en llegando le abrieron las puertas, y lo mismo hicieron los otros lugares de la comarca. También invió á don García de Paredes y al capitán Zamudio con mil y quinientos infantes á ocupar á Sant Germán, los cuales en llegando lo combatieron sin que hobiese en ellos resistencia; porque los franceses que dentro estaban, visto el furioso combate que les dieron, sin les dar algún espacio, se fueron por la parte que va á la sierra y dejaron la villa. Fueron muertos y presos hartos, que como hombres de vergüenza esperaron á sus enemigos.

CAPÍTULO VI

Cómo el Gran Capitán partió de Bandelo para la cibdad de Nápoles con todo su campo.

A los veinticinco días de Mayo partió el Gran Capitán de aquesta villa de Bandelo para la cibdad de Nápoles; en la cual entró debajo de un palio con muy grandes fiestas y alegrías de todos, chicos y grandes, y fuese á aposentar á las casas del Príncipe de Salerno, que son las mejores que hay en aquella cibdad; y ayuntados todos los estados, le juraron en nombre del Rey de España. Mandó echar un bando que ningún soldado, so pena de la vida, tomase alguna cosa y hiciese deshonestidad ni injuria á persona alguna. Mandó luego traer la artillería que había ganado á los franceses, principalmente la que se había ganado en Chirinola. Luego mandó á Pedro Navarro diese orden en combatir los castillos y mandó poner estancias sobre Castilnovo, porque de ninguna parte fuesen socorridos. Mandó subir luego la artillería á Sant Thelmo, que está en un cerro frontero de Castilnovo encorporado en la cibdad; mas los que en Sant Thelmo estaban, visto que subían la artillería, luego se rindieron y entregaron la fuerza, y lo mismo hizo Castello Capuano.

Sabido por el capitán mos de Alegre que aunque la cibdad estaba dada y entregada á los españoles, que la fortaleza se defendía con mucho esfuerzo, invió luego gente de guerra y muchos mantenimientos y vituallas en las carracas Charanta y la Negrona y en otras galeras y naos. Eran estas dos carracas las mayores que en el agua se habían visto hasta aquella sazón; mas los españoles nunca las dejaron llegar, aunque lo porfiaron mucho; y así se volvieron sin poder socorrerles con cosa alguna á los de la fortaleza, y así se volvieron para Gaeta. Los del castillo, sabiendo que el Gran Capitán posaba en las casas del Príncipe de Salerno, asestaron allí muchos tiros de artillería y tiraron á la casa. Vista la mala obra que desde la fortaleza hacían, diéronles tan recios combates que los de dentro tuvieron harto que hacer en se defender, y dejaron de tirar.

CAPÍTULO VII

De cómo fué combatido por los españoles y al fin fué tomado por combate Castilnovo, y de los grandes hechos en armas que en aquel combate se hicieron.

Castilnovo fué combatido con mucha y muy buena artillería y por personas que de aquel

oficio sabían mucho, y con muy recios cañones, culebrinas y grifaltes; mas ninguna cosa aprovechaba por ser el muro recio y las pelotas resurtían dèl, que ninguna mella hacían en él. Así que les pareció ser aquella fortaleza inexpugnable por asaltos. Ordenó que se le hiciesen minas por la parte de la mar y de los jardines porque fuesen más secretas, sin ser sentidas de los franceses; para lo cual había un micer Antonelo muy sabio en aquella arte, de quien Pedro Navarro fué instruído en aquella industria. Las minas se hacían tan secretas que aun los del campo de los españoles no lo sabían, sino muy pocos y estos con gran secreto.

Castilnovo tiene al derredor una que llaman cibdadela muy fuerte, y en medio está la fortaleza. Avisado, pues, el Gran Capitán que las minas estaban á punto, mandó un lunes, día de Sant Bartolomé, á once días de Junio, se comenzasen á encender las mechas, y desde la mañana se comenzó la batería, porque los franceses, como ello fué, se bajaron á la cibdadela, porque la artillería jugaba á la fortaleza, y abajaron las puentes y bajaron á la cibdadela muy seguros de lo que aconteció.

Mandó el Gran Capitán que á las doce horas de medio día, que sería al reventar de la mina, estuviesen á punto trescientos de caballo muy valientes escuderos á pie, y con ellos cuatrocientos soldados, y con ellos el Gran Capitán á pie con una espada y una rodela; y pusiéronse á la parte de las minas muy cubiertos, que no podían ser vistos de la fortaleza. Pues estando esperando que diese el reloj las doce horas, venida aquella hora, reventó la mina y derribó un lienzo de la cibdadela de hasta quince varas de luengo. Fué tanta la priesa de los españoles á subir por aquel lienzo derribado, que antes que del todo acabase de caer ya estaban dentro en la cibdadela; que los franceses no tuvieron lugar de alzar las puentes levadizas de la fortaleza, porque luego fueron tomados los huecos della y muertos todos los franceses de la cibdadela, que ninguno escapó.

El Gran Capitán no quiso aquel día dar la gloria de hallarse allí á otro ninguno, porque su persona fué de los primeros que arremetieron, como dijimos, en calzas y jubón con una espada y rodela, y hizo aquel día más que ninguno de los que en aquel combate se hallaron. Iba delante de todos así porque le viesen y se animasen á pelear. Nombraba á todos por sus nombres, y por gozar del fruto de la virtud de la fortaleza. Los franceses, espantados de la súbita ruina y del presuroso ímpetu con que fueron acometidos, los que pudieron huir se retiraron á la fortaleza y quisieron alzar el puente, mas no pudieron con el peso de los soldados que en ella ya estaban; y luego echaron los cerrojos por de dentro, que eran muy fuertes, de bronzo, y asestaron una culebrina por de dentro muy gruesa. Luego los españoles con las alabardas quebrantaron las cadenas con que se solía alzar el puente. Pues asestada la culebrina, pusiéronla fuego, para que pasando la puerta matase á los españoles que en el puente estaban, principalmente al Gran Capitán, que estaba delante junto á la puerta; y la pelota, que era de hierro colado, dió en la puerta que era por la parte de fuera de bronzo, y allí paró; y hoy está allí señalada, la cual van á ver los extranjeros que á aquella cibdad van, por ver un tan maravilloso caso.

CAPÍTULO VIII

Cómo se tomó por combate el castillo, y lo que en aquel asalto aconteció.

Los españoles asestaron otra culebrina á la puerta, que sería la meytad menor que la otra, y pasó de claro la puerta y mató á los franceses que dentro estaban enfrente. Por el agujero que esta pelota hizo se lanzó, aunque con gran dificultad, un soldado español llamado Alonso el Corzo. Entró solo, que ningún otro pudo entrar, aunque lo probaron; y puesto en medio del patio diciendo «¡España, España!» andaba como un toro en el coso, de una parte á otra peleando, haciendo maravillas en armas, todo cubierto de lanzas que le arrojaban desde lo alto y desde lo bajo, porque no se le osaban acercar. Nunca pudo ser socorrido, aunque se trabajó harto sobre ello; y fueron tantas las heridas que de todas partes le dieron, que le pasaban el cuerpo con las lanzas arrojadizas, hasta que dió la alma á Dios, y dejó allí su cuerpo, en el cual había poca parte sana. Los que vieron el cuerpo de Alonso el Corzo no tuvieron en mucho lo que Julio César alaba á un capitán suyo llamado Çeva, que le trujeron su escu-

do, en que le habían dado sus enemigos doscientas y veinte saetadas. Mucho más sin comparación fué lo de Alonso el Corzo, que por muchas partes fué pasado su cuerpo de muchas lanzadas y saetadas, y andando atravesado el cuerpo de lanzas y saetas, peleó hasta que cayó muerto.

Tras este Alonso el Corzo entraron cuatro españoles con el mismo deseo y esfuerzo que Alonso el Corzo, aunque cuando entraron ya Alonso el Corzo estaba muerto, hecho un erizo de las saetas y lanzas que le atravesaban el cuerpo. Estos comenzaron en medio del patio á gritar: «¡España, España!» y á pelear con grande ánimo con todos los franceses, como Alonso el Corzo había hecho; y como se guardaban, hacían en los franceses muy grande estrago. Mas como cargaron sobre ellos doscientos hombres de armas de los mejores de todo su campo y con muchos géneros de armas, y nunca pudieron ser socorridos, murieron los tres. El otro, visto muertos á sus compañeros, peleó tan valientemente por vengar la muerte dellos, que los franceses le dejaban el lugar y le abrieron camino por donde salió con seis heridas muy grandes, y los franceses quedaron los más contentos del mundo de lo ver fuera del castillo. Este era paje del Gran Capitán y se llamaba Juan Peláez de Berrio.

CAPÍTULO IX

De las cosas que en este asalto acontecieron, principalmente á un caballero napolitano que seguía la parte francesa.

Cuando los españoles metieron á los franceses por el puente levadizo, hallóse allí un caballero neapolitano llamado Dentato, que seguía la parte francesa, y hallóse aquel día en la ciudadela con los franceses; y como los franceses se recogieron al castillo, trabajó con ellos mucho animándolos para que defendiesen el puente, mas nunca pudo con ellos. Pues visto que ninguno quedaba fuera, él solo quedó en la puente y sufrió el primer ímpetu de los españoles y peleó con muy grande esfuerzo. El Gran Capitán quisiera mucho que se diera, mas él jamás quiso, hasta que peleando sin volver un punto atrás, fué muerto como muy valiente caballero, siguiendo la opinión que una vez había elegido. Ensalzan mucho los historiadores á Curio Dentato que desbarató á Pirro, rey de los epirotas, y le forzó dejar á Italia y volverse á su tierra. No es de loar menos el esfuerzo de aqueste Dentato, de su nombre, ó quizá de su linaje, su descendiente, que viendo huir á los franceses de donde ningún fruto se podía sacar sino morir, por hacer lo que debía y no vivir dejando de gozar del fruto de la fortaleza, peleó hasta que fué muerto.

Pues los españoles por entrar al castillo, y los franceses por le defender la entrada, se hicieron grandes hechos en armas. Este día sufrieron los capitanes españoles mucho trabajo, porque ningunas palabras bastarían de decir: lo que allí pasó lo dejo de escribir. Era cosa de gran admiración ver subir los soldados por las picas. Echaban dende arriba sobre ellos mucha pólvora y piedras, y ningún estorbo bastaba para los estorbar. Mandó el Gran Capitán que ochenta hombres de armas á pie peleasen con los de dentro, lo cual hicieron con mucho ánimo; mas como los de dentro estaban en lo alto y todos á su salvo, mataron con pólvora más de los cuarenta de ellos; mas los vivos que quedaron vinieron con ellos á las manos, y por fuerza y con gran dificultad los entraron. Los franceses viendo á los españoles dentro en la fortaleza, con el alcaide se recogieron á una torre principal y otros á otras, pensando de se defender allí. Los españoles les combatieron en las mismas torres donde estaban, y bajaron y abrieron las puertas por do todos entraron; en lo cual murieron algunos soldados, porque se entretuvieron á hacer más de lo que las fuerzas humanas bastaban. Porque unos subían y se metían por las ventanas dentro en las torres; otros se lanzaban por los agujeros que hacían las pelotas, y dentro peleaban con ellos y los mataban y los echaban por las mismas ventanas. Fueron los franceses tan turbados, que no se pudieron más defender; así los españoles fueron señores de todo el castillo, que no quedó francés que no fuese muerto ó preso.

CAPÍTULO X

De lo que el Gran Capitán mandó hacer después que fué tomada la fortaleza.

Pues tomada la fortaleza mandó el Gran Capitán que los soldados la saqueasen, porque había en ella mucho oro y plata, muchas

joyas y de mucho valor, mucha moneda y muchas riquezas, así de los franceses como de los mercaderes ricos que allí las tenían seguras. Todo fué saqueado por los soldados, de donde quedaron muchos de ellos ricos. Hasta unos órganos que allí había de plata saquearon, los cuales el Gran Capitán compró de los soldados y los mandó volver allí A los prisioneros con el alcaide mandó poner á buen recaudo; y porque algunos soldados se quejaban que no les había cabido parte de la presa, porque aquel día ninguno quedase descontento, mandó que fuesen á su posada y la saqueasen sin quedar cosa alguna en ella. Fueron todos aquéllos y hasta gente de la misma ciudad y no dejaron en su casa cosa que no robaron; y descolgaron toda la tapicería y arcas, que ninguna alhaja ni cosa dejaron que no robaron. Fué estimado lo que allí se robó en grandísima suma de ducados, porque á todos les cupiese parte del despojo suyo y ajeno.

Hallóse en aquella fortaleza mucha munición y vituallas, lo cual todo fué comprado á los soldados y vuelto á la fortaleza; y luego mandó limpiar la casa de los muertos y la plaza, y pasar allá una cama, que en la posada no se halló, y una cuna en que se echase, porque todo como dijimos fué robado; porque con su liberalidad venciesen su fortuna, no les habiendo cabido parte del saco, que hasta la bodega del vino le robaron sin le dejar cosa.

Hizo alcaide de Castilnovo á Nuño de Ocampo, hombre de mucho valor y esfuerzo y muy familiar suyo, á quien había hecho maestre de campo, natural de Zamora, de noble sangre, que en la tomada de Castilnovo sufrió mucho trabajo con grande valor y esfuerzo y estuvo siempre á la puerta del castillo peleando Era hombre de mucho ánimo y industria y fué muy privado del Gran Capitán, aunque después quisieron decir que habiéndole enviado el Gran Capitán á España al Rey don Fernando para le informar de las cosas del reino de Nápoles, y para que averiguase la verdad contra las mentiras y falsedades que micer Baptista Pynelo había dicho al Rey don Fernando contra el Gran Capitán, como hombre que sabía las entrañas y los secretos designios del Gran Capitán, había, por intereses que el Rey le había prometido, dicho cosas bien contra la opinión que de él se tenía. Mas no puedo creer que un caballero de tan noble sangre y que tantas mercedes del Gran Capitán había recibido hiciese tal cosa, por ser tan ajeno de su condición. Entre todos aquellos que á este Nuño de Ocampo conocieron por haber sido hombre de tanta verdad y muy aficionado á las cosas del Gran Capitán, yo por ninguna manera puedo sospechar de él tal cosa; porque en todas las jornadas que se halló, como en la de Terranova, en Calabria y en el desbarato y rota de Mélito, y en reducir los soldados que se habían amotinado, con gastar parte de su hacienda los redujo, y en la jornada de Pisa se hubo como buen capitán. El Rey le hizo merced en aquel reino de las villas de Petrela, Carpotacio y Lucinta.

La ocasión que tuvieron los invidiosos y maldicientes contra Nuño de Ocampo fué que, partido Nuño de Ocampo del Rey Católico, luego el Rey publicó que no podía dejar de ir á Nápoles, como lo hizo. Llegado que fué á Nápoles, el Gran Capitán lo envió á recibir á la Duquesa de Sesa su mujer; el cual viniendo con ella, adolesció en Gaeta, y llegando á Sesa murió á los veinte y tres días de Noviembre, año de mil quinientos seis años.

CAPÍTULO XI

De lo que después de ganada la fortaleza y apaciguada toda la cibdad aconteció.

Castilnovo se ganó á los once días de Junio como dijimos, y luego invió el Gran Capitán á reducir algunos lugares de aquella comarca que aún estaban por los franceses, y todos se redujeron si no fué Luis de Arce, que tenía á Venosa por el Rey de Francia. Había inviado á suplicar al Gran Capitán que no le mandase cercar hasta que le viniese cierta respuesta del Rey de Francia que sobre ello le había escrito. El Gran Capitán sobreseyó aquel cerco por muchas causas: la una porque la tierra estaba por el Gran Capitán, aunque la fortaleza estaba rebelde; la otra, porque no le importaba mucho, y porque había otras partes más importantes y de más necesidad de socorro, y también porque la fortaleza era muy fuerte y muy proveída y se deternían algún día en ella, y porque Luis de Arze hacía lo que debía mejor que todos los otros capitanes del Rey de Francia, y también por ir

sobre Gaeta, adonde se habían retirado todos los más franceses del reino con mos de Alegre, Paliza y los otros capitanes que de la Chirinola escaparon.

CAPÍTULO XII

Cómo Pedro Navarro conquistó la fortaleza de Sant Vicente.

Cuando el Gran Capitán entró en la cibdad de Nápoles, mandó á Pedro Navarro tomase á cargo de combatir la torre de Sant Vicente, que es una torre en el agua enfrente de Castilnovo con un muy fuerte rebellín y muy fuertes torres y reparos. Pedro Navarro, encargado de aquella empresa, tomó treinta compañeros en una barca y pasó allá de noche y habló en francés nombrándose quién era, á quien los franceses estaban esperando; y díjoles que abriesen de presto, diciéndoles con que los pudo engañar. Las guardas lo hicieron saber al alcaide. Luego les mandaron subir, y subiendo, dejó en el rebellín diez soldados, y él con los veinte subió arriba á la torre. Como el alcaide y los que con él estaban sintieron ser españoles, comenzaron á llamar alarma y pelearon con ellos los veinte españoles, y los diez con los que estaban en el rebellín. Fué cosa muy reñida; mas los españoles los unos y los otros pelearon con tanto ánimo, que en poca de hora los despacharon, as á los de la torre como á los del rebellín. A esta hora venía la mañana. Luego pusieron en lo alto de la torre las banderas de España, y comenzaron á decir: «¡España, España!».

Echaron á los franceses uno á uno de la torre abajo en el agua, sin quedar uno solo.

Los franceses de la fortaleza, cuando aquel apellido oyeron, fueron muy espantados, y asomados, vieron las banderas de España en lo alto de la torre, porque estaban muy sin pensamiento de lo que pasó, y vieron los cuerpos de los franceses andar en el agua, que las olas los traían de acá para allá. Luego asestaron muchas piezas de artillería contra la torre, y cada día la lombardeaban; mas Pedro Navarro tenía tan buen recaudo en ella, que ningún inconveniente recebían, y dejando Pedro Navarro en ella el recaudo que era menester, se vino á entender en las minas de Castilnovo, porque esto fué luego que el Gran Capitán llegó á Nápoles, antes que tomasen á Castilnovo. Y visto por los franceses cómo les apretaban el cerco del castillo, cesaron de tirar á la torre de Sant Vicente.

Pues proveyendo Pedro Navarro la torre de Sant Vicente de alcaide y gente y vituallas y á buen recaudo, se vino al Gran Capitán que se adereszaban de combatir á Castilnovo. El Gran Capitán lo recibió con grande alegría y le besó en el rostro, diciéndole muy buenas palabras así á él como á los que con él se habían hallado.

CAPÍTULO XIII

De cómo partió el Gran Capitán de la cibdad de Nápoles y fué á cercar á la cibdad de Gaeta.

A los diez y ocho días de Junio del mesmo año de quinientos y tres años partió el Gran Capitán de la cibdad de Nápoles para ir á cercar á Gaeta, y dejó mandado á Pedro Navarro que pusiese sitio y combatiese á Castil del Ovo, que es una fortaleza en el agua cerca de la cibdad de Nápoles, la cual fué llamada en otro tiempo Megaris, de una de las sirenas, y se pasa á ella por un puente que hay á tierra firme. El Navarro tomó la gente que le pareció y se quedó, y lo que hizo adelante se dirá.

Pues dejado proveído esto y la cibdad y todo lo demás con el recaudo que convenía, partió con su campo sobre Gaeta, que está de la cibdad de Nápoles veinte leguas, porque, como arriba dijimos, todos los franceses que escaparon de las rotas pasadas se habían acogido allí, teniendo allí por General á mos de Alegre. Pues determinado el Gran Capitán de ir sobre Gaeta, escribió á don Fernando de Andrada que luego se viniese á Nápoles contándole sus designios, y trajese su campo y á mos de Auberi muy benignísimamente, y le regalase mucho, porque en todo caso quería ir á cercar á Gaeta, en la cual se habían recogido los franceses que se habían escapado; porque esperaban el socorro que por mar les había de venir, trayendo por capitán á Ludovico, Marqués de Saluces, al cual el Rey de Francia había hecho General de su ejército y de toda la guerra.

Luego el Andrada con los otros capitanes y ejército, dejando proveído todo como cumplía, dejando proveídas las fortalezas de Calabria y puesto en ellas los alcaides y soldados que

le pareció convenir, se partió; pasó por Pesto, que hoy ha mudado el nombre y se llama Capácho, y por Velia, que se llama hoy Buca, y por Buxento, que es Policastro. También escribió á su tío don Diego de Arellano, que había tomado á Melfa, que estuviese por frontero y refrenase á Luis de Arce, que desde Venosa salía muchas veces y hacía daño en la comarca. Asimesmo invió al Próspero y á sus hermanos y al Duque de Termolí que se viniesen luego con su escuadrón á Pontecorvo. Este Pontecorvo se llamó antiguamente Freguellas, y él se fué derecho á Sant Germán, que fué llamado Casino, adonde hay un gran trato, y derecho por Carínula hizo su camino, y tomó de camino á Roca Guillermo sin guerra sobre su fe.

La gente que los franceses tenían eran los siguientes: cuatrocientos hombres de armas gruesos, mil caballos ligeros, cinco mil infantes, sin los que estaban en Gaeta y en otras partes. Pasó el Gran Capitán por Aversa y no entró en ella; por Capua entró en ella por pasar por la puente. En todos estos lugares fué recibido el Gran Capitán con mucha alegría, porque estaban por España, que, como dijimos, los había reducido Diego García de Paredes, el coronel, y Cristóbal Zamudio. Llegó á Sant Germán, que estaban reducidos, porque los habían allanado los mesmos Diego García y Zamudio.

CAPÍTULO XIV

De cómo la armada francesa vino á proveer de gente y vituallas á las fortalezas que estaban por ellos.

La armada francesa vino ya tarde, y como vió que ninguna cosa aprovechaba su venida, volvió contra la isla Ciraria, la cual hoy llamamos Izcla, por hacer el daño que pudiese á las galeras de España, que estaban muy descuidadas debajo de la fortaleza. Mas cuando el Rey Federico se fué de aquel reino á Francia, dejó en la fortaleza de Izcla á doña Constanza de Avalos, tía hermana de su padre, del Marqués de Pescara, don Hernando de Avalos, y de don Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, hijos de don Alonso de Avalos y don Hernando de Avalos, nietos del Condestable de Castilla don Ruy López de Avalos, muy gran señor de los reinos de España. Y quedando estos dos señores huérfanos de sus padres, encomendados á su tía la dicha doña Constanza de Avalos, que sin duda puede igualarse con todos los capitanes antiguos en valor y esfuerzo de su persona, y con todas aquellas matronas romanas, como Cornelia, Sulpicia y todas las otras notables mujeres. La cual crió á estos dos fortísimos capitanes, al Marqués, como dijimos, de Pescara, y al Marqués del Vasto, que después conocimos en Italia sobrepujar á los demás capitanes de su tiempo en el esfuerzo y valor de sus personas. Esta doña Constanza los crió desde su pequeña niñez, que no les hicieron falta sus hermanos, padres de los dichos Marqueses, con inmortal gloria y tan próspera fortuna, habiéndolos ella criado así en la virtud y cristiandad y ejercicio de las armas, que fué tenida por la más valerosa mujer de su tiempo.

Pues como doña Constanza vió las galeras de Francia querer embestir con las galeras de España, acordándose de la fe y lealtad que á la casa de Aragón tenía y debía, mandó desde el castillo disparar la artillería de los reparos de la fortaleza y pelear con la armada francesa, y los alejó de la fortaleza, de manera que ningún daño hicieron con las galeras ni en la isla, defendiendo muy valerosamente á los españoles, alzando en el castillo las banderas de España, dando á entender cómo ella y los que con ella estaban y castillo y toda la isla, adonde hay siete pueblos, estaban en la fidelidad de los Reyes de España, de donde ella era natural, de la noble sangre de los Avalos, naturales de la cibdad de Toledo.

CAPÍTULO XV

De lo que el Gran Capitán hizo yendo á cercar á Gaeta.

Llegó el Gran Capitán á Sant Germán, junto al cual está en una ladera de una sierra un monesterio de monjes de San Benito, adonde está su mesmo cuerpo y de otros muchos santos, adonde se había acogido Pedro de Médicis, hijo mayor del magno Lorenzo de Médicis, principales hombres en la cibdad de Florencia. Era este Pedro de Médicis hermano del Papa León décimo, que después fué. Era capitán del Rey de Francia y habíase metido en aquella abadía, que era del Cardenal

su hermano, que fué después, como dijimos, León décimo. Llámase aquella abadía Montecasino.

El Gran Capitán no quiso combatir aquella abadía por reverencia del cuerpo de Sant Benito y de los otros santos que allí están. El Gran Capitán le invió un trompeta al dicho Pedro de Médicis que se rindiese él y hasta ducientos soldados que consigo tenía, si no que combatiría la abadía y la entraría por fuerza de armas. El Pedro de Médicis prometió y dió su fe que la entregaría dentro de doce días, y se daría así él como los que con él estaban. Y con esto los dejó el Gran Capitán y no les hizo daño alguno. Cumplido el término de los doce días, visto por el Pedro de Médicis el grueso ejército que de Francia venía con el capitán Ludovico, marqués de Saluces, quebrantó la palabra y se pasó á los franceses. Cuando el Gran Capitán lo supo, dijo: «No es de maravillar que Pedro de Médicis quebrantase la palabra como capitán, pues nunca la quebrantó como mercader. Yo soy fiador que nunca la quebrantara el magnífico Lorenzo, su padre».

El Gran Capitán de allí de Sant Germán partió con su ejército á los veinte y seis días de Junio del dicho año, junto á Pontecorvo, ribera del río del Garellano; este río se llamó antiguamente Lires, víspera de Sant Pedro y Sant Pablo; y este mismo día pasó el río del Garellano, y fué sobre un lugar que se llamaba Roca Guillermo, que estaba por los franceses y está puesto en un alto, y es muy fuerte, así por su natural sitio como por los muros y fuertes torres que tiene, y por muchos franceses que estaban dentro, y todos muy aficionados á la casa de Francia. El Gran Capitán les invió á requerir que se diesen, porque le pesaría de les hacer mal. Ellos respondieron que hiciese todo su poder y que no habría hecho nada; que no eran ellos como los otros cobardes y de poco ánimo que se les habían rendido. El Gran Capitán mandó que se combatiese la villa y que ninguno volviese al real ni habían de comer bocado hasta que se tomase. Y porque viesen que quería guardar la condición, él iba de los primeros en calzas y jubón, con una espada y una rodela, llamándolos á todos por sus nombres y animándolos. Los soldados, viendo tan adelante la persona del Gran Capitán, pasaban unos por los otros teniéndose por apocado el postrero, y comenzando á combatir la villa y subir todo fué uno. Los franceses en viéndoles subir el muro desampararon la villa, y por una cuchilla de una sierra, que se confina con la villa, se acogeron sin quedar uno solo y desampararon también la fortaleza.

Como los de la villa se vieron desamparados de los franceses y á los españoles subir al muro con tanta presteza, salieron al Gran Capitán á le suplicar les tomase en su defensa y le darían cinco mil ducados para ayuda de pagar los soldados; y le darían todos los bastimentos que fuesen menester y serían muy fieles á la casa de Aragón, porque ya vían la mucha justicia que aquel reino tenía y la poca parte que eran los franceses para la conservar, y cómo Dios les ayudaba á vencer, y que le suplicaban no permitiese fuesen saqueados. Lo cual el Gran Capitán les otorgó, y quedó allí por capitán, alcaide y gobernador Tristán de Acuña, y el ejército pasó adelante.

CAPÍTULO XVI

De cómo se asentó el cerco sobre Gaeta, y de cómo llegó allí Pedro Navarro, que venia de conquistar á Castil del Ovo.

El Gran Capitán con su ejército llegó á Gaeta y asentó sobre ella el cerco, en la cual, como dijimos, estaban las reliquías de Sant Benito. Pues llegado el Gran Capitán, asentó el sitio sobre la cibdad, que fué primero día de Julio de dicho año de quinientos tres años. Había en el campo del Gran Capitán tres mil y quinientos soldados, mil y quinientos hombres de armas, algunos caballos ligeros. En el campo de los franceses había, como dijimos, dentro de la cibdad cuatrocientos hombres de armas, mil caballos ligeros, cinco mil infantes y más de cinco mil otros soldados que les habían venido de socorro; y más les habían venido mil y quinientos hombres de armas; porque en esta sazón los franceses eran señores de la mar y traían en el agua muy gruesa armada, en que había las dos carracas que dijimos, la Charanta y la Negrona, y cuatro galeones muy buenos, y más cinco carracas sin las dos ya dichas, y más veinte galeras y otros muchos cascos, con que siempre eran socorridos así de gente como de todas las cosas necesarias á la guerra.

En esta sazón llegó allí Pedro Navarro, á

quien el Gran Capitán, como arriba dijimos, dejó sobre Castil del Ovo; y llegado al Gran Capitán le contó cómo había tomado á Castil del Ovo, que fué de esta manera. Quedaron para aquella empresa Pedro Navarro, micer Antonelo y Riarán con su compañía. Una noche Pedro Navarro y micer Antonelo se metieron en una solapa de aquella peña sobre que estaba la fortaleza y hicieron una mina; y con el embate de las olas, que allí á la contina herían, no oían los de arriba los golpes que con los picos daban. Pues hecha la mina y todo concertado, dejó Pedro Navarro puesta la mecha que había de ir á encender la pólvora; y salieron de debajo de la solapa, y comenzáronse á aparejar en barcos, para en cayendo el muro que estaba minado subiesen los españoles á escala vista al castillo. Los franceses que dentro estaban, visto que los españoles se aparejaban para los combatir y entralles, no sabiendo el ardid, acudieron todos allí á defenderles el combate que pensaron que les querían dar, y todos estaban encima de donde estaba minado. Estando en esto cebó la mecha de la pólvora y todo lo alzó por alto y fueron volando los franceses por alto y por el aire; porque á la sazón el alcaide había allí llamado á todos los principales que allí había, que ellos y los santos de la iglesia fueron volando y muertos casi todos y sepultados en el agua; que como iban armados, luego fueron ahogados. Los que quedaron vivos, espantados de aquella súbita mina, sin más consultar se rindieron luego. Caído este muro, quedó el castillo tan fuerte, que si dentro hobiera quien lo defendiera, aunque livianamente, no se pudiera tomar sino con gran dificultad. Luego subió Pedro Navarro y se apoderó del castillo y dejó en él á Riarán por alcaide con el recaudo que era menester, y fuese para el Gran Capitán al cerco de Gaeta. Y cuando el Gran Capitán supo que venía, salióle á recebir, y túvolo abrazado con mucha alegría y díjole: «Señor Pedro Navarro, no será menester alabar vuestro esfuerzo; mas v. m. es desde hoy más Conde y yo sé de dónde». Y dende adelante así le trató como á Conde, y mandó que todos así lo tratasen, hasta que vino la confirmación de los Reyes Católicos del condado de Oliveto, el cual poseyó diez años, hasta que se declaró por capitán y servidor del rey de Francia.

CAPÍTULO XVII

De cómo el Gran Capitán envió á don Diego de Mendoza con gente de armas á Roma á traer á la Princesa de Squilache, nieta del Papa Alexandre.

Los franceses habían desposeído de su principado á esta señora, y el Gran Capitán siempre deseó tener contento al Papa Alexandre; porque desde que le cobró la fortaleza de Ostia de poder del tirano Menaldo Guerra, le tenía el Papa por muy gran servidor. Pues estando el Gran Capitán sobre esta cibdad de Gaeta, supo cómo un capitán francés venía con gente de armas á Roma á tomar por fuerza á la Princesa de Squilache, nieta del Papa Alexandre. Envió luego á don Diego de Mendoza con cierta gente de armas y caballos ligeros á Roma, y que trujese con mucha guarda y muy servida á la Princesa de Squilache para le entregar su principado; y partiéndose don Diego, le dijo el Gran Capitán: «Señor don Diego, si los franceses os quisieren tomar á la Princesa, y fuere Dios servido que la tomen, mirad, señor, no quede vivo quien me lo haga saber, y que sola ella y las mujeres queden vivas». Don Diego le respondió: «Yo, señor, espero en Dios y en vuestros méritos y ventura que la traíremos á pesar de todos los franceses». Pues don Diego por sus jornadas llegó á Roma y tomó á la Princesa, y saliendo por la puerta de Roma que llaman de Sant Pablo, los franceses que habían entrado por otra puerta y sabido que don Diego la llevaba, sin se detener más, lo alcanzaron, que no les llevaban de ventaja una hora. Luego don Diego proveyó que la Princesa fuese siempre media legua adelante con cierta gente de guarda, y á las veces iba una legua; y él con la gente quedó en la retaguarda.

Los franceses alcanzaron á don Diego saliendo por la puerta de la cibdad. Don Diego volvió á ellos y pelearon de ambas partes, adonde hubo algunos muertos de ambas partes, y comenzaron á andar, y los franceses á seguirlos. Volvían á ellos y peleaban, y otras veces se apartaban á caminar. Pocos días había que los franceses no los acometían, y los españoles volvían á ellos y los acometían y peleaban con ellos y les ofrecían la batalla, y jamás los franceses la quisieron aceptar, sal-

vo ir tras ellos dándoles en la retaguarda al tiempo que les parecía poderse aprovechar de ellos. Los unos y los otros dormían siempre en el campo y con mucho recaudo. Mas el mayor trabajo que llevaban era la falta de mantenimientos, porque no se los querían dar, y no iban en tiempo de los tomar por fuerza. De esta manera, pasando mucho trabajo y sufriendo mucha necesidad, llegaron á tierras del señor Próspero Colona, donde les dieron todos los mantenimientos que hobieron menester.

Los franceses, visto el poco fruto que sacaban y la gente que perdían, se volvieron, y don Diego llegó con la Princesa á Castellón, adonde halló al Gran Capitán que salió á recebir á la Princesa con todo su campo, y le hizo muy buen recibimiento. De allí se fué la Princesa á la cibdad de Nápoles, y luego el Gran Capitán le invió á entregar su principado.

CAPÍTULO XVIII

De cómo á esta sazón murió el Papa Alexandre y por qué ocasión.

En esta sazón supo el Gran Capitán por cartas del embajador Francisco de Rojas cómo á los trece días de Agosto del dicho año de quinientos y tres años murió el Papa Alejandro, que, como hemos dicho, era de nación español, natural de Játiva, en Aragón, llamado antes don Rodrigo de Borja. Y la ocasión que hubo de que se causó su muerte fué que Césaro Borja, su hijo, hizo un banquete á ciertos Cardenales en casa del Cardenal Adriano de Corneto, en cuyo jardín cenaban; y avisando el Césaro al botyller del frasco que había de dar de beber á los Cardenales, adonde estaba el tósigo, erró el frasco y dió al Papa y á Césaro del frasco toxicado y al Cardenal de Corneto, y á los otros á quien el Césaro quería toxicar dió del que no tenía ponzoña. Luego sintieron el daño, y los médicos hicieron todos los remedios que humanamente pudieron hacer; mas como el Papa era viejo, no pudo naturaleza ayudarle, como lo hizo al Césaro, que era mozo, y aunque con todos los remedios que le hicieron, quedó muy malo y pensaron que no viviera. A toda Italia fué muy aplacible el mal del Césaro por quitar de aquella provincia un tan perjudicial hombre, que ninguna cuenta tenía con la religión, ni con amigos ni enemigos. Y aun sus amigos del bando ursino se holgaban, y todos decían ser aquel justo juicio de Dios, por ser aquel tirano tan inhumano y cruel que á ningún género de hombres perdonaba. Porque con veneno había muerto algunos Cardenales, porque eran poderosos y ricos. Y no bastaron las muchas plegarias y oraciones de todo el pueblo y de toda Italia para que Dios lo llevase y les quitase una persona tan perjudicial á toda aquella nación. Con todos los remedios que le hicieron quedó tan malo que estuvo muy al cabo de tanta flaqueza y tan hedionda, que no había quien entrase á do él estaba. Y el mesmo Cardenal de Corneto, aunque le fueron hechos muchos remedios, quedando vivo, fué tan abrasado de aquel maldito veneno que mudó todos los cueros y pellejo del cuerpo, y nunca fué bien sano mientras vivió. El Papa quedó tal que se puso tan negro y tan hediondo que aun para lo enterrar con gran dificultad podían.

CAPÍTULO XIX

De las cosas que después de la muerte del Papa Alexandre acontecieron en Roma.

Oída la muerte del Papa Alexandre, los coluneses el Próspero, Fabricio Colona con Antonio Colona y sus parientes, tomando licencia y favor del Gran Capitán, se partieron á gran priesa para Roma para cobrar con las armas las tierras que el Papa y su hijo Césaro Borja les habían quitado contra toda razón y justicia. Llegados con grande presteza á Roma, el Césaro, no pudiendo hacer otra cosa, se las entregó, así por su grave enfermedad como por no se enemistar con los coloneses, porque tenía por enemigos á los ursinos, á quien tenía enojados por les haber muerto muchos de casa ursina.

Los coloneses recibieron esta liberalidad, aunque hecha por fuerza y contra su voluntad; con que recobraron á Chinarano y á Neptuno y á Herculano y á Roca de Papa, fortalecidas y proveídas por el Papa y su hijo de torres, muros y grandes edificios.

Como el Borja César se vió tan enfermo y tan sin amigos, se recogió al Palacio sacro con buen ejército de españoles, de quien él siempre se había fiado; en tanta manera que los Cardenales queriendo criar nuevo Pontí-

fice no tuvieron por lugar seguro el Palacio sacro, antes se recogieron en la Minerva, que es un monasterio de dominicos muy insigne y fuerte. Fué cosa muy nueva y no vista que los Cardenales con tan grande infamia no osasen elegir Pontífice en su ayuntamiento del Sacro Palacio y que se perdía toda la reputación de los magistrados romanos si aquéllo no remediasen. Por lo cual todos los mismos magistrados ayuntados en Campodolio consultaron y se resolvieron y determinaron que tocaba á su oficio y reputación dar lugar seguro y libre al Sacro Colegio de los Cardenales para que libremente según Dios ordena criasen nuevo Pontífice; y que primero lo tentasen pacíficamente, y cuando no, con las armas en las manos; porque á ellos tocaba tener segura á Roma, así para los extranjeros como para los naturales ciudadanos. Trataron este negocio de manera que acabaron con el Borja que él se fuese á Nepi, una villa y castillo suyo muy fuerte fuera de Roma; lo cual él hizo y sacó su gente y la llevó consigo, porque no pudo hacer otra cosa.

En este tiempo los Ursinos, seyendo su cabeza y capitán Bartolomé de Albino, entró en Roma con muchos de Casa Ursina y mató algunos españoles y quemó la puerta del Belveder, ó del Turión que llaman, y quiso entrar en Sant Pedro, de donde se siguió un gran ruido y alboroto.

CAPÍTULO XX

De lo que en este tiempo hizo el Gran Capitán.

Estando Roma pacificada, los Cardenales en su cónclave, según lo han de costumbre, fué criado Pío tercio, llamado antes Picolomeneo, Cardenal de Sena, sobrino del Papa Pío segundo, hijo de su hermana, á los treinta días después de la muerte del Papa Alexandre. Queriendo los Ursinos hacer guerra y vengar las injurias pasadas que la Casa Ursina del César había recebido, el Pío tercio nuevamente criado lo trajo y lo aposentó en Santángelo. El Gran Capitán, hallando bastante ocasión, tentó á los capitanes españoles, los cuales estaban á sueldo por el César Borja, que le pidiesen licencia y se viniesen para él, porque él les daría muy buenas pagas así á ellos como la infantería y soldados que tenían, y sirviesen á los Reyes de España, de donde eran hijos naturales; porque tenía nueva que el Rey Luis de Francia inviaba á cobrar el reino de Nápoles con un muy grueso ejército, y por capitán á Francisco de Gonzaga, Marqués de Mantua, para que se juntase con el de Saluces que acá estaba, y venía con él mos de Tramolla, un capitán de mucha autoridad y muy diestro en las cosas de la guerra.

Pues requeridos estos capitanes y la infantería que en su milicia estaban con el César Borja, tuvieron por más principal cosa la honra de la nación y patria que los intereses particulares que del Borja recibían. Estos capitanes fueron don Hugo de Moncada, don Pedro de Castro, don Hierónimo Lloriz, Consiscet, Diego de Quiñones, de ilustré sangre del reino de León y muy diestró en las cosas de la guerra. Estos capitanes con su gente muy diestra y valiente llegaron al campo del Gran Capitán, de quien fueron muy bien recebidos, y dadas sus pagas, de que quedaron muy contentos.

Tras esto tentó el Gran Capitán á los Ursinos, prometiéndoles grandes premios si quisiesen seguir la parte de los Reyes de España. Pareció esta cosa al principio muy dificultosa, porque no cabía en entendimiento humano que los Ursinos y Coluneses, discordes entre sí con tan antiguas enemistades de contrario bando, se ayuntasen en una milicia y en una voluntad y en un mismo campo. Los Ursinos tuvieron ocasión de buscar nueva manera de remedio para sus estados y deseaban tomar venganza de aquél en el tirano, porque había muerto muchos caballeros y muy principales de los Ursinos, con no creída crueldad por les tomar sus tierras, y también porque Trancio, embajador del Rey de Francia, hacía poca estima dellos, porque sabía que, quisiesen ó no, airados y pagados, aunque fuese contra su voluntad habían de seguir la Casa de Francia, y más veniendo un tan grueso ejército como venía de Francia, que pasaba de treinta mil hombres con Francisco de Gonzaga, como dijimos; y el mos de Trancio los desdeñaba teniéndolos en poco, porque juntos un día, ofreciendo al dicho Trancio sus estados y servicio con todo lo que más podían, les respondió muy tibiamente y no como merecían los peligros y trabajos que de la guerra suelen recrecerse, y teniendo en casa la guerra que se esperaba. Porque el Trancio tenía por muy cierto que los Ursinos sin premio alguno

habían de servir al Rey de Francia, no pensando que bastase ningún agravio, por mayor que fuese, que les hiciese apartar de aquella antigua opinión y enemistad que con los contrarios tenían.

Bartolomé de Alviano, que, como dijimos, era el principal de la Casa Ursina, y los otros de su bando, no pudiendo sufrir la soberbia é insolencia del Trancio, que les daba á entender que el Rey de Francia tenía la victoria en la mano y que no estaba en más de llegar el grueso ejército que esperaban, y que á esta causa ninguna necesidad tenía de los Ursinos. Pues juntos todos los Ursinos en una conformidad, salvo Jordán Ursino, hijo de Virginio Ursino, que no se quiso juntar con ellos, siendo todos conformes, trataron con el Gran Capitán que, dándoles muy gruesas pagas, viniesen á él á le servir con dos mil hombres entre caballos ligeros y hombres de armas, y más cuatro banderas de infantería. Pues determinados de seguir la Casa de España, el Próspero y Fabricio Colona, con los otros señores coloneses, con grandes persuasiones y muy amicísimas palabras los trujeron á que se hallasen en la guerra que se esperaba y en la victoria presente, ofreciéndoles tuviesen cierta confianza de recebir de los Reyes de España aquellos premios que de un capitán tan excelente, como era el Gran Capitán y de tanta fe y palabra. Los Coloneses quedaron por fiadores de que todo se cumpliría al pie de la letra como les era ofrecido; y lo mismo ofreció don Diego de Mendoza, que presente estaba, de quien los Ursinos tenían mucho crédito.

Los caballeros Ursinos que fueron á esta jornada eran: Bartolomé de Alviano, Ludovico, hijo del Conde de Petillán; Rienzo de Cheri, Julio Vitelio, Fabio, hijo de Paulo Ursino, aquel que fué muerto por mandado del César Borja; Francisco Ursino, que después le vimos Cardenal. En este tiempo, visto que se le acababa la vida al Papa Pío tercio de su grave enfermedad, trataba César de Borja de favorecer al Cardenal de Rohan para que fuese Papa.

CAPÍTULO XXI

De lo que aconteció al Gran Capitán estando sobre Gaeta.

Estando un día el Gran Capitán sobre Gaeta, comiendo en su tienda, vino un tiro de culebrina y llevó la cabeza á un paje que tenía un plato de manjar junto á la mesa. Este paje era hijo de Luis de Pernia, y estaba comiendo á la mesma mesa del Gran Capitán su padre, y como algunos se alterasen, dijo el Gran Capitán: «Sosegaos y haced enterrar ese paje muy honradamente», y á su padre le dijo: «Luis de Pernia, Dios Nuestro Señor lleva al cielo á los buenos de muerte arrebatada, como ésta de vuestro hijo, para les dar descanso, y á los de la edad de vuestro hijo, cuando son tales como él era, porque la malicia no les mudase con la edad sus buenas costumbres y corazón». Luis de Pernia le respondió sin ninguna alteración: «Yo, señor, cuando á mi hijo engendré, bien sabía que era mortal y que lo tenía emprestado hasta que fuese la voluntad de Dios de me lo pedir. Agora que fué su voluntad de me lo llevar, bendito sea su santísimo nombre, y más llevándolo en vuestro servicio». El Gran Capitán acabó de comer, y todos en el lugar que antes estaban, sin que hobiese mudanza ninguna.

COMIENZA EL OCTAVO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN DE ESPAÑA, HIZO Á LOS REYES DE FRANCIA EN EL REINO DE NÁPOLES.

CAPÍTULO I

De las cosas que pasaron estando en el cerco de Gaeta.

Estando en aquel cerco de Gaeta hablando el Gran Capitán con don Antonio de Cardona, capitán de infantería muy valiente, mirando unos reparos que se hacían, vino del monte de Gaeta una pelota de culebrina, y dió en un mármol, del cual saltó una brizna tamaña como medio dedo, y clavósele á don Antonio por el muslo, de que murió dentro de dos horas; y dió tan gran golpe en el mármol, al cual estaba arrimado el Gran Capitán, que le hizo dar muy gran caída en el suelo, de la cual se levantó sin lesión alguna ni turbación.

CAPÍTULO II

De un milagro que Dios hizo por el Gran Capitán en aquel mesmo cerco.

Estando una noche el Gran Capitán echado de bruces sobre una cama, rezando sus devociones, vino de Gaeta un tiro de culebrina y pasó la pared y dió en la cama adonde el Gran Capitán estaba, y llevó á ella y á él un trecho sin le hacer mal alguno; de donde se levantó el Gran Capitán sin lesión ni alteración, como si ninguna cosa le hobiera acontecido. Este tiro que mató al Cardona y había hecho los daños pasados estaba asestado entre dos peñas en el monte de Gaeta, y hacía mucho daño, porque alzaban una gran compuerta que cubría la concavidad de aquellas dos grandes peñas mientras lo quitaban para lo cebar, y después que lo traían cebado alzaban aquellas compuertas. Esto se vía muy claro del campo de los españoles.

El Gran Capitán llamó á los artilleros y les dijo que al que aquel tiro desbaratase le haría mucha merced. Todos los artilleros asestaron el tiro, y el primero que tiró, al tercer tiro, fué á tiempo que los franceses, teniéndolo ya cebado, acabábanlo de asentar. A esta hora llegó la pelota y entró por la boca del tiro y reventó el tiro y mató á todos los que allí estaban. El Gran Capitán hizo gran merced á este artillero.

CAPÍTULO III

De un milagro que Dios Nuestro Señor hizo por el Gran Capitán en este cerco de Gaeta.

Todo el tiempo que el Gran Capitán estuvo sobre Gaeta, siempre su artillería jugaba contra Gaeta y teníale ya derribado un lienzo del muro, aunque de dentro estaba muy reparado, y dende acá fuera parecía haber alguna disposición para les poder entrar. Y un día determinó el Gran Capitán que otro día en amaneciendo se combatiese la cibdad y les entrasen por allí. Luego el día siguiente por la mañana comenzó el ejército de ir derecho á aquella parte por do dijimos que estaba derribado el muro, llevando la avanguardia el Próspero Colona y Duque de Termoli y Pedro de Paz, y no estaban de aquel muro derribado más de cincuenta pasos. Queriendo ya la avanguardia arremeter, se echó del muro abajo un artillero y abajó sin lesión alguna, y se fué derecho al Próspero y á los otros caballeros, y les dijo: «Por amor de Dios, señores, no trabajéis de entrar por aquella parte; que sed ciertos que ninguno de vosotros escapará; porque tienen los franceses tan reparada aquella entrada, así de pólvora como de abrojos de herro y todo el suelo sembrado, que ninguno de los que entraren quedará vivo.

Entretanto que esto pasaba en la avanguardia, en la retaguardia á do iba el Gran Capitán se oyó sobre la gente de guerra una voz muy clara en el aire, enfrente del Gran Capitán que dijo: «Gonzalo Hernández, no combatas á Gaeta por aquella parte que lo quieres hacer, que te vendrá muy gran daño y muerte de muchos». Todos los que allí iban oyeron la voz muy clara, y no parecía de persona mortal. El Gran Capitán estuvo espantado y preguntó quién había dicho aquella voz. Todos respondieron que no sabían. Un soldado dijo á voces: «Quién ha de ser sino Dios, que os avisa dello, y yo lo creo así; todos lo crean así». El Gran Capitán se apeó y se hincó de rodillas, y alzadas las manos al cielo dijo: «Tú, Señor, eres justo juez y siempre usas de justicia y de misericordia. Tú nos muestras el camino con que tu Divina Majestad sea servida».

A esta hora llegó un jinete del Próspero avisándole de lo que aquel artillero había dicho: cómo él era navarro y muy aficionado á la casa de Francia y enemigo de la de Aragón, y teniendo en la mano la mecha para cebar los tiros y la pólvora con que fuesen los españoles quemados, si por allí combatiesen, fué tomado en el aire y bajado del muro abajo y que avisase dello á los de la avanguardia. El Gran Capitán invió á decir al Próspero y á los otros caballeros que venían en la avanguardia que no combatiesen por allí, sino que guiasen el campo hacia el burgo.

Visto por los franceses que los españoles habían sido avisados del engaño que les tenían aparejado, pusieron fuego á la pólvora y ardió por grande espacio y con grande furia y alzó mucha llama.

CAPÍTULO IV

De una embajada que Juliano de Saona, Cardenal de Sant Pedro ad Víncula, invió al Gran Capitán en este tiempo.

Estando aquí el Gran Capitán, le vino un criado de Juliano de Saona, Cardenal de Sant

Pedro ad Víncula, con letras de creencia y instrucción del mismo Cardenal, avisándole cómo el Papa Pío tercero, que había sido criado por Vicario' de Dios en Roma, estaba ya desahuciado de los médicos, que no podía vivir dos días; en que suplicaba al Gran Capitán que, porque él sabía la mucha parte que en Roma tenía en el Collegio de los Cardenales, así españoles como italianos, le suplicaba les escribiese lo criasen por Pontífice, que todo sería para servicio de los Reyes de España y suyo, con quien él siempre había sido aficionado, y que él vería cuán grato le sería si de su mano recibiese aquel beneficio.

Este Cardenal era ginovés, natural de Saona, sobrino que fué del Papa Sixto, hijo de su hermana, flaire que fué el Sixto de la Orden de San Francisco. El Gran Capitán luego á la hora invió á Roma á su secretario Hernando de Baeza á los Cardenales españoles y á Francisco de Rojas, embajador. También invió en compañía de su secretario á un caballero neapolitano, persona principal de la casa de Sant Severino, con quien escribió á los Cardenales italianos. Llegados estos dos embajadores en Roma, se dieron tan buena maña y pusieron tan buena diligencia que fueron parte que el Sacro Collegio criase por Pontífice al dicho Juliano, y fué llamado Julio segundo. El cual dió al caballero italiano el arzobispado de Melfa, y al Hernando de Baeza le invió por su hijo, el chantre de Sevilla ([1]), y lo hizo su camarero y le dió los beneficios y dignidades que sus hijos hoy tienen.

Fué este Julio muy buen Pontífice, muy celoso de conservar el patrimonio de la Iglesia y sobre ello pasó muchos trabajos. Tomó por fuerza de armas á Bolonia, que la tenía ocupada y tiranizada un tirano llamado micer Juan de Bentivolla con favor del Rey de Francia, de quien los Pontífices pasados no habían podido restituirla á la Sede Apostólica. Verdad sea que como hombre tuvo algunos afectos.

CAPÍTULO V

De cómo los de Roca Guillermo se alzaron por Francia y prendieron á don Tristán de Acuña.

A los catorce días de Agosto de este mesmo año los de Roca Guillermo, de quien dijimos en uno de los capítulos precedentes que se habían entregado al Gran Capitán con la villa y fortaleza y le habían dado cinco mil ducados porque no les saqueasen el pueblo, y cómo el Gran Capitán aceptó el partido y dejó allí por alcaide y gobernador á don Tristán de Acuña. Estos de Roca Guillermo eran aficionados á la Casa de Francia y enemigos de la Casa de Aragón. Víspera de Nuestra Señora de Agosto, que fué á los catorce días del dicho mes, bajando don Tristán á oir misa á la villa, inviaron á decir á mos de Alegre, que estaba, como d jimos, en Gaeta, que tenían sabido quel alcaide había de bajar á la villa víspera de Nuestra Señora, que si les inviase algún capitán con gente, que ellos se alzarían con la villa y prenderían al dicho alcaide en la iglesia, y que preso el alcaide, sería muy fácil cosa tomar la fortaleza, que no es fuerte, que no podía quedar dentro sino poca gente. Mos de Alegre no quiso encomendar aquella jornada á persona alguna, sino fué él mismo. Vino con ochocientos hombres de armas á la hora que tenía concertado, y bajado el alcaide don Tristán de Acuña, le prendieron y tomaron luego los franceses y los de la villa al alcaide con muy mal tratamiento, y lo llevaron á la vista de la fortaleza, y dijeron á los que en ella habían quedado que rindiesen luego la fortaleza, si no que allí le degollarían su alcaide, y atados pies y manos lo tendieron en aquel suelo, haciéndole allí muchos vituperios, y un francés sacó su espada y se la puso á la garganta.

En la fortaleza habían quedado solos tres hombres, porque todos los otros habían bajado con el alcaide y eran alabarderos del Gran Capitán, y porque allí hicieron tan bien su deber y con tanto esfuerzo, diremos sus nombres, porque sus hijos gocen de la gloria de sus padres. Al uno llamaban Pero Mellado, vecino de Loja; al otro Francisco Bravo, vecino de Illora, y al otro llamaban Francisco Monge, natural de Jaén. Estos tres solos quedaron en la fortaleza. Visto por ellos el requerimiento y cómo tenían puesto el cuchillo á la garganta al alcaide, el uno de los tres arrojó desde el muro una espada muy buena y dijo: «Mirad, si esa espada que tenéis puesta á la garganta á nuestro alcaide no es buena, veis ahí una que os doy mi fe que tiene mejores filos que otra, y cortalde la cabeza, que por cien mil vidas de otros tantos alcaides no os

([1]) Al margen: «Llamóse este chantre don Juan Rodríguez de Baeza».

rendiremos la fortaleza»; y más les dijeron: «y porque sepáis en qué os tenemos y que tenemos bastimento para muchos días», arrojáronles un gran costal de pan y les dijeron: «Mirad, borrachos, sabed que solos tres quedamos aquí y que somos alabarderos del Gran Capitán, y porque veáis que tenemos vituallas, tomad ese pan que ahí va, y sabed que diez años os defenderemos esta plaza, y antes de muchos días os hemos de cortar las cabezas á cuantos ahí estáis».

Los franceses y aun los de la villa tomaron desto tanto enojo, que les dieron un asalto muy recio con muchos ingenios; mas los tres la defendieron de arte que los franceses estaban espantados del ánimo de aquellos y del trabajo que sufrían, y tuvieron por cierto que les había venido socorro.

CAPÍTULO VI

De lo que el Gran Capitán proveyó, sabida la rebelión de los de Roca Guillermo y la prisión del alcaide.

Luego otro día, que fué día de Nuestra Señora, supo el Gran Capitán esta nueva, aunque no supo si habían tomado los franceses la fortaleza. Llamó á Pedro Navarro y díjole: «Tomad mil soldados y id á Roca Guillermo y Dios vaya con vos y su bendita Madre». Pedro Navarro tomó su camino y llegó cerca de la villa de noche; iban hablando francés, por las centinelas. Oído por una dellas, salió al camino á los españoles; dijeron á la espía que iban á se meter dentro, inviados desde Gaeta, que les contase cómo habían tomado la villa. Aquel francés lo contó todo y cómo en la fortaleza habían quedado solos tres españoles como tres diablos, y cómo habían sido combatidos y no les habían podido entrar. Asimismo les comenzó á contar lo del alcaide, y cuando esto decía estaba saltando de placer, de que un alabardero español se enojó, alzó la alabarda y le hizo la cabeza dos partes; de que Pedro Navarro se enojó mucho de él por lo que había hecho, que ya que aquello quería hacer fuera [mejor] cuando les hobiera contado todo lo que pasaba. El soldado le replicó: «Pesar de tal, que mientras os estáis informando de aquel borracho, les hobiéramos tomado la villa».

Pues sabido por Pedro Navarro, acercóse con la gente que llevaba hacia la fortaleza, y él muy secreto se fué al rebellín, que está fuera de la villa hacia la parte que vió velar uno de aquellos alabarderos, y díjole: «¿Quién vive?» El alabardero respondió: «¿Quién ha de vivir sino España y el Gran Capitán?» Pedro Navarro le dijo: «¿Conoceisme?» El alabardero replicó: «Si la voz no me engaña, vos sois el Conde Pedro Navarro. ¿Qué mandáis que se haga?» «¿Hay, dijo Pedro Navarro, algún postigo por donde podamos entrar secretamente?» «Sí» dijo aquel alabardero. Y entraron por allí todos los quinientos soldados que allí iban, «y los otros se vayan á la puerta de la villa, y los primeros que entraren acudan á matar las guardas que están á las puertas y abrirlas para que todos entren». A Pedro Navarro le pareció aquel consejo muy bueno y túvolo por hombre de buen juicio.

Pues vuelto Pedro Navarro, los medios entraron por aquel postigo y los otros se fueron á la puerta de la villa, y muertas las guardas, abrieron las puertas y entraron todos, y los unos y los otros comenzaron á decir «¡España, España!» Los franceses estaban muy reposados y muy seguros de lo que les avino, y fueron tan turbados que no se pusieron en defensa. Fueron todos presos y mos de Alegre con ellos. Fué saqueado el lugar por los soldados. Húbose de allí mucho despojo, y entre otras cosas se hubieron ochocientos caballos y otros tantos arneses, que fueron muy necesarios para la guerra que se esperaba, y muchos cativos. Fué la fortaleza muy bastecida y rescatado don Tristán por mos de Alegre, el cual la defendió y sostuvo como muy buen capitán.

CAPÍTULO VII

De lo que aconteció á seiscientos soldados franceses que venían en socorro de los de Roca Guillermo, pasando por un lugar que se llama Atre.

A la sazón que mos de Alegre entró en Roca Guillermo, invió luego á Gaeta por seiscientos soldados para que viniesen luego á Roca Guillermo, y pasando por un lugar que se llama Atre, que está en un paso por donde los franceses habían de pasar, sabiendo ya los de Atre cómo Roca Guillermo estaba por los españoles y todos los franceses presos con su

capitán mos de Alegre, y este lugar era muy aficionado á la Casa de Aragón, pusiéronse los villanos en aquel lugar y mataron muy gran parte de los franceses, y á los que vivos quedaron les prendieron y ataron con sogas, cordeles y coyundas; y ellos y sus mujeres, hijos y hijas los llevaban atados como á bestias, dándoles de palos, hasta que los presentaron al Gran Capitán en Castellón. Porque no había tantos hombres en el lugar los llevaban las mujeres, y ellos iban con harta paciencia. Mujer hubo que llevaba cuatro franceses atados con una soga, las manos atrás, que su marido se los había atado.

Cuando el Gran Capitán lo supo, convidó á todos aquellos señores para que viesen el más triste espectáculo del mundo, y les dijo: «Yo os agradezco tan buen presente, mas hágoos saber que ninguna cosa hay de tanto precio como el enemigo muerto, porque el vivo ninguna cosa vale». Luego mandó desatar á los franceses y soltallos. A los de Atre hizo mucha merced y les dió muchas joyas y vituallas y bastimentos de lo que habían saqueado en Roca Guillermo, y á los soldados compró muchas joyas para las mujeres y les mandó dar de vestir y á las mozas; con que se volvieron ricos ellos y ellas, y muy alegres de buena ventura.

CAPÍTULO VIII

De cómo vino aquí á Castellón el ejército que estaba en Calabria.

Estando el Gran Capitán aquí en Castellón, vino allí el ejército que estaba en Calabria con el Andrada y todos los otros capitanes que allá estaban. No venían muchos, porque los más quedaban repartidos en las fortalezas y lugares, porque no hubiese en aquella provincia alguna rebelión. Pues llegados, el Gran Capitán los recibió con muy alegre gesto, y los abrazó y besó en el carrillo al Andrada, al Carvajal, al Benavides, al Leiva, á los dos Alvarados, padre y hijo, al Alarcón y á todos los otros capitanes, ensalzando sus hechos hasta el cielo, diciéndoles que con su venida le habían á él sucedido las cosas tan bien, que acá había sentido el calor de su victoria, con otras muy buenas palabras; porque sin duda fué este claro varón el hombre de todos cuantos hemos visto ni oído que mejores palabras ni obras tuviese cada que erán menester. Fué en quien decir y hacer siempre anduvieron juntos. También les dijo que agora con su venida no tenía en nada á toda Francia que bajase á Italia; y que no le pesaba sino porque los franceses que venían no eran sino treinta mil hombres, y los que acá estaban serían hasta diez mil; así que serían hasta cuarenta mil hombres, y que llegaban cerca de Roma.

Aquellos capitanes se le humillaron y le dieron las gracias por la honra que les daba, diciéndole que creyese su señoría que en todo lo que se habían hallado y les había bien sucedido que había sido porque siempre traían á su señoría delante los ojos, y que en sus méritos y buenaventura les había sucedido también el próspero suceso suyo. Luego les mandó aposentar, y comunicaba con ellos todo lo que se había de hacer, y les hacía el tratamiento que sus personas merecían; de que ellos estaban muy contentos y deseosos de emplearse en su servicio y en las mayores afrentas que se ofreciesen.

CAPÍTULO IX

De una batalla naval de ciertas galeras de España contra la carraca Charenta, de los franceses.

Estando el Gran Capitán y su campo en esta villa de Castellón, venía cada mañana la carraca Charenta, de quien atrás dijimos en los postreros días de Agosto, á visitar el campo de los españoles, y echábales por proa una rociada de pelotas con que mataba muchos dellos; y cuando se volvía por popa hacía otro tanto, y volvíase á su salvo, sin que se lo pudiesen estorbar ni guardarse della.

Había llegado á esta sazón don Remón de Cardona, catalán, que fué despues Virrey de Nápoles, con dos galeras, en que traía muy buena gente; y también vino Villamarin, que era capitán de otras dos galeras. El Gran Capitán encomendó á don Remón que tomase consigo á Villamarin y á Juan de Lezcano y juntase las más galeras que pudiese, y en viniendo la Charanta peleasen con ella. El Remón juntó diez y seis galeras y se puso á punto para acometer á la Charanta cuando viniese, y se pusieron en parte que no pudie-

ron ser vistos. La Charanta vino á sus horas acostumbradas y comenzó á visitar el campo de los españoles, como solía. A esta hora salió don Remón con sus diez y seis galeras y comenzáronla á lombardear por todas partes; mas ella se comenzó á defender de manera que á la que una vez alcanzaba no tenía necesidad de volver más al agua, y así andaba entre ellas como una gran sierpe entre gozques. Don Remón mandó que se pegasen con ella y la entrasen; y él fué el primero que se llegó á ella, y lo mismo hicieron las otras y Juan de Lezcano; y los de sus galeras la apretaban mucho, de manera que ya andaban pegados con ella, de arte que ya le parecía mal la conversación de las galeras, que á doquiera que se meneaba las llevaba colgadas de sí. A esta hora ya Juan de Lezcano y don Remón la entraban peleando con ella y la subían por todas partes. A esta hora le vino un viento de tierra, como ella lo deseaba, y con éste se salió dentre las galeras bien fatigada y muy espantada de la afrenta en que se había visto. Las galeras quedaron muy maltratadas y dellas se perdieron. Fué cosa de ver la gran priesa que las galeras se dieron en aquel poco de tiempo de la carraca, y en lo poco que ella las tuvo al principio y en lo mucho que las estimó al fin; que si un cuarto de hora se tardara el viento, la rindieran. Con todo esto quedó tan lastimada, que en burlas ni en veras volvió á visitar el campo de los españoles.

Las galeras que sanas quedaron para siempre se acordaron de la Charanta. Pelearon allí con mucho ánimo los capitanes, principalmente Juan de Lezcano y don Remón de Cardona, que después le vimos Virrey de Nápoles. Fué este don Remón hombre de mucha industria y de grande esfuerzo. Fué después por sus méritos y valor Virrey de Nápoles, que es la mayor dignidad que los Reyes de España suelen proveer. Después en el año del Señor de mil y quinientos y doce años, que fué á diez y seis días de Abril, día de Pascua florida, fué este Virrey en favor y socorro del Papa Julio contra el ejército del Rey de Francia que tenía cercado á Rávena. Estando la batalla casi vencida por los españoles y la gente del Papa, fué certificado el Virrey por personas á quien se hubo de dar crédito que los españoles eran rotos y desbaratados; y visto que dos caballeros españoles muy principales huyeron de la batalla con trescientos hombres darmas, sin ver por qué, se recogió á Ancona para ir desde allí á poner en cobro el reino de Nápoles. Y después sacó su ejército y vino sobre venecianos con muy justa causa que para ello tuvo y lombardeó á Venecia, y les hizo recoger en sus lagunas, y les holló y destruyó la tierra. Lo cual de inmortal memoria de hombres no había Rey ni Emperador hecho jamás semejante cosa, si no fué Federico segundo Emperador de Alemania; y fué la mayor jornada que de muchas victorias que hubo alcanzó. Este Virrey don Remón venció en la batalla de Vicencia á Bartolomé de Alviano, que era capitán de venecianos, trayendo en su campo cuarenta mil hombres y en el de Remón no llegaban á diez mil; la cual batalla en calidad hace ventaja á todas las batallas que Alejandro y César y Pompeyo vencieron.

CAPÍTULO X

De cómo el Gran Capitán mandó degollar á un soldado pariente del Condestable de Castilla.

Estando el Gran Capitán en esta villa de Castellón, fué avisado que un soldado pariente del Condestable de Castilla, don Bernardino de Velasco, que se llamaba Reinoso, muy hidalgo y muy valiente, andaba en aquel ejército aventurero con veinte compañías, y amotinaba á los soldados que pidiesen paga, si no que se amotinasen, agora quel campo de los franceses venía tan cerca que la buscarían y se la darían; y si no se la diesen, que se amotinasen, que él sería su capitán y andarían á toda ropa.

El Gran Capitán lo llamó y le dijo lo que dél había sabido, y que él le perdonaba aquella vez, así por ser pariente del Condestable, con quien tenía tan estrecha amistad, como porque creía que se enmendaría; y que mirase cuán ajeno era aquel oficio de los hombres de su calidad, con otras muchas buenas palabras. Mas este Reinoso perseveró en su mal propósito, y tuvo muchas maneras para persuadir á los soldados hiciesen aquella rebelión. Sabido por el Gran Capitán su dañada voluntad, y en lo poco que tuvo sus consejos, lo mandó prender; y hecho proceso contra él, lo degollaron en medio de la plaza de aquella villa de Castellón.

CAPÍTULO XI

De lo que el Gran Capitán hizo, sabido el grueso ejército que de Francia venía ya tan cerca.

El Rey de Francia Luis duodécimo, de quien hemos dicho fué avisado de muchos, así de su reino como de señores y potestades de Italia aficionados á la casa de Francia, que lo que S. A. había perdido en Italia no había sido por la gente de guerra suya, así en hombres de armas como ligeros é infantería, sino por falta de capitanes, lo cual el Rey creyó ser así, llamó á Francisco de Gonzaga, Marqués de Mantua, que á la sazón era tenido por el mejor y más animoso y de más industria que se hallaba; aquel que dijimos que desbarató á Charles octavo, su predecesor, junto á Parma, cabe el rio Turo, seyendo capitán de venecianos; y á este Marqués hizo General de su ejército; y asimismo le dió por compañero á Juan, Marqués de Saluces, un muy buen capitán, y muy cuerdo y sabio en las cosas de la guerra. Dióle asimismo á mos de Tramolla, uno de los mejores capitanes que había en Francia, aunque dende á poco adolesció de una grave enfermedad que le duró mucho tiempo.

Este Marqués de Mantua llevaba treinta mil hombres de guerra, diez mil hombres de armas, diez mil caballos ligeros y diez mil infantes suizos, sin borgoñones y gascones, que no eran pocos, y más muchos tudescos. Llevaba más de treinta y seis bocas de artillería gruesa, cañones, culebrinas y grifaltes. Venían con esta gente los que inviaba Mantua, Ferrara, micer Juan de Bentivolla, un tirano de Bolonia que había mucho tiempo que tenía opresa y tiranizada aquella cibdad, que era del patrimonio de la Iglesia; y aunque los Pontífices pasados tentaron muchas veces de la poner en libertad, jamás pudieron, por ser aquel Bentivolla tan poderoso, hasta que el Papa Julio fué con grande ejército sobre él y lo echó de la cibdad, y le derribó unas muy suntuosas cosas que allí había hecho, y redujo aquella cibdad al patrimonio de la Iglesia, cuya hoy es; y otras señorías y potestades de Italia venían con ellos.

El Cardenal Juan Colona, el Cardenal Borja y Francisco de Rojas y las espías que con los franceses venían, todos afirmaban venir más de treinta y seis mil hombres de guerra. Venía ganando sueldo con los franceses el Maestresala del Gran Capitán, Carrillo de Albornoz, de quien atrás dijimos que fué causa de tomar á Rubo de la Marina; y con él venían asimismo doce españoles á sueldo de los franceses, los cuales avisaban cada día, y más que Medina había ido á Roma y los había contado pasando por los puentes; y todos se conformaban que pasaban de treinta y seis mil hombres. Y porque el Rey Luis sentía mucho la pérdida que sus capitanes pasados habían hecho de más de ciento y cincuenta piezas de artillería, la mejor que en Francia ni en Italia se había visto, escogió en todo su reino seiscientos hombres de armas, los trescientos hijos de señores, de muy noble sangre, y los otros trescientos muy expertos en la guerra, á los cuales mandó dar arneses dorados; y que estos seiscientos no tuviesen otro cargo sino de la artillería, la cual les recomendó con muy grandes ruegos que mirasen por ella como por su mesma persona que allí estuviese, lo cual ellos le prometieron ó perder las vidas sobre ello.

El Marqués de Mantua llevaba solos para su persona cincuenta caballos muy escogidos, los mejores que á la sazón había en Italia; otras tantas tiendas y muchos aderezos de su persona, porque tuvo por tan cierta la victoria como si la tuviera en la manga, veyendo que había seis franceses para un español, y los señores y potestades de Italia en su favor, y más seyendo señores de la mar.

Pues el Gran Capitán llamó á consejo á todos aquellos señores y caballeros capitanes y hombres de guerra, á los cuales avisó de cómo ya los franceses venían, y habían ya pasado de Roma y dijesen su parecer. A todos les pareció que se fuese el Gran Capitán con su ejército á Sant Germán, porque está en la raya de aquel reino junto con tierras de la Iglesia. Pues acordado esto, el Gran Capitán con todo su campo se partió para Sant Germán, y dejó allí en Castellón á Luís de Herrera, su primo, de quien dijimos atrás; porque este era un caballero de grande ánimo, que ni la adversidad le ponía punto de alteración ni la victoria le causaba soberbia. Fué uno de los pilares sobre que se rodeó la guerra de aquel reino.

Partió el Gran Capitán de Castellón vier-

nes á seis días de Octubre del mesmo año, y fué á asentar aquella noche su campo junto al río del Garellano; y otro día sábado pasó el mesmo rio y fué á Roca de Vanda, que estaba por los franceses, y dejóla sitiada; y otro día domingo entró en Sant Germán, porque allí estaba en mejor sitio para ofender á los franceses y se defender cuando el tiempo lo requiriese.

CAPÍTULO XII

De cómo el Duque Valentín entregó todo su estado al Gran Capitán, y después se pasó á los franceses.

Pocos días antes desto el Duque Valentín, hijo del Papa Alejandro, muerto su padre, escribió al Gran Capitán ofreciendo su persona y estado al servicio de los Reyes de España, diciendo que le inviase al señor Próspero Colona para que le entregaría su estado, porque estuviese seguro que seguiría á la Casa de Aragón, de donde él era natural. Luego el Gran Capitán invió al Próspero Colona y á don Diego de Mendoza con muy buena gente de guerra y muy escogida, así de caballería como de infantería, á los cuales entregó todo su estado, como lo había prometido por sus cartas; en el cual dejaron alcaides y el recaudo que para ello cumplía.

Luego que el Duque entregó su estado, como lo había prometido por sus cartas, se pasó al campo de los franceses, ora porque los vió venir tan pujantes y tuvo por cierto que señorearían el campo y ganarían el reino, ora que el Rey de Francia le ofreció mayores esperanzas. Mas lo que se creyó fué que, visto el grande ejército que los franceses traían, no pensó que los franceses dejaran de ganar el reino, y que los españoles no fueran parte para les resistir; y los más de Italia se engañaron en ello, porque, como hemos dicho, pasaban los franceses que venían, con los que en Gaeta estaban, de cuarenta y seis mil hombres, y muchos y muy sabios capitanes con ellos. Todos, como digo, se engañaron, como hizo el Duque Valentín.

Pues visto por el Próspero y don Diego de Mendoza que el Duque Valentín se iba para el campo de los franceses, le dijeron que mirase lo que hacía, que aquel camino no era para el campo de los españoles, sino para el de los franceses; mirase lo que hacía, que era muy gran desvarío y tan gran mudanza, habiendo entregado su estado al Gran Capitán irse al campo de Francia, que así quedaría mal con los unos y los otros. El Duque les respondió que él era español y no había de dejar de seguir á los españoles.

Con estas palabras, diciendo que iba á cosa que le importaba, los llevó hasta los meter en el campo de los franceses. El Próspero y don Diego, visto el engaño, se comenzaron á volver. Los franceses determinaron de los prender. Los españoles se pusieron en orden para les dar la batalla, aunque vían la gran desigualdad que había de los unos á los otros. El Próspero y don Diego dijeron á los españoles que se acordasen que aquellos eran los primeros españoles que los franceses vían en Italia y que por esta muestra habían de juzgar los que en el reino hallarían; que les rogaban peleasen como verdaderos españoles; que entrambos á dos, el Próspero y el Mendoza, les daban su palabra, como quien eran, de ser los primeros que rompiesen sus lanzas en ellos, y lo mismo ofrecieron los otros capitanes, y que ya que la fortuna les otorgase la victoria, que les vendiesen bien sus vidas, y no las llevasen tan á su salvo como ellos pensaban; que se acordasen los que vivos quedasen que en ninguna parte podían escapar á los franceses y menos al Gran Capitán, y que ellos esperaban en Dios, si hacían lo que debían, que saldrían con la victoria. Los españoles les respondieron que ellos harían en aquella batalla que los franceses perdiesen la soberbia que traían, y que vencerían ó morirían; y pusiéronse muy en orden para darles la batalla, con tanto ánimo y alegría, que los capitanes lo tuvieron por muy buen agüero.

Visto por el Borja la maldad que había hecho y lo mal que sonaría en todo el mundo, así entre los unos como entre los otros, se puso en medio y tuvo forma con los Generales de Francia que no peleasen con los españoles; lo cual se acabó con ellos, y más vista la determinación de los españoles. El Duque dijo á aquellos capitanes que se volviesen para el Gran Capitán, que él por cierto respeto se quedaba en el campo, de lo cual él daría después cuenta al Gran Capitán. El Próspero y don Diego se volvieron y hallaron al Gran Capitán en Sant Germán, donde le contaron lo que había sucedido.

CAPÍTULO XIII

Cómo el Gran Capitán mandó combatir la Abadía de Monte Casino, adonde se había recogido Pedro de Médicis, aquel capitán de quien dijimos atrás.

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo Pedro de Médicis, hijo del magno Lorenzo de Médicis, capitán del Rey de Francia, se había recogido á Monte Casino, una abadía de monjes benitos, la cual abadía era de Lorenzo de Médicis, su hermano, que después fué Papa León décimo; y el Gran Capitán, por reverencia del cuerpo de Sant Benito y Santo Acacio y de once mil mártires y de otras muchas reliquias, cuando la otra vez por allí pasó no la combatió por la causa dicha, antes le movió partido que se diese, y el Pedro de Médicis prometió que dentro de seis días se saldría de allí. Mas visto el grande ejército de franceses que venía y tan poderoso, no quiso salirse, pensando de se poder sostener hasta que el campo de los franceses llegase, que venía ya cerca; estúvose quedo y hízose fuerte.

El Gran Capitán requirió á este Pedro de Médicis que se entregase, porque aquello era lo que más le cumplía. Vista su determinación, mandó á ciertos capitanes que combatiesen la abadía y que la artillería les batiese el muro, y que no llegasen á la iglesia, y mandó á Medina, aquel su privado, que ocupase la iglesia, para que no la saqueasen los soldados; lo cual así fué hecho. Los franceses se comenzaron á defender; mas visto el poco fruto que de ello sacaban, y visto que los españoles se subían á lo alto del monte y que jugaban ya la artillería, habiéndoles dado un recio combate, los capitanes de infantería llamados Ochoa y Arteaga, vizcaínos, subieron por una soga puesta por cima de la muralla, y el Arteaga entró por una pequeña abertura que en el muro había hecho una pelota; al cual siguieron sus alférez y compañeros de bandera. Fué tanta la priesa que los soldados se dieron á los entrar en aquella abadía, que fué cosa maravillosa. El Medina [1] con ciertos soldados, á quien el Gran Capitán encomendó aquella guarda, defendieron las reliquias de los santos, que estaban puestas en un grande árbol todo de plata, y colgados de las ramas el cuerpo de Sant Benito y Santo Acacio y muchas y muy diversas reliquias de muchos santos. Los soldados robaron cálices y cruces y ornamentos y frontales, casullas y almáticas con los candeleros de plata; lo cual todo lo compró el Gran Capitán á los soldados y lo volvió sin quedar cosa alguna y todo lo restituyó al monasterio. El Medina tomó de aquellas reliquias un dedo de Sant Sebastián para traer á Montilla, y lo dió á D. Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, y está hoy en Sant Sebastián de Montilla, y los monjes lo tuvieron por bien, y el Papa le dió licencia para que lo llevase por haber tan bien guardado todas las otras reliquias.

Todas aquellas reliquias tomó el Medina y las puso por inventario, y las entregó á los monjes delante del Próspero y del Duque de Termoli. Tomó también aquel Medina un pedazo del lienzo que Nuestro Señor tuvo ceñido cuando lavó los pies á sus discípulos, los cuales le fueron dados por la fiel guarda que hizo de las reliquias, como hemos dicho. En dos cajitas de oro las tiene hoy doña Catalina Hernández de Córdoba, Marquesa de Priego, y el Papa dió al Medina, como dijimos, la licencia para las dar al dicho Marqués, con condición que ningún interese recibiese por ellas.

CAPÍTULO XIV

De cómo estando el Gran Capitán en esta villa de Sant Germán llegaron allí los Ursinos á le servir.

Víspera de Navidad deste presente año llegaron á servir al Gran Capitán los caballeros Ursinos, de los cuales queremos dar alguna sumaria relación para los que no tuvieren tan entera noticia dellos. En la cibdad de Roma hay dos parcialidades, los unos se llaman Ursinos y los otros Coluneses, á las cuales acuden no solamente los de aquella cibdad mas aún todos los señores y príncipes de Italia y aun de toda la cristiandad. Tienen á los unos por amigos y á los otros por contrarios. Entrambas estas dos Casas son de noble generación y muy antigua en Roma; porque los Coloneses comenzaron habrá cuatrocientos y cincuenta años, poco más ó menos, de un caballero muy principal llamado Odón, muy rico y de muy noble sangre. Los Ursinos ha

[1] Al margen de letra del siglo XVII: «Esto Medina se llamó Pe .ro Gómez de Medina».

novecientos y veinte y dos [años], poco más ó menos, y descienden de dos hermanos, muy principales caballeros, llamados Urso y Primiero, hijos de un caballero muy principal llamado C. Ursino, los cuales han sucedido de padres á hijos hasta los que hoy viven; que si quisiésemos relatar por extenso las hazañas que los pasados destas dos muy ilustres Casas, así en la paz como en la guerra, han hecho y en favor de la religión cristiana, sería muy grande historia.

Ha habido en estas dos Casas muchos y muy valientes capitanes, así en los tiempos pasados como en los presentes. Hay de aquestas dos Casas grandes señores en Italia y de mucha renta. Entre estas dos Casas de mucho tiempo acá ha habido grandes enemistades y muchas muertes de una parte á la otra, y las más veces los Sumos Pontífices á los unos han favorecido, teniéndolos por amigos, y á los otros por el contrario. Los Ursinos en los tiempos pasados fueron siempre amigos y servidores de la Casa de Aragón.

CAPITULO XV

De lo que el Gran Capitán proveyó, sabido que los franceses venían muy cerca del reino y con tanta pujanza.

Visto por el Gran Capitán que los franceses venían muy cerca del reino, y que por banda que venían había de ser la primera cosa en que habían de topar una villa que se llama Rocaseca, que es del Marqués de Pescara, don Hernando de Avalos, llamó al coronel Villalba y á Zamudio y á Pizarro y á Mercado y Espés, á los cuales habló desta manera: «Los franceses han de querer quebrantar su furia y la braveza que traen en Rocaseca. Tomaréis mil soldados de los que en todo el campo os pareciere, y meterlos heis en ella. Mirad que invío á vosotros cinco porque sé que en calidad, esfuerzo y valentía valéis más que todos cuantos franceses vienen de Francia. Tengo creído que si á vosotros solos inviara, les defendiérades aquella plaza. Quiero que sepan los franceses por esa muestra lo que acá han de hallar. A Rocaseca he elegido ó para vuestra victoria ó para vuestra sepultura. Id con la gracia de Nuestro Señor y de su bendita Madre, á quien os encomiendo». A los soldados dijo: «Dios os guíe, mis leones, que yo tengo por defendida la villa yendo vos á ella».

Los capitanes y soldados se metieron en Rocaseca, como hombres que de la guerra sabían mucho. Esto fué á los ocho días de Octubre.

Luego el Gran Capitán por su persona dió una vuelta á los lugares comarcanos, animándolos y ofreciéndoles su socorro si hacían lo que debían, y que cuando no tuviese con quién, él por persona les vernía á socorrer, y que tuviesen por cierto, confiando en Dios y en su divina justicia, que los franceses volverían rotos y destrozados como los otros pasados habían hecho. Mandó que las espías que cada día venían del campo de los franceses publicasen que venían desarmados y gente de poco ánimo, que los más eran gascones y normandos, y ya cansados y gente de suyo vencida, y otras faltas que dellos mandó publicar por amor de los italianos y la otra gente en quien no había tanto esfuerzo. Pues habiendo proveído y reparado todo lo que en tal caso y á tal sazón convenía, se volvió á Sant Germán, á esperar lo que les pasaba á los de Rocaseca con los franceses, para socorrer aquella plaza si menester fuese.

CAPÍTULO XVI

De lo que el Marqués de Mantua y el de Saluces hicieron sobre Rocaseca, y lo que los de dentro hicieron.

Pasando los franceses por cerca de Roma, el Papa les invió á avisar que no hiciesen cosa desaguisada por do pasasen; si no, que lo ternían por enemigo; lo cual hicieron así. Pues á los quince días de Octubre los franceses llegaron con todo su campo á Rocaseca, que, como dijimos, con los señores y potestades de Italia pasaban de treinta y seis mil hombres. Esta villa está puesta en un alto y tiene muy ruin muro. El Marqués de Mantua invió un trompeta, que era su criado á quien él quería mucho, á Rocaseca; el cual dijo á los españoles que decía el de Mantua que si luego á la hora sin más responder no rendían aquella villa y la entregaban á los franceses y tardaban algo en salir della, que los mandaría hacer piezas sin ninguna piedad, y sobre esto les trató muy mal de palabra. Villalba y Pizarro salieron fuera de la villa en la cuesta, y

tomaron al trompeta á vista de todo el campo de los franceses y ahorcáronlo de un aceituno, y la trompeta colgada del pescuezo. Esto hicieron parte por las malas palabras que les dijo, y lo más principal temiendo quel de Mantua pasaría adelante sin pelear con ellos.

Cuando el Marqués vió ahorcado al trompeta, concibió tanto enojo como si le hubieran ahorcado á su propio hijo, y mandó que luego se combatiese la villa. Mandó plantar la artillería y juró delante de todos de no se ir de allí hasta que la villa asolase y á los españoles despedazase, sin le quedar uno solo vivo. La artillería era mucha y muy buena, la cual, nunca cesando de tirar, les allanó un lienzo de la muralla. Los franceses arremetieron pensando de les entrar por aquello derribado, y comenzaron á entrar dentro. Los españoles salieron por aquello batido con tanta furia que ninguno de los que delante hallaron dejaron vivo. Allí hubo una recia batalla, los unos por entrar y los otros por se lo estorbar, [hasta] que al fin no pudiendo sufrirlo los franceses se retrujeron con pérdida de muchos dellos. Murieron en esta entrada quinientos franceses detrás de su artillería, adonde se retrujeron, y la artillería [quedó] en poder de los españoles, que si la pudieran meter de aquella vez fuera suya. Los Marqueses trataban mal de palabra á los franceses, diciendo que tan pocos españoles habían de osar salir del muro y matar tantos dellos y llevarlos hasta los poner de aquella parte de la artillería, y no la habían querido meter dentro de la villa por no se ocupar en ella, y á los Generales como á la otra gente se les había abajado harta parte de su soberbia de la que de Francia traían.

Otro día determinaron que los suizos y hombres de armas franceses á pie les diesen un recio asalto, porque estaban muy corridos en ser aquella la primera cosa que conquistaban y ser los contrarios tan pocos y haberles sucedido tan mal. Los españoles se aparejaron para los salir á recebir fuera de la villa y darles la batalla. Comenzaron los capitanes de animar á los soldados diciéndoles se acordasen de las palabras que el Gran Capitán les había dicho cuando allí los invió. Respondió un soldado en nombre de todos: «Animad y pesa á tal á vosotros mismos, que nosotros no somos hombres que hoy y en esta necesidad hemos de ser animados, y haced vosotros lo que á nosotros viéredes hacer». A esta hora los franceses se vinieron á la villa en muy buena ordenanza. Los españoles les salieron á recebir, y pelearon los unos y los otros con mucho esfuerzo, y sufrieron mucho trabajo. Duró la porfía gran rato, hasta que los franceses se comenzaron á retraer, y dejaron aquella plaza y alrededor de ella su artillería llena de muertos, y los franceses se retrujeron hasta su real.

CAPÍTULO XVII

De lo que más aconteció en este cerco de Rocaseca.

La artillería dos veces había quedado en poder de los españoles, sin que la pudieran meter dentro por ser menester mucha gente para ello, y por el tiempo tan furioso que hacía de muchas aguas, que los carretones estaban sumidos en el lodo; y porque, como atrás dijimos, con la artillería venían seiscientos hombres de armas, todos con arneses dorados, á quien el Rey Luis había encomendado la artillería, así en general como en particular, con grandes promesas; y éstos lo hicieron así como lo habían prometido, que nunca desampararon la artillería. Verdad sea que si los españoles en dos veces la pudieran meter, no se lo estorbaran los de los arneses dorados.

En este tiempo cargaron tanto las aguas y fué el tiempo tan trabajoso que jamás dejaba de llover de día ni de noche; de manera que, aunque no quisieron, se volvió todo el campo de los franceses para Gaeta, esperando tiempo para salir en campaña, y dejaron la artillería, teniendo por imposible poder llevarla. Solos aquellos seiscientos caballeros nunca desampararon la artillería, y como las aguas eran tantas, los carretones estaban atollados y sumidos, que en ninguna manera los podían arrancar. Pues como todo el campo de los franceses se fueron para Gaeta, tuvieron por cierto que la artillería y su guarda se habían perdido y muerto. Los seiscientos franceses estuvieron con la artillería todo el día y la noche, sin se apear ni comer ni beber, como hombres que tenían en más la honra que la vida; que si el Gran Capitán pudiera ser avisado, la artillería y aun los de los arneses dorados se tomaran. Mas fueron tantas las aguas

que nunca las espías pudieron ir á avisar al campo de los españoles de lo que pasaba.

Pues habiendo estado aquellos seiscientos franceses dos días así y dos noches sin se apear ni comer ni beber sino de la agua que del cielo caía, lloviendo siempre muy recio, y todo el otro ejército ya puesto en salvo, ellos se apearon y echaban veinte y treinta pares de caballos á cada tiro y ellos á pie ayudándoles, arrancaron la artillería y la llevaron con grandísimo trabajo, yendo todos ellos en lugar de caballos tirando con las bestias, sin dejar una sola pieza de la artillería, que llevaron con el mayor trabajo que jamás se vió, que ninguno faltó aquel día de servir con el lodo encima de la rodilla, por cumplir lo que á su Rey habían prometido.

Pues estos seiscientos caballeros se fueron el río del Garellano abajo por su ribera, muy en orden y con mucho concierto. Cuando los franceses vieron la artillería y los seiscientos hombres de armas en salvo, teniéndolos á ellos por muertos y á la artillería por perdida, hicieron muy grandes alegrías con ellos, como si los vieran resucitados. Luego los proveyeron de comer y beber á ellos y á los caballos, que lo habían bien menester, que había tres días que no habían comido, sino fué, como dijimos, alguna agua que de la lluvia del cielo cogían.

CAPÍTULO XVIII

De lo que el Gran Capitán hizo sabido que los franceses querían dar el segundo asalto á los españoles que estaban en Rocaseca.

Después que el Gran Capitán fué avisado que los franceses querían tornar á dar más asaltos á los de Rocaseca, determinó de los ir á socorrer. Sabido por los capitanes que en Rocaseca estaban, y los soldados asimismo, inviaron un soldado al Gran Capitán, el cual le dijo delante de todos aquellos capitanes y en presencia de todos los señores y hombres de guerra que en Sant Germán estaban, de esta manera: «Los muy valientes capitanes y esforzados soldados que están en Rocaseca me invían á V. S. á le hacer saber cómo han sido informados que V. S. les quiere ir á socorrer, y debe ser no sabiendo V. S. lo que con los franceses hemos pasado. Estamos todos muy afrontados por ello, y suplican á V. S. se esté quedo en Sant Germán, y en ninguna manera los vaya á socorrer; antes le hacen saber los muy valientes capitanes que de mil soldados que V. S. les dió les sobran los quinientos, según lo que con los franceses hemos pasado en los combates que nos han dado. Bien sabíamos, dijo este soldado teniendo empuñada la espada, los muy esforzados varones que en aquella villa estamos, que fuimos escogidos por muy animosos para sufrir los peligros y para pasar los trabajos que en la guarda de Rocaseca se requerían, por alcanzar en esta vida honra y gloria en la otra, haciendo nuestro deber como buenos soldados. No somos los que en Rocaseca estamos que habíamos de mostrar esfuerzo fingido cuando no era menester, si cuando era necesario nos había de faltar, y por acortar palabras, illustrísimo señor, de parte de los capitanes y soldados que en Rocaseca estamos, le suplicamos ni vaya ni invíe á socorrernos, porque lo ternemos por mayor afrenta que la que de los franceses podríamos recebir si fuésemos por ellos vencidos». El Gran Capitán le alabó su razonamiento y le hizo merced, y le dijo que se volviese con la gracia de Dios, que él lo haría como él lo decía.

Otro día mandó tocar alarma y dijo á aquellos señores y capitanes: «Vamos á ver lo que hacen nuestros leones; no á los socorrer, sino á ser testigos de su esfuerzo; y podrá ser que viéndonos, les tome gana de pelear y presentarle hemos la batalla, confiando en Dios y en su justicia». Cuando el Gran Capitán llegó cerca de Rocaseca supo cómo retirados los franceses á Gaeta habían quedado con la artillería los seiscientos hombres de armas y el trabajo que allí habían pasado; y como nunca fué avisado de no lo haber sabido y de los de Rocaseca ni de otras espías, que aunque era el hombre del mundo más sufrido y más templado en la ira de todos los del mundo, este día ninguna paciencia tuvo, diciendo que le había faltado la ventura; porque tomaran aquella artillería, y que aquel día se podía comer carne sin la poner en el asador ni llegar á fuego. Alababa mucho á los de Rocaseca y á los seiscientos hombres de armas que habían guardado la artillería; á sí solo culpaba que se había estado descansando en Sant Germán y holgando en tal tiempo, y luego del camino se volvió para Sant Germán muy descontento y enojado.

CAPÍTULO XIX

De lo que aconteció á Pedro de Médicis, aquel capitán que dijimos que se había acogido á Monte Casino.

Cuando se combatió Monte Casino y se entró por fuerza de armas, ya dijimos cómo aquel Pedro de Médicis, florentín, hijo del magnífico Lorenzo de Médicis, se salió de aquella abadía para se ir á Gaeta, que andaba desterrado de aquella señoría y era capitán del Rey de Francia. Fué este Pedro de Médicis hermano del Papa León décimo. Pues inviaron los Generales de Francia por la artillería ansí la suya como la que las señorías y potestades de Italia habían traído al campo de los franceses; y toda junta la tenían cargada en navíos, y entre otros capitanes y gente de guerra iba allí este Pedro de Médicis. Y llegando cerca de Gaeta, adonde el río entra en la mar, embravecióse en tanta manera la mar, que en la boca del río se hundieron los navíos con la artillería, y capitanes y soldados, y municiones que allí llevaban Murieron allí con este Pedro de Médicis trecientos soldados, y pilotos y marineros, que ninguno se salvó; y entre ellos aquel Pedro de Médicis, con todos los que con él iban. Y este fué justo juicio de Dios; porque estando el gran Lorenzo su padre en una casa que tenía junto á Florencia, llamada Caregia, estando malo, y teniendo consigo á un médico el más insigne de toda Italia, ofreciéndose el médico, que se llamaba micer Petro Leonés, al Pedro de Médicis le pesó en tanta manera, pensando que su padre había de vivir, que lo hizo echar en un pozo al dicho médico, porque no curase á su padre, que había sido el más valeroso cibdadano que en Florencia hubo jamás, padre del Pontífice León.

CAPÍTULO XX

De cómo se concertó la batalla entre los españoles y franceses, y por qué causa se desbarató.

Los Marqueses Generales de Francia y á todos sus capitanes les pareció que, pues traían consigo á toda la flor de Francia, así en las armas como en nobleza, y todos los más diestros y sabios capitanes, como eran mos de Tramolla, aunque pasando por Roma adolesció de una muy grave enfermedad, que le duró mucho, y mos de Alegre, mos de la Paliza, mos de Auberi, Montpensier, mos de Isy, Bayardo, mos de Sant Pol, Baseyo, capitán de suizos; mos de Xaude, mos de Ricarte, Bernardino Adorno y otros muchos y buenos capitanes; venían asimismo capitán de Florencia, del Duque de Ferrara, del Mantua, micer Juan Bentivollo y otros muchos; y más considerando haber cuatro francesès para un español, y estando á la mira toda Italia, Francia y España y toda Europa, acordaron desde á dos días de pasar el río del Garellano é irse derecho la vía adonde estaba el Gran Capitán y darle la batalla, y fuéronse aposentar á una villa llamada Aquino, que está seis millas de Sant Germán, donde nuestro campo estaba De esta villa de Aquino fué natural Santo Tomás de Aquino, de la Orden del bienaventurado Santo Domingo, que en letras divinas, sólidas y católicas y en santidad alumbró mucho á la Iglesia de Dios. El Marqués de Mantua venía muy bravo y había prometido al Rey de Francia de matar ó prender al Gran Capitán ó lo ser él muerto ó preso, y de le dejar el reino de Nápoles pacífico y en su servicio, sin quedar una sola almena por españoles, con otras palabras bien soberbias.

El Gran Capitán, sabida la determinación del Gonzaga, holgóse extrañamente y invió luego á M. Antonio Colona á los Generales de Francia que estaban en Aquino, los cuales lo recibieron muy bien, así por ser quien era como por ser inviado por el Gran Capitán. M. Antonio les dijo de parte del Gran Capitán que sus señorías fuesen muy bien venidos á aquel reino, y que él se había holgado mucho dello, así por ser personas tan señaladas en la paz y en la guerra como por traer consigo tantos y tan buenos caballeros con tan buena gente de guerra, adonde habría lugar de mostrar sus grandes ánimos y valor de sus personas, de que en todo el mundo eran conocidos, como él sabía que lo eran; que les rogaba muy afectuosamente, porque la gente de la tierra, que ninguna culpa tenía y eran gente que vivían por su trabajo, no lo pasasen mal, y por otros muchos trabajos que con la dilación se suelen acometer; y también porque sabía que lo venían á buscar, que en todo caso aceptasen la batalla y fuese adonde ellos quisiesen, y como lo ellos eligiesen, que él los iría allí á buscar, porque no tomasen trabajo,

y que verían una muy hermosa batalla, donde se haría una bellísima jornada. Los Marqueses respondieron que él habia hablado á su gusto y voluntad de ellos, y que ellos le hobieran requerido lo mesmo; mas que tuvieron por cosa muy cierta que no querría persona tan cuerda como el Gran Capitán era tentar tantas veces á la fortuna, que tan favorable le había sido; aunque todo el mundo sabía, y el Cristianísimo Rey estaba de ello bien informado, que las desgracias pasadas más habían sido por falta de los capitanes que no de la gente de guerra, más que no por el esfuerzo y industria de los españoles; pues todo el mundo sabía la ventaja que los franceses hacían á los españoles en la paz y principalmente en la guerra, con otras muy soberbias palabras. Y concertóse que fuese la batalla de campo á campo para el viernes venidero, que era á veinte y uno de Octubre. M. Antonio les respondió: «Lo que antes dije fué de parte del Gran Capitán. Lo que agora dijere será de la mía. No está (dijo M. Antonio) sujeto á la fortuna el Gran Capitán para que la haya de tentar, porque la trae á su mandar y en su mano está tomarla ó dejarla Lo que los capitanes franceses han hecho en las guerras pasadas todo el mundo lo sabe, que no les faltó industria ni esfuerzo para pelear; mas sobró á los españoles para los vencer, según la mucha justicia tienen los Reyes de España á este reino, sobre que es el debate, y presto veremos lo que vuestras señorías hacen; y pues tan buena respuesta llevo, que para tercero día será la jornada, allí verá la mejoría de los nuevos capitanes á los pasados». El de Gonzaga le respondió: «Asaz habéis dicho, señor M. Antonio, de palabras soberbias y aun ajenas de las que los mensajeros suelen decir». M. Antonio le replicó: «La verdad á do quiera y delante de quien quiera se debe decir». Y con esto se despidió. Los Marqueses quedaron muy cansados de la plática pasada.

Vuelto, pues, M. Antonio, dijo lo que quedaba concertado, que la batalla fuese de campo á campo para tercero día viernes, que se contaron veinte y un días de Octubre. El Gran Capitán le abrazó y le dijo: «Bien sabía yo, señor M. Antonio, que donde vuestra merced se hallase, que llevara adelante nuestras honras». Hubo tanta alegría en el ejército, así en particular como en general, que no se podría por ningunas palabras decir.

CAPÍTULO XXI

De cómo venido el jueves todos se aparejaron para la batalla y el viernes fueron á dar la batalla.

Pues venido el jueves, todos se aparejaron para otro día dar la batalla, y esa noche toda se gastó en confesar y comulgar y hacer testamentos, y á media noche tocaron alarma y todos estuvieron muy á punto y se pusieron en orden. Pues todo concertado, el Gran Capitán iba en la avanguardia ordenándolos y animándolos, que les ponía nuevos corazones.

Pues con esta orden llegaron al lugar señalado para la batalla cuando arrayaba el sol, teniendo por muy cierto que los hallarían allí; y llegados, ningún francés hallaron, que esa noche habían pasado el Garellano y tornado adonde habían venido por el puente de Pontecorvo: que si aquella noche el Gran Capitán no fuera engañado por los descubridores, que eran italianos, él hacía esa noche jornada con ellos.

Este lugar de Pontecorvo solía ser del reino de Nápoles y agora es de la Iglesia. Llegado, pues, el Gran Capitán al sitio donde estaba señalado que había de ser la batalla, lo holló con su ejército, y luego tornó á inviar al mesmo M Antonio Colona á les decir cómo estaba muy espantado dellos, á ver si quebrantaban la palabra que así habían dado personas tan señaladas en la guerra y que habían perdido tanta reputación. Los franceses respondieron que ellos se habían retirado y tornado á pasar el Garellano por cosas que les importaban; que cuando fuese tiempo que ellos los buscarían, y aunque no les pluguiese mucho con ellos. Vuelto, pues, M. Antonio, el Gran Capitán se volvió aquella noche á Sant Germán con todo su campo. El señor Fabricio Colona fué con ciertos caballos desde el Soto de Aquino á provocar á los franceses que estaban de aquella parte del río, mas ellos les tiraron con su artillería y se estuvieron quedos en su real. Este río del Garellano va lo más del tiempo ahojinado como Tajo en muchas partes, y desta causa no se puede pasar sino por barcas.

Luego á los veinticinco días de Octubre se dió Roca de Vanda, que dijimos que el Gran Capitán dejó cercada. Quedó en aquel cerco

el capitán Zárate con su compañía, el cual combatió la villa y les entró por fuerza de armas, y fué él de los primeros que entraron, y fué herido á la entrada, de que luego murió peleando como valiente capitán que era. La villa y fortaleza fué tomada y saqueada por la gente de guerra. Fué muy sentida la muerte de este capitán Zárate, porque era muy virtuoso y muy valiente. Tomaron los soldados tanto pesar y coraje en ver muerto á su capitán, que mataron muchas personas de la villa sin haber de ellos piedad alguna.

Cuando el Gran Capitán fué con todo su campo á la villa de Aquino, pensando de hallar allí á los franceses, como estaba concertado, supo que en ciertos mojones y en un hospital estaban muchos franceses y suizos enfermos, que se morían de hambre y de frío. Mandóles proveer de todo lo necesario y curarlos, y les dejó con que se volviesen, y usó con ellos de grandísima piedad. Muy al revés de lo que aconteció á Peri Juan, aquel cosario de quien atrás dijimos; que topando cerca de Cunas un navío donde iban muchos españoles y italianos enfermos y heridos á se curar en la cibdad de Nápoles, que los había mandado ir el Gran Capitán desde Castellón y los otros lugares de los aposentos, topó con ellos aquel cosario, y tomó el navío y todo lo echó á fondo, pareciéndole que era gran valentía matar á todos los enfermos, y aun á los que los llevaban, porque á todos los echó á fondo.

CAPÍTULO XXII

De lo que los franceses hicieron teniendo su campo de aquella parte del Garellano.

El Gonzaga y Saluces con los otros capitanes estuvieron seis ó siete días consultando lo que harían, porque la fortuna les había sido muy contraria al principio; porque el Papa Alejandro, que estaba ligado con el Rey de Francia, era muerto, y mos de Tramolla en quien ellos tenían grande esperanza, había adolescido, como dijimos, de una grave enfermedad. Las primeras cosas que en principio habían tentado les habían sucedido infelicemente, y no habían podido pasar á Carinola por el estrecho de Casino para ir á tierra de labor; y habían sido echados de Rocaseca con gran vergüenza, y más los tiempos tan contrarios; y los caballeros del bando ursino, en quien tanta esperanza tenían, con tan gran confianza, haberse pasado á los enemigos por la insolencia y temeridad del Trancio, embajador, que en tan poco los tuvo; y con grande agüero pronosticaban un suceso muy contrario. Con todo esto, el Gonzaga llamó á consejo al de Saluces y al Alegre y á Baseyo con los otros capitanes, [y acordaron] no haber cosa más provechosa para la necesidad en que estaban que llegar á la villa de Traeto y echar un puente al Garellano, pasar el río por la Campania que va á las aguas del Sesa y Mondragón. Este Mondragón llamaron los antiguos Petrino. Y de ahí ir por la campaña de Mazoni é irse derechos á Capua, y vadeando el río por la vía de Carinola pasar el río Vultreno.

El Gran Capitán con su gran prudencia, conocido el desino y discurso de los enemigos y con tan grande expiriencia de las cosas de la guerra, luego conoció lo que los enemigos determinaban de hacer. Invió á Pedro de Paz con su capitanía de caballos ligeros para que corriese la ribera del río y les defendiese la salida, y siempre fuese en frente de los enemigos, que él les siguiría de cerca. El de Paz por la parte que le pareció que podrían los enemigos pasar, que estaba el río más aparejado para se vadear, hizo hacer una larga trinchea y bien honda, adonde parecía que podrían echar el puente, y metió en ella infantería de arcabuceros para que los rociasen cuando quisiesen echar el puente.

Estando los dos campos uno de una parte del Garellano y el otro de la otra, Fabio Ursino, un caballero muy mancebo y muy esforzado, hijo que fué de Paulo Ursino, á quien mató César Borja, llevando abierto el almete, un gascón le tiró y le metió por un ojo una saeta. En esta sazón el Gran Capitán invió á Fabricio Colona sobre la Roca de Evandria, el cual la cercó y la dió un recio asalto. Está esta Roca de Evandria sobre el Garellano. Fué tanta la turbación de los de dentro, que tomaron tanto espanto, que Federico de Monforte, un capitán que estaba por el Rey de Francia, se concertó con el Fabricio que si dentro de cinco días no le socorriesen los franceses, se daría. Para ello dió un hijo suyo en rehenes.

El Gonzaga, ocupado en el puente que quería echar, tuvo en poco la pérdida de aquella fortaleza, y el Monforte, pasado el término,

la rindió y cobró sus rehenes. Pues asentado el real por los franceses de aquella parte del Garellano, en medio de la vía que viene de Gaeta á Nápoles, junto á una torre donde anda una barca en que pasan aquel río, dijeron que por allí harían sus puentes y pasarían á dar la batalla á los españoles.

El Gran Capitán, postrero día de Octubre, asentó su campo de la otra parte del Garellano, enfrente del campo de los franceses, que no había sino el río en medio; que su artillería daba en el campo de los españoles, y la de los españoles en el de los franceses. Estuvieron estos dos campos el uno de la una parte y el otro de la otra desde postrero día de Octubre hasta vispra de Navidad, que fueron cerca de dos meses, en el cual tiempo acontecieron cosas muy señaladas en armas, así de la una parte como de la otra. El Gran Capitán siempre les requirió ó que pasasen adonde él estaba y se diese la batalla, y que les daba su fe y palabra que hasta que todos hubiesen pasado y ordenado sus haces, de no menear su real, ó que si esto no les placía, que él pasaría á ellos y se fiaría en su palabra. Los franceses respondieron que ellos pasarían lo más presto que pudiesen y les darían el pago que merecían.

CAPÍTULO XXIII

De lo que aconteció á un capitán gallego que guardaba una torre allí ribera del Garellano.

Estaba en el río del Garellano hacia la parte de abajo una torre de la parte del campo de los españoles, en la que se metió Pedro Navarro, al cual el Gran Capitán invió á llamar y que dejase la torre á buen recabdo. El Pedro Navarro dejó encomendada la torre á un gallego, persona de calidad, y le dejó quince gallegos, buenos soldados al parecer y que parecía que la sabrían defender, porque no cabían más en ella, y les dejó todo lo necesario para la defensa de aquella torre; y les dijo que si los franceses pasasen á ellos que se la defendiesen hasta no quedar sino solo uno, y que aquel la defendiese hasta que se la echasen encima; y que si se viesen en gran necesidad, inviasen uno á avisar al real. Pues ido Pedro Navarro, los franceses pasaron en barcas, llevando en ellas artillería, y comenzaron á batir la torre.

Los gallegos luego hablaron en partido que entregarían la torre, si los dejasen ir con las vidas; lo cual luego les fué otorgado. En el campo de los españoles fué sabido cómo los gallegos estaban cercados, y luego fué una escuadra á los socorrer; que si sola una hora se defendieran, llegaba el socorro. Los gallegos comenzaron á se ir al real de los españoles, á los cuales los que venían al socorro los encontraron no un tiro de arcabuz de la torre y aun mucho más cerca; y sabido que habían entregado la torre, sin les oir más, los pasaron por las picas á todos diez y seis sin dejar á alguno dellos. Los franceses, que á vista dellos estaban, así en la torre como en el real de la otra parte, quedaron muy espantados de la gran crueldad que aquellos españoles usaron con sus mesmos compañeros, á los cuales dijo un soldado: «Mirad, borrachos, este es el pago que damos á estos cobardes, porque quedando vivos entregaron la torre; y el mesmo pago os debemos á todos vosotros», que no hay cosa que pueda ser más afrentosa que rinda el español ninguna plaza al enemigo, quedando vivo.

Al Gran Capitán le pareció gran crueldad la que con aquellos gallegos se había usado, que tan miserablemente muriesen aquellos diez y seis soldados; mas no lo quiso castigar, porque escarmentasen y tomasen ejemplo, que los que estuviesen en defensa de alguna plaza, antes eligiesen de morir que no se rendir al enemigo; y que supiesen que tenían más cierta la muerte no haciendo lo que debían que no la quel enemigo le podía dar; y que supiese el soldado español que su vida estaba en la fortaleza y valentía del ánimo, y que era muy ajeno del nombre español entregar al enemigo ninguna fuerza por flaca que fuese. Porque este clarísimo varón no tenía en nada que le tuviesen por cruel en los casos que tocaban á la reputación y honra, aunque de su natural era muy benigno y piadoso. Los franceses quedaron muy orgullosos por les haber ganado aquella torre.

Acontecía muchas veces echar los franceses los caballos á pacer por la isla del río y pasar los españoles y traerlos á nado. Decían los franceses que los españoles no eran como las otras gentes, porque tan seguramente andaban por el agua como por la tierra.

CAPÍTULO XXIV

De un rencuentro que pasó de cuatro españoles y cuatro franceses de la otra parte del río, cerca del real de los franceses.

En este tiempo pasaban muchas veces á nado los españoles y tomaban descuidados á los franceses y les hacían mucho daño y mataban muchos dellos, y se tornaban á echar al agua á su salvo. Pues desde el real de los españoles vieron cuatro gentileshombres franceses andaban cazando con unos esmerojones entre unos taraches el río arriba, desviados algún trecho del real, y cuatro soldados españoles determinaron de pasar á ellos. Hicieron de los sayos unos envoltorios y pusiéronlos sobre las cabezas y las espadas atravesadas en las bocas; y pasaron á nado el río enfrente de donde andaban cazando aquellos cuatro franceses, sin ser vistos dellos, porque en aquella ribera hay muchos árboles, y salidos de la otra parte se vistieron y se fueron cada uno para su francés. Los franceses se les rindieron, y los ataron y los llevaron á la ribera y los tomaron á cuestas y los pasaron el río, asidos dellos y temblando y gritando; y cuando de la otra parte llegaron, el uno iba muerto.

Pues llegados ante el Gran Capitán, fué muy espantado de los unos y de los otros; y preguntando para qué los habían pasado el río, respondieron que les habían parecido personas de rescate. El Gran Capitán hizo mucha merced á los soldados, á los cuales dió á cada uno ducientos ducados y un vestido de su persona, y mandó enterrar al francés muerto.

CAPÍTULO XXV

De lo que los franceses y españoles hicieron estando en este sitio del Garellano.

Un domingo que se contaron cinco días de Noviembre, entró el Gran Capitán en consejo con los señores y capitanes que allí estaban sobre lo que se debía hacer veyendo las grandes necesidades qne padecían y la hambre que en el real había, de cuya causa se iban muchos soldados, y sobre todo las muchas aguas y tempestades que de noche ni de día cesaban. El voto y parecer de todos los señores y capitanes y de los del consejo de la guerra fué, sin faltar uno solo, que se retrujese el campo á la cibdad de Capua, porque es muy fuerte y muy abastecida de todas las cosas necesarias, y en muy buena comarca que allí esperarían á los franceses, y entre tanto pasaría aquel tiempo tan lluvioso, y porque en aquella cibdad se podrían muy bien sufrir. Estas y otras muchas causas dijeron para persuadir al Gran Capitán para probar su intención; y sin duda aquello parecía lo más razonable para el tiempo en que estaban. El Gran Capitán les oyó á todos, y acabado de oir su parecer les dijo: «Señores, lo que á mí me parece es lo que tengo de hacer, y es que nunca Dios quiera que baste ninguna fortuna ni adversidad para me hacer volver atrás. Yo determino, señores, de ganar antes tres pasos adelante, aunque sean para mi sepultura, que tornar dos solos atrás para mi salvación y remedio. Ninguna cosa de mucha honra se ganó jamás sino aventurando la vida y sufriendo muchas necesidades, como hacen los constantes varones. De mí os sé decir que cuando todos os fuésedes y me dejásedes sola mi persona, quedaría en este lugar do estoy hasta acabar esta jornada ó acabar aquí la vida con tan glorioso fin, y ya yo veo los que conmigo entonces quedarían. Ya que me hobiese de retraer, no había de ser á Capua, porque no se sufre perderse en una cibdad más de un capitán. Aníbal, aquel muy astuto y sabio capitán de los cartagineses, Capua fué su total perdición por se recoger allí.

CAPÍTULO XXVI

De cómo los franceses echaron un puente y pasaron destotra parte del río á pelear con los españoles y lo que sucedió de la batalla.

Los franceses, como les venía tanta gente de Francia sin la que acá tenían y también les venía de las señorías y potestades de Italia, que como tenían por cierto que habían de ganar el reino, todos, como dijimos, les ayudaban con gente y con todas las cosas necesarias á la guerra, por tener al Rey de Francia propicio en aquel reino. Pues hallándose tan pujantes y con tanto orgullo y con mucha artillería que de Francia y de Italia les había venido, determinaron de pasar el río por puentes y dar la batalla á los españoles, si les osasen esperar, como ellos decían; porque tuvieron por cierto que si les viesen pasar

que no les osarían esperar. Y para ello mandaron traer quince barcas grandes con sus anclas, y sobre ellas echaron un puente de madera bien ancho y bien firme, haciéndole gran guarda de día y de noche, y lo mesmo hacían los españoles; así que nunca puente fué mas guardada en el mundo de una parte y de otra.

El Gran Capitán puso cuatrocientos italianos entre su real y la entrada al puente, y el Marqués de Mantua luego que llegó á Gaeta que se vió con los capitanes franceses que allí estaban, siempre burló dellos, diciendo que el Rey Luis había perdido su reino, crédito y reputación más por falta de los capitanes que por defecto de la gente de guerra. Principalmente tenía muy corrido al de la Paliza y á los otros capitanes. El Alegre le respondió: «Señor, el tiempo es largo, y agora veremos lo que hace V. S.», y más cuando vió el Marqués que habían ganado la torre de los gallegos; así que los nuevamente venidos tenían en muy poco á los que acá hallaban·

CAPÍTULO XXVII

Cómo los franceses pasaron el puente y pelearon con los españoles, y lo que en la batalla sucedió.

Acaeció, pues, así: estando el Gran Capitán y su campo teniendo la guarda del puente cuatrocientos soldados italianos con su capitán asimismo italiano, los franceses asestaron toda su artillería á unos llanos de pantanos por do podía venir el campo de los españoles, que aves no podían pasar por allí sin recebir daño. Luego arremetió por el puente toda la más gente de los franceses que pudo, y imbistieron en la guarda de los italianos, que dijimos que guardaban el puente, y mataron muchos dellos y los otros huyeron. Tomáronles los franceses dos falconetes que tenían allí en la guarda del puente.

Visto por el Gran Capitán la mala guarda que los italianos habían hecho, salió su persona en la delantera y fué derecho al puente, y con él todos los caballeros y capitanes que le vieron ir. Fué su persona la primera que aquel día llegó á los franceses. Allí fué una muy brava batalla, en que les mataron á todos los que hallaron que habían pasado desta parte del puente. Los otros comenzaron á huir, y los más caían en el río; y como iban armados y el río es hondo por ir ahocinado y tiene muy malas salidas, todos se ahogaban.

El Gran Capitán iba en la delantera por el puente adelante diciendo á voces: «O los falconetes han de volver luego acá ó todos hemos de quedar allá con ellos muertos». Todos, visto lo que el Gran Capitán decía y lo que hacía, todos pelearon con tanto ánimo que salieron de la otra parte del puente y entraron por el real de los franceses. Los cuales, visto á los españoles en su real, tuvieron tan gran turbación que comenzaron á huir. El Gran Capitán decía á voces: «O líbrense los falconetes ó sea nuestra sepultura cabe ellos». Diego García, Villalba, Alonso Gallego el tuerto y el Comendador Rosas y Alonso López de Escalada trabaron de los falconetes y los inviaron por el puente peleando con los franceses. Los Coloneses, Pedro Navarro, Hernán Suárez, Carlos de Paz, Maderiaga, Espés y Martín Gómez, vizcaíno, pelearon en el puente [de tal suerte] que los franceses no fueron parte para estorbar que los tiros no volviesen al campo de los españoles.

El Duque de Termoli, Andrea de Altavilla, don Pedro de Acuña, don Jerónimo Lloriz, hicieron este día cosas muy señaladas. Lo que aquel día hizo el capitán Hernán Suárez de Sevilla puso á todos en admiración, sufriendo mucho trabajo y peleando con el real de los franceses.

Cobrados los falconetes, todos se volvieron por el puente, porque así lo mandó el Gran Capitán. Murieron en este rebato algunos españoles y algunos italianos; de los franceses murieron dos mil hombres, sin los que cayeron en el río. Iba todo el Garellano, desde el puente abajo, cubierto de franceses, lo cual era de ver gran lástima; y el Gran Capitán no pudo tener las lágrimas que no llorase, acordándose que aunque eran enemigos eran cristianos, redemidos por la sangre de Jesucristo, y hacía enternecer á muchos.

El Marqués de Gonzaga quedó muy espantado de la presteza de los españoles y la furia con que pasaron el puente, y de la constancia con que pelearon hasta cobrar los falconetes. Los franceses como pasaron el puente desordenados, aun no habían tenido lugar de cerrarse en escuadrón. En ninguna manera tuvieron lugar ni ánimo para sufrir la furia de los españoles, que los acometieron muy

denodadamente; veyendo, como dijimos, ir delante la persona del Gran Capitán. Aquella hora viera menear las manos á los españoles, porque los franceses que venían á socorrer á los suyos eran forzados á volver atrás con la vuelta y huída de sus compañeros.

En esta batalla, un alférez llamado Hernando de Illescas ([1]), alférez español, al cual habiéndole llevado una pelota de un cañón la mano derecha con gran parte del brazo, y él con la mano izquierda y el brazo manco se ayudó de arte que siempre tuvo su bandera enarbolada con gran ánimo. Al cual dió el Gran Capitán en las rentas reales quinientos ducados de renta para él y para sus descendientes; lo cual el Rey don Fernando confirmó después. Yo oí decir á don Diego García de Paredes que jamás vió ni esperaba de ver cosa como aquélla; que en todas las guerras en que se había hallado nunca vió cosa como ésta, porque no pudiendo pasar sino por sobre hombres muertos y caballos, no temían de se ir contra la artillería sabiendo que iban á morir; que ninguno vió volver atrás, sino ir todos adelante, como á sabida muerte. Mos de la Paliza á grandes voces dijo al Marqués: «Magnífico señor, paréceme que estos españoles comienzan á burlar con vuestra señoría. Sospecho que antes de mucho hemos de ser todos iguales».

CAPÍTULO XXVIII

De un ardid que el Gran Capitán hizo para dar á entender á los franceses que les tenía temor, y lo que los franceses hicieron ([2]).

Como los franceses vieron que sus designios no les habían sucedido bien, no por ende perdieron la esperanza de dejar de llevar adelante su propósito comenzado; como aquellos que eran tan diestros en la guerra y que tanto sabían de ella, quedáronse en su mesmo real con pensamiento de hacer otro puente, mandando traer todos los bateles de las naos de carga, á fin que en un mismo tiempo los caballos y infantería, cada uno por sí, pasasen de la una y de la otra parte; y tomando una larga trecha al cabo de las puentes, hiciesen una trinchea contra los enemigos, en la cual los más valerosos soldados asegurasen á los que los seguían pudiesen hacer rostro á los enemigos y salir fuera, defendiéndoles la artillería, de la cual tenían grande copia y muchas y muy buenas piezas, que podían hinchir la ribera de abajo y de arriba y defendellas fácilmente.

Estando los franceses tratando estas cosas como tan valeroso capitán y tan sabio en la guerra, según en las cosas en que se había hallado, comenzaron los franceses á aborrecer al Marqués de Mantua y á desacatarle, diciendo que en todo lo que había comenzado se había errado y todo lo hacía muy al contrario de lo que ellos tenían ordenado; y toda la culpa echaban al Gonzaga, y que era muy tardío en lo que había de hacer y no nada diligente, y que con poca presteza trataba las cosas de la guerra. Tiene esta falta la guerra: que cuando alguna jornada no sucede felicemente, fácilmente murmuran del capitán y le quitan la honra y reputación que hasta allí ha ganado, aunque haya hecho cosas muy señaladas en las pasadas jornadas y haya sido muy venturoso en lo pasado. Cuando alguna jornada no sucede felicemente, luego culpan al capitán, no se acordando de las cosas pasadas, aunque hayan sido prósperas. Los franceses de su natural arrebatados en todo lo que hacen y deseosos de concluir de presto los negocios, aunque sean contrarios; porque de su natural no pueden sufrir luenga tardanza ni larga fatiga ni trabajos, quisieran quel Gonzaga de presto combatiera y viniera á las manos con los enemigos por poner fin á la guerra y á los trabajos que padecían; y desta causa muchos dellos murmuraban del Gonzaga, diciendo que si trujeran á mos de Tramolla por capitán, que ya hobieran ganado el reino y echado á los españoles de Italia y alcanzado la victoria, porque Tramolla con su grande industria y cabeza no hobiera esperado á la tardanza del Gonzaga y hobiera obtenido la victoria.

Entre los otros capitanes que de Francia habían venido con musiur de la Tramolla era Sandrycurto, hombre bien experimentado en las armas y de grande ánimo; mas era bastardo y muy suelto en hablar, y muy bravo y maldiciente. Hallándose este Sandrycurto en

([1]) Al margen, de letra del texto: «De la compañía de Morellón. A este Hernando de Illescas mandó llevar el Gran Capitán á su tienda y lo hizo curar, y cuando sanó [quedó] sin el brazo».

([2]) Así en el original; pero no se trata en este capítulo de esta materia, sino en el siguiente que lleva el mismo epígrafe. En este se ocupa principalmente de las murmuraciones que en el ejército francés producía la conducta militar y la persona del Marqués de Mantua.

cierto alojamiento de soldados les dijo desta manera: «Sabed, señores franceses, que nosotros somos con justa causa castigados de la fortuna, que venga el nombre francés á término y á tanta poquedad que vengamos á ser sujetos y que obedezcamos á un capitán extranjero, y más italiano bujarrón, como si de nuestra nación no hubiera capitanes más valerosos que en todas las otras naciones juntas; si no véase en los tiempos pasados y presentes, hay en nuestra nación muchos mejores que él, los cuales con su esfuerzo y valor nos hobieran sacado destos trabajos y ganado la victoria de los españoles y los hobiéramos buscado y muerto y preso todos ellos». Estas y otras muchas palabras dijo este Sandrycurto, lo cual luego fué referido al mesmo Marqués, y cómo los más franceses decían lo mesmo. El Gonzaga sintió mucho aquellas palabras, y las sintió como era razón, porque es costumbre entre los soldados y gente de guerra y en la paz asimesmo deshonrarse unos á otros é injuriarlos de palabras. A los italianos llaman los franceses y aun españoles bujarrones, que quiere decir que se echan con muchachos. A los españoles llaman marranos y ladrones; los alemanes llaman á los suizos vaqueros y ordeñadores de vacas, y los suizos llaman á los tudescos puercos sucios; á los ingleses, bestiales irracionales; á los portugueses, locos enlevados; á los franceses, borrachos, cueros de vino, y asimismo á los flamencos.

Al Marqués le pareció que perdía toda su reputación en tener más el imperio y mando sobre los franceses, gente tan insolente y soberbia, cuya reputación y fama con sus vanas palabras habían maltratado y ofendido; determinó dejar lo más presto que pudiese la potestad y gobierno de los franceses, porque él desde que llegó al reino de Nápoles siempre fué de voto y parecer, y lo demostró con muchas razones muy bastantes, que el ejército se pasase en Pulla; mas los menos obedecían los mandamientos y murmuraban de los pagadores que hurtaban los dineros con que se habían de proveer los soldados y gente de guerra, y que daban falsa relación de los soldados por hurtar las pagas.

Pues veyendo esto el Marqués, cómo entre ellos se iba perdiendo su honra, y vía ya el suceso que aquel campo había de haber, según la insolencia y poca obidiencia de los franceses, determinó de esperar á su tiempo para les dejar General, cuando viese que cómodamente lo podía hacer.

CAPÍTULO XXIX

De un ardid que el Gran Capitán hizo para dar á entender á los franceses que tenía temor de ellos, y de lo que los franceses sobre ello hicieron.

El Gran Capitán consultó con el Conde Pedro Navarro y con micer Antonelo cómo se haría un ardid para que los franceses pensasen que los tenían temor y pasasen el puente. Los cuales hicieron un ardid, y fué éste: que aparejaron una barca con pólvora y botafuegos, y metido dentro un soldado de noche en cueros; y la barca comenzó de ir el río abajo hacia el puente, y cuando llegó la barca cerca del puente, púsola fuego y saltó en el río, y á nado salió á la orilla. La barca comenzó á arder muy bravamente y fué á topar con el puente. Mas los franceses que estaban en la guarda del puente, como vieron venir el fuego á dar en el puente, aunque no pudieron imaginar qué sería, porque no vían sino aquel fuego venir á quemar el puente, con lanzas y cuentos detuvieron que no llegase la barca al puente, aunque estuvo bien cerca, y allí se acabó de quemar. Los franceses de aquel ardid creyeron que los españoles temían que los franceses pasarían de la otra parte, y que deste temor habían hecho aquel fuego, para que les quemase el puente, tuvieron por cierto que el Gran Capitán le pesaba ver allí el puente.

COMIENZA EL NONO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNANDEZ, GRAN CAPITÁN, HIZO CONTRA LOS REYES DE FRANCIA EN EL REINO DE NÁPOLES.

CAPÍTULO I

De cómo los franceses pasaron otra vez el puente, y lo que sobre esto pasó.

Pues un día por la mañana amaneció todo el real de los franceses levantado y comenzaron á pasar el puente. Aquel día se halló el Gran Capitán con solas quinientas lanzas

ligeras y quinientos soldados y los alemanes; porque toda la otra gente estaba repartida por los aposentos, á causa de ser el tiempo, como hemos dicho, tan trabajoso de aguas, y estaban muy desesperados por no se hallar allí en el ejército.

El Gran Capitán les inviaba siempre á decir que holgasen, que él les avisaría cuando viese que era tiempo para dar la batalla á los franceses, y que á ellos guardaba para mayores cosas. Visto, pues, por el Gran Capitán que pasaban, mandó que los dejasen pasar sin les estorbar su pasada. Pues viendo pasados mil y quinientos franceses, invió contra ellos quinientos infantes y quinientos caballos ligeros, y díjoles: «Id con la gracia de Dios y de su bendita madre y pelead con ellos, que yo quedo aquí, adonde me dejáis con los alemanes, para si hobierdes menester ayuda, os pueda socorrer. Y júroos por Dios eterno de no me mudar de donde me dejáis solo un paso atrás, sino que muerto ó vivo aquí me hallaréis». Y luego invió á llamar á gran priesa á la gente de guerra á los aposentos por la posta; aunque cuando vinieron con toda la presteza que pudo ser, ya el negocio estaba despachado, y al camino les tornó á inviar á mandar que se volviesen, lo cual ellos no hicieron, antes vinieron allí al real y se quejaron muy gravemente al Gran Capitán porque no les mandaba estar allí; que los debía tener en tan poco que no debían de ser para pelear; que le suplicaban les mandase estar allí, y que verían para lo que eran. El Gran Capitán mandó á personas que para ello señaló, que si allí muriese, así armado como estaba, lo tuviesen allí, como estaba, hasta que aquella batalla se acabase, y después lo trujesen en el campo armado hasta que los Reyes Católicos proveyesen de sucesor. Esta diligencia hizo el Gran Capitán porque los franceses, sabido y visto á donde el Gran Capitán estaba, asestaron hacia allí muchas bocas de fuego y tiraban hacia allí á do vían estar el Gran Capitán. Pasaban las más pelotas cabe él. Una pelota mató á un Barón de Sicilia que estaba hablando con él, al cual mandó el Gran Capitán enterrar sin hablar en su muerte ni recibir alteración. Otra pelota pasó entre las manos del caballo y otras junto á su cabeza y cuerpo.

Cuando el Gran Capitán invió los quinienros soldados y quinientas lanzas, les dijo: «Mirad que no vais á escaramuzar, sino á les matar ó morir, y haced lo que hoy viéredes hacer á don García de Paredes y á Pedro de Paz y á Carlos de Paz y á Morellón y Mercado, Espés, Hernán Suárez, Escalada y Coelo, Viciana y Espinosa», que vió que iban en la avanguardia, y nombró por sus nombres á otros muchos. Un soldado le respondió: «Pesar de tal con Diego García! Voto á Dios, más de dos Garcías vereis hoy que hombres vamos aquí».

Cuando, [como dijimos] en el capítulo pasado, pasaron la primera vez que huyeron los cuatrocientos italianos que guardaban el puente, y los franceses les tomaron los dos falconetes, dijo el Marqués á mos de Alegre: «¿Estos marranos son los que os vencieron en la Chirinola y los que os han echado del reino?» con otras palabras afrentosas. Pues veyendo mos de Alegre venir á los españoles á pelear con los que habían pasado, dijo al Marqués: «Magnífico señor, aquellos que vienen á pelear con los que han pasado sospecho que son los que á mí me desbarataron. De aquéllos os guardad y veamos cómo lo hacéis». Pues estos españoles arremetieron con grande ímpetu contra los franceses. Ellos los recibieron con otros tales ánimos y esfuerzo, porque aquellos primeros que habían pasado eran los mejores de todo su campo, y pasaban por el puente todos cuantos podían. Estuvo la batalla por gran rato bien reñida; mas los españoles pelearon tan varonilmente, y más sabiendo que los miraba el Gran Capitán, que los franceses quisieran poder tornar á pasar el puente. Los españoles ocuparon el puente y hicieron tan grande estrago en ellos, que de mil y quinientos que pasaron, ninguno quedó vivo que no fuera muerto á ahogado.

CAPÍTULO II

De lo que hicieron los españoles después de muertos los mil y quinientos franceses.

Como los franceses vieron muertos los mil y quinientos franceses que habían pasado el puente, asestaron seis bocas de artillería, principalmente dos cañones que eran los mejores que había en Francia, llamados el «Gran cañón de Bretaña» y «Madama de Forlin», y con estos les pareció que defende-

rían el puente que los españoles no pasasen allá, que las pajas del puente llevaban los cañones.

Los españoles, no contentos con haber muerto los mil y quinientos franceses que el puente habían pasado, comenzaron con gran presteza á pasar el puente. Las maravillas que en armas se hicieron aquel día en el puente y fuera de ella por los capitanes y soldados es cierto que los que las vieron tenían en poco lo que Plutarco en sus *Vidas* y Tito Livio en sus *Décadas* escribieron. De Diego García de Paredes ni palabras bastan para lo contar ni razones para lo dar á entender. Traía una grande alabarda que partía por medio al francés que una vez alcanzaba, y todos le dejaban desembarazado el camino. Daba voces á todos que pasasen al real de los franceses, y él y otros algunos pasaron de aquella parte, y fuéronse derechos á los artilleros que estaban con las mechas cebando los tiros. A dos artilleros partió por medio Diego García hasta los dientes, de que el Marqués estaba espantado. Y visto que los españoles habían pasado el puente, comenzó á huir en uno de los cincuenta caballos que de Mantua habían traído; y mos de Alegre y el Paliza iban tras él diciendo: «Volved, señor, á ver los que nos desbarataron en la Chirinola y en las otras plazas. Volved y amosaros los hemos». Y si esperara, lo trataran como á un señor francés que estaba hablando con el mesmo Marqués, que visto que el Marqués huía y que los españoles pasaban el puente, se puso allí á la defender; y Diego García le prendió, que no le quiso matar por ver que lo había hecho mejor que todos; y porque los soldados lo querían matar, él lo dejó ir libre, el cual fué muerto de risa para sus compañeros y alababa la merced quel gran diablo le había hecho, que así llamaba á Diego García.

Aquel día hicieron Morellón, Spes, Coello, Busto, el coronel Villalba y los Alvarados, padre y hijo, y todos los que allí se hallaron, cosas increíbles en armas. El Gran Capitán les mandó que se volviesen á estotra parte de la puente, y no podían pasar sino sobre cuerpos muertos. Cuando volvieron los españoles, hallaron al Gran Capitán en el mesmo lugar que le habían dejado. Los alemanes estaban espantados de ver que jamás por las muchas pelotas que le pasaban al derredor de él, que jamás hizo mudanza alguna en el rostro ni habló en las pelotas. Decían que debía ser cuerpo encantado, y que tal hombre como aquel no había de haber nacido en España, sino en Alemania.

El Gran Capitán recibió á los capitanes y soldados con grande alegría, alabando sus hechos hasta el cielo. Faltaron hasta veinte soldados. Llevó un tiro de artillería entreambas piernas á un capitán de infantería que se llamaba Guzmán, que había sido paje de don Alfonso, señor de la Casa de Aguilar; quedó allí sin piernas. Era muy gentil hombre y había hecho cosas muy señaladas en armas; al cual mandó llevar á su tienda el Príncipe de Navarra y lo hizo curar, pensando que sanaría, y al fin murió; y el Príncipe lo mandó llevar á Gaeta, y lo hizo enterrar muy honradamente, con un título sobre su sepultura que contaba su muerte. Este Príncipe no había hecho tantos fieros como el Gonzaga, y peleó aquel día mejor que él.

Había en el real de los franceses un caballero italiano, natural de Sesa; era del Consejo de Guerra de los franceses; tenía allí consigo un hermano, el cual cada noche llevaba una carta de cifras avisando de todo lo que pasaba. Este su hermano se iba el río arriba, y con una piedra, atada la carta á ella, la echaba de la otra parte del río; para lo cual estaba un soldado esperando, y la tomaba y le traía la respuesta, y la echaba de la misma manera. Cada noche sabía el Gran Capitán el estado de los franceses por esta vía.

CAPÍTULO III

De cómo todos los señores y capitanes del ejército y los del Consejo de la Guerra requirieron al Gran Capitán se retrujese en los alojamientos y alzase en todo caso el real, y lo que respondió y hizo.

Juntáronse un día los señores y capitanes y los del Consejo de la Guerra y suplicaron al Gran Capitán que se retrujese á algunos alojamientos hasta que aquel tiempo tan trabajoso de aguas pasase; diciendo que ya no se podían sufrir las necesidades que allí padecían y los trabajos insoportables que allí pasaban. Pusieron al Gran Capitán delante todos los inconvenientes que había; que cualquiera dellos era bastante para que se

recogiese el campo á los alojamientos, diciéndole que bien sabía Su Señoría que los hombres no eran obligados á las cosas imposibles, como lo era aquélla. Principalmente insistían en esto los del Consejo de la Guerra. El Gran Capitán les oyó con mucha atención hasta el cabo, y les dijo: «Señores, no me aconsejéis que vuelva atrás en ninguna manera á los alojamientos; que yo entiendo de os llevar á aquel real de los franceses que está bien bastecido de todas las cosas necesarias». Ellos le tornaron á replicar y apretar tanto, que les dijo: «Oid, señores, y será esta la postrera respuesta que, señores, os daré, sin que más me repliquéis. Yo bien tengo por cierto que todos cuantos aquí estáis deseáis el servicio de los Reyes nuestros señores tanto como yo, y que sabéis muy bien lo que decís y hacéis cada uno de vosotros mucho mejor que yo; mas quiero que sepáis que si volvemos atrás, perdemos todo el crédito y reputación que hemos cobrado; y la mayor parte de Italia está esperando que haya alguna quiebra, como será está, para que así hagan ellos su mudanza. Y los franceses tomarán tanto orgullo de nos ver volver atrás, que cobrarán nuevas fuerzas. Cosa es de gran poquedad que sufran los franceses estar en el campo, treinta pasos de nosotros, y que nosotros no podamos sufrir otro tanto y estar como ellos están; ya que todo esto cese, yo no puedo acabar conmigo de volver un paso atrás, y si, como me decís, que la gente, no lo pudiendo sufrir, se irá y me dejará, de aquí os digo, por vida de los Reyes Católicos y á fe de cristiano, que si solos diez quedaren conmigo, que con solos ellos quede hasta pasar el río y les dar la batalla y los vencer ó quedar allí muerto. Por ende, sígame quien quisiere, y el que no, váyase con la gracia de Dios; y pues vosotros, señores, sois tan esforzados, por qué me queréis poner á mi temor? Y ya que todos se vayan, ya yo veo los que conmigo han de quedar. A lo que, señores, decís de la falta de los mantenimientos, yo acabaré con los españoles, así capitanes como soldados, que no coman sino de cuatro en cuatro días, y yo les terné compañía; pues á vosotros, señores, no os ha de faltar de comer. Sabed, señores, que las grandes cosas con grandes trabajos se alcanzan. Los persas, los griegos, los romanos, no hicieran las grandes hazañas y hechos en armas, de que los libros están llenos, si no pasaran muchos trabajos y padecieran grandes necesidades, como en sus historias podéis ver y leer. Pues vosotros, señores, ¡cuánta ventaja hacéis á todos los pasados en el esfuerzo, destreza y en todas las otras virtudes, así en la paz como en la guerra, no es menester decillo yo!» Toda la gente de guerra respondió que, si era menester, no comerían sino de ocho en ocho días.

CAPÍTULO IV

De cómo se fué del ejército el Marqués de Mantua, General, como hemos dicho, é se fué á Roma, y de allí á su casa, y las causas por qué.

El Marqués de Mantua, vista la insolencia de los franceses y cómo en sus alojamientos murmuraban dél y era muy odiado, así de los capitanes como de los soldados, y visto que los españoles les mataron los mil y quinientos hombres que pasaron el puente, y con un juicio cual lo tenía muy vivo, parecíale que por lo quél había visto y la valentía dellos y la soberbia de los franceses y otros defectos que de ellos vía, tuvo cuasi por cierta la ruina de su campo, y que había de haber aquella jornada infelicísimo suceso. Lo cual él vía por muchas causas que en su pecho tenía entendidas, y también estaba tan espantado de ver el ánimo y presteza de los españoles. El determinó de se volver, y se partió á los siete días de noviembre del dicho año de quinientos y tres. Dijo y publicó que le habían apretado unas calenturas y que allí no podía ser curado de ellas; las cuales decía le haber sobrevenido por el destemplamiento de dormir algunas noches al sereno. De la soberbia con que vino iba muy curado. El se fué derecho á Roma, diciendo que á se curar. Todos los cincuenta caballos y sus ricos aderezos volvieron sanos y salvos, y los arneses sin faltar pieza ni llevar un encuentro chico ni grande. Las tiendas fueron sanas con todo el repuesto.

Decía este Marqués en los familiares coloquios y á las personas aceptas á su servicio y amistad: «Cuando yo acepté el cargo de General, pensé que los españoles eran como las otras gentes, que osan cuando el tiempo lo requiere y temen cuando la razón lo pide,

y que los españoles no temían, porque se iban derechos á la artillería, y nadie debe de pelear con el enemigo cuando no tienen en nada la vida, ni se da nada porque venga la muerte. Ni temen los españoles las necesidades y la hambre, ni los trabajos ni el frío, ni los otros infortunios que suelen acontecer; ni les disminuye el ánimo, ni les enflaquece el osar; ántes cuando en más necesidades se ven, entonces parece que se les dobla el ánimo; y sobre todo, que tienen un capitán el más venturoso que creo que haya habido jamás; que si no fuera español, creyera que Dios hacía sus cosas, según hemos visto sucederle, como él las pide y traza». Estas y otras cosas decía el Marqués en las pláticas particulares; porque tiene tanta fuerza la verdad, que hasta los enemigos hace que la confiesen. Y así quedó el Marqués de Saluces por General de todo el campo de los franceses.

CAPÍTULO V

De cómo el Gran Capitán se retrujo á Sesa para engañar á los franceses, y cómo aquel ardid hubo efecto.

Pues víspera de Navidad el Gran Capitán con su ejército se retrajo á Sesa, á Teano y Carinola, porque los franceses pensasen que tenía su gente repartida en las aldeas de Sesa, que son muchas, y estos aposentos son hacia la banda adonde entendía echar el puente. Fué este día muy trabajoso de aguas. Los franceses no salían de su parque cabe su puente.

Pues á los veinte y seis días de Diciembre, que fué día de Santo Esteban, después de haber oído misa y comido él y toda su gente, se fueron donde habían de echar el puente. Dió el Gran Capitán cargo de echar el puente á Bartolomé de Alviano, aquel capitán ursino, porque era muy ingenioso y muy hábil, cómo arriba dijimos, y estaban allí puestos todos los materiales juntos.

Pues echado el puente, sin que los franceses supiesen nada desto, para lo cual tuvo el Gran Capitán mucho recaudo, así en tomar las espías como en hacerse en tiempo que nadie salía del real ni de los aposentos, y para los engañar más estaba parte del campo enfrente del suyo. La intención del Gran Capitán no fué de pasar aquel día el puente, sino otro día viernes, que era el día que tenia su devoción de pelear, y jamás dejó de vencer aquel día.

Andaban en aquella sazón quinientos soldados amotinados del ejército, á toda ropa robando, y no los habían podido reducir, así por las grandes necesidades que padecían, como por muchas bellaquerías que habían cometido. Aquel día halláronse en la sierra y vieron echar el puente al Garellano, y pensaron que se echaba para pasar luego por ella de la otra parte; y todos así como estaban se bajaron á gran priesa en su ordenanza y se fueron derechos adonde el Gran Capitán estaba, y le dijeron desta manera: «Perdonadnos, señor, por servicio de Dios y de su bendita Madre, y acordaos de algunos servicios que os hemos hecho, y de cuántas necesidades, hambres y trabajos hemos sufrido en vuestro servicio. No ponemos por nuestra parte excusa alguna, sino que la causa fué nuestros pecados y ceguedad y error del entendimiento. Nunca quiera Dios que hoy deis la batalla á los franceses sin que nosotros nos hallemos en ella, ni que vuestra persona se ponga hoy en peligro donde nosotros no seamos los primeros; y en pago de nuestro maleficio nos dad licencia para que vamos en la avanguardia y ser los primeros, porque veáis la enmienda que hacemos de nuestro delito. No se cierre para nosotros aquella loable virtud de la clemencia, que en vuestra señoría siempre tanto ha resplandecido, que os ha hecho ser de todos amado, y si amado de todos temido. Porque cierto es que ninguno quiere enojar á quien ama. Verdad sea que Dios nuestro Señor algunas veces usa de justicia, mas cada día, cada hora, cada momento usa de misericordia y clemencia; porque si siempre usase de justicia, según todos somos inclinados al mal, en un instante perecería el mundo. Mirad, señor, que el rigor de la justicia es muy vecino de la crueldad, cosa tan ajena de la condición de vuestra señoría, por la cual en todo el mundo sois loado». Esto decían estos amotinados con el mayor sentimiento del mundo, que era muy gran lástima de los ver y oir.

El Gran Capitán los abrazó con muy alegre gesto, y les dijo: «Bien sabía yo, hermanos míos, que cuando yo tuviese necesidad, que no me habiades de faltar. Muy mayor es la satisfacción que agora me habéis hecho que

la culpa que cometistes, y aunque no fuera sino la confianza con que os pusísteis en mi poder y os venistes para mí, me obligaba á os perdonar y á hacer merced, como yo os la haré».

CAPÍTULO VI

De lo que los alemanes hicieron, visto bajar de la sierra los amotinados, pensando que querían pasar el puente.

Los alemanes como vieron bajar de la sierra los amotinados hacia el puente, pensaron que luego querían pasar y viniéronse sin ser llamados. El Gran Capitán no quería pasar el puente hasta otro día, y para aquel efecto había hecho llamar á toda la gente que estaba en los aposentos. Pues como el Gran Capitán vió á los alemanes y amotinados allí juntos, dijo á aquellos señores y capitanes: «Paréceme, señores, que Dios quiere que hoy pasemos el puente, pues la gente se viene sin ser llamada». A esta hora Bernabé de Alviano con gran diligencia y trabajo acabó de echar el puente. En aquel echar del puente trabajó el Gran Capitán mucho, y dábale pena un coleto de damasco pardillo, y quitólo y diólo á Gómez Coello, un capitán de peones. «Por señas [le dijo] deste coleto, os aparejad que os tengo de encomendar un negocio; que si hijo tuviera, á él solo lo encomendara, y no diera la gloria dél á otro ninguno».

Pues acabado de echar el puente por la grande industria y presteza de Bartolomé de Alviano, sin esperar para otro día la gente que había de venir de los aposentos, que había enviado á llamar, comenzaron á pasar los alemanes y dos mil españoles y ciento de caballo; se hundió un pedazo del puente, de manera que no pudieron pasar más. A esta hora llegó un soldado al Gran Capitán y le dijo: «Señor, perdidos somos, que se hundió un pedazo del puente». El Gran Capitán le respondió: «Señor fulano, ¿cómo seyendo vos tan valiente me queréis poner temor? Quebrarse el puente tengo yo á mejor dicha; porque los nuestros que destotra parte están y quedan, irán á pasar por su puente y los acometerán, y nosotros les daremos en sus espaldas y los desbarataremos». Aquella noche estuvo el Gran Capitán pasado el puente hasta la mañana de aquella parte del río adonde estaba el ejército de los franceses, el río abajo.

CAPÍTULO VII

De un hecho muy de notar que aconteció aquella noche á un capitán de peones llamado Gómez Coello con los franceses.

Aquella noche luego en anocheciendo llamó el Gran Capitán á aquel Gómez Coello á quien dijimos que había dado un coleto, y le dijo que le había de encargar una cosa muy importante. «Agora en anocheciendo, le dijo, Coello, vos sabéis que cerca de aquí, en un lugar que se llama Los Fratres, están cuatrocientos hombres de armas franceses aposentados, y esta noche se han de ir á juntarse con el campo de los franceses; y hay en el camino una rambla honda, que es un mal paso, y han de pasar por allí por fuerza. Vos tomáis de aquí trescientos peones, y con vos irán quien os guíe, y cuando los viéredes en aquel mal paso, la gracia de Dios nuestro Señor y de su bendita Madre sea con vos. Y mirad, Coello, lo que más valen los muertos más que los vivos». Coello le respondió: «Descreo de tal si hombre de ellos me escapa». El Gran Capitán le riñó por haber renegado y estuvo por no le enviar, porque tenía aquella falta de siempre renegar, aunque era muy valiente, y el Gran Capitán le daba [pena] cada que hobiese de renegar tanto y jamás le podía quitar aquel mal uso. Luego se partió con sus trescientos soldados y sus guías; y una hora antes que amaneciese vino un peón de los que fueron con el Coello en un muy hermoso caballo, y le dijo al Gran Capitán delante de todos aquellos señores y capitanes: «El capitán Gómez Coello hace saber á V. S. cómo él peleó con los franceses y que ningún peón de los que llevó le ha quedado; y él queda muy bueno y sano y sin ninguna herida, que habiendo peleado Coello con los trescientos peones que llevó, quedó él vivo sin le quedar ninguno». «Andad, amigo, que eso es cosa que yo no creeré jamás, que es cosa imposible que habiendo perdido los peones quedase él sano. Mejor nueva espero yo de Coello que no esa». «No digo yo, señor, que murieron los trescientos peones, sino que no le quedaron ningunos». «¿Y de los franceses, dijo el Gran Capitán, cuántos murieron?» «Los trescientos y ochenta, dijo aquel soldado; y los veinte quedaron muy heridos y presos». «¿Pues cómo no quedó

ningún peón?» Respondió aquel soldado: «Porque todos vienen hechos hombres de armas, y aun también nuestros mozos también todos á caballo y con sus arneses vestidos». El Gran Capitán lo abrazó y le dijo: «Así lo creo yo de Çoello». Y el Gran Capitán hizo muy gran merced á este soldado. «Pues más sepa V. S. que quisimos ir esta noche á pelear con los franceses y hacerles un recado falso por los tomar seguros; sino que nuestro capitán no quiso pelear con ellos con engaño, sino de día y seyendo conocido dellos». El Gran Capitán salió á recebir á Coello, y asomó una compañía de trescientos y tantos hombres de armas muy hermosa y muy gallarda. El Gran Capitán abrazó á Coello y lo besó en el rostro, y le dijo muy buenas palabras de las que suele.

Al tiempo que el Gran Capitán invió á Coello, invió también á otro capitán llamado Escalada, que era del Próspero Colona, [á un lugar] en que estaban aposentados ochenta hombres de armas franceses; y llegó á la hora que Coello á los Fratres, y peleó con ellos y mató los más dellos y los otros huyeron. Mataron sesenta y trajeron sesenta caballos y sesenta arneses. No saquearon el lugar por ser del Próspero; antes dieron á los vecinos parte del despojo que tomaron á los franceses. Y tras Coello vino Escalada asimismo sin ningún peón, porque todos vinieron asimismo hechos hombres de armas. Eran tantas las aguas y acequias que no podían caminar.

CAPÍTULO VIII

Seyendo ya el día claro, movió el Gran Capitán todos los que habían pasado el puente y peleó con los franceses.

El viernes por la mañana, que se contaron diez y nueve días de Diciembre, el Gran Capitán desde la otra parte del río dijo á los de su ejército que no habían podido pasar: «Idos á pasar por su puente; id en frente de nosotros, que yo os doy mi fe de los acometer y desviar del puente y os la dejarán desembarazada por donde paséis». Y así comenzó á caminar camino del real de los franceses, el río abajo.

El Marqués de Saluces, el General, supo aquella mañana de una espía cómo un capitán español, que fué Coello, había muerto los cuatrocientos hombres de armas que estaban en los Fratres y los ochenta que fueron desbaratados por Escalada. Tras éstos llegó otra espía que habían hecho un puente el río abajo y venían marchando los unos por la una parte y los otros por la otra parte del río. Los franceses se turbaron en gran manera, y más viéndolos asomar, que ni acertaban á enfrenar los caballos ni á cabalgar, y comenzaron á arrancar la artillería y todo lo que más pudieron, y comenzaron sin orden ninguna á marchar hacia Gaeta; y fuéronse á una villa que se llama Mola, qué está en el camino, para se hacer allí fuertes. A esta hora como el Marqués de Saluces vió huir la gente de temor del ejército de los españoles que venía, comenzó de animar á los franceses, rogándoles que peleasen y esperasen en Dios que les daría la victoria, y que hobiesen vergüenza de huir, habiendo esperado allí tantos días, y que tuviesen buena guarda en el puente, para que no pasasen los españoles que por aquella banda iban; que él les daba su fe, con la ayuda de Dios, de los romper, y que aunque todos hubiesen pasado, les debían de dar la batalla.

Los franceses nunca quisieron oir al Marqués ni volver á hacer rostro, sino en huir el que más podía, y más veyendo la furia con que los españoles marchaban. Con el Marqués se juntaron algunos caballeros y capitanes, y hombres de honra, que comenzaron á animar á los franceses y á los poner en orden. Mas los franceses comenzaron á marchar; ni esperaban bandera ni capitán, y tomaron el camino para Mola. El Marqués y los capitanes quisieron mucho hacer rostro á los enemigos; mas viendo que se quedaban solos, comenzaron á caminar tras ellos hacia la Mola, para allí se hacer fuertes y animar la gente para que otro día peleasen con los españoles.

El Gran Capitán aquella noche comenzó á marchar tras los franceses, sus batallas ordenadas, y pensó de pelear, porque tenía al Marqués de Saluces por hombre de mucha honra y muy sabio en las cosas de la guerra, aunque no había bravoseado tanto como los otros Generales, y si los franceses le siguieran, él los diera á los españoles la batalla. Mas los dȩscubridores volvieron diciendo cómo los franceses habían alzado su real y se iban el río abajo sin orden ninguna camino de Gaeta. El Gran Capitán con hasta treinta de caballo,

señores y capitanes, se adelantaron y los vieron ir. El Gran Capitán se apeó y se hincó de rodillas y alzó las manos al cielo y dijo: «Bendito seáis vos, Señor, que fuisteis servido que hoy no se derramase sangre de cristianos, pues fuimos redemidos por vuestra preciosa sangre; porque aunque somos malos, seguimos vuestra verdadera fe. En vuestras manos está la victoria y ésta dais vos á quien tiene justicia. En vuestra mano está la vida y la muerte». Con otras muchas palabras que como muy católico cristiano dijo.

Ya no había de la retaguarda de los franceses á la avanguardia de los españoles más de una milla. El Gran Capitán llamó á Medina y le dijo, llegando ya adonde llaman los Coliseos: «Tomad los que os pareciere y mirad aquesa ribera del río si por ventura dejaron los franceses algo escondido». Pues yendo el Medina buscando la ribera, adonde otro río entra en el Garellano, vió un villano de la tierra que se echaba al agua; al cual llamó y le dió su fe y seguro que no le sería hecha alguna ofensa. Pues salido este villano y asegurado, dijo que él mostraría dónde los franceses dejaban ascondidos doce tiros de artillería; los cuales luego se cobraron, que ninguno se perdió, porque no estaba la agua muy honda adonde quedaban; los cuales luego fueron llevados al campo de los españoles.

CAPÍTULO IX

De lo que acaeció á cuatro españoles que se adelantaron á herir en la retaguardia de los franceses.

El Gran Capitán mandó que ninguno se desmandase; verdad sea que sin su voluntad, sin que ninguno los viese, se adelantaron cuatro españoles que se llamaban Paz, Busto, Diego López de Angulo y Bernardino, paje del Gran Capitán. Los franceses acabaron de pasar un puente que entra en el Garellano y vieron venir al más correr de sus caballos cuatro españoles, y emboscáronse ochenta caballeros franceses entre unos sotos sin que los pudiesen descubrir los cuatro españoles.

El campo de los españoles quedaba bien trasero Pues habiendo salido estos cuatro de caballo al puente, salieron los ochenta hombres de armas á ellos. Cuando los cuatro vieron salir de la celada los ochenta franceses y ser tantos, revolvieron al puente, y aunque se pudieran salvar tornándose para su campo, no quisieron, sino pararon en el puente, y todos cuatro comenzaron á pelear con todos los ochenta franceses, determinados de morir antes allí que volver atrás á dar en la avanguardia de los españoles, sus compañeros, principalmente viniendo allí el Gran Capitán. Pues veyendo los franceses no ser más de cuatro y la avanguardia venir tan trasera, pelearon con ellos. Los españoles se defendían y ofendían á sus enemigos como si fueran veinte, que nunca jamás volvieron un pie atrás. Diego López de Angulo animaba á sus compañeros, como aquel que era uno de los valientes soldados de todo el campo, y vendió bien cara su muerte, y lo mesmo hicieron García de Busto y Bernardino. Los franceses sucedían de refresco, hasta que los tres habiendo hecho más que hombres y muerto mucha parte dellos, cayeron tendidos en el mesmo lugar que primero habían puesto los pies.

Aquel Paz, visto que sus compañeros eran muertos y él mal herido, se echó desde la puente en el río; y á dicha estaba una higuera nacida en un arco, y asióse con un brazo de ella, y allí quedó colgado hasta que llegó la avanguardia, que hallaron á los tres españoles tendidos en el suelo, hechos muchas piezas, y vieron al Paz colgado de la higuera.

Los franceses cuando vieron al Paz colgado de la higuera quedaron muy espantados, y decían: «Tan bien andan estos diablos por el aire y agua como por la tierra», y se fueron riendo de lo ver colgado. El Gran Capitán mandó enterrar aquellos tres españoles, y después los llevaron á Gaeta y los enterraron muy honradamente. Estaban cabe los españoles más de doce franceses muertos, por mano de ellos.

Al Gran Capitán le pesó mucho por la muerte destos tres, que eran muy valientes soldados, principalmente por el Diego López de Angulo, porque era natural de Córdoba y era muy deudo de la Casa de don Alonso de Aguilar, su hermano, y era caballero muy esforzado y muy quisto de todos.

Cuando el Marqués aquella mañana supo que el Gran Capitán había pasado el puente, luego proveyó que todas las barcas se juntasen y metieron en ellas los mercaderes y tiros

gruesos y todo el más carruaje que se pudo meter, y todas las mercadurías que allí estaban en aquel ejército, que era en mucha cantidad. Estas barcas fueron el río abajo á Gaeta, y antes que llegasen se levantó un temporal, con que todas se hundieron y los mercaderes y cuanto en ellas iba, sin salvarse cosa alguna. Después mandó el Gran Capitán que se buscase en aquel lugar la artilleria, y se cobró sin quedar nada que no se cobrase.

CAPÍTULO X

De cómo el Gran Capitán siguió á los franceses hasta una villa que se llama Mola, y lo que allí sucedió.

Sabido por el Gran Capitán que venía la gente que estaba en los aposentos, á quien había inviado á llamar, pensando que otro día había de echar el puente, que venían, les invió á decir que se volviesen, que ya no eran menester; y por los contentar, les invió á decir que aunque no se habían hallado en aquel negocio, desde allá habían vencido; porque sabido por los franceses que ellos eran llamados, que de aquel temor habían alzado su real y se habían ido, y que los franceses habían tenido en más á ellos en sus aposentos; sabido que querían venir, les temieron más que á los que acá estaban, con otras muy dulces razones con que quedaron contentos.

Pues siendo el Gran Capitán en seguimiento de los franceses, llegaron á una villa que se llama Mola, que está tres millas de Gaeta, y pensó que allí se harían fuertes y pasarían allí aquella noche. Dióse muy gran priesa por los cercar; y yendo así hacia la villa, vieron venir por la cuesta abajo corriendo un italiano artillero hacia la avanguardia [1], diciendo que no fuese á la villa por do iban encaminados, porque los franceses tenían plantada la artillería en el camino, que no se parecía, con que les harían mucho mal, y que él era uno de los que tenían la mecha en la mano para cebar las diez y ocho bocas de los tiros; y que no sabe en qué manera, sin lo él querer ni poder hacer otra cosa, fué forzado á lo hacer, seyendo capital enemigo de la Casa de Aragón; que milagrosamente fué movido á ello. Y decía este italiano gran verdad; porque la artillería estaba plantada en el mesmo camino por do iban; con que se hiciera muy grande daño en la avanguardia, adonde iba el Gran Capitán y todos aquellos señores. El Gran Capitán se lo agradeció mucho y le hizo una gran merced. Y luego mandó á Pedro Navarro que con la infantería española fuese por la mano izquierda por una falda de una sierra, y que por allí bajarían á la villa, y el mesmo Gran Capitán se apeó y se puso junto á la bandera de los alemanes. Llevaba un morrión y una coraza y una espada y rodela, y tomó la mano derecha, dejando en medio aquel sitio adonde habían asentado aquella artillería; y dijo á los alemanes: «Hermanos, no me dejéis; que yo os doy mi fe de no os dejar, ó vencer ó morir aquí juntos cabe vuestra bandera». Y con esta determinación fué á pie, pensando, como dijimos, que allí se pararían; porque luego quería el Gran Capitán combatir el lugar. Pareció mucho este Gran Capitán en la presteza y celeridad y gozar de la victoria á Julio César, perpetuo dictador de Roma, en combatir á sus enemigos, sin temer ningún peligro que delante se le ofreciese.

Los franceses, conociendo la determinación y presteza del Gran Capitán, no osaron parar allí, antes tomaron el camino de Gaeta, desamparando allí diez y ocho piezas de artillería, que hasta allí habían traído y sostenido con gran trabajo. Pues como el Gran Capitán vió que no paraban allí, cabalgó en un caballo que se llamaba Lupo, y comenzó él y otros caballeros un galope. Yendo así, cayó el Lupo de un lado, y dió tan gran caída, que el estribo que tomó en bajo se hizo una torta y machucó el pie de manera que no se podía sacar del estribo, ni bastaba arte ninguna para lo sacar del pie, porque estaba hecho una pasta, aunque se quebrantaron allí hartas dagas y puñales. Al fin con mucho trabajo se sacó el pie del estribo muy maltratado, y aunque el pie dolía mucho, nunca mostró sentimiento alguno. Algunos prenosticaron ser aquel agüero, y que desta causa no debía ir á Mola. El Gran Capitán les respondió lo que suele, y les dijo que ninguna señal ni agüero le podía venir con que más holgara; que pues la tierra lo abrazaba, suyo quería ser.

Visto esto, mandó que los caballos y la in-

[1] Al margen: «Un milagro que Dios hizo con el Gran Capitán».

fantería marchasen y siguiesen el alcance á rienda suelta, y él se fué con los alemanes á su acostumbrado paso Los españoles se dieron tan buena priesa que los alcanzaron y fueron matando en ellos, sin que uno dellos pudiese resistir, y así los fueron matando hasta los meter por las puertas de Gaeta. Todo el fardaje tomaron, que ninguna cosa faltó que no perdieron. Murieron en aquel alcance hasta dos mil franceses; y fueran muchos más, sino que los españoles no querían matar á los rendidos y vencidos que no se ponían en defensa; que si quisieran, más de cuatro mil mataran; de que los franceses quedaron espantados en no matar todos los que podían, porque ellos tenian hecho voto y promesa de no dejar á vida á ningún español que toman: asaz santo voto para que Dios les ayude; y si lo han prometido, muy mejor lo cumplen, hasta adonde entran á visitar los hospitales y enfermerías y matar á todos los españoles que hallan, aunque sepan que dentro de una hora habían de morir.

Luego desde el burgo de Gaeta se volvieron los españoles á dormir á Castellón, y ninguna cosa cenaron porque no lo tuvieron. Luego el sábado por la mañana vinieron mantenimientos y vituallas, de que la gente comieron y reposaron. Hallaban los franceses por su cuenta que desde que el Marqués de Mantua se había ido les habían muerto quince mil franceses, sin los que se habían ahogado en el Garellano y se habían muerto de otros infortunios y enfermedades.

Sabido por toda la provincia y comarca que el Gran Capitán había pasado el Garellano y seguido á los franceses hasta los encerrar en Gaeta con tanto derramamiento de sangre, alzaron luego banderas por la Casa de Aragón, sin quedar lugar alguno que por los franceses se rebelasen, los cuales en sus tierras tenían aposentados algunos franceses; á los unos mataban y á los otros despojaban y prendían.

Es cierto y cosa muy averiguada de todos los que en este desbarato se hallaron, personas dignas de fe, dicen que jamás en memoria de hombres se ha visto ni en las historias pasadas se ha leído tan miserable, tan deshonrada y abatida jornada como ésta, desde que el puente pasaron, y aun después quel Marqués se partió del ejército; porque al Gran Capitán pidieron los soldados españoles les diese licencia, pues cómodamente se la podía dar y había lugar para ello, que dos días querían gastar en los aposentos para celebrar la fiesta de la Navidad en alguna iglesia y no en el campo; que nunca Dios quisiese que tan gran fiesta pasase sin que la celebrasen con honrar el nacimiento de Cristo y regocijarse ellos en aquellos dos días. El Gran Capitán les concedió aquellos días para se regocijar y festejar la fiesta del Salvador del mundo, y también porque hiciese hacer el puente más á su salvo, para les pasar á dar la batalla.

Los franceses veyéndolos irse á los aposentos, comenzaron á decir que los españoles eran cobardes y pusilánimes y de poco ánimo; que eran gentes que no podían sufrir las lluvias y los trabajos de estar en el campo cabe aquel río, y que aquello era por no venir con ellos á batalla, aunque por otra parte lamentaban su infortunio, diciendo que no sabían cómo Dios había querido darles tanta tormenta de aguas, habiendo dado pocos años había al Rey Carlos octavo, predecesor del Rey Luis, un año tan sereno, tan próspero y tan felicísimo, y á ellos tantos trabajos. Mas agora veyendo al Gran Capitán retraerse aquellos dos días, decían que los españoles, cansados de la guerra y temerosos de hacer con ellos jornada, se iban como gente apocada; de que Dios les dió luego el infelice suceso que hemos dicho y diremos.

Morían muchos de los franceses por falta de vestidos y otras cosas necesarias; porque aunque el Rey Luis en grande abundancia proveía todas las cosas sin faltar ninguna, el tesorero mos de Corcon y el bailín mos de Cadouyo eran notados y con mucha verdad por ser avarientos y hurtarles á los soldados las pagas y venderles las vituallas por muy excesivos precios.

Pues, como dijimos, que Bartolomé de Alviano por mandamiento del Gran Capitán les echó el puente y pasó á ellos y los halló esparcidos y sin ningún ánimo, y pasados los españoles desbarataron luego muy vituperiosamente á los franceses normandos, que sin mirar atrás ni tomar armas comenzaron á huir tan desacordadamente que las voces y grita suya fué oída en el real, á do el Saluces estaba con toda la otra gente; y el Marqués mandó embarcar, como dijimos, toda la artillería, y toda se perdió con la gente y municio-

nes que iban con ella. Y fué tan grande su adversa fortuna, que no hobo soldado ni capitán que obedeciese bandera, ni otro pensamiento tuviese sino en huir. Pasaron por el camino que llaman los Estanzos. Aquí, vista esta tan deshonrada y afrontosa huída, un capitán de caballos ginovés, llamado Bernardino Adorno, con hasta cien hombes de armas cerrados en escuadrón, se pararon en una puente de piedra por do pasa la agua formiana. Con mucho valor y esfuerzo hicieron rostro á los enemigos y animaron á sus compañeros para que volviesen á la batalla. Tuvo esta batalla al principio buena fortuna para los franceses, porque el Adorno peleó como varón, y mataron algunos españoles, y entre ellos á un Bernardino de Tordesillas, camarero del Gran Capitán y muy su privado y muy fiel criado del Gran Capitán; y fué muy herido Gonzalo de Avalos, capitán y pariente del de Avalos. Pues avisando al Gran Capitán cómo habían reparado los franceses y que habían hecho rostro, Gonzalo Hernández con grandes voces decía á todos que marchasen á gran priesa y peleasen como hombres y meneasen las manos; y él á toda furia puso las espuelas á su caballo Mudarra, que fué el mejor que hasta allí había nacido de las yeguas. Pues llegado el Gran Capitán, fué el Adorno tan apretado, de modo que no pudiendo sufrir comenzó de retraerse, y allí fué muerto por los tudescos. Al cual viendo los franceses que habían reparado, todos volvieron con muy desordenada huída para Gaeta. Allí la compañía de Pedro Navarro ocupó el monte Orlando que está puesto sobre Gaeta. Es este monte muy mentado por un sepulcro que está en lo alto dél, á do están las cenizas de Munacio Planço, que fué discípulo de Cicerón, al cual el mismo Tulio escribe muchas epístolas. Este fundó en Francia á León de Saona Rona y en Alemania á Basilea. Está en aquel monte en la sepultura del Munacio Planço:

L. MVNATIVS PLANCVS
L. F. L. N. L: PRON-PLACVS CONS.
IMP. VII. ITER. VII. VIR. EPVL. TRIVMPH.

Estas letras están en su sepultura, las cuales puse aquí para los hombres curiosos. En la cual torre mandó subir el Conde Pedro Navarro ciertas piezas de artillería, que los soldados subieron á brazo.

CAPÍTULO XI

De cómo el Gran Capitán mandó combatir á Gaeta, y de cómo los franceses pidieron partido, y lo que sobre ello se hizo.

A los treinta días de Diciembre, en fin del dicho año de mil quinientos tres, puso el cerco sobre Gaeta. Los franceses todos los que podían se embarcaban. Pues aparejado ya para les dar un asalto, vino un trompeta á pedir seguro; y dado, el Marqués de Saluces habló á los franceses y les dijo de esta manera: «Dios nuestro Señor y redentor, por cuya divina providencia se gobierna todo el universo, y aun todos los santos, siempre favorecen á los hombres que hacen su deber conforme á justicia y equidad y que tienen conocimiento de conocer lo que más les está bien, y no resistir á la fortuna, cuando claramente veen que les es contraria; porque la discreción está en dar lugar al tiempo y á la fortuna cuando se muestran contrarias, y con tiempo provean lo que más les cumple, y no contradecir á los hados y fortuna, cuando vieren que les vuelve su rostro. Yo, señores, he revolvido en mi ánimo y comunicado con personas prácticas en los negocios en que estamos, y estoy determinado de no tentar más á Dios y aguardar más á la adversidad, y estoy resolvido en no ver más tan triste suerte como es la de la guerra que nos está guardada, y quiero conservar á muchos y no los ver despedazar delante de mí. Lo cual yo creo que alcanzaremos si de presto nos rendimos, porque será gran locura de tomar tantas veces las armas condenadas á tantas calamidades, para que después, condenados de la postrera necesidad, seamos sojuzgados y miserablemente muertos, y seamos sacrificados por las ruinas del Cardona, del Guzmán, del Manrique, del Basto, del Paz, del Fabio Ursino y de otros muchos capitanes que fueron muertos con infelice suceso. Ya el Rey Luis sabe nuestra voluntad y cuántas veces hemos combatido, aunque infelicemente, con ánimo de varones valientes y esforzados. Mas así como la fortuna está obstinada en acarrearnos males y en arruinar todos nuestros designios, así ella, aunque más contraria nos sea, no podrá quitarnos aquella que en nuestro poder nos queda, y es que libremente proveamos en lo que cumple á nuestra vida y remedio; y éste, señores, es mi parecer, si á vosotros os pare-

ce tentar el ánimo del enemigo vencedor. El cual si quiere tenerse por contento con una victoria moderada: y es que entregándole á Gaeta y á nosotros, nos deje ir de aquí por tierra ó por mar á Francia».

Habiendo, pues, el Marqués dado fin á su razonamiento, ninguno hubo tan feroz ni tan osado que no le rindiese muchas gracias por ello como á verdadero padre, por les haber buscado el más sano consejo de todos los otros, con que conservasen las vidas, y les había dado remedio con que pusiesen fin á tantas desventuras y trabajos y miserias. Pues llevado, como dijimos, el trompeta el seguro, vino Santa Colomba, lugarteniente de mosiur de Alegre. Este vino allí al burgo á do estaba el Gran Capitán aposentado junto á una iglesia llamada Santiago, y dijo al Gran Capitán: que los capitanes franceses estaban prestos y aparejados de le entregar á Gaeta, que su señoría tuviese por bien que se tratase el concierto con capítulos razonables. Y así al siguiente día vinieron al campo del Gran Capitán mosiur de Alegre por los franceses y Antonio Baseyo por los suizos y micer Tribulcio por los italianos. Estos tres capitanes concluyeron y asentaron el negocio desta manera: que los franceses entregasen á Gaeta y dejasen en la fortaleza la artillería y vitualla, que era de la munición pública; y ellos como más fuese su voluntad, ó por mar ó por tierra, se pudiesen ir libremente á Francia, con condición que los caballeros pudiesen llevar los caballos y no más, y los peones sus espadas solas y las picas sin hierros, y los prisioneros de ambas partes fuesen restituidos por ambas partes.

Mas por ningunos ruegos se pudo acabar con el Gran Capitán que los barones italianos, los cuales habían sido presos en las batallas, entrasen en este concierto y gozasen deste beneficio, por cuanto no eran merecedores dél, porque habiendo sido libertados debajo de buena fe, la habían quebrantado. Cuando estos capitanes franceses llegaron al real del Gran Capitán, él los salió á recebir con gesto muy alegre y con grande amor, y les hizo muy grande acogimiento, y se les dió una muy grande y suntuosa comida; á los cuales vinieron á oir hablar todos los caballeros que allí estaban, así españoles como los Coloneses y Ursinos, y les recibieron muy bien, y holgaron mucho de los ver y conocer. Mos de Alegre dijo al Gran Capitán: «Por demás es, señor, pensar nadie de vencer á V. S., sino que todos en todas las cosas han de ser por V. S. vencidos». El Gran Capitán le atajó la plática y le dijo: «Señor mos de Alegre, aunque en todas las cosas, así generales como particulares, se muestre Dios, mas se muestra en la justicia, mediante la cual este universo se gobierna, y así ha hecho en ésta, mirando la mucha que los Reyes de España tienen á este reino, que si por industria, esfuerzo y saber de las cosas de la guerra se hobiera de librar, una sola persona bastaba para nos vencer á todos juntos y aun más que fuéramos». Mos de Alegre se le humilló por aquel favor que le daba, diciendo que él solo merecía vencer, pues él solo era querido de Dios y de las gentes, y á él solo ayudaba Dios y los hombres, y todos los elementos le obedecían. Otras muchas réplicas pasaron allí, que por no ser prolijo dejo de contar.

Ellos todavía quisieran poder alcanzar espacio de ciertos días para se entregar. El Gran Capitán les dijo que sola una hora no les daría de plazo, y que si luego cumplían lo capitulado, usaría con ellos de toda piedad y misericordia, y no de crueldad.

Aun no era salido mos de Alegre, cuando mandó [tocar] alarma, con tanta presteza que cuando mos de Alegre volvió, ya los españoles tenían ocupado el burgo y subieron el monte y ocuparon la Anunciada, que es un monesterio muy solemne y muy rico, adonde se crían las mujeres que no les conocen padres. Y como las monjas y doncellas temieron que los españoles les harían lo que los franceses hicieron cuando ocuparon á Gaeta, pensando ser forzadas y saqueadas, comenzaron á dar muy grandes voces y maldecir su triste hado, porque tenían en más perder sus vidas que no las honras. Sabido por el Gran Capitán, corrió allá y consolólas; y mandó poner allí guardas muy honestas para que no pudiesen recebir alguna deshonestidad ni daño en sus personas ni hacienda. Lo cual fué hecho, que fueron más guardadas como cuando más lo fueron; de que ellas daban muchas gracias á Dios por haber dado la victoria á persona que tanto cuidado había tenido de su honestidad y hacienda. El Gran Capitán les hizo mucha merced, así á ellas como á la casa, de que ellas siempre ruegan á Dios por él.

CAPÍTULO XII

De cómo estando el Gran Capitán aquí en la Anunciada, volvieron los franceses y acabaron de hacer el partido y entregaron á Gaeta y se fueron de Italia.

Estando el Gran Capitán en la Anunciada, volvieron ciertos caballeros franceses y capitularon con el Gran Capitán, primero día de Enero del año del Señor de mil quinientos cuatro años, para quel Gran Capitán les diese seguro y entregarían á Gaeta. El Gran Capitán los recibió muy bien y les mandó dar muy bien de comer, y les otorgó el seguro y que se fuesen libres, y les dió más su armada en que se fuesen, y que les entregasen á mos de Alegre, mos de la Paliza, mos de Formento, Tornon y á los otros capitanes franceses; y Andrea Mateo Aquaviva, Honorato y Alonso Sant Severino fueron llevados á Castilnovo y metidos en una muy cruel y honda prisión que está en Castilnovo, que la llaman «fosa miliaria», la más mala prisión de toda Italia.

El Gran Capitán, aunque les había tomado toda su armada en su poder, entre la cual estaban las dos carracas, la Negrona y la Charanta, y muchas y muy buenas galeras y navíos, por usar de piedad con ellos en tan grande calamidad y infortunio, les concedió que llevasen toda su armada; mas que supiesen que no por otra cosa se lo dejaba sino por les hacer merced y piedad; lo cual ellos recibieron así y le dieron muchas gracias por ello. Los oficiales del Rey y los del Consejo de la Guerra le suplicaron no les diese las galeras, que eran muchas y muy buenas, y dejase algunas carracas, entre las cuales estaban, como dijimos, la Negrona y la Charanta. A los cuales respondió el Gran Capitán: «Si nuestras fueran, se las diéramos, cuanto más habiendo sido suyas. Hemos de imitar á Dios, que aunque algunas veces usa del rigor de la justicia, las más veces usa de misericordia, y pues tuvo por bien de nos dar la victoria, usemos con ellos de piedad».

CAPÍTULO XIII

De lo que el Gran Capitán hizo después que cobró á Gaeta.

Luego que la cibdad fué entregada, invió el Gran Capitán á Nuño de Ocampo con dos galeras á Nápoles, y trajo á mos de Auberi allí á Gaeta. Sabido que venía, lo salió á recebir con los señores y capitanes que allí estaban, y le hizo gran recibimiento. Mos de Auberi le dijo: «Señor Gran Capitán, yo soy vuestro prisionero, pues la fortuna usando de su acostumbrada mudanza ha traido á mí y á todos los otros franceses y á los que siguían nuestra opinión al estado en que estamos. No puedo alcanzar de dónde se nos han seguido tantas miserias, no habiendo causa para ello; y porque esto está muy claro, no lo quiero poner en plática. Sola una cosa diré: que la mayor mala ventura que á mí y aun á todos nos ha venido, es quedar con las vidas; y en esto ha usado V. S. con nosotros de grande crueldad, principalmente conmigo, que si la ley lo permitiera, ninguno tuvo jamás tanta razón para la acabar él mesmo la vida como yo». Esto decía Auberi con muchas lágrimas; quel Gran Capitán le atajó la plática y le dijo: «Señor mos de Auberi, estas cosas y las otras, todas hace Dios, por cuya providencia todas las cosas del mundo se gobiernan, principalmente las de las armas; y no piense v. m. que me ha placido á mí de lo hecho, pues ha seido con derramamiento de sangre. A ninguno le ha pesado tanto como á mi, y v. m. es muy buen testigo. ¡Cuántas veces lo requerí, estando en la Tela, que estas cosas se llevasen por justicia y no por el rigor de las armas! Vosotros, señores, pusisteis el derecho de este reino en las armas; los Reyes Católicos, en la justicia, la cual Dios, como Supremo Juez, mandó ejecutar. Y porque no es tiempo de platicar en estas cosas, pues Dios las guió conforme á su divina justicia, v. m. repose y huelgue». Luego le mandó hacer muy gran banquete y dió muchas y muy ricas joyas á los caballeros franceses; y mos de Auberi jamás quiso tomar nada, aunque el Gran Capitán se lo porfió mucho. Vista por mos de Auberi esta tan gran liberalidad, dijo al Gran Capitán estas palabras: «Muy contra mi condición es decir lo que de V. S. siento; y es, que no sé cuál virtud más alabe en vuestra Señoría: la de las armas ó la de la liberalidad; porque con la una ganáis los reinos y vencéis á las gentes y á los hombres, y con la otra ganáis las voluntades, que tan libres las dejó Dios á los mesmos hombres. Yo nunca oí decir ni vi de ningún capitán de

cualquier nación que sea, ni en los tiempos pasados ni presentes, que siendo vencedor hiciese á los vencidos quedalles obligados y deudores y alaballos más que á sus mismos capitanes. Bienaventurado fué el Duque de Nemos y los otros capitanes que con la muerte pagaron la deuda que á su Rey y á sí debían. Un solo consuelo llevamos los malaventurados que á Francia volvemos vivos: que fuimos vencidos de un capitán que su gente de guerra tiene por mejor buenaventura morir que desplacelle sin les dar paga, ni comer, ni vestir. Pues que digamos que venció en virtud de la justicia que la Casa de Aragón tiene á este reino, todo el mundo lo sabe, y aun V. S. en lo secreto de su pecho, que sobra al cristianísimo Rey conforme á todo derecho humano; nosotros tres veces más en número; más diestros en el uso y ejercicio de la guerra; mejores armas; mejor artillería; la gente mejor pagada, y todo lo necesario tocante á las cosas de la guerra; las más señorías, potestades de Italia y los más señores della en nuestro favor; pues la más principal gente deste reino y la común todos nuestros aficionados teníamos de nuestra parte; y con todas estas ventajas siempre fuimos perdiendo hasta venir en el estado en que la fortuna nos ha querido poner. Nosotros hemos de ser juzgados á la medida de todos cada día, cada hora y cada momento muy mayor y más cruelmente que la que pudiéramos en la batalla recebir». El Gran Capitán le atajó diciendo que no le quería responder á muchas cosas de las que había dicho.

El Marqués de Saluces se despidió del Gran Capitán sin querer comer ni recebir cosa alguna de cuantas el Gran Capitán le ofreció, y detenerse en pláticas algunas, como hombre que le parecía estar muy afrontado de las cosas pasadas. Pues habiendo comido, luego se comenzaron de ir á la marina á embarcar. Llevaba el Gran Capitán una caña en la mano; allí les hizo embarcar, y era tanta la prisa para se meter en las naos, que no se podían valer con ellos; que los alguaciles, porque unos diesen lugar á otros, les daban de palos, que ni les bastaban varas ni pedazos de picas. Allí se cumplió aquella profecía de muchos años sabida, quel bastón de Aragón heriría la flor de lis. Muchos de los franceses, por no ser los postreros que se embarcasen, se echaban al agua.

CAPÍTULO XIV

Del suceso que hobieron los franceses, así los que fueron por mar como por tierra y los que á Francia aportaron.

El Gran Capitán no dió licencia á italiano alguno de los que seguían la opinión francesa para que se fuese á Francia, antes mandó que fuesen detenidos hasta que los Reyes Católicos mandasen lo que dellos se había de hacer. Los franceses que se embarcaron fueron poco más de dos mil y quinientos, y mil y quinientos suizos. Los más franceses fueron por mar, y también la fortuna les fué contraria; porque el Marqués de Saluces yendo navegando, le vino una calentura pequeña, causada de la pena que llevaba, y muy gran congoja, que jamás de sí la podía apartar, causada de la fortuna contraria, de que en Génova murió; adonde aquella cibdad le hizo un muy solemne enterramiento. Sandicurto, como era tan soberbio y de ánimo tan insolente, habiendo ya pasado los Alpes, en la Provenza, no tuvo en nada la vida, antes dicen que de su voluntad quiso morir y se dió priesa á perder la vida. El Bailín y mos de Corcón llegados á Francia fueron tan mal tratados, así de palabras y disfavores del Rey y de todos los demás, deshonrados y privados de los oficios, que los tuvieron para les cortar las cabezas. Pues á Antonio Baseyo, capitán de los suizos, mandóle el Rey quitar su capitanía, que era de caballos, y pasóla á mos de Cruer, su hermano. Sintió tanto aquella afrenta que, como era melancólico y pensando tanto en esto, se tornó loco, y tornando en sí suplicó al Rey que le oyese por defender su honra, con testigos dignos de fe. Nunca el Rey le quiso oir, y le dió un frenesí de que murió. Otros capitanes y gentiles hombres fueron maltratados y desfavorecidos del Rey y de todos los del reino.

El Gran Capitán mandó buscar á todos los franceses que no se pudieron embarcar, y á todos mandó proveer muy bastantemente para el camino de las cosas necesarias; y salió con ellos, animándolos y regalándolos. El Gran Capitán, de aquesta liberalidad y merced que á los franceses hizo, así á los que fueron por mar en darles las carracas y galeras y todas las cosas necesarias para su viaje, como á los que iban por tierra, ganó

muy grande loor de cristiandad, de prudencia y de gran templaza y de ánimo muy liberal, porque teniéndolos cercados allí en Gaeta y que no se le podían defender dos días, los quiso recebir á partido y después les dar libertad para se ir, y les dar como hemos dicho todo lo necesario para su ida, por conocer la merced que Dios le había hecho y no le ser ingrato. Y desta manera todos estos franceses, por do quiera que iban, celebraban el nombre del Gran Capitán. Tuvo tanto cuidado de que no se les hiciese enojo alguno á los franceses, que sabiendo que un soldado español quería quitar una cadena de oro á un suizo, el Gran Capitán viéndolo arremetió y él le huyó, y el Gran Capitán fué tras él y lo alcanzó y lo hirió malamente, de que los suizos le dieron muchas gracias.

Vuelto el Gran Capitán, sin lo él saber, se desmandaron sin los poder tener ni sin lo saber el Gran Capitán, los despojaron y robaron y los dejaron en cueros sin matar ni herir alguno dellos, porque en el tiempo de la guerra ordinariamente los trataban muy mal de palabra, y como esto [era] entrando el Enero y hacía grandísimo frío, murieron muchos dellos; otros hacían sayos de heno, y iban pidiendo por Dios. Aportaron muchos de ellos á Roma, aquellos mesmos que cuando por allí pasaron no tenían al resto del mundo en nada, haciendo muchos robos y insultos por donde iban.

Decían los romanos cuando los vían pedir por Dios á sus puertas, que Dios era muy justo juez; que no es servido que la soberbia dure mucho tiempo, como se vió claro en estos franceses. Estaban en Roma los hospitales, adonde reciben los pobres, todos llenos destos miserables franceses, y los Cardenales los mandaban aposentar en sus caballerizas por se defender allí del gran frío que hacía. Sabida esta miseria destos pobres franceses, el Papa les mandó proveer de lo necesario, y que los buscasen y los curasen con gran cuidado, mandándoles dar de vestir, y los proveyó en que fuesen así por mar como por tierra con gran piedad y liberalidad. Los mil y quinientos suizos se fueron por tierra; los alemanes del campo del Gran Capitán tocaron alarma y saliéronles al camino y á les dar la batalla y los matar á todos, porque aquellos suizos eran de ciertos cantones enemigos de los alemanes y de su Emperador Maximiliano, y amigos y confederados de Francia. Sabido por el Gran Capitán invió á gran priesa al Próspero y á Bartolomé de Alviano á les estorbar que no lo hiciesen, y jamás se pudo acabar con ellos. Decían que los dejasen, que entre ellos hay muy antigua enemistad; pero estos dos capitanes trabajaron con ellos tanto hasta que los estorbaron, y fueron con ellos dos compañías hasta los poner en salvo.

CAPÍTULO XV

De lo que el Gran Capitán hizo después que los franceses fueron echados del reino.

Pues idos los franceses, los alguaciles del ejército Esquinas, Peñaranda, Diego de Matas hicieron echar en la mar los muertos que en el alcance habían muerto, y los que de dolencia se habían despachado, y limpiaron la cibdad, la tenencia de la cual y fortaleza y gobernación dió el Gran Capitán á su primo Luis de Herrera. Tras esto mandó llamar á los principales de aquella cibdad y les dijo: «Muy gozoso estoy porque esta cibdad se ha cobrado sin más pérdida para el servicio de sus Altezas, porque ahora se remediarán vuestras pérdidas y daños, que creo haber sido muchos». Ellos se le humillaron y dijeron que le besaban las manos por ello, y que Dios era testigo cuánto habían siempre deseado salir de aquella tiránica opresión en que los franceses los habían tenido, no dejando cualquiera género de injuria que no ejecutasen en sus casas y personas; y que muchas veces habían consultado de se alzar contra ellos y jamás había podido haber efecto su voluntad por la mucha gente y recabdo que allí habían tenido, y que de allí adelante ellos servirían como leales vasallos debían; y que ellos tenían á muy buena ventura todas sus pérdidas y daños que habían recibido por haber salido de la sujeción de los franceses, y haber venido al señorío de la Casa de Aragón, á quien ellos siempre habían seido aficionados, acordándose del buen tratamiento y muchas mercedes que de los Reyes pasados de la Casa de Aragón habían recebido. El Gran Capitán se lo agradeció mucho, prometiéndoles de lo escrebir á SS. AA., para que les hiciese merced. Luego invió á Pulla á Bartolomé de Alviano y á Pedro de Paz para que

hiciesen guerra al capitán Arce, que tenía á Venosa y la Cela y á Altamira. Diego de Arellano tenía sitiado á Malfa.

Pues este Arce esperaba que los Marqueses harían la guerra de arte que llevase la guerra desde aquellas villas, porque había desde allí tomado algunas tierras y levantaría algunos aficionados á los franceses y esperaba de renovar mayor guerra en Pulla. Mas Bartolomé de Alviano y Pedro de Paz hicieron muy cruel guerra al Arce y le hicieron mucho daño, de manera que desconfiando de ser socorrido, hubo de entregar la cibdad y tierras que tenía y se fué fuera del reino.

El de Paz fué á tierra de Otranto y echó y castigó á todos aquellos que aun esperaban que los franceses habían de inovar la guerra. Don Iñigo de Avalos y doña Costanza su hermana, que, como atrás dijimos, había hecho apartar la armada de los franceses de Izcla, con la artillería tomó la fortaleza de Salerno; aunque poco tiempo pudo gozar del placer de aquella victoria, porque luego le dió una calentura pestilencial y luego murió en toda la flor de su edad, dejando un solo hijo, niño de muy poca edad, que fué don Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, el cual en disposición y gentileza del cuerpo, y en grandes pensamientos, hizo ventaja á todos los capitanes de su edad; y en las cosas de la guerra ninguno se le igualó, como podrán ser testigos todos aquellos que militaron con él, si sin pasión quisieren hablar en las guerras que hizo.

COMIENZA EL DECENO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN DE ESPAÑA, HIZO Á LOS REYES DE FRANCIA EN EL REINO DE NÁPOLES.

CAPÍTULO I

Entrada del Gran Capitán en Capua y entusiasta recibimiento que allí se le hizo ([1]).

Puestas todas las cosas en concierto, el Gran Capitán se partió para la cibdad de Nápoles, que fué á los dos días del dicho mes de Enero; y llegando á Capua, la cibdad le invió á suplicar se detuviese en Aversa, hasta que la cibdad le hiciese saber cuándo entraría. El Gran Capitán invió un caballero de su casa á saber la causa de su detenida; y vuelto, le dijo cómo la cibdad le tenía aparejado un gran recibimiento con muchos arcos triunfales, como los romanos solían recebir á sus capitanes cuando venían de haber vencido á los enemigos y adquirido para el pueblo romano algún reino: de la mesma manera recibían á sus Emperadores.

Estaban entre otros arcos triunfales ocho principales, hechos al modo antiguo, con muchas invenciones y con letras de oro, en las cuales contaban sus victorias, que jamás en Italia tales se habían visto, y con versos en latín y en italiano, comparándolo con los capitanes y emperadores antiguos, y probando á todos les haber hecho ventaja en calidad, en esfuerzo, en industria, en presteza, comparándolo con Augusto en la felicidad y con César en la presteza, liberalidad y perdonar á todos aquellos que se le rindían; con Trajano en la rectitud y justicia; con Antonino Pío, con Tito, Vespasiano y con todos aquellos Emperadores en quien florescieron las virtudes así de la paz como de la guerra; y asimismo contaban los milagros que visiblemente Dios había hecho por él: que si por extenso se hobiesen de contar, sería gran prolijidad.

Sabido por el Gran Capitán, les invió á agradecer su voluntad; mas que aquel tal recibimiento no cumplía sino al Rey don Fernando su señor; que les rogaba lo deshiciesen, porque él en ninguna manera entraría en la cibdad si no se deshacía. La cibdad porfió con el Gran Capitán de no los deshacer y le tornaron á suplicar lo tuviese por bien; para lo cual vinieron todos cuatro sexos y le suplicaron muy afectuosamente tuviese por bien que se prosiguiese y no se deshiciesen por dos cosas: lo uno por hacer merced á aquella cibdad, y lo otro porque les había costado gran suma de dinero. El Gran Capitán porfió de no entrar de aquella manera. Ellos pensando de lo engañar dijeron que así lo harían; que bien podía su señoría entrar, y así lo publicaron, y echaron personas que así lo dijeron al Gran Capitán. Mas él sospechando lo que era, invió á aquel Medina, de quien tanto fiaba, con veinte alabarderos á rogar á la cibdad que en todo caso deshiciesen aquellos arcos, y que

([1]) En el original no tiene epígrafe este capítulo.

aquellos alabarderos les ayudarían á los deshacer; si no, que se iría á entrar por otra puerta y solo. Ellos, vista su determinación, deshicieron aquellos arcos y todas las invenciones que tenían hechas para aquella entrada. Sabido por el Gran Capitán que todo estaba deshecho, entró, inviando á rogar á la cibdad que no le recibiesen con cerimonia alguna. Al fin en ninguna manera se pudo estorbar que no saliese toda la cibdad, obispos y arzobispos de aquel reino, y los sexos que son la principal dignidad de aquel reino y cibdad, que tienen cada uno en su collación; ([1]) sírvense con salva, y el Gran Capitán lo tornó á inviar á rogar cesase aquel recibimiento, diciendo que sólo á Dios se han de atribuir las victorias; que Dios las da según su infinita justicia, y en los méritos y buenas venturas de los Reyes Católicos.

Pues así entrando en aquella cibdad, todos los hombres y mujeres á voces daban gracias á Dios por los haber sacado de la tiránica sujeción de los franceses, y hacían grandes plegarias á Dios por aquella causa, y ensalzaban á los Reyes de España hasta el cielo por les haber inviado para su redención de aquella servidumbre á persona tan señalada en el mundo, siervo y amigo de Dios, muy prudente en la paz y muy sabio en la guerra; conservador de los pueblos, amparador del culto divino y de la honestad de las mujeres; muy benigno y piadoso aun á los enemigos; tan constante en la virtud que ni la victoria y prosperidad le ponían vanagloria, ni la adversidad le enflaquecía en alguna manera su grandeza de ánimo. No quedó aquel día en toda la cibdad hombre ni mujer, así casadas como doncellas, que todas no se pusiesen por los lugares y calles por donde el Gran Capitán había de pasar: que lo suelen hacer pocas veces. Todas las gentes se holgaban en vello y lo alababan y echaban muchas bendiciones. Fuese á apear á la iglesia, y no consintió que saliese la cruz á lo recebir, como lo tenían ordenado, ni otra cerimonia alguna.

Entrado en la iglesia, hincado de rodillas, dió muchas gracias á Dios por las muchas mercedes que con su divina justicia le había hecho. De allí se fué á aposentar á Capuana, que es una casa que los Reyes de Nápoles tienen en aquella ciudad, y allí posó hasta que vino la Duquesa de Milán, mujer de Francisco Sforcia, Duque de aquel estado de Milán, que estaba en Bari, y siempre había seguido la parte de la Casa de Aragón. El Gran Capitán, sabido que venía, la salió á recebir y le dejó la Casa de Capuana, y él se pasó á Castilnovo. Tras esto despachó un capitán contra el Conde de Capacho, que es en Basilicata, que siempre había seguido el partido de Francia, y otro sobre el Príncipe de Rosano. Llegados estos capitanes, luego se rindió el de Capacho y el de Rosano; y dejaron aquellas plazas desembarazadas y entregaron á aquellos capitanes todas las fuerzas que tenían. El Gran Capitán mandó no fuesen maltratados, porque como buenos habían seido constantes en la opinión que una vez habían elegido, y habían hecho sobre ello todo su poder. Tras esto proveyó de gobernaciones, lo cual adelante diremos.

CAPÍTULO II

De cómo el Gran Capitán mandó aparejar una grande armada para ir á combatir el puerto y cibdad de la Belona, en Esclavonia, y por qué causa se dejó.

Está de la otra parte del mar de Venecia, enfrente de la cibdad de Otranto, en el reino de Nápoles, diez y nueve leguas de aquella cibdad de Otranto, una cibdad y muy buen puerto del turco que se llama la Belona, adonde el Gran Turco tiene siempre su armada para las cosas de Poniente y tierra de cristianos, muy importante en su Estado. Tiene muy buenos surgideros y muy buen puerto y muy seguro. El Gran Capitán invió á saber por sus espías el estado en que aquella cibdad y puerto estaban; y supo cómo estaban varadas en él cincuenta galeras. Sabido esto, mandó á Pedro Navarro aparejase la armada que le pareciese necesaria, y que entrase en aquel puerto y que pusiese fuego á las galeras, y que si ocasión hobiese, usase del tiempo como á él le pareciese.

Pues estando el Conde Pedro Navarro con su flota y gente de guerra á punto, con todas las cosas necesarias para aquella jornada y toda la gente embarcada para partir en anocheciendo, aquel mismo día, acabando de comer, le vino nueva cómo un embajador

([1]) Faltan sin duda algunas palabras.

del Gran Turco, llamado Bajaceto, estaba en el puerto de Manfredonia, que le traía una embajada del Gran Turco, que tuviese por bien de la oir. El Gran Capitán invió allá á Pero Hernández de Nicuesa para que los recibiese y los trujese hasta la cibdad de Nápoles, y á Pedro Navarro mandó no se partiese hasta ver lo que el Gran Turco quería; que, á tardarse medio día, se hiciera la jornada de la Belona.

CAPÍTULO III

Lo que contenía la embajada que el Gran Turco invió al Gran Capitán.

Reinaba en aquel tiempo en Turquía y en el imperio de Trapisonda, y en el de Grecia y en otros muchos reinos y señoríos, Bajaceto, gran turco, hijo de Mahoma, aquel que en el año del Señor de cuatrocientos y cincuenta y tres ganó á Constantinopla. Este Bajaceto invió un bajá genízaro, muy su privado, que era cristiano renegado, con otros treinta genízaros, asimismo cristianos renegados, que eran todos aquellos de la guarda del Gran Turco, todos de una edad y muy bien dispuestos. La fama de su embajada fué que el Gran Turco había oído la buena cuenta que había dado de lo quel Rey de España le había encomendado, y que había sabido que con pocos había vencido á muchos, y que su persona, aunque en todos los peligros era el primero que entraba en las batallas, y el postrero que salía dellas, nunca había sido herido; que creía que era grande amigo de Dios, pues El es el que vence y da la victoria á quien El vee que la merece; que él quería conocer y saludar á un tan honrado cristiano y tan valiente, y lo tomar en lugar de sus grandes amigos; y que para esto le ofrecía su persona y estados, como al hombre que entre los cristianos más valía. Y que le hacía saber que sus predecesores, de quien él descendía, siempre habían tenido y guardado amistad y amor con los Reyes de Nápoles, principalmente con los Reyes que en aquel reino habían reinado de la Casa de Aragón; y quél quería continuar aquella paz, amor y amistad con el Rey de España, y más seyendo señor de tal vasallo y bajá. Esta fué la fama con que este Gran Turco invió esta embajada; mas el ardid y la verdad era otra.

El primero señor y tirano que los turcos tuvieron fué llamado Otomano, al cual sucedió Orcano su hijo; á Orcano sucedió su hijo Amurates, y á éste sucedió Bajaceto; á Bajaceto Mahoma, el que ganó á Constantinopla; á este Mahoma sucedió este Bajaceto, segundo deste nombre, de quien ahora hablamos. Había una profecía entre estos turcos por cosa muy cierta: que el primero cristiano que le ganase algún reino, ó isla, ó cibdad, que aquel tal le había de ganar todas sus tierras. Pues viendo agora cómo el Gran Capitán le había ganado la isla de Chafalonia y había conquistado el reino de Nápoles, con otras cosas que la fama allá había llevado, temió este Gran Turco no fuese este Gran Capitán á quien señalaba la profecía. Esto le movió á este Gran Turco á inviar esta embajada al Gran Capitán, y á otra cosa que adelante diremos, que aquel embajador dijo dél á él solo, y por saber si era verdad todo lo que deste Gran Capitán se decía.

CAPÍTULO IV

De cómo aquellos turcos llegaron á la cibdad de Nápoles, y el recibimiento que les fué hecho.

Pues aquel caballero Pero Fernández de Nicuesa llegó á Manfredonia á recebir aquellos turcos. Traían por lengua un judío que vivía en la cibdad de Salónica, que era natural de la cibdad de Sevilla. Desde Manfredonia hasta la cibdad de Nápoles, les vinieron festejando y haciendo muy buen tratamiento. Pues llegados á dos leguas de Nápoles, allí les mandó el Gran Capitán inviar muchas cosas de comer. Todas las carnes les inviaban vivas. Otro día salieron aquellos señores á los recebir, para que los acompañasen hasta la cibdad. El Gran Capitán los esperó en Castilnovo. Estaba vestido á la española: un sayo de carmesí, una capa de paño, una media gorra con una medalla; su espada ceñida.

Llegado el embajador, lo abrazó y besó en la ropa; el Gran Capitán lo abrazó y quitó la gorra; todos los otros treinta genízaros llegaron á hacer la misma cortesía que el embajador había hecho. Venían todos vestidos de aljubas rozagantes y tocas blancas, y ceñidas sus cimitarras. El Gran Capitán dijo á la lengua les dijese le hiciesen saber cómo

les había ido en el camino y qué jornadas habían traido; y que él había holgado mucho de su venida, así por ser embajador del más poderoso príncipe de los paganos como por verlos á ellos; que holgasen y descansasen, y que ninguna cosa dejasen de pedir de lo que menester hobiesen muy á su contento. Y porque él y sus compañeros venían cansados del camino, se fuesen á descansar á sus posadas, y que otro día ó dende á dos días, ó cuando ellos quisiesen y tuviesen por bien, darían su embajada. El embajador respondió mediante la lengua: que no habían traído grandes jornadas y que les había ido muy bien; y que aunque no les hobiera ido bien, lo tuvieran por bien empleado por venir á ver una persona tan señalada como lo él era, y que era mucho más de lo que en Turquía había oído á todos decir. Y luego se fueron á sus posadas á descansar. Fueron aposentados junto á Castilnovo en casa de un señor principal. Teníanle puestos sus oficiales y sus posadas muy aderezadas. Todas las cosas les llevaban vivas, salvo azúcar, especias y huevos. Eran tantos y tan diversos los manjares, que ellos y los de la cibdad estaban espantados.

Otro día vino el embajador y dió por escrito un memorial, que fué lo que antes había dicho: que el Gran Turco su señor, Bajaceto, había oído decir que era de muy noble sangre, y que siempre había sido vencedor sin ser vencido, lo cual no podía ser sin ser amigo de Dios; y que por muchas cosas deseaba conocelle y tenelle en el número de sus amigos. Y que en señal desto, le inviaba su caballo, lo cual nunca acostumbraba á hacer á algún Rey ni Emperador, aunque fuesen de su creencia; y que aquella era la mejor señal de amistad que en su ley podía hacer; y que ninguna cosa habría en sus imperios y reinos de que él se quisiese aprovechar que no lo tuviese por suyo; y que les hacía saber que desde Otomano acá habían pasado [1] años, nunca los turcos pidieron paz á los Reyes de Nápoles; antes ellos la pedían siempre, dando grandes dádivas á los turcos; mas ahora por su causa él la quería pedir al Rey de Nápoles, por lo tener á él por su vasallo, y que escribiese al Rey don Fernando sobre ello, que lo tuviese por su grande amigo y servidor; y que mientras él viviese, ternía paz y perpetua amistad con él, como si fueran de una mesma creencia; y que esto vería en lo que de sus estados se quisiese aprovechar.

El Gran Capitán respondió al embajador que él tenía á muy buena ventura que el Gran Turco tuviese dél aquel concepto; que de sí ningún bien conocía, sino deseo de servir á su Rey; porque Dios como justo juez había dado aquel reino al Rey de España, su señor, por la mucha justicia que á él tenía. En lo de amistad y concordia, que él despacharía luego al Rey su señor sobre ello, de lo cual él holgaría mucho y recibiría muy gran contentamiento de ello. Entretanto, que holgasen y que viesen todo aquello que más les contentase, que de aquello ternía él gran placer.

CAPÍTULO V

De las cosas que pasaron estando allí los turcos en aquella cibdad, y de las fiestas que allí se hicieron.

Aquel caballo que el Gran Turco invió al Gran Capitán era todo blanco, tenía las narices hendidas y era crecido. Era tan ligero que para ver su ligereza ponían en una carrera cuatro caballos, los más ligeros que en todo aquel reino había, puestos en carrera á trechos, á todos los pasaba con mucha ventaja. Resollaba muy poco. Este caballo invió después el Gran Capitán con otros muy buenos al Papa Julio.

Todo el tiempo que estos turcos estuvieron en esta cibdad, hacía el Gran Capitán pasar por su posada la gente de guerra así de caballo como de infantería. Jugaban muchas veces á las cañas muy excelentes jinetes, así andaluces como castellanos, enfrente de su posada. Otras veces justaban de real y de guerra, de que los turcos estaban muy espantados de lo uno y de lo otro.

Venía entre estos turcos uno muy grande dibujador y pintor, el cual mandó el Gran Turco que se lo llevasen dibujado [al Gran Capitán] muy al propio y pintado del tamaño que era sin que él lo supiese. Era este dibujador tan diestro en su arte, que debajo de la capa, estando delante dél, lo retrataba y secretamente lo pintaba. Pues como un día llevase retratada alguna parte dél, cuando otro día venía estaba vestido de otra ropa, y tornaba otro día á desbaratar lo que tenía

[1] En claro en el original.

hecho, y dibujábalo de la manera que estaba vestido. Pues descubrírselo era imposible, porque así lo había mandado el Gran Turco. Visto, pues, por aquel judío, vino una noche muy secretamente sin que nadie lo pudo saber, y le dijo cómo el Gran Turco había mandado buscar el mayor pintor que en sus reinos y señoríos se había podido hallar, para que lo llevase pintado al propio, y como su señoría cada día se vestía de diferentes ropas, no podía aquel pintor hacer lo que deseaba; de que los turcos estaban muy penados: que suplicaba á su señoría que tres días se vistiese del vestido que más le contentase, porque lo llevasen pintado, ques la cosa que el Gran Turco desea más, y que le suplicaba esto fuese muy secreto, porque los turcos no lo supiesen. El Gran Capitán se lo prometió y se vistió tres días arreo de una capa española y un sayo de terciopelo negro y media gorra con una medalla y su espada ceñida, y en aquellos tres días lo sacó aquel pintor de los pies á la cabeza.

El Gran Capitán preguntó á aquel judío qué cosa podía enviar al Gran Turco que allá se tuviese en algo. Aquel judío le dijo que alguna mula de cola larga, que son tenidas allá en gran precio; porque en la caballeriza del Gran Turco está una que de vieja está toda pelada y por ende la tienen en gran precio. Y aquel judío volvió á su posada sin que fuese visto ni sentido de los turcos. Luego invió el Gran Capitán á Roma y compraron una mula de un arzobispo y otra de un perlado, las mejores que en Roma había: la una era pardilla y la otra negra. Mandólas hacer dos guarniciones de oro y plata muy galanas y muy costosas y palios de grana muy aderezados. Al capitán de aquellos genízaros dió un caballo muy bueno con un jaez de oro muy rico y un caparazón de brocado y una adarga d'ante, que las chapas valían ducientos ducados. Dióle asimesmo muy buenas ballestas y otras cosas muy buenas para allá; y les dió ropas así para de camino como para allá, de asiento de raso blanco leonado colchado, y una capa de lo mesmo y un jubón de oro tirado. A los treinta genízaros dió treinta marlotas á meitades de damasco pardillo y verde con botones hasta abajo, y bonetes de grana y borceguíes. Al judío mandó dar muy buenas ropas así de camino como de asiento y ducientos ducados, de que el judío quedó muy contento.

Estuvieron estos turcos en Nápoles cuarenta días, en el cual tiempo vino la confirmación de la paz firmada y sellada de los Reyes Católicos. Venida esta concordia se despidieron; y antes que se despidiesen, aquel capitán dijo que quería hablar á su señoría sin que ninguno estoviese presente á la plática, sino sola la lengua. El Gran Capitán mandó que fuese así. Estando así solos, el embajador dió al Gran Capitán una carta escrita en lengua española, firmada y sellada de la propia mano del Gran Turco, que aquel judío la había puesto en aquella lengua; en que le decía el Gran Turco que si quisiese vivir con él, que le haría Gran Bajá de sus imperios, adonde él escogiese un reino, cual él escogese, en el imperio de Grecia ó en otro imperio adonde él más holgase; y que para cumplir esto, él pornía rehenes tales y adonde él quisiese de que quedase satisfecho; y que por su causa haría muy buen tratamiento á los cristianos que viven en sus reinos, con otras muchas ofertas que allí escrebía. El Gran Capitán le respondió que él agradecía á Dios y después á él que S. M. hiciese tanto caso de un hombre que tan poco merecía; que él le sería en cargo mientras viviese, y que él en ninguna manera podía cumplir aquello que le mandaba por muchas causas; porque él nunca dejaría de servir al Rey su señor, de quien había recebido mucho bien. Y que ya que esto cesase, que no podría acabar consigo de servir á príncipe que no fuese cristiano, porque los cristianos sin duda ninguna siguen la creencia verdadera, que es la que Dios criador del universo manda que se guarde; que el Rey su señor le había dado en aquel reino con que viviese honradamente; mas que le ofrecía su persona y voluntad cada que la hobiese menester contra sus enemigos que cristianos no fuesen, permitiéndolo el Rey su señor. Despedido el embajador, todos los otros turcos se despidieron, y cuando se despidieron salieron con ellos aquellos señores, regocijándolos hasta Manfredonia, hasta los dejar embarcados.

Cuando aquel embajador se fué, despedido del Gran Capitán en la cibdad, le dijo, mediante la lengua, que después que lo había visto y conversado y había sabido sus cosas, creía verdaderamente que la fee y creencia de los cristianos debía ser la más verdadera; porque tal hombre como él no podía tener sino la ver-

dadera ley y creencia, pues Dios le había hecho tan acabado en todas las cosas, así haría en la ley que había de seguir. El Gran Capitán lo abrazó y á todos con muy grande alegría.

CAPÍTULO VI

De una grave enfermedad que sobrevino al Gran Capitán y de las muchas plegarias que sobre ello hubo.

Después de embarcados los turcos, dende á pocos días plugo á Nuestro Señor traer al Gran Capitán á la memoria y acordalle que aunque se venzan los hombres, los reinos y los reyes, que El no puede ser vencido, y también por le apartar alguna vanagloria que de las victorias pasadas le había quedado; y porque los italianos así le adoraban como sus pasados á sus ídolos, seyendo cierto que todo género de adoración se debe sólo á Dios, y desta causa quiso Nuestro Señor que viesen todos que, aunque le ayudó á vencer, era hombre y mortal. Y la memoria que le trujo para se lo acordar fueron unas muy grandes calenturas que día ni noche no le dejaban. Pusiéronle en tanto peligro que todos los médicos lo desahuciaron.

El Papa Julio le invió por la posta dos médicos suyos muy grandes, y todos los señores de Italia le inviaron asimesmo, que hubo un ayuntamiento de médicos que bastaban para matar á un hombre de acero. Venido el onceno día, todos los médicos en conformidad dijeron que no podía escapar de aquel día. Sabido en la cibdad y en su comarca fueron tantas las plegarias y procesiones que en aquella cibdad y sus comarcas hicieron que no se puede relatar.

Iban todas las mujeres y doncellas de todos estados descalzas por todas las iglesias rogando á Dios Nuestro Señor se acordase de dar la vida al Gran Capitán; porque Italia, adonde él tuvo por bien de poner la silla á su Vicario, gozase de paz y de sosiego; y que se acordase que entre todas las guerras pasadas siempre tuvo gran cuidado del culto divino y de las monjas dedicadas á Dios; muy grande amparador de la honra de las mujeres y de su honestidad, y que no se robasen las iglesias. Eran grandes los llantos que en todos los templos se hacían; fueron muchas las procesiones que de noche y de día se hicieron, que le plugo al Señor, dador de la salud, que pasó la furia de aquel día, de que los médicos dijeron que milagrosamente le había dado Dios mejoría. Decían los romanos que Dios lo quería llevar acabado de ganar tantas victorias, antes que la fortuna usase con él de su acostumbrada mudanza. Porque es cosa muy cierta, si no nos engañan los historiadores, que los más claros capitanes, así antiguos como modernos, no escaparon desta cruel invidia. Decían que si hobiera muerto aquel muy excelente Capitán de los romanos Gayo Mario, que fué siete veces cónsul, cuando vino de triunfar de los tudescos y alemanes, no viniera después á ser preso y muerto tan aviltadamente como lo fué. Si el Gran Pompeyo, cuando vino de triunfar de Asia y de Mitrídates, Rey de Ponto, muriera, no le cortara después la cabeza Ptolomeo, Rey de Egipto, con tanto vituperio. Si Julio César, cuando vino de vencer y triunfó de Francia y Alemania, no le dieran después tan cruel muerte Bruto y Casio y los otros conjurados, y los más capitanes así griegos como romanos. Si Scipión, cuando vino de triunfar de Cartago, no muriera echado de su patria, desterrado. Si Aníbal cuando venció la batalla de Canas muriera, no se matara él mesmo con veneno, como se mató. Y lo mesmo decían del Gran Capitán, que á tan grandes victorias no se podía creer sino que había de responder algún revés, de los que el mundo suele dar á los que en tan alta cumbre ensalza, como á él había hecho. Mas plugo á Dios que por los muchos sacrificios y plegarias y procesiones, no quiso sacar del mundo una tan excelente persona. Para lo cual ayudó mucho la buena ventura de los Reyes Católicos; porque les fuera muy grande pérdida y en tal sazón, y fuera la mayor que les pudiera venir después de la de sus Reales personas. A los veinte días estaba levantado, y apenas en ocho días pudo dar lugar á las visitaciones que con grande alegría todos le hacían. Dió el Gran Capitán á los médicos en joyas y dineros más que vale todo su Avicena y aun Galeno, de que fueron muy contentos.

CAPÍTULO VII

De las cosas que sucedieron después que el Gran Capitán recobró su salud.

Visto por los neapolitanos sano al Gran Capitán, todos se ocupaban en regocijos y

en loores del Gran Capitán. Unos alababan su disposición del cuerpo, imitando á los scitas, que hoy son tártaros, que ponían la felicidad en la buena disposición; otros en el buen gesto, que era señal de buena complexión y condición; otros en la benignidad y mansedumbre y afabilidad con que á todos, chicos y grandes, sobrepujaba. Otros alababan la gravedad y severidad de capitán, cuando el tiempo lo pedía. Otros ensalzaban hasta el cielo su excelentísima justicia, con tanta equidad y templanza; otros su severidad, su clemencia; otros alababan en gran manera su valentía, su esfuerzo con que entraba en las batallas y la perseverancia con que seguía á sus enemigos. Mas sobre todo encarecían su grande liberalidad, con que satisfizo á los soldados y señores y capitanes, no tomando para sí más de la gloria del vencimiento.

Fué tan grato á los capitanes y soldados que en el tiempo de la guerra sirvieron que á todos dió premios y grandes dádivas, tanto que los individuos hallaban lugar para detractar de su grande liberalidad; porque es averiguado por los que saben, que ninguna buena obra hay hecha que carezca de invidia. Es verdad que el Gran Capitán dió á don Diego de Mendoza, que fué uno de los que más sirvieron en la guerra, el condado de Melito, que hoy poseen sus nietos; el condado de Avellino á don Juan de Cardona [1], en el ducado de Benevento; á Pedro Navarro el condado de Oliveto, que en aquel tiempo tan bien mereció, hasta que después desmereció, por cuya causa murió muerte ruin ignominiosa; á Bartolomé de Alviano dió la cibdad de Sant Marco en Calabria, la cual él mereció muy bien; á Manuel de Benavides, á Alonso de Carvajal, á Antonio de Leiva, á Alvarado padre y hijo, á don Hernando de Andrada, al Duque de Termoli y á Alarcón y á los otros capitanes dió muchos y muy buenos lugares y villas. A los Coloneses hizo que cobrasen sus tierras y castillos que los franceses les habían tomado, de que quedaron muy contentos y pagados, principalmente el Próspero y Fabricio, con todos los otros.

Pues los ínfimos asimismo quedaron muy contentos y muy obligados al servicio de los Reyes de España y del Gran Capitán. A capitanes de caballos y de infantería y á los soldados dió tenencias, oficios, gobernaciones; repartió casas y posesiones de forajidos que habían seguido la parte francesa, y á otros, provisiones ordinarias y pensiones, principalmente á aquellos que habían sido en la guerra valientes. Tuvo muy gran memoria de conocer los méritos de cada uno, y así les gratificó. Fué tanto, que todos decían que no le faltaba más de la corona para Rey. Fué muy gradecido; finalmente, que los detractores é individuos decían públicamente que á ningún soldado había dejado sin le dar premio.

Florecieron en este clarísimo varón la razón, la templanza, el juicio; que sin estudiar sabía todas aquellas cosas que en los hombres muy leídos resplandecían, y porque nunca estudió letras latinas, porque pensaban los españoles que las letras apocaban á los hombres, cosa tan ajena dellos. Fué muy amigo de letrados y de los poetas y historiadores, porque con sus obras hacían inmortal la vida de los hombres tan corta y tan breve. Dábales y hacíales muchas mercedes, porque tenían cargo de escrebir sus hechos; así como Carmelita, Mantuano y el obispo Cantalicio, y otros algunos que escribieron muchos versos en su loor. Sanazaro pudiera escrebir muy buenas cosas con aquella tan polida musa y fecunda, sino que dejó aquel reino por seguir á Federico cuando se fué á Francia, adonde murió, habiendo seguido tan errado camino é infelice como siguió; porque como el Gran Capitán era de hábito tan delicado y vivo, que conocía cuánta gloria le podían dar los poetas y escritores y cuánta fama para adelante adquiría, porque los maldicientes y envidiosos jamás hallaban cosa que tachar, porque dejó de hacer gran justicia y guardar la honestad de las mujeres, aunque muchas veces hablaba con ellas en cosas de palacio, porque fué el mejor cortesano que en su tiempo hubo. Solía decir que era muy gran locura de cualquiera persona del mundo, que por un pequeño y fugitivo placer procurase un gravísimo y contino desabrimiento y enojo. Fué el primero capitán cristiano que juntó la disciplina militar con la piedad cristiana; de donde no se deben de admirar los invidiosos y maldicientes, si con santas y católicas costumbres, principalmente con la castidad, que siempre guardó al

[1] Al margen: «Este don Juan fué hermano de don Iñigo de Cardona».

yugo del matrimonio, Dios nuestro Señor le ayudó á vencer y permitió que jamás fuese herido, aunque era el que más se ponía á todos los peligros, así de artillería como de todas las otras armas.

Decíame muchas veces dél García de Paredes que, veyéndole entre los enemigos, que cada hora pensaba que ó muerto ó herido no podía escapar, principalmente en la batalla que se dió junto á la Chirinola, y en otras muchas partes; que como digo ni herido ni preso ni otro desastre que suelen en las batallas acontecer; por cuya causa los italianos, que son inclinados á supersticiones y adoraciones prepostreras, decían que era de aquellos dioses pasados, á no ser español, sino italiano.

CAPÍTULO VIII

De cómo acabada la guerra se amotinaron cuatro mil quinientos soldados; y cómo no los pudiendo el Gran Capitán reducir, les fué á dar la batalla con su ejército, y de lo que pasó.

Después de esto sucedió que, como el Gran Capitán con buenas palabras conservaba á los soldados diciendo que en volviendo á la cibdad de Nápoles les pagarían lo que les era debido, agora, llegados á la cibdad, fueles dada ayuda de costa; y no se podía más hacer por los grandes gastos que se habían hecho. Y como estaban ociosos, comenzáronse á amotinar, y fueron presos nueve caporales y ahorcados; y con esto pareció sosegarse algo aquella rebelión. Mas como no les acabasen de pagar, y ellos, como dije, estaban ociosos, amotináronse cuatro mil y quinientos soldados. Y porque á todos cupiese parte del mando y de la pena, si mal les sucediese, hicieron esta ordenanza: que elegían cada día veinte soldados que aquel día mandasen, y guardaban tanta justicia que no podía ser mayor; que estando un día en una cibdad aposentados, atravesó de una casa á otra una mujercilla de poca manera; tomáronla ciertos soldados y contra su voluntad tuvieron parte con ella. Ella se quejó á los veinte, y hecha su información, los tomaron y ahorcaron de la ventana de la casa donde cometieron el delito, y á ella le dieron lo que aquellos soldados tenían y aun le dieron de sus haciendas. Iban á un lugar y tomaban lo que habían menester, sin robar iglesias ni tocar en la honra de las mujeres. Solamente tomaban para comer, sin matar ni herir á nadie. Acabado aquello iban á otro lugar y hacían lo mesmo.

El Gran Capitán les invió muchas veces á decir que se redujesen, y jamás lo quisieron hacer. Pues sabido por el Gran Capitán que pasaban seis leguas de Nápoles, la cibdad, mandó tocar allarma y aparejar todas las cosas necesarias para les dar la batalla, diciendo á todos que poco les había aprovechado echar á los franceses del reino, si cuatro mil y quinientos españoles les robasen y saqueasen lo que con tanto derramamiento de sangre habían ganado, y que ningún ruego ni promesa bastaba para los reducir; que les rogaba peleasen contra ellos como contra traidores y infieles á su patria y capitán y á las banderas de España, y que por tales los había mandado apregonar. Con toda la gente que pudo y artillería se puso en un lugar que se dice Marellano.

Los amotinados, sabido que el Gran Capitán los esperaba, no torcieron un paso de donde iban, y con su ordenanza, muy en orden, se fueron derechos á Marellano. El Gran Capitán mandó que no matasen al que se rindiese y no rompiesen hasta que él se lo mandase, porque quería excusar, si podía, la batalla, por el mal ejemplo que darían. Entre tanto que esto se ordenaba, como los amotinados descubriesen el campo del Gran Capitán, comenzó uno de los veinte á hacelles un razonamiento á los soldados, que decía así.

CAPÍTULO IX

Del razonamiento que los veinte hicieron á sus amotinados, estando los ejércitos de entrambas partes á vista.

«Bien veis, señores y compañeros, delante de vosotros la una muerte, si no vencemos, y la otra y mayor si nos rendimos, aunque sea al Gran Capitán. Este cordobés nos ha de querer [atraer] hoy con buenas palabras, y después de veinte en veinte nos ha de ahorcar, porque se lo tenemos merecido. Pues no podemos huir; y aunque pudiéramos, no lo habíamos de hacer. Pues ¿queréis que se diga en Italia y en España que teníamos ánimo para saquear la gente pacífica y desarmada, y que

cuando se ofreció la necesidad de las armas nos faltó el corazón? De derecho divino y humano escrito á todas las naciones del mundo y de ley natural somos obligados en nuestra defensa y ofender á cualquiera persona que nos quiera ofender. Hasta á los brutos animales les dió naturaleza armas nacidas en ellos mismos para defensa suya, como cuernos. Peleemos hoy como varones, que esperemos en Dios que venceremos. No piense este cordobés que lo ha con los borrachos de los franceses, sino con muy honrados y muy valientes españoles. Sabed, señores, quel que vivo quedare, si vencidos fuéremos, ha de ser peor librado; por ende, mirad cual es mejor, morir armado en el campo como valiente soldado, ó cuarteado por mano de un sucio verdugo delante de tantos señores y capitanes. Sabed, señores, que Dios, cuyo es el cielo y tierra con todo lo criado, dejó la tierra á los hijos de Adán, nuestro primero padre, para que la habitasen y morasen y gozasen de los frutos della, con todo lo en ella criado. Pues, pesar de tal, que tan hijos somos de Adán los que aquí estamos como el Rey de Francia y de España; si no, muéstrennos la cláusula del testamento de Adán en que les deja los reinos que tienen (1), y que sea esta tierra más suya que nuestra, y dejársela hemos Hasta aquí han gozado ellos de ella; déjennos gozar otro tanto tiempo de ella. Todos los que saben afirman que el derecho de las cosas está en las armas. Pesar de tal, que entre estos Reyes quien más puede tomar al otro sin mirar más derecho ni ley, se lo toma sin más esperar justicia; ¿y que los pobres soldados no puedan hacer lo mesmo? Tomémosles lo que injustamente tienen usurpado; encomendémonos á Dios y peleemos como constantes varones, y cuando Dios de otra cosa fuere servido, vamos todos juntos á la otra vida, adonde son bien recebidos los que hacen su deber. Hagamos oración, y si nos acometieren, hagamos como fuertes soldados españoles».

Cuando los soldados oyeron aquel razonamiento de los veinte, dijeron que en su vida habían oído á ningún sabio ni predicador hablar tan sabia ni tan altamente, y que había hablado por boca del Spíritu Santo. Hincáronse todos luego de rodillas y hicieron su oración muy devotamente, y luego comenzaron á caminar muy en orden. Llegando á do el Gran Capitán estaba, pararon. El Gran Capitán les invió á decir que se redujesen al servicio de SS. AA., y que se les perdonaba todo lo hecho hasta aquel punto, y que presto serían pagados, con otras muy buenas palabras. Los veinte inviaron á decir al Gran Capitán que suplicaban á su señoría no les acometiese, porque, ya hecha su oración, no podían dejar de pelear, porque estaban determinados de pelear y morir ó vencer; que le suplicaban muy humilmente no permitiese que derramasen la sangre que les había quedado de la mucha que en su servicio habían derramado, y que le daban su fe como buenos soldados españoles de vender tan cara su vida que los que les venciesen no las llevasen muy á su salvo; que se acordase de los muchos servicios que le habían hecho; las muchas necesidades que habían pasado y sufrido, que le suplicaban no llegase las cosas al cabo, porque podría trocarse la suerte; y que mirase su señoría que ni forzaban mujeres, ni robaban iglesias, sino solamente buscaban de comer, y los más dellos les amostraron las heridas que en su servicio habían recebido.

El Gran Capitán, oída su plática, se enterneció tanto que por más que disimuló, no pudo dejar de le venir á los ojos las lágrimas, acordándose cuán bien habían servido y el mal ejemplo que daría. Estuvo quedo. Ellos, visto que el ejército del Gran Capitán no les acometía, comenzaron á alargar el paso, no como gente que huía, sino como soldados que caminaban de una parte á otra; y queriéndose volver el Gran Capitán, fué avisado que iban á entrar en una cibdad que se llama Nola, porque ya no tenían que comer. El Gran Capitán fué tras ellos con toda su ordenanza. Los amotinados se fueron derechos á Nola y la comenzaron á combatir. La cibdad es muy fuerte, así de muro como de foso lleno de agua y muy hondo. Ellos comenzaron á combatir con tanto ánimo que se echaban á nado por el foso, y llegados al muro subían por las picas. El Gran Capitán no quiso pelear con ellos, porque le habían movido á gran compasión. Mandó á ciento y cincuenta de caballo que por la otra parte se entrasen en la villa, y les ayudasen á defendella. Entrados

(1) Al margen, de la misma letra del texto: «Dicen las sagradas Escrituras: *Terram dedit filiis hominum*; que quiere decir: La tierra dió Dios á los hijos de los hombres.»

estos escuderos, soltaron los caballos por la cibdad, cerradas las puertas y acudieron al muro que más necesidad tenía, y ayudáronla á defender. Visto esto por los amotinados, tocaron sus pífanos y atambores y comenzaron á caminar. Durmieron aquella noche en un lugar pequeño y hicieron muy grande guardia. El Gran Capitán les invió á decir que él se volvía á la cibdad para buscar dineros y les pagar todo lo que les era debido. Ellos respondieron que ellos dispararían para cuando su señoría fuese servido de se los inviar; y así era verdad, que los comenzó á buscar. Los amotinados respondieron que ellos esperarían todo el tiempo que su señoría fuese servido. Los rebeldes se fueron aquella noche á un lugar que se llama Castellamar, muy rico, y lo entraron por fuerza y lo saquearon. Allí les dijeron los veinte: «No es más tiempo, señores, de burlar con el Gran Capitán. Bien conocéis cuán astuto es y prudente; si más proseguimos nuestro propósito, él nos ha de coger y ahorcarnos á todos si no determinamos de nos esparcir y nos ir adonde por bien tuviéremos; y plega á Dios que lo podamos hacer á nuestro salvo, pues sabéis que ninguna cosa se le encubre y todo se hace como quiere. Pues reducirnos, que era lo más sano, yo lo aconsejaría, dijo uno de aquellos veinte; mas él sabe ya cuáles han sido los veinte, y pocos á pocos nos ha de castigar, y pues hasta aquí nos hemos escapado, demos gracias á Dios».

Desde allí se desparcieron, y unos se fueron á España, otros la vía de Roma. Luego fué avisado el Gran Capitán y mandó poner muchas guardas por los lugares por do habían de pasar, y allí los prendieron y luego eran ahorcados y echaban en la mar con piedras al pescuezo; así que muchos dellos murieron de aquel motín, que hicieron y pagaron justamente aquella rebelión que habían hecho. Otros se escaparon.

CAPÍTULO X

De cómo el Duque Valentín vino allí á la cibdad de Nápoles con ciertos designios que traía, y de lo que sucedió.

En este tiempo vino el Duque Valentín, llamado César Borja, á la cibdad de Nápoles en achaque de ver al Gran Capitán, mas su venida era á le pedir socorro de gente y armada para ir á conquistar la cibdad de Pisa, que la tenía oprimida la cibdad de Florencia; y él decía que tenía trato en aquella cibdad que luego se le daría, y que todo esto sería para servicio de los Reyes Católicos. Y porque en esta historia, así en los capítulos pasados como en los porvenir, se hace mención de este Duque Valentín, me pareció ser cosa necesaria escribir el discurso de la vida deste Duque.

Don Rodrigo de Borja, Cardenal de Valencia, hubo en Roma á una señora de las de Vañoty, en quien hubo al Duque de Gandía y á este César Borja, y dos hijas, madama Lucrecia, que fué casada con el Duque de Ferrara, y á otra señora que casó con don Alonso de Aragón, hijo del Rey don Alonso de Nápoles, su cuñado. Fué esta señora de muy buena parte y calidad, y fuera desto en toda la otra vida fué muy buena mujer. A este César Borja invió el Cardenal su padre al estudio de Pisa, donde las letras florecían en aquel tiempo, y él se dió tan buena maña en ellas que aprovechó mucho; y disputaba y trataba cuestiones arduas en el derecho civil y canónico, y como muy docto en ellas las trató; de lo cual el padre se holgaba mucho. Y como después fué criado Sumo Pontífice, hízolo Cardenal, y al hijo mayor llamado don Francisco de Borja, agüelo de don Francisco de Borja, que hoy es, que dejando su estado, es religioso en la Compañía de Jesús, para que este Duque de Gandía fuese el sucesor de la Casa de Borja. Mas el César Borja, teniendo los pensamientos puestos en la cumbre de señorear, parecióle para el capello, aunque con él tuviese toda la renta que pudiese haber, muy inferior á las esperanzas y grandeza de su ánimo ([1]); y visto que el Papa tenía puestos los ojos en el Duque de Gandia, su hijo mayor, acabando una noche de cenar, lo mató y lo hizo echar en el Tíber; lo cual acaso vió un barquero cómo echaron aquel hombre en el río. Otro día, andándolo buscando, se supo y dende á dos días lo sacaron unos pescadores y con ciertas puñaladas; y luego fué sabido haber sido por mandado del Borja. El Papa su padre recibió de aquesto muy gran pena; mas visto que el Duque ya no podía resucitar, perdonó al César Borja, y él dejó el capello,

([1]) Al margen: «Las personas que el Valentín mató».

teniendo en el pensamiento de tomar los Estados de Romania y se hacer señor della, porque ponía todo el derecho de las cosas en las armas; y por señorear no ponía delante derecho divino ni humano, y traía por divisa *aut Cesar, aut nihil.*

Pues como el Papa hizo liga y amistad con el Rey de Francia, Luis, duodécimo de este nombre, porque entre los Papas y Rey se habían confederado para echar los españoles de Italia y arruinarla toda con sus designios que tenían capitulados; y el Rey Luis, para más obligar al Papa y al Borja, lo casó con madama Carlota, hija del señor de Labrid, un gran señor de Gascuña, prima de don Juan, que decía ser Rey de Navarra. Luego comenzó á descubrir sus desordenados pensamientos y cruel tiranía de señorear una parte de Italia con muy infernal codicia; y para que hobiese efecto su diabólica tiranía determinó de matar, de cualquiera manera que pudiese, á los señores de Casa Colona y á los Ursinos; para que no hobiese en Roma, ni en su término, ni en mucha parte, quien le pudiese hacer contradicción, y algunos días les hizo guerra; y como eran poderosos enemigos, trató entre ellos enemistades para que ellos se acabasen. Luego ellos entendieron los engaños del cruel tirano, y se confederaron y se hicieron amigos y dejaron aparte las guerras civiles. Los Coloneses, pareciéndoles mejor castigo, para conservar sus vidas determinaron de dejar al Borja sus tierras y estados, y dar lugar á la desenfrenada furia del tirano; á los Ursinos ofreciéndoles grandes partidos y muy crecidos sueldos por los asegurar, habiéndoles dado su fe y palabra muchas veces de los tener por amigos, hermanos y compañeros, aunque ellos nunca jamás tuvieron del Borja entera seguridad. Al fin descubrieron sus designios crueles, cuando no lo pudieron remediar; porque mató en Perosa á Paulo Ursino, hijo del Cardenal latino Ursino, y á todos los Ursinos de la casa de Gaeta. Y asimismo mató al Cardenal Baptista Ursino, que estaba preso en el castillo de Santángelo, y á Olivero de Sermo en Senegalia; y asimismo mató á Vitelocio Ursino, señor de la cibdad de Castella; y al señor Francisco Ursino, Duque de Gravina; y á los Ursinos señores de Sermoneta, en el circuito de Roma. También mató á Jacobo Ursino y á Bernardino Ursino. Todos estos Ursinos fueron muertos por diversas maneras, y les tomó sus tierras y fortalezas. Pues á los señores Duques de Camarino, de muy antiguo linaje, Pirro, Aníbal, Julio César, Venafro y otros de aquella casa, fueron despojados y tomados sus Estados, y con darles garrotes fueron ahogados. Pues Astor Manfredo, señor de Freuça en Romania, rendido sobre su fe, fué muerto crudelísimamente y echado en el Tíber. Pandulfo Malatesta y Juan Sforza y Gido Ubaldo, señores de Arimino, Pesaro y Urbino, quisieron y tuvieron por mejor dejalles sus tierras que ser de aquel cruel tirano muertos. De la mesma manera Jacobo Apiano dejó á Pomblín al Borja, sangriento tirano en la Toscana; y sin causa ninguna mandó ahogar á Troche Espanoli, que así á él como al Papa había hecho muchos servicios. Y á vueltas destas crudelísimas muertes mató al bellísimo mozo llamado don Alonso de Aragón, hijo del Rey don Alonso de Nápoles, casado con su hermana, andándose paseando en la plaza de Sant Pedro; y porque de las heridas se tenía alguna esperanza que viviría, entró un día en la siesta con otros con máscara á lo matar, con el cual estaba su mujer y hermana del tirano, al cual luego conoció la hermana, y llorando, hincada de rodillas, le suplicó no matase á su marido y que á ella hiciese lo mismo. Era este don Alonso de Aragón, príncipe de Buseli, indigno de aquella tan infelice muerte. Asimismo había toxicado al Cardenal Borja, muchacho de muy poca edad, porque favorescía justamente al Duque de Gandía; y esperó una noche que venía de cenar á don Juan de Cervellón, muy principal hombre en la paz y en la guerra, y no por otra cosa sino porque favorescía y guardaba la honestidad y honra de una señora de la casa y familia de Borja.

Tenía un grande amigo y familiar y muy acepto en su amistad, á quien él quería mucho extrañamente; y fiándose de él como de tan grande amigo, le mandó cortar la cabeza. Llamábase éste Jacobo de Santa Cruce, de la más noble sangre de Roma; y no hubo otra ocasión sino que era mucha parte y poderoso para ayuntar cada que quisiese un buen escuadrón de gente de armas, así de caballo como de infantería, de su bando Ursino, y era hombre determinado para acabar cualquiera jornada que quisiese.

CAPÍTULO XI

En que se prosigue la vida del Duque Valentín.

A otros muchos mató este Duque Valentín, y en este tiempo, como atrás dijimos, quiso matar á ciertos Cardenales con aquella maldita sed de señorear, y que no hubiese ninguna persona poderosa ni rica ni que tuviese ánimo de hombre; y bebiendo él y el Papa su padre de aquel toxicado brebaje que para ciertos Cardenales tenía aparejado, y como fué Dios servido que ellos lo bebiesen y los otros quedasen libres del tóxico, como mozo y de más virtud quel padre, estando en mejor disposición; y halló quel cónclavi había criado Papa muy al revés de lo quél pensó y tenía tramado, el Papa Julio segundo, que fué un Pontífice muy entero y muy celador del patrimonio de la Iglesia, lo mandó prender á este Duque Valentín y poner á muy buen recaudo hasta que entregase las fortalezas que de Roma tenía. Y porque á esta sazón venían los venecianos con aquella sed de codicia de lo ajeno querían también ocupar la Romania y partiendo de Rávena habían aquistado por armas á Arimino, la Católica y Faença y Fano, y el Borja engañaba al Papa cada día con falsas y engañosas palabras, enviando señas á los alcaides que en ellas tenía falsas y fingidas, pensando volver á Roma y revolver los negocios de arte que pensaba volver al crédito pasado y revolver á Roma con las cimeras que tenía fantaseadas; porque tenía por cierto que tenía favor y ayuda, y más teniendo las cabezas y principales capitanes de los bandos, que eran el señor Juan Sasatelo y el otro Gido Vaino, que le debían mucho al Borja, según le estaban obligados con beneficios y buenas obras que dél habían recebido; y con este designio había escrito cartas fingidas á los castellanos dellas. Avisado de aquesto el Papa, invió luego al Borja á un criado suyo, de quien se fiaba, Pedro Avedro, con cartas, que fué derribado de las murallas abajo por Diego de Quiñones. Enojado el Papa por este desacato que se le había hecho, invió al César que si luego no entregaba las fortalezas, que le haría cortar la cabeza, y que sería excusar que hiciese más males.

CAPÍTULO XII

De cómo dos Cardenales huyeron de Roma y se fueron á Nápoles para el Gran Capitán.

En este tiempo el Cardenal Borja, y Remolio, Cardenal de Sorrento, que era hechura de la Casa de Borja, veyendo al Papa tan indignado contra los de Borja por causa del Duque Valentín, porque tenía sospecha de todos los de la Casa de Borja, inviaron estos dos Cardenales á suplicar al Gran Capitán que hasta que Su Santidad estuviese informado de la verdad, les inviase algún capitán que los pusiese en salvo en aquel reino. El Gran Capitán invió luego al capitán Carvajal, hijo del capitán Mendoza, con cien lanzas y á aquel Medina su criado con cartas de creencia para los dichos Cardenales. El capitán esperó fuera en cierto lugar secreto, y el Medina entró en la cibdad y dió las creencias y avisó á los Cardenales de lo que habían de hacer. Al capitán le anocheció á media legua de Roma, y á media noche llegó junto al muro y allí esperó á los dichos Cardenales. Ellos salieron con su aparato, diciendo que iban á caza como otras veces acostumbraban; y allí se juntaron con aquel capitán, que los puso sanos y salvos en Nápoles.

El Gran Capitán los recibió muy bien y les hizo muy buen tratamiento; y luego invió un caballero de su casa al Papa Julio sobre ello; y los redujo á su servicio y gracia, y fueron del Papa muy bien recebidos y muy bien tratados dende adelante á requesta del Gran Capitán.

CAPÍTULO XIII

En que el autor torna á contar lo que el Papa hizo con el Duque Valentín.

Espantado y atemorizado el Duque Valentín de lo que el Papa le invió á decir: que si luego no le entregaba todas las fortalezas que tenía de Roma le mandaría cortar la cabeza, á la hora invió á los castillanos españoles las contraseñas verdaderas para que entregasen las fortalezas. Fué tratado que el Duque Valentín fuese entregado á Bernardino de Carvajal, Cardenal de Santa Cruz, español, natural de Plasencia, para que lo tuviese en guardia en la fortaleza de Ostia, hasta en tanto que cumpliese lo prometido. Visto por

Diego de Quiñones y Gonzalo de Cifuentes las contraseñas, entregaron á los criados del Papa á Ceseria y á Forlino.

Luego que se vió libre el Borja, se fué á Nápoles para el Gran Capitán, pensando de lo engañar, como otra vez había hecho. Y porque Paulo Jovio, obispo de Nocera, que escribió una suma de las cosas del Gran Capitán, dice en este lugar que el Gran Capitán le dió su carta de seguro, que podía ir y volver seguro al Gran Capitán, y que después lo había preso sobre su palabra, no solamente á él mas aun al Duque don Fernando de Calabria, cuando se le entregó en Taranto, en entrambas cosas se engañó y no dijo verdad; porque yo oí á Diego García de Paredes y á aquel Medina, que se hallaron en todo, y á García de Aldana y á Diego de Trillo el tuerto, que fueron los ministros de lo uno y de lo otro, que nunca tal seguro pidió el Duque Valentín, ni el Gran Capitán se lo dió. Porque si se lo diera, por ninguna cosa lo quebrara; y lo del Duque don Hernando de Calabria nunca él, ni los que con él estaban, hablaron en tal condición, sino que el Paulo Jovio fué mal informado y tuvo falsa relación.

Luego que cumplió con el Papa y se vió libre, lo cual él nunca pensó, con los capitanes españoles que tenía, se fué derecho á Nápoles. Fué muy bien recibido del Gran Capitán, y luego comenzó á tratar y intentar novedades; y porque no había perdido punto del ánimo ni tiranía con la mudanza de la fortuna; pues como allí estaba Bartolomé de Alviano, su grande enemigo, cada uno andaba muy acompañado con cien arcabuceros de á pie: á los cuales avisó el Gran Capitán que estando allí tuviesen tregua y sobreseyesen sus enemistades, lo cual ellos prometieron en las manos del Gran Capitán, y así las guardaron.

CAPÍTULO XIV

En que el autor da cuenta de dónde nacieron estas enemistades entre estos dos capitanes, el Duque Valentín y Bartolomé de Alviano.

Este Bartolomé de Alviano era el más principal del bando y casa Ursina, y tenía en aquella cibdad muchos parientes y deudos, y una casa muy principal. Tenía una mujer la más hermosa que á la sazón había en Roma y aun en toda Italia, muy honesta y muy buena de su persona, y quería mucho á su marido, Bartolomé de Alviano. El Duque muy secretamente entró un día en su casa, estando fuera de Roma el Alviano, y llevó consigo el Borja muchos y muy buenos criados, y subió adonde esta señora estaba; y á los criados della mandaron que callasen so pena de la vida. Y llegado á do ella estaba, le dijo que se había de echar con él ó matalla. Ella le respondió que muy mayor merced le haría en matalla que no en deshonralla; y se le hincó de rodillas suplicándoselo, y que no hiciese cosa tan fea para quien él era. El la tomó y anduvo con ella á brazos, defendiéndose como buena mujer; y él la trató muy mal. Visto esto por el Duque, mandó á sus criados que se la tuviesen, y teniéndola por fuerza la forzó y dejó toda mesada y muy mal tratada.

Ido el Duque, luego aquella señora invió á llamar á su marido que luego viniese, que cumplía mucho á su honra y á su vida; lo cual él hizo, que vino por la posta; y encontrándole, le dijo su mujer: «Sacad, señor, la espada y cortadme la cabeza por la traición y maldad que contra vos he cometido». Esto decía con grandes llantos. El Alviano la apaciguó, y ella se lo contó. El le dijo: «Veamos, ¿esto fué por vuestra voluntad ó no?» Ella le dijo: «Estos cabellos y cardenales por todo mi cuerpo y aun estas heridas serán testigos dello». El la asosegó, y dende á siete ó ocho días, una noche á media noche, con sus criados muy bien armados, quebradas las puertas entró en su casa del Borja, y á todos cuantos topaban mataban. Oído esto por el Borja, en camisa saltó por unos tejados y se alejó. El Alviano después de le haber muerto todos los criados que en casa se hallaron, le saqueó la casa y le robó, que valía más de veinte mil ducados, y lo buscaron por toda Roma, puesta en armas la Casa Ursina, y aun los de Casa Colona, visto la maldad de aquel tirano, hasta que el Papa apaciguó aquel insulto y él fué como hemos dicho preso.

CAPÍTULO XV

En que se prosiguen los secretos designios del Duque Valentín.

El Duque Valentín pidió al Gran Capitán gente de guerra y galeras para ir sobre Pisa, como hechos dicho; mas él, como era muy

cruel y mal cristiano, ni tenía temor á Dios ni á las gentes, era muy mudable; no tenía fe ni constancia en las cosas que había de hacer, y era muy liberal de lo que tomaba y robaba á aquellos que mataba y les ocupaba sus tierras, dándoselo á los hombres de guerra, principalmente á los españoles, de quien se servía, y desta causa era muy quisto dellos. Pues comenzó de aparejar su armada y meter en ella munición y todas las cosas necesarias para la guerra. Lo público era ir á socorrer á Pisa; mas su secreto designio era ir por la costa del mar Tirreno y pasar por Pisa y Luca, y de allí por junto á Modana, y tomando allí más gente y favor de don Alonso de Este, Duque de Ferrara, porque era casado con madama Lucrecia su hermana, hija del Papa Alejandre su padre, y con esta gente ocupar la Romanía. Lo cual entendido por el Papa, escribió al Gran Capitán que no consintiese que un hombre como éste, tan desalmado y que tan poca cuenta tenía con Dios ni con su Iglesia, lo dejase salir de Nápoles, y lo mesmo escribió á los Reyes Católicos para que lo mandasen prender, porque todo lo demás que de ahí adelante hiciese sería sobre sus conciencias; y que se lo rogaba, y si menester era, se lo mandaba en virtud de santa obediencia y so pena de excomunión, porque así cumplía al bien de la cristiandad y pacificación de Italia, porque él había nacido para mal de Italia adonde Dios tuvo por bien de dejar á su Vicario. El Papa trató este negocio muy gravemente y con grande instancia con los embajadores del Rey de España, y mandó á sus legados que en España tenía que lo concluyesen con el Rey de España. Lo cual entendido por el Rey de España, y más ser casado en Francia y que intentaba asimismo cosas nuevas contra el Papa y cumulando las cosas pasadas y las que de nuevo intentaba, y por estorbar que no ofendiese más á Dios ni á la Sede apostólica, invió á mandar al Gran Capitán que lo prendiese.

Posaba el Duque en Castilnovo, y teniendo ya todo aparejado para se partir, fuese á despedir del Gran Capitán para se ir á dormir, porque había de madrugar. Fuese con él Pedro Navarro hasta lo dejar en su aposento como otras veces solía, y estúvose con él en su aposento gran rato. El Duque le dijo: «Señor Conde, váyase v. m. á dormir, que es ya hora». El Conde le respondió: «Huelgue V. S., que yo aquí le tengo de acompañar esta noche y no tengo de dormir». Cuando el Duque oyó esto, dió una gran voz, y dijo: «Santa María, cómo soy engañado. Conmigo sólo ha usado el señor Gran Capitán de crueldad, habiendo usado con todo el mundo de piedad». A esta hora llegó Nuño de Ocampo, que, como atrás dijimos, era alcaide de Castilnovo, y le puso gente de guarda.

CAPÍTULO XVI

De lo que sucedió al Duque Valentín después de su prisión hasta que murió.

Queriéndose despedir el Conde Pedro Navarro del Duque, le dijo: «Señor, no tiene v. s. razón de se quejar de nadie, sino de sí mesmo; porque los hombres de su calidad á una vida no han de tener más de una opinión. Pues bien sabe v. s., y aun todo el mundo lo conoce, la grande afición que v. s. tiene á la Casa de Francia y el grande odio á la de Aragón, seyendo v. s. aragonés y habiendo recebido tantos bienes y buenas obras de los Reyes de España. Justo juicio es de Dios de estorbar á v. s. de hacer más mudanzas y males. Aunque no hobiera otra cosa sino ser el Gran Capitán el que esto hace, había de creer v. s. que es justa cosa lo que se hace. Meta la mano en su seno y verá que esto viene por mano de Dios y de su Vicario, á quien v. s. tiene tan ofendido». Y despidióse de él, quedando el Duque en poder de Nuño de Ocampo y á muy buen recaudo. Luego fueron á su posada y le tomaron sus escrituras, adonde hallaron cosas muy varias, y toda la ropa y lo demás entregaron á su camarero.

Allí fué en la prisión mejor servido que en toda su vida lo fué, hasta que se entregó á Juan de Lezcano y lo llevó en sus galeras y desembarcó en Cartagena. Dende allí fué llevado á Chinchilla y fué entregado al Adelantado de Granada. De allí fué llevado á la Mota de Medina, adonde estuvo algún tiempo, que serían dos años. Y allí tuvo tal forma por medio de un paje del alcaide, que se descolgó por una soga, proveyéndole de caballos don Rodrigo Alonso Pimentel, Conde de Benavente, padre del que hoy es, y se fué hasta Navarra, para el Rey don Juan de Navarra, que á la sazón traía guerra con el

Conde de Lerín; y en un rencuentro que el Rey y el Conde de Lerín hobieron, salió el Duque á la pelea con una lanza de dos hierros, y peleó tan valientemente que fué parte para que los enemigos volviesen las espaldas, y fué en el alcance matando y hiriendo, pensando que los navarros le seguían, y todos se habían quedado. El Duque fué siempre siguiendo á sus enemigos, que nunca vió que iba solo; y un criado del Conde, que se llamaba Acevedo, le pasó el cuerpo de través con una lanza, adonde murió junto á una hermita que estaba allí cerca, donde fué enterrado, permitiéndolo Dios que muriese junto á Pamplona, de donde había seído obispo. Porque vemos ser regla infalible, los que dejan el hábito de la Iglesia y sus Santos Sacramentos jamás haber habido buen fin, sino morir desastradamente en aquesta vida.

Cuando el Gran Capitán invió preso al Duque á España, todas las gentes inviaron á rendir muchas gracias al Gran Capitán por haber quitado de Italia aquel público tirano y tan cruel, principalmente los Ursinos y Coluneses, y los señores de la Romania y todas las señorías y potestades de Italia.

Pues enterrado el Duque en aquella hermita junto á Viana, un soldado, que había seguido su milicia, le puso un epitafio sobre su sepultura, que decía desta manera:

Aqui jaze en poca tierra
á quien toda le temia:
en esto poco se encierra
e' que la paz y la guerra
del mundo todo [lo] hacia
Oh tú que vas á buscar
cosas dignas de loar;
si lo mejor es más dino,
aqui acaba tu camino,
no cures de más andar.

Así acabó el Duque Valentín su vida en concordia de todo el mundo; varón sin duda muy valiente en las cosas de las armas. Tuvo muy grandes pensamientos. Pareció mucho este Duque á Iugurta, Rey de Numidia, porque en las cosas que emprendía nunca miraba lo de adelante; todo lo posponía por señorear, que ni guardaba justicia ni derecho divino ni humano, ni parentesco, ni deudo, ni amistad. Todo el derecho de las cosas ponía en las armas. Ocurrieron á este Duque cosas tantas y tan varias que si se hobieran de escrebir fuera una grande historia.

Cuando Lezcano partió de Nápoles llevando en sus galeras al Duque Valentín, vino juntamente en aquella conserva el Próspero Colona por ver á los Reyes Católicos, principalmente á la Reina doña Isabel, á quien deseaba ver por las grandes partes y singulares virtudes que sabía que tenía, y siempre había tenido aquel deseo; y agora acabada la guerra determinó de venir en España, y más fué rogado por el Gran Capitán, porque como el Rey Luis de Francia tenía á este Duque por Ministro de las alteraciones que el Rey intentaba y sabía ser tan aficionado á la Casa de Francia y enemigo de la de Aragón, y en la condición y mudanzas pareciese mucho al dicho Rey, y podía desde Marsella ó de otro algún puerto de Francia salir alguna armada pensando cobrar al Duque, llevó el Próspero muy buena armada de muy buena y muy escogida gente de guerra para resistir á cualquiera flota por más pujante que viniese.

Pues desembarcado el Duque, como dijimos, en Cartagena y entregado al Adelantado de Granada, el Próspero se fué á Medina del Campo, y aunque halló á la Reina [enferma] del mal que murió, que fué de una fístola y cáncer que se le engendró en su natura, lo recibió muy bien y se holgó con él todo aquello que la enfermedad le dió lugar, diciéndole muy buenas palabras, que holgaba que antes que Dios la llevase desta vida le había cumplido el deseo que siempre había tenido de lo ver; con otras muchas palabras, de que el Próspero quedó muy contento y con gran deseo de la servir.

Cuando el Próspero vino en la conserva del Lezcano, trayendo al Duque, jamás lo quiso ver; con aquella reputación y gravedad romana no pudo acabar consigo de lo ver, porque no pareciese mostrar alegría de la miseria y calamidad de un tan cruel enemigo suyo y de su linaje y de toda Italia. Trajo este Próspero en España dos cosas, el uso de las cuales nunca en este reino se habían visto: que fué poner á las mulas y caballos de la estradiota gruperas, porque las sillas no se fuesen adelante, y gualdrapas para excusar el lodo de invierno y el polvo de verano. No solamente fueron estas dos cosas necesarias, más aun fué un atavío grande.

Luego en este tiempo murió la Reina, de que todo este reino sintió la muerte, como era de razón, principalmente Gonzalo Her-

nández, porque desde catorce años de su edad que la fué á servir de paje, siempre se había criado en su Corte; siempre había recebido della mucho favor y merced y todo aquello que se podía desear. Porque aunque el Rey don Fernando de su natural fuese muy contrario de la condición de la Reina, así en la liberalidad como en el amor que á los criados se tenía, principalmente al Gran Capitán, nunca había mostrado ni aun osado ir contra la voluntad de la Reina en lo que tocaba al Gran Capitán, según era cada día combatido de los envidiosos contra las virtudes singulares del Gran Capitán.

LIBRO ONCENO

DE LOS HECHOS Y HAZAÑAS DE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN DE ESPAÑA, CONTRA LOS REYES DE FRANCIA, EN EL CUAL SE CONTIENEN LAS COSAS QUE DESPUÉS DE ACABADA LA GUERRA Y PACIFICADO EL REINO SUCEDIERON AL GRAN CAPITÁN.

CAPÍTULO I

Cómo el Rey don Fernando, muerta la Reina Isabel, comenzó á dar oídos á los envidiosos de las glorias del Gran Capitán, y de los graves juicios que emitió sobre este punto al Rey Próspero Colona (¹).

Muerta que fué la Reina doña Isabel, que con justo título y razón muy evidente favorescía y defendía de los invidiosos los hechos y virtudes y resplandor del Gran Capitán, luego el Rey don Fernando comenzó á dar oídos á los invidiosos y á las murmuraciones que contra el Gran Capitán le decían, al cual imputaban grandes y graves culpas; porque la regla es infalible y averiguada por todos los que saben: que ninguna buena virtud, por más encumbrada que sea, que carezca de invidia, según nuestra naturaleza está inclinada á mal. El Rey, aunque oía y holgaba de saber el parecer de cada uno, nunca en público ni en privado habló mal de los hechos del Gran Capitán.

(¹) No tiene en el original epígrafe este capítulo.

Dijeron que el Próspero Colona, seyendo preguntado por el Rey don Fernando de las costumbres públicas y privadas de los Reyes de Nápoles y de sus ingenios y condiciones, como á hombre que siempre había seguido la guerra de todos ellos, desde el Rey Fernando y Alfonso el segundo y Federico, le dijo cosas del Gran Capitán tan graves y astutas y con tales entendimientos, que dieron á entender al Rey sospechas no nada vanas, de que el Rey tuvo grande sospecha que le penetró dentro de su pecho, aunque no lo dió á entender. Decía el Próspero que sin duda alguna el Gran Capitán hacía ventaja á todos los capitanes pasados en prudencia, en autoridad, en valentía, en vida de un gran cristiano, de donde claramente le ayudaba Dios; en ser amado de la gente de guerra; en ser querido de los pueblos, de manera que todo lo gobernaba y regía á su voluntad; y lo mandaba con pompa y mandamiento real, y que solamente le faltaba el título, el cual si él lo hubiera querido no le faltaran muchos, que le eran aficionados por beneficios que de él habían recibido, que le pusieran la corona de Rey en la cabeza. Estas cosas dichas por el Próspero, así como tocaban tan delicadamente en la Majestad Real, así daban á entender al Rey que debía proveer con tiempo en lo que cumplía, no le concediendo más ni le dejando en aquel reino. Esto y otras cosas dijo el Próspero al Rey, tan grave y delicadamente dichas, que penetraron al Rey hasta el corazón. Después de partido el Próspero, habiéndole dado don Pedro de Córdova, Marqués de Priego, sobrino del Gran Capitán, muchos y muy buenos caballos y muchos buenos aderezos dellos, y otras cosas de las que en Córdoba se pudieron haber, vuelto á Italia no halló en el Gran Capitán aquella gran voluntad que solía, como hombre que ninguna cosa se le encubría de lo que se decía.

CAPÍTULO II

De cómo invió el Gran Capitán en España al Rey don Fernando á Juan Baptista Pinelo, y de lo que sucedió en su embajada.

En aquella cibdad de Nápoles había un caballero y letrado en derechos llamado Juan Baptista Pinelo, hombre docto en su facultad de leyes y prudente, el cual había siempre

recebido muy buen tratamiento del Gran Capitán y sabía las cosas de aquel reino mejor que otro ninguno dél. A este Juan Baptista invió el Gran Capitán á dar cuenta al Rey don Fernando de la manera que el Gran Capitán se había habido en la gobernación de aquel reino, después que dél había echado á los franceses; y á quién había remunerado de los servicios pasados, y á cuáles había despojado de sus estados por haber seguido la parte francesa, y á otros castigado según lo habían merecido sus delitos; y á quién había proveído de tenencias y gobernaciones, con todas las otras cosas que eran necesarias, para que S. A. supiese, para que en ello mandase proveer como soberano señor. Invió asimismo la relación de lo que aquel reino rentaba y los estados que se habían tomado á los que habían seguido la parte francesa, para que S. A. proveyese de todo á su voluntad, inviándole su parecer y lo que en ello sintía se debiese hacer. Y para que de todo fuese informado, como de hombre que mejor que otro lo sabía, había inviado, como atrás dijimos, á este Juan Baptista Pínelo.

Llevó este Baptista la instrucción de todo y más remitiéndose á él como á persona que lo sabía mejor que otro. Pues llegado este Pínelo en España, informó al Rey de todo aquello que había en el reino, como hombre que tan bien lo sabía. El Rey tenía en lo secreto de su corazón grandes sospechas que el Gran Capitán hacía en aquel reino alguna novedad, ó para sí ó para entregar aquel reino al Rey don Felipe, que á la sazón era Rey natural y legítimo heredero de los reinos de España; y algunas personas en quien tenía más fuerza la invidia de los hechos tan famosos del Gran Capitán que no la virtud y verdad, así como Juan de Lanuza, Virrey de Sicilia, á quien el Gran Capitán había hecho tomar residencia en aquel reino, y Francisco Sánchez, despensero mayor, á quien él había hecho capitán de infantería, catalanes, y Valencia de Benavides, hermano de Manuel de Benavides, y otros algunos cuyos nombres no quiero aquí expresar, porque sus hijos no sean infamados de padres ingratísimos y no verdaderos; mas sobre todos Nuño de Ocampo ganó nombre de ingratísimo, aunque yo no puedo creer, como dije atrás, de un tal hombre, de tan buenas partes y obligado al Gran Capitán con muchosy muy grandes beneficios, levantar tan grande testimonio al Gran Capitán. Pues este Baptista, veyendo lo que se le ofrecía, si dijese lo que del Gran Capitán sabía, la codicia, que ninguna cosa hay por dura que sea que no quebrante, á la cual todos los corazones de los mortales son sujetos, principalmente aquellos que no miran á lo que son obligados, al fin dijo al Rey todo aquello quél tenía concebido en su pecho, y lo que él vió quel Rey deseaba saber, cegado con el interese que le fué ofrecido; y fueron cosas que nunca al Gran Capitán le pasaron por el pensamiento. Y porque este Pinelo vió haber errado á Dios y al Gran Capitán, no quiso volver á Nápoles hasta poder volver á su salvo, acusado de su consciencia, la cual siempre está mordiendo en el corazón al malo.

Pues como el Gran Capitán supo lo que este Pínelo había dicho, porque ninguna cosa se le encubría de las que por industria humana se podían saber, y que aquel Pinelo no volvía, ni le había escrito jamás después que fué en España, invió á otra persona española, de quien diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

De cómo el Gran Capitán invió al Rey don Fernando á Nuño de Ocampo, y de lo que en su camino sucedió.

Tuvo el Gran Capitán en su ejército y en su casa un caballero natural de Zamora, en Castilla, de noble sangre, que se llamó Nuño de Ocampo, de quien atrás dijimos que sirvió así en la paz como en la guerra, en lo uno con mucha industria y en lo otro con mucho esfuerzo y valentía. A este Nuño de Ocampo, mediante sus méritos, le hizo el Gran Capitán maestre de campo del ejército, y después que se ganó la cibdad, le hizo alcaide de Castilnovo, que es la principal fuerza de todo aquel reino. Fué el hombre de cuantos en aquellas partes pasaron de quien más fió. Pues visto por el Gran Capitán que aquel Pinelo le había sido tan ingrato, mintiendo tan malamente, invió á este Nuño de Ocampo, como á hombre que sabía sus entrañas y designios y lo secreto de su corazón á despachar con el Rey negocios que no sufrían dilación, y para proveellos como el tiempo lo requería. Porque este Nuño de Ocampo era hombre de muy buen entendimiento y sabía las cosas de aquel

reino como aquel que la mayor parte dellas habían pasado por su mano.

Llegado en España, el Rey se holgó mucho con él, como con hombre que le había muy bien servido, y para se informar dél de todo lo que deseaba saber. Quieren decir quel Rey le preguntó muchas cosas que en su pecho tenía concebidas que hiciera otro hombre que no fuera el Gran Capitán, según la parte que en aquel reino y voluntad de todos los súbditos así grandes como pequeños. Dicen que el Rey le ofreció grandes cosas. Lo que se pudo saber fué que despedido del Rey aquel Nuño de Ocampo, luego el Rey deliberó de ir á Nápoles, pensando quel Gran Capitán no vernía de allá si él allí no pasaba. A este Nuño de Ocampo dió el Rey en aquel reino las villas de Petrela, Carpotacio y Lícita.

En las relaciones más verdaderas que yo tuve, afirmaban que, ayudando á este Nuño de Ocampo aquel Pinelo, había perseguido en gran manera al Gran Capitán, dando relación de las cuentas de lo gastado y de todo lo recebido, mostrando no haber dejado nada al fisco, porque dando liberalísimamente ganase nombre de muy liberal; con lo cual encubriese muchas y muy grandes riquezas de tantos despojos, de tantas dádivas, de tanto oro y plata, de joyas de tanto valor, de tantos brocados y sedas allegados con mucha diligencia y tan astutamente guardadas que debía de tener. Pues, según dicen, recitadas por este Nuño de Ocampo con interese de haber del Rey la merced que le había prometido y después le dió, de que gozan agora sus hijos, todas estas cosas turbaban en gran manera el ánimo del Rey, aunque él en lo público lo tenía por mentira y así lo platicaba; y otras veces decía que aunque esto fuese verdad y mucho más, todo se había de sufrir á un tan excelente hombre y tan valeroso capitán, que tantas y tales hazañas había hecho y vencido á Reyes tan poderosos, y á tantos millares de franceses había echado de Italia, y ganado para España tanta honra y reputación, como él había ganado. Mas como el Rey tenía necesidad, y desta causa no era tan liberal, encendíase algunas veces con el deseo de tantas riquezas como el Pinelo y Nuño de Ocampo decían que debía tener guardadas. Lo cual después pareció, que para ir con el Rey Católico en España no se halló en su casa con qué poder ir. A mí me afirmó Medina, que tenía cargo de los dineros y joyas del Gran Capitán, como hombre de quien tanto fiaba, y lo mesmo me testificó Diego García de Paredes, que era el hombre de más verdad de cuantos yo traté, que Paulo de Tolosa, un mercader muy rico de aquel reino español, le dió una pólice de sesenta mil ducados para Valencia y otras pólices en blanco para donde quisiese pedir más dineros: tanta era la confianza que de su palabra se tenía (1).

Pues vuelto este Nuño de Ocampo de España á Italia, según dicen fué tosicado en Sesa, yendo de camino para Nápoles, por un soldado á quien él había hecho una grande injuria. Todos decían que había seído justo juicio de Dios por haber sido tan ingratísimo al Gran Capitán, que le había dado toda la honra y reputación que tenía. Mas yo, como atrás he dicho, no puedo creer tal cosa de Nuño de Ocampo, seyendo cosa tan contra la verdad lo que se dice haber dicho. Murió este Nuño de Ocampo á los veinte y tres días de Noviembre de quinientos y seis años, adonde fué enterrado con mucha solemnidad en Sesa.

CAPÍTULO IV

De algunas cosas que pasaron en este tiempo entre el Rey don Fernando y el Gran Capitán.

Como algunos invidiosos vieron el lugar y oido quel Rey daba á los que decían cosas que tocaban al Gran Capitán, y aun vían las mercedes que á los tales se les hacían, cada uno por su camino decían unos que el Gran Capitán había ganado aquel reino con grande esfuerzo y prudencia y con grandes trabajos de su persona y peligro de su vida, mas que con las mercedes grandes y liberalidades que había hecho, lo había disminuído y menguado, porque habían sido excesivas. Otros decían que el Gran Capitán estaba soberbio por las victorias pasadas y rico por las grandes rentas de aquel reino, y que había escogido para sí y para sus amigos y favoritos las más y mejores tierras de aquel reino, y que al Rey no le había dejado más que el título de la Corona. Otros por otras vías decían siniestras informaciones para le quitar toda su fama y honra. Todas estas cosas contadas al Rey con tanta invidia y malicia,

(1) Al margen, de letra del texto: «Esto era sobre sus estados».

aunque el Rey por la mayor parte las tenía por mentira, no dejaban de turbar en alguna manera al Rey; y lo que más le afligía era que á la sazón el Rey tenía necesidad y no era tan liberal, porque no se ofrecía de que lo fuese. No dejaba de pensar si aquéllos le decían verdad en tener guardadas tantas riquezas, tanto oro y plata, como le daban á entender que tenía. Mas el Rey, con la gran prudencia y virtud y otras partes que en él florecían, no daba á entender lo que sintía, antes decía muchas veces en público y en privado que muchas cosas se habían de sufrir, aunque fuesen injustas, y conceder á la singular virtud y grandes hazañas de un tan acabado hombre como era Gonzalo Hernández; y que el Gran Capitán había adquirido y acabado con tanta felicidad y hecho tantas hazañas y adquirido aquel reino contra todo el poder de Francia y de la mayor parte de Italia, y haber ganado tanta honra al reino de España. En lo secreto consentía y en lo público siempre hablaba muy maravillosamente y con mucha honra en las cosas del Gran Capitán y en sus obras.

CAPÍTULO V

Cómo el Rey don Fernando casó en segunda vez con madama Germana, sobrina del Rey de Francia.

El Rey don Fernando, teniendo concebido en su pecho de pasar en Nápoles y traer consigo al Gran Capitán, y adevinando lo que el Rey don Felipe [haria], que era llamado por los Grandes de España que viniese á tomar su reino de España, que le pertenecía por la parte de su mujer doña Juana, heredera y propietaria destos reinos, pareciéndole que venido el Gran Capitán en España, el Rey Luis de Francia, como hombre afrontado de las guerras pasadas, volvería á intentar nueva guerra contra Nápoles, determinó de tratar casamiento con madama Germana, sobrina del Rey Luis de Francia, hija de su hermana y del Conde de Fox en Gascuña, de muy ilustre sangre y muy antigua, hermana de don Gaston de Fox, que después, seyendo General del ejército del Rey de Francia, venció en la memorable batalla de Ravena, adonde murió; y también si el Rey don Felipe, su yerno, quisiese intentar algunas cosas nuevas, tener al Rey Luis como deudo y vecino de su reino, concluyó el casamiento, aunque viejo, por asegurar las cosas que hemos dicho.

Fué capitulado en el casamiento que el Rey Luis renunciase el derecho que tenía al reino de Nápoles, con que el Rey don Fernando restituyese sus estados y tierras á los barones y señores que habían seguido la parte francesa, principalmente al Príncipe de Salerno y al de Visiñano y á otros algunos, como á Honorato Gayetano y á Trayano Caraciolo y al Conde de Capacho y á otros algunos que les fueran vueltas sus tierras y estados y les fueran vueltos sus patrimonios y honras que en aquel reino solían tener. Luego que fueron celebrados los casamientos reales y venida la reina Germana en estos reinos, los Grandes de Castilla dieron gran priesa al Rey don Felipe que viniese á cobrar su reino de España, teniendo por cierto que ternían más libertad y gozarían de más licencia con un Rey mozo, que aún no había cumplido veinte y cinco años, muy liberal, que no debajo de un Rey viejo, y como ellos decían, poco liberal y para los de Castilla más austero.

CAPÍTULO VI

De cómo el Rey don Felipe vino en estos reinos y de lo que sucedió con su venida.

El Rey don Felipe se dió gran priesa y vino en estos reinos. Traía consigo para que le gobernase, dado y encomendado por su padre Maximiliano, Rey de Romanos, á don Juan Manuel, hombre de muy ilustre sangre destos reinos, muy sabio y astuto y de gran valor en todas las cosas que emprendía, al cual Maximiliano había encomendado la gobernación destos reinos, porque era un muy raro hombre. Vino á desembarcar al puerto de la Coruña en Galicia, adonde concurrieron los más señores y caballeros de España. De allí vino á Benavente, trayendo consigo á su mujer la Reina doña Juana, adonde le fueron hechos muchos servicios y fiestas por don Rodrigo Pimentel, Conde de Benavente.

El Rey don Fernando fué á recebir al yerno, el cual, llegado, no fué recebido como él pensaba, y fué sin razón, estando allí aquellos á quien él tantas y tan grandes mercedes había hecho. Solo don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, muy deudo suyo y muy su servidor, nunca lo dejó; que siempre él y su casa le acompañó, posponiendo todo su es-

tado y persona; y muchos en aquellas vistas ganaron nombre de ingratísimos; aunque don Antonio de la Cueva, hermano del Duque de Alburquerque, decía allí que se había de reverenciar el sol cuando nacía y no cuando se ponía. Concertadas las vistas del suegro y del yerno en el campo y á caballo, el Rey Filipo no venía de buena voluntad á las vistas con el suegro; y así llegados se hablaron, el Rey Filipo en francés y el Rey Fernando en español, pocas palabras; porque los despartió don Juan Manuel, que apenas el uno entendió lo del otro; y así se partieron sin haber entendido el uno al otro. Fué cosa que no se puede creer: que todos los Grandes y caballeros de Castilla desampararon al Rey don Fernando, si no fué, como dijimos, el Duque de Alba, el cual, como hemos dicho, con mucha constancia le acompañó y sirvió, como cuando más estaba en su prosperidad, y por ningunos prometimientos ni otras cosas le pudieron mover á que le dejase de servir con muy entera fe.

El Rey Fernando, pareciéndole que aquella tempestad con ninguna otra cosa se podía desechar sino con disimulación, parecióle con su gran prudencia que aquella tan gran furia con ninguna otra cosa se podía desechar sino con no lo tener en nada, y con consejo determinó de dejar á España é irse á Nápoles, por no ver ni oir las palabras y murmuraciones que contra él se dirían, y desacatos que se hablarían y harían; y también por traer consigo, como hemos dicho, al Gran Capitán, que le habían hecho entender que, si su mesma persona no iba, no vernía en España jamás.

CAPÍTULO VII

De cómo el Gran Capitán invió en España por su mujer y hijas y casa, y lo que en el camino le sucedió.

En este tiempo había el Gran Capitán inviado á España por la Duquesa su mujer y hijas y toda su casa; y navegando por la mar de España y de Francia junto á islas de Ras, la alcanzó la armada del Rey don Fernando, que con veinte galeras se había partido á Nápoles á la en que iba la Duquesa, mujer del Gran Capitán, de que el Rey holgó extrañamente, y la visitó y dijo que al presente no podía topar cosa que le diese más contentamiento que la alcanzar allí, porque irían en una conserva, y esto le rogó muy ahincadamente; y porque fuese más á su placer se pasase á su galera, adonde sería muy servida, que él y todos le buscarían todo el contentamiento que se pudiese haber. La Duquesa le besó las manos por tan gran merced y favor; mas que ella iba de la mar mal dispuesta y se quería ir de su espacio y tomar tierra hasta que se sintiese mejor. El Rey, después que se volvió de visitalla de su galera y vuelto á la suya, le tornó á inviar á don Bernardo de Rojas, Marqués de Denia, y á Miguel Pérez de Almazán, para que le importunasen y rogasen se pasase á su galera, y la Reina se lo rogó; mas jamás se pudo acabar con ella, porque en la verdad venía mala y más para descansar en tierra que para navegar por mar. El Rey, vista su voluntad y la razón que para ello tenía, la volvió á visitar y se despidió de ella, y lo mismo hizo la Reina Germana.

Había parecido pocos días antes en el aire una cometa, que duró algunos días, que amenazaba á las partes de Flandes. El Rey don Felipe, haciéndole muchos banquetes y comiendo al uso de España, y ejercitándose principalmente en el juego de la pelota y otros ejercícios embajo de tan diverso aire y constelación, adoleció de una grave enfermedad que le quitó la vida, dejando dos hijos, el mayor llamado Carlos, de siete años, el cual hoy reina, y es Emperador de Alemania y Rey de Romanos, que en felicidad merece el nombre de Augusto mejor que todos los que han precedido, en todo género de virtud y valor, y en la paz y en la guerra, principalmente en las cosas que tocan al culto divino y á la fe contra los herejes luteranos, adonde pasó muchos trabajos, así en el cuerpo como en el espíritu; y otro segundo llámase don Fernando, que hoy es Rey de Romanos y de Hungría y Bohemia. Hijas dejó cuatro: á Isabel, Reina de Navarra; á María, Reina de Hungría; á Leonor, Reina de Portogal y después de Francia, y á Catalina, que hoy es Reina de Portogal.

CAPÍTULO VIII

De cómo el Gran Capitán salió á recebir al Rey don Fernando, sabido que venía, y lo que en el recebimiento pasó.

Sabido por el Gran Capitán que el Rey venía cerca de aquellos reinos, se partió de

Nápoles á lo recebir. Llevaba tres galeras; iba muy acompañado de todos los señores y Grandes de aquel reino y de España que allá estaban; y topóse con la armada del Rey junto á Portofin en la costa de Roma. El Gran Capitán se fué derecho á la galera del Rey y se metió dentro con muy grande alegría, que bien pareció nunca haber dudado de la buena voluntad del Rey para consigo: porque algunos invidiosos habían hecho entender al Rey que el Gran Capitán no se osaría meter en la galera real confiándose de su fe Real. Decían también que en ninguna parte correría tanto peligro como en la galera, porque en tierra estaba siempre rodeado de gente de guerra, y que allí no tenía cosa que temer en cosa que se pudiese hacer fuerza.

Pues entrado el Gran Capitán en la galera, se fué para el Rey y se hincó de rodillas y le fué á tomar las manos; mas el Rey las tiró afuera y lo tuvo un rato abrazado y le besó en el rostro. Luego se fué á besar las manos á la Reina, y el Rey lo levantó y le dijo: «Agora me ha cumplido Dios uno de los deseos que tenía de ver vuestra persona, que tanto lo he deseado; y si os hobiese de pagar lo mucho que os debo, había de ser señor de todo el mundo, así por lo que en nuestros reinos y señoríos habéis hecho y acrecentado, que es lo menos, como por la mucha honra y fama inmortal que á los reinos de España habéis dado, de donde habéis ganado á los reinos de España inmortal fama y á vos perpetua inmortalidad. Y porque sé cuán ajeno es de vuestra condición oir vuestros loores, no los diré aquí. De mí os sé decir que seáis cierto que todo aquello que yo pueda satisfacer á tan grandes servicios y honras, que lo haré; de que todos sepan que hice con vuestra persona todo lo que pude». El Gran Capitán se humilló y le tomó por fuerza las manos, y le respondió: «Yo, señor, soy vuestra hechura, y el ser que después de Dios tengo, V. A. me lo ha dado. Las palabras que V. A. me ha dicho, las tengo por la mayor satisfacción de mis servicios, si algunos son, más que si de todo el mundo me hubieran hecho señor. Una sola cosa me debe V. A.: el gran deseo que á su servicio he tenido y tengo hasta que la alma me salga del cuerpo. Lo que yo, señor, he hecho, hízolo Dios en virtud y buena ventura de V. A.» El Rey atajó la plática con decirle que en una cosa sólo conocía su gran felicidad, en tenello á él en su servicio, con otras muchas y muy buenas palabras.

Luego el Gran Capitán se hincó de rodillas ante la Reina y le tomó por fuerza las manos y se las besó; al cual ella le dijo: «Gran Capitán, dejemos para más espacio de averiguar quién os quiere más, ó el Rey mi señor ó yo; pero tened por cierto que no hay en esta vida quien tanto amor os tenga como yo, por lo mucho que vos merecéis». El Gran Capitán se le tornó á humillar. Allí le dijo el Rey cómo habían alcanzado á la Duquesa cabe Frejus; y aunque le habían mucho rogado que se pasase á su galera, no lo habían podido acabar con ella, porque venía mal dispuesta de la mar; que él holgara mucho de la traer consigo y á sus hijas. El Gran Capitán se le humilló por aquella merced que á su mujer querían hacer.

El Rey estaba el más alegre y contento de todo el mundo, veyendo la grande humildad y obidiencia que el Gran Capitán le tenía; que no era cosa fingida, según los malinos y invidiosos le habían hecho entender. Aquí estando en este recebimiento con tanta alegría, le llegó nueva cómo el Rey don Felipe era muerto, de que el Rey, aunque en lo secreto recibiese alguna alegría, todavía en lo público mostró gran sentimiento, acordándose que su hija quedaba viuda y sus nietos huérfanos; y de lo que más holgó fué en haber venido el Gran Capitán con tanta obidiencia á lo recebir sin saber la muerte del Rey don Felipe; lo cual si hiciera sabiendo antes la muerte del Rey, no parecía que lo hacía con la lealtad que lo hizo sin saberla antes. Desde allí fué la primera escala á Gaeta, y desde allí se fueron derechos á Nápoles.

CAPÍTULO IX

De cómo el Rey y la Reina fueron recebidos en Nápoles y del solemne recebimiento que allí les fué hecho.

El Gran Capitán suplicó al Rey se fuesen á Castil del Ovo y allí estuviesen hasta que se aparejase su entrada, y le suplicó entrase vestido al uso de aquel reino, porque todos los de aquella cibdad y del reino se holgarían extrañamente. El Rey se lo otorgó. Luego que el Gran Capitán dejó al Rey en Castil del Ovo y, entrado en la cibdad, invió á Castil

del Ovo sus sastres y muchas sedas y brocados de muchas maneras, y muchas piedras y joyeles muy ricos, con todos cuantos aderezos se pudieron haber, así para el Rey como para la Reina. Hizo luego aparejar un palio de brocado tan rico que nunca en Italia se había visto otro tal, así en riqueza como en la obra que llevaba, adereszado todo como convenía. Mandó que los señores principales de aquel reino tomasen las varas, que eran doce. Fueron todas las galeras á Castil del Ovo por el Rey y la Reina: desembarcaron en el muelle grande. Los señores, como dijimos, tomaron las varas del palio, embajo del cual entraron el Rey y la Reina. El Gran Capitán miró á los Principes que tenían las varas, y vió al de Salerno, Visiñano y Rosano, que cada uno tenía su vara, y dijo en alta voz: «Príncipes de Salerno, de Visiñano y de Rosano, dejad las varas que tenéis, porque en los tiempos pasados las habéis tenido siempre tuertas y con deslealtad, y tomadla vos, Conde del Pópoli, Duque de Termoli y Duque de Atre», los cuales se las tomaron de las manos. Puestos el Rey y la Reina embajo del palio, el Gran Capitán se salió fuera de él. El Rey le llamó y le dijo: «Duque, pasaos desotra parte y tomad á la Reina de la mano»; y así fueron todos tres embajo del palio hasta Castil del Ovo.

CAPÍTULO X

De cómo el Rey fué jurado en Sant Severino, adonde los Reyes de Nápoles lo suelen hacer.

Luego el Rey fué jurado en Sant Severino, adonde se juntaron todos los Príncipes y señores de aquel reino, y estando todos juntos suplicaron al Gran Capitán que, porque en aquel reino es uso y costumbre muy antigua quel mayor señor de aquel reino tome el juramento al Rey y haga lo que en tal caso se suele hacer y decir para la confirmación de los privilegios y libertades de aquel reino y libertad, y que su Señoría era el que más heredado estaba en aquel reino y el más preeminente de todos ellos, y por todas estas causas le suplicaban tomase el juramento al Rey. El Gran Capitán se excusó diciendo que allí había personas muy principales que le hacían mucha ventaja para hacer aquel auto. Ellos se lo tornaron á suplicar, de manera que no pudo dejar de lo hacer. Entonces llegó al Rey y le presentó los capítulos y le tomó el juramento, lo cual el Rey lo juró y confirmó todo lo que le fué pedido. Luego en nombre de la cibdad le presentó trescientos mil ducados con que la cibdad le sirvía. El Rey los recibió y se lo agradeció mucho y les confirmó cierta merced que le pidieron. Tras esto comenzó el Rey de entender en cosas tocantes al reino y á confirmar mercedes quel Gran Capitán había hecho y á quitar otras. Quitó á micer Teodoro, capitán de albaneses, quinientos ducados de renta que el Gran Capitan le había dado, porque había muy bien servido en la guerra. Visto por el Gran Capitán, se los dió por todo el tiempo de su vida en su villa de Venosa.

CAPÍTULO XI

De cómo la Duquesa de Sesa, sintiéndose mal de la mar, desembarcó en Génova, y el gran recibimiento que en aquella Señoría se le hizo.

La Duquesa de Sesa desembarcó en Génova, y estaba aquella Señoría encomendada al Rey de Francia; y tenía allí por Gobernador de aquella cibdad á aquel mos de Ravastain, de quien atrás dijimos quel Gran Capitán había dado libertad y le había hecho mucha merced y liberalidad. Pues como este mos de Ravastain supo que la Duquesa de Sesa, mujer del Gran Capitán, estaba en el puerto de aquella cibdad, luego él y la Señoría le aparejaron muy grande recibimiento. Este mos de Ravastain fué á la Duquesa y se le humilló y porfió por le tomar las manos, y le dijo estando de rodillas: «Déme V. E. las manos». La Duquesa lo levantó y le hizo muy grande acogimiento. El le dijo: «Yo debo al Gran Capitán, mi señor, todo cuanto soy después de Dios, porque él me dió la vida y todo lo que tengo á tiempo que me la pudiera muy justamente quitar y me pudiera echar en prisión con muy justa causa, teniendo S. E. muy cruda guerra con el Cristianísimo Rey de Francia mi señor. Así que con lo que á V. E. aquí sirviere, con lo suyo le sirvo». Cada que este mos de Ravastain oia nombrar el Gran Capitán, quitaba el bonete, por cuya causa ganó nombre de gratísimo. Decía él que á quien le dió la vida y hacienda, cuando se la

podía quitar justamente, que con ninguna cosa se le podía pagar. Fué aposentada en la más principal casa de aquella cibdad. Allí se le hizo mucho servicio, así por parte del Ravastain como por parte de la cibdad; de lo cual nunca quiso tomar nada. Después que se sintió mejor, se partió de aquella cibdad, y llegada á Roma, no quiso parar en ella; y pasó por medio de ella á dormir á un lugar adelante. Cuando el Santo Padre lo supo, invió tras ella dos Cardenales á quejarse mucho della en haber pasado por aquella cibdad, sin lo haber él sabido, sabiendo ella lo mucho que él debía á su marido, y cómo él los tenía por hijos muy queridos. Los otros Cardenales y caballeros de Casa Ursina y Casa Colona todos tomaron las postas y la alcanzaron, excusándose en no haber sabido que su señoría pasaba por aquella cibdad. La Duquesa les daba bastantes excusas, y á los Embajadores del Papa dijo que suplicaba á Su Santidad la perdonase, porque venía mal dispuesta y porque tenía nueva que S. A. se quería volver á España, por le tomar ante que de aquel reino se partiese.

Pues llegada á la cibdad, fuele hecho muy grande recebimiento. Luego el Rey la fué á visitar á su posada y á sus hijas, y se holgó mucho con ellas, y lo mismo hicieron todos los señores y señoras de aquel reino y cibdad.

CAPÍTULO XII

De algunas cosas que sucedieron estando el Rey en aquella cibdad.

El Rey celebró las obsequias del yerno, vestido de luto, por después en otro hábito poder salir vestido á recebir las embajadas de los Príncipes y Barones de aquel reino. El Gran Capitán siempre guardó cerca del Rey su lugar y reputación merecida; y si alguna persona quería hablar ó presentarse ante el Rey, ora fuese grande ó pequeño, él lo presentaba hablando en todos muy bien. Así que jamás su favor faltó á nadie. El era el medio para que de todos tuviese noticia; porque fué el Gran Capitán el hombre de todo el mundo que más contentamiento recebía cuando daba algo y cuando hacía alguna buena obra; y muchas veces veyendo estar á algunos, los llamaba por sus propios nombres, y les preguntaba si había algo en que les pudiese aprovechar, y le suplicaba por ellos, contando sus servicios; así que de la merced que aquellos recebían, quedaban tanto en cargo al Gran Capitán como al Rey que hacía la merced.

Al Rey le parecía que un tan valeroso capitán, que le había adquirido un tan grande reino y con tanta honra y fama, se le debía otorgar todo lo que le pidiese, aunque vía claramente que las rentas del reino estaban diminuidas por las muchas exenciones, dádivas y mercedes hechas por el Gran Capitán; porque el Rey no quería ser tenido por ingrato contra un tan valeroso capitán y tan querido de todos, grandes y pequeños, aunque algunas veces revolvía en su pensamiento si podía ser verdad lo que los invidiosos le decían de aspirar al reino.

Aconteció en aquellos días que los tesoreros del Rey trataron de pedir cuenta al Gran Capitán de las rentas de aquel reino. Fué negocio tan pesado, que el Gran Capitán estuvo en poco de se enojar de aquel negocio; mas recibió con alegre cara las cuentas del recibo y del gasto, y respondióles que él mostraría las cuentas del gasto y del recibo; y que les apercebía que le habían de pagar el alcance quél gastó que igualase al recibo, como deuda que la Cámara Real le debía. Otro día presentó un libro pequeño de memoria, en que puso muy gran silencio á los tesoreros, y al Rey muy grande afrenta, y á todos muy gran ocasión para reir y burlar del negocio. Y fué que asentó en la primera partida, que había gastado en flaires y en sacerdotes y en monjas y pobres, personas aceptas á Dios, los cuales continuamente estaban en oración rogando á Dios y á todos los santos y santas del cielo que le diesen victoria: ducientos mil y setecientos treinta y seis ducados y nueve reales. En la segunda partida asentó setecientos mil y cuatrocientos y noventa y cuatro ducados, secretamente dados á las espías, por cuya diligencia había entendido los desinios y acuerdos de los enemigos y ganado muchas victorias, y finalmente un tan gran reino como era aquél.

Como el Rey vió las partidas y la respuesta del gasto, mandó que no se hablase más en ello, porque era muy infame al Rey. Porque ¿quién sería aquel que quisiese averiguar y saber el número de los dineros dados y á quién, y como dados por mano de un tan

excelente capitán, si no fuese ingratísimo? Visto por el Rey, mandó que no se hablase más en ello, antes mandó confirmar todas las mercedes dadas por el Gran Capitán y repartimientos, y verdaderamente desarraigó de su pecho la sospecha que había tenido del aspirar el Gran Capitán al reino, lo cual le era opuesto de los que le acusaban.

CAPÍTULO XIII

De cómo el Papa Julio trataba con el Gran Capitán de le hacer Capitán general de la Iglesia, y de lo que sobre ello avino.

Entretanto que estas cosas pasaban, el Papa Julio invió una embajada al Gran Capitán rogándole que, pues en aquel reino ya no había que hacer, tuviese por bien de ser capitán de la Iglesia, y que le entregaría todas las fuerzas del patrimonio de la Sede apostólica y el castillo de Sant Angelo para que el castellano estuviese por él, con muy excesivo partido y muy grandes intereses que le ofrecía. El Gran Capitán le respondió: que le besaba muy humilmente los pies de Su Santidad por se querer servir dél, y que á él le placía con condición que el Rey su señor le diese licencia para ello, no lo habiendo menester, y que si estando en su servicio el Rey su señor tuviese dél necesidad, pudiese dejar el cargo y ir á servir al Rey su señor; y que si en algún tiempo Su Santidad tuviese [guerra] ó fuese contra los Reyes de España, él se pudiese despedir de Su Santidad y acudir al Rey su señor. El Papa lo otorgó, ni más ni menos como él lo pidió; y dijo que cuanto á la licencia, él la cobraría del Rey. Quisieron decir, y el Papa así lo publicó, que el Rey Católico le había dado la licencia, porque esto fué antes que el Rey viniese á Nápoles, y que después de venido revocó aquella licencia por justas causas y bastantes que para ello hubo. De cuya causa el Papa trató vistas con el Rey en Civitavieja, para cuando en España volviese, adonde le esperó el Papa, porque allí creyó que lo acabaría con él. Mas estas vistas no hobieron efecto por lo que adelante se dirá.

Visto por el Papa lo que el Gran Capitán le escrebía, le escribió que él le absolvía de cualquiera fidelidad, vasallaje y homenaje que tuviese hecho é debiese al Rey don Fernando. El Gran Capitán le respondió que le suplicaba le perdonase, que él no era hombre que había de poner en disputa su honra, si lo pudo hacer ó no; que aunque de todo el mundo le hiciesen señor, no haría tal cosa sin expreso consentimiento del Rey su señor; de que el Papa quedó muy enojado del Rey don Fernando, y dijo sobre ello palabras muy ajenas de su profesión.

CAPÍTULO XIV

De cómo el Rey trató con el Gran Capitán de llevarlo á España, y de lo que él respondió, con el medio que se tomó en su ida.

Ya en este tiempo tenía el Rey cartas de España, así de la Reina doña Juana su hija como de otros muchos señores de Castilla y de muchas cibdades, para que viniese en España á tomar la gobernación della. Luego el Rey comenzó á tratar con el Gran Capitán que se fuese con él, porque según las sospechas que le habían puesto personas no de buenas intinciones, y agora veyendo la grande afición que todos le tenían, fué movido á lo llevar consigo. El Gran Capitán le dijo: «Ya V. A. sabe que yo en España no tengo nada, ni una casa en que me meta. Y pues á V. A. le plugo de me dar de comer en este reino, le suplico me deje en él y gozar de esta hacienda de que me hizo merced». El Rey le dijo: que en hacienda no parase, que él le daría en España hacienda con que no hobiese envidia al que más tenía después de él. El Gran Capitán se le excusaba cuanto podía, diciendo que tanto tocaba á S. A. lo que él pidía como á él, que habiendo sido servido de le dar aquellos Estados en Italia, fuese agora á España, adonde no tenía cosa alguna. El Rey le tornó á importunar tanto que hasta el Gran Capitán no iba ya tantas veces á Palacio como solía, de andar muy descontento de lo que el Rey le mandaba; hasta que el Rey le dijo un día: «Duque (por este nombre le solía llamar siempre) yo os quiero llevar conmigo á España por sola una cosa, y es porque tengo entendido que tengo de tener contradicción en la gobernación del reino; porque así me lo han dado á entender los que desean mi servicio; y tengo por averiguado que llevando vuestra persona, ninguna novedad ni contradicción tendré que á la hora no la oprima».

Esto era lo público que él decía; mas lo secreto era que el Rey no pensaba tener más parte en aquel reino de la que el Gran Capitán quisiese y fuese su voluntad; y esta no la tenía el Rey tan á su mandar hasta que cumpliese con él lo que le había prometido por una cédula suya muy bastante de le dar el maestrazgo de Santiago. El Rey le dijo: «Si otro inconveniente no ponéis de vuestra parte sino no tener en España ningún Estado, yo os doy mi fe Real y esta cédula, tan bastante como veis, de os dar el maestrazgo de Santiago, con condición que me dejéis libres los diez mil ducados de renta que á la postre os dí, y que seáis obligado de volver á este reino de Nápoles ofreciéndose necesidad en servicio de la Corona Real de España, dejando vuestro maestrazgo á buen recaudo, y que después de vuestros días vuelva á la Corona Real». Y sobre esto dicen que se hizo nueva provisión y bula del Papa Julio en confirmación dello. Yo oí decir á aquel Medina que la tuvo muchas veces en la mano la provisión y confirmación del Papa, y después por qué causa el Rey no se la dió, yo no pude saber para la poner aquí.

Es esta dignidad de Maestre de Santiago la más preeminente y rica de todo el reino, porque allende de lo mucho que renta, provée muchos cuentos de renta en las encomiendas á personas particulares, á quien el Maestre quiere; y es tan grande esta dignidad, que muchas veces en los tiempos pasados competía con la dignidad Real; y visto por los Reyes don Fernando y doña Isabel que era esta dignidad, allende de sus grandes riquezas y renta, no tenían con qué pagar á los caballeros y capitanes que habían servido en las guerras, con licencia y bula del Papa, se hicieron administradores perpetuos de aquella Orden de Santiago y de las otras dos de Alcántara y Calatrava, y desde entonces se metieron en la Corona Real. Traen por insignia una espada colorada en el pecho. Eran tan señores los Maestres, que don Alvaro de Luna, Maestre que fué de Santiago, gobernó estos reinos, así en lo temporal y espiritual, hasta que le fué cortada la cabeza, y luego don Juan Pacheco, en tiempo del Rey don Enrique, mandó estos reinos muy absolutamente, como todos saben; y después fué persona muy principal don Alonso de Cárdenas, por cuya muerte se metió en la Corona Real. Fué instituída esta Orden para pelear contra los moros que vivían en estas Españas en el año del Señor de [1].

CAPÍTULO XV

De algunas cosas que acontecieron en aquellos cinco meses que el Rey don Fernando estuvo en Nápoles; y primeramente lo que al Gran Capitan pasó con aquel Baptista Pinelo, de quien atrás dijimos.

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo el Gran Capitán había inviado á Juan Baptista Pinelo, un doctor en leyes y caballero muy práctico en las cosas de aquella cibdad, á dar cuenta á S. A. de todos los negocios del reino; y preguntado por el Rey por las cosas de sospecha que tenía concebidas en su pecho, de que algunos invidiosos le habían siniestramente informado, ofreciéndole grandes mercedes si lo decía, como hombre que tuvo en más el interese que la verdad, dijo todo aquello que le fué preguntado; de que el Rey le dió en aquella cibdad renta muy bastante, de que él quedó rico. Y como vió que había ofendido al Gran Capitán, no osó ir á Nápoles hasta ir con el Rey por asegurar su persona. Pues estando un día el Gran Capitán en la plaza de Castilnovo hablando con muchos señores y caballeros, así españoles como neapolitanos, pasó por delante dél aquel Baptista Pinelo sin hacerle acatamiento, de manera que todos lo notaron, y el Gran Capitán vió que él lo había hecho adrede. Y aunque el Gran Capitán era el hombre del mundo más sufrido y que de mejor voluntad perdonaba las injurias, visto que todos aquellos caballeros habían mirado en ello y á él, dijo: «Venid acá, Juan Baptista. ¿Solíades vos pasar por delante de mí con tanto desacato?» Y antes que respondiese, le tomó por los cabellos y le dió de bofetadas, de manera que le hinchó la boca de sangre; y queriendo muchos de los que allí estaban poner las manos en él, principalmente Juan de Bustillo, les dijo el Gran Capitán: «Dejad á este bellaco; no le matéis». El Pinelo corriendo sangre y sin bonete se volvió á Castilnovo, de donde había descendido de hablar con el Rey. El Gran Capitán se apeó y

[1] En blanco la fecha. Entre los años de 1170 á 1175.

llamó á Luis de Herrera, y díjole al oído ciertas palabras, y subió tras el Pinedo. El cual dijo al Rey: «Vea V. A. lo que el Gran Capitán me ha hecho por lo que yo serví á V. A.». A esta hora llegó el Gran Capitán y dijo: «Yo lo hice y es muy bien hecho; y aunque este vellaco merecía mayor castigo que aqueste, por amor de V. A. no se lo quise dar». El Rey se levantó diciendo: «Maten á este vellaco, traidor mentiroso»; y el Pinelo, visto esto, bajó por la escalera con más priesa que había subido. El Rey dijo al Gran Capitán muy buenas palabras, de que quedó muy contento. El Gran Capitán se le humilló y le quiso tomar las manos para se las besar; mas el Rey las tiró fuera; y cuando el Gran Capitán bajó, estaban con Luis de Herrera dos mil soldados á punto de guerra.

CAPÍTULO XVI

De un alboroto que en aquella cibdad pasó, estando el Gran Capitán en Castilnovo hablando con el Rey.

Estando una noche el Rey en Castilnovo y con él el Gran Capitán, hiciéronle saber cómo hacia Castello Capiaro había una gran quistión, y adonde peleaban unos con otros entre los criados de ciertos señores de aquella cibdad. Pues como el rebato vino á Castilnovo, dijo el Rey: «Duque, id vos á ver qué cosa es esa».

El cual fué á gran priesa. Salido el Gran Capitán, mandó el Rey cerrar las puertas, temiéndose de alguna traición. El Gran Capitán fué adonde el ruido estaba muy trabado, y visto que el Gran Capitán venía, unos huyeron á una parte y otros á otra.

Entretanto que esto pasaba, vino esta nueva de aquel alboroto á la flota, que estaba en poder de mil y quinientos vizcaínos, los cuales preguntando desde la mar á los de tierra la causa de aquel alboroto, fuéles respondido por alguno que no deseaba la paz entre el Rey Católico y Gran Capitán, antes deseaba guerra y desasosiego; pues éste con dañada intinción dijo: «La quistión es porque el Rey ha preso al Gran Capitán, y la gente de guerra lo quiere sacar de la prisión en que lo tiene el Rey preso en Castilnovo». Creyeron los vizcaínos esto como si lo vieran por los ojos, y sin más averiguar el negocio, luego salieron de las naos en tierra mil de ellos, y sacaron tiros de artillería y fuéronse derechos á Castilnovo con mano armada, diciendo á grandes voces: «Mal viaje hagas, Rey don Fernando, que prendiste al mejor hombre del mundo». Los porteros, visto aquel alboroto, cerraron las puertas y alzaron la puente levadiza, hasta saber lo que era, y más estando sospechosos del ruido de la cibdad. No se podía saber lo que era. Los capitanes y gente de guerra acudió, y visto aquella furia de los vizcaínos y queriéndose informar, oyeron el apellido contra el Rey, diciendo: «Mal viaje hagas, Rey don Fernando. Danos al Gran Capitán». De las ventanas les decían que escuchasen, y no había medio, hasta que fué al rebato el Gran Capitán y le dijeron cómo los vizcaínos tenían cercadas las puertas de Castilnovo, diciendo que les diesen al Gran Capitán, que les han dado á entender que le tienen preso. El Gran Capitán vino luego á toda furia y halló aquel alboroto y les preguntó qué era aquello. Ellos se fueron todos á le abrazar, diciéndole que algún vellaco les había dicho quel Rey le tenía preso; y luego sosegados se volvieron á sus naos. El Gran Capitán se fué para el Rey, dándole cuenta de la quistión que era entre los criados del Duque de Termoli y del Príncipe de Visiñano, y que ya quedaban apaciguados. «Pues no hemos estado acá sin mayor alboroto que ese», dijo el Rey. Allí rieron mucho del «Mal viaje hagas, Rey don Fernando». El Rey le dijo: «Duque, si todos vuestros amigos os acuden como los vizcaínos, seguro estaréis que los hallaréis cuando los hayáis menester».

CAPÍTULO XVII

De lo que ducientos y cincuenta hombres de armas con el Rev Católico allí en Nápoles pasaron.

Había en el ejército del Gran Capitán ducientos y cincuenta hombres de armas de los más escogidos soldados viejos, y no habían recebido paga muchos días había, y el Gran Capitán con darles algunas ayudas de costa y con muy buenas palabras los entretenía. Agora venido el Rey á Nápoles, diéronle un memorial de lo que se les debía, y averiguáronlo los contadores; y como no les pagasen ni librasen, tanto importunaron hasta que el Rey

se enojaba hablándole de ello; y un día por la mañana, dejando fuera de la cibdad sus ducientos y cincuenta caballos con sus criados y sus lanzas, ellos muy bien armados, secretamente vinieron á la puerta de Castilnovo y esperaron que el Rey saliese á misa y el Gran Capitán estuviese ocupado en su posada, que era lejos de Castilnovo. Y salido el Rey, ellos se metieron entre él y la guarda y le dieron un memorial de lo que se les debía, averiguado por los contadores de SS. AA., en que le suplicaban muy humilmente que pues sus contadores les habían hecho cuenta de lo que habían ganado, les mandase pagar ó librar, porque no tenían qué comer si no vendían sus armas y caballos; y que no eran hombres que habían de hurtar ni amotinarse, diciéndole las muchas heridas que en su servicio habían recebido. S. A. les respondió que se haría. Uno de ellos respondió: «Otras veces hemos oído á V. A. esa respuesta. Suplicámosle nos responda agora con efecto. Hasta aquí hemos sufrido porque víamos quel Gran Capitán nos daba alguna ayuda de costa de su mesma hacienda, y cuando no tenía qué nos dar y socorrernos, nos decía muy buenas palabras. De V. A., después que á este reino vino, ni hemos visto obras ni palabras. Suplicamos á V. A. que desde aquí nos mande pagar, porque no enojemos más á V. A. y bastará esta importunidad por todas las que le hemos de dar, y que no podían más esperar, sino que desde allí lo mandase proveer».

El secretario Miguel Pérez de Almazán dijo: «Ese es desacato y merece castigo». Uno de aquéllos dijo: «Callad, secretario, y no habléis en esto que no entendéis».

Visto por el Rey, mandó que llamasen al Gran Capitan, el cual vino á muy gran priesa; y el Rey le dijo: «Duque, mandad pagar á esta gente su sueldo». Uno de aquellos hombres de armas replicó y dijo: «Señor, no somos gente, sino hombres, y muy valientes, y que hemos sido mucha parte para ganar este reino». El Gran Capitán les dijo: «Yo quedo por fiador de os hacer pagar hoy en este día sin falta alguna». Al cual replicó uno de aquéllos y dijo: «Señor Gran Capitán, bien tenemos conocido que si V. S. pudiera, ya estuviéramos pagados; mas tan pobre sois como cualquiera de nosotros. La paga ha de ser desde aquí». Visto por el Rey la determinación de aquellos hombres, dijo: «Duque, por mi vida que los paguéis de los dineros que más á mano hallardes». El Gran Capitán les dijo: «Yo os doy mi fe de os pagar hoy en este día sin falta alguna, aunque habéis sido mal criados y desacatados». Ellos callaron y se apartaron. El Rey se fué á oir misa y sermón á Santo Agustino.

El Gran Capitán, dejando al Rey en misa, se fué con aquellos hombres de armas y ocupó todos los bancos y les mandó pagar hasta el postrero cornado; y hecho esto, se fué á Palacio, habiendo mandado á aquellos hombres de armas que se fuesen luego de la cibdad por el desacato que habían hecho á S. A.

En entrando el Gran Capitán, le dijo el Rey: «Duque, por vida de la Reina que mandéis tocar allarma contra aquellos vellacos desacatados como contra enemigos, y que peleando á ninguno dejen á vida». El Gran Capitán le respondió: «Ya, señor, están pagados, y idos adonde quisieren; que no han de parar aquí». Y el Rey se enojó de manera que no lo pudo disimular; y culpó mucho la sobrada diligencia del Gran Capitán en aquella paga, y así estuvo con él enojado sin lo poder encubrir.

CAPÍTULO XVIII

De algunas cosas varias que en aquella cibdad acontecieron antes que el Rey partiese de Nápoles.

En aquel poco de tiempo que el Rey estuvo en aquella cibdad, vió la grande afición que todo el pueblo tenía al Gran Capitán. Yendo un día por una calle principal de aquella cibdad, vivía allí un barbero y cirujano muy sabio en su oficio y muy conocido; y yendo el Rey por aquella calle, de la una parte iba el Duque de Termoli y de la otra el Gran Capitán. Este barbero tenía dos hijas mozas, de edad de trece y catorce años, y paróse con ellas delante del Rey; tomándolas por los caballos y revolviéndolos con la mano izquierda, y con la derecha sacó un gran cuchillo y amenazándolas encaminó la plática al Gran Capitán y díjole: «Gran Capitán, si para ser tú Rey es necesario, cortaré las cabezas á estas dos hijas solas que tengo, poniéndoles el cuchillo á la garganta». El Gran Capitán lo mandó tomar y llevar preso para hacer justicia de él, y dejó al Rey y fué á hacer ahorcar aquel bar-

bero. Y fué tan de verdad la justicia, que fué el Duque de Termoli de parte del Rey á le rogar que no le ajusticiasen, porque debía estar fuera de su juicio; y fué á hora que ya estaba en el asno para lo llevar á ahorcar; y mandólo el Gran Capitán desterrar de todo el reino.

CAPÍTULO XIX

De lo que aconteció á un pexo de aquella cibdad con un presente que llevó al Rey en nombre de los pescadores de aquella cibdad.

Los pescadores de aquella cibdad determinaron de hacer un presente al Rey de muchos pescados hechos de oro y plata, y de gran suma de ducados; y rogaron á un pexo, que es en aquella cibdad una dignidad muy preeminente sobre todas y tiene grandes esenciones. Este pexo y pescadores suplicaron al Gran Capitán fuese con ellos al Rey para que fuesen bien recebidos; lo cual él hizo de muy buena voluntad; y quedando ellos de fuera, entró el Gran Capitán y le dijo: «Los pescadores desta cibdad traen á V. A. un gran presente. Suplico á V. A. los reciba con mucho amor y alegría, y al pexo que con ellos viene, que es la más principal persona desta cibdad, haga buen acogimiento; y con palabras graciosas irán muy contentos, ofreciéndoles mercedes cuando se ofrezca tiempo». El Rey le dijo que así lo haría; y entrados con el presente, dijo el pexo que los pescadores, muy fieles vasallos de aquella cibdad, le ofrecían aquel presente, con las mejores palabras que pudo encarecer su embajada. El Rey les respondió que se lo agradecía, sin más respuesta ni palabra. El pexo, vista la tibia y desagradecida respuesta, allí delante del Rey dijo al Gran Capitán: «Mejor eras tú para Rey»; y sin más hablar se volvió muy descontento y espantado del Rey y de su sequedad. El Gran Capitán trató muy mal de palabra á aquel pexo, diciéndole palabras muy feas, y que le mandaría castigar como á hombre desatinado. El pexo le replicó: «Gran Capitán, más quiero morir por tu mandado que no oir lo que oyo ni ver lo que veo. De cualquier castigo que me mandes dar, quédome muy contento».

CAPÍTULO XX

De cómo desafió Diego García de Paredes, delante del Rey don Fernando, á cualquiera que del Gran Capitán hobiese dicho alguna cosa en deservicio del Rey y de su reino.

Acaeció, pues, que Diego García de Paredes supo por cosa cierta que dos capitanes que estaban allí con el Rey habían dicho cosas que tocaban en la honra del Gran Capitán al Rey; y un día, estando el Rey en Castilnovo en su sala, rezando sus devociones, estando allí todos los señores y capitanes y Coloneses y Ursinos, y aquellos dos capitanes con ellos y los más del ejército para acompañar al Rey que había de ir á misa, entró Diego García de Paredes. Estaban allí los Duques de Termoli, y los otros que ya eran perdonados, el de Salerno, Visiniano y el de Rosano, Fabricio, el Próspero y M. Antonio Colona, Bartolomé de Alviano y los de la Casa Ursina; de los españoles, el Conde don Fernando de Andrada y Manuel de Benavides, don Alonso de Carvajal, los Alvarados, Alarcón, Pedro de Paz, Carlos de Paz, Hernán Suárez el de Sevilla, el Conde Pedro Navarro, Villalba el coronel y todos los demás de aquel ejército.

Pues estando todos arrimados á las paredes, esperando que el Rey acabase de rezar sus devociones, entró Diego García de Paredes y hincado de rodillas, dijo: «Suplico á V. A. deje de rezar y me oya delante destos señores, caballeros y capitanes que aquí están, y hasta que acabe mi razonamiento no me impida». Estaban entre ellos los que estaban culpados en aquella ruindad. «Yo, señor (dijo Diego García), he seído informado que en esta sala están dos personas que han dicho á V. A. mal del Gran Capitán, mi señor, en perjuicio de su honra. Yo digo así: que si hobiere persona que afirme ó dijere que el Gran Capitán, mi señor, ha jamás dicho ni hecho, ni le ha pasado por pensamiento de hacer cosa en vuestro deservicio, que me batiré de mi persona á la suya, y si fueren dos ó tres hasta cuatro, me batiré con todos cuatro, ó uno á uno tras otro, á su elección; porque nunca Dios quiera que viva en el mundo hombre de tan malina intinción contra la mesma verdad; y desde aquí lo desafío, á todos ó á cualquiera dellos». Y echó un chapeo

en el suelo. El Rey, á lo que pareció, holgó dello, y dijo: «Esperad, señor Diego García, que poco me falta para acabar de rezar lo que soy obligado». Creyóse que el Rey se detuvo para dar lugar á la persona ó personas que eran culpados en aquella trama, y después que un rato hubo rezado, se vino el Rey á Diego García y le puso las manos sobre los hombros, y le dijo: «Bien sé yo, señor Diego García, que donde vos estuviéredes y el Gran Capitán, vuestro señor, que terné yo seguras las espaldas. Tomá vuestro chapeo, pues habéis hecho el deber que los amigos de vuestra calidad suelen hacer». Entonces habló el Próspero y dijo: «Señor Diego García, nunca v. m. y yo sobre este caso pelearemos: antes digo que si entraren otros dos en el campo sobre esta razón, que por el señor Bartolomé de Albiano y por mí le aseguro que le ternemos compañía contra cualesquier personas, y no nos mataríamos porque fuesen cuatro». Bartolomé de Albiano rindió muchas gracias al Próspero por le meter en tan buen lugar y tan honroso, y otros muchos se ofrecieron á ello, de que el Rey holgó mucho.

De una cosa sé yo cierto las personas de quien se tuvo sospecha: murieron muertes desastradas ambos á dos. Cuando el Gran Capitán lo supo, recibió gran pena dello, y dijo después: «Señor Diego García, si yo supiera lo que v. m. hizo, no lo hiciera por me hacer á mí merced». Diego García le respondió: «Señor, lo que el hombre debe de hacer y es obligado por su señor ó amigo, no lo ha de poner en parecer de muchos juicios, por ser sus pareceres tan diversos».

CAPÍTULO XXI

De una embajada que la Señoría de Venecia invió al Rey don Fernando, y de lo que en ella aconteció.

La Señoría de Venecia, sabido que el Rey don Fernando estaba en Nápoles, inviaron á le dar el parabién de su venida; y fueron cuatro personas muy principales de aquel Senado, y entre ellas una persona muy principal entre todas por la autoridad de su persona. Desembarcados en Nápoles, luego otro día fueron á dar su embajada al Rey. Y como el Rey y todos sus criados estaban de luto, no había en el Palacio Real aquel aderezo quellos quisieran ver y traían fantaseado. Pues llegados ante el Rey, aquel veneciano principal dió al Rey su embajada diciendo lo mucho quel Senado y pueblo veneciano se habían holgado desque supo que S. A. era venido á aquel reino, de que ellos daban muchas gracias á Dios por haber hecho tantas y tan grandes mercedes á aquellos reinos y á toda Italia en haber traído á S. M. á aquellas partes; que supiese S. A. de cierto que en ningún reino de los suyos tenía cosa tan cierta y aparejada á su servicio como eran el Senado y pueblo veneciano; que así le ofrecían todo lo que ellos eran para su servicio, con otras muy buenas palabras que de parte de aquella Señoría le dijeron. El Rey los recibió muy bien y les dijo muy buenas palabras, y les ofreció de la mesma manera todos sus reinos y señoríos; pues traían mandato del Senado veneciano que después que hubiesen visitado al Rey visitasen de su parte al Gran Capitán, como á aquel á quien eran en tanto cargo. Lo cual ellos determinaron de hacer.

Cuando estos embajadores desembarcaron en Nápoles, luego á la hora el Gran Capitán les mandó proveer de todas las cosas necesarias, así de todas las posadas y aderezos para ellas y para ellos y sus criados tan cumplidamente como él lo solía hacer, y invió á la armada que traían todas las cosas en muy grande abundancia. Despachados del Rey, se fueron á visitar al Gran Capitán á Castello Capuano, adonde estaba la casa tan aderezada que ningún Rey ni Príncipe la podía tener mejor, y su persona y criados y capitanes muy aderezados. Pues llegados aquellos Embajadores ante el Gran Capitán, halláronlo muy acompañado de señores y Príncipes, así españoles como italianos; y como aquel Embajador principal viese la persona del Gran Capitán, pasó sin decirle nada y mirólo desde los pies á la cabeza, de que todos esperaron por ver lo que diría. El estuvo un rato mirándolo y al fin dijo: «Tuti grandi Gran Capitán»; y tornándole á mirar, se despidió dél y de aquellos caballeros. Iban admirados de los aderezos de casa de aquellos caballeros y criados, tan ataviados de tantas cadenas de oro y de tanta majestad como vieron en aquella casa.

Pues vueltos estos Embajadores á Venecia y dada la respuesta de su Embajada, les contó todo lo que les había acontecido, así con

el Rey como con el Gran Capitán. Pues admirados del callar del Embajador, respondió desta manera: «Yo vi, muy magníficos señores, en el Gran Capitán tan heroica majestad, que contemplada su persona y sabido el valor de ella, toda plática y razonamiento me pareció menor para le hablar, y sin duda conocí en mí que el mi ángel reconoció superioridad al que él vió en el que estaba en la compañía del Gran Capitán y le temió. Las cosas grandes, Ilustrísimo Senado, con grandes palabras se han de alabar; y si éstas no se pueden igualar, más vale callarlas. Parecióme el Gran Capitán hacer ventaja á todos los hombres». Allí dijo muchos loores dél, de que aquel Senado quedó muy espantado, porque le tenían por muy prudente y sabio.

CAPÍTULO XXII

De cómo se trataron vistas entre el Papa Julio y el Rey Fernando en Civitavieja, á la vuelta quel Rey volviese á España, y con el Rey Luis de Francia en Saona.

En este tiempo el Papa Julio por sus mensajeros trató con el Rey don Fernando que se viesen en Civitavieja, un lugar de la Iglesia, quince leguas de Roma, porque tenía cosas muy importantes que le comunicar para bien y paz de la cristiandad. Lo que se creía era para rogar al Rey le dejase al Gran Capitán para le hacer Capitán de la Iglesia; porque tenía este Pontífice pensadas grandes cosas, que después puso por obra. Lo cual el Gran Capitán aconsejaba al Rey no se viese con el Papa, si no entendía de le dar licencia, porque era aquello lo que le quería, y si no quedarían enemigos.

También trató vistas el Rey de Francia con el Rey para que se viesen en Saona, donde él estaba á la sazón esperándole por le ver y á la Reina Germana su sobrina. Estando los Embajadores del Papa y del Rey de Francia en Nápoles, llegó allí el licenciado Basurto, aquel grande astrólogo judiciario, el mayor que en aquellos tiempos se hallaba en todos los reinos de cristianos. Estando en aquella sazón en Roma oyendo tratar destas vistas echó un pronóstico judiciario sobre este caso; y echado se partió desde Roma, y llegado á Nápoles fué á besar las manos al Rey, con el cual se holgó extrañamente, porque le tenía muy buena voluntad, y también por saber algunas cosas del suceso y vuelta á España. El licenciado Basurto dijo al Rey: «Me moví á venir desde Roma aquí, así por besar los pies á V. A. como por le mostrar un prenóstico que eché sobre las vistas de V. A. con el Papa en Civitavieja y con el Rey de Francia en Saona. Yo hallo (dijo el Basurto) por curso de astrología, que en ninguna manera cumple á su vida verse con el Papa en Civitavieja ni en otra parte, porque se siguiría peligro á su vida, y que las vistas con el Rey de Francia sería cosa muy provechosa, porque se siguiría mucha paz y concordia así á entrambos como á la cristiandad, y que en todo caso se sobreseyesen las del Papa». Y veyendo el parecer que el Gran Capitán le había dado sobre ello, fácilmente lo concluyó que Su Santidad lo perdonase, que no se podía detener para le ver aunque al principio lo había otorgado de verse con él. El Gran Capitán siempre persuadió [al Rey] se viese con el Rey de Francia, y más seyendo tío de la Reina su mujer. El Rey rehusaba aquellas vistas y traía para ello muchas causas; y todas se reducían cómo se fiar del Rey de Francia, aunque más deudo hobiese; porque aquella cibdad de Saona, ella y Génova, cuya es Saona, estaban encomendadas al Rey de Francia; y el Rey de España tenía al Rey Luis por muy mudable, y temía no hiciese alguna ruindad, porque en las cosas que con este Rey había tratado, le había quebrantado muchas veces la palabra, firmas y capítulos y escrituras que entre ellos habían pasado. El Gran Capitán dijo al Rey: «Muy ádmirado estoy de V. A. por haber dicho tal cosa. No sólo el Rey Luis no osará intentar tal cosa en Saona adonde agora está, mas aun en París no le pasaría por pensamiento de lo hacer. Muy ajeno es de mi condición decir palabras que parezcan soberbias; mas no puedo dejar de decir lo que siento, porque es verdad. Si V. A. fuese servido de le entrar por su reino y pasar por Francia á España, yo me hallo asaz bastante, con la ayuda de Dios y de su bendita Madre; porque dejando aparte la persona de V. A., en cuya virtud, méritos y felicidad ningún Príncipe del mundo le puede resistir, acuérdese que vamos aquí sus servidores y criados, que en la ventura de V. A. le haremos en su mesmo reino toda la ventaja que V. A. fuere servido; y como digo, soy muy enemigo de decir palabras adonde son menes-

ter obras. Muy corrido estoy que llevando consigo aquí á sus vasallos, tema á nadie. El teme más á V. A. de lo que piensa. ¿No es muy gran poquedad acabarlo de vencer con todo el resto que pudo juntar, y que el vencedor no vea al vencido deseándolo él? Vaya V. A., que allí ó donde él quisiere le venceremos y nos hallará apercebidos. Cuanto más que yo espero en Dios que destas vistas redundará mucha paz y concordia y bien á la cristiandad».

CAPÍTULO XXIII

De cómo el Rey Fernando y el Gran Capitán se partieron de Nápoles para España y se fueron por Saona y se vieron con el Rey de Francia.

El Gran Capitán mandó aparejar una muy buena galera en que fuese el Rey, porque la galera en que había venido era muy ruín. A ésta mandó entoldar de brocados y sedas, y mandó poner en la proa un león rampante. Y fueron con el Rey otras diez y seis galeras muy bien aderezadas, así de caballeros, capitanes y gente de guerra como de todas las cosas necesarias. El Gran Capitán llevaba tres galeras muy en orden. No se partió juntamente con el Rey, porque quiso primero despedirse con mucha cortesía y cumplimiento de sus amigos y caballeros y cibdadanos, especialmente de las señoras generosas de aquella cibdad. Y porque nadie quedase quejoso mandó apregonar con trompetas y solemnidad que cualquiera persona, de cualquiera calidad que fuese, grande ó pequeña, á quien se debiese algo, lo viniese á cobrar, y á sus capitanes y soldados les rogó pagasen á los mercaderes y á otras gentes lo que les fuese debido. Dió á muchos dellos dineros para que esto se cumpliese y para comprar aderezos para sus personas, con que volviesen en orden á sus tierras. Traía en su servicio compañía de criados y capitanes mejor aderezados que los de la Casa Real. Estando en aquella cibdad hizo muy grandes gastos de su hacienda en servicio del Rey para encubrir la poca liberalidad del Rey; quiso ilustrar con mucha familia y casa y conservar el nombre de Grande. Estándose para embarcar vinieron allí muchas señoras y de mucha calidad y otras, llorando, á se despedirse dél y rogando á Dios le diese muy felice viaje y que la vuelta fuese presto. Y fué tanto el llanto de las mujeres y aun de algunas personas, que rompían el cielo; que les parecía que no tenían sin él amparo ni seguridad. En tanta manera fué tan universal el llanto, como si turcos hobieran entrado en la cibdad y saqueádola.

Pues partido Gonzalo Hernández tras el Rey, llegaron á Génova. Los ginoveses les hicieron muy grande recibimiento y le presentaron dos fuentes muy ricas de oro, y muchas vituallas y muy frescas para la mar; aunque llevaban gran priesa para ir á Saona, quisieron antes ver aquella grande reliquia que aquella Señoría tiene, que es el cratino santo, que es un vaso de una esmeralda de seis ángulos ochavada, la cual tienen en la iglesia mayor en gran veneración, que dicen ser aquel vaso en el que Cristo nuestro Redentor cenó con sus discípulos. Fué ganada esta tan rica y santa reliquia en Siria por los ginoveses.

El Rey Luis de Francia había poco tiempo que había por fuerza de armas sujetado á los ginoveses, los cuales se habían revelado echando de fuera de la cibdad á los de la parcialidad francesa, y por tenerlos más sujetos les había hecho una fortaleza y ampliado el puerto junto al faro.

CAPÍTULO XXIV

De cómo el Rey y el Gran Capitán llegaron á Saona, y del gran recibimiento que allí les fué hecho.

El Gran Capitán no llevaba dineros. Decíame Medina que llevaba una cédula que le había dado Paulo de Tolosa para que en llegando á Valencia le diesen treinta mil ducados, de que pagaba tributo sobre su estado de Santángelo. En llegando á Valencia, vendió este Medina por mandado del Gran Capitán ochocientos marcos de plata labrada, fuera de la vajilla con que ordinariamente se servía; porque según las mercedes que hizo á la partida y limosnas públicas y secretas, no le podía quedar nada. Verdad sea que llevaba una muy rica recámara de joyas, piedras y perlas.

Llegados, pues, una mañana á vista de Saona al puerto, como el Rey de Francia lo supo

y vido la flota, bajó á la marina acompañado de los más señores de su reino, con cuatrocientos alabarderos, y metióse en una barca, adonde vió que venía el Rey; y llegando el Rey de España le dió la mano y el de Francia entró en su galera, y allí se recibieron con mucho amor. A esta hora llegó el Gran Capitán en una barca desde su galera á donde los Reyes estaban, y hallólos sentados en proa y tenían en medio á la Reina.

Estaba á esta hora el Rey preguntando por el Gran Capitán; y entrado le dijo el Rey al de Francia: «Veis ahí al Gran Capitán». Esta vez fué la primera que lo llamó por aquel nombre, porque siempre lo llamó Duque y la Reina Gran Capitán. El se hincó de rodillas y porfió por le besar las manos al de Francia. Mas el de Francia con el bonete en la mano se le humilló de la mesma manera que él se abajaba á él, y le dijo: «Gran Capitán, dejad algo en que os podamos vencer, aunque veo que excusado es á ningún hombre mortal de os poder vencer en ninguna cosa». Y á su suplicación se puso el bonete y lo abrazó y besó en el carrillo; y volvióse al Rey de España y le dijo: «Hoy se me han cumplido tres cosas que deseaba ver: á vuestra señoría, y á mi sobrina la Reina y ver y conocer al Gran Capitán; porque si aquí no lo viera, había de buscar manera cómo lo ver, adonde V. S. lo señalara y él quisiera». Hecho, salieron á tierra, adonde hallaron cabalgaduras para todos como convenía. Mos de Auberi tenía para el Gran Capitán una mula muy aderezada, en que entró el Gran Capitán. El de Francia rogó al de España fuese delante, y así se hizo, y detrás fueron el de Francia y el Gran Capitán llevando en medio á la Reina; y con esta orden llegaron á la cibdad.

Estaba encima de la puerta una cierta invención, cómo aquella cibdad, á quien representaba una doncella, daba muchas gracias á Dios por haberse ayuntado en ella los dos mayores príncipes de la cristiandad, y que de aquellas vistas redundaría mucha paz y concordia á toda la cristiandad, de que Dios nuestro Señor sería servido y los enemigos de nuestra fe abatidos. Llegados á la puerta de la fortaleza, salió el alcaide della con un gran manojo de llaves, y dijo al Rey de España: «¿A quién manda V. A. que dé aquestas llaves desta fortaleza?» El Rey respondió: «No pueden estar en mejor poder del que agora están». El de España se aposentó en la fortaleza, á do estaba todo adereszado como á tal Príncipe convenía; y el de Francia se aposentó en la cibdad, y jamás se pudo acabar con el Rey de Francia si no que acompañó al Gran Capitán hasta dejarlo en su posada: que aunque el Gran Capitán se lo suplicó muchas veces, nunca se pudo acabar con él sino que lo acompañó y lo dejó en su posada y de allí se fué á la suya. Cuando el Gran Capitán suplicaba al de Francia que se volviese y no le acompañase, le respondió: «Muy poca honra es ésta según lo mucho que vos merecéis y yo os debo».

Dende á tres días convidó el de Francia á cenar al de España en la mesma fortaleza, y mandó que en aquella cena sirviesen los mismos oficiales del Rey Católico, y á cada uno pusiesen su servicio y con sus cerimonias. Aquel día sirvieron todos los señores de Francia de sus oficios. Llegados los Reyes á la mesa, llevaba el de Francia asido al Gran Capitán por la ropa. Estaban á la mesa dos sillas para los Reyes, y á las espaldas del Gran Capitán venía un gran señor de Francia con una silla. El Rey de Francia dijo al Gran Capitán que se sentase á la mesa. El Gran Capitán se le humilló y le dijo que aquella era tan gran merced que él no la merecía, y se le humilló hasta el suelo. El Rey de Francia dijo al de España: «Mande V. S. al Gran Capitán que se siente: que quien á Reyes vence, con Reyes merece sentarse, y es tan honrado como cualquier Rey. Es tan lleno de ley el Gran Capitán que no lo quiere hacer sin mandamiento de V. S.» El de España le dijo: «Sentaos, Gran Capitán, pues que su señoría lo manda»: y luego se sentó, y el de Francia cabe él. Entonces tomó el Rey de Francia un pan y partiólo por medio, y la meitad puso al Gran Capitán y la meitad puso á él. El primero plato fué de ensalada, y el Rey de Francia comió solo un bocado, y luego pasó el plato al Gran Capitán, y á él le trujeron otro. Mandó asimesmo el Rey que á los otros servicios sirviesen sal, salvo al del Gran Capitán, y mandó que le pusiesen un salero; y á cada plato del Gran Capitán echaba sal con su mesma mano. Hízole allí en la mesa mucho favor. El Rey de Francia le quisiera hacer merced al Gran Capitán de su vajilla de oro y plata que allí tenía, que era muy buena y muy rica. Mos de Auberi y otros capitanes y señores le dije-

ron que se acordase S. A. que el Gran Capitán era el más liberal de aquel tiempo, y que de una vez sola había dado á mos de Ravastain, capitán suyo, más de doce mil ducados de valor, sin otros grandes servicios que en diversas veces á V. A. ha hecho; y pues S. A. allí no tenía más que su plata, más valía no le dar nada, pues no llegaba á lo que al otro le había dado; y así se sobreseyó aquéllo. Verdad sea que él no lo tomara en ninguna manera.

El Rey de Francia iba muchas veces á visitar á la Duquesa de Sesa, y otras veces por algunos grandes señores de Francia. El Rey de Francia, viendo la persona del Gran Capitán y su gentil dispusición y su rostro, dijo que bien merecía haber alcanzado nombre de Grande, y que se podía comparar á cualquiera varón antiguo. Tiénese por cosa muy cierta que en estas vistas á estos dos Reyes les pareció cosa muy fuera de razón que los venecianos hobiesen tomado á los Reyes y señores de Italia tierras y estados y se las tuviesen ocupadas; así las que tenían por fuerza como las que les habían permitido tener por causas que para ello tuvieron.

Hallóse en aquella sazón Antonio Palavicino, embajador del Papa Julio, que no solamente había movido á los Reyes, mas los encendió y mostró por razones muy evidentes pertenecer enmedar una tal tiranía como los venecianos habían hecho, en tener muchas tierras ajenas sin mirar más derecho, trayéndoles á la memoria cómo los venecianos habían tiránicamente ocupado en Sede vacante las cibdades de Arímino y Faenza, que eran del patrimonio de la Iglesia. El Rey de Francia se quejaba de los venecianos, que habían quitado y usurpado del Estado de Milán á Bresa, Bergamo, Cremona y Nema. El Rey de España asimismo se quejaba que tuviesen venecianos las cibdades de Pulla y de tierra de Otranto, hecho este concierto de entender en deshacer estos agravios. La Duquesa de Sesa se halló allí mal dispuesta; parecióle al Gran Capitán y á los Reyes se volviese á Génova, adonde se pudiese curar. El Rey de Francia le dió su litera en que fuese por tierra, é inviaron con ella muchos caballeros y señores que la acompañaron hasta Génova, adonde le fué hecho muy solemne recibimiento, y todos entendían en su salud y en servilla.

Despachado esto, el Rey de España se partió para España, rogando al Gran Capitán que si alguna mejoría tuviese la Duquesa que la trujese consigo, y si no que él se viniese luego á España. Partido el Rey para España, el Gran Capitán hizo un banquete á los señores y Grandes de Francia, muy costoso, y acabando de cenar vino el Rey de Francia y preguntó qué hacía el Gran Capitán. El salió y le dijo que acababan de cenar; y cabalgó el Gran Capitán y fuéronse él y el Rey á la marina, y anduvieron paseándose toda la noche, porque era en principio de Julio, hasta que el sol salió, y allí se partieron entrambos: el Rey para Francia y el Gran Capitán á España.

COMIENZA EL DUODÉCIMO

Y POSTRERO LIBRO DE LAS COSAS QUE ACONTECIERON AL REY Y Á GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN, DESPUÉS QUE VINO DE NÁPOLES.

CAPÍTULO I

De cómo el Rey fué recebido en estos reinos, y asimismo el Gran Capitán, con lo que más sucedió.

El Rey se partió de Saona, como atrás dijimos, encargando mucho al Gran Capitán se fuese luego tras él; y que si la Duquesa se hallase en mejor disposición la trajese consigo; y si no la inviase á Génova á cobrar su salud. Pues el Rey partido fué á desembarcar á Valencia. Sabido en España quel Rey era desembarcado, todos los más Grandes y señores destos reinos lo fueron á recebir con muy grande alegría, y asimismo los Grandes de Aragón, dándole á entender la común alegría que á todos alcanzaba de la próspera vuelta y tan presta en estos reinos, aunque los más estaban recatados de lo haber desamparado en las vistas que se vió con el Rey don Felipe y fuera dellas. Mas el Rey con una grande disimulación y alegre rostro no mostraba tener enojo ni queja de alguno; antes los recibía con grande alegría, que parecía haber olvidado del todo las injurias pasadas. Abrazaba á los unos y á los otros en tanta manera que quitaba la sospecha á muchos

que le habían ofendido, habiendo recebido de beneficios y mercedes en tanta manera, que Garcilaso de la Vega y don Antonio de la Cueva, caballeros de muy buena sangre de estos reinos, llegándole á le besar las manos, les dijo: «Hasta vosotros me desamparastes, no habiendo recebido de mí malas obras». El don Antonio le respondió, que era muy cortesano y libre: «Señor, el sol más se ha de adorar cuando sale que cuando se pone. ¡Quién creyera que un Rey de veinte y cuatro años, mozo y para vivir, muy liberal y dadivoso y natural destos reinos, no se había de preferir á un Rey de la edad de V. A. y que en tres días se había de morir!» Garcilaso le respondió: «Señor, todos caímos en este yerro». El Rey se rió de la libre respuesta de don Antonio y les dijo: «Vosotros seguisteis el más acertado consejo, de cuya causa ninguna culpa se os puede atribuir». Todos tomaron con aquellas palabras tan alegremente dichas osadía y atrevimiento de le llegar á besar las manos y perder el temor y la vergüenza.

El Rey con aquella su gran prudencia y gravedad perdonó á todos humanísimamente los desacatos y poco miramiento que con él tuvieron en aquellas vistas, y asimismo perdonó á don Pedro Manrique, Duque de Nájera, que había recebido en su tierra á don Juan Manuel, de quien el Rey tanto enojo tenía, porque solo éste había sido parte para quél se fuese del reino; y pareció perder el enojo contra don Juan Manuel, aunque él se fué á Flandes para el Príncipe don Carlos, heredero y propietario Rey destos reinos; y de ninguno tenía el Rey tanto enojo como deste don Juan Manuel, porque le fué gran deservidor y enemigo.

Fué este don Juan Manuel un caballero de muy ilustre sangre deste reino, y de mucho valor, que se puede comparar á cualquiera de aquellos romanos antiguos, según las partes buenas que de caballero generoso tenía.

CAPÍTULO II

De cómo el Rey se fué á Burgos y el Gran Capitán desembarcó en Valencia.

El Gran Capitán llegó á Valencia y halló quel Rey había dejado proveído que todos los grandes y pequeños de aquella cibdad hiciesen muy solene recibimiento al Gran Capitán como á su mesma persona, porque sería muy servido dello. Sabido por el Gran Capitán las fiestas que en la cibdad le estaban aparejadas, invió á decir á la cibdad que en ninguna manera entraría en la cibdad si aquel recibimiento no cesase. Vista la voluntad del Gran Capitán, le prometió la cibdad de lo hacer así, y quitaron muy gran parte dél; y entrado, no se pudo acabar con la cibdad que todos los estados, así eclesiásticos como seglar, no saliesen, y todas las señoras por las ventanas, calles y tejados; que no se acuerdan haberse ayuntado en aquella cibdad tanta gente ni con tanta alegría. Venían todos á le ver con grande admiración, por ver aquel varón de quien tantas y tan famosas hazañas habían oído. El Conde de Oliva, don Serafín Centellas, lo aposentó en su casa, teniéndola tan aderezada como si el Rey en ella se hobiese de aposentar. Invióle á la marina muchos caballos muy enjaezados y mulas muy aderezadas, y fueron tantos, que ninguno vino á la cibdad á pie. Allí fué visitado de todos los caballeros y de toda la cibdad con muchos regocijos y fiestas que le fueron hechas.

Allí estuvo pocos días, y de allí se partió para Burgos, donde el Rey le estaba esperando. Llegado que fué á Burgos, iba tanta gente con él, así de sus criados como de la multitud y frecuencia de la gente que le acompañaba, que no cabían por los caminos. Parecía á las gentes que salían á mirar una semejanza de algún grande ejército, viendo tantos soldados viejos y de tanta autoridad, de quien tantas valentías habían oído, como de personas tan señaladas en las armas. Iban allí muchos caballeros con ropas de diversas maneras de sedas y brocados y telas, y las robas con tantos cabos de oro y muchos penachos de diversas maneras, con cadenas de oro echadas del hombro por bajo del brazo izquierdo. Los caballeros á la brida con sillas de acero al uso de Francia y de Italia y de otras naciones. Iban entre ellos capitanes que por sus esfuerzos habían adquirido fama y gran loor; así como el Conde don Fernando de Andrada, Antonio de Leiva, que después adquirió nombre de valerosísimo capitán, Manuel de Benavides, señor de Javalquinto, y Valencia de Benavides su hermano, Alonso de Carvajal, señor de Xodar, Diego García

de Paredes, el coronel, un hombre muy raro en las armas, Hernando de Alarcón, el Comendador Rosa, Conde de la Torela, el Conde Pedro Navarro, el coronel Cristóbal de Villalba, Cristóbal Zamudio, don Iñigo de Moncada, el capitán Pizarro, Espés, don Jerónimo Lloriz, Pedro de Paz y Carlos de Paz su primo, don Diego de Mendoza, Conde de Melito, Alarcón, los Alvarados padre é hijo, don Pedro de Acuña, prior de Mecina, Iñigo López de Ayala, don Hugo de Cardona, mosén Hoces, don Rodrigo Manrique, Diego de Vera, capitán de la artillería, el Comendador Gomez de Solís, Hernán Suárez el de Sevilla, Gil Nieto, Alonso Montañés, Juan Coello capitán, Escalada, el capitán Aguilera, el Comendador de Trevejo, Sebastián de Vargas, Luis de Herrera su primo, Martin de Tiesta, Gonzalo de Aller, Olivera, Jorge Díaz, Oñate, Piñán, el Medina, los dos Morenos hermanos y otros muchos, todos estos capitanes y soldados viejos; el capitán Mendoza y el capitán Carvajal, todos de grande esfuerzo y fama; todos estos y otros muchos, que por evitar prolijidad dejo de contar, iban tan aderezados, que representaban una grandeza de sus personas y con una gravedad, que á muchos ofendió la invidia de la entrada destos caballeros.

CAPÍTULO III

De cómo el Gran Capitán llegó á Burgos, y del recibimiento que le fué hecho, así por el Rey como por los Grandes del Reino.

El Gran Capitán llegó muy cerca de la cibdad de Burgos. El Rey mandó que todos los Grandes señores y caballeros y el estado eclesiástico y los Comendadores de Santiago, Calatrava y Alcántara le saliesen á recibir á cierta distancia fuera de la cibdad. Estando todos los Grandes que en la Corte se hallaron para salir al recibimiento, dijo don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, á los otros Grandes: «¿Cómo llamaremos al Gran Capitán?» Respondió don Bernardino de Velasco, Condestable de Castilla: «Llámele cada uno como le pareciere; qué en sangre es tan bueno como el mejor de España, pues en valor, en fama y en la honra, así de la que ha ganado por su persona como de la que ha dado á estos reinos, ya lo veis». Allí le fué hecho muy grande recibimiento, como á un gran príncipe, de todos, grandes y pequeños.

Llegados á Palacio, iba él el postrero de todos; y apeándose á besar las manos al Rey, que había salido al cabo de la sala á lo recebir, mostrando con el dedo una compañía de soldados, le dijo: «Por lo que agora veo, Gran Capitán, que tú has muy bien pagado lo que á estos soldados les debías, pues que habiéndote seguido tantas veces en las batallas y rencuentros, quisiste ser siempre el primero. Agora que es hecha la paz, mudando la costumbre, con mucha razón les permites que vayan delante de ti, adonde lo alabo con mucho amor». Y dijo la verdad de lo que pasaba. Sábese de éste muy claro varón, que en las batallas y rencuentros que se halló, siempre su lanza fué la primera que acometiese á los enemigos y la postrera que della salía. Teníale el Condestable muy aderezada su casa, adonde posó. El Rey lo recibió con grandísima alegría y placer y le tuvo abrazado una pieza, y le besó en el carrillo, mostrando el mayor contentamiento del mundo. Allí le detuvo algunos días, donde se hicieron muchas fiestas, y fué muy visitado de todos, grandes y pequeños, con grandes alegrías, hasta que fué á Santiago de Galicia, adonde estaba prometido. Y llegado allí, hizo muchas y muy grandes limosnas á la iglesia de Santiago, y dió allí una lámpara de plata, que es la mayor y mejor que hoy allí está.

De allí volvió á la Corte. Veyendo don Juan Téllez Girón, Conde de Ureña, las cosas y corte que el Gran Capitán consigo traía y la sospecha grande que tenía quel Rey no le daría el Maestrazgo de Santiago, según por grandes conjeturas lo vía, dijo que le parecía el Gran Capitán semejante á una gran carraca, la cual tiene gran necesidad de mucha agua y mucho hondo para poder navegar, porque de otra manera seràle forzado encallar adonde hobiere poca hondura: queriendo claramente decir que el Rey don Fernando no daría lugar para que aquella carraca tuviese hondura en que navegar; como si dijese que quedaría engañado de sus esperanzas, con las cuales el Rey lo trajo de Nápoles, como después lo vimos que se hizo con él. Decía el mismo Conde que se había anegado aquella tan gran carraca en las grandes rocas y arenas de la invidia.

CAPÍTULO IV

De lo que Gonzalo Hernández, Gran Capitán, hizo después que de la romería de Santiago volvió á la Corte.

Vuelto, pues, el Gran Capitán de Santiago á la Corte y estando en ella algunos días, pidiendo muchas veces al Rey cumpliese con él lo que con tantas promesas y juramentos le había prometido, mostrándole su cédula firmada de su nombre, que le diese el maestrazgo de Santiago, y juntamente con la cédula mostraba la suplicación que S. A. había hecho al Papa y la confirmación á las espaldas della del Papa, con todas las solemnidades que para ello se requerían, el Rey no sólo no se lo quiso dar, mas antes se comenzó á no le mostrar el calor y favor que le solía hacer. Así que el Gran Capitán, en lugar de obtener aquella merced tantas veces prometida del maestrazgo de Santiago, cobró en la Corte enojo, pesadumbre, disfavor del Rey, el cual con dilaciones y esperanzas vanas trabajaba de lo entretener y dábale á entender que no le quería dar lo que le había prometido.

Veyendo el Gran Capitán quel Rey le daba á entender que no le daría el maestrazgo de Santiago, y aun mostrándole gran disfavor, que consultando el Rey sobre inviar capitán y gente á la batalla de Rávena, como invió al Comendador Gómez de Solís con su gente de guerra, entraban en este Consejo otros Grandes y señores de la Corte que nunca se habían hallado en la guerra, y jamás fué llamado Gonzalo Hernández, estando allí, y nunca le fué pedido parecer ni fué hablado en ello, y más seyendo guerra contra franceses. Visto esto por el Gran Capitán, que el Rey no cumplía con él, comenzó á quejarse á sus amigos de la sinrazón y injuria que el Rey le hacía y á les descubrir el gran descontentamiento que del Rey tenía; y esto hacía con gran dolor que tenía de haberle faltado á la palabra el Rey. Y entre otros á quien se quejó fué á don Bernardino de Velasco, Condestable de Castilla, que era grande amigo suyo y muy aficionado al Gran Capitán por su persona y grandes hechos, á quien la invidia no había hallado algún lugar para le ser contrario. Era este Condestable el principal Grande y señor destos reinos, así en estado de riquezas como en autoridad en este reino. Trataban entre sí como aquellos que posaban dentro de una misma casa. Hicieron sus amistades en gran secreto. Había pocos días que el Condestable estaba viudo, que se había fallecido doña Juana de Aragón, hija del Rey, aunque bastarda. Concertaban quel Condestable casase con su hija doña Elvira de Córdoba; y al Condestable se le había entibiado y aun enfriado el amor que al Rey tenía, y entre cosas en que del Rey fué desfavorecido, fué porque el Alcalde Mercado, por pasión particular que contra el Condestable tenía, buscando en los procesos de todos los escribanos, halló haber en los tiempos pasados, más de veinte años atrás, un mayordomo [1] deste Condestable de la su Casa de la Vega, que á la sazón estaba en la Corte, que había venido llamado por el Condestable. Este Mercado lo prendió y sin haber parte quejosa lo condenó á muerte. El Condestable fué á suplicar al Rey por aquel su mayordomo, dando causas bastantes para que se le perdonase la vida, y más no quejándose nadie; y ya que S. A. aquello mandaba, le diesen otra pena de las que el derecho permite. El Rey no quiso, sino que le cortasen la cabeza, y así se hizo; de que el Condestable quedó muy afrontado y con mucho enojo, porque le pareció ser hecha aquella muerte con pasión. El Rey alcanzó á saber el trato del casamiento y hubo grande enojo dello, porque tenía pensado de casar á esta doña Elvira con su nieto don Juan de Aragón, hijo del Arzobispo de Zaragoza; y la Reina doña Germana dijo un día al Condestable: «Muy maravillada estoy de vos, Condestable, habiendo sido casado con hija del Rey mi señor, querer agora casar con hija del Gran Capitán, aunque él merezca tanto». A lo cual el Condestable respondió muy libre y avisadamente: «Yo, señora, en este caso tengo muy buen ejemplo entre las manos y sin ir á buscarlo fuera de casa. También el Rey mi señor, habiendo sido casado con la Reina doña Isabel, la más valerosa y más rica de todas las mujeres, casó después como V. A. sabe, aunque en sangre sea tan principal». Creyóse que desta respuesta quedaron el Rey y la Reina tan enojados, que no lo pudiendo disimular, lo mostraron claramente contra el Condestable

[1] Al margen: «Este mayordomo había muerto á cierta persona, cosa que estaba ya olvidada sin haber parte quejosa».

y el Gran Capitán, y luego lo mostraron en algunas cosas. Y entre otras fué que el Rey y la Reina habían mandado, y así se había hecho siempre, que cuando la Reina salía, el Gran Capitán la llevaba de la rienda; y dende ahí adelante mandó el Rey que el Gran Capitán no la llevase de rienda, sino don Fadrique de Toledo, Duque de Alba; y así fué hecho. Aconteció llegar en Palacio á ver al Rey y mandarle que esperase, y entrar otros que podían entrar después dél. Y esto ví yo algunas veces año de mil quinientos y once años, estando en esta cibdad de Sevilla.

CAPÍTULO V

De lo que al Condestable y al Gran Capitán pasó con el Rey.

En este tiempo el Rey comenzó á tratar con don Frey Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, flaire de orden de Sant Francisco, al cual la Reina (1) lo había elegido por confesor seyendo de muy buena vida, y le había dado ella y el Rey el arzobispado de Toledo, y después fué Cardenal de España, hombre de grandes méritos y valor, así en la religión cristiana como en las cosas que tocaban á la gobernación del reino. El á sus expensas ganó la cibdad de Orán, hallándose presente á la conquista y toma della; y hizo aquella Universidad que es hoy tan célebre en estos reinos, de Alcalá de Henares, con otras muchas y muy buenas cosas, que por no tocar á la historia dejo aquí de relatar.

Pues como el Rey tratase con el Jiménez que permutase el arzobispado de Toledo con el arzobispo de Zaragoza, su hijo, lo cual el Jiménez rehusaba de no lo hacer, antes seyendo apretado decía que se volvería á su monasterio á vivir vida privada en su celda y refitorio antes que hacer tal permutación, trató y rogó al Condestable y Gran Capitán le ayudasen y favoresciesen para que él no recibiese aquella afrenta. Al Condestable y Gran Capitán pareciéndoles aquello grande infamia que se hacía á la Reina doña Isabel muerta, retractar y deshacer aquello que la Reina había dejado hecho fundado en religión, comenzaron á favorescer [le]. Con este favor, comenzó el Jiménez con ánimo constante á no le querer hacer ni hablar en ello. La intinción del Rey era hacer al hijo Arzobispo de Toledo para se ayudar dél, así de las rentas como del favor, cuando la necesidad se ofreciese; porque teniendo aquel Arzobispado de su mano, como tenía los maestrazgos, no temería la fortuna por más adversa que se le mostrase.

El Rey, sabido quel Jiménez con el favor del Condestable y Gran Capitán había rehusado la permutación de los arzobispados, concibió muy grande enojo contra ellos por favorescer al Jiménez, y esperaba tiempo y lugar para se lo dar á entender á cada uno dellos. En este mesmo tiempo comenzó la fortuna á mostrar su cara contraria al Gran Capitán, y fué la ocasión lo que aquí diremos.

CAPÍTULO VI

De lo quel Gran Capitán pasó con el Rey sobre los negocios de don Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, su sobrino, á quien derribaron á Montilla.

En este tiempo don Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, hijo mayor y heredero de don Alfonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, vino á la Corte á ver á su tío y por besar las manos al Rey, que después que vino de Italia no lo había visto ni venido á le besar las manos. Vino muy bien acompañado y trujo consigo muchos caballeros de Córdoba y muchos caballos y aderezos dellos que dió y repartió por la Corte. Y estando en la Corte halló á su tío el Gran Capitán muy enojado, porque el Rey no le guardaba la fe prometida; y habiendo visto la cédula y confirmación della del Papa Julio del maestrazgo de Santiago, como este don Pedro era caballero animoso y muy libre, mal contento del Rey y enojado, se volvió á Córdoba, adonde, con la autoridad que de su abuelo y padre había heredado, era muy señor en aquella cibdad y tenía en ella gran reputación. Porque la casa de Aguilar descendía de aquellos caballeros que por servir á Dios y á su Rey habían sido los principales de echar de ella á los moros y servir al Rey don Fernando el Santo para que la ganase; y así se había perpetuado el valor y poder destos caballeros en aquella cibdad. Y también habían ganado mucha autoridad y reputación estos hijos

(1) Doña Isabel.

desta muy ilustre Casa de Aguilar, así como el Conde don Martin de Alcaudete, y don Diego de Córdoba, alcaide de los Donceles, que agora es su sucesor don Luis de Córdoba, Marqués de Comares; y don Diego de Córdoba, Conde de Cabra, cuyo nieto es el Duque de Sesa don Gonzalo Hernández de Córdoba, y don Francisco Pacheco. Todos estos caballeros han sido en los tiempos pasados y agora en los presentes de gran valor, así en la paz como en la guerra, de quien las historias pasadas y la memoria y vista de los hombres están llenas.

Pues este don Pedro, Marqués de Priego, por este gran favor que en aquella cibdad tenía, algunas veces era enojoso al Rey; y más agora que iba muy enojado por lo del tío. El Rey invió un alcalde de Corte, llamado el licenciado Herrera, á Córdoba, mandando al dicho don Pedro que se saliese de Córdoba y se fuese á una de las villas, como hacían los otros caballeros de aquella cibdad; y invió á mandar á los Veinte y cuatro de la mesma cibdad que diesen favor y ayuda al alcalde Herrera para que el Marqués de Priego se saliese de Córdoba y se fuese á su casa. Llegado el alcalde Herrera á Córdoba y habiendo llamado á los Veinte y cuatro caballeros de la cibdad en el cabildo y ayuntamiento, y notificado á aquellos caballeros el mandamiento del Rey, de todos fué obedecido si no fué del Marqués don Pedro, que con una súbita ira y acelerado enojo mandó prender al alcalde Herrera y llevarle preso á la su villa de Montilla, y ponerlo á buen recaudo en la fortaleza.

Era esta villa de Montilla una villa de sus pasados, cerrada y con una fortaleza muy fuerte y muy grande, la mejor que había en toda la Andalucía; que ya fué tiempo que estuvieron aposentados en ella el Rey y la Reina doña Isabel, y las Reinas de Nápoles vieja y moza y los señores della y sobrado aposento en ella El Alcalde dijo al Marqués: «Váyase V. S. á Sant Jerónimo, que es una legua de la cibdad, que yo inviaré luego á llamar á V. S. qúe se vuelva á Córdoba, solamente que se cumpla el mandamiento del Rey, que V. S. salió de la cibdad»; lo cual el don Pedro no quiso obedecer. Verdad sea que dende á tres ó cuatro días lo mandó soltar y que se volviese á la Corte, lo cual él hizo.

CAPÍTULO VII

De lo quel Rey hizo, vista y sabida la prisión del alcalde Herrera en la villa de Montilla.

El Rey, visto aquel desacato, mandó que se aparejasen las cosas necesarias para castigar aquel insulto, y encomendó aquella jornada al coronel Cristóbal de Villalba y al alcalde Cornejo; y el Rey mismo en persona determinó de ir á Córdoba. El Marqués, sabida la voluntad del Rey, determinó de se defender como varón, porque quieren decir que tenía hecha liga y amistad con algunos señores de la Andalucía, que tenían sus descontentos del Rey. El Gran Capitán y el Condestable y otros algunos señores le suplicaron al Rey, sin lo saber el don Pedro, que le trairían al don Pedro para que de rodillas pidiese perdón á S. A. del yerro que como mozo había hecho; y juntamente le escribió al don Pedro que no curase de defenderse ni hacer alguna alteración; que si viniese á la Corte, quel Rey lo perdonaría; lo cual por los muchos ruegos é importunidades determinó de ir. El Rey estaba esperando en lo que paraba la determinación del don Pedro. Sabido que iba á Castilla á lo que el Gran Capitán le mandaba, luego el Rey se partió para Córdoba. Yo oí decir á Gonzalo Hernández de Córdoba, comendador de Manzanares, hijo de don Alfonso de Aguilar, que vió una cédula en poder del secretario, que perdonaba al Marqués, con que por espacio de tantos años [1] si el Marqués respondiese que no quería venir á la Corte, y otros algunos lo afirmaban haber visto el perdón. Mas atraído, pues, el don Pedro por las promesas del Gran Capitán y del Condestable y otros señores de la Andalucía, sus consortes y aliados, y llegado ante el Rey y habiéndole demandado perdón con toda la humildad que fué posible, no lo quiso perdonar, antes lo desterró cuatro leguas desterrado de la Corte y que allí anduviese so ciertas penas. Mandó luego por su decreto que la fortaleza de Montilla fuese derribada hasta los postreros fundamentos de ella, para que fuese testimonio este castigo contra los caballeros que contra los mandamientos reales se opusiesen. De donde don Pedro quedó muy quejoso del Gran Ca-

[1] Todo este párrafo está obscuro y falto de algunas palabras.

pitán por haberle mandado ir á la Corte sin tener seguro del Rey; porque él hiciera, como solía decir, que se lo dieran, como pareció, si él se estuviese quedo.

Gonzalo Hernández nunca pudo alcanzar con el Rey que aquella fortaleza edificada, de sus pasados, adonde él había nacido ([1]), edificada con tan grandes gastos y expensas, fuese agora derribada por el suelo. Los embajadores de Francia y el mismo Rey Luís le escribió que era razón, en cuenta de ducientas cibdades y setecientas y tantas villas y castillos quel Gran Capitán había ganado para la Corona real de España, se diese en recompensa la ruina de un solo castillo, en el cual el Gran Capitán había nacido. Ninguna cosa le aprovechó á don Pedro los ruegos del Gran Capitán y del Condestable, antes quieren decir que le dañó mucho, por el descontento que el Rey tenía dellos por haber favorescido al Jiménez, arzobispo de Toledo.

El coronel Villalba y alcalde Cornejo con gente de guerra llegaron á Montilla y trajeron de la tierra de Córdoba muchos azadoneros, y en breves días la arruinaron hasta los cimientos. Y estando gran pieza de labradores de la tierra derribando un gran lienzo de un largo muro, para que todo junto cayese, cuando cayó tomó en bajo gran número de aquellos azadoneros y de aquellos que la derribaban. Venida la nueva á Gonzalo Hernández, dijo claramente ser muestra que se defendiera Montilla, seyendo viva, pues con su ruina ha muerto á tantos.

El Rey don Fernando siempre estuvo firme y recio en el derribar á Montilla y otras casas de caballeros de aquella cibdad y tomadas las haciendas y afrontando á personas della culpadas en la prisión del Herrera. Lo cual todo restauró el Gran Capitán comprando las haciendas y edificando las casas y satisfaciendo á los hijos de los muertos. El Rey, queriendo templar el rigor del mandamiento y su ejecución mandó que al Gran Capitán, en lugar de Montilla, se le hiciese merced de la cibdad de Loja, la cual está de Granada ocho leguas en una vega muy apacible y cercada de grandes sierras alderredor, y trató con él que le daría aquella cibdad de Loja, de juro y heredad para él y sus sucesores, con que renunciase el derecho que tenía al Maestrazgo de Santiago y al Rey diese por quito de la promesa hecha y la escritura fuese rasgada y dada por ninguna. A esto respondió el Gran Capitán que no quería ser tan mal mirado que él renunciase el derecho de la promesa Real; porque antes quería mostrar la causa de una muy justa querella que no aceptar una recompensa tan desigual. Al Condestable se le acrecentó el enojo por ver el odio del Rey y no poder hacer en ello lo que deseaba y tenía concebido en su pecho; odiado por su grandeza, se le causó un descontento y desabrimiento; murió antes de tiempo. No faltó quien dijo haber sido ayudado para se ir al cielo.

([1]) Al margen de letra moderna: «No es cierto». Y más adelante: «Nació el Gran Capitán en Montilla», y añadido de lápiz: «Esta es equivocación».

CAPÍTULO VIII

De lo que el Gran Capitán hizo veyendo el odio y voluntad contra él del Rey.

El Gran Capitán, visto lo poco que á su sobrino aprovechó, antes quieren decir que le dañó, muy enojado y mal contento de las afrentas que del Rey recebía cada día y cada hora, se retrujo á Loja, que, como dijimos, está ocho leguas de Granada, huyendo de las ofensas que en la Corte le eran hechas por la voluntad del Rey, y esperar allí que aquella invidia diese algún lugar y el Rey se amansase y se acordase de no dar lugar á invidiosos y á sus enemigos, que ofendidos del resplandor de sus hazañas siempre le dañaban con el Rey.

Pues estando allí en Loja en aquel reposo, estuvo dos años, unas veces allí en Loja, otras veces en Granada, donde vivía al parecer contento, conservando siempre su reputación y casa; que nunca faltó su plato y criados con aquel aderezo de casa y aparato de oficiales y caballeros que acompañaban á su casa, que era una Corte. Gozaba y gastaba de sus riquezas, que no eran pocas sino muchas, y de su gloria, aunque era opresa antel Rey de la invidia de sus enemigos. Hacía poco ejercicio y desde allí socorría á muchos, así criados como otras personas necesitadas, con les dar gran parte de su hacienda. Ningún género de hombres hubo á quien no socorriese en sus necesidades, los que le pedían su ayuda y favor. Tenía tanto crédito y reputación, que jamás pareció faltar en su casa aquella abun-

dancia de criados de servicio de Corte muy principal, como de un gran príncipe.

En este tiempo frey Francisco Jiménez pidió al Gran Capitán consejo y manera para poder conquistar la cibdad de Orán en Africa, porque quería apaciguar la invidia de los aragoneses y de los invidiosos de sus rentas con hacer aquella jornada de ir á conquistar la cibdad de Orán en la costa de Berbería; y el Gran Capitán le encaminó y le dió á Pedro Navarro, Conde de Oliveto; y aparejó una gran flota y catorce mil hombres. Y dada por el Gran Capitán la industria y designios, llegaron á Berbería, yendo en la mesma armada el Arzobispo. Tomaron por fuerza de armas á Mazalquivir, un puerto el mejor que hay en toda la costa de Africa, que los antiguos llamaron Puerto grande; y una legua dél hacia levante tomaron á escala vista la cibdad de Orán, y hicieron recogerse hacia dentro al Rey de Tremecén. Después desto el Pedro Navarro, acostumbrado á la dichosa milicia del Gran Capitán, tomó á Bugía y á Tripol de Berbería y hizo muy gran guerra á la costa de Africa, llevando consigo aquellos valientes soldados y gente de guerra acostumbrados [1] siempre vencedora.

CAPÍTULO IX

En que prosigue la estada del Gran Capitán en Loja, con el discurso de su vida.

Estando, pues, el Gran Capitán en esta cibdad de Loja, que á algunos les parecía estar como en un destierro honesto; y en la verdad nunca jamás le faltó aquella grandeza de ánimo adquirida con tanta gloria, con la cual medía las cosas prósperas y adversas; el Conde de Ureña preguntó á un caballero criado del Gran Capitán qué tan grande hondo tenía en el agua de Loja aquella gran carraca. Lo cual sabido por el Gran Capitán, le dijo: «Diréis al señor Conde que la carraca tiene muy buenos lados y toda ella está bien fornida; que no espera sino que crezca el agua para dar las velas al viento, que no suelen ser siempre contrarios; y si la invidia y sus grandes victorias habidas en los tiempos pasados no la estorbaran, habíasele ofrecido una muy aplacible fortuna» [2]. Y fué que de las vistas que los Reyes de Francia y España se vieron en Saona, como atrás hemos dicho, dentro de dos años que allí se vieron, entre otras cosas que allí trataron y hicieron sobre ellas ligas y conspiración, fué una que venecianos tenían ocupadas tierras y estados al Emperador Maximiliano y al Rey de Francia y al Rey don Fernando de España y al Papa Julio, los cuatro mayores Príncipes de la cristiandad. Y el Rey de Francia, que entonces tenía el ducado de Milán tiranizado, por cobrar ciertas cibdades que venecianos tenían ocupadas del dicho estado de Milán, les había dado una batalla junto al río Ada, cerca del Pó, en que perdieron las cibdades que de Lombardia tenían, que eran Bresa y Crema y Bergamo y Cremona, y les tomó Maximiliano á la ciudad de Verona, Vicencia, Padua y el Frívoli y Feltro. El Papa Julio con una banda de suizos había cobrado á Arímino, á Faenza y á Cervia y á Rávena y á otras tres del patrimonio de la Iglesia, y el Rey don Fernando había cobrado sin batalla las tierras que venecianos tenían en Pulla en el reino de Nápoles. Venecianos, aunque se vieron guerreados de todos cuatro Príncipes cristianos, no por ende perdieron el ánimo, porque á todos respondieron y lo más tornaron á cobrar, si no fué las tierras que tenían en Calabria y la del ducado de Milán. El Duque de Ferrara, Alfonso de Este, en estas guerras, con favor y ayuda del Rey de Francia, había tomado á Rovigo, y el Papa Julio pedía al de Ferrara las salinas, que eran del feudo de la Iglesia, lo cual el Duque no quiso, antes las defendió por guerra y fué vencedor contra la gente del Papa, porque le importaban mucho.

CAPÍTULO X

De lo quel Papa y el Rey de Francia hicieron después desto.

El Papa, vista la rebelión del de Ferrara, lo descomulgó y escribió al Rey de Francia que si no le favorescía que lo tenía por enemigo y que no le faltarían amigos contra él y los de su liga. Enojado desto el de Francia, no le dió nada por las descomuniones y censuras y fué con muy grueso campo y echó al Papa de Bolonia y trató de celebrar Concilio en Pisa para descomponer á Julio, y no le faltaron Cardenales para ello, diciendo, aunque falsamente, que no había seído elegido canónicamente, contra el cual los Reyes de España don

(1) Sic.
(2) Siguen cuatro líneas tachadas.

Fernando, y don Enrique octavo, su yerno, Rey de Inglaterra, que en aquella ocasión era muy católico y se llamaba Defensor de la Iglesia Romana, hasta que él comenzó á dejar y apartarse de Dios y lo dejó Dios de su mano, y fué después muy mal hereje. Este Rey de Inglaterra comenzó á hacer guerra á las cibdades de Normandía por favorecer á la Iglesia romana. El Rey don Fernando, seyendo requerido del Papa para que le ayudase, lo hizo, porque no podía dejar de favorecer á la Iglesia romana, aunque fuese contra el Rey Luis, tío de su mujer, con quien se había confederado en Saona. El Papa, visto cómo el Rey don Fernando hacía un grueso ejército en favor de la Iglesia, le dió la investidura del reino de Nápoles, á quien pertenece darla por ser aquel reino feudo de la Iglesia. Asimesmo el Papa descomulgó al Rey don Juan de Navarra por estar ligado en la mesma cisma con el Rey de Francia y defender la rebelión contra la Iglesia, y le privó del reino y lo otorgó al Rey de España, por ser defensor de la Iglesia contra los herejes cismáticos, que hacía división en la vestidura de Cristo, de donde le fué quitado el reino de Navarra justísimamente. Luego el Papa hizo liga con venecianos y con el Rey don Fernando de España contra franceses, que estaban muy pujantes.

El Rey don Fernando mandó á don Ramón de Cardona, Virrey de Nápoles, aparejase un muy grueso ejército para que se juntase con el del Papa, que tenía asoldados una gran banda de suizos y italianos. El Rey de Francia tenía cercada á Rávena: el ejército del Papa y el de España fuéronla á descercar. Llevaba el Virrey de Nápoles el mejor ejército que antes ni después se ha visto en Italia; iban muchos señores y Grandes con él. Llegados á Rávena, en la cual estaba Fabricio Colona, dióse la batalla, día de Pascua florida, que fué á diez y seis días de Abril en el mesmo año de quinientos y doce años. Aquella mañana llegó M. Antonio Colona con tres mil infantes al campo de los españoles.

CAPÍTULO XI

De cómo pasó la batalla de Rávena entre el ejército del Rey de Francia y del de España y el del Papa Julio.

El Virrey mandó que la avanguardía, que eran los caballos ligeros, más de dos mil, diesen por el un costado en los franceses; y así lo hicieron, y diéronse los españoles tan buen recaudo, que desbarataron la avanguardia francesa, aunque eran muchos. Visto por los franceses que los españoles no acudían en favor de los suyos, entró un escuadrón de los franceses y dió en medio de los españoles; como eran muchos y entraron de refresco, diéronles muy gran priesa. Los españoles iuviaron á decir al Virrey que les inviase dos escuadrones de infantería El Virrey tardó tanto en esto, que á la mesma sazón batió la artillería francesa sobre la retaguarda de armas española. El Virrey pensó que todo era perdido y comenzó á dudar qué haría. El Conde Pedro Navarro y el capitán Zamudio, veyendo la necesidad, tomaron dos escuadrones de infantería, en que había cuatro mil españoles y dos mil italianos, y fueron en socorro de sus compañeros; y dieron tan recio y con tanto ánimo en la infantería de los franceses, que de la primera refriega mataron cinco mil alemanes con su capitán Jacobo, y tras esto mataron cuatro mil gascones. Visto por los franceses que no acudía la gente de armas española, abrióse la retaguarda y toda la gente de armas que no peleaba, y tomaron en medio hecho un cerco á nuestra infantería, digo á la que fué á pelear.

Visto por el Virrey, pensando que los habían sumido y veyendo que de su avanguardia quedaban pocos, túvose por perdido, y fué huyendo con todos los que le quisieron seguir; y aun dicen que no esperó mucho, que pocos le pudieron aguardar. Dos capitanes españoles caballeros huyeron con trescientos hombres de armas, cuyos nombres no quiero decir, porque á sus hijos no alcance mal nombre: el uno era castellano y el otro andaluz. El Sr. Fabricio Colona con otros caballeros que tenían la retaguarda quisieron ir en socorro de los suyos, y como los franceses habían dejado la artillería en un cierto lugar, la noche que les tomó el paso, hizo mucho mal en ellos, con la gente francesa que acudió, fueron destrozados. Los infantes españoles que habían quedado cercados de la gente de armas francesa diéronse tan buen recaudo que mataron setecientos hombres de armas franceses.

Estaban á esta hora los franceses tan perdidos, que no digo acudir el Virrey en socorro de sus españoles, mas en no se menear, ó los

capitanes de gente de armas no huir con los trecientos que dijimos, sino estar quedos, todos afirman y conciertan en esto, que los franceses fueran rotos y del todo vencidos; mas con la huída del Virrey y de los hombres de armas vieron todo el cuerpo del campo vacío, y así todos fueron desbaratados, muertos y presos. Los franceses tomaron mucha artillería y armas y robaron el campo, que no tuvieron fuerza para seguir la victoria.

Los franceses tornaron sobre Rávena y platicaron de la tomar á partido; y estando haciendo la capitulación, entraron los franceses por otra puerta y dieron saco á fuego y á sangre. El señor M. Antonio Colona se retrajo á la fortaleza y cibdadela con mil españoles y la defendió. La pólvora del campo de los españoles á los primeros tiros se acabó sin aprovechar nada. Todos los que en aquella batalla se hallaron, sin faltar uno, afirman que si el Virrey y la gente de armas española no huyeran, aunque no pelearan, que los españoles hobieran la mayor victoria que jamás habían visto; porque los franceses eran dos mil lanzas gruesas, que son cinco mil lanzas, y veinte y tres mil infantes. Los españoles eran mil y quinientos hombres de armas y dos mil caballos ligeros y jinetes, y catorce mil infantes, los ocho mil españoles.

Visto por los franceses que el Virrey y gente de armas huía, cobraron ánimo y tuviéronse por vencedores; aunque Pedro Navarro tuvo por sí la victoria, desmayaron y hubo el suceso que decimos. Mos de Fox (1), capitán general, hermano de la Reina Germana, fué muerto de la infantería española, y mos de Alegre y un hijo suyo; el barón de Curano y el de Agramonte, muertos; mosén de la Gyrte, muerto; Mulando, capitán de dos mil gascones, muerto; el capitán Novete, sobrino del Cardenal de Nantes, muerto; Jacobo, capitán de dos mil tudescos, muerto; Mojerón, capitán de hombres de armas, muerto; el capitán mos de Sones, capitán de gascones, muerto; el señor de Unote, capitán, muerto. Murieron del campo de los franceses trece mil hombres, antes más que menos. De los españoles é italianos, Fabricio Colona, preso y inviado á Ferrara; el Cardenal de Médicis, legado, que después fué Papa León, preso, inviado á Milán; Pedro Navarro, herido á muerte, preso y inviado á Ferrara; Zamudio, muerto; el Conde Estor, el señor Juan, Conde romano, muertos; el Marqués de Pescara, don Juan de Cardona, el Marqués de la Padula y su hermano el Marqués de Bitonto; el Marqués de Fronte Petra, el Marqués de la Cela, el Duque de Gravina, dellos muertos y dellos presos. Otros muchos capitanes españoles, presos, y Alonso de Valdés, capitán de la guarda del Rey don Fernando, escapó con tres heridas. Otros muchos, así del campo de los franceses como de los españoles, murieron y fueron presos. Pedro de Paz se fué la vuelta de Ancona con cierta gente de caballo, y en el camino, en un mesón, le mató un villano. Murieron de los españoles y fueron presos hasta ocho mil infantes y hombres de armas.

(1) En el margen: «A éste sucedió en el cargo mos de la Paliza, capitán viejo».

CAPÍTULO XII

De lo que el Papa hizo, habiéndose perdido esta batalla con el Rey don Fernando, para que el Gran Capitán volviese á Italia.

El Papa Julio quedó muy congojado de haber perdido esta batalla por el descuido que hemos dicho y desorden. Hizo liga con venecianos, ya que con el Rey don Fernando la tenía hecha, como hemos dicho. El de la Paliza comenzó á poner su gente en orden. El Rey de Francia, quedando muy ufano con el suceso de la batalla, tenía concebidas en su pecho grandes cosas. El Papa y venecianos escribieron al Rey don Fernando suplicándole muy afectuosamente, y el Julio le ofreciendo grandes cosas, que inviase al Gran Capitán á Italia, pues Dios le había criado para abajar la soberbia francesa, que cumplía á la salud de Italia y principalmente de la Sede apostólica, de sus dos Sicilias, que en todo caso pasase el Gran Capitán á Italia. Al Rey don Fernando le pareció ser cosa muy acertada que la ída del Gran Capitán no cesase, por el bien común de toda Italia y, como dijimos, de la Iglesia y Nápoles. Luego mandó y rogó muy ahincadamente al Gran Capitán tomase este trabajo de volver á Italia y echar á los franceses de aquella provincia, en lo cual haría á Dios muy gran servicio y á su Vicario y á toda aquella provincia y al reino de Nápoles. Porque el Rey de Francia y sus aliados querían inquietar aquella nación, y más seyendo herejes cismáticos contra el Santo Padre, tan

canónica y santamente elegido. El Gran Capitán, con aquella obediencia que al Rey siempre tuvo, lo aceptó, y comenzó á poner en orden la partida, porque la nueva del Papa y los de la liga llamaban á voces desde Italia al Gran Capitán, y los venecianos daban muy gran priesa; como cuando los romanos estando cercados de los franceses llamaban al capitán Camilo para que los socorriese, escribiendo todos al Gran Capitán que aceptase aquella empresa, en cuya venida estaba el remedio de Italia y Nápoles; y al Rey escrebían que el bien de la Sede apostólica y de toda Italia estaba en la ida del Gran Capitán, que sólo saber que la persona del Gran Capitán era vuelta á Italia sería grande espanto á los enemigos. El Rey, que aquello tenía por muy averiguado, y el Papa, venecianos y los de la Liga, pedían razón, y más creyendo que los franceses y los de su liga tentarían algo, así contra la Sede apostólica como contra el reino de Nápoles. Con mucho ruego y importunaciones, acabó con el Gran Capitán que tomase aquel trabajo de volver á Italia, en la cual jornada serviría á Dios y á su Vicario y á toda aquella provincia, donde él era tan querido y estimado.

El Gran Capitán le respondió: «Yo, señor, soy vuestra hechura y nací para os servir. Yo acepto la jornada, aunque en ella pierda la vida. Lo que á V. A. suplico es mande con brevedad despachar lo que conviene para la armada y gente de guerra, porque muchas cosas hay que con la dilación se mudan y empeoran». Luego el Rey escribió al Papa y venecianos cómo el Gran Capitán sería muy en breve en Italia.

Sabido en la Corte y en todo el reino que el Gran Capitán volvía á Italia, muchos caballeros y señores se aparejaron para ir con él, y entre ellos el Duque de Villahermosa, don Fernando de Andrada, don Diego de Mendoza y muchos caballeros y muy principales, y muchós hijos de señores, codiciosos de emplear sus personas en servicio del Rey y del Papa y para ganar honra. Despedido el Gran Capitán del Rey y de toda la Corte, se fué á la cibdad de Antequera, que estaba en buen comedio y siete leguas de Málaga. Muchos caballeros vendieron sus haciendas y patrimonios para ir con el Gran Capitán. Pues el Gran Capitán comenzó á aparejar todas las cosas que para tal jornada convenía y á darse muy gran priesa. Eran tantos los caballeros y gente de guerra, que no cabían en la cibdad.

Con esta nueva que se divulgó en Italia de la ida del Gran Capitán, comenzaron los franceses y enemigos á temer y no estar tan bravos como antes. En sólo oir quel Gran Capitán pasaba, cesaron de tentar cosas que antes tenían comenzadas, y los invidiosos tuvieron lugar de aconsejar al Rey que el Gran Capitán no pasase en Italia, porque desde allá cobraría lo que quisiese y podría mudar la fidelidad que debía y siempre había guardado. Mas lo principal fué que sólo, como hemos dicho, que fué sabido en Italia y Francia que la persona del Gran Capitán pasaba en Italia, el Duque de Ferrara se fué á echar á los pies del Papa, y el Rey de Francia y los de la liga temieron de intentar cosas nuevas.

CAPÍTULO XIII

De cómo el Rey don Fernando invió á mandar al Gran Capitán que cesase la ida de Italia.

Pues llegada la nueva al Gran Capitán en que le decía que la ida á Italia ya no era necesaria, porque sabido en Italia que su persona pasaba en aquella provincia todo se había allanado, así que él desde acá, con sola su fama, había vencido los enemigos; así que despidiese la armada que ya estaba aparejada en Málaga; y asimismo despidiese á los soldados y gente de guerra, y mandó hacer grandes procisiones y suplicaciones á Dios, que había sido servido de vencer á sus enemigos y apaciguar á Italia, para que la Sede apostólica y el Vicario de Dios estuviesen libres de guerra. Fué cosa muy averiguada que el Gran Capitán jamás, en cuantos días vivió, le llegó nueva tan adversa, ni que tanto quebrantase aquella su grandeza de ánimo, nunca vencida, como ésta, ni á sus caballeros, soldados y gente de guerra. Aquel varón que jamás golpe de fortuna ni adversidad pudo mellar en él cosa alguna, hizo tanta impresión en él, que nunca lo pudo disimular, que así le derribó aquella gran fortaleza de su ánimo; porque pensaba con aquella guerra, en la cual determinaba mostrar su grande ánimo, esfuerzo y valentía, sojuzgar la envidia y quebrantar la maldad de sus enemigos. Entonces dijo delante de todos: «El

señor Conde de Ureña ha salido muy cierto y ha sido grande adevino contra lo que yo pensaba; pues que mi carraca, movida de la corriente del agua, llevando las velas hinchadas del viento le ha faltado en medio de su viaje. ¡Tanta fuerza ha tenido la invidia!».

Pues llegada la nueva en que el Rey mandaba que la ida cesase, hizo un razonamiento á los soldados y gente de guerra con mucha prudencia y gravedad, consolándolos y rogándoles tuviesen sufrimiento, pues, burlados de la inconstante fortuna, habían perdido la ocasión de mostrar su esfuerzo y valentía para ganar muy grande honra y gloria; y que él con sus privadas riquezas les satisfaría de manera que no se arrepintiesen de la voluntad con que se movieron á le servir; y lo restante esperasen de la liberalidad del Rey, al cual él los encomendaría con sus cartas; y que desto no tuviesen ninguna duda, que á todos haría muy largas mercedes. «En lo que á mí toca, yo repartiré con vosotros de lo que yo tuviere».

Acabada la plática, don Rodrigo de Vivero, un caballero muy principal de Castilla, en nombre de todos respondió al Gran Capitán: «Excusado será decir á V. S. la pena que estos caballeros han tomado en les faltar la ocasión que se les ofrecía para servir á V. S. y mostrarla por la obra; porque tenían por muy buena ventura de acompañar la persona de V. S. y seguir su milicia, de donde sacasen el fruto que de tal jornada se les podía seguir. Lo que suplican estos caballeros, señores y soldados es que V. S. I. los tenga por perpetuos servidores, y por tales tenga siempre memoria de nos mandar; porque todos la ternemos cada que supiéremos que nos haya menester sin ser llamados». El Gran Capitán les dijo que dentro de tres días les hablaría para les dar á todos lo que pudiese haber en su casa; y al tiempo que prometió, les dió á todos parte en dineros repartidos entre los soldados, parte en plata labrada, parte en piezas de brocado, telas de oro, muchas piezas de sedas y rasos, damascos y paños de grana, caballos muy hermosos, tiendas labradas, muchas armas muy ricas y doradas, camas de campo de brocado, de carmesí y de seda y de tafetán de colores, que los mercaderes de Valencia, de Córdoba, de Toledo, de Medina del Campo, de Sevilla, de Granada y de otras muchas partes por ganar en ellas como ganaron. las habían allí traído. Fué estimado el valor de lo que los mercaderes tuvieron en más de cien mil ducados; lo cual todo y lo que el Gran Capitán tenía, que era mucha más cantidad, fué repartido por los caballeros y soldados. Y allende desto, porque ninguno quedase sin que le cupiese parte, metió á saco todos los aderezos y joyas de su mesma casa. Visto esto por un criado suyo del Gran Capitán, le dijo: «No sé yo, señor, qué exceso hicieron estos vuestros bienes, ganados con tantos trabajos y peligros de vuestra persona, que por cierto no se lee dar ningún Príncipe en muchos días lo que vos en un solo día de vuestra hacienda habéis dado. ¿Que más podría V. S. hacer en casa del enemigo que hoy habéis hecho en vuestra propia casa?».

Quedaron con el Gran Capitán hasta cincuenta caballeros de sus continos y criados, de muy buen lastre, sin los otros oficiales y criados de casa, con otra mucha gente que sin servir estaban en casa. Lo cual veyendo el contador Franco, le dijo: «Señor, en esta casa hay muchos de que V. S. ninguna necesidad tiene dellos». El Gran Capitán le respondió: «Amigo, si yo no tengo necesidad dellos, ellos la tienen de mí».

En la casa del Gran Capitán todos los caballeros y criados no juraban, no jugaban, no andaban en disoluciones ni adulterios; no había bullicios; todos vivían en grande observancia, ocupados en ejercicios de guerra, muy contentos con haber pasado la vida en servicio del Rey y del Gran Capitán, sin haber hecho las cosas que los otros en las guerras suelen hacer. En este estado estuvieron marido y mujer y hija, usando siempre del oficio de la liberalidad y muy gran caridad con todas las gentes que á ellos venían, que eran muchas, y ninguna iba sin llevar lo que pidía: que claramente se vía acrecentalles Dios los bienes y riquezas para usar dellas para lo que fueron criadas, que es para las distribuir, como este clarísimo varón lo hacía.

Decíame Juan López de Horna, aposentador mayor suyo, que eran tantos los Grandes, caballeros y otras gentes que ordinariamente venían á visitar al Gran Capitán en este tiempo que en Loja estuvo, que ningún día hubo que él ni otros tres aposentadores pudiesen reposar, á los cuales les daban todas las cosas en tanta abundancia como en casa de un gran Príncipe, que parecía una gran Corte.

CAPÍTULO XIV

De lo que sucedió al Gran Capitán después de los negocios pasados.

Todos los más del reino tenían por cierto que quedaba el Gran Capitán tan gastado de las grandes dádivas y liberalidades que á todos había dado, y que teniendo empeñadas muchas villas de su estado, que no podría cumplir con los intereses, de cuya causa era imposible no quebrar y faltarle aquella gran corriente de su reputación y crédito tan grande; y sus enemigos, aquellos que la invidia de sus hazañas los tenía ciegos, se reían mucho dél, publicando serle forzoso venir en pobreza y quiebra grande, espantados de haber dado tan gran saco á su casa por cumplir con todos cuantos dél se despidieron, que sin duda parecía una real riqueza. Dícese que un poeta siciliano en esta sazón dió al Rey don Fernando un libro de versos en latín porque eran en su loor, y el Rey le mandó dar cincuenta ducados. El poeta se fué á Loja y hizo hasta trecientos versos en alabanza del Gran Capitán, al cual mandó dar dos mil ducados. Sabida por el Rey la liberalidad que el Gran Capitán con el poeta había usado, dicen que dijo: «Si algún día vivimos, veremos avadar la liberalidad del Gran Capitán». Y allí en Loja, adonde se retiró, tenía muy gran contentamiento, porque á nadie había faltado de los que á él se encomendaban con su hacienda, que parecía que Dios se la acrecentaba milagrosamente. Tenía él allí en aquel reposo mucha alegría, así por las cosas pasadas, de que tanta gloria había ganado, como por haber siempre socorrido á sus amigos y criados con su persona y hacienda. En este reposo estuvo en Loja dos años con aquella grandeza de ánimo y reputación, pensando siempre y hablando en cosas altas y grandes con los caballeros y señores de que allí era visitado, aquellos en quien la invidia no había hallado aposento ni lugar, los cuales se admiraban de ver en Loja una Corte de caballeros y criados de tan buen lustre y tan bien y ricamente tratados, que parecía no haber expendido nada de sus riquezas pasadas, con aquella grandeza de su ánimo, porque de aquello tomaba contentamiento.

Había inviado con grandes expensas y gastos á personas acomodadas para aquello en Africa, Asia y Europa; porque se deleitaba mucho en saber lo que en aquella sazón en las partes del mundo pasaba, de donde podía ser avisado. Y ciertamente en aquel tiempo, que serían dos años, pasaron cosas así en la cristiandad como en las tierras de los infieles que sería luenga historia relatarlas; de todas las cuales el Gran Capitán fué avisado y se recreaba de oirlas y tratar dellas. En estos dos años con una aparente alegría pasaba la vida, mostrando gran contentamiento de nunca haber hecho cosa contra su honor ni honra.

En este tiempo adoleció de una cuartana doble, muy mala de curar, porque concurrieron en ella la mala digestión de sus negocios, haber venido en España con la esperanza del maestrazgo de Santiago, y por verle suceder las cosas al contrario de sus pensamientos, y más seyendo ya de sesenta y dos años. Fué llevado á Granada en el año climatérico de su edad, en el cual la edad hace un curso muy dificultoso y muy pernicioso á la vida, en el cual se ayuntan siete veces nueve y nueve veces siete, en la cual edad mueren los más hombres de los mortales. Crecióle tanto la cuartana con el humor melancólico que se le había accidentalmente adquirido, que después de haber recebido todos los Sacramentos como muy gran cristiano, pidiendo á Dios perdón de su vida pasada, y conociendo á Dios, murió en los brazos de doña María Manrique y de doña Elvira Manrique, su hija, que fué un domingo á dos días de Diciembre del año de nuestra reparación de mil y quinientos y quince años. Vivió sesenta y dos años y tres meses y once días. Fué depositado en la iglesia de San Francisco de aquella cibdad de Granada, hasta que se hiciese una capilla en Sant Jerónimo de aquella cibdad; á la cual fué después trasladado en el año de mil y quinientos y cincuenta y dos años.

Murió el Gran Capitán cincuenta y dos días antes que el Rey don Fernando muriese; porque el Gran Capitán murió, como hemos dicho, á los dos días de Diciembre del año de quince, y el Rey luego adelante á veinte y tres días de Enero entrando el año de diez y seis; así que son cincuenta y dos días antes; en lo cual le hizo Dios gran merced, porque si el Rey muriera antes, no lo dejaran sin que quisiera ocupar lo que le era debido y otras novedades, que aunque eran ajenas de su condición, suelen los tiempos mover estos humores.

Decíame doña Francisca de Córdoba, Marquesa de Gibraleón, su nieta, que doña María Manrique su abuela deseó siempre saber de una llave que tenía de un cofre que jamás lo fió de persona alguna; y muerto el Gran Capitán, tomó la llave, y abierto el cofre, halló dentro un cilicio muy áspero y una disciplina llena de sangre, que jamás persona alguna, ni su mujer, habían sabido ni barruntado tal cosa. Dicen que estando una noche despierto, oyó una voz que le dijo: «De aquí á dos días morirá el Duque». Respondió el Gran Capitán: «El de Alba». La voz no replicó más. Fué, pues, depositado en Sant Francisco, y encima de su enterramiento muchas banderas, más de ciento, así de cristianos como de turcos, y muchos estandartes entre ellos. Fué acompañado su mortuorio de muchos grandes y señores que allí se hallaron, así del linaje y cepa de Córdoba como de otros linajes del reino. Fué toda la Audiencia Real de aquella cibdad y todos los caballeros y todos los oficiales, y la otra gente, dejando sus oficios le fueron á acompañar, como si fuera el mismo Rey, y porque así suele Dios honrar á los buenos.

CAPÍTULO XV

De las cartas que el Rey don Fernando y el Príncipe don Carlos escribieron á la Duquesa de Sesa, sabida la muerte del Gran Capitán.

El Rey don Fernando, estando en Plasencia, yendo á Trujillo en las bodas de su nieta doña Ana de Aragón con don Alonso Pérez de Guzmán, Duque de Medinasidonia, le vinieron nuevas cómo el Gran Capitán era muerto. El hizo muy gran sentimiento, en que dió á entender el grande amor que le tenía; y se vistió de luto él y toda la Corte; y escribió esta carta á la Duquesa de Sesa, que decía así: «Duquesa prima: Vi la letra en que me hiciste saber el fallecimiento del Gran Capitán, vuestro marido; y no solamente tenéis vos mucha razón de sentir mucho su muerte, porque perdiste tal marido, mas téngola yo por haber perdido tan grande y tan señalado servidor y á quien yo tenía tanto amor, y por cuyo medio con la ayuda de Dios nuestro Señor se acrecentó á nuestra Corona el nuestro reino de Nápoles; é por todas estas causas, que son grandes, principalmente por lo que toca á vos, me ha pesado mucho de su muerte; y con razón espero, pues, en Dios nuestro Señor que así le plugo, debéis de conformaros con su divina voluntad y darle gracias por ello. No fatiguéis el espíritu por aquello en que no hay otro remedio, porque dañará vuestra salud; y tened por cierto que lo que á vos y á la Duquesa vuestra hija y á vuestra casa tocare, yo terné siempre la memoria de los servicios señalados quel Gran Capitán nos hizo; y por ellos y por el amor que yo vos tengo, miraré y favoresceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo veréis por experiencia, placiendo á Dios nuestro Señor, según más largamente vos lo dirá de mi parte la persona que yo invío á visitaros. De Trujillo á tres días de Enero de mil y quinientos y dieciséis años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey, Pedro de Quintana».

Sabida la muerte del Gran Capitán por el Príncipe don Carlos, escribió á la Duquesa de Sesa esta carta siguiente: «Duquesa prima: Yo he sabido el fallecimiento del nombrado Gonzalo Hernández, Gran Capitán, Duque de Terranova, vuestro marido, al cual por lo mucho que merecía y por el valor de su persona y por los muchos y muy señalados servicios que á los Católicos Rey y Reina, mis señores, en honra y conservación y aumentación de sus reinos y de su Corona Real y de los naturales de él les hizo. Yo le deseaba ver y conocer para me ayudar é servir de su consejo y gozar con su persona; mas pues ha placido á Dios que yo no pudiese gozar de tan justo deseo y cumplillo, él le ponga en su gloria, y debemos haber por bueno lo quél face, é conformarnos con su divina voluntad. E así yo os ruego que lo hagáis vos é que vos consoléis, pues hay razón para ello, así por el renombre y gloria de sus obras y fama, como por la obligación que para siempre queda á todos los Príncipes de España para tener en memoria y honrar y conservar y aumentar su sucesión. Si para consolación de vuestra viudez y persona y casa deseáis que se haga algo en tanto que yo me aderezo para ir en esos reinos, que será presto, placiendo á Dios, hacedmelo saber. De Bruselas, á quince días de Hebrero de quinientos é deciséis años.—El Príncipe.—Por su mandado, Gonzalo de Segovia».

CAPÍTULO XVI

De algunas cosas que el autor toca, que pertenecen á la historia del Gran Capitán.

Algunos invidiosos, por deshacer la gloria del Gran Capitán, dijeron que en el término postrero de su vida había estado en Loja como desterrado y apretado de necesidad; mas ya á esto hemos respondido en los capítulos precedentes, en que hemos dicho que hasta el día en que Dios fué servido de lo llevar al cielo, guardó y conservó su reputación de casa y criados con grande esplendor de su persona. Mas si á algunos les pareciere no haber tanto respondido lo postrero de su vida al curso pasado, no se maravillarán si consideraren ser cosa fatal á los capitanes clarísimos, que apretados en los postreros días de su vida de la invidia y menoscabados de su honra, mueran desfavorecidos; que si los historiadores no nos mienten, principalmente Suidas, aquel Themistocles, capitán de los atenienses, que hizo cosas tan señaladas y venció á Jerjes cabe Salamina, que trajo contra Grecia noventa mil hombres, por invidia fué desterrado, y al fin bebiendo sangre de un toro se mató. Alcebiades, capitán de los mesmos atenienses, que cosas tan nobles hizo, fué por invidia de sus enemigos acusado y condenado, y al fin murió, como escribe Trogo Pompeyo, cercado en una casa y quemado. A Pirro, Rey de los epirotas, le mató una mujer tirándole una teja desde una ventana. A Philipo, Rey de Macedonia, padre de Alejandre el Magno, le mató Pausanias estando entre dos Alejandres hijo y yerno. Al mismo Alejandro le mató Yolas, su primo, con ponzoña, ordenada, según dicen los historiadores, por Aristotil, su maestro.

Entre los Romanos, al Gran Pompeyo le mandó cortar la cabeza Ptolemeo, Rey de Egipto. A César le mataron los conjurados, seyendo capitanes Bruto y Casio y le dieron veinte y tres puñaladas. A Craso le mató muy ignominiosamente Orodes, Rey de Partya. Aníbal, capitán de los cartagineses, se mató de ponzoña por no venir vivo en poder de los romanos. Pues aquel Scipión Africano, que después de haber hecho tantas cosas y tan notables, venció á Aníbal y hizo á Cartago tributaria, venció á Antioco, Rey de Asia, enojado de tan grande ingratitud, se salió de Roma á una casería suya y allí murió, y mandó en su testamento que sus huesos no los llevasen á Roma, cibdad tan ingrata.

Pues si quisiéramos contar los capitanes que por invidia de sus enemigos fueron desterrados y presos, no dejáramos á Rodrigo de Vivar, llamado el Cid, y al Conde Hernán Gonzalez, con otros muchos. Pedro Navarro, muerto con un garrote que le dieron en Castilnovo. Villalba murió en el acto venéreo, etc. Mas el Gran Capitán, contra la ley fatal de los más capitanes pasados, murió, como dijimos, en su cama, conociendo á Dios, cercado de su mujer y hija, de sus parientes y criados. Murió como vivió; y en todas las partes adonde fué conocido su nombre fué llorado y sentida su muerte, por haber faltado una lumbre que á todos alumbraba.

CAPÍTULO XVII

De algunos estratagemas y dichos que en la paz y én la guerra dijo el Gran Capitán [1].

En el desafío que pasó de los once españoles con los once franceses, habiéndosele quebrantado á Diego García de Paredes la espada, se ayudó de una gran piedra y otras algunas de que se valió en aquel desafío. Referido después al Gran Capitán esto, dijo: «Hizo muy valerosamente Diego García, porque se ayudó de sus naturales armas». Y esto era algunas veces con un humor melancólico, que le tomaba un género de locura, y los locos echan piedras.

Estando otra vez Diego García cabe la puente del Garellano, y queriendo pasar el Gran Capitán el puente adonde estaban asestados nueve tiros gruesos, díjole Diego García: «Señor, no paséis; apartaos de aquí». Respondióle el Gran Capitán: «Pues Dios no os puso temor en vuestro corazón, ¿por qué lo queréis vos poner en mí?»

Estando junto á la Chirinola, encomenzando la batalla se prendió la polvora y se quemó; y llegando un caballero español al Gran Capitán diciendo: «Oh, señor, y cómo somos perdidos porque se ha prendido la pólvora»; respondió el Gran Capitán: «No me podiades

(1) Fué hecho tanto llanto en Nápoles por hombres y mujeres y doncellas, que parecia que el reino habia sido ocupado por los infieles y les duraron muchos días sus llantos y tristezas.

traer nueva con que más me holgase, porque veis ponerse el sol y son lumbreras de nuestra victoria».

Estando un día en el burgo de Gaeta peleando con los franceses hasta que los metieron por las puertas, quedando muchos muertos y heridos de los franceses, un caballero catalán, llamado Juan Cervellós, vino más tarde de lo que la necesidad lo requería, seyendo ya los enemigos vencidos y habida la victoria. Venía tan á priesa armado y dando gran prisa á los remadores que se allegasen hacia donde el Gran Capitán estaba y la otra gente de guerra; estando todos á la orilla para saber quién era, llegó don Diego de Mendoza preguntando quién era. El Gran Capitán le respondió: «¿Cómo sois, señor don Diego, tan corto de vista? ¿No conocéis que es San Telmo?» Llaman los marineros cristianos San Telmo á una exhalación que parece estrella, cuando viene bonanza después de alguna tempestad. Todos los que estaban presentes entendieron el dicho; y cuando desembarcó todos le saludaron por San Telmo, el cual nombre se le quedó hasta hoy entre la gente de guerra.

Yendo ribera del Garellano, cabalgó para alcanzar á los franceses, y cayó el caballo con él, y algunos le dijeron que era mal agüero; á los cuales él respondió: «Pues la tierra nos abraza, nuestra quiere ser»; aunque César lo hubiese antes dicho, hízolo suyo el Gran Capitán.

Dijeron al Gran Capitán que estando el coronel Villalba y Cornejo haciendo derribar á Montilla, trabajando muchos soldados y azadoneros derribando un lienzo muy alto y muy largo, cayó y tomó en bajo y mató gran número de aquellos que la derribaban y ninguno escapó; y respondió el Gran Capitán: «Mejor se defendiera Montilla y más valerosamente estando viva y sana, pues muerta y condenada ha muerto á tantos».

Estando un día sentado á la mesa en Castilnovo, estaban treinta capitanes y caballeros á la mesa, vinieron dos caballeros muy valerosos y no cabían. Levantóse el Gran Capitán y dijo: «Señores, hagamos lugar á estos dos caballeros, porque si no fuera por ellos no tuviéramos hoy que comer á esta mesa».

Servía el Condestable don Bernardino de Velasco á una dama, y solía decir el Condestable que no le faltaba nada á la dama sino tener más carnes, porque era moza y flaca; y por favorecer al Condestable le dió una presea verde, y el Condestable se vistió de verde y á sus mozos de espuelas y pajes; y topándole el Gran Capitán le dijo: «Señor Condestable, si la dama no hace con este verde, véndala».

Dijéronle un día que un señor de la Andalucía mandaba servir á una cierta persona con plato cubierto. Respondió el Gran Capitán: «El Duque, por cubrir á fulano, se descubre á sí».

Cuando el Gran Capitán echó á los franceses del reino, proveyéndoles de las cosas necesarias, díjole mos de Auberi: «Señor Gran Capitán, mandad darnos caballos para ir y volver». Dando á entender que volverían á renovar la guerra. El Gran Capitán le dijo: «Señor mos de Auberi, id con Dios y volved, que la mesma liberalidad que agora uso con vosotros usaré entonces de os tornar, dado que tornéis á volver».

Dijéronle un día que Pedro de Médicis, hijo del magnífico Lorenzo, había quebrantado la palabra que dió de se rendir dentro de tantos días si no fuese socorrido, y no la cumplió. Respondió el Gran Capitán: «No es mucho que como capitán la quebrante, pues no la quebrantó jamás como mercader».

Estando aposentado en cierta parte deste reino en casa de un caballero cuya mujer no tenía muy buena fama, estando el Conde de Cabra hablando con él, había un mal olor. Preguntóle el Conde: «¿Qué es esto que huele mal?» Fuele dicho que calentaban el horno con cuernos. Dijo el Gran Capitán: «Queman la dehesa porque nazca hierba».

Estando en Barleta sufriendo muchas necesidades, los soldados españoles persuadieron á los otros italianos y alemanes que otro día tocasen alarma y se fuesen y amotinasen para se ir á buscar de comer á toda ropa. Sabido por el Gran Capitán, los mandó llamar á todos, y les hizo un parlamento en que les dijo: «Sabido he, señores y compañeros, que estáis determinados de os ir y desamparar á vuestro capitán. Id con la gracia de Dios, que con los mis castellanos, con mis leones, haré la guerra á toda Francia; que estos estoy muy seguro que no se irán, aunque jamás los paguen, ni coman, ni beban, según su fidelidad y lealtad que en ser españoles

tienen». Ellos respondieron que besaban las manos á su señoría por haber conocido dellos su lealtad; que daban su fe dende adelante ser cuerpos encantados, y no comer ni beber». Los italianos y alemanes y de otras naciones, veyendo á los mesmos que causaban la rebelión, se sosegaron y no hablaron más en aquel motín.

Estando el Gran Capitán en el cerco de Taranto, mandó ahorcar á un soldado muy sedicioso, que había cometido muchos delitos; el cual llevándolo á hacer justicia dél, decía grandes querellas y emplazaba al Gran Capitán para delante de Dios. Sabido por el Gran Capitán dijo: «Dicilde á ese soldado que vaya á la otra vida, que allá hallará á don Alfonso de Aguilar, mi hermano, que responderá por mí», que era entonces recién muerto y le había venido la nueva de su muerte.

Estando para pasar el puente del Garellano, á do estaban de la otra parte, como atrás dijimos, nueve tiros gruesos de artillería, queriendo pasar el mesmo Gran Capitán con los soldados por el puente, le fué dicho por un gran señor: «No se puede pasar, porque morirán todos». El Gran Capitán respondió: «Cumple pasar el puente y no cumple vivir hasta que se cobre» un tiro de campo que habían llevado; lo cual así fué hecho.

Díjole un día el contador: «En esta vuestra casa hay muchos de quien V. S. no tiene necesidad». Respondió el Gran Capitán: «¿No veis, amigo, que si yo no tengo necesidad dellos, ellos la tienen de mí?»

CAPÍTULO XVIII

En el cual el autor pone ciertas comparaciones, comparándole con algunos capitanes griegos y romanos y españoles.

Si queremos comparar al Gran Capitán con algún capitán romano, luego y de los primeros se ofrece Julio César, perpetuo dictador, varón sin duda de mucho esfuerzo y muy sabio en las cosas de la guerra. En muchas cosas fueron estos dos capitanes Gonzalo Hernández, Gran Capitán, y Julio César, dictador perpetuo de Roma, semejantes; porque ambos hicieron guerra á los franceses, y ambos triunfaron dellos, entrambos con ejércitos extranjeros. Julio César con gente de guerra del Senado y pueblo romano; el Gran Capitán con ejército de los Reyes de España. Entrambos con poca gente vencieron á muchos contrarios; entrambos por sus famosos hechos alcanzaron renombres señalados. César fué llamado dictador perpetuo, que fué la mayor dignidad que había entre los romanos; y por ser tan suprema no duraba más de medio año, la cual usurparon después los Emperadores, que no se diferenció más que en el vocablo del nombre de Emperador, la cual tuvo toda la vida. Gonzalo Hernández fué llamado Grande, la cual dignidad los griegos dieron á su Rey Alejandre, que lo llamaron Magno, que quiere decir Grande. Los romanos á Pompeyo lo llamaron el Gran Pompeyo. Entre los franceses á Carolo, hijo de Pipino, que lo llamaron Carolo Magno, y á Gonzalo Hernández, Gonzalo el Grande. Entrambos estos dos capitanes Julio César y Gonzalo Hernández fueron de claro linaje y muy ilustre. Julio César fué hijo de Lucio César, noble romano, que fué en aquella cibdad pretor, que fué una dignidad muy preeminente, lo cual afirma Plinio en el séptimo libro de la Natural Historia, en el capítulo cincuenta y cuatro. El Gran Capitán fué hijo de don Pedro Fernández de Córdoba y de doña Elvira de Herrera, cuya fué la Casa de Pedraza y Villalba, con otras muchas villas y lugares deste reino. Fué nieto de don Gonzalo Hernández de Córdoba, de muy antigua y noble sangre, que descendía de aquellos caballeros los primeros que ganaron á Córdoba de poder de los moros y los echaron de aquella cibdad, de donde tomaron el apellido y linaje de Córdoba, que es uno de los principales de Castilla y con tan buen título ganado.

Estos dos capitanes tuvieron mucho ánimo en el acometer aun las cosas que parecían imposibles á los hombres. Ambos tuvieron gran presteza en el obrar y mucha constancia en el perseverar. Ambos sabían gozar la victoria. Ambos fueron muy piadosos aun con los enemigos: perdonaban muy fácilmente aun á los que les habían injuriado, porque les parecía gran bajeza de ánimo acordarse de las injurias. Ambos fueron muy sufridores de trabajos; ambos fueron muy quistos de la gente de guerra; ambos gozaron de la virtud de la liberalidad, que es la principal virtud del buen capitán, que jamás sintían mayor placer que cuando daban; en tanta manera quel Gran Capitán decía muchas veces que era en cargo á aquellos á quien daba, por ser causa

que él fuese liberal. Ambos comenzaron en un mesmo tiempo de su edad y acabaron en un mesmo tiempo de una edad. Mas fueron en los afectos del mundo muy diferentes, tanto que en ninguna cosa fueron conformes; porque César fué notado del vicio contra natura, según lo atestigua Suetonio Tranquilo y los historiadores que de su vida hablan, y el Gran Capitán fué muy casto y guardó la fidelidad que al matrimonio se debe guardar, ofreciéndosele muchas veces muchas y grandes ocasiones; que afirman algunos que en haber guardado tan bien aquel Sacramento le ayudó Dios, como se verá muy claramente en el discurso de la historia. César ni dejaba casadas, viudas ni doncellas, en tanto grado que cuando entraba triunfando de Roma, su misma patria, los soldados suyos entraban cantando delante dél que traían un capitán de quien debían guardar sus mujeres. El Gran Capitán tenía muy gran recabdo en entrando en cada pueblo que las mujeres se guardasen juntamente con las iglesias; y para esto tenía personas castas señaladas; y no digo en los lugares que esto se hizo, porque sería más historia que comparación. César, seyendo inviado por el Senado y pueblo romano á conquistar la Francia, con la misma gente de guerra que le dió su misma patria, volvió contra ella y la sujetó, robó y tiranizó, destruyéndola y quebrantando sus libertades, y se hizo tirano y señor della. Gonzalo Hernández ganó aquel reino dos veces, la una del Rey Carlos y de Federico, y la otra del Rey Luis; y ofreciéndole la primera vez el Rey Federico todo el reino y entregándoselo y todas las fuerzas dél y que le diese alguna parte en que viviese, jamás lo quiso, no sólo aceptarlo, mas aún estuvo muy quejoso del mesmo Rey Federico; y después de haber ganado el reino todo, el Rey Luis, queriéndole todo el reino y el Papa Julio alzándole la fidelidad que á su maestre debía, que como á Rey de Aragón ninguna le debía, nunca lo quiso aceptar y lo dejó todo y se vino en España, con el mesmo Rey don Fernando, que á la sazón era Rey de Aragón, con aquella obediencia que siempre le había tenido. César fué muy liberal de lo que robó, quebrantando el tesoro que los romanos habían ayuntado en tiempo de los Reyes y Cónsules, que era muy excesivo todo el tiempo que habían señoreado, que fueron más de mil años; y esto repartió por los soldados.

El Gran Capitán sostuvo á los soldados y gente de guerra lo más del tiempo dándoles su hacienda y empeñando sus estados. César daba mucho de lo que por fuerza robaba, y el Gran Capitán de su propia hacienda, que es el efecto de la liberalidad; porque le parecía que entonces gozaba de las riquezas, cuando las daba. Nunca dió á truhanes ni á chocarreros, cosa muy aneja á los señores y Grandes, sino á personas religiosas y que tenían necesidad, y quedaba en obligación de les dar. A César le mataron los mesmos romanos en el Senado y le dieron veinte y tres cuchilladas y puñaladas, y la más peligrosa, de que murió, fué la que le dió Marco Bruto, á quien él tenía por hijo nacido de adulterio, según decía Filipo el zurujano que le quiso curar; y el Gran Capitán fué querido de todos los amigos y enemigos y de su gente de guerra, que antes escogían la muerte que hacer cosa de que él recibiese enojo. Fué muy quisto de aquellos á quien conquistó y venció. Testigo es el Rey Luis de Francia, á quien él ganó la parte que en aquel reino tenía, y le mató y prendió y echó del reino y de toda Italia á sus capitanes y muchos millares de franceses; que después, en las vistas en que se vieron el Rey Fernando y el Rey de Francia en Saona, le dijo el Rey Luis al Gran Capitán delante del Rey Fernando, que ya sus deseos eran cumplidos, pues había visto al Gran Capitán, que era la cosa del mundo más deseada por él. Murió el Gran Capitán en su cama, cercado de sus criados y deudos, en las manos de su mujer y hija, conociendo á Dios con tanto conocimiento de él como lo tuvo en su vida; cosa muy rara y concedida solo á tres capitanes.

FIN

LA VIDA Y CHRÓNICA

DE

GONZALO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

LLAMADO POR SOBRENOMBRE

EL GRAN CAPITAN

POR

PABLO IOVIO, Obispo de Nocera.

AGORA TRADUCIDA EN NUESTRO VULGAR

1554

Con privilegio de Su Alteza por diez años (¹).

(Al dorso de la portada hay un escudo grabado en madera con las armas imperiales, y debajo se leen las siguientes licencias de imprimir):

Concede Su Alteza privilegio á Miguel de Çapila, mercader de libros, que ninguna persona, de qualquier estado ó condicion que sea, por tiempo de diez años, pueda imprimir el libro llamado la Vida y Chronica del Gran Capitan, ni traerlo á vender de otros reinos sin licencia suya; y si lo contrario hiciere, pierda los libros que hubiere imprimido y incurra en otras penas contenidas en el original privilegio. Dado en Valladolid á VI de Hebrero de 1554.

(Aquí un espacio como de dos líneas y sigue):

Fue visto y examinado el presente libro por los Muy Reverendos y Muy Magníficos Señores Licenciados Moya de Contreras y Arias Gallego, inquisidores del Reyno de Aragon.

(Espacio de otras dos líneas.)

Quédase imprimiendo la Vida del Marqués de Pescara.

(¹) Un volumen en folio, de dos hojas preliminares y setenta y nueve de texto. En el centro de la portada hay un grabado en madera que representa el busto del Gran Capitán, encerrado en un óvalo, con la leyenda *El Gran Capitán*. Al pie de él está el título de la obra, impreso á dos tintas, arriba inserto; cercado todo de una orla con grabados en madera que representan asuntos religiosos.

Al Muy Reverendo y Muy Magnífico Señor el Licenciado Moya de Contreras, Inquisidor en el reino de Aragón.

Muy Reverendo y Muy Magnífico Señor:

Haber de loar tales y tan raros y excelentes varones como son los que se igualaron con Gonzalo Hernández de Córdoba, Gran Capitán, fué siempre obra y trabajo de un grandíssimo cuidado y fatiga, porque no puede emparejar la invención y la dotrina ó el estilo con la grandeza de sus loores y merescimientos, ni por mucho que se alborocen los muy aventajados ingenios bastan á llegar á poner sus virtudes en aquel grado que ellas merescen. No embargante que puede tanto la memoria de los hechos de semejantes príncipes, assentada y puesta en obra condecente (sic) al valor que tuvieron, que como el mundo, cuando tiene tales hombres, aunque algunas veces los reconosce, pero las más no les tiene aquel respeto y reverencia que á sus maravillosas obras se debe, y muchas los persigue y maltrata. Por la scriptura y obras de un excelente y alto entendimiento, se consigue que sea su memoria tan esclarecida é ilustre que sobrepuja al favor que el mundo les dió en el mayor sucesso de sus hazañas y recompense con grande cúmulo á la invidia que les tuvieron. Gloriossísimo y valerosíssimo príncipe fué el Gran Capitán, tal que su fama inmortal y eterna da por muy diversas vías ocasión que sea celebrado su nombre con perpetuos escritos. Y la dotrina y suma elocuencia del Jovio es tan eminente que mereció encargarse de ilustrar su nombre, lo cual él hizo con tanto sucesso que, aunque por otras obras sea muy estimado como uno de los muy señalados historiadores de nuestros tiempos; pero por estos libros que ha compuesto de la vida del Gran Capitán, no solamente ha ganado renombre de elocuentíssimo y prudentíssimo escritor, pero, lo que no es de tener en menos en autor extranjero, de muy diligente y fiel. El nombre del Gran Capitán me aficionó á leer esta obra más de una vez, y el deseo que conocí en v. m. que se leyese en nuestra lengua, á traducirla, cosa muy ajena de mi condición y de mi pereza. Poca necessidad hay en este lugar de acordar cuán rendida tengo mi voluntad al servicio de v. m.; pero todavía quise que se entendiese que, de cualquiera fatiga mía, muchos días ha que le tenía en mi pensamiento dedicadas las primicias. Bien sé que otras pudiera haber en que tuviera más parte mi trabajo, siendo de mi propio caudal, si le hubiese; pero como me aseguré que éstas habían de ser más aceptas, todo lo pospuse por obedecer en esto, confiado que lo rudo y grosero no se echará tanto de ver, porque llevarán á v. m. elevado las maravillas y hazañas de este hombre, y quedaré yo con alguna excusación relevado de ocuparme de aquí adelante en obra de esta calidad, porque no se hallará otro Gran Capitán con cuyos hechos pueda yo á v. m. entretenerle sin aventurar de ser descubierto el daño en lo que de mi casa pusiesse. Guarde Nuestro Señor y prospere la muy reverenda y muy magnífica persona de v. m. con acrescentamiento de estado. De Zaragoza á seis de Febrero de 1554.

Señor: besa las manos de v. m. su muy cierto servidor,

Pedro Blas Torrellas.

LIBRO PRIMERO

DE LA

VIDA DE GONZALO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

LLAMADO POR SOBRENOMBRE

EL GRAN CAPITÁN

POR PABLO JOVIO, OBISPO DE NOCERA.

Yo quisiera que la fortuna hubiera concedido á la afligida y casi arruinada Italia lo que verdaderamente fuera mediano consuelo, en especial en estos tristes y llorosos tiempos, que acaesciera á nascer en ella este hombre, el cual fué tan excelente y capitán nunca vencido entre los otros de nuestra edad; porque después que por nuestras locas discordias habemos perdido toda la reputación y gloria de la antigua guerra, sin duda que el cruel dolor de esta perdida libertad, recibiendo este bien, fuera menor. La vida de un hombre extranjero entre las otras vidas he determinado escribir porque cansado de la continua y larga fatiga, tuviese alguna recreación y descanso, y también porque el ejemplo de una clara y perfecta virtud, que en la historia no ha seído lícito engerirla, la sepan todos para podella imitar. Aunque no creo que Italia esté tan desierta de valerosos hombres en paz y en guerra dignos de todo loor, por lo cual se pueda pensar que en ella se haya del todo perdido la casta de los capitanes antiguos, los cuales con la verdadera virtud y esfuerzo han seído vencedores de todas las otras edades y naciones. Porque si queremos considerar las grandes pérdidas y calamidades de la guerra, que no sólo en Italia, mas aún en todo el universo mundo han sucedido, y de ellas se ha seguido una dolorosa mudanza en todas las cosas, confesaremos que en estos trabajosos tiempos ha habido muchos hombres que con sus esfuerzos y claras hazañas se han querido igualar con los triunfos de los antiguos. Que si el Imperio romano estuviera en pie y firme y la disciplina militar unida y no corrompida, hasta el día de hoy, y los bárbaros crueles enemigos no nos hubieran sembrado discordia y bandos que con ellos nos han quitado el entendimiento, es cierto que ninguna edad se igualaría á esta nuestra en ser abundante de valientes soldados y valerosos capitanes. Porque la invencible fortaleza de la floresciente república con las fuerzas de los emperadores y aquel siempre felice y saludable consentimiento de Italia, de la cual fueron sojuzgadas todas las cosas, hombres medianos que acaso habían seído hechos capitanes, nos procuraron grandes victorias y alcanzaron grandes triunfos. Mas la fortuna en este enojoso tiempo ha mostrado otra semejanza de cosas á los capitanes de nuestra edad, los cuales muchas veces han tenido mayor trabajo en tener á los soldados sojuzgados y en obediencia que en vencer á los enemigos en las peligrosas empresas y dudosas batallas; porque vemos del todo perdida y muerta la disciplina militar, ó por la flaqueza de las fuerzas de Italia, la cual está opressa de la multitud de los señores, ó por la larga enfermedad de la negligencia. Y ansí, permitiéndolo nuestro hado, es necesario que la busquemos, con poca honra nuestra, en las naciones extranje-

ras, las cuales la recibieron de nuestros antepasados con mucha gloria. Porque si consideramos con qué obediencia de soldados, con cuánta religión de capitanes y maestros de campo, con qué severidad de capitán general la guerra estaba fundada, juzgaremos ciertamente ser muy pocos los que son merescedores del nombre de buenos soldados. Y también por un antiguo vicio tienen á deshonra y menos valor algunos caballeros ó hijosdalgo, los cuales tienen esfuerzo y destreza para la guerra, ser soldados á pie, lo que en nuestros antepasados fué muy honroso, y de aquí viene que la infantería se hace de hombres serviles y bajos, los cuales pelean más con un ímpetu temerario que con cierta razón de guerra, y á veces ó por vileza de ánimo y vergonzosa alevosía están á punto de hacer traición al capitán, en la mano del cual está puesto el consejo, peso y gobierno de la guerra. No es de maravillar que los soldados desemejantes en lengua y costumbres no tengan todos un fin en el guerrear ni pueden tener una voluntad en ser gobernados de capitanes, si primero no prueban la fuerza del imperio con crueles ejemplos de justicia, manchando muchas veces la majestad del nombre, el cual fué siempre más poderoso por reverencia que por severidad. Pues ¿cuál será aquel capitán general, si no fuere como por milagro, que con razón gobierne la guerra, viendo que muchas veces los soldados, recebida la paga, se le pasan al campo del enemigo, en las obras ordinarias no quieren trabajar, estando en la orden roban, no pueden sufrir que un punto en el campo falten vino ó vituallas, y finalmente, no se avergüenzan al tiempo de dar alarma, teniendo el enemigo delante, de demandar la paga? Pues ¿qué general habrá que quiera perdonar á los soldados que por una ligera ocasión muchas veces se amotinan? ¿ó que sean obstinados, sediciosos y fugitivos? ¿Quién jamás podrá corregir con ingenio y prudencia estos errores, que verdaderamente son mensajeros de la calamidad y de la pérdida? Pues en el medio de estas dificultades, de esta depravada disciplina, los capitanes de nuestro tiempo con grandísima fatiga han combatido. E ninguno tiene duda que estas cosas no les hayan seído muy grande estorbo á su esforzado valor, el cual indubitadamente caminaba á la cima de la gloria de la guerra. Florescieron igualmente muchos ilustres capitanes cuyas hazañas habemos extendidamente escripto en nuestra historia, ansí italianos como extranjeros, los cuales por diversos caminos alcanzaron grandísimos títulos y renombres. El primero es el Triultio, el Conde Pitiliano, Francisco Gonzaga, Pablo Vitelio, Bartolomé de Albiano, don Gastón de Fox, el Conde Pedro Navarro, el Próspero Colonna y don Hernando de Avalos, que en el medio de su edad la muerte nos le llevó. Porque ¿quién con mayor consejo y artificio ha tratado la guerra que el Triultio, que desde su niñez hasta la edad decrépita se ha ejercitado en todos los oficios de la milicia gloriosamente? El cual siendo lleno de todo loor y honra, en esto fué clarísimo, que muchas veces sin muerte ni herida de los suyos rompió y desbarató grandes ejércitos de enemigos. ¿Quién podrá igualarse en la constancia, en el juicio y vigilancia con el Conde Pitiliano, capitán gravísimo y muy reposado? ¿Quién se igualará con el Gonzaga, Marqués de Mantua, en autoridad y en esplendor, en el amor de los soldados, en los aderezos de los caballos y armas, en la animosidad, en un ardor y esfuerzo de corazón valeroso? ¿De qué loor no será merescedor el Vitelio, el cual, movido de un encendido deseo del amor militar, en especial de la disciplina doméstica, de la cual fué siempre muy curioso, trató y manejó las armas que si la muerte no le hubiera arrebatado en medio de la vida, el sólo se creía que bastaba para recobrar y defender la perdida libertad de Italia? No dejarán de loar grandemente los que vendrán después de nosotros la siempre pronta y presta industria de Bartolomé de Albiano, hombre ejercitado, agudo y terrible. ¿A qué edad no pondrá espanto y maravilla el mozo y tan mozo don Gastón de Fox, el cual primero fué capitán general que soldado, primero clarísimo vencedor que recebido por general, que con una increíble presteza en pocos días ganó muchas más victorias y más nobles que ningún otro capitán viejo en el término de su larga vida? El Conde Pedro Navarro fundado en todos sus hechos en un verdadero valor y esfuerzo, no siendo de ilustre linaje, fué famosísimo, así en la adversa como en la próspera fortuna. Y ciertamente hubiera ganado el renombre de excelente capitán si la insolente fortuna no le hubiera derribado en esta miserable y última

prisión. Próspero Colona fué de una ilustre y firme prudencia, un ánimo templado, una grande é increíble autoridad en la disciplina militar, más manso que severo, con un continuo concierto de vida delicada, y aunque por otro no meresciese loor, por esto sólo le conviene como á capitán de sangre romana, que con un instinto severo y piadoso, especialmente con los soldados extranjeros, como amador de su patria, ha tenido siempre apartados los inconvenientes y daños que de la guerra le pudieran suceder. Pues don Hernando de Avalos, Marqués de Pescara, sucesor en la misma guerra y en el imperio, ¿qué pregón de gloria le será bastante para dalle loor á su merescimiento, el cual en todas las guerras que trató se hizo admirable con tan nobles é incomparables victorias ganadas con sólo su divino consejo y con su fortísimo y valeroso brazo, que lo han ensalzado encima de la cumbre de la verdadera gloria militar? Mas de todos estos excelentes capitanes de que poco ha habemos hecho memoria, en ninguno de ellos se hallará que hayan cabido juntamente todas las virtudes militares. Porque á los unos en las grandes empresas les ha faltado el verdadero esfuerzo, ó á los otros el maduro consejo, ó á los otros la clara fama de la entera fidelidad y á muchos la misma fortuna, la cual en los sucesos de la guerra se ha usurpado el gobierno y se ha hecho señora, de suerte que ni nosotros ni los que vendrán osarán esperar de ver con los ojos un perfecto capitán general. Porque si nosotros queremos ajuntar todas las virtudes de todos en uno, quitados aparte los vicios, y formar en el ánimo y proponer de vello, para igualalle y aventajalle á todos los otros, es cierto que el Gran Capitán Gonzalo Hernández, así por merescido y felice renombre como por la virtud del ánimo y por la alta y gentil dispusición, hace muy grande ventaja á todos los capitanes de nuestro tiempo.

Nació en Córdoba, ciudad antiquísima del Andalucía, madre clarísima de singulares ingenios; y si queremos buscar testimonio del tiempo del Imperio Romano, hallaremos que salieron los nobilísimos poetas Lucano y dos Sénecas, ó si queremos las cosas más recientes, del tiempo de los moros, después de echados los godos y vándalos, cuando cuasi toda la España fué sojuzgada de las armas africanas, á Córdoba fué traída la escuela de las letras arábigas y florescieron en ella con singular abundancia de maestros. Hallamos que los antecesores del Gran Capitán fueron nobilísimos y valerosos guerreros, por lo cual se llamaron de Aguilar. Porque, como se puede pensar, con privilegio de una ilustre virtud solían llevar el águila, insignia noble de la legión romana, tal que es de creer que de la honra de aquel honrado cargo, la familia tomó aquel apellido, no faltando jamás en aquel generoso linaje hombres esforzados y valerosos, bastantes para ganar gloriosas empresas, y ansí la tierra que ellos habitaron se llamó de Aguilar. Los godos usaban que de una gloriosa hazaña tomase el nombre todo el linaje, lo que se debe de tener á vergüenza que en España la claridad del linaje no proceda de otra parte que de la sangre de los godos. No afirmaré por cosa cierta esto del águila de la legión romana, aunque es grande rastro de la verdad, porque los de Aguilar, antes que se llamasen de Córdoba, trajeron el águila por sus antiguas armas, y ansí es lícito á los escriptores, con licencia de los lectores, traer los principios de los hombres generosos, de los ilustres, y de aquí viene que con razón nos maravillamos que algunos poetas y escriptores de historias, que podiéndole derechamente, sin mudar una sola letra, llamarle Gonzalo con su certísimo nombre de Aguilar, le hayan llamado gofamente una vez Agidario, otra Agelario, como yo creo de la corrupta voz de la tierra de Aguilar, donde según la costumbre de aquella nación, como se puede ver en España y en Francia, que muchos linajes han tomado el nombre de la señoría y posesión de la tierra. Pero Gonzalo Hernández, según tengo entendido del Duque don Luis, su yerno, decía que él era nacido de la familia de los de Córdoba, aunque en sus cartas familiares dejase atrás el nombre de la ciudad y de la familia, por ser conocidos de todos sus parientes del nombre de la tierra.

Pues como el Rey don Hernando, después de muchos trabajos y largo sitio, hubiese ganado la ciudad de Córdoba y en él los de Aguilar haberle bien servido, por honra de la ciudad ganada tomaron el sobrenombre de Córdoba, como más noble; y aunque el linaje de los de Córdoba deciende de muy alta cepa y está extendida en muchos ramos, por distinguir los parentados, muchas veces recibe

muchos renombres ó de las tierras que señorean ó tomando el apellido de las madres. Don Pedro de Córdoba, padre de Gonzalo Hernández, fué en su mocedad muy ejercitado en la guerra de los moros antes que el reino de Granada fuese ganado, y siendo así por gravedad de consejo como por fortaleza, militar muy reputado entre los principales grandes, murió en el medio de su edad en Toledo de mal de costado, dejando de su mujer doña Elvira de Herrera, señora de nobilísima sangre y de grande hermosura, á don Alonso de Aguilar y á Gonzalo Hernández sus hijos, mozos de poca edad, los cuales después se mostraron de gran fortuna y gloria en muchas guerras.

Florescían entonces en Córdoba dos parcialidades, y ambas á dos de la casa de Córdoba: la una se llamaba del Conde de Cabra, la otra de Aguilar; de ésta había seído esforzado capitán don Pedro. Después que fué muerto, los del bando de Aguilar, en sus escaramuzas y contiendas, no querían por capitán sino á los dos hermanos huérfanos del padre, aunque muy mozos; y muchas veces en sus batallas los llevaban delante, teniendo por cierto que con tales capitanes no podían ser vencidos de sus enemigos. E siendo ya ellos hombres hechos, siguióse luego la conquista de Granada, los cuales, como nacidos y criados en medio las armas civiles, florescieron en ella, con próspera y gloriosa fama, y desde Antequera, tierra vecina á Granada, hicieron á los moros grandes y crecidos daños. El don Alonso era mayor de tres años que Gonzalo Hernández, y por ley y costumbre de España heredó el mayorazgo, de manera que á Gonzalo no le quedó más que una poca hacienda y sola la esperanza que le prometían la fortuna y su valor. Porque en este modo sus antiguos padres tienen por cierto que la noble juventud, después que en cada linaje al primer hijo le toca toda la hacienda por mayorazgo, los otros hijos, apretados de la miseria y pobreza, deben aspirar á nuevas esperanzas y á los ejercicios de la guerra, donde se alcanzan grandes premios, como es averiguado que los mozos generosos se suelen despertar de un ocio infame y dejando el regalo ganar en la guerra grande honor.

Gonzalo Hernández, mozo sin barbas, ayudado de la liberalidad de don Alonso de Aguilar su hermano, le trajeron al servicio del mozuelo Rey don Alonso, acompañado de Diego de Carcamo, sabio y honrado caballero. Este, haciendo el oficio de ayo y maestro, adestraba á este mozo enseñándole costumbres muy excelentes. El cual con ánimo encendido y con la dispusición de un fortísimo cuerpo, aspiraba á hacerse valeroso y esforzado. Fué encomendado al Rey don Alonso de algunos amigos de su padre, hombres de suma dignidad y grandeza, los cuales fueron don Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, y don Juan Pacheco, Maestre de Santiago. A pocos días que asentó en su servicio murió de enfermedad el Rey don Alonso, y pocos meses después, habiendo quedado huérfano del Rey su señor y siendo ambos de una edad, la Reina doña Isabel, estando en Segovia, le envió á mandar que con las mismas condiciones le viniese á servir. Era esta Princesa hija de don Juan, Rey de Castilla, hermana y heredera del Rey don Enrique y del mozuelo Rey don Alonso, casada con el Rey don Hernando de Aragón, la cual por razón de la dote ajuntó los reinos de la una y otra Castilla con los reinos de Aragón y Valencia; Princesa así por la grandeza de ánimo generoso y prudente como por el loor de la pudicia y religión merecedora de ser igualada con las antiguas. Estando Gonzalo Hernández en la Corte de estos Reyes, cuando se hacían torneos, justas ó juegos de cañas, siempre en estos ejercicios se llevó el precio á todos los generosos de su edad, y era llamado de la multitud del pueblo Príncipe de los caballeros, porque les hacía grande ventaja así en la grandeza de la fuerza como en la alta y gentil dispusición y hermosura de rostro y en la muy buena conversación, la cual, ajuntada con las otras virtudes, señorea grandemente los ánimos de los hombres. Tenía en compañía de éstas aquella que suele ganar las voluntades del pueblo, que es la espléndida liberalidad, el cual con la grandeza de ánimo no ponía término en el gasto y procuraba en caballos, armas y aderezos de gala y en grande y honrado plato adelantarse de todos los hijos de los grandes señoríos. Eran quizá estos gastos un poco mayores que sus rentas, mas eran tan grandes que pasaban el término de toda esperanza, la cual parescía que le prometía grandes señoríos. E ansí un día que no era muy solemne se vistió una ropa de carmesí aforrada en martas

cebellinas, que le había hecho de costa dos mil ducados. Su ayo Carcamo, de que la vido, no supo qué decille. Don Alonso de Aguilar severamente le persuadió, y en parte como hermano le rogó, que se dejase de tan excesivos gastos. Porque á la fin del año, si no se ponía en ellos remedio conveniente, con vergüenza de ambos y con placer de sus enemigos les sería forzado de fallir. A esta carta Gonzalo Hernández respondió casi en estas palabras:

«Verdaderamente, señor y hermano, que vos no seréis parte para quitarme aquella grandeza de ánimo que Dios me ha dado con el meterme delante este vano temor de la pobreza que ha de venir, porque no tengo ninguna duda que dejaréis de favorescer con vuestra hacienda al vuestro querido hermano, ni aun Dios, el cual con cierta providencia siempre suele favorescer á aquellos que caminan á la honra, ni menos me faltará la fe dada del secreto de las estrellas».

Ya se iba pronosticando grandes riquezas con las cuales pudiese satisfacer á los deseos de su liberalidad y magnificencia. Con esta arte y medios procuraba de hacerse bien quisto de todos los cortesanos. Y como era muy ardiente y deseoso de la guerra, acaesció que luego sucedió la guerra contra portugueses, y la Reina doña Isabel le envió á don Alonso de Cárdenas, el cual á la hora estaba en Trujillo, capitán general del ejército, y obtuvo licencia de ir por lugarteniente de la capitanía de su hermano don Alonso, la cual era de ciento y veinte hombres de armas. Este fué el principio de su militía, el cual fué con tan próspero suceso, que habiendo dado una batalla junto á Albohera y el capitán general ajuntados los caballeros y soldados por dalles gracias y loalles cómo en la batalla se habían habido tan esforzadamente, al que entre los otros dió más honra y con más aventajadas palabras fué á Gonzalo Hernández, así como aquel que en lo recio de la batalla le había visto bravosamente pelear y le había conoscido por las armas y devisa.

Pasados pocos días después el Rey don Hernando y la Reina doña Isabel movieron una gran guerra contra los moros, y deseando poner temor y espanto á la ciudad de Granada, habiendo ya ganado á Alhama, pusieron cerco á Taiara. Este es un lugar de grande comodidad y muy fuerte, talmente que deseándola ganar, dieron el cargo de dar el asalto á Gonzalo Hernández. No dudó nada el animoso mozo el allegarse á las murallas, y como el lugar era áspero y pedregoso, ni tenía terreno para poder hacerse reparos, mandó hacer algunos ingenios en los cuales había puertas y ventanas y hízolos cubrir de mucha rama que de aquellos huertos había grande abundancia, porque los soldados estuviesen muy guardados y firmes en el combate y batería contra las saetas y armas de los enemigos. Y él animosamente se metía delante todos en los peligros del combate, sin jamás fatigarse, renovando siempre en todas partes el asalto, de manera que los moros, grandemente espantados de la novedad de los ingenios y de la animosidad y esfuerzo de Gonzalo Hernández, demandaron parlamento, y siendo él el medianero se rindieron con ciertos partidos. Habiéndose por esta manera Taiara ganado, Gonzalo Hernández ganó fama de valeroso soldado y hombre de grande industria y elocuencia en procurar que el capitán de los moros aceptase las condiciones que él le dió. El campo se levantó de Taiara para Illora. Illora es una ciudad fuerte vecina de Granada casi cuatro leguas, muy provechosa á los moros para traer las vituallas, y ellos en todas sus empresas la tenían por un seguro acogimiento.

El Rey, maravillado de lo que en Taiara había visto, la grande presteza é industria, el nuevo y súbito reparo, á solo Gonzalo Hernández dió la empresa de combatilla, donde con tanta furia las murallas fueron batidas del artillería, que en algunos lugares la muralla fué echada por el suelo. Los moros, cansados de los continuos combates y por la mayor parte heridos de los escopeteros, perdieron el esfuerzo y ánimo. Halatar, su capitán, llamó á Gonzalo Hernández á parlamento y en su poder y manos dejó todo el negocio del rendir á Illora, y ansí con voluntad del Rey, la tierra se rindió con aquellos capítulos y condiciones que Gonzalo Hernández concertó, la cual presa fué después muy grandísimo daño á los moros. El Rey dió la tenencia á Gonzalo Hernández. Entonces fué la primera vez que por su merecimiento le hizo capitán de ciento y veinte hombres de armas, como lo había sido su hermano don Alonso. La Reina doña Isabel en esto le favorecía mucho por animalle á las cosas de la guerra, y ansí para

la defensa de Illora le mandaron proveer de muchas armas, artillería, municiones, abundancia de vituallas, hombres de armas y soldados escogidos, y para la paga de sus soldados le fueron consignadas ciertas rentas.

Habiéndose sin duda adquirido nombre de Grande, desde Illora como él lo deseaba, mostró valor de un indómito cuerpo y de un ánimo valeroso para ganar renombre de ilustre. Porque como estaba más allegado al enemigo que ningún otro frontalero, cada día se ejercitaba en continuas escaramuzas, y á vista de los de Granada hacía á los lugares circunvecinos muy grandes daños. Y ajuntada su gente con la de Alarcón, con el cual estaba á la guardia de Moclin, corrió hasta la puerta de Granada, la cual se llama Bibataubin; aquí arruinó los molinos, mató molineros y quemóles las puertas. El Rey de Granada despertado de este temor y la ciudad espantada del tumulto, teniendo sospecha que Gonzalo Hernández no sería tan osado de así á la ventura emprender una empresa tan grande sino con engaño y asechanzas de quien con traición le había asegurado. Reinaban entonces dos Reyes en Granada, y entre ellos había grande discordia. Porque muerto Buluacen, su hermano Baudelin, habiendo atraído á su favor y devoción la metad del reino, habíase usurpado el nombre de Rey, y así en obra como en nombre él era Alzagal, que en lengua morisca significa la fuerza de un hombre valeroso y esforzado. Había un otro hijo de Buluacen, del mismo nombre llamado así del padre cuando vivía, por una ciudad que le había dado el Rey Gaudicem. Este era llamado de los españoles el Rey Chiquito, porque en edad é dispusición era menor que el tío. Estaba en el alcazar del Albaicín y el otro en el Alhambra. La ciudad de Granada cresció de las ruinas de la antigua Illiberi; está hecha como una granada, que siendo madura se viene á abrir el casco. Estos dos alcázares están asentados en dos collados, el uno en derecho del otro, edificados de los delicados Reyes con mayor estudio de regalo que de fortaleza, y á la verdad con mucha razón son juzgados por muy excelentes y maravillosos, ansí por los odoríferos jardines de cedros y naranjos y fuentes vivas como por los hermosos pavimentos, labrados y dorados, tal que tiene una cierta semejanza de nave que el un alcázar tiene la proa de la ciudad y el otro la popa. Está la ciudad partida por medio de una valle muy poblada de casas. El pueblo estaba diviso en dos partes de calle en calle. Primero habían tenido muy grandes contiendas sobre la sucesión del reino, después metieron mano á las armas y á la guerra intrínseca. Tenían las salidas de las calles cerradas con grandes maderos para estorbar las correrías y eran defendidas y guardadas de hombres armados. Porque los hombres sediciosos y avaros más de lo que se puede creer naturalmente sospechosos y tras esto de poca fe con todo esfuerzo mantenían las discordias de los Reyes por tener entonces lugar de hacer grandes robos, tales que de la una parte y de la otra por el interese del reino, siendo ellos corrompidos y apartados de la verdad y justicia y temiendo cada uno de ellos de la traición de los suyos, los incitaban y persuadían al robo y á las muertes, por las cuales causas estaba la ciudad alborotada y partida en dos parcelidades. El Rey Chiquito era inferior en fuerzas y ansí con grande trabajo mantenía su partido, sobrepujándole el más viejo, el cual estaba plático en gobernar y en templar con mayor astucia y constancia los ánimos de los suyos, y procuraba con todo artificio y maña que no hubiese en Granada más de un solo Rey, el cual en las guerras de fuera pudiese con enteras fuerzas defender el estado de los moros de la injuria de los españoles y conservar la cabeza del reino y la tierra de Granada. Al Rey Chiquito le acrescentaban el temor los importunos y avaros soldados demandándole la paga, señalándole la rebelión, la cual faltando la entrada de las rentas, con gran trabajo se podía cumplir con ellos, y á la clara decían que se querían pasar á Alzagal, amigo de la multitud y liberal como Rey legítimo, tanto que el Rey Chiquito, desesperado y temiendo de alguna traición, había determinado antes de llamar en su ayuda y favor á los españoles que no obedecer al tío.

Gonzalo Hernández hecho cierto de esto por las espías y por algunos prisioneros, determinó por el medio de algunos hombres bastantes de procurar con el Rey que dándole rehenes que él entraría en la ciudad y se podría servir en su favor de los españoles contra el Rey su tío y enemigo. Concertadas sus cosas secretamente y dado el Rey á sus hermanos en rehenes, Gonzalo Hernández,

juntamente con Martín de Alarcón, hombre valerosísimo y su grande amigo, el cual en algunas cosas de grande importancia le había seído muy fiel y esforzado, entró en Granada llevando una valerosa compañía de ballesteros y escopeteros y dos capitanías de gente de á caballo, con los cuales de improviso fuesen los moros acometidos por las estrechas calles y cantones de la ciudad. Llevó también consigo dineros para dar la paga á los soldados moros, muchas piezas de paños finos y de sedas para dallas á caballeros de la corte, á fin de mantenellos en la fe y servicio del Rey, porque andaban algo dudosos y solevantados. Esforzado el Rey Chiquito con esta ayuda y favor peleó muchas veces en la plaza y por las calles haciendo muy grandes daños á su tío, y en todas partes apretó mucho los tumultos de su bando. Porque por la liberalidad de Gonzalo Hernández y por el amistad de los españoles, todo el pueblo, generalmente de una contína tristeza, se había levantado en una grande alegría y descanso, paresciéndoles estar aliviados de la pesadumbre de la guerra y levantados en una cierta esperanza de grande ganancia y comodidad, porque los moros que estaban en servicio del Rey Chiquito podían seguramente en todo lugar comprar y vender, y los españoles les guardaban la fe, y en Illora eran amorosamente recebidos y pasaban por todas las otras villas y lugares, hasta en Córdoba y en Sevilla. Solamente las armas de los cristianos se empleaban contra Alzagal y sus vasallos.

Entretanto que Gonzalo Hernández hacía estas cosas al derredor de Granada metió toda su fuerza é industria en procurar de echar fuera de la ciudad á Alzagal, y cuando él se hubiese algo alejado cercalle de fuera y apretalle. Está muy cerca de Granada el castillo de Alendín, fortaleza de grande comodidad, la cual se guardaba por Alzagal. Gonzalo Hernández dió aviso á los capitanes que estaban en guardia en los lugares vecinos que viniesen á combatir este castillo, dándoles orden del cómo y cuándo se viniese á dar el combate, á fin que el Rey moro fuese apretado á socorrer á los suyos puestos en tanta necesidad y trabajo y forzalle á que viniese á batalla. La fortuna enderezó en este modo el suceso del comenzado consejo: que corriendo, según el orden dado, Alonso de Peña Vela, de la tierra de Loja, y Sancho López, de Alhama, hacia Alendín, robando y saqueando toda cosa, sabido esto por Alzagal de los que venían huyendo, por no ver delante sus ojos aquella llorosa calamidad, determinó salir fuera por dalles socorro. Ya estaba junto al campo del Almoraba, cuando le vinieron los principales Alfaquís, que son de muy grande autoridad y veneración para con el Rey, porque creen que tienen la ciencia del saber las cosas por venir, con muy grandes conjuros y ruegos, persuadiéndole que no saliese fuera en ninguna manera, porque él salido el enemigo intrínseco le cerraría las puertas de la ciudad, y no fuese por los españoles hecho pedazos. La sospecha que le ponía el aviso de los Alfaquís no pudo parescer vana, porque luego que el Rey paró en no ir adelante, á la hora se le pusieron al encuentro Gonzalo Hernández y Alarcón metidos en orden debajo de sus banderas. Alzagal habiendo hecho alto en el campo de Almoraba, con grande esfuerzo comenzó una escaramuza, donde los españoles apretaron y metieron en desorden la gente de Alzagal y mataron en aquel rencuentro muchos de sus familiares y amigos y los hicieron retirar á más andar para la ciudad, habiendo concebido por esto grande temor, y en especial por habérselo dicho los Alfaquís, antes que el caso sucediese y haberse tenido tan poco lugar para recogerse y verse libre de un tan grande peligro.

Pocos días después Gonzalo Hernández mandó á Alarcón que se volviese á Moclín y él se fué para Illora, no dejando jamás pasar oportunidad por la cual pudiese hacer daño á los enemigos moros, procurando con grande diligencia de hacerse amigo de los caballeros de la una parte y de la otra, los cuales estaban en Granada ó en guardia de los castillos, haciéndoles muchos presentes y á veces enviándoles los prisioneros sin ningún rescate. Procuróla con mayor diligencia y artificio la de Halatar, el cual había estado capitán en Illora y ahora estaba con gente á la guardia de una villa que se dice Mondéjar; y tuvo tales formas que hubo dél aquel castillo, que después que le tuvo á su mano y puesto en él guardia de cristianos, fué causa de grande temor y espanto á los de Granada, paresciéndoles que Mondéjar, vecino del castillo de Alendín, y Gonzalo Hernández metiéndose para adelante podría hacer muy continuas correrías y grandes daños. Movido de

este peligro, Manphot, hombre valeroso y buen capitán, el cual estaba á la guardia de Alendín, con una parte de su gente se fué á Nihula, la cual tierra está apartada un tercio de legua de Mondéjar, por refrenar y meter estorbo en las correrías que harían los cristianos, atajándoles los caminos de un conveniente y cómodo lugar. Pero Gonzalo Hernández estorbóle sus designos con la presteza, porque antes que se hubiese Manphot fortificado, fué cercado é vivo le vino á las manos. Este pocos días después, siendo tratado humanísimamente, así como aquel que deseaba mucho la libertad, vino á partido que daría el castillo de Alendín con que le dejasen ir libre sin pagar rescate. Cierto que fué hecho con menor deshonra que lo de Halatar, pues paresce que lo hizo por su libertad. E siguiendo Abenmelech el ejemplo de estos dos capitanes (porque estando los Reyes discordes había perdido la esperanza de las cosas de los moros y también Gonzalo Hernández le había dado á entender que muy presto vendría el Rey don Hernando con un grueso ejército) entregó, salva la hacienda, á Mahala, la cual debajo de su fe le había seído encomendada. Puso tanto espanto esta nueva y tanto lloro en Granada, que los Alfaquíes iban corriendo de acá para acullá persuadiendo á ambos los Reyes, por causa del bien universal del estado y por amor de la religión, puestos los enojos aparte, hiciesen tregua por cierto tiempo, y así se concertaron.

El Rey Chiquito, olvidado de sus hermanos que estaban en rehenes, se dió priesa de ir á combatir el castillo de Alendín, antes que los cristianos le fortificasen, donde con una grande presteza venció la guardia, lo recobró é sin poner tardanza quiso poner sitio á Mahala, donde estaba Gonzalo Hernández, teniendo por cierto que siendo preso, fácilmente cobraría á sus hermanos, los cuales tenía en guarda Alarcón en el castillo de Porcuna. Pero una nueva no pensada le quitó á Babdelín aquel pensamiento, dándole á entender que los cristianos cercados en Salobreña les faltaba el agua y desesperados por la sed de poder tener el castillo si él fuese allá sin ninguna duda se le entregarían. Mientras Babdelín amenazaba á los cercados con grandes crueldades si no se le rendían, los cristianos estaban determinados de pasar por todos los males y trabajos antes que faltar á su honra en un cabello. El tiempo en estas cosas se consumió en vano, y en este medio allegaron los Condes de Tendilla y de Cifuentes con mucha caballería é infantes, viniéndoles muy cerca el Rey don Hernando con el resto del ejército. Babdelín habiendo entendido la venida del Rey y de su ejército, por desusados caminos, por junto á la Sierra Nevada, se retiró para Granada con tanto desorden, que perdiendo el bagaje murieron muchos hombres honrados de la retaguarda. Y queriendo la fortuna castigar un hombre ingrato y traidor le derribó en las asechanzas y celadas, que habiendo llegado á Lucena y comenzando una escaramuza fué desbaratado y preso por don Diego de Córdoba, Conde de Cabra, pariente de Gonzalo Hernández. Este fué agüelo paterno de don Luis de Córdoba, yerno del Gran Capitán, el cual murió embajador en Roma. Aquí Babdelín, diciendo que era capitán y no Rey, fué descubierto por un caballero moro que era prisionero, el cual llorando se había derribado á besalle los pies. E á la hora el Conde de Cabra le llevó al Rey don Hernando. Y por honrada memoria de aquella gloriosa hazaña le dió que perpetuamente en el escudo de sus armas pudiese traer la figura de un Rey encadenado y veinte y cuatro estandartes moriscos que había ganado en la batalla.

Pocos días después el Rey mandó combatir el castillo de Montefrío. Gonzalo Hernández ganó la honra de la corona mural, porque habiendo los soldados dado algunos asaltos y en vano, y á esta causa peleaban debajo de la muralla perezosamente, donde les yacían á los pies los heridos y algunos muertos que caían de lo alto, Gonzalo Hernández, animosamente esforzando á los otros que ganasen honra, subió por una escala que estaba arrimada al muro echándose á las espaldas un escudo largo de peón y un capacete por ampararse de las piedras y de las armas que le echaban, asióse de una almena y, muerto los que la defendían, hizo huir á los moros que estaban por allí alrededor.

Mas dejemos aparte estas sus infinitas hazañas, las cuales fueron hechas en la guerra de Granada, cuando era soldado ó capitán de sola una banda de caballos, merescedoras de ser imitadas de los muy valerosos, las cuales en la Crónica de España están celebradas, porque parte de ellas hizo debajo del mando

de otro, ó estando presente el Rey teniendo por compañera á su mujer doña Isabel, Reina de ánimo varonil en los ejercicios de la milicia, y cuando los Reyes estaban ausentes, de don Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, hombre grandísimo, el cual quedaba gobernador del campo de este excelente capitán en todas las empresas ansí de paz como de guerra, y también de don Alonso de Cárdenas primero, muy maravilloso capitán, confesaba haber rescibido los documentos y preceptos con que él había adquirido el sobrenombre de grande; y esto decía él tan gratamente y con tanta afición, que los obedescía al parescer como si le hubieran seído padres. Mas Gonzalo Hernández, el cual desde el principio de la guerra como le era bien conveniente, encendido de la esperanza de la honra, indómito contra todas las asperezas y fatigas, jamás se había partido del campo, venido que fué el fin de la fatiga, ganó suprema honra de la guerra fenescida, que por un no esperado don de la fortuna le fué favorable, que fuese él el que abrió el camino de la impensada victoria Había el Rey don Hernando alojado el ejército á la vista de Granada, fortificado al derredor con un suntuoso muro que puso á los moros grande espanto, porque representaba una nueva ciudad, y el cerco de aquella muralla era religiosamente llamado Santa Fe, porque verdaderamente los moros conoscían (los cuales con ninguna cosa se sostenían sino con una loca obstinación de ánimo) que el Rey no se levantaría de aquí si primero no diese fin á la guerra, recompensando las fatigas de diez años con la ruina de Granada. Porque los moros ya habían perdido todas las ciudades y villas del reino, habiendo los cristianos echado de ellas y muerto á la gente de guardia que en ellas estaban, talmente que, rodeados de infinitas miserias y trabajos y de un largo y apretado cerco, no poseían sino solamente una bien pequeña parte de su tierra, y aquélla arruinada de las continuas correrías. No habían aún parado los enojos entre los Reyes moros, y claramente se conoscía que el Rey Chiquito no de su voluntad se había apartado de la amistad de los cristianos, sino por honra de la religión y por la persuación de los caballeros, y que si se había concertado con el tío no con entera fe, aguardando claramente de la una parte ó de la otra nuevas asechanzas y procurarse en breve tiempo la muerte del uno de ellos. Entretanto que en esta manera la ciudad estaba divisa en sus viejas contiendas, privada de buen consejo, pobre y desamparada de todo lo necesario, casi en diversos trabajos era trabajada de las ondas del extremo peligro. El Rey Boabdelín el mozo, temiendo el castigo que él tenía bien merescido, creyendo de no hallar otra vez lugar de clemencia con el Rey don Hernando, deliberó de tentar el ánimo de Su Alteza ofresciéndole de rendírsele por ver si con este ofrescimiento se podía alcanzar perdón de sus faltas. Porque tenía en memoria cómo pocos años antes, cuando fué preso y vencido en la batalla de Lucena por don Diego de Córdoba, con cuánta benignidad el Rey don Hernando le había dado libertad, tomándole debajo de su amparo y protección contra Alzagal su tío, y él con ánimo ingrato metió en olvido la libertad y la merced recebida y trabó de nuevo amistad con el tío, enemigo común. Pues estando Boabdelín lleno de tantos trabajos y de estos continuos pensamientos, paresciéndole no hallar ningún remedio mejor que Gonzalo Hernández, ni quien con más fidelidad y diligencia tratase el secreto de cosa tan importante, determinó de enviarle uno de sus más fieles moros, el cual con muchos ruegos le rogase que debajo de su fe quisiese secretamente entrar en Granada y venir con él á parlamento sobre la resolución de un importantísimo negocio, certificándole que jamás se arrepentiría de aquella buena obra que le hacía, pues llevaría grande contentamiento de lo que allí se platicase. Luego á la hora Gonzalo Hernández hizo entender á Sus Altezas todo aquello que imaginaba que se había de tratar. Al Rey plugo grandemente la ocasión de esta esperanza; pero con muchas palabras le advirtió que tuviese grande recato, que temerariamente no se confiase en la fe morisca. Gonzalo Hernández le respondió: «No dude en esto Vuestra Alteza, porque me asegura el grande temor que tiene nuestro enemigo, y verdaderamente Dios nuestro Señor ha de tener cuidado de mi salud, pues peleamos en su servicio, allende que el maravilloso esfuerzo de Vuestra Alteza y de este campo, el ruido del cual resuena en la ciudad de los espantados y temerosos moros, me defenderán, y ansí tengo osadía de tentar cosas honradas y grandes». Gonza-

lo Hernández sin más tardar á la media noche, por no ser sentido, llevando consigo al mensajero moro, fué recibido en la ciudad, trayendo larga comisión para tratar la paz. Lo que en suma era esto: Que si él quería salir luego á la hora de Granada y entregalla con buena fe antes de probar el último peligro, que Su Alteza le perdonaría la fe rompida y todas sus pasadas crueldades y obstinación y que como á su tributario le dejarían reinar en Almería la del Andalucía en su ley. Y á los moros, que les guardarían sus haciendas y á aquellos que quisiesen quedarse en el Andalucía y no pasar en Africa no serían constreñidos á dejar su religión, y si algunos voluntariamente quisiesen dejar la seta mahometana y volverse cristianos, con tal condición de vida serían guardados en protección de los clementísimos Reyes, que más felice ni más seguro estado de vida jamás habrían tenido. Eran estas palabras dichas de Gonzalo Hernández con tanta elocuencia, que aun á los muy esforzados ponían espanto, y decía que el peligro de una grandísima pérdida amenazaba á aquellos que desechaban las condiciones de la paz ofrescida, averiguándoles que los soldados cristianos, como aquellos que se habían hecho crueles por la larga fatiga de la guerra y despertados de no dudosa esperanza de un riquísimo saco, habían jurado de no volver jamás á sus tierras si primero no hubiesen arruinado y tomado á Granada.

Estando el Rey Boabdelín inclinado á aceptar estas últimas condiciones y conciertos de paz, un pensamiento sólo le fatigaba á que luego con el juramento no los confirmase: que no podía con maldad y traición entregar á su tío en mano de sus enemigos. Es de notar que aun en la adversa fortuna en los reales ánimos siempre se halla una honrada generosidad, tal que las más veces el temor de la infamia vence todo peligro y miedo. Gonzalo Hernández, paresciéndole de no poner en esto tardanza porque luego se viniese al concierto dijo á Boabdelín, así como aquel que pedía cosas justas y no graves ni deshonradas, que él tuviese confianza cierta en la liberalidad del Rey don Hernando, que le otorgaría todo aquello que pertenescía á la salud y dignidad del Rey su tío y al cómodo y provecho de los moros que seguían su opinión y voluntad. No se le faltó ninguna cosa á lo que se le había ofrescido, porque volviendo Gonzalo Hernández con la capitulación, luego á la hora el Rey don Hernando las firmó y mandó fuesen selladas con el sello real. Pero Alzagal, de ánimo á natura feroz y obstinado, nunca quiso aceptar el beneficio de la condición, sino antes que Boabdelín (el cual no había de reinar mucho tiempo en Almería) se saliese de Granada, habidos algunos navíos, se pasó en Africa, condenando y maldiciendo públicamente la liviandad de Boabdelín, como hombre pernicioso á la sangre real y al nombre morisco y por haberle hecho tan grande traición. Y decía que para con los moros era más de doler la pérdida de su antigua honra que la posesión del reino.

El Rey don Hernando mandó hacer con grande regocijo y con intérpretes un pregón en el cual les otorgaba á todos los ciudadanos una honrada condición de vida los cuales jurasen de guardar la fe, pleitos y homenajes, y el pueblo, dando grandes voces de placer que luengamente reinase y fuese felice triunfante, entró en la ciudad de Granada á dos días de Enero año del nascimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil cuatrocientos noventa y dos, cuando eran pasados cerca de setecientos años que el Miramamolín, bellicosísimo Príncipe de los moros, los cuales son hacia la parte del monte Atlante, domador casi de toda España, había en Granada fundado aquel reino. No faltó aquesta victoria de un notable y grande prodigio: que pocos días antes que Granada se ganase, de una centella que faltó de la lumbre de una vela, soplando el viento poco á poco quemando unas tocas se encendió la cama de Sus Altezas y se quemó la tienda real, que era muy grande, antes que con agua le pudiesen amatar. La Reina medio desnuda hubo de salir á otra tienda, no quedándole que no fuese abrasado casi todas las alhajas de ropa blanca de su servicio. El Rey tuvo luego de esto grande espanto, pero entendiendo el accidente le tuvo por agüero de la victoria. Gonzalo Hernández, ofreciéndose esta ocasión en que podía hacer este servicio á Su Alteza, hízolo saber á su mujer doña María Manrique. que estaba en el castillo de Illora, para que proveyese á Su Alteza de todo lo necesario. La generosa señora, con grande presteza y liberalidad, envió á Su Alteza muchos aderezos de ropa blanca, muchos paramentos de oro y seda labrados con grande

artificio; en fin, que fueron tales y tantos, que soldaron en la recámara la falta que en ella el fuego había hecho. La Reina se tuvo por muy servida y mostró de ello grande contentamiento, por ser ello mucho y bueno y grandemente costoso. Pero de lo que más se maravilló fué de la grande diligencia, porque parescía que de muchos años antes estaba aparejándose para suplir á la necesidad del incendio. Y viniendo Gonzalo Hernández á la tienda de Sus Altezas, la Reina le dijo: «Gonzalo Hernández, el daño y mal que el fuego hizo nos ha sido muy provechoso, pues de nuestra tienda ha faltado en tu casa». Donde por aquel servicio no aguardado, á tal punto se aficionó Su Alteza en hacelle mercedes y en todas las conversaciones le loaba de muy valeroso. Pues desque el Rey hubo concertado todos los negocios de Granada, y encomendada la ciudad juntamente con el Alcázar del Alhambra á don Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, y á Gonzalo Hernández hizo merced de una casa muy principal, con una cierta renta de lo que se saca del derecho de la seda. Acabada que fué la guerra, después de haber reposado algunos días en Illora, siguió á Sus Altezas que andaban visitando las ciudades de España, donde con tanta polideza de excelentes costumbres se trataba, que era bien querido y grato á todos los cortesanos. Porque aunque muchos señores de España le hiciesen ventaja por la edad, por riquezas y por honrados títulos de hazañas, Gonzalo Hernández era en mucho más tenido, parte por la gloria de su propio valor y parte por ser bien querido de Sus Altezas. Era muy gentil cortesano, entendía bien lo que se había de hacer, porque había acompañado los ejercicios militares con los de la cortesanía; en su conversación y trato muy apacible, tal que cuando se trataban cosas de palacio todos estaban agradados de su burlar y plática.

Había la Reina doña Isabel llevado á su hija doña Juana, madre de Carlos que es ahora Emperador, á un puerto de Vizcaya, que por mar fuese llevada á Flandes á Felipo su marido. Al tiempo del embarcar, con el amor de madre, no pudiendo desasirse de los brazos de la amada hija, mandóse llevar en un batel á la armada; al tiempo de la vuelta para la tierra, cresció tanto la marea, que el barco con grande dificultad se podía llegar á la orilla. Los marineros demandaban cuerdas y cables y por toda parte les proveían de lo necesario. Gonzalo Hernández, paresciéndole desacato que la Reina fuese tratada por manos de marineros, como él estaba en cuerpo vestido de un sayo de brocado y terciopelo carmesí, sin ninguna tardanza se metió en el agua hasta los pechos y tomó en los hombros á Su Alteza, y con muchas voces y regocijo la sacó á la tierra. La Reina mostró mucho contentamiento con el servicio hecho á tal tiempo y deseaba mucho hacelle mercedes, y como era de ánimo varonil y trataba negocios gravísimos de grande importancia, el Rey, como considerado y prudente, las más veces en la resolución de ellos los comunicaba con ella, como aquélla que en dote le trajo los reinos de Castilla. Ofrescióse que se hubo de aparejar una armada y enviarla á Sicilia, y con ella un valeroso capitán en las cosas de guerra. Gonzalo Hernández, favorescido de la Reina, fué preferido á muchos valerosos caballeros de España. Porque en aquel tiempo, Carlos octavo, Rey de Francia, llamado de Ludovico Sforcia (el cual teniendo preso al hijo de su hermano se había hecho Duque de Milán), con un poderoso ejército pasando por toda la largueza de Italia iba contra don Alonso de Aragón, Rey de Nápoles, por lo cual los Príncipes de Italia, espantados de la felicidad de aquel gran viaje, como aquellos que estaban muy sospechosos de las armas del mozo victorioso y de grande ánimo, habían mudado de pensamiento, siendo autor de esto el Papa Alejandro, y por la salud común hicieron liga entre ellos. El Papa, viendo á Roma ocupada con la súbita venida de franceses, se retiró al castillo de Santángelo y fué apretado, por librarse del peligro presente, de aceptar injustas condiciones de paz y de dar en rehenes al Cardenal Césaro Borja, su hijo. El Rey Carlos, con una increíble presteza, por la campaña de Roma marchó para adelante, y habiendo echado de Nápoles á los Reyes y tomados los castillos, sin herida de ninguno de los suyos, se hizo señor de todo el reino, hasta el mar de Sicilia; tanto que se tenía por cierto que había de pasar á Mecina, porque aquel reino, como á Rey de Francia, le pertenescía por un antiguo derecho, por las cuales causas el Rey don Hernando de España, queriendo fortalescer de buena guardia la Sicilia, dió el gobier-

no á Gonzalo Hernández, por librarse de la importunidad que tendría de los grandes señores que deseaban aquel cargo, y ansí le mandó que haciendo buen tiempo hiciese vela de Cartagena, porque aunque el Rey don Hernando poco antes hubiese recibido del Rey de Francia benignamente á Perpiñán con esta condición: que ni por tierra ni por mar no diese ayuda ni favor alguno á los Reyes de Nápoles; pero temeroso del público peligro y mucho más del propio, había entrado en la liga que el Papa, el Emperador Maximiliano, venecianos y Ludovico Esforcia habían hecho por defender la libertad de Italia. Por lo cual hizo saber al Rey Carlos, por medio de su embajador don Antonio de Fonseca, que, salva el amistad, no quería sufrir que el Papa, Príncipe de la Iglesia, fuese injuriado. Don Alonso de Aragón, Rey de Nápoles, el cual, como espantado, dejando el reino á su hijo Fernando, se había pasado en Sicilia, después que entendió que los ánimos de los Príncipes se habían mudado y que se aparejaba grande guerra contra franceses, demandó ayuda y favor á don Hernando, Rey de España, dándole muy á menudo avisos que tuviese grande cuidado de las cosas de Sicilia; porque Carlos, despertado del favor de la fortuna, por el deseo natural que los franceses tienen de haber aquella isla, no pararían hasta que toda la tuviesen á su mano. Gonzalo Hernández llegó á salvamento á Mecina con cinco mil infantes y seiscientos caballos armados á la usanza de España, casi en aquel tiempo que el Rey Carlos había puesto la guardia por todo el reino. Venido á Roma desde Nápoles con la más escogida parte de su ejército, el Papa se fué de Roma de temor y el Rey siguió su camino para Francia. ¡En esta mudanza de cosas el Rey Fernando de Nápoles, con igual desesperación siguiendo al padre don Alonso, de Iscla se había pasado á Mecina, juntamente con Federico su tío y con los capitanes amigos, los cuales habían seguido la calamidad real, tenían consulta de renovar la guerra y de volver á Nápoles. Había venido también á Mecina, el cual estaba en Mazara, el Rey don Alonso, dejada aparte la pompa real y cuasi en hábito de clérigo hecha la corona, por ver al hijo y al hermano y más á Gonzalo Hernández, mostrando haber dejado los pensamientos y placeres del mundo, favoresció á su hijo don Hernando, no solamente con consejo, pero con todos los tesoros y dineros que le habían quedado de aquel miserable y último caso. E ansí sin tardanza alguna fueron hechas algunas compañías de infantería, empleándose en esto don Hugo de Cardona, siciliano, el cual tenía con los de aquella isla grande autoridad y crédito, y al Rey le era muy aficionado servidor; y esto tanto porque había casado una hermana suya con don Alonso de Avalos, que entre los capitanes del Rey era el más principal, ansí por ser muy favorido como por su valor. Pues habiendo dado el Rey orden á sus designios y llena la armada de muchas vituallas y con maravilloso orden la infantería repartida por las naves, y Gonzalo Hernández esforzándolos, quitada toda tardanza y estorbo, partieron del puerto de Mecina y pasando el faro desembarcaron en Ríjoles. No dudaron los de Ríjoles de tomar las armas y con singular valor y esfuerzo recibir á su Rey tan deseado. Los franceses, espantados de una tan grande armada, casi todos se metieron en el castillo. Gonzalo Hernández mandó plantar el artillería y encomendándoles á batir, apretólos de tal manera, que demandaron tregua, por tratar después más cómodamente en los conciertos de rendirse. Los franceses pidiéronla con astucia maliciosa, por fabricar en aquel tiempo los reparos necesarios de la parte de dentro y para que los franceses que estaban en guardia de las ciudades vecinas de Calabria fuesen sabidores del peligro en que estaban. Conoscido su engaño, Gonzalo Hernández, y en especial que los franceses, contra lo concertado, habían poco antes herido mortalmente con los arcabuces á algunos españoles que con poco recato y consideración se paseaban delante el castillo, mandó sacar fuera el artillería para combatille, y los soldados, inflamados con la esperanza de la presa, dieron el asalto con grande ardor y esfuerzo. El castillo se tomó, adonde murieron muchos franceses. Los que se retiraron al homenaje se rindieron salvas las vidas. Recobróse Ríjoles; los franceses se retiraron en las ciudades más fuertes. La mayor parte de Calabria tornó á la obediencia de los Reyes de Nápoles.

El Rey alojó su campo en la tierra de Santa Agata; los vecinos de ella, visto al Rey, no tardaron en abrille las puertas. Los franceses en aquellos días, como aquellos que no tenían

ningún temor, estaban por las villas y lugares derramados, los unos acá, los otros por acullá; y á la fama y venida más presta que pensaban del presto enemigo, por diversos caminos y desordenadamente se ajuntaban á la insignia de monsiur Daubegni, gobernador de Calabria; eran robados de los villanos calabreses, los cuales con mano armada tenían tomados los pasos. Gonzalo Hernández, por espiar la tierra y descubrilla, había enviado algunas compañías de españoles á hacer correrías. Fué una compañía de franceses que se retiraba á Seminara en una profunda valle rodeada y desbaratada, y los calabreses alzando un grande alarido, acrescentó á los franceses mayor temor al peligro y casi todos fueron presos sin herida ninguna. Después de aqueste suceso Gonzalo Hernández con toda la caballería, siguiéndole el Rey con la infantería, allegó á las puertas de Seminara y hizo entender á los vecinos de ella que quisiesen anteponer el Rey Fernando, Principe de grande humanidad y valor, el cual, aun cuando el padre reinaba, le había conocido por señor liberal y amorosísimo, á los franceses, hombres extranjeros insolentes y crueles. Y que él había allí venido con ejército con muy cierta esperanza que los de Seminara no se olvidarían de la antigua afición que tenían con el nombre de Aragón, y que á la hora abrirían las puertas para volver á la obediencia y sujeción. Ya comenzaban á oirse los atambores del ejército que se allegaba y á mostrarse las banderas. Gonzalo Hernández les hacía mostrar los hombres de armas franceses, los cuales andando en la guardia, que era débil y flaca, habían seído desbaratados y presos en el camino. Los de Seminara tenían en aborrescimiento á los franceses y el nombre de Aragón amaban. Recibieron al Rey con grande voluntad, echando por otra puerta los franceses. Metía entonces gente de toda parte en Terranova (la cual algunos se les antoja que fuese la antigua Terina) Ebrardo Stuardo, llamado por sobrenombre monsiur Daubegni, de nación escocés. A este hombre, animoso y esforzado, el Rey Carlos de Francia dió el gobierno de la Calabria. Entendida que hubo la rebelión de Rijoles, había llamado de la Basilicata á monsiur de Persi y á monsiur de Alegre, su hermano, con la infantería de suizos y con gruesa caballería, y sacadas las guardias de los lugares vecinos, había hecho un ejército más fuerte que grande, y acabando de ajuntar la gente, no metiendo tardanza en su camino, mas antes que los enemigos entendiesen la venida de Persi marchó para Seminara, con pensamiento de venir de presto á batalla con el Rey Fernando, y si el Rey no quisiese salir de los muros de Seminara y no tuviese osadía ni esfuerzo de meterse en campaña ni de venir á batalla, volverse como vencedor mofando de su vileza á los pueblos, la cual cosa juzgaba serle muy provechosa para mantener las tierras en la fe, especialmente que dentro pocos días le había de venir socorro de tierra de labor, de Abruzo y Pulla. El Rey Fernando no había entendido la venida de Persi, sino solamente por las espías había seído avisado de la gente de monsiur Daubegni, la cual era harto poca, no dudó de sacar la gente de fuera la tierra y ir contra el enemigo que venía, porque le parescía serle vergonzoso y reputado á cobardía dejarle sitiar, que sería parte para perder toda la nueva reputación y gloria, la cual poco antes tentando la fortuna con el valor y esfuerzo había ganado. Gonzalo Hernández con su valor y prudencia, con la cual se aventajó á todos los capitanes de nuestro tiempo, comenzó á persuadir al Rey Fernando, muy deseoso de ganar honra y de recobrar el reino, y aun de protestalle que en ninguna manera no hubiese de salir de Seminara si primero no entendía mejor el designo y las fuerzas de los enemigos, porque harto más honrosos consejos eran aquellos que en las cosas dudosas prometían seguridad, y por el contrario, infelices y vituperiosos aquellos que con temeridad y vano vigor de ánimo suelen poner de arriba abajo todos los designos de la empresa, y finalmente la concebida victoria. El Rey Fernando le respondió: «¿Cómo, con aquella vileza y cobardía con que perdimos el reino, con aquella queréis que le cobremos? ¿No probaremos ahora en estos felices principios con el valor y esfuerzo aquella fortuna que en Romanía y en tierra de labor, estándonos aposentados y quedos, sin querer combatirnos fué contraria? Aunque los principios de la guerra no sean de grandísima importancia, ni los otros sucesos, aquellas cosas que esforzadamente tú has comenzado, si tú no continas de valerosamente acaballas ¿no tienen después vituperioso fin? La fortuna favorescerá á los osados, ¡oh Gonzalo Hernández! la cual hasta

ahora ha favorecido á los franceses, y pues comienza á dar favor á nuestras empresas, ella no desamparará jamás á aquellos que voluntariamente llama á la victoria, salvo si nosotros con grande vergüenza no la abandonamos. Procuremos de ver una vez el rostro á los franceses, los cuales de la fama y verdaderamente vana se han hecho terribles, y probaremos rostro á rostro nuestras fuerzas con las suyas, que nosotros les somos superiores de infantería y caballería y de la afición de los hombres, y finalmente del favor de la fortuna; y con estas causas no hay de qué dudar de vuestro esfuerzo. Porque ¿cuál será de vosotros que si hubiere de combatir de hombre á hombre animosamente no acepte á su enemigo, ó francés ó tudesco, y valerosamente no le rinda ó le mate? De mí yo os certifico delante de todos ser el primero de quebrar mi lanza en quien viere armado suntuosamente y con fuerte esfuerzo dar ejemplo á vosotros, porque con el mismo ardor y ánimo alcancemos presta victoria de estos borrachos de enemigos». Halláronse en aquel consejo muchos hombres ilustres, los cuales después adquirieron en la guerra grandísima honra y reputación: Andrea de Altavilla, de la nobilísima familia de Capuana; don Hugo de Cardona, Teodoro Triultio; de los españoles, Manuel de Benavides, Pedro de Paz, Alvarado y Peñalosa; los cuales deseando grandemente venir á batalla, suplicaban á Gonzalo Hernández que no quisiese desconfiar de la virtud y esfuerzo de los soldados, prometiendo de pelear valerosamente, y persuadían al Rey Fernando que mandase sacar las banderas fuera de las puertas de la tierra. Está Seminara puesta en un lugar alto, y de aquella tierra se extienden unos collados á una pequeña valle, en la cual con humil vado corre un río y de allí toman principio unos llanos abiertos, en los cuales habían venido los franceses de Terranova. El Rey Fernando llevó el ejército por los collados. Andado que hubo tres millas llegó al río y metió á la parte izquierda la infantería en la ribera del agua y extendida toda la caballería en la derecha en forma de una ala, y esperaba que los enemigos pasasen el agua. De la otra parte monsiur Daubegni y monsiur de Persi pusieron los suizos en un escuadron cerrado al encuentro de la infantería de los enemigos, y en la retaguardia la infantería del socorro de los calabreses. Y partieron entre sí los hombres de armas, que eran poco menos de cuatrocientos, á la usanza francesa, dos tantos caballos ligeros, y así cerrados en un batallón cuadrado pasando el río fueron á buscar á los enemigos. Los caballos españoles arremetieron y animosamente los encontraron; pero siendo desiguales en armas y fuerzas, no fueron poderosos para hacer retirar el escuadrón de los hombres de armas, y alzando un grito comenzaron á volver los caballos, y volteando según la costumbre española se recogieron á los suyos. Este retirarse rompió mucho el ánimo de la infantería aragonesa, creyendo que los suyos huían echados de los enemigos, y los franceses tomaron grande esfuerzo para pasar adelante. Monsiur Daubegni de la parte derecha y Persi de la izquierda fueron de socorro entrando valerosamente con su banda en la infantería: cuasi toda la rompieron. Antes que los suizos de la frente abajasen las picas, el Rey Fernando, habiendo en balde esforzado á los suyos que volviesen á la batalla, con sus hombres de armas, valerosamente se metió en medio de los enemigos, rompiendo su lanza en un caballero francés muy principal; pero siendo apretado de la multitud de los enemigos, le fué forzado meterse en huída. Fué seguido y mirado de muchos, por los penachos y armas doradas que llevaba. El caballo en un paso estrecho que hacía el camino cayó, no estando muy apartados los enemigos. El Rey se halló muy embarazado en los estribos y en los cuernos lunados de la silla. Hallándose en tan grande peligro de la vida, le socorrió el señor Iván, hermano de Andrea de Altavilla (este fué aquel que después en la guerra fué clarísimo y honró mucho á su noble linaje) y con grande amor le dió su caballo que él tenía guardado (para salvarse) grandísimo corredor. El Rey Fernando, como aquel que era muy diestro y suelto de la persona, aunque estuviese armado de pesadas armas, con un salto se metió encima y se libró de las manos de los enemigos. El Altavilla quedó á pie; poco rato después fué muerto de los franceses. Monsiur Daubegni, habiendo muerto mucha gente de la infantería, hizo alto un poco apartado del lugar de la batalla, habiendo perdido la ocasión de fenescer la guerra, tanto que todos decían que no había sabido usar de la victoria, pues no había ido en el alcance de tantos varones ilustres, entre los

cuales estaba el Cardenal don Luis de Aragón, y como de presto no había llevado el ejército vencedor á Seminara, en el cual tiempo, ellos juntamente con el Rey por diversos caminos allegaron á la armada.

Gonzalo Hernández, el cual valerosamente combatiendo en más de una parte había renovado la batalla y había salvado á muchos, entrado que fué en Seminara se llevó todo el bagaje; los franceses siguiéndole en vano, se retiró en Ríjoles. Pues habiendo infelicemente sucedido el suceso de esta batalla, Gonzalo Hernández, diversamente de aquello que aviene á los otros capitanes, ganó nombre de singular prudencia; porque habiendo bien medido sus fuerzas con las de los enemigos, juzgó que temerariamente no se debía de innovar cosa alguna, porque se conoscía la ventaja que había de los hombres de armas de Francia á los caballos jinetes de España, y de la infantería española y siciliana á la infantería de suizos. El Rey Fernando, recibido tan gran rompimiento y aunque en un punto de tiempo se viese derribado de una grande esperanza en una extrema desesperación, no por esto perdió nada de esfuerzo, antes bien tenía aquel mismo valor que tuviera siendo vencedor. Sólo se lamentaba de haber sido engañado de su misma opinión; ni por esto dudaba que la fortuna no le fuese favorable, la cual con muchas señales le había prometido de volverle presto en el reino y en la patria; tenía fundada en el ánimo una confianza, puesta más en el destino que en alguna humana razón, tal que despreciaba todos los peligros que le ponían delante, y tenía creído por muy cierto que no solamente los ciudadanos le favorecerían, mas aun Dios, que por tierra y por mar había de ser siempre con él. No le engañó en nada su esperanza, aunque á la verdad concebida temerariamente, porque tuvo osadía de tentar una empresa loca y de grande dificultad. Porque pasando el faro y recogidas en Mecina cerca de setenta naves, en las cuales había menos soldados que marineros, haciéndole un tiempo bonísimo allegó á Nápoles antes que en la ciudad se dijese la nueva de la batalla hecha en Seminara. Fué recibido de los ciudadanos con grande alegría, y habiéndole sucedido algunas escaramuzas, felizmente echó á los franceses de la ciudad y del castillo, ansí como más largamente lo habemos escripto en la historia.

Gonzalo Hernández estuvo aquel verano en Ríjoles defendiendo valerosamente las tierras del extremo canto de la Calabria. Monsiur Daubegni, soberbio por la fresca victoria, llamado del Rey en campo se vino á la Tela en el Abruzo; en esta tierra se retiraron los capitanes franceses después de haber recibido muchos daños, y cercados de los aragoneses, con flaca esperanza aguardaban el fin del supremo consejo de ellos.

El Rey Fernando, habiendo sido desbaratado el verano pasado en Seminara, mostrando ánimo invencible, no de otra manera que si fuera vencedor, subió en la armada y con las reliquias del ejército rompido, con felice osadía había navegado para Nápoles, y recibido en la ciudad había constreñido á los franceses cercados en Castelnovo á rendirse por la hambre. Aunque Persi fué enviado de monsiur Daubegni en socorro de los cercados, habiendo en el camino junto á Eboli desbaratado el campo del Rey Fernando, bravo por la doblada victoria, se presentó en vista del castillo. Los cercados en la Roca, habiendo ya dado los rehenes, según los conciertos de la tregua no se podían mover en ninguna cosa, ni Persi había tenido esfuerzo de entrar dentro los reparos del monte Eccia, ni en los burgos defendidos por el Próspero Colona. Pues habiéndole salido vano su designo, volvió á su gente por la gruta del monte Pusilipo y retiróse para atrás al principado de donde era venido. Después de aqueste deshonrado suceso, Gilberto Borbón, llamado por sobrenombre Monpensier, al cual pertenescía la suprema autoridad del gobierno de la guerra, salido que fué de Castelnovo con toda la otra gente, renovó una guerra en Pulla mucho mayor que la primera, ayudado del Príncipe de Salerno. Allegáronseles Virginio Orsino con Pablo Vitello y Pablo Orsino con Bartolomé de Albiano. Virginio Orsino traía consigo tres mil hombres de armas y caballos ligeros. Este, desabrido que dos capitanes coloneses, Próspero y Fabricio, de contrario bando, fuesen estimados y tenidos en reputación cerca del Rey Fernando y haberle ocupado sus tierras que tenía en Abruzo, seguía la parte francesa. Partido de la campaña de Roma, había venido en Pulla á hallar á Monpensier y á Persi, habiéndose ajuntado tres clarísimos capitanes y allegado en uno un grande ejército, iba la esperanza de la fortuna entre ellos; y Fernando

alternando, ora de acá, ora de acullá, haciéndose entre sí cruda guerra. El Rey Fernando, fortificado del nuevo socorro de venecianos, sus confederados, valerosamente resistía á la furia de los enemigos, especialmente después de la venida de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, el cual habiéndose adquirido en la batalla del Tarro nombre de valerosísimo guerrero y recobrado á Novara y echado á los franceses de Italia, los venecianos le habían hecho su capitán general. Fueron con él algunas capitanías de griegos muy especiales, los cuales parescía que con mayor ventaja por la abierta campaña de la Pulla acometiendo y retirando guerreasen contra la gente de armas francesa. Viéronse los ejércitos con la gente puesta en orden rostro á rostro muchas veces; mas nunca se vino á batalla universal, lo cual era muy provechoso á los franceses, porque todos claramente veían cómo ellos en la tierra de Frengeto habían perdido la ocasión de una cierta victoria, y esto por la maldad de Persi, el cual más presto había querido tener por compañeros á monsiur de Monpensier y á Virginio, del rompimiento y de la infamia que le sobrevino, que por partícipes de la victoria. Este era hombre de ánimo obstinado y superbo, y había procurado con los suizos que en ninguna manera no entrasen en batalla si primero no les diesen las pagas que les debían. Los capitanes franceses, desnudos de su antigua reputación y apretados del Rey y de los griegos por las espaldas, se retiraron en la Tela, por lo cual teniendo el Rey esperanza de haber la victoria, deliberó con todas sus fuerzas cercar y combatir los enemigos, los cuales sin ningún propósito se habían puesto en aquella tierra, donde no podían salir de ella sin muy crescido daño. Porque de toda parte estaban cercados y ceñidos como de una perpetua corona; pero para quererse hacer esto habíase de crescer el ejército de más gente, á fin que, separados los alojamientos, seguramente se pudiesen oponer á los enemigos en las diversas salidas de los caminos, porque tenían fuerzas de no tenellos en poco, muy buenos soldados viejos, capitanes de diversas naciones esforzados y pláticos. Estas eran las causas que parescían que á Gonzalo Hernández se procurase de hacelle venir de Calabria. Porque cuando estuviese junto con él en su ejército, florescía tanto la militar industria en él, que juzgaban que presto y felizmente se podía fenescer la guerra. Fuéle enviado por embajador al doctor micer Bernardo Brutio, el cual ansí por su fidelidad como por consejo tenía con el Rey grande autoridad. Este le hizo su embajada y le dijo que un valeroso y fuerte capitán no debía dejar perder una ocasión de grande loor é importancia, que era el ganar la victoria.

Había Gonzalo Hernández invernado con su ejército en Neocastro, y habiendo sabido la nueva de haberse ganado Nápoles, salió de Ríjoles y en diversas expediciones había recobrado las ciudades de Calabria, echando de ellas á los franceses, entre las cuales fueron Squilaco, Crotón, Sambarri, que están puestas hacia el mar Jonio, y con ellas á Seminara, adonde el Rey había recibido aquella rota, y Terranova y muchas otras villas y lugares grandes, y esto con tanto favor, que en la parte de la Calabria superior, al largo ribera del mar Tirreno, con gran presteza se levantaban las insignias del Rey Fernando. Mos Daubegni había quedado en aquella provincia con pocas fuerzas, no teniendo más del medio del ejército, y á esta causa se iba reparando en los lugares más fuertes. Porque monsiur de Persi, cuando fué á Nápoles á socorrer á aquellos que estaban cercados en el castillo, había llevado consigo la fuerza de la gente francesa, la infantería suiza, los hombres de armas viejos, y con singular esfuerzo de ellos había ganado una noble victoria en Eboli. Gonzalo Hernández por estas causas estaba perplejo y diligentemente consideraba si era bien hecho y provechoso á la importancia de la guerra ó perseguir á mos Daubegni en aquella inclinación de pueblos ó castigar de presto á los varones que seguían la parte anjoína y enriquescer á sus soldados con sus despojos, ó si era cosa más honrada y ilustre obedecer sin tardanza al Rey Fernando, que le demandaba socorro y hallarse en la victoria y abrir la puerta para tratar mayores empresas. Habiéndose determinado en este último partido, metió su gente en orden y marchó para el condado de Cosenza; combatió y metió á saco los arrabales, combatió la ciudad, la cual es la más principal de Calabria; los franceses la defendían del castillo, aunque vanamente; á la fin la tomó por fuerza. Partiéndose de aquí tomó de acordio todos aquellos pueblos que habitan en la valle del río Crate, el cual con grandes rodeos va á meterse en el mar Jonio;

tomó á Castelfranco, el cual se cree que ha crescido de las ruinas de la antigua ciudad de Pandosia, noble por la muerte de Alejandro Epirota, por esta conjetura: que de la otra parte de allá pasa el río Acheronte, hoy llamado de los habitadores Campano. Allegóse con su campo á la noble ciudad de Castrovilari; allí entendió de las espías de la parte aragonesa que una grande multitud de villanos anjoínos habían tomado los pasos del bosque de Murán, por acometer con engaño á los españoles que habían de pasar por un camino, y aquél muy estrecho. Gonzalo Hernández, habiendo considerado el asiento del bosque, con un no esperado y maravilloso orden acometió por tres partes aquellos que estaban emboscados, y habiéndolos encerrado como en una gavia, no sosteniendo ellos la fuerza ni el grito de los soldados, mataron muy gran parte de aquella canalla, con tal suceso, que dijo que jamás había hecho caza tan buena ni tan apacible. El día siguiente los muraneses, atemorizados se le rindieron. Después de castigados aquellos villanos y desembarazados los caminos se fué á la tierra de Laino, puesta sobre el río Lao, el cual parte la Basilicata de la Calabria. Aquí estaban alojados los señores de la casa de San Severino, que habían seguido la parte anjoína con algunas bandas de caballos franceses y con la infantería de sus vasallos, con mayor negligencia que convenía á la disciplina militar, estando muy descuidados de la venida de Gonzalo Hernández, el cual, acometiéndolos de noche al improviso medio adormidos, tomó la tierra sin ninguna herida de los suyos, con tanta felicidad que, muerto el Principe Amérigo San Severino, que medio desarmado había venido corriendo al ruido, prendió más de veinte caballeros de aquella familia, con los moradores y con todos los franceses, y enriquesció de muy grande presa á los españoles. Poco después con la misma furia acometió á los villanos calabreses, los cuales se habían hecho fuertes en los valles de aquellos caminos quebrados, y tomados en medio los hicieron pedazos; tal que á la fama de su venida los enemigos huían por todas partes de temor y en todo cabo se le hacía el camino llano y abierto.

Allegándose al campo del Rey puso la infantería y la caballería según la costumbre de guerra en orden de batalla. El Rey Fernando, con el Marqués de Mantua y el Cardenal Borja, legado del Papa, le salieron á recibir con muy grande honra y alegría. Gonzalo Hernández, habiendo visto de lejos la ciudad de Atela y mirado bien y entendido el sitio de los collados, los cuales á modo de teatro la rodean y ciñen en el llano de abajo, alojó su campo en un lugar acomodado y provechoso, y deseando de hacer al Rey algún servicio, determinó de acometer la guardia de los franceses; porque haciendo de presto alguna honrada hazaña, demostrase delante los capitanes de diversas naciones el osar y esfuerzo de los españoles. Estaba esta gente fuera de la Atela en guardia de unos molinos, donde un arroyo que viene de aquellos montes cercanos y cae en Losanto daba á los cercados gran provecho en molelles el trigo y proveellos de agua, envió la infantería española con los escudos contra los ballesteros gascones, y después de aquéllos los otros con las picas que corriesen y acometiesen los enemigos. De la caballería hizo dos partes, con este orden: que la una parte, en la cual había algunos hombres de armas, se metiesen entre la ciudad y los molinos, opusiéndose á los franceses cuando saliesen á dar socorro á los suyos; la otra parte, escaramuzando y alargándose por toda parte, tomasen en medio á los enemigos. Comenzóse de ambas partes á pelear; levantóse una grande vocería y una sangrienta escaramuza; los suizos apenas hicieron testa; los gascones, no habiendo aún dos veces disparado, se metieron en huída; los caballos ligeros españoles, mezclados entre ellos, los rompieron y huyendo para la ciudad mataron grande número. De la otra parte los hombres de armas que yo dije valerosamente sostuvieron el socorro de los franceses que salía fuera. En el cual tiempo Gonzalo Hernández envió ingenios para derribar los molinos y de presto mandó llamar á recoger antes que los capitanes franceses enviasen mayor número de gente á dar socorro á los suyos. Habiendo aquel mismo día que era venido acabado tan valerosamente esta empresa, ganó Gonzalo Hernández para con todos grande honra y loor de presteza y de singular prudencia, y ansí la ganaron los españoles, el esfuerzo y valor de los cuales en las cosas de la guerra aún no era conocido. Los españoles mezclados con los italianos tres días después ganaron valerosamente la tierra de Rivacándida, puesta en el camino de Venosa. Los franceses, por

la venida de Gonzalo Hernández, perdido el ánimo y desconfiados del fin de la empresa y privados del agua, por la cual muchas veces, aunque con pérdida, habían cabe el río combatido, y que Pablo Orsino y el Vitelio, habiendo salido fuera para querer ir á Venosa, habían sido en el camino desbaratados y retirados para atrás en la ciudad, comenzaron á tratar del concierto. Y monsiur de Persi, habiendo hablado con el Rey, el acordio se concertó en esta manera: que todos los franceses sin injuria ninguna fuesen enviados en Francia, y que saliendo del reino dejasen el artillería y los caballos señalados con la señal real. Pero siendo esta nación francesa muy amiga del vino y de todas maneras de frutas, en especial con el calor del verano, que las comían con desorden y debajo de aire extranjero, sucediendo después un pestilencial otoño, murieron muy muchos en Castellamar y en Puzol, entre los cuales murió el capitán general Gilberto Monpensier y Lenoncort, llamado por sobrenombre el Bailí de Bitri, y cuatro capitanes de suizos. Virginio Orsino fué contra la fe metido en prisión, el cual pasados algunos meses murió preso en Nápoles. El Rey Fernando, por la intemperanza del mismo otoño, adolesció de una febrezuela y murió en el monte de Soma, no habiendo aún gustado el alegría de la victoria, dejando heredero del reino á su tío Federico. Este, abrazando estrechamente á Gonzalo Hernández, le rogó quisiese tomar la empresa de fenescer la guerra en Calabria. Gonzalo Hernández no rehusó el cargo que el nuevo Rey le rogaba, que vuelto que fué en Calabria, acrescentado de nueva gente, tomó muchas ciudades de la parte anjoína y quería volver las armas contra monsiur Daubegni, el cual por la partida de Gonzalo Hernández hacía guerra contra las ciudades desnudas de defensa. Pero monsiur Daubegni, habiendo entendido la infelicidad del sitio de Atela y sabida la vuelta de Gonzalo Hernández, del cual sabía que le convenía mucho temerse, quiso antes aprovecharse del beneficio del concierto de Atela que con vano esfuerzo tomar las armas, ya vencidas de la fortuna, y sacada la guardia dejó desembarazada la provincia. No muchos días después Gonzalo Hernández fué llamado del Rey Federico para que domase á los olivetanos, porque éstos, en la tierra de Aquino y del Abruzo, con grande obstinación perseveraban en la fe de los franceses y habían muerto en la isla del Vico á don Rodrigo de Avalos Monterisio, hermano de don Alonso, Marqués de Pescara, capitán de grande valor. Pero oyendo el nombre de Gonzalo Hernández y juzgando que el perdón de sus culpas estuviese puesto en la humanidad y autoridad suya para que el Rey los perdonase, paresciéndoles no esperar la fuerza de un capitán tan valeroso, se le rindieron y volvieron á la obediencia de Federico. Habiendo ya acordado los olivetanos, se volvió al Rey, que estaba en Nápoles, siendo seguido de una muchedumbre de embajadores de aquellos que se habían reducido á obediencia real, teniendo por cierto que con su intercesión el Rey les perdonaría su obstinación y rebeldía.

En este medio fué llamado con grandes ruegos del Papa Alejandro, porque en aquel tiempo Menaldo Guerra, vizcaíno, cosario cruelísimo del castillo y puerto de Ostia, estorbaba totalmente la navegación del Tibre, tanto que el pueblo romano estaba apretado de la carestía de muchas vituallas, en especial del vino, porque los mercaderes sicilianos y calabreses y otros extranjeros españoles y genoveses, temiendo la crueldad del cosario, se iban á otra parte. Porque cualquiera navío que allegaba á Ostia, si los marineros á la hora, caladas las velas y los remos levantados, no se ajuntaban á la riba puesta debajo el castillo á dejarse saquear y prender, eran con el artillería echados al hondo, y había faltado muy poco que no prendiesen las galeras del Papa, ó verdaderamente las frondasen, las cuales descuidadamente habían venido á la boca del río. No se podía la crueldad de este espantoso asasino por ninguna condición que le fuese hecha traer á concierto, ni derribarle, sino con hacelle justa guerra, pues no estimaba con su arrogancia y crueldad las excomuniones del Sumo Pontífice. No se demostraba otro camino más poderoso ni presto que el de Gonzalo Hernández, el cual á la hora pudiese domar este espantoso monstruo y librar á Roma del extremo peligro de la hambre. Gonzalo Hernández fué contento á hacer á Su Santidad este servicio, especialmente persuadiéndoselo el Rey Federico. Caminó para Roma con sus españoles y pocos días después se aposentó en Ostia, en un lugar conveniente. Menaldo con su soberbia no dejaba de hacer males, ni quería escuchar ninguna condición

de la paz que se le ofrecía. Habiendo Gonzalo Hernández gastado ya tres días en aparejar todo lo necesario para dar el asalto y habiendo considerado todos los pasos, ajuntados todos los capitanes á consejo, con increíble juicio les dijo el lugar por donde se les había de entrar, que plantada el artillería de una banda, por tener ocupados los enemigos por la otra, hizo las escalas tener aparejadas para subir encima el muro, no pensando ninguna cosa de estas Menaldo. Acometieron los españoles animosamente por ambas partes, pero algo más flojamente por la parte de la batería; por la otra, puestas las escalas, subieron con grande presteza en lo alto de la muralla y echaron de allí abajo los pocos que la defendían, y dando grande vocería mataron la mayor parte de los franceses que defendían la parte del muro derribado. Fué tomada Ostia juntamente con el castillo. Menaldo, viendo sus cosas perdidas y abatida la bravosidad de su ánimo, solamente pidió la vida, dejándose atar vituperosamente, para después ser llevado en triunfo y ser de todos afrontado y escarnido. Gonzalo Hernández tres días después entró en Roma por la puerta de Ostia á guisa de triunfante, acompañado de las voces y alegría del pueblo romano, las cuales voces demostraban verdaderamente el gran beneficio recibido de su mano. Fué reputada aquella alegría por más noble que la gloria de un justo triunfo, porque esta victoria fué adquirida para grandísima utilidad y provecho de la república romana, y ansí despertaba grandísimo regocijo para con todas las órdenes de ciudadanos y moradores. Menaldo era llevado ligado encima de un caballo flaco é triste; era al ver espantoso, ansí por la barba blanca crescida y revuelta como por los ojos terribles y fieros. El cual con un amargo y enfermo mirar demostraba ser del todo abatido su ánimo, mas no del todo domado. Era guiada la pompa de aqueste apacible espectáculo por medio de Roma con muchos atambores y trompetas, siguiéndole detrás la infantería y caballería. Vinieron á San Pedro, adonde el Papa en una sala muy aderezada, asentado en una silla debajo un dosel, recojó á Gonzalo Hernández. El colegio de los Cardenales se levantó para recibille y él se arrodilló á besar los sagrados pies. El Papa le levantó y besó en el rostro y en un grande razonamiento que hizo le loó y le dió gracias por haber librado á Roma de tanto trabajo y haber traído consigo la abundancia de todas las cosas. A todas estas cosas, Gonzalo Hernández grave y modestamente respondió, no demandando otra cosa sino, según la costumbre de la clemencia cristiana, que fuese perdonado Menaldo, el cual humildemente se le había echado á los pies, é que los ciudadanos de Ostia, los cuales estaban grandemente trabajados é afligidos de los grandísimos daños, que gozasen por diez años de la libertad de no pagar derechos ni imposiciones algunas Todas estas cosas Su Santidad, á ruego de Gonzalo Hernández, las concedió, é á Menaldo fué dada libertad para irse en Francia. No muchos días después, habiendo recibido del Papa y pueblo romano muchas mercedes, se volvió á Nápoles al Rey Federico, haciendo su camino por la campaña de Roma. Y siendo salido de ella con su autoridad tomó de acordio á Roca Guillerma, puesta entre Venafro y Pontecorbo, la cual muy obstinadamente tenía la parte francesa, ni en un punto se movía por la ausencia y pérdida de los franceses.

Era Gonzalo Hernández estimado de tanta virtud y clemencia, que muchas más cosas hacía persuadiendo y atemorizando que con fuerza y combatiendo con las armas, tal que no había ningún rebelde que no quisiese antes rendirse con una incierta esperanza de honestas condiciones que con un no dudoso fin de cierta ruina probar la fuerza de este invencible capitán. Siendo vuelto á Nápoles fué recibido con mucha honra y alegría. El Rey le salió á recibir fuera de la ciudad. Los napolitanos aderezaron las calles y le aposentaron en Castelnovo, y por común consentimiento de todos fué juzgado ser verdaderamente merescedor del nombre de Gran Capitán. Pocos días después, habiéndole hecho por su valor el Rey merced de dos ciudades y siete castillos, navegó para Sicilia, porque había entendido que los sicilianos estaban querellosos del Virrey don Juan de Lanuza, porque gobernaba aquel reino nada á sus voluntades, y las salidas del trigo se cobraban con poca diligencia y no muy fielmente, en grande daño y deservicio del Rey. Fué su venida muy esperada de los sicilianos. Llamáronse luego Cortes para Palermo, y en breves días, con autoridad y grande moderación, concertó todos los negocios y severamente persuadió á don Juan de Lanuza que amorosamente y sin extrañeza

gobernase aquel reino; y habiendo sosegado los negocios de la isla, según el deseo del Rey don Hernando, volvió en Italia llamado otra vez de Federico, al cual le halló en campaña allende el río Silaro, estando para combatir la noble ciudad de Diano, porque los dianeses, vasallos de Antonello, Príncipe de Salerno y de la casa San Severina, favorescían la parte anjoína. Estos solos entre todos los otros no habían perdido en nada la esperanza, porque tenían por cierto que la armada francesa había de venír en aquella ribera á renovar la guerra; confiados en la fortaleza del lugar y en la muchedumbre de vituallas aparejadas de antes pensaban que les sería tenido á grande honra si, habiéndose rendido los otros al Rey vencedor, ellos casi solos entre todos hubiesen mantenido la fe. Probó el Gran Capitán con parlamentos de reconciliar á los dianeses con el Rey, mas todo fué en vano para con la loca multitud de ánimos obstinados, ofreciéndoles él como medianero condiciones de humanidad grandísimas. El negocio se volvió á la fuerza y á la guerra, y por mandado del Gran Capitán fué en dos partes plantada el artillería y trincheas, las cuales cubrían aquellos que combatían. El batirla duró algunos días. La largueza de la fatiga encendía cada día más á los soldados en la esperanza de la presa y de la venganza. Los cercados, por el contrario, con temor de la muerte y del castigo, aunque cansados del cuerpo y con fatiga grande, se mantenían de ánimo en la última obstinación y porfía. Mas la humanidad del Gran Capitán mandó poner fin á la batería, que domados de la hambre y presos, esperando como merescedores el último castigo, fueron perdonados del Rey Federico por el medio é intercesión de Gonzalo Hernández. Vuelto á Nápoles con el Rey, recibió cartas por las cuales le mandaba el Rey don Hernando que viniese á España, por informarse dél muy en particular de las cosas acaecidas. Embarcado que fué en el armada con la más escogida gente y en especial con los capitanes de caballos é infantería, los cuales en muchas guerras habían hecho hazañas merecedoras de grande loor y premio, navegó en España. Cosa increíble es decir con cuánta honra el Rey y la Reina doña Isabel le recibieron, confesando el Rey á boca llena que mucha más gloria había adquirido á la Corona de España habiendo tornado á sus parientes en el su antiguo reino, que no él por la presa de Granada y por haber echado los moros de aquel reino. Bien demostró el Rey con efecto que aquella loor y honra que le daba no procedía de lisonja, sino de juicio de ánimo, haciéndole con liberalidad real muchas y grandes mercedes. Mas aunque Gonzalo Hernández no se pudiese igualar en el estado y patrimonio con los señores de Castilla, porque todo el estado del padre, según la ley de España, tocaba por mayorazgo á su hermano don Alonso, sólo con su merecimiento y valor se trataba como los más principales. Y no habiendo aún pasado dos años, creyendo haber hallado reposo en sus tierras á sus tantos trabajos, la fortuna, la cual no había estado un punto firme, más verdadera compañera de la virtud, le presentó á la hora nueva materia de guerra. Los moros del reino de Granada se amotinaron, los cuales no habían querido seguir al Rey Boabdelín, vencido en batalla, perdido que hubo el reino se partió de España, é habían sido recibidos en fe debajo de ciertos capítulos é condiciones, metiéronse en armas é dieron señal de una nueva é importantísima guerra; porque no podían sufrir de ser constreñidos á baptizarse, y rebellados paresce que llamaban de la vecina Berbería un mozo de sangre real á la esperanza del reino, el cual, favorescido de grandes ayudas de bárbaros, parescía que cada rato se aguardaba en España. El Rey don Hernando, desvelado de este tumulto, mandó á todos los Grandes que por la salud y reputación de España ayuntasen las más gentes que pudiesen. Hicieron su deber y ajuntáronse gentes á pie y á caballo un número cuasi innumerable. Hizo capitán de este ejército á Gonzalo Hernández, la cual determinación fué á la verdad con maduro consejo determinada, por no dar desabrimiento á los Grandes, que no querían que ninguno de su orden y potencia les fuese preferido y voluntariamente seguirían á uno que fuese inferior de ellos en señorío, el cual por común consentimiento de todos se aventajase en esfuerzo y plática de las cosas de la guerra. Habiendo recibido el cargo del gobierno, con grande diligencia hizo la reseña del ejército por bandas y compañías, y paresciéndole haber de apartar los soldados nuevos de los viejos é enviallos á sus tierras, mandó á su hermano don Alonso, el cual era capitán de una banda de caballos, que de presto cerrase la orden y marchase para adelante, con tan

graves y severas palabras, que mostró bien claro haberse olvidado del hermano y tener en memoria el cargo que regía y gobernaba. Y así los grandes señores le honraron y le obedecieron. Los moros, engañados de la vana esperanza de los favores ultramarinos, espantados de ver tanta gente spedida y presta, y atemorizados del capitán general, á quien tenían más temor que á todos los otros capitanes, perdieron el ánimo. Por lo cual Gonzalo Hernández, como era conocido de los moros por tantos razonamientos que con los Reyes había tenido y siempre había sido un benigno árbitro de paz, ofresciéndoles una honestísima condición, teniendo por ayudador á don Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, alcaide de la Alhambra, y el Rey, perdonándoles todos sus errores y rebelión, toda Granada fué pacificada. Ganó entonces Gonzalo Hernández grande loor de humanidad y de industria igual á la gloria de la guerra, pues con sólo haberse fundado en la elocuencia había traído á conclusión negocio tan importante, sin ningún derramamiento de sangre, tan provechoso al nombre real.

En este tiempo el Rey Luis de Francia, el cual había sucedido al Rey Carlos, muerto de una súbita muerte, el Papa Alejandro, con venecianos y florentines, habían hecho una liga muy dañosa á Italia contra Ludovico Sforza y el Rey Federico, con estas condiciones: que al Rey Luis de Francia se adjudicase Milán; á venecianos, Cremona; á César Borja, hijo del Papa, el cual habiendo cruelmente muerto á su hermano el Duque de Gandía, había desechado el capello de Cardenal y había en Francia tomado por mujer á Carlota de La Brit, parienta del Rey de Navarra, se le diese ayuda é favor, con la cual hiciese piezas y desterrase toda la casta de los antiguos príncipes y se hiciese señor de la Romanía, de la Marca de Ancona y de la Umbría, y el Rey Fernando de España y el Rey Luis de Francia se partiesen el reino de Nápoles. Fué con tanta astucia tenido en secreto en la liga el nombre del Rey don Hernando, que Federico en aquel gran temor y peligro de ninguno esperaba mayor ni más cierto socorro que del Rey don Hernando, su pariente y su viejo defensor. Ludovico Sforza, viéndose rodeado de aquella cruel conjuración de príncipes, aguardando en vano el socorro del Emperador Maximiliano, el cual siempre estaba necesitado de dineros y entonces le hacían guerra los suizos y grisones, envió embajadores á Bayaceto, Emperador de turcos, para darle á entender que aquella conjuración se hacía con este designo: que después que se pusiese fin á la guerra de Italia, conforme á sus designos, se ajuntarían en uno é pasando en Grecia le harían la guerra por mar y por tierra. Entendió el bárbaro la ocasión y la importancia del peligro y mandó de presto henchir el arcipiélago de galeras y dió orden á Scander Bajá, Sanjaco de la Sclavonia, que con mucha caballería arruinase é saquease las tierras de venecianos hasta as lagunas y llegase á ver las torres de la ciudad de Venecia. Las armas francesas salieron con mucha furia contra el Sforza, y siendo apretado por las espaldas de venecianos é miserablemente desamparado de todos y de los suyos vendido, é Milán perdido, fué necesitado de irse en Alemaña; y esto sucedió pocos días antes que los turcos pasasen los muy hondos ríos que les estaban puestos delante al encuentro, que son la Livenza, el Lisonzo, el Taliamento y la Piave, habiendo hecho muy grandes daños á la gente de la tierra que de esto estaban bien descuidados y allegaron hasta el condado de Trivigo. Recibieron los venecianos otro daño con muy grande vergüenza en Proto, entre las islas junto á Candía, en la partida de la Morea, que el Grimano, con mayor y más fuerte armada que la turquesca, combatiendo con ella, había vergonzosamente perdido algunas galeras y dos naves grandes que le quemaron, y finalmente la ocasión de una cierta victoria. Pero antes que se cumpliese un año, Ludovico Sforza, habiéndose fortificado del favor y ayuda de los suizos y de la caballería borgoñona, echó á los franceses y recobró á Milán y á Novara. Tal fué, finalmente, el suceso de la guerra, que con grande traición fué de los suizos puesto en manos de monsiur de la Tramolla, capitán francés, y los venecianos prendieron al Cardenal Ascanio Sforza, su hermano, que se había ido huyendo al Placentino, y le entregaron á franceses.

El Gran turco Bayaceto entró por el Examillo de Corintio en la Morea con un grueso ejército y tomó á Modón, ganó al Gunco, que fué Pileo de Nestor, y á Criseo de allá del Acrite, hoy llamado Cabo de Gallo; ganó á Corro, habiéndoles poco antes ganado á venecianos á Lepanto en el golfo de Etolia y á

Durazo en Albania. Los venecianos, espantados de estos prósperos sucesos de los turcos, demandaron ayuda á todos los Reyes de la Cristiandad. El Rey don Hernando primero que todos los otros respondió benigna y liberalmente á sus ruegos, así como aquel que, allende el nombre de la reciente gloria, en haber echado con singular esfuerzo y devoción los Reyes moros del reino de Granada, procuraba de ganar nueva honra. Y aunque fuese debajo de causas de secretos designos, á fin de ocupar con la aparejada gente la mitad del reino de Nápoles, dividido con el Rey de Francia según los conciertos hechos, mandó aparejar en Málaga una gruesa armada, porque parescía ser una obra muy honrada, si por respecto de la religión él daba socorro á la Cristiandad, puesta en tanta necesidad y trabajo, y en un mismo tiempo proveer á las cosas de Sicilia, y porque con tiempo se acomodasen sus secretos designos, los cuales por entonces no le parescía que se publicasen, fué nombrado por capitán general Gonzalo Hernández, con público juicio y favor de todos, el cual navegase en Sicilia y de aquí se juntase con el armada veneciana y fuese contra turcos. Los soldados y el armada se juntó en Málaga, y favorescido de la liberalidad y riquezas de don Alonso de Aguilar, su hermano, con buen tiempo se hizo á la vela de Málaga en Mecina y de allí á Losanto. Había en esta armada cuatro carracas de genoveses bastecidas de toda munición de guerra; la mayor de ellas, llamada la Camilla, era la capitana; allende de éstas, fueron otras treinta y cinco naves de carga, siete bergantines armados, ocho galeras y cuatro fustas. Llevaron en estas naves cerca de ocho mil infantes escogidos y mil y doscientos caballos. Muchos caballeros generosos siguieron á Gonzalo Hernández, entre los cuales fué don Diego de Mendoza, hijo del Cardenal don Pedro González, hombre muy excelente ansí por la grandeza de ánimo como por la disposición corporal. Los turcos habían tomado poco antes la isla de la Chefalonia, la cual después Melchor Trivisiano, sucediendo al Grimano, el cual por haber mal peleado había sido confinado del Senado en Osoro, isla de las absirtas, en balde la había combatido. Era esta isla de grande comodidad para los negocios de la mar, y los venecianos tenían temor que los turcos con igual osadía y suceso no se enseñoreasen de la isla vecina de Losanto. Allegado que fué Gonzalo Hernández, los venecianos le recibieron con grandísima honra y alegría, y habiendo conferido con él sus designos, deliberó de combatir á la Chefalonia. En aquel tiempo, por allegarse el otoño, la armada turquesca se había retirado al estrecho de Galipoli, y Bayaceto tuvo nueva cómo se aparejaba grande armada contra él en España y en Francia y en Italia, y habiendo tomado á Modón y de paso tentado en vano á Nápoles de Romanía, se había vuelto en Tracia. La isla de la Chefalonia está puesta entre Losanto y el golfo de la Larta, en el Archipiélago; es noble por dos puertos y por la fertilidad de la tierra y por la grande abundancia de fuentes de agua dulce, y á esta causa les sería de grande comodidad para la contratación de la mar, en especial habiendo perdido á Modón, que solía dar seguro puerto y reposo á aquellos que navegaban en Suria.

Pues habiendo proveído todas las cosas necesarias para dar el asalto, determinó el Gran Capitán, antes de mostrarse, enviar un embajador á los turcos, que fueron Puccio, capitán de las galeras, y Solís, valeroso capitán de infantería, haciéndoles saber cómo los soldados viejos del riquísimo Rey de España, ejercitados de largo tiempo en la guerra y vencedores de los moros de su seta, habían venido en socorro de venecianos, y si ellos querían entregar la isla y el castillo, que todos se podrían ir salvos y seguros; pero si estaban determinados de querer probar la fuerza de los españoles y esperar los golpes del artillería, que no hallarían después lugar ninguno de perdón ni de remedio. A estas palabras respondió con alegre rostro Cisdar, de nación albanés, capitán de la guardia: «Cristianos: agradecemos os mucho vuestra voluntad; hacemos os saber que nosotros estamos determinados ó vivos ó valerosamente muertos ganar grande gloria de constancia para con Bayaceto; ni nos espantamos por ningunas amenazas de hombres, habiéndonos la fortuna á todos escrito en medio de la frente el fin de la vida. Decid á vuestro capitán que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las cuales valerosamente vengaremos nuestra muerte, si acaso no pudiéremos resistir á nuestro destino ó á vuestro esfuerzo». Dicho esto, mandó enviar un fuerte arco con un carcax dorado al Gran Capitán, y rompió el razonamiento. El Gran Capitán y el Pésaro,

proveedor de venecianos, haciéndoles el tiempo bueno, partieron de Losanto y entraron en ambos á dos puertos de la Chefalonia, y metida la gente en tierra, los venecianos de la una parte y los españoles de la otra se alojaron y plantaron el artillería. Tenía el Pésaro algunas piezas de artillería de bronce muy gruesas, las cuales se llamaban basiliscos, que la pelota de hierro que echaban pasaba ocho pies de muralla, y con espantoso rompimiento desbarataban todo aquello que estribaba de la otra parte del muro. Los turcos, al encuentro, mucho más de lo que se puede creer se defendían esforzada y animosamente, ni por las espantosas muertes de los suyos no se movían un paso atrás, haciendo de par de dentro reparos de tierra, madera y otras cosas, tirando de contino artillería y tanta furia de saetas, que el campo y las tiendas estaban llenas de ellas; y era la crueldad mayor por estar enerboladas, que de una pequeñita herida morían los pobretos de soldados, así como acaeció á don Sancho de Velasco, mozo nobilísimo y valeroso, el cual primero que los físicos venecianos hallasen para su herida cierto remedio, en poco rato fué muerto de una bien pequeña herida. La fortaleza de la Chefalonia está puesta sobre una peña, y por el aspereza del sitio con dificultad se podía subir á ella, y también lo estorbaban las ruinas del muro que caían; pero por estos estorbos los españoles animosamente no dejaban de subir, y á todas las horas con sangrienta porfía combatían. Los turcos, no faltando á su deber, porque allí donde estaban los enemigos más ajuntados les echaban fuego, saetas y piedras y algunos que subían por las escalas procuraban de tirallos encima la muralla, habiendo echado para abajo ciertos garfios de hierro, que ellos llaman lobos, con los cuales los cogían por lo hondo de la coraza ó por la cintura. Con estos garfios, entre otros, con grande peligro de la vida, fué preso Diego García de Paredes, el cual después en muchas guerras ganó loor de singular fortaleza. Salían los turcos muchas veces con la oscuridad de la noche, porque en aquella hora con el beneficio de lo escuro les parecía segura del peligro del artillería, y tiraban entonces tanta multitud de saetas por todo el campo, que muchas veces estuvo el Gran Capitán en mucho peligro, que hasta su tienda estaba llena de ellas. El Gran Capitán, viendo que á este peligro apenas se le podía poner remedio, pensó un muy provechoso reparo: mandó hacer una trinchea muy cerca en el enderecho de la puerta y rodeada al derredor de matones, y aquella parte la fortificó con artillería apuntada al paso por donde los turcos tenían de salir. De manera que los turcos eran primero muertos del artillería casi con golpe cierto que ellos arribasen al lugar adonde solían echar las saetas. Este ardid rompió el osar y atrevimiento á los turcos; porque Pinedo, hombre valeroso, á quien había sido encomendado el cargo de defender la trinchea, tenía siempre en esto atenta la guardia.

Los turcos, según su costumbre, se salieron dos veces fuera y ambas los cogió tan felicemente, que de una súbita ruciada de artillería murieron un grande número de ellos. Por la otra parte los turcos hicieron una mina, por la cual salían de noche, y allegaron á la tienda del Gran Capitán; pero él, siendo avisado en sueños por gracia divina, la cual tenía especial cuidado de su salud, le guardó de tan grande peligro, y ansí mandó hacer una contramina, donde puestos algunos barriles de polvora y dándole á fuego, les salió al encuentro con terrible matanza de bárbaros.

Había en este medio la carestía de la vitualla afligido más que medianamente á los españoles, parte por la negligencia y pereza de algunos mercantes que tenían cargo de proveer el campo, los cuales le proveían las vituallas con grande escaseza, y parte por la dificultad de la navegación; porque como era invierno, el mar era combatido de crueles vientos, y con esto se tardaban los continos pasajes que todos días se hacían en Corfú y de Losanto; talmente que muchos fueron constreñidos á vivir de yerbas y de raíces no conocidas, de lo cual adolescieron de enfermedad de cámaras. Había en el un campo y en el otro guardado alguna cantidad de trigo; el Gran Capitán mandó hacer algunos pequeños molinos de á brazo, los cuales en cada una galera eran movidos por los forzados. Faltando cedazos para sacar el salvado, quitó á las mujeres de las cabezas algunos velos muy delicados. Hicieron algunos hornos pequeños en la ribera para donde se cociese el pan. Con esta provisión no solamente se remedió la hambre, mas ambos campos fueron llenos de nueva esperanza de victoria. En aquellos mismos días el Conde Pedro Navarro, el cual después en la

guerra alcanzó suprema honra, inventor de obras maravillosas, había derribado una parte del muro haciendo cavar algunas minas en el fundamento donde estaba asentada la fortaleza y metiendo barriles de pólvora para dalles después á fuego; y con la violencia de aquel elemento, cerrado por donde podía espirar, rompía con grande presteza cuanto topaba. Ya se comenzaba á oir la murmuración de los soldados, enojados por haber tantos días consumido en el combatir de una tierra ó ciudad tan ruín contra unos desarmados flecheros. El Gran Capitán, aunque confiado del singular esfuerzo de sus soldados, comunicó sus designos con el Pésaro, el cual había tomado cargo de combatir la otra parte de la ciudad, y deliberaron de dar á la hora juntamente por ambas partes el asalto, habiendo públicamente mandado grandes premios á aquellos que fuesen los primeros al entrar de la tierra.

Después que hubo diligentemente y con industria proveído lo necesario para dar el último combate, fué dada la señal con las trompetas y á un tiempo descargada el artillería, haciendo tanto rumor que toda la isla tembló y se creyó que se hundía. No las murallas ni las trincheas hechas de por de dentro ni la constancia de los bárbaros pudieron ser parte de estorbar á la infantería española que con grande presteza no plantasen las banderas en lo alto de la muralla, y en el entrar de la tierra fueron los fortísimos turcos muertos y la ciudad ganada. Fueron tomados vivos cerca ochenta, especialmente de aquellos que estaban enfermos de las pasadas batallas y no habían podido tomar los principales lugares de la defensa del muro. Los otros todos cerca trescientos, defendiéndose en el último combate de la muerte, fueron muertos con Cisdar su capitán. Los españoles, que de antes despreciaban y tenían en poco las armas de los turcos y la grosera calidad de su milicia, juzgaban que de la fuerza de ellos se había de tener grandísimo temor, si se hubiese de combatir con una grande multitud.

Tomada que fué la Chefalonia, el Gran Capitán por muchas causas le convenía volverse en Sicilia, aunque los venecianos habían designado de querer combatir á Santa Maura; había entendido poco antes por cartas del Rey don Hernando que los capitanes franceses que estaban en Milán habían asoldado algunas bandas de suizos y en Génova proveído una gruesa armada y á la primavera habían de hacer guerra por mar y por tierra al Rey Federico. El Pésaro, en nombre del Senado veneciano, agradesció mucho al Gran Capitán la obra recibida, y en premio del servicio le dió vasos de oro y de plata entallados, paños pavonados de lana, piezas de carmesí y brocados, diez caballos turcos y diez mil ducados, los cuales á la hora con grande liberalidad los repartió en el ejército y particularmente entre los más valerosos soldados y amigos suyos, no habiéndose querido tener para sí sino cuatro tazas para honrar su aparador en tiempo de paz en testimonio de su valor y de la cortesía veneciana, porque él con grande grandeza de ánimo posponía á todas aquellas dádivas la honra ganada con grande fatiga de la presa de la Chefalonia. Pero la fortuna le esparció aquel dulcísimo honor de la honrada hazaña con el amargor del doméstico llanto, porque cuasi en aquel mismo tiempo don Alonso de Aguilar, su hermano, mayorazgo de su linaje, capitán de grande autoridad, fué muerto de los moros en la Sierra Bermeja. Habiéndose aquella gente dejado debajo de ciertas condiciones de paz, después de la guerra de Granada, en la Sierra Morena y eran forzados del Arzobispo de Toledo á hacerse cristianos, rebeláronse y pusiéronse en armas. Fué cometido el cargo á don Alonso para que los hiciese guerra y los castigase, y él combatiendo esforzadamente, habiéndose metido muy adelante, sobreviniendo la noche dándole encima los moros por todas partes, saliendo de las celadas le mataron, habiéndole primero muerto el caballo. El Conde de Urueña, compañero suyo en aquella empresa, no tuvo esfuerzo de socorrer á don Alonso, puesto en el medio de sus enemigos. Don Pedro su hijo, habiendo recibido grandes heridas junto á su padre, fué socorrido de don Francisco Alvarez de Córdoba, amigo valerosísimo, y echados con grande fuerza los bárbaros le levantó, que estaba en tierra con una pierna pasada, le puso en un caballo y con grandísima honra le salvó.

Pero tornando adonde nos partimos, después que fué entendido que el Gran Capitán era arribado á Mecina con el armada no solamente salva, pero victoriosa, le vinieron embajadores de muchas partes y de todas las ciudades de Sicilia con presentes á alegrarse con él de la victoria. Pero su vuelta fué

al Rey Federico más apacible que á todos, porque estando puesto en grande afán y trabajo por la guerra francesa que le venía á cuestas por el antigua amistad, había puesto toda su esperanza en los españoles y en el esfuerzo del Gran Capitán, porque venecianos y florentines habían hecho liga con franceses. El Papa Alejandro con el Rey de Francia habían conjurado contra Federico. Y por esta causa Federico le envió muchas veces embajadores en Sicilia y en parte con continas cartas le hacía saber cuán grande aparejo por tierra y por mar hacían los franceses por acometer á Sicilia, si él insuficientemente á tan grande furia de guerra que le amenazaba y abandonado de todos sus antiguos amigos fuese constreñido á partirse de Nápoles y del reino. El Gran Capitán, sabiendo que el Rey don Hernando y el Rey Luis de Francia se habían secretamente concertado y partido entre ellos igualmente el reino, entretenía á Federico con la esperanza del socorro, aunque esto él lo hacía muy contra á su voluntad, porque le parecía muy ajeno de la noble costumbre de su pasada vida y de aquella (por la cual él era muy loado) inviolada bondad y limpieza de ánimo entretener con engañosas promesas un Rey tan bueno, y siéndole obligado con mercedes hechas de su mano y muy su allegado en amistad y servicio, y á la fin que fuese engañado y con traición puesto en las manos de sus enemigos á natura crueles y enojados por el rompimiento de la pasada guerra. Pero él tenía de obedescer á los mandamientos de quien le podía mandar, porque mientras tenía cuidado de su honra no paresciese que faltase en la fe á su rey y señor, el ánimo del cual por ciertas ofensas estaba ajenado de Federico y le tenía por enemigo, porque se decía que él había tratado con el Rey Luis una paz y perpetua concordia, la cual se esforzaba de confirmar con pagalle cada un año cierta cantidad de ducados de tributo. Al Rey don Hernando le parecía muy mal este trato, no queriendo que aquel reino fuese tributario á gente enemiga, el cual reino el Rey don Alonso su tío con grande esfuerzo y con difícil guerra y muchas veces con dudosas victorias lo había ganado, y que él poco antes con los tesoros de España y de Sicilia lo había defendido contra los mismos enemigos. No mucho después, habiendo los capitanes franceses formado un grueso ejército, venidos de Lombardía en tierra de labor, tomada sobre concierto y cruelmente saqueada Capua y rompida la gente de Federico, el Rey, como desesperado de sus cosas, se fué huyendo con la mujer y los hijos al castillo de Iscla; y enojado con el Rey de España, del cual se querellaba que con malvada desimulación le había hecho traición, se concertó con monsiur de Nemos y monsiur Daubegni, capitanes del Rey de Francia, entregándoles las fortalezas de Nápoles y de poder con seguridad navegar en Francia y hacer prueba de la clemencia del Rey Luis, al cual muy humilmente quería ir á hallar, habiendo sido en esta manera derribadas de un súbito las cosas de Federico.

El Gran Capitán, así como de antes estaba concertado por sus conciertos secretos, pasando de Mecina á Ríjoles, en poco espacio de tiempo tomó todas las ciudades de Calabria, porque los Reyes con estas capitulaciones se habían ajuntado en una amistad: que en la división del reino toda la tierra de labor, el ducado de Benevento y el Abruzo, juntamente con la ciudad de Nápoles, fuesen del Rey de Francia; la Calabria, Basilicata é toda la Pulla con tierra de Otranto tocasen al Rey de España. El Gran Capitán ante todas cosas, con ánimo generoso, antes que hiciese guerra al Rey Federico, le envió un embajador que con solemne contrato le renunciase las ciudades é castillos en el Abruzo y en el monte de Santo Angelo que el Rey en la guerra pasada, por los servicios que le hizo, le había hecho mercedes de ellas, porque aquel que le había de ser enemigo por mandamiento del Rey don Hernando su señor, olvidada del todo la memoria de las mercedes recibidas, no le pareciese ingrato. Federico, maravillado del respeto y de la grandeza de ánimo del Gran Capitán, le respondió: Que él conocía claramente la virtud y bondad suya, aunque le fuese enemigo, y que no se arrepentía de la liberalidad y mercedes que le había hecho; pero de nuevo con grandes privilegios las confirmó, habiendo publicado y dicho muy grandes loores del Gran Capitán, el cual con libre voluntad le había borrado la infamia de la ingratitud y échole conocer cómo constreñido por los mandamientos del Rey su señor le hacía guerra. Después de aquesto á los señores de la casa San Severino, especialmente á Bernardino, Príncipe de Visiñano, le restituyó el estado y castillos, al cual tres años antes se los había quitado como á rebelde y

enemigo, el cual obstinadamente favorescía la parte francesa. El Gran Capitán juzgaba que era muy bien ganarles la voluntad con aquella liberalidad, porque alguna vez se olvidasen de la parte anjoína, á la cual en la guerra pasada había conocido que casi toda la Calabria era muy aficionada. Después con grande consejo ganó por amigos á los señores Coloneses y con grande honra y humanidad les dió á cada uno de ellos una banda de caballos. Fabricio Colona había sido preso en Capua y habíase rescatado con dineros de las manos de franceses. El Próspero había dejado á Federico ya muy trabajado de la cruel tempestad de la inicua fortuna, habiendo muchas veces condenado el consejo calamitoso y desdichado de Federico, según se mostró en efecto cuando, movido del enojo que tenía del Rey de España y de la vana esperanza francesa, humilde é miserable había navegado en Francia á buscar al Rey Luis.

Estaba en Sicilia el Cardenal Juan Colonna, hermano del Próspero, el cual cuando el Papa Alejandro había comenzado á favorescer á los señores Orsinos é con liberales gajes escríptolos á la milicia de Césaro Borja, su hijo, y echado á los Coloneses de Roma y de sus estados, él se había huído de Roma. El Gran Capitán, como aquel que era lleno de una rara grandeza de ánimo é de singular ingenio, claramente adivinando, proveía á lo necesario, porque los franceses, parte por su naturaleza ser muy fogosos, parte insolentes, bravos por las victorias ganadas sin ninguna fatiga, creía que no quedarían nada contentos con los confines concertados de la división del reino, y por esto sin duda alguna algún tiempo se movería la guerra. Por lo cual con grande honra suya, echando los franceses, habría adquirido un reino nobilísimo á don Hernando, Rey de España, y á sus sucesores; por donde juzgaba que sería de grande importancia aquellas cosas que con la esperanza y grandeza de ánimo designaba. Allegando á sí y al servicio del Rey de España á los señores Coloneses, hombres nobilísimos y de singular valor en la guerra, los cuales él conocía no solamente grandísimos enemigos del Papa, amigo de franceses, y allende de esto les quitaría de su parte los soldados viejos italianos y todos los aficionados al nombre de Aragón y un grande número de parientes y servidores suyos.

Federico, partiéndose del reino, había dejado en Taranto á don Hernando de Aragón, el mayor de sus hijos, el cual se llamaba Duque de Calabria, para que estuviese en guardia de la ciudad más fuerte de todo el reino. Estaban con el Duque don Hernando, don Juan de Guevara, Conde de Potencia, y Leonardo Alejo, caballero de la militia de Rodas, hombre en la guerra muy valeroso. Teníase debajo el presidio de Federico Manfredonia, puesta adonde fué la antigua ciudad de Siponto al monte de Santo Angelo; las otras ciudades y castillos habían venido en las manos de franceses ó españoles. El Gran Capitán, ajuntada toda su gente y habido de monsiur de Nemos, el cual era capitán general de franceses, dos compañías de gascones ballesteros y otras tantas bandas de caballos, asentó cerco á Taranto. Vinieron á él Próspero y Fabricio, y comenzóse á hacer guerra, porque muchas veces salían los del Duque y en la campaña puesta debajo la ciudad escaramuzaban á pie y á caballo. El Gran Capitán, desconfiado de poder tomar á Taranto ni por fuerza ni con artillería, determinó de apretalle con un fuerte cerco y domalle con la hambre. Porque aunque él hubiese edificado reparos á la alteza de un castillo contra la puerta y de allí la batiesen con artillería, la naturaleza del lugar era tal que los del Duque se defendían valerosamente, asentada su artillería contra los bestiones, y no se atemorizaban en un punto por la fuerza de los enemigos, Es maravilloso el asiento de aquella ciudad, que por todas partes es bañada del mar. Que don Alonso de Aragón el mozo, que por sobrenombre fué llamado el Guercho, la había cortado de tierra firme, cuando los turcos tomaron á Otranto, entre las otras ciudades de tierra de Otranto, por la gran comodidad de aquel puerto, designaban de haber á Taranto. La ciudad está ahora puesta en aquel lugar donde antiguamente estuvo la grandísima Roca de Taranto, ennoblecida por el cerco no menos largo que vano de Aníbal. Pero adonde estaba el viejo Taranto son agora grandes ruinas y por todo él se muestran maravillosos vestigios de la ciudad deshecha. Es, en fin, Taranto ciudad nueva y toda traspasada en aquella isla y ceñida en derredor del mar, y por dos puentes de madera se pasa á ella puestos el uno á levante y el otro á poniente; en las cabezas de ellos están edificadas dos

hermosas fortalezas, que por medio de la una y de la otra tierra firme corren dos canales, y ansí con grande dificultad se pueden combatir. De la parte del abierto mar no se pueden allegar las naves, porque aquel costado de la ciudad está fortificado de unos perpetuos escollos ó peñascos.

El Gran Capitán, espantado de estas dificultades, determinó con exquisito modo de trabajo de igualar los bestiones y los fosos á la justa alteza de Taranto á golpe de artillería y cerró las dos salidas de las puentes, haciendo dos castillos de tierra y encima el artillería, y deliberó de invernar allí. La armada de españoles y sicilianos corrían todo aquel mar y con contina guarda guardaban ambas á dos las entradas de aquella isla que hace el puerto, que por ellas ningún navío pudiese salir ni entrar en él ni en la ciudad. Fué aquel cerco el más largo de cuantos se han visto en Italia, según él era perezoso y reposado. Porque como los del Duque hubiesen bastecido la ciudad de sí misma abundantísima, ansí por la fertilidad del territorio vecino como por la comodidad de una facilísima navegación, habiendo á más de esto traído de la comarca muchas vituallas, tenían á grande temeridad provocar á los enemigos y meter en peligro las fuerzas de ellos, que eran pocas y flacas.

Entretanto que el Gran Capitán tenía puesto el sitio sobre Taranto, procuraba, como en todos sus hechos, ansí de guerra como de paz, fuese tenido y reputado de italianos y más de franceses por illustre, en obras de magnificencia y grandeza. Que entre las virtudes de ánimo que tenía, que eran muchas y grandes, adquiridas ansí por naturaleza como por artificio, en la de la liberalidad fué un raro hombre, con la cual se ganan los ánimos de los soldados, porque ninguno jamás más exquisitamente ni más á tiempo ni con más alegre semblante que el Gran Capitán usó el esplendor de la magnificencia, no solamente con los suyos, pero con sus enemigos.

Había acaso allegado entonces de la isla de Mitilén á las vecinas riberas de Calabria, echado de la cruelísima fortuna, Filipo Rabastain, flamenco, capitán de la armada de Francia, habiendo perdido las naves parte por naufragio, parte rompidas por la furia de los vientos, y la nave capitana hecha mil pedazos por haber violentamente encontrado en unas peñas de la isla de Citera, y él medio desnudo con los más principales de su compañía, se había salvado. El Gran Capitán, viéndole tan trabajado, ansí por el enojo del mar como por el espanto de la imaginación del reciente peligro y por el dolor de la empresa que mal le sucedió, desnudo de aderezos de su persona y casa, le envió un presente de algunas cosas que le eran muy convenientes para el remedio de la necesidad presente; y quien quisiere considerar el grande valor dél, paresce que avanza al término de la liberalidad. Entre otras cosas, demás de una gran suma de vituallas, le envió ropas de seda aforradas en martas cebellinas, de lobos cervales, camas de seda, cobertores, tapetes, vasos de beber de plata maravillosos, algunos muy buenos, caballos bien aderezados, y fué tan grande el número de aquellas cosas, que cuasi á todos sus compañeros les tocó parte de aquella liberalidad. Con los cuales dones obligó grandemente el ánimo de los franceses, y ansí con toda calidad de loor decían que hombre tan grande y magnífico era merescedor del reino que gobernaba. Estaban en compañía de monsiur de Rabastain muchos caballeros franceses, entre los otros el señor Juan Estuardo, Duque de Albania, caballero mozo y de la sangre real de Escocia, al cual después le habemos visto en Italia capitán de grande nombradía. Monsiur de Rabastain con ánimo más quieto sufría la iniquidad de la fortuna, confesando no ser en cosa alguna igual al Gran Capitán, porque poco antes, movido de la cobdicia de la gloria, persuadido para ello de venecianos, había navegado contra turcos á la isla de Mitilén á fin que tomada aquélla, como ciudad y isla más noble, sobrepujase en la honra al Gran Capitán, la cual felizmente se había adquirido ganando la Chefalonia. Pero aquella conquista fué con más temeridad que con valeroso esfuerzo de franceses emprendida, y así tuvo muy deshonrado fin. Porque habiendo con el artillería derribado casi á tierra la muralla y sido echados de la ciudad, la cual los turcos la defendieron con maravilloso esfuerzo, partiéndose de la isla les tomó en el arcipiélago una cruel y terrible fortuna; tal que apartó y rompió aquellas naves que quedaron, de tal manera que la una no pudo hacer el viaje de la otra. No faltaron soldados españoles que, teniendo grande envidia de aquellas dádivas hechas á los franceses, que por las tiendas y públicas conversaciones decían

que el Gran Capitán con real mano derramaba las riquezas con los extranjeros; que fuera más justo proveer á la necesidad de sus soldados, así como á aquellos que se les debían las pagas de muchos meses; donde la envidia de aquella malvada furia prendió de tal manera los ánimos de los enojados soldados, que todos de una voluntad y súbito consentimiento se amotinaron, tocando al arma se metieron en orden y comenzaron á demandar las pagas al capitán. Había pasado tan adelante el furor, que estando el Gran Capitán desarmado le metieron las picas á los pechos, y ninguna cosa tanto le defendió en tan crescido peligro cuanto su maravillosa constancia y la majestad de sus palabras. Porque un soldado privado que con terrible vista le amenazaba con la punta de la pica, le metió la mano debajo de ella y con un rostro apacible, medio riendo, le dijo: «Levanta para arriba esa punta, necio, que burla burlando no me pases de parte á parte». Decía esto con tanta alegría como si aquel soldado, que con el enojo apretaba los dientes, se estuviera burlando. Fué allende de esto inculpado con vituperosísimas palabras, porque excusándose del haber tardado la paga y jurando cómo él se hallaba en extrema necesidad de dineros, Hisciar, vizcaíno, capitán, le respondió sorberbiamente diciéndole: «Si tú no tienes dineros, mete á tus hijas en el burdel»; la cual palabra, aunque por entonces no mostrase ningún sentimiento de haber tomado algún enojo, pero allególe á lo íntimo del corazón. Porque habiéndose asosegado aquel motín con ciertos prometimientos de dineros, la noche siguiente mandó ahorcar á Hisciar de una ventana abajo, adonde todo el ejército le podía ver. Donde el Gran Capitán con aquella severidad cobró no solamente su autoridad y reputación, la cual por el reciente amotinamiento de los soldados la tenía casi perdida; pero en lo de por venir con aquella terribilidad del súbito castigo atemorizó á los sediciosos soldados, que después no tuvíeron atrevimiento de ofenderle. La infantería muchas veces daba voces diciendo que, ó luego les diesen las pagas que se les debían ó los licenciase del juramento, porque con deseosos ánimos habían puesto los ojos á otra fortuna y más libertada milicia. Que Césaro Borja, hijo del Papa Alejandro, habiendo puesto el ánimo á los estados de todos los señores de la Humbría, de la Romanía y de la Toscana, dándoles gruesas pagas y prometiéndoles grandes presas de las ciudades ricas, llamaba á sí los soldados viejos y especialmente á los españoles, de manera que parescía que poco á poco se querían partir y desamparar las banderas. Pero la fortuna, que en las cosas difíciles jamás le desamparó, habiéndosele casi amotinado el ejército y no aguardando dineros ni de España ni de Sicilia, le socorrió en una grandísima necesidad, que en un punto le enriquesció, con la mercancía de una nave de Génova, la cual navegando para Levante había venido al golfo de Taranto. Mandó á Puccio, capitán, que con las galeras de Lezcano la rodease y la metiese á saco, estando la nave bien descuidada de cosa semejante. Mandó el Gran Capitán hacer esto por ciertas causas, y la principal porque llevaba hierro á los turcos. Estimóse el valor de ella en más de cien mil ducados, aunque á la verdad fué forzado á hacer esto contra su voluntad y no movido de avaricia, sino de extrema necesidad, á fin de tener á sus soldados asosegados y en obediencia, en el esfuerzo de los cuales confiaba de poder traer á fin felicemente la empresa. Solía decir el Gran Capitán, cuando violaba la razón humana, que un Capitán general á tuerto ó á derecho había de procurar de vencer, porque ganada la victoria los daños que se habrían hecho á los miserables pobretos se recompensasen con mucha cortesía y cumplimiento.

Había ya consumido algunos meses en aquel perezoso sitio, cuando por conjeturas vino á entender cómo los franceses, no contentándose de aquella división del reino, en secreto se trataban como enemigos, solicitando con cartas á don Juan de Guevara, que tenía el gobierno del Duque don Hernando, y á Leonardo, capitán de la guardia, que quisiesen antes entregar á Taranto á los franceses que al Rey de España, el cual había hecho traición al Rey Federico su padre. Había acrescentado la sospecha monsiur de Alegre, capitán deligente y despierto entre franceses, que poco antes debajo especie de religión había demandado licencia de poder ir á visitar la iglesia de Sant Cataldo, al cual como su adbogado es de los tarentinos religiosamente reverenciado, con fin de cumplir cierto voto y llevar ciertos dones y ofrescimientos. Habían los franceses en aquel mismo tiempo con

grandes prometimientos persuadido al capitán de Manfredonia que á ellos primero que á los españoles les entregase la ciudad y el castillo.

El Gran Capitán, con maravilloso artificio y diligencia, venció los designos de franceses en tomar primero á Manfredonia y trató con don Juan de Guevara y con Leonardo Alejo, los cuales de su condición eran enemigos de franceses, que con honestas condiciones persuadiesen al Duque don Hernando á querer presto rendirse. El Gran Capitán con maravillosa y extraña manera, siguiendo el ejemplo de Aníbal, había puesto cerca veinte navíos encima de carros, y del abierto mar los había trasportado en aquel mar cerrado. Tiene de largo este mar cerca de cuatro millas y está hecho á modo de un grande estanque ó laguna, y en el enderredor abraza diciocho millas, y aunque haya muy grandes tormentas tienen allí las naves un reposado y seguro acogimiento, y de pescado es abundantísimo. No es Taranto de aquella parte ninguna cosa fuerte, porque está cerrado de casamuro é no tienen temor ninguno por aquella parte los tarentinos.

Habiendo, pues, llevado las naves al puerto con grande fiesta y regocijo de los soldados, con mucha música de atambores y trompetas, corrían por toda aquella marina. Los del Duque de Calabria concibieron grande temor, aunque á la verdad aquel negocio era más terrible y espantoso en apariencia que por daño que les pudiesen hacer. Pasados algunos días, viendo las cosas perdidas é con poca esperanza de remedio, don Juan de Guevara y Leonardo persuadieron á don Hernando de Aragón, Duque de Calabria, que se quisiese guardar sano y salvo y esperar á mejor suerte de fortuna; porque si determinaba de envejescer en la ciudad sitiada, él se ponía á manifiesto peligro de la vida, pues le eran enemigos dos grandísimos Reyes, y los otros Príncipes estaban allegados en liga con ellos, de los cuales les parescía cosa loca é mísera de creer por suceso aguardar ningún socorro; é allende de esto los tarentinos estaban muy afligidos por los infinitos fastidios y daños del largo sitio, y que de hoy adelante deseaban toda el adversidad, porque libres del cerco y de la guerra hallanse fin á tantos trabajos y fatigas. Y que si él rendía la ciudad y el castillo, que fácilmente se alcanzaría del Gran Capitán de poder ir libremente en aquella parte que él más quisiese con el aparato real é con sus domésticos servidores. El Duque de Calabria, persuadido de estos consejos, envió fuera á don Juan de Guevara, el cual concertó la tregua por seis días. Y entraron dentro de la ciudad los capitanes Luis de Herrera é Pedro de Paz. Fué hecho el acordio de rendir á Taranto, y de aqueste tan apresurado concierto fueron mal quistos y juzgados el Guevara y Leonardo y los principales de Taranto.

El Duque de Calabria fué con grande honra é singular humanidad recibido, é dándose gran priesa, según los conciertos, de salir del reino, é seguir los consejos del padre. Poco después fué vuelto de Bitonto á Taranto, en balde lamentándose é llorando que había sido engañado de los suyos é que debajo la fe real le habían hecho traición y hecho prisionero. Pocos meses después (la cual cosa acrescentó más su pasión y trabajo) fué traído en España, donde en una libre é honrada prisión con ánimo reposado se acostumbrase á sufrir en un mismo tiempo el caso de la fortuna del padre é de su malvada suerte. Tenía por cierto el Gran Capitán que el Duque don Hernando seguiría el consejo del Rey Federico su padre, é temía no se pasase á los franceses é procurase con los que seguían su opinión de levantallos á esperanza de recobrar el reino é quitallo á los españoles. Era de parecer el Gran Capitán que aun con loor de su dignidad había de obedecer al Rey su señor, el cual le mandaba é requería cosas poco honestas. Porque, aunque él no guardase aquello que con juramento había prometido, todo ello se refería á la voluntad del Rey, que se lo mandaba, el cual así como ausente no era obligado á cumplir ningunos prometimientos que el Gran Capitán había hecho.

En este medio nasció diferencia entre españoles é franceses sobre los confines de la tierra. Primeramente el negocio se trató por doctores, y después, por la insolencia de los soldados, vino á sangriento contraste, habiéndose producido por ambas partes públicas memorias é tablas pintadas de la tierra, según la fe de los geógrafos y de las historias, por hacer conjeturas de ellas en juicio; pues que ya por la mucha antigüedad, los nombres antiguos de las ciudades y de la tierra se habían perdido, ó malamente trasportados y corrompidos con palabras medio bárbaras, dan-

do escuridad á aquellos que escriben ó leen, que por ellas se conocía el reino de Nápoles, el cual casi con igual estimación el Rey de España y de Francia se habían partido, dividiéndolo así los Reyes antiguos, haberse hecho cuatro gobernaciones, que la una es la Campaña, la cual por la mayor parte se llama tierra de labor y se extiende con un nuevo término del reino desde el paso de Fundi, allende el río Sarno y el Sile, últimos ríos del principado, hasta el río Lao, que parte la Basilicata de la Calabria, de la cual provincia es la cabeza la real ciudad de Nápoles, con una increíble abundancia de todas las cosas y con una bellísima vista de mar, la cual á los ánimos aunque tristes siempre á placer, con una perpetua verdura de jardines. Después de la Campaña comienza la tierra de Abruzo, que ya se llamó Precutina. Esta se extiende del Apenino por el ducado de Benevento al largo ribera del mar Adriático; la cabeza de ella es el Aguila, ciudad nueva edificada de las antiguas ruinas de Amiterno y Forcona. Las otras dos partes son, á mano izquierda, la Pulla y tierra de Otranto; esto es del monte Sant Angelo al cabo de Otranto y Santa María de Leuca, adonde fenesce la Italia. La cuarta región se atribuye á los Brutius, á los cuales hoy día falsamente les es puesto el nombre la Calabria, siendo, por el contrario, calabreses aquellos que habitan la Pulla cerca de Brindiz al mar de arriba. La cabeza de los Brutius es Cosenza, y ansí los Brutius debajo el falso nombre de Calabria se extienden desde el río Silaro hasta el mar Siciliano, comprendiendo el mar Jonio la partida de la baja Calabria, y semejantemente se encierra en aquella parte la Basilicata, la cual entre el río Lao, hoy llamado Layno, y el Silaro toca la ribera del mar Tirreno.

Pues la Calabria y la Pulla habían tocado al Rey de España; toda tierra de labor con el Abruzo al Rey de Francia. Estaban en medio puestas dos pequeñas partidas y de nuevo nombre llamadas la una la Capitanata, la otra la Basilicata, separadas sin duda ninguna de la Pulla y de la Lucania, habiéndose siempre holgado los Reyes antiguos de hacer nueva división, por poder dar gobiernos en nombre de mercedes á los barones que las merescían por servicios, el cual gobierno se le daba mayor que el servicio. La Capitanata es abrazada de dos ríos, que son el Frontone, el cual hoy se llama Fortore, y el otro Losanto, noble en la sedienta Pulla. Pero la Basilicata está encerrada en los confines de los Hirpinos y de la Lucania, allá donde es la Tripalda, la cual es una ciudad en los Hirpinos, y fué aquella que abrió la puerta á la guerra aparejada aunque no comenzada. Porque habiéndola ocupado franceses y sobreviniendo los españoles, los cuales la demandaban como de su señoría, trabada una sangrienta batalla fueron rompidos. Los cuales de aqueste próspero suceso, aunque á la verdad de ligera batalla, tomaron cierto agüero de obtener la victoria de las otras.

LIBRO SEGUNDO

DE LA

VIDA DEL GRAN CAPITÁN

POR PABLO JOVIO [1]

Habiendo sucedido estas cosas en el Abruzo, los franceses queriendo vengar la injuria recibida y cuasi ya turbada la paz, salieron fuera de las cercanas guardias y dieron encima á los españoles; y con muchas muertes de ambas partes fué combatido sobre la posesión de la tierra, la cual parescía que estaba en duda El Gran Capitán hallábase inferior á los enemigos, fuertes y apercibidos, teniendo sus gentes derramadas por los alojamientos, y quería disputar antes con razones y con leyes que no con las armas. Y protestaba, habiendo enviado embajadores á monsiur de Nemos, que en ninguna manera quería romper en cosa alguna los conciertos hechos entre los Reyes, salvo si no le fuese hecha fuerza con grande injuria, por no suscitar de presto temerariamente las armas en la no esperada guerra, la cual después no se podría fenescer sino con lloroso suceso de las cosas, siendo verdaderamente tardíos los remedios en hallar la paz, especialmente cuando la fortuna una vez, aunque con ligera inclinación de las cosas, hubiese comenzado á favorescer las causas de la una de las partes. A estas palabras respondía monsiur de Nemos que él no demandaba ninguna cosa de aquella tierra que en el contracto del acordio habían sido atribuídas al Rey de España; pero que le parescía que la Capitanata y la Basilicata, las cuales habían quedado fuera de la división, de razón justísima más presto le pertenescían á él que á aquellos los cuales por grosera ó astuta división les habían cabido las más fértiles provincias y más abundantes de trigo, habiendo dejado á los franceses (que por razón hereditaria son anteriores en aquel reino) los estériles y ásperos montes del Abruzo. Disputándose en esta manera con las armas aparejadas de la una parte y de la otra, por la declaración del concierto y de la equidad del reino, el Gran Capitán y monsiur de Nemos se ajuntaron á parlamento en la iglesia de Sant Antonio, la cual es muy visitada por devoción, que está entre la Tela y Melfi. Halláronse ambos á dos capitanes en aquel lugar sagrado en el altar mayor, adonde fué dicha la misa, y dicha la pretensión de la una y de la otra parte, fué debatido un rato, del modo de los confines y de la declaración del acordio. Tuvo aquella contienda este fin: que las tierras la posesión de las cuales aún estaba en duda fuesen en aquel medio de imperio comunes, á saber es, que se alzasen los estandartes de ambos á dos los Reyes, hasta que con legítima interpretación fuese referido de España y de Francia, sabiendo la voluntad de los Reyes, cuál había sido el parescer de ellos y cómo querían que fuese entendido, por dar conclusión en los conciertos y capitulaciones.

No mucho después los soldados, á los cuales por cierta esperanza de presa la guerra fué grandemente provechosa, y la concordia vana y estéril, é también los capitanes con ingenio astuto é ambicioso, deseosos de honra é potencia de guerra, echaron aparte la mal co-

[1] A la cabeza de este libro hay un grabado en madera con el busto del Gran Capitán, y alrededor de él una inscripción que dice: «El Gran Capitán».

menzada tregua; y esto con tanto desorden, que el Gran Capitán no temía sin grande causa. E así se partió de noche de la Tela, é por desusados caminos, por desmentir las espías de la gente sospechosa, hizo su camino por Bitonto é por Andria, é fuese derecho á Barleta á dar orden en las cosas de la guerra. Porque los Reyes, intrincados en el artificio de la disimulación, con igual cobdicia aspiraban grandemente á todo aquello que se podía ganar por fortuna de guerra, respondiendo escura y dudosamente, que como ignorantes de aquella tierra, confesaban de no haber considerado las condiciones en el contrato, para hacer diligente división, y con astuta disimulación daban entera facultad al arbitrio de los capitanes de tratar y confirmar la concordia, á los cuales secretamente habían escripto, como se entendió después, que no concluyesen cosa alguna de la diferencia, si no sólo considerasen lo provechoso, aunque fuese contra razón y contra lo honesto, y tomasen aquella ocasión de hacer guerra que mejor les estuviese.

Siguiendo en esta manera, de la una parte y de la otra, tratada la causa de la guerra de ingenios astutos, no así como ellos querían que se creyese, pudiendo andar al largo la disimulación de la equidad y de la justicia declarados los ánimos se descubriese la guerra, y cierto con más grave furia de franceses, los cuales estando más prevenidos acometían no sólo aquellas tierras que podían parescer de dudosa razón, mas aun las ciudades y castillos de la Pulla, ya atribuídos al Rey de España. Las guardias de españoles se defendían valerosamente y algunas veces saliendo fuera, tanto que cada día escaramuzaban, y la hacienda y facultad de los pobretos habitadores era presa de los unos y de los otros soldados. Las rentas de los pastos de Pulla, metiendo en huída los pastores, robando el ganado, andaban de mal en peor. Porque una grande multitud de ganados, traídos de la fría valle del Apenino, invernaba cada un año en la caliente campaña de la Pulla, y esto era de grande utilidad para el Rey, porque de ellos se sacaban de entrada en cada un año más de cien mil ducados.

El Gran Capitán, consultando donde se hubiese de poner el asiento de la guerra, juzgaban algunos capitanes, y entre ellos el Próspero Colona, que la Basilicata era más acomodada para vituallar los soldados y para entretener la guerra, y también por ser más fuerte. El Gran Capitán propuso á todas las otras la Pulla y la ciudad de Barleta, porque aquí se serviría de la oportunidad de la mar, é más ciertamente é con mayor comodidad aguardaría las vituallas y el socorro, y esto á fin que la grande furia del principio de los franceses viniese á romper con el esperar y con la provechosa tardanza. Dícese que la ciudad de Barleta fué edificada por el Emperador Heraclio, y esto fácilmente lo demuestra una estatua suya de bronce que está á pie, la cual se ve derecha en la plaza. Tiene esta ciudad un puerto hecho á mano, no muy capaz para mediana armada ni del todo muy seguro cuando sopla el viento maestro ó griego, pero cómodo para algunas galeras y navíos de mercancía.

De la otra parte monsiur de Nemos, habiendo llamado á consejo los capitanes, les demandó su parecer del modo del tratar la guerra. Los más de ellos estaban suspensos y no se podían resolver ni concertar en ninguna cosa que les paresciese provechosa para la victoria. Estaba en este ajuntamiento Andrea Mateo Aquaviva, Duque de Adria, en el Abruzo, el más principal entre los caballeros anjoínos, hombre excelente ansí por las letras como por la guerra, y por él cuasi todos los de aquel bando se habían pasado de los españoles á los franceses. Este mostraba cómo no había cosa mejor ni más útil ni segura, á no dudosa esperanza de la victoria y cuasi sin sangre, que de preso ajuntadas las fuerzas combatir á Bari é tomalla, estando esta ciudad muy cerca y ser amiga de los enemigos y un noble mercado de todo el mar Adriático, de donde por tierra y por mar se podrían hacer grandes daños al Gran Capitán, y de aquí nascería comodidad de tomar la abundante ciudad de Bitonto y á Jovenazo, que ya se llamó Giovento Egnatia. Tenía entonces á Bari doña Isabel de Aragón, hija del Rey don Alonso, señora de ánimo enemigo contra franceses, porque siendo arruinado el principado de la casa Sforcesca y habiendo llevado á Francia su hijo y de Juan Galeazo, le tenían en hábito de fraile y cuasi emprisionado fuera de la esperanza de haber el imperio de su padre y constreñido á envejecerse en los claustros de los religiosos. Esta señora, así como convenía á persona generosa, tenía el ánimo del padre y

no podía sufrir que los franceses fuesen los señores, los cuales en un mismo tiempo habían arruinado dos estados que eran el del marido y el del padre. Y por esta causa favorescía maravillosamente á los españoles, de los cuales ella descendía, especialmente al Gran Capitán, el cual muchas veces le iba á visitar y era dél grandemente servida y acatada. Era este consejo del Aquaviva muy útil y al propósito; mas ello estaba de Dios ordenado que los franceses fuesen echados de toda Italia. Eran de contrario parescer dos viejos y animosos capitanes, juntos en voluntad y parentesco; el uno era monsiur de Alegre y el otro la Paliza, condenando aquel consejo por cosa vil y baja á hombres fuertes ir á combatir una mujer; que muy mejor era ajuntar todas las fuerzas y allegarse á Barleta, adonde estaba el capitán de los enemigos y la cabeza de la guerra y toda la flor de la gente española. Y que allende de esto desde allí se podían apretar los Coloneses capitanes muy principales y de grande nombradía, porque los muros de Barleta eran flacos, edificados según la costumbre antigua, y por de dentro no fortificados de ningún bestión, y á esta causa no podrían resistir los primeros golpes de la artillería. Por lo cual podría suceder, queriendo ellos usar de aquella noble y honrada furia con la cual siempre fué en crescimiento la reputación de Francia y felicemente encumbrándose sobre las otras naciones, que tomada la ciudad y muerto los enemigos habrían puesto fin á la guerra apenas aun comenzada, ó verdaderamente traerían á Gonzalo Hernández á condiciones poco honestas, despojándole del todo de su antigua reputación, y esto primero que de por de dentro se fortificasen de nuevos reparos é le pudiese venir socorro de mayor gente. Monsiur de Nemos entonces dijo así: «Ciertamente estas cosas me parecen honradas y conformes á mi gusto; mas ninguno que tenga buen juicio hará en ellas hincapié, siendo cosas muy difíciles y ásperas de hacerse, porque yo no me puedo persuadir que un valerosísimo enemigo, el cual pelea por la salud y por la honra, que de presto se aparte y no espere los golpes de nuestra artillería, ó por color de querer rendirse deje de hacer ninguna cosa que no sea conforme á su primera reputación. Y por esto yo creo que será muy mejor cercar á Barleta que combatilla; porque los enemigos tienen carestía de vituallas, necesidad de dineros y aquello que es de grande importancia para la victoria de toda la guerra. Que los calabreses, rebellándose voluntariamente, levanten en todas las ciudades las banderas francesas». Fueron á la hora deste parescer Luis de Arce y Castilione, llamado por sobrenombre Forment, y Ciandeio, capitán de la infantería de suizos.

Monsiur Daubigni, el cual en el campo era en autoridad el más principal después de monsiur de Nemos, se partió de la Pulla cuasi con la tercera parte del ejército y se fué en Calabria, allá donde era el nombre suyo muy famoso, porque en la guerra pasada habiendo sido gobernador de esta provincia, había moderadamente y con gran destreza gobernado estos pueblos medio griegos. Y en las cosas de la guerra tenía grande reputación y fama, por haber vencido al Rey Fernando y á Gonzalo Hernández en la memorable batalla de Seminara; y por parescer de todos era preferido á todos los capitanes franceses, y á esta causa tenía muchas amistades en aquella tierra y era por el antiguo favor de la parte anjoína que entonces acaso y muy á tiempo los Príncipes de la casa San Severina, entendida la discordia de los Reyes, se habían rebellado de los españoles. Eran entre éstos Bernardino, Príncipe de Visiñano; Roberto, Príncipe de Salerno, y Honorato, Conde de Melito, los cuales tenían grandísimas fuerzas para favorescer la guerra. Entretanto que monsiur Daubegni se daba priesa de caminar para Calabria, así como aquel que era llamado por cartas y mensajeros de muchos, y presentase las banderas de Francia de largo tiempo deseadas á los pueblos inclinados á rebellión, la opinión que él tenía cencebida del favor de los calabreses no le engañó en ninguna cosa; porque no quedó ningún lugar, juntamente con la ciudad de Cosenza, que á su venida no le abriesen las puertas. Y él en aquel suceso, habiendo echado de todas partes las guardias de españoles, cuasi sin ninguna herida arribó vencedor hasta el golfo de Mecina. En este medio monsiur de Nemos, siguiendo la orden del consejo mediano y á la verdad poco provechoso, repartió la gente por las tierras de enrededor y deliberó de cercar de lejos á los enemigos, los cuales estaban aposentados en Barleta, por quitalles las vituallas y refrenalles sus correrías, y tentar la más flaca guardia de ellos y combatilla á fin que algunos días

de ambas partes, tomando la ocasión según el suceso, se hiciesen escaramuzas y se mostrase el valor y esfuerzo de los soldados.

Decían los franceses, buscando en balde ocasión de venir con ellos á las manos, que los infantes españoles les parescían muy esforzados, pero no los hombres de á caballo, así como aquellos que burlando y voltejando los caballos tenían temor de las fuertes lanzas de los franceses, y con vergónzosa huída excusaban de encontrarse con ellos. No sufrieron, con ánimos alterados, la villanía de las palabras algunos caballeros españoles, antes les respondieron qne si fueran iguales en número y en armas de aquellas que ellos traían, que combatirían por la honra y saldrían en campaña abierta, á fin que hecho un noble contraste fuese conocido cuáles fuesen más valerosos guerreros, los franceses ó los españoles. No denegaron los franceses la condición, y un día determinado, el Proveedor veneciano de Trani, así como aquel que hacía profesión de neutral y con igual favor era amigo y acogía á la una parte y á la otra, dió el campo franco debajo los muros de la ciudad, asegurado de la guardia veneciana. Holgóse mucho el Gran Capitán de aquel desafío, viendo que los soldados se encendían de deseo de ganar honra y con un noble combate se afinaba el esfuerzo de ellos. Vinieron al campo once caballeros franceses, á los cuales salieron otros once españoles, habiéndose hecho escribir con ambicioso concurso más de ciento. Encontráronse de la una parte y de la otra con tanta furia, que jamás se combatió con más ardientes ánimos ni con mayores fuerzas. Cayeron muchos en tierra de los encuentros de las lanzas, y muertos los caballos debajo de ellos quedaron á pie. Combatieron con mucha obstinación, tanto que habiendo combatido seis horas continas bañados de la sangre propia y ajena, ni por esto cansados, debajo tanto peso de armas, alargaron la pelea hasta que fué puesto el sol. Y teniendo ya los españoles la victoria por cierta, si cuatro franceses con un maravilloso caso no se les hubieran del todo quitado, porque rodeados de los cuerpos de los caballos muertos, con maravillosa constancia y felice esfuerzo combatieron, ansí como si estuvieran dentro de una trinchea, procurando en balde los españoles de hacer pasar adelante sus caballos, porque como los caballos se espantaban de la vista y del olor de los caballos muertos, apartaban á sus dueños que les estaban encima de la entrada de la victoria. De los franceses combatieron valerosísimamente Torseio, lugarteniente de la banda de monsiur de la Paliza, y Mondragón, el cual siendo castellano del castillo de Milán, ardiendo un turrión del golpe de un rayo, fué muerto con casi una compañía de soldados. De los españoles ganó grande honra Diego García de Paredes, el cual después de rompida la lanza y caída de la mano por desgracia la espada, obstinadamente se valió de tirar piedras, con las cuales por orden el espacio del campo estaba señalado, y Diego de Vera, que poco después fué claro por la infelicidad del ejército perdido en Argel en Africa. Los jueces en el tribunal sentenciaron que la victoria era incierta, con este testimonio: que á los españoles les fuese dado el nombre de valerosos y esforzados y á los franceses el loor de una grande constancia. No me paresce aquí de callar un agudo dicho del Gran Capitán, que habiendo vuelto los caballeros del combate, loando Alarcón, el cual había estado mirando la pelea, con maravillosos loores el esfuerzo y valor de Diego García de Paredes sobre todos los otros, que habiendo casi por un caso, cuando por otro, perdido la lanza, la espada y la maza, tomando súbito consejo de aquella necesidad, recojó y echó obstinadamente infinitas piedras contra los enemigos y había esforzadamente peleado. El Gran Capitán le respondió: «No tienes por qué maravillarte, Alarcón, tanto de esto, porque Diego García en todo es un valeroso soldado, pero confiado en sus naturales armas, por eso se ha habido más esforzado y gallardamente que todos los otros». Todos los que estaban presentes se tomaron á reir, porque por vía de palacio y con argutia se tachaba en Diego García un grande humor malencónico, el cual le tomaba muchas veces y venía á salir de sí, teniendo por costumbre de dar de puñazos á aquellos que le estaban más cerca, así como hacen los locos cuando echan piedras á la multitud de la gente.

De allí adelante los franceses y españoles, encendidos de la gloria de la honra, con mayor ardor y esfuerzo peleaban. De manera que parescía que más presto combatían por la gloria que por el reino; por lo cual era forzado que cada día muchos se prendiesen y matasen. Porque se hacían muchas veces em-

boscadas y otras en la abierta campaña venían á combatir casi á justa batalla. Pero en el rescatar y trocar los soldados prisioneros hubo muchas contiendas y querellas de la una y de la otra parte, trabajando los ánimos de los soldados y capitanes. Porque ponían muchas veces mayor talla de lo justo á los prisioneros y la avaricia de los soldados, ofresciéndose cambio, nunca se hallaba igualdad. A las cuales contiendas queriendo el Gran Capitán poner remedio, se concertó con monsiur de Nemos y hicieron capitulación: que un soldado privado, siendo prisionero, pagase por su rescate la paga de un mes; un hombre de armas, de tres; un capitán de una compañía y con alférez, la paga de seis meses; el capitán de una banda de caballos, el sueldo de un año; los otros capitanes de la orden de los nobles, cuando fuesen presos, pagasen de talla al arbitrio del Capitán general. Mandó después echar un bando y severamente avisó á todos que con los prisioneros usasen liberalidad y magnificencia, y esto lo procuraba por dar honra á su fama, porque los españoles, no sólo de esfuerzo, más aun de humanidad y cortesía quería que hiciesen ventaja á los franceses. Porque en aquellos días el capitán Bayart, francés, había desafiado á combatir en batalla de toda ultranza á un caballero español del noble linaje de Sotomayor, quejándose el francés de haber sido gravemente ultrajado del español, teniéndole en más áspera y descortés prisión de lo que fuera necesario. El Gran Capitán, entendida la causa de la querella, reprendió severamente al Sotomayor y le mandó que saliese al campo, porque con el juicio de las armas se purgase la infamia del mal tratamiento, ó quedando vencido, méritamente fuese castigado con deshonrado fin, por haber ensuciado con obras descorteses la honra de la nación y de su linaje. La fortuna sentenció en aquel desafío con este suceso: que el francés en poco espacio de tiempo le metió la punta de la espada por la escotadura de la coraza y le hirió en la garganta. El español moría confuso de mucha vergüenza, el cual con poca destreza se ponía á tirar los golpes contra su enemigo. Los españoles méritamente con graves culpas inculpaban al muerto, así como aquel que con obra vergonzosa y descortés, con muerte ignominiosa había deshonrado el nombre de la patria. Este es aquel capitán Bayart, el cual después, por opinión de todos, fué reputado por valentísimo, merescedor que el Rey Francisco de Francia, delante de todos los otros, le escogese, que siendo vencedor en Milán después de la rota de los suizos, recibiese de su mano la orden de caballería, la cual por merescimiento de singular esfuerzo es aún á los Reyes de mucha honra, porque la gloria ganada en una noble batalla adquiere de nuevo dignidad y propio loor á un Emperador ó á un Rey, allende aquella reputación y majestad que en ellos les honramos.

Monsieur de Nemos, con la mucha caballería que tenía, corría la Pulla más largamente que no los españoles, y esto con tanta licencia y osadía, que mandó á los pastores que llevasen á pacer todos los ganados en los herbosos y verdes campos de la Cherinola, porque él metería guardas que defendiesen los pastos de aquella tierra de la injuria de los enemigos. Este mandato ansí como salió de la boca del trompeta, tan presto fué por las espías hecho saber á los españoles. Despiertos por la presa, muchos de ellos salieron de las guardias que estaban más cerca, los cuales fueron con esta orden: que la tercera parte armados de armas ligeras acometiesen á un tiempo los ganados y los pastores; las otras dos partes se metiesen en emboscada y acometiesen la guardia de los franceses, los cuales vendrían encima á aquellos que robaban. No faltó de efecto este ordenado engaño, porque los franceses, luego que vieron los primeros enemigos acometer y meter en desorden los rebaños de los ganados y los pastores puestos en huída; con grande presteza les dieron encima. Los españoles con furia grande mostraron huir y los franceses los seguían, hasta que dieron en medio de la emboscada, adonde muchos de ellos fueron muertos y muchos más presos. Pero aquella empresa que les había salido próspera y alegre conforme á su deseo, la fortuna, que voluntariamente se va jugando con engaños, la quitó de presto á los españoles, porque una gruesa banda de franceses, la cual á ventura había salido de Canosa con incierta esperanza de presa, vino á encontrarse con los españoles, cansados y embarazados en llevar la presa de los ganados, viéndose al improviso encima los franceses y procurando en balde de meter mano á las armas y ponerse en orden y defenderse, dejada toda la presa y los prisioneros se metieron

en huída. En este trueque de fortuna, habiendo la caballería tomado la campaña, fueron muertos y heridos algunos españoles. Fué hecho prisionero Diego de Vera, uno, así como lo habemos dicho, de aquellos once que combatieron, y Teodoro Bocalo, caballero griego, natural de Macedonia, el cual era capitán de caballos ligeros, y Luis Gordo, capitán de una compañía de gente de Aragón. Este es aquel que en la batalla de Rávena con su cuerpo defendió y salvó la vida á Odeto Lotreque, capitán muy principal de franceses, todo sangriento y echado en tierra por muchas heridas que había recibido, porque no fuese muerto de los soldados, los cuales junto á él habían muerto á don Gastón de Fox, capitán general de franceses. Pues habiéndoles salido fuera de esperanza bien esta empresa, ajuntada su gente pasaron junto á las puertas de Barleta, presentáronse solamente puestos en orden y dando las banderas vuelta se fueron á la Chirinola. Fué antiguamente la Chirinola el castillo de Gerión, muy noble por el vano esfuerzo de Aníbal, cartaginés, el cual en balde le dió el asalto.

Habiendo los franceses pasado por debajo los muros de esta tierra, defendiéndola esforzadamente Acuña, capitán de caballos, y Zárate, de arcabuceros, fueron echados de allí con daño. No mucho después, acrescentados de nueva gente y llevando consigo alguna parte de artillería, fueron á combatir la Canosa. Estaba á la guardia de Canosa Pedro Navarro con su compañía de navarros, al cual Coll había traído cerca docientos arcabuceros. Con estos valerosos soldados, con increíble esfuerzo, Pedro Navarro se defendió tres días de monsiur de Nemos, el cual, sacando fuera el artillería, arruinaba las murallas y de continuo refrescando nueva gente, ahora una compañía de franceses, ahora otra de gascones, con grande ardor de todos renovaba la batalla, y sin duda ninguna con honrada muerte estaba determinado de satisfacer á la fama de su nombre en las mismas ruinas de la tierra en balde defendida, si él no hubiera de obesdescer al Gran Capitán, que por secretos mensajeros le hizo saber que tuviese cuidado de sí y salvase sus muy esforzados soldados, porque la salud suya y la de ellos le era muy más cara que la posesión de una tierra, pues él no la podía socorrer á tiempo, en aquel grande peligro en que se hallaba, salvo si no quisiese con grande desventaja suya meterse en arrisco de venir á batalla, la cual cosa le parescía muy ajena de razón de guerra. Porque ya con el mismo consejo, á fin que de nuevo no se metiesen en peligro de la vida, había hecho salir á Acuña y á Zárate de la Chirinola y venir al campo, juzgando por conjeturas que los enemigos, después que hubiesen tomado á Canosa, se volverían allí por vengarse del daño recibido. El Conde Pedro Navarro, con todo el artificio que fué posible, habiendo demostrado una grande obstinación de ánimo alterado, dió oreja á los franceses que le ofrecían justas condiciones, y esto con un rostro enojado y feroz, que en él demostraba que no aceptaría condiciones, sino que fuesen muy honradas, aunque apenas le quedaban la tercera parte de los soldados, siendo muchos de ellos muertos y casi todos los otros heridos. No perdió tiempo monsiur de Nemos, que luego vino á concierto, paresciéndole que las condiciones, aunque injustas y no acostumbradas, se debían en todo caso conceder á hombres desesperados, los cuales dejarían sus muertes bien vengadas. Así el Conde Pedro Navarro obtuvo todas aquellas condiciones que con certísima honra honraban un necesario rendimiento. Fueron las condiciones: que pudiese volverse seguro á Barleta con las banderas tendidas y á son de trompetas y atambores, salvas las haciendas y las personas; y que le diesen caballos para llevar los heridos, y monsiur de Nemos sobre su fe asegurase los de Canosa de toda injuria que les pudiese ser hecha. Habiéndose hecho los conciertos en esta manera, los españoles salieron fuera de la puerta de la tierra, que parescía en su meneo que ellos no hubiesen sido vencidos, sino vencedores. Los franceses se maravillaron mucho que tan pocos soldados hubiesen tenido atrevimiento y osadía para resistir á sus fuerzas y haber podido sostener tantos daños y desabrimientos como la guerra trae consigo. El Gran Capitán salió á recibir á Pedro Navarro, dándole grandes gracias y loándole públicamente que usando una oportuna prudencia había conservado á sí mismo y á tantos valerosos soldados, á los cuales en breve tiempo esperaba de ver partícipes de una grande victoria.

Era el Gran Capitán muy loado con un no acostumbrado loor de singular sufrimiento y de un ánimo invencible, con el cual se mos-

traba haber rompido el coraje de aquella ardiente nación, pues había hecho prueba de las fuerzas y de los ánimos, y mostrando claramente que la grandísima furia de los franceses se podía vencer con la constancia y sufrimiento. Envió luego á Pedro Navarro á Taranto, habiendo con poco reposo refrescado la infantería, juzgando que aquella ciudad fuese de grande importancia para mantener la guerra, é finalmente para ganar la victoria, á la cual los enemigos ponían de cerca asechanzas, y que aquí se debía meter una fiel y valerosa guardia. Acrescentó con la misma diligencia la guardia de Andría, enviando una compañía de soldados, á fin que aquella ciudad, vecina siete millas de Barleta, fuese un reparo de cierta comodidad contra los enemigos. Porque su designo era, sobre todo, sostener con paciencia el insulto de los enemigos, hasta que allegase el socorro que desde el principio que la paz se rompió había enviado á demandar al Rey don Hernando que mandase hacer nuevos soldados en España y le fuesen enviados en Calabria con algunos caballos. Aguardaba también del Emperador Maximiliano siete compañías de infantería de tudescos de á quinientos hombres por compañía, para oponer igual esfuerzo é disciplina á la orden de los suizos, habiéndolas fácilmente el Emperador concedido á Filipo, su hijo, que se las había demandado, que como era yerno del Rey don Hernando esperaba de heredar el uno y el otro reino, el de España y Sicilia. Allende de esto había demandado trigo de Sicilia, habiendo de ello carestía, y maravillábase mucho cómo no venía, enviándolo á demandar y severamente requerido al Virrey Lanuza y á Lezcano que con las galeras guardaba la ribera de Otranto, por defender los navíos sicilianos del comendador Peri Juan, francés, muy principal cosario, del cual se decía que estaba escondido en el cabo de Otranto por saltealles cuando fuesen pasados. Decíase también que aguardaba una grande suma de dineros que los mercaderes le habían de dar por ciertas cédulas de cambio que de España habían venido á Venecia, é con estos dineros pagaría cortésmente á sus soldados. Habiendo con este razonamiento dado grande esperanza á la gente de guerra y cubierto con él el fastidio de muchas cosas, sustentaba maravillosamente con la esperanza á los hombres, por tener en obediencia sus soldados, los cuales faltándoles las vituallas compradas á grandes precios y medio desnudos, con los vestidos rasgados, con malísimo ánimo sufrían tantos desabrimientos, pero con su honrado rostro y con la majestad de sus palabras y aquella grande y gentil disposición y semblante alegre la gente de guerra daba muy gran crédito á lo que decía y prometía, y aun á los muy avisados soldados, los cuales muchas de aquellas cosas las juzgaban por inciertas y vanas, como ásperas y difíciles de hacerse.

Allende de esto, tenían por averiguado que por una escondida fuerza de excelente ingenio adivinaba muchas veces las cosas que estaban por venir, por esto que vino en aquellos días un navío de Sicilia con viento contrario con alguna cantidad de trigo y una nave llena de mercancía que un mercader veneciano había traído á Barleta. Esta acrescentó el alegría de los soldados, porque traía, allende de los arneses y almetes, algunos millares de pares de calzas de paño y mucho número de pares de zapatos. El Gran Capitán los compró, buscando los dineros en secreto de sus familiares y amigos y de los más ricos capitanes, los cuales obligaron su fe por él, y doña Isabel de Aragón, prontísima á toda buena obra, procuró que algunos ciudadanos de Bari entrasen por fiadores al mercader. El Gran Capitán con alegre semblante y grande liberalidad hizo repartimiento de todas estas cosas entre los infantes y caballos, aderezando con nuevo hábito la lozanía de todo el ejército, que estaba bien roto y destrozado. Dábase la gente de guerra á entender que el Gran Capitán tuviese guardada alguna grande suma de dineros, la cual opinión él era acostumbrado dárseles á entender, porque razonando algunas veces con ellos (los cuales se lamentaban que las pagas se tardaban mucho más de lo que ellos lo podían sufrir) les solía decir: «Estad de buen ánimo, soldados míos, que yo no he aún metido la mano en aquella grande arca llena y sellada, fuera de la cual, cuando será necesario, por la grande victoria se sacará aquel grande tesoro de ducados para hartar á todos el deseo».

Monsiur de Nemos, habiendo tomado á Canosa y á la Chirinola, constriñó á todos los otros castillos que se le rindiesen, pues en ellos no había gente que los defendiese, y habiendo pasado Losanto por la puente de Ca-

nosa, hizo alto con su campo junto á Barleta y envió un trompeta, el cual desafiase á los españoles, si eran hombres, á igual batalla en la abierta campaña, porque se mostrase el esfuerzo y valor de la una ó de la otra nación, y de aquella victoria con el juicio de las armas se pusiese fin á la guerra. El Gran Capitán, queriendo burlar, con el estarse á la mira, del ímpetu de los enemigos prevenidos y furiosos, le respondió: que él no era acostumbrado de combatir á la voluntad del enemigo que lo requería, sino cuando se le antojaba ó cuando se le mostraba la ocasión. Allende esto, le dijo que agradescía á monsiur de Nemos que tan animosamente se le ofrescía, pero que mucho más se lo agradesciera, si no le fuera enojoso el esperar, hasta tanto que los caballos de los suyos estuviesen herrados y sus soldados hubiesen amolado sus espadas y lucido sus armas. Bramaban entonces los españoles, y terriblemente demandaban licencia de venir á la batalla, porque tenían grande enojo que los enemigos fuesen osados de haber venido tan cerca los muros de Barleta y haber estado allí tanto rato sin castigo alguno. El Gran Capitán, viéndolos encendidos de deseo de combatir, los loaba y con grandes ruegos les refrenaba su ardor y les decía: que conservasen aquel mismo ánimo para otro día de más cierta ventura, porque ya él adivinaba el dar de la batalla, que vendría tiempo en que se alegrarían de aquella breve tardanza.

No faltó su palabra de efecto, que poco después, habiendo entendido que monsiur de Nemos, creyendo haber ganado muy grande honra de aquel desafío, levantado el campo se había retirado para Canosa, á la hora mandó salir fuera á don Diego de Mendoza, capitán de grande valor, con toda la caballería, y acometió la retaguardia de franceses que se partía, habiendo con esta orden ordenado la batalla: que dos banderas de infantería haciendo ala del uno y del otro costado, igualaban con la caballería que salía, y entonces rociaban de muchos arcabuzazos. Fueron guiados éstos de algunos valentísimos capitanes, que fueron Pizarro, Escalada, Spes y Zárate. Los franceses volvieron animosamente y con grande furia comenzaron la batalla, tal que con grande fatiga los españoles sostuvieron la fuerza de los hombres de armas, y ansí como habían sido enseñados, desecha la orden, se retiraron para atrás. Los franceses, no cerrados en escuadrón, sino desordenados, acosaban á los españoles revueltos y con grande furia los perseguían. Entonces la infantería, con un rodeo á modo de luna, marchando para adelante la octava parte de una milla, acometieron el uno y otro costado de los enemigos, los cuales corrían por toda parte. La banda de los hombres de armas coloneses, cerrados en escuadrón, entraron en la batalla; fué combatido un poco de tiempo de ambas partes gallardamente, pero los franceses, tomados casi en medio y heridos por todas partes, no pudieron resistir á tanta furia de enemigos como los apretaba, y así se metieron en huída. Monsiur de Nemos, no pensando cosa semejante, apartadas las escuadras, según la costumbre francesa, hacía su camino, habiendo enviado adelante la infantería con el artillería y licenciados para volver á su alojamientos al Paliza y al Forment, éste á Cuadrata y el otro á Rubi. Persiguiendo don Diego en esta manera los franceses rompidos y desbaratados, muchos de ellos fueron muertos y muchos más presos, y esto primero que monsiur de Nemos supiese el rompimiento y la huída de los suyos ni pudiese socorrellos. Vuelto don Diego á Barleta con los prisioneros y con el despojo, halló al Gran Capitán fuera de la puerta de la tierra, el cual con grande prudencia había sacado la gente y puéstola debajo las banderas, por si alguna desgracia acaesciese á don Diego, presentando nueva gente de socorro pudiese él entrar en la batalla. Abrazando á don Diego le loó marav llosamente por aquella honrada hazaña que había hecho, pues había sido el que había abajado la bravosidad á los soberbios enemigos y hecho prueba del esfuerzo, con cierto agüero de la victoria, tratándose de manera que los españoles habían aprendido á tener en poco la audacia de los franceses y aquella natural furia de ellos, con la cual quieren parescer muy valientes. Después loó á los capitanes, los cuales se habían hab do valerosamente, y les prometió de dar á sus compañías la paga de un mes.

El día siguiente banqueteó á sus amigos, con esta orden: que los gentiles hombres franceses prisioneros, por honralles, se asentaron á la mesa entre los otros caballeros españoles. Mientras el banquete se comenzaba á regocijar por el andar de las tazas en el derredor de la mesa y tratar libremente de

la batalla hecha el día de antes, don Diego de Mendoza dijo que los franceses se habían habido en ella valerosamente, mostrando bien su esfuerzo en todos los peligros; pero que en aquella batalla, sin duda ninguna, se había de dar la honra á los italianos, porque los hombres de armas de la banda colonesa, habiéndolo él bien visto, habían combatido esforzadísimamente. Estaba asentado entre los otros á la mesa Carlo Anoiero, llamado por sobrenombre el Mota, de ánimo alterado y feroz, y aun por ventura entonces caliente algo del vino. Este respondió y dijo: «No lo quiera Dios, señor don Diego, que nosotros lo podamos sufrir con pacíficas orejas que los italianos nos sean preferidos en el valor de la guerra. Confesamos que los españoles nos son iguales, pero no los italianos, así como aquellos que con ignorancia y poca fidelidad tratan las armas. E si á los prisioneros es lícito loarse, ellos han sido muchas veces vencidos de nosotros en más de un lugar por Italia, y nos han dejado entera la honra de la guerra». Estaba asentado junto al francés Iñigo López de Ayala, caballero español. Este le daba con el brazo, advirtiendo al Mota que dejase de decir mal de los italianos, porque ellos, queriendo mantener la honra de la patria, así como aquellos que ni quieren ni suelen sufrir ninguna villanía, si lo viniesen á saber sin duda ninguna, por vengar la pública injuria, le desafiarían á singular batalla. Entonces el Mota, alzando más la voz, dijo: «Pues desafíen cuando ellos quisieren, que yo ninguna cosa deseo tanto como hacelles conoscer con las armas en la mano ser verdad lo que yo digo, y cómo no digo esto porque esté borracho». Estas palabras, así como fueron dichas, de la misma manera fueron recitadas por el Ayala en el alojamiento del Próspero Colonna, adonde, según lo acostubrado, estaban muchos caballeros italianos. Habíase entre ellos esparcido el rumor cómo el nombre italiano había sido afrontado de un arrogante francés, y les parescía que se debía satisfacer aquella injuria con las armas. El Próspero, habiendo entendido este negocio, queriendo maduramente hacer sus cosas, especialmente en aquella querella, donde iba la reputación de Italia, envió á dos caballeros de sangre romana, que fueron Juan Bracalone y Iuan Capochia, á saber si era verdad aquello que se decía haber dicho en la mesa el Mota. Y si el francés libremente y fuera de la mesa confesase esto ser verdad, que le dijesen que mentía, y por mostrar su valor desafiasen tantos cuantos los mismos franceses quisiesen salir á batalla, tantos por tantos. No se afrontó el francés, sino que con ánimo esforzado aceptó la condición. Este es aquel Mota que habiendo sido condenado por la traición de Borbón, y por esto andaba de Francia desterrado, le vimos en la ruina del saco de Roma, usurpándose el nombre de maestro de campo, hacer justicia cuando había alguna diferencia entre aquellos que habían puesto de arriba abajo las cosas sacras y humanas. El cual enriquescido de una rica presa navegando para España, habiendo en la mar adolescido, fué medio vivo de los avaros marineros echado en la mar, pagando la talla.

El Mota volvió á monsiur de Nemos, el cual, informado de lo que había acaescido, aprobó á persuasión de todos los suyos la causa de la batalla y las palabras y prometimientos del Mota. Fueron nombrados trece caballeros franceses, los cuales por honra de la nación se ofrescieron de entrar en aquel desafío. El Próspero Colona escogió otros tantos; fueron los más valientes de todas las provincias de Italia, porque ninguna no se pudiese quejar que por todas no se esparciese la honra de la esperada victoria. Había tres romanos, porque tuviese la dignidad la ciudad vencedora del universo, que fueron el Bracalone, el Capochia y Héctor, llamado por sobrenombre Peracio. Nápoles dió á Marco Corolario; Capua, á Héctor Ferramosca, nascido de bellicosísima sangre. Ludovico Beauboli, de Theano, y Mariano Abinentí, de Sarno, y Meiale, nascido en Toscana. La Sicilia envió dos, porque esta isla, violentamente partida por la mar, no paresciese haber pedido el derecho de las ciudades de Italia, los cuales fueron Francisco Salomoni, que después fué claro en muchas batallas, y Guillermo Albamonte. De las ciudades junto al Po suplieron el número el Ricio, de Parma, y Tito, de Lodi, llamado por soberbio nombre el Fanfulla, porque en las batallas tenía en poco los peligros, y el valeroso Romanello, de Forli, de la Romanía. Los nombres de los franceses yo los supe del mismo Mota. Hame parescido callarlos en este lugar, porque en trueque de la esperada loor, pues fueron perdidosos, no pasase á sus descendientes la deshonra de la pérdida con infamia

de sus nobles linajes. El Próspero, con palabras graves, aunque con alegre semblante, animó á los suyos, los cuales casi todos eran de su capitanía ó de la de Fabricio su hermano, acordándoles cómo la honra de Italia estaba puesta en su valor y valentía; que hiciesen todo su deber por que no le engañase su opinión, el cual, habiendo puesto aparte tantos caballeros, había particularmente escogido á ellos como á muy buenos y fuertes defensores del nombre italiano. No hubo ninguno de ellos que no se conmoviese por el loor de la adquirida gloria y que no jurase de volver del campo sino vencedor. Después de uno en uno los advirtió muy en particular que guardasen las armas y los caballos, y dió á cada uno lanzas muy fuertes y casi más largas de una braza que las de los franceses, y sendos estoques colgados de los arzones á la parte izquierda, y sendas espadas cortas y anchas ceñidas para herir de tajo. Púsoles á la parte derecha de los arzones, en trueque de maza de hierro, una hacha de estas de labradores de gran peso, con un mango de media braza colgada con una cadenilla. Los caballos llevaban sus testeras de hierro lucidas y sus armaduras de pescuezo, las cubiertas doradas de cuero cocido que los antiguos las llamaban clibani, las cuales comodísimamente cubrían los pechos y ancas de los caballos. Fuéronles demás de esto añadidos dos venablos, los cuales estaban plantados en el suelo, afin que aquellos que fuesen derribados en tierra tomando en la mano estos venablos pudiesen combatir. Fueron estos venablos, según yo entendí del Próspero y de aquellos que combatieron, muy provechosos para ganar la victoria

No con menor cuidado monsiur de Nemos instruyó á los suyos, los cuales salieron al campo con bellísimos sayos de brocado y terciopelo carmesí. Monsiur de la Paliza había escogido entre muchos á éstos, los cuales deseaban aquella honra, y enseñado á cada uno el arte de combatir, los había grandemente inflamado á que mostrasen testimonio del valor francés. Fué señalado el campo con un surco cuasi la octava parte de una milla, en el medio de Quadrata y de Andria. Hicieron un cadahalso en el cual debajo de un dosel estaban tres jueces, los cuales ordenaron que aquellos que fuesen sacados de fuera de aquel espacio fuesen habidos por vencidos, y que el premio de aquel vencedor fuesen las armas y el caballo y cient ducados por cada uno. Demandaron los jueces que les asegurasen el campo. Monsiur de la Paliza lo excusó ansí como en importante y peligroso negocio, de querer en esto obligar su fe. El Gran Capitán protestó; dixendo que aseguraría el campo y toda cosa, sacó toda la gente fuera de Bari y con muy buen concierto los metió en orden de batalla, que parescían que estaban para combatir, y metiéndoles un cierto y dudoso temor tenía suspensos los ánimos de los franceses. Habiéndose hecho venir delante los italianos, no con otras palabras los esforzó, sino que con generosa determinación de ánimo constante tuviesen en poco los hombres de aquella nación y sangre, así como aquellos que se acordaban cómo sojuzgada la Francia muchas veces, habían sido vencidos, muertos y domados de sus antepasados, y que tuviesen esperanza cómo Dios daría ciertamente la victoria á aquellos que combatían con tan buena querella contra hombres insolentes, locos y soberbios. Los italianos, habida licencia se fueron al campo; y puestos en hilera se metieron en batalla contra los franceses. Los cuales venían para acometellos, porque sin tardanza al tercero son de la trompeta con un mandado silencio se fueron á encontrar. Los italianos, otramente de aquello que todos tenían creído, según la costumbre de la milicia, sin mover punto los caballos, sino sólo abajadas las lanzas, animosamente esperaron á los franceses, los cuales con grande furia los vinieron á encontrar. Los franceses primero que las puntas de sus lanzas allegasen á los arneses de los enemigos fueron embestidos de las lanzas más largas de los italianos y algunos de ellos pasaron el estacado. De aquel encuentro habiendo sido derribados algunos y rompidas las lanzas, fué hecha una grande riza y muerte de caballos, y algunos metieron mano á las mazas y á los estoques; pero los italianos maravillosamente se trataron con las hachetas, rompiéndoles con pesados y grandes golpes las vistas de los almetes y los espaldares, y aun les sacaron las espadas de las manos.

Parescía allende de esto que la batalla iba igual, porque Albamonte y el Sidicino, siendo llevados de los caballos y apretados de los enemigos, no se pudieron detener dentro del estacado. El Bracalone y el Fanfulla estan-

do á pie por haberles faltado sus caballos, echaron mano á los venablos y valerosísimamente desbarrigando caballos y hombres hicieron inclinar la victoria. Uno solo de los franceses, que se llamaba Claudio, habiéndole esforzadamente sido rompido el almete (tal que los sesos con mucha sangre le salían por las narices) fué muerto. El cual siendo natural de Aste, colonia de Italia, paresce que méritamente muriese, pues á gran tuerto había tomado las armas por la gloria de una nación extranjera contra la honra de la patria. Los otros, heridos ó desacordados por los grandes golpes de las hachetas, confesando ser vencidos echaron las armas en tierra. Los jueces, habiendo visto desde el cadahalso el suceso de la batalla, con mucha música de trompetas sentenciaron ser vencedores los italianos. E así los franceses, porque ninguno de ellos, según el concierto hecho, no habían traído consigo los cient ducados de rescate, fueron llevados á Barleta, porque ellos ninguna duda habían tenido que la victoria no había de ser suya. El Gran Capitán los recibió con alegre rostro y consolándoles con apacibles palabras les avisó que tomasen en paz aquello que combatiendo ellos valerosamente por juicio de la fortuna les había sucedido. Pero en lo de por venir aprendiesen á refrenar la lengua, porque los hombres honrados y valerosos, los cuales quieren ser tenidos por merecedores de la honra de la caballería, no menosprecian á nadie sino en la batalla, y sin loarse jamás en lugar alguno, no con braveza de palabras sino con valerosas pruebas, son acostumbrados á adquirirse fama. Mandó después proveerlos de lo necesario. El Próspero y Fabricio los recogieron con la misma liberalidad y cortesía, tanto que aunque los franceses estaban turbados y con los rostros humildes, desecharon de sí todo aquel enojo. Y á algunos de ellos les pesaba poco el afrenta y vergüenza recibida, después que habían recibido la humanidad y cortesía de aquellos que fueron vencedores. El Gran Capitán, después que hubo honradísimamente loado á los italianos, los ennobleció armándolos de su mano caballeros, y en testimonio de su virtud y de la victoria les ajuntó trece cadenas en los scudos de sus armas. Y porque la historia de este celebérrimo desafío quedase en memoria para en lo de por venir, micer Hierónimo Vida, cremonés, mi compañero viejo, lo cantó en muy excelente verso heroico.

En aquellos días el Gran Capitán, por descncarescer la carestía de la vitualla, que era grandísima, se alegró mucho de una nueva y no esperada ventura Que Lezcano, con sus galeras, había tomado junto á Manfredonia un navío veneciano con una grande cantidad de trigo. Que habiendo el capitán monsiur de Alegre tomado á Foja (esta tierra antiguamente se llamó Ecana) y habiendo hallado grande cantidad de trigo, metióle todo en venta como de su despojo y habíalo querido antes vender al dinero de contado á un veneciano que á los napolitanos, apretados de la hambre, los cuales lo habían querido comprar al fiado. Algunos decían que era bien guardallo para las necesidades del ejército. Talmente que el Gran Capitán hubo aquel singular beneficio de la avaricia del enemigo, y sin infamia ninguna suya, porque pagó más dineros al veneciano que no él había dado al francés. Acrescentó el placer la nueva de la victoria naval, porque Lezcano, habiendo alcanzado al cabo de Otranto al cosario Peri Juan y venido con él á batalla, le había totalmente rompido, porque le prendió y echó á lo hondo algunos navíos y metido en huída, y sin duda habría tomado la nave capitana si de presto no se hubiera metido en el puerto de Otranto, adonde el proveedor veneciano, así como amigo de ambos á dos Reyes, tenía por costumbre de dar seguro recogimiento á la una y á la otra parte. Por esta rota que recibió el Peri Juan, siete naves sicilianas cargadas de trigo, teniendo libre y seguro el pasaje, arribaron á Barleta, con la venida de las cuales abajó tanto el valor de las vituallas, que casi los precios de todas las cosas menguaron medio por medio. Mandó el Gran Capitán traer con aquellos navíos grande copia de vino, queso siciliano y carne salada.

En este medio monsiur de Nemos, el cual de Canosa, Altamura, Chirinola, Quadrata, Rubi, Foja y Manfredonia alargando su gente, había determinado de apretar al Gran Capitán con un sitio lento, despierto por la súbita rebellión de Castellaneto, levantó el campo de presto y deliberó de ir á castigar aquella traición. Porque en los días pasados, habiendo corrido la Pulla y el cabo de Otranto, y entre otras la noble ciudad de Lece, llamada antiguamente Lupia, y á Calatana, an-

tiquísima colonia de Tesalia, la cual hoy se llama San Pietro, y á Nardo, ansí llamado de Nerito lencadián, la cual tierra edificaron los griegos. Tomó también á Rudia, famosa por haber nascido en ella Ennio, poeta, la cual hoy se llama Rodeia, y á Oria Motula; tentó en balde á Gallipoli y asentó el ejército junto á Taranto, y la guardia y los tarentinos no se movieron en cosa alguna. Dió el asalto á Conbersano y forzó al señor de aquella tierra á mudar de fe. Finalmente, tomó á partido la ciudad de Castellaneto, la cual está puesta en medio el camino algo de través entre Taranto y Brindiz, con estas condiciones: que pudiesen meter de guardia dos capitanías de franceses, con las cuales ellos se pudiesen defender contra los españoles que estaban en Taranto.

Habiendo en esta manera dado fin á muchas empresas y la mayor parte de ellas con el temor del ejército y con palabras y prometimientos, sirviéndose del singular favor de Andrea Aquaviva y de Fabricio Jesualdo, barones de la parte anjoína, parescía que por estos sucesos hubiese venido en grande esperanza de la victoria. Acaesció entonces que los castellanetanos, desdeñados por las injurias que los franceses les hacían, se conjuraron, porque algunos de ellos, con más licencia que no sufría la costumbre de Pulla, habían tentado la honra de las matronas; otros pródigamente les gastaban las vituallas y algunos con grande atrevimiento habían dado de palos á sus huéspedes por no haber querido obedescer á sus injustos mandamientos. Prendieron en la noche cuando dormía la guardia en los alojamientos y con una contraseña entregaron la ciudad á los españoles, llamados de Taranto, con aquesta condición: que los franceses fuesen enviados desnudos de armas y caballos, con que no fuesen injuriados hasta que llegasen á lugar seguro.

Movió á tanto enojo á monsiur de Nemos el inopinado delicto de aquella traición, que no se pudo detener, aunque lo persuadiese á ello el señor Aquaviva, que no levantase de súbito el campo, porque como era práctico de la guerra é informado del ser de los enemigos, decía cómo se debía temer que se perdería la Chirinola ó Rubi ó finalmente Canosa, porque apartándose ellos, los españoles tendrían oportunidad de hacer sus hechos. Pero monsiur de Nemos, braveando de querer ir luego y con presteza castigar la traición y volverse, caminando noche y día allegó á Castellaneto. Los moradores, espantados por la súbita venida del enojado enemigo y teniendo pocos españoles para se defender, y esos no prevenidos contra la furia del artillería, allende que los lloros de las mujeres y de los muchachos privaban de consejo á los hombres dudosos, vinieron á tomar este consejo de redimir con dinero la pena del delicto, con que las personas fuesen salvas; pero el enojado capitán demandó tres veces más dineros de los que le podían dar, y amenazaba que les mandaría degollar si á la hora no se les pagaban. Los ciudadanos de Castellaneto, espantados de este temor, volviéronse á la desesperación, haciendo de por de dentro algunos reparos, y con grande esfuerzo aguardaron algunos golpes de artillería, y echando algunas piedras y pedazos de maderos atemorizaron á algunos que habían tenido osadía de subir por las escalas encima la muralla.

Mientras monsiur de Nemos estaba suspenso en aquella fuerza, no se resolvía si castigase aquella injuria dándoles un recio asalto, el cual era muy peligroso, ó recibiendo los dineros que le ofrecían, la cual cosa era al parecer vergonzosa, allególe un mensajero que le quitó de aquel pensamiento. Trájole nueva cómo el Gran Capitán había salido de Barleta y había marchado para Rubi por poner en estrecho á la Paliza; porque habiendo sido avisado de la partida de monsiur de Nemos, pensando un nuevo pensamiento y según la ocasión ejecutándolo de presto, sacó de noche toda la gente y el artillería, llevando consigo los hombres ancianos de Barleta por tenellos como en rehenes; marchó con grande presteza para Rubi y plantada el artillería comenzó con tanta furia á batir la tierra, que derribó con grande ruina mucha parte del muro. Combatíase casi en ordenanza, y en más de una parte los españoles, puestas las escalas, procuraron de subir á la muralla. Duró el asalto siete horas, con grandísimo contraste, porque la Paliza, con ánimo invencible, allá donde estaba el peligro, animando y combatiendo, no faltaba á los suyos, habiendo puesto por reparo los hombres de armas, los cuales combatían á pie contra aquellos que subían en la muralla, y los gascones ballesteros puestos en lugares donde daban muchas heridas á los españoles. Pero siendo la Paliza herido y derri-

bados más presto que muertos los hombres de armas de la furia y del peso de los enemigos que les daban la carga, los españoles entraron en la tierra habiendo ya de los otros casi en aquel mismo tiempo subido por las escalas en lo alto de la muralla. La primera bandera que se plantó, echados los franceses, fué la de Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey de España, y la corona mural fué dada á Traiano Morminio, gentilhombre napolitano, el cual fué el primero que tomó una almena de la muralla. Pues habiendo en la primera furia muerto muchos franceses, todos los otros fueron tomados á prisión, juntamente con los ciudadanos de Rubi. Fué también preso el Paliza y Amideo, capitán de los hombres de armas de Saboya, y Peralta, español, el cual estando al sueldo del Rey de Francia antes que se turbase la paz, cumplió con su fe. El Gran Capitán en tanto ruido y revuelta de la tierra saqueada, teniendo grande cuidado, guardó la honra de las mujeres puestas en la iglesia invioladas de toda injuria.

El día siguiente, no siendo aún del todo saqueada la tierra, usando la misma presteza, volvió para Barleta, cuasi primero que monsiur de Nemos, el cual habiéndosele ajuntado en el camino los suizos y haber cogido mayor caballería, caminando con grande diligencia tuviese nueva de la rota del Paliza. El Gran Capitán habiéndose llevado las mujeres robustanas á Barleta, las dejó en salvo, salva su honor, sin ninguna talla, pero no quiso que los hombres de armas franceses se rescatasen, porque monsiur de Nemos no les había guardado las condiciones puestas entre ellos. Confinó el resto de la infantería en las galeras de Lezcano hasta que la guerra fuese acabada, dándoles al cuanto más dura pena que no sufre la costumbre de la milicia cristiana, con la cual orden el capitán alguna vez, aunque contra su voluntad, con ánimo severo y astuto, y esto por el útil de la guerra, tenía en poco las palabras que contra él se decían. Conoscía claramente que las bandas y capitanías de enemigos venían á faltar, y ansí en pocos días vino á ser igual en la caballería con los enemigos, donde ellos tenían todas sus fuerzas, habiendo dado á los más escogidos soldados más de setecientos caballos tomados en diversos rencuentros, en especial en Castellaneto y en Rubi, tanto que los infantes puestos á caballo eran suficientes á toda áspera y difícil empresa, y esto con grande ánimo y valor, por ser reputados merescedores de aquella honra y merced que se les hacía.

Mientras estas cosas se hacían en la Pulla, don Hugo de Cardona, habiendo metido en orden en Sicilia tres mil infantes y trescientos caballos, pasó con ellos el faro, desembarcó en Rijoles, rompió en una scaramuza á Jacobo San Severino, señor de Mileto, el cual levantaba los calabreses á rebelión; libró á don Diego Ramírez, sitiado en el castillo de Terranova; saqueó y quemó la tierra; después volvió para la baja Calabria y metió en huída á Marzano, Príncipe de Rosano. Entendido estas cosas los Príncipes Sanseverinos, el de Salerno y el de Visiñano, los cuales como habemos dicho se habían pasado de los españoles á los franceses, habiendo hecho por toda parte soldados y armado sus vasallos, se ajuntaron con monsiur Daubegni, el cual venía. Este, habiendo dejado una pequeña compañía de franceses en Cosenza, con la cual tuviesen sitiados al capitán Solís y á Gómez, con la mayor presteza que pudo fué á buscar á don Hugo, por combatir de presto con él. Estaban con monsieur Daubegni el Grini y el Malherba; éste era capitán de los ballesteros gascones y de tres banderas de suizos, y el otro gobernaba todos los caballos ligeros; pero la mayor fuerza era la de los hombres de armas, entre los cuales había una compañía de soldados viejos escoceses familiares y fieles á monsiur Daubegni.

Estaba entonces alojado don Hugo en aquel llano que del castillo de Terranova se extiende hacia mediodía. Avisado de la venida de los enemigos metió la cosa en consejo, y aunque él hubiese acrescentado de más gente, todavía le paresció deber de huir la campaña y retirarse á la rocha de San Jorge, la cual mira hacia el monte Apenino; pero los nuevos capitanes estorbaron que no se tomase este camino, los cuales habían venido nuevamente de España, que fueron Manuel de Benavides, Antonio de Leiva, que después fué muy excelente capitán, y los Alvarados, padre é hijo, que habían traído de España cuatrocientos hombres de armas y caballos ligeros y cuatro compañías de infantería, porque les parescía ser cosa deshonrada y vergonzosa levantar los alojamientos y retirarse antes que los enemigos se presentasen y más claramente se supiese cuánta gente y de qué calidad era, es-

pecialmente que una espía calabrés, algo sospechosa, les había dado á entender que los franceses no allegarían allí en aquellos dos días Pero monsiur Daubegni, capitán viejo, gentilmente engañó la opinión de los enemigos con usar de la presteza francesa, habiendo caminado la noche y por desusados caminos, enseñándole los calabreses el camino, presentó la gente en batalla y mandó tocar las trompetas. Venían delante el derecho cuerno los dos Príncipes de Salerno y Visiñano, trayendo cogida su gente á modo de luna; en el izquierdo venía el Grini, el cual, así como habemos dicho, guiaba todos los caballos ligeros. En la batalla de medio se había puesto monsiur Daubegni, ajuntado casi con los Príncipes con una estrecha ordenanza de hombres de armas. El Malherba había mezclado á los suizos con los gascones, los cuales por estar en ordenanza más abiertos y esparcidos, disparaban las ballestas cómodamente y allegáronse á los caballos del Grini.

De la otra parte los españoles, habiendo descubierto á los enemigos, aunque fuesen menos en número, engañados de su pensamiento, esforzadamente se metieron en orden y se esforzaron en menear las manos, sosteniendo valerosamente la furia de los franceses que venía delante, donde se comenzó una cruel batalla, no habiendo lugar ni de la una parte ni de la otra de poder jugar el artillería. Andando la batalla encendida, mientra don Hugo con maravillosa constancia hacía el oficio de capitán y de soldado, el Grini haciendo un largo rodeo, extendiendo su banda, entró por el costado en la infantería de los enemigos, que los desordenó y rompió, porque á la hora arremetieron los suizos y gascones con tanta fuerza, que echados de las picas y heridos de las saetas fueron puestos en huída. De la otra parte toda la caballería cerrada en un escuadrón, por consejo de don Hugo, sin ninguna desaventaja sostenían á los calabreses; pero cuando monsiur Daubegni arremetió con su escuadrón, ni los caballos sicilianos ni menos los españoles pudieron resistir á la furia de los hombres de armas escoceses, antes volvieron de presto las espaldas y á más andar se fueron á los montes, aunque el Cardona los reprehendiese y les rogase que poco á poco volviesen el rostro y se retirasen. Habiendo sido en esta manera rota la caballería, la infantería que estaba en medio fué rompida y desbaratada En aquella rota de enemigos el Grini, corriendo muy desordenadamente en el alcance de aquellos que huían, habiéndose alzado la vista del almete, fué herido en un ojo con la punta de una lanza y fué muerto. Monsiur Daubegni corrió el mismo peligro, porque los caballos españoles (ansí como después yo lo entendí de Antonio de Leiva), tomándole en medio y cuasi preso, procuraban de quitalle el almete, y sin duda le hirieran en la garganta si no fuera socorrido de la banda del Príncipe de Salerno, la cual sobrevino en escuadrón cerrado y los había rompido. Pues habiéndose salvado muchos caballeros por los montes, don Hugo el postrero de todos, dejado el caballo, al cual había cortado las piernas porque no viniese en manos de sus enemigos, por ciertos valles nevados se retiró á la Mota Bufalina, y aquí, recogidos y refrescados un poco los soldados, los cuales habían quedado de la batalla, descenció en la Rocella á la ciudad de Gieración. El bagaje, los soldados y los villanos le robaron; las banderas, con muy hermosos caballos de España, vinieron á manos de monsiur Daubegni. El número de los prisioneros fué muy mayor que el de los muertos; la victoria no pudo parecer muy alegre á monsiur Daubegni, habiéndole costado la vida de Grini, amicísimo suyo y valerosísima persona. Después de la batalla monsiur Daubegni tomó sin herida la Mota Bufalina, adonde los enemigos huyendo se habían recogido; tomó también por fuerza á Pentadactilo, en la Rocella; no quedó en toda la Calabria casi ninguna tierra que á la hora no se volviese á la vencedora parte francesa, retirándose los españoles en los castillos fuertes, los cuales parescían que aquel invierno con dificultad los franceses los pudiesen combatir.

Habiendo hecho saber estas cosas que habían sido hechas en Calabria y en Pulla al Rey don Hernando, á la hora fué puesta en orden una armada muy grande en el puerto de Cartagena, la cual fuese á Mecina, y el capitán general de ella fué Puertocarrero, descendiente de la noble familia de los Bocanegra de Génova. Este había sido preferido á muchos caballeros de España que aspiraban á la honra de este cargo por ser Puertocarrerro casado con una hermana de la mujer del Gran Capitán, por donde se entendía que entre ellos habría grande conformidad. Obedescían á Puertocarrero don Alonso Carvajal,

que después fué claro en las guerras de Italia, capitán de seiscientos caballos, y don Hernando de Andrada, Conde de Villalba, el cual de Galicia, Asturias, Vizcaya y en la costa de la mar había traído cinco mil hombres. Navegando Portocarrero para Sicilia, hízole contrario tiempo, que habiendo sido echado de una grande fortuna junto á Lipari y Strangoli, al quinto más tarde de lo que hubiera querido (aunque con el armada salva) allegó á Mecina. Desque hubo pasado el faro y desembarcada la gente en Ríjoles adolesció, de la cual enfermedad murió, y viéndose cercano á la hora del morir, aconsejado con don Juan de Lanuza, Virrey de Sicilia, encomendó el cargo á don Hernando de Andrada, aunque á Manuel de Benavides é á don Alonso de Carvajal, caballeros generosos y pláticos en la guerra, paresce que lo merescían mejor. Pero había entre el Benavides y Carvajal antiguas enemistades, por ser de bandos contrarios, las cuales eran tan grandes, que el uno hacía profesión de no obedescer al otro; pero ambos le tuvieron á bien y lo consintieron á causa del bien público. Muerto que fué Portocarrero hiciéronle muy honrado enterramiento, y dada la paga á los soldados de las rentas de Sicilia, don Hernando de Andrada comunicó sus designos con don Hugo, y desde Ríjoles en tres alojamientos allegó á la campaña de Terranova, y en aquel mismo día arribó á ella monsiur Daubegni, de la Mota Bufalina, por tomar á Terranova; pero previniéndolo Alvarado que, con una escaramuza tentó las fuerzas del enemigo, allegó al castillo de San Juan, apartado poco trecho de Seminara, donde siete años antes había rompido en batalla al Rey Fernando y al Gran Capitán. Estaban no muy apartados de la campaña ennoblescida por el fresco rompimiento de don Hugo, talmente que monsiur Daubegni, feroz por la doblada victoria, aunque tuviese menor número de gente, reconosciendo los campos desdichados á los enemigos y á él felices, tomó cierto agüero de querer meterse en el arrisco de la tercera batalla, para lo cual envió á Ferragut, rey de armas, el cual con soberbias palabras desafió á batalla á los españoles, así como hombres poco valerosos y acostumbrados á dejarse vencer. De las cuales palabras don Hugo, encendido en sí mismo con un cierto ardor de ánimo enojado, por recobrar la honra perdida, se determinó de aceptar las condiciones de la batalla. Dió á Ferragut dos vasos ricos de plata, mandando á don Juan de Cardona, su hermano, que iba un poco adelante con la infantería, que se detuviese; pero los soldados no querían pasar adelante si primero no les daban la paga tantas veces prometida. Fácilmente don Hugo les quitó aquella obstinación, dándoles cuanto oro y plata tenía, y allende de esto obligada la fe de sus amigos. Con estos prometimientos la infantería se metió en campaña.

Monsiur Daubegni, habiendo hecho algunas escaramuzas y vadeado el rio Petrace, caminó para la tierra de Joya. El Andrada y don Hugo, llevando el campo con presteza, le siguieron y vadearon por el mismo paso el rio, teniendo orden que cada caballo pasase en grupa un infante. Al otro día siguiente monsiur Daubegni salió de Joya y se metió en orden. Los españoles, visto las banderas de los enemigos, se aderezaron para la batalla.

Estaban en la avanguardia Manuel de Benavides y Carvajal; en la batalla iban don Hugo, Antonio de Leiva y el padre de Alvarado con la vieja caballería y infantería. Seguían este escuadrón, apartado poco espacio, don Hernando de Andrada con la caballería nuevamente traída de España y la infantería de gallegos y asturianos. Usaba esta gente, según el antiguo costumbre de la milicia romana, escudos largos y recogidos y dardos para arrojar. Monsiur Daubegni, deseoso de comenzar la batalla, se metió en el primer escuadrón, en el segundo Alonso San Severino y en el tercero Honorato San Severino, que capitaneaba la banda de los caballeros de su linaje. El Malherba guiaba un escuadrón cuadrado de infantería, junto al cual estaba el artillería, y después que de la una parte y de la otra fué desparada, la caballería arremetió para adelante. Mientra monsiur Daubegni procuraba de apartarse de los rayos del sol que le herían en la vista, una banda de caballos ligeros españoles le tomó el lugar, talmente que él volvió las banderas y arremetió contra el escuadrón de Manuel de Benavides. La batalla andaba ya encendida y con dificultad el Benavides sostenía la furia de los escoceses. Don Hugo, Antonio y Alvarado le socorrieron, y con tanto vigor y ánimo se apretó la batalla, que los franceses y españoles, combatiendo con las espadas, se mezclaron en uno, y ambas á dos las partes tenían por cierta la vic-

toria. Don Alonso Carvajal, con spedido consejo, llevó al derredor el izquierdo cuerno, y entrando por las espaldas de la avanguardia de los enemigos metió tanto temor y espanto á aquellos que estaban ocupados en la dudosa batalla, que monsiur Daubegni, puesto en desorden su escuadrón, se puso en huída. Don Hernando de Andrada, con su caballería, rompió á Alonso San Severino, que venía á socorrer con el segundo escuadrón. Por la misma suerte fué rompido el tercero escuadrón, y Honorato se puso en huída, tal que en espacio de media hora (lo cual es apenas de creer) fué hecha piezas cuasi toda la infantería francesa y ganóse una singular victoria. Fueron presos Alonso y Honorato San Severino; un escuadrón de scoceses libró á monsiur Daubegni de las manos de sus enemigos, y habiéndose ajuntado con Malherba, sin detenerse un punto, corrieron hasta Joya, y habiéndose aquí detenido poco rato, les fué dicho cómo los caballos españoles les seguían por los mismos pasos y que ya estaban muy cerca. Apresuraron su camino con la noche scura y se recogieron en el castillo de Angitula, quejándose monsiur Daubegni de la fortuna, que habiendo sido hasta en aquella hora invencible, y habiendo en las guerras de Francia y Inglaterra en doce batallas sido vencedor, le hubiese en esta escarnecido y deshonrado.

Al otro día siguiente, el primero de todos Valentia de Benavides, hermano de Manuel, y después dél el Carvajal y el hijo de Alvarado, y luego Antonio de Leiva, con grande presteza allegaron á Angitula. Tomada la tierra, determinaron de sitiar á monsiur Daubegni en la fortaleza. Poco tiempo después allegó el Andrada con toda la gente, y hechas las trincheas, metida por alderredor la guardia de la infantería, á fin que el capitán de los enemigos no se fuese, se alojó á la vista de la tierra, apartado casi un tiro de artillería.

En aquellos mesmos días, la infantería de tudescos, la cual Octavio Colona, enviado del Próspero, su tío, al Emperador, la había obtenido y traído por las montañas de Carnia al puerto de Trieste, embarcados allí habían allegado á Barleta. La venida de los cuales dió tanta alegría al Gran Capitán, que muy ciertamente confirmó la esperanza de ganar la victoria, y así no le paresció aguardar más tiempo, sino salir á combatir, pues había ya estado siete meses sitiado en la pequeña ciudad de Barleta. Monsiur de Nemos, habiendo tomado todas las tierras vecinas de Barleta, fuera de Andria, el Gran Capitán con sola la grandeza de ánimo invencible, había sufrido todos los incomodos de la guerra, y en aquel medio la fortuna muchas veces le había levantado la esperanza enferma á favorecelle en los extremos casos de su sitio, de suerte que se tuvo por cierto que él no dudó jamás de ser muy presto vencedor. Resolvido en este partido, mandó á los capitanes de caballos y de infantes que se proveyesen de lo necesario para el camino. Parescióle bien de llamar de Taranto á Pedro Navarro y á Luis de Herrera, su pariente, con la más gente que pudiesen, porque tenía grande confianza en sus personas.

Con el mismo designo monsiur de Nemos, juzgando por conjeturas que habiéndole al enemigo venido el socorro de los tudescos, tentaría alguna cosa de nuevo y á la hora saldría de Barleta, escribió á Andrea Mateo Aquaviva que de Conversano fuese á Altamura, adonde estaba Luis de Arce, y de allí ambos á dos, juntas las fuerzas, viniesen á Canosa, donde le hallarían, porque monsiur de Nemos ponía grande esperanza en el consejo de aquel hombre para el gobierno de la empresa, y no le parescía tentar ninguna cosa sin el Arce, capitán valiente y animoso. Mientra el Arce y el Aquaviva concertaban entre ellos el día de la partida, Pedro Navarro tomó las cartas del Arce junto á Taranto, é como avisado y entendido su designo, hizo una emboscada al Aquaviva cuando tenía de pasar, é ansí rodeado de un impensado mal, defendiéndose esforzadamente, habiéndole muerto el caballo y herido gravemente, fué preso. Juan Aquaviva, su hermano, peleando valerosamente fué muerto; la caballería fué rompida y casi toda ella vino en manos de los enemigos. Habiendo felizmente sucedido esta empresa, Pedro Navarro y Luis de Herrera allegaron á Barleta, donde Gonzalo Hernández, doblándosele el alegría, riendo muy á boca llena, dijo cómo se tenía de dar gracias á la fortuna que tanto le favorescía, pues en tan grande necesidad habían prendido un prudentísimo capitán de enemigos y habían venido á su campo dos capitanes de grande valor y fe, los cuales le serían de mucha utilidad y provecho.

Ya la primavera vestía de flores la campa-

ña y los panes crescían y el Mayo se mostraba, cuando por aventura en aquel día, como de buen agüero y grandemente felice, que desbaratados los franceses en Joya se aparejaba la victoria. El Gran Capitán, habiendo sacado toda la gente de Barleta, pasado Losanto, se alojó en la Chirinola, con pensamiento de plantar el artillería y tomar aquella tierra, y si los franceses la quisiesen socorrer venir con ellos á batalla. Allegó el Gran Capitán á este lugar con un ardiente sol y calor terrible y el camino muy lleno de polvo, y con tanto cansancio de todo el ejército, que algunos soldados murieron de sed y fatiga, y con deseo de refrescar la boca eran constreñidos á chupar unas cañahejas que las llaman ferlas, las cuales nacen en aquella caliente campaña, como si ellas estuvieran mojadas del rocío. A esta necesidad y miseria proveyó el Gran Capitán mandando traer por las escuadras odres llenos de agua, que para este efecto había hecho traer de Losanto. Mandó á todos los caballos que cada uno de ellos tomase á un peón en gropa, especialmente de los que estaban armados. Hiciéronlo los caballos con muy grande voluntad, por un ejemplo de grande humanidad que en el Gran Capitán vieron, el cual había tomado en gropa de su caballo un alférez tudesco.

Gerión, así como dije antes, noble más por el vano esfuerzo de Aníbal que por grandeza de edificios, está puesto sobre un collado y por todas partes rodeado de viñas. Estas viñas están cercadas de un pequeño foso, dentro del cual Próspero y Fabricio, habiendo considerado y mirado el lugar, se alojaron en él. Y habiendo el foso de presto limpiado y ensanchado y alzado á la parte de dentro una margen de tierra, cuanto la brevedad del tiempo sufría poder hacerse, se fortificaron contra la caballería de los enemigos, persuadiendo el Gran Capitán á las nuevos soldados á fenescer este trabajo, plantando en aquel tiempo el artillería en la frente, en los lugares más necesarios. En este medio monsiur de Nemos, partido que fué de Canosa, hizo alto un poco apartado de la Chirinola para tomar el universal consejo de todos los capitanes, si se pudiesen resolver en querer combatir. Pero estando ellos fuera de tiempo porfiando entre sí, acaesció que en la contienda y porfía se consumió la mayor parte del día, siendo de parescer monsiur de Nemos y Forment y Arce, por causas muy importantes, que se debía diferir la batalla hasta el otro día. Candeio, que era capitán de los suizos, y monsiur de Alegre, eran de contrario parescer, que sin perder tiempo en balde y vergonzosamente, sino con ligero y esforzado ímpetu, como siempre felicemente á los franceses les había sucedido, se debía en todo caso dar la batalla. Por la cual determinación conocía monsiur de Nemos que se ofendía mucho su honra, porque pocos días antes había entendido que monsiur de Alegre había hablado algunas palabras maliciosas, que como capitán mal práctico y poco valeroso tenía temor de venir á jornada, y que dejaba con infamia de la reputación francesa y con grande daño de las fuerzas de ellos poco á poco de aquella astuta nación consumirse y faltarle las gentes. Y sin un punto detenerse, enojado de la culpa que le daban, dijo: «Pues que así os place que combatiendo hoy pongamos fin á la guerra, en aquella manera que placerá á la fortuna, si yo no satisfaciere al deseo del Rey de Francia, al menos con honrada muerte cumpliré con mi particular honra». Y permitiéndolo el destino, mandó dar la señal de la batalla, aunque á gran trabajo podía haber media hora hasta ponerse el sol.

Y hechos tres escuadrones marchó contra los enemigos, no habiendo igualado la frente sino echando la gente para adelante con orden torcido por grados, porque cuando se ponía para adelante el cuerno derecho, adonde estaba el capitán Arce, Candeio, del escuadrón de medio, donde estaba puesta toda la infantería, disparase el artillería y siguiese á los primeros no muy apartado, y con semejante suceso monsiur de Alegre, arremetiendo los caballos se ajuntase con el tercero escuadrón, cuando fuese necesidad, al izquierdo lado del batallón de los suizos; de manera que los tres escuadrones en su proceder, por la desigual largueza parescían que tenían semejanza á los tres últimos dedos de la mano.

De la otra parte el Gran Capitán opuso seis escuadrones en derecha frente á los enemigos, y en los cuernos fueron dos escuadrones de caballos y uno de socorro detrás de los tudescos, al cual se allegaba la infantería española, apartada con poco espacio, que de lejos parescía solamente un escuadrón de infantes, aunque habia abastadamente lugar para la caballería, puesta en medio, para si fuese necesidad pudiesen arremeter para adelante. Después envió de fuera todos los caballos li-

geros, siendo su capitán Fabricio Colona y don Diego de Mendoza, los cuales escaramuzando detuviesen á los enemigos que ya venían. Levantóse entonces tanta escuridad del polvo que quitó á los franceses del todo la vista, y después aquella niebla fué acrescentada del humo del artillería; pero las pelotas de ella pasaron por lo alto, no desordenando ni la una batalla ni la otra.

El Gran Capitán mandó que se cargase y se disparase otra vez. Leonardo Aleo le dijo con un espanto temeroso: «Todos los barriles de la pólvora, acaso ó á traición se han encendido». El Gran Capitán, no mostrando espanto por tal nueva, le respondió: «Yo tengo este por buen agüero, que ninguno me pudiera venir mejor, pues he visto la lumbre de la victoria que viene». No fué vano este agüero. Monsiur de Nemos, habiendo arremetido contra los tudescos con la caballería de la banda izquierda, hallando un foso, á la hora se pararon, y echados de allí, mientras volvía la batalla buscando nueva entrada para pasar adelante, herido de un arcabuzazo cayó muerto, casi primero que Candeio acometiese á los tudescos. El cual hallándose él también metido en el foso con la misma fortuna, esforzándose con obstinado esfuerzo de un lugar desigual y hondo pasar la margen de tierra, los tudescos con las picas bajas y por otra parte los arcabuceros españoles, muertos y rompidos los suizos, le mataron en una fosa bien honda. Porque Candeio había vuelto sobre sí los ojos y las manos de los enemigos, combatiendo á pie y siendo por los altos penachos blancos que traía muy mirado. Pues siendo muerto monsiur de Nemos, el capitán Arce y monsiur de Alegre, aunque en diversos lugares, tomaron un mismo consejo de huir. Pero la fortuna quiso que monsiur de Alegre se fuese al ducado de Benevento y el Arce corriendo sin parar allegó á Venosa. La caballería española, habiéndoles ido al cuanto en el alcance, muertos y presos muchos, juntamente con Forment, se volvieron al campo, habiendo el sol, que ya iba muy bajo, dado apenas lugar de media hora de lumbre para fenescer la batalla, la cual cosa sin ninguna duda fué causa que con la escuridad de la noche se salvasen el Arce y monsiur de Alegre. El Próspero, delantero de todos los otros, corriendo el campo de los enemigos tomó la tienda de monsiur de Nemos, adonde halló un aparador de plata dorada y aparejada una sumptuosa cena, donde cenó delicatísimamente y dormió en la cama del capitán de los enemigos. Habiéndole en aquel medio el Gran Capitán y Fabricio toda la noche buscado y llorado por muerto, después que fué salido el sol, el Próspero con mucha alegría y risa de los suyos se volvió al campo. Monsiur de Nemos fué hallado entre los muertos y conoscido de un paje de cámara suyo por un lunar que tenía encima la espalda. Al cual el Gran Capitán, celebrando el mortuorio, hizo grandes honras, porque él era de la casa de los Condes de Armañac, muy ilustre entre las nobilísimas de Francia, la cual más de una vez se había ajuntado con la sangre real y él era verdaderamente noble. Fué combatido en la Chririnola á veintiocho de Abril, habiendo el Gran Capitán con doblada alegría siete días antes entendido por los prisioneros que monsiur de Aubegni había sido desbaratado por don Hernando de Andrada en Joya, de tal suerte que se decía que monsiur de Nemos, movido de arrojada y desesperada temeridad y no de oportuno consejo, había venido á hacer jornada; y esto á fin que si se publicaba la rota nuevamente recibida, los ánimos de los franceses no viniesen á desmayar y que el enemigo, fundándose en el esperar mayores fuerzas, con todos los artificios de la guerra no huyese de meterse en el arrisco de la batalla. Murieron aquí hasta cuatro mil franceses, con tanta facilidad y presteza, que habiéndose comenzado y fenescido la batalla en espacio de media hora, no murieron ciento de los vencedores. Yo oí decir á Fabricio Colona cuando él contaba el suceso de esta batalla, que la victoria de aquel día no había sido por otra importancia ni industria de soldados, ni valor de capitán general, sino sólo en el espacio de una margen de tierra y de un hondo foso; con el cual ejemplo después habemos visto que los capitanes que después han sucedido han puesto particular cuidado y diligencia en fortificar su campo, renovando como muy buena la manera del fuerte de los antiguos. El cual modo en el tiempo de nuestros padres se había vituperosamente perdido, con toda la disciplina de la milicia.

En aquel mismo día el Gran Capitán, no queriendo dar ningún espacio de tardanza á los franceses, los cuales huían muy espantados, envió á Diego García de Paredes para que

fuese en el alcance de los soldados de Arce, que se iban para Venosa, y mandó á Pedro de Paz y á Teodoro Bocalo que fuesen detrás de monsiur de Alegre Pero el monsiur de Alegre, siendo acompañado de Trajano Caraciolo, Príncipe de Melfi, no queriéndole acoger en ninguna tierra, yéndole siempre delante la fama del vencimiento y apenas pudiendo con grande trabajo y ruego, por donde quiera que pasaba, alcanzar que á gran precio le diesen vitualla, se la daban colgada en unos alguiños, allegó á la Tripalda, y habiendo reposado en ella un día, continuando su viaje, no queriendo entrar en Nápoles, se fué á Aversa. Aquí le dieron nueva cómo el maestro racional y los tesoreros, atemorizados, habiéndose levantado un ruido en Nápoles, se habían retirado en Castelnovo. Desesperado de sus cosas, pasando por Capua y por Sesa, vadeando el río del Garellano, allegó á Fundi y de ahí á Traeto, y finalmente á Gaeta.

Al otro día, que fué el segundo después de la batalla, Fabricio Colona fué con Ristaño Cantelmo, Conde de Pópuli, á tomar el Aguila, cabeza del Abruzo, y el Próspero y Andrea de Capua, Duque de Térmoli, echando los oficiales franceses, tomaron en fe la ciudad de Capua, la cual era patria del Duque de Térmoli. Sesa les abrió las puertas y echados los franceses allende del Garellano, pensaron de quedarse en aquella ciudad hasta tanto que el Gran Capitán les enviase á mandar más ciertamente aquello que se había de hacer.

En este medio los capitanes españoles que estaban en Calabria tenían cercado á monsiur Daubegni en el Angitula. Recibieron cartas de Gonzalo Hernández de la victoria que él había habido, las cuales siendo enviadas al castillo y leídas por monsiur Daubegni, les respondió que él conoscía que la fortuna era muy enemiga á los franceses. Y por esto, juzgando que era de ánimo obstinado y loco contrastar largo tiempo á la malvada suerte, prometió que á la hora se rendiría si fuese verdadera aquella nueva, y para esto envió afuera el Malherba, para que estuviese en rehenes de lo prometido, y le fué concedida tregua por doce días, en el cual tiempo volviesen tres caballeros franceses enviados á saber el suceso de la batalla. Estos, informados de los prisioneros de lo que era acaescido, haciéndoles saber cómo monsiur de Nemos era muerto y su gente desbaratada, lo dijeron á monsiur Daubegni, el cual salió de la fortaleza vestido un sayo de brocado, y con rostro alegre se rindió, con condición que todos los otros fuesen libres y él solo fuese detenido en una libre prisión. Dícese que monsiur Daubegni con severísimas palabras reprehendió á dos caballeros mozos parientes suyos, los cuales en la guerra salieron muy famosos, porque más delicadamente de lo que convenía á hombres especialmente de nación escoceses y nascidos de sangre real, habían sospirado el contrario fin de la guerra, como si no se acordasen que los hombres generosos no tienen jamás de perder el ánimo, sino siempre con nuevo esfuerzo de viva é invencible virtud se ha de probar la fortuna.

En este medio Gonzalo Hernández, habiendo tomado á Melfi y abriéndole las puertas por el camino los pueblos, no queriendo detenerse en ningún lugar, sino de contino ir en el alcance de franceses, pasando de la Pulla en el ducado de Benevento y por tierra de labor, vino á la Cerra, adonde los embajadores napolitanos de los más principales y nobles, besando la vencedora mano y alegrándose con él de la victoria tan sin ninguna sangre, le suplicaron quisiese su ciudad recibilla debajo de su fe, la cual por la memoria de las mercedes antiguas era muy obligada al nombre de Aragón y les confirmase sus privilegios y leyes de la antigua inmunidad de ellos, y amorosamente la quisiese conservar y por merescimientos de su fe la ampliase con nuevos honores. Gonzalo Hernández les confirmó los privilegios que los Reyes pasados les había concedido, prometiéndoles que les sería buen procurador para con el Rey don Hernando que les escribiese con mucha clemencia y que concediese á todas sus demandas.

No muchos días después con aparejo real debajo de un palio entró en la ciudad, habiéndole sido aderezada muy sumptuosamente la casa del Príncipe de Salerno, la cual es la mejor que hay en Nápoles, y ajuntados todos los estados, á los quince de Mayo le juraron fidelidad en nombre del Rey de España, y mandó á los soldados, los cuales estaban privadamente alojados por la ciudad, que, so pena de la vida, avara ni deshonestamente no hiciesen injuria á persona ninguna. Mandó luego traer el artillería, que la mayor parte de ella había ganado de franceses en la Chirinola; deliberó de combatir los castillos, prometién-

dole el Conde Pedro Navarro que en breve tiempo los habría tomado. La primera que fué combatida fué la torre de San Vicente, puesta encima de un pequeño peñasco, donde aquellos que la guardaban se rindieron luego, no pudiendo sufrir la furia del artillería. De aquí Pedro Navarro volvió todas las fuerzas al Castelnovo. De día batía las almenas y los altos techos de las torres, y de noche entendía en cavar minas, donde con el trabajo de pocos días hizo lo que deseaba su designo. Habiendo puesto algunos barriles de pólvora en los fundamentos, por la fuerza del fuego que le fué puesto por abajo, todo aquel baluarte que mira hacia los jardines con espantoso ruido se arruinó y cayó. Los españoles por lo caído de la muralla con armas expedidas entraron dentro, y ansí se tomó todo aquel cerco de fuera el castillo, habiendo muerto muchos franceses. Apretaron talmente los otros, los cuales así como espantados del improviso mal se retiraron por la puerta triunfal en la plaza de dentro el castillo, y cargando la puente ocupada con el peso, no la dejaron alzar á los soldados franceses. En aquel tumulto, echados los cerrojos de las puertas de bronce entalladas, cerráronlas prestamente á la multitud de los que querían entrar dentro, y metieron una culebrina á la puerta, á fin que disparándola matasen á los españoles que estaban en la puente y en la plaza. Pero por un caso maravilloso la pelota se quedó en lo espeso de la puerta, no habiendo podido pasar el bronce, la cual hoy día por grande maravilla se muestra á los extranjeros que van á ver el castillo. El Gran Capitán, oyendo una grande vocería de los soldados, le fué dicho que se tomaba Castelnovo, y él no creyéndolo tomó una rodela y fué para allá, maravillándose de lo hecho. Fué ganada la plaza subiendo un español con maravilloso esfuerzo, donde los franceses que se habían retirado en las torres con grande temor se rindieron. Ganó la honra de la corona mural un mancebillo paje del Gran Capitán, llamado Juan Peláez Berrio, el cual animosamente había tomado una almena, donde un francés le cortó la mano. Los soldados saquearon casi todo cuanto había en el castillo, y esto con tanto desorden, que no dejaron nada, que hasta las vituallas se llevaron, y faltó muy poco que con palabras soberbias no maltratasen al Gran Capitán, queriéndose igualar la desvergüenza de los soldados con la majestad de un tan grande hombre. Pero él con la grande alegría de todos, habiéndose efectuado una empresa de tanta importancia, parescióle bien de perdonalles su osadía y mala crianza. El trigo, vituallas y munición se las vendieron con poca liberalidad; porque decían con palabras soberbias, que todas aquellas cosas que eran adquiridas con grande peligro eran méritamente suyas, pues con tanto trabajo y dificultad les pagaban las pagas que se le debían.

Hallóse por pública estimación que el valor de lo que saquearon era muy grande, porque los ciudadanos del bando anjoíno habian llevado á Castelnovo, como á lugar segurísimo (y también mercaderes y banqueros) muchas caxas llenas de cosas de grande valor, aunque hubo muchos soldados que no les alcanzó parte de aquella rica presa, y blasfemando mucho se lamentaban de su malvada suerte. A los cuales volviéndose el Gran Capitán les dijo: «Andá, porque con mi liberalidad venzáis vuestra fortuna, dad saco á mi casa». Habiéndoles hecho aquella merced, todos de presto con mucha alegría corrieron para su casa, con tanta avaricia de los del pueblo que iban mezclados con ellos, que descolgaron la tapicería de las paredes y no perdonaron la bodega del vino.

El Gran Capitán, habiendo hecho limpiar la plaza de los muertos y sacado afuera los prisioneros y traídas todas las vituallas, hizo castellano del Castelnovo á Nuño Docampo, hombre valeroso y muy su familiar, y mandó á Pedro Navarro que volviese la artillería contra Castel del Ovo. Este castillo está puesto en una isla, la cual antiguamente fué llamada Megara, del nombre de una de las sirenas, la cual mira al monte Echia y se pasa á tierra firme por una puente. Pasó el Conde Pedro Navarro debajo de aquella peña, y habiendo minado en la peña, veinte y un día después que hubo tomado á Castelnovo, á los once de Junio, le dió á fuego, el cual quemando poco á poco la mecha allegó adonde estaban los barriles de la pólvora. Toda aquella altísima muralla de la extrema parte de la roca, entre el espantoso ruido de la llama que saltó fuera, la arruinó toda ella; y acaesció esto al tiempo que por aventura el castellano había llamado á consejo los más principales soldados y estaban ayuntados en la iglesia, y el santo de aquella capilla no favoresció en

nada á aquellos pobretos, habiendo la súbita ruina de aquel castillo muerto casi á todos. Pues siendo enterrado en aquel miserable sepulcro el castellano juntamente con los otros capitanes, aquellos que habían quedado, espantados del infortunio, no metieron tiempo en medio á resolverse, sino luego rindieron el castillo.

En estos días el armada francesa, trayendo tarde el socorro para estas fortalezas, habiéndose puesto delante de Nápoles, visto roto su designo, volvió las velas y fuese á Enaria por tentar la ciudad de Pithecusa, la cual hoy se llama Iscla, por hacer algún daño á las galeras de España que estaban muy seguras y en su reposo debajo de la fortaleza. Pero doña Costanza de Avalos, señora de grande valor y fe, á la cual el Rey Federico había dejado en el castillo, disparando el artillería de un alto reparo defendió muy honradamente á los españoles y sacó fuera las banderas de Aragón, mostrando cómo ella, el castillo, la ciudad y la isla, la cual tiene siete pueblos, estaban á la devoción del rey de España. Esta es Costanza de Avalos, la cual por nombre de piedad y gloria memorable felicemente crió los hijos de sus dos hermanos el Marqués de Pescara y el Marqués del Vasto, los cuales en la loor de la guerra se igualaron con los grandísimos capitanes del tiempo antiguo, habiéndolos ella, como generosa maestra de una excelentísima vida, quedando ellos en su tierna niñez huérfanos de sus charísimos padres, derechísimamente guiado por aquella vía, la cual con la verdadera virtud lleva al cielo.

Habiendo Gonzalo Hernández con mucha alegría ganado las tres fortalezas, escribió á don Hernando de Andrada que, haciendo derecho su camino, se diese priesa de venir á Nápoles con el ejército, trayendo seguro y humanamente á monsiur Daubegni, porque en todo caso le parescía de combatir á Gaeta, en la cual se habían retirado las reliquias de los francèses, fundados en la esperanza de los socorros de por mar, siendo su capitán Ludovico, Marqués de Saluces, en el cual había recaído el gobierno de la capitanía general, con pensamiento de renovar la guerra.

El Andrada habiendo tomado las fortalezas de Calabria y puesto presidio en ellas conforme á la necesidad, pasando junto á Pesto, Velia y Buxento, las cuales hoy se llaman Capacho, Bucca y Policastro, hacía su camino por el principado. Escribió también á don Diego de Arellano, el cual habiendo tomado á Melfi le había dejado presidio que refrenase á Luis de Arce, el cual salía muchas veces fuera de Venosa á hacer daño á los amigos. Después mandó al Próspero Colonna y á Andrea, Duque de Termoli, qne viniesen delante con el primer escuadrón de la gente que estaba en Sesa á Ponte Corvo, el cual se llamó Fregellas, y él se fué á San Germán, que fué ya Casino, pueblo noble por un teatro. Por el campo de Carinula hizo su camino y tomó en fe á Rocha Guillerma, echados de ella los franceses, y hecha la paga en Pontecorvo á los soldados, bajando por el condado de Fundi, se alojó junto á Gaeta y le plantó el artillería.

Ya había traido aquí el Conde Pedro Navarro tres mil infantes y las municiones para combatir la ciudad, y con el mismo artificio que felicísimamente había hecho en Nápoles mandaba hacer trincheas, cavar minas y limpiar las almenas de la muralla. El Marqués de Saluces y monsiur de Alegre, confiados en el presidio de los franceses y gascones, disparando continuamente el artillería, hacían con ella mucho daño al Conde Navarro, el cual emprendía cosas difíciles en lugares mal seguros; y esto hacíanlo ellos con tanta violencia, que no sólo aquellos que estaban trabajando junto al artillería y en los reparos, mas aun los que estaban apartados en el campo estaban en mucho peligro; porque los artilleros franceses jugaban muy diestramente con el artillería, habiendo muerto á muchos con golpes casi ciertos. Acrescentábanse los daños á los españoles por estar alojados en lugares rasos y descubiertos. Las galeras de Francia, que habían echado de Iscla y de Progita, habíanse recogido entre Mola y Gaeta, disparaban el artillería donde querían y andaban corriendo la costa con muerte y daño de muchos. Por estas correrías y por el mal alojamiento fueron muertos muchos españoles, y á esta causa fué necesitado el Gran Capitán de proveer á la necesidad de los soldados que morían sin venganza Retiró el campo y el artillería á Formiano, pequeño castillo, que fué ya la delicia de Cicerón, el cual hoy se llama Castellón, retirándose con más presteza de lo que quisiera, porque allende de más de trescientos soldados muy buenos que le mataron con el arti-

lería, murieron don Rodrigo Manrique, hermano del Duque de Nájera, y algunos honrados capitanes de infantería, que fueron Juan Espes, Alonso López y Sancho Armentales, Navarro y cuatro alférez, el cual había sido llamado de Nápoles, dejando el armada con solos los compañeros de las naves, y últimamente Antío Litestanio, capitán de tudescos, con una pelota de un falconete, y don Hugo de Cardona, capitán de grande valor, el cual había venido con la nueva de la victoria de Calabria, fué herido en una rodilla con un pedazo de un muro rompido de un golpe de artillería y fué muerto.

El Gran Capitán, con aquel gravísimo dolor y público llanto de soldados, se alojó en Castellone por más seguro y más largamente sitiar á los enemigos encerrados en una ciudad estéril. Hacíase esto con poco trabajo, con haber acrecentado el campo de más gente con la venida de don Hernando de Andrada y con los capitanes de la victoria calabresa, los cuales habían encomendado á Hugo d'Ocampo á monsiur Daubegni y otros prisioneros ilustres para que los tuviesen en guarda en Castelnovo. Mientras estaba en aquel lugar sano y honrado por las vivas fuentes, fué avisado por cartas de Fabricio Colona y de Restañón Cantelmo que Civita de Cheri, en el Abruzo, con algunas otras tierras, habían venido á la obediencia, y no por fuerza, sino de su voluntad, y siguiendo el ejemplo de estas tierras, Sulmona, Andria, Terramo, Civita de Peña y Celamo, que está al entorno del lago Fucino, y finalmente todas las tierras del Abruzo y Taliacozo, Alba, Marsi y el Aguila, la cual cresció de las ruinas de Amiterno, cabeza de toda la provincia, eran venidas á la odediencia del Rey don Hernando, echando de ella por fuerza á Jerónimo Gallazo. Este era la cabeza del bando francés, y echados de presto todos los Orsinos, los cuales teniendo por capitán á Fabio, hijo de Pablo, habían procurado de ocupar los castillos dados á los señores de casa Colona, los cuales fueron quitados á Virginio Orsino. Habiendo demás de esto hecho en balde su designo contra los aquilanos, Fracaso Sanseverino, el cual enviado del Papa con una banda de caballos había tentado los ánimos de los ciudadanos.

En este medio el Gran Capitán fué avisado que el Rey Luis de Francia, no queriendo dar lugar á la fortuna, así como aquel que era de ánimo indómito y constante, renovaba la guerra, habiendo asoldado doce mil suizos y puesto en orden en Génova una gruesa armada, y había habido socorro de caballos del Marqués de Mantua, del de Ferrara y del Bentivolla, señor de Boloña, de Florentines y de Césaro Borja, hijo del Papa Alejandro. De aquestas gentes había hecho capitán general á Ludovico de la Tramolla, capitán de grande autoridad, dándole por compañero á Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, que ningún otro parescía más al propósito para el trato de la guerra, así por el natural esfuerzo del militar ánimo, como por la grande plática que tenía de todas aquellas provincias del reino de Nápoles y por ser él reputado por muy clarísimo por la fama de las empresas felizmente en aquella tierra por él acabadas. Con éstos venía Antonio Baseio, borgoñón, el cual era capitán de los suizos, y por el conocimiento de la lengua era capitán viejo y gobernador de aquella nación.

Ya se decía que la gente de franceses venían por Toscana, cuando de Roma, por cartas del embajador del Rey, vino nueva al Gran Capitán que el Papa Alejandro, cerca los trece de Agosto, había adolescido del mal de la muerte y en cuatro días había sido muerto, habiendo dejado gravemente enfermo de la misma enfermedad á César Borja, su hijo, talmente que el pueblo tenía por cosa cierta que el padre y el hijo habían bebido de un mismo flasco aquel veneno que ellos habían aparejado para los convidados, y esto por error fatal del botellero, que con descuido había trocado los flascos en aquella cena; la cual á la fuente en el palacio á ambos á dos había sido muy apacible, pero después tuvo doloroso suceso. Los médicos no pudieron escapar al viejo por no tener sujeto para poder resistir la malicia del tóxico. A Césaro Borja su hijo, como era mozo y gallardo, conserváronle la vida con muchos remedios que le hicieron. Yo entendí del Cardenal Adriano de Corneto (en el cual jardín se cenaba) que habiendo él bebido de aquella mortífera bebida se había talmente inflamado por el súbito encendimiento de las entrañas, que nascido aquel ardor, opresos los sentimientos, le quitaron el entendimiento y fué apretado á bañarse en un vaso grande lleno de agua fría,

y no volvió en sí, habiéndosele abrasado las entrañas, hasta que el pellejo le fué caído de todo el cuerpo. Pero aquel maldito y á toda Italia dañosa cabeza, quitada la causa de la religión, fué de todo el pueblo con ojos codiciosos muy mirado, gastado de una hedionda flaqueza, talmente que muchos, y en especial sus amigos los Orsinos, tenían por averiguado que Dios con merecida pena del contracambio hubiese castigado la crueldad de aquel desapiadado hombre. Porque con el mismo veneno había hecho morir algunos Cardenales que eran poderosos y ricos.

Oída la muerte del Papa, el Próspero y Fabricio, licenciados del Gran Capitán, fueron á Roma con grande presteza por recobrar con las armas aquellas tierras, las cuales contra toda razón les habían sido quitadas. No le penó mucho á César Borja, hallándose enfermo de un gravísimo y terrible mal y de la envidia, á restituirles aquello, porque siendo enemigo de los Orsinos, no viniese también á serlo de los Coloneses. Fué aquella liberalidad, aunque hecha por fuerza, muy grata á los Coloneses, porque sin ninguna fatiga recobraron á Castelneptuno; Chinazano, en la campaña de Roma, y á Rocha de Papa á la selva del Aglio, bastecidas del Papa de sumptuosos edificios y torres.

César Borja se había retirado en el palacio con un fuerte y fiel ejército; tanto que los Cardenales, de temor, queriendo crear nuevo Pontífice, se habían ajuntado en la Minerva. Cosa era infame llena de una nueva envidia que, allende del antiguo enojo, se tuviese por fuerza al Colegio de los Cardenales el sacrosancto templo y el sacro palacio, por la cual cosa los magistrados romanos, ajuntados en Campidoglio, determinaron tocar á su reputación, dar lugar libre y seguro al conclavio y tener á Roma segura de todo temor ansí á los extranjeros como á los ciudadanos, con graves protestos pudieron alcanzar dél que sacando la gente fuera de Roma se fuese á Nepi. En aquellos días los Orsinos, siendo su capitán Bartolomé de Albiano, habían entrado en Roma y muerto algunos españoles, y quemando la puerta del torrión habían procurado entrar en San Pedro, por lo cual se había seguido un grande ruido. Habiéndose Roma pacificado, fué publicado Papa Pío tertio Vivió muy pocos días en el pontificado.

César Borja, ya convalecido de su enfermedad, se volvió á Roma, por hallarse en la segunda elección del papato, porque se había determinado de favorescer á los franceses que venían, tanto que ya les habían prometido su ayuda y favor y el de sus amigos. Y los Cardenales de casa de Borja estaban determinados dar sus votos á George Ambuesa, Cardenal de Roán, el cual procuraba ser Papa. En esta ocasión Gonzalo Hernández, juzgando haber necesidad de diligencia y presteza, oportunamente se concertó con los capitanes españoles, los cuales estaban al sueldo de César Borja que, pidiéndole licencia, con sus bandas y infantería se viniesen para él, ansí como la razón y justicia lo quería, que ayudasen al Rey don Hernando y á la nación española contra franceses, en especial porque ellos al improviso habían hecho la guerra á Salsas, en los confines de España. Pasáronse con este color y con la voluntad de César, teniendo en ellos mucha más fuerza el cuidado de la honra pública que no el respeto del privado interese. Entre los otros, don Hugo de Moncada, don Hierónimo Lloriz, Luis Hiscet, don Pedro de Castro, y con ellos Diego de Quiñones, nascido de generoso linaje y claro en la guerra. Estos capitanes fueron bien recibidos de Gonzalo Hernández y muy liberalmente les dieron sus gajes. Tentó después á los señores Orsinos, prometiéndoles grandes condiciones si quisiesen seguir la enseña del Rey don Hernando. No faltó este consejo de felice suceso, aunque á la verdad al parecer difícil. Porque ¿quien habría jamás creído que los Orsinos y los Coloneses, discordes entre sí por el antigua enemistad del contrario bando, se ajuntasen en una voluntad y en un campo? Había dado ocasión á los Orsinos, que alterados de ánimo buscasen nueva fortuna á su estado y en todo muy ajena de su antigua costumbre.

El Cardenal de Roán hacía muy grandes caricias á César Borja, por causa de los votos, porque habiendo traído consigo y sacádole de la prisión en que estaba en Francia al Cardenal Ascanio Sforza, tenía esperanza de obtener el Papato, mayormente ayudándole para esto César Borja, á la vida del cual, como hombre acelerado y sangriento, parescía que los Orsinos metían asechanzas, por vengar la muerte de sus parientes, que pocos años antes aquel tirano con espantosa crueldad había muerto tantos caballeros de su linaje, y también porque les parecía no ser estimados, y

con esto fácilmente se desdeñaban. Porque Trantio, embajador del Rey de Francia, al cual ellos le habían ofrecido el estado y su servicio, les respondió un poco más tibiamente de lo que requerían los peligros de la guerra que se apretaba. Porque el francés, con astucia y engañosa razón, pensaba que los Orsinos sin ningún premio ni sueldo habían de servir al Rey de Francia, no creyendo jamás que se apartasen de la antigua voluntad. Bartolomé de Albiano, no pudiendo sufrir, entre los otros, la vanidad y soberbia del Trantio, acompañada de manifiesta avaricia, casi dándose á entender que la victoria la tenía él en la manga y que no tenía necesidad del ayuda y favor de los Orsinos.

Pues habiéndose todos los Orsinos resolvido, excepto Jordán, hijo de Virginio, sin tardanza ninguna se allegaron á Gonzalo Hernández, con esta condición: que dándoles gruesas pagas viniesen á él por la tierra de los Orsinos, entre Spoleto y Roma, con dos mil entre hombres de armas y caballos ligeros y cuatro banderas de infantería. Siendo ellos firmes en este parecer y voluntad, el Próspero y Fabricio con amicísimas persuasiones los trujeron á que quisiesen hallarse en la tan vecina victoria y que tuviesen cierta confianza de recibir aquellos premios que se podían esperar de un capitán tan excelente y de tanta fe y de un Rey tan agradescido. A estas promesas se ofrecieron por fianzas los Coloneses, obligándose por el todo don Diego de Mendoza, el cual hallándose presente daba grande autoridad al negocio. Fueron entre los otros Bartolomé de Albiano, Ludovico, hijo del Conde Pitiliano; Fabio, mozo de grande esperanza, hijo de Pablo, que fué muerto de César Borja; Franciotto, el cual fué después Cardenal; Rencio de Cheri; el Anguilara y Julio Vitelli, de la ciudad de Castello.

En este medio el ejército francés, guiado por el Marqués de Mantua, porque monsiur de la Tramolla había adolescido de una grande enfermedad, pasando por Roma apartado de los muros, sin hacer ningún daño, por la vía de Campania, vino á los confines del reino. El Papa Julio hizo saber á los franceses que le tendrían por enemigo si ellos lo hicieran de otra manera. Gonzalo Hernández, entendido que hubo la venida de los franceses, se vino de Castellone á Monte Casino, monasterio de monjes Benitos, habiendo segunda vez tomado por el camino á Rocha Guillerma, porque los moradores de ella con popular ligereza habían prendido á Tristán de Acuña, el cual con poco recato bajaba de la fortaleza á la iglesia á oir misa.

Ya habían llamado á los franceses y mostraban quererse defender, por lo cual Pedro Navarro los atemorizó, y echado fuera el presidio de franceses, les dió el castigo que merescía su liviandad y rebeldía. Encima del Monte Casino hay un monasterio de la orden de San Benito, adonde están muchos religiosos de santísima vida. Este lugar tenían los franceses como segurisíma fortaleza, los cuales poco antes se habían concertado y dado rehenes de salir del presidio, si dentro ciertos días no les venía socorro. Era ya cumplido el término concertado, y los franceses (teniendo esperanza en el nuevo ejército que venía) alargaban el querer rendirse. Gonzalo Hernández, no le paresciendo de sufrir esta tardanza, allegóse con el ejército, animando á los soldados con la esperanza de la presa. Fué muy grande la fuerza y diligencia de ellos en subir en lo alto del monte y enguindar arriba el artillería, que después de haberle dado un recio asalto, dos valerosos capitanes, Ochoa y Jordán de Artiaga, subieron el uno por una soga puesta por encima de la muralla y el otro osadamente entró por una estrecha abertura del muro, siguiéndoles los alférez. Muerto el presidio de franceses tomaron toda aquella plaza del monasterio. Fué la codicia de los soldados tanta en el ganar de la presa, que rompiendo los armarios no tuvieron miramiento á la sacristía, sino que robaron hasta los cálices y las vestiduras sacras dedicadas á los altares; y si no fuera por García Luzón, el cual con singular piedad había defendido en Rubi la honra de las mujeres, metiendo mano al espada refrenó á aquellos que entendían en hurtar, es cierto que hasta las venerables reliquias de los santos guardadas en los tabernáculos de plata se habrían llevado.

En aquel mismo tiempo el Marqués de Mantua se alojó en Roca Seca, el cual es un castillo de los de Abalos, vecino á las tierras del Papa. Envió un trompeta amenazando de muerte al presidio, si no se rendían antes de disparar el artillería plantada contra la muralla. Era capitán del presidio Villalba, hombre feroz y terrible. Mandó prender al trompeta, el cual hablaba muy libremente, y

mostrólo á los enemigos ahorcado de la muralla. Los franceses, ofendidos por esta crueldad, plantaron el artillería contra él y dando dos asaltos y valerosísimamente se defendiendo, en la noche levantaron el alojamiento, porque tenían nueva cierta que venían los enemigos, y de allí se fueron derechamente á Aquino. Gonzalo Hernández había enviado al Próspero, á don Diego de Mendoza y á Pedro Navarro que con una parte de la infantería fuesen á socorrer á Roca Seca, y había escripto á Villalba que saliendo con el presidio se ajuntase con ellos, y él marchaba por el mismo camino con los tudescos y el resto del ejército, por hacer jornada con los enemigos; pero por la partida que hicieron en la noche acaesció que no se pudo combatir aquel día. Después de esto cesó la guerra de ambas partes por las continuas lluvias, muy contrarias á franceses, los cuales confesaban que jamás habían sentido tan grandes y crueles fríos, y por este estorbo con dificultad se podían traer las vituallas, por estar los caminos llenos de lodos, y muy peores para sacar fuera la caballería, donde ellos tenían sus mayores fuerzas, y asimismo el artillería. Por lo cual paresció á Gonzalo Hernández, no teniendo estos impedimentos, de querer darles el asalto.

Envió á mandar á Fabricio Colona y á los capitanes Orsinos, los cuales eran ya venidos al campo, que fuesen á Aquino, por entender claramente qué movimiento hacían los enemigos. Encontróse Fabricio con los franceses, los cuales levantaban su alojamiento, y comenzó una sangrienta escaramuza con la retaguardia, adonde iba monsiur de Alegre, el cual valerosamente apretando la cosa vino á términos que Fabricio, siendo inferior al enemigo, fué necesitado á retirarse. Gonzalo Hernández, avisado del movimiento de los enemigos, marchó para adelante con sus escuadrones, á fin que cresciendo la batalla, si los franceses hubiesen intentado alguna cosa, se hallase presente á ella con todo el ejército. Pero la noche, que era muy vecina, apartó al uno y al otro capitán, los cuales de cerca andaban en su sangrienta porfía. Los franceses se retiraron á Pontecorvo, y Gonzalo Hernándes se alojó en Aquino, de donde había salido el enemigo, y habiendo hallado muchos franceses y suizos enfermos en un mesón que se morían de hambre y de frío, con singular piedad les mandó proveer de lo necesario, otramente de aquello que hizo el comendador Peri Juan, francés, que poco antes, con rabia de cosario, junto á Cumas, echó un navío á fondo donde iban algunos españoles dolientes y heridos de Mola y Castellón á ser medicados á Nápoles. Gonzalo Hernández se detuvo poco en Aquino por ser tierra pobre y desierta y se volvió á Casino.

En este medio habían consumido siete días junto á Pontecorvo en determinar lo que se había de hacer, porque la fortuna no les fué favorable en sus primeros designos, así como ellos lo pensaban, y habían sido echados con vergüenza de la primera tierra de los enemigos y no habían podido pasar por el estrecho de Casino á Carinulla, ni en la campaña de la tierra de labor, estorbándoles esto los crueles tiempos y haciéndoles resistencia el capitán de los enemigos, el cual se había puesto en orden de batalla por combatir en lugares llanísimos. Había algunos caballeros franceses que, con enferma esperanza juzgando el suceso de la guerra, interpretaban con cierto agüero haber de llevar lo peor de ella, porque apenas la guerra era comenzada que luego fué muerto el Papa Alejandro, el cual sin ninguna duda les fuera muy buen amigo. Monsiur de la Tramolla (en la singular virtud y autoridad suya los soldados franceses tenían grande esperanza) había adolescido de una grande y difícil enfermedad. Los señores Orsinos, que habían ofrescido de favorescerles con la fe y con el valor, por un cierto fatal error de Trantio (del cual se arrepentía) como desechados se habían pasado á los enemigos.

El Marqués de Mantua, llamados á consejo al Marqués de Saluces y á monsiur de Alegre y á Baseio y á los otros capitanes, por modo de discurso les mostró cómo no había cosa más cómoda ni más útil á su necesidad que llegar á Traeto y hecha una puente encima el Garellano pasar por la campaña que va al agua de Sesa y á la de Mondragón, la cual antiguamente se llamó Petrino, y de ahí por la campaña de la Estrella, la cual hoy se llama Mazoni, irse á Capua; ó si por aventura se les hiciese mejor camino, según el proceder de los enemigos, vadeado el río y dejándole á mano izquierda, por la tierra de Cascano, pasando el estrecho de Mondragón, haciendo el camino derecho por la tierra de labor y por Carinulla, descender al rio Vulturno. Gonzalo

Hernández, como grandísimo conoscedor de las cosas de la guerra, del camino que hacían los enemigos adivinando lo que ellos habían determinado de hacer, envió á Pedro de Paz con los caballos ligeros al largo del río, el cual corriendo y guardando defendiese la ribera al encuentro de los enemigos y después él les seguía de cerca, y alojándose en un lugar al propósito mandó hacer una larga trinchea en la parte de su ribera, por donde parescía que los enemigos podían pasar el vado, á propósito para echar la puente, metiendo en ella la guardia de infantería á fin que con los arcabuces trabajasen á los enemigos cuando hiciesen la puente.

Mientra los españoles y franceses de la una parte y de la otra de la ribera atentamente miraban estas cosas y que de aquende y de allende se tiraban de arcabuzazos y con ballestas, Fabio Orsino, con grande dolor de sus parientes, fué muerto por un gascón, que llevando abierto el almete, por el un ojo le metió una gruesa saeta. En este medio Fabricio Colona, habiendo dado el asalto á Roca Evandria, la cual está puesta sobre el Garellano, con su súbita venida metió tanto espanto al presidio que en ella estaba que Federico de Monforte le dió en rehenes á su hijo y se concertó de entregarle la Roca si en término de cinco días los franceses llevando el ejército no le socorrían. Pero el Marqués de Mantua, ocupado grandemente en proveer la puente, estimó poco la pérdida de aquella fortaleza y el Monforte fué forzado á rendirse.

En aquel mismo tiempo los franceses tomaron la torre que está sobre la mar á la garganta del Garellano, con esta condición: que algunos pocos españoles que estaban dentro se fuesen, salvas las vidas y las haciendas. Este acordio, como infame, paresció tan mal al nombre español, que aquellos que por temor de la muerte habían salvado las vidas de la furia de los enojados soldados, así como si fueran condenados por público juicio, fueron pasados por las picas y muertos miserablemente. Gonzalo Hernández no quiso castigar este atrevimiento, aunque era fuera de modo cruel, y esto porque los que estaban en presidio se escarmentasen con este terrible ejemplo y pensasen que su salud y honra estaba en sola la fortaleza del ánimo. Porque Gonzalo Hernández, con un firme propósito, era de su natural muy amigo de la honra y no lo estimaba en un pelo el ser estimado severo y cruel por mantener su reputación.

Ya habían pasado algunos días cuando corriendo el Garellano por en medio de los dos ejércitos, por mandamiento del Marqués de Mantua fueron llevadas á la ribera algunas barcas y con maderos ajuntados de través con ingenio y grande industria del arte se comenzó á hacer la puente sobre el río, estorbándolo en vano los españoles que estaban en la trinchea, donde con tanta diligencia el Marqués de Mantua con los otros capitanes entendieron en fenecer esta obra, que siendo hecha la puente firme y larga, los franceses de presto metidos en ordenanza los caballos y los infantes cerrados juntamente, con un ímpetu terrible la pasaron y hicieron piezas á los primeros españoles que combatían en su lugar; los otros del temor del artillería fueron rotos.

Ya habían muy esforzadamente pasado más de mil en la ribera de la otra parte, cuando se levantó un grande ruido de los soldados, que gritaban al arma y se retiraban á los más cercanos alojamientos. Fué sabidor de ello Gonzalo Hernández cómo los enemigos pasaban y que ya habían tomado la ribera, y echado de allí la guardia, marchaban para adelante; el cual como en todos los peligros era animoso y valiente, mandó tocar al arma, los capitanes con grande diligencia se metieron en orden. El Conde Pedro Navarro y don Hernando de Andrada movieron con la infantería y desplegaron las banderas. Gonzalo Hernández salió al campo armado á la ligera en un caballo de los de España, y delantero de todos los otros animó á Fabricio, el cual daba voces diciendo que no era de perder tiempo, teniendo grande deseo de combatir, que fuese á acometer á los enemigos que pasaban. Fué luego obedecido y marchó para adelante; y aunque el artillería de los enemigos jugaba sin jamás parar, de la ribera de bajo y por encima la puente volando las pelotas, y muriesen muchos, no por esto dejó de acometer animosamente. Los franceses como habían pasado desordenados y con presteza, no habiéndose aún cerrado en escuadrón, con grande fatiga podían sostener la furia de aquellos que los acometían. Pero la banda de Fabricio, así como aquella que estaba mezclada con los franceses, con menos peligro del artillería manejó las manos, y los franceses se retira-

ron y muchos de ellos fueron muertos y muchos echados en el río, habiendo concebido tanto temor, que metidos en huida por la puente, hicieron volver atrás á sus compañeros que les venían en socorro y muchos cayendo de la puente se ahogaron en el río.

En aquel grande trabajo los capitanes franceses, los cuales aparejados para pasar sucedían á los primeros, no pudieron socorrer á aquellos que habían sido rotos. Porque con igual diligencia el enemigo sacó afuera el artillería y les tiraba. Muchos capitanes de caballos y con infantes se habían ya ajuntado con Fabricio, el cual habiendo hecho una tan hazañosa empresa, que la mitad de los franceses de aquellos que habían pasado los habían hecho pedazos ó ahogados en el río, ganó á dicho de todo el ejército loor de un excelentísimo y raro esfuerzo. Fué también públicamente loado Hernando de Illescas, alférez español, el cual habiéndole llevado la mano derecha una pelota de artillería, sin temor ni turbarse, con la mano izquierda levantó la bandera y arremetió contra los enemigos; al cual después Gonzalo Hernández, y para sus hijos, le consinó en las rentas reales quinientos ducados en cada un año. Yo oí decir á don Hugo de Moncada, que se halló en esta y en otras muchas batallas, ansí de tierra como de mar, que jamás se había visto en tan grande y terrible peligro como en esta batalla, porque siendo por toda parte muertos los hombres y los caballos, no se tenía ningún temor de ir contra el artillería, casi á muerte sabida. Decía también que Fabricio Colona, el cual muy moderadamente solía hablar conmigo en su loor, con no menos necesario que felice osar se había tratado de capitán animoso y verdaderamente de gran corazón. Habiéndoles salido á los franceses mal su designo y haber con grave daño delante sus ojos recibido tanto mal, no por esto, como bien se convenía á capitanes generosos y pláticos, se quedaron en el mismo alojamiento, con pensamiento de hacer otra puente, mandando traer de la mar los bateles de las naves de carga á fin que en un mismo tiempo los caballos y los infantes, separadas la una y la otra parte, con su propia y desembarazada puente pasasen á la ribera de la otra parte, y tomando un largo rodeo hiciesen una trinchea lunada al cabo de las puentes contra los enemigos, en la cual la escuadra más valerosa, esperando el pasar de aquellos que les seguían, con seguridad pudiesen hacer testa y salir fuera defendiéndolos el artillería, de la cual ellos tenían grande abundancia, que las riberas de abajo y de arriba y la trinchea ordenada en la ribera de la otra parte las podían fácilmente hinchir.

Pues mientra los franceses contra la voluntad de Dios tramaban estas cosas, el Marqués de Mantua comenzó á ser odiado y desacatado de franceses, porque todas las cosas se comenzaban con ruines principios, contra aquello que ellos habían pensado, y ansí salían duras de tratar y ásperas de suceder, y la culpa de los errores atribuíanlos á la tardanza del capitán, el cual era valeroso y fuerte. Muchas veces acaesce en la guerra que cuando las cosas tentadas no tienen felice suceso quitan fácilmente la reputación al capitán, aunque primero haya sido venturoso; de manera que los franceses, de su natura deseosos de combatir y impacientes de toda tardanza y larga fatiga, deseaban de venir á batalla, aunque fuese con desaventaja, la cual batalla, aunque sucediese infelicemente, al menos pondríase algún fin á la guerra y á tantos trabajos. Y á esta causa razonando algunos por los alojamientos, buscaban con el pensamiento y con los ojos á monsiur de la Tramolla, el cual no habiendo aún convalescido de su grande enfermedad, de la cual estaba fatigado en Roma, con la cual felice conducta si él hubiera estado presente, tenían por averiguado que ya habrían habido la victoria y fenescido la guerra y recobrado á Nápoles. Porque la Tramolla con su pronto y noble juicio habría desterrado las tinieblas de la tardanza, ansí como en lo de antes siempre lo había hecho, y hubiera abierto la derecha y desembarazada vía á la victoria.

Estaba entre los otros capitanes que habían venido de Francia con monsiur de la Tramolla, Sandricurto, hombre en guerra valeroso; pero como era bastardo, muy turbulento en su hablar y de ánimo insolente y bravo. Este, parlando en un ajuntamiento de soldados, dijo: «Sabed, señores franceses, que nosotros méritamente somos castigados de la fortuna, pues que habemos venido á término que no nos avergonzamos de obedescer á un italiano bujarrón, como si de nuestra nación y de nuestro orden no haya muchos mejores que no él, los cuales llenos de valor y esfuerzo nos sacarían fuera de aques-

tas dificultades y á la hora en todo lugar buscaríamos á los enemigos por haber de ellos en todo caso la cierta victoria». Estas palabras, así como aquellas que fueron oidas de muchos, luego fueron referidas al Marqués de Mantua, las cuales le llegaron hasta lo íntimo del corazón, aunque la culpa y villanía que le daban le reputase por nada. Porque hay una costumbre entre soldados, la cual no me parece de callar, y á la verdad con burla y mala crianza, en trueque, según la vulgar infamia de la nación, se provocan é injurian cuando los escuadrones vienen á escaramuzar. Los españoles llaman á los franceses borrachos y pixavines. Los franceses llaman á los españoles ladrones ahorcados. Los tudescos tienen por costumbre de llamar á los suizos, por decir la vileza de su nación, covameli, que quiere decir ordeñadores de vacas en los establos. Los suizos á los tudescos, smocaros, la cual palabra, en tudesco, quiere decir puercos gallosos; pero los italianos eran llamados de los otros bujarrones, que quiere decir amadores de muchachos. El Marqués de Mantua, no le paresciendo de querer usar más el autoridad y imperio sobre franceses, la majestad del cual era ofendida y casi perdida, volvió el ánimo suyo, movido del enojo y de la injuria, á dejar el gobierno lo más presto que fuese posible, y en especial porque desde el principio había demostrado con gravísimas razones, aunque en balde, que se debía de pasar en Pulla. Pero pocos obedescían á sus mandamientos, porque se tenía por averiguado que muchos capitanes de infantería daban falsa relación del número de los soldados, y que los que tenían el cuidado de proveer las vituallas se detenían los dineros. Pues para hallarse con pérdida de su reputación en la ruina, la cual ya se demostraba, deliberó de partirse del infelice campo y volverse á su casa, habiendo primero hecho hacer escripturas, y aquellas confirmadas con fiel testimonio de muchos, las cuales contenían las causas de todo lo sucedido, para enviarlas al Rey Luis; y así, entregado el generalado al Marqués de Saluces, que por honra de la edad y por la experiencia de la guerra era el más principal, se volvió á Mantua.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO

MDLIII

LIBRO TERCERO

DE LA

VIDA DEL GRAN CAPITÁN

POR MICER PABLO JOVIO, OBISPO DE NOCERA (1).

Partido que fué el Marqués de Mantua, no usando los otros capitanes de franceses, enfermos del ánimo y cansados del cuerpo, diligencia ninguna, ni en el fabricar las dos puentes ni en hacer la trinchea, y haciéndose estas cosas muy perezosamente y con dificultad, por ser los días los más pequeños de todo el año, haciendo la mayor parte del invierno un viento xaloque que se resolvía en una escura y continua lluvia, con una recia tempestad de aire cruel. El Garellano iba crescido entre los dos ejércitos, de la una y de la otra ribera inundaba la campaña; las tiendas de tela no podían sostener la furia del agua que caía; los hombres y las bestias, en la tierra llena de lodos, padescían grandísimos daños. Pero los españoles en aquel común mal estaban en mucho peor condición, porque todo aquel llano que se extiende hacia los baños de Sesa estaba sitiado y sucio de las aguas del invierno, tanto que se creía que todo él se había de volver una laguna. De las cuales cosas movido Gonzalo Hernández deliberó, por consuelo de todos los suyos, de invernar en Sesa, aunque esto se alcanzase con mucha dificultad, porque había mandado de secreto que en la fortaleza de Mondragón se hiciesen navíos para fabricar una puente, para pasar con igual esfuerzo ó con mayor que ellos ó por espantar y entretener á los enemigos y hacer muestra de ir á la otra parte.

Había procurado en aquellos mismos días de romper la puente, ó metiéndole fuego de abrasalla, habiéndole ansí como lo quiso el caso salido en vano el uno y el otro designo, porque el alquitrán echado de lejos de la parte de arriba, á fin que traído de la furia del violento río volase en la puente, parte dél se quedó por la ribera y parte detenido por los enemigos no pudo allegar á la puente. Allende de esto cargaron un navío de madera seca mezclando mucha pólvora de artillería, resina y pegunta, para ser encendido de fuego cuando le dejasen ir para abajo; fué talmente abrasado del fuego, el cual se encendió al cuanto más presto de lo que fuera necesario, que todo ardió hasta la carena, primero que allegase á la puente; por lo cual Gonzalo Hernández, con mayor seguridad y aquello que era de mayor importancia, levantó el campo salva su reputación, porque él sabía que los enemigos estaban trabajados de los mismos desabrimientos y no podían vadear el río, ni aunque le hubiesen pasado no podían marchar para adelante un paso ni estar quedos en aquellos húmedos campos.

Allegóse la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en la cual reclamaban los soldados que habían padescido muchos trabajos, desde las tiendas á las casas vecinas, que querían, así como convenía á hombres católicos, celebrar la Navidad, no en una tienda en la campaña, sino con mucha solenidad en una iglesia, así como creían que los enemigos lo harían, los cuales eran acostumbrados de celebrar las fiestas solennes, y en

(1) Hay un grabado en madera que representa el busto del Gran Capitán.

aquellos días alegremente, así como saturnales, recrear y darse á placeres haciendo trueque de la guerra, á recrearse los cuerpos y los ánimos. Gonzalo Hernández, habiendo concedido dos días á las cosas sacras, se volvió á los mismos pensamientos en qué modo él pudiese vadear el río y apretar á los enemigos, los cuales por las continuas lluvias, dejados los alojamientos, se habían recogido á las casas. Por lo cual los franceses, levantando Gonzalo Hernández el campo, decían que los españoles con ánimos flacos no habían podido sufrir las lluvias, y que dejando la ribera del río se habían retirado para atrás por huir de no venir á batalla con ellos, los cuales estaban á la guardia de la puente. Y á la verdad los franceses, aunque estaban en mal lugar, siempre habían valerosamente defendido la puente y con perseverancia militar habían salido siempre superiores á la batalla. Pero aquella braveza de palabras se rompía con la tempestad y aspereza del invierno, y entre sí les remordía la consciencia por haberse dejado caer encima un invierno tan cruel, muriéndose miserablemente todos de frío, y veían con pensamiento poco alegre los presentes daños y los desabrimientos que los amenazaban. Tenían por averiguado que era voluntad de Dios que tantas lluvias viniesen y que ellas hubiesen de ser la ruina de ellos. Muchos soldados viejos y casi todos los capitanes se acordaban qué cielo hubiese sido aquel y cómo con grande serenidad pocos años antes había recogido al Rey Carlos cuando pasó por toda la largueza de Italia á ganar aquel mismo reino. El campo por todo él se mostraban flores, como si fuera primavera, del cual reino después ellos eran echados, mudándoseles la fortuna de todas las cosas, y sin duda ninguna Dios estaba enojado contra ellos.

Fué contento el Marqués de Saluces y los otros capitanes que sin mover los alojamientos, gran parte de la caballería, á fin que los caballos mejores, los cuales estaban enfermos é muy flacos, no se muriesen, fuese llevada en las tierras vecinas y en las villas del condado de Traeto y de Fundi, y que los suizos é los otros infantes, partiéndose entre ellos la guardia, frecuentasen los alojamientos. Pero ya muchos de ellos, faltándoles el dinero é por las continuas lluvias gastado el vestido con el cual desterraban el frío, afligidos de tantos trabajos, morían en la mal cubierta campaña. Los proveedores de la vitualla y tesoreros no procuraban las municiones ni los dineros para la paga con aquella fe é deligencia necesaria, aunque hubiese dineros en abundancia, los cuales eran proveídos con grande prudencia é cuidado del Rey Luis é inviados al tesorero Corcón y al bailíu Cadomio, los cuales en aquel cargo tenían la suprema autoridad y eran infamados de avaricia, porque los inculpaban de hacer engaño en las pagas y en encarecer malamente las vituallas. Los soldados no podían en ninguna manera tener sufrimiento que por su privada ribaldería la salud pública fuese vituperiosamente engañada.

Pues espiando todas estas cosas Bartolomé de Albiano, y á ello persuadiéndolo Gonzalo Hernández, se resolvió en hacer una nueva puente, adevinando de haber cierta victoria de los enemigos esparcidos y torpes. Pues que Bartolomé de Albiano, práctico en la guerra y acostumbrado de acometer empresas difíciles y grandes, prometía de ser el primero á pasalla. Por lo cual, habiéndole sido cometido el cargo, mandó traer de noche las barcas y metellas en uno, y entre ellas algunos toneles de vino. Hizo una puente seis millas encima del de los franceses, y pasado con su gente acometió al improviso la infantería de los normandos, los cuales estaban alojados en la tierra de Sugio. Tras Albiano pasó Pedro Navarro; siguiéronle luego el Próspero y don Diego de Mendoza con los hombres de armas; después Gonzalo Hernández, llevando consigo el resto de los caballos y la infantería tudesca. Había mandado á don Hernando de Andrada, el cual venía en la retaguardia, que viniese de cerca. Pues siendo aquí los caballos franceses y los infantes normandos acometidos al improviso de los enemigos, rotos y desbaratados, se metieron en huída. El grito y la vocería allegó á los alojamientos de franceses; los capitanes metieron mano á las armas y recogieron su gente derramada por todo el campo, pero por esto no se ajuntó ningún escuadrón que hiciese testa contra los enemigos.

En este desorden de cosas, el Marqués de Saluces embarcó el artillería gruesa, porque no había caballos para tiralla, y los franceses, reputando á grande deshonra desamparar el artillería y huyendo todos con grande furia, se fueron á Gaeta. Poco rato después los caballos ligeros y la infantería de Pedro Na-

varro entraron en los alojamientos abandonados, y no hallando en ellos casi ningún hombre armado fueron tomados muchos prisioneros y las tiendas saqueadas. Algunos medio muertos y ateridos del frío, de la terrible crueldad de los navarros fueron hechos piezas. No se vido jamás, ni memoria de hombres se acuerdan de tan deshonrada, vituperable y mísera huída como ésta, porque los caballos y los infantes mezclados juntamente se derribaban con el correr y con el ímpetu, no conosciendo ni bandera ni mandamiento de capitán, ni aun osar volver el rostro contra los enemigos que les iban en el alcance, caminando por la vía Apia á los Escauros y de allí á Castellón. No se pudo primero parar la huída hasta que Bernardo Adorno, genovés, capitán de caballos, con más de cien hombres de valor, cerrados en escuadrón, se pararon encima la puente de piedra del agua Formiana, aquí valerosamente deteniendo los enemigos y dando esfuerzo á sus compañeros, los cuales de todas aquellas tierras vecinas venían huyendo para aquella tierra.

Cresciendo, pues, el socorro, de la una y de la otra parte se comenzó una escaramuza, al principio contraria á los españoles, porque en ella mataron á Bernardino de Tordesillas, camarero de Gonzalo Hernández, muy fiel y mucho su privado. Fué también derribado y herido Gonzalo de Avalos, capitán de caballos ligeros. Pero habiendo llegado la nueva á los de detrás que los capitanes franceses se habían reparado en Mola y parada la huída de los suyos se defendían en la tierra y en la puente y que aquí habían deliberado de hacer testa, Gonzalo Hernández daba voces que todos se diesen priesa de andar contra los enemigos. Tanta furia de infantes y de caballos envió á la puente, que el Adorno, el cual un poco de tiempo había fortísimamente la puente defendido, de presto fué echado de ella y muerto de los tudescos, y cayendo él, no paró hombre, que á la hora todos volvieron las espaldas enderezando su camino para Gaeta, donde Pedro Navarro y Pedro de Paz, persiguiéndoles, tomando el camino más breve por los montes Fornianos, por atajarles los pasos, prestamente allegaron allá donde el camino hace una encrucijada que va de la vía Apia á Gaeta y se parte en dos caminos, talmente que muchos franceses quedaron prisioneros y algunas bandas de caballos, viniendo de una villa que se llama Itri, en la vía Apia, y de las villas de Fundi, estando cerrados de fuera de la ciudad, no sabiendo de temor qué hacerse, voluntariamente se rindieron. Alojó aquella noche Gonzalo Hernández en Castellón y procuró que al amanescer del día los soldados de Pedro Navarro tomasen los burgos y el monte Orlando. Este monte está puesto sobre Gaeta y es notable por un sepulcro de mármol de Munacio Plauco, al cual Pedro Navarro tomó fácilmente, habiéndole hallado de otra manera de aquella que él pensaba, sin ninguna guardia y del todo desamparado, y en lo alto dél plantó algunas piezas de artillería subidas á brazo de soldados.

Entonces el Marqués de Saluces, viéndose rodeado de tanta calamidad, vuelto á los capitanes, les dijo: «El Omnipotente Dios y todos sus santos á la hora claramente ayudan á los hombres fuertes, cuando ellos, aunque tarde, tienen en fin algún conocimiento, porque en la adversidad no desmayen, ni menos aguarden las postreras heridas de la cruel fortuna. Yo me he resolvido dentro del ánimo mío de no tentar ni probar cosa alguna más adelante, ni llegar á ver la última suerte de la guerra. Sino de tan grande calamidad conservar á muy muchos, la cual cosa espero que la alcanzaremos si de presto queremos rendirnos. Porque sería locura y muy grande tomar tantas veces las armas condenadas del destino, para que después míseramente, sojuzgados de la necesidad, la cual rompidas nuestras fuerzas nos amenaza, seamos sacrificados de los airados enemigos por las almas de Cardona, del Manrique y de los otros capitanes, los cuales muertos del artillería fenescieron delante estas murallas. Nosotros ciertamente habemos muchas veces demostrado al Rey (combatiendo esforzadamente, aunque infelice) nuestra voluntad. Pero así como la fortuna, obstinada en presentarnos males y en arruinar todos nuestros designos, así ella no podrá quitarnos aquella que nos queda en nuestro poder, y es que libremente proveamos en lo que conviene á nuestra salud y remedio, y así es mi parescer, si á vosotros os parece provechoso, de probar el ánimo del enemigo vencedor, el cual si querrá tenerse por contento con una templada victoria, fácilmente se le otorgará, que entregándole á Gaeta, á nosotros nos deje ir de

aquí por tierra ó por mar á Francia». Habiendo el Marqués de Saluces dado fin á su razonamiento, no hubo ninguno tan feroz ni tan osado que no le diese gracias por ello como á padre, por haber propuesto el más sano consejo de todos los otros, pues había pensado cómo con el común remedio se pusiese fin á tantos trabajos y miserias. Habíale atemorizado grandemente el aviso de una nueva desgracia: que los navíos cargados del artillería, la braveza de la mar se los había sorbido á la entrada del río con toda la multitud de los soldados y marineros. Ahogóse entre los otros Pedro de Médicis, hijo del gran Lorenzo, que diez años antes había sido echado de Florencia, verdaderamente indigno de aquella vituperosa muerte, si él no hubiera echado en el pozo de Carregi á Pier Leoni, médico de gran doctrina y fama, el cual con infelice suceso había prometido de librar de la muerte á Lorenzo su padre.

Fué enviado afuera el lugarteniente de la banda de monsiur de Alegre, que se llamaba Santa Colomba. Este fué á buscar á Gonzalo Hernández, el cual se había alojado entre dos iglesias las cuales están en los burgos, y habiéndole dicho que los capitanes franceses estaban aparejados de entregalle á Gaeta, fácilmente alcanzó que se viniese á concierto con capítulos suaves. Y ansí el siguiente día vinieron al campo monsiur de Alegre por los franceses, Antonio Baseio por los suizos y Teodoro Triultio por los italianos. Estos, concluyendo el negocio en pocas palabras, se concertaron que los franceses, dando á Gaeta, dejasen en la fortaleza el artillería y la vitualla, que eran de la pública munición, y ellos como más les pluguiese, ó por tierra ó por mar, se pudiesen ir á Francia con esta condición: que los caballeros se pudiesen llevar sus caballos y los peones no llevasen otras armas sino sus espadas y las picas sin hierros, y los prisioneros fuesen dejados por ambas partes. Pero no se pudo obtener del Gran Capitán que los barones napolitanos, los cuales habían sido presos en las batallas, sintiesen el beneficio de la paz. Porque habiendo sido libertados debajo de buena fe, monsiur Daubegni, la Paliza, Forment y Tornón y los otros capitanes franceses, Andrea Mateo Aquaviva, no merescedor de aquella cruel miseria, y Honorato con Alonso San Severino, fueron puestos en una escurísima prisión, la cual se llama fosa milliaria, en lo hondo de una torre de Castelnovo.

La mayor parte de franceses se fué por mar en el armada; los otros, caminando hacia Roma, probaron la crueldad del áspero invierno, con todos los otros trabajos de fortuna. Los hospitales, en los cuales reciben en Roma los pobres de todas las naciones, estaban llenos de la multitud de los enfermos, y muchos pobretos ateridos de frío murieron en las caballerizas de los Cardenales, aunque el Papa Julio, con singular piedad y cuidado, haciéndolos buscar, los mandaba proveer de vestir y de comer y los hacía embarcar. Los capitanes probaron casi la igual villanía de la fortuna, porque al Marqués de Saluces, andando navegando, le recresció una febrezuela lenta y tísiga, causada del dolor del mal suceso de la empresa; murió en Génova, adonde fué magníficamente sepultado. Sandricurto, teniendo la pena de un ánimo superbo, despreció talmente la vida, que habiendo enfermado de allá de los Alpes, se dice que voluntariamente se apresuró la muerte. Pero Corcón y el bailíu Cadomio, perseguidos de mayor envidia, fueron de tal manera deshonrados y privados de los oficios, que faltó poco que no les fuesen quitadas las cabezas. A Baseio, habiéndole el Rey quitado la capitanía de caballos, aunque la diese á Cruer su hermano, sintió tanto enojo de esto, que cresciendo el humor malencónico se tornó loco, y demandando en vano que el Rey le oyese por defender su razón, no lo pudiendo haber, se murió frenético.

Gonzalo Hernández de aquel acordio adquirió loor de grande prudencia y de singular templanza; así como aquel que tenía cierta esperanza de una grande victoria, no quiso derramar la sangre de sus soldados, paresciéndole que en todo caso se había de perdonar á aquellos que se habían rendido, los cuales en testimonio de la virtud y de su clemencia celebrarían el nombre de Gonzalo Hernández por todas las provincias. Y demás de esto tuvo tanto cuidado é diligencia, que inviolados y tratados benignamente fuesen dejados ir su viaje. Y porque procuraba un soldado español quitar por fuerza una cadena de oro á un suizo, Gonzalo Hernández, habiendo entendido esto, arremetió para él y persiguió al español que huía, y de su mano le dejó herido malamente.

Después que Gonzalo Hernández hubo ganado á Gaeta, dió la guardia del castillo y de la ciudad á Luis de Herrera, su pariente, y metió en su lugar en Taranto á Pedro Nicosa. Después envió en Pulla á Bartolomé de Albiano y á Pedro de Paz para que hiciesen guerra al capitán Arce. Este, habiendo puesto fuerte presidio, tenía á Venosa, la Tela, Altamura. Diego de Arellano tenía sitiada á Melfi; y habiendo tomado algunas tierras, esperaba el suceso de las cosas del Marqués de Mantua y del de Saluces en Casino y en el Garellano, á fin que acrescentado de gente y levantados los anjoínos á rebellión, se renovase en Pulla mayor guerra que la primera. Pero por el esfuerzo y valor de Bartolomé de Albiano, dentro de pocos meses el capitán Arce, habiendo recibido muchos daños, bien que negase las condiciones de Gaeta, fué traído á términos que, desconfiado del socorro, hubo de entregar la ciudad y salir del reino. Pedro de Paz, usando la misma diligencia, echó de tierra de Otranto todo aquello que había quedado en favor de los franceses. Don Iñigo de Avalos, el cual con doña Costanza, su hermana, como ya dije, había hecho apartar la armada de franceses de Iscla, plantándole el artillería, tomó la fortaleza de Salerno, aunque no pudo mucho tiempo gozar del alegría de aquella victoria, porque en espacio de pocos días, siendo salteado de una fiebre pestilencial, murió en la flor de su mocedad, dejando un solo hijo niño, que fué don Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, el cual de belleza de cuerpo y de grandeza de ánimo liberal, y finalmente de valor de guerra, fué superior á todos los capitanes de su edad.

Gonzalo Hernández de Gaeta se fué á Nápoles, adonde le tenían aparejado el merescido triunfo. Y por la grande fatiga de la guerra, como ello es de creer, adolesció de una enfermedad grave y peligrosa, la cual por la grande furia que ella traía le apretó tanto, que si no hubiera sido socorrido de las suplicaciones devotamente hechas por todas las iglesias, ansí por los sacerdotes como por las sagradas monjas, los remedios humanos fueran todos muy tarde para su salud. Pero después de recobradas las fuerzas y salido mejorado de Capuana, donde había estado doliente, se fué á Castelnovo como habitación más sana y apacible, y dispensando á ello su humanidad, apenas en siete días pudo dar cumplimiento á las muchas visitaciones. La nobleza y todo el pueblo lo veneraban, y cada uno según su opinión le loaban, los unos la bella presencia del cuerpo y hermosura del rostro, otros la gravedad de capitán, otros se admiraban de su excelentísima justicia con una maravillosa templanza de severidad y clemencia. Pero todos se espantaban de su liberalidad, merescedora de igualarse con la soberbia real. Porque él había dado á capitanes ciudades y villas, y entre capitanes de caballos y de infantes había repartido casas, villas, posesiones, tenencias de fortalezas y había dado comúnmente á soldados; también había consignado provisiones ordinarias, particularmente á aquellos que habían sido valerosos, teniendo grande memoria en reconoscer los merecimientos, tanto juicio en el hacer las mercedes, que con justísima estimación los envidiosos atestiguaban que no había dejado un solo soldado sin habelle hecho larga merced. Entre los otros dió á don Diego de Mendoza á Melito; á Bartolomé de Albiano, la ciudad de San Marco, en Calabria; al Conde Pedro Navarro, á Oliveto, en Abruzo; á don Juan de Cardona, hermano de don Hugo, á Avellino, en el ducado de Benevento, y demás de éstos á don Hernando de Andrada, á don Alonso Carvajal, á Alvarado, á Manuel de Benavides, á Antonio de Leiva, á Andrea de Capua, Duque de Termoli. Dió muy grandes lugares á los Coloneses; el Próspero y Fabricio recobraron los castillos que habían perdido en la guerra de franceses y recibieron de él muy grandes premios.

En este hombre lleno de exquisita virtud florescían el juicio y la razón que era para maravillar, especialmente no siendo enseñado en letras latinas, porque en aquel tiempo en España eran tenidas en poco de los caballeros nascidos para la guerra. Pero honraba muy mucho á aquellos que eran doctos en ellas y deseaba de ellos que con sus obras le diesen perpetua gloria. Hacía á los poetas grandes mercedes, los cuales tenían cargo de escribir sus hechos en verso heroico; fueron entre éstos el Cantalitio y el Carmelita, mantuano, hombres religiosos, los cuales con ánimo voluntario, aunque con grosera musa, publicaban algunos poemas groseros á los ingenios delicados. Persuadieron en Nápoles á Pedro Gravina, poeta de gran excelencia, á hacer algunos versos muy nobles y dignos de

tal hombre. Porque Juan Joviniano Pontano, poco antes, mientras combatía á Gaeta, era muerto siendo ya muy viejo, y Jacobo Sanazaro había seguido al Rey Federico echado del reino. Este, amargo del dolor de la ruina de la casa de Aragón y por el enojo contra extranjeros, estaba más aparejado para escribir sátiras que para cantar versos.

Porque como el Gran Capitán era de ánimo grandísimo y delicado, fácilmente conoscía cuánta gloria le podían dar los escriptores tenidos por amigos y con cortesía acariciados, la cual loor por este respecto más claramente y más cierta se la adquiría. Porque ninguno, aunque fuese maligno y austero censor, no le podía tachar en su vida cosa alguna que fuese grosera ni cruel, porque jamás dió ninguna deshonra á la honra de las matronas de Nápoles, aunque con grande familiaridad y alegría tuviese entretenimientos con las señoras generosas. Porque solía decir que era locura muy grande de un príncipe que por un pequeño y fugitivo placer procurase un continuo y gravísimo enojo, que á un hombre que no fuese casto, el mismo principado sin injuria de algunos no le podía dar vanos contentamientos en aquel deleite. Pero en el Gran Capitán, allende el admirable concepto de las otras virtudes, relucía en una esplendor de verdadera piedad, porque en todos los negocios, ansí de guerra como de paz, su mayor cuidado era anteponer la honra de la religión á todos los otros cómodos, y defender la jurisdición de la Iglesia, castigar malhechores y finalmente hacer todas sus obras tales que los soldados, persuadidos con su ejemplo, pensasen la utilidad de la hacienda y las victorias haberles venido de la disciplina cristiana Por lo cual nadie no se debe de maravillar si manejando las armas con esta costumbre nuestro Señor Dios y todos los santos tuvieron cuidado á levantalle y á hacelle grande, y ciertamente de esto fué muy evidente milagro que habiéndose hallado en tan grandes batallas y rencuentros, nunca nadie le hirió ni le prendió. Pero porque él no tuviese la entera felicidad en todas las cosas, no pudo huir el inevitable mal de la malvada envidia, aunque con increíble grandeza y constancia de ánimo la venciese.

Fenescida que fué la guerra y hecha la paz llena de alegría y abundancia, volviendo muchos en España, como diremos después, comenzaron á mancillar su fama y para con el Rey cargalle de mucho enojo y culpa. Aunque el Rey libremente aprobase todo aquello que Gonzalo Hernández había dado á los soldados, habiéndole enviado de España los privilegios según la forma de los feudos, así como Gonzalo Hernández los había enviado á demandar, á fin que con presto testimonio se confirmase la opinión del Rey ser tan agradecido, aunque en lo secreto se podía creer que tenía algún sentimiento, el cual ocultamente le punzaba en el ánimo, porque de su condición no era muy inclinado á hacer mercedes y se mostraba serle quitada casi toda la loor de la benignidad, ó á lo menos menguada del juicio y decreto ajeno; y por estas causas parescía estar el Rey algo desabrido y que sólo Gonzalo Hernández fuese el agradescido de todos, el cual era pródigo de la hacienda del Rey y había determinado con solamente prevenir á su Rey dar toda cosa conforme á su voluntad á aquellos que nunca el Rey los vido ni conosció, por lo cual se dice que el Rey respondió á ciertos caballeros que le traían suplicaciones para que les hiciese mercedes: «Yo no sé ni veo por qué me tenga de alegrar de haber ganado un reino tan grande, pues no puedo gastar más de lo que solía; que aquel que ha ganado el reino en mi nombre no me parece que lo ha ganado para mí, sino para sí y para quien se le antoja; pues las cosas con virtud singular adquiridas, se van á mal por una inconsiderada liberalidad».

Cuasi en aquellos mismos días que los franceses fueron echados del reino de Nápoles, César Borja, llamado por sobrenombre el Duque Valentino, hijo del Papa Alejandro, vino á Nápoles debajo de la fe de Gonzalo Hernández, y poco después fué puesto en prisión, para ser llevado con las galeras en España, así como poco antes había acaescido á don Hernando de Aragón, hijo de Federico. Pero porque á algunos paresce que la honra de Gonzalo Hernández, la cual en alguna parte podría ser culpada por la fe rompida, hame parescido ser necesario contar algunas cosas brevemente de los hechos y consejos del Duque Valentino, así como yo los entendí de aquellos que se hallaron presentes á ellos, aunque estas cosas más entendidamente se platicarán en nuestra historia. Fué el Duque César Borja hijo de una señora de los de Vañoti, romana, en lo demás mujer honrada, la

cual yo conoscí. Después de ya crescido, por diligencia de su padre, Cardenal poderoso y rico, fué enviado al estudio á Pisa, adonde entonces florescían los estudios de las buenas letras. Aquí aprovechó mucho, tanto que con ingenio ardiente, propuestas algunas cuestiones en derecho civil y canónico, las disputó doctamente. El padre alegrándose grandemente de la esperanza que tenía de este mozo, después que con el favor de la fortuna fué creado Papa, hizo Cardenal á César Borja, porque quería á don Francisco de Borja, su hijo el mayor, para Duque de Gandía y para levantar la familia y gozar de las riquezas y el estado. Pero César, paresciéndole la dignidad del capello inferior á la grandeza de su ánimo y esperanza, una noche hizo ahogar á su hermano el Duque de Gandía, con el cual había cenado con grande regocijo y echado en el Tíber á la Aguja del campo Marcio, donde buscándole dos días los pescadores lo sacaron. Por lo cual no muchos días después, César renunció al capello, é puéstose el vestido de soldado, fué hecho Príncipe y capitán de la gente, quedando el padre grandemente atribulado por la crueldad y grande traición. Pero pues el Duque de Gandía no podía resucitar, con grande amor le perdonó todas sus culpas. Poco tiempo después, conspirando el Papa con el Rey Luis de Francia á la ruina de toda Italia, con el autoridad del Rey Luis hubo por mujer á Carlota de La Brit, parienta del Rey don Juan de Navarra. Tras este acordio comenzó César Borja á descubrir sus designos, é con ánimo desordenado é cruel aspiraba á la señoría de una gran parte de Italia, con tan terrible codicia, que en sus banderas puso este título: *Avt Cæsar, avt nichil,* como que no deseaba cosas medianas, sino inmoderadas y grandes, donde ante todas cosas determinó de acabar á los señores Orsinos é Coloneses.

Después que en balde hubo entre ellos mantenido un poco de tiempo la guerra, á fin que la una parte y la otra con las armas se arruinasen; ellos, después de estas guerras civiles, entendidos los engaños del Borja, hicieron paces é ajuntáronse en una voluntad. Los Coloneses, no hallando mejor camino para su seguridad, dejaron al Borja sus tierras. Los Orsinos, mantenidos con el sueldo y estando con sospecha de la fe del tirano, fueron casi todos cruelísimamente muertos. El Cardenal Baptista Orsino, en el castillo de Sant Angelo previno la muerte á sus parientes, habiendo sido de la misma muerte muertos Vitelloci, de la citá de Castello, y Oliveroto da Fermo, en Senagalia, y en el condado de Perosa á Pablo Orsino, hijo del Cardenal Latino, y Francisco Orsino, Duque de Gravina, y á los señores de casa gaetana, los cuales poseían la tierra de Sermoneta, en campaña de Roma, junto á Piperno. Jacobo Nicolao y Bernardino, muertos por diversas vías, dejaron las fortalezas y los estados al Borja. Los señores de Camerino de antigua nobleza, Julio César, Venantio, Aníbal y Pirro, fueron despojados del principado y fueron ahogados. Astor Manfredo, señor de Faenza, rendido sobre la fe, fué cruelmente muerto y echado en el Tíber. Catalina Sforza, señora de Forli y de Imola, combatida con el artillería, fué presa y llevada á Roma como en triunfo. Pandolfo Malatesta, Juan Sforza y Guido Ubaldo de Montefeltro quisieron más presto, huyendo, dejalle sus ciudades á Arimiño, Pesaro, Urbino, que ser muertos. Jacobo Apiano dejó ansimismo al insolente tirano la tierra de Pomblin, en Toscana. Y mientras que con este sangriento suceso ocupaba los estados ajenos, hizo matar á un mozo de la casa de Aragón, Príncipe de Beseli, hijo del Rey don Alonso, y, lo que más me afrento de decir, que era marido de Lucrecia su hermana. Hiriéronle andando paseando por la lonja de San Pedro, y porque se tenía alguna esperanza de poder sanar de las heridas, lo hizo matar en su cámara y en la cama de su misma hermana. Había intoxicado al mozo Cardenal Borja, porque favorescía al Duque de Gandía. Mató cruelmente, volviendo una noche de cenar, á don Juan de Cerbellón, hombre noble en la guerra y en la paz, porque severamente guardaba la honra de una señora de la casa de Borja. Mandó cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, nobilísimo ciudadano romano, el cual era el mayor amigo y el más familiar que él tenía, no por otra ocasión sino porque era poderoso para ajuntar de presto un escuadron de hombres del bando orsino y persuadilles para emprender cualquier empresa.

Pero en tan terrible sed y codicia de acrescentar el estado, así como lo habemos dicho, bebió el veneno juntamente con su padre, y habiendo vuelto de Nepi á Roma y las cosas del conclavio habían salido de otra manera de aquella que él pensaba, fué metido en pri-

sión por mandado del Papa Julio, porque le demandaba las fortalezas de Roma, y esto porque los venecianos, movidos de no menos ciego que dañoso deseo, marchando de Rávena su gente para adelante, habían ocupado á Ariminio y á Faenza. César Borja entretenía al Papa con palabras y cada día procuraba echar á lo largo el acordio con la esperanza de poderse ir á Romanía, porque tenía por cierto que aquí no le faltaría ayuda y favor, en especial con tener cabe sí en mucha honra los dos principales caudillos de los bandos, que el uno era Juan Sasatello y el otro Guido Vaino, teniéndolos obligados con liberales pagas y grandes mercedes, y con esta confianza escribía á los castellanos de las fortalezas vanas y fingidas cartas. Por lo cual acaesció que habiendo sido enviado por el Papa á Cesena Petro Ovedio con cartas, fué derribado de las murallas abajo por Diego de Quiñones. Enojado el Papa grandemente por aquel insulto, amenazó al Duque Valentino, si á la hora los castellanos españoles no le entregaban las fortalezas. Espantados de esta cólera los Cardenales Borja y Remolins, parientes y hechura de casa de Borja, se fueron huyendo á Nápoles. Pero después entre la una parte y la otra fué concertado en esta manera: que si César Borja fuese dejado libre, prometiese de enviar á los castellanos de las fortalezas las secretas señales para que rindiesen los castillos, y entró por seguridad y fianza de esto el Cardenal Bernardino de Carvajal con esta condición: que en aquel medio el Duque Valentino le fuese dado en guardia en el castillo de Ostia, hasta en tanto que él cumpliese con lo prometido. En este medio los dos Cardenales que estaban en Nápoles, deseándolo el Valentino, obtuvieron de Gonzalo Hernández que César Borja sobre su fe pudiese venir á Nápoles y pudiese irse libremente dél cuando se le antojase. Gonzalo Hernández concedió esto muy fácilmente á aquellos dos Cardenales y le envió á Ostia una patente firmada de su mano y sellada con su propio sello. Habiendo poco después Diego de Quiñones y Gonzalo de Mirafuentes visto las contraseñas, entregaron los castillos de Cesena y de Forli al presidio del Papa.

César Borja luego á la hora que le libró el Cardenal Carvajal, puesto en una fragata se fué á Nápoles, muy alegre, porque fuera de toda esperanza le parescía haberse librado de las manos de su antiguo enemigo.

Luego que fué allegado á Nápoles, juntamente con los Cardenales y con los capitanes españoles, sus viejos amigos, comenzó á aconsejarse para intentar algunas novedades, que no había perdido ninguna parte del ánimo con la mudanza de la fortuna, sino, fundado en la antigua esperanza, buscaba en toda parte capitanes y soldados sus antiguos amigos y proveía de navíos para que le llevasen á Pisa. Porque se decía entre la gente del pueblo que quería ir á dar socorro á los Pisanos, los cuales había nueve años que defendían su libertad constantísimamente contra florentines; pero su secreto designo era de pasar por la ribera de Pisa y por el condado de Luca y por la Carsanaña el Apenino y por los confines de Módena camino derecho arribar á las ciudades de Romania, acrescentado de gente y favor de don Alonso de Este, Duque de Ferrara, el cual era casado con Lucrecia su hermana, donde esperaba que sus aficionados y amigos le favorescerían y en toda parte sería con grande placer recibido. Lo cual habiéndolo entendido el Papa, no le paresció de poner más tardanza en medio y escribió severamente al Gran Capitán avisándole que no dejase ir de Nápoles á este hombre osado y de condición cruel, nascido para grandísimo mal de Italia, el cual procuraba una brava tiranía á los pueblos de su estado. Pues habiendo el Papa muchas veces gravísimamente tratado este negocio con los embajadores del Rey, que estaban en Roma, y por los suyos que seguían en España la Corte del Rey don Hernando, vinieron cartas del Rey de España al Gran Capitán mandándole que detuviese al Duque Valentino, porque se decía que con grave daño y sospecha de todos los Príncipes tentaba nuevas cosas y designaba nueva guerra contra el Papa. Y ansí el Duque Valentino, estando ocupado en aparejar el armada y en hacer soldados, iba muchas veces (así como era ello necesario) al Castelnovo por hablar con el Gran Capitán, y queriendo salir fué humanamente detenido por Nuño do Campo y puesto en prisión. No hubo ninguno de los suyos (que mientra él dió un grande sospiro, maldiciendo á la fortuna y lamentándose que debajo de la fe le había sido hecha traición) le pudiese dar socorro.

Pocos días después por mandado del Rey

fué llevado en España por Lezcano, donde un poco de tiempo estuvo en Chinchilla y después fué llevado á Medina del Campo y estuvo preso cerca de dos años en la fortaleza que se llama la Mota, y tuvo tal suerte que, engañando á los guardias, se descolgó por una soga y proveyéndole de caballos don Rodrigo Pimentel, Conde de Benavente, se fué huyendo al Rey don Juan de Navarra, que por entonces tenia guerra con el Conde de Lerín, que se le había rebelado. En este movimiento de armas, sirviendo valerosamente á su Rey, murió vencedor en una batalla que se hizo junto á Viana, el cual no siendo conocido le quitaron las armas y le dejaron desnudo; y un escudero suyo tomó el cuerpo y atravesándole encima un caballo le llevó á Pamplona, permitiéndolo sin duda el fatal destino de aquella ciudad de la cual él había sido obispo, porque no he hallado jamás alguno que renunciase los sacramentos que en su vida haya hecho buena fin. Pues ¿quién no tendrá por disculpado á Gonzalo Hernández, el cual fué constreñido á hacer esto por el mandamiento de su Rey y señor y por complacer al Papa que le pedía cosas honestas, y fuera desacato y mal caso no obedecerle y pecado grave y cruel ser enemigo de Su Santidad, especialmente en cosa que tocaba á los homenajes que él tenía dados, y finalmente parece que contenía en sí la humana razón y la divina, y también por honesta causa y razón evidentísima parece que él debía de faltar á la fe que dió, por no dejar meter de sota á sobra la Italia, la cual, echadas á una parte las guerras, estaba para gozar de una sosegada paz y no ser revuelta de la cruel osadía de un tirano, y por hacer placer y buena obra á los Orsinos y Coloneses, que le habían muy bien servido, los cuales de aquel pestilencial hombre habían recibido grandes injurias de crueldad y de avaricia. Pero yo no quiero callar, por defender la honra del Gran Capitán, lo que yo entendí de dos clarísimos capitanes, que fueron don Diego de Mendoza y Antonio de Leiva, que habiendo sido convidado en Boloña á cenar con ellos, en aquel tiempo que el Emperador Carlos fué coronado del Papa Clemente, y platicando entre nosotros de la virtud y esfuerzo del Gran Capitán, el cual había sido general y maestro de la disciplina militar, de ambos á dos afirmaban que había sido en la guerra y en la paz un rarísimo hombre; pero que el ejemplo de los grandísimos capitanes le había alcanzado, pues en el extremo punto de la vida, casi medio desterrado moría poco felice. Aunque el Gran Capitán muchas veces decía que, no ofendido de la penitencia de algún delito, alegremente se partiría de esta vida si no hubiera dado su fe descuidadamente á don Fernando de Aragón, Duque de Calabria, hijo del Rey Federico de Nápoles, y á César Borja, Duque Valentino, para que ella después fuese rompida con infamia de su nombre. Ajuntaba el Gran Capitán á estas dos cosas la tercera, de la cual como mayor y más grave más se arrepentía, no la queriendo publicar. Don Diego y el señor Antonio con cierta conjetura la interpretaban pensando que fuese que con los prometimientos que el Rey le había hecho se había venido de Nápoles en España, en el cual muchos, deseosos de cosas nuevas, procuraban de detenello con esperanza de nuevo señorío y de hacer cosas en la guerra grandísimas.

En aquel tiempo que el Duque Valentino fué llevado prisionero en España, la Reina doña Isabel estaba doliente con poca esperanza de salud por una fístula que se le había hecho en las partes vergonzosas, la cual le comía poco á poco la vida, de suerte que no pudo alegrarse de una tan grande victoria; pero aunque estuviese muy al cabo de la vida, no por eso dejó de recibir muy humanísimamente al Próspero Colona, el cual con algunos navíos armados de guerra, aconsejado por el Gran Capitán, iba con conserva del armada de Lezcano á fin que el Duque Valentino, así como podía acaescer en una larga navegación, no fuese tomado de franceses ó cosarios, y con gravedad romana nunca pudo sufrir de hablalle ni velle, porque no pareciese que mostraba alegrarse de la miseria y trabajo de un cruelísimo enemigo. La Reina murió pocos días después con increíble dolor y llanto de Gonzalo Hernández, el cual confesaba que de Su Alteza, como crecido y criado en su Corte, había recibido toda la grandeza de virtud y dignidad que desear se pueden, no habiendo antes el Rey (aunque desamorado y poco liberal) tenido osadía descomplacer á la voluntad de la Reina, y esto mostróse después muy claro, que muerta que fué la Reina, luego comenzó á dar oído á la murmuración que contra Gonzalo Hernández se hacía; que no faltaron murmuradores que de graves y grandes culpas le

inculparon para con el Rey, el cual con muy grande esplendor de gloria ofendía á los ojos de los envidiosos. Porque muchos decían haber sido el reino de Nápoles ganado de la singular virtud y esfuerzo suyo; decían allende de esto que con muy larga y astuta liberalidad había sido partido y menguado por él. Porque dejada aparte la benignidad del Rey, si Su Alteza no hubiera firmado los privilegios, el Rey se habría adquirido infamia de desagradecido y poco liberal, y Gonzalo Hernández no por esto de los suyos, á quien había designado de hacer mercedes, no como de sí, sino menospreciados del Rey, se habría adquirido benevolencia y amor con odio y aborrecimiento del Rey. Otros decían que estaba soberbio por la victoria y rico por las grandes rentas del reino, y que había escogido para sí y para sus amigos y favoridos las más illustres y ricas tierras del reino, y que al Rey no había dejado otro de bueno ni de entero sino la honra de traer la corona y el vano nombre del nuevo título. Otros caminaban por otros senderos para quitalle del todo la reputación. De los españoles, don Juan de Lanuza, Virrey de Sicilia; Valencia Benavides y Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey; pero con mayor maldad é más cruelmente, Nuño do Campo, el cual por esta acusación ganó renombre de ingratísimo. Dicen también que el Próspero Colona, demandándole el Rey del ingenio é disciplina, de las costumbres públicas é privadas de los Reyes de Nápoles, así como aquel que después del primer Alfonso había militado con todos ellos, le dijo palabras de Gonzalo Hernández tan agudas y graves, que metiendo sospechas no nada vanas penetraron muy adentro en el ánimo del Rey; porque confesaba muy á la clara que Gonzalo Hernández hacía ventaja á todos en autoridad y prudencia, en esplendor de vida y en afición para con los soldados y del amor del pueblo; de manera que á él, que toda cosa regía á su voluntad y con pompa real lo mandaba, no le faltaba otra cosa sino solamente el título, al cual si hubiera querido aspirar se podría creer que no le habría faltado algunos, que le eran obligados por las mercedes recibidas de su mano, que le habrían puesto la corona en la cabeza.

Estas cosas tocaban á la majestad y en parte hacían advertir al Rey que proveyese con tiempo lo necesario, no complaciéndole ni concediéndole toda cosa, porque de capitán y gobernador no lo hiciese compañero del reino. Pero Nuño do Campo, ayudándole en esto Juan Baptista Spinelo, napolitano, persiguió grandemente á Gonzalo Hernández, así como aquel que sagacísimamente buscaba las cuentas de lo gastado y de todo lo recibido, y mostró cómo no había dejado ninguna cosa al fisco, á fin que dando desordenadamente viniese á ganar nombre de liberalísimo; con la cual demostración se cubriese la facultad privada y especialmente aquellas riquezas de tantos despojos y de tantas dádivas, así de oro batido como de plata labrada y de muy muchas joyas de grande valor, piezas de brocado y sedas, allegadas con diligencia y astutamente guardadas, porque no fuesen vistas de algunos curiosos y envidiosos y no se acrecentase el odio, ya razonablemente crescido.

Pues estas cosas recitadas con singular malicia, aunque por la mayor parte tenidas por mentira, turbaban grandemente el ánimo del Rey, y esto tanto y con más dolor le punzaba el corazon porque como no era muy dineroso, ni sumptuoso en su vivir y servicio, encendíase en un deseo de tanto oro é riqueza, pero con la grande equidad y prudencia que florescían en él, no se mostró apresurado ni ingrato fuera de propósito, que aquel deseo fácilmente no le amatase.

Era el Rey de parescer que muchas y grandes cosas se habían de conceder á la singular virtud y condición liberalísima de Gonzalo Hernández, el cual había felicemente acabado tantas hazañas y con grande loor ganado aquel reino y haberle defendido con mayor y finalmente adquirido tanta reputación de guerra al nombre de España. Todas estas cosas le pasaban por lo profundo del corazón, y con tanta disimulación las encubria, que á Gonzalo Hernández nunca dió señal ninguna de ser ofendido dél, sino en secreto á los reportadores les daba gracias por sus avisos, y en público platicaba muy honradamente en las obras de Gonzalo Hernández. Siendo el Próspero vuelto á Nápoles, con muy buenos caballos que don Pedro de Córdoba, Marqués de Pliego (de su condición liberalísimo y también en memoria de su tío) le había dado, no halló en Gonzalo Hernández el amistad de antes. Nuño do Campo, habiendo de España vuelto en Italia (según se dice) fué entoxicado por un cierto soldado al cual le había hecho

una grande injuria, y verdaderamente con merecida pena, si queremos mirar la fuerza del juicio de Dios, pues que él con un otro delito vituperosísimo y de ánimo ingrato había sembrado el veneno contra un hombre valeroso, capitán suyo y autor de toda su reputación.

En este medio, mientra Gonzalo Hernández gobernaba á Nápoles con el mismo favor y acrecentada la reputación, el Rey don Hernando hizo paz y concluyó el concierto con el Rey Luis de Francia, y á la verdad por muchas causas, las cuales no son necesarias recontarlas en este lugar, siendo diligentemente escriptas en nuestra historia. Fué también ayuntado el parentado á fin que la concordia, la cual con dificultad se podía esperar después de tantos enojos, con más fuerte atadura se viniese á confirmar, que el Rey don Hernando, aunque viejo, tomase por mujer á Germana, hija de la hermana del Rey Luis. Era esta princesa nascida de nobilísima sangre paterna, en Gascuña, de la antiquísima casa de Fox. De esta Reina Germana era hermano don Gastón de Fox, el cual representando la virtud del tío, habiendo hecho grandísimas cosas en breve tiempo, murió vencedor en la memorable batalla de Rávena. En el concluirse esta paz renunció el Rey Luis el derecho que tenía al reino de Nápoles, con que á los barones que habían seguido la parte de Francia les fuesen restituídos sus estados, los cuales poseían antes de la guerra. Entre los otros fueron los Príncipes de Salerno y Visiñano, Trajano Caraciolo y Honorato Gaetano, y entre éstos, otros muchos recobraron la libertad, los patrimonios y las honras.

Pero después que fueron celebrados los desposorios reales no faltaron algunos de los mayores Grandes de Castilla que llamaron á Filipo, hijo del Emperador Maximiliano, el cual era señor en Flandes, que viniese en España á tomar el reino, pensando que con más libertad y licencia gozarían su grandeza debajo de un floresciente Rey mozo que debajo de un austero y (como ellos decían) poco liberal viejo catalán. Que los ulteriores españoles, el cual reino es grandísimo, aborrecen y desprecian al Rey de Aragón como pobre de riquezas, el cual casi como en gracia reina en las ciudades libres. Filipo, no deteniéndose mucho tiempo, vino á desembarcar en Galicia al puerto de la Coruña. El Rey don Hernando, por recibir al yerno, se fué para allá, donde se hallaron casi todos los señores de Castilla. De éstos recibió Filipo muy grandes servicios y mucho mayores de los que él esperaba, tanto que le vino un deseo muy grande de gobernar el reino, no pareciéndole de todo injusto ni deshonesto si él excluía al Rey su suegro é tomaba aquellos reinos que voluntariamente le eran dados de toda la nobleza y con razón hereditaria de la madre le pertenecían, corrompiendo el ánimo de Filipo más que todos los otros don Juan Manuel, el cual había estado muchos años embajador en Flandes. La cosa se redujo á término que el Filipo no venía con su voluntad á la presencia del suegro, y ambos á dos á caballo se vieron poco rato; el Rey en español é Filipo en francés, con harto pocas palabras, y aquéllas no muy bien entendidas, el uno y el otro se saludaron, partiendo de presto don Juan Manuel el razonamiento, á fin que el Rey mozo y poco plático de las cosas del mundo no fuese prendado de los artificios del astutísimo viejo, é dentro poco rato (la cual cosa es apenas de creer), casi todos los Grandes desampararon al Rey don Hernando, que inclinados cada uno é puestos en sus esperanzas, decían que se había de servir á lo provechoso, y que más presto se había de adorar el sol cuando nacía que cuando se ponía. Sólo entre todos don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, constantísimamente perseveró en la su antigua fe, que por ningunos prometimientos se pudo jamás mover ni atraelle á que con gran fe y singular virtud le quitasen del servicio de su Rey y señor. Pero el Rey, como á la verdad convenía á hombre de gran prudencia, pareciéndole que la furia de aquella oscura tempestad se debía de huir con el artificio de la disimulación, con grave y oportuno consejo determinó de irse de España é pasar á Nápoles, y esto por no ver ni oir los hechos ni las palabras de Filipo, alterado contra él, las cuales luego que hubiesen ofendido el nombre de la majestad y las disimulase, se le volverían en vituperio. Pues tantos Grandes siguiendo al nuevo Rey, ó por enojo ó por liviandad se le habían rebelado, pues que habiendo dejado á don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, hombre de singular gravedad y prudencia, el cual poco antes había demostrado señales de entera fe, para el gobierno del reino, y llevando consigo á la

Reina, con veinte galeras partió de Barcelona.

Fué en su compañía don Bernardo de Rojas, Marqués de Denia, y los ilustres y caballeros de los reinos de Aragón, pasando en pocos días las riberas de Francia y Génova. Llegado que fué á Portofin supo la nueva cierta de la muerte de Filipo su yerno, la cual al parecer en lo intrínseco del corazón se había de alegrar, pero no dió muestras el Rey gravísimo de cosa alguna indigna de aquel parentesco, el cual miraba al dolor de la hija y de tantos nietos quedando huérfanos del padre; y quitados los aderezos reales, pero no cubierta de luto la galera capitana, en el principio del invierno allegó á Nápoles.

Habíase visto pocos días antes cerca los trece de Septiembre una cometa amarilla en aquella parte del cielo que mira hacia el viento maestro, tal que se decía que amenazaba á Flandes, porque no habiendo Filipo cumplidos aún los veinticinco años de su edad, banqueteando al uso de Flandes y dándose á grandes ejercicios y debajo de un aire diverso, adoleció de una cruel enfermedad, que le quitó la vida, habiendo dejado, allende los otros hijos, un hijo casi de siete años, llamado Carlos, al cual hoy honramos por Emperador, por virtud de ánimo y por la felicidad de sus hechos dignísimo del renombre de Augusto.

Gonzalo Hernández, después que supo la nueva que el Rey había pasado el promontorio de Miseno, metióse en un bergantín y fuéle á recibir, y saltó en la galera real con tanta alegría de rostro, que bien demostró que nunca había dudado de la buena voluntad del Rey para consigo. Porque algunos envidiosos poco antes habían dicho que Gonzalo Hernández nunca se arriscaría tanto que metiéndose en la galera real se confiase de la incierta fe del Rey, como quiera que sabía bien disimular y había bien aprendido á tener cubiertos los secretos de su ánimo y también á descubrillos cuando se ofrescía la ocasión. Decían también que en ninguna parte corría tanto peligro como en la galera, porque en tierra estaba siempre rodeado de gente de guerra, que no tenía de qué temer cosa ninguna en que se le pudiese hacer fuerza. Al Rey le fué hecha en el muelle una puente y con solemne ceremonia fué recibido de los napolitanos, y con singular modestia desechó muchas cosas que le estaban aparejadas, como convenía á la venida de un nuevo Rey. Y vestido de negro celebró las obsequias del yerno, por salir después fuera en hábito real á los embajadores de los Príncipes y á los barones del reino.

Gonzalo Hernández fué siempre visto cerca del Rey en honrado y merecido lugar, y si algún soldado ó ciudadano, aunque fuese de baja condición, deseaba ser presentado y conocido del Rey, Gonzalo Hernández era el medio y singular demostrador de su fe y servicio, el cual nunca á nadie faltó de su favor, porque ninguna cosa sentía tanto contentamiento cuanto en hacer placer y buena obra para ganar las voluntades de muchos; y muchas veces sin ser rogado voluntariamente llamaba por sus propios nombres á algunos que veía estar de vergüenza detenidos, ó esperando alguna cosa difícil, los traía á besar las manos del Rey y encomendalle sus negocios, talmente que de la merced recibida quedaba la obligación en sólo Gonzalo Hernández, con el medio del cual prestísimamente se quitaba toda la tardanza del ánimo del Rey, el cual no era nada amigo de hacer mercedes. Porque el Rey procuraba de adquirirse fama con la equidad y justicia y Gonzalo Hernández aspiraba á la gloria adquirida con singular virtud, la cual largo tiempo no podría durar, ni pasar á sus descendientes, si ella no iba fundada con hondas raíces de ánimo grato y liberal. Por lo cual el Rey entre sí mismo considerando que habiéndole cabido un tan gran reino, ganado y defendido por esfuerzo y valor de Gonzalo Hernández, tenía sufrimiento que todo lo que le pidiese se le debía de conceder, aunque las rentas del reino por la nueva guerra y por las muchas exenciones y mercedes estaban menoscabadas y de hecho se venían del todo á perder; pero el Rey no quería que le tuviesen por ingrato, porque aquellas cosas que Gonzalo Hernández había hecho ó pensado en el aspirar al reino, guardábalas en su secreto; mas sus merecimientos por tantas victorias á todo el mundo eran manifiestos y en la fama de los hombres se mostraban.

Había Gonzalo Hernández en aquellos días burlado de la diligencia y curiosidad de los tesoreros envidiosos, á él enojosos y pesados y al Rey poco honrosos, que siendo llamado como á juicio para que diese cuenta de lo gastado en la guerra y del recibo de las rentas del reino, lo cual estaba asentado en

la tesorería, y mostrando ser muy mayor la entrada que no era lo gastado, respondió severamente que él traería otra escritura muy más auténtica que ninguna de aquéllas, por la cual mostraría claramente que había mucho más gastado que recibido, y que quería que se le pagase todo el alcance de aquella cuenta, como deuda que le debía la Cámara real. El día siguiente presentó un librillo con un título muy arrogante, con que puso silencio á los tesoreros y vergüenza al Rey y á todos mucha risa. En el primero capítulo asentó que había gastado en frailes y en sacerdotes y religiosos, en pobres y en monjas, los cuales continuamente estaban en oración rogando á nuestro señor Dios y á todos los santos y santas que le diesen victoria, doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales. En la segunda partida asentó setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados secretamente dados á los espías, por diligencia de los cuales había entendido los designos de los enemigos é ganado muchas victorias, é finalmente la libre posesión de un tan gran reino.

Entendida del Rey la argutia, mandó poner silentio al infame negocio. Porque ¿quién sería aquél, si no fuese algún ingrato ó verdaderamente de baja é vil condición, que buscase los deudores y quisiese saber el número de los dineros dados secretamente de un tan excelente capitán? El Rey determinó de perdonar á Gonzalo Hernández todas las cosas pasadas y confirmar todo lo que había dado y repartido y de olvidar toda la sospecha que había tenido en lo del aspirar al reino, lo cual le era opuesto de los que le acusaban, por poder amorosamente persuadille (pero con malicia), ofreciéndole grandes cosas, á que viniese consigo en España, y dejando un nuevo Gobernador gozar enteramente de todo el fruto y posesión del nuevo reino; pues que libre de la concurrencia de Filipo su yerno, con el cual había estado algo diferente, pensaba muy presto volverse á los reinos de España. Habiendo acomodado los negocios y restituídas sus tierras á los anjoínos, las cuales habían perdido por la guerra pasada, y por el beneficio de la paz, siendo libres de la prisión y recibidos á todos en su merced y servicio y hecho Virrey al Conde de Ribagorza, después de haber estado en Nápoles cinco meses, subió juntamente con la Reina en el armada, llevando consigo á Gonzalo Hernández, traído de aquella esperanza que cuando fuese en España le haría Maestre de Santiago.

Es esta dignidad (después de la del Rey) la más principal de cuantas hay en ella, ajuntada con grande potencia, porque la caballería de las dos Españas, honrada con la honra de este hábito y enriquecidas de grandes y perpetuas rentas, obedecen al Maestre. Traen por hábito en la guerra y en la paz una cruz colorada delante los pechos hecha á modo de una espada. Este hábito es reverenciado religiosamente y tenido en grande manera y no se alcanza del Maestre ó del Rey sino por honrado merecimiento, y de las rentas de sus encomiendas pagan el sueldo á los soldados que por la religión cristiana pelean contra los moros. Pero de pocos años á esta parte don Hernando y doña Isabel, Reyes de España, complaciéndoles el Papa, quitaron el nombre y el autoridad al maestrazgo. Porque solían los Maestres de esta Orden, con su grande grandeza, igualarse con los Reyes, y á esta causa parecían temerosos, como pocos años antes lo había parecido don Alvaro de Luna, el cual por la mucha grandeza y soberbia suya meresció que le fuese cortada la cabeza. Y vacando el maestrazgo por no ser ninguno promovido en él, toda la renta, juntamente con la libre facultad de hacer caballeros y dar encomiendas, vino en el arbitrio del Rey. Por la misma manera los maestrazgos de Calatrava y Alcántara. Era esta dignidad siempre proveída al hombre más principal que había en Castilla, y así Gonzalo Hernández la prefirió á muchas ciudades é villas que tenía en el reino de Nápoles; que el Rey Fernando de Nápoles el mozo le dió á Terranova en Calabria, y el Rey Federico la ciudad de Bestia, al Monte Gargano, hoy llamada Sant Angelo, y ultimamente el Rey don Hernando de España á Sesa y Arunca, nobilísimas ciudades de tierra de labor, ajuntando á estas mercedes cuatorce tierras ricas, allende otros pequeños castillos y lugares.

Gonzalo Hernández, como acutísimo y grave, no se podía dar á entender que un rey poco liberal libremente le diese lo que le había prometido, aunque añadiese á los muchos prometimientos una cédula de la mano real, la cual había hecho con fin de traelle con su

voluntad en España. Más Gonzalo Hernández venía de Nápoles mucho por fuerza; no se partió juntamente con el Rey, porque quiso primero con mucha cortesía y cumplimiento despedirse de sus amigos y de todos los ciudadanos, y especialmente de las señoras generosas y satisfacer á su honra. Porque nadie quedase quejoso, mandó pregonar con trompetas que del mayor al menor viniesen á cobrar sus dineros, si algo se les debía, y á sus capitanes y soldados les rogó que pagasen á los mercaderes ó á otras gentes, si de algo eran deudores, dando á muchos de ellos dineros para que esto se cumpliese y para comprarse aderezos de sus personas con que volviesen bien en orden á sus tierras. Traía en su servicio una compañía de gente mayor y más bien aderezada que la Casa real. Mientra el Rey estuvo en Nápoles había hecho grandes gastos, con los cuales encubría la escaseza del Rey, queriendo en todo caso conservar con mucha familia y casa ilustre el sobrenombre de Grande, ganado con singular valor y esfuerzo. Dejaba en Nápoles tanto deseo de sí, que estando para embarcarse en la galera, vinieron al muelle muchas señoras y con muchas lágrimas, haciéndose á la vela, rogaron á Nuestro Señor Dios le diese felice navegación y la vuelta que fuese presta.

Pocos días después el Rey don Hernando, siguiéndole Gonzalo Hernández, allegó á Génova. Los genoveses le presentaron dos fuentes de oro y muchas vituallas frescas para la gente de mar, y aunque se diese priesa de ir á Saona, quiso primero ver y tocar el santo Catino. Este es un vaso que religiosamente se guarda en la sacristía de la iglesia mayor. Es una smeralda de seis ángulos, cavado á modo de un plato de vianda. Fué ganada antiguamente esta joya de la victoria de Suria y á pública honra de la ciudad consagrada á San Lorenzo.

Habia venido el Rey Luis de Francia á Saona, por ver al Rey don Hernando y á la Reina, hija de su hermana, habiendo pocos años antes sojuzgado á los genoveses, los cuales echando de fuera á los nobles se le habían revelado, y quitándoles la libertad les metió encima la cerviz una fortaleza junto al faro. En aquel ajuntamiento ninguna cosa fué más illustre ni más notable al ver que Gonzalo Hernández, al cual mandaron los Reyes que se asentase á su mesa. El Rey de Francia se maravilló y le loó mucho, que con su grave aspecto de la gentil disposición, é con un rostro bellísimo, representaba la semejanza de un varón antiguo, y confesó que pues en él se mostraba tanto valor de ánimo y cuerpo, que méritamente era merecedor del renombre de Grande. Dícese por cierto que en este ajuntamiento ambos á dos los Reyes se lamentaron de la codicia de los venecianos y determinaron de recobrar con las armas todas aquellas tierras que les habían tomado y las que contra su voluntad les habían concedido. No faltó Antonio Palavicino, genovés, embajador del Papa Julio, el cual persuadía en su opinión á los Reyes, encendidos en aquel deseo. Porque no podía con buen ánimo sufrir el Papa que las ciudades del Estado de la Iglesia, que eran Ariminio y Faenza, vacante la sede apostólica, hubiesen sido ocupadas por venecianos. El Rey de Francia estaba enojado que Cremona, Bergamo, Crema y Bresa hubiesen sido quitadas del Estado de Milán. El Rey de España tenía á mucho mal que las ciudades de Pulla y de tierra de Otranto fuesen sujetas á venecianos. Fué partido este ajuntamiento cerca los primeros días de Julio, el Rey Luis caminando para los Alpes por tornarse en Francia y el Rey don Hernando con bonísimo tiempo llegó á Barcelona.

Los Grandes de Castilla y Aragón fueron á la hora con grande priesa á recibillo, que á pequeñas jornadas caminaba, alegrándose de su felice y presta vuelta en estos reinos, mirándole á los ojos como á testigos del ánimo pacífico ó enojado. El Rey con profundísima disimulación y grande artificio mostraba haber olvidado todas las ofensas, y con grande alegría y demostración de ánimo clemente abrazaba á los unos y á los otros, tanto que quitaba la sospecha y el temor á muchos que merecían ser castigados, don Antonio de la Cueva, caballero generoso y gentil cortesano, habiéndole venido á recibir, con mucha risa y regocijo le dijo: «Y tú también, don Antonio, me desamparaste en la Coruña». Este don Antonio con apresurada lisonja fué recibir á Filipo; el cual con mucha desenvoltura, porque el Rey le perdonase, respondió: «Ansí es, ¡oh Rey y señor mío! y no lo niego, porque ¿qu én habría creído jamás que un mozo de veinte y cuatro años, gallardísimo de cuerpo, el rostro fresco y colorado como una rosa, se

había de morir en tres días?» El Rey, holgándose de su libre respuesta, con semblante alegre le dijo: «No te habría engañado el suceso del ligero consejo, si tú pensaras que un Rey clemente y legítimo pudiera muchos años vivir y felicemente reinar». Estas palabras, amorosamente dichas y recogidas con placer de los que estaban al derredor, referidas á los otros, fácilmente quitaron á muchos la vergüenza y el temor. El Rey siempre en la próspera y en la adversa fortuna se mostró grave, y como acostumbrado á recoger y gobernar los ánimos de los suyos, perdonó humanísimamente á todos y al Duque de Nájera y á don Juan Manuel, el cual le había sido grande deservidor y enemigo.

Partiéndose del Rey, iban todos á recibir al Gran Capitán, que por la pesadumbre de una febrezuela se había detenido en el camino y había allegado á Valencia y sido recibido de toda la ciudad con mucha fiesta y regocijo, saliendo toda la gente de ella á la mar por solamente velle. Don Serafín de Centellas, Conde de Oliva, lo recibió y le aposentó en su casa, teniéndola tan aderezada como si el Rey se hubiera de aposentar en ella. Envióle al armada muchos caballos y mulas; fueron tantas, que ninguno entró á pie en la ciudad.

Habiéndose detenido en Valencia algunos días por aderezarse y tomar algún reposo del fastidio de la navegación, se fué para Burgos, donde el Rey había entonces allegado, con tanta multitud y frecuencia de gente, que los caminos no los podían recoger, pafresciendo á los miradores una semejanza de ejército, con ver tanta gente, tantos soldados viejos de Italia, tantos adherentes y amigos, obligados de la voluntad y servicio que venían á recibille y á besalle las vencedoras manos. De suerte que ni las casas, ni los techos, ni las vituallas de ante aparejadas, no bastaban para tanta muchedumbre. Maravilllábanse los habitadores de los sayos pavonados de nueva y extraña manera, las ropas de encima de seda, las gorras aderezadas de puntas de oro y penachos, los valerosos capitanes con cadenas de oro, los caballos muy bien enjaezados con sillas aceradas al uso de Italia y Francia, y de esta grandeza muchos fueron los que se ofendieron de la envidia. Adquirióse mucha fiesta de la gente popular que le hacían versos llamándole merecedor no solamente del renombre de grande, mas de grandísimo.

El Conde de Ureña, maravillado de todas estas cosas, como aquel que era de ingenio delicado, dijo que Gonzalo Hernández le parescía muy semejante á una nave muy grande, la cual tiene necesidad de mucha agua para poder navegar; de otra suerte le sería forzado quedar encallada donde hay poca hondura; queriendo decir que en España, reinando don Hernando, no se podía sostener tanta machina, como después se mostró en efecto, que Gonzalo Hernández, no solamente se paró en la corrida, mas casi se anegó en las pesadas rocas de la envidia. Llegando á Burgos, el Rey por honralle le salió á recibir y mirando los soldados que le venían delante, vestidos con diversos y pulidos vestidos, viniendo Gonzalo Hernández el último de todos, apeándose á besar las manos á Su Alteza, le dijo el Rey mostrando con el dedo una grande compañía de soldados: «Gonzalo Hernández, por lo que ahora veo, me parece que tú has muy bien pagado lo que á estos soldados les debías, pues que habiéndote seguido tantas veces en las batallas y rencuentros, cuando en ellas eras el primero, ahora que es hecha la paz, mudando la costumbre con mucha razón les permites que te vayan delante». Donde con palabras de mucho amor le loó que siendo capitán animoso muchas veces se había puesto delante los suyos en los peligros de la guerra.

Después de haber estado Gonzalo Hernández en la Corte algunos días ocupándose en los oficios privados y pidiendo en balde muchas veces que el Rey le hiciese Maestre de Santiago, demandándolo con mucha instancia como cosa prometida debajo la fe y con cédula de la mano Real, y enfriándose poco á poco el calor de la gracia y favor, llevó de la Corte en trueque de una grandísima merced mucho enojo y pesadumbre, porque el Rey con vanas causas de tardanza y con palabras procurando de entretenelle, mostraba claramente no querer usar con él de aquella liberalidad prometida. A Gonzalo Hernández le fué forzado descubrir á sus amigos el dolor de la injuria y el descontentamiento del ánimo y quejarse á velas tendidas de haber sido engañado, en especial á don Bernaldino de Velasco, Condestable de Castilla, el cual era de autoridad y de riquezas muy grande en Bur-

gos é muy amigo de Gonzalo Hernández, por tenelle aposentado y por ser de un mismo bando y voluntad. Trataban su amistad con mucho secreto y comunicaban sus pensamientos con grande libertad, dando Gonzalo Hernández y recibiendo la fe de dar á su hija doña Elvira por mujer al Condestable, que poco antes se le había muerto doña Juana de Aragón, su mujer, la cual era hija bastarda del Rey, y en breve tiempo se había enfriado el amor del yerno para con el suegro. La causa fué por no haber podido impetrar del Rey la vida de un su familiar y criado condenado á muerte. El Rey recibió enojo de la promesa de este casamiento, porque tenía pensamiento de dar á doña Elvira por mujer á su nieto don Juan de Aragón, hijo del Arzobispo de Zaragoza, á fin que las riquezas y estado de Gonzalo Hernández cayesen en la casa real. La Reina Germana, con un rostro enojado, volviéndose para el Condestable, le dijo: «¿Tú no tienes vergüenza, pues no eres bastardo ni grosero, de tomar por mujer la hija de Gonzalo Hernández, habiendo sido casado con la hija del Rey?» El Condestable le respondió: «En este caso tengo un muy honrado ejemplo que seguir, tal que no tendré vergüenza de mi pensamiento, donde claramente toco á la Reina, la cual no siendo hija de Rey meresció ser mujer de un Rey tan grande y poderoso». Dícese que de aquella respuesta quedaron el Rey y la Reina muy enojados.

Tenía por costumbre Gonzalo Hernández, cuando la Reina salía de casa, llevalla de brazo, y cuando iba cabalgando, ir á su costado llevándola de rienda. Sucedió en este cargo don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, é Gonzalo Hernández fué del todo privado de aquella honra y oficio. El Condestable, acrescentándosele el enojo, perdió todo el favor del parentesco real, y no mucho después, como era de ingenio vano y libre, sospechoso y odiado por la mucha grandeza, murió antes de tiempo, habiendo poco antes contra la voluntad del Rey favorescido á fray Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo. Este, por opinión de religión, de humilde frailecillo, con el favor de la Reina doña Isabel, había obtenido el arzobispado; gastaba á su voluntad, según la disciplina cristiana, infinitas riquezas, y de esto el Rey lo envidiaba; y procurando con mucha instancia que permutase el arzobispado de Toledo con su hijo el Arzobispo de Zaragoza, lo cual, como infame y insolentemente procurado, el Condestable y Gonzalo Hernández, rogados del Ximénez que no le desamparasen ni le dejasen hacer aquella afrenta, habían grandemente blasfemado de ello, porque les parecía que aquella iniquísima permutación se hacía por ofender el juicio de la Reina doña Isabel, fundado en una sincera religión. Y así el Ximénez con este favor, con ánimo constante respondió que si á él le apretaban un poco más, que á la hora renunciaría la mitra y el báculo y se volvería á ser fraile. Eran los pensamientos del Rey enderezados á hacer muy rico al hijo, por poder valerse de las rentas de la Iglesia cuando le apretaban las necesidades de la guerra, así como lo había hecho de los maestrazgos de Santiago, Alcántara y Calatrava, suprimidos en la persona real. El Rey dejó de entender en el negocio, teniendo grande enojo contra el Condestable y Gonzalo Hernández, los cuales habían estorbado con el Ximénez, el cual había tenido contienda por su dignidad y reputación.

En aquel mismo tiempo la fortuna, la cual luego que ha abierto la puerta á la envidia siempre se acrecienta y amenaza con la causa de los males, con grandes ofensas hirió á Gonzalo Hernández; porque había venido á la Corte don Pedro de Córdoba, hijo de su hermano don Alonso, á visitar al tío que entonces venía de Italia. Este, habiendo hallado al Gran Capitán muy enojado porque el Rey no le guardaba la fe en hacelle Maestre de Santiago, como era de ánimo libre y impaciente á sufrir las injurias, desdeñado contra el Rey se volvió á Córdoba, donde, contra la voluntad real, con una cierta y perpetua autoridad heredada del agüelo y del padre, era tenido como príncipe y señor de la ciudad. Era don Pedro por este grande favor de los cordobeses y por aquella ilustre grandeza al Rey grave y enojoso, y envió á mandar con Herrera, alcalde de Corte, á los Veinticuatro, que se deserviría si don Pedro viviese en Córdoba, sino que se fuese á su casa, así como lo habían acostumbrado los otros señores de la casa de Córdoba. Este mandato los Veinticuatro lo hicieron saber á don Pedro, el cual recibió grande enojo y pena, y sin tardanza ninguna, movido de una precipitosa ira, mandó á sus criados prender á Herrera, y atado de manos y pies, puesto encima de un

caballo, lo dió á sus caballeros para que le llevasen á Montilla.

Era Montilla una villa de don Pedro de Córdoba su agüelo, cercada de fuerte muro, con una hermosa fortaleza, la cual estaba aderezada de muchos ornamentos de mármol y era la mejor y más polida de toda el Andalucía. El Rey, enojado grandemente, no dejando sin castigo el delito cometido, porque tocaba á la majestad real, después que don Pedro fué declarado por rebelde, determinó de castigalle con las armas, y mandando proveer de lo necesario para el castigo, Gonzalo Hernández y el Condestable le suplicaron por don Pedro con esta condición: que prometían á Su Alteza de traelle puesto de rodillas delante sus pies á pedirle perdón, pues como mozo, con ánimo ardiente había caído en aquel delito. Don Pedro, traído del autoridad del tío y del Condestable, vino á la Corte y llegó á pedir perdón de sus atrevimientos. El Rey no quiso perdonalle, antes lo desterró cuatro leguas apartado de la Corte, y que no se pudiese alargar más de una jornada, para poder ser llamado y volverse. Mandó con grave decreto que Montilla fuese asolada hasta los fundamentos, para que sirviese de testimonio de la severidad real con los sediciosos caballeros. No pudiendo Gonzalo Hernández obtener con grandes suplicaciones que una memoria de la virtud paterna, edificada con tan grandes gastos, y siendo la tierra adonde él había nacido, dejase de ser arruinada, aunque para esto se valiese del medio de los embajadores del Rey de Francia, á los cuales les parecía ser justa cosa que aquel que había ganado para el Rey cien ciudades y infinitas villas y castillos, en trueque de este servicio se le hiciese merced de un castillo. El Rey siempre estuvo firme en su mandato, pero con esta moderación: que en lugar de Montilla, la cual con el ajuntamiento del Andalucía en breves días había sido arruinada, á Gonzalo Hernández se le hiciese merced de la ciudad de Loja, por mitigar con aquella dádiva el rigor del castigo Está apartada Loja de Granada cuatro leguas, puesta en un valle apacible, ceñida de altísimos montes; ajuntando á esta merced una esperanza de ánimo muy benigno que Loja pasase á sus herederos, con que Gonzalo Hernández renunciase la cédula del Maestrazgo.

Gonzalo Hernández con generosa respuesta respondió que no quería ser tan mal mirado que inconsideradamente renunciase el derecho de la promesa real, porque quería más mostrar la causa de una justísima querella que aceptando una desigual recompensa renunciar al maestrazgo. Mostraba en el preguntar y responder una cierta gravedad, mezclada con una apacible alegría, y con improviso y delicado burlar, motejaba de lo sabroso y amargo. Mas la simplicidad de la lengua latina no allega al argutia del hablar español, el cual fácilmente nace de lo incierto, y á esta causa me es forzado dejar infinitos motes muy graciosos, los cuales, aunque puedan parecer maravillosos y mover á risa á los despiertos ingenios de esta aguda nación, pero cuando son traducidos, como desnudos de su gracia y sabor, parecen fríos y groseros, y en fin, no son agradables á los oídos de los latinos. No me parece que todos los hayamos de dejar, así como aquel que dijo á Diego García de Paredes, caballero valeroso, cuando los franceses se esforzaban de pasar el Garellano por la puente, y las pelotas del artillería de los enemigos volaban muy espesas por toda parte, con muerte de hombres y de caballos. Gonzalo Hernández, con corazón valeroso, puesto en medio el peligro, esforzaba al uno y al otro. Diego García le persuadía que se quisiese quitar de aquel lugar peligrosísimo. Gonzalo Hernández le respondió: «Diego García, pues Dios no ha puesto miedo en vuestro corazón, no curéis vos agora de ponelle en el mío».

Derribándose Montilla (así como lo habemos dicho) por mandamiento del Rey y rogando en balde los embajadores de Francia que quisiese perdonar aquella tierra, por ser en ella nacido Gonzalo Hernández, el cual había ajuntado á los reinos de España cerca doscientas ciudades y más de setecientas villas y castillos, y siendo venida la nueva que de los que se habían ajuntado á derriballa eran miserablemente muertos más de ciento de ellos por un pedazo de muro que les cayó encima, dijo Gonzalo Hernández: «Muy claro se muestra cuán valerosamente viva y sana se defendiera Montilla, pues condenada y casi muerta ha muerto á muchos de los que procuraban su ruina y destrucción».

En aquel día que en la ribera de Gaeta fueron en una larga y dificultosa batalla los franceses vencidos y puestos por las puertas de

Gaeta adentro, habiéndose presentado un caballero catalán, llamado Cerbellón, al combatir algo más tarde de lo que fuera necesario, siendo la batalla fenecida y ganada la victoria, armado y puesto en una barca dando grande priesa á los remadores que se allegasen á los compañeros vencedores, mientras muchos estaban al orilla para ver lo que era, llegó preguntando don Diego de Mendoza quién era aquel que venía tan bien armado, Gonzalo Hernández le respondió: «Como sois corto de vista no conocéis que es San Telmo». Llaman los marineros cristianos la estrella de San Telmo aquella que se muestra encima de la entena después de una oscura y grande tormenta, prometiendo bonanza, ansí como las antiguos creían de los fuegos de Castor y Pollux. Entendieron los que estaban presentes la delicadcza del mote, porque rehependía al Cerbellón por haber venido tan tarde. Los del enderredor rieron tanto, que en desembarcando el Cerbellón le saludaron por San Telmo, el cual sobrenombre le quedó entre soldados para siempre.

Saliendo los franceses (después de haber entregado á Gaeta) del reino, Gonzalo Hernández á muchos de ellos que se iban por tierra les mandó proveer de caballos. Monsiur Daubegni, su capitán general, le dijo con un gesto medio riendo: «Gonzalo Hernández, ruégoos mucho que nos mandéis proveer de caballos gallardos y fuertes, porque nos sirvan para el ir y para el volver», casi prometiendo de renovar la guerra. Gonzalo Hernández, entendida la agudeza del mote, le respondió: «Torná mucho en buen hora, cuando os placiere, que las mismas cosas que ahora os doy de mi voluntad, vestidos, caballos y salvoconducto, fácilmente á la vuelta lo alcanzaréis de la clemencia y liberalidad mía». Mostrándoles claramente, que si volviesen, correrían la misma fortuna de guerra.

Don Bernaldino de Velasco, Condestable de Castilla, era muy galán y gran cortesano. Andaba servidor de una dama de la Reina, y según el uso de la Corte hacíale muchos servicios; loábala grandemente, diciendo que ninguna cosa le faltaba para ser del todo hermosa sino unas pocas de más carnes, porque como era muy moza era algo flaca. Esta dama, por dalle favor, dió al Condestable una presea de color verde. El Condestable mandó dar de vestir á los pajes y lacayos de aquella color. Gonzalo Hernández, topándole, loando la invención, le dijo: «Señor Condestable, si la dama no hace con este verde, mandalda vender». A toda la Corte apachó el mote, por ser agudo y sabroso.

Estando en Taranto mandó que á un soldado, por ser malhechor y sedicioso, lo llevasen fuera á ajusticialle. El soldado hacía grandes extremos y dando voces, diciendo que le hacían sinjusticia, citaba á Gonzalo Hernández para delante el juicio divino. Gonzalo Hernández dijo: «Vete, en fin, y vete presto, confiándote en el alto juez, y infórmale de tu justicia, que allí estará don Alonso mi hermano que responderá por mí». El cual pocos días antes había sido muerto en la Sierra Bermeja, y entonces acaso había venido la nueva cómo los moros tomándole en medio lo habían muerto, muerte verdaderamente merecedora de un capitán religioso y esforzado.

Tornando adonde nos partimos, Gonzalo Hernández, enojado y desabrido, se retiró á Loja buscando un ocio reposado de tantas repulsas y ofensas, hasta tanto que la envidía diese lugar y el ánimo del Rey, alterado contra él, se amansase, estando así retirado y con la memoria de los servicios se volviese á más honestos pensamientos. Pues habiéndose procurado un justo reposo, estúvose dos años cuándo en Loja, cuándo en Granada, contento con sus riquezas, que eran muchas, y de su gloria, sino que ella, como las más veces acaece, era opresa de la mucha envidia de sus enemigos. En aquella reposada vida con el cuerpo se ejercitaba poco y el ánimo procuraba recrealle con favorescer á muchos que estaban apretados de la pobreza ó revueltos en pleitos ó puestos en otros peligros, los cuales pedían su ayuda y favor. Con estos ejercicios mantenía su reputación por toda la provincia, y se adquiría por todas las maneras de gentes singular gracia y voluntad, en especial con los confesos y moros. Los españoles llaman marranos á aquellos que son nacidos de linaje de judios, y hechos cristianos vuelven otra vez á las ceremonias de la ley judaica. Y cayendo en este capital delito acostumbran echalles espías que con grande diligencia miren lo que hacen y aun lo que dicen, y los que son sospechosos los acusan delante los inquisidores. Gonzalo Hernández, salva la justicia de la religión, en cuanto él

podía les favorescía, porque miseramente salteados de temor no fuesen (dejando la España) vagando por el mundo y se pasasen á Turquía, donde tenían segurísimo acogimiento, por ser hombres ingeniosos y maestros de obras mecánicas, especialmente en hacer paños. Y lo peor de todo, cosa que es para doler, por haber hecho á la cristiandad mucho daño, que llevaron los maestros del artillería. Por la misma vía á los moros que habían quedado en Granada, que sufrían mucho, con los cuales era de parescer que se debían tratar clementísimamente, porque aquella súbita nación, impaciente de un imperio cruel, con ánimo prontísimo levantada á tomar las armas, no se pasasen en Africa, ó de allí no llamasen ayuda contra los cristianos, por ser severamente gobernados.

Pocos años antes, por un mandato del Rey don Hernando, entonces tan religioso cuanto después á muchos importuno, una multitud casi infinita de judíos, la cual antiguamente se habían avecinado en España, porque no querían dejar la judaica y recibir la religión cristiana, despojados de sus bienes y echados de las Españas, se habían derramado por todo el mundo, y una parte de ellos poblaron á Salonique, ciudad noble de Grecia, la cual Amurate, tomándola por fuerza, la arruinó, para que después fuese de grande provecho á los señores turcos. Y ansí Bajaceto, como yo lo entendí de Luis Griti, Duque de Venecia, decía que don Hernando, Rey de España, era tenido de todos los cristianos por muy prudentísimo; lo que á él no le parescía, pues había desterrado á los judíos de sus reinos, los cuales él de bonísima voluntad los había recogido en Grecia. Porque se muestra claro que por la frecuencia de los hombres se hacen los reinos grandes y ricos, y que importaba poco á la república cristiana que los habitadores de ella no conformen en la religión, pues todos, por mantener el general oficio de la razón y el honesto costumbre y la conservación de la justicia, adoren al gran Dios criador de todas las cosas. En este solo punto se muestra claramente que los moros se conforman con los judíos y con los cristianos. Era Bajaceto filósofo y muy docto, y siguiendo la opinión de Avenroiz, no admitía todas las fábulas del profeta Mahoma, y en esta persuasión era diferente de su padre Mahometo, el cual decía que los hombres habían solamente de adorar á dos deidades, la una la virtud y la otra la fortuna, y con esto había desechado todas las religiones.

No faltó en el tiempo de aquel reposo á fray Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo, de ayudalle con consejo, con capitanes y soldados, el cual con ánimo religioso y noble pensamiento, por matar la envidia de las muchas riquezas, tenía aparejada una armada de docientos navíos para pasar á Berbería, habiendo asoldado con sus dineros catorce mil hombres entre caballos y peones, de los cuales era capitán general el Conde Pedro Navarro, dado del Gran Capitán al Arzobispo. El Conde con venturoso suceso, habiendo tomado el gran puerto de Mazalquibir, tomó por fuerza de armas á Orán, tierra noble que ya se llamó Barbaria, y con la misma furia echó del reino al Rey de Tremencén, habiéndole vencido en batalla. Después de haber vuelto el Conde Pedro Navarro en España con la corona de la victoria, tomó á Bugia, antiguamente llamada Uzicata, puesta en el golfo Holchachite, ciudad de la Numidia, famosísima así por las riquezas como por el estudio de la disciplina liberal; siendo vencedor en dos batallas rompió á los moros, y habiéndola combatido valerosamente ganó la gran Lepti, hoy llamada Trípol; las cuales cosas acabadas honradamente y con grande presteza del capitán y de los soldados acostumbrados á la disciplina de Gonzalo Hernández, adquirieron grandísimo loor y fama al capitán de la felice milicia.

Estando en Loja con este reposo, que á la verdad tenía muestras de un honesto destierro, no faltando en él jamás la grandeza de su consejo, ni aquella excelente virtud con la cual se había adquirido tanta gloria, con un mismo modo de un indómito valor medía las cosas prósperas y adversas. El Conde de Urueña preguntó á un gentilhombre de Gonzalo Hernández, que había venido á la Corte, diciendo: «¿Cuán gran hondo tiene en el agua de Loja aquella gran nave?» igualándola, como arriba dijimos, á la grandeza de Gonzalo Hernández. Siéndole referido á Gonzalo Hernández, respondió: «Decí al Conde que la nave, con muy buenos lados, espera que la mar crezca para poderse levantar y dar las velas á los vientos, los cuales no suelen ser siempre contrarios». No faltó suceso á aquella apacible respuesta, pues antes de fenescer el año, habiéndose el Rey grandemente espantado por la nueva de

la rota de Rávena, Gonzalo Hernández, preferido á todos los otros, fué llamado del destierro para reparar las cosas arruinadas, así como lo fué de los romanos el dictador Furio Camillo contra los vencedores franceses, porque en aquella infelice jornada fueron muertos la mayor parte de los soldados viejos, los cuales poco antes el Conde Pedro Navarro los había traído de Africa, y habían sido muertos más de treinta y seis illustres ó conocidos capitanes. Don Ramón de Cardona se salvó huyendo; el Cardenal Juan de Médicis, Legado, fué preso; Fabricio Colona, el Conde Pedro Navarro, vinieron en poder de franceses; de la cual calamidad apretado el Papa Julio, y teniendo en Roma recelo de alguna traición, pensaba en huirse. Todos los príncipes de la liga demandaban á Gonzalo Hernandez, al cual tenían por capitán venturoso en vencer á franceses.

Puesto el Rey en tanto trabajo, envió á Navarra á don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, para que refrenase al Rey de Navarra, echado del reino, y nombró á Gonzalo Hernández por Capitán general, el cual á la primavera pasase en Italia y diese socorro al Papa y procurase que Nápoles no recibiese daño ninguno. La armada se aparejaba en Málaga; concurrían á ella infinitos caballeros y soldados; el aparejo que se hacía de armas y caballos era grande. Teníase por muy cierto que Gonzalo Hernández desterrase los franceses de Italia y traería en España de aquella nación nuevo triunfo.

Habíanse aiuntado en Málaga muchos navíos, especialmente de Cádiz; estaba la vitualla proveída; los soldados y caballos, repartidos por las naves, esperaban buen tiempo para embarcarse, cuando por un súbito aviso de la no esperada victoria, por mandamiento del Rey se quedó todo el suceso. Los soldados, derribados del dolor, los cuales habían designado adquirirse premios y honras de aquel viaje, se lamentaban grandemente de la fortuna, y Gonzalo Hernández siendo infelicemente nombrado por Capitán general, habiendo gastado mucha suma de sus privadas riquezas, se afligía por el daño de tan grande esperanza como le había faltado.

Paréceme ser necesario haber de contar brevemente en qué manera el suceso de la guerra de Italia rompió aquella esperanza de loor y de victoria, porque las cosas que pueden parecer fortuitas se refieran al juicio divino.

No habiendo pasado dos años después que dijimos que los Reyes estuvieron juntamente en Saona, donde hicieron una liga muy perniciosa para la ruina de Italia, conspiraron contra venecianos con fin que, arruinada su señoría, las ciudades que les habían quitado fuesen restituídas á sus antiguos señoríos. Acaesció que, siendo los venecianos vencidos en una batalla junto á Adda, siendo capitán el mismo Rey de Francia, perdieron todas las ciudades que tenían en Lombardía y se retiraron dentro las lagunas. La ciudad de Venecia humilmente impetró perdón del Papa Julio, porque el Papa con los suizos había recobrado á Faenza y Ariminio y á Rávena y Cervia, ocupadas muchos años por venecianos. El Rey Luis, por la victoria, habíase enseñoreado de Cremona, Crema, Bergamo y Bresa, y con el mismo suceso los pueblos de Verona, Vicencia, Padua, Feltro y el Frívoli se habían dado al Emperador Maximiliano. El Rey don Hernando había recobrado sin herida ninguna las ciudades de la Pulla. Alfonso de Este, Duque de Ferrara, había tomado el Polisene de Rovigo. El Papa Julio demandábale, como á feudatario de la Iglesia, las rentas de las salinas, las cuales están en la Paduse en Comachio. El de Ferrara, por serle las salinas de grande utilidad, determinó defendellas con la guerra, y, favorecido de las armas francesas, en más de en una parte rompió á la gente del Papa. Por la cual injuria enojado el Papa, excomulgó al Duque Alfonso y hizo entender al Rey de Francia que si no le favorecía le tendría por enemigo, haciéndole saber que no le faltarían Reyes que defendieran la injuria hecha á la Iglesia. El Rey de Francia, haciendo burla dél, tuvo en poco sus excomuniones y censuras, y marchando el campo para adelante, echó al Papa de Boloña y llamó concilio en Pisa, en el cual, examinadas las costumbres de Julio, fuese echado del Pontificado.

Tomado este negocio por el Rey Luis más agramente y con más arrogancia de lo que le convenía, fué causa de levantar algunos Reyes. Y entre los otros á Enrique, Rey de Inglaterra, entonces muy aficionado á la Iglesia, el cual con un grueso ejército asaltó las ciudades de Normandía. No faltó el Rey don Hernando á Enrique su yerno, que con color de la religión tomaba muy justamente las ar-

mas contra franceses, especialmente demandándole ayuda el Papa, al cual en ninguna manera podía faltalle, haciéndole esta valenza con grande voluntad, porque había hecho venir en Vizcaya la armada de Inglaterra con fin de echar de Navarra al Rey don Juan, amigo de franceses, y por esta causa excomulgado del Papa.

Había el Papa hecho liga con venecianos y con el Rey don Hernando, al cual por ser en favor de la Iglesia dió la investidura del reino de Nápoles, y asoldado los suizos había movido por toda parte gruesa guerra contra franceses; de la cual guerra, finalmente, tal fué el suceso, que habiendo hecho una sangrienta batalla en Rávena, los franceses quedaron vencedores, pero recibieron tan grande daño que, apretados de la gente de suizos y venecianos, en término de setenta días fueron desterrados de Italia, quedando muertos en el principio de la victoria el capitán general don Gastón de Fox y monsiur de Alegre, noble y viejo capitán, y casi todos los capitanes de caballos y infantes. En el cargo de don Gastón sucedió monsiur de la Paliza, y aunque lo requería la venida de los enemigos de meter gente en orden, no lo pudo hacer por no consentillo el tesorero de Normandía, porque decía que no quería echar los dineros del Rey en la victoria; y desconfiado de poder haber dineros, siguiendo el más sano consejo llevó la caballería salva en Francia por socorrer á su tierra apretada de la guerra que por mar le hacían los ingleses y por tierra los suizos, los cuales habían pasado en Borgoña.

Habiendo venido en España la nueva de estos sucesos, pareciendo al Rey don Hernando que se debían de hacer suplicaciones por todas las iglesias, dando grácias á nuestro señor Dios, el cual con aquella victoria había puesto fin á la guerra, escribió de presto á Gonzalo Hernández que parase en hacer gente de pie y de caballo y despidiese el armada, enviando á sus casas los caballeros que había amparado y á los que voluntariamente se habían ofrecido á seguille en aquel viaje, y por toda el Andalucía públicamente se diesen gracias á nuestro señor Dios por haber librado á Italia de temor harto más en breve de lo que las gentes pensaban, habiendo dado al Papa una grande victoria contra sus enemigos.

Tiénese por muy cierto que á Gonzalo Hernández en todos los días de su vida le llegó nueva tan mala como ésta, ni jamás ningún capitán vido más caídos á sus soldados, así por desbarate, ó contrario accidente, ó trabajo recibido, tanto que era para maravillarse ver que un hombre que ningún peligro ni golpe de fortuna le había derribado de la fortaleza de su esfuerzo, con la pública alegría no podía templar el privado dolor del ánimo. Porque sólo él esperaba que con la ocasión de una guerra tan grande, en la cual estaba determinado mostrar su esfuerzo y valentía, sojuzgando la envidia, quebrantaría los ánimos de sus enemigos. En las primeras pláticas que hizo á los que estaban cabe sí, después de haber recibido el mandamiento del Rey, dicen que dijo: «El Conde de Urueña (contra lo que yo pensaba) ha salido muy cierto adevino, pues que mi nave, movida de la corriente del agua y hinchadas las velas del viento, en el medio del viaje le ha faltado».

Pocos días después, estando en Antequera, que es una ciudad casi en el medio de entre Granada y Málaga, ajuntados los soldados, les hizo un razonamiento con mucha gravedad y prudentia, consolándoles que con buen ánimo tuviesen sufrimiento, si burlados de la fortuna habían perdido la esperanza de mostrar su esfuerzo y ganar grande honra y gloria, pues es muy justa cosa que se proponga el bien público al privado, y se alegrasen de la victoria común. Y que los satisfaría de manera que no se arrepentirían de su voluntad, la cual del Rey era muy amada, ni de los daños ni caminos que por su servicio y por la esperanza de la honra habían recibido; lo restante lo esperasen de la liberalidad real, que con sus cartas los encomendaría, y que en esto no tuviesen ninguna duda, pues el Rey era tan justo que á todos haría largas mercedes, con que se satisfarían de los gastos hechos para esta empresa. Licenciado el parlamento se retiró á su casa, haciéndoles entender que dentro tres días les quería á todos hacer una dádiva. Fué parte de ella en dineros, repartidos entre soldados privados, parte en plata labrada, piezas de brocado y grana y mucho número de piezas de sedas de colores, caballos muy hermosos, tiendas pintadas, armas doradas, camas de campo. Fueron tantas, que los mercaderes por causa de ganancia las habían traído de Córdoba, de Sevilla, de Medina, de Valencia y de Granada.

Fué el valor de ellas estimado en más de cient mil ducados. Repartiólas con mucha liberalidad, no perdonando á los aderezos de su propia casa. Teníase por cierto que quedaba tan gastado y teniendo empeñadas muchas rentas de sus villas, que no podría cumplir con los intereses y le sería forzado fallir. Sus enemigos se reían dél, porque con vanos gastos, por hacer una odiosa muestra de una riqueza real, soberbiamente y fuera de propósito había dado saco á su casa y hacienda. Dícese que el Rey con una secreta pasión tenía deseo de quitar toda la reputación á Gonzalo Hernández, haciéndole fallir, y por esto le dió esperanza que á la primavera del año venidero, con el mismo aparejo tenía de pasar en Italia, y esto porque procurase con algunas dádivas obligarse los ánimos de los soldados. Pero aunque yo lo tenga esto entendido de algunos Grandes señores de España, no lo tengo por cierto, ni menos lo puedo creer, por no difamar sin culpa la honra de un Rey sabio y prudente. Porque ¿á qué causa había de temer, si no fuera con mucha sinrazón, de las riquezas de Gonzalo Hernández, especialmente habiendo ajuntado el reino de Navarra al pacífico reino de España y siendo vencedor en Italia y tenido por patrón de la guerra y de la paz?

Habiéndose adquirido Gonzalo Hernández una incomparable gracia y voluntad por su última liberalidad, retiróse á Loja, teniendo grande contentamiento, porque á nombre suyo á nadie se había faltado, y con mucha alegría, porque las cosas bien y valerosamente hechas por él le adquirían grande gloria, la cual voluntariamente le era contraria. En aquel reposo estuvo cerca dos años, siempre ocupado en un honrado ejercicio, pensando en cosas altas y grandes conformes á la grandeza de su ánimo. Había enviado con grande gasto y diligencia por todas las ciudades que tienen nombre de principado, no solamente en Europa, mas en Asia y en Africa, hombres bastantes para que con grande diligencia le hiciesen saber lo que se hacía en tiempos de paz y de guerra. Tanto que cada día acaecía, que siendo avisado de cosas maravillosas y de grande importancia, las contaba á los que se hallaban presentes, y con grande artificio las escribía á los ausentes. En el término de estos dos años que su vida se acabó, acontecieron maravillosos acaecimientos, muy al contrario de los que muchos tiempos antes habían sucedido. El mundo todo estaba revuelto en guerra, que muerto que fué el Papa Julio, el cual ninguno fué mayor ni más valeroso en defender y acrecentar la reputación de la Iglesia, le sucedió León décimo, grande favorecedor de hombres letrados, y procuraba volver al mundo la edad dorada. Coronóse en aquel mismo día que hizo un año, y encima el mismo caballo que fué preso en la sangrienta batalla de Rávena entró triunfando debajo el palio.

Pocos días después entendió que monsiur de la Tramolla y el Triultio, ilustres capitanes de franceses, habían sido desbaratados en Novara por unos pocos de suizos que les dieron encima. Y que Enrique, Rey de Inglaterra, habiendo hecho liga con el Emperador Maximiliano, había pasado en Picardía con un grueso ejército, y en pocos días, rompida la caballería de Francia, había tomado dos nobilísimas ciudades, á Teroana y á Tornai.

En aquel mismo tiempo, Jacobo, cuarto Rey de Escocia, rompido su ejército de escoceses por Habardo Surreio en Tuedo, fué en batalla vencido y muerto.

No habiéndose cumplido un mes después de este suceso fueron los venecianos vencidos en Vicencia en una sangrienta batalla por don Ramón de Cardona y Próspero Colona.

Con estos sucesos, muy conformes á los deseos del Rey don Hernando, se mezclaban con mayor contentamiento las batallas extranjeras de los nuestros con los Reyes bárbaros.

Fecha que fué la paz entre franceses y ingleses, el Rey Luis se casó con la hermana del Rey Enrique de Inglaterra, y siendo viejo y flaco, murió en èl medio de las fiestas y regocijos de sus bodas, y había sido declarado por Rey Francisco de Valois, su yerno.

A Uladislao, Rey de Hungría, se le habían levantado los villanos y puestos en armas, de los cuales era su capitán Bornamisa. Había tenido una peligrosa guerra, y siendo vencedor de ellos los castigó méritamente.

Constantino Rutheno, capitán de Sigismundo, Rey de Polonia, en Sinoleucho, encima al Boristene, en una grande batalla había vencido una infinidad de moscovitas.

En Levante, Selín, de turcos, y Sophi Hismael, de persianos, Reyes grandísimos y poderosos, teniendo ambos guerra, tal fué el su-

ceso, que habiéndose dado una sangrienta batalla en Artajarsa, ciudad de la Armenia, en la campaña de Calderán, fué vencedor Selín y el Sophi se retiró dentro de la Media.

Pero muy más honradas y apacibles se mostraban las cosas que en este medio eran escriptas de las victorias de los portugueses, habiendo venido nueva muy cierta cómo con grande armada habían pasado el postrer cabo de la Etiopía hacia el polo antártrico y habían sojuzgado casi todos los reyes de la India al largo del Arábico y el Pérsico, mares muy grandes y extendidos, y habían allegado á Malaca del Chersoneso y hasta la isla de Samotrán, y hallando asimismo la tierra donde nace la especería, y por todas partes habían atemorizado innumerables ejércitos de aquella nación con sólo disparar el artillería de bronzo.

Con el mismo contentamiento y con mayor gloria de castellanos se platicaba del Nuevo Mundo y de los despiadados pueblos de los caníbales, habiendo el armada del Rey don Hernando descubierto la Nueva España, adonde se hallaba tanta cantidad de oro, perlas y joyas, que bastaban á enriquecer en España, no solamente la facultad pública, mas aun las privadas.

Pues mientra Gonzalo Hernández en estos ejercicios (no con natural, sino con una forzada alegría) pasaba su vida, adolesció de enfermedad de cuartana doble, no de humor difícil, mas por el suceso de sus negocios y por su poca alegría mortalísima á un hombre viejo. Fué llevado de Loja á Granada el año hebdomadario de su edad, y habiendo recibido los sacramentos cristianos, murió en los brazos de doña María Manrique, su mujer, y de doña Elvira, su hija, á dos días del mes de Diciembre del año de nuestro Señor de mil quinientos y quince, habiendo vivido sesenta y dos años y tres meses y once días. Fué sepultado en la iglesia de San Francisco de Granada, y puestos al derredor de su sepultura más de ciento estandartes y banderas, acompañado en sus obsequias y mortuorio de don Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla y gobernador de Granada, y de muchos caballeros del linaje de Córdoba. El Rey don Hernando escribió muy humanísimamente á doña María, su mujer, aconsolándola y loando á Gonzalo Hernández, quedando tutora y usufructuaria de la hacienda y del estado, la cual pocos días después siguió al Gran Capitán en el camino del cielo. Murió Gonzalo Hernández en el mismo día que el Rey Francisco de Francia, habiendo vencido á los suizos en una gran batalla junto á Milán, vino á Boloña á verse con el Papa León.

Dicen algunos, á los cuales no doy crédito, que Gonzalo Hernández, poco antes que muriese, había hecho un concierto con algunos Grandes de Castilla que eran de su bando: que al Rey don Hernando, estando desapercibido de fuerzas, echado de los reinos de Castilla, fuese apretado á irse á los de Aragón, metiendo en el gobierno á su hija doña Juana, á la cual por causa de su dolencia el padre con astuto consejo la había metido en un castillo con achaque de sanalla, y llamar de Flandes á Carlos, hijo de Felipo, el cual siendo ya de edad de quince años, daba de sí grandes esperanzas de gobernar estos reinos, con el favor del cual, por tener noticia de los amigos del padre, habían pensado de abajar el partido á los del bando contrario.

Decían asimismo, que allende este trato tentaba cosas mayores, que eran sacar de la prisión del castillo de Játiva á don Hernando de Aragón, hijo del Rey Federico, por libertar el ánimo del juramento, manteniéndole la fe al mozo, la cual inconsideradamente había obligado, y restituirle el reino de Nápoles, con esta condición: que pagando cada un año cierto tributo, quedase feudatario al Rey de España, tomando por mujer á su hija doña Elvira, y en nombre de dote las ciudades y tierras que él poseía en Nápoles. Tenía tanta fuerza en él el enojo del no haberle querido dar el maestrazgo, que aunque estas cosas parezcan extrañas y ajenas de su condición, pero pueden con alguna razón ser creídas. Porque muchas veces acaece á los grandes Príncipes, que los merecimientos de un gran servicio, cuando son tan grandes que pasan el término, porque no pueden con justas mercedes satisfacerse, son pagados las más veces con notables injurias. Y verdaderamente que entonces la envidia y el enojo, en lugar de favor, tienen grandísima fuerza, especialmente cuando no son los Príncipes de ánimos generosos y son obligados de la grandeza de los merecimientos ajenos, y esto hállalo el camino de una falsa razón, por quedar con vituperosos renombres de ingratos. Aunque á la verdad parece que esto

es fatal á los clarísimos capitanes, que en el postrero término de su vida, apretados de la envidia y privados de su honra, mueran con el dolor de la injuria. Porque dejando aparte los ejemplos de los antiguos, de Coriolano, de Alcíbiades, de Narsetes, ¿qué otra cosa fué sino este dolor el que hizo arruinar á Borbón y al Conde Pedro Navarro, tomando el Conde las armas contra el nombre de su nación, miserablemente muerto en la prisión, en la fortaleza que él con sus propias manos había tomado? ¿Y el otro celerado traidor de su patria y cruel destruidor de la común fuese muerto en el principio de su cruel empresa? Y así yo no creeré jamás que Gonzalo Hernández, aunque estuviese muy enojado contra su Rey, hubiese tenido osadía de pasar tan adelante, que no se pudiera retirar sin ninguna afrenta suya, que si por el humor malencónico de la cuartana deseaba cometer este delito, por sólo no habelle descubierto fuera de su pensamiento ni cosa ninguna indigna de su antigua fe y prudentia, es de creer que salió de esta vida muy contento de sí mismo. Porque otra cosa más deseada ó más felice le podía suceder, sino que siendo cargado de triunfos de verdadera gloria, que aquel su grande ánimo con la entera fama del renombre se volase al cielo, de donde él había venido.

Fué impreso el presente libro de la Vida de Gonzalo Hernández, llamado por sobrenombre el Gran Capitán, en la ciudad de Caragoça, en casa de Esteban G. de Nájera. Acabóse á siete días del mes de Agosto, año de mil y quinientos y cincuenta y tres. (Sigue un escudo redondo del impresor con el lema: «Iusta Vltio».)

BREVE PARTE

DE LAS HAZAÑAS

DEL EXCELENTE NOMBRADO

GRAN CAPITÁN

POR

HERNAN PEREZ DEL PULGAR (*)

Con muy gran razon, soberano señor, Vuestra magestad desseó ver y conocer al nombrado Gran Capitan. Ca por cierto si él hoy fuera, segun util á lo real fuere, otro (*a*) Epaminondas ó (*b*) Parmenion en él tuviera, para señorear el restante que del mando del mundo á vuestra Católica Magestad queda, y por ser tan justo su deseo (con cuidadoso cuidado), á priessa busqué en el gran monton de sus obras estas pocas, que de parte de su vida con mano libre de aficion ni odio serán escritas, ansí de lo que hizo en Italia como de lo que obró en España, donde ay tal costumbre que lo que en nuestro tiempo vimos de los vecinos della, menoscaba la fé de las cosas buenas; porque cuanto mas juntas y claras á nuestra vista son, tanto mas lejos y escuras los escuros las cuentan. Van breves porque no ay palabras que basten á poner en tan alto estilo quanto requiere escribir vida de tan claro varon: del qual en las mas partes de la misma Ytalia valientes historiadores codiciando ensalzar la fama con las obras de este ilustre Capitan en prosa y en metro, han escrito de su figura, resplandor, linage, riquezas y claridad de gloria, que ganó con bondad hazañas de guerra y tratos de paz. Ca fue de tanto valor el precio que ganó en ella, que su nombre no se amatará en todas las edades; pues que oyendo sus enemigos el nombre de Gran Capitan, atemorizaban. E su propio rey y natural señor, con mas el rey de Nápoles don Fadrique de Aragon, le dieron tanto honor quanto lo manifiestan y dicen los privilegios que de parte de sus estados y señoríos le dieron: y cuentan estas letras que el rey Católico y vuestra Alteza embiaron á la excelente duquesa su muger; y de los previlegios de solos dos, por no ocupar, porné las cabezas y títulos de los ducados de Santángelo y Sesa, por ser la grandeza de su alto estilo tal, que me apremió engerirlos aquí. En lo qual se verá ser mucho mas lo que en poco papel se dice, que cuanto aquí dél se escribe. Cuyo traslado es éste:

(*a*) Este Epaminondas fue capitan de los tebanos, muy excelente varon, ansi en el fecho de las armas como en los ardides de la guerra, que si particularmente se oviese de decir lo que dél se escribe, convernia gran historia. Del qual de sus muchos hechos, aqui dos cosas porné. Que como oviese de pelear, dice el consul Julio Frontino, con los lacedemonios, porque sus gentes se esforzasen no solo con las fuerzas, mas tambien con las voluntades, declaróles con ira que los contrarios habian acordado y publicado ganando la vitoria matar á los varones, y dar cativerio á las mugeres y hijos de los vencidos, con mas derrocar á Tebas: de la cual causa los suyos recibieron tal corage con que vencieron los enemigos. Segunda, que con tres mil peones y quatrocientos de cavallo venció prósperamente a la gran hueste de los lacedemonios. El ejército de los quales era mil y seiscientos de cavallo, y veinte y quatro mil peones, del qual se lee nunca dudó acometer y esperar á sus enemigos, quales y quantos quier que fuesen.

(*b*) Deste Parmenion se escribe fue general capitan del gran Alejandre, el qual fue la causa con que el rey reinasse todas aquellas partes del mundo que cuenta Quinto Curcio.

(*) Las siguientes glosas, que en las márgenes de esta obra van, son para declarar algunos passos della escuros á los que las Crónicas romanas no han leido, con otras declaraciones que en ella escribió un letrado, el nombre del qual no manifiesto por temor de la tempestad de las lenguas de los murmuradores, que carecen de sentido con obras y no con palabras. *(Esta advertencia se halla al principio del original impreso.)*

Letra del rey cathólico á la duquesa de Terranova, muger del Gran Capitan.

El Rey. Duquesa prima: ví la letra en que me hecistes saber el fallecimiento del Gran Capitan; y no solamente teneys vos muy gran razon de sentir mucho su muerte, porque perdistes tal marido; pero téngola yo de haber perdido (*a*) tan grande y señalado servidor, y en quien yo tenia tanto amor, y por cuyo medio con el ayuda de nuestro señor se acrecentó á nuestra corona real el nuestro reino de Nápoles; y por todas estas causas que son grandes (y principalmente por lo que toca á vos), me ha pesado mucho su muerte y con razon. Pero pues á Dios nuestro señor ansí le plugo, deveys conformaros con su divina voluntad, y darle gracias por ello; y no fatigueys el espíritu por aquello en que no hay otro remedio porque daña á vuestra salud; y tened por cierto, que á lo que vos y á la duquesa vuestra hija y á vuestra casa tocare, yo terné siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitan nos hizo; y por ellos y por el amor que yo vos tengo miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo vereys por esperiencia, placiendo á Dios nuestro señor, segun mas largamente vos lo dirá de mi parte la persona que embio á visitaros. De Trogillo á tres de enero de mil y quinientos y diez y seys años.—Yo el Rey.—Por mandado de su alteza, Pedro de Quintana.—Por el Rey. A la Duquesa de Sesa y Terranova, su prima.

Letra del príncipe, rey y Emperador y señor nuestro, á la duquesa de Terranova.

El Príncipe. Duquesa prima: yo he sabido del fallecimiento del nombrado Gonzalo Fernandez, Gran Capitan, duque de Terranova vuestro marido; al qual por lo mucho que merecia y por el valor de su persona, y por los muchos y muy señalados servicios que á los cathólicos rey y reyna mis señores en honra, conservacion, aumentacion de sus reinos y de su corona real y de los naturales dellos hizo, yo le deseava ver y conocer para me ayudar y servir de su consejo, y gozar con su persona; y pues ha placido á Dios que yo no pueda cumplir tan justo deseo, él le ponga en su gloria, y debemos aver por bueno lo que hace y conformarnos con su voluntad; y ansí vos ruego que lo hagays y que vos consoleys, pues hay razon para ello, ansí por el renombre y gloria de sus obras y fama, como por la obligacion que para siempre queda á todos los príncipes de España, para tener en memoria y honrar sus huesos, y conservar y acrecentar su sucesion. E si para consolacion de vuestra biudez y de vuestra persona y casa, desseays que haga algo en tanto que yo me aderezo para ir á essos reynos, que será presto placiendo á Dios, hacemelo saber. De la villa de Bruselas á quince de febrero de quinientos y diez y seys años. - El Príncipe.—Por mandado del Príncipe, Gonzalo de Segovia.—Por el Príncipe. A la Duquesa de Terranova y Santángelo, su prima.

Titulo y cabeza del privilegio que dió del ducado y señorio de Santángelo el rey de Nápoles al Gran Capitan.

Don Fadrique de Aragon, rey de Nápoles y de Jerusalen, etc. Por quanto la principal de todas las escogidas virtudes, que es la liberalidad, fue siempre tan necessaria á los Reyes, que en ninguna manera se puede por ellos menospreciar; y es tan grande que con mucho cuidado se debe abrazar, de donde se sigue que nos, cuyos antepasados sobrepujaron en bien hacer y liberalidad no solamente á los reyes que oy son, mas aun á toda la antigüedad y memoria de los buenos príncipes y emperadores; y por ello debemos esforzarnos con mucho cuidado y diligencia con las mismas virtudes passar adelante á los otros; y como los merecimientos y virtudes de Gonzalo Fernandez de Aguilar y de Córdoba, ilustre y fortísimo varón, Gran Capitan de armas de los serenísimos rey y reina de España hayan sido tales á nos, y á don Fernando II, rey de Sicilia, nuestro muy caro sobrino, ovimos por bien de loar el singular esfuerzo y excelencia de ánimo del dicho Gonzalo Fernandez. Y de lo ennoblecer con soberanos ornamentos de honra, de fortuna, conviene á nos ciertamente esforzarnos que el resplandor de nuestra liberalidad en este hombre esclarecido resplandezca; de manera

(*a*) Por la muerte de Varro se dolia tanto el Augusto Cesar, que á los que le preguntaban la causa de su pesar, porque no me queda, les respondia, otro Varro. Así aquí el Rey siente perder tan util y señalado servidor como le fue el Gran Capitan.

que pensemos no tanto en acrecentar su hacienda, quanto en ganar para nos la alabanza de esta virtud de liberalidad; mayormente como los príncipes por todos son estimados por tales quales son aquellos á quien ellos han por bien de hacer mercedes y beneficios. ¿Pues qué podemos decir deste tan gran varon que lo podamos igualar con sus alabanzas? Dejemos su buena voluntad, amor y acatamiento que nos ha tenido en los tiempos de nuestra adversidad: con qué grandeza de esfuerzo, con qué saber de guerra, con qué consejo, con quánto peligro de su vida quitó tan presto de las manos de los crueles franceses toda la Calabria, y la puso só nuestro poderío. E como quier que libremente debemos confessar que de todo ello somos deudores á aquellos invictísimos rey y reyna, padre y madre nuestros muy acatados, que con su favor esta guerra francesa tan feroz, y tan dañosa y tan peligrosa ha seido acabada. Pero el esfuerzo, lealtad y bondad, consejo, gravedad del dicho Gonzalo Fernandez no menos nos ha ayudado que la grandeza y autoridad de los dichos rey y reyna, tanto que no solamente con gran razon creemos que nos fue por ellos enviado, mas que descendió del cielo para nos. E como quier que sus magestades, porque una cosa digamos muchas veces, confesamos de muchas cosas, y más verdaderamente de todas serles en cargo, á las quales creemos no podriamos satisfacer con el precio de nuestra vida; pero no podemos afirmar que sus magestades nos hayan hecho mayor ni mas agradable beneficio que habernos dado manera de mostrar en los buenos hombres el gradecimiento y buena voluntad de nuestro ánimo. Ca cualquier cosa que en nos ay de cuidado, de consejo, de trabajo, todo ello nos parece que se debe emplear en ejercitar estas excelentes virtudes. Por ende aunque al dicho Gonzalo Fernandez no es necesario, pero á nos es cosa muy util y honestísima honrarle de títulos y mercedes, y remunerarle de premios y honras, aunque él por su vergüenza y templanza singular no lo pida ni lo dessee; y que assí como sus merecimientos y servicios fechos por él á nos y al dicho rey don Fernando, de que es testigo la Calabria, son testigos las aldeas y casares *(a)* de Cosencia. Es testigo el estrago que hizo en los enemigos cabe *(a)* Morano. Es testigo aquella hazaña digna de memoria de *(b)* Layno. Es testigo la vitoria que nos dió su venida en la Tela. Es testigo la Calabria y Vasilitula que poco antes se había rebelado, otra vez por él recobradas. Es testigo esto postrero del duque de Sora *(c)* y del prefecto. Es testigo todo este nuestro reino. Son testigos los enemigos vencidos y desbaratados. Somos en fin testigo nos mismo del esfuerzo de su corazon, y las cosas por él noblemente fechas no las habemos sospechado, mas esperimentado; no pensado, mas las sabemos; no las habemos oydo, mas visto. Ansi que de la liberalidad de nuestro ánimo y debido agradecimiento queremos que dé testimonio este nuestro previlegio, con el qual queda para los venideros perpetua memoria y demostracion de nuestro amor, gracia y buena voluntad que tenemos al dicho Gonzalo Fernandez con soberana alabanza suya. Sea pues á nos y al dicho Gonzalo Fernandez, y á sus hijos y á nuestro reyno próspero favorable: lo acrecentamos y facemos duque de título y nombre y insignias de duque; le ennoblecemos y damos el señorío del ducado de Santángelo con sus tierras, ciudades, villas y lugares, y fortalezas, etc.

(a) Esta Cosencia es tierra fragosa de sierras en que ay muchas aldeas.

Título y cabeza del previlegio que del ducado de Sesa dió el cathólico rey de Aragon y de Secilia, etc., al Gran Capitan.

Nos don Fernando, por la gracia de Dios, rey de Aragon y de Secilia, de aquende è de aliende Faro, de Jerusalen, de Valencia, de Mallorcas, de Cerdeña, de Córcega; conde de Barcelona, duque de Atenas y de Neopátria, conde de Ruysellon, marques de Oristan y de

(a) Esto de Morano fue en la guerra primera.

(b) Layno, que es en la Calabria: entró el Gran Capitan una madrugada, y aquí fue muerto el señor de Almeri, que era hijo del conde de Capacho, y con él trece varones con mucha gente francesa, y mas Antonio de Trecabun, valiente capitan.

(c) A un pariente deste Duque de Sora, entre el despojo que le fue fecho, le tomaron una sortija que rescató de un peon que la uvo en mil ducados, que á manera de burla le pidió este soldado por ella, y para la paga de ellos en rehen le daba un criado muy acepto á él. Sabido por el Gran Capitan, y preguntado á este caballero qué era la causa que daba tan gran cantidad por aquella sortija, no teniendo piedra que lo valiesse. Ningun precio, respondió, yguala su valor, que es empresa de la mas linda y preciosa dama de París, en la que están sus armas. Oido por el Gran Capitan, y visto el aficion con que procuró el rescate de la sortija, mandó dar los mil ducados al soldado, y aquella con muchas joyas de gran valor dió á este capitan francés.

Gociano, etc. Como los años passados vos el ilustre don Gonzalo Fernandez de Córdova, duque de Terranova, marques de Santángelo y Vitonto, y mi condestable del reyno de Nápoles, nuestro muy caro y muy amado primo, y uno del nuestro secreto consejo: seyendo vencedor fecistes guerra muy bien aventuradamente, y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza de ella. Ansí mismo por nuestro consentimiento, como por apellidamiento del de muchas naciones, justamente para siempre el nombre de Gran Capitan alcanzastes en la Ytalia, donde por nuestro capitan general vos enviamos; por ende paresciónos que era cosa justa y digna de rey para memoria perdurable de los venideros dar testimonio de vuestras virtudes. E contando el agradecimiento que vos tenemos, daros y escribiros ésta; aunque confessamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que parece cosa recia poderos dar digno galardon; de manera que aunque grandes mercedes vos ficiéssemos, parecernos ya ser muy menores que vuestro merecimiento. E acordándonos otrosi como enviado por nos con socorro en breve tiempo restituisteis en el reino de Nápoles al rey don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reyno; el cual muerto, despues el rey Federico su tio y sucesor en el dicho reyno, vos dió el señorio del monte Gargano y de muchos lugares que estan cerca dél; por lo qual volviendo en España honradamente vos recebimos. E acordándonos otrosi como enviado otra vez en Ytalia, requeriéndolo la necesidad y el tiempo, ganastes diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la que volviendo ganastes la Apulla y la Calabria. Por lo cual vos confirmamos y retificamos y fecimos duque de Terranova y Santángelo; y finalmente despues de la discordia nacida entre nos y don Luis rey de Francia sobre la partida del dicho reyno de Nápoles, estovistes mucho tiempo con todo el exército con mucho seso en Barleta, donde vencistes las galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia, constancia, hambre y pestilencia assaz, y de ay tomastes á *(a)* Rubo, dó muy grande exército de franceses estaba, dentro de veinte y quatro oras. E saliendo de la dicha Barleta, distes batalla á vuestros enemigos los franceses, quasi en aquel mismo lugar donde venció *(a)* Anibal á los romanos. E de lo que es mas de maravillar, que estando cercado salistes á los que vos tenian cercado; en la cual dicha batalla matastes *(b)* al capitan general, y fuistes en el alcance desbaratando y matando los dichos franceses fasta el Garellano, donde los vencistes y despojastes de mucha y buena artillería, señas y vanderas, con aquel sufrimiento de *(c)* Fabio ditador romano, y con la destreza de *(d)* Marcelo y presteza de Cesar. E acordándonos ansi mismo como tomastes la ciudad de Nápoles con increible sabiduría y esfuerzo, y ganastes dos *(e)* castillos muy fuertes, hasta entonces invencibles, y de qué manera. Despues assentastes real en medio del invierno con grandes aguas cerca del rio Garellano, y estando los enemigos con gran gente de la otra parte del dicho rio; los cuales pasados ya por una puente de madera sobre barcas que ficieron contra vos y los vuestros, no solamente los retraxistes, pero fecha por vos y por los vuestros otra puente, passastes de la otra parte del rio supitamente, y dándoles batalla los vencistes matando muchos dellos, y metiendo los otros por fuerza por las puertas de Gaeta; la qual dada la fé á su capitan para que se pudiesse yr por mar, luego se vos rindió la dicha Gaeta con el castillo. ¿Pues qué se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedará con mas de la gran sagacidad y valiente esfuerzo con que ganastes *(f)* á Ostia, tan fuerte y tan provei-

(*a*) A veinte y dos de febrero de quinientos y tres años en este Rubo, prendio el Gran Capitan á mosior de la Paliza, capitan general del rey de Francia, y á mosior de Torno, capitan del duque de Saboya, y mandó poner mucha diligencia á personas honestas que guardassen, no se ofendiessen las iglesias de bienes que en ellas estoviessen ni recibiessen mengua las mugeres.

(*a*) Fue este vencimiento de Aníbal en Canas, aldea de Campania cerca de Roma.

(*b*) Este capitan general que aquí murió, erá el duque de Nemos, sobrino y capitan general del rey de Francia, y con él quince capitanes de gente de cavallo; los quales y él fueron enterrados muy honradamente por mandado del Gran Capitan en San Francisco de Barleta á cada uno donde convenia, y la otra gente, que fueron mas de tres mil, en silos y en otras sepulturas. E aquí se ovo muy rico despojo. Fue esto á veinte y siete de abril de mil quinientos y tres años.

(*c*) Este era Fabio Maximo.

(*d*) Marco Marcelo fue hijo de Otavia, hermana de Augusto Cesar, muy diestro en vencer. Lo de Cesar por Julio ditador se dice: el qual por la mayor parte siempre venció.

(*e*) Esta toma de Nápoles fue á quince de mayo dé mil quinientos tres, y luego por junio siguiente á once del fueron tomados estos castillos de Nápoles.

(*f*) Esta vitoria avida de Ostia, al tiempo que con ella entró el Gran Capitan en Roma, donde delante de sí metió á Menao de Guerra, excelente alcayde della,

da de gente, bastimentos y artillería, de que tanto daño los franceses á Roma facian? los quales ansi por vos echados de la Ytalia con todos aquellos naturales della que los seguian, sometistes todo el dicho reyno de Nápoles á nuestro señorío, donde mucho tiempo fuistes nuestro virrey. Por ende acatando lo susodicho, vos facemos merced del estado y señorío del ducado de Sesa, etc.

Continuacion del dicho sumario.

Las quales cartas reales arriba escritas, muy poderoso señor, bastarian para historia perpetua, pues aquella autoridad se da á la escritura quanto al actor della con ser mas testigos de lo que hizo este claro Capitan todo el numero de gentes que en las guerras de Granada y Ytalia fueron: los quales dicen vieron grandes cosas que hizo en ellas; ca de buena razon no avian de estar calladas, antes contino nuestro deseo avia de sospirar para las saber: ca trahen provecho con deletacion; porque fueron tantas y tales que antes faltaria tiempo que de aquellas hablar; de algunas de las quales bien breve parte vuestra magestad aqui verá; pues le pertenece el conocimiento y juicio de las tales obras que son dignas vuestra alteza las sepa; y saber le an bien los frutos que dan estos vuestros reynos do nació este y otros Anibales, que vivieron en ellos de que los comentarios estan llenos: la ventaja que ficieron á todas las gentes con quien compitieron y guerrearon, y no tanto con numero de aquellas como con esfuerzo y fuerzas corporales. E yo de las que ví me atrevo á escrebir, aunque en mucha edad y poca abilidad que causaron poner en borrones vida que tanto merecia ser de buena tinta escrita, en especial á príncipe y señor que su grandeza en el múndo pone espanto *(a)*: el qual nos quita la benivolencia con que á todos admite. Ca si fuessen escritas de tal scriptor como son de loor, y las pusiesse en escrito como fueron en obra, otro Salustio ó Tito Livio era necesario para las recontar. Vegecio dice que no den culpa á la osadía de escrebir porque muchos se esfuerzan á decir. E Tulio que no hay ninguno, dice él, por sordo y rudo que sea su estudio, que no quiera que sea visto, E queriendo yo seguir ambos vandos llano y claro diré lo que en fecho fue, contando las mismas cosas que todos vieron, apartando la jactancia de decir que fui en ello: en especial las de la guerra de Granada, do poco della pasó en aquellos quasi diez años que duró se me encubrió. Bien creo con les temerosos que no se acabe creer lo que no harien, porque no quieren entender lo que debian de saber. Cuenta un filósofo de Atenas que escogería antes (dice él) poner su vida á la ira de sus contrarios que á la liga de los embidiosos. ¡O Anibal, quién hallasse nuevo linage de loor que te dar; que no te bastaba de palabra publicar; mas en escrito ponias las ventajosas cosas que los varones hacian! El qual como un dia su acepto familiar le dijesse: cómo, señor, ahora parais á escribir las hazañas claras de Maulio Aulson? Amigo, amigo (dijo él), haz tu con él que no las haga, y avrás acabado conmigo que no las escriva. ¡O qué palabras de dotrina si oy corriese! Bien tengo que si este varon fuera de fuera de la tierra que corriera su moneda y con mejor gana la passaran: pues fue assaz de peso, mas su naturaleza y pensamientos holgados que tiene la muchedumbre azolfa su oir: el qual avia de estar tan despierto que con ardor se devian desear saber sus fechos assaz valerosos. Todos medren, decia don Fernando de Guevara, sino mi primo y mi vecino: y Claudiano que la presencia diminuye la fama del esforzado, porque son muchos los temerosos. ¡O pues y qué bien es oyr hazañas claras que nos inducen á bondad, y escuchar vicios nos traen aborrecimiento! Respondió Séneca á uno que le preguntó cómo no avrian embidia dél: no tengas (dijo él) cosa buena ni hagas cosa bien. Luego ansi es que nuestra condicion será mas devota y inclinada á escuchar mal que á oyr bien; pero á mi ver los cuerdos deven sofrir lo que dellos dirán los malos antes que hacer injuria á los buenos no diciendo sus grandes hechos *(a)*. ¡O embidiosos que sola imagen

con otros valientes capitanes que en ella se prendieron con mucho despojo y rica artillería: le fue fecho el mas pomposo recibimiento, á la costumbre de los antiguos romanos, que desde ellos acá á príncipe ni á otra persona alguna fue fecho mayor; en el cual recebimiento, ni de palabra ni en cara se le conoció desseo de triunfar y triunfó porque venció.

(*a*) Al principio de la habla que Vario Gemino al Cesar Julio dijo, los que ante tí osan hablar no conocen el tu poder. Los que ante tí no osan hablar, no saben la tu bondad; aquí el autor aunque la grandeza del Emperador le pone espanto, su bondad le quita el miedo.

(*a*) Despues de gran gloria, dice Salustio, se sigue grande embidia; y Sócrates, que tantos dolores tienen los envidiosos, cuantos deleytes tienen los prósperos.

teneys de hombres quánto mal podays! ca dañays cuanto quereys quitando á los buenos y mas á los nuevos ricos el esquilmo de sus merecimientos. E pues lo envidiays tan mal no vos lo se escrebir mas bien de poner letra por parte en lo dicho para abono *(a)* de vuestra embidia, de la qual ansi como no se os sigue interesse menos la gozays con deleyte. Yo, muy alto emperador, sin que ningun dolor me apassione parezco ante vuestra magestad con aquel temor que Virgilio tuvo contando sus obras al Cesar, y Plinio scribiendo á Vaspasiano. E daré linderos en esta obra no añadiendo, honrando lo que hablo, ni por envidia aquello menoscabando diré y dirán todos los que gana tovieren de contar la entera amistad de la verdad. Ca no hay memoria tan deleznable que no se acuerde que vimos ayer que quedando Gonzalo Fernandez de Córdova huerfano, no le falleció el beneficio de don Alonso Fernandez de Córdova, cuya fue la casa de Aguilar, su hermano, que conociendo á los mozos la orfanidad los induxesse á ocasion de culpa, largamente le proveyó de lo necesario, y lo encomendó para lo enseñar á Diego de Cárcamo, caballero sabio; y con él lo envio á don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y á don Juan Pacheco, maestre de Santiago, mediante la autoridad grande que en estos reynos tenian por su mano fuesse assentado con el rey, los quales lo recibieron alegremente, y le dieron al príncipe don Alonso, que adelante rey se llamó, y dél se sirvió de page. Muerto el rey, la princesa doña Ysabel, que santa gloria haya, nuestra reyna y señora que fue, envió por él que tan acompañado fue como la otra vez, y á pocos dias que á Segovia llegó, Covarrubias le dijo: la princesa le mandaba assentar larga y complida quitacion, que queria saber qué compañia traya. «Yo, señor maestresala, dijo él, soy venido aqui no por respeto de interese, mas por esperanza de servir á su alteza, cuyas manos beso». E como reynaron en estos reynos los Cathólicos rey don Fernando y la reina doña Ysabel, su muger, que sucedió en ellos; ella por fin de su hermano *(b)* el rey don Enrique, sivieronse dél todo el tiempo que uvo justas en la corte, y juegos de cañas, y otras fiestas; ansí en palacio como fuera, gastaba, y trabajaba de preceder á todos los cavalleros mancebos de su tiempo. Luego principiose de sobresalto guerra con el rey don Alonso de Portogal, que muchos deste reyno con codicia, unos de acrecentar bienes y estados, y otros con ansia de conservallos, en él metieron por la parte de Placencia.

Este Gonzalo Fernandez con la gente de don Alonso su hermano fué á Trogillo, donde concurrieron muchos capitanes y gente contra Mérida y Medellin, que á la sazon de parte del rey de Portogal estaban, y teniendo cargo de la capitania general don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. Despues que ovo vencido (*a*) en batalla en la Albuhera al obispo de Evora, capitan general de Portogal, y á los castellanos que seguian su partido, juntos los capitanes y á ellos por él fecho un razonamiento y á aquel respondido: «No habeis parecido, dijo el maestre, oy señor Gonzalo Fernandez menos bien en vuestro hablar que ayer en el pelear».

Concluido lo de Portogal y nacido lo de Granada con la toma de Alhama, primero de marzo de mil cuatrocientos ochenta y dos, el rey y la reina sirvieronse deste Gonzalo Fernandez, capitan de ciento y veinte lanzas, que era el numero mayor de aquel tiempo, con el qual cargo se mostró de prompto consejo en las hazañas singulares y á los trabajos y peligros de la guerra salia á recebir con ánimo no vencido. E continuandose la conquista del reyno, el rey que tenia su real cerca (*b*) Tajara, mandó la fortaleza combatir, donde Gonzalo Fernandez de improviso con los suyos tomó muchas puertas de las casas, poniendo en lugar de bancos pinjados, y aquellas bien guarnecidas y atadas con cortezas de alcornoque de un colmenar que allí halló: dió tal priesa al combate por la parte que le cupo, que los moros fueron constreñidos á mover habla para se dar. Los cuales tomados, visto el Rey el recaudo que se daba, y como los casos de esfuerzo hacia, y la diligencia que ponia en las cosas tocante á la guerra, en la cual comenzada la pelea era el primero que entrava en ella y el mas tardio que se partia de la

(*a*) El embidioso, dice Senéca, de sí mismo es tormento.

(*b*) Este Rey don Enrique murió en Madrid á once de diciembre de mil cuatrocientos setenta y cuatro años.

(*a*) Cerca de Mérida fue esta batalla de Albuhera, primero dia de cuaresma de mil cuatrocientos setenta y nueve años.

(*b*) Este cerco y toma de Tajara fue por junio de mil cuatrocientos y ochenta y tres años.

lid, y el aficion que aquellos que le seguian le tenian, ca les monstrava ansi como en escuela de virtud tratandolos blando y con allhago, tuvo cura de le honrar por le ver delantero en los peligros. E cercada la villa de Yllora, do recibieron daño los cercados, y mas peligro los cercadores, el alcaide Alialatar, el mozo, pidió partido para se dar. El rey mandó á Gonzalo Fernandez que con su gente la recibiesse. A segundo dia la reyna que alli vino, enviole á decir que otro dia el rey y ella querian oyr missa en la fortaleza y comer con él. Al sobir entre las dos puertas que alli estan, Gonzalo Fernandez, le dijo la reyna: «Encargaos de la tenencia desta villa y fortaleza, y ved lo que se da de tenencia con el mas principal de la frontera, que al tanto y mas vos mandaremos pagar con esta. E quanto á artillería y gente de pie y de cavallo quedará tal y tanta y bien pagada quanto con el ayuda de Dios podays hacer guerra á Granada. E pues que en el mas peligro está el menos daño, por mi servicio tomadla; y para lavor quedarán tales maestros y aparejos que ansi lo derribado con el artillería como lo mas necessario se bien reparará, porque de otra manera mas vos quedaba huessa que defensa». «Pues vuestra alteza (dijo él) ha dicho mas de lo que yo podia pedir, aquello suplico mande cumplir». El qual provehido de aquella tenencia con artilleria y assaz numero de gente de pie y de cavallo, á la qual ansi como la tenia por examen escogida, bien ansi con ella era muy comunicable su virtud y mesa: ca procuraba aquellos que para su compañia tomaba, no menos de vergüenza fuessen que de esfuerzo y corazon; y si no lo tenian, echavalo en disimulacion, y con la continuacion de la guerra se les apocava el temor. E con esto se hacia la guerra tan contino á la ciudad que los della fueron constreñidos á poner guarda de gente de cavallo en Albolote y hacho en la torre de las Almendras. E como un dia los hombres del campo le traxessen lengua, y de aquella sabido como los caballeros de Granada que estaban en Alhendin se podian descalabrar, hizolo saber á Martin de Alarcon que con la gente de Moclin juntos armados en unos lindazos de acequias que allí estaban los acuchillaron, y los suyos no sin sangre aunque con vitoria vinieron. Luego segunda noche, como supiesse Gonzalo Fernandez por sus espias moros que en Granada tenia, las necessidades en que la frontera los ponia, y como cerca de Alcanterxenil estan unos molinos, los molineros de los quales se podian tomar, llegado á ellos no los pudieron entrar. «Pues no llevamos harina á los hombres del campo (dijo él), hagamos ceniza: guiad (*a*) á essa puerta primera que da voces la vela». Fue tan grande el rebato essa noche en la cibdad quanto la admiracion y escandalo otro dia, viendo quemada la de Bibataubin, en especial los hombres de poco ánimo, que es el numero mayor.

La muerte del rey de Granada.

Muerto Muley Bulhacen, Rey de Granada, su hermano Muley Baudelí apoderosse en mucha parte del reyno, y intitulosse rey: al qual unos llamaban el rey Viejo y muchos el Zagal, y otros rey de Guadix. Muley Baudilí, hijo de Bulhacen, quedóse en nombre de rey, porque en vida del padre y contra su voluntad se llamaba rey. Al qual ansi mismo aunque igual en edad, pero por ser sobrino, decían el rey Mozo, que por otro nombre llamaban el rey Chiquito. Como el reyno estoviese en dos partes y la cibdad de Granada posseyese el rey viejo al tiempo que Gonzalo Fernandez llegó á pegar fuego á las puertas de Bibataubin, como es dicho, el mormullo del pueblo fue tan grande como suele ser en los semejantes casos: unos diciendo que avia trato en la cibdad; otros que habia falta de guardas, las cuales ellos no faltaban de pagar dando para ellas continuos pechos y tributos, y otros prenosticando juicios que el pueblo en casos tales careciente de verdad suele echar. Sabido por el rey viejo, fuele necesario andar por la ciudad, y dezirles cómo eran espantosas aquellas cosas á los hombres que carecen de varones que no podiendo los christianos sufrir su poder en el campo ¿por qué lo hacian ellos flaco en su cibdad? «Nuestra flaqueza (dijo él) no haga grande su fuerza; que si no fuessemos nosotros tan temerosos, no serian ellos tan valientes; y no os deveis turbar por estas cosas que son otorgadas al oficio de la guerra, que esso que vosotros temeys, me pone confianza á la hora de la pelea

(*a*) Fue en estos dias que se pegó fuego en esta puerta de Bibataubin terrible tumulto en la cibdad, diciendo la mas parte que Gonzalo Fernandez no avia allí llegado sin tener trato en ella; otros prenosticando juicios sospechosos, que les dió causa en la guarda della poner dobladas guardas.

mostrareys vuestro esfuerzo, y no cureys de alborotadores que en esto hablan; pues vuestras cosas son de loor y de mucha admiración: ca de los tales parleros costumbre es poner sus fuerzas en las bocas». Esto y otras muchas cosas les dixo para les sosegar con que se pornian dobladas guardas y el campo seguiria no como señor de la guerra mas como guerrero militar della. E aquel tiempo un alhaqueque moro conoció en Yllora una de las espias que Gonzalo Fernandez tenia natural de Granada: y denunciado al alguacil della, vuelto mandole prender, y atormentado, la causa de ir y venir á Yllora le demandó. «Yo voy, dice él, señor, y otros muchos á Gonzalo Fernandez porque aquí morimos de hambre, y de la contina candela de su cocina hartamos nuestros hijos, y de su paño nos vestimos.»

La entrada del rey mozo en el Albaycin y Gonzalo Fernandez y Martin de Alarcon con gente de cavallo y de pie á le ayudar y pelear con el rey viejo que tenia el Alhambra y la ciudad.

Morándose la ciudad llena de parcialidad, y no vacia de daños y engaños, yva su mal en crecimiento, porque allí seguia mas la lealtad do se hallaba partido mas crecido; y con esto y deseo de cosas nuevas procuraban muchos con escándalos adquerir el pueblo á su voluntad. Esto hacia tener á todos los ánimos llenos de miedo y vacios de esperanza, ansi por la guerra que les hacian de fuera como la que criavan de dentro. El Albaycin que es parte principal en aquella cibdad metió al rey mozo, con el qual muchos servidores y criados y aficionados que ansi allí como en la cibdad tenia, estos con los del rey viejo hacian cada dia ruido. A este mozo favorecia el rey y la reyna con seguro de paz que dieron ansi á los del reyno que de su parte estoviessen como á los del Albaycin, que contino sus almayares y mercaderes entraban en el Andalucia por pan y azeyte y provisiones necessarias, los quales eran por las guardas y gentes de la frontera bien tratados. E como el puerto más llano y cercano de Granada fuese Yllora, assi por esto como porque les davan y tratavan bien en ella, era por allí el contino paso. Los del Albaycin viendo quan benivolo les era Gonzalo Fernandez, amabanlo, y las barajas de la ciudad con los del Albaycin cada dia se continuaban mas, haciendo todos buen mercado dellas. Visto el mozo como algunas esperanzas que los de la ciudad le avian dado, quando fue llamado para entrar en el Albaycin, salian inciertas, porque todos seguian no aquel rey que tenia mejor derecho al reyno, mas aquel que les dava mayor partido; é conociendo segun la grandeza del pueblo que con los debates que dentro se criavan y con la guerra que de fuera se les hiciesse se consumiria de manera que todos toviessen necessidad de le obedecer, con esto tomó el consejo mejor y envió á suplicar al rey y á la reyna mandassen á los capitanes y alcaydes de la frontera (*a*) apretassen la guerra de fuera porque de aquella constreñida la ciudad, él se pudiesse mejor en el Albaycin sostener. Venido el mandamiento á la frontera que aquello que el rey mozo les escriviesse hiciessen, Gonzalo Fernandez que al mozo amava hacer placer y servir, sabiendo que los del Albaycin no andaban como devian, mas temporizavan como hacian porque veian la parte del viejo mas arraigada en la ciudad, habló con el comendador Martin de Alarcon que tenia á Moclin, que pues tenian mandamiento del rey y de la reyna para ayudar á la parte del mozo, que estaba en infortunio, segun por su letra parecia, que á Gonzalo Fernandez contava en ella la inconstancia del Albaycin que le dava causa para salirse á Yllora, señalándole noche y lugar y hora donde le esperassen si saliessen tras él, pues otro lugar no tenia mas seguro que donde él estaba. Ca las armas del Albaycin no le eran ciertas, en especial las de aquellos merecientes ser castigados mediante sus delitos: que si mandaban ambos fuessen al Albaycin con la gente de sus capitanias, que con dar algo á unos alborotadores que allí estaban, y castigar á otros que zizañaban, se sosternia el Rey en él. E pues que vos, señor, y yo estamos determinados de hacer por él, ni avemos de mirar á peligro ni trabajo, pues todo lo habemos de posponer á este caso que se ofrece. El capitan Martin de Alarcon, como fuese otro (*b*) Pithias de Gonzalo Fernandez,

(*a*) Todo gran pueblo entre sí se consume y no tiene paz, dice Tito Livio, si fuera dél no tiene enemigo que le faga guerra.

(*b*) Este Pithias, que otros llaman Facias, fue tan verdadero en el amistad, que mandando Dionisio Siracusano matar á Damon, y dándole término para ir á dejar ordenada su casa con que dejase fiador, Pithias

«Yo señor (dijo él), ni temor de captividad ni perder la vida que mas preciamos, como algunos os ponen delante, me ha de dar embargo de seguir vuestro mandado, que bien creo los moros, con vuestra ida, dellos con fuerza rigurosa y otros con tratos amigables permanecerán en el partido que están». Acordados de ir con la gente de cavallo de sus capitanias y numero de espingarderos, á la luz primera entraron en el Albaycin. El rey los recibió con complido placer, y aquel se le dobló con mayor medida quando Gonzalo Fernandez le envió dineros, paño y sedas que metió, de que fueron pagados sus cavalleros; y entrada esta nueva en la cibdad, della se salió al Albaycin mucha gente con codicia del sueldo que adelantado les pagavan. Luego otro dia puesto recaudo en las estancias que contra la cibdad estavan, y sobresalientes para resistir donde necessidad los llevasse, salieron con el rey al campo, do muchos que en la ciudad estavan neutrales se pasaron á él. Allí se publicaron por boz de pregonero nuevos seguros que Gonzalo Fernandez llevó del rey y de la reyna para los moros que estoviessen del partido del mozo. El qual y los capitanes continuavan las escaramuzas, donde los espingarderos christianos hacian daño. Estos capitanes Gonzalo Fernandez y Martin de Alarcon concertaron con el comendador Alonso de la Peñuela que con la gente de cavallo de Loxa y Lope Sanchez de Valenzuela con la de Alhama corriessen el camino del Padul la via del Alhendin, porque al rebato de aquellos saliesse el viejo como salió de la cibdad, para que el mozo con los capitanes diessen en la zaga fuera de Granada. Al rey viejo allí los alcaydes Zafarjal y Manfot le dijeron: «¡O señor, cómo mas necesario tiene el rey ó capitan mirar primero á sus espaldas que no á la delantera!» Volviendo á la cibdad, fue en el Almorava, que es un campo allí cerca, tan recia la escaramuza de ambos reyes y capitanes que en el angostura de fuerzas y ahilamiento de hambre la noche con sed les apartó, y no fue apartado muchas veces deste peligro (*a*) Fernandalvarez. Maravillados los moros de lo que en la pelea los capitanes con su gente hicieron, y quanto daño los de la cibdad recibieron, les dijo el rey abrazandolos. «¡O alcaydes señores, cómo los peligros á que os aveis oy puesto nos han sacado dellos ansi en el campo como en los adarves y puertas y calles!» Contino avia recias contiendas, y iva de bien en mejor á los del Albaycin y con aquel favor del dia pasado en (*a*) Almorava salieron los del Albaycin con espingarderos y vallesteros christianos; y enredada el escaramuza cerca de Bibalmazan, y aquella cebándose de gente de todas partes, Gonzalo Fernandez visto salir de la cibdad mucha gente, esforzando á su parte dió una espolonada recia diciendo: «Venid señores, que tan abiertas nos seran hoy las puertas entrando matando como á los que van huyendo: ca si con vitoria oy salen nuestros enemigos, ó la par, será en peligro todo lo de nuestra parte.» Con esto dando espanto á los unos, tomavan esfuerzo los suyos.

Cómo los alfaquies y viejos de Granada procuravan conformidad entre estos dos reyes.

Muchos alfaquies y viejos de la cibdad viendo que assí el un rey como el otro fatigavan con tributos y no castigaban insultos de que el pueblo estava lleno, padeciendo los pacificos miserias de los tiranos que usavan el oficio de las fuerzas con todo afan y peligro, ca pesávase todo con la medida de las mismas cosas, y la muchedumbre anteponia por mas amados á los mancebos mas malvados: ca estos estavan tan abituados á malbivir, y aquel estimaban por mas amenguado que menos fuerzas y delitos cometia. Y tratandose desta cosa viendo cómo la cibdad y reyno por todos cabos se horadava con pujanza de daños que los buenos recibian, de secreto hablaron con algunos alfaquies y ciudadanos y labradores honrados del Albaycin, los quales de miedo dilatavan lo que todos desseavan, y apresurados entendian en la reconciliacion de ambos reyes, para que con concordia igual dexassen la guerra, y no quisiessen con porfia esperimentar la fortuna; y increpando á sí propios el alfaquí Mahomat el Pequeni decia á todos: «¿Quando en los dias de los malos cesarán nuestros males? Ca de los comportar nuestros enemigos nos

quedó en rehen para recibir la pena no volviendo Damon; el qual al p azo que se le dió volvió. El tirano Dionisio de aquella amistad maravillado, á los amigos libres les rogó fuesse el tercero en su amistad con ellos.

(*a*) Este Fernandalvarez, alcaide que fue de Colomera, era valiente hombre en la guerra.

(*a*) Esta Almorava es un campo cercado, dó es agora San Gerónimo de Granada.

han mancilla. ¡O cómo si fuessemos buenos alfaquies y viejos, y derramassemos nuestras lágrimas en tratar la paz cómo no derramarian los christianos nuestra sangre en la guerra! pues la razon quiere y la justicia defiende á los moros tomar armas contra moros, y tan recias que con el favor del sueldo que Gonzalo Hernandez metió y da, no se siente el daño que en lo recebir se sigue. E otro mal igual á este, que seguis hombres nuevos ventajosos en maldad por negligencia de justicia, de los quales gran numero anda por las calles con callosas manos de hacer mal á sus vecinos. Y en lugar de se ocupar en peligrosas y famosas cosas de virtud, desarraigando los enemigos de su pueblo sin entremeter á lo dañar gastando en ello sus trabajos, fatigando los hombres llenos de buenos pensamientos, por ende ver quanto en tormento viven los que á estos siguen. Que no de la cibdad mas de la tierra para bien y utilidad della devian ser desarraigados, y con vuestra esperiencia proveer lo presente, pues veys los nervios cortados para más mal suceder adelante. No dudo algunos digan que la habla es recia, pero es mas segura: pues mejor es morir honrada y virtuosamente en el campo, que no meter en nuestras casas enemigos de quien seamos subjetos. Lo qual siempre seremos, si luego no usamos de la vitoria que en nuestras manos tenemos para ser libres, y dejando amonestamientos tomemos armas y fuerzas para amar y defender nuestra cibdad y reyno, que el hierro caliente se labraja. E á priessa antepongamos la libertad á la vida y huyremos la servidumbre, y venza nuestra vergüenza el miedo, ca no menos es avido de flaco ánimo el que no muere quando conviene, que el que muere cuando no es menester: ca guardar nos debemos, no solo de lo presente mas de lo que de futuro podria acaecer, ca lo que padecemos mas es por nuestra flojedad que fuerza de los enemigos». Con estas y otras cuitas emponzoñadas que este alfaquí Pequení que tenia puesta la voluntad en libertad y en menosprecio la muerte decia, y otros mozos y viejos que de secreto le seguian, andando de uno en otro pusieron venino con escándalo en el Albaycin. El rey que fue sabidor dello por parte del Chorrud, alfaquí honrado y principal allí, notificolo á Gonzalo Hernandez que como cosa que nuevamente vino á ello, pidiole su parecer porque estava en hacer justicia recia de algunos alborotadores perversos. «Vuestra señoria (dijo él) deve llamar, y cortesmente halagar á estos escandalosos: pues no es de otra cosa tiempo pedir á esta gran población, desenfrenada su defecto, que conviene perdonar pues no ay fuerzas para los castigar en tiempo que toda (*a*) cerda hace sombra: ca á todos y mas á los reyes conviene sofrir una de pocos, por no sofrir muchas y de muchos, pues la cura con que estos se han de cobrar es bien hablalles y alivialles no solo de pechos mas aun de los derechos que de derecho os son obligados. Ca con mas seguridad se acrecientan los estados (*b*) perdonando que vengando; en especial ver como anda todo tan dudoso que requiere mas clemencia y suelta que no gobernacion rigurosa: que su tiempo avrá que carezcan de la vida aquellos que no usaren della como conviene al sosiego de la ciudad. Ca mejor es á los dañosos dejallos con miedo; que con aquel y deseo de perdon se enmendarán y serán modestos en lo porvenir. Lo que con cuchillo, sus semejantes que fuera de aquel quedaren, no se podrán corregir, y es dar lugar á que cuajen más sus males. Por ende mirad, señor, que para que los hombres duren no ha de durar miedo en ellos: que al rey mas amor que temor le hace señorear, y dando lugar á vuestra ira, quedaos tiempo para consejo, con el qual dareys el remedio necesario (*c*): que el poderío con amor y buenas obras á los subditos se possee mas seguro que con gentes, ni oro, ni verdugo. Ca si ganais, señor, la benivolencia desta gente escandalosa, no descaecerá vuestra potencia y sereys tenido en precio, que vos es necessario estando los enemigos tan pegados; prometiendo á los que vos fueren provechosos en la guerra mejoria en la cibdad. Ca, señor, no es de acusalles su osadia quando está encendida su desesperacion y ira: que el señor que por premia quiere ser

(*a*) Lacerda dice, porque cuanto de menos valor y mala condicion es el malo, tanto mas puede en pueblo turbado.

(*b*) Por letra pidió Periandro, gobernador de Corinthio, á Solon, si desterraria á unos ciudadanos, de la lealtad de los cuales estaba dudoso. «No lo hiciese, respondió, antes siempre resistiese á la ira, porque los inocentes viendo á sus vecinos ausentes le ternian enemistad. Ca si fuese benigno todos le serian amigos; pues el perdonar es mas noble que el vengar, ca aquella es propia vitoria que sin sangre se toma».

(*c*) No defienden, dice Salustio, los thesoros ni huestes el reyno mas facilmente que los amigos: los cuales no por oro se compran, ni por armas apremian; mas solamente se cobran por fé y buenas obras.

tenido, por fuerza ha de aver temor de los que temen. Ca reynar mucho, quiere perdonar, y vuestra fama anticipese al enojo destos acelerados alborotadores, llenos mas de escándalo que de razon, causadores de poner la republica en principio de perdicion. Ca en las grandes comunidades ay muchas y varias voluntades, llenas de osadía y vacías de consejo, haciendo unos á otros de los yerros gracia. Ca la propiedad de la muchedumbre assi como subjeta sirve humil y blandamente, bien assi quando señora acomete orgullosos delitos, y dello verá señal cerca vuestra señoría, pues la libertad que á la puerta tiene con vuestro real señorio la menospreçia en lugar de la retener y procurar con diligencia: ca agena debe ser la (*a*) venganza del rey, porque puesto que sea justa, es avida por crueza, por el vigor de la potencia real; la qual perdonando á estos perpetuamente se dirá de vuestra mansedumbre y piadosa clemencia, de la qual letras y lenguas en toda edad de las gentes no callarán vuestros loores diciendo que á la gran causa tovistes (*b*) mayor templanza, en especial que mas seguros son los hombres que obedecen de grado, aunque ayan rebelado y tomado armas para defenderse, que no los que por fuerza obedecen. Y no es, señor, menos loado hacer lo complidero por prudencia y moderacion sin sangre, que vencer en el campo con derramamiento della; quanto mas, señor, que todo poder deve ser mas inclinado á la paz que á los dudosos fines de la guerra por la inconstancia de las cosas humanas, que son inciertos sus acaecimientos y muy dudosos á los mortales». Otro diaal Albaycin venido por mandamiento del Rey rogó á Gonzalo Hernandez les hablasse, pues allí habia aljamiados y assaz declaradores; el qual asi les dijo.

Razonamiento de Gonzalo Hernandez al pueblo del Albaycin.

«No sé yo por cierto, señores, qué mayor guerra publica os hacen vuestros contrarios que la que de secreto os hacen vuestros vecinos, andando sembrando en vuestros ánimos zizañas, para que perdays vuestras haciendas y en aventura tengays las vidas; turbiandoos la paz colmada de que gozays, que por muchas razones se prueva el gran provecho que della se os recrece; la qual toda ora mas nos manda el rey y la reyna conservar y guardar con toda diligencia, y assi se hace, de que son testigos los de la ciudad, viéndose cada dia captivos como enemigos y vosotros libres como leales, y por tales entrays en Castilla, y traeys lo que quereys sin vos catar y bien tratar, y en lugar deste beneficio murmurays contra vuestro rey y señor, de quien os mana esta buena obra que recebis. Aved, señores, memoria que el señor rey es vuestro natural y hijo de la casa de Granada, que con titulo derecho le pertenece este reyno que su tio con poca conciencia y mucha injusticia le ocupa tiranicamente: lo qual como buenos vasallos y leales criados no en pequeña mengua devriades de sentir, y cessen estos conventillos y malas hablas entre vosotros, y trocad vuestra ira en amor, y cambiad vuestro rencor en paz y sosiego, y ser suficientes á conoscer la verdad desechando espanto y miedo, el qual quanto su señoría contiende por vos quitar junto con la paga de los derechos á que soys obligados, no menos porfiays unos á otros dañificar con vuestros veninos enconados; y lo peor es que seguis á hombres malos, viles y de escuros ingenios, cometedores de criminosas hazañas, á los quales days galardon en lugar de pena, y á los buenos penas por galardon. Por Dios, amigos, no codicieys novedades, ni seays causa de que por dejar de castigar su señoria á los pocos empozoñados, perezcays los muchos y sanos: ca si en discordia estamos es por no castigar sus atrevimientos passados. Por ende, hermanos, enmendaos, sino el tardar de vuestro castigo con la grandeza de vuestra pena se recompensará. Ca sabed que los vasallos no obedientes mas son subjetos litijosos que amigos de lealtad; de los quales su porfia no cause que perdays vosotros la vida que con vuestras artes mereceys tener á la servidumbre sometida. O amigos y señores, como si lo que deveys haceys quanto de su señoria hareis con suplicaciones humildes y no con armas rigurosas, pues le veys inclinada la voluntad á otorgada piedad. Ca con el mayor con esto todo ruego se acaba. E por gratificar á los amadores de la paz assolverá á los codiciosos de la contienda. Y pues es visto

(*a*) Todas las cosas, dice Salustio, son de probar primero que el cuchillo. Así aquí Gonzalo Fernandez por mejor tiene el perdonar que el vengar.

(*b*) Ca así era preciado el Emperador, decia el Cesar, vencer por consejo como con espada.

que vos han venido y vienen males de oir á los malos que ni quieren callar ni saben sosegar, no los escucheys. Ca piensan de enriquecer con novedad de ver el pueblo y reino turbado; antes contra ellos mostrad vuestra saña furiosa, pues su comunicacion vos es sospecha dañosa: ca para los malos reprimir aqui somos mas llamados de vuestra fortuna que de voluntad el señor alcayde de Martin de Alarcon y yo, que delante hallareys para vuestro amparo: y debeys tomar ejemplo en los de la cibdad, que temen mas la rigurosa crueldad del Rey que siguen, de quien son apremiados con imposiciones y añadiduras de pechos, que á las armas de vosotros, que si castigados fuessedes obedeceriades, y con ser perdonados soberviays, como hace la muchedumbre quando le dan soltura. Ca mas por maravilla de virtud que por razon de justicia en su señoria aveys hallado perdon de vuestros escessos; porque es tanta la grandeza del beneficio que de su alteza aveys recebido, quanto la multitud de vuestros crímenes y escessos los manifiestan: el miedo de los quales os hace perseverar en errores, y criar osadía, y poner sospecha en vuestra seguridad. Ansí que, señores y honrados varones, concebid, concebid para vuestro castigo amonestamiento blando y no fuerza sangrienta. Ca por averse echado amanizquierda vuestra pena, no por esso cometays culpas, las quales son tantas que recio serian essecutadas en vuestras personas y casas, si en el rey reynasse crueldad como mora misericordia, que vos está cierta de su excelencia, pues aveys muy clara esperiencia en su managnimidad que es tanta, que las grandes penas que por vuestros malificios mereceys, absolucion dellas por beneficios recebireys. Por ende, caballeros, si haveys oydo de mí cosa que no vos plega, enmendaos á lo hacer mejor y no vos lo diré peor de quanto los subditos rencillosos de su natural son tan flacos, quanto al rey hace fuerte el no obedecelle. É creedme no pongays á su Señoria en tal estrecho, que buscando en qué modo mejor vengándose perezcays: pues vuestra lealtad es en quanto paresce mas no en quanto verdad. Una cosa querria, señores, de vosotros, que mireys la culpa que teneys, y vereys que no ay palabras por mi dichas que no sean peores las obras por vosotros hechas; y pues su señoria es contento con solo vuestro arrepentimiento, aquel continuad que basta para su olvido; y ved bien que todo lo dicho es en vuestro favor, y agradesced que os amonesto vuestra salud, y no vos engañeys á ser osados por la blandura que se vos da. Ca sabed que ansi como teneys rey para lo bueno remunerar, assi es recio para vos castigar: de tal manera que vos sea no durable la libertad y provecho que aqui y en Castilla teneys, pues vosotros no quereys usar dél como debeys, antes vos debe ser poco largo; pues con tanto cuidado reteneys vuestro propio daño; y no vos escandalizeys en aver oydo cosas no á vuestra voluntad: porque mas ha sido mi gana de vos aprovechar con obras que no contentar de palabras, pues las dichas no son tan asperas quanto la enfermedad de vuestras cosas». E assi hecha la habla le dijo el rey: «Oy convenibles, señor alcayde, han sido amenazas, pues aquellas han quitado el mal que imaginavan. Ca vuestras razones han hecho conservar oy tanto este pueblo en sosiego quanto en sobervia estaba ayer puesto. El alguacil y estos alcaydes y viejos dicen que soys buen maestro en atajar escándalos, ca con amor y miedo sosegays las gentes». En conformidad todo el pueblo del Albaycin increibles loores daban al rey, con el qual dicen permanecerán, pues les era mas padre en el perdonar que señor en el castigar.

Cómo salió Gonzalo Fernandez y Martin de Alarcon con sus gentes de Granada.

Vueltos Gonzalo Fernandez á Yllora y Martin de Alarcon á Moclin, de alli con mas la frontera se continuava la guerra, porque las cosas sucedieron en estado que el mozo rebeló contra el rey y la reyna, y duró en él hasta que él á Granada les entregó; y porque no hace al propósito decir mas desto, vo á lo comenzado.

La guerra que de nuevo se hacia al Rey chiquito, y la entrega de las fortalezas de Monduxar, Alhendin y la Malaha á Gonzalo Fernandez.

Continuándose la guerra como de primero, Gonzalo Fernandez que tenia por amigo y servidor singular á Ali-Alatar, alcayde y cabdillo que era de Yllora al tiempo que se ganó, y el qual de Gonzalo Fernandez cada dia recebia mas beneficios, y su muger y hijos y criados

vestidos. Este Alatar de que digo poseya la tenencia de Monduxar. Gonzalo Fernandez conociendo aquel era passado del Alpujarra á Granada procuró con gran instancia se la entregase: que no menos los de su parte allí serian tratados y acogidos que estando por él. El Alatar por ser grato de los beneficios de Gonzalo Fernandez recebidos, y viendo las cosas de los moros empeoradas á no durar, diósela é basteciòla de gente y provision y artillería. Los de la tierra con Granada fueron entristescidos, diciendo estar en perdimiento y extrema necesidad. El alcayde Manfot, que era valiente varon y en la guerra diligente, aposentósse en Nihueles por ser allí cerca de Monduxar, para que los della tan libremente no pudiessen salir á hacer guerra. Sabido por Gonzalo Fernandez como estaba allí Manfot, y dó ponia la guarda, armóle baxo del lugar, y preso envióle á Yllora, donde doña María Manrique, muger de Gonzalo Fernandez, mandó á su alcayde Alonso Vanegas, que no menos bien le tratasse que guardasse. Este alcayde Manfot tenia la fortaleza de Alhendin, que es casi legua y media de Granada. Gonzalo Fernandez procuró con él se la entregasse, pues con aquellas pesas se había de pesar su rescate. «Yo, Señor, dijo él, lo quiero hacer y dárosla, pues tan piadosa es vuestra muger en su casa, quanto vos enemigo en el campo: de la qual á velas tendidas he recebido mercedes y beneficios». Y tomado á Alhendin, el rey y la reyna embiaron á mandar á Gonzalo Fernandez que la entregasse á Mendo de Quesada, que con ciento y cincuenta hombres con muchos mas *(a)* omicianos la rescibió, y luego en aquellos pocos dias que Gonzalo Fernandez tovo á Alhendin, rectificó el amistad que tenia con Alben Malehe, alcayde de la Malaha, dándole á entender cómo aquella casa no era fuerza para se poder defender en ella, que pues veia tomado á Alhendin, quedaba atajado por estar Alhendin adelante la via de Granada; que le rogava se la diesse porque cada dia, decia él, se espera al rey á la tala de la Vega, y no será en vuestra mano de os dar, ni en la de su Alteza poderos defender, de que vea la hueste la resistencia poca que en la tomar ay. Dello con palabras temerosas y parte con alago, y lo principal que le dió, la Malaha le entregó; en la qual con gente de pie, assi para la defender como para la labrar, dejó uno suyo y fuesse á Yllora.

Cómo el rey mozo tomó los castillos del Padul y Alhendin.

Cada hora en la ciudad los hombres codiciosos de guerra y nuevos levantamientos tenian entre sí discordia qual seria el peor, los males de los cuales assí como son aborrecibles de escrebir son increybles de oyr. Ca todo momento yvan en crecimiento: porque avia siempre debates entre los pacíficos y los procuradores de los escándalos. Ca estos por mengua de hacienda y sobra de crímenes, hacían escuras conjuraciones para fatigar los pacíficos, dándoles contiendas escandalosas. Toda la ciudad y tierra y alpujarra al rey, que mas sufria que le sufrien, apremiavan fuesse á tomar estos castillos: que recia cosa era Monduxar y la Malaha, y el Padul y Alhendin tener los christianos con guarnicion contra ellos, que la guerra que de allí nos hacen, decian, mas es por nuestro querer. siendo flojos que por poder que tengan de fuertes. Ca si tomassemos (decian al rey ellos) de gana trabajos, por fuerza dariamos fin de nuestros enemigos con fiera crueldad. Viendo el rey cómo brotavan todos discordia, informado de su consejo todo pueblo lo que osa hablar, aquello es atrevido á obrar, antes que con ímpeto diesse de cabeza, salió al campo. E como el Padul oviesse poco que era tomado, y no provehido de gente ni provision, aquel combatido tomó con daño que dél recibió. E tornando á Granada, á pocos días en su consejo se platicó á cual de los castillos Monduxar, Alhendin, la Malaha yrien: unos eran de opinion que á la Malaha, por ser menos fuerte, por quitar el empacho delantero. Dijo el rey: «Vamos á Alhendin, que con viandas menos camineras se tomará». Cercado lo pusieron en tal estrecho, que entrada la barrera y puesta en cuentos la torre, la tomaron: donde cativaron y mal mataron mas de docientos hombres, los quales les dieron fée de claro nombre, en especial el alcayde Mendo de Quesada, y el capitan Pedro de Castro, que como hombres de quien el negocio mas colgava mas peleavan. Y para socorrer á Alhendin recogido en el rio de Moclin los capitanes y alcaydes de la frontera el rey

(a) Omicianos son aquellos que sirven cierto tiempo en los lugares de la frontera, para que les sean perdonadas las penas que merecen por los delitos que hicieron.

les envió á mandar que pues no tenian numero de gente para socorrer á Alhendin le esperassen allí en Moclin, que en breve seria con ellos, y que con el ayuda de Dios en persona lo queria socorrer; y con assaz priessa llegó á Alcaudete, do supo nuevas ser llevados cativos á Granada. «Deven les dar, dijo el rey, melezina de consolacion, pues no esperaron á los convidados.» E vuelto el rey para Córdova, con assaz enojo, los capitanes y alcaydes de la frontera de noche á manera de Almogavaria bastecieron la Malaha y llevaron tinajas para agua de que habían necessidad con remuda de gente. Gonzalo Fernandez que con placer sostenia *(a)* trabajos, quedose en ella. Los capitanes y cavalleros que alli fueron amonestavanle no quedasse dentro, poniendole delante el daño que podria suceder, perdiéndose él: que por cosa de tan poco valor no aventurasse persona de tan gran precio como la suya. «No quiera Dios (dijo él) que la Malaha segunde el enojo al rey: pues es á mi cargo no porné sustituto; que no ay galardon tan presto, bien ó mal pagado como es el de la guerra, á quien tiene presteza ó pereze en ella, ca está obligada en poco tiempo á ofrescerse gran caso. Por ende esperar quiero (dijo él), señores, esta por no sofrir muchas: pues en todas partes hay vecinos enemigos.» Luego ida la gente que le dejó, y llevados sus cavallos, y repartidas sus estancias, dió tal priessa á la lavor, que todas horas labravan y las escuras con *(b)* candelas de cosas livianas. Algunos de los que allí tenia, vista la fortaleza ser tan flaca, mostravan gana hacer de voluntad lo que el temor del Capitan, y no certeza de poderse salvar los empidia; á los quales dijo: «Si yo, parientes señores, aqui me meti con vosotros, fue porque tengo por fuerte muralla el adarve de vuestros corazones, que es la verdadera fortaleza: la qual no acometerán nuestros enemigos, si nosotros no la enflaquecemos de temor. Ca provando ellos su poder, soy cierto no sofrirán vuestro deber: que si os esceden en poderio, no vos escederán en fuerzas, pues las teneis llenas de uso y esperiencia. E mirad que los hombres no sugetos á vicios como vosotros no han de ser vencidos de miedo, y el ageno temor de algunos no cause daño á todos. Ca assi como aqui *(a)* á unos no faltará sal y sepultura, menos á los otros fuera honor y crecido galardon. E para perseverar en lo que estays, acuerdeseos lo que deveis á nuestra fé y á vuestra honra y á nuestro rey, y esperad en Dios la Malaha ha de ser testigo de vuestras fuerzas y esfuerzo; por ende, amigos, sabed que haciendo lo que devemos teneys libertad y glorioso deleyte con esperanza del galardon que presto terneys, con mas loor de vuestra virtud; lo que del contrario quedamós con mengua, subjecion y pena. Ca devese juzgar por de poco valor aquel que cobdicia la brevedad desta vida menospreciando la perpetua, que no se alcanza sin trabajo. Ca notorio es el bueno, assi como dessea honra, deve menospreciar peligro. E remiremos y remedemos la vida de aquellos que mediante su fatiga han avido loor, y pues que de los presentes autos de virtud y valentía, y no en el vientre de la madre se engendra la hidalguya, sed constantes á lo que os ofrecistes, y pueda mas con vosotros la vergüenza que el temor, y miembreseos que toda excelente memoria en tal lugar como este se cobra aventurando la vida por ganar honra». Con estas y semejantes razones con gesto alegre á los unos amolava, y á los de acedo propósito amenazava. E estando aqui en esta fortaleza de la Malaha don Sancho de Castilla, que armado tenia en dos partes *(b)*, de las escusañas supo ser entrados moros; y en tal paso los armó, que diez mató y tres cautivó, que sal llevavan de las salinas que alli estan. E preguntados el estado de la ciudad: «Nosotros, señores, lo que sabemos (dixeron á Gonzalo Fernandez) es que ay tanta necesidad de sal en ella, quanta aquí abundancia teneys della». Demandados á como valia, á vida de un hombre cada fardel ó cativerio de aquel. Repreguntados el cómo: «Porque de trece que venimos los vuestros mataron diez y los otros tres cativos nos teneys».

Los escándalos grandes que dentro de la ciudad los unos moros con los otros tenian.

En Granada continuavanse mas las tiranyas con enredamientos unos con otros, y los ino-

(a) Aquí en la Malaha se quedó don Sancho de Castilla por amor grande que á Gonzalo Hernandez tenia, ó ser caballero mancebo, deseoso de esperimentar su persona en valientes y nobles hazañas.

(b) Esta candela que de noche alumbrava con que labrauan era de atocha y retama y leña menuda.

(*a*) Esto de la sal dice porque allí junto están unas salinas.

(*b*) Escusañas son hombres del campo puestos en pasos y vados para ver ó sentir los enemigos.

centes padecian males de la gente suelta que ni aceptaban razon ni querian justicia con gana que todos tenien de hacer mudanza por cobdicia de ganar, y con esto crecia osadia en las cosas llanas rota y turbadamente, porque todos desatinados no sosegavan con estar llenos de division. E como fuessen mas los malos, excedian en poderío á los pacificos: que ni trataban ni caminaban, ni los campos se labravan, lo cual causavan los naturales enemigos de su propia tierra, porque con la destruyccion della esperavan aver muy grandes provechos. Con esto la comunidad enferma de pujanza de delitos descaecie: porque los escandalosos con sed de dar bienes á su mengua, y ver las cosas de un ser en otro tornadas, con desacordadas voluntades y de cosas nuevas codiciosos, cometian muchos males contra los buenos, que por de aquellos se defender todos abundavan en tempestad de guerra, nacida de nuevo, que sembravan los tiranos escudriñadores della; los quales contrarios de la paz y sossiego, con movimientos reboltosos y falta de robos, espesas veces desesperavan y atrevidamente arremetian á los males. Viendo la ciudad en comienzo de grande perdicion, el pueblo con estos rebatos era fatigado de los atrevidos ascelerados, que cada hora mas crescian. Sabiendo el rey mozo estas cosas que los malvados con rigor hacian, los quales conspiraban para lo peor, é como tratavan del, pidiéndole contino y obedeciéndole nunca, é como no tuviesse su estada segura en la ciudad, por ser movibles á liviandad, ca los tales no duran mas con su rey de quanto dura la buena fortuna con él, algunos de su consejo, y otros muy aceptos á él le dijeron, que le convenia salir á poner cerco en algun castillo: porque con esto la gente ocupada en el sitio, resollarien los pacificos; en especial los labradores que estaban ansiosos de paz, por el esperanza que tenian de los frutos de la Vega. Concedido por el rey mozo, y salida la gente al campo, volvió al consejo; porque aquel estava en dos partes, los unos dándole á entender por muchos respetos fuesse á la Malaha, que era casa llana y flaca; y tomando á Gonzalo Hernandez que allí estava, con su rescate *(a)* cobraria el rey sus hijos que estavan en rehen de la paz en que avia de perseverar, y parias que tenia de dar. Assy mismo quiso el rey oyr el voto de otros caudillos viejos y cabeceras que era contrario á esto: especial el de Mahomat Abenzurage, que por codicia de cobrar á Almuñecar, de que tenia merced de la tenencia, desseava fuesse puesto sitio sobre ella. El Muley y Abenzada dixeron al rey en el consejo ser dificile la toma de la Malaha, que algunos hacian facil: porque basta saber estar allí Gonzalo Fernandez; y pues se metió determinado, yerro seria combatir al que busca peligro. Quanto mas que tenemos sabido tiene mucha y buena gente que le semeja: que por veces su trabajar nos ha dado trabajos, y no falta de artillería y bastimentos. Platicado todo, conociendo tenian necessidad de desembarcadero para los moros que venian de Africa, acordó de ir á Almuñecar, por ser algo puerto. En Restaval que es quasi al medio camino, fue certificado de unos christianos que de Salobreña trayan cativos, la poca gente y mucha falta que de agua tenian, mandó á su hueste guyar á ella é assentó su real sobre Salobreña. Y en aquel tiempo el conde de Tendilla, que capitan general en la frontera era, corrió á Granada, y de lenguas que tomó en la Vega supo cómo el mozo estava sobre Salobreña con la gente de Granada, y de las Alpujarras, é la villa entrada estava sobre la fortaleza, y aquello le certificaron en el escaramuza. E al conde aqui uno que llegó le dijo: «Estos moros han dicho á vuestra señoria que la causa que al rey llevó á Salobreña fue por la certenidad que tiene de la poca agua y menos gente que está en ella. Yo iré y con el ayuda de Dios en la fortaleza entraré: que con luego, señor, ocurrir, se remediará lo que despues del daño venido no aprovechará». Este con setenta hombres, dellos escuderos, y los mas espingarderos y vallesteros, por el postigo á la fortaleza de Salobreña entró, al trocar de las guardas que los moros hacian al alva: los quales la fortaleza combatían, donde no menos daño recebían, que los cercados afan. Los de dentro soltaron un peon á declarar su necessidad de agua *(a)* á don Yñigo, que con él vinieron las ciudades de Málaga, Antequera, Loja, Alhama y Velez, y otros muchos cavalleros y gentes que trujo por la mar al socorro, el qual con assaz daño que cada

(a) Estos dos hijos del rey moro se pussieron en poder del capitan Martin de Alarcon que los tenia en la fortaleza de Porcuna, á cuyo cargo estaba la tenencia della.

(a) Governador y capitan de Málaga era este don Iñigo Manrique, alcayde que es de las fortalezas de ella.

ora de la tierra les davan, estava en el peñon junto á él, que es allí poco dentro la mar: del á la fortaleza no se puede mandar aviendo en el arenal como estava gran cantidad de moros que lo estorvavan. Y en el tormento deste peon, que al dicho capitan don Yñigo Manrique embiava, supieron la poca agua y no vino que tenian, y como aquella por quartillos se repartia. Testimonio de lo creer fue los cavallos muertos de sed que del adarve abajo echavan; y con esto ovo causa tener esperanza auer presto la fortaleza. Los del cerco á menudo decian á los cercados con amenazas fieras breves serian entrados. Y que pues no tenian agua se diessen y no esperassen tiempo á ser tomados por fuerza, lo que á la ora serian recebidos de grado con partidos provechosos, que el rey en mansedumbre ventajoso les harie. Aquel que los setenta hombres metió *(a)* un cántaro de agua (de que bien poca quedaba) les dió; y en albricias del combate con que le amenazava, fuesse en la coracha que era su estancia *(b)* les arrojó y dió una taza de plata; y el acayde Bexir alferez del pendon real del rey le ratificava las amenazas con que furor mezcladas, con mucha buena razon, poniéndole delante la toma del Padul y Alhendin, y el cativerio y muertes de aquellos que en ellas se tomaron. «O señor alcayde (dijo aquel), sabed que vuestras amenazas no dan temor á la codicia que los desta fortaleza tienen de ser combatidos, porque assi á vosotros conviene salir con vuestra empressa, estos cavalleros y gente han de sostener su defensa. Por ende, certificad á su alteza de cuya parte, señor, venis, que antes moriremos defendiendo que salvarnos rindiendo: pues mas nos teneys cercados que combatidos, haciéndonos ruido y no fuerza. Ca su señoría verá como esta casa se le defenderá, y vuestras razones mas osadia que temor nos añaden.» E buelta la habla á los cercados: «Lo que de la razon destos moros se toma (dijo aquel) es que como hombres flojos en osadia mueven tratos, y cautelosos en engaños ofrecen cosas para dañar nuestras almas y mancillar nuestras honras, y no debemos desahuciar nuestra ayuda y no seremos de todas partes heridos con injuria: pues estan en este cerco mas por tentar nuestros animos que animos tengan para sofrir vuestras fuerzas; las quales bien como á los temerosos en el afrenta mengua, ansi los fuertes en el peligro acrecienta; y no nos deven poner espanto las palabras soberbias con que amenazan, que el temor que os tienen impedirá su hecho. Ansi que, señores, á nosotros conviene trabajemos con perseverancia en defendernos. Ca mas son las cosas destos *(a)* dar espanto que hacer daño; y aparejad los animos y manos que al presente nos son nenessarios para salvar las vidas y guardar las honras, y gozaos que á la puerta teneys el socorro con la persona real: y usad de vuestra loable fortaleza con sofrimiento de sed quanto podreys, y podreys quanto querreys. Ca quanto mayor es el peligro que el bueno defiende, tanto mayor gloria y fama se le deve». Fenecida la razon de aquel, todos fueron tan animados que á la ora deseavan combate, teniendo por cierto cosa alguna les podia ofender ni ser aquejados en él. E con esta esperanza gastavan tiempo en reparar sus adarves, y contraminar las minas, que por debaxo de aquellos les dañavan. Luego á la fortaleza recio combate dieron, donde en él mataron á Mahomad Lentin, alcayde que fue de Cambil. La muerte del qual con muchos que alli mataron los entristeció, y pegado á esto creer el rey tener agua, y mas nueva que le llegó de que los condes de Tendilla y de Cifuentes, y Rodrigo de Ulloa (contador mayor de Castilla) con la frontera y Sevilla y Jerez en Almuñecar estaban; y el rey que le despertaba la toma de Alhendin, recio vino á socorrer á Salobreña; y llegó á la Vega, y de camino al Val de Lecrin para tomar el passo de la entrada á Granada. El rey della alzó el cerco, y por las faldas de la Sierra Nevada entró en ella, y al tiempo de levantar el real el dicho don Yñigo Manrique con presuramiento salió en tierra, y fecho fuerte en ella, ansi con tiros como con otros amparos, soltó gente ligera que mató y cati-

(a) Esto desta agua dice Valerio Maximo fué con pan en Roma: que estando en el Capitolio los romanos cercados de los franceses, y en estrema hambre, echaron panes á la parte de los enemigos, dándoles á entender tenian abundancia dello; y comportaron y sufrieron el cerco hasta que Fulvio Camilo los socorrió y decercó. Assi aqui con el esperanza del socorro se sufrió la sed: ca con el agua que vieron los moros creyeron que de aquella no tenian necesidad, y al tanto como los del Capitolio (dice Froncino) hicieron los atenienses contra los lacedemonios.

(b) Este rey de Granada que á esta Salobreña cercó era el mozo, que por otro nombre llamaban el rey chico; y el quel agua y taza dió y los setenta hombres en ella metió, fue el alcayde Pulgar señor del Salar, que estas cosas del Gran Capitan escrivió.

(a) Valerio Maximo dice que mas son las cosas que espantan que no las que dañan.

vó muchos de aquellos moros que no se recogeron con el avanguarda dellos; y el rey envió á mandar á Gonzalo Hernandez que saliese de la Malaha: al qual los temerosos dando culpa mordiscavan con recias dentelladas, diciendo ser superflua su metida en ella; pues no se cobrava tanto en sostenerse aquel castillo quanto se perdia perdido él en él. E como sea cosa determinada no poder fuyr la embidia de las cosas en que ay buena salida, en especial de aquellos que ejercitan los cuerpos á todo linage de peligros, y le suceden bien y prosperamente los fechos, á uno que se lo dijo: «Mas quiero, respondió él, que digan cómo entró Gonzalo Fernandez en la Malaha, que no cómo no entró estando á su cargo, quanto mas, señor, que todos dessean prestarse al trabajo». Salido á la Vega Gonzalo Fernandez, al tiempo que se apeó á hacer reverencia al rey, que sabia como algunos ventajosos en embidia adelgazavan su osadía, por dalle sobrano favor, antes que llegasse, dixo al marques de Villena: «Mas se le deve dar oy á Gonzalo Fernandez loor que acusacion»; y al besar las manos alegremente lo recibió, assi de cara como de palabra. Luego otro dia tan recia escaramuza entre moros y christianos se travó que al marques de Villena (por socorrer á su hermano don Alonso Pacheco que en la quistion mataron) una lanzada el alcayde Hubeca Adargabun dió, que della del brazo el dicho marques manco quedó. Y de aqui informado el rey de la poca seguridad de los moros que mudejares avian quedado en las ciudades de Guadix, Baza y Almería, los mandó que saliessen dellas á las alquerias mas cercanas; y de allí buelto el rey á Córdova, y quedando Gonzalo Fernandez en Yllora, della se continuava la guerra á Granada como se hacia de los otros lugares de la frontera.

La causa porque al rey de Granada y á sus tierras dava favor y ayuda el rey y la reina.

En este sumario conviene dar razon la causa porque el rey y la reyna favorecian á Muley Baudelí rey de Granada, que por otro nombre llamaban el rey chiquito; y dieron seguro á la ciudad de Granada y á las otras ciudades y villas de su reyno que estaban por él, y la estada de sus dos hijos en rehen en poder de Martin de Alarcon en la villa de Porcuna. Assí es que en sabiendo el rey, que estava en Medina del Campo, cómo don Diego Hernandez de Córdova, conde de Cabra, señor de Vaena, y el alcayde de los donceles señor de Lucena *(a)* avia desbaratado y presso á este rey con todos los demas principales caballeros y cabeceras de su reyno en el arroyo que dicen de Martin Gutierrez, que es entre las villas de Lucena y Yxnaxar, dió mas priessa en su venida al Andalucia para continuar la conquista comenzada contra el reyno de Granada. Y llegado á Córdova, do allí vinieron de parte de la reyna madre deste rey preso los alcaydes Aben Comixa, y el Muley alferez de su pendon real, y Muli Muzar, y Mahomet el Jebis, y Mahomet el Lentin, y Abenzada. Estos con poder que truxeron de la ciudad de Granada y de las otras ciudades y villas que estavan en su partido dixeron y suplicaron al rey quisiesse dar libertad á este rey preso, y favor para contra su padre y tio, y seguro á la cibdad de Granada y á las otras cibdades y villas cuyo poder truxeron; y que otorgado esto, seria su vasallo y daria luego de presente todos los christianos cativos que estaban en las ciudades y tierras que estavan á su obediencia, sin faltar ninguno, y en reconocimiento de vasallage serviria y daria cada un año el numero de doblas que se le mandasse y él pudiesse pagar; y que para seguridad de lo cumplir se darian luego dos hijos de su rey en rehen, con mas otros hijos destos alcaydes que vinieron con esta embaxada de la reyna. El rey mandó que esto se consultasse y platicassé con los Grandes y con los otros cavalleros y capitanes que estavan en la corte y con los de su consejo, entre los quales ovo diferentes pareceres: porque los unos decian que muy mejor era tener en prisiones á este rey que soltalle, porque puesto en libertad y en su reyno se concertarían todos tres reyes hijo, padre y hermano, y por todas partes darian recia guerra en el Andalucia y á la frontera. La otra parte decia que por mas cierta se devia tener al enemistad que la conformidad de los reyes, porque el mandar no sufria igual y que pues de la piedad siempre resulta fruto, que el rey la avia de aver dél aunque moro, pues con tanta instancia por su parte se pide. Sobre todo despues de

(a) Este desbarato fue en el mes de abril de ochenta y tres años.

mucho altercado, fecha relacion al rey dijo: que acordándose los christianos que estavan en Granada y en su reyno aquellos ser pressos en servicio de Dios y suyo, determinava de mandar soltar y poner en libertad al rey de Granada por la redencion de los cativos que le ofrecian, y los partidos que los alcaydes hacien con mas mandar dar seguro y favor á la ciudad de Granada y á las otras ciudades y villas que por este rey mozo estavan y estoviessen dentro de cierto término. Lo qual todo assentado y capitulado, el rey de Granada fue acompañado de los Grandes y de los otros cavalleros que en la corte estavan. Y entrando en palacio llegó la rodilla en tierra á besar las manos al rey, que se levantó á él y no se la quiso dar, antes le alzó y mandó assentar y dixo en otra lengua que se alegrasse, que esperaba en Dios y en su fidelidad que su prision avia de ser causa de su gran prosperidad. El qual en la misma lengua respondió que quisiera venir antes á su poder y servicio de grado que no con la fuerza de premia con que vino; pero que nembrandose del gran bien que de su alteza recibie, de tal manera servirie que oviesse por bien empleada la libertad que se le avia dado. Este rey mozo despedido se fue á su posada tan acompañado como vino. Los Grandes que allí se hallaron dixeron al rey que cómo su alteza no le avia dado la mano, pues era su cativo y se obligava de ser su vasallo? «Yo por cierto (dixo el rey) se la diera, si cativo no fuera». Assentadas estas cosas y dados los rehenes y despedido para partirse á su reyno, el rey le mandó dar, y mas á los seys cabeceras que vinieron á entender en esta negociacion de libertad del rey y á los que con ellos vinieron, muchos y ricos atavios de paños, sedas y brocados y cavallos. E assí ydo y puesto en su reyno continuó el servicio del rey y de la reyna haciendo guerra á las tierras de los moros que estavan á obediencia de su padre y tio, y en esto duró algun tiempo: durante el qual continuo era mucho emportunado y requerido y aun afrontado publico y secreto de los alfaquíes viejos y alcaydes del reino; los quales le decian que la amistad y confederacion que con los christianos tenia era causa del odio y enemistad que los moros le tenian: y toda hora crecia mas, segun á él y á todos era notorio, pues veia toda su tierra se le alzava y tomavan voz del rey su contrario, y cada dia veia que perdia la voluntad buena que sus servidores y criados y vasallos le tenian. Oyendo y viendo esto que le dixeron, y como crecia mas en disminuimiento su autoridad en Granada y en todo el reyno, acordó de bueno en mal proposito mudar la voluntad, y trató de se reconciliar con el rey de Guadix su tio: porque el padre era ya muerto, y ambos partieron el reyno y hizo guerra á la frontera y entradas en tierra de christianos do llevó cativos y ganados. Los moros, de que vieron fecha la junta de amistad de ambos reyes, criaron nuevos corazones para amar á este rey mozo: el qual como tovo aviso que el rey con los Grandes y gentes del Andalucia y de Castilla iva á cercar la ciudad de Loxa, por ganar la benivolencia de los moros con quatrocientos de cavallo los mejores y mas escogidos de fuerzas y esfuerzo de su reyno entró dentro. E de improviso puso entero recabdo y reparo en los adarves, y assentó estanzas y proveyó de gente en cada una la que convenía para guarda de la cibdad, y proveyó en bastimentos, y concertó el artilleria y puso cada tiro do convenia para defender y ofender. Estando en este estado llegó el rey á Loxa con toda su hueste á once de mayo de ochenta y seys años. Otro dia despues de consejo habido con los Grandes y otros cavalleros y capitanes que en el real estavan, acordó que combatiessen los arrabales don Diego Lopez Pacheco, marques de Villena, duque de Escalona, el qual compliendo el mandamiento del rey, mandó llamar á todos los capitanes assi de guardas como de hermandades con otros muchos de los Grandes, y juntos assí les dixo: «El rey nuestro señor, señores, manda que entremos los arrabales desta ciudad de Loxa, los quales si como devemos acometemos, ni á los moros temeremos, ni en el peligro los unos de los otros nos partiremos. Ca si nos membramos cómo tal dia como este gana el hombre el alma y la honrada fama, que no perece, oy nos passearemos por las calles destos arrabales, y pues nuestras vidas son en nuestras manos, á Dios y á ellas nos encomendemos». Fecha esta habla á los capitanes del rey y de los Grandes, y de otros mubhos cavalleros y continos de la casa real y capitanes de peones, assi de las hermandades como de comunidades, proveyó de llevar todos los tiros de artillería que conve-

nian, segun el peligro á do ivan, en especial llevaron rabodoquines y otros tiros ligeros. Entrando en el combate, fue tan reciamente combatido quanto fuertemente resistido, assi de los vecinos y naturales como del rey y sus cavalleros y estrangeros, y aqui assí como á los christianos apremiava la vergüenza, á los moros forzaba necesidad, y con esto en este combate cayeron muchos de los otros, en especial de los moros, que les faltó el artillería de que los christianos llevaron abundancia. Visto por los christianos la defensa que los moros hacían, y atajos y reparos que en las calles ponían, en las quales avia tan grandes montones de moros y christianos muertos que estas palizadas era la mayor fuerza de su defensa, y con esto estavan los christianos dudosos, porque si dejavan la quistion era mas peligrosa la salida que fue su entrada; y aquí el marques de Villena los juntó, y tal animo les dió, que todos aquellos caballeros y capitanes y gentes escogeron..... en la fortaleza de sus personas ofreciéndose á la muerte antes que perder lo que avian con tanto trabajo y derramamiento de sangre ganado, y como no se hallasse ninguno menoscabado de esfuerzo, presente el acatamiento del capitan general, de impreviso tan fuertemente apretaron el combate, y tan en orden horadaron las casas de una en otra, que con impeto los arrabales ganaron; do mataron todos los moros que alcanzaron antes que en la ciudad se entrassen, y tomado gran despojo el marques no dió lugar que los unos á los otros se lo tomassen, antes mandó que cada uno gozasse de aquello que su suerte le avia dado, segun se lo avia prometido quando en el peligro les habló. E Rodrigo de Ulloa, contador mayor del rey y la reyna, que cargo de los cavalleros de la casa real tenia, consultado con el marques puso su estanza con ellos junto á los adarves del alcazaba, que por menos peligro ovieron el gran combate que en las calles les dieron que el que con piedras de las torres aquí sufrieron. Los moros viendo ganado su arrabal, que era la mayor fuerza de su defensa, ni tenian corazon para pelear ni fuerzas para se defender. E con esto fueron privados del sentido á no saber dar remedio; el qual si dar la ciudad al rey, no tenien otro, y á esto impedia temor porque los moros vecinos naturales recelavan de la yra del rey por el desbarato que hicieron quando mataron á *(a)* don Rodrigo Tellez Giron maestre de Calatrava. El rey y sus cabeceras alcaydes y cavalleros estavan temerosos del quebrantamiento y falta de su fe y palabra que dió de servir y ser vasallo del rey, quando le dió libertad del cativerio en que su prision le puso. Con esto los unos y los otros estavan tan turbados que no se sabian dar remedio, pero al fin los de la ciudad tomaron el consejo mejor, y suplicaron y aun requirieron á su rey entregasse la ciudad al rey; al qual temor de su yerro pasado no le dava seguridad, y les respondió que antes devian allí morir por su ley y por su bien que someterse á la servidumbre de los christianos, y con esta su respuesta trabajó de los esforzar. Los moros visto que cada dia mas veian su daño, y el rey su necesidad y peligro, y como de nuevo le tornaron á decir y suplicar que con tiempo les diesse remedio, ca si pensassemos (decian los naturales al rey) que muriendo, nuestra ciudad fuesse libre, de gran voluntad yriamos á la muerte; pero morir y perder el lugar y nuestras mugeres y hijos cativar, por mejor avemos gozar de la piedad del rey con que nos recibirá, que al rigor de la pena que si por fuerza esta ciudad entra nos dará. Ca bien creemos, señor, decia Yza Alatar (hijo del Alatar viejo al rey), que algunos y muchos inconvinientes ay en nos dar á los christianos; pero los tiempos mudan los consejos do se aclara lo que se ha de tomar ó huyr. Visto el rey de Granada la necessidad peligrosa en que estava, y no dalle tiempo de lo que devia hacer, antes que se alargasse mas el escandalo, hizo hablar en el estanza de Gonzalo Fernandez, que era junto á una torre del alcazaba que allí está, que dicen de Benjebit, que quisiesse dar orden para le hablar. Gonzalo Hernandez luego essa noche fue al real y dixo al rey lo que por parte del rey moro le era hablado, y pidió licencia para entrar en la ciudad, confiandose en las buenas obras y servicios que le avia hecho estando cativo en Cordova y á sus híjos en Porcuna. E como el rey y muchos Grandes le pussiesen inconvinientes en su entrada, dijo: «Por cierto pues el.... rey de Granada me llama: miedo no hará du.... por lo de remediar todo es aventurar. Gonzalo Fernandez tomada licencia entró en la ciudad

(*a*) Este desbarato y muerte del Maestre fue por julio del año de mil y quatrocientos ochenta y dos años.

de Loxa y llegado al rey que halló herido en el brazo: «Señor muy excelente, dixo él, ¿qué hace vuestra señoría que no se somete á la razon y no á la fortuna? pues que quanto aquí señor estays, tanto mas perdeys, porque el rey está determinado de no alzar su hueste de sobre esta ciudad hasta ver el fin desta su empresa. Bien creo, señor, segun la prudencia de vuestra señoria que esto y quanto se os puede decir sabeys; y si lo dexays de hacer es pensando que su alteza terná odio contra vos por lo passado; y no lo deve vuestra señoria creer, porque quanto mas en fatiga estays tanto mas clemencia en él hallareys; y tened, señor, creydo que assi como el servicio tiene presente, assi todo deservicio y yra se le olvida. Por ende vuestra señoria debe ponerse en sus manos: ca es tanta su piedad quanto de aquella teneys necessidad, y en vuestra seguridad no tengays sospecha, y mirad, señor, que Dios todas las cosas á buen fin guya, pero despues de se las encomendar, conviene ser aquellas con priessa procuradas; por ende, señor, entienda en lo que le cumple y salga de aquí: porque quanto mas, mas se empeora vuestra estada, y poneys en aventura vuestra persona real, estado y fama, que no es de nuevo someterse los hombres al poder del mayor. Ca si, señor, os acordays de lo que vistes poco ha, quando los arrabales desta cibdad se ganaron, mas fue causa de los entrar maravilla de Dios que esfuerzo de los hombres, segun la multitud de la buena gente que los defendia, y la recia fuerza de la disposicion de las casas y calles que en ellos ay. Catad, señor, que por la mayor parte la esperanza engaña, y como engañà daña. No dudo, señor, que como tanto sea por vuestra señoria desseado sostener esta ciudad por estar en el miradero de todo vuestro reyno de Granada y de todo Africa, se os haga facil de la defender, y tambien acordandoos otrossi como el Alatar que era solo alcayde la defendió al poder grande de su alteza. ¡O señor, cómo estos caminos que nos parecen ligeros se nos tornan peligrosos! porque aquesso que vuestra señoria piensa, aquello fue un esperiencia de proveer esto, de tal manera que os suceda al contrario de lo que, señor, pensays, y algunos os aconsejan. Por ende, señor, tened esperanza en lo que servireys, y no tengays temor en lo que aveys deservido. Y pues que aqui no ay pena no persevere vuestra señoria en culpa: ca lo aveys con rey humano, y vuestra rebelion no le haga estraño para que en lugar de olvidar el yerro cobre yra. Ca él usará con vuestra señoria de la misericordia que siempre tiene, y no del rigor de la pena que los que os aconsejan merecen». Fenecida la razon del consejo que Gonzalo Fernandez al rey de Granada dió, é conociendo todos assi suyos como los de la ciudad, andavan de unos en otros diciendo que se devian de dar al rey, y tomar con tiempo el partido mas provechoso que mejor les estuviese. El rey de Granada estando en aquel aventura que estan los que no tienen remedio en su necesidad, dixo á Gonzalo Fernandez: «Señor alcayde, espero en Dios de os merecer ésta con las buenas obras que de vos he recebido; y pues el consejo que me days es tan bueno, aquel obedezco: aqui estoy, no para pedir, mas para recebir aquel partido que el rey mi señor me quisiere dar, en cuyas manos pongo mi persona y esta ciudad. Lo que á vos, señor alcayde, pido y á su alteza suplico es que los vecinos y moradores y huespedes della los mande mirar con piedad conservandolos en su ley y haciendas: ca para mi no pido otro partido mas que aquel que mis servicios merecerán». Salido al real Gonzalo Fernandez, y hecha relacion al rey, otorgó quanto el rey de Granada suplicó, con mas que los que quisiessen pasar allende, les mandaria dar navios seguros en que pasassen, y bestias á los moros que fuessen á Granada. Aquí al rey dixeron algunos cavalleros de la hueste, que estando en tan buen estado el cerco, y el rey y moros en tanto aprieto, se le avia fecho gran partido, aviendo el rey de Granada tanto desobedecido, á los quales el rey dixo: «Yo he avido por bien todo lo que se ha hecho con este rey, pues es rey y me pide perdon de lo passado. Ca assi como agora no falta piedad, menos me fallecerán fuerzas si errase para lo tomar». Salido el rey de Granada de la ciudad de Loxa, y con el Gonzalo Fernandez, llegó á besar las manos al rey y dixo: «Por cierto, muy poderoso señor, mas por necessidad que por voluntad he andado fuera de vuestro servicio; pero la clemencia que en vuestra alteza he hallado, y el infortunio que he pasado me obliga para siempre á vuestra alteza servir: para lo qual obligo vuestro gran poder». El rey por el mismo in-

terprete le respondió que bien tenia creydo lo que avia hecho era constreñido á ello mas por voluntad agena que por gana suya; pero que todo olvidado y presentes sus humildes suplicaciones, avia otorgado lo que Gonzalo Fernandez en su nombre le avia suplicado, y que si mas quedaba de se hacer lo mandaria proveer: «Y porque desseo todo vuestro bien os ruego que assi como days palabra de servir, tengays obra para la complir: y en buena ora vos yd á vuestro reyno, porque vuestra ausencia no dé osadia á los vuestros para se juntar con vuestro tio y enemigo». Buelto el rey de Granada á la ciudad de Loxa, y desocupada la fortaleza que está en la alcazaba della, se entregó la tenencia por mandado del rey á don Alvaro de Luna, señor de Fuente Dueña, en veynte y nueve de mayo de mil y quatrocientos ochenta seys años. Este rey de Granada con los suyos se fue á las partes de Vera y Almeria, y los vecinos de Loxa con sus bienes á Granada. Este dia salieron gran numero de cativos christianos que estavan en esta ciudad á besar las manos al rey, el qual les mandó proveer de vestir y de comer.

Cerco de la ciudad de Granada y fuego del real.

Como el rey tuviesse mucho cuidado y vigilancia de no dejar á sus gentes criar molleja enemiga de la guerra, continuó la conquista comenzada contra el reino y rey de Granada para que sus cavalleros y súbditos se exercitassen en ella, y ganassen honra y provecho della, y sus rentas fuessen bien empleadas en guerra justa gastadas. Entró en la Vega de Granada á 27 de abril de noventa y un años y passó al Padul, y de allí embió al marques de Villena capitan general de hueste al Val de Letrin con mucha gente de pie y de cavallo; y entrando en esta tierra, donde ay cantidad de aldeas, quemaron y robaron muchas riquezas que avia en ellas, do mataron muchos moros que estavan descuidados, admirados porque en sus edades no avian visto ni oydo aver entrado allí otros christianos sino aquellos que ellos y sus passados metian aherrojados: los quales peleaban con los christianos con todas fuerzas por defender sus bienes, hijos y mugeres y vidas. E assi andando el rebato por el valle, de improviso se juntaron los moradores del, los quales fueron socorridos de muchos que de las Alpuxarras vinieron, y todos tan recio y tan en orden se metieron en los christianos peleando, quanto ellos con ánimos fuertes á muchos moros debaratataron y mataron. Y como este valle fuesse grande y ricos los moradores del, los christianos por cobdicia de aver ricos despojos passaron más adelante de aquel lugar que les era mandado por el marques. E como una quadrilla de cavalleros y peones se adelantasse encima del lugar de Beznar, á ellos vinieron muchos moros que se avian recogido en Lanjaron, y estos juntos ataxaron á los christianos que andavan robando sueltos y desmandados; y las vanderas enemigas cerca unas de otras, travaron el escaramuza y de poco principió. En breve rato fué tan recia y tan reñida, que de los unos y de los otros murieron gran parte de todos. Llegada la nueva á Gonzalo Fernandez, que le dixeron en esta escaramuza era *(a)* muerto un cavallero page de la reyna, aguijó con la gente de su capitanía, y en el peligro se metió tanto que con los que llevó y halló apretó con los moros hasta los echar adelante de la puente de Tablate, donde á la priessa del passar los christianos tomaron y mataron muchos moros. E allí en esta puente se hicieron tan fuertes que no se pudo passar á ellos. El marques recogida y rica su gente de ricos despojos de seda, ganados y moros, llegó al Padul do estava el rey, que otro dia vino á assentar su real al Gozco, que es junto de aquel lugar donde mandó labrar la villa de la Santa Fé, donde vino despues de muchos dias, que estava allí el real, la reyna; y estando rezando junto á la cama do estava el rey durmiendo, el ayre que por una ventana entrava en la cámara meneava unas cortinas de seda que davan en la vela del candelero, y aquellas quemadas, dió en las ramadas de una en otra; se quemó gran parte del real y toda la tapecería del rey y de la reyna con mucha parte de la cámara. Doña María Manrique, que lo supo de improviso, de Yllora embió á la reyna muchas y buenas camas y rica tapecería, suplicándole se sirviesse dello, con más camisas y cosas de lienzo labrado que á las infantas y damas dió, que de todo el fuego les hizo falta. La reyna de su mano le escrivió, y en la carta y de palabra mucho

(a) Este page se decía Avellaneda.

agradecimiento le dió. E á la noche venido Gonzalo Fernandez de la guarda del campo, donde estuvo dende luego que el fuego dió rebato en el real, la reyna le dixo: «Gonzalo Fernandez, sabed que alcanzó el fuego de mi cámara en vuestra casa, que vuestra muger mas y mejor me embió que se me quemó».

El desbarato que en los moros se hizo donde dellos fueron muchos muertos y cativos, y el que ellos hicieron el mismo dia en los christianos.

En la Vega y heredades della á tercer dia la gente del real repartida por capitanias, hacían talas do eran contino escaramuzas. E como el rey llevasse un dia á la reyna á las ver, buelta la rebuelta de una aguijada *(a)* que se dió, hizo muy grande daño en los moros. Los christianos pensaron ardid que llegada la gente al real volverian descuydados á llevar los muertos, que era gran numero. Don Juan Tellez Giron, conde de Ureña, y don Alonso Fernandez de Córdova, cuya fue la casa de Aguilar, y don Diego de Castrillo, comendador mayor de Calatrava, capitan de los continos del rey y de la reyna, y otros muchos cavalleros y capitanes metidos cerca de Armilla, tras unas paredes que están allí, de un atalaya puesta en un álamo fueron vistos por los moros, que con desesperacion atrevidos arremetien diciendo: «Fenezcamos oy nuestros trabajos con el presente peligro, pues guarda es de la vida el menosprecio de la muerte, y bolvamos que cerca de los christianos no ay oy igual menosprecio que nosotros, porque veen se nos hacen las cosas de mal. Apriessa, ca si nos mezclamos con ellos sofriremos menos afrenta y ellos recibirán mayor daño». Los quales con mas forasteros que le vinieron del Alpuxarra y de Val de Lecrin rebolvieron sobre el ardid en tal guisa, que la gran vitoria pasada en la mañana, á la tarde con menos peligro y mas seguridad los peones y cavalleros moros, por ser muchos mas apretaron la quistion en tal manera, que *(a)* con las armas y cavallos de los christianos muertos matavan los vivos, sin perdonar ninguna edad; y los que quedavan reputavan ser aquel dia postrero de su vida, porque con tal furia se defendian, que la necessidad de se desenredar de los moros era causa de mas pelear. Muchos ovo que aviendo respeto á su acostumbrada virtud, dejaban de huir de manifiesto: ca rempujandose unos á otros se dañavan cayendo con muchas heridas que recibian, y no daban pocas los nobles, que quanto mas los suyos los dejavan, tanto mas cerca de los enemigos se hallavan. Gonzalo Fernandez puesto en un passo estrecho de un acequia, que las hazas no se *(b)* andaban por el agua de que las avian llenado los contrarios, con manos y lengua los detenie diciendo: «Gocemos oy, señores, del error de los enemigos que tan descaudillados vienen y seamos capitaneados de vergüenza y no de temor, que si comunicamos el ardid, no participemos el huir, y nuestra huida bolvamosla en ira y demos buelta». E como fuesse la mas gente de rebaños y no conocida y los mas de perrochas, pocos le siguieron, y con algunos nobles por salvar á Diego Ximenez, adalid, que aunque con esfuerzo faltavale sangre y fuerza, le hirieron y el cavallo muerto. Mendoza, de que lo vido salpicado de sudor y sangre: «Tomad, señor, dijo él, este, ca de pie no vos podreys salvar lo que yo sí». E como arreziase el peligro, los christianos ni guardavan capitan ni acatavan dignidad, antes assi como los unos el lugar que vivo tomavan muerto lo ocupavan, assi otros davan lugar á las arremetidas de los moros, el peligro de los quales Gonzalo Fernandez en poco tenia por conservar el honor de la capitania. Ca como á los otros capitanes recibido reves menoscabavan en autoridad, este de tal manera en la quistion se avia que crecia su mandar. Salidos de allí algo mas adelante fue tan recia el aguijada que los moros, que ocupados los animos en la matanza tenian dieron, que aquel *(c)* Men-

(a) Este daño que este dia los moros recibieron, aunque aqui apriesa se corre, fue asaz grande y el principal que en la guerra en campo en ellos se hizo. Ca dejado la prision del rey mozo y el desbarato de la de Lopera, que ambos fueron mucho y lo mas recio de la conquista del reyno de Granada, esta aguijada que á los moros se dió, que llaman la del Rubit, y por otro nombre el dia de la reyna, mayor fué que la del Canete de Guadix, estando el rey sobre Baza y la de la sierra de Bentoniz, teniendo cercado á Velez-Málaga, que fueron ambos assaz grandes desbaratos.

(a) Con estos muertos deste dia mataron dos buenos cavalleros; á Juan Rodriguez Manjarrez y á Tristan de las Casas alcayde de Osuna, que con la gente della y de Moron se metieron en la furia del peligro por sacar del al conde de Urueña, cuyos criados eran.

(b) Muchas veces los moros echavan en la Vega el agua de los rios Darro y Genil, quando para mas ofender ó mejor defender les convenia.

(c) Este Yñigo de Mendoza era de Baeza, hijo de un cavallero de aquella ciudad que decian Rodrigo de Mendoza.

doza mataron; la muger del qual Gonzalo Fernandez contino sostiene, y á sus hijas dotó largo. Por consiguiente, en el real essa noche ovo tristeza; pero no mayor que llanto en la ciudad. Otras muchas cosas que seria obra no ligera de contar, hizo en las dichas guerras este Gonzalo Fernandez, continuando las entradas y almogavarias y escaramuzas, cercos y combates, assi yendo con el rey como con capitanes generales que en el Andalucia ovo en aquel tiempo, y muchas entradas por si con su gente y veces con mas allegadiza; y el recabdo que puso mediante el peligro en que estuvo, con trecientas lanzas y mil peones para assegurar las recuas que yban al real donde el rey estava sobre Coin y Cártama; y el sobrepujar que tuvo su esfuerzo con osadia quando entró por mandado del rey y la reyna *(a)* en Alhama dende Antequera con gente suya y della y de los capitanes Rodrigo de Torres y Miguel de Ansa, teniendola cercada Muley Bulahacen rey de Granada la segunda vez, la entrada del qual quanto á los moros pesó los cercados se fortificaron, por el provecho que á su necessidad les vino, no menos de gente que de la pólvora y almacen que les metió, de que tenian gran falta sus vallestas y tiros: que tan menos le conocian tirandole quanto á los moros que juntos todos llegaron á la puerta de la fortaleza por donde entró al alva del dia; y de la salida que escapó cuando tentó *(b)* de sacar del corral de Granada los cativos el año que la embidia obró su oficio y lo desvió segun suele estorvar las grandes hazañas.

Trato de la entrega de Granada.

Como durasse el sitio sobre Granada ovo lugar muchas veces de saver Gonzalo Fernandez del rey della, al qual certificava era su tan servidor como cuando tenia mandamiento del rey y de la reyna para le seguir. El rey mozo que era agradecido holgava dello. Comunicandose esta cosa, seyendo terceros las espias que Gonzalo Fernandez tenia contino en la ciudad, ratificaron la fabla, que tiempo avia era entre ellos passada, de que si le hiciesse el rey y la reyna tal partido, les entregaria á Granada. Esto llegó á estado de trato; y para efetuallo era necessario persona del rey y de la reyna, de quien el rey mozo se fiasse, porque él temia de la furia del pueblo sabiendolo. «Yo, señores, dijo Gonzalo Fernandez al rey y á la reyna, iré á la puerta de Nexte, donde el rey dice hallaré al Muley» «Gonzalo Fernandez, le dixeron, por la poca seguridad que *(a)* ay de Holeylas, que es la guia, cessará vuestra entrada de que ay necessidad: porque este haciendo doble con la ciudad el trato con vuestra persona, que mas que aquel le tiene se perderá: porque Fernando de Zafra, que allá tarda, se cree lo ayan muerto ó preso *(b)*.» «Poderosos señores, quando se ofrece tal caso en que hombre pueda mostrar virtud sirviendo á sus señores, no ha de abatir su animo á semejante obra, ni se deve temer trabajo presente, ni recelar el daño futuro. Con el ayuda de Dios, cuya causa principal es, yo iré esta noche con Holeylas al lugar por el rey señalado, y llevaré uno mio que sabe guyar fuera de los lugares y passos assechosos. Por ende vuestra alteza mande hacer memorial de lo que con el rey se ha de assentar». Al quarto de la modorra, con animo enhiesto, sin que ningun peligro le apasionasse, salió del real, hurtandose de las guardas: antes de la luz primera llegó á la Alhambra, donde halló con el rey á los Alfaquíes Chorrud y el Pequeni, y el alcayde Muley, y secretario Fernando de Zafra; los quales assentados los partidos y hechos en capitulos: «Decid, señor (dijo el Muley á Gonzalo Fernandez) ¿qué certidumbre se terná del rey y de la reyna? dexen al rey mi señor las Alpujarras que es el primero capítulo de nuestra negociacion, y como á pariente que promete le tratarán». «El debdo y tierras dijo Gonzalo Hernandez, señor alcayde, durará quanto durare su señoria en el servicio de

(*a*) Esta entrada en Alhama fue por avril de mil y cuatrocientos y ochenta y dos años.

(*b*) Este sacar del corral de Granada los cativos, fue un ardid muy singular y esforzado y espiado, y bien tentado por Gonzalo Fernandez. Y llegado gran número de gente y capitanes para efetuallo, y puesto á pie cerca de los molinos, que allí á la subida estan, al tiempo del sobir aqui, ovo tantos inconvinientes mas de embidia que de temor, que cessó el mas honrado hecho que en nuestros tiempos ha acaecido en España.

(*a*) Este Hamete Holeylas fue un vecino de Granada que salia al real muchas veces secreto con el trato.

(*b*) Nomillo se quexaba a Gayo Cesar porque le encomendava pocas cosas peligrosas, diciendo que su hermosa edad perecia sin la ocupar en cosas famosas Assi en esta entrada Gonzalo Fernandez mas pensava en lo que servia que no á lo que se ponia. Ca como le dixesse la reyna que mirase yva á gran peligro: «Yo, poderosa señora, dijo él, desta entrada no se lo que ha de ser; mas se lo que puede ser, que bien ansi como todas las cosas pueden acaecer, asi sé que no han de acaecer todas».

sus altezas.» Y concluydo lo de Granada con la entrega della segundo dia del año de mil y quatrocientos noventa y dos, Gonzalo Hernandez con su muger quedó en ella con intencion de tomar emienda del trabajo passado; y de allí fué llamado por el rey y la reyna al tiempo del nacer la guerra en Ytalia y despierta la de Nápoles: al qual mandaron ir á aquel reyno por capitan general, donde se le recreció muy gran colmo á sus muchas y grandes hazañas con las grandes guerras que en Ytalia y Nápoles á los franceses hizo; y á reyes, á príncipes y á grandes señores y señorías y que lo siguieron; é batallas que venció, y combates que á muchas ciudades y villas y castillos dió; con muchos turcos que destruyó, hasta que pacifico el reyno de Nápoles, al rey en persona entregó y (*a*) higado dió: que fueron tantas y tales que aquellas diciendo ó escriviendo, aunque con sobrado ingenio, se harian menos de lo que fueron. Los cuales franceses decian: si el (*b*) esfuerzo de Lucio Dentado feneció, con Gonzalo Hernandez renació; pues con su estada en Ytalia toda cosa reverdece, y aquel pueblo es mas cerca á la guerra que está lejos de su encomienda, ca contino lo tenemos presente acordándonos de su presteza sabida. El qual ydo á Nápoles, que con los exércitos enemigos titubeava, porque Ytalia de los franceses era passeada, de los quales los campos plantó, y tan vacia de bivos la dejó, quando la holló, como llena la halló. A los quales franceses cerca de los ytalianos era otorgada la gloria del conquistar, hasta que vieron á Gonzalo Hernandez tan delantero guerrero que mas con obra que con sozobra atormentava. E continuando aquella costumbre de griegos y romanos que con los claros y maravillosos capitanes acostumbravan, aunque enemigos, hacer, de dalle renombre, bien assi á este Gonzalo Hernandez, èn quien vieron las bondades pertenecientes á buen consul, con lleno consentimiento de todos le apellidaron Gran Capitan, por le ver subir á tan alta cumbre que en crecimiento de dignidades le esperavan ver; y demas deste nuevo nombre ganó docientos estandartes y banderas que tomó en batallas y reencuentros y combates que venció, y mas la manada de (*a*) estados que dejó, que son tres veces duque de Terranova y de Sesa y de Santángelo, y marques de Vitonto y gran condestable del reyno de Nápoles: lo qual todo ganó en aquellas guerras, con mas que comió en la mesa con los reyes de Aragon y Francia en la ciudad de Saona donde le dijo el rey en su frances: «Gozado me he, famoso (*b*) Gran Capitan, señor, en aver visto vuestra persona, por no admirarme de vuestra obra, la qual bien se concuerda con vuestro linage y fama». Los quales grados de onores tampoco ensobervecieron la grandeza de su animo, quanto primero no le avian abajado la delgadez que tuvo de lo necesario; antes aquellos estados recibió y posseyó con no mas mudanza que si los de sus abuelos heredara (*c*), honrando las dignidades y no aquellas á él.

Recibimientos que al Gran Capitan se hicieron.

En España venido el Gran Capitan á pocos dias despues que el cathólico rey desembarcó, se le hicieron muchos recibimientos: del número de los quales tres, Valencia, Burgos, Santiago de Galicia, contaré.

Recebimiento de Valencia.

En Valencia, á do por la mar vino, la reyna Germana que la gobernacion della tenia, mandó todos estados de aquella insigne ciudad le saliessen á recebir enviándole los nobles de alli mulas y cavallos bien aderezados, para que dende el puerto á la ciudad él y los suyos viniessen. Muchos afirman que alli se

(*a*) El higado dice, porque aquí en Nápoles hizo el Gran Capitan al rey un rico presente de un balax nombrado y estimado por mejor de las piezas excelentes de los joyeles de Ytalia que llaman el higado: y que de aquel su alteza se sirviesse porque era pedazo de los buenos que le quedaban para su servicio. Muchos afirman valia mas de veinte mil ducados aquel joyel.

(*b*) Marco Varron, que fué valiente historiador y esforzado cavallero, pone que en este Lucio Dentado feneció la fortaleza de los romanos y que tuvo mas claro resplendor de esfuerzo que ninguno de los que en su tiempo fueron.

(*a*) En estos estados y señorios ay nueve obispados y un arzobispado, la provision de lo cual era al Gran Capitan que los adquirió por su propia virtud, y nuevos fechos con mas gloria que si eredara de sus passados la potencia y riquezas dellos.

(*b*) Assi grave se mostró el Gran Capitan al tiempo que el rey de Francia aqui le hablava quanto en armas era reputado poderoso: y que no menos valiente decian los franceses era en sabiduria que en grandeza de corazon: ca por igual le tenian en buenas costumbres con sus hechos maravillosos de guerra.

(*c*) A las virtudes no crece honor (dice Boecio) por las dignidades, mas á las dignidades por las virtudes; bien assi el Gran Capitan en tal manera administrava sus señorios, que mas honra dava él á ellos y á su estado, que su estado y señorios á él.

hallaron, que solo palio (para ser bastante recebimiento de un gran príncipe) faltó, porque aliende de la gente eclesiástica que muy ricos y ataviados salieron con los grandes y cavalleros, aquel dia fueron vistas todas las señoras, damas y doncellas de la ciudad y tierra: estando las calles, plazas y ventanas tan llenas de todo género de hombres y mugeres, que decian avia muchos tiempos igual ni tanta gente fué junta en fiesta. Vinieron con él á las casas del conde de Oliva, que le dexó libres en que posasse muy rica y lindamente ataviadas, en que en cinco quadras ovo cinco camas de seda y brocado y las salas de rica tapicería entoldadas, con mucha abundancia de olores, frutas y conservas que los oficiales deste conde proveyeron. Aqui el Gran Capitan dende algunos dias que avia tomado de reposo, mandó á los suyos que se aderezassen para ir á la córte, y mandóles dar cinco mil varas de seda ansi á sus cavalleros y gente como á otros que con él desembarcaron.

En Burgos.

Salido el Gran Capitan de Valencia con no menos acompañamiento que le fué fecho recebimiento, llegó á Burgos do estaba el cathólico rey que mandó le fuesse fecho solene recebimiento, en que lejos de la ciudad salió en orden toda la copia de la córte prelados, grandes y cavalleros, capellan mayor, capellanes, presidente y consejos y inquisicion y órdenes, y contadores mayores y comendadores mayores de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, y los comendadores de ellas y la justicia real y la ciudad y regidores y cavalleros della hasta llegar á palacio, do primero todos los suyos por orden besaron las manos al rey, que alegremente los recibió; y al Gran Capitan para lo abrazar de la silla largo se apartó, y asi le dixo: «Gran Capitan *(a)*, la ventaja que á los vuestros llevays en la guerra, en la paz vos han tomado oy», con otras palabras muchas de placer; y en aquella misma orden que llegó á palacio por el mismo mandamiento real le fueron á dexar en su posada que fué las casas de Covarruvias, principales de aquella ciudad excelente.

(a) Esto desta ventaja decia el rey porque el Gran Capitan acostumbrava ser el primero en la lid y el postrero que della salia.

En Santiago de Galicia.

Morando muchos dias el Gran Capitan en la córte tuvo cargo de procurar con entera voluntad por los que en el reyno avian fecho atrevimientos, de los que suele acaecer en ausencia del rey y poca color de justicia: en el qual oficio aprovechó mucho y á muchos, á los unos el rey los admitiesse á su servicio y á otros que les hiciesse mercedes; en lo qual tardó mas de lo que él quisiera para ir á Santiago, que era jornada por él prometida y mucho desseada; y antes que otros estorvos de agenos negocios le ocupassen, entró en aquel reyno. El arzobispo, que su venida supo de improviso, le hizo un tal recebimiento qual á su persona convenia; saliendo él y sus cardenales, clérigos y cavalleros, y nobles de aquella ciudad y tierra lexos á lo recebir muy honradamente; y llegado á Santiago, aposentóle en sus casas ricamente aderezadas y entoldadas. E aqui dende algunos dias el Gran Capitan adoleció. Este arzobispo de Santiago (don Alonso de Fonseca) usando de su animo liberal proveyó tan abundantemente de todo lo necessario á su dolencia no solo de la ciudad, mas de Portugal y Castilla mandó traer cosas necessarias para su cura: con mas mandando en la ciudad y tierra que ninguna cosa se vendiesse ni diesse para la casa y despensa del Gran Capitan, ni para ningun cavallero ni persona de las suyas, ca era tan abundantemente lo que de la despensa y casa del arzobispo se dava de todo linage de pescados de mar y rio, carnes, aves, vinos, conservas, frutas, con todo lo á mantenimiento necessario, de lexos y cerca traydo, que avia para proveer á mucho número de gentes. Ca sus oficiales tanta diligencia ponian en esto como si fuera su propio señor el enfermo. Tengo sabido de persona bien digna de fé muchas personas estrangeras que allí en Santiago se hallaron con tomar nombre de ser del Gran Capitan, á las bueltas tomavan de aquellos montones muy otorgadas raciones: y los mismos mayordomos del arzobispo los conocian ser estranjeros y holgavan ser engañados dellos. Puesto en mejoría el Gran Capitan para poder caminar al tiempo que se quiso partir, despues de los ofrecimientos que entre él y el arzobispo passaron segun costumbre de grandes y uso de señores, le dixo: «Aqui, señor, me parece que no menos vuestra casa sana

el cuerpo que vuestra iglesia el alma: ca assi es por cierto mediante Dios la diligencia que en mi dolencia han puesto, vuestros criados y su solicitud me ha dado la salud».

E dió el Gran Capitan en esta jornada á la yglesia de Santiago, porque toviessen cargo los cardenales y señores della, de hacer una fiesta cada año de bisperas y missa, treynta mil maravedis de juro y muchos ornamentos de seda y brocado y una lámpara muy rica de plata dorada.

Los quales tres recebimientos por triunfos podrian passar si los pusiera en tal estilo escritor que no escreviera corto, que he por mejor callar que de lo mucho dezir poco.

Cómo despues de venida la nueva de la batalla de Revena mandó el rey ir al Gran Capitan á Ytalia.

Estando el rey en Burgos le llegó certeza de la batalla que sus gentes y del papa y venecianos, y los mas de la liga ovieron con los franceses cerca de Revena, do de una parte y de la otra murieron la mayor parte de las dos huestes, en especial de los franceses; por lo qual fué necessario enviar gente nueva y capitan esperimentado en Ytalia. Los descarriados que era la parte mayor davan las bozes por el Gran Capitan que en Roma quando llamaban á Camillo *(a)*; y con esta nueva vinieron cartas del papa y de la liga para el rey que embiasse á ella al Gran Capitan, en cuya yda estaba el remedio; que ir solo de gente el nombre del Gran Capitan allá, seria tanto terror y espanto á los enemigos quanto animo y placer tomarian los suyos. El rey que del Gran Capitan conocia ser diestro en el arte de las armas, y diligente en el proveer de assentar la hueste do menos daño recibiesse, y mas proveydo el real de mantenimientos y aguas, y de las assechanzas y peligros de los enemigos estuviesse seguro, y el que primero se lanzava en ellos, afectuosamente se lo rogó. «Yo, señor, dijo él, desseo servir tanto á vuestra alteza que á la mas pequeña cosa de vuestro servicio porné mi persona aunque pierda la salud de aquella. Lo que suplico á vuestra alteza es mande dar tanta y tal gente quanto al negocio conviene, y con ellos mande breve y largo cumplir.» Aceptada la yda por el Gran Capitan á Ytalia, luego el rey lo envió á denunciar allá escribiendo al papa y capitanes de la liga de improviso seria con ellos el Gran Capitan, que les embiava en él otro *(a)* Fulvio. Sabido que el animoso capitan bolvia á Ytalia, la corte se rezumava para ir con él, poniéndose en nóminas en que en ellas se escrivieron el duque de Villahermosa, y el conde don Fernando de Andrada y otros cavalleros amadores de guerras peligrosas, y muchos valerosos varones y hijos de señores de estado y número de otra gente sin número de muchas ciudades y villas que embiaron, y otros que vinieron ansiosos de mudanza de tiempos por verse hartos de bienes, que con la paz no les sobran. Ydo á palacio á besar las manos al rey y despedirse para se partir, fué tan acompañado de los señores y grandes que en la córte se hallaron, quanto á su persona convenia. La misma compañía salió de la ciudad hasta el fin del dia, y algunos grandes ovo que essa noche vinieron á aposentarse con él. Aquellos bueltos, con muchos cavalleros y gente se vino á Antequera por estar cerca del embarcar en Málaga; y como las cosas de la Ytalia fueron mudadas en mejor estado, cessó su passada. Muchos de los cavalleros y otros que vendieron parte de sus rentas y patrimonios para ir con él, apiadándose dellos, larga y cumplidamente cumplió con ellos; y hecho escrito de lo que les mandava dar, un su criado visto aquel ser en mucha cantidad: «Vuestra señoría lo vea (dixo él), que mas monta de sesenta mil ducados lo que á estos señores se les da». «Daldo, que para usar dello lo quiero; que el gozar de la hazienda es repartirla».

(a) Dice Valerio que este Furio Camillo fué tan valeroso varon que estando cumpliendo su destierro en Ardea, con licencia salió della y dió en los galios que andavan en los campos de Roma haziendo guerra después que entraron en la ciudad, la qual recobró, y socorrió el capitolio que dentro estava el senado cercado y que tal desbarato en estos franceses hizo que no quedó ninguno que fuesse á dar nueva de su pérdida.

(a) Deste Fulvio, que por otro nombre se decia el mas noble, dice Sesto Frontino que aviendo de necessidad de pelear con pocas gentes que tenia contra el grande exército de los samnites, que estavan muy sobervios porque las cosas de la guerra les avian sucedido en prosperidad, fingió que avia corrompido con pecunia una legion de los enemigos á passarse á los suyos: y para dar fé á ello mandó á los tribunales y centuriones que cada uno truxese todos los dineros, oro y plata que en la hueste oviese, para mostrar á las espias el precio que dezian ó tratavan, y prometió á los que lo diessen mucho más avida la vitoria: y con aquella su amonestacion y esperanza dió grande alegría en los romanos, que entristecidos por las cosas passadas estavan: las espias contrarias que alli estavan fueron á los suyos con esta nueva, que mucho los entristeció, y fueron en division. Cometida la batalla, se ovo muy clara vitoria con enriquecimiento de sus gentes que en ella ovieron.

Habla que hizo el Gran Capitan en Antequera á los cavalleros que con él avian de ir á Ytalia, quando supo cessaba su passada

«Bien es, cavalleros, que sepays como el rey nuestro señor me embia á mandar que esta nuestra passada en la Ytalia sobresea hasta marzo, porque ansi cumple á su servicio; y que los que aqui conmigo estays sus continos y criados vays á su corte; y que de los otros cavalleros le embie copia, porque de todos se tiene muy bien servido y quiere aver memoria para vos lo galardonar y hacer mercedes. De mi parte vos tengo en merced la voluntad con que, señores, aveys venido á servir á su alteza en esta justa jornada; porque con tal compañía esperava en Dios le dieramos buena cuenta de nuestras almas y al rey de su encomienda, y á los enemigos de la yglesia de vuestra virtud resplandeciente en maravillosa memoria, segun la santa y honrada empresa que tomastes: de donde os quedo, señores, tan obligado que en todos tiempos y horas que menester sea poner mi persona y casa por la de cada uno de vos, lo haré de tan alegre voluntad como pesar siento de vuestro apartamiento. Bien quisiera que fueramos en esta guerra, para que vierades las maravillas de Dios con la sobervia de los enemigos que allá nos llevavan, enredadores della. Los quales franceses, aunque assaz valientes varones, no yguales de vuestra dureza y esfuerzo; porque caso que se ayudan del saber, vosotros de aquel y mas de la osadía que estimo en mayor precio que su grande hueste: la qual no es cosa ligera de ordenar, porque mas estorvo reciben de sí mismos que de los enemigos, por ser como es la multitud de los franceses gente desordenada para pelear con los pocos bien regidos. Quanto mas que de vosotros, señores, conozco estays en carrera de bondad, con la qual ayuntays el amor que teneys á los trabajos y peligros de las armas. Una cosa es bien, señores, que sepays, que si fuerades en Ytalia al tiempo que se escrevian los romanos para ir en hueste, sus caudillos no os pidieran los votos que *(a)* juravan los que yvan en ella, ni menos en vuestro tiempo. Celandio *(b)* no pregonara en su hueste que el cavallero que desamparasse su estanza fuesse público enemigo del emperador. Ca he os visto de improviso tan tristes con esta no passada, que dá razon la cara de lo que deteneys en el alma; y, señores, no lo deveys hacer, porque si esto no fuesse en nuestro favor, ni Dios lo querria, ni su alteza lo mandaria; antes aquello es por mas mejor nuestro, pues mas seguro es, que á un punto peligroso que de muchas partes viene, se empeora la guerra. Bien veo, señores y honrados cavalleros, que la saña de toda razon enemiga ha engendrado en vuestros ánimos con esta nueva yra: porque mas quisierades allegamiento de batalla que alargamiento de tiempo, por arrebatar la victoria con gran fama de virtud, do dejarades tan gran memoria de gloriosa fama á vuestros descendientes, como la que heredastes de vuestros mayores; pero como todo esto procede de nuestro Señor, á él se le dé loor; y pues las cosas de la Yglesia y de la Ytalia van cada dia mejorando, mediante las fuerzas y esfuerzos de la gente que allá está, á los quales bien assi como por ello les es otorgado honra, no menos á vosotros merecimiento de gloria; pues para les ayudar llegastes á este lugar donde de vosotros, señores, se ha conocido, no por premia mas por premio de virtud aveys querido tomar trabajo loable. Al rey nuestro señor he escrito suplicándole vos mande á todos satisfacer y pagar los gastos y expensas grandes que para este camino aveys hecho. Bien espero ansí los que soys de órdenes en aquellas, y á los otros en sus naturalezas, sereys de su alteza bien y largamente gratificados. En lo que á mí toca es que no vos pagaré ni podré dar á todos lo que devo al uno: en especial considerando quien, señores, soys, y de quien venis y como venis; pero sé que mas mirareys á lo que puedo que á lo que devo, y tomareys aquello con aquella gana dado que el dinero que ofreció la buena y santa muger; que será lo que acaece quando missa encargays que days un real y es de precio infinito.»

Acabado el razonamiento, muchos de aquellos cavalleros no pudiendo retener el lagrimal ni disimular el pesar, á cavo de alguna distancia de tiempo pidieron á Rodrigo de Rivero por todos respondiesse el sentimiento grande que de la nueva ovieron, el qual ansi dijo:

(a) Juraban los romanos tres votos quando iban é guerra; obedientes á su capitan, no dejar las armas ni rehuir el morir por el bien de la patria.

(b) De los griegos fué capitan Celandio.

Respuesta que en persona de los cavalleros dió Rodrigo de Rivero al Gran Capitan.

«No será necessario decir á vuestra señoría la tristeza que estos cavalleros han tomado con la habla que les ha dado; pues su misma alteracion lo muestra, de que nos pesa tanto que otra ninguna nueva nos oviera alterado mas. Porque se alegravan quanto realegrar se podian en yr á la Ytalia con consul resplandeciente en dignidad y gloria y esperiencia de guerra, ques la parte principal de la empresa: porque presente vuestra virtud poco temor se tenia á toda multitud; pues otro (*a*) Salinator llevamos por avanguarda, en especial yendo á empresa de la defension de la Yglesia y con capitan que su uso es ayudar lo perseguido, á cuyo exemplo desseamos bivir. Bien quisieramos, señor ilustrísimo, que pues no han valido amonestamientos con los franceses en Ytalia, vieran vuestras fuerzas en Francia; porque de aquellas en Dios fiando nos resultara dignidades, riquezas y honores, que son devidas á los vuestros por el gran poderío y gloria de vuestra excelente persona: porque ante los ojos teniamos esta passada nos fuera onor increible. pues que yvamos con caudillo que sus bien aventuradas hazañas y loables vencimientos de batallas dan claridad en el mundo, de que toda sana boca habla. El pesar que estos cavalleros tienen melezina con que saben que vuestra señoría ilustre los tiene por perpetuos servidores, y por tales umilmente pedimos haya memoria de nos mandar: pues aquella misma retenemos para obedecer y agradecer la benivolencia con que nos ha tratado».

Mercedes que el Gran Capitan dió á los cavalleros y otras gentes que avian de passar con él á la Ytalia, quando dél se despidieron.

Ydos estos cavalleros á sus posadas, este Gran Capitan se fué á su cámara do les mandó embiar dineros y cavallos, plata, brocado y seda y ropas y perlas, á cada uno segun quien era y costa traya, y no menos á los que estavan en Córdova, Málaga y en otras partes aposentados; y aquella mesma cura tuvo de los alabarderos de la guarda del rey y gente de cavallo de aquella y de otros oficiales y personas que de grandes y otros señores se avian despedido para ir con él en esta jornada; á lo qual todo como fuesse presente un su criado: «Estos cavalleros y gentes (dijo aquel) á serviros, señor, vinieron, y para que repartiessedes de lo ageno y conservar lo vuestro: oy veo lo que dice (*a*) Fectora: que naturalmente nacen los hombres liberales. O, señor, cómo esta vuestra cámara tiene suelo, y en vuestra casa no lo de (*b*) Craso! Ca en este repartir deve vuestra señoría ilustre seguir lo que dice Valerio: que ansí como hombre no ha de dar mas poco de lo que deve, menos deve dar mas de lo que puede: que si Scipion y otros principales davan dádivas crecidas á los guerreros, era del despojo de los enemigos. No sé yo, señor, qué exceso hicieron estos vuestros bienes con tanto polvo y peligro ganados, que assi los meteys á saco; que por cierto no se lee en un dia dar uno de lo propio suyo lo que aveys dado oy á muchos de lo vuestro. ¿Qué mas haria vuestra señoría al enemigo en su propia casa de lo que haceys oy en la vuestra?» Al qual respondió: (*c*) «Anda vete, amigo, ca las leyes de la guerra son ser el capitan clemente y tener la mano larga y boca prudente; esse consejo que me das ser me ha de mala digestion, por no lo aver acostumbrado en ninguna de mis edades, ni seria bien aconsejado si de nuevo lo principiasse. Ca cosa convenible es al que tiene cargo de gente, no menos la franqueza que el honroso exercicio de la guerra; la qual assi como el capitan ha de punir corto, debe repartir largo; pues no menos es de culparle ser vencido por liberalidad que por armas. Mira que estos cavalleros veen y yo lo siento qual gastados estan, assi en el ornamento de sus personas, como en el gran gasto que los suyos cada dia les hacen; y si bol-

(*a*) Dice Justino que quando este Livio Salinator venció á Asdrubal mas con su persona que con demasía de gente, porque aquella no igualava con el exército contrario, le fué dicho que muchos de los franceses estavan derramados y sin capitan, y que facil cosa seria vencerlos con poca gente: respondió que convenia dejar algunos para su mal contar y contar su vitoria, y que el solo nombre de Salinator ponía espanto en los enemigos.

(*a*) Este Fectora fué filósofo.

(*b*) Este fué Marco Craso que tanto abundó en bienes que con el fruto de la riqueza dellos sostenia el grande exército que traya.

(*c*) La liberalidad del excelente emperador Tito increpada de los suyos porque dava todo lo que le pedian: ingratitud (les respondió) es no dar á aquellos que les falta, pues ellos no le faltavan. Assi aquí el Gran Capitan reparte y dá bienes á los que bienes le desseavan, aunque no se los demandavan.

viessen á sus tierras pobres, sus vecinos aborrecerian el oficio militar que es mas noble. Acuérdate de aquella palabra que decia esse Scipion que dices, que mas queria conservar un cavallero que destruyr mil enemigos. Ca bien ves que si nos faltare caudal, no nos faltarán amigos de verdad; que el varon no se ha de someter á baxos pensamientos, pues la razon á lo mas bueno nos lleva».

Cómo el Gran Capitan vino á la ciudad de Loxa donde adoleció, y fué á Granada donde feneció.

Derramada esta fama de liberalidad y alegre conversacion que con estos cavalleros y gentes el Gran Capitan hizo, creció en los corazones de los hombres tenerle tanto amor que todos unánimes deseavan servirle y seguille; y ansi con él y con la duquesa su muger vinieron acompañándolos hasta la ciudad de Loxa, que le fué dada con la justicia y tenencia della para su aposentamiento. E aquí tornó á mandar hacer nóminas de segundo repartimiento, tan colmadas como la otra vez; y en estas liberalidades se conoció dél tanto se realegraba en el dar, quanto penas, gemidos y cuidados tienen los avarientos en el guardar. Quedaron con él cinquenta cavalleros de sus continos y criados, con otra mucha gente, á los quales tenia en uso de bivir sin bollicios, limpios de reniegos, juegos y adulterios; y en esta observancia allí moraron casi tres años, usando marido y muger de aquel su oficio de liberalidad y charidad: do dieron testimonio hazian vida á voluntad del que dá la vida. E aquí adoleció de quartana en el mes de agosto; de la qual dolencia sus dias fenecieron en Granada de *(a)* edad de sesenta y dos años y dos meses, á dos dias del mes de diciembre de mil y quinientos y quince años; domingo antes del dia, estando rodeado de su muger y hija y criados y servidores *(b)* y sabios y claros religiosos; á arbitro y parecer de los quales repassó y corrigió su testamento y comunicó su vida passada, y recibió con tiempo los santos sacramentos de la santa yglesia con tantas lágrimas y devocion que dieron fé de su buen fin. Hizo de nuevo grandes mandas y limosnas aliende de las fechas, con mas cinquenta mil missas que le dixessen en aquellos monesterios y yglesias que mas necesidad toviessen.

Fué depositado su cuerpo en la capilla mayor de San Francisco de aquella solemne y nombrada gran ciudad, con *(a)* grandes llantos y gemidos del pueblo y tierra que concurrió á las honras: donde todas las dignidades y beneficiados del cabildo de la yglesia mayor y capellan mayor y capellanes de la capilla real, y clérigos de las yglesias y religiosos de los monesterios de la dicha ciudad, vinieron los nueve dias de sus honras, en que se hallaron presidente y oydores de vuestra audiencia real y marques de Mondejar conde de Tendilla con los veinte quatros, y los otros cavalleros della, con mas los señores de Vaena y Aguilar y Alcaudete y Palma con sus hermanos, hijos y debdos, y muchos otros cavalleros que del Andalucía vinieron. Estavan puestas en la yglesia y al rededor de la tumba que representava su bulto dozientos estandartes y vanderas y dos pendones reales que avia ganado en batallas á los franceses y sus sequaces, con las señas que tomó á los turcos quando la Chafalonia les ganó. Al católico rey llegada la nueva desta, á la buena y clara vida ser trasladado el Gran Capitan, hizo mucha demostracion de dolor y sentimiento con derramamiento de lágrimas, y tomó loba negra, y los grandes y cavalleros de la córte tomaron luto. Su alteza dixo palabras que davan testimonio del amor que le tenia, y mandó que fuessen hechas solemnes honras en su capilla y corte.

Vida, linage, persona y costumbres del Gran Capitán.

Porque gastada la edad de los hombres, de las cosas no ay memoria, y en letras dura y se conserva, parecióme poner en ellas á ma-

(a) Esta edad no sabida, en el meneo de la persona, cabellos, barba, dientes y cara, por enteros cinquenta años no le juzgaran.

(b) Fueron estos religiosos que aquí estovieron Fr. Pedro de Alva, prior de San Geronimo de Granada, que quedó con la duquesa por albacea, y el provincial Fr. Pedro de Montes Doca, y el guardian Fr. Antonio de Criales, en buena vida y costumbres muy aprovados. A este dicho prior Fr. Pedro de Alva por su abilidad, vida, virtud y fama el emperador nuestro señor le dió el arzobispado de Granada.

(a) Una cosa se vido aquí que por la novedad della me parecio poner: que todos los dias de las honras con muchos más todos los vecinos de la ciudad sin ser citados por ruego, ni mandamiento, dejaron sus tiendas, tratos, oficios y lavores, y yvan cada dia á San Francisco hombres y mugeres, assi viejos como nuevos christianos, enternecidos de dolor, mostrando cada uno la tristeza en la cara del pesar que tenia en el alma.

nera de registro lo dicho que procedió del hecho: ca pues que de lo que de lexos oymos tenemos por estimado, mucho mas preciado deve ser lo que vimos *(a)*. Ca sabido es todo linage de hombres dessean oyr hazañas de los ydos. Quanto mas todos se deven realegrar con las que ven de los presentes, que con gran diligencia se deven escrivir, por ser infinitos (como dice Tulio) los provechos y loores que de las contar en corónica se sigue. Apegado á esto se dirá algun tanto de la facion, persona, costumbres, dichos y hechos del Gran Gapitan, pues con la perpetuidad que obran leyéndolas, pagamos las deudas á sus excelentes obras para que en sus hazañas no cayga olvido. Ca como quier que son verdaderas, como dice el filósofo, por los dichos universales, mas no á todos sabidas, cuya verdad entonce (dize él) es conocida, quando en lo particular se platica. E á esto junto se contará la antigüedad encepada de su linage generoso, que aprovecha á sus obras ser *(b)* nacido de noble lugar; al qual dá favor su poder. Don Pero Hernandez de Córdova, cuya fué la casa de Aguilar, y las villas de Cañete, Priego y Montilla, que fué hijo de don Alonso Hernandez, del qual fué padre don Gonzalo Hernandez de Córdova, cuyo fué el mismo estado. Fállase en las corónicas de España aquellos de Córdova, donde este don Gonzalo Hernandez vino, ser nobles, antes que la ciudad se ganasse de los moros; y por tales escogidos en principales honores al poblamiento della, acatando su virtud y valentía: entre los quales nunca menguó, loados mediante las grandes cosas que hicieron en la guerra de los moros sus vecinos. Porque de tal manera se anticipavan á los peligros en ellas los que sucedian en aquel linage, que no dexavan con hazañas olvidar la gloria de sus passados. Dice una de las antiguas casas que en el Andalucía primero tuvo vasallos ganados en la guerra de los moros, fué esta de Córdova, y de parte de doña Elvira de Herrera su madre, que fué hija de Pero Nuñez de Herrera, cuya fué la casa de Pedraza. Dice Hernan Perez de Guzman en el tratado de los claros varones que de su tiempo escrivió, que estos de Herrera venian de linage noble y muy antiguo. Su persona, gesto y autoridad era tanta y de tanta gravedad que para el propio semejar vayan á *(a)* Apelles ó venga *(b)* Guido de Çoluna para le bien trasladar. Fué su aspecto señoril, tenia pronto parecer en las loables cosas y grandes fechos. Su animo era invencible; tenia claro y manso ingenio; á pie y á cavallo mostrava el autoridad de su estado; seyendo pequeño floreció no siguiendo tras lo que va la juventud. En las questiones era terrible y de voz furiosa y recia fuerza. En la paz doméstico y benigno; el andár tenia templado y modesto; su habla fué clara y sossegada; la calva no le quitaba continuo quitar el bonete á los que le hablavan; no le vencia el sueño ni la hambre en la guerra, y en ella se ponia á las hazañas y trabajos que la necessidad requería; era lleno de cosas agenas de burlas, y cierto en las veras, como quier que en el campo á sus cavalleros presente el peligro por los regocijar decía cosas jocosas; las quales palabras graciosas (decia él) ponen amor entre el caudillo y sus gentes. Era tanta su perfeccion en muchos negocios, quanto otro diligente en acabar uno; en tal guisa que vencidos los enemigos con esfuerzo, los passava en sabiduria; el qual como los toviesse un dia tan cerca que aquel peligro caussase en tornear los ojos tanto á uno que le dixo: «Oh cómo parece mejor al varon derramar sangre con las armas que *(c)* con temor mugeril lágrimas! ca con ellas afeays la vitoria que oy esperays: y estos ojos mas se muestran estraños de buen linage que generosos». Su razon era de tanta perfeccion que no avia cosa de menosprecio en su habla. En la guerra dava exemplo de templanza y justicia, la qual siguiendo con su prudencia y autoridad tuvo tan conforme su exército, no embargante ser mezclado de españoles, ytalianos, alemanes, con otras muchas naciones, que entrellos pocos escándalos ovo; y uno que nació con boz

(a) Aunque las cosas pasadas sean dinas de memoria, dice el Papa Pio, que mucho mas de loor deven ser las nuevas: porque quanto mas cerca de nuestra vista, tanto mas de precio estimado son.

(b) Comun regla es, quando se dá loor á algun excelente varon, contar las personas claras de su linage, donde el tal deciende, para declarar que tal persona es estimada por los autos señalados de sus mayores: de guisa que los loores de los pasados deciendan por grados á aquel de quien hazañas y virtudes se cuentan, para mostrar que la tal persona es esclarecida en nobleza de sus pasados, á quien en aquella parecia.

(a) Apeles fué tenido por príncipe de los pintores.

(b) Historiador singular fué este Guido de Coluna, que con pluma diligente escrivió en hermoso y alto estilo la facciones y obras de los griegos y troyanos, que en la defension y conquista de Troya se hallaron.

(c) Esto de las lágrimas acaeció el dia que el Gran Capitan á los franceses venció en la batalla del Garellano, que fué viernes veinte y siete de diciembre de quinientos y cuatro años.

de amotinamiento, de parte de unos foreros que quisieron ser *(a)* principales comuneros, rezio castigo mandó hazer en ellos. Era gran repugnador á los que injuriavan en la guerra á los pacíficos, y trataba mal á los que ultrajavan mugeres: declarava á aquellos se hiciesse honor de quien se habia avido vitoria. Con los *(b)* amigos era otro Antigono, y en la *(c)* memoria Yneas. En conocer los suyos por nombre semejava *(d)* á Ciro de Persia. Era tan anticipador en los peligros quanto tardio al salir dellos: acabó muchas guerras en mas poco tiempo y con menos gente sin mucho caudal que para las fenecer era menester. A esto le ayudó su franqueza, dando muchos galardones á sus amigos *(e)*, y usando de piedad con sus enemigos vencidos; que quanto les dava y perdonava, mas muchedumbre le venia dellos; de guysa que su clemencia y liberalidad á todos hacia participantes de sus desseos, y con ellos tenia solicitud en los examinar, y con esta enseñanza guardando orden de buena disciplina, poniendo los fechos en razon y no en fortuna, rompia cualquier exército: porque de tal manera mostrava á los suyos, que se les dava alabanza de llevar en la guerra lo mejor, con los quales señal acordada tenia que dellos no se conociesse terneza de ánimo: antes quanto mas adversidad y peligro, tanto mas dureza y osadia singular, y si cargamiento de armas y largo camino los cansava yendo contra sus enemigos madrugándoles: «Concluyamos (les decia él) los trabajos que nos dan con el peligro que les damos» *(f)*. Era sabio en toda arte de batalla y amigo del consejo della. Decia él que el hombre sofridor de cosas menudas es de animo no temeroso y de fuerte corazon; el qual cada uno lo tiene tanto menor quanto mayor es su sospecha; y que los que amusgan las orejas á delatores passan vida espantadiza, á los quales denunciadores se devia anteponer la verdad de los mejores. Era muy contrario á los de malas mañas y lenguas dobladas. Decia que es gran exemplo para ser bueno las costumbres del malo: *(a)* á huéspedes sus puertas fueron patentes con aquel placer que alaba Teofastro, y demasiado gastador con aquellos. Ca como un señor de estado le dixesse: «Entrad, señor, en nuestra observancia que mucho passa el pie de la mano vuestro gasto; pues no menos cara se debe tener en las cosas menudas que peligro se toma viniendo á las grandes». «O señor (dijo él) cómo si somos curiosos en adquirir bienes han de ser para que nos sirvan *(b)*, pues nacimos para ser señores dellós; los quales tienen tal condicion que si con estudio no los retenemos, ellos se vienen para que los gastemos, que la riqueza es servirse della; y sabed, señor, que el gastoso del dinero es abastado de los bienes de la distribucion, de los quales y del beneficio que hacemos no ha de quedar pensamiento en nuestra memoria.» Vestiáse limpio y rico; su cámara fué demasiadamente abundante de atavios; su mesa fué muy cumplida y continua, y su casa la primera que mudó los acostamientos de maravedis en ducados. Adoleciendo los suyos, con diligencia eran curados; sus mozos despuelas solos fueron los que á la puerta de palacio, ó fuera de aquel, tenian luz de hacha la noche que aguardavan; trasnochava y velava quando era menester; del dinero fué codicioso para lo gastar y no sabia industria para lo tener; los suyos á su exemplo mejoravan la vida, y entrando en su casa algun malo, luego era hecho no tanto, y el bueno mejor. Honrávalos bien *(c)* y holgava de comunicar con sus

(a) Hecha justicia destos alborotadores, al tiempo que sus bienes mandó dar á sus parientes y acreedores. «Rezio pesar (dijo el Gran Capitan) tengo de la muerte destos; y la causa que á ello me movió fué salvar á muchos de error con el castigo destos pocos, ca en tales tiempos daña la misericordia».

(b) Fué firme y muy constante amigo de sus amigos Antigono.

(c) Solino dice que el rey Pirro embió legado á Roma á este Yneas: y en el otro dia que fué entrado saludó á los cavalleros de senado por sus propios nombres, y que era de tal sotil y biva memoria que poco de lo que por él pasaba se le olvidaba.

(d) De Persia fué rey Ciro: el qual á pocas veces que rodeava su hueste, los que le quedavan de llamar por nombre conocia de cara en qué capitania estavan.

(e) Muy mas necesario es á los que cargo de governacion tienen de usar antes de piedad y liberalidad que de otra virtud.

(f) Todo aquel en que ay saber (dice Socrates) tiene animo de fortaleza.

(a) Este filosofo Teofastro cuenta en el libro que hermosamente escribió de las riquezas, que lo que mejor dellas es alegremente recebir los claros huespedes; de lo que aun dice se sigue provecho á aquellos que quieren poder muchas cosas en todas partes, trayendo en egemplo á Cinio de Athenas, que de mas de en su casa en unas caserias y villa mandava á sus caseros que los estrangeros que por alli pasassen, placenteramente los acogiessen dandoles lo que menester oviessen.

(b) Magnifica cosa es (dice Tulio) tener en menosprecio las riquezas careciendo dellas, pero que poseyendolas, gloria es usar libremente dellas.

(c) El emperador Antonio con aquella compañia y buena igualdad comia con sus cavalleros, amigos y convidados como cuando era compañero de ellos. Asi aqui el Gran Capitan do convenia mucho, era con los suyos igual.

cavalleros y comer con ellos, por los quales decia: ¿si honramos á los agenos por qué mejor no trataremos á los que son subgetos? En tal manera que los hazia assi mas obligados y fieles: de los quales escogia para los cargos sabios y de entera fama, amonestándolos en la mayor ocupacion y peligro se acordassen de administrar justicia sin punto de codicia, y anticipando á ellos los criados del rey y de la reyna, acrecentándolos en bienes y honores. No fué estudioso en ganancias: á sus grandes hechos no tuvo otro favor sino ingenio y corazon; tenia onestas y sanas costumbres *(a)*; era mudable en el rencor, en el qual duraba tan poco el odio que tenia con aquel que le tomava, que á segunda vez que le veia le hablava benignamente. Decia él que los permanecientes en la ira pierden la vida esperando dia de venganza y que mas padecen ellos que fatiga davan á sus emulos, «con los quales tomarse devia (decia él) via de fe y no de porfia». Era proveydo cualquiera afligido que á su casa venia, enseñando los ricos y consolando los pobres, sin hacer muestra de lo que hacia ni decia. No me parece de olvidar quando se trocó la soltura de sus pages con el bachiller que les dió para que tiempo que se ocupavan en los juegos de la bola y pelota, aquel fuesse en la escuela de la gramática; la cual oyendo y leyendo, no les impedia el tiempo que les estaba asignado, y á los pequeños de la duquesa su muger para egercitar sus cuerpos en obra y platica de cómo se ha de ofender el enemigo con menos peligro, de tal manera unos á otros en este uso se enredaban ordenados, que el arte los igualaba con lo que les fallecia en las fuerzas. Era tanta la limpieza de su persona y bevir, que ralos eran los dias que no oya missa en la yglesia, y quando en el campo, no salia de su tienda ó estanza hasta averla oydo *(b)*, sin que se lo estorvasse ninguna nueva de placer ni peligro que le sobreviniesse. Solia decir en la guerra: «Recemos para que bien peleemos», en la qual ralas veces le sucedió al contrario de lo que intentasse hacer, teniendo apercebida desperteza en qualquier cosa que de hacerse toviesse en ella, tanto que tenian concebido de su saber y esfuerzo todos aquellos que con él entravan en los peligros, esperar antes vencimiento que daño; era tardio en castigar yerros de obra, como quier que de palabra á los que los cometian hablava con saña: «Sobre todo se guarde (decia él) la piedad á la vida muy necessaria; y que Dios rige y ordena los hechos de aquel que á misericordia no hace fraude». Decia que las honestas y verdaderas palabras dan mas sustancia que los manjares. Este varon claro halló el a, b, c, para cortes, prudente y gracioso escrebir, y que el cavallero (decía él) no avia de aver por ageno de su dignidad á todos bien hablar. A cavallo, en ambas sillas era muy diestro. Solia decir que la fortuna estava en los consejos discretos y buenos hechos, y que assi como la adversidad se mudava, bien assi la prosperidad no durava: pues constancia ninguna tiene por grande que sea para fiar della, ca contino anda sin vela y cada dia muestra como no es durable, pues en el mejor tiempo se mezcla con trabajos. Ansi que aquellas cosas que son concedidas á un claro hombre tenia; pues en él se contenia lo que escrive Aristótelis: que aquel que ha bueno y claro entendimiento por natura, deve ser señor. Tenia uso y esperiencia de muchas cosas, y de tan perfecta y constante virtud, que de aquella no avia necessario socorro; á lo qual como un amigo suyo le dixesse que el papa, que mucho le devia de servicios que le hizo, de una dignidad que vacó no le proveyó, haviéndosela prometido: «Mejor es, señor (dijo él), no galardonar vuestro buen servicio que dejar vos de haver merecido el beneficio; como quier que los hombres de gratitud devian ser como el campo abundoso que por un tanto dá muchos, y ansi el bien recevido con usura colmada devia ser restituido». Era repugnador á los sobervios, y fuerte en el infortunio y blando en la buena fortuna, y firme en los casos súpitos. El varon (decia él) no rehuye la tenencia de las cosas, con temor le faltarán; de las quales con gozo goza poseyendo saver y virtud. Fué esento en el governar de su gente, la compañia de las quales, continuando guerra hasta la acabar, no le pudo quitar el amor tierno que tenia á sus hijas y demasiado querer á su muger, hija de don Fadrique Manrique, de linage muy claro y antiguo: ca fué hijo del adelantado don Pero

(a) Quando fué en su gran señorio y potencia el Cesar con cualquiera que oviese saña (dice Tulio) hallando causa, con él hacía paz de buena gana. Assi aqui el odio en el Gran Capitan poco durava.

(b) En prosperidad ni adversidad jamas se conoció deste capitan turbamiento en dicho ni hecho.

Manrique, gran señor que fué en estos reynos; cuyo estado era el que oy posee su visnieto del duque de Najara. E tornando á los hechos perfectos que este maravilloso capitan hizo, de que he dicho bien breve parte, digo que era tal varon que en ningun tiempo dió ocasion á aver queja de su causa; ca era tan grande su misericordia y mansedumbre y liberalidad que de aquella á todos comunicava, y recebia deletacion en la continuacion de la guerra y en ella era otro *(a)* Eumenes; y avia gasajado quando su gente tomava hartura en el destruymiento de sus enemigos: assi que era tanta su fortaleza quanto se comprende de las cosas que con ella hizo; testigos de los quales son Granada, Nápoles y Ytalia, donde perpetuamente resplandecerá singular honor y gloria al nombre de España, mediante la industria, valor y arte de cavalleria de su Gran Capitan: por el cual fueron renovadas y ensanchadas las fuerzas de las armas españolas en la Ytalia *(b)*, tomando él la mejor suerte de los peligros por ásperos que fuessen. y la mayor parte de la hambre y sed quando se ofrecia, junto con el trabajo del velar y trasnochar quando era necessario, estimando mas el cuidado del corazon que el cansancio del cuerpo; con mas continuo embiar mensajeros, al despacho de los quales notava, escrevia, oya y proveia todo juntamente. Basta que como por la bondad y saber de Caton fué la mayor parte de España subjeta á los romanos, bien por la virtud, consejo y esfuerzo deste gran castellano, los hechos de la Ytalia vinieron á sus manos.

Comparacion del Gran Capitan á Scipion.

Aquel hecho de Scipion honran bien alabando los escritores romanos, quando la anciana dueña de los rehenes de Hispania muger de Mandonio, que fué tomada en Cartagena, se echó á sus pies, suplicandole todas aquellas mujeres alli avidas fuessen encomendadas á buena guarda por el peligro que de comunicar con la gente suelta les sucederia: el qual Scipion, dice Tito Livio, las encargó á un hombre honrado, casto y muy virtuoso; mandándole que las guardasse como á propias madres y hijas; y el mismo Livio dice, que al Scipion aquí traxeron una tan bella doncella, avida en estas, que todas corrian á ver su beldad, y sabiendo ser esposa de Lucio, á aquel se la mandó restituir sin violencia. En muchas partes los hystoriadores dicen estas dos cosas por famosas, pues concedió el ruego de la Mandonia y no aceptó comunicacion con la Ludeya; y los que esto cuentan dan mucho loor al mismo Scipion, y por cierto assi se deve dar, porque, como dice Valerio, son las mugeres y mas las hermosas y mozas peligrosas entre los hombres de injuria, etc. Pero no me parece de olvidar ni dar menos loor á este Gran Capitan, quando su hueste sobre Gaeta traxo; y ganado el monte de aquella y el arrabal entrado, viendo que las vírgenes *(a)* hijas del Anunciada que alli están, que es un ayuntamiento de religion do se crian gran numero de mozas hijas de padres no conocidos, y en aquella observancia están hasta que las casa la casa que moran; la qual por la gente entrada, ellas sin pensamiento de tan súpito peligro con aullidos y llantos huyen á los terrados y tejados para ser de allí antes despeñadas que forzadas: las quales tan dessemejadas tenian las caras con sus manos despedazadas, quanto requeria la tribulacion y deshonra que esperavan con cuerpos agenos afeadas. Ca á los mismos intentadores de la fuerza diminuye el placer del vencimiento presente el semblante dellas; que ansi de dia como de noche eran oydos sus clamores y cuitas; las quales con el espanto reprimian los gritos y con temor sospiravan que callando se fatigavan enternecidas de miedo. El Gran Capitan, que vió monton de mugeres angustiadas, y sabida la causa era mucha parte de su infanteria querellas meter á saco de mal, como hacian á los bienes que allí hallaron, con todo impetu aparta la gente, y á ellas con diligencia socorre, diciendo ser antes dignas de ayuda que de injuria; y descendidas tal cobro les puso, que tan limpias en su convento quedaron como las hallaron; y forzado yr á proveer en

(a) Cuenta Plutarco que tenia tan soberana cumbre en el oficio de la guerra este Filipo y Eumenes que ningun arte della se le encub.ió y á solo él se le dava la ventaja del capitanear.

(b) Aquello que el Gran Capitan mandava hacer á sus gentes de peligro y trabajo, él mismo era igual en trabajar y se aventurar con ellos; y no mejor parte tomava del mantenimiento que sus cavalleros y la otra gente: los quales no le lle avan ventaja en sofrir peligro, sed ni hambre y frio y otro trabajo, cualquiera que fuesse.

(a) Estas hijas del Anunciada son criaturas que se echan de noche á las puertas de las yglesias y monesterios.

lo que para el bien en que estava convenia, sostituyó para guarda destas á un cavallero de su casa con gente que guardasse aquellas, amonestándole: *(a)* «Si vo de aquí, mayordomo, es porque dejo otro yo».

En Rubo de la marina que es en la Pulla, do estaba mosior de la Paliza, capitan general del rey de Francia, y el teniente del duque de Saboya con muchos capitanes y gente francesa y saboyana, el Gran Capitan que esta ciudad por combate les ganó, todas las mugeres que en las yglesias halló, llenas de lágrimas y temor, fueron tan guardadas quanto convenia á la limpieza de no ser violadas; antes como supo que su gente militar las halagava con lengua y manos para mal, aquello rezio castigó y lo que les tomaron restituyó, y ellas puestas en libertad mandó dar abundancia de mantenimientos de que estavan en mengua; y ansi libres de aquel infortunio, la mayor en edad y principal en dignidad de aquellas le dixo: «No sin causa, magnánimo señor, la natura os otorgó forma de cuerpo y gesto tal que resplandece mas á vuestro oficio y dignidad; y pues las gentes no bastan á dar tanto loor quanto merece vuestra gran memoria, plega á Dios otorgaros la gloria que de derecho todos deven á vuestra piadosa persona». Ambos casos de estos capitanes fueron en honor de mugeres; pero sin ser rogado de la mujer de Mandonio, este Gran Capitan movido á piedad socorrió y remedió á las barahundas que tenian las Anunciadas, para se dexar caer de lo mas alto de su casa, ni sin le ofrecer la esposa de Luceyo, amansó los llantos y miedos que las de Rubo tenian: el qual acostumbrava antes que en la hueste se diesse señal de combate á aquella ciudad ó villa que tenian cercada, mandava pregonar las mujeres de aquella que en las yglesias y monesterios hallasen, con manos ni lenguas no les tocassen; y desto no satisfecho, entrando por fuerza el tal lugar, en persona las yva á amparar diciendo que con fé y beneficios y no con temor ni servidumbre avia de tener la gente asi obligada; amonestando á sus guerreros, su fortaleza inclinassen á clemencia; el nombre del qual Gran Capitan bien como atemorizava á los malfechores de Ytalia, assi á los pacíficos era amparo.

(a) Afirman aquellos que bien á este mayordomo Martin de Tuesta conocieron, entrar tan virgen en la tierra como salió della.

Cabo deste breve sumario.

Este tamaño bien me parece haber alcanzado mi trabajo contar estas pocas de las grandes y muchas cosas de la industria y fortaleza del Gran Capitan, dende su menor edad hasta que el alma volvió á quien se la dió, por ser dignas de ser sabidas. Ca por cierto si fueran en orden escritas y tambien enxeridas en el papel quanto él las supo hacer, materia de doctrina era á los presentes y exemplo á los que vernán; la qual obra, señor muy poderoso, pongo so el amparo de vuestra magestad, para que con él sea defendida de aquellos que en acusaciones se trabajan: *(a)* que por cierto si á la comenzar me atreví, mas fué por provecho de otros que por alabanza mia, ca assaz trabajo es (como dijo Salustio) escrevir fechos agenos, pues la gloria mas en el hacer que en el decir está; verdad sea que mejor fuera *(b)* cometello á Casio como hacia el Cévola, y no tomar oficio á mi no sabido; porque contar cosas tan claras, avian de ser tambien puestas como fueron hechas y de mejor medida la desemboltura de mi lengua: el defecto de la qual causó ser lo escrito mendiguez, segun el loor dan á su fortaleza durable los que la esperimentaron; la qual y la figura del maestro que la dió, presente aviamos de tener, como escrive Seneca á Lucillo hablando en lo semejante; pues no para él solo nació, mas para la salud de la cosa pública de España, mediante la gran gloria que sus hechos le han dado, que son tales y tantos que no hay abundancia de ingenio ni copia de escrevir que pueda contar la clara vida, resplandor de costumbres de este poderoso caudillo: del qual quanto mas se adelgazare el antigüedad de los tiempos, menos se callaran sus ilustres y maravillosos hechos, en especial quando vengan á manos que enmienden la brevedad y baxeza con que aquí se han

(a) Costumbre de los antiguos pintores griegos era que quando imágenes hacian, al pie dellas no ponian: «Protógenes ó Apeles me pintó», sino comenzó ó pintaba, porque la falta que la tal obra oviesse, aquella fuesse atribuida á no ser acabada. Assi aquí el autor dice assi: la comencé; para que qualquiera otro que quiera pueda acabar lo mucho que della queda. Platon en una su epistola dice que las obras nunca se acavan.

(b) Quando á Cévola sabidor de derecho civil, dice Valerio, algo que de derecho pretorio que él no aprendió le preguntaban, remetialo á Fario ó Casio maestros de aquella ciencia, no atreviéndosse á hablar en aquello en que él no hacia exercicio, y por esso aquí el autor Pulgar dice que fuera mejor cometerlo á quien supiera como hacia el Cévola.

puesto. ¡O gran marques de Santillana! que el tiempo mas bien gastado (decía él) era aquel que se empleaba buscando las vidas de los valientes y sabios varones, y por tal nombro á vuestra magestad real para que sin desden, con pluma sin dientes lo mande corregir, pues la sequedad de la mia no le supo majar ni menos tundir á paladar de apressurados decidores, cuyos ojos no sufren claro resplandor. Ante los quales protesto aquel vuestro favor que el Gayo Julio á su huesped en Milan dió al tiempo que en lugar de verdura pusieron espárragos en la mesa, que todos desdeñaron y el solo Cesar los comió, á fin que no fuesse avido por rústico aquel servidor. E bolviendo, señor y muy poderoso emperador, al propósito comenzado deste tan Gran Capitan, digo que dél las gentes dirán lo que el rey Massinisa decia por el africano Scipion: que no solamente contar sus hechos, mas aun decir sus dichos no se hartaba ni hartarán todos de oyr su vida, que si fuera tan bien escrita como se le devia, pareciera no solamente delectable mas solene y muy utile y provechosa para que á la cabecera todos los de vuestros reynos la toviessen para materia á sus descendientes, como hacia Alexandre al libro de Omero. Pero yo, señor, escreví lo que mis fuerzas bastaron, no curando de los ligeros á reprehender y enmendar, y tardíos á hacer y ordenar; pues á la verdad ningun temor se deve juntar, en especial aquí do paga y salario de gran fama se le deve por los trabajos que passó en los peligros que sufrió: ca como quier que sus obras se oyen, de que no se leen, acaece lo que quando en espejo miramos, que desviados dél, no tenemos memoria de la figura que vimos en él. Yo bien conozco, señor muy poderoso, que como los escritores que componen los hechos de los grandes varones con dichos mas de lo que en obras fueron, bien assi aquí todos dirán: mucho mas que lo escrito fué lo hecho; pues largamente en él moraron las quatro cosas que el orador excelente Marco Tulio pone que ha de tener el perfecto capitan: que son virtud, dar, sabiduría y autoridad. E bolviendo á la razon do comencé, concluyo con que muy gran razon tuvo vuestra persona imperial de dessear ver y conocer al nombrado Gran Capitan.

Fué impreso este breve sumario de las Hazañas de este nombrado Gran Capitan
en la insigne y muy leal ciudad de Sevilla
por Jacobo Cromberger aleman.
Año de mil y quinientos y veinte y siete,
á diez y ocho del mes de enero.

DE LA ENTRADA DEL GRAN CAPITÁN EN GRANADA

PARA TRATAR DE LAS CONDICIONES DE LA ENTREGA [1]

El testimonio de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, compañero de armas y amigo del Gran Capitan, y la certeza con que afirma haber entrado éste de secreto en Granada para concertar con Boabdil las condiciones de la entrega, bastaria por sí solo para desvanecer en este punto hasta la menor sombra de duda; pero es de advertir que este hecho descansa en otros testimonios firmes y valederos. Lucio Marineo Sículo, autor contemporáneo, se espresa de esta suerte: «El rey Boabdil, que ya estaba resuelto á rendir la ciudad poniéndose de acuerdo con algunos de los principales ciudadanos de Granada, que ya habian ofrecido en secreto su entrega á los Reyes Católicos para grangear su favor, envió con recato mensageros á los reales cristianos, suplicando al rey y á la reyna que le enviasen algun comisionado, para concertar con él las condiciones de la paz y del entrego. Oyeron de buen grado este mensage el rey y la reyna, y con los mismos comisionados de Boabdil enviaron á Granada á *Gonzalo Fernandez de Aguilar, muy conocido de los moros de Granada y que hablaba su lengua*, y á Fernando de Zafra, su secretario, á fin de que se enterasen y pusiesen despues en conocimiento de los reyes las condiciones que para la paz y la entrega Boabdil les ofrecia. Y habiendo conferenciado con él, volvieron con dos de sus consejeros á las estancias de los Reyes Católicos; les refirieron quales eran las proposiciones y la mente de Boabdil, y tornaron otra vez á Granada para tratar con él. Yendo así y viniendo varias veces á la ciudad y á los reales, aun quando permanecia oculto para todos lo que traian con aquellos mensages y recados, el buen exito tan cumplido y tan deseado satisfizo plenamente nuestros votos y los de todos los cristianos». (Lucio Marineo Sículo de *Regibus catholicis*, fol. 118).

El historiador Bermudez de Pedraza, que estudió con prolijo esmero todas las cosas concernientes á Granada, en cuya ciudad escribia, afirma tambien la entrada del Gran Capitan en dicha ciudad con el objeto ya indicado: «Y porque las capitulaciones se habian de hacer en Granada y arrabales della, nombraron los Reyes Católicos á *Gonzalo Fernandez de Córdoba, que despues fué Gran Capitán*, para que asistiese á Fernando de Zafra, su más confidente criado y el más antiguo en la casa real de Castilla... Duró la conferencia y tratos hasta 25 de noviembre dia de Santa Catalina martir, que se firmaron las capitulaciones en el real de Santa Fé por los Reyes Católicos... Despues de firmadas las capitulaciones (dice) fué Fernando de Zafra á Granada, acompañado de *Gonzalo Fernandez de Córdoba*, su valenton, á firmarlas del rey Boabdil, y *con no pequeño peligro de su vida*, por la inconstancia y poca fé desta gente». (*Historia eclesiástica de Granada*, tercera parte, cap. XLV y siguientes).

Fray Jaime Bleda, en su *Crónica de los moros de España*, se expresa de esta suerte: «Para asentar esta paz *hicieron muchos viages en secreto* del real á Granada y de Granada al real don Gonzalo Fernandez de Córdoba, que despues fue llamado el *Gran Capitan*, y el secretario Hernando de Zafra». (Libro 5.º, capítulo 21).

Resulta pues plenamente comprobado el hecho de haber entrado el Gran Capitán en Granada, contribuyendo en gran parte con su fama y autoridad y con el influjo que tenía en el animo de Boabdil á acelerar la entrega de aquella ciudad y la completa libertad de España.

[1] Número 7.º del *Apéndice* del *Bosquejo histórico de Hernán Pérez del Pulgar*, por **Martínez de la Rosa**.

ÍNDICE POR CAPÍTULOS

Comienza el libro séptimo de la guerra que Gonzalo Hernández, Gran Capitán de España, hizo á los reyes de Francia. 372

Comienza el octavo libro de la guerra que Gonzalo Hernández, Gran Capitán de España, hizo á los Reyes de Francia en el reino de Nápoles. 387

ÍNDICE ALFABÉTICO DE PERSONAS

Tetuán de Chamartín.—Imp. de Bailly-Baillière é Hijos.



